

OBRAS LITERARIAS, II

ÁLVARO CUNQUEIRO

Un hombre que se parecía a Orestes.

Vida y fugas de l'anto Fantini della Gherardesca.

El año del cometa con la batalla de los cuatro reyes.

La otra gente.

Tertulia de boticas prodigiosas y escuela de curanderos.

Las historias gallegas.

Elegías y canciones.

Un poema y cuatro prosas.

*Crónica de la derrota de las naciones
(Fragmentos).*

Rogelia en Finisterre.



Lectulandia

Volumen II de las obras literarias de Cunqueiro en castellano.

Lectulandia

Álvaro Cunqueiro

Obras literarias, II

ePub r1.0

Titivillus 12.09.17

Álvaro Cunqueiro, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

*E cando lie chegóu a hora,
soñando estaba
un país onde chovían volvoretas
para que se fixese a luz. E a luz foi feita^[1].*

ÁLVARO CUNQUEIRO

Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo, Lugo, 1911-Vigo, Pontevedra, 1981) ha sido uno de los grandes creadores de las literaturas gallega y española de la segunda mitad del siglo xx. Autor prolífico y bilingüe, con el idioma de Rosalía siempre en primer plano y con Galicia como permanente telón de fondo, Cunqueiro publicó a lo largo de cincuenta años casi una docena de novelas —once exactamente—, cuatro de ellas agrupadas después bajo un mismo título: *Flores del año mil y pico de ave*. También escribió seis poemarios, tres libros de semblanzas, unas cuantas piezas dramáticas —teatro breve muchas de ellas—, varias guías de viajes, algunos ensayos sobre gastronomía... y miles de artículos en periódicos y revistas. Utilizó indistintamente el gallego y el castellano para dar vida a estas obras, aunque confesó no creer en el bilingüismo: «Sostengo que hay siempre una lengua de fondo y mi lengua de fondo es el gallego. Que tenga más o menos facilidad para expresarme en otra lengua y que esta sea el castellano es otra historia», señalaba en una entrevista con Manuel Pérez Bello incluida en el catálogo de la exposición que le dedicó el Círculo de Bellas Artes de Madrid en 2003.

Superados ya los errores que le colocaron malévolamente en el purgatorio de la literatura escapista o de evasión; vencidos también los prejuicios derivados de su peculiar paso del galleguismo al falangismo, hace tiempo que la crítica ha aceptado, desde diferentes enfoques teóricos, la gran originalidad y calidad de su literatura, que ha resistido muy bien el paso del tiempo. Su decisiva contribución al impulso de la narrativa gallega en los años cincuenta y sesenta ha sido reconocida con generosidad y con justicia mediante conmemoraciones como el *Día das Letras Galegas*, celebrado en su honor en 1991. No siempre ocurrió así. Tuvo períodos de gloria y temporadas de silencio, tanto en vida como después de desaparecido. Su amiga la novelista Elena Quiroga (1921-1995), que dedicó a Cunqueiro su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1984, comentaba con tal motivo las particularidades del éxito alcanzado por el autor de *Merlín y familia* en Galicia: «Se repetían, y se inventaban exageradamente, sus dichos y sus hechos. Pero no se le leía en consonancia». Recordaba entonces Elena Quiroga las gestiones realizadas por un grupo de allegados a Cunqueiro para proponer su candidatura, de acuerdo con la Real Academia Galega, al Premio Nobel de Literatura. Preguntado por esa posibilidad, Cunqueiro respondió a

la periodista Maribel Outeiriño: «A mí no me importaría gran cosa recibir el Nobel, pero sería fabuloso para las letras gallegas, sobre todo para su lengua, porque, naturalmente, el premio me lo darían por mi obra en gallego». (*La Región*, 8 de julio de 1979).

Este segundo volumen de obras en castellano de Cunqueiro comienza con la novela ganadora del Premio Nadal en 1968, editada por Destino al año siguiente: *Un hombre que se parecía a Orestes*. Tal como ya hiciera en *Las mocedades de Ulises* (1960), Cunqueiro vuelve a los mitos clásicos y recrea un personaje, Orestes, que poco tiene que ver con sus grandes versiones griegas —las de Esquilo, Sófocles, Eurípides...— ni con otros acercamientos posteriores, como el de Jean-Paul Sartre (*Las moscas*, 1943), por citar a un autor tan reconocido en su época como poco apreciado por Cunqueiro, que siempre abominó del existencialismo y de sus representantes.

En este tomo, además de *Un hombre que se parecía a Orestes*, tiene el lector ante sí otras dos novelas de Álvaro Cunqueiro, las últimas que publicó. Dos narraciones bastante distintas a las anteriores, escritas en castellano y recibidas en su momento —década de los setenta— con indiferencia porque seguían alejadas de las modas imperantes: *Vida y fugas de Fanto Fantini della Gheradesca* (1972) y *El año del cometa con la batalla de los cuatro reyes* (1974). Hay que subrayar que ambos títulos corresponden a la etapa en que Cunqueiro ya había dejado voluntariamente la dirección del *Faro de Vigo*, entre otras razones porque creía incompatible estar al frente de un diario y dedicarse a la creación literaria, según declaró reiteradamente, aunque con distintos matices. Una afirmación controvertida —también eran literatura de primer orden sus artículos periodísticos, que siguió haciendo hasta el final de su vida— y sobre la que volveremos más adelante.

A estas tres novelas se unen aquí tres libros de semblanzas dignos de ser calificados de joyas literarias. Aparecidos en castellano en los años setenta y ochenta del siglo xx, tuvieron antes ediciones gallegas que gozaron de buena acogida. Estas obras, que el propio Cunqueiro consideraba destinadas a «un libro único, por su gran unidad», se han reunido en las siguientes páginas con los mismos títulos con que salieron en sus versiones individuales en castellano, siguiendo el criterio del orden cronológico de publicación: *La otra gente* (1975), *Tertulia de boticas y escuela de curanderos* (1976) y *Las historias gallegas* (1981).

Finalmente, y para completar una visión panorámica de nuestro autor, se han incluido en esta selección —efectuado por el profesor Xosé María Dobarro— el único libro de poemas escrito en castellano por Cunqueiro (*Elegías y canciones*, 1940) y un texto teatral de 1941, procedente de la revista falangista *Vértice*. *Rogelia en Finisterre*. La poesía y el teatro, casi siempre en gallego salvo excepciones como las señaladas, fueron dos géneros muy queridos por Cunqueiro. Como poeta hizo sus primeras incursiones en los años treinta, antes de la guerra civil, y alcanzó un estimable prestigio en su juventud.

Paralelamente, cultivó el teatro con ilusión y, aparte de obras de éxito como *O incerto señor don Hamlet*, rara es su novela —aquí lo veremos en *Orestes*— que no intercala textos dramáticos. No logró, sin embargo, el mismo eco que con la narrativa y por eso solía decir que el teatro no se escribe para ser leído, sino representado. Sus obras estuvieron en cartel en distintas ocasiones, pero le ocurrió, en alguna medida, lo mismo que a uno de sus poetas más admirados de la Generación del 27, Rafael Alberti (1902-1999), quien pese a probar suerte en los escenarios no obtuvo en el patio de butacas el mismo aplauso que recibió como poeta.

Álvaro Cunqueiro consiguió su mayor popularidad como novelista cuando ganó el Premio Nadal por *Un hombre que se parecía a Orestes*. La publicación de la obra, en 1969, coincidió con su marcha, a petición propia, de la dirección del *Faro de Vigo*, a la que había accedido en 1965. Cunqueiro había trasladado su residencia desde Mondoñedo (Lugo) a Vigo (Pontevedra) en 1961 por diversas razones, entre ellas las necesidades económicas. Recibió el ofrecimiento de incorporarse como periodista a la plantilla del rotativo con el apoyo, entre otros, de su amigo el notario Alberto Casal, a la sazón secretario del consejo de administración del diario, según relata en su biografía sobre Cunqueiro Xosé Francisco Armesto Faginas. Con esta vinculación laboral al *Faro*, que culminó con su etapa como director en el lustro 1965-1969, Cunqueiro logró garantizar unos ingresos mensuales que no tenía asegurados con las colaboraciones periodísticas ni con los muy exiguos derechos de autor generados por sus libros.

Esta ocupación, no obstante, implicaba una serie de servidumbres profesionales que le robaban tiempo y libertad para la escritura de ficción, de ahí que dijera a menudo que había sido periodista por necesidad. Otras veces, por el contrario, recordaba sus horas felices como director del *Faro*, donde publicaba *El envés*, título de su columna más representativa. Alberto Casal, en unas declaraciones que desmienten y matizan esa leyenda de un Cunqueiro desbordado y enojado por las obligaciones relacionadas con su cargo al frente del periódico, opina que «Cunqueiro tenía autoridad y no le hacía falta mandar. El mismo repetía que para saber mandar hay que saber obedecer. Nunca tuvo ningún conflicto ni con empresa ni con trabajadores. (...) Lo de Cunqueiro era especial, tenía gran capacidad para sentarse en un banco de la Alameda [parque de Vigo] y escribir un artículo entero y, al final, un soneto. Cierto que es difícil imaginarlo en los talleres pero, si tenía una gran fantasía, tampoco le faltaba un sentido de la realidad que le llevaba a cumplir drásticamente con su trabajo. Era serio y puntual». (*Faro de Vigo*, 5 de julio de 2010).

En esta primera mitad de la década de los sesenta, don Álvaro ya era un autor muy conocido en Galicia. Gozaba de gran prestigio en los círculos culturales — recordemos que había publicado *Merlin y familia*, *Las crónicas del sochantre*, *Las mocedades de Ulises* y *Cuando el viejo Sinbad vuelva a las islas*, obras incluidas en el primer tomo de esta selección— y tenía una creciente fama, fruto de sus intervenciones radiofónicas y de las numerosas conferencias que daba, tanto dentro

como fuera de su tierra. Pergeñó ya en aquellos años sus primeros libros de viajes — escribió guías de las principales ciudades gallegas y del Camino de Santiago— y de gastronomía, temas que le acercaron a nuevos lectores y que le convirtieron en un imprescindible y singular representante de la sociedad gallega. Eran frecuentes sus apariciones en Televisión Española y hasta llegó a prestar su imagen para hacer publicidad de un vino del país, algo infrecuente y por tanto chocante para la época.

En 1961 resultó elegido miembro de la Real Academia Galega, otro paso más en ese proceso de respaldo institucional a su obra. El discurso de ingreso, leído en 1963 en Mondoñedo —era la primera vez que este acto se celebraba fuera de la sede académica de A Coruña— versó sobre uno de sus temas favoritos: la evocación de las leyendas en torno a la existencia de tesoros ocultos, cuyo origen siempre se relacionaba con los moros, *os mouros*, como referencia popular a unos antepasados casi tan imprecisos como los celtas, pero más próximos. *Tesouros novos e vellos*, que así se titulaba su disertación —publicada por Galaxia en 1964 con un prólogo del profesor Juan Rof Carballo (1905-1994)—, apareció en castellano bajo el título de *Tesoros y otras magias* (1984). Fue el primero de los cinco libros dedicados por César Antonio Molina a la recopilación de textos periodísticos y conferencias de Cunqueiro, un material editado por Tusquets y hasta entonces disperso en las hemerotecas, donde sigue por desgracia la mayor parte de sus artículos, más de 25 000 según el cálculo de Xosé Francisco Armesto Faginas.

De los tesoros se ocupó Álvaro Cunqueiro en distintas ocasiones, incluso en algunas de sus obras de ficción. Siempre se refirió a esas riquezas imaginadas con la misma devoción, el mismo respeto y la misma *fe* proclamada el 21 de abril de 1963, día de su ingreso en la Real Academia Galega:

«Galicia é un país de tesouros. Escusados nos Castros, aso lagados ñas lagoas, enterrados aquí ou acolá, e cáseque sempre ben gardados por moriros, ananos, xigantes, fadas, cobras... Son os que se chaman encantos. (...) Na aspereza da vida cotiá, soñar é necesario, e perder o tesouro dos ensoños é perder o meirande dos tesouros do mundo. Cando eu escoito nalgunha aldea nosa falar de tesouros, coido que na nosa pobreza aínda somos ricos^[2]».

En estos años se fueron acrecentando las distancias de Álvaro Cunqueiro con el llamado compromiso social de la literatura, en el que nunca creyó. Esas diferencias produjeron incluso rupturas personales. La más llamativa fue la que le separó definitivamente de otro gran autor gallego, el poeta Celso Emilio Ferreiro (1912-1979), de quien era amigo desde los años treinta. En la biografía de Cunqueiro escrita por Armesto Faginas se dedica un capítulo a este «doloroso suceso», en el que abundaron duras descalificaciones mutuas, reflejadas en distintos escritos y comentarios de ambos. Las opiniones de Cunqueiro sobre el papel del escritor en la sociedad y sobre las funciones de la literatura quedaron bien patentes en un artículo

publicado en la revista *Grial* en 1963, traducido e incluido por César Antonio Molina en la antología antes citada (*Tesoros y otras magias*, 1984):

«De gran parte de la literatura más de moda —y la moda es lo que pasa de moda; no hay que olvidarse de esto— parece deducirse como le queda prohibido al hombre, no ya tanto el derecho de soñar, como el derecho a soñarse, que es una cosa incluso diferente, más profunda e importante. (...) Digan lo que digan muchos de ellos, su vocación es la vocación de los negadores, niegan desde la indolencia y el miedo. (...) Lo propio de un escritor es contar claro, seguido y bien. Contar para la totalidad humana, que él por su parte tiene la obligación de alimentar con nuevas miradas. Y, si algo hay que esté claro en esta dieta, es el que el hombre precisa, en primer lugar, como quien bebe agua, beber sueños».

De los sueños, y también de los mitos y leyendas del mundo grecolatino, bebió y se alimentó en grandes dosis la literatura de Cunqueiro en casi todas sus creaciones. Así ocurrió, por ejemplo, con *Un hombre que se parecía a Orestes*, mencionada al comienzo de este prólogo por ser la novela que abre la selección de textos incorporada a este segundo volumen de la Biblioteca Castro. El propio título procede de un fragmento de la obra de Esquilo sobre el hijo de Agamenón, *La Orestíada*, cita que encabeza las páginas del libro.

A diferencia del héroe clásico, el Orestes de Cunqueiro no ajustará cuentas con los fantasmas familiares. Cuando regresa a su ciudad, la tan anunciada y esperada venganza se había convertido ya en leyenda, en hecho supuesto pero no sucedido. Hasta tal punto era así que el artesano Aquilino le mostrará a Orestes la representación de su propia tragedia. Estaba perpetuada en el interior de una inofensiva bola de nieve guardada en un cajón de su cerería. La bola registraba la historia tal como *debió ser* y, por mucho que se agitara, dentro permanecía inalterable la misma escena: «la entrada de Orestes con la muerte de Egisto y Clitemnestra». La imagen, esa incruenta recreación de lo ocurrido, había suplantado a la realidad. Fuera de ese espacio cerrado e inaccesible, fuera de esa bola inerte pese a la ilusión de movimiento, Orestes quedaba a la intemperie: sin retorno posible ni venganza justificable:

«Caían copos finos como en la bola de nieve del cerero. Gruesas lágrimas rodaban por el rostro del príncipe. Nunca, nunca podría vivir en su ciudad natal. Para siempre era una sombra perdida por los caminos. Nevaba».

Las bolas de nieve, que el lector se encontrará en otras narraciones de Cunqueiro como metáfora recurrente, simbolizan muy bien el universo literario del autor, ese refugio final de los sueños, siempre moldeables: la fantasía se puede acomodar y

atrapar en una frágil esfera de cristal. O se puede introducir en una novela. Cunqueiro, que tuvo en su casa algunas de estas bolas de nieve con ciudades lejanas en su interior, manejaba también así la literatura, la propia y la ajena: con libertad, sin tabúes ni complejos. Con la misma tranquilidad que transmite la contemplación del paisaje de una bola de nieve.

De la relación de Cunqueiro con distintas literaturas y autores se ha ocupado, entre otros especialistas, Rexina Rodríguez Vega, quien —tal como hizo antes Xoan González-Millán (*Álvaro Cunqueiro: os artificios da fabulación*, 1991)— ha estudiado con detenimiento la dimensión de la intertextualidad y de la parodia en la obra del escritor mindoniense (*Álvaro Cunqueiro: unha poética da recreación*, Galaxia, 1997). La profesora Rodríguez Vega afirma que gran parte de las novelas de Cunqueiro, entre las que incluye *Orestes*, «suxiren dende o inicio o pracer e a perversión do *bricolage*» y «non deixan lugar a dúbida acerca do xogo ó que se convida ó lector: asistir a unha versión libérrima, a unha manipulación consciente de obras claves do noso acervo cultural, que serán fagocitadas dentro dunha poética subersiva». Cunqueiro, añade Rodríguez Vega, «non é un parodista ou imitador ó uso. Fronte ó escritor realista, obsesionado por disimular a súa tarefa de apropiación de obras alleas, o noso autor resolve a permanente tensión entre fidelidade e desviación pola vertente máis arriscada^[3]».

¿Qué significó en la carrera literaria de Cunqueiro la publicación de *Orestes*? En contra de lo que pudiera parecer, y a pesar del respaldo y del triunfo que supuso que la obra fuera distinguida con el Premio Nadal, *Un hombre que se parecía a Orestes* no consiguió en su momento los mismos elogios logrados por títulos anteriores de Cunqueiro. El propio autor lamentaba años después haber terminado precipitadamente la obra, necesitada de «unos meses más de trabajo y corrección», a su juicio. Paradójicamente, fue una novela concebida desde el controvertido compromiso, según Cunqueiro: «Yo viví la guerra civil y los años siguientes y fue una preocupación intelectual y moral sobre la inutilidad de la venganza. Este fue el motivo de *Un hombre que se parecía a Orestes*», confesaba el escritor en una de sus últimas entrevistas. (*La Región*, 8 de julio de 1979).

No lo han interpretado así, por el contrario, quienes han abordado la obra de Cunqueiro desde el marxismo, el estructuralismo o el psicoanálisis. Aplicar al estudio literario las teorías de Louis Althusser, Fredric James o Jacques Lacan, tan en boga años atrás, puede resultar tentador intelectualmente, pero también implica el riesgo de desembocar en tesis atrevidas, discutibles y, con frecuencia, excluyentes. Quien más ha ahondado en esta línea de investigación ha sido probablemente Ana María Spitzmesser (*Álvaro Cunqueiro: la fabulation del franquismo*, 1995), convencida de que «las novelas de Cunqueiro solamente tienen sentido pleno consideradas en su relación con el período en el cual emergen: la posguerra española». En su apreciable y arduo intento de desentrañar el posible *inconsciente político* de la obra cunqueiriana, Spitzmesser ha llegado a conclusiones muy concretas sobre el *Orestes*

de Cunqueiro:

«Conociendo la vida de Cunqueiro, es posible transmutar las condiciones de su propia circunstancia personal en las de Orestes. Durante los trágicos acontecimientos de la guerra civil, el autor tuvo la ocasión, como tantos de sus compañeros, de ser un héroe muerto, o por lo menos perseguido, dando testimonio de su amor a Galicia y de solidaridad con ciertos ideales políticos. Sin embargo eligió subirse al carro de los triunfadores, renegando de sus raíces y fallando, en consecuencia, a los suyos y al papel que sus facultades morales o intelectuales le tenían destinado. Si las veleidades políticas le fueron finalmente perdonadas, Cunqueiro nunca se perdonó a sí mismo, y el sentimiento de culpa está latente en toda su obra en las preocupaciones que esta encierra. Las lágrimas que derrama Orestes al final son también lágrimas por la oportunidad perdida y por la propia vida malograda».

Sin ánimo de alargar en exceso los comentarios sobre esta línea argumental — recordemos que Cunqueiro estuvo adscrito al galleguismo durante la República y defendió públicamente el Estatuto de Autonomía de 1936— no podemos olvidar sus primeras dudas sobre el levantamiento militar del general Franco apenas iniciada la contienda. Así se lo dijo en una carta enviada a Londres al periodista Felipe Fernández Armesto, *Augusto Assía*, (1906-2002), fechada el 25 julio de 1936 y rescatada por el historiador Carlos Fernández (*La guerra civil en Galicia*, 1988):

«Agora por ista banda falar é cousa pouco doada e ben nobre. Entrou un tropel de voces e de armas e non hai que facerlle. Máis cando esta xente non ven de farra, senon “a resucitar el Imperio por la Contra-Reforma”. (...) Ben en serio ¡probe España! ¡E probes de nós tamén! Eu non séi ben aínda —vou para 24 anos— si lie é duro ao home “aguantar” a su condizón de home, pero anque eisí fora eu amaría sempre, sobre todo, a miña liberdade, i-as liberdades que os homes tivéramos en común e bon reximento serían por min sempre amadas e defendidas^[4]».

De todas formas, hay quienes opinan, como Xesús Alonso Montero (*Os escritores galegos ante a guerra civil española*, 2006), que «homes como Cunqueiro e Vicente Risco (e outros) eran tan antiesquerdistas e tan antilaicos que a proposta política dos sublevados veunos liberar^[5]». También Manuel Gregorio González (*Don Álvaro Cunqueiro, juglar sombrío*, 2007) considera que el paso de Cunqueiro al falangismo no fue realmente un acto incoherente:

«Esta toma de posición, obligada por la circunstancia bélica, parece un cambio de ideario político, pues se supone que Cunqueiro viene del

progresismo y el nacionalismo de izquierdas, hasta que un día, por mor de salvar la vida, se hace falangista de vanguardia y pasa a dirigir la revista del Movimiento *Era Azul*. Esto es absolutamente falso. Cunqueiro tiene más en común con el nacionalismo falangista que con la izquierda gallega, y era lógico que esta afinidad de principios —muy forzada por la ocasión, como se ha dicho—, le hiciera trocar su galleguismo a ultranza por una españolidad beligerante, historicista, en vertical, que no se desdecía de sus posiciones anteriores. Se trataba, simplemente, de un cambio de escalas».

Continuemos, en todo caso, con *Un hombre que se parecía a Orestes*, cuya posible intencionalidad nos ha permitido seguir las huellas y las secuelas que dejó en Cunqueiro la guerra civil. Este tema se ha tratado, aunque más ampliamente y desde otra perspectiva, en el prólogo del primer volumen de esta antología, que condene otras cinco obras esenciales para conocer y disfrutar su literatura. En cuanto a *Orestes*, cabe añadir que está dividida en cuatro partes y, además del muy cunqueiriano y esperado índice onomástico del final, esta vez la relación nominal va precedida de seis retratos que completan la descripción de los principales personajes. Es preciso recalcar que estos índices no son una mera guía para orientar al lector sino que forman parte sustancial de la obra. Da la sensación de que Cunqueiro nunca quedaba del todo satisfecho con su trabajo y de ahí, de esa falta de convencimiento pleno, la necesidad de añadir un catálogo de nombres que le permitía afinar, precisar, incluso alterar, sus características y definiciones.

Al margen de las pretensiones y de los simbolismos, más allá de las parodias y de las recreaciones, en *Un hombre que se parecía a Orestes*, al igual que sucede en *Cuando el viejo Sinbad vuelva a las islas*, está de nuevo Galicia en su plenitud: en las plazas, en los mercados, en el oscuro vino del país, en los santos Cosme y Damián. Galicia se adivina asimismo en *Orestes* por el humor y la ironía: el mirlo que «cantaba de iglesia y de profano», el foxterrier volador. También se aprecia la tierra natal por la nostalgia, en sus diversas variantes. Orestes, como Ulises, sueña con el regreso —siempre distinto al planeado— mientras que Egisto, el usurpador, se consume día a día en la espera, atenazado por el miedo, víctima de los rumores sobre los falsos Orestes que llegan a la ciudad.

Si en gran parte de las novelas de Cunqueiro hallamos piezas de teatro, en *Orestes* esa presencia es muy significativa. Ya desde el comienzo sabemos de la existencia de Filón el Mozo, quien «tenía el encargo, hecho por el Senado, de llevar a tablas la historia de la ciudad, en doce piezas, saltándose, eso sí, al rey Agamenón, y pasando desde la preñez de su madre a Egisto, que aparecía ya casado, tomando unas copas con los repatriados de Troya». Filón fue quien le entregó en herencia al cerero Aquilino la bola de nieve antes mencionada, como si dentro de ese vidrio protegiera el secreto de su obra póstuma, nunca estrenada, pero salvaguardada para la posteridad en un rincón cubierto por el ficticio blanco manto de los copos. A lo largo de la

novela nos iremos encontrando con breves composiciones dramáticas que, al igual que ocurre con algunos poemas intercalados en sus textos narrativos, suponen una especie de desquite de Cunqueiro con esos dos géneros literarios que, al menos en su madurez, no cultivó con tanta intensidad.

Después del *Orestes*, Álvaro Cunqueiro lanzó otra obra en castellano, la penúltima de su carrera: *Vida y fugas de Fanto Fantini della Gherardesca* (1972). Discurre en la Italia renacentista, un enclave distinto a los de sus anteriores narraciones. Esta admiración por Italia, al igual que la sentida por la Grecia clásica o por la Bretaña francesa, venía de antiguo —Dante fue, aparte de Shakespeare, uno de sus escritores de cabecera— y se vio reforzada durante sus años de amistad, en el San Sebastián de la guerra y el Madrid de la posguerra, con Eugenio Montes —de quien hablaremos después, como prologuista de *Elegías y canciones*—; con Mariano Rodríguez de Rivas (1913-1962), que fue director del Museo Romántico, y, muy concretamente, con Rafael Sánchez Mazas (1894-1966). A las estrechas y duraderas relaciones de Cunqueiro con estos tres intelectuales, todos ellos vinculados al falangismo, ha dedicado bastante atención Xosé Francisco Armesto Faginas. Destaca sobremedida la simpatía y el respeto que sintió siempre por Sánchez Mazas, exministro de Franco y antiguo corresponsal de *ABC* en Roma, a quien Cunqueiro dedicó una necrológica {*En la muerte de Rafael, Faro de Vigo*, 20 de octubre de 1966) distinguida con el Premio Godo de periodismo. Sánchez Mazas —una de cuyas trágicas experiencias durante la guerra sirvió de inspiración a Javier Cercas en *Soldados de Salamina* (2001)— está en el origen del interés de Álvaro Cunqueiro por la Italia del *Quattrocento*, según relata Armesto Faginas:

«Cando escribe *Vida y fugas de Fanto Fantini* a ninguén próximo ó círculo de Cunqueiro, sabedor da amizade co exministro, lie pasa desapercibida a influencia de Rafael. (...) Esa relación coa Italia que coñeceu fundamentalmente gracias á amizade con Rafael Sánchez Mazas hase intensificar eos anos. E no seu amor por este país —polas súas terras, pola súa xente, polos seus costumes e tradicións— hase ver correspondido^[6]».

El protagonista vuelve a ser un héroe, un joven que alcanzará victorias como valiente militar y fino estratega, cualidades que le servirán para afrontar los trances en los que se lo juega todo a vida o muerte. Cunqueiro nos desvela al comienzo los orígenes de Fanto Fantini, quien ya parece predestinado desde la cuna a lidiar con el riesgo y la aventura. Tal como ya hemos visto en *Orestes*, en *Fanto Fantini*, además del tradicional *dramatis personae* y de algunos apéndices, hay una galería de retratos que prolonga las vidas de los principales actores de la obra.

Unos *personajes* entre los que sobresalen el caballo Lionfante y el perro Remo, ambos en papeles relevantes y adornados con el prestigio de su aguda y sensata forma de proceder. No es la primera vez que vemos animales parlantes en la literatura de

Cunqueiro, pero sí hay que reseñar el importante *rol* que desempeñan aquí. El autor hace un guiño a su venerado William Shakespeare y juega de nuevo a subvertir y desmontar los mitos literarios, *Otelo* en este caso. ¿Se inspiró Shakespeare en el discurso del equino Lionfante ante el Senado para escribir el acto I, escena III, de *Otelo*? Cunqueiro provoca a sus lectores con la propuesta de «comprobar la influencia de este discurso en el de *Otelo*» porque, según aclara en nota posterior, «sorprenden ciertas pausas, que pueden corresponder a los relinchos con que subrayó algunas en el suyo el caballo Lionfante».

Situar la historia en Venecia le sirve a Cunqueiro de disculpa para sacar a relucir los excelentes vinos y otras delicias gastronómicas del país. Hay retazos de gula elegante y discreta (*risotto, prosciutto, salami*) y de lujuria contenida —pero muy clara— en esta novela con más carga sexual que otras, tanto por la abundancia como por la variedad de los casos. La sexualidad en Cunqueiro —autor de artículos eróticos en la época de la transición política española en las revistas *Bazaar* y *Primera Plana* — emana una sugerente delicadeza. Curiosamente, según ha relatado su hijo César (*Memorias do pai, A Nosa Terra, 1991*), don Álvaro era muy pudoroso cuando le preguntaban en público por estos temas y respondía con un gesto «incómodo y comprometido». Pero en los libros no pasaba así. En *Fanto Fantini*, por ejemplo, hallaremos varias alusiones concretas a uno de los objetos de deseo más nombrados en los textos de Cunqueiro: los pechos femeninos:

«El paje que acudió a servir la grappa se avergonzaba de ver los bellos pechos desnudos de donna Becca, y miró hacia la pared, pero fue lo mismo, que todos los espejos reflejaban la insólita y rotunda blancura».

Ya desde el principio de la obra hay mucha sexualidad explícita. Empieza con el nacimiento de Fanto —los senos descritos son los de su madre, tras el parto— y sigue cuando su tutor, el *cavalière* Capovilla, inicia al joven discípulo en las artes amatorias, incluso con alusiones a prácticas no consentidas y censurables:

«Que tomada como lección prima de fornicio, no sería deshonesto que me vieses en el trabajo. Y digo *prima lectio*, porque luego *secunda et tertia* esas cada uno las busca, y son cosa de cama blanda y reposada, que no de la violación castrense que ha de ser rápida y brutal, con desgarrar de ropa, mostrando más ansiedad que regocijo, aunque en el trance, como suele algunas veces, siendo la mujer hermosa, se abra amor en su corazón, y quisieras eternizar la caricia».

Las campañas y las fugas de Fanto comienzan cuando fallece Capovilla, su instructor, y él se tiene que enfrentar al mundo en solitario, con la única compañía de sus inseparables Lionfante, el caballo que entendía «siete lenguas entre germánicas y

latinas», y Remo, el braco que escribía con caracteres etruscos. Muchos de sus infortunios vendrían de «la misma osadía de Fanto y su concepción intelectual del encuentro armado», origen de «graves errores, ya que tropezaba con enemigos sin imaginación, que por un quítame allá esas pajas iban al cuerpo a cuerpo y moría gente en las batallas. Fue la filosofía de Fanto el Mozo la que le llevó alguna vez a la derrota, incluso a caer prisionero de sus mayores enemigos».

De esos encarcelamientos, cada uno de los cuales parece anunciar el final de sus días sobre la tierra, Fanto saldrá airoso, a veces con la oportuna ayuda de su fiel asistente —Nito— y de sus incondicionales Lionfante y Remo. En total, tendremos noticia de al menos cuatro apresamientos, cada uno en su modalidad, narrados en otros tantos microrrelatos. El lector acompañará a Fanto en situaciones de grave peligro, aunque, héroe a fin de cuentas, sobrevivirá milagrosamente a todas las amenazas: inquietantes tránsitos hacia el más allá a través del espejo, angustiosas cárceles en forma de hexaedro, duras reclusiones en islas inexpugnables. Casi siempre el amor insinuado o declarado de una joven y bella mujer le dará ánimos para seguir adelante. Entre una dama y otra también conocerá deseos humanos que le son ajenos, como los de aquel gobernador con especial inclinación sexual por los hombres con su color de pelo:

«Fanto se inclinó, y la hermosa y ondulada cabellera rubia se vino hacia delante, cubriéndole el rostro. El gobernador tocaba aquel suave cabello, lo acariciaba, apreciaba su finura con las yemas de sus dedos, y llevó un mechón hasta la punta de barba, hasta su nariz, hasta sus ojos inquietos. Serio, con voz grave, dispuso, y el intérprete tradujo guiñando un legañoso: —Quede el reo para ser interrogado en privado en la celda de respeto».

No llegará a producirse el forzado encuentro porque el siempre afortunado Fanto logrará evadirse del encierro, esta vez con la ayuda de la niña Safo, «la cojita de Tammos, de los ojos verdes». El prisionero se lanzará al mar desde la torre en que permanecía cautivo y caerá sobre el suave lecho de una manada de delfines adiestrados por la pequeña, a la que Fanto promete recordar siempre: «Y te puedo jurar que despertaré muchas noches porque dos mariposas verdes acuden a posarse en mi corazón». Más adelante, ya con 33 años cumplidos, Fanto aun ha de verse envuelto en una historia de amores adúlteros con Dama Cósima, ante quien se presenta como «un jinete que pasa en un caballo desbocado junto a los lirios».

Esta historia desconcertante y enigmática, esta crónica de las andanzas de Fanto Fantini, incorpora una serie de relatos finales como el dedicado expresamente a Néstor Luján: *Las gulas del clérigo que leía etrusco*, semblanza de un glotón sin límites que planea comerse a sí mismo. La novela propiamente dicha termina con una solemne sentencia pronunciada por Flamenca, la esposa del tratante que le había vendido años atrás a Fanto el caballo Lionfante. Flamenca, mujer de marido celoso,

atiende a Fanto en su delirante y triste agonía y, cuando le habla por última vez, compone y lanza al aire un aforismo que suena a epitafio:

—La vida del hombre es como una mañana de pájaros.

¿Qué hay detrás de esta frase? ¿Qué se esconde bajo su sugerente melancolía? Si nos atenemos a la novela, «quizá las palabras recuerdo del refrán de una canción de provenzal», deducción relacionada con el origen geográfico de Flamenca. De nuevo la literatura enlaza aquí con la vida, con la memoria deformante de Álvaro Cunqueiro. Por encima de interpretaciones y posibles significados, sin desdeñar el papel del inconsciente en cualquier manifestación artística, vale la pena rescatar algo que contaba nuestro autor a su amigo y colega de oficio Carlos Casares (1941-2002) en una entrevista publicada ya tras su fallecimiento (*Grial*, número 72, 1981). Hablaba Cunqueiro, al hilo de una pregunta de Casares sobre el reflejo de la infancia en su obra, de una mujer de Mondoñedo conocida como *A Farrucona*, quien «viña moito pola nosa casa porque era mandadeira e os sábados iba ao mercado de As Rodrigas, en Riotorto. De víspera viña preguntar se queríamos algo para a familia de alá e a tomar de paso unha copa ou auga con vinagre, se era vran. Pois ven, cando pubriquéi o *Panto Fantini della Gherardesca*, xa ao final puxen en boca da Flamenca: “A vida do home é como unha mañán de paxaros”. Esta frase non é miña, escoitéilla de neno á Farrucona^[7]».

Dos años después de *Panto Fantini*, Cunqueiro entregó a la imprenta *El año del cometa con la batalla de los cuatro reyes* (1974). Aunque *El año del cometa* no figure entre sus obras más conocidas, esta última novela de Álvaro Cunqueiro es una de las más analizadas por los estudiosos de la literatura cunqueiriana. Y no solo por ser la que cierra el ciclo —esas siete vidas/novelas analizadas por Ana-Sofía Pérez Bustamante— sino porque hay una mayoría de críticos que han visto en esta narración la renuncia y el derrumbamiento del autor, la inmolación literaria de Cunqueiro. Su nuevo y postrero héroe —Paulos, el joven astrólogo de Lucerna— no sobrevivirá a sus fantasías. Ya no bastará con soñar para existir, máxima receta y mandamiento primero del código literario del escritor mindoniense. La novela empieza y termina con la muerte como telón de fondo, como principio y desenlace fatales, irremediables.

El relato, que se abre con una cita del Génesis a propósito de la trágica inutilidad de los sueños, tiene, entre otras singularidades —es una de las pocas que no incluye índice onomástico al final—, la peculiaridad de comenzar con dos prólogos. Pese a las justificaciones del novelista, que juega con la publicación de ambos porque «no ha logrado saber cuál de los dos es el más apropiado», el lector no podrá elegir hasta el final con cual se queda. Tampoco sabrá si son válidos o intercambiables. En el primero de ellos tendremos noticia de un hombre muerto por los disparos de unos guardias de frontera: le habían dado el alto cuando iba a saltar la tapia de un huerto,

pero no se detuvo. El fallecido, tal como se recordará varias veces, llevaba unos pantalones rojos, atuendo propio de extranjeros o de las gentes del teatro, según se nos advierte.

El segundo prólogo está protagonizado por un caballero cuya característica más relevante es la de portar un sombrero verde tan elegante y funcional que causa admiración, hasta el punto de ser reclamado como objeto en alquiler. No han faltado, ni faltarán, especulaciones sobre los significados de ambos elementos, el pantalón rojo y el sombrero verde. En opinión de Ana María Spitzmesser, a cuyo estudio sobre Cunqueiro y la fabulación del franquismo ya hemos aludido anteriormente, «hay un indudable simbolismo cromático en ambas prendas. Lo rojo era lo maldito en la España franquista. Ser “rojo” se castigaba con la cárcel o la muerte. (...) En el segundo prólogo, el verde del sombrero representa la esperanza, menos peligrosa para el hombre, y el soñador simplemente se aleja por el camino real, dejando abierta la posibilidad de su retorno. Se puede matar al hombre, pero la esperanza es más difícil de eliminar. (...) Soñar es lo diferente, soñar es introducir al Otro en nuestras vidas, soñar, en suma, es arriesgarse a morir».

¿Subyacía realmente todo eso en el inconsciente de Cunqueiro cuando escribió *El año del cometa*? Resulta muy aventurado, ya lo indicamos antes, llegar a tales conclusiones, y con tanta certeza, por más que se recurra a acreditadas doctrinas. Los grandes *dogmas* del siglo xx —el marxismo, el psicoanálisis, el estructuralismo...— han contribuido —perdón por la obviedad— a un gran desarrollo del conocimiento y han favorecido decisivamente el debate de ideas, pero también han conducido en ocasiones a importantes errores de interpretación. Dicho esto, y sin que el comentario anterior signifique en modo alguno invitación a deambular exclusivamente por los ambiguos y flexibles caminos de la posmodernidad y sus derivaciones, es evidente que los estudios llevados a cabo en los últimos treinta años —el interés teórico por Cunqueiro se incrementó tras su muerte en 1981— han proyectado mucha luz sobre su literatura, que ha sido leída desde nuevas y originales perspectivas. Podremos estar más o menos de acuerdo con unas u otras conclusiones, pero es innegable que la obra cunqueiriana, lejos de ser aquella ficción escapista y evasiva, ha dado mucho de sí en cuanto han empezado a profundizar en ella expertos en las disciplinas más variadas. Todas estas miradas y aproximaciones han arrojado grandes hallazgos, descubrimientos muy favorables que asombrarían al propio autor.

Por ejemplo, Darío Villanueva, además de incidir en el sustrato realista presente en la literatura de Cunqueiro, ha destacado su carácter europeo:

«Es un escritor paneuropeo, es decir, aunque escriba en gallego sobre Mondoñedo, la mitología y la mitografía que refleja en sus obras es totalmente paneuropea. Viene desde las leyendas de Bretaña a toda la tradición histórica y al culturalismo europeo, también con dimensión italiana, francesa, inglesa, británica. Es, por tanto, un escritor extraordinariamente

homologable a lo que podría ser una noción de literatura europea. No es tanto una cuestión de la lengua en la que se ha escrito, sino de cómo se ha escrito sobre una comunidad que no es tan amplia, porque Europa es bastante reducida en sí misma, pero muy rica. Y eso también juega a favor de Cunqueiro^[8]».

No vamos a negar, en este sentido, que Álvaro Cunqueiro siempre fue muy reacio a los juicios ajenos sobre sus criaturas literarias, pero sería tramposo y deshonesto escudarse en estas reticencias del escritor para asumir o refutar los mencionados análisis. Cunqueiro, crítico *sui generis* él mismo en numerosas ocasiones, desdeñaba con frecuencia ese ejercicio cuando el objeto de atención era su propia obra. Ocurrió con motivo de las primeras tesis doctorales dedicadas a él, en los años setenta del siglo pasado. «Sabe de mí más que yo», dijo de Giancarlo Ricci (*Celtismo e magia n'ella opera de Álvaro Cunqueiro*, Universidad de Perugia, 1971), «pero yo no encuentro en mi obra el celtismo que él ha creído ver». En otro momento, y en respuesta a una pregunta sobre los secretos de su literatura, alertaba sobre la dificultad del empeño: «Quien primero quisiera saber dónde están las claves de mi literatura soy yo mismo. Considero que es muy difícil saberlo. Y si se juntan diez críticos —de esos que se preocupan por ver las fuentes, las influencias y de dónde le vienen a uno— los diez dirían cosas diferentes».

Hay que admitir que, dentro de lo discutibles que pueden ser algunas apreciaciones críticas, la inmensa mayoría de estos estudios —aquí solo se citan muy someramente algunos de ellos, la mayor parte recogidos en la selección bibliográfica— han logrado algo impagable: corroborar y engrandecer el valor y el prestigio literarios de Cunqueiro. En primer lugar, las decenas de libros y tesis doctorales que se han hecho en estos años sobre su obra han favorecido la recuperación de su figura como escritor de primera fila en la historia de las literaturas gallega y española de la segunda mitad del siglo xx. En segundo término, toda esta nueva bibliografía sobre Cunqueiro ha servido también, a veces desde postulados divergentes, para descartar definitivamente esa equívoca y peyorativa etiqueta de autor falto de compromiso, fruto del franquismo. No es poco haber conseguido tantos avances y haber vencido tantos prejuicios.

Volviendo a *El año del cometa*, hay que destacar que, si hemos de creer a Cunqueiro —que no siempre era fiable cuando hablaba de sus proyectos literarios, algunos simplemente imaginados— «fue un libro anterior a otros, pero lo iba dejando, lo escribía y lo dejaba». Así lo manifestaba al menos en una entrevista emitida en Televisión Española en 1978. A los libros inacabados de Cunqueiro, algunos de los cuales no tuvieron término salvo en la cabeza del escritor, se refirió la novelista Elena Quiroga en su mencionado discurso de ingreso en la Real Academia Española (*Presencia y ausencia de Álvaro Cunqueiro*, 1984): «Se adelantaba a vivir lo proyectado, lo veía, lo vivía lentamente porque no había escrito ni escribió “La

taberna de Galiana”, aunque dentro de sí el libro existiera. (...) Tampoco realizó aquel libro del que tanto hablaba: “La casa” (¿tendría algo que ver, o era otro acercamiento, con la obra de teatro solo imaginada: “La casa de la noche”?). (...) En cuanto a “Ceniza en la manga de un viejo”, oigo hablar de esa esperanza de libro como si se tratara de una narración, pero recuerdo haberle oído decir que iba a ser un libro de memorias».

La primera de las tres partes del *El año del cometa* está dedicada a la ciudad y los viajes. Estas páginas iniciales nos acercan a la vida del protagonista, desde la infancia a la juventud. Por más que parezca una observación ya repetida al comentar libros anteriores, es pertinente anotar que, cuando entramos en la ciudad, estamos de nuevo en Mondoñedo, en Galicia, por más que luego sepamos que Paulos vive en una imaginaria Lucerna. De la fuente de esta ciudad de Paulos —a *Fonte Vella* de Mondoñedo— mana un agua que «sabe a recuerdo». Recuerdo, memoria, nostalgia, melancolía... son los sentimientos que embargan a Paulos cuando regresa fugazmente de sus andanzas y recupera viejos sonidos, nuevos mensajes: «la campana *Genoveva* de la basílica tocaba a parto, a bautizo, a agonía, a muerto». Igual que la *Paula* y la *Petra*, las campanas de la infancia mindoniense de don Álvaro, que repicaban para dar noticia puntual de los sucesos y acontecimientos más sobresalientes. Fue la *Paula* la que anunció su propio nacimiento, el 22 de diciembre de 1911.

La de Cunqueiro fue una niñez vivida entre la magia de la botica de su padre, los cuentos y lecturas de su madre, el alegre deambular por los campos y los montes, el eco de los latines del seminario y los rezos de los canónigos en la catedral. Medio clérigo, medio mago —un piadoso eremita— era precisamente el primer tutor de Paulos, Fagildo, experto en adivinar futuros embarazos y especialista en discernir si el que venía de camino era niño o niña. Hombre previsor, Fagildo instruyó a Paulos en sus primeros años, pero luego dispuso que fuera a estudiar interno a un colegio para recibir las enseñanzas que él ya no le podía transmitir. Muerto Fagildo, en una visita de Paulos al escenario de sus años mozos, este volvió a emocionarse con «el olor del pan que acababa de llegar del horno».

Tanto en las evocaciones sensoriales como en la propia trama —un joven soñador, un tutor anciano y visionario, una ciudad que remite a Mondoñedo y a Galicia—, no hay grandes diferencias entre *El año del cometa* y otras novelas de Cunqueiro. Pero enseguida apreciaremos cambios de rumbo. Surgirán cuando se extienda entre los sabios del lugar el temor a la aparición de un amenazante cometa cuyos efectos se desconocen. Van llegando correos con las más variadas noticias y predicciones, algunas insinuadas *sotto voce* como la transmitida en secreto por el mensajero «Mijail, que quiere decir Miguel», al tesorero de la ciudad. Hay que subrayar, como ya hicimos en *Fanto Fantini*, que esta es otra de las narraciones de Cunqueiro con evidente contenido erótico y sexual, atemperado con el humor:

—*En este año del cometa es muy favorable para el cuerpo el ejercicio venéreo, y debiera concederse, civil y religiosamente, facilidad para el coito, especialmente entre solteros. Pero nos lo callamos, porque si se divulgase en el pueblo bajo que las mujeres se olvidan de resistir y se dejan, especialmente una hora después del crepúsculo vespertino, iríamos al relajo, y el puterío llegaría hasta Lisboa.*

El tesorero, a pesar de ser impotente a causa del azúcar que le subió en sangre y en orina por glotón de merengues de frambuesa, agradeció calurosamente al correo la buena nueva.

En medio de tantos augurios, Paulos accederá a la condición de astrólogo, bajo el muy significativo nombre de Paulos Expectante. No dejaba ni un instante de darle vueltas al magín y, pese a haber resuelto misterios como el del río que vuelve a la fuente, se enfrentará a una nueva y decisiva empresa. Viajará para lograr el respaldo de unos reyes que puedan vencer a otro de su clase, Asad II Tirónida, coronado de siniestras intenciones: un monarca encaprichado con la conquista de ciudades con puente. En su búsqueda, Paulos se irá encontrando con un joven y escéptico rey David que tocaba el laúd; a un rey Arturo que regía los destinos de una Bretaña de cartón piedra, postrado por las hemorroides; a un Julio César que era pura sombra y mostraba, en su soledad, deseos homoeróticos aún más explícitos que los de aquel gobernador pretendiente del rubio Fan to Fantini. El resultado de sus intentos por conseguir auxilio real en la batalla fue un rotundo fracaso para Paulos.

Los reyes no eran ya aquellos mandatarios poderosos e invencibles, sino monarcas ausentes, decrepitos, desganados, de cuyos dominios solo quedaba un vago recuerdo. Paulos, que acudirá con sus últimas reservas de entusiasmo a pedir alianza contra el tirano ladrón de puentes, se enfrentará a la decepción. Los sueños no bastarán para materializar los deseos y Paulos se sentirá desolado porque teme volver sin los apoyos: sabe que no habrá victoria sin lucha previa, aunque haya que *inventarla*.

—*Pero mi ciudad cree en la batalla. ¡Contra Asad, influido por el cometa, es necesaria una batalla! Aunque no la haya, pero hay que dar la noticia como si la hubiese habido.*

En su estudio sobre la novelística cunqueiriana, Marta Alvarez (*Álvaro Cunqueiro: la aventura de contar*, 2010) señala que en *El año del cometa* «nos hallamos ante un texto en el que todo es reflejo, de sí mismo y de las otras novelas cunqueirianas. En su última novela, Cunqueiro cuestiona sin miedo principios fundamentales de su poética, como la hipercodificación textual y la distancia reflexiva, para mejor sentar las bases de la misma: el ludismo y la ficción. (...) *Cometa* es a la novela cunqueiriana lo que el *Quijotes* los libros de caballerías:

culminación parodia y punto final. Tiene además en común con el inmortal libro el agradecer el paso del tiempo, siempre tema y temor de cada una de las novelas cunqueirianas».

Valoraciones similares, a la hora de enjuiciar *El año del cometa*, se desprenden del análisis llevado a cabo por Manuel Gregorio González en su ensayo sobre el autor gallego (*Don Álvaro Cunqueiro, juglar sombrío*, 2007).

«Sin duda *El año del cometa* es la novela más críptica de Cunqueiro, pero también la más amarga, la más insostenible, la más débil quizá. Cunqueiro da muerte a su protagonista porque el sueño, su capacidad de adivinar las secretas veredas del planeta, ya no es moneda de uso. Paulos se fatiga buscando el mensaje escondido en los augurios, y lo que baila es que el mundo, tal vez, ya no merece ser interpretado. Así pues, no es solo que el protagonista se canse de ejercer una labor anacrónica o inútil, sino que aquello en que soñó, el dorado triunfar de antiguos reyes y hechiceros, no eran sino ruina y podredumbre, una caballería marchita, un tosco florilegio de princesas ancianas, como la Ginebra desgredada vieja coqueta y avara, que aparece en la obra».

Cuando los mitos se desmoronan ya no valen los sueños. Todo se vuelve en contra. Hasta los pantalones rojos que usaba Julio César en sus cuarteles de invierno, lejos de darle prestigio a Paulos, tan solo provocan conjeturas sobre su identidad desde el momento en que yace muerto. La áspera realidad, la prohibición de saltar el límite, el riesgo de pasar al otro lado, constituyen el telón de fondo de la novela. Pero, sobre todo, esta es la historia de una impotencia: Paulos requiere ayuda para salvar su ciudad, la busca con ahínco, y no la encuentra. Algunos —las deducciones de nuevo— han creído ver reflejos del propio autor en el personaje de Paulos. Tal vez sea una identificación excesiva, apurada, porque puestos a buscar paralelismos y relaciones entre Cunqueiro y sus personajes, las posibilidades son múltiples.

De todos modos, no es Paulos el primer perdedor ni el único derrotado entre los héroes literarios de Cunqueiro. ¿Acaso no fracasó Sinbad cuando supo que no tenía nave para surcar los mares tras tanto tiempo de espera? ¿Y qué decir de Orestes, al asumir que ya no consumaría la venganza; forzado a desistir, por tanto, de entrar en su ciudad? ¿No fue también un fiasco la vida de Fanto Fantini, pese a salir airoso de sus cautiverios? En general, los héroes de Cunqueiro —no solo Paulos— son vulnerables, de carne y hueso. En su tesis doctoral sobre este apasionante tema, *El héroe en la narrativa de Álvaro Cunqueiro* (Madrid, 2001), Juan Manuel López Mourelle indica que «Cunqueiro se identifica con sus héroes, que no son muñecos desalmados ni seres deshumanizados, sino tan veraces, cercanos y humanos como él». También destaca López Mourelle algo que hemos apuntado en comentarios anteriores: «La nostalgia del héroe cunqueiriano por regresar y recuperar su espacio

original se corresponde con un ansiado reencuentro con la infancia dorada y la seguridad materna. Ese lugar de origen tiene una fisonomía determinada, y aunque pueda presentar diversas toponimias y características novedosas e incluso exóticas, siempre traduce el recuerdo, eso sí, transformado, de Mondoñedo. Es un ámbito relativamente pequeño, que bien puede ser rural o marinero, y en el que los oficios concuerdan con la armónica relación del hombre con su paisaje, con la Naturaleza».

En cuanto a las interpretaciones, y frente a quienes creen ver en *El año del cometa* una especie de testamento literario, es oportuno recordar que el Cunqueiro de los últimos años está más condicionado por el deterioro físico, por los efectos de la enfermedad, que por la melancolía o el desasosiego que le acompañaron en determinadas etapas de su juventud y de su primera madurez. En los inicios de la vejez —no olvidemos que murió con solo 69 años— no dejaba de hacer planes y resistía mejor que antes los embates de la saudade, al menos de puertas afuera. Era frecuente oírle decir, en sus últimas entrevistas, que «la tristeza es un lujo que solo se pueden permitir los jóvenes».

Muy diferentes a las tres novelas comentadas son los tres libros de semblanzas que forman parte también de este segundo volumen de las obras de Álvaro Cunqueiro. Tres títulos que, lejos de ser literatura menor, tienen por sí mismos un gran interés. Están ordenados de acuerdo con su aparición en castellano, aunque hay que recordar que se trata de traducciones y adaptaciones de textos aparecidos previamente en gallego.

El primero, *La otra gente* (1975), es una versión casi íntegra de *Xente de aquí e de acolá* (1971) y lleva una introducción, escrita a modo de carta, dirigida por Cunqueiro a su amigo Domingo García-Sabell (1908-2003). Esta galería de personajes es en parte imaginada y en parte real, producto de las observaciones que hacía el autor en sus recorridos por Galicia y entre los visitantes asiduos de la botica de su padre, Joaquín Cunqueiro, en Mondoñedo. Solo con leer la nómina de los retratados, sus nombres y apodos —Penedo de Alduxe, Mel de Vincios, Novo de Parmuide, Louro de Salceda, Licho de Vilamor...—, empezamos a adquirir una vaga y sugerente idea del singular universo en el que nos adentramos. Todo este elenco de sanadores, brujas y adivinos refleja con más precisión y acierto que muchos manuales de historia y de sociología la realidad —superada de nuevo aquí por la ficción— de una Galicia mágica y sorprendente, reconocible incluso hoy mismo.

El propio Cunqueiro, en la citada carta al médico y ensayista García-Sabell, juega a plantear en voz alta sus propias dudas sobre la existencia de estos seres investidos del poder de la interpretación y de la escucha; portadores de unos dones que les permiten deshacer *meigallos*, colocar en su sitio huesos dislocados o adivinar el porvenir:

«Porque yo terqueo que estos son retratos de gente de nuestra tribu, y que no podrían ser de otra cualquiera. Quiero decir que hay en ellos —es mi

opinión— una onza en cada cual del ser gallego, y repartido entre toda esta gente está casi todo el andamiaje del gallego, están sus varas de medir el mundo, las vueltas de su imaginación, las reviravuelas de sus sueños y deseos, su calidad intelectual, el gusto de la sorpresa, la ironía que hace de un hombre, en un momento dado, un señor rey, y la humildad, la sabrosura de la pereza, el enfermar de lo que no hay, y el morir solo con su manía, y dejarla en herencia, como un tesoro inencontrable».

En 1976, un año después de que saliera de la imprenta *La otra gente*, llegó a las librerías *Tertulia de boticas prodigiosas y escuela de curanderos* que en realidad son dos libros en uno. La primera parte trata de las farmacias del mundo, de boticas como la de su progenitor, a quien recuerda preparando con igual maestría «la tintura de yodo, un vino aperitivo, o las limonadas purgantes para la gula del obispo Solís». De todas esas horas pasadas en la farmacia de don Joaquín, y de su posterior curiosidad por recoger cuantas noticias iban llegando a su conocimiento, surgieron muchas de estas historias.

La segunda parte, *Escuela de curanderos*, es una versión reducida de *Escola de menciñeiros*, publicada ya en 1960 con éxito notable. Al igual que sucede en *La otra gente*, tenemos ante nosotros un elenco excepcional, consecuencia de una mezcla de verdad y fantasía en proporciones tan perfectas que no se distinguen la una de la otra. En estas semblanzas hay, además de una escritura de gran calidad, un apreciable sentido del humor, una fina ironía que produce asombro e hilaridad a partes iguales.

Queda aún un tercer libro, *Las historias gallegas* (1981), versión de una publicación anterior, *Os outros feirantes* (1979). Sigue la misma línea que los demás: «son retratos al minuto de diversos gallegos, en los cuales aparecen algunas de las condiciones esenciales de este pueblo del Finisterre, la región más occidental de España y del Viejo Mundo. (...) En estos pequeños retratos míos aparece el gallego tal y como es, a la vez creador y escéptico, mágico pero racionalista, supersticioso y espiritual. (...) El gallego se acomoda en todos los climas, pero no deja de soñar con la pequeña patria lejana, verdes campos bajo la lluvia», dice el autor en las notas introductorias.

Hemos comentado las novelas y las semblanzas escritas por Álvaro Cunqueiro, pero una antología como la presente quedaría incompleta sin la poesía. En el principio, conviene recordarlo, Álvaro Cunqueiro fue poeta. También al final. Siempre. En el fondo, y en eso coinciden muchos estudiosos de su obra, nunca abandonó esta condición, aunque la diluyera y la disimulara bajo otros disfraces literarios menos reñidos con la subsistencia: mediante el articulismo, sobre todo, un género que cultivó y del que vivió hasta el final de su vida.

Antes de entrar directamente en la poesía de Cunqueiro resulta oportuno recuperar una reflexión de Darío Villanueva sobre la influencia que tuvo esta actividad, la de poeta, en el resto de sus creaciones literarias, pero muy

concretamente en los textos periodísticos. El profesor Villanueva, quien lejos de calificar la obra de Cunqueiro de evasiva estima que estamos ante un escritor realista, establece una interesante relación entre las facetas periodística y poética de Álvaro Cunqueiro:

«El estilo de Cunqueiro no se puede entender sin el periodismo, aunque también es cierto que él, sobre todo por su condición de poeta, poseía unas condiciones idóneas para ser ese gran periodista literario que fue. Hay una identidad profunda en el tratamiento del idioma entre el buen periodista y el poeta, porque el poeta y el periodista juegan con palabras tasadas. Hay una definición de poesía del británico Samuel Taylor Coleridge, un autor del siglo XVIII muy inspirado, que a mí me gusta mucho. Cuando, en la última etapa de su vida, en las *table talks*, hablando con su sobrino, este le pregunta qué es la poesía, Coleridge, en lugar de hacer una exposición grandilocuente, le dice: *the best words in the best order*, es decir, las mejores palabras en el mejor orden, nada más. Pues eso es una buena lección de periodismo no solo literario sino de periodismo *tout court*. Hay como un sentido esencialista del lenguaje, del idioma, provocado por la necesidad de comunicar lo máximo con el mínimo de elementos, que está en la entraña de la buena poesía y de la buena escritura periodística, y ahí confluye la condición de Cunqueiro en una y en otra dirección. Porque al fin y al cabo, la trayectoria de Cunqueiro comienza primero como poeta en lengua gallega. Luego, a raíz de la guerra civil, ya empieza también su actividad periodística, y a partir de ese momento, sin descartar totalmente la poesía, sin embargo va evolucionando a la prosa, igual que también va evolucionando a un bilingüismo que en la etapa inicial no se daba porque era fundamentalmente un escritor monolingüe. Toda esta trayectoria se ve en su obra^[9]».

Para Álvaro Cunqueiro el oficio de escribir se reducía a algo tan sencillo como difícil de alcanzar: contar claro, seguido y bien. Aplicó esta fórmula a toda su obra, con las acomodaciones necesarias a los distintos momentos, registros y géneros literarios. De poesía publicó un total de seis libros —cinco en gallego y uno en castellano—, además de decenas de poemas sueltos en periódicos y revistas. Hay que resaltar también el enorme interés de las numerosas traducciones que hizo de otros poetas, la mayor parte de ellas destinadas a los suplementos culturales dirigidos por él mismo o en los que participaba como colaborador. El profesor Xesús González Gómez —editor de los artículos de Cunqueiro en *El Noticiero Universal* de Barcelona— ha calculado que el número de esas traducciones, la mayoría publicadas en el *Faro de Vigo*, puede estar en torno al millar. Los poemas pertenecen a autores muy diversos, desde Hölderlin hasta Ezra Pound, Paul Éluard y Cesare Pavese. Cunqueiro solía firmar estos trabajos, cuya calidad ha sido unánimemente elogiada,

con seudónimos como Patricio Mor, Mark Tapley, Manuel María y el ya citado Álvaro Labrada.

En este segundo tomo de su antología literaria en castellano se encontrará el lector con *Elegías y canciones*, el único libro de poemas en castellano escrito por Cunqueiro. Apareció en 1940 en la editorial Apolo, con un prólogo de Eugenio Montes (1897-1982), periodista gallego muy vinculado al falangismo, tanto antes como después de la guerra civil. Montes, lo decíamos antes al comentar *Yanto Fantini*, fue uno de los amigos de Cunqueiro que influyeron en su gusto e interés por Italia, junto a Sánchez Mazas.

En su elogiosa introducción a los poemas de Cunqueiro se refleja fielmente esa retórica del franquismo de la primera época —segundo año triunfal para los vencedores de la guerra—, suavizada levemente por las alusiones al origen gallego de ambos:

«Las gentes del Finisterre somos así: creyentes en las brujas y en la Virgen María, vencedoras de escuadras a fuerza de humildad y de fe. Un caudillo de esta estirpe, ¿no venció también una flota enemiga superándola por el aire? Por el aire, auras, alas, donde se encuentran mundo y ultramundo, y el milagro habita. De milagros, leyendas, temblores cósmicos, luces extrañas, magia, soles, querubes, ha hecho este mozo su botín. (...) Cunqueiro sabe de este mundo metafísico ignorado por la moderna, la desgraciadamente moderna poesía torera, que al fácil pasodoble del octosílabo no hizo sino menear la cinturita: gitanería, limones y tararí, tarará. En esos mismos años de poesía para los sentidos, escribió estas elegías y canciones, metido en la “caverna del sentido” de que hablaba el místico: en su ensimismado trascender (...). A esta poesía le importan más que las soluciones los problemas, y más que la respuesta siente la voluptuosidad de la pregunta».

A pesar de este desafortunado prolegómeno —del que cabe deducir que la burda descalificación de Eugenio Montes a la poesía *modernas* dirigida probablemente a Federico García Lorca—, *Elegías y canciones* contiene frutos logrados y deja entrever destellos del pasado, cuando el autor tenía diez años menos, escribía solo en gallego y vivía en una España muy distinta. Antes de sacar a la luz este primer y único poemario en castellano, en el que se incluyen hasta algunas auto-traducciones de obras anteriores, Álvaro Cunqueiro ya había publicado tres libros de poesía en su lengua materna: *Mar ao norde* (1932), *Cantiga nova que se chama riveira* (1933) y *Poemas do sí e non* (1933). Después de *Elegías y canciones* saldrían dos títulos más, también en gallego: *Dona do corpo delgado* (1950) y *Herba aquí e acolá* (1980). Este último, publicado un año antes de su muerte, despertó un gran interés entre lectores de nuevas generaciones, desconocedoras de la vertiente poética de don Álvaro.

Con motivo de la aparición del primer tomo de sus obras completas en gallego en 1980, volumen dedicado a la poesía y en el que se recogen los cinco títulos citados, Cunqueiro escribió una nota previa que dejaba vislumbrar una sensación de pudor y de autocrítica al enfrentarse a sus antiguos versos:

«O autor volve agora mesmo a manexar estes poemas e cantigas de mocidade e estes poemas máis recentes, con verdadeira humildade, e aínda podera decir que con medo. Moitos poemas teñen envellecido en demasía, aunque noutros siga escoitando os paxaros que cantaron antano. Van como naceron, e coído que non sería lícito refacer e perfeccionar. Vallan o que vallan, foron unha hora de min mesmo, e da poesía galega^[10]».

Elegías y canciones está dedicado a Doña Elvira [González-Seco], su esposa, con quien contrajo matrimonio el 18 de octubre de 1940, el mismo mes en que salió a la luz el libro. Al final de la obra, en la edición de Apolo que aquí se ha seguido fielmente, Cunqueiro advierte que estas composiciones, «primeros versos del autor en lengua española», fueron escritas en los años 1934, 1935 y 1936. En total, hay siete elegías, cuatro canciones, siete poemas reunidos bajo el título *Favorable prisión de sueño*, y un último texto poético denominado *En un álbum*. En la presente edición figuran también *Un poema y cuatro prosas*, fechados en 1951-1952, y *Crónica de la derrota de las naciones* (1954).

La última de las elegías es la dirigida al poeta Manuel Antonio (1900-1930), cuya versión en gallego salió ya en 1933 en *Papel de color*, hoja poética editada por el propio Cunqueiro en Mondoñedo y de la que se conservan cinco números, el último fechado en 1935. En cuanto a los poemas agrupados como *Favorable prisión de sueño*, hay que advertir que cuatro de ellos proceden también de tres de sus cinco libros en gallego, antes mencionados. Se trata de los identificados con los números 5 (de *Mar ao norde*), 6 y 7 (ambos en *Cantiga nova que se chama riveira*) y el titulado *En un álbum* (de *Poemas do sí e non*). Estas adaptaciones nos permiten seguir aquí parte de la poesía gallega de Cunqueiro aunque solo sea a través de esos cinco poemas traducidos por él mismo.

César Antonio Molina, antólogo de una edición bilingüe de la poesía de Cunqueiro (Barcelona, 1983), estima que *Elegías y canciones* «tampoco se inscribe demasiado en el quehacer de los poetas españoles de posguerra, excepto en unos cuantos matices de tono religioso», aunque «hay una general preocupación metafísica más amplia. La presencia de la muerte, el paso del tiempo, la permanencia del amor como consuelo efímero».

Ciertamente *Elegías y canciones* es un libro menos rompedor, menos arriesgado y más de circunstancias, que los tres primeros que publicó en gallego entre 1932 y 1933. El joven Cunqueiro de los años treinta, y así lo reconoció él en diversas ocasiones, estuvo muy influido por las vanguardias —cubismo, surrealismo— y muy

especialmente por poetas como Paul Eluard. Esa *contaminación* se notará en obras como *Mar ao norde*. Otro de sus grandes descubrimientos de esa época fueron las cantigas galaico portuguesas, origen de la poesía neotrovadoresca de *Cantiga nova que se chama riveira*.

En *Elegías y canciones* predomina un tono pesimista, con frecuentes expresiones de resignación y de añoranza. Incluso no es descabellado ver en algunos poemas ecos de algunos autores de la Generación del 27, a quienes Álvaro Cunqueiro estimaba como escritores, al margen de las evidentes diferencias políticas que le separaban de algunos de ellos. Siempre conservó, ya lo hemos dicho, aprecio por la poesía de Rafael Alberti y uno de los incidentes que tuvo durante su etapa como director del *Faro de Vigo* vino de ahí, de la inserción de unos versos del poeta gaditano en el citado periódico. «Una vez», recordaba Cunqueiro al hablar de la censura en la prensa franquista, «por publicar un poema de Alberti dedicado a Valle-Inclán, que salió con un titular demasiado grande, hubo protestas y denuncias». (*La Región*, 8 de julio de 1979).

A propósito de Valle-Inclán (1866-1936), Cunqueiro reconoció varias veces que el autor de *El Marqués de Bradomín*, había influido literariamente mucho en él. Con Valle, además, le unía un parentesco del que se sentía muy orgulloso Cunqueiro. Esa relación familiar fue puesta en duda en algún momento por el propio don Ramón aunque, finalmente, parece ser un hecho cierto y probado. El tema —Cunqueiro se refiere a Valle, en el índice onomástico del *Ulises*, como «mi señor tío»— ha dado origen a múltiples comentarios y pesquisas. Prueba de su interés es que aún había referencias a nuevos hallazgos genealógicos sobre el particular en la prensa gallega de 2010: una trama, en definitiva, muy cunqueiriana.

No obstante, las aficiones teatrales le llegaron a Cunqueiro más por Shakespeare que por Valle. El teatro es con toda seguridad la parcela más desconocida de la obra de don Álvaro, a pesar de que cultivó este género desde su juventud. Salvo dos, todos sus textos dramáticos —algunos muy cortos— los escribió en gallego. Los primeros títulos datan de los años treinta, entre ellos *Rúa 26. Diálogo limiar* (1932); *Xan, o bó conspirador* (1933) y *Posíbel final de drama*, esbozo aparecido en *El Pueblo Gallego* el 13 de enero de 1935. Sus obras más significativas, y también las más representadas en los escenarios, fueron posteriores: *O incerto señor don Hamlet, príncipe de Dinamarca* (1958), *A noite vai coma un río* (1965) y *Palabras de víspera* (1974).

De todas ellas es sin duda *Don Hamlet* la más original. También la más controvertida: el Hamlet de Cunqueiro no mata a su tío, sino a su padre y, para completar el ciclo edípico, planea un matrimonio incestuoso con su madre. Don Álvaro se atrevió a darle una vuelta de tuerca a la tragedia más popular de Shakespeare, convencido de que había «algo no máis fondo do conto que non tiña sido usado polo dramaturgo inglés. (...) E un día veume, coma un lóstrego, a revelación: o Usurpador era o verdadeiro pai de Hamlet. Entón, todo cadraba millor. (...) Esta peza nace como unha explicación máis —pro como a explicación que en

certo modo podemos decir “eterna”— dun suceso chamado Hamlet», señalaba Cunqueiro en una notas fechadas en Mondoñedo en 1973 y destinadas a la segunda edición de la obra, escrita con el ánimo de comprender «este espantoso tema^[11]».

Muy anterior a *Don Hamlet* fue *Rogelia en Finisterre*, la pieza incluida como final de este segundo tomo de sus obras literarias, publicada en *Vértice* en 1941 como acción dramática en seis cuadros. Aunque concebida en castellano, el título no ofrece dudas sobre la localización geográfica de este teatro breve en el que «cinco hombres vencidos», aislados y sin esperanza, creen encontrar la salvación a su trágico destino —«morir en paz»— en Rogelia, la única superviviente de un naufragio ocurrido en aquellas costas de Galicia. Estas cinco almas en pena, que habitan en el «cabo del mundo, donde no hay mundo, demonio ni carne, pero donde había hambre, hambre negra», ven en aquella mujer su última oportunidad.

—Le venimos a pedir, Rogelia, que escoja en nosotros el padre de un hijo que se llame Gabriel y nos entierre a todos.

Si Cunqueiro fue a contracorriente en su obra narrativa, en el teatro aún llegó más lejos, hasta el punto de que su producción dramática, «vista hoy, resulta de una gran originalidad y de una fascinante modernidad. Con sus propuestas, obras y esbozos teatrales, el gran escritor se adelantó a su época y momento, más que en la novela, artículo periodístico o poesía», reflexionaba el profesor y director teatral Ricard Salvat (1934-2009) en el monográfico dedicado a Cunqueiro por la revista *Ínsula* (número 536, 1991). «La verdad es que cuando se lee hoy *Rogelia*», añadía Ricard Salvat, «su apasionante, difícil y, a su manera, bien construida pieza teatral, (...) pensamos que no era de extrañar que este teatro irritara a las gentes adocenadas del espectáculo español hasta llegar a despreciarlo».

Además de *Rogelia en Finisterre*, Cunqueiro elaboró otra pieza en castellano — *Érase una vez*, representada en Vigo en 1938— e insertó distintos textos dramáticos en varias de sus novelas. Merece muy especial mención *Romeo y Julieta, famosos enamorados*, incluida en *Las crónicas del sochantre*. Se trata de una particular versión de la obra de William Shakespeare, autor por el que Cunqueiro ya dijimos que sentía gran devoción —baste como ejemplo su *Don Hamlet*— y al que dedicó algunos artículos y ensayos, entre ellos el titulado *As mil caras de Shakespeare*, aparecido en la revista *Grial* (número 6, 1964). Aquel mismo año, con motivo del cuarto centenario del nacimiento del dramaturgo inglés, Cunqueiro escribió que «Shakespeare anticipa e resume tódalas nosas filosofías dramáticas e as outras, as do desespero e do absurdo, e non embargantes el restablece no desenlace radiante das súas tragedias máis negras unha xustiza e un sereno equilibrio do mundo^[12]».

Al igual que en el teatro, Álvaro Cunqueiro presintió con tiempo que la caída del telón de su propia vida estaba cerca porque la enfermedad, las complicaciones derivadas de la diabetes y de la insuficiencia renal que padecía, le fue minando la

salud mes a mes. Había asegurado varias veces no temer a la muerte, con una salvedad: no fallecer de repente, sin tiempo para despedirse. En parte, pudo cumplir este deseo, aunque debilitado por las dolencias. Su hijo César, en un emotivo artículo titulado *Memorias dopai (A Nosa Terra, 1991)*, escribió sobre este tiempo del inevitable adiós, en el que no faltaron momentos de desánimo («Non sei, teño a sensación de ter vivido para nada, de que perdín o tempo, pasóu a vida»), casi siempre superados:

«... cando comenzou o proceso das suas doencias, deunos aos seus familiares e amigos un exemplo imarcesíbel de coraxe e de valor e de serenidade diante do inevitábel. Ao comenzó, optimista, negaba a enfermidade, facía plans e mesmo, en certas xeiras, mellorou por un milagre da vontade. Afinal, na diálese, case cegó, pero coa cabeza como nos seus mellores tempos, aceptou triste e tranquilamente a morte. Falaba ás veces diso pudorosamente (“Qué mágoa ter que deixar-vos!” ou, “isto acába-sel”) pero sempre sen laios nen lamentos. Foi o asombro dos médicos como enfermo^[13]».

Mantuvo la lucidez y la memoria hasta el final. En una entrevista efectuada por César-Carlos Morán Fraga (*O mundo narrativo de Álvaro Cunqueiro, 1981*) apenas dos meses antes de su muerte, Cunqueiro relacionaba los recuerdos de su infancia con el aroma que había en su casa cuando se cocía pan. Si alguno de sus amigos de Mondoñedo le traía una hogaza a su piso de Vigo, «ó pouco toda a casa cheira a aquel pan, e para min é como a magdalena de Proust... entón volve toda a infancia^[14]». El pan, esa fragancia del pan recién horneado, se ha colado decenas de veces entre las páginas de su obra. Hemos puesto algunos ejemplos en este prólogo. Existen muchos: siempre hay un personaje de Cunqueiro dispuesto a conmovirse con el olor y el sabor del pan. Nada mejor que el pan explica y define su ideal de escritura, como metáfora de lo más puro, de lo esencial: «Quiero contar llano y sencillo, como quien come pan», le dijo en 1975 a su amiga y colega la novelista y académica Elena Quiroga.

Contar llano, sencillo y bien. Eso fue lo que hizo Álvaro Cunqueiro a lo largo de medio siglo —día a día, folio a folio—, sin dejar de teclear a dos manos —en realidad con solo dos dedos— aquella vieja Smith Premier que rompía el silencio de Mondoñedo. Hasta que se apagó la llama de la vida y quedó en penumbra el mundo de los sueños:

*e agora xa sabes
por un eco lonxano
en qué perdiche a vida
sin saber que a vida xa non volve, nunca, endexamáis.
A vida mesmo é o eco dun sono*

que agora sabes que o tiveches, por un eco^[15].

MIGUEL GONZÁLEZ SOMOVILLA
El Escorial, 24 de enero de 2011

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

AA. VV.

Homenaxe a Álvaro Cunqueiro, Grial, número 72, Vigo, 1981.

Homenaxe a Álvaro Cunqueiro, Universidade de Santiago de Compostela, 1982.

Sonar-Soñarse. Álvaro Cunqueiro (1911-1981), ínsula, número 536, Madrid, agosto de 1991.

O mundo de Cunqueiro, A Nosa Terra, Vigo, noviembre de 1991.

Álvaro Cunqueiro, Boletín Galego de Literatura, Monografías, Universidade de Santiago de Compostela, 1992.

Congreso Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo 1991), Actas, Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 1993.

Álvaro Cunqueiro (1911-1981), catálogo del Círculo de Bellas Artes de Madrid, Diputación de Pontevedra, 2003.

ALONSO MONTERO, Xesús, *Os escritores galegos ante a guerra civil española (1936-1939)*, Galaxia, Vigo, 2006.

ÁLVAREZ, Marta, *Álvaro Cunqueiro. La aventura del contar*, Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, Lausana, Suiza, 2010.

ARMESTO FAGINAS, X. F., *Cunqueiro: Unha biografía*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1987.

CUNQUEIRO, Álvaro

Obra en galego completa, Galaxia, Vigo, 1980-1991 [i. *Poesía e teatro*, II. *Narrativa*; III. *Semblanzas*; IV. *Textos de ensato*].

El envés, Editorial Táber, Barcelona, 1969 [Antología de artículos en el *Faro de Vigo*].

Antología poética, Plaza&Janés, Barcelona, 1983 [Edición bilingüe a cargo de César Antonio Molina].

Tesoros y otras magias, Tusquets Editores, Barcelona, 1984 [Edición de César Antonio Molina].

Cunqueiro en la radio, Fundación Barrié, A Coruña, 1991 [Artículos en Radio Nacional de España, 1956-1981, con introducción de Xosé Filgueira].

Papeles que fueron vidas, Tusquets editores, Barcelona, 1994 [Artículos en *El Noticiero Universal*, 1973-1975, edición de Xesús González Gómez].

Cartas ao men amigo, Editorial Galaxia, Vigo, 2003 [Epistolario con Fernández del Riego, 1949-1961, edición de Dolores Vilavedra].

Viajes y yantares por Galicia, Alvarellos, Santiago de Compostela, 2005 [Artículos en *Vida Gallega*, 1954-1956],

El laberinto habitado, Nigratrea, Vigo, 2007 [Artículos en *Destino*, 1961-1976, edición de María Liñeira],

Viaje a Lugo, Alvarellos, Santiago de Compostela, 2011.

- FERNÁNDEZ DEL RIEGO, Francisco, *Álvaro Cunqueiro e o seu mundo*, Ir Indo, Vigo, 1991.
- FORCADELA, Manuel, *A mecánica da maxia. Ficción e ideoloxía en Álvaro Cunqueiro*, Vigo, Galaxia, 2009.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Anxo, *Hamlet e a realidade cunqueirana*, Centro Ramón Piñeiro, Santiago de Compostela, 1995.
- GONZÁLEZ-MILLÁN, Xoán, *Álvaro Cunqueiro: os artificios da fabulación*, Galaxia, Vigo, 1991.
- GREGORIO GONZÁLEZ, Manuel, *Don Álvaro Cunqueiro, juglar sombrío*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2007.
- MARTÍNEZ TORRÓN, Diego, *La fantasía lúdica de Álvaro Cunqueiro*, Edicións do Castro, Sada, A Coruña, 1980.
- MERA FERNÁNDEZ, Montse, *El periodismo de Álvaro Cunqueiro. «El envés» como columna original de la prensa española*, Diputación Provincial de Lugo, 2007.
- NICOLÁS, Ramón, *Entrevistas con Álvaro Cunqueiro*, Nigra, Vigo, 1994.
- PÉREZ BUSTAMANTE, Ana Sofía, *Las siete vidas de Álvaro Cunqueiro*, Universidad de Cádiz, 1991.
- QUIROGA, Elena, *Presencia y ausencia de Álvaro Cunqueiro*, Real Academia Española, Madrid, 1984.
- RODRÍGUEZ FER, Claudio, *A literatura galega durante a guerra civil (1936-1939)*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1994.
- RODRÍGUEZ VEGA, Rexina, *Álvaro Cunqueiro, unha poética da recreación*, Edición Laiovento, Santiago de Compostela, 1997.
- , Rexina y Morán, César, *Álvaro Cunqueiro. Fotobiografía sonora*, Ovirnos, Lugo, 2009.
- SANFIZ FERNÁNDEZ, Concepción, *Claves para un análisis comparativo de la narrativa de Italo Calvino y Álvaro Cunqueiro*, Diputación Provincial de Lugo, 2000.
- SPITZMESSER, Ana María, *Álvaro Cunqueiro: la fabulación del franquismo*, Edicións do Castro, Sada, A Coruña, 1995.
- TARRÍO, Anxo, *Álvaro Cunqueiro ou os disfraces da melancolía*, Galaxia, Vigo, 1989.
- VILLANUEVA, Darío
Da palabra no tempo, Espiral Maior, A Coruña, 2007.
O realismo marabilloso de Álvaro Cunqueiro, Fundación Alfredo Brañas, Santiago de Compostela, 1996.

NOVELAS Y RELATOS

UN HOMBRE QUE SE PARECÍA A ORESTES

—*Ha llegado un hombre que se parece a Orestes.*

—*A Orestes sólo se parece Orestes.*

—*Luego, ha llegado Orestes.*

ESQUILO: *La Orestíada.*

La niebla abandonaba lentamente la plaza. Se podía ver ya la alta torre de la ciudadela sobre los rojos tejados, y las golondrinas salían de sus nidos, dejándose caer con las alas abiertas para el primer vuelo matinal. En una casa frente al palacio, una mujer abrió una ventana, se asomó y tiró a la calle unas flores marchitas. Un labriego con un azadón al hombro, montado a mujeriegas y a pelo en un asno ruano, cruzó la plaza en dirección a la puerta del Palomar, la más baja de todas, casi un postigo, empedrada de chapacuña a la portuguesa, y la única que siempre estaba abierta y sin guarda. Cerca de la puerta, en la esquina de los soportales, unas campesinas posaban en el suelo cestas con ristras de cebollas. Eran cuatro, una vieja flaca y arrugada, que ataba en la cabeza un pañuelo rojo, y tres muchachas. Las jóvenes llevaban el cabello suelto, que les caía por la espalda hasta la cintura. Era la moda labriega del país para solteras. Charlaban y reían colocando las cestas, arreglando las ristras de cebollas doradas, de cebollas rojas, de cebollas azules.

—¡Madrugamos! —exclamó el del asno ruano dirigiéndose a las mujeres.

—Hoy es día de ofrecerles cebollas a los santos Cosme y Damián —aclaró la vieja, mientras se ataba el delantal blanco.

—¡Que nos ayuden! ¡Se me pasaba! Cuando regrese de echar el agua, yo mismo les llevaré una ristra.

Detuvo el asno y se volvió para echar un vistazo a las cestas.

—¡No son malas esas! ¡Sicilianas dulces! Yo las cosecho muy decentes, de pico, que para ensalada de parida no hay otras.

—¡El mayordomo de los santos no estará de parto! —rió la vieja.

—Yo no le llevo las cebollas al mayordomo, aunque él se coma su precio o se lo beba, que las ofrezco a los santos hermanos, que nacieron de un vientre, Cosme el primero, de cabeza, y con la mano derecha tirando de un pie de Damián, que venía detrás. Según las pinturas de la Basílica, traían un letrero con su nombre en la perrera, que por lo que allí se ve, ya nacieron cubiertos. La madre fue una señora muy fina, con pámela ceñida de trenzados de rosas. Cuando yo era niño, creciendo todo mi cuerpo naturalmente, y mi cabeza a compás, se me quedaban las orejas chiquitas, como cerezas, tanto que no oía las palabras largas, esas que los gramáticos que estudiaron mi caso llamaron trisílabas o polisílabas, que no daban entrada, lo que solamente podían hacer las palabras pequeñas o monosílabas, como *sí*, *no*, *pan*, *can*, o silbidos, y me llevaron unas tías mías, que eran pasteleras, ofrecido a los santos hermanos con unas orejas postizas de masa de bollo suizo, y a poco de la romería las mías tomaron su marcha con prisa, y aquí estoy ahora con ellas bien naturales.

Se quitó la gorra para que se las viesan a sabor.

—¡Un poco alargadas! —comentó la más joven de las muchachas, una rubia risueña.

—¡Ya había oído yo ese milagro! —acordó la vieja—. ¡No sabía que habías sido tú!

—El milagro anduvo en coplas —afirmó el labriego, arreando al asno con la

boina.

Saliendo de la plaza por la puerta del Palomar se veía toda la huerta de la ciudad, tendida en el círculo que formaban ocres y estériles colinas. Se sabía por dónde iba el río por los altos chopos de las dos orillas. El palomar estaba cabe la puerta, redondo, tejado a cuatro aguas y con dos filas de agujeros de buche para las zuritas, debajo del alero. Caleaban el palomar por la Ascensión del Señor, y una vez hecho el encalo, y dada una mano de almagre a la puerta, el pintor renovaba la leyenda sobre el dintel: PALOMAR DE BRAVAS DEL REY. El camino que subía de la vega a la ciudad, al llegar al palomar se partía en dos, que volvían a unirse a la sombra de una higuera, ya junto al foso, en el umbral de la puerta.

Un hombre estaba sentado en el banco de piedra adosado al palomar. Se levantó apoyándose en el grueso bastón, como despertando sobresaltado de una dormitada, y dio unos pasos para mejor poder contemplar la curva de la muralla, que allí mismo iniciaba la bajada hacia los baluartes, encima del molino y de los abrevaderos, en un canal del río. Entre las oscuras piedras cuadradas florecía la valeriana, y aquí y allá la hiedra trepaba hasta las almenas. Las lluvias invernales habían trabajado en los cimientos de un cubo, que al fin se había derrumbado. Más abajo, ya en los baluartes, en cuerdas tiradas de almena a almena, colgaba ropa a secar. Por la brecha que hacía el cubo derruido se veía parte de los jardines del Estudio Mayor. Lentamente el hombre se dirigió hacia el foso, y antes de llegar al puentecillo de madera, con el pie derecho impulsó un guijarro a las aguas verdosas, en cuya superficie flotaban los albos botones de la rosamera. Se detuvo junto a las vendedoras de cebollas.

Era muy alto, y casi ponía los rizos de su frente en el farol de aceite que colgaba de la bóveda del arco. Sus grandes ojos negros lo miraban todo amistosa y demoradamente. Señaló con el bastón una de las cestas de cebollas. En el anular de la mano con que sostenía el bastón brilló la enorme piedra violeta de la sortija.

—¡Doce reales nuevos, señoría! —dijo la vieja—. ¡Un príncipe con un paralís no le manda mejores cebollas a los santos Cosme y Damián!

El hombre del bastón y la sortija cumpliría treinta años. Cortaba la barba redonda, dulcificando un mentón agudo. Tenía el pelo de la cabeza castaño oscuro, pero el de la barba era negro. Pese al mirar amistoso, los delgados labios no parecían dados a la sonrisa. Llevó la mano izquierda al cuello y se acarició, pensativo. Las muchachas lo miraban. El jubón azul lo llevaba desabrochado, y le asomaba el entredós que bordeaba la fina camisa blanca.

—¡Doce reales es un pedir! —dijo una de las muchachas, levantando una ristra de cebollas.

—¡Los santos tienen memoria del coste de la ofrenda! —aseveró la vieja.

Habían llegado más mujeres con sus cestas de cebollas y jarrillos de barro blanco llenos de miel, y un pequeño mercado se hacía bajo los soportales de la plaza. El hombre del jubón azul, sin responder palabra a la oferta que le hacían, pasó por entre compradores y vendedores, y se dirigió hacia la fuente. Posó el bastón en el suelo,

metió las manos en el agua del pilón y las llevó después al rostro. Por tres o cuatro veces lo hizo. Mantenía las palmas mojadas contra las soleadas mejillas durante unos instantes. Un mendigo se le acercaba, sonriéndole, mostrándole una jaula de mimbres pintados de verde y de rojo, dentro de la que volaba un mirlo. Desdentado, silbidos le salían al mendigo envainados en las palabras.

—¡Canta de iglesia y de profano! ¡No hay otro! ¡Las mujeres empeñadas en ofrecerles cebollas a Cosme y Damián! ¡Ya que no hay músicos en la ciudad, llevémosles a los hermanos médicos un cantor! Te lo pongo a prueba en la taberna.

Sacó la gruesa lengua y se lamió los labios. Escupió un pelo de la barba intonsa, selvática y canosa, y volvió a sonreír, moviendo la jaula, ofreciéndosela, sostenida con las dos manos, al extranjero.

—¿Porque tú eres extranjero, no? —preguntó el mendigo, serio de pronto, los vivos ojillos posados en los grandes ojos negros del hombre del jubón azul, el bastón de caña con puño de plata y la sortija de oro con la piedra violeta. Y como a tientes de ciego, o mejor, como lamiendo la mirada de aquellos ojillos que brillaban bajo las espesas y revueltas cejas, recorría el rostro del extranjero, o de lo que fuese, se fijaba en las ricas ropas, en la hebilla del cinturón que figuraba una serpiente que se anillaba en un ciervo, y en las finas manos, y en el puño de plata del bastón. Y en las altas botas cubiertas del verdoso lodo de los caminos de más allá de los montes, más verde cuanto más seco.

—Si eres extranjero, tienes que ir al juez de forasteros, al que dirás tu nombre. Te pondrán un sello rojo en la palma de la mano derecha. Tendrás que declarar tus posibles. ¿Qué moneda traes?

El extranjero, o lo que fuese, metió la mano derecha, mojada como la tenía, en un bolsillo interior del jubón, y sacó una moneda de oro. Se la mostró al mendigo, quien seguía ofreciendo la jaula, sostenida con las dos manos. Y fue entonces la sorpresa de que el mirlo, al ver el oro, se puso a silbar una marcha solemne, aprendida acaso de los pífanos de la ciudad, como de entrada de rey o de galera, una marcha que marcaba los graves pasos o el golpe unísono de los remos, y entre boga y boga, el trino subía como quien iza una bandera amarilla.

—¡Esto es de profano! —exclamó el mendigo—. ¡Es la parte que llaman de «El león entra por puertas»! ¡Piripán, pan, pan, tiró, tiró, piripán! Estuvo prohibido muchos años, y se puso de moda cuando suprimieron la censura, y por eso la sabe mi mirlo. Los niños gritábamos en la plaza, escondiéndonos detrás de las columnas: «¡Que entra el león!», y decían que al oírnos, los reyes se escondían en una cámara secreta que tenían. Nunca se supo quién había inventado ese juego.

—¿Qué es de los reyes? —preguntó el extranjero, si es que lo era, guardando la moneda de oro. Lo preguntó con voz amable pero distante, por simple curiosidad, como si nada le importase de los reyes de aquella ciudad, y solamente lo hiciese por cortesía hacia aquel mendigo peludo, sucio y harapiento.

—Nada, no hay novedad. Una noche, un mosquetero licenciado, borracho

perdido, que trabajaba de león en la pantomima de San Androcles en el teatro, salió vestido con la piel de la fiera, y gritó desde la torre, donde le dejaban abrigarse en las noches de lluvia: «¡Que viene el león!». Los reyes, según los senadores que nos gobiernan, corrieron a esconderse en su cámara secreta y tardaron en salir un mes, que con el susto se les había olvidado la palabra que abría la puerta. Un criado del magistrado de linternas me aseguró que se les había olvidado la palabra porque el susto los encontró fornicando.

El extranjero, o lo que fuese, y el mendigo entraron en la taberna. El oscuro vino del país, cuando hubo llenado los vasos, se coronó a sí mismo con cincuenta perlas iguales. El mendigo no podía apartar su mirada de los ojos del hombre del jubón azul. Vació el vaso de un chope, y comentó:

—Si hace unos veinte años hubiese llegado a la ciudad un hombre como tú, tan rico y tan lacónico, y yo hago correr la voz, la boca metida en el oído del interlocutor, claro, o simplemente apretando una mano en las tinieblas, de que había llegado el león, habría que cortar el miedo con un cuchillo para poder entrar en cualquiera de nuestras posadas.

El hombre del jubón azul bebió a su vez, a sorbos, paladeando más que el vino de aquella hora el recuerdo de un vino de otros días. Se limpió los labios con un pañuelo que llevaba en el bolsillo de la manga derecha del jubón, y sonriendo le dijo al mendigo:

—No, no te pregunto si el león tenía el nombre de un hombre.

PRIMERA PARTE

I

EL oficial de Forasteros se puso el sombrero de copa, adornado con las dos hebillas de plata, y requirió el paraguas, pero al llegar ante la puerta de su despacho vaciló, y finalmente volvió el paraguas al paragüero y colgó el sombrero en la percha, una amplia cuerna de ciervo sobre el cofre de los legajos. Se sentó ante su mesa, en el sillón giratorio, y de un bolsillo del chaleco sacó el reloj. Abrió la tapa posterior, y extrajo un papelillo doblado, que posó encima del vade verde.

—¡Hace diez años que no recibo un parte sobre este asunto! —comentó mientras guardaba el reloj. Y se sorprendió a sí mismo de haber hablado en voz alta.

Pero el asunto era el asunto. Se repantigó en el sillón, cruzó las manos tras la cabeza, y con la mirada fija en el papelillo doblado recordó todas sus intervenciones en aquel caso.

El oficial de Forasteros tenía un tío en las postas reales, llamado señor Eustaquio, al cual correspondía el revisado de mojones de legua, que estaba ordenado que siempre tuviesen la numeración clara: «A Tebas, doce leguas». Y por amor, de su oficio, y porque tenía fina letra de lápida a la manera antigua, él mismo pintaba los mojones, y añadía debajo del numeral una seña, poniendo aquí una liebre y allá una paloma, un lobo o un san Jorge, y así las leguas eran llamadas por los viajeros por estas señas, la legua de la liebre, la legua de la paloma, etc. Lo supo el rey Egisto y le gustó la cosa, y quiso conocer al tal señor Eustaquio, el cual era un hombre pequeñito y obsequioso, el pelo muy blanco, miope declarado, algo picado de viruelas y chato, siempre calzado con bota enteriza y excusándose por estar afónico, lo que le obligaba a chupar hojas de menta. Eustaquio hizo delante de Egisto una muestra de letras y señas en una pizarra, y el rey mandó que desde aquel punto y hora solamente el señor Eustaquio pondría el título en los papeles reales. Con lo cual Eustaquio pasó a ser el hombre de los secretos regios, y tuvo derecho a dormitorio con retrete en el palacio. Eusebio, el oficial de Forasteros, recordaba las visitas del tío Eustaquio a su casa, que salían todos a la puerta a recibirlo, y su madre, la hermana de Eustaquio, quemaba papeles de olor y hervía vino con miel.

Eusebio tomó la costumbre de acompañar al señor Eustaquio, después de la visita, hasta la puerta de palacio, y el tío posaba la mano derecha sobre el hombro del sobrino durante todo el tiempo que duraba la caminata, y le agradecía con medio real la compañía. Un día el padre de Eusebio le dijo a este que había llegado la hora de pedirle un empleo al tío Eustaquio.

—La prisa es, hijo mío, porque vas creciendo y tienes ya la talla del tío Eustaquio, y aunque todavía le gusta subir hasta palacio con la mano derecha apoyada en tu hombro, ya con tus medras no va cómodo. Como sigas creciendo así y no pueda llegar fácil a tu hombro con su mano, aborrecerá este paseo que ahora le parece de gracioso respeto, y te aborrecerá a ti también. ¡Estos pequeños cuidan muy mucho la presentación!

Se le pidió al señor Eustaquio el empleo para el sobrino Eusebio, y el hombre de palacio estudió en qué podría servirle el sobrino, y cayó en la cuenta de que en los lazos de cintas para atar los legajos, lo que sería novedad para el rey, llevarle cada mañana un legajo con lazo de pompón, otro con lazo de flor, y los de pena de muerte con el nudo catalino de la horca, que es de cuatro cabos, según la moda inglesa. Y así entró Eusebio en los Consejos y Archivos, después de pasar un mes en la casa de una modista de niñas difuntas aprendiendo lazadas, iniciando de este modo la carrera administrativa que había de llevarle a aquel sillón giratorio de oficial del Registro Obligado de Forasteros.

De los lazos, que se los pasó en ocasión oportuna a su hermano Sirio, ascendió a lector de partes en la cámara regia, y por lo bien que pronunciaba los nombres extranjeros lo puso Egisto el primero en la sucesión para la Oficina de Forasteros. Y fue estando de lector cuando, por vez primera, tuvo noticia del asunto. Del asunto Orestes. Había leído el parte detallado de la navegación y arriba de una nave con pasas de Corinto y lana continental, y anunció el siguiente, según costumbre:

—Pliego lacrado, en los sellos una serpiente que se anilla en un ciervo. Salto los sellos, despliego y leo.

—¡Todavía no! —exclamó el rey levantándose del diván en el que, recostado, atendía a la lectura. ¡Espera!

El rey era de mediana estatura, y pasaba el tiempo alisando el espeso bigote rubio con los dedos pulgar y anular de la mano derecha. Era muy inquieto de mirada, tanto que los que estaban largo rato con él llegaban a creer que sus ojos, de un celeste frío, salían de su rostro y se movían por la cámara regia escrutadores. Tenía la boca grande, las orejas en abanico, el cuello ancho y las manos gruesas y cortas. El conjunto era de la solidez del roble.

—¡Espera!

En la frente del rey habían aparecido unas gotas de sudor. Egisto recobró la espada de ancha hoja que había dejado en un cojín, se acercó a la puerta, apoyó la espalda en ella, y con voz ronca que quería aparentar tranquila, ordenó:

—¡Lee!

Y Eusebio leyó:

—El hombre que hace un año compró una espuela en la feria de Nápoles, se parecía a Orestes.

El rey levantó la espada, la hizo girar en el aire, y volvió a sentarse en el diván. Tenía la espada en las rodillas y repasaba el doble filo con el meñique.

—Tienes que aprender todo lo que se sepa acerca de espuelas, y especialmente de las espuelas de Nápoles. Yo tuve una, de las que llaman de cresta de gallo.

Eusebio aprendió todo lo que se sabía de espuelas, leyó tratados, recibió estampas con toda la variedad de ruedas. Lo sabía todo de espuelas. Cuando un forastero entraba a registrarse, Eusebio miraba si gastaba espuela.

—¡Andaluz! —afirmaba, sonriendo.

Y no fallaba. Y ahora, al cabo de tantos años, cuando ya todos habían olvidado el nombre nefasto, este aviso. Sería un falso Orestes, como los otros. Hubo varios. Aquel que le murió el caballo a la puerta del mesón de la Luna. Era muy mozo. En el tormento dijo llamarse Andrés y estar huido de su madrastra, que lo requería de amores en los plenilunios. En una vuelta en el tormento, de las que llaman de respunte, que es la segunda de la cuestión del torcedor, se le llenaron los ojos de sangre, dio un grito y expiró. Una semana después apareció la madrastra preguntando por él. Era rubia, muy hermosa, con un gran escote. La encontraron unas lecheras que venían de alba a la ciudad, ahorcada en el olivar del Obispo. Salió un romance con el caso. Dos años después, aquel otro, el de la mancha en el hombro izquierdo en forma de león. Lo denunció una de las pupilas de la Malena, una tal Teodora, muy bonita morena, que después se salió sostenida y paró en las Arrepentidas y más tarde puso una frutería. Este aguantó en el potro y en el chorro. Decía que era celta, y que andaba por voto vagabundo. Nunca había oído hablar de Orestes. Pero ¿cómo dejarlo libre? ¿No sabía ahora quién era Orestes? Sí, lo sabía todo de Orestes, y a lo mejor, suelto y por vengarse, se hacía Orestes, el pensamiento y la espada de Orestes, la sed de Orestes, consideró Egisto. Por seis monedas un soldado le puso la zancadilla y lo hizo caer por las escaleras de la torre.

—¡Qué casualidad! —dijo el capellán, que le había tomado afición.

Se abrió la cabeza contra una cureña, y quedó parte de su sesada mismo encima del escudo real que decoraba el cañón. Hubo otro, vendedor de alfombras, que quedó por loco en perpetua con grillos, y otro que quiso escapar y acabaron con él los alanos del rey cuando ya estaba en el postigo del patio. Y al cabo de los años, este aviso. «Serpiente anillando un ciervo en la ciudad». ¿Todavía Orestes? Pero ¿lo habría habido alguna vez aquel Orestes?

Eusebio abrió el cajón de su mesa, para lo cual necesitó tres llaves diferentes, y sacó de él una libreta con tapas de hule amarillo. Allí estaba, resumido, el asunto Orestes. Sí. Un hombre en la flor de la edad llegaba, por escondidos caminos, a la ciudad. Traía la muerte en la imaginación, que es esta cosechar antes de sembrar, y tantas veces en el soñar había visto los cadáveres en el suelo, en el charco de su propia sangre, que ya nada podría detenerlo. En el pensamiento de Orestes, la espada tendría la naturaleza del rayo. La inmunda pareja real yacía ante él. Durante años y años, Orestes avanzó paso a paso, al abrigo de las paredes de los huertos, o a través de los bosques. El oído del rey era el amo del rey. Egisto escuchaba el viento en el olivar, los ratones en el desván, los pasos de hierro de los centinelas, la lechuza en el campanario, las voces y las risas en la plaza, a medianoche. ¿Orestes? A su lado, arrodillada en frío mármol, su mujer se echaba el largo y negro cabello sobre el rostro. Y sollozaba.

Eusebio se rascaba el mentón, hojeaba la libreta.

—Supongamos que llega Orestes. Lo prendemos y a la horca. Supongamos que no lo podemos prender y que entra, sigiloso, en palacio. ¿A quién va a matar? ¿A

aquellos dos viejos locos, escondidos en su cámara secreta, vestidos de harapos, que nadie conoce ya, cuyos nombres olvidaron las gentes, huesos cubiertos de marchita piel, corazones que laten porque el miedo no les deja detenerse? Los niños de la ciudad creían que Orestes era un lobo. La verdad es que ya nadie nombra a Orestes salvo el mendigo Tadeo, el del mirlo. ¿No sería hora de acabar con aquel asunto? Ni se sabía si Orestes era rubio o moreno. Alguien inventó que un tal Orestes venía a vengar a su padre, asesinado por Egisto, que se había metido en la cama de su madre, y entonces comenzó la vigilancia, se alquilaron espías, se mandaron escuchas, se pusieron trampas en las encrucijadas, se consultaron oráculos. ¿Cuántos años no duraba aquello? ¿Quién seguía dirigiendo aquella búsqueda secreta? Lo más probable es que Orestes, de tanto andar en barco, hubiera naufragado, o se hubiese casado en una isla y ahora fuese dueño de una parada, pues salía en los textos como domador de caballos. Y si sabía disfrazarse tan bien como suponía Egisto, sería comediante en Venecia o en París. Pero Eusebio había jurado su cargo. Tenía que registrar a todos los forasteros que llegaban a la ciudad y descubrir si alguno de ellos era el secreto Orestes. Recordaba Eusebio que hacía años que había hablado del asunto Orestes con un capitán de la caballería, un tal Dimas, muerto de una pedrada en la revuelta del año sin trigo.

—Eusebio —le dijo el capitán—, me temo que mientras vivas siempre tendrás entre manos el asunto Orestes. Y ellos, los reyes, no podrán morir si no viene Orestes. El pueblo estará ese día como en el teatro. Quizá solamente falte el miedo. Habría que hacer algo de propaganda secreta, para que viniese a batir las puertas, como un viento loco. ¡Yo apuesto por Orestes!

Y tras asegurarse de que estaban solos en el campo, levantando la voz y llevando la diestra mano a la visera del casco emplumado, añadió solemne:

—¡Siempre hay que estar en el partido de los héroes mozos que surgen de las tinieblas con el relámpago de la venganza en la mirada!

—¡Coño, eso parece de la tragedia! —había comentado Eusebio. Pero él cobraba por descubrir a Orestes, y debía registrar al forastero que le señalaban en el aviso.

II

YO nací —dijo el mendigo Tadeo— de un padre loco, al que le daba por salir a la calle a enseñar gimnasia helénica a los perros, y se hacía entender de ellos por voces extrañas y ladridos imitados, tal que los perros le seguían y los más terminaban dando las vueltas que él mandaba, y poniéndose en dos patas. Finalmente dijo que iba a lograr un perro volador, y eligió el foxterrier de la viuda de un solador de zuecos, a la cual prometía —estando los tres, padre, perro y viuda envueltos en una misma manta, que la viuda era muy friolera en sus septiembres— sacos de dinero si el perro volaba desde las más altas torres a su regazo, haciendo ochos en el aire. El foxterrier, que se llamaba Pepe, no pasó de la primera prueba, que era volar desde el campanario menor de la basílica a la plaza. Saltó y cayó como bola de plomo, destripándose. La viuda lloraba, pero los entendidos alabaron la voz de mando de mi padre, que obligó al foxterrier al salto. Mi padre era de la ciudad, pero mi madre vino de afuera, en un velero del lino. Te digo que era muy hermosa, con su pelo rubio y sus ojos azules, siempre sentada en el patio, los pies descalzos al sol, posados en flor de genciana. Nunca se supo el porqué de haberse quedado en tierra cuando zarpó el velero, pero la tomaba las más de las noches una pesadilla que la despertaba, y entonces corría hacia la ventana, gritando que se tiraba al mar y que no quería volver. Mi padre la acariciaba, le ponía paños calientes en la nuca, y le hacía beber una copa de anisete. Se llamaba Laura, y aseguraba no recordar nada de su familia, salvo de una tía que calcetaba medias dobles de invierno para el rey de su ciudad, uno de los que fueron a Troya, y allí lo favoreció la lepra, tal que tuvo que salirse de la batalla y perderse por los bosques tocando la campanilla. En su isla lo tienen por santo y andan buscando sus restos por todas las selvas, que corrió la novedad de que volaban hacia él cuando dormía las palomas torcaces y le lamían el rostro, de modo que cuando murió, su cuerpo era una podredumbre, pero la cara la tenía de mozo, y la barba dorada. Lo que es doble milagro, si te fijas bien, ya que sabes que los palumbus no pueden echar la lengua fuera de la caja del pico.

Tadeo era solamente ojos, labios carnosos, y aquella enorme lengua roja que sacaba a pasear por los labios. El resto de su cabeza y rostro era una maraña de pelo canoso, que le cubría las orejas y las mejillas hasta la nariz. Mientras hablaba, sus pequeños ojos, claros y vivaces, lo vigilaban todo, el fuego que ardía en el hogar, las gentes que entraban y salían, la moneda de cobre que al suelo caía al dar una vuelta el tabernero, de qué barrica echaba, o si el gato se acercaba al plato de mollejas salteadas. Tenía la voz muy varia de tonos, y musical, lo que le vendría de las tertulias suyas con los mirlos a los que enseñaba marchas y tonadas.

—Con mi madre tan delicada y los pies al sol, y mi padre paseando en busca de perros para su catequesis, yo crecí libre, vagando por la plaza y las huertas, ladrón de uvas y de higos, velando nidos, viendo hacer la instrucción a los quintos, y al anochecer ayudando, por la merienda, a encender el horno en la tahona. Algún día

que otro mi madre tenía humor para enseñarme las letras, y yo aprendía por libre algo de música con el bombo de la charanga real, que vivía cerca de nuestra casa, y el cual era como eco, que de todas las piezas y óperas no sabía más que las frases a las que tenía que estar atento, porque daban entrada a sus golpes. Ya tenía yo trece años, o catorce, cuando un día encontraron a mi padre muerto en un prado, con doce perros alrededor, que debían estar aguardando su voz de mando. Mi madre lo lloró muy bien, puso un paño de luto debajo de los pies, encima de la flor de genciana, y acordó pedir una pensión al rey por ser viuda de hombre célebre. Un escribano venía a casa a redactar la instancia, que no daba perfilada porque quería acompañarla de un tratado sobre la disposición de los caninos para el baile, y a mí me sopló la criada vieja de la tahona que a lo mejor le estaban naciendo cuernos al difunto. Me puse a espiar, y logré ver a mi madre en camión, abrazando al escribano. Interrumpí el trance, y mi madre, llorando, me dijo que me equivocaba, que estando de siesta le había entrado la pesadilla, confundiendo al escribano, que entraba en aquel momento, con el mar, y de ahí que se arrojara en sus brazos. El escribano temblaba desde el tupé hasta el tintero, y yo decidí ir a ver cómo era el mar, abandonando con lágrimas en los ojos la ciudad natal, lo que no tenían necesidad de hacer los murciélagos de los soportales de la plaza, que nunca pasaban fuera del arco del Palomar.

Se echó vino y bebió, y se sonó ruidoso con un grande pañuelo a rayas de colores, que más parecía falda de escocés. El hombre del jubón azul lo escuchaba atento, jugando con la sortija de la piedra violeta, y de vez en cuando dejando su mirar encantarse por el vivo fuego de sarmientos que ardía bajo la ancha y ennegrecida campana del hogar. Un narrador de oficio escucharía al fuego contarse historias a sí mismo.

—Once días durmiendo de fortuna, tomando atajos, el estómago vacío, acabada la bolla que me dieron de despedida en la tahona, y reventadas las zapatillas, tardé en llegar al mar. Las olas rompían en las rocas, y al acercarme al faro por un estrecho sendero entre ellas, el agua salada me mojó el rostro. El mar, como ya me suponía, no se parecía en nada al escribano de la instancia. Me quedé sentado en una peña, durante una larga hora, contemplando el juego de las olas en la caleta, y viendo un dos palos que viajaba hacia donde se pone el sol, y me puse a imaginar que en el velero regresaba mi madre a su país lejano, con los sus ojos azules de melancólico mirar, y los pequeños pies descalzos puestos al sol. ¡Ojalá tenga allí flor de genciana para posarlos!, me decía a mí mismo. La verdad es que, poco después de mi huida, mi madre desapareció, dejando abandonada la casa, que es ahora una ruina, y solamente queda cubierta la cocina, que es donde yo me cobijo.

Tadeo necesitó beber dos vasos seguidos para limpiarse de aquellas tristezas y prosiguió:

—Me dijeron los torreros del faro que a mano izquierda quedaba una aldea, donde contrataban forasteros para el corte de leña. Me alistó un hombre rico llamado Petronio, el cual me tomó algún afecto visto cómo cundía en el trabajo, y la amistad

que hice con sus perros y con su perdigón manso, que supe curarle un lobanillo. Me hizo dormir en buena cama, y su hija, una jorobadita llamada Micaela, me dejaba a la puerta, por las noches, una jarrilla con leche... Yo, señorita, no quería contarte mi vida, sino llegar a este punto. La jorobadita andaba triste, y más de una vez la encontré llorosa, sentada debajo de la higuera del patio. Yo sospechaba que la traía desconsolada su jorobía, que era de espinazo curvo y subido, tal que la punta de la corcova le llegaba hasta el cuello. Por delante estaba conforme, y los pechos muy redondos y puestos, y como tenía las piernas finas y largas, como suelen los más de los jorobetas, de frente no desagradaba. De cara era redonda y los ojos almendrados. Yo le hacía finezas de flores que cogía regresando del bosque, le regalé una alondra, le mostré cómo se silba variado con cañas de centeno verde de desigual tamaño, y le enseñé a saltar a la comba, juego de niñas que en aquel país no conocían. Las horas libres, pues, se me iban en consolar a la jorobada Micaela, pero no lograba alegrarla, y aun podía decir que cada día andaba más triste, enflaquecía y se disponía a marchitar. Una tarde de domingo, estando solos en el jardín echando barcos de papel en los canalillos, de pronto Micaela se echó a mí y me abrazó. Yo me puse a pensar si le habrían entrado amores, y si dado el caso de ofrecérseme, visto que por delante no parecía mal, si debía aprovecharme, pese a ser mi huésped y amo su padre, el señor Petronio. Lloraba Micaela abrazada a mí, y yo no sabía qué hacer.

—¡No lo puedo olvidar! —decía Micaela entre sollozo y sollozo.

Y a mis preguntas repetidas contó que hacía un año la había llevado su padre a una gran ciudad vecina, que era de los focenses y puerto libre de greco-galos, donde había mercado de toneles, y el señor Petronio dejó sentada a la hija en un serón de higos pasos, en el muelle, mientras él pagaba a un armador el transporte de los toneles comprados en la feria. Era algo más de mediodía. El muelle estaba desierto, que las gentes estaban en sus casas almorzando, y las más en el real de la feria. Por una calle que salía al muelle entre los almacenes de grano avanzaba un hombre. Alto, la cabeza descubierta, se envolvía en una amplia capa roja. En la mano derecha llevaba una bengala de plata. Al llegar a la altura de Micaela se detuvo y la miró, la paseó toda ella con la mirada de sus ojos negros. Se acercó un poco más. Micaela tuvo miedo, y cruzó los brazos sobre el pecho. El hombre sonrió. Era muy joven. Micaela creía tener ante ella una alta torre o un árbol gigantesco. El hombre era muy hermoso, y estaba perfumado con agua de madreSelva. El intenso aroma llegaba hasta el vientre de Micaela.

El desconocido dejó caer la capa que lo embozaba, y tendió hacia la muchacha el brazo que sostenía la bengala de plata. La punta de la bengala tocó su hombro izquierdo. El hombre sonrió levemente. Ahora se veía lo mozo que era. Por tres veces la bengala tocó el hombro izquierdo de la jorobadita. Una ola de calor invadió el cuerpo de la muchacha. Algo que era a la vez fuego y placer, quemadura y frescor de lima le obligó a cerrar los ojos. Creyó que iba a desmayarse, y tuvo sed, mucha sed. Inmóvil, se dejaba herir. La despertó la voz de su padre.

—¿Te sientes mal? ¡Es que estás sin comer y apenas desayunaste! ¡Vamos, que nos esperan una sopa de nueces y unos pichones!

Micaela se levantó y miró cómo el hombre de la capa roja continuaba su paseo hacia la punta del muelle.

—¿Quién será? —se atrevió a preguntar a su padre, con una voz que a ella misma le sonó extraña, la voz de la mujer desconocida que pregunta en el teatro quién es ella misma.

—Es un príncipe. Todos los días viene varias veces a la orilla del mar a ver si de las aguas sale un caballo, en el que ha de ir a galope a su ciudad a cometer un gran crimen por venganza. El caballo se lo mandará su dios, que no es el nuestro.

—¿Está loco?

—¿Quién lo sabe?

—¿Tiene nombre?

—¡Orestes!

—Fue —concluyó Tadeo— la primera vez que escuché el nombre. El nombre del hombre. El nombre del león.

El hombre del jubón azul se levantó y se acercó al fuego. Nadie lo observó, salvo Tadeo. Tadeo lo vio como se ven el sol y la luna. El hombre del jubón azul se acercó al fuego, lo tocó con la punta herrada de su bastón de caña, y las llamas ascendieron en largas lenguas doradas, derramándose por el suelo y vistiendo las paredes. Fue solamente el tiempo de un relámpago, pero fue.

Cuando el hombre del jubón azul volvió a sentarse y pidió más vino, Tadeo comentó:

—Micaela, en su inocencia amorosa, creyó que había quedado preñada del desconocido, hasta que la desengañó su nodriza. ¡Mira que si el león, paseando, hubiese tenido su primogénito en una jorobada, en tierra de selvícolas y carboneros!

III

EL barquero colgó la pértiga en los dos ganchos de hierro del pedrón de atraque, y sentándose en el escalón, con las largas piernas balanceándose sobre la corriente, encendió el largo y retorcido cigarro negro. El humo que expulsaba por narices y boca, como no había viento, se quedaba sobre el ala de su sombrero, neblina haciéndose y deshaciéndose en suaves curvas azuladas. El río cruzaba ancho y lento por entre colinas pastizales, en las que se veían los rebaños paciando, desplazándose poco a poco desde lo alto hacia los campos de la ribera, donde al atardecer entrarían a abrevar en los pilones de piedra, puestos en escalera, y el agua vertiéndose de los de arriba en los de abajo. A los carneros padres les gusta beber en el chorro. La barca tenía en el centro un tablado redondo para pasar los caballos de los viajeros, y en el medio y medio del tablado, un poste para arrendar las bestias. Los días de fiesta de guardar el barquero ataba en el poste un palo con una bandera negra y oro, que nadie sabía de qué reino fuese, y ya se la había regalado a su abuelo un peregrino. El país aquel, que llamaban del Vado de la Torre, era muy hermoso, con sus prados, sus bosques de abedules y de chopos, y la majestad transeúnte del río. Sus cinco aldeas estaban situadas en la falda de las respectivas colinas, abrigadas del nordeste, las casas pintadas de blanco, y entre casa y casa, higueras y cerezos, y entre pastizal y pastizal, largas filas de manzanos.

El barquero apagó el cigarro cuando ya lo había quemado hasta la mitad, y guardó la punta del resto en una bolsita de cuero que llevaba colgada del cinturón. El oficial de Forasteros se había sentado a proa de la barca, y parecía distraerse viendo las truchas que se acercaban raudas a la orilla, ya porque había brincado al agua un saltamontes, ya porque se había distraído una rana a la espera de una mosca entre los juncos, cuya flor, de un amarillo intenso, aseguraba que acababa de abrir.

—Las gentes van y vienen, señor Eusebio, y puede decirse que este vado es el gran teatro del mundo. Por ejemplo, hombres de obra de treinta años, dos docenas a la semana. Hombres con jubón azul, media docena a la semana. En las ciudades costeras gusta el azul, así como en las del interior el verde, y en las aldeas el negro. ¿Jinetes? Casi todos llegan montados a las orillas, y por eso tengo poste de arrendar en la barca. ¿Conocidos? Los tratantes en lana, por ejemplo, o los criados de los monjes de Simón Pedro, que vienen a poner las nasas por Pascua y por San Juan, y se llevan las arrobas de truchas y de anguilas que piden los severos ayunos de sus amos. Tratantes de lana y criados de frailes, esos son anuales. ¿Más conocidos? El señorío de la ciudad que tiene cortijos en la vega del río, cerca de la foz, y los que vienen a comprar madera, y los que traen el vino de la ribera baja, en pellejos. De estos conozco hasta la edad de sus muías, y el nombre de cada pellejo, que sabes que los titulan con santos mártires. ¡Cientos de conocidos! Cuando la guerra, pasó una muchedumbre, ¡Cientos de desconocidos! Todo barquero es Caronte, señor Eusebio, y pasa a la humanidad entera en su barca.

Eso dijo Filipo el barquero, y se quedó mirando para su señoría el oficial de Forasteros, quien asintió con una inclinación de cabeza a aquella filosofía.

—Y si me preguntas por viajeros raros y curiosos, tengo mi lista. Primero de todos, el monstruo de las dos cabezas, la una de pelo rubio y la otra de pelo negro, la rubia de mujer y la morena de hombre.

Cobran sus padres medio real por mostrarlo en la feria de los Santos Inocentes. La cabeza de mujer tenía castos pensamientos, y pasaba las horas soñando con ángeles que volaban entre llores, y pedía que le pusiesen maestro que le enseñase poesía religiosa, mientras la testa masculina se empecinaba en la cuestión del sexo, y no cesaba de exigir que sus padres gastasen parte de la ganancia en buscarle una pechugona que lo aliviase. La cabeza de mujer gritaba que si aparecía la tal, que a ella le diesen veneno, que no podía valerse, lo que era verdad, que las piernas y brazos del monstruo solamente atendían las órdenes de la cabeza de hombre, y además sólo había sexo masculino.

Me contaron que por consejo de un sabio romano, los padres decidieron separar la cabeza femenina, dejando al lujurioso suelto, que hiciese su vena. Y a la cabeza femenina le pusieron un soporte hecho con cuatro vejigas de cerdo, que habían de estar siempre llenas de aire caliente, y esta era la dificultad de la vida, pero la ganancia de la cabeza como parlante, en las grandes capitales exhibida, lo compensaba. Uno de Buenos Aires que pasó hace dos años en mi barca, me dijo que la había visto allá, y que los que la explotaban, que eran dos libaneses, andaban forrados de plata.

Filipo se levantó para echar un trago de la bota que tenía colgada a popa, y se sentó al lado del señor Eusebio.

—Permíteme que te diga, señoría, que sé por dónde vienes. Recuerda que ya me interrogaste otras veces. Una de ellas —y querías darme tormento, de lo que no te culpo a ti sino a las exigencias de tu magistratura—, cuando aquel caso del jinete de las dos espadas. Ya recuerdas, aquel que se le veía mozo, con el sombrero de pico y las plumas rojas, cuando estaba montado en su bayo, y de pronto desaparecía, y este prodigio se averiguó por un cestero que estaba reparando las nasas de los monjes, un curioso llamado Fenelón por mal nombre, el cual se apercibió de que el mozo era visible a caballo solamente, y en descabalgando, si hacía una seña, se evaporaba y así se estaba, perdido en el aire, salvo si precisaba hacer aguas menores, en cuyo caso se presentaba obligadamente en visible naturaleza.

—Es el argumento de necesidad de que hablan los teólogos griegos en el epítome de milagros —apostilló el señor Eusebio.

—Si ese fuese el hombre que hace tantos años buscáis, y cuyo nombre no pronuncio porque soy apolítico, ya no había reyes en tu ciudad.

Obligó a hacer una pausa una libélula que los sorprendió surgiendo de entre los juncos. Cantaba la vecina alondra, y la tarde, al caer, se envolvía en una capa de oro.

—No —dijo el señor Eusebio—, no era él. Sin embargo, siempre sospeché que

aquel caballero anónimo intentó ver a la infanta. Como sabes, no es fácil. Aun para un invisible de a pie no es fácil. Doña Ifigenia vive en la torre nueva del palacio, que no tiene puerta, y todo el tráfico se hace por roldana, que suben y bajan serones. Ella sube y baja en sillón con espejo. Las ventanas bajas tienen reja, y las de arriba están siempre cerradas, aseguradas con plomo, que a la reina le entró el temor de que le diese a la muchacha por defenestrarse en una melancolía mensual.

—¿Dices «la muchacha»? ¿Cuántos años hace que decimos «la muchacha»?

—Decirle muchacha a la infanta es, ante todo, respetar la Constitución. Y sacas a colación uno de mis grandes temas, que es el de la eterna juventud. Si algún día me hacen senador, mi discurso de toma de posesión versará sobre ello. ¿Nunca has oído hablar de las islas de la primavera perpetua? Te embarcas para ellas, llegas a mediodía, y allá moras feliz, el cuerpo sano, luengos años, siglos más bien. El agua de una fuente prodigiosa te mantiene en la perfecta edad, que son los treinta y tres años, según toda la escuela de Alejandría y los neoplatónicos florentinos. Solamente te es permitido el amor continente, y los banquetes vegetarianos. Lees, paseas, escuchas música, juegas a los bolos, duermes con la cabeza apoyada en un haz de lirios, conversas con las ninfas, ves las puestas de sol, no necesitas gabán, y no hay tuyo ni mío. En Irlanda se discutió si habría, al menos, propiedad de la ropa interior y de los pañuelos de nariz, pero el asunto quedó para tema de concurso, y no he recibido noticia de lo resuelto. Los eruditos en islas de la eterna juventud, o Floridas, coinciden en que tanto como la virtud del agua de la fuente de Juvencia, es necesario para la perpetua primavera corporal que el humano abandone todo apetito sensual y se dedique a perfeccionar un único sueño, que lo habitará todo. Así como los cartujos de Parma andan diciendo por su huerta eso de «morir habernos», los floridos andan diciendo en voz alta su sueño, hasta que llegan a verlo de bulto, como en retablo, o en paso de figuras vestidas, como en el teatro. ¿Me sigues? Que notarás que abrevio esta metafísica para que mejor penetres mi argumento. Entonces, me digo yo, sin estar en ninguna Florida, pero sí en su patria, libre de toda preocupación mundanal, nuestra doña Ifigenia, no teniendo más que un solo sueño, y viviendo y durmiendo con él, viéndolo en los espejos y reconociendo señales suyas en todas las cosas que pasan, desde la lluvia hasta la risa de un niño, o la carrera de un gato por un pasillo, se conservará en su sueño como una muchacha, porque ella sabe que ésta su condición juvenil es necesaria para el cumplimiento de su sueño. Ifigenia moza es necesaria para la venganza. Tanto como la espada del infante vengador.

—Según tú, señor Eusebio, Ifigenia sueña con la venganza...

—En caso contrario, ¿cómo se conservaría moza? La hermana joven, yendo por los soportales en la noche oscura a buscar el hermano y decirle la entrada secreta o la centinela comprada, es *conditio sine quae non*. Todo está estudiado, Filipino amigo. Los augurios no pueden ser puestos en duda: la hermana, en dulce juventud, bella si una hubo, irá a reconocer al vengador que llega en las tinieblas. Y el que no envejezca Ifigenia es una probabilidad mayor de que la venganza pueda llegar

repentina, el día menos pensado. Probablemente, aunque Ifigenia quisiese no podría envejecer. El orden universal descansa sobre las adivinanzas.

—¿Se lleva con sus padres? —preguntó Filipo, curioso de nuevas de las estancias reales.

—Ama a su madre. Eso sí, antes de sentarse a desayunar con ella, la reina Clitemnestra tiene que bañarse, que el aroma del sudor de Egisto que trae de la cama matrimonial corta la leche que bebe Ifigenia. ¡Físicos anduvieron en consulta!

Filipo estaba asombrado de tanta novedad y agradecido a la confianza de Eusebio, el cual había viajado hasta la barca solamente por saber si había pasado por allí uno de jubón azul, y si se sospechaba de dónde procedía. Los que habían pasado con esa ropa de moda eran conocidos, Filipo los había saludado, y uno de ellos le había dejado de regalo, precisamente, aquellas tagarninas de Macedonia que estaba fumando.

IV

TADEO se arrodilló en una arpillera, ante el augur Celedonio, como solía cuando le cortaba a este una uña muy enconada en el pulgar derecho, y el corte se lo hacía cada tres sábados, y aseguraba Celedonio que habiendo tantos y excelentes podólogos en la ciudad, ninguno llegaba al arte por libre de Tadeo, el cual levantaba la uña lentamente, la cortaba en redondo y la limaba por el borde interior, que era donde le apetecía clavar, sin que Celedonio tuviese que dejar de leer varia de arúspices para dar un ¡ay! Tadeo le había pedido permiso a micer Celedonio para que lo acompañase un forastero que había conocido en la plana, y cuyo nombre y nación no había osado preguntar, pero que era un caballero cortés y muy convidador, entendido en hípica y en piedras preciosas, y dado a grandes taciturnias mirando arder el fuego o correr el agua.

—¡Esos son silencios aristocráticos! —dijo Celedonio.

—Es un hombre —había añadido Tadeo— que sabe escuchar. No te interrumpes, y llega un momento en que la historia que le cuentas la sigue a un tiempo con los oídos y con la vista, que de su magín saca estampas para ella, y entonces vas tú y te animas y floreas la historia con adjetivos de sorpresa. Y cuando yo le dije que eras augur titulado y hombre de la Corte, me aseguró que te saludaría con mucho gusto, y que si no tenías inconveniente, para amenizar la tertulia, mandaría traer pan, cecina y almendrados, y media cántara de vino.

—¡Que sea tinto! —pidió Celedonio.

Y allí estaban los tres en la sala de consultas, el forastero sentado en un sillón de cuero, Celedonio en una banqueta poniendo la uña a remojar en agua de citrón, y Tadeo arrodillado a sus pies, amolando la navaja en la piedra. La jaula con el mirlo colgaba en la ventana, a la caricia del sol poniente. Cada vez que Tadeo iba a casa de Celedonio, el augur se veía obligado a encerrar sus cuervos en las jaulas del desván, que desde el primer momento los auxiliares de negra pluma se habían mostrado celosos del ave cantora, y como andaban sueltos por la casa, asaltaban la jaula, por si entre mimbre y mimbre podían darle un picotazo al mirlo. Uno de los cuervos, sobre todo, lo tomó tan a pecho, que pasó una semana larga sin querer adivinar por alfitomancia preñeces o si se encontraría dinero perdido, y Celedonio tuvo que suplirlo por arte magna etrusca degollando pichones, lo que no le dejaba ganancia, cuanto más que Celedonio, por respetos sacralis, no se atrevía a comer las avecillas, regalándoselas a su asistenta, que se las llevaba, decía, para un arroz.

—En este país —explicó Celedonio al forastero—, los augures estamos en las leyes como parte del gobierno, pero hace años que el rey no nos convoca, debido a la penuria del tesoro en lo que toca a la consulta áulica, y en lo que se refiere al demos por temor a que los augurios dados en forma, coincidiendo tripas y estrellas en la misma opinión, se cumplan, trátense de sequía, batalla imperial, paso de cometa, naufragio, peste bubónica o terremoto. Pero hubo tiempos en que se nos escuchaba, y

no se movía una paja sin pedirnos consulta.

Celedonio era pequeño y rechoncho, calvo, la nariz gruesa y abombillada en la punta, y la boca grande, el labio inferior caído. Unos brazos pequeños, como de oficial de juzgado municipal, terminaban en unas manos grandes, gruesas y velludas, debido esta gran pilosidad, según explicaba Celedonio cuando alguien aludía al caso, a la sangre de los patos tadorna tadorna, en cuyas entrañas inquiría si era consultado sobre navíos en la mar. Al augur le afectaban mucho los calores, y aun en invierno solía tener sudorosas la frente y la doble papada. Vestía casulla amarilla, y siempre al alcance de la mano tenía un abanico veronés.

Terminada la obra de Tadeo comenzó la merienda, y a preguntas de Celedonio respondió el forastero, entre vaso y vaso, con aquel hablar sosegado que tenía, que venía de muy lejos y que al caballo en que viajaba le habían asaltado unas fiebres, y que a unas cinco leguas de la ciudad lo había dejado en un mesón, y con el caballo y el equipaje quedaba un criado suyo de confianza.

—El objeto de mi viaje es ver países, tratar gentes, escuchar historias, admirar prodigios variados, ver teatro y conocer caballos padres. En estas dos últimas cuestiones puedo opinar algo —añadió el forastero modestamente—. Y porque de alguna manera habéis de llamarme, don León es fácil, si no tenéis inconveniente.

—No lo hay —dijo Celedonio, tras hacer buches con el tinto y trabajar con el mondadientes, que se le había metido una hebra de cecina entre dos muelas—. En verdad que no lo hay. Yo también soy muy amigo del teatro, don León, pero a los augures nos está prohibido en esta ciudad, ya que el pueblo respetuoso teme que estando nosotros en los tendidos viendo la pieza, apasionados por el protagonista, o de una mujer hermosa que salga, hagamos suertes a escondidas dentro de una bolsa con habas blancas y dientes de liebre, y modifiquemos el curso de la tragedia, y llegue a anciano respetable un incestuoso, o Medea reconquiste a Jasón, y todo quede en besos a los niños.

—Por la amistad de Tadeo, ilustre augur senatorial, supe de un miedo que hubo en la casta real de tu ciudad. ¡No te obliguen las leyes de la hospitalidad a responderme, amigo Celedonio! ¿Cuál fue el miedo? ¿Lo hay todavía?

—Pues me llamas amigo y está delante Tadeo, que aunque mendigo es hombre libre, o acaso por eso mismo, y me ha servido más de una vez de agente secreto en difíciles asuntos, nada se opone a que te cuente que el tal miedo lo provoca la certeza de que un día Orestes, hijo de Agamenón, va a aparecer en la ciudad nocturno, armado de larga espada. Siete veces nos fueron pedidos augurios, y las siete veces dieron que Orestes llegaba armado, dispuesto a dar muerte al rey Egisto, lo que al fin era cosa natural, siendo como es Egisto el matador de su padre, y también a su madre, la reina Clitemnestra. Los augurios salieron, y yo tomé parte en toda la ópera, que Orestes vendría, y que su hermana Ifigenia, moza y muy hermosa, avisada cuando iba para el lecho virginal, acudía en camisa corta a reconocerle y a mostrarle los pasadizos secretos que llevan a donde Egisto vive descuidado, y Clitemnestra pasa el

tiempo depilándose, mientras considera que este segundo marido es más viril que Agamenón, lo que no tiene nada de particular, ya que es de menor talla y menos gimnástico que el difunto.

Se abanicó Celedonio, bebió y se limpió el sudor con la toalla que Tadeo había usado para secarle el pie de la uña enconada.

—El rey Egisto se sobresaltó y prohibió el nombre de Orestes, mandó poner registro de forasteros, envió agentes a averiguar qué era de Orestes por esos mundos, algunos de ellos venecianos y otros britones, contratados a peso de oro, y nos tuvo a los augures todo un año trabajando en averiguar cómo vendría el vengador secreto, por cuál puerta, cuyo el largo de sus pasos y cuyo el golpe de su espada contra el escudo real, que hubo que reforzarlo, que se quebró en los entrenamientos. No se vivía en la ciudad con el miedo, y para distraer a las gentes, y para que el miedo no se hiciese política, siguiendo en esto el talento del secretario florentino, se corrió la voz de que lo que se esperaba no era a Orestes, que andaba perdido por Oriente, sino un león rabioso. De ahí el juego que te contó Tadeo. Un león terrible que le había dado por devorar a la familia real, lo que explicó, además, el encierro de la niña a los populares.

—¿Y vendrá Orestes?

—No se sabe cuándo. Los años han ido reduciendo el miedo a fábula, como la épica del zagal y el lobo, y ya solamente los ancianos, sentados a la sombra de los plátanos en las tertulias de verano, recuerdan el asunto y discuten el final de la tragedia, que sin la venida de Orestes está en el aire. La policía sigue investigando, aunque con menos diligencia y gastos. Los reyes van viejos, y no salen al público ni se dejan retratar. Y a nosotros, los augures, nos mantiene en honra, y hay en el cuerpo la interior satisfacción, el hecho de que Ifigenia no envejezca, y se conserve en la hermosura de los dieciocho años, y la piel tersa.

—¿No se casa? ¿No tiene pretendientes?

Al forastero parecía habersele avivado la curiosidad, y levantaba la mano al interrogar a Celedonio.

—Tuvo buenos partidos, pero los rechazó todos con pretextos variados, o haciéndoles viajar para que le trajesen músicas y recetas de postres de almendra, y los rondadores se cansaron, se fueron y no volvieron. Uno se volvió loco, y porque lo echaban de la ciudad que decía que quería raptar a Ifigenia, pugnaba por desasirse de los guardias y quitarse los ojos, dejándolos en el jardín, colgados en un rosal, para que, aunque él ausente, siguiesen ellos claros admirando a Ifigenia. Además, según me contó su nodriza, la moza no se dejaba apretar en el agarrado, en los bailes de palacio.

—Me gustaría ver la muchacha —dijo don León.

—No podrás —afirmó Tadeo—, que no sale de su torre. ¡No conseguí verla yo en veinte años, yendo todos los días a comer la sopa boba a la puerta excusada de palacio!

—Podríamos —sugirió don León como ensoñando hacerle llegar la noticia de que uno que a Orestes se parece se acerca escondiéndose entre los abedules al palomar real cuando ya va a amanecer, escucha el rumoroso despertar de las palomas y, viendo la primera salir a volar, el desconocido regresa a su refugio secreto, en las ruinas hedrosas de la ciudad primera, donde precisamente, el que hace llegar a Ifigenia la noticia, lo escuchó conversar con sombras antiguas en octavas reales.

—No, no puede salir de la torre —aseguró Celedonio—, porque, ¿quién la bajaría sin que chirriase la roldana y no la vieses los centinelas? ¡La roldana no la aceitan adrede!

—Podría bajar por sábanas atadas y faldas viejas cortadas —apuntó Tadeo.

—Sí, atando sábanas —aceptó don León—, cinturones, pañuelos, cordones de corsé, cortadas en tiras las grandes cortinas forradas de la antecámara. Ella se acercaría al palomar y estudiaría mi figura a la indecisa luz de los albores. Cantaría un gallo, y ella saldría de la duda diciendo: «¡No, no, todavía no eres Orestes!». Quizá, para cerciorarse, tocase con una de sus manos mi frente, mis labios, mi cuello, o escuchase con la palma abierta los latidos de mi corazón. Y, desconsolada, regresaría descalza como había venido a mí, y semidesnuda, rodeada de todas las palomas, a que la izasen su nodriza y sus doncellas hasta la única ventana de la alta torre.

—¡Sería bonito paso! —comentó Tadeo— ¡y aun podría enamorarse de ti!

—Y tú, ¿cómo la esperarías? —preguntó Celedonio, levantándose, retrocediendo hasta situarse detrás de la mesa del oficio, cruzando los brazos sobre el pecho, pero sin dejar el vaso lleno de vino que sostenía con la mano derecha.

El forastero se levantó a su vez y se acercó a la puerta, que abrió de par en par. Envolvió la esclavina roja en el brazo izquierdo, y lentamente avanzó hacia la ventana. Levantó el bastón de caña con puño de plata como héroe que levanta una espada que quiere herir. Se detuvo, la cabeza erguida, mismamente donde el último rayo de sol de la tarde le besaba los pies. Y era verdaderamente, en la mirada asombrada de Tadeo y Celedonio, una larga espada la que sostenía su diestra.

—¡Orestes! —gritó el augur, sin darse cuenta de lo que decía.

En el desván gritaron a la vez, horribles y desafinadas voces, el mismo nombre los cuatro cuervos, y Tadeo se arrodilló. Pero ya, habiéndose hecho el silencio e ido el rayo de sol, el forastero aparecía de nuevo sentado en su silla, sonriente, indiferente, como si todo hubiese sido un espejismo, o un sueño que hubiese durado lo que un parpadeo. Don León se golpeaba la barba con el puño del bastón. Celedonio abrió la puerta y derramó en la losa del umbral el vaso de vino.

—¡Estás en tu casa, príncipe! —dijo solemne, abriendo los brazos.

El mirlo, dándole entrada Tadeo, silbó una marcha.

Cuando el forastero y Tadeo abandonaron la casa del augur, Celedonio se dirigió al desván a ver qué había sido de los cuervos. Los cuatro estaban muertos,

degollados. Celedonio comprobó que el corte iba de derecha a izquierda y de abajo arriba, como estaba anunciado para Egisto. La sangre de los cuervos goteaba en el platillo del gato negro, que lamía gustoso y tranquilo.

V

T EODORA, en los cuarenta cumplidos, con su frutería en la nia de los Alcaldes, viuda del sacristán mayor de carros de autos sacramentales, había tomado la costumbre de acudir los martes a la tarde, que era día de lavado y planchado, a la casa de la Malena, donde viviera sus floridos años de pupila de mérito, especialmente solicitada por viudos y militares retirados. Fuera uno de estos, un estratega mitilénico emigrado, el que la sacara sostenida, y cuando el general se quedó sin dineros, pasó ella a la Casa de Arrepentidas, donde conoció al sacristán con el que había de casar, que iba a elegir voces para un paso de mucho arte, en el que salía Dama Voluptuosidad seduciendo a un mozalbeta, que por ella abandonaba diligente a doña Gramática. La Malena había muerto, pero había dejado su nombre al burdel, que ahora lo regía un tiple vaticano, muy bien castrado, que yendo por mar a recoger una herencia en Levante naufragó, y por la voz, los pescadores que lo salvaron de las aguas lo tomaron por doncella, y se lo vendieron barato a la Malena una vez descubierta la verdad del caso. La Malena le tomó afición al latino, quien dormía con la cabeza apoyada en sus nalgas, sabía de cuentas y cantaba con mucho sentimiento los cuplés de moda. El tiple se llamaba Lino, y era capuchino por parte de padre. Teodora se llevaba con Lino, que le compraba la fruta para el personal y la convidaba con refresco de malva. Las pupilas, mientras almidonaban las almohadas —que era uno de los méritos de la casa—, escuchaban las historias que corrían por la ciudad, y con especial apetito aquellas en las que salían altezas y todo el señorío. Y fue el propio Lino, que era algo novelero, quien le preguntó a Malena si sabía de un forastero que andaba *de occultis* por la ciudad, mostraba una pieza de oro y tomara por criado a Tadeo, el mendigo del mirlo, al que había comprado ropa nueva. También se decía que Celedonio andaba espantado con los augurios que le sacó.

—Algo escuché —dijo la Teodora—, y vi a ese desconocido que dices, que lo llevó Tadeo a mi tienda a comprar higos y limones.

—¿Es elegante? —preguntó Florinda lusitana, que era la romántica de la compañía, vestida de celeste, ufana de sus largas pestañas, que parecía que mariposas de luto volaban en sus ojos.

—Es un hombre alto y moreno, el pelo rizo, la cintura estrecha y las manos más finas que vi, con largos dedos y uñas barnizadas. Tiene un aire tristón, y no pasará de los treinta. Viste jubón azul y calza tabaco y plata, y Tadeo le lleva la esclavina y el bastón. Probó de los higos, escogió de los mejores, y les entendí que iban a salir al camino del vado a esperar a un criado, que le traía caballo y equipaje, que andaba incómodo el señor sin mudar camisa.

Lino se interesó por la barba, motivado a que siempre andaba preguntando si encontraban la suya en su cara, y una tal Amelia por la dentadura, que era huérfana de un belga que fabricaba pasta dentífrica mentolada.

La Teodora explicó que la barba la llevaba redonda, y que la dentadura se la viera

cuando mordió el higo, y era blanca y sin tacha.

—Tadeo le llamaba don León —añadió Teodora.

—Se corre entre los grandes que se parece al hermano ausente de doña Ifigenia —dijo Lino pidiendo secreto a todas, que sabía la cosa, añadió, por un senador que en los ratos libres le gustaba venir a actuar de masajista de tobillos en la casa.

—¡Siempre lo están esperando! —comentó Teodora—. Yo tuve que ver con el proceso de uno que llegó a esta casa, y andaban los inquisidores siguiéndole los pasos.

Pidió la frutera otro refresco de malva, bebió a sorbitos y, viendo al patrón y a las mozas con tanta curiosidad, contó el suceso.

—Llegó anocheciendo, que estaba ama Malena encendiendo el farol de reglamento en la puerta, y era un muchacho rubio, que se puso colorado cuando pasamos al salón. Y no bien entré yo, ya me echó mano, y bien sabéis que estas elecciones súbitas son cosa de tímidos. Le tiró una moneda a Justiniano el acordeonista, que en paz descansa, que dijo que le apetecía un baile. Tenía un acento que no era del país, y me miraba a los ojos mientras dábamos vueltas. ¡A lo mejor era tan inocente que pensaba enamorarme, y yo tan usada! En la cama me fijé en su hombro izquierdo, en el que tenía una mancha rojiza en forma de león. Me dijo que era de nacimiento, y de un susto que pasara su madre en un parque zoológico. Volvió otras veces a verme, y yo le tomé cariño. Me traía melindres de yema y vino dulce, y siempre echábamos un baile antes de ocuparnos. Dormía yo una mañana, que había estado hasta altas horas con un cabo que me contó sus batallas, que es cosa muy pesada de oír, con tanta bayoneta calada, y cómo se llama la mujer del comandante, y todo eso que todas vosotras sabéis como yo, y siempre terminan estos sacando el retrato de los hijos, que lo mandaron hacer antes de salir para la guerra, y el primogénito aparece con el casco emplumado del padre. ¡Y aún son más entristecedores los que sólo tienen niñas! ¡Ganas de llorar ausencias!

—¡Las tiene más de la mitad del género humano! —aseveró Lino.

—Cuento que dormía y me despertó ama Malena, que estaba el señor Eusebio de los Forasteros en el salón esperándome, pero que no era para cama, sino que me traía un papel interrogante. El señor Eusebio, muy educado, me preguntó por el muchacho, y yo le respondí que me prefería a las otras, y añadí lo del baile y lo de los convites, y que no me propinaba en mano, sino dejando los reales debajo de la almohada. Quiso saber cómo decía llamarse el muchacho, y yo le dije que no le sabía nombre alguno, lo que era la verdad, y que toda la casa lo conocía por el rubio. En los transportes, yo le llamaba así. Después me dijo su señoría que se esperaba a un peligroso criminal, y que las señas de él coincidían con las de mi rubio, y si yo podía añadir alguna. Por ejemplo, lunares, cicatrices, dientes de oro... Recordé lo de la mancha en el hombro izquierdo y lo dije, y el señor Eusebio, con un carboncillo, me dibujó una en papel de barba que era igual a la del rubio, y yo se lo aseguré, y él, entonces, me tomó juramento de secreto delante de Malena, y por las cenizas de mi padre, aunque no lo

conocí y por lo tanto no sabía si estaba vivo o muerto, me aseguró don Eusebio que en los papeles sellados haría muy decente. Y para que no me tuviesen por cómplice que firmase que denunciaba yo misma al desconocido de la mancha, que si no era bandido saldría libre y podría volver a la querencia, que lo era servidora, y que si era criminal, por la ayuda a la justicia me daban gratis cartilla de por vida, y sería muy apreciada en las visitas de tabla. Dije que sí a todo, y prendieron al rubio, y pasaron semanas y yo lo esperaba, que ya dije que le había tomado cariño, y además tenía un juego alegre y no era de los que contaban penas sino viajes, y el rubio no venía. Y una noche apareció un soldado, un mercenario mulato con pendiente en la oreja, y preguntó por mí, no para llevarme a la cama, que no tenía suelto, sino para un convite, y confidente me dijo que el rubio había palmado de una zancadilla que lo echó por las escaleras resbaladizas de la segunda batería, y fue de cabeza a un cañón grande. Le pregunté si se había averiguado que era el valiente bandolero, y entonces al oído me dijo que no era tal bandido, sino un príncipe, y que un compañero suyo había escuchado un interrogatorio en el tormento, y todo era preguntarle los jueces dónde tenía su espada, dónde sus leales, y el rubio negaba, diciendo que era celta y tenía voto de vagabundear por siete años, y que nunca había oído hablar de ese cuyo nombre callo, del vengador que va a venir un día. Pero no le valió de nada la terquedad. Llevé el mulato a mi cama, que bien me merecía este regalo por la noticia que me traía, y no le importó nada que yo llorase al rubio mientras él trabajaba, y al irse me dijo en secreto:

—¡Ojo, cariñosa! Las señas del que buscan son mancha en forma de león en la espalda, lunar con dos pelos en el pecho, y cicatriz de lanza en el muslo izquierdo.

—¿Las tres señas en uno mismo? —pregunté.

—No, pero el hombre que buscan ha de tener necesariamente una de las tres.

Las pupilas comentaron el asunto durante las horas de plancha, y todas juraban que si llegaba alguno con una seña de esas, o con dos o las tres, que lo callarían, le darían para que se fugase, o lo esconderían en el equipaje, y que no les importaba nada que viniese a la ciudad a ser el matador de sus padres, que el muchacho no podía librarse de lo que estaba augurado.

Y en esta conversación estaban, y ya todas enamoradas de un galán que ni siquiera sabían si existía, cuando entró por la puerta la voz de Tadeo pidiendo permiso, y apareció el mendigo vestido con ropa nueva, seguido de don León, quien sin decir más que las buenas tardes examinó las pupilas, girando lentamente la levantada cabeza, y con el puño de su bastón señaló a la portuguesa Florinda, la cual, al ver acercarse a sus pechos aquel lebril de plata acostado, se desmayó y cayó al suelo sin soltar la plancha, que al golpear contra el piso se abrió y derramó las brasas encendidas. El amo Lino dio un gritito, a la Teodora se le cayó el vaso de la mano, y la Polaca se tumbó en el medio y medio de la reunión, levantando las sayas, como hacen las mozas de su país, en las aldeas, cuando se anuncia con trompetas que llega violadora la Orden Teutónica.

VI

EL dramaturgo de la ciudad se llamaba Filón, y en los carteles ponía Filón el Mozo, para distinguirse de otro Filón que había tenido el mismo oficio y había vivido y escrito en la ciudad pasos con bobo y una comedia que todavía se representaba y que era *El caballero de Olmedo* cambiado, que estaba don Alonso con doña Elvira Pacheco en un balcón, en una feria que llaman Medina del Campo, y cuando el caballero se despedía para regresar a su Olmedo, a ella le entraba un delirio celoso al pensar en que viniendo noches frías, que ya era otoño, el caballero llegaría a su casa tiritando, y metiéndose en cama se arrimaría a su mujer buscando el calorillo, y entonces, sin pensarlo, la doña Elvira vestida de hombre corría a esperarlo en una encrucijada y lo bajaba del caballo de un escopetazo. Y lo que admiraba al público, que en la ocasión silbaba, era que en el último acto doña Elvira estaba en su balcón viendo cómo daban garrote a dos que hacían de criados negros de un tal Miguel, que andaba huido vestido de fraile por sospechoso del crimen, y la dama tomaba refrescos, se abanicaba y reía cachonda con galanes nuevos. Los pellejeros, que tenían palco propio con farolillo, gritaban:

—¡Putá! ¡Putá!

Y la que hacía de dama Pacheco tomaba aquello como éxito, porque silbidos y gritos probaban lo bien que le salía el disimulo. Actriz que no lograba esto, lo tenía por fracaso. Una vez, siendo niña, la reina Clitemnestra debutó de sombra, avisando al caballero que no saliese, y estaba linda en un árbol en figura de ave cuando la flor de Olmedo pasaba por debajo de la rama, y el papel de Clitemnestra fue con canto.

Filón el Mozo tenía el encargo, hecho por el Senado, de llevar a tablas la historia de la ciudad, en doce piezas, saltándose, eso sí, al rey Agamenón, y pasando desde la preñez de su madre a Egisto, que aparecía ya casado, tomando unas copas con los repatriados de Troya. Pero Filón el Mozo, pese a las prohibiciones del senador de comedias, que le registraba la casa de cuando en cuando, escribía en secreto la tragedia sabida, y tenía suspendida la labor en la escena tercera del acto segundo, que era allí donde tenía pensado dar la llegada de Orestes. Todo el acto primero pasaba con la arrogancia de Egisto, la reina sólo pensando en su hermosura, e Ifigenia deseando quedarse sola para abrir ventanas y mirar hacia los caminos. El texto estaba así, en borrador:

ACTO II. ESCENA I

Egisto, Clitemnestra e Ifigenia.

EGISTO ¡Me voy a jugar a barra! La lectura de la *Gaceta* me fatiga. ¡Hay exceso de burocracia! Un rey debía ser un padre solemne y amistoso, descabalgando junto

a un olivo para juzgar a sus súbditos. ¡Los reyes no debíamos saber leer ni escribir!

CLITEMNESTRA Yo también estoy fatigada. ¿No notáis que envejecí de ayer a hoy?

EGISTO [*Acariciándola*]. ¡Es la luna que está menguante, y quiere que todo mengüe con ella! Pero ya vendrá la luna nueva, amada mía. ¡Adiós! ¡Adiós, Ifigenia! ¡Múdales el agua a los peces de colores que te regalé!

IFIGENIA [*Levantándose*]. ¡Adiós, señor!

EGISTO ¡Pensar que todo un reino depende de mi maduro pensamiento! ¡Pensar que si yo enfermo se pierden las cosechas! [*Sale*].

ESCENA II

Clitemnestra e Ifigenia.

CLITEMNESTRA [*Levantándose*]. ¡Voy a lavarme el rostro con leche de burra! ¡No quiero envejecer, Ifigenia! [*Se mira en el espejo*]. Tendrá razón Egisto, será la luna menguante. ¡No, no son arrugas, sino sombras! ¡Esperaremos la luna nueva, que es tan cosmética! ¡Adiós, hija! Por la tarde haremos música. [*Sale*].

Y quedaba sola Ifigenia, asomada a la ventana. Era el momento en que Filón tenía que hacer que la infanta viese a alguien cabalgando por el camino real, y ese alguien se parecía a Orestes. Debía aparecer por la derecha, para que la gente no lo confundiese con el caballero de Olmedo, que entraba por la izquierda, y los críticos de la ciudad siempre estaban aireando plagios. O sería mejor ponerlo de a pie, disfrazado de peregrino, e Ifigenia comenzaría a sacar el parecido por cómo se apoyaba en el bordón para contemplar, desde la legua de San Jorge, las torres de la ciudad. ¿Cuáles serían las primeras palabras de Ifigenia? ¿Los amigos de Orestes le mandarían una voz secreta a la princesa, al tiempo que esta iniciaba el reconocimiento? Aristotélicamente hablando, el reconocimiento se hace desde dentro, y es una memoria que toma cuerpo esencial. Filón pondría señas que hiciesen aumentar la expectación. Por ejemplo, los perros del camino se apartaban, sin dar un ladrido, cuando el viajero llegaba a su altura, y corrían a esconderse entre las viñas, salvo un perdiguero burgalés del rey, que andaba suelto y corría a lamerle las manos. Filón quería que el público se diese cuenta de que se había hecho en el campo y en la ciudad un silencio como nunca había habido, y para ello podía sugerir en el acto primero que en aquella parte del palacio había un eco muy sensible, que respondía en las noches de verano al ruiseñor del bosque, tal que parecía que el pájaro cantaba en el patio, y ahora sería, pues, verosímil que el eco diese, cuando el viajero llegaba al puentecillo sobre el foso, los pasos suyos en los tablones, si iba a pie, o el del trote de su caballo, si iba montado. Vueltas y vueltas le daba Filón a la escena, y no le salía

como la quería, de sobresalto y apasionante, y buscaba objetos que en las tablas diesen el vivo retrato del horror que entraba: una lámpara que se apagaba súbitamente, un espejo que se quebraba porque Ifigenia movía los labios ante él como si dijese el terrible nombre, o la corona de Egisto que estaba sobre una cómoda y el gato, al pasar, la tiraba al suelo. E Ifigenia se estremecía con los presagios. Había recogido la corona caída en el suelo, y la sostenía contra su pecho, que al fin era la corona real. Ifigenia avanzaba hacia la ventana con la corona apoyada en su pecho.

En la ocasión, a la actriz que hiciese el papel habría que ponerle un sostén Directorio, para que se riesen bien los lozanos senos, y la corona fuese como en repisa de nieve. En un aparte el Coro diría esta imagen poética. Ifigenia temía acercarse a la ventana, retrocedía, se arrodillaba, se sentaba en el borde de una silla, hasta que al fin se decidía. Levantaba la cabeza y se decidía. Ya estaba en la ventana. Ya tenía ante ella las amarillentas colinas fronterizas, los oscuros bosques, la amplia vega regadía, los viñedos y las tierras de pan. Ya podía, con la mirada de sus ojos verdes, recorrer paso a paso el camino real, desde que aparecía en la curva del mojón de la lengua del lobo, hasta que bifurcaba junto al palomar de bravas del rey. Filón, para poder enseñar en su día en el teatro a la primera actriz la marcha vacilante de Ifigenia, la quiso mimar él mismo. Tomó en sus manos y la apoyó contra su pecho la corona de latón dorado que se usaba en el *Edipo*, y que había traído del teatro a casa para restaurarla, que le había caído precisamente el cristal de fondo de vaso que figuraba el gran rubí tebano, y que en el momento de quedarse Edipo sin ojos, figuraba uno en la frente, encendido, como si el santo rey fuese terrible cíclope, raro monóculo. Y caminó Filón haciendo lo que imaginaba para la escena tercera con Ifigenia sola y dudando, y recitando el texto:

IFIGENIA [*Deteniéndose*]. ¿Quién me llama? ¿Qué voz viaja hacia mí, cuyas aladas palabras pasan rozando mis orejas sin que pueda entender el mensaje? [*Avanza dos pasos y se arrodilla*], ¡Soy una niña delicada, y pesará demasiado el cántaro cuando me lo llenen de sangre y vaya a derramarlo a la tumba de mi padre! [*Se levanta, avanza otros dos pasos y se sienta en el borde de la silla*], ¿Se apagó la lámpara porque llega otra luz más brillante? ¿He de ser yo quien dé la bienvenida a la nueva luz y la introduzca en mi alcoba? ¿Y si no fuese mi hermano? ¡Que esas equivocaciones se dan en las grandes tragedias! ¡Bien mejor sería que anduviese en amores, tortolilla que se esconde en el surco, a la sombra de las amapolas! ¡Ay, quién se llevará mi virgo! ¡Ay, si pudiera huir a donde no hayan oído nunca el ruido que hace una espada al chocar contra un escudo! [*Se levanta, duda un momento, pero al fin se decide: la cabeza levantada, la corona apretada contra el pecho, se acerca a la ventana*].

Filón se había acercado a la ventana, con la corona de Edipo apretada contra el pecho. Y miraba como miraría Ifigenia, hacia el camino real. La ventana de Filón no

da al campo, y no puede verse desde ella el camino. La ventana de Filón da a una calle que, por los obradores y tiendas que allí existen, llaman de los Bordados. La calle es estrecha, calzada de uña de perro. Junto a la puerta de uno de los obradores está un hombre alto, que ata al cuello y echa hacia la espalda una esclavina roja con vueltas negras. Está eligiendo un paño bordado con punto de brisa. Lo mira al trasluz, para averiguar las figuras del dibujo. Filón no lo reconoce. No, no es de esta polis. A Filón le sorprende la gracia sosegada de los movimientos del desconocido. Ahora le ve el noble perfil, la puntiaguda barba. El forastero se vuelve para darle el paño, que lo ha comprado, a un criado que lo sigue, y en un dedo de sus manos brilla una piedra preciosa acariciada por el sol. Y Filón, que tiene el sentido repentino de las casualidades que son necesarias para componer el argumento del drama, reclama, en su imaginación, aquella piedra para la corona real, para sustituir el perdido rubí tebano, y le da a Ifigenia el primer tema de la gran escena del reconocimiento: a la corona real de Egisto, que fue de Agamenón, le falta una piedra, que el hermano vengador, el príncipe que llega oculto y cubierto de polvo, sediento y dejando más allá de las colinas un juego de cegadores relámpagos, trae en una sortija. Filón se inclina, siempre con la corona de Edipo en las manos, para mejor ver cómo el forastero, seguido de su criado, camina por la empinada calle hacia la plaza.

—Por mucho que tarde en escribir el segundo acto —se dice a sí mismo Filón—, no se me olvidará el grave andar de Orestes...

VII

— **E**L problema del metisaca —explicaba el diestro cortando el aire con el florete— se estudia por paralelas. Generalmente, en duelo, por lo menos en esta ciudad, se tira a hacer sangre. ¡Mero pinchazo! Pero en batalla o en asesinato, el metisaca permite el doble golpe fulgurante: hieres por vez primera y retiras, y como el herido se encoge, vuelves por segunda vez, ahora media cuarta a la derecha, y el viaje paralelo al primero. Si has estado bien, en esta segunda entrada le aciertas con el corazón. En esta casa se tira lo que se puede por figura geométrica, triángulos y tangentes, y los pies manteniéndose en el ángulo recto. Y el metisaca doble, repito, que es tan de mi gusto, consiste en trazar las paralelas en el aire. El diestro, que era más bien pequeño, usaba medio tacón, y tenía la nariz sorprendentemente movediza, gustándole que las visitas se fijasen en el detalle para poder explicar que su intuición era olfativa, y que había terminado por tener la nariz tan suelta y casi giratoria por seguir con ella, más que con los ojos, el juego de la espada.

—Las más de las veces —terminaba de explicar— es por el tirón que me da la nariz que mi espada acierta a parar o halla fácil los espacios intercostales del enemigo.

Y se acariciaba el apéndice nasal, delgado, abierto de bocas, aguzado en la punta y marfileño.

Desde que había leído *Los Tres Mosqueteros*, el diestro gastaba una melena a lo Aramis, que teñía de rubio. Era flaco y muy nervioso, y tenía la mirada dramática del espadachín que, médico de su honra, en toda dolencia receta el acero. No sabía estar sin la espada en la mano, y cuando recibía forasteros se situaba debajo de su retrato al óleo, en el que aparecía vestido de negro, flexionada la pierna derecha, y saludando con la espada, como al comienzo de lección. Se llamaba Quirino, y tenía la única sala de esgrima de la ciudad. La mocedad, en los últimos años, había perdido la afición al arte, y prefería pasar las tardes en el pichón, tirando ya con escopeta, ya con flecha.

Fue Tadeo quien le insinuó a don León que podrían pasar un rato en la sala de Quirino, ya que se había puesto aquella tarde de lluvia y no podían ir a pasear por la orilla del río como tenían dispuesto, visitando de paso las ruinas del puente viejo, que don León había visto en una estampa, decía, y en el petril del primer arco había un hombre que tocaba la guitarra. La verdad es que la insinuación de Tadeo era interesada, ya que quería ver cómo andaba su amigo, el del jubón azul, en espada, visto lo que se hablaba en secreto de la terrible facilidad de Orestes para dar la muerte en la hora de la venganza.

—Mi arte de espada —dijo don León a Quirino— no es tan depurado como el tuyo. Mi arte es simple y militar, y poco más he aprendido que aquello de «contra tajo, estocada, y viceversa». Además, que en mi país no se conoce el florete, no hay duelos de honor, y toda la geometría que se sabe es agrimensora para deslinde de huertos después de las inundaciones. Yo lo que tengo —añadió don León— es que

veo muy bien el cuello de mi contrario, jugando la espada ancha de doble filo, y voy a él de corte, que no de punta, y tajo con medio molinete como verdugo con hacha.

Quiso Quirino ver la prueba de esta habilidad, y puso en el centro de la sala uno de los muñecos del juego del estafermo, que era él quien tenía la exclusiva por privilegio real, ofreciendo a don León una espada larga, de hoja acanalada, de la familia del mandoble milanés. Don León la tomó, la halló ligera, la blandió y se puso frente al gigantón del estafermo. Ágil, simulaba el ataque adelantando la pierna, o se defendía retirándose, sosteniendo el terreno. Levantaba, con gracia de bailarín, el brazo izquierdo, y giraba alrededor del estafermo rápido y muy seguro de sí mismo. El señor Quirino sujetaba al muñeco por la cintura y lo llevaba de aquí para allá, poniéndolo fuera del alcance del atacante. Y en una de estas, cuando rápidamente lo apartaba, pretendiendo pasar hacia la espalda del hombre del jubón azul, este, con un quiebro sólo de cintura, se halló en el punto crítico, y descargó el golpe en el cuello del muñeco, de derecha a izquierda, y la cabeza de cartón piedra con los mofletes pintados de bermellón quedó colgando sobre el pecho del estafermo unos instantes, antes de desprenderse del todo y caer al suelo. Tadeo aplaudió y el señor Quirino admiró el golpe.

—*Magister meus!* ¡Admirable! ¡Eso que la espada está mellada!

Y en su entusiasmo, el pequeño Quirino, aunque la postura era forzada, puso uno de sus pies en la cabezota, y desenvainando la espada, se apoyaba en ella, ofreciéndose a la admiración del público, como si fuese el vencedor de Goliat y acudiese Israel jubiloso a saludar al héroe benéfico.

Mandó Quirino calentar agua para el baño a un criado de nación finesa que tenía, específico para estas higienes balnearias, y mientras tanto, convidó a una copita de vino dulce, y aunque había sobradas sillas, prefirió sentarse en la cabeza del estafermo.

—Mi padre, que en paz descansa —contó Quirino a don León—, enseñaba esgrima en Provenza, a pie y a caballo, y era muy apreciado. Se llamaba señor Elido, y había que creerle, porque no era nada hiperbólico, que había aprendido de un centauro retirado el arte de la jineta. Se había ido a vivir a Provenza porque no podía pasar sin comer cada día ajos fritos por mor de mantener el juego de las articulaciones y los huesos sin sombra de reuma, cosa necesaria para su oficio, y solamente en Provenza había ajos de la calidad y la frescura que él exigía. Yo mismo hago curas de ajos en las lunas húmedas, y por el mismo motivo. Adiestró mi padre a los más de los gentiles hombres provenzales, y en los mayos salía con ellos al campo a fingir batallas contra imperiales o saboyanos, y en una de esas excursiones, habiéndose adelantado con el señor vizconde de los Baux, atravesando un pinar encontraron una madre que corría dando gritos, llevando de la mano a una hija suya, y la hija tendría quince años y era rubia, muy agraciada. Mi padre y el vizconde le preguntaron a la fugitiva el porqué de las lágrimas, y la madre, haciendo arrodillar a la hija, explicó que había aparecido un dragón en la comarca, que había caído en la

tema de pedir aquel bello fruto de su vientre para moza, que se estaba quedando ciego y quería ganarse la vida por ferias y fiestas haciendo de tarasca, desde Germania a Cataluña, y que si no le daban la niña de grado, que entraría en la aldea abafando y devorando. Mi padre le dijo que se sosegase, que él iría con su lanza a la bestia, y que el señor vizconde se llevase la niña al seguro de su gran castillo. Y así fue, y el vizconde, después de darle a la madre diez escudos de plata en garantía, se despidió con la niña a la grupa de su caballo, y mi padre, lanza en ristre, se fue al dragón. Y llegó tarde a combatirle, que aquella misma mañana, saliendo el animal de un prado escondido en el que un ciego le daba lecciones de canto a cambio de la noticia de dónde había escondido un violín Guarnerius, y el dragón aprendía fácil, que tenía buen oído y voz delicada; digo que el dragón, perdido el bien de la vista, se había despeñado por un acantilado en el camino orillar, y yacía, pestífero, rota la bolsa del bafo, entre las rocas, medio sumergido, y la cabeza enorme, con la lengua verde asomando entre los aguzados dientes, surgía de las ondas. Y mi padre, desde aquel día, no soñaba más que con alancear dragones, y que venía desde Aviñón un pintor de milagros a retratarlo al lado de la bestia muerta, el valeroso con el pie izquierdo apoyado en la cabeza del draco. Y murió mi padre de no poder ver cumplido su sueño, y cuando estaba con delirios imaginativos no podían entrar en casa personas con tricornio, que los tomaba por infantes del dragón, de cabeza con cresta emplumada —que es como salen del huevo estas criaturas—, y quería alancearlos, y gritaba que viniese el pintor para el retrato, y a mi madre le pedía que le trajese las calzas bermejas. Y de los sueños de mi padre le quedó a servidor el deseo de que un día me pongan de campo —y soy muy aficionado, como todos los artistas, a que me retraten—, al óleo, con el pie izquierdo sobre la cabeza de una bestia. De ahí que cuando rodó la cabeza del estafermo no me pudiese resistir a hacer un ensayo.

El señor Quirino se acercó a don León —arrastrando la cabeza de cartón piedra, que no quería cambiar de asiento— y le dijo, confidencial:

—¡El golpe de derecha a izquierda y de abajo arriba! ¡No lo puede mejorar nadie! Hace años que vinieron dos detectives a averiguar si yo se lo había enseñado a alguien, que corría la voz de que llegaba Orestes a vengarse, pero antes quería perfeccionarse de espada antigua. Yo no se lo había enseñado a nadie. Pero, si por un casual viniese Orestes secreto, te lo mandaría a que se lo enseñases, infalible. ¡Y no porque yo tenga afición a los regicidios, sino por amor del golpe perfecto!

Don León dijo que le gustaría mucho conocer a aquel Orestes, y pasó al baño, que ya estaba el finés esperando, en la mano la caña con la que sorbía un buche de agua caliente, y se la soplaba después al bañista en los riñones. Y cada buchada era de un cuartillo, más o menos.

Tadeo había asistido en silencio a aquella escena de la prueba de espada de don León, y quiso tomar el arma, por ver si eran fáciles aquellos tajos, y pese a haber sido el mendigo leñador en su mocedad, no la pudo levantar de donde la había posado aquel a quien ya tenía por señor. Quirino, a su lado, se rascaba la cabeza.

—No te esfuerces —le dijo a Tadeo— y déjala donde está. Mientras al acero lo habite el pensamiento airado del que lo usó para la venganza, no habrá quien lo mueva, salvo el héroe. Dentro de pocas horas ya habrá enfriado y entonces podrá levantar la espada cualquier mozalbeta.

Escupió Quirino en la hoja, e hirvió el salivazo y humeó, como si hubiesen caído unas gotas de agua en un hierro al rojo vivo.

VIII

EL herrador, sudoroso, tiró martillo y clavos en el cajón, y metió la cabeza bajo el chorro del pilón, y se dejó estar por unos instantes a su caricia. Se mal secó con un delantal viejo, que le quedaron goteando barba y pelo, y de este venían los hilillos de agua que le caían por la frente.

—Ya se ve —le dijo a don León— que entiendes mucho de caballos, y me gusta mucho el tuyo, cuya raza no conozco ni creo haber visto nunca otro semejante, que lleve el lucero dorado, y la cola negra azulada, que es lo más insólito que presenta. Mis abuelos estuvieron en Troya herrando los caballos de los aqueos, y mi padre viajó hacia Poniente, enseñando a aquellos bárbaros atlánticos el arte de la herradura, que ignoraban, y yo herré, de mozo, para el César de Roma, y nunca, hasta que me trajiste tu caballo, supe que se ayudaba a un feliz viaje clavando una herradura de plata en la mano de cabalgar del corcel. ¡Todos los días se aprende algo! y te felicito porque puedes permitirte este gasto, que una herradura de plata se va en pocas leguas.

—Mi caballo —explicó don León— es, si puede decirse esto de caballos, de raza divinal. Sabrás que en cierta isla de Levante apareció un día en la playa, como resto de un naufragio, un caballo labrado en madera, policromado, que seguramente ejerciera de mascarón de proa en una nave. Y el tal caballo era de cuerpo entero y debía encajar en la proa por los cascos traseros, levantándose sobre las olas encabritado. Era de una talla perfecta y lo más al natural que puedas imaginarte. Lo recogieron los isleños, y a hombros, y relevándose, lo llevaron al atrio del alcalde, quien salió con su mujer de la mano a admirarlo, y quedó con los ancianos en decidir qué se haría con aquel presente de las olas.

—¿Estará vivo? —preguntaba la alcaldesa, que era casi una niña, muy ensortijada y con un ramo de flores en la cintura.

—Hubo que convencerla de que no —prosiguió don León— acercando el torrero del faro una mecha encendida a las bragas del caballo, que no se movió. Quedó en el atrio el caballo en espera de una decisión, sin guarda de vista, que aquella es una isla pacífica en un mar solitario. Y no se sabe cómo a las yeguas de aquellas gentes les llegó la noticia del bayo y su hermosura, y como las dejaban sueltas al aire libre en las eras, porque era tiempo de verano, sin ponerse de acuerdo, que se sepa, llegaron todas a un tiempo al atrio a admirar el noble bruto, yeguas viejas y yeguas mozas. Lo que pasó cuando las yeguas comenzaron a rozarse con el caballo y a lamerlo no se sabe bien, que el alcalde despertó cuando su atrio era una feria de relinchos, y ya el caballo de madera, se ignora de cuál espíritu vivificado, cubría la yegua del abad mitrado de Santa Catalina, que la habían mandado del monasterio a la granja del monte a reponerse de un catarro, y las otras yeguas, decepcionadas, mordían y cocebaban a la elegida. Gritó el alcalde, salió a la ventana en camisón la alcaldesa, y corrió el alguacil a encender un farol, y cuando lo hubo encendido se vio el cuadro que dije. El caballo, al darse por descubierto, como ya había terminado la cobertura,

salió galopando hacia el mar. La yegua del abad quedó preñada; y de la cría que hubo descendiendo mi caballo, que saca en su capa los colores del decorado de su abuelo. El abad, que aunque gordo era letrado, explicaba la elección de su yegua por el aroma de incienso que despedía, que le quedaba a la montura suya de llevarla en las procesiones, y añadió en una homilía que algunas reglas ascéticas tenían prohibido el incienso por afrodisíaco, argumentando que si Salomón violentó a la reina de Saba fue porque esta le presentó una caja de plata llena de incienso en cuadradillos.

—¿Y qué fue del caballo? —preguntó el herrador.

—Se discutió mucho el caso, y aunque hay conformidad en que volvió al mar, que andaba tempestuoso en aquellos días equinocciales, los más piensan que pudo, dentro del caballo de madera, haberse escondido uno del mar, de las cuabras siempre vagantes y espumosas de Poseidon, que fue dios con las gentes antiguas idolátricas. Y de ser así, el que se escondió lo haría por influencia acaso de la historia del caballo de Troya, escuchada la noticia por el caballo marino a algún remero en cualquiera de los puertos helenos, donde las tabernas están en la playa, bajo grandes parras, como sabes.

—¡Notable asunto! —exclamó Tadeo, cada vez más sorprendido de las novedades que aportaba su amo, y convencido de que estaba sirviendo a un propietario de grandes secretos.

—Y este caballo —prosiguió don León— tiene además la novedad de que yo me embarco en Málaga para Atenas, por ejemplo, en una nave pisana, y yo voy durmiendo en mi camarote y mi caballo va por su cuenta a nado, y llega puntual para que yo lo cabalgue, salvo que pase cerca de una tierra donde haya una yegua en celo, que entonces se da unas vacaciones, y yo tengo que esperarlo paseando por los muelles. ¡Sale a su abuelo!

Dijo esto, y puso su mirada en la de Tadeo, el cual halló el relato de don León, que nunca había hablado tanto, como una respuesta a lo que el mendigo le había contado del encuentro de Orestes con la jorobadita en un puerto del país vecino.

El herrador no sabía si tomar por verdadera aquella historia del caballo, pero al fin este estaba allí, con su lucero de oro y su cola azul, herrada la mano de cabalgar en plata. Y viendo don León que el herrador quedaba confuso e incluso inquieto, le dijo:

—¡No me burlo, herrador! Y como el caballo llegó hace poco de una natación, y yo no he tenido tiempo de limpiarlo ni de mandarlo limpiar, y hace un mes que no conoce el cepillo ni su cola el peine, mira en esta las huellas del Océano.

Y don León, seguido del herrador y de Tadeo, se acercó al trasero del caballo, rebuscó en la larga cola, sacó unas algas y tres cangrejillos que mostró a los dos atónitos en la palma de su mano.

IX

EL oficial de Forasteros tenía sobre su mesa todos los informes acerca del caballero del jubón azul que se hacía llamar don León. No había dado un paso ni dicho una palabra, que no estuviesen allí, en letra de Iturzaeta —que era la reglamentaria en la policía política—, en aquellos grandes folios sellados. El señor Eusebio esperaba la visita de don León, que, según había avisado Tadeo, iría aquella misma mañana a registrarse. El señor Eusebio tomaba notas, se golpeaba la nariz con el mangrullo de la pluma, cerraba los ojos para mejor seguir el hilo de su pensamiento. ¿Era o no era Orestes? Ateniéndose a los augurios antiguos, no lo era. Además, había desaparecido la expectación temerosa, apetitosa del derramamiento de sangre como de una liberación. Orestes entraba nocturno en la ciudad, y no bien llegaba ya hacía que Ifigenia tuviese conocimiento de vagos rumores y sospechas acerca de su venida. Segundo, entraba armado. Tercero, se escondía en el foso. Cuando los falsos Orestes, para Eusebio no hubo nunca dudas acerca de su inocencia, pero la razón de Estado llega a ser maquinal, y obra como un fin, creando una realidad propia ante la cual los humanos somos como siervos fantasmas de la gran idea. Se cortan cabezas no porque sean cabezas, es decir, pensamientos capaces de armar un brazo terrible, sino porque las excepciones prueban el argumento soberano. Ahora bien, se estaba despertando en la ciudad una extraña curiosidad ante las idas y venidas de aquel forastero, y algunos sacaban a relucir la historia de Orestes. ¿Viviría Orestes? Eusebio tenía archivadas noticias y noticias acerca del infante. Su hermana aseguraba que había sido un niño tímido y callado, que hacía castillos con tacos de colores, y pasaba las horas absorto, con las manos a la espalda, ante la corona paterna. Su madre lo tenía por travieso incorregible, inquieto desobediente, siempre soñando aventuras lejanas y pintando barcos en las paredes. Constantemente los testimonios se contradecían, desde el de la nodriza al del maestro de primeras letras. Unos lo daban por juguetón alegre, por doncel franco y generoso, y otros lo ponían de hipócrita y avaro, amigo sólo de aduladores. Cuando se fue, llegaban las nuevas más dispares de parte de los agentes secretos: que se hiciera caballero andante, que no salía de los prostíbulos, que iba al templo siete veces al día, que no dormía por jugar a dados, que regalaba monedas de oro en los hipódromos, que estaba preso por deudas, que lo querían casar con una princesa de Siria, que era marica probado, que juraba vivir de pan y agua hasta la venganza, que se emborrachaba para olvidar... ¿Quién casaría todo esto? Eusebio pensaba que si él hubiese tenido gusto por la carrera política, le habría dado a Egisto las noticias de la perversidad y desgracia de Orestes, y a Ifigenia las de la espléndida nobleza y grave actitud de su hermano, ejemplo de príncipes exilados. Pero mejor estaba en su registro, con sus pantuflas, sin problemas mayores, tratando extranjeros, yendo a baños de mar en los septiembres, cita semanal con viuda, y todo el año acostándose cuando las campanas de la Basílica tocaban a vísperas y benditas ánimas, salvo que hubiese teatro. Ahora había venido a complicar

las cosas este forastero. ¿Lo detendremos por falso Orestes? Él no ha dicho que sea el príncipe. Detenerlo supondría volver al tiempo de las sospechas y del miedo cerval. Al miedo de la venida de Orestes se le echaba la culpa de todo mal: abortos, pérdidas de vino, ciclones, fiebres, e incluso caídas de andamio y muertes súbitas. Una escasez de paños negros que hubo, se probó que tuvo su origen en que un viajante le dijo al oído a un tendero que había encontrado a Orestes en una frontera, y que venía con la terquedad de imponer a todos lutos por su padre, y los mayoristas acapararon. No, no se detendría a Orestes, al falso Orestes. Era preferible correr el riesgo, una probabilidad entre un millón, de que fuese Orestes. Se le invitaría, si su conducta lo justificaba, y continuaban los rumores en barberías y tabernas, a que abandonase la ciudad. Y a esta decisión había llegado el señor Eusebio, cuando el ujier le anunció que aguardaba audiencia don León. El señor Eusebio metió los informes en el cajón, y mandó que pasase el forastero.

Don León, en la puerta, hizo una cortés inclinación de cabeza, y aceptando la invitación del señor Eusebio para sentarse ante él, se excusó por no haber acudido antes al Registro de Forasteros, pero estuvo a la espera de su caballo y paje de equipajes, y en una maleta traía la autorización paterna para viajar que, siendo primogénito de ley bizantina, le era necesaria. Y se la mostraba al señor Eusebio, en pergamino y con cuatro bulas, todas colgando de cintas púrpura, pues eran plomos imperiales.

—Me llamo León, hijo de León, y viajo por ver mundo, estudiar caballos y comparar costumbres por medio del teatro.

El señor Eusebio asintió sonriente.

—¡Aristocráticas ocupaciones! ¿Sois rico?

—En su provincia tiene mi padre una torre, y alrededor una buena labranza, y por parte de madre, que en paz descansa, heredé en Armenia rebaños, y el peaje de un puente muy transitado. Llevo conmigo doce onzas legales.

Y sacando una bolsa de dentro del jubón, la desató sin prisas, y echó encima de la mesa, rodándolas, las doce monedas de oro.

—Son romanas —añadió.

—¿Religión? —preguntó Eusebio, quien había comenzado a escribir en el libro registro.

—El alma es inmortal.

—¿Estado, edad, señas particulares?

—Soltero, treinta años, una mancha en forma de estrella sobre el ombligo.

El señor Eusebio vacilaba en pedirle al extranjero que le mostrase la tal mancha, pero no tuvo que decidirse a hacerlo, que ya don León desataba las calzas, que las usaba como llaman de mantel, y levantando la camisa y bajando la cintura de las bragas, mostraba la mancha. Era una estrella casi en celeste, de doce puntas, y una de ellas más alargada y oscura, como la que en la rosa amalfitana de los vientos da el Norte.

—¿Os estudiaron alguna vez la seña?

—Sí, adivinos griegos. Anuncia, según ellos, robusta ancianidad, abundantes hijos y felices venganzas. Veremos si la aciertan, porque todavía soy joven, aún no encontré esposa, y no me obliga venganza alguna.

El señor Eusebio admiró la educación del forastero, y gustó de su mirada sosegada y franca, y de la nobleza de sus gestos, como por ejemplo cuando derramó las monedas de oro sobre la mesa. Para hacerlo de aquella manera, hacían falta señorío y generosidad. Tocó el señor Eusebio la campanilla, y mandó que se acercase el oficial sigilante, y acudió este con la pasta roja y el sello, y don León tendió la mano diestra para que se la sellasen. Lo que hizo el señor Eusebio con la facilidad que da la costumbre, pero al levantar el sello, se fue pegada a él la parte de pasta donde debía quedar grabado EGISTVS REX. El forastero mostraba la palma abierta, con aquel fallo en el sellado, a la altura de la hebilla del cinturón, la cual figuraba una serpiente anillada en un ciervo, emblema que había sido hacía años de los amigos de Orestes, y que todavía, cuando los agentes secretos lo veían en cualquier parte, les obligaba a decir que Orestes regresaba. El señor Eusebio y el extranjero se miraron. Don León sonrió y exclamó, más para sí mismo que para el señor Eusebio:

—¡Si todos los Orestes posibles fuesen Orestes, no valdría la pena ser Orestes!

Y salió.

El señor Eusebio se golpeó suavemente la frente, como ayudando a su cerebro a dilucidar aquella frase, que parecía tomada del libro segundo de la Sibila, y que tanta verdad decía.

SEGUNDA PARTE

Egisto había terminado la visita matinal a sus armas, lo que le llevaba todos los lunes una hora larga, y la hacía acompañado del maestro armero, que era un cojo vizcaíno, y del oficial del inventario. En los primeros años de su reinado, Egisto conservó la tradición de hacer la revista en la plaza de armas, ensayando espadas y lanzas, tendiendo el arco, y disparando carabinas y escopetas contra vejigas pintadas de colores que un esclavo sostenía con una pértiga sobre las almenas. Ahora se limitaba a ver cómo estaban de limpias y engrasadas las hojas, y a acariciar la culata de su escopeta favorita, llamada *Fulgencio*, recordando que con ella había abatido, metiéndole las postas en la frente, el jabalí gigante de Caledonia. Después de la visita de armería, el rey subía los cuarenta y ocho grados de la escalera de caracol de la torre vieja, para inspeccionar el servicio de anteojos, que estaba a cargo de un sargento de óptica física llamado Helión, algo pariente suyo por parte de madre. Y habiendo quedado Helión en la tierna infancia tuerto del derecho, se dedicó a suplir su déficit ocular con cristales de aumento, y así llegó a dominar la ciencia del catalejo. Con él de servicio, el rey Egisto escrutaba el reino suyo, doliéndose de las provincias perdidas en los últimos años, que los condes fronterizos se quedaron con las tierras montañosas y con los valles fluviales, y aunque se decían vasallos, se quitaban de renta con mandarle una cesta de manzanas o un lechón, y todo lo más una piel de vaca. Y él no había podido acudir contra aquellos insurrectos porque estaba atado a su palacio por la dichosa espera de Orestes vengador, que no acababa de llegar. En los tiempos antiguos, los reyes de entonces subían todos los días a las almenas para estudiar los vados, los atajos de las colinas y el despliegue de la caballería en los llanos, entre los oteros, y las señales de marcha se daban por cohetes y por palomas mensajeras, y el rey felicitaba a las tropas agitando una bandera. ¡Todo se lo llevó Troya lejana, todo lo consumió! Y Egisto, en los primeros años de su reinado, tuvo que gastar la mayor parte de su tiempo y de su dinero en defender la corona, que al fin había llegado a ella por ese sendero que se llama crimen. Horas y horas sopesando sospechas, estudiando gestos y palabras, de puntillas por los corredores y las galerías buscando sorprender un conciliábulo subversivo, comprando espejos mágicos que dejaba en los salones y antecámaras con el pretexto de que estaba estudiando la cuadratura de la luna, y que al final lo engañaban, desnudos de toda imagen, cuando eran requeridos para que delatasen al conspirador. ¡Qué vida perdida! Y todo había surgido allí, en aquella torre, teniendo él dieciocho años y habiendo subido a que le dejaran mirar por el antejo, lo que el físico de entonces le permitió. Egisto admiró el paisaje, y nombró en voz alta las pequeñas aldeas del otro lado del río, perdidas entre viñas y maizales, y después dirigió el antejo hacia las murallas de la ciudad y las calles y plazas, que le parecía poder tocar con las manos los puntiagudos tejados rojos, y finalmente quiso contemplar el fino dibujo francés de los jardines reales, y estando en ello, entró en campo una dama vestida de azul, la cual se inclinó para dar de comer en su mano cañamones a un gorrión, y al inclinarse, el amplio escote de su blusa permitió ver unos hermosísimos pechos. La visión

ruborizó a Egisto, y lo turbó, y se ponía a morir cuando estaba solo en su cuarto y los recordaba. Todos sus sueños iban a parar en caricias de sus manos, y todos sus desvelos en poder apoyar su cabeza en aquellas deliciosas manzanas nevadas. Egisto se asomó por encima del reloj de sol, estiró el antejo, contempló los abandonados jardines en los que ya no se podía seguir la línea de los cuadros, y buscó en vano la sombra de aquella visión de antaño. ¡Qué terrible deseo al que había entregado toda su vida! Todavía ahora al rostro arrugado del viejo rey subía una oleada de sangre caliente, y se le secaba la boca como entonces. Pidió un vaso de agua a Helión, y este le ofreció un trago de vino aguado del porrón de barro negro, que no tenía otra cosa a mano, y el rey hizo un buche y devolvió el líquido, salpicando las plumas de un grajo que se disponía a salir en busca de almuerzo. Triste, cansado, hambriento, tentado con la contera del bastón el borde de los escalones, el rey descendió lentamente de la torre. Y solo, encorvado, arrastrando la raída capa amarilla, se perdió por los largos, inacabables corredores, ordenados en espiral como la cáscara del caracol, y en cuyas bóvedas tejían sus telas las arañas incansables.

I

TODA la vida la había gastado en esperar. Dejaba en el lecho a Clitemnestra, y se dirigía, silencioso, de puntillas, espada en mano, hacia la sala de embajadores. ¿Sabría Orestes, si llegase oportuno, que era Egisto aquel que estaba allí, de centinela junto a la ventana, ensayando su perfil y su sombra a la luz de la luna? Egisto había conocido a Orestes niño, pero ¿cómo sería ahora, adulto, el vengador? Egisto había ordenado que le hiciesen retratos del hijo de Agamenón, y tenía una docena, pero cada retrato daba un hombre diferente, rostros que en nada se asemejaban, bocas para palabras distintas, miradas que no se dirigían nunca a él, Egisto, que necesitaba ser reconocido por Orestes, no fuese este a equivocarse e ir hacia otro, deslumbrante homicida. Decidió el rey colgarse del cuello con un cordón de cuero, de los de atar el piezgo del odre, un letrero de cartón en el que había pintado con letras rojas su nombre, y lo escondió en el lobo de bronce que estaba en la tercera escalera del trono, a mano derecha, metiéndolo entre la parte interior del muslo izquierdo y los testículos de la fiera. Cuando retiraba el cartón, tocaba estos, y le parecía que una fuerza antigua y selvática lo saludaba, lo que tenía por buen augurio. Egisto, con el letrero sobre el pecho, avanzaba hacia la puerta. Diecisiete pasos justos hasta el poste de la primera reverencia. Si entonces tendía la espada, tirando al pecho del súbito enemigo, podría clavarla justamente en el corazón del que entraba, o en el cuello, pues pasaba la punta media cuarta del umbral. Imaginaba Egisto que aquel trozo de espada que asomaba por la puerta era luminoso como el ojo de un felino, como si él mismo hubiese puesto en la punta de la ancha hoja de acero uno de sus propios ojos, y vigilase en la oscuridad del largo corredor que descendía, en suaves curvas, hacia el jardín. Egisto veía con su espada. Noches enteras había consumido en esa espera, largas noches invernales, en las que el viento no permitía escuchar el catarro de la lechuza en la torre, y breves y dulces noches veraniegas, en las que el ruiseñor no cesaba de dolerse. Egisto prefirió, al principio de su centinela, la espera en las noches de lluvia al final de la primavera, pero las carreras de los ratones en el desván, rejuvenecidos con el tiempo tibio, le daban una sensación de compañía y tranquilidad que no era lo propio de su trágica expectación, y por eso pasó a preferir la espera en las noches lluviosas de comienzos de otoño. El viento arremolinaba hojas secas en las curvas del corredor, y el ruido que hacían al rozar con la piedra le parecía a Egisto los pasos de Orestes. Egisto, verdaderamente, lo pensaba todo como si la escena final se desarrollase en el teatro, ante cientos o miles de espectadores. Un día se dio cuenta de que Clitemnestra tenía que estar presente en todo el último acto, esperando su hora. Podría Egisto, en la pared del fondo, en el dormitorio, mandar abrir un ventanal sobre la sala de embajadores, un ventanal que permitiese ver la cama matrimonial, y en ella a Clitemnestra en camisón, la cabellera dorada derramada en la almohada, los redondos hombros desnudos. Cuando se incorporase, despertada por el ruido de las armas, en el sobresalto debía mostrar los

pechos, e intentando abandonar el lecho para correr hacia el ventanal, una de las hermosas piernas hasta medio muslo, o algo más, que la tragedia permite todo lo que el terror exige. Clitemnestra gritaría:

—¡Hijo!

Y en ese mismo instante Egisto caía, mortalmente herido. Tendría que caer sin doblegarse. Agamenón había dado unos pasos, le había caído la espada de la mano, se había agarrado a un cortinón, se había llevado las manos al pecho... A Egisto le gustaría caer de otra manera. Como herido por el rayo. ¡Si pudiese mandarle recado a Orestes para que trajese una larga espada, de hoja sinuosa! O caer como cae una piedra en el sereno remanso de un río de oscuro rostro, y los espectadores, echando hacia atrás unánimes las cabezas, asustados, como queriendo evitar que la sangre los salpicase, simularían las ondas que se expanden en las quietas aguas. Egisto caía, y en el enorme silencio solamente se escuchaba el golpe en las tablas de su pesada espada, seguido de otros golpes, los del casco rodando por las escaleras, reflejando en su bruñida superficie la luz de las antorchas portadas por los esclavos. Ya estaba muerto el rey, y no podía levantarse a recibir los aplausos, ni a dirigir el asesinato de Clitemnestra. Con Orestes, él se batiría en silencio, pero entre la madre y el hijo era obligado que hubiese un diálogo. Habría que sugerirle a Clitemnestra unas frases, unos gestos, las posibles respuestas a las preguntas de Orestes, alguna pregunta a Orestes, en la que se revelase su corazón, a la vez de madre y de amante apasionada. Orestes preguntaría, naturalmente, cómo había consentido la reina en el asesinato del ungido, y llevado, después del crimen, el asesino al lecho nupcial. Habría que dar con el tono, con las palabras solemnes y significantes, y sin embargo próximas, del grito. Convendría buscar testigos de las grandes venganzas griegas. Por otra parte, lo mejor sería que uno de sus agentes secretos, en un puerto lejano, hubiese encontrado a Orestes y tratado con él el diálogo de la hora de la venganza. ¡Un toma y daca para el teatro! Un agente secreto que supiese enroscarse en el pensamiento serpentino de Orestes, plegarse a sus mil facetas como la luz a la cara tallada del diamante, penetrar a través de las rendijas de la ira al rincón más oscuro. El dramaturgo de la ciudad podía poner por escrito el diálogo. Egisto le explicaría las horas ocultas de la gestación del crimen y las horas espléndidas del amor. La conquista de la bella soberana había durado muchas semanas. Egisto, vestido de seda, sollozaba, se impacientaba, hablaba de darse muerte, se dejaba crecer las uñas para arañarse el rostro, se ofrecía para ir a averiguar si Agamenón vivía. Clitemnestra cedió el día en que Egisto menos lo esperaba. Pisó la reina, sin darse cuenta de ello, el galgo de Egisto, tumbado al sol, y que se levantó quejándose. Creyó la reina que el perro al alzarse se revolvía contra ella, y se echó en los brazos de Egisto. Las bocas se encontraron. Egisto prolongó el beso durante un largo minuto, y la reina se desmayó. Allí mismo fue, en la galería, y el galgo, ya tranquilo y deseoso de que lo acariciase el amo como solía, acudió adonde yacía la amorosa pareja, y se puso a lamer lentamente el cuello de Egisto, como cuando, en los días de caza, a mediodía, Egisto,

fatigado, echaba una siesta debajo de un roble.

Cuando apareció el rey guerrero, a Egisto le fue muy fácil convencer a la reina de que aquel hombre, siempre armado y grosero, debía perecer. Clitemnestra decía que ella se sentía viuda, como si el marido se hubiese perdido en un naufragio. Una noche llegó un corredor avisando a Egisto de que asomaba el viejo rey, cuya nave había echado el ancla en la desembocadura del río. Y casi al mismo tiempo del aviso entraba Agamenón en la ciudad, cantando, golpeando con el puño de bronce en el escudo de madera y piel, pidiendo vino, probando su honda en los faroles, llamando a gritos a su mujer.

—¡Vengo perfumada, palomita!

Le abrieron las puertas del palacio porque dio el santo y seña, y como era luna nueva, se sentó en la escalera principal afirmando que no se acostaría con Clitemnestra hasta dictar sentencia en todos los pleitos que dejara pendientes. Sus dos soldados alarmaban por calles y plazas, la gente despertaba, se abrían ventanas y se encendían luces. Agamenón, abriendo los brazos, imitaba el rugido del león, y ordenaba a su heraldo que advirtiese a las preñadas que no malpariesen con el susto, que aquellos rugidos eran el ritual del regreso del rey. Egisto avanzaba, descalzo, espada en mano. Las anchas espaldas de Agamenón parecían llenar el hueco de las escaleras. Egisto, al llegar al primer rellano, corrió, tomando impulso, y se dejó caer sobre ellas, y apoyando el golpe con todo su cuerpo, clavó a metisaca. Agamenón, herido mortalmente, se levantó y se tambaleó. No miró hacia atrás, y así no pudo saber quién fuera el matador. Se agarró a un cortinón rojo, doblegándose, buscando a tientas su espada con la otra mano, pero no pudo sostenerla cuando la halló. Intentó incorporarse, agarrado al cortinón ahora con las dos manos, pero el rey y el cortinón rojo cayeron a la vez. Rodaron unas monedas. Asomó sobre el balaustre del último piso la cara colorada de la nodriza de Clitemnestra:

—¡Cayó el cabrón! —gritó el ama, y escapó, perdiendo una chancleta en la fuga. ¿La habría oído el rey antes de morir? El muerto estaba allí, medio envuelto en el cortinón. Sombras humanas se hundían en las paredes, se deslizaban fuera del patio, cerraban puertas. Egisto se había quedado a solas con el difunto. El miedo le había obligado a matar así, súbitamente, por la espalda. Flotaba en el aire el acre aroma de la resina de las antorchas apagadas con el pie por los esclavos presurosos. ¿De quién fue aquella mano que vertió de un cabo de vela un poco de cera en el pomo de la espada del rey, y lo posó luego allí? Egisto descendió tres escalones para poder ver el rostro del rey, tostado por los días de navegación. Colgaba la cabeza, mirando hacia las bóvedas con los ojos rojizos, que parecían cuentas de vidrio. Clitemnestra, cuando Egisto saltó del lecho, le había pedido que se fijase si Agamenón conservaba todavía la barba rubia. La reina, por un raro escrúpulo, quería saber a ciencia cierta lo de la barba. Egisto contempló a sabor el rostro del rey muerto. No tenía barba. Estaba afeitado del día. El comprobar esto pareció tranquilizar algo a Egisto. Se tocó con ambas manos suyas su barba y la acarició. Agamenón se habría afeitado en la

barbería del puerto, acaso pensando en la mujer, en no rozarle la suave piel de las mejillas con la militar barba puntiaguda.

—¡Se había afeitado la barba! —dijo Egisto a Clitemnestra, sentándose en el borde de la cama e inclinándose hacia ella, buscando un beso.

Clitemnestra rechazó a Egisto y se echó a llorar.

—¡No podía hacerme eso! ¡No podía hacerme eso! —decía la reina entre sollozos—. ¡Y que no piense que voy a ir a verlo!

Se pasó llorando hasta el alba. Y Egisto, arrodillado cabe la cama, apoyando la cabeza en los pies de la amante real, durmió. Durmió hasta que lo despertó la trompeta de diana. Soñaba que Agamenón, envuelto en el cortinón rojo, se acercaba, arrastrándose, e intentaba arrancarle la barba, y la boca del rey se aproximaba, mostrando el enorme diente de oro, que iba a clavarse en los ojos de Egisto. Y Egisto no podía huir, las piernas no le obedecían. Lo salvaron la trompeta y los gallos del alba.

II

PASABAN los años. En la imaginación de Egisto la jornada regicida iba tomando aspectos nuevos. Egisto se decía a sí mismo, sorprendiéndose a veces de un añadido, que aquello no era invención sino recuerdo, y que, sosegando con el paso de los días, la memoria se hacía más generosa en detalles. La verdad era que Egisto tendía a ennoblecer su hazaña, a componer una figura heroica. Al pueblo se le había explicado que la muerte de Agamenón fuera forzosa, que el rey antiguo quería quemar la ciudad, porque habiendo mandado varias veces a pedir socorros de galleta y vino, no se había hecho caso de sus recados. Y aun fuera casual la muerte, que insistiéndole Egisto, en su calidad de apoderado de Clitemnestra, que estaba con un cólico de aceitunas aliñadas en la cama, que cesase en su empecinamiento, Agamenón se fue contra él y se clavó por su cuenta. Y la muerte fue porque se desangró, que la herida era pequeña. Egisto podía alegar la legítima defensa. Y la prueba de que no era criminal la daba Clitemnestra casándose con él de segundas. Se formó un partido, llamado «Los Defensores», que apoyó a Egisto por su gesto, impidiendo la quema de la ciudad, y el nuevo rey dio dinero para una bomba contra incendios, con lo cual sacó a los defensores de la política para bomberos voluntarios. La monarquía conservaba su pompa, y la ciudad era gobernada por los senadores. Egisto gozaba de Clitemnestra, cazaba en otoño, y en junio tomaba baños en una charca salutífera contra un sarpullido que se le ponía en el vientre. Si no fuese por el asunto Orestes, ¡qué regalada vida! Pero el nombre terrible, y la expectación de su llegada ensombrecían los días de Egisto y Clitemnestra. El gesto más habitual de la pareja era el de asomarse a la ventana y mirar hacia el camino. Muchas veces, coincidiendo con avisos del espionaje, se veía galopar por el camino a uno de capa roja, o seguido por lebreles, y Egisto y Clitemnestra se miraban y pronunciaban a la vez, interrogando, el nombre fatal:

—¿Orestes?

Egisto se armaba, y esperaba. Llegaban, al fin, sus escuchas, y le daban las señas del forastero. Egisto ya sabía que lo de armarse era superfluo, porque estaba escrito que si Orestes llegaba a encontrarse frente a él, Egisto sería hombre muerto. Y se corrió por los países vecinos la fama del sereno sosiego de Egisto, quien conociendo su destino, hacía la vida cotidiana, paseaba con su amada por jardines y galerías, educaba halcones y los miércoles recibía lección de geometría. Varios colegas quisieron conocerlo, entre ellos un rey de tracios llamado Eumón, el cual aprovechó para visitar a Egisto y Clitemnestra uno de sus períodos de vacaciones, que las tomaba por semestres. La causa de estas largas vacaciones era que, a Eumón, cada seis lunas se le acortaba la pierna derecha y se le ponía como la había tenido de un año de edad, y tardaba otras seis lunas en volvérselo a su natural. Entonces, Eumón, por no perder el respeto de sus súbditos con la piernecilla aquella, salía de viaje, y no regresaba a su campo de tiendas de piel de potro hasta que estaba perfecto y podía

mostrarse sin cojera en las procesiones. A Clitemnestra le gustó mucho ver la pierna de Eumón, que la traía, en los días de visita, de la máxima cortedad, y la acarició soñadora, porque le recordaba la de su primogénito cuando este salió del regazo para los primeros pasos, tan redonda, la piel suave, y aquellos rollitos del muslo. Hospedaron los reyes a Eumón en palacio. Todavía tenían algún dinero para diario, y además, por aquellos mismos días, aconteció la muerte de la nodriza, la cual le dejó a Clitemnestra lo ahorrado, con lo cual pudieron hacer buenas comidas sin tener que pedirle una paga de adelanto al intendente. El gasto de espías arruinaba a la Casa Real, que los senadores habían decidido que, fuera de los augurios, eran los reyes quienes tenían que pagar de su bolsillo la prevención de la venganza. Egisto llegó a pensar que tanto gasto en vigilancia iba a poner lo vigilado en muerte por hambre. O, y esto le hacía sonreír, que puestos en círculo alrededor de la ciudad y del palacio avisos, escuchas, espías y contraespías, Clitemnestra y él tuviesen que abandonar secretamente la morada real y salir por los caminos a pedir limosna, pordioseros que no osaban decir su nombre ni su nación, mientras en la ciudad continuaba la vigilancia.

Eumón de Tracia quiso saber todo lo que había en aquel asunto, y Egisto le contó —y la reina, que estaba presente, se ruborizó, tapándose el rostro con el abanico— cómo se enamoró de doña Clitemnestra por la visión de los pechos, y más tarde por el trato nacido de llevarle regalos de seda e imperdibles ingleses, y contarle las novedades, y cómo ella le correspondió, impulsada por la soledad, con aquel marido ausente durante largos años, y por la emocionada sorpresa del asombro de Egisto cada vez que ella se mostraba ante él en las recepciones matinales.

—Verdaderamente, era una viuda cuando cayó en mis brazos, buscando consuelo. Todas mis palabras la habían llevado al convencimiento de que eso era, una lozana viuda moza, una bella mujer que se estaba desperdiciando, esperando a quien no regresaría jamás. Y por creerse viuda se me entregó, con lo cual, en puridad, nadie puede decir que hubo adulterio. Corrían noticias de que Agamenón volvía, pero su nave nunca dejaba ver la ancha vela decorada con un león azul. Pero un día cualquiera Agamenón volvió. Advertido a tiempo, pensé en salirle al camino y en retarlo a singular combate. Había un llano perfecto junto al pozo antiguo, cabe la robleda grande. Yo saldría de entre los robles, la armadura disimulada con ramas, y gritando mi nombre galoparía contra él. Pero considerando el asunto estimé conveniente esperarlo en la escalera principal de palacio, y allí cerrarle el paso. Era prohibirle su casa propia, decirle que no era. Además, pensando en excitarlo, había mandado colgar ropa interior de Clitemnestra, perfumada a lo violeta, en cuerdas tendidas de parte a parte en las escaleras. Quería cegarlo de ira para mejor dominarlo y darle muerte. Elegí cuidadosamente mi puesto en lo que podemos llamar sin más ojeo, y mandé picar el quinto escalón, que era el de mi espera, para no resbalar, que desde que los antepasados de Agamenón tuvieron el estanco de la sal gaditana en los bajos, no se ha podido quitar la humedad de aquella parte. La larga espada se mecía

en mi mano derecha, y desde el balaustre del rellano, para darle más lucimiento a mi figura, iluminada perfectamente por cuatro faroles de cristales de diferente color, con un fuelle de mano un criado de confianza hacía menear, como si soprase viento del Oeste, las largas y enhiestas plumas de mi casco. Y apareció al fin, gigantesco, enmascarado, envuelto en dos capas, en una mano el hacha y en la otra la espada, el rey Agamenón.

—¿Dialogasteis? —preguntó el atento Eumón.

No se le había ocurrido aquello a Egisto. Habría que mandarle recado a Filón el Mozo que escribiese el texto, para recitarlo en otras visitas reales.

—Pregunté quién era aquel tal que, armado y nocturno, turbaba la paz de un pacífico matrimonio, el cual, acabada una modesta cena de caldo de pichón, se encontraba en la cama esperando la visita del sueño, que suelen pintar con alas, no queriendo aquella noche, primer día de Cuaresma entre griegos, goces conyugales. «¡Vete —le grité— a ensombrecer otros umbrales!». No me respondió, y aun pienso que queriendo hacerlo no pudiese, por haber perdido el habla agorizante en los largos años de ausencia entre bárbaros. Rugió, imitando el león, y avanzó hacia mí.

—¡Cuando estaba acatarrado rugía muy bien! —comentó Clitemnestra.

—Rugió —prosiguió Egisto— y avanzó hacia mí. ¿Deja de ser un héroe un hombre astuto? Yo contaba con el tercer escalón, rezumando humedad salitrosa, y con sus zapatos claveteados. Sonreí. No pude evitarlo. Y al llegar al tercer escalón, resbaló. Al caer, dio media vuelta y me ofreció su espalda, y mi hierro entró fácil hacia el corazón. Ya no rugió más.

—Ulises no hubiese tenido nada que reprochar a tu astucia —dijo Eumón, que conocía los clásicos.

—Además —apostilló Clitemnestra suspirando—, se había afeitado la barba rubia. ¡Nunca se lo perdonaré!

Egisto miró para Eumón, quien se encogió de hombros.

—¡Misterios de las mujeres! —dijo el tracio—. En mi país se estudian mucho estas salidas de las féminas. En la tertulia de esta noche os contaré algunos puntos.

III

EUMÓN el Tracio era alto y flaco y vestía a la moda de su país, que era un chaleco bordado y dos faldas forradas de diferente color. Tenía la clara mirada alerta de los pastores, y era más bien callado, salvo cuando la conversación trataba de pájaros, de mujeres o de muías, siendo de estas últimas su nación la principal proveedora de las iglesias griegas, y las hacían a medida por encargo de metropolitanos y archimandritas, tanto en ancho como en alto y en balanceo. La ciencia de los criadores había llegado a tanto en el país de Eumón, que sacaban del vientre de la yegua madre la muía que querían, bebiendo en blanco, calzada de mano, bragada, y para el abad del monasterio de Olimprios, cana de cola, que era ese el gusto de Su Beatitud, y contó Eumón que una vez, necesitando el obispo de Adana un muleto con unas alas pequeñas en las patas, casi a raíz de los cascos, y tal como vienen las de Hermes en las estatuas antiguas, que quería monseñor sacar la bestezuela en un milagro, los abuelos de Eumón se comprometieron a lograr tal híbrido, y poniendo a la yegua bajo un asno zaino al que habían colocado unas alas de muestra, hechas con plumas timoneles de cuervo, y paseando el asno así vestido por delante de ella los nueve días siguientes al coito, llevando después la yegua a un campo donde todos los muletas destetados tenían aquel mismo adorno en las patas, no queriendo ser menos *Aragona*, que así se llamaba la yegua, dio a sus meses una cría alada, como pedía el mitrado de la ciudad de Adana, célebre desde Teófilos, el clérigo que vendió el alma al diablo.

—Decidme, ¿cómo no divulgasteis el arte ese? —preguntó Egisto.

—No compensa, querido amigo, salvo por encargo pagado en oro, que la yegua en su preñez hace tantos esfuerzos, que podemos llamar espirituales imaginativos, en sacar su cría a la moda, que después de parir esta, queda definitivamente estéril, le entran melancolías, aborrece el trébol, adelgaza, y un día cualquiera se desboca y se tira por el gran precipicio de nuestra frontera helénica, cuyo fondo son unas rocas puntiagudas.

Eumón levantaba la mano derecha al hablar y tropezaba algo en las erres. La barba redonda la tenía arrubiada, y lo más notable de su figura eran las grandes orejas, que cerraban el pabellón hacia delante.

—Mis orejas, que aquí llaman la atención, y tu barquero, en el vado de la torre me tomó, creo, por el último adelanto veneciano en escuchas, en mi nación son poca cosa, y según los historiadores las grandes orejas de los tracios hípicas vienen de cuando los antepasados creían que era el viento llamado Bóreas el fecundador de las yeguas, y había que estar con el oído atento al canto suyo, para encerrar a estas cuando se sospechaba la llegada de aquel falo silbador e invisible. Generalmente se las vestía con bragas de cuero, inutilizando así la violencia del ventarrón, aunque no sin perjuicios, que al verse el tramontano privado de sus goces carnales, se revolvía furioso contra el poblado, y derribaba tiendas y dispersaba pajares. De aquellas

centinelas nos quedaron a los tracios estas nobles orejas.

Y el rey Eumón hizo una perfecta demostración de la movilidad de las suyas, abriendo y cerrando el pabellón, abocinándolo, y haciéndolo estremecer como hoja de higuera en día de vendaval.

Clitemnestra le recordó a Eumón que había prometido hablar de los misterios de las mujeres en la tertulia vespertina, y el tracio asintió, advirtiendo que, en conjunto, disentía de la novela francesa.

—La ciencia del misterio femenino —explicó Eumón— comenzó a cultivarse entre los tracios por la necesidad de penetrar en el secreto de las querencias de las yeguas. ¿Quién podrá negar que en la imaginación de cada yegua no haya un ideal masculino? En la imaginación de la yegua galoparán hermosos caballos, y nosotros, los tracios de las paradas, en vez de estos perfectos corredores les ofrecemos a las yeguas unos asnos, aunque lujuriosos, de agraria taciturnidad, aburridos los poitevinos, irritables los de Vich. Defraudadas, las yeguas jóvenes pasan largos períodos de histerismo, del que sólo las libra la forzada maternidad. Un gran criador, pariente mío, fabricó en madera siete caballos, a los que cubrió con pieles diferentes, capas varias desde bayo a ruano, y eran los símiles de tamaño natural. Mi pariente soltaba la yegua virgen por entre ellos, puestos en el pastizal, y estaba atento a la elección que la hembra hacía, púdicamente el primer día, con espantadillas, idas y venidas y sin saber con cuál quedarse, pero al segundo día ya se había decidido, y se acercaba lametona al preferido, ofreciéndole prueba de festuca en sazón. Entonces, con la piel del elegido, mi pariente vestía al asno padre de turno, y se le echaba a la yegua, la cual se entregaba fácil. Algún inconveniente solía haber con ciertos asnos, que no se dejaban disfrazar, ya que seguros de su buena presencia, querían ser aceptados por sí mismos en la cópula, Mi pariente, vistos los buenos resultados de esta práctica, especialmente con yeguas díscolas, y las más que salen así son de las delgadas y muy escogidas en alimentarse, dictó a un pendolista de Elea un tratado que se hizo famoso sobre la prudente libertad que se le puede conceder a la mujer en la elección de marido.

—¡Mis padres eligieron por mí! —suspiró Clitemnestra—. Mi nodriza me dijo que Agamenón entraría desnudo en mi cámara, y que yo, para no asustarme, que no me fijase en otro detalle que en su barba rubia. ¿Cómo, Eumón de Tracia, me entró esa incoherente vehemencia, esa terquedad en que si volvía Agamenón, trajese, al cabo de los años mil, la misma barba lozana y puntiaguda?

Eumón apoyó el dedo índice de su mano derecha en la estrecha frente, y volviéndose a Egisto explicó el caso, diciendo que lo hacía por intuición, y por analogía con la interpretación de sueños.

—Y no es difícil la explicación, que estando como estabas, Clitemnestra, en la espera del peregrino, temías asustarte si aparecía de pronto ante ti, y trabajando todavía en lo oscuro de tu alma la advertencia preventiva de tu nodriza, sin darte cuenta te asegurabas con ella, diciéndote, sin decírtelo, que evitarías el espantoso

terror, y acaso el castigo por tu amor a Egisto, con sólo mirar para la barba rubia. No importaba nada el que, mirando para la barba rubia, te dejases hacer y saliese del paso Egisto cornudo por obra de Agamenón cornudo. O que te diesen muerte. Tú tenías que estar mirando para la barba rubia, no quitar ojo de la barba rubia, salvándote del miedo. Era, además, aquella mirada para la barba rubia, volver al día de la virginidad nupcial, de la preciosa inocencia tuya en la espera del gran Agamenón. De ahí tu desesperación al saberlo afeitado, que era como si te quedaras sin el seguro contra el miedo, que en este caso era un seguro de vida. Y aun creo que podría profundizar más en el asunto, sin ofender a Egisto presente, considerando si Clitemnestra no añoraba aquel lejano día, la hora en que la barba rubia se le metió en la cama. Que la memoria viaja sin dueño, y encuentras en un vaso un agua que te fue sabrosa antaño, aunque ahora te cause horror o sea veneno.

—¡Agamenón no era nada retozante! —comentó Clitemnestra, dirigiendo hacia Egisto la acariciadora mirada de sus ojos vacunos.

IV

EUMÓN invitó a Egisto a hacer un viaje por la costa, ambos disfrazados de correos latinos, y dejando asegurado un relevo de avisos, no fuese a llegar Orestes durante su ausencia y hallase a Clitemnestra sola, asomada a su ventana. Tras algunas vacilaciones de Egisto, quien creía faltar a su papel ausentándose del reino, e insistiendo Eumón en que él corría con todos los gastos, quedó decidida una romería de una semana. A hora de alba salieron los dos reyes de la ciudad, Eumón en su árabe inquieto y Egisto montando su viejo bayo Solferino, y formaban el séquito los dos ayudantes de pompas de Eumón y el oficial de Inventario de Egisto, elegido porque tenía montura propia, y cerraba la compañía una muía cargada con las piernas de repuesto de Eumón, conducida por un criado etíope que en las cuestas se subía encima del petate, el cual iba envuelto en una lona blanca. Que quedaba por decir que Eumón tenía, para disimular en ellas la suya achicada temporalmente, unas piernas de madera de abedul con juego de tuercas en la rodilla, todas del mismo tamaño de su pierna natural, pero con diferente hueco, correspondiendo este al distinto bulto de la pierna, según iba creciendo, que mermar lo hacía en un día. Salieron a hora de alba, pues, los ilustres monarcas, y bajaron por el camino real a pasar el río por el vado del Saucé, eligiendo en la encrucijada el atajo que conduce, por entre colinas olivares, a la robleda grande, que quería mostrarle Egisto a Eumón el campo en donde, en los días de la arribada de Agamenón, pensaba salirle al encuentro a este, poderosamente armado. El campo lo había, junto al pozo antiguo, pero no valía para justas que el colono lo había labrado, y tenía en aquel septiembre un maíz muy lucido, y en su fuero interno Egisto se alegró de aquella labranza, que desde que se le había ocurrido invitar a Eumón a visitar el campo de sus posibles hazañas estaba preocupado, no fuese el tracio a pedirle una muestra de galope y desafío, que era más que posible que supusiese una caída del viejo Solferino. Decidieron continuar por el camino real, almorzando de campo el lomo embuchado y las tortillas que había preparado de su mano la propia Clitemnestra, y que eran muy del gusto de Egisto. Llegada la hora del almuerzo lo hicieron cabe una fuente, bajo unos castaños, y pusieron los vinos a refrescar en el pilón en forma de concha jacobea, en el que caía el alegre chorro y del que revertía el agua para formar un arroyuelo que se iba de vagar por los prados costaneros. Eumón, que era más bien moreno, con los repetidos tragos de las botas aparecía colorado, y se quitaba la calor abanicándose con las propias grandes orejas, lo que era cosa digna de ver. Ofreció de postre el criado etíope unas manzanas, y acordaron todos que una siesta era lo pedido. Había un mirlo próximo, que estaba poniendo en música todo aquel dorado mediodía.

Reanudado el viaje, a media tarde, desde las ruinas de lo que había sido una antigua atalaya, la comitiva contempló en el horizonte el mar azul. Egisto se quitó el sombrero de cazador con que se tocaba e inclinó por tres veces la cabeza.

—El que uno esté como esté, pobre, la corona impedida, perdido el poder militar

y olvidado en la sombra polvorienta de su palacio, no por eso deja de estar obligado a cumplir los ritos, como este de saludar al Océano, por el cual mis antecesores en la corona llegaron a esta tierra y la conquistaron, y con el cual, según las historias, nos unen lazos de parentesco.

—Este que aquí va —dijo Eumón indicando a uno de sus ayudantes de pompa, un hombre pequeño y moreno, picado de viruelas, que no había despegado los labios en todo el camino—, está emparentado con un pozo, que de él salió en niebla su bisabuela cuando su bisabuelo, que era mozo, le estaba dando de beber a su yegua.

—Hubo que enseñarla a hablar —añadió el ayudante—, aunque ya pasaba de los dieciocho, y como mi bisabuelo había dicho que no la tocaría hasta que diese consentimiento de palabra, aprendió en seis días el tracio, con el subjuntivo y todo. Desde aquella boda, los de mi familia saludamos a los pozos como tú saludas al mar.

El camino descendía desde los montes al mar por entre espesos bosques, y ya al final, en la llana marina, era como paseo de alameda, bordeado de mimbreras que empezaban a dorar y de altos chopos. Eumón, quien seguía dando tientas a las botas, propuso hacer noche en una posada que había antes de llegar al puerto, en la que habría una buena sopa de arroz y pollo asado, y cama limpia. El posadero conocía a Eumón, y lo recibió con alegría, disponiendo a gritos la cena, diciendo a cada uno cuál era su cama, y ordenando a un criado manco que tenía que trajese agua para que se lavasen los huéspedes. Mientras no hervía la sopa, Eumón tomó del brazo a Egisto y le rogó que se sentase con él un poco aparte, lo que hicieron los dos reyes bajo una higuera, junto a la puerta de las cuadras.

—Querido Egisto —dijo Eumón dándole una palmada amistosa al colega en la espalda—, desde que llegué a tu palacio y me hiciste confidente de tu tragedia, se me metió en la cabeza que tú y doña Clitemnestra quizás estéis viviendo una comedia de errores. Y cuando salió a relucir el asunto de la barba rubia de Agamenón, me afirmé en mis sospechas. Querido Egisto, ¿estás seguro de que el muerto era Agamenón?

Egisto miraba para Eumón, no sabiendo si aquellos eran propósitos nacidos de las abundantes libaciones, o si el tracio había reflexionado de verdad en su tragedia.

—El hombre aquel entró en la ciudad acompañado de un heraldo y dos soldados. Gritaba que era Agamenón y los soldados pedían mozas de gratis, que regresaban de la guerra de Troya. El heraldo anunciaba la presencia del rey en su torre. Y Agamenón rugió como el león.

—¿Y después de muerto?

—Los soldados huyeron y no se volvió a saber de ellos. El heraldo, que estaba beodo, subiéndose a una almena, cayó al patio y se mató. Yo avisé a la funeraria que se hiciese un entierro de tercera, sin plañideras, que al fin, según declaración oficial, Agamenón volvía para quemar la ciudad.

—¿Quién vio el cadáver? —insistía Egisto.

—Nadie. No lo vio nadie. Terminaron de envolverlo en el cortinón rojo y lo metieron en el ataúd. Por cierto que no servía ninguno de los ataúdes que había en la

funeraria, que eran pequeños para aquel envoltorio, y hubo que hacer un ataúd como para un gigante antiguo. Ya me dijo Clitemnestra, al saberlo, que no fuese en el entierro de duelo, que haría el ridículo, yo de mediana talla y en la caja mi antecesor, enorme como un buey.

—¿Nadie le vio la cara?

—¡Nadie! ¡Solamente yo, que no lo había visto nunca!

—¿Había dicho alguna vez Agamenón que se afeitaría?

—¡Nunca! Solía jurar por su barba rubia, y en las iras se arrancaba pelos de la parte izquierda, en el mentón, con lo cual siempre tenía allí un campo ralo. ¡Hay ficha de la policía!

—Querido Egisto, dame la mano derecha, que te voy a hacer partícipe de mis secretos pensamientos. Yo me imagino ser Orestes, el príncipe. Mi padre está ausente, en la guerra. Mi madre, la blanda Clitemnestra, está en brazos de un hombre de sociedad, venido a menos, famoso cazador, llamado Egisto. Los augures, arrodillados delante de las tripas, ven, como yo veo ahora el farol de la puerta de la posada columpiarse en el espejo de tus ojos, el futuro de la polis: regresará el rey, y tú, el amante real, matarás. Queda un hijo, que es una espada vagabunda, esperando el momento de la venganza. Egisto debe morir, y morirá. La espada de Orestes es infalible. Se asegura que la hermana fugitiva, Electra, se le ha metido en la cama al hermano para impedirle dormir, y por tener un hijo en cuya sangre vaya doblada la intención de la venganza. En palacio, la otra hermana vela con una luz junto a las almenas. Fíjate en que todo está escrito. Todo lo que está escrito en un libro, lo está al mismo tiempo, vive al mismo tiempo. Estás leyendo que Eumón sale de Tracia una mañana de lluvia, y lo ves cabalgar por aquel camino que va entre tojales, y pasas de repente veinte hojas, y ya está Eumón en una nave, y otras veinte, y Eumón pasea por Constantinopla con un quitasol, y otras cincuenta, y Eumón, anciano, en su lecho de muerte, se despide de sus perros favoritos, al tiempo que vuelve a la página primera, recordando la dulce lluvia de su primer viaje. Pues bien, Orestes se sale de página. Orestes está impaciente. No quiere estar en la página ciento cincuenta esperando a que llegue la hora de la venganza. Se va a adelantar. No quiere perder sus años de mocedad en la espera de la hora propicia. Está cansado de escuchar a Electra. No quiere estar arado de por vida al vaticinio fatal. Quiere vivir la libertad de la tierra y de los mares, está enamorado de una princesa de una isla, tiene naves y caballos, recibe cartas de emperadores que quieren alquilarlo por general en jefe, le gusta escuchar música o jugar al polo, o a las cartas. Y decide ir a buscarte y darte muerte.

—Pero no tenía todavía motivos. Yo no había rematado a Agamenón.

—¡Ni le importa! Tú tienes que matar a Agamenón el día en que el rey regrese. Orestes tiene que ir a matarte a ti, porque tú has dado muerte a Agamenón. Pero, para Orestes, su intervención se reduce a matar a Egisto. Muerto Egisto, se acabó su papel. Hace mutis y se va a sus vagancias. Si se adelanta y te mata, evita la muerte de su padre, lo que no le importa, y finiquita su obligación. Además, que le da asco que te

acuestes con su madre.

—¡No hay otro más higiénico que yo! —se asombró Egisto.

—¡El asco no es por lo físico! Orestes quiere salir de la rueda, vivir libre. Y finge ser Agamenón que regresa. Se disfraza, disfraza a sus criados, imita el rugido paterno.

—¿Yo maté a Orestes? —pregunta Egisto poniéndose de pie, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Casi seguro! El muchacho había bebido para darse ánimos. En puridad, matarte a ti en aquel momento era matar a un inocente. Eras el querido de su madre, eso sí. ¡Lo único! Y si infaliblemente te hubiese dado muerte llegando en su momento a vengarse, en aquella ocasión, borracho e impaciente, no tenía ninguna probabilidad. Lo mató la prisa juvenil.

—¿Y Agamenón?

—¡Habrá muerto en Troya, o andará por ahí buscando empleo!

A Eumón, de tanto como había hablado seguido, se le secó la boca y fue a echar un trago y a ver cómo andaba la cena. Egisto se sentó en las raíces de la higuera y consideró todo lo dicho por el tracio. ¿Habría estado todos aquellos años esperando a un Orestes que estaba muerto y enterrado? ¡Su gran enemigo, su matador, podrido en la tierra, envuelto en el cortinón rojo! ¿Cómo estar seguro? Porque sin una prueba irrefutable lo dicho por Eumón no lo libraba de la larga, paciente, temerosa espera. ¿Le contaría las sospechas de Eumón a Clitemnestra? ¡Orestes muerto! ¡Por eso no daba nadie con él!

Silbó como echando el miedo de su pecho, y se dirigió a la posada, en la que entró preguntando cómo estaba la sopa y pidiendo un vasito de anisete, que siempre que cabalgaba varias horas necesitaba un carminativo.

V

MADRUGANDO al siguiente día para ir hacia el puerto, que un campesino que llevaba al mercado dos sacos de manzanas, bien estibados en las parihuelas de su asno, avisó que se avistaba navío griego, antes de montar hizo Egisto un aparte con Eumón, y recordándole su discurso de la noche pasada, le preguntó si creía verdaderamente que el muerto de la escalera de palacio era Orestes.

—El vino me hizo confuso parlanchín, amigo Egisto, y me limité a decir en voz alta mis más secretas deliberaciones. En mi país paso por intelectual escéptico, y no veas en mis palabras de ayer otra cosa que no sea un intento de ayudarte a hacer más llevadera tu terrible espera. El muerto puede ser Orestes, o no serlo. Lo que importa es que tú tengas la seguridad, o la esperanza, de que lo haya sido. Unos días estarás cierto de ello, y otros no. Pero, con las dudas, tu vida será diferente. Un hombre que duda es un hombre libre, y el dudoso llega a ser poético soñador, por la necesidad espiritual de certezas, querido colega. La filosofía no consiste en saber si son más reales las manzanas de ese labriego o las que yo sueño, sino en saber cuál de las dos tienen más dulce aroma. Pero esto es arte mayor. Bástate saber que tu vida será diferente con las dudas, como te decía, y que si es lo mismo morir de Orestes que de una fiebre sabatina, a la fiebre no la tienes por visita irremediable.

—¡Es que si no fuese Agamenón el muerto, quedo disminuido en la tragedia! — casi sollozó Egisto.

—¡Tu valor no se discute, amigo! —afirmó Eumón abrazándolo—. ¡Ya verás como si profundizas en el asunto, terminas saliendo del escenario para platea, ves el argumento con nuevos ojos y acabas separando de ti el Egisto regicida!

No entendió muy bien Egisto toda aquella reflexión del intelectual tracio, pero se sintió animado al ver lo que a su colega filósofo, lo que era un descubrimiento, le había preocupado su pleito. Ayudaba la mañana a un ánimo ledo, que era de esas límpidas de principios del otoño, cuando sopla suroeste y la luz parece surgir de la tierra misma. Las palomas picoteaban por entre las patas de los caballos, y desde su jaula en el dintel de la puerta de la posada despedía a los viajeros el jilguero. Se escuchaba próxima la respiración del mar, y Egisto admiraba el vuelo grave de las gaviotas.

La nave griega que se esperaba llegó puntual, y antes de que comenzase la descarga de mercancía, que la más de ella eran serones de higos y barricas de vino, descendieron los pocos pasajeros, y entre ellos uno mozo, que con la mano derecha sujetaba por el mástil un laúd italiano. Vestía de verde, y no cubría la alborotada cabellera rubia. Eumón y Egisto se habían sentado en unos sacos de centeno, contemplando la maniobra y curioseando el pasaje.

—A mí —dijo Eumón— lo que más me gusta de la arribada de una nave es que descienda de ella una hermosa mujer desconocida. Ahora estamos disfrazados, por exigencias de tu incógnito, pero yo en estos casos me visto de gala, anuncio que soy

rey tracio y me pongo en el muelle a contemplar el atraque y el desembarque, jugando distraído con monedas de oro, y de vez en cuando dejando caer una al suelo, que recoge uno de mis ayudantes de pompa, que anda alerta no se pierda. La hermosa mujer desconocida busca con la mirada de sus ojos verdes a quién preguntar dónde es la posta, y me ve a mí y se acerca, y entre reverencias la instruyo, y me ofrezco a acompañarla y darle custodia, si se dispone a viajar por caminos solitarios.

—¿Y en qué acostumbra a parar el asunto? —inquirió Egisto.

—Si te he de decir la verdad, lo más bonito es que todo quede en una despedida muy sentida, la dama en su caballo disponiéndose a partir, y yo acercándome presuroso, como movido por una fuerza ciega, y besándole el pie apasionadamente. A veces me propaso hasta el tobillo. Lo que no quiere decir que no se me hayan entregado algunas, ya por obsequios, ya por insistencia en la ronda, ya por hallarse muy lejos de su patria. Pero, ya te digo, lo mejor de la llegada de una nave es la expectación de si habrá o no desconocida.

No la hubo en aquella ocasión, y los dos reyes se dirigieron al mozo del laúd, presentándose como correos que esperaban navío que viajase hacia Occidente.

—Somos latinos —dijo Eumón el tracio—, y de oficio correos, y venimos de recorrer toda Grecia en busca de un tal Orestes, para entregarle un pliego sellado.

—Yo —respondió el mozo— soy de nación hiperbórea, y en ella nunca se pronunció tal nombre, que no somos tan sonoros. Este es el primer viaje que hago, con permiso de mis señores padres y después de haber aprendido la lengua en que estamos hablando de boca y estilo de un prisionero de guerra. El motivo de mi viaje es escuchar sirenas, y trasponer sus tonadas para laúd, y desembarco en este puerto averiguando si modernamente, en las playas próximas, ha sido oída alguna de estas señoras.

El mozo rubio arrancó de su laúd unas voces melodiosas, e hizo una graciosa reverencia. Sonreía con los ojos azules, y toda su figura era el cromo de la alegre mocedad en una revista ilustrada.

Intervino entonces en la conversación uno pequeño y gordo, amulatado, que mascaba caña amarga y la espumilla rojiza le quedaba en la comisura de los labios, el cual había estado hasta entonces muy afanado pintando con brocha gorda una seña en colorado en los sacos de centeno en los que se habían sentado los dos reyes.

—Soy siríaco, y llevo diez años en este puerto en el trato del centeno, ilustres extranjeros, y nunca supe que por esta parte cantase la sirena, y no se me hubiese escapado la noticia, porque como todos los de Damasco, criados en el bazar, soy muy amigo de novedades. Además, por herencia de un tío mío, de familia de pilotos levantinos, tengo en un pergamino tres cláusulas interrogantes para sirenas, a las que estas damas de la mar no pueden negarse a responder, y me gustaría hacer la prueba.

El siríaco tenía ojos negros de muy vivo mirar, como si estuviese guardando cuatro tiendas a la vez, y por más señas le faltaban dos dientes y tenía la mano derecha cubierta de verrugas azuladas. A preguntas de Eumón y de Egisto se negó a

decir cuál era el tema de esas cláusulas interrogantes, y en la respuesta trató a Egisto muy respetuosamente, dándole de señoría y haciendo como un intento de inclinar la cabeza. El tracio se fijó, y se dijo que quizás el siríaco hubiese ido tierra adentro a comprar grano, y reconociese a Egisto por haberlo visto en alguna procesión. Dado que no bajaba dama del barco, y que no había mayores novedades en el puerto, convidó a Eumón a unas jarras de vino en la taberna, que tenía un salido cubierto de cañizo.

—¡Brindo por las sirenas cantoras! —dijo Eumón levantando su jarra.

—En los mares de mi país, las que hay son silenciosas, y andan tristes, sombras somnolientas que se dejan llevar por las olas de aquí para allá, ven pasar indiferentes los navíos y no responden a los galanes que les ofrecen alma y cuerpo. La culpa del silencio sirenal de aquel norte —prosiguió el mozo del laúd— la tuvo un misionero irlandés, que en su isla está en los altares, y se llamó o llama Tigearnail de Clones. El monje era muy ascético, y cuando acudió a evangelizar mi provincia, nos quitó del aquavitae y del baile agarrado, y habiendo llegado a sus oídos que muchos jóvenes salían al mar a escuchar sirenas, y los más entusiastas se entregaban con estas cálidas al amor carnal, aunque sabían que en ello les iba la vida, y viendo en un arenal a un caballero barbilampiño, llorado de progenitores y parientes, ahogado por la flor marinera que lo había desvirgado, se empeñó en librarnos de aquella plaga. Volvió por cierto tiempo a su isla, y encerrándose en una biblioteca que fuera de san Patricio, aprendió en los libros de *ars magna* un gran secreto que toca a la naturaleza del canto de las sirenas. La cosa es que la sirena, cuando canta, lo que sale de su boca se condensa caliente en el aire, en una como nubecilla que de lejos alguien tomaría por un ave marina, y cuando la sirena termina su canto, se queda sin voz hasta que dicha simulada ave o nube, enfriándose al no recibir ayuda de boca de la sirena, desciende, y la sirena la aspira, y ya puede repetir el concierto. Las sirenas, que cada una tiene su canción, juegan a robarse unas a otras el repertorio. Y san Tigearnail de Clones mandó tejer a cuenta del patrimonio real una gran red de más de doscientas varas de lado, de finísima malla, y educando dos docenas de cuervos que había traído de Irlanda en sostenerla en el aire, mandó que se propalase que el príncipe heredero, de quince años, lindo como un limón maduro, salía a sirenas con un ardor que su padre no podía contener. Y las sirenas todas, por ver cuál de ellas disfrutaba de aquel bomboncito, se apiñaron en un estrecho, y viendo pasar la barra una barca con brioso y solitario remero, y el brillo de las cadenas de oro que llevaba alrededor del cuello era como si de día compitiese con el sol una luz de faro, soltaron cada una sus coplas de encanto, y cuando todas las músicas estuvieron en el aire, gaviotas hechas como de tálanos estivales, y se produjo el instante silencioso de la recuperación del canto, a una seña del misionero los cuervos gaélicos dejaron caer la red. Recogida, fue quemada con todas las canciones cautivas, y este es, señores, el motivo del silencio dolorido de las sirenas cimerianas.

—¿Y había príncipe heredero? —preguntó el siríaco.

—No, que el remador era un lego, acólito de san Tigearnail, y he de contar como nota curiosa que, pese a los detentebala y escapularios de defensa que llevaba en su pecho, lo encandilaron los cantos a la vez de aquellas hermosas, cuyas desnudas formas adivinaba en las ondas, y bien alimentado como estaba y continente como fuera toda su vida, se le acumuló en la sangre el licor venéreo, y reventó por las partes.

—¡Nunca tal pasó con mis garañones —comentó Eumón—, y eso que a alguno tuve a dieta un año largo!

Pasaron el día los reyes paseando por el puerto, dando una vuelta en lancha, recogiendo caracolas, acompañados del mozo del laúd, quien les dio un concierto, y nunca Egisto había logrado, desde los años de la adolescencia, horas más felices. Cuando regresaron a la taberna, ya tenía el siríaco preparada la cena, y levantada una tienda de lona y pieles para que durmiesen dentro de ella, en cojines de pluma, aquellos forasteros. El orégano del adobo del cordero perfumaba el atardecer.

VI

ME llamo Ragel —dijo el siríaco mientras se ceñía por enésima vez la faja, que debía parecerle que cada vez que se apretaba se quitaba la barriga—, y siendo todavía un niño me pusieron mis padres a servir, que éramos doce hermanos, y en casa no había piñones para tantos. Tuve muchos amos, los más de ellos mercaderes, ya de telas, ya de granos, y con el dinero que pude ir ahorrando, que no fue mucho debido a mi gula, nacida quizá de que no se me pasa nunca el recuerdo de las hambres infantiles y temo que vuelvan, y entonces devoro un cordero entero, o media docena de gallinas con arroz; digo que con el dinero que fui ahorrando me establecí en esta ribera, y ahora comercio en cereales, yendo a comprar centeno y avena en las ferias del Vado de la Torre, donde soy muy apreciado por la señora condesa doña Inés la Amorosa, porque le cuento piezas de teatro y le explico puntos de lana, que de un amo escocés que tuve, que vino a cazar centauros a la Hélade Firme, aprendí a calcetar en las largas horas de la espera.

El siríaco al hablar se dirigía siempre a Egisto, como olvidado del resto de la compañía, y fue a Egisto a quien sirvió primero, ofreciéndole las que creía las mejores tajadas, y abriendo para él la sesada, y preparándosela con perejil y bayas de enebro.

—¿Y tu don escocés encontró centauros? —preguntó uno de los ayudantes de pompa de Eumón, el más flaco y pequeño, buen cabalgador, que respondía por Cirilo.

—No encontró centauros vivos mi amo don escocés, pero en la cueva en la que tuvo que refugiarse un día de horrible tempestad halló el esqueleto de uno, y pasamos allí dos semanas lavando los huesos y numerándolos, y eran en total ciento nueve, y mi amo decía que aquella cifra contradecía la ciencia anatómica paduana, de lo que parecía muy satisfecho. Se llevó el esqueleto en tres cajas precintadas, y me dejó de recuerdo seis agujas de calcetar y una gorra a cuadros rojos y verdes, que mucho sentí perderla, que un día en que paseaba por el muelle vino una ventolada súbitamente y me la arrancó de la cabeza, llevándola al mar.

El oficial Cirilo pidió permiso a Eumón para contar una historia, a lo que el rey accedió gustoso. Estaban todos sentados en sus cojines alrededor del fuego, haciéndose lenguas de la generosidad de Ragel, pródigo ahora en limonada y en melones dulces, y Egisto había llamado a su vera a su oficial de Inventario, que parecía mustio y distraído, como que estuviese pensando en cosas que pasaban a mil leguas. No se quitaba el ancho sombrero marrón con toquilla carmesí, cuyas alas le ensombrecían medio rostro, y en el viaje se retrasaba siempre un poco, evitando la conversación con los ayudantes tracios. Gastaba bigote, rubio, espeso y caído, y tenía las manos muy blancas. El sirio Ragel alimentó el fuego con unas astillas de roble bravo y virutas de aliso, que se consumen en azul. Y Cirilo contó:

—En un valle entre montañas, en mi país natal, nació un niño cuyas orejas, siendo nuestra nación ya abastecida de ellas en exceso, sorprendieron por lo grandes,

peludas y puntiagudas, y desde que el niño nació, las orejas no cesaban de crecer, tanto que cuando el crío fue destetado, y entre nosotros se usa hacerlo al año justo, las orejas eran mayores que todo el cuerpo y le caían como dos alas negras hasta el suelo. Para que el infante aprendiese a andar, discurrieron ponerle un artilugio en el cuello, que era un aro de madera del que salían dos varas, y a estas se ataban las orejas. Pero el niño, que aprender aprendió a caminar, se cansaba, y habiendo ido a verlo, por las noticias que le llegaron del caso, el gobernador de la provincia le regaló un caballito enano. El niño, bien atado a su bayo, hacía su vida montado, comiendo y aprendiendo el alfabeto, apurando las necesidades en vejigas, haciendo recados, y finalmente durmiendo sin apearse, que buscó el truco de que el caballito se echase de panza, apoyada la cabeza en un haz de paja, con lo cual el niño, que se llamaba Critón, podía desbuzarse como en almohada de cama. Se comentaba el asunto en todo el país, y los padres de Critón decidieron cobrar a los que llegaban curiosos a ver el teatrillo, a quien ya llamaban el centauro de Tracia. Y de boca de pastores, un día de viento favorable, debió de llegar a un campo de centauros veros la noticia de que había uno de muestra en un valle de Tracia, y el cabeza de los centauros mandó hacer un censo por si se había traspapelado alguno, y no, que estaban todos en el campo; visto esto se pasó a averiguar cuál centauro se había deslizado hasta mi valle en busca de moza, sin dar parte a una oficina que hay entre ellos, que concede salvoconductos para incumplir el sexto con humanas de religión ortodoxa, que para las otras hay libertad. Y por un pastor viejo que era apreciado entre centauros por haberles enseñado a distinguir las hierbas purgantes y a silbar en caramillo de juncos, y regalado un plano de París de noche, pidieron permiso aquellos para enviar un embajador a reconocer a su congénere. Concedido este, una mañana galopó hasta mi aldea un hermoso centauro, la capa hípica de percherón normando y la parte humanal pilosa en trigueño, el rostro bien barbado y noble, los ojos claros y la cabellera trenzada sobre la nuca. Fue bien recibido, aceptó una jarra de cerveza, y se le explicó por el alcalde de barrio que no era tal centauro lo que había, que eso era hipérbole como anuncio de barraca de feria, y que lo que había era un niño orejudo y un bayo enano. Sin perder el centauro la cortesía, pero notándosele el cabreo, rogó que se olvidasen de llamar centauro de Tracia a aquella anormalidad, que la palabra centauro era marca registrada en Homero y en Plinio, entre otros, y que no podía usarse a capricho, y que lo que era un centauro, bien a la vista estaba. Hizo muestras de trote y de galope, tendió el arco, relinchó, y después de hacer unos pasos de escuela española, se sostuvo en el aire, apoyándose en el erecto miembro jaspeado. Y se fue, saludando a las mujeres que aplaudían. Yo estaba allí, encaramado a una cerca de madera, y no le quité ojo durante toda la embajada. ¡No se me olvidará nunca!

—A mi patrón escocés, que se llamaba sir Andrea, le preocupaba dónde tendrían los centauros el ombligo, si en el vientre humano o en el caballo. ¿Pudiste fijarte en ello?

—Me fijé. Los centauros tienen el ombligo en su vientre humano.

Fue muy apreciada la historia contada por Cirilo y Ragel comentó que lamentaba no tener la dirección en Escocia de sir Andrea, que le escribiría dándole una novedad tan importante para el progreso de las ciencias como era la del ombligo centáurico.

El fuego se apagaba, y el sueño tomaba por los ojos a los viajeros, ayudándose del canto del mar, que es como escuchar moverse una cuna. Envueltos en sus mantas se echaron en los muelles cojines, y a poco dormían todos, con gran variedad de ronquidos, menos Ragel, que vigilaba sentado a lo moro junto al brasero. Cuando el siríaco consideró a todos sumergidos en el profundo sueño primero, se deslizó hacia Egisto, y sacudiéndolo de un brazo lo despertó, rogándole, cuando le vio abrir los ojos, que callase y lo siguiese fuera de la tienda. Egisto se aseguró de que llevaba el largo puñal a mano y la bolsa con las tres monedas en las bragas, y salió silencioso como le pedía Ragel, el cual al verlo fuera de la tienda se arrodilló y le besó la mano.

—Tú eres el rey Egisto, y yo soy tu criado Ragel el Sirio, a sueldo de tu registro de Forasteros y a la escucha de la venida de Orestes. Te reconocí por haberte visto una vez en el hipódromo.

Egisto explicó a Ragel el porqué de aquel viaje, y que callase su descubrimiento, que no debía saberse nunca que, esperándose de un año para otro la venida de Orestes, el rey Egisto salía de vacaciones pagadas.

—No te hubiera molestado, mi señor, si no fuese que me urge recordarte que hace cuarenta y dos meses que no recibo paga alguna, y el trato del centeno anda mal, con la guerra de los Ducados y con la carga de alimentar a los que huyen de ella y se apiñan en los campos del Vado de la Torre, a la limosna de la condesa doña Inés. Y además porque es mi obligación prevenirte contra ese que llamas tu oficial de Inventario. Puede decirse, mi señor Egisto, que yo huelo mismo los disfraces. Orestes no es, pero bien podría ser su criado Flegelón, que es el espía de los espías de tu hijastro.

Dijo esto Ragel, y a Egisto le entró la risa, y cogiendo del brazo al siríaco se apartaron de la tienda y caminaron por la arena, y Egisto no dejaba de reír y de apretar el brazo de Ragel.

—¡Tienes olfato! Y cuando te cuente que acertaste en lo que se refiere al disfraz de mi oficial, también verás por qué no puedo pagarte los atrasos de que me hablas, y créeme que me gustaría hacerlo, ya que pareces tan fiel. Mi oficial de Inventario verdadero, un tal Jacinto, sufrió hará cinco años un ataque del que quedó parálítico del lado derecho, y sin habla, y en su cama está, llagado y dolorido, esperando la muerte. El uniforme de oficial de Inventario era de él, comprado con adelantos sobre su sueldo. Ahora yo no podía nombrar un nuevo oficial de Inventario, que no tengo con qué pagarlo, ni con qué comprar un uniforme nuevo. Ni siquiera tengo suelto, amigo Ragel, para comprarle a la mujer de Jacinto el uniforme de su marido. ¡Así andan las casas reales! Y por invención de la susodicha mujer llegamos a un acuerdo, que fue que una cuñada del baldado se hiciese pasar por hombre, pegándose un bigote y vistiendo el uniforme, y así el sueldo, o la esperanza de sueldo, mejor, quedaba en

la misma casa. Y como yo no puedo pasar sin oficial de Inventario, que el inventario es una de las columnas de la monarquía bien ordenada, acepté la propuesta. De modo, Ragel, que mi oficial es una mujer honrada, lavandera que fue de la inclusa, y por eso sabe llevar muy bien, con cruces y palotes, el apunte de las prendas interiores y exteriores, y no ese Flegelón de que hablas, ojo derecho de mi hijastro Orestes.

VII

CLITEMNESTRA esperaba sin impaciencia el regreso de Egisto, aunque nunca se habían separado desde el día de los amores, y pasaba aquellos días consumiendo las más de las horas pintando a la acuarela las etiquetas para los frascos de mermelada de mora y para las cajas de jalea de membrillo, que eran ambas un triunfo de su confitería, y después del almuerzo salía a pasear por la terraza, llevando en brazos al gato Tinín y jugando con una sombrilla napolitana de flequillo. Ahora no podía bajar a pasear por los jardines, que los dos criados que quedaban en palacio de la antigua familia de siervos los habían transformado, parte en huerto —en el que cosechaban excelentes ajos y muy buena remolacha de mesa— y parte en prado, aprovechando para riego el agua del baño donde sumergían sus cuerpos los antiguos reyes antes de ser ungidos. En este prado pacía la vaca frisona, muy lechera, única que quedaba de la ganadería regia, y la leche y lo que daban las crías se repartía a medias entre el rey y los dos criados. De tierras aforadas de la herencia materna de Egisto llegaban en otoño a las arcas reales parvas rentas de centeno y de miel, y por Adviento algo de vino y unas pruebas de cerdo. De esto, y de una gratificación para sal y pimienta que el Senado acordaba cada enero, vivía la augusta familia. De los días agamenónicos quedaron en el palacio dos armarios con camisas, que fueron arreglándose para Egisto, y la sobra de falda sirvió para pañuelos de nariz, y en el guardarropa del rey se hallaron dos docenas de capas. Estas las reclamó para sí doña Clitemnestra, y cada año gastaba una en hacerse un traje nuevo, siempre con mucho escote, y se daba mucho arte para el adorno de abalorios y de cintas al traspaso. Cuando la reina estrenaba traje, mandaba la noticia a la Gaceta, que la publicaran en primera página, en recuadro. La reina le preguntaba al oficial de Inventario si las señoras de la aristocracia seguían su moda, y este le respondía que bien quisieran todas, pero que unas damas no se atrevían a imitar la majestad, y otras no hallaban modista que diese con el punto en el corte de falda o de corpiño, o de la manga japonesa.

Clitemnestra era una mujer más bien pequeña, y lo que sobresalía en ella era la blancura de su piel. En la redonda cara reposaban dos grandes ojos castaños y serenos, y pese al pelo rubio, cejas y pestañas las tenía negras. Lo que los ojos tenían de quietos, lo tenía su boca de movable, que siempre estaba haciendo mohines, mojando los labios con la puntita de la lengua, iniciando un silbido o imitando pájaros. Abundante de pecho, era muy delgada de cintura, y apretaba el corsé inglés lo que podía, aun a costa de una respiración dificultosa, que por otra parte la ruborizaba deliciosamente.

Clitemnestra nunca declaraba su edad, y desde que el marido zarpó para la guerra y entró en la tragedia, daba las fechas por un vestido que estrenara, por el temporal que estropeó las claraboyas o por una caída que tuviera. Era en el razonar confusa, en el hablar voluble, y nunca sabía terminar una historia; le salían ramas en cada párrafo,

y por ellas se iba poco menos que gorjeando, que su decir era una mezcla de grititos, risas, suspiros, confidencias, lágrimas, voces de mando, citar con sus abuelos y mucho «¡ya lo decía yo!», y estando en la mayor animación, de pronto callaba y se quedaba mirando para el techo, como si viese volar mariposas, con la boca entreabierta y la cabeza ladeada. En algunas de estas ocasiones, Egisto se ponía a cuatro patas y comenzaba a ladrar, y entonces Clitemnestra salía de su ensoñación y gritaba pidiendo socorro, abrazándose al primero que encontraba, y de este comportamiento de Clitemnestra en todo susto con perro, comenzó Egisto a sacar algo que no eran celos, pero lo parecían, considerando que si en un paseo solitario de Clitemnestra saliese un can ladrando hacia sus finos tobillos, la reina se abrazaría, verbigracia, al capitán de lanzas, que casualmente pasaba por allí, regresando del mercado, como solía, de comprar un tubo de fijapelo, o al dependiente de la joyería que venía a ofrecer un anillo con piedra meteorítica, bueno para el reuma, y el galán, espantando al animal, se aprovechase de la señora reina, que tardaba en salir del susto. Tentado estuvo Egisto una tarde, en la que aparecía Clitemnestra especialmente distraída, de hacer una prueba en la terraza, usando un sordomudo demócrata que sema en el riego de rosales, y que además de sus opiniones políticas, era propalado de rijoso por las criadas. El rey estaría escondido tras una columna para impedir que el hecho se consumase.

Profundizando en el tema, Egisto se decía que así como la reina cayó en sus brazos por el susto del pisotón del galgo, pudo haber caído en brazos de otro por el pisotón de un foxterrier, lo cual quitaba todo el mérito a su conquista de la reina moza, a sus canciones y flores, a sus suspiros y serenatas, y Clitemnestra, entregada una vez, por propia dignidad no tendría más remedio que confesarse enamorada de Egisto, disculpando con la joya brillante de un gran amor la súbita caída. Y así, pues, fue casualidad el que Egisto se transformase en el matador de Agamenón y en la víctima de Orestes. ¡Parecía todo aquello asunto de novela psicológica!

Clitemnestra se sentó en un diván en un rincón del gran salón, y cuando llevaba allí media hora, hundida en un mar de viejos cojines, los más de ellos rotos o descosidos y soltando pluma, se acordó de que no había música ni sesión de lectura, que hacía más de diez años que había muerto Solotetes. Estos olvidos le sucedían con frecuencia, especialmente en otoño, cuando se ponía a régimen de compota de manzana, que es tan evasiva. Y recordando a Solotetes se echó a llorar, mientras alcanzaba un espejo de mano, que no lloraba bien si no tenía el mirador delante. El tal Solotetes había llegado de enano a palacio, recién casada ella con Agamenón, y sus padres, no valiendo el mozo para servicios armados por su poca talla, lo habían educado en cítara, lenguas y arte de la lectura. Se ponía de pie en un tablado, y a la luz de un farol —encendido aunque la lectura la hiciese a mediodía y en la terraza—, leía las novelas alejandrinas, imitando voces, pasos y ruidos, el galope de un caballo, el ladrido lejano de los perros, un niño que llora hambriento, una moza que canta en una viña, un suizo que pone en hora un reloj de cuco, una campana de ermita cercana

al mar, un etíope que estornuda porque ha llegado al paralelo 17 viajando a llevarle un recado a Otelo, el gallo matinal, el ratón que come una nuez, el alguacil toledano que llama a la puerta de un judío, el gato en celo, el viento lebeche, el suspirar de una romana, la caída de las gotas de veneno en el vaso de limonada y el rodar de una moneda de oro que cae en suelo de mármol y va a perderse debajo de una alfombra pérsica. Esto último lo imitaba tan bien, que una vez que lo hizo en la procesión de san Basilio volvió la cabeza el arzobispo, alarmado, creyendo que era una onza que tenía escondida en la tiara, no se la llevase un sobrino suyo, fabricante quebrado de cosméticos, que estaba procesado por corrupción de menores. La gracia de Agamenón era meter el enano en una piel de liebre y echarlo en el patio a los galgos. Cuando los perros se acercaban veloces, venadores al fin, el enano imitaba el horrible cacareo de la gallina búho del Ponto Euxino, y los galgos se detenían y no osaban atacar, pese a que Agamenón los azuzaba. La dicha gallina búho sale en la infeliz historia de Persílida y Trimalción, amantes desventurados, que ella parió en una playa, de un pirata, mientras él estaba en prisiones del tirano de Siracusa por negarse a vestir de mujer y hacerle los gustos al soberano. Al final de la novela se encontraban en una inundación, y Trimalción reconocía el niño en una lancha de salvamento.

Clitemnestra terminó de recordar a Solotetes, se enjugó las lágrimas y se dirigió a la cocina a hervir la leche, que su cena era un tazón de ella, endulzada con dos cucharadas de miel. Comenzaba a anochecer. La reina tuvo un escalofrío melancólico. Ya en el dormitorio regio, se desnudó rápidamente y espulgó la camisa a la luz del candil. La cama era inmensa, situada en un estrado de seis escalones, bajo un zodiaco de bronce, del que colgaba un paño azul en el que estaba pintado el rapto de Europa. A Clitemnestra le gustaba, porque el toro se parecía a Egisto en la mirada. Por cierto, que en todo el día no había tenido tiempo de acordarse del amante esposo, que andaría por la orilla del mar contemplando naves. A Clitemnestra le gustaría hacer una navegación como las que leía Solotetes, anclando el barco en una pequeña bahía una noche de luna llena. Le dificultaba ahora el embarque el elegir el traje que más la favorecería, y dudando entre uno blanco, de piqué, o una bata a rayas rojas y amarillas, regoldó, y se durmió con el agrio de un buchizo de leche que le había subido a la boca, como a niño que acaba de mamar.

VIII

DESPUÉS de pasar la mañana caminando por la ribera, haciendo carreras los ayudantes de pompa de Eumón por la playa, pisando espuma de las ondas moribundas los cascos de los pesados percherones; viendo en los pequeños puertos llegar las barcas con las abundantes caladas, y Ragel, que se había unido a la compañía, conocía la diversidad de peces y los nombraba, ya por Aristóteles, ya por Linneo, hicieron en el atrio cubierto de una ermita abandonada, antaño dedicada a san Evencio Estilita, un almuerzo de salmonetes egeos, que dijo el siríaco que estaban en sazón. El vino del país era un blanco alegre, levemente dulzón, y tan cordial en el abrazo que parecía un viajero más de aquella compañía en vacaciones. Los salmonetes los cocinó a las finas hierbas un marinero viejo, manco del izquierdo, que usaba la ermita para almacén de salazón, quien les mostró a los viajeros la columna sobre la cual, en días de antaño, había estado la imagen del patrón, y se decía que el que lograra subir a ella, y permaneciese allá arriba en oración durante todo un día, al cumplirse las veinticuatro horas, si no estaba en pecado mortal, vería todo el oro que estaba perdido en el país, y brillar los tesoros ocultos de los filibusteros.

—Se cuenta de un tal Andión que subió, y estuvo las horas precisas, y amaneciendo vio dos cuernos de oro mismo en lo que debía de ser el desván abierto de su casa, donde colgaba el pulpo seco, y se tiró de la columna abajo, y corrió, diciéndose por el camino cómo no había visto nunca aquella riqueza en su casa, y cuando llegó a su desván descubrió que el tesoro tenía dueño, que los cuernos lo eran de un sátiro elegante, que vestía los suyos con oricalco, y en su ausencia araba en su mujer. Probaron todos a subir a la columna, y no era fácil, tan lisa y alta tres varas, pero Eumón lo logró, quitándose la pierna de madera, y utilizando la infantil como de faja de despuntador de cipreses.

Habían discurrido pasar la noche en las ruinas del faro, que fuera el de aquella costa tan famoso como el de Alejandría o el de Malta, y era fama que había sido construido metiendo de cimiento, con la primera piedra, el cadáver de un tritón adulto con su bocina. El faro estaba situado en el extremo de una larga punta de roca oscura, y quedaban de él la alta torre y una sala de columnas. El mar rompía sonoro, y las gaviotas hacían y deshacían en el aire un techo de alas.

Preguntó Eumón al siríaco si perturbaría la navegación el encender en las luminarias más altas una hoguera, a lo que contestó Ragel que no, que por lo que él sabía el faro seguía en las cartas, aunque dado de ciego por avería, y se ofreció a subir por si funcionaban las tapaderas de los deslumbres, que son unas piezas de latón que se manejan desde abajo con cuerdas, como quien toca campanas. Subió Ragel ágil el caracol de la escalera, y regresó con la nueva de que las tapaderas funcionaban, y que bastaría con aceitar el eje, y que anudando las cuerdas del petate de las piernas postizas de Eumón a los cabos que colgaban, restos del uso pasado, él se comprometía a armar el juego. Leña había bastante en el entresuelo. Los viajeros se

acomodaron en la sala de columnas, al abrigo del vendaval, habiendo uno de los ayudantes de pompa fabricado una escoba con unas rama y barrido un rincón, y el oficial de inventario ayudó a Ragel a engrasar el eje de las tapaderas con el aceite refinado que llevaba en sus alforjas en una alcuza, que siempre desayunaba con pan remojado en óleo.

Poniéndose el sol, acudió una mujer con la cena que había encargado Eumón en la aldea vecina, y la portaba en una cesta de mimbre dorado, cubierta con un mantel muy blanco, y consistía la tal cena en un surtido de empanadillas de anchoa y en mojama con aceitunas, con un postre de pichón en vino dulce. La mujer estaba en los treinta, y era una morena sonriente, de pecho suelto y pierna fina, y le gustó a Eumón, que no le quitaba ojo. El rey tracio la convidó a cenar y a quedarse a ver el juego de luces del faro. La mujer dijo que no podía quedarse, que se llamaba Erminia y que tenía dos hermanos pequeños, que su padre se había casado de segundas, y un novio carpintero de ribera, con el que pensaba casarse para Pascua Florida y con el que parrafeaba de crepúsculo, que era la moda, y que el juego del faro lo vería muy bien desde la puerta de su casa, la tercera a la derecha saliendo de la aldea hacia el camino real. Miró para Eumón al decir esto, como si le estuviese dando la dirección, no fuese a perderse, y cobrando de manos del mismo Eumón, quien fue generoso en la propina, cogió la cesta apoyándola en la cintura, se echó como un manto el blanco mantel por la cabeza y se marchó dando alegres buenas noches. Eumón se levantó y se acercó a la puerta para verla caminar por el estrecho sendero entre las rocas, y en el silencio de la noche y sobre el respirar del mar se oyó el cantar de la mujer. Todos escucharon atentos, sorprendidos de aquella apasionada voz que se alejaba en la noche.

—¡Así será el canto de la sirena! —dijo Ragel al mozo del laúd, quien acariciaba las cuerdas del instrumento, como queriendo aprehender en ellas el amoroso canto.

—¡Así será! —dijo Eumón, sentándose, y tomando con ambas manos una jarra de vino, y bebiendo bien más largo de como acostumbraba.

Llegó desde el mar la noche, salió el creciente de parte de tierra, y se asomaron a sus ventanas las parpadeantes estrellas. El viento había caído, y solamente se escuchaba el juego de las olas entre las rocas. Egisto, que había buscado en su maleta un calcetín de lana y se lo había puesto de gorro, que le temía a la rosada nocturna, dijo que ya era hora de encender el faro, lo que subió a hacer Ragel, encargándose los ayudantes de pompa de tirar de las cuerdas. Los dos reyes salieron a un montículo próximo, acompañados del hiperbóreo del laúd, y pocas cosas de las que habían visto en su vida les gustaron tanto a los reyes como el alumbrar del faro, haciendo señas variadas en las tinieblas, abriendo y cerrando los ojos, derramando en el aire, con la ayuda de la lengua del viento, una lluvia dorada de llamas. El músico hizo decir a su laúd una música soñadora, hecha de susurros en las cuerdas graves y de brincos alegres en la prima. Los dos reyes creyeron hallarse en el mar, dueños de navíos, hábiles pilotos, deslizándose en la noche, guiados por la luz del faro, hacia la isla

Florida, donde es la fuente de la eterna juventud. En su entusiasmo, Egisto se quitó el improvisado gorro de dormir, y saludó con el calcetín de lana a las gentes que en tierra firme debían de estar contemplando cómo el gran príncipe en su perfecta nave viajaba seguro en la noche, llevando en la estela la otra mitad de la pálida luna. Eumón aplaudió, y Egisto dijo que iba él a tirar de las cuerdas, para que los ayudantes del tracio y el oficial suyo de Inventario pudieran pasar al montículo a contemplar las luces, antes de que se acabase la leña.

Y tomando del brazo a Eumón, añadió, confidente:

—Y si tú, amigo Eumón, quieres ir a hacerle una visita a Erminia, desaparece en las sombras, que yo diré que has ido a ver el faro desde el bosque, que quieres averiguar el efecto de la combinación del canto del ruiseñor, que se despide hasta mayo, con las luces del faro.

—Amigo Egisto, la monarquía no reconoce el adulterio por parte de rey, pero prefiero quedarme con la imagen en la memoria de aquel perfil moreno sobre el manto blanco, y en el corazón con el cantar de Erminia alejándose en la noche, digo yo que hacia la luna. A lo mejor en la cama lo perdía todo, y lloraría como quien pierde una esmeralda.

—*Tristia post coitum!* —comentó el del laúd. ¡Con eso quería quitarnos de encima de las muchachas san Tigearnail!

Acabada la leña y terminado el juego de las luminarias del faro, se echaron a dormir, preparándose para la jornada del siguiente día, que la harían hacia el Vado de la Torre, de regreso a la ciudad de Egisto. Y queda por contar de aquella etapa que, estando en el aceitado de las tapaderas de los ojos del faro, el siríaco Ragel se confesó al oficial de Inventario que era un ojo del servicio de Egisto, por lo cual nada tenía de extraño que supiese que su género era el femenino y el motivo de andar travestida por aquellos pagos. El oficial de Inventario se quitó el sombrero y despegó el bigote, y mostró una cara agraciada, y sonrió al tratante en cereales, diciéndole que se llamaba Eudoxia y que la cansaba aquel inútil trabajo, con la pobreza del rey, y que si encontrase marido que lo dejaba, y en muriendo su cuñado, que ya era cosa de semanas, podía la mujer, su hermana, vestir el uniforme. Preguntó Ragel a Eudoxia si podía verla de cuerpo entero, que el traje masculino deformaba, y él no quería apalabrarse a ciegas, y Eudoxia le anticipó la visión del pecho, que era redondo y lleno, desabrochándose el jubón, y para el resto, dijo, como dormirían en la posada del Vado de la Torre, que dan las habitaciones a la solana, que ya se citarían para las altas horas. Hubo un beso de muestra antes de que Eudoxia se pegase de nuevo el bigote. Y bajando cogidos de la mano las escaleras, Eudoxia se rió, y Ragel, preguntando la causa de la risa, fue respondido por el oficial de Inventario que unos meses pasados, estando ella con un catarro goteado, tanto que se le despegaba el bigote, hizo de oficial de Inventario un medio sobrino suyo, sin que Egisto lo supiese, y vaya burla de Ragel, metiéndole mano a la que creía moza, encontrarse con un

muchacho.

—¡Y como es un burlón, sabiendo que eres espía de Egisto, igual te decía que te confundías, que era el mozo Orestes!

—¿Orestes? —comentó sobresaltado y en voz alta el siríaco.

Y como estaban en la bóveda de la leña, se hicieron ecos aquí y allá, y parecía que huía alguien, repitiendo la última sílaba del nombre fatal.

IX

EGISTO despertó el primero, que tenía horas militares, y levantándose salió a la entrada del faro, orinó en cuclillas, hizo unos ejercicios de respiración y se remojó la cara con agua de mar que había quedado de la marea alta en el hueco de una roca. Imaginaba, contemplando el mar, que acercándose a tierra la nave en que viajaba Orestes, la luz del faro le había servido de guía, evitando fuese a perderse en unas rompientes, y ahora desembarcaba el vengador en una playa cercana, y ambos por distintos caminos, el matador y el que había de morir, irían a encontrarse tan inevitablemente como se encuentran los dos lados que forman un ángulo, a la puerta de la ciudad. Y con el juego de luces del faro, él había hecho irremediable su propia muerte. Se distraía Egisto inventando coincidencias, y al final siempre se asustaba, temiendo que la realidad se diese a imitar sus imaginaciones. Cuando regresó a la sala de columnas que había servido de dormitorio, para cerrar la maleta, recoger las mantas y envolver las caracolas y conchas que llevaba de regalo a Clitemnestra, ya estaban los compañeros desayunando de las sobras de la cena y echando un trago, y el oficial de Inventario le daba la prueba de su pan aceitado al siríaco Ragel. Era la más hermosa de las mañanas de otoño. Chillaban las gaviotas peleándose por las migas que les echaba el mozo del laúd, y del brasero de la hoguera que habían hecho en las luminarias del faro todavía salía una humaza blanca, como de chimenea de cocina en la que quemaran mimbres, tal la del hogar de un marinero, que se alegra desde el mar conociendo por aquella seña que su mujer, madrugadora, ha encendido el fuego.

Habían acordado Egisto y Eumón hacer el camino de regreso por tierras del condado del Vado de la Torre, pero Egisto no quería entrar en el castillo a saludar a doña Inés de los Amores, a la que tenía ofrecida una caja de música, y la caja estaba reservada en una tienda de Esmirna, con tres escudos de señal, y era de marfil calado, y el relieve representa a la dama del unicornio.

—Era yo mozo —dijo Egisto— y quedé en volver con la caja de música, precio de un beso a boca abierta, al reino de doña Inés, que es la soberana del Vado, siempre eligiendo galán y nunca casándose, pero surgió Clitemnestra y ya sabéis de mi vida y el porqué de no haber podido darme aquel fino gusto.

Y tampoco quería Egisto pasar el río en la barca, por no ser reconocido del barquero Filipo, que fuera de sus siervos antiguos, cuando los reyes mandaban en los ríos. Que pasasen todos, que era una linda cosa meter los caballos en la barca e ir a sabor de la corriente desde las ruinas del puente al pedrón de la otra orilla, el barquero a popa con la larga pértiga, que él iría en su Solferino a cruzar el río una legua más arriba, y ya les saldría a la venta del Mantineo a hora de almuerzo. Se aceptó la propuesta, y Egisto decidió separarse de la compañía al llegar a las lomas que dicen del Ahorcado. Estos eran dos oteros gemelos, que separaban la marina propiamente dicha del país del río, y si en la cara que daba al mar, como barrida por

el viento salado, aparecían desiertos, con grandes calveros areniscos y barrancadas de desnudas paredes, donde capas rojizas alternaban con otras de cantos rodados, por la banda del río era un país de bosques espesos que los nativos llamaban la Selva. El camino que llevaba al vado atravesaba sotos de castaños, ancheaba en un claro del hayedo, cruzaba el sombrío robledal, y terminaba su viaje llaneando por entre prados regadíos, bordeado de abedules y de chopos. Los prados de cada vecino estaban separados por mimbreras y manzanos, y las blancas casas con sus huertos aparecían de muros bajos encalados, en los que ahora, en otoño, coloreaba en rojo la hiedra.

Preguntó Eumón por qué se llamaban del Ahorcado aquellas lomas, y respondió el oficial del Inventario, que desde sus tratos con Ragel se aproximaba al resto de la comitiva y aparecía locuaz, que un leproso se había marchado de su casa cuando lo dio el médico del lugar por gafo, a vivir de limosna, tocando la campanilla por los caminos para que los viandantes se apartasen. Dejaba mujer guapa y moza, y ella le juró que le sería fiel, y que los viernes, junto a una fuente que brota vera del camino —y que se podía ver desde donde estaban hablando—, le dejaría el almuerzo de vigilia, visto que es el día en que los ricos dan limosna de la carne que les sobró el jueves, y temen no se les conserve para el sábado, y el leproso consideraba que la guarda de la abstinencia era condición para el milagro de su curación, que andaba pidiendo a los santos anárgiros. Pero llegó un viernes en el que no halló el bacalao con manzanas asadas, y se sentó a pensar qué haría si es que la mujer estaba enferma, cuando llegó un perro que tenía de guarda en la casa y le era muy afecto, y en la boca portaba el can un borceguí que el gafado, por el color amarillo, conoció como del médico que, dándolo por leproso, lo echara de vagabundo. Y el doliente, estimando que no podía añadir al mal de la lepra la indignidad de los cuernos, en el único árbol que había en estas lomas, y que era un pino castellano, se colgó.

—El ahorcado —explicó el oficial del Inventario— fue bajado del árbol con pértigas, por miedo al contagio, y tenía atado a su cinturón, con sus propios cordones, el borceguí del médico, y otro gafado que pasó por allí y examinó al difunto, dijo por altavoz que no estaba leproso. La viuda se marchó del país, y el médico nunca más se atrevió a diagnosticar lepra en un marido con mujer moza, aunque la tuviese.

Se despidieron los dos reyes, y viendo cómo Egisto obligaba a un trote corto al viejo Solferino, Eumón se dijo que le había de hacer a Ragel el encargo de un caballo para el rey, y que se lo mandaría como regalo de despedida. Desde los años de mocedad, nunca Egisto se había visto solo en el campo, saludado por el sol, libre cabalgador. Cantaban los pájaros en los alisos, volaban los cuervos en los barbechos, y sobre su cabeza describía anchos círculos, indolente cazador de gazapos, el gavilán. ¿A qué llaman los hombres vivir? En un repente, el corazón del viejo rey había recobrado el ritmo de la juventud. Egisto osó canturrear el comienzo de un romance antiguo, con andante de lanza y banderola que salía a librar cautiva. Y viendo un fresno joven en el lindero del bosque, apeándose del caballo tiró de navaja y cortó la más esbelta rama, la que limpió y redondeó en los nudos, y con un cordón del jubón

ató su puñal y su pañuelo verde de sonarse en los oficios en la punta más fina. Y ya dueño de lanza con banderola, trotó por aquellos claros, poniendo la mano izquierda de visera por ver si aparecía a lo lejos la figura de una aventura, y deteniéndose pensativo en las encrucijadas, como los héroes que pintan los libros de caballerías. El propio bayo Solferino parecía contagiado del entusiasmo real, y sacaba el andar braceado de sus buenos días de picadero. Egisto inclinaba de vez en cuando la cabeza, fingiendo saludar a pasajeros que no había, población transeúnte de las novelas bizantinas escuchadas en el salón de palacio a Solotetes. Saliendo de una espesura de álamos plateados, junto a un regazo, asustando torcaces bebedores, pasó una corza joven, que se detuvo un instante y levantó la dulce mirada hacia el rey. ¡Igual era una infanta encantada que acababa de llegar de los bosques de las Ardenas, huyendo de las cazas!

—¡Te doy salvoconducto! —le gritó Egisto—. ¡Soy el rey!

La corza no lo escuchó, y pareció irse en vuelo sobre los grandes helechos. Se terminaba el bosque, y ya se veían los dos molinos y el estrecho paso junto a la represa. Y con el bosque se terminaba aquella hora de libertad y de fortuna. Egisto temió ser visto desde los molinos con aquella lanza que parecía de niño pobre que saliese a jugar a cañas, y deshaciendo el ingenio, guardando puñal y pañuelo, tiró la rama de fresno a la cuneta, y al rey le pareció que con ella, que allí quedaba en el polvo, había tirado al suelo el último día feliz de su vida. Por el rostro de Egisto se deslizaron dos gruesas lágrimas.

Pasó el rey el río por el camino de los molinos, y a las doce horas en punto llegó a la venta del Mantineo, donde lo esperaba Eumón con el resto de los viajeros, quienes bajo la parra ya vendimiada probaban los vinos y hablaban de doña Inés, la condesa de aquellos campos y de aquella torre, que se veía desde allí altiva y oscura en una colina hacia el Sur, guardando el vacío, y de la guerra en los ducados vednos, que se habían hecho insurrectos sastres y podadores, y querían cónsules de libre elección. Y Ragel contaba y no paraba de los delirios amorosos de dolía Inés, y a él mismo, un anochecer de noviembre con viento y lluvia, y se había visto obligado a echarse el capizuelo de cuero por la cabeza, lo confundió la señora, primero con un correo alemán, y le pedía noticias de un amante que decía que tenía por allá, y después con el propio amante, que se había teñido el pelo de negro y se había recortado la perrera en flequillo, y llegaba a escondidas por ver si la dama le era fiel. Descubierta que era Ragel el Sirio, doña Inés, decepcionada, no le dejó entrar en la casa y le hizo dormir en la huerta, al abrigo del tejadillo que cubría el lavadero.

—No me marcharé —dijo Eumón paseando con Egisto mientras la hija rubia del Mantineo ponía la mesa— sin pasar a saludar a esa dama tan enamoradiza, y el pretexto será que somos colegas. ¿Y qué edad tendrá?

—Pasará algo de los treinta y cinco, pero dicen que se conserva como de quince, y cuando aparece en lo alto de la escalera creerías que es una imagen policromada de altar, María Magdalena que se ha puesto a andar y yo creo —aseveró Egisto— que el

día en que doña Inés comenzó con eso de los amores locos, a querer hacer de cada viajero desconocido un amante suyo, y a entregarse, en sueños de palabras, a varones que venían de lejos perfumados con anís, fue cuando dio en imaginar que Orestes, tras mi muerte, se refugiaba en su torre y ella lo esperaba a la puerta de su condado, con un candelabro encendido en una mano, y la copa de vino en la otra. Su ama, Modesta llamada, me dice que nunca nombra a Orestes, pero que todos los desconocidos que pasan por la torre, ya los que declara súbito amor, son como las apariencias del que vendrá un día. Por eso yo quería, en mi malicia defensiva, y por muestra de la mente siempre avizor, haciéndole el regalo de la caja de música, ver de llevarla a la cama media hora, en uno de sus calores que le dan, que se pone a temblar como el centeno verde, y desgarrar pañuelos con los agudos dientes, y adelantarme en la prueba de la niña al hijastro vengador.

—¿Es virgo? —preguntó el tracio, curioso.

—¡Eso puede jurarse! —afirmó Egisto—. ¡Y aún estoy, por meditación que no por informes, en que también lo sea Orestes!

El rey de la tragedia se empinó para alcanzar un pequeño racimo que habían olvidado en la parra los vendimiadores, y el tracio lo contempló con pena. Egisto iba viejo, terminando la sesentena. Se metía de hombros, y cuando llevaba el vaso a la boca le temblaba la mano. Inquieto, de vez en cuando se levantaba de donde estaba sentado, miraba alrededor, y se iba a otro asiento, siempre frente a la puerta. Eumón se alegró de haberle dado ocasión para aquellas vagancias por los campos y la marina.

En la venta, con el cotidiano y vespertino paso de refugiados, había poco que comer, y caro, y el almuerzo quedó reducido a un poco de truchuela cocida con calabazo dulce, y de postre un higo por cabeza, miguelino reventado, que derramaba sus azúcares por la corteza verde y rosa. Y quejándose el siríaco Ragel al Mantineo —el griego fugitivo, gordo y bien barbado, siempre sudoroso, que daba nombre a la posada— de la mala calidad de los vinos, aseguró el mesonero que nada hace más daño a los vinos que el ruido de la guerra, y es sabido que los caldos se vuelven y ensombrecen, y al final quedan como agua muerta.

—Tenía un odre de tinto galiano que estaba en su punto, y aún no lo había subido al estante y estaba cabe la puerta, que quería que lo tomasen dos heladas, cuando llegó una viuda joven con dos críos, y se echó junto a él, tomándolo de almohada, y llora que llora toda la noche, y a la mañana siguiente el vino era vinagre, y había perdido la color.

Desde la posada, que está en un alto y tiene como un serrallo abovedado alrededor de un patio cuadrado con fuente y abrevaderos, decidieron seguir a la ciudad sin hacer noche allí, lo que contrarió a Ragel, quien aseguraba a los reyes que en anocheciendo comenzaba el paso de huidos de la guerra, y a lo mejor podía escucharse una buena historia, y que no todas las viudas mozas que pasasen iban a llevar dos niños en brazos. Lo que le dolía al siríaco era no poder hacerle la

prometida revista de cuerpo al falso oficial del Inventario.

Salió la tropilla no bien terminado el almuerzo, y caminó por el atajo que va entre brezales y eras de centeno a salir adonde dicen la Lengua del Lobo, y cuando llegaron al mojón, donde el camino real comienza a descender, en amplias curvas, hacia la ciudad, vieron a esta, blanca y redonda, y era la hora de encender faroles, y ya se veían aquí y allá alegres luces.

—¡Es el hogar! —dijo el tracio respetuoso, quitándose la birreta.

—¡Es la prisión! —dijo Egisto inclinando la cabeza.

Entraron en la urbe por la puerta del Palomar, y hallaron la puerta de palacio abierta

—¿No tienes centinela? —preguntó Eumón a Egisto.

—¡Vienen cuando quieren! ¡Deben andar ahora en el vareo de las castañas!

La puerta la había abierto una campesina, que había hallado allí refugio, según explicó a Egisto, porque habiendo traído una cerda preñada a la feria de San Narciso, adelantándose con la sesión de fuegos artificiales —que ella había llegado de prisa con su troyano por encontrar temprano un buen lugar a la sombra en el ferial—, el animal se puso a parir, y le pareció que no molestaría en aquel caserón viejo y desierto. Y allí estaba, tumbada en paja la cerda, que era galesa recastada, con manchas negras en el lomo, y doce lechones mamaban incansables, propietario cada uno de una teta fecunda. Egisto le recomendó cuidado, no fuese a provocar un incendio con la vela que había encendido a los pies de una lucha antigua en mármol que adornaba la pared, y eran Héctor y Aquiles, y si bien en el relieve simulaba que suspendían el diálogo de sus espadas por escuchar los consejos de un dios que asomaba entre nubes, la verdad era que parecía que habían dejado de golpearse con el hierro por escuchar el monótono murmullo glotón de los infantes porcinos. Egisto le dio a la campesina una semana para que dejase el lugar, recomendándole que quedase limpio y barrido, y que quemase algo de espliego al irse.

Cada cual se fue a su cama, y el oficial del Inventario, que no dormía en el palacio real porque con la visita tracia no había sábanas para todos, invitó a Ragel a seguirle hasta el portal de su casa. Se oyó en la plaza la voz de un sereno que daba las diez y lloviendo, cuando Egisto, tras despedirse de los tracios, entró en la cámara nupcial. Clitemnestra dormía en el medio y medio del ancho lecho, en la boca un trozo de raíz de regaliz que le hacía como de chupete, y el hermoso y largo cabello, siempre una nube de oro, derramado sobre la almohada. El rey suspiró y se desnudó en silencio, sacando las tres monedas que llevaba ocultas en las bragas y metiéndolas debajo del colchón, envueltas en el pañuelo verde que le había servido de alegre bandera. Por primera vez desde sus bodas, no dejó de mano una de las antiguas y largas espadas, de sonoro nombre. Llovía, y las gruesas gotas de las enormes nubes que pasea el Sudoeste tamborileaban en los cristales. Se batió, lejana, una puerta, pero Egisto ya dormía, fatigado del largo viaje.

X

LA piel del rey amarilleó como pergamino. Calvo, debajo de la corona, cubriéndose la cabeza, se ponía trozos de tela, buscando que fuesen de vivo color. Ya no podía su mano con las espadas agamenónicas, tiradas en el suelo en un rincón del gran salón, las hojas oxidadas, y de su cinta sólo colgaba un pequeño puñal. Cada vez veía menos, y el temblor de sus manos iba en aumento. A las horas de paciente espera habían seguido otras de alocada inquietud, y Egisto, movido por no se sabe qué sueño o instinto se echaba a caminar lo más rápidamente que podía por los largos corredores, cada vez con más curvas, cada vez más estrechos y oscuros, desembocando uno en otro, y durante horas caminaba sin hallar una salida, bajo el vuelo raudo de los grandes murciélagos, hasta que al fin se encontraba frente a una puerta que, abierta, le daba paso a la terraza, donde ya era noche cerrada, y la casi ceguera de Egisto le impedía contemplar las estrellas que, apáticas y lejanas, presidían su destino. Orestes no acababa de llegar, y la vida se le iba al viejo rey. Podría morir de aquel lobanillo negruzco y venoso que le estaba saliendo junto a la nuca, o de aquel loco galopar de su corazón, que lo escuchaba a la vez en las sienes y en los pulsos. Se arrodillaba y doblegaba, intentando contener aquel caballo loco que se desbocaba en su pecho, se encabritaba, y se detenía ante el obstáculo, quieto un minuto interminable. Por el lobanillo, le parecía que a veces le entraba en la cabeza una corriente de aire frío, que se esparcía por ella, y el aire frío, helado, le iba llenando, y terminaría por estallar, como una vejiga hinchada en exceso. Otras veces era como si hubiese hallado sitio en el lobanillo una rata, y trabajaba continua y ruidosa en roer un trocito de madera que debía haberse metido allí no se sabía cómo, salvo que el lobanillo fuese como un melocotón y tuviese hueso. Con frecuencia, quedándose adormilado en un rincón de la cocina, veía, como de bulto, sus días infantiles, en su casa de campo cercana a la ciudad, su padre saliendo a cazar llamando a gritos sus lebreles, la madre bordándole jubones en la solana, el criado Diomedes cazando para él con liga mirlos y jilgueros, que encerraba en pequeñas jaulas colgadas en la ventana de su cuarto. Se detenía en un recuerdo, y no sabía salir de él, husmeándolo, reconociendo su veracidad por un aroma que iba unido a una habitación determinada, o a una persona, o al tiempo, a la época de la recogida de los membrillos, o cuando venían los siervos a hacer la sidra. Su padre olía siempre a perro, al sudor ácido y orinado de los perros que vienen cansados del monte, cuando Egisto apoyaba su cabeza en las rodillas paternas. Su madre era como un pañuelo de batista perfumado con lavanda, y lo sentía pasar delicadamente por su frente. Abría el ojo derecho Egisto para comprobar si aún estaba allí el pañuelo en la blanca mano, o si era memoria que él hacía, y el pañuelo estaba, y el olor en el aire, tibio y azulado. Flotaba el pañuelo sobre él como una nubecilla blanquecina, y el rey se sentía ahora seguro, acunado en los brazos maternos, y se dejaba ir descuidado, río del sueño abajo. Pero aquella hora sosegada era muy breve, y despertaba

sobresaltado, corriendo todo lo que le permitía su reuma, a cerrar puertas y ventanas, cuyos picaportes y fallebas nunca encontraba, a detener el viento que entraba por doquier oponiéndole sus manos abiertas, con los dedos llenos de anillos de latón amarillo, y gritando a criados que no había que no dejaran apagar las lámparas, que nadie había encendido. La piel del rey, reseca, amarillenta, se cubría de pequeñas manchas rojizas, como lunares. Egisto se sentía incómodo dentro de aquella piel tirante, y si acercaba sus labios a la mano, la encontraba salitrosa y fría. Pero ¿quién osaría despellejar a un rey? Y, sin embargo, Egisto necesitaba una piel nueva, una piel de Moscovia que oliese a tanino, o la piel suave de un lechón, o de una mujer joven. Los humanos debían mudar de piel como las cobras, y Egisto se imaginaba sumergido en la piel húmeda de una serpiente, reluciente porque el ofidio se había rozado en el río contra las hojillas babosas de la ruda temeraria, y así el rey podía deslizarse por entre los prados de trébol hacia el camino, a vigilar la llegada de Orestes, quien pasaría a su lado sin verlo, con sus grandes zancadas insolentes. Egisto podía morderle en el tobillo, habitados sus dientes por venenos antiguos y regicidas, que en un instante espesan la sangre del mordido y éste ve soles rojos, antes de caer redondo, con la lengua fuera, y los ojos abiertos que nadie los podrá cerrar. Egisto oía resonar en su cabeza, como en vacía nave de alta bóveda, el ruido de las espuelas de Orestes al chocar entre sí cuando el príncipe se detenía un instante para asegurarse de que no se le había caído del carcaj la flecha de plumas azules. Egisto, serpiente, silbaba, y Orestes volvía la cabeza, buscando el silbador en la oscura noche y fría. Sí, la noche era fría. Egisto tenía mucho frío, y vestido de serpiente no podía acercarse al fuego, junto al cual molía lentamente mijo en un almirez la reina Clitemnestra. Unos hombres se asomaban al balaustre de la escalera principal y mostraban la piel de Egisto a otros que llenaban el patio. Era su piel, desde los pies hasta el cuello, como si lo hubiesen degollado. Su piel abierta, seca, raspada por dentro, con las señales de los clavos que la habían tenido tendida en una tabla, al viento norte.

—Mide algo más de vara y media —dijo una voz.

—Pueden sacarse dos tambores —comentó otra.

Las voces sonaban indiferentes, comentarios de tratantes muy usados por los regateos. Probaban su piel, estirándola, oliéndola, midiéndola a cuartas, enrollándola.

—¡Yo la compro! —afirmó una voz joven desde el rellano de la escalera—. ¡Pago al contado en oro amonedado de este reino!

—¿Cómo se llama el comprador? —preguntó el oficial del registro de Forasteros, señalando con una enorme pluma negra, una pluma arrancada a las alas de una ave gigante de remotos cielos.

—¡El comprador se llama Orestes! —gritaba la voz joven, cada vez más cerca.

Pero Egisto se palpaba, y aún tenía la piel en su cuerpo, la piel reseca y amarilla, la piel suya, la piel que olía a Egisto. Y se negaba a entregarla, ni en sueños ni despierto, y gritaba y gritaba, pero nadie lo escuchaba, y menos que nadie los hombres que seguían vendiendo su piel.

—¿Nadie da más?

Los pequeños lunares rojizos se iban convirtiendo poco a poco en moscas que se posaban, volaban y volvían a posarse, y cuando se agrupaban sobre su ombligo o sobre una pequeña llaga que Egisto tenía en una rodilla, componían un borrón brillante y verdoso. Eran unas moscas grandes, de alas azuladas y el cuerpo verdoso, con finas estrías amarillas, y en la cabeza tenían un solo ojo, que a veces crecía y toda la mosca era un ojo purulento e inquieto. Egisto se daba cuenta de que se estaba pudriendo, y por esto no le causó sorpresa alguna el escuchar a Orestes rechazar su piel.

—¡Está mal curtida! ¡Devolvedme mi oro!

Una moneda rodó sobre el cuerpo de Egisto, una moneda enorme, como la rueda de un carro. Se escondió debajo de su piel, y era como un escudo protector escondido allí, contra el que se romperían todas las espadas. Pero por los ojos entreabiertos de Egisto, el noble Orestes, irreprochablemente armado, entró dentro del cuerpo del viejo rey, y ya no valía el escudo. Orestes avanzaba dentro del rey, por un estrecho sendero que hay en la espalda de todo cuerpo humano, y al avanzar le deshacía las entrañas con las espuelas, con la espada, con las crestas de gallo del casco de guerra, con los diamantes de las sortijas de sus dedos, con la misma mirada iracunda, con los largos y curvos colmillos de jabalí, con las palabras fatales.

—¡Egisto morirá como un perro!

Y Egisto, despertando o resucitando, huía a tientas a esconderse, a sumergirse en las tinieblas de un calabozo secreto, a ocultarse detrás de una enorme tela de araña y poco a poco regresaba al mundo, con su eterna y misma piel. Y se arrodillaba junto a las rodillas de Clitemnestra, y se abrazaba a ellas, mientras la reina seguía moliendo el mijo para las papas de la cena, o ya las tenía hechas y comía lentamente, soplando cada cucharada. Apoyaba el plato en la cabeza de Egisto, y exclamaba:

—¡Pobre, pobre!

TERCERA PARTE

Con el dedo índice recorría en la carta marina el borde de la costa, y encontraba la desembocadura del río, de su río, frente a la que estaban pintadas dos pequeñas islas, una alargada en forma de lagarto, y la otra redonda como la luna. El río estaba en verde, y venía haciendo largo camino desde lejanos montes, pasando bajo puentes que estaban muy bien dibujados con sus arcos gemelos. Le hubiese gustado que le fuese concedido el oficio, si lo había, de estar en la isla redonda de vigilante de la muerte del río en el mar, oficiando solemnes ritos fluviales cada y cuando, yendo en barca desde la barra, estuario arriba, probando la salinidad de las aguas en copa de plata, hasta llegar a donde ya son dulces, y aquel punto lo señalaría con una bandera, y sería la frontera de su oficio. O al revés, tener la centinela del río en tierra firme, en una colina, y bajar en barca por el estuario hasta donde el agua era salada, y poner allí su frontera, con banderas, eso sí, en boyas. Tendría, en primer lugar, la amistad del río, y la de las gentes de la ribera, pescadores y carpinteros. Un día señalado le traerían los tales peces de regalo, pan y vino, y le mostrarían sus mujeres y sus hijos, todos vestidos de fiesta. Con ellos iría a la isla, o la colina, un músico, un tocador de dulzaina y tamboril, o de gaita de pastor, y Orestes se vería obligado a hablarles paternal, a darles las gracias, acariciándose la barba, posando la mano izquierda sobre la cabeza de un niño rubio que se le había acercado para admirar su espada. Porque ya fuese la recepción en la isla o en la colina, él estaría de pie, ofrecida al viento la amplia capa, con la larga espada colgando de su cintura. Una hermana del niño, con una blusa blanca muy ceñida, se acercaba para retirarlo, no molestase, y Orestes la miraba como él solía a las mujeres, dándole la vida en la mirada, mirándose en sus grandes ojos negros, asombrándose de tanta hermosura, y ella se ruborizaba. Nunca podía imaginar Orestes un paso suyo, un viaje, una navegación, una noche en una posada, la entrada en una ciudad, un almuerzo en un mesón, que al final no diese en una historia de amor, y reflexionando en ello lo atribuía a su soledad vagabunda más que al deseo sexual. Establecido en la isla, en las noches oscuras encendería una gran hoguera, avisando a las naves de los escollos, y de aquel trabajo, que haría solo, le vendría el olor a humo por el que sería reconocido en las tinieblas por sus fieles, en las horas angustiosas de la conspiración. Pero ¿tenía verdaderamente fieles? ¿Lo esperaba alguien en la ciudad, alguien que le diese albergue y pan, y lo animase a la venganza, que era justa y necesaria? Estas eran las palabras de Electra, cogiéndole la cabeza entre las manos, apretándole los hombros con las huesudas manos, besándole las rodillas: justa y necesaria. Orestes encontraba un compañero de juegos infantiles, que ahora le cubría la espalda, mientras Orestes, cauteloso, avanzaba hacia el lugar fatídico. Y este lugar, ¿cuál sería? Orestes recordaba perfectamente la terraza de los naranjos de maceta, y el patio de columnas con la gran escalera, y el campo entre la torre y las murallas, donde siempre pacía el corderillo blanco de su hermana Ifigenia, e Ifigenia hacía que pacía con él, mordisqueando prímulas y vincas. Orestes se descolgaba por una cuerda, y caía ante Egisto y su madre. No sabía desde cuándo había comenzado a imaginar que el acto de la venganza comenzaba porque él se

descolgaba desde muy alto, ayudándose de una cuerda. ¿Con las dos manos agarrado a la cuerda y la espada sujeta entre los dientes? Imposible sujetar aquella pesada espada con los dientes. Si fuese un puñal sería fácil. Tendría que descolgarse agarrándose con una mano enguantada a la cuerda, y en la otra la espada. Antes de verle a él, los reyes mirarían hacia arriba, deslumbrados por el brillo de la espada, reluciente, envainada en la luz del sol. Alguna de las mujeres de sus sueños estaría presente. Una sola. La niña de la pámela, que había visto en la plaza de Mantinea, y a la que había ayudado a recoger del suelo las manzanas que le habían caído. O una mujer madura, aquella casada que se acercó furtivamente y le besó la mano. Esa podría ser, cogiéndole la mano y besándosela en la huida, guiándolo hasta donde Orestes había dejado su caballo, y cuando el príncipe había montado, se inclinaba dos veces porque ella le ofrecía la boca. Aunque mejor sería que el reencuentro con esta mujer fuese en la isla, a la que llegaba a buscar una hierba que nacía allí, y era consejo de médico para curarle un mal sentimental, y aparecía Orestes y ella se desmayaba. Pero aquella invención no valía, que no vendría sola a la isla una mujer tan rica, sino con criados, y el propio médico recetando, y acaso el marido, que resultaba amigo. ¿Amigos? Orestes no tenía amigos. Le gustaría mucho tener amigos. Supongamos que no tiene que vengarse, y está en su ciudad natal. Pasea saludando a las gentes, come invitado, baila en las fiestas, discute con el que le cose el cinturón o le hierra el caballo, un cazador le trae plumas de águila o de faisán para su montera, la madre de su amigo más íntimo borda sus iniciales en una camisa nueva. Tiene amigos a los que coger del brazo y hacerles confidencias. Tiene amigos que le dicen que son sus amigos, y chocan los vasos de vino y beben los dos demoradamente, y cuando posan los vasos en la mesa se sonríen. Siempre hay en las ventanas gentes sonrientes que le dicen adiós, lo invitan a la vendimia, o han matado el puerco y quieren que pruebe el lomo, o pasa un pastor con su rebaño, y al verlo, busca el mejor cordero lechal y se lo tira por el aire, y Orestes lo recibe en los brazos y da las gracias. Pero nada de esto será posible si él se venga, si cumple la venganza.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —le pregunta al piloto retirado que le ha dado posada después de asegurarse, mordeándola, tirándola al suelo, llamando al nieto para que leyese lo escrito en el reverso, de que la moneda de Orestes es de curso legal.

El piloto es un viejo calvo y desdentado, la nariz cubierta de verrugas negras, la barba rala, tartamudo, manos grandes y callosas, y la izquierda sin meñique. El piloto bebe un vaso, y le acerca la jarra a Orestes.

—Esta posada está ordenada como si fuese una nave en el mar. Tienes derecho a jarra y media al día de vino, y a dos jarras de agua de la fuente, que este año se prolonga el estiaje.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —pregunta otra vez Orestes.

El viejo se levanta y se sienta a la puerta de la casa, en el cepo de partir leña. Se rasca la calva cabeza.

—¡Vaya, yo en el momento haría cualquier cosa, cortarle los testículos al querido

de mi madre! Pero, pasados esos años que dices, y vistas las cosas con la frialdad que regala la distancia, y viendo que esa obsesión me estropea la puta vida, lo dejaría. ¡Claro que lo dejaría! Me haría otra vida por ahí, una vida de verdad, con oficio, con obligaciones, bien casado, la ropa siempre planchada, casa propia, hijos... Yo conocí a uno que quería matar a su padrastro, y el padrastro le mandaba melones cuando atracábamos en el puerto de la villa en que vivía. Era un marinero de mi nave. Y empeñado en que su padrastro le estaba comiendo una viña y una pareja de bueyes, amén de acostarse con su madre, y esto a nadie le gusta que lo haga un forastero. Yo le pedía que no lo matase, que sería un descrédito para la nave, y le aseguraba que, cuando menos lo pensase, el padrastro moriría de desgracia. Y así fue. Vino el padrastro con tres melones, resbaló en la escalerilla, se dio un golpe contra un anda de repuesto que estaba en el muelle, y quedó en el sitio. Mientras comíamos los melones, yo le decía que aquello estaba previsto. Y lo mejor del caso es que al siguiente viaje, cuando mi marinero fue a hacerse cargo de su viña y de su pareja de bueyes, se encontró con que su madre se había vuelto a casar, y ya había otro en su cama, con la novedad de una red con membrillos colgada del techo, que el nuevo marido era muy delicado de nariz, y quería un perfume distinto al que reinaba en la habitación con sus antecesores.

—¿No mató a la madre? —preguntó Orestes.

—¿Y quién es uno para matar a su madre? Bebe y duerme, muchacho, que ya te despertaré para la cena, que hay salchichón con coliflor. ¡A lo mejor la misma cena que, a la misma hora, están haciendo tus adúlteros!

La hija mediana del piloto pasó con dos cántaros, que se balanceaban en una pértiga, hacia la fuente y dio las buenas tardes con una voz tan dulce, que a Orestes, sorprendido por aquel canto, se le cayó el vaso de la mano, derramando el vino.

Y desde su temporada en la casa del viejo piloto, le quedó la imaginación de estar comiendo, bebiendo o haciendo algo, o contemplando la luna, y decirse que lo mismo estaban comiendo, bebiendo, haciendo o contemplando los adúlteros en la ciudad natal, a la que no daba llegado, y que no era su ciudad, el lugar donde podría y debería vivir, sino un charco de sangre, en el que flotaba, como si fuera de corcho, una corona real de doce puntas.

I

ORESTES vacilaba entre emprender el viaje hacia su ciudad por tierra firme o por mar. En cualquiera de los dos casos pensaba tomar el camino muy lejos, en el lugar más distante y a donde no hubiese llegado la noticia de la tragedia. Podría así inventarse más fácilmente nombres y patrias, motivos del viaje, que podían ser búsquedas de cosas extraordinarias, y corriéndose la noticia de que viajaba con tal fin un joven caballero, nadie sospecharía que fuese Orestes. Y en la etapa siguiente, ya era otro joven caballero, de otra patria, con otro motivo.

—Tú —le había dicho Electra— declararás siempre que eres Orestes, y que te diriges, sin perder hora, a cumplir la venganza. La gente se apartará, religiosamente aterrada por tu sino fatal.

Y Electra insistía:

—La cabeza levantada, el manto desgarrado por las zarzas de los caminos, los zapatos cubiertos de polvo. Pides agua, bebes, te mojas los ojos y das las gracias.

Orestes os da las gracias, dices. Y prosigues tu camino, y cuando estés a diez leguas de la ciudad, y supones que ya le ha llegado a Egisto la noticia de tu presencia, galopas a otro lugar, donde te haces reconocer, y después a otro y a otro, y así Egisto en cuatro días recibe la noticia de tu presencia en cuatro lugares diferentes, que una línea que tirases entre ellos haría un círculo alrededor de la ciudad. Te adelantarás desnudo, cubriéndote con el escudo.

Electra le rogó que se desnudase y abrazase el escudo, que era ovalado, de bronce forrado de cuero y tejo, y se pusiese en la puerta, a contraluz, lo que Orestes hizo. Electra se arrodilló y se echó ceniza por la cabeza.

Pero las cosas en los caminos resultaban diferentes. Orestes llegó a una aldea, y preguntó dónde podía pasar la noche. Era un país de pastores, y las casas, todas de planta baja y de piedra rojiza, cubiertas con pizarra oscura y paja, se extendían por la falda de una montaña rocosa. El pastor a quien se dirigió estaba arreglando un huso, y no levantó la vista del trabajo.

—Más abajo, junto al abrevadero, hay una casa para forasteros.

Era la primera noche que Orestes iba a pasar lejos de Electra. Cuando Orestes estaba en cama y ya se le acercaba el sueño, Electra venía silenciosa y solícita, lo arropaba, le tocaba los pies por si los tenía fríos, le frotaba la frente con las yemas de sus dedos mojados en aceite perfumado para que tuviese sueños felices, y se marchaba de puntillas, presurosa.

Llegó Orestes a la casa para forasteros, y preguntó si había cama. Le respondió un hombre gordo, con un gorro de piel calado hasta los ojos, el labio leporino, perilla de mosca y manco del siniestro, que la había y cómoda, con colchón de crin, y las mantas acabadas de lavar, como en todos los finales de verano.

—¡Me llamo Orestes de Micenas! —dijo el viajero.

—¿Cae muy lejos eso? —preguntó el gordo.

—Cien días.

—¡Hombre, si fuese joven y estuviese más delgado, me iba contigo de criado, sólo por la comida y el calzado, por ver mundo! ¿A Levante o a Poniente?

—A Poniente.

—Me gusta caminar hacia Poniente, porque es el camino que hace el sol. Deja tu caballo que ya lo meteré en la cuadra, pon tus armas en el astillero y bebe de mi vino. Voy yo mismo a comprarlo a las bodegas, y acierto siempre en traer un tinto regoldador, que es muy del gusto de estos pastores. Yo no soy de aquí, sino de colonos emigrados, en la costa. Pero los piratas quemaron nuestras casas y tuvimos que repartirnos tierra adentro. Como esta gente come tanto queso y bebe tanta leche, necesitan un vino que les remueva el estómago. ¡Ese fue mi éxito! Yo me llamo Celión. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Orestes.

—¡Nunca oí tal nombre! ¿Es de mártir?

—¡No! Fue inventado para mí. Echaron a suertes las letras y salió Orestes.

—Según eso, serás muy afortunado.

—Voy a mi patria porque he de cumplir una terrible venganza. El amante de mi madre mató a mi padre.

El gordo Celión, que sacaba una hogaza de pan de la artesa, volvió el pan adentro y bajó la tapa.

—¡Eso no te exime del pronto pago!

Orestes abrió la bolsa de piel de topo y buscó en ella una moneda de plata. La echó a rodar por la mesa. El gordo Celión la dejó caer en las losas del suelo, donde cantó. Antes de recogerla, sacó pan y vino, se quitó el gorro de piel y, poniéndolo sobre el corazón, le dijo a Orestes que le perdonase, pero que había costumbres mercantiles en su nación a las que no podía faltar, y que muchos, en aquellos tiempos de confusión, pasaban diciendo que iban a grandes venganzas, que les habían quitado el reino o la mujer mientras peleaban en Troya, y citaban la hospitalidad antigua, bebían un pellejo ellos solos, y se iban sin pagar.

Cogió del suelo la moneda y la miró, y con satisfacción comentó que era tebana.

—Es una moneda muy sólida, siempre en su peso.

—Ya ves que pago —dijo Orestes—, pero si alguien tiene derecho a hospedarse gratis en esta casa, soy yo. ¡Un padre muerto y una madre adúltera!

Le hubiese gustado a Electra el oírlo, porque ponía una emoción grave en sus palabras. Apoyaba la frente en la delicada mano, en la que lucía un anillo de oro.

—Si quieres —dijo Celión respetuoso—, no pagas el pan. Y con un ancho y afilado cuchillo cortó de la hogaza una rebanada todo a lo largo y se la puso delante a Orestes, servida en una servilleta blanca. Daban las buenas noches los pastores que entraban, frotándose las manos, que la tarde había enfriado, y dándose palmadas en las espaldas. Celión servía diligente de su vino, y cuando cada cual tuvo su jarrilla en la mano, les presentó al forastero.

—Este joven caballero, único huésped hoy de servidor, se llama Orestes de Micenas, y viaja por vengarse del asesino de su padre, que está a todo en la cama de su madre.

—Os convido al vino —dijo Orestes, quien se sentía contemplado, con ojos asombrados, pero a la vez incrédulos, por los pastores.

—¡Este es de verdad! —apoyó Celión—. ¡Tardará cien días en llegar!

—¿A quién matarás? —preguntó el más joven de los pastores, que llevaba al cuello un pañuelo rojo.

—En primer lugar —respondió Orestes—, al asesino de mi padre. Con espada, y cortando en el cuello.

—¿Y en segundo lugar? —preguntó Celión—. ¿Te atreverás a matar a tu madre?

—Ese es mi secreto —respondió en voz baja, pero que todos oyeron, el príncipe Orestes.

—Yo —dijo uno de los pastores, hombre de madura edad, el rostro arrugado, los ojos azules, descubriéndose para contar y mostrando la crespada cabellera cana— conocí a uno que estaba en un caso semejante al tuyo. Tenía que matar al asesino de su padre, que se acostaba con su madre. Andaba afilando cuchillos en la sombra. No era de la aristocracia como tú, sino de familia de soladores de zuecos. El marido había salido cazador, y pasaba los días en los montes, a la perdiz y al conejo, y la mujer, por aburrimiento, se entregó al que les vendía los trozos de álamo para las suelas, después de probar en un oficial de torno que tenían en el negocio, pero este, con el miedo de que llegase sin aviso el marido, que era su jefe, no lograba ponerse a punto. Al marido le soplaban que la mujer lo coronaba, pero él no lo creía, y al final dijo a los soplones que aunque fuese verdad, que más lo descansaba, y que muchas veces venía fatigado de la caza y tenía que ponerse a placer, y maldita la gana que tenía. A la mujer le dolió que su marido consintiese, que era prueba de desamor, y logró convencer al forestal de que acabase con el cornudo, lo que hizo. Y un hijo que había del matrimonio, creciendo, se enteró de que su padre no había muerto de accidente, al despellejar una liebre cortándose una vena y desangrándose en el monte, sino que le había dado muerte el amante de su madre. Y se puso en vengarse, escondiéndose detrás de los árboles, buscando la hora del cuchillo, o levantándose por las noches para sorprender al asesino entrando o saliendo de la casa. Y en una de estas lo encontró, y lo apuñaló, y cuando encendió la luz, vio que se había equivocado, que el muerto era el tornero, que como ya no había miedo de que regresase sin aviso el cazador, ahora servía muy bien.

—¿Y qué hizo después el hijo vengador? —preguntó Orestes.

—¡Nadie sabe nada del alma de nadie en este mundo! Ayudado por la madre disimuló el cadáver del tornero en un pozo abandonado, donde echaban perros muertos y cabras despeñadas, y la madre le dijo que lo que ella hacía con el tornero que era por medicina, y que qué iba a ser ahora de ella con aquella dolencia. Pero el hijo no creía tal cosa, que bien veía que todo era vicio, y queriendo meditar más

profundamente en la condición de la madre, terminó por conversar en lugar neutral con el asesino de su padre y lo encontró risueño y gran narrador, y se hicieron amigos, y como prueba de amistad el vendedor de madera de álamo le dijo al muchacho que no volvía a visitar a su madre, que se quedase sola con sus remordimientos, y que a él también le pesaba de la muerte del cazador, que era grande conversador, y asaba el conejo como nadie. Hicieron un viaje juntos, el vendedor de madera de álamo prohijó al muchacho, y se casaron con dos hermanas huérfanas que tenían una buena labranza.

Cuando se hubieron ido los pastores, regoldando, y Orestes hubo cenado migas y cecina, despidiéndose de Celión se fue para la cama, rogando al mesonero que lo despertase de alba. Y no le salía del magín la historia que había contado el pastor, y ya se veía en conversación con Egisto en una solana, el cual le ofrecía su amistad y dinero, un viaje por los antípodas y una joven esposa, que entrando Orestes rodando en el sueño, cada vez se parecía más a su madre Clitemnestra. Pero despertó sobresaltado, porque por una de las puertas del sueño había entrado sigilosamente Electra y lo contemplaba iracunda. Orestes dio un grito, que hizo acudir a Celión.

—¿Pasa algo, Señoría?

—¡Grité soñando! —respondió Orestes.

—¡Eso será que no tienes costumbre del ajo verde de las migas! —comentó apagando el farol de la escalera el mesonero.

II

ORESTES, sentado en un poyo sobre el que había doblado su capa, esperaba en el patio a que viniese a buscarlo el mayordomo que iba a llevarlo ante el tirano de aquella ciudad, que estaba sobre el mar, amurallada en una colina, y tenía un pequeño puerto abrigado, alegre con los tantos colores de las velas de las naves surtas en él. Las murallas eran de verdosa caliza, con grandes manchas de hiedra plateada, pero las casas, los palacios, los muros de las huertas, los palomares, aparecían muy bien encalados. En los huertos se veían naranjos llenos de fruto rojizo, y aquí y allá elevaba su copa puntiaguda el ciprés. En el patio de la casa del tirano, a la sombra de los arcos y en la vecindad de la fuente, se estaba fresco en aquel caluroso mediodía de septiembre. Las golondrinas, despidiéndose antes de emprender viaje hacia el Sur, volaban sobre un enjambre de hormigas aladas, hartándose de dulzor. Orestes se sentía vigilado por alguien que se escondía detrás de una columna, o protegido por la persiana del balcón podía cómodamente ver cómo el príncipe se desabrochaba el cuello del jubón, se acercaba a la fuente, bebía en el chorro y se alisaba el pelo con las manos mojadas. Vuelto a su asiento, le entró el sueño al príncipe, quien despertó dando unas cabezadas y escuchando la voz del mayordomo que lo invitaba a seguirle.

—Perdona, extranjero, pero es la costumbre la que me obliga a cachearte, no lleves arma escondida. Y te advierto que ante mi señor no puedes sentarte, salvo que él te dispense, y has de hablar siempre con los brazos cruzados a la espalda.

El tirano estaba sentado en el suelo, en unos cojines, en el centro de una gran sala. Los pesados cortinones de terciopelo de los balcones cerraban el paso a la luz y al aire caliente de la cuadrada plaza. Iluminaba la pieza la claridad que entraba por las puertas abiertas. Ya en la sala, Orestes no vio al tirano hasta que le indicó el mayordomo donde se sentaba, diciéndole al oído que hiciese una reverencia de corte.

—Señor, me llamo Orestes de Micenas, y viajo hacia Poniente, obligado por el cumplimiento de una venganza.

El tirano contemplaba a Orestes, quien se había detenido a unas tres varas de sus pies, con los brazos cruzados a la espalda. El tirano cumpliría los cincuenta años, y lo que llamaba la atención en su rostro afilado eran sus ojos claros, muy separados bajo espesas cejas que todavía lucían rubias, aunque la barba fuese ya más entrecana.

—¡Una venganza! —exclamó como si estuviese aburrido de escuchar cada día aquella respuesta—. ¿Sientes odio?

Preguntó esto con voz afectuosa, y antes de que Orestes respondiese lo invitó a que se sentase a su lado. A cada rato entraba un esclavo y ponía ante el tirano un barreñón rojo, pintado con brincos de delfines, lleno de agua fría, y el señor sumergía allí las manos hasta medio antebrazo. Orestes recordó los consejos de Electra, que tocaban a la vez a los hombres y a los dioses:

—La justicia no sufre el odio.

El tirano se sonrió, y se salpicó la cara y el pecho con agua fría.

—Esa es una respuesta política, pero el corazón lo que pide, las más de las veces, es la justificación del odio. Por eso hay dos bandos y partidos en las ciudades. Las gentes se reúnen para pedir que baje el precio del trigo, pero lo que buscan es mi caída, mi degüello, arrastrarme por el camino de ronda hasta el puerto, y partirme en pedazos antes de echarme de comida a los congrios. ¿De quién vas a vengarte?

—Del asesino de mi padre, el rey Agamenón.

—¿Un rey? ¿Quién lo mató?

—El amante de mi madre, llamado Egisto. Yo los vi juntos y desnudos, a los adúlteros, en el mismo lecho, siendo todavía niño que no podía con la espada paterna.

—¿La vas a usar ahora?

—La llevo en mi caballo, envuelta en lana pura sin hilar, engrasada con aceite de la lámpara de un templo famoso, después de que hubo bebido en él, en noche de luna llena, una lechuza glotona.

—¡Me gustan las gentes que observan los ritos! Sonrió el tirano a Orestes, y viendo cómo el sudor brotaba en la cara del príncipe, le invitó a que usase del agua fría, sumergiendo las manos, mojándose la nuca y la frente.

—¿No puedes desentenderte del asunto? ¿Quieres recobrar el reino perdido? ¿No puedes esperar? ¿Solamente vives para eso?

Las palabras del tirano correspondían a las horas de desaliento de Orestes. «¿No puedo desentenderme de este asunto? ¿No puede esperar la venganza? ¿Solamente he de vivir para ella? ¿El reino perdido? ¿Qué reino, qué súbditos?». Electra mataba una paloma, y le obligaba a que mojase las manos en la sangre.

—Tienes que acostumbrarte a andar así —le decía.

El tirano palmeó, y acudió un esclavo con refrescos de lima y nieve. Los dos hombres bebieron a sorbos, alegrando la boca con aquella agua fría.

—Yo también fui un vengador —dijo el tirano—. Yo quería pensar en otra cosa, pero mi madre no me dejaba.

Se levantó, se acercó a uno de los balcones, apartó el cortinón, miró a la plaza y volvió a sus cojines. Era un hombre muy alto, muy ancho de pecho.

—Yo tenía que matar al segundo marido de mi madre, porque andaba escondidas enamorando a una hermana mía. Salí de la ciudad para prepararme para el crimen, para poder estudiar el asunto, atando todos los puntos, no fallase el golpe. El calor de la sangre moza me traía otros pensamientos, pero tres veces al día recibía una señal de mi madre, unos hilos rojos atados a una punta de flecha. Sí, lo mataría con flecha. Tenía que terminar con aquel asunto, quería dedicar mi vida a otras cosas. Pero mi ayo me decía que no podría, que sería peor después de la venganza, que andarían voces volando tras de mí, acusándome del crimen.

—No dormirás, no hallarás casa fija, te mirarán como a un leproso. ¡Serás un perpetuo vagabundo! ¡Y no serás un hombre justo si dejas con vida a tu hermanilla!

Bebió de un golpe toda la nieve que quedaba en el fondo de la copa.

—No, no sería un hombre justo.

—¿Te vengaste? —preguntó Orestes.

—Todo salió de muy diferente manera de cómo yo imaginaba. Me entrené en el arco, y cuando me hallé maestro, volví a la ciudad en busca del padraastro. Era la hora en que él acostumbraba a salir del baño. Tenía siete espejos y se iba mirando en ellos mientras se paseaba secándose. Se detuvo un momento y se inclinó, para mejor secarse una pantorrilla. Tendí el arco y disparé la flecha contra su cuello. Me había equivocado. No le había disparado a él, sino a su imagen, reflejada en uno de los espejos. Asomó la cabeza, me vio, y se echó a reír. Reía con sonoras carcajadas, arrastrando la toalla, desnudo, pegando saltos, sin miedo de una segunda flecha mía. Reía y gritaba, acudieron esclavos, acudió mi madre. Mi padraastro reía y reía, no podía dejar de reír, se ponía rojo, y de pronto quedó serio, mirándome fijamente, dio un paso hacia mí y cayó muerto. Su cabeza rebotó en el mármol. Le salía sangre por la boca y por las narices. Yo dije que había entrado a mostrarle mi arte en Hechas, y que lo había encontrado en aquel ataque. Le echaron la culpa a que había comido higos por la mañana, y no había hecho la digestión. Y dieron la muerte por natural. Y pese a ello yo tenía la amarga certeza de haberle dado muerte. Lo peor era que, aunque vengador, no podía exhibirme como tal, desterrado ritual en cortes extranjeras. ¿Y cómo iba a castigar a mi hermana? Mi madre me pedía que la ahorcase, que ella iría a tomar las aguas a un balneario de la montaña, y mientras tanto yo la ahorcaba. Me dejó la cuerda, una trenza flamenca de tres cabos, dos amarillos y uno blanco, que hacía muy fino.

—¡Volveré dentro de quince días! —me dijo mi madre al despedirse.

Encontré a mi hermana en el jardín, con las manos cruzadas sobre el vientre, mascando un tallo de avena loca, los ojos cerrados. Y en aquel momento tuve la intuición de que estaba preñada.

—¿Para cuándo? —le pregunté—. ¿Para cuándo el niño?

Me miró asombrada, y se echó a llorar.

—Para la vendimia —dijo.

—Te buscaré marido —afirmé.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya me lo tenía buscado el difunto!

Así era. Ya le tenía buscado el difunto un marido, un gentilhomme campesino, que llegó a pedir la mano saludando desde lejos con un sombrero verde. Me cogió del brazo, y me dijo que no podíamos negarle la niña, que ya sabía yo su estado, y que perdonase el desliz, pero que a la muchacha le había caído el pañuelo al camino y él se encaramó a la muralla de la huerta para devolvérselo. Hubo boda. Mi madre no quiso asistir, se negó a chupar los caramelos que mandó el yerno, y decía que se había quedado sin hija. Pero, unos meses más tarde, lloraba de alegría acunando el retoño.

Sonrió, recordando la estampa de la abuela y el nieto.

—Por eso —le dijo a Orestes— te pido que lo dejes por algún tiempo. Quédate aquí domando caballos. Tengo hijas y sobrinas en edad de casar. Puedes elegir la que más te guste. Si te asomas esta noche a la ventana de la cámara que he ordenado

disponer para ti, las verás en el patio, jugando al diábolo. ¡Hay muchas vidas, querido amigo!

III

¡HAY muchas vidas! En su vagabundaje, Orestes solía recordar las palabras de su amigo el tirano, y también la hermosa estampa, en la noche, de las muchachas jugando al diábolo a la luz de las antorchas. Corrían, saltaban, giraban, y levantando las amplias faldas al correr dejaban ver las blancas piernas. Corrieron, cantaron y jugaron a echarse con las manos agua de la fuente. Hasta que, siendo ya la medianoche, vino la nodriza más antigua y las llevó a la cama. Eran seis, pero Orestes no olvidaba a una menuda y rubia que mismo debajo de una antorcha se recogió el pelo, atándolo con una cinta que sujetó con los dientes. No quiso quedarse allí, al servicio del tirano, aunque este le ofrecía cambiarle el nombre. Podría haber quedado si, contrariando a Electra, no hubiese dicho que viajaba a Micenas a cumplir con la obligación de una venganza. Pero habiéndolo dicho, todos los que lo habían oído estarían pendientes de él, del día de su marcha, y si se retrasaba en partir comenzarían las murmuraciones. Y si pretendía una de las muchachas de la familia del tirano, y casaba con ella, la mujer estaría siempre con el temor de que una mañana no lo iba a encontrar en el lecho, que Orestes, antes de que la juventud se fuese, había salido a cumplir su juramento. Y peor todavía si dejaba algún hijo. ¿Y osaría acariciar a este con las manos manchadas de sangre?

Orestes andaba ahora por países donde nadie sabía que existía tal ciudad de Micenas, y por eso no podían indicarle el camino más corto.

—¡Vete hacia el mar, que en los puertos saben de todas las ciudades y mercados del mundo!

Pero Orestes amaba los bosques y los estrechos senderos montañoses. Aquel era un mundo sin correos, no podían llegarle recados de Electra, y nadie le preguntaba su nombre. Había una taberna en cada aldea, y Orestes ponía una moneda en el mostrador.

—¿Vas a estar con nosotros una semana? —le preguntaba el huésped, guardándose la moneda en el bolsillo interior del chaleco.

La mujer le lavaba las camisas, y un criado le herraba el caballo, que Orestes advertía que desde allí partía para un largo viaje. Los aldeanos ricos, viéndolo tan cortés, lo convidaban a cenar en sus casas, y el posadero le llenaba la bota para el camino. Le iban bien aquellos vinos ásperos de la meseta. Siempre había una muchacha para decirle adiós. ¡Hay muchas vidas!

—¿Cómo te llamas? —preguntó el tabernero—. ¡Aquí tenemos la costumbre de interrogar a los extranjeros!

—Me llamo Egisto —dijo Orestes.

—Ese es el nombre de un rey que hay no sé dónde.

—El mismo, pero yo no soy ese rey, aunque sea más noble que ese rey.

—¿Cuál es el nombre de tus padres?

—No se sabe, que me hallaron en el campo amamantado por una corza, con doce libras de oro a mí lado, en doce bolsas. Y una serpiente sujetaba con su boca mi cordón umbilical, no me desangrase.

Los bebedores se apartan, y el tabernero, poniéndose un paño de secar sobre la cabeza, exclama solemne:

—¡Eres casi sagrado!

Tuvo que marcharse a escondidas de aquella aldea, porque la gente venía de más doce leguas a verlo, y las mujeres tocaban sus hijos en sus riñones. Una soltera de treinta le había mandado recado diciéndole que quería tener un hijo de él, que sería el consuelo de su vejez.

Orestes estaba ante el mar. En el horizonte se veía la costa de la Hélade Firme, y ante ella la línea oscura de las dos islas en la desembocadura del río. Eran las dos islas que él había buscado en la carta, en los primeros años de su regreso. Un hombre que llevaba al hombro un remo se le acercó.

—Si vas a pasar a la otra banda, lo mejor es que vendas aquí tu caballo. ¡Es un caballo viejo!

—¡Es mi caballo! —respondió Orestes.

—¡Fue un buen caballo!

—¿Cómo sabes de caballos, tú que eres marinero?

—No creas que duermo con una yegua. Pero a la vista está que es un caballo viejo, y que ha debido ser un hermoso caballo en sus buenos años.

Orestes contempló su caballo, que desensillado pacía al lado de la playa. Era la primera vez que lo miraba, teniendo en la mente aquellas dos palabras: «caballo viejo». Sí, el veloz ruano había envejecido en su compañía. El corazón de Orestes se llenó de una extraña ternura. ¡Años de incansable caminar! ¿Y no habría envejecido también él, Orestes, en el viaje de regreso, perdido por los caminos?

—¿Entiendes de hombres como de caballos? ¿Cuántos años tendré yo?

El marinero, apoyado en el remo, miraba a Orestes de arriba abajo.

—¡Quítate el casco!

Orestes se quitó el casco.

El marinero dio un par de vueltas alrededor de Orestes.

—¡Cuarenta y dos años!

—¿Un hombre viejo?

El marinero, apoyado en el remo, miraba a Orestes a los ojos.

—Mientras viajes, no serás un hombre viejo. Pero el día en que decidas descansar, aunque sea mañana, lo serás.

El marinero se fue con su remo al hombro, diciéndole que si quería posada que la había en el puerto, al otro lado de aquel montículo. Y Orestes se quedó a solas con su caballo en la playa. El viejo ruano se había saciado pronto, y se acercaba, como solía, a rozar con su hocico la espalda del amo. Orestes pasó un brazo por el cuello del

caballo, y comenzó a imaginar el discurso que haría a una embajada que le mandaba Electra desde Tebas, reprochándole el retraso en la venganza.

—¡Este es el compañero fiel de mi viaje! ¡Un viejo caballo! Sería inhumano venderlo, ya para carne embutida para leñadores, ya para labores agrarias. ¡Antes darle muerte por mi mano! Decidle a Electra apresurada, que tan pronto como mi caballo exhale su último suspiro, yo embarcaré en una nave, que ya estoy frente a la costa donde desemboca el río paterno.

Dijo en voz alta, y señaló la línea oscura de las dos islas, y la que más allá difuminaba la neblina de la tarde. Y el caballo escuchó las nobles palabras de Orestes, y no queriendo retrasar más el cumplimiento de la terrible venganza, se arrodilló, rozó dos veces la cabeza contra la arena, relinchó agudo como hacía por las mañanas en oyendo el gallo dar entrada al alba, e intentando levantarse, para morir de pie — que aquello de arrodillarse debía de haber sido una oración secreta propia de los hípicas—, no pudo, y cayó muerto, con las patas por el aire. Orestes desnudó la espada de la venganza, se arrodilló en la arena manteniendo el acero en alto, la empuñadura sujeta con las dos manos contra el pecho, y permaneció así toda la noche velando el cadáver de su caballo, mirando hacia el mar. Las olas rompían sonoras, y en la otra orilla se había encendido una luz roja.

Pasaron más años, ocho o diez. Al fin había salido una nave para la otra banda, y Orestes pisaba tierra en la desembocadura de su río. Orestes, que se veía tan distinto, ya en el umbral de la ancianidad, del Orestes de los años de juventud, se preguntaba quiénes serían aquellos a los que había de dar muerte terrible, cambiados también con el paso de los lustros, usados por los inviernos. ¡Semanas enteras pasaban sin que se acordase de sus nombres! Quizá lo que más le obligaba ahora al cumplimiento de la venganza era la muerte de su viejo caballo. No debía defraudarlo. Pero ¿vivirían todavía Egisto y Clitemnestra? ¿Qué habría sido de su hermana Electra? Pero lo importante ahora era caminar, llegar nocturno a la ciudad, cerciorarse de que podía sacar rápidamente la espada vengadora de entre las mantas de viaje. Había comprado otro caballo, un tordo muy brioso, alegre en las horas matinales. Al llegar al vado, silbó reclamando la barca. Desde la otra orilla le contestó un muchachuelo saludando con la gorra, y gritando que ya salía. Fue fácil meter el tordo y atarlo, y la barca se dirigió, río abajo, hacia la otra orilla, aprovechando la corriente, para dejar a Orestes y a su montura junto a las piedras del paso antiguo.

—Había un barquero llamado Filipo —dijo Orestes.

—¡Mi abuelo, que Dios tenga en su gloria!

—¿Hace mucho que murió?

—¡Unos quince años!

El muchacho apoyaba con la pértiga el viraje de la barca hacia la izquierda.

—¿Murió de viejo?

El tema de la ancianidad le venía ahora a mientes a Orestes a cada instante. Como

él envejecía, todo envejecía.

—Viejo era, pero no murió de senectud, que fue que estaba poniéndole una bandera nueva al palo de popa, y llegó corriendo el criado de la posada del Mantineo diciéndole que en la paz que firmaban en los Ducados se aseguraba la construcción de un puente en el vado. Mi abuelo gritó que no era posible, que no podía haber puente mientras no viniese un tal Orestes, que tenía él que pasarlo en la barca, y estaba en la ley que puente quita barca. El criado gritaba más, diciendo que habría puente y pasaría la diligencia, y que el Mantineo iba a ser rico y poder casar la hija paticoja. Y mi abuelo erre que erre en que no habría puente mientras no pasase a Orestes vespertino, sin apearse en la barca de su caballo ruano, y estaría lloviendo. Y en su excitación no se dio cuenta de que daba un paso en falso, cayó al agua y se ahogó, que habiendo pasado toda la vida en el río no sabía nadar.

—¿E hicieron el puente? —preguntó Orestes.

—Empiezan para la semana que viene. ¡Pero que yo sepa no ha pasado el río el tal Orestes vespertino!

CUARTA PARTE

Antes de marcharse a su reino de Tracia, donde ya eran los días en que el rey debía dar el orden de llevar los rebaños desde las montañas a los abrigados valles, y habiéndole crecido con la luna de octubre lo suficiente la pierna infantil, que ya no necesitaba el estuche de madera, insistió Eumón en hacer el viaje de retorno por el condado de doña Inés, que quería conocer a aquella hermosa delirante. Y para que fuese prevenido, fue rogado Filón el Mozo que le diese al tracio una copia de la pieza dramática que había escrito con algunos de los sucesos más notorios de la incansable ensoñación amorosa de la soberana del Vado de la Torre.

—Me dice Egisto en confianza —explicó Eumón a Filón el Mozo—, que todo el desequilibrio de doña Inés viene de estar ella también a la espera de Orestes, sólo que para recibirlo con cama deshecha.

—Unos dicen que sí y otros que no, pero la verdad es que ella lo recibiría con gusto, aun llegando parricida y con el brazo diestro ensangrentado hasta el codo. ¡Orestes hace soñar a muchas!

Y como criador de muías, siendo Eumón curioso de genealogías, escuchó con gusto a Filón contarle cómo doña Inés, de título y nombre tan insólitos en aquella parte, venía de gente gálica, salvada de un naufragio y emparentada con los piratas que hicieron el salvamento, y más tarde con la familia condal del país que reinaba en el Vado y en la Torre, y que en los itinerarios era conocido como el Paso de Valverde. Añadió Filón que en su pieza solamente recogía casos de los tiempos últimos, desde que había comenzado la guerra llamada de los Ducados, y que por ello no trataba de Orestes, que de este príncipe tenía ya varios actos de una tragedia, pero no la podía terminar, que Orestes no llegaba a cumplir la venganza.

—Yo estoy a la espera, como pueda estarlo el rey Egisto, porque conviene que haya un testigo para los siglos. Y todos los sucesos del mundo los reduzco a la gran expectación de la llegada del vengador, y tomo notas para adornar la historia. Y ahora mismo, cuando tú montes en tu caballo y marches hacia tu país, señor Eumón, subiré a mi biblioteca, y en uno de mis cuadernos, por si conviene prestarle este gesto a Orestes, apuntaré el que tú tienes frecuente de llevar el dedo índice de la mano derecha a la despejada frente, como ordenando a un oculto pensamiento que comparezca. Tengo apuntados, inclusive, gestos de animales, un desperezo de felinos, el alargar del cuello del lobo que asoma a una encrucijada, la paciencia distraída del hurón, la cabeza erguida del azor que acaba de entregar la pieza que ha cobrado... Mi Orestes será variado, porque es el hombre, el ser humano. Si el público de teatro fuese educado en fisiognómica, haría un acto solamente con los gestos, pasos, escuchas, dudas, preparativos para el acto vengador del joven príncipe. Lo titularía «La aproximación de Orestes», sería de gran utilidad para cazadores de bestias salvajes, y una luz estaría siempre sobre el rostro del protagonista, sobre sus manos, sobre sus pies, no dejando perder nada de la infinita muestra de sus movimientos.

Alabó Eumón los estudios dramáticos de Filón el Mozo, y agradeció la copia de la pieza que trataba de los amores de doña Inés, y todavía el autor no había decidido

qué título darle, y añadió el tracio que en su reino no había teatro, pero que si llegaba el desenlace fatídico de la tragedia, que le mandase el texto en copia iluminada, que la leería en voz alta con mucho gusto, y pagaría por ella lo que Lilón el Mozo pidiese.

Hizo fonda Eumón con sus dos oficiales de pompa en la posada del Mantineo, y pidió por favor al huésped que le diese una habitación desde cuya ventana pudiese contemplar a sabor la torre del Paso de Valverde. Y al amanecer, teniéndola con el verde y frondoso país como telón de fondo, se puso a leer la pieza de Pilón el Mozo, que comenzaba con un prólogo en el que, gente huida de la guerra de los Ducados, pasaba la noche en la torre de doña Inés, durmiendo en el patio cubierto, y recibiendo limosna de pan y vino. El dramaturgo componía un coro de mujeres que se dolían de los robos de maíz y de ovejas, de las casas quemadas, de los bienes abandonados y de la aspereza de los caminos. Una contaba de que su casa estaba en un país de montes, otra que vivía en los llanos del pan, y una delgada y morena, que casara en la orilla del río, donde son verdes prados, contaba de un gordo al que decían «¡sí, señor!» a cada paso los que con él iban, y que fue quien dirigió la requisa de vacas para no se sabía cuál bando, y le había dejado a su marido, en secreto, un papel sellado que decía: «Cuando acabe todo, ocho vacas a estos». El gordo era muy bebedor y palaciano, y nadie lo tomaría por hombre de guerra, añadió la mujer, si no fuese por el gorro. Aquellas campesinas parecían agarrarse a la más pequeña señal de caridad en un soldado. Abriendo el alba, no pensaban en otra cosa que en ponerse en camino y pasar la selva, cruzando la raya seca, adentrándose donde dicen Imperio, que allí reinaban en paz las leyes. Cargadas con sus petates se fueron, dando gracias por el pan, que era blanco, y por el abrigo cubierto. Llovía por la banda de la selva, pero hacia el Sur el sol se acostaba sobre los montes azules. La torre quedaba en silencio, y solamente se oía el ir y venir de ama Modesta, la criada mayor de doña Inés, recogiendo el pan y la jarra del vino, apartando las pesadas cortinas de paño verde para que entrase la luz del nuevo día. Había flores por doquier, y Filón el Mozo, describiendo el escenario, ponía camelias rojas aquí y acullá, jazmines sobre la repisa de la chimenea, y una rosa roja en un vaso, en lo alto de las escaleras, para que al aparecer allá arriba doña Inés pudiese recogerla y descender lentamente, con ella en la mano, acercándola a los labios. Para presentar doña Inés al público, Filón el Mozo había imaginado la llegada, atravesando los países en guerra, del Correo del rey, el cual era recibido por ama Modesta en el pequeño salón. Filón estaba muy satisfecho de la escena, ya que le parecía que daba la figura y el tono de la dama, y que en los actos sucesivos de la pieza el desmedido enamoramiento, la súbita y encendida pasión, sería aceptada sin más por el respetable, vista la adivinación de amor de la palomita, la desusada amplitud de sus sueños, la clamorosa entrega de su soledad.

Estaba ama Modesta en su faena cuando llamaban por tres veces a la puerta, que era la seña matinal del Correo. ¿Habría oído la llamada doña Inés?

—No, todavía dormiré. Duerme como un pajarito, con el piquillo abierto.

Ama Modesta le abre al Correo. Del hombro derecho del Correo cuelga la gran

cartera de cuero con las armas reales a fuego. Se quita el sombrero, se pasa las manos por la cara, admira las flores, dirige la mirada hacia la rosa roja, solitaria en el vaso. Filón titulaba este paso *El galán de Florencia*, y lo había leído varias veces, y siempre con aplauso, en las veladas de la aristocracia de la ciudad.

PASO DEL GALÁN DE FLORENCIA

ESCENA I

Ama Modesta y el Correo.

AMA MODESTA ¡Buenos días, Correo!

CORREO ¿Cómo se descansó? ¡Buenos días nos dé Dios!

AMA MODESTA ¿Quién descansa en estos tiempos, Correo real?

CORREO ¿Hubo gente?

AMA MODESTA ¡Mujeres, pobres mujeres!

CORREO [*Posa la gran cartera en el suelo*], ¡Les dio el baile, les picó la araña roja!
¡Que huya un hombre de la guerra, pase, pero mujeres!

AMA MODESTA ¡Se puso de moda huir! Y aunque huyeran señoras de atavío, por miedo a una falta de respeto, pase, ¡pero pastoras y lavanderas! [*Pausa*], ¿Hay carta? ¡No sé para qué te lo pregunto!

CORREO ¿Cómo ha de haber carta? ¿Quién la escribirá? Una carta, ama, supone que alguien estuvo con la pluma en la mano dando noticias, poniendo cómo va de salud, el tiempo que hace, noticias de intereses, y mete el papel en el sobre, y baja de prisa por la calle que lleva al correo, y echa la carta en el buzón. ¿Hay ese alguien? Pues no, no lo hay.

AMA MODESTA Las que se aguardan en esta casa son cartas de amor.

CORREO Peor todavía, Modesta, ama Modesta. Si no hay gente para escribir de intereses, ¿cómo va a haberla para cartas de amor?

AMA MODESTA Pues ella las contesta.

CORREO ¿A quién? Escribe, eso sí, cartas muy razonadas, sí señor, muy bien puestas, de libro, que yo leí algunas. Dice: «¡Nunca salgo de mis sueños sonriendo! Pregúntaselo al lucero de la mañana». ¡Muy bonito! Pero ¿a quién se lo dice? ¿Existe ese, está esperando, tiene una flor en la mano, se mira en un espejo porque quiere que la carta de encendido amor lo encuentre galán con los rizos mostrándose bajo la montera? No lo hay, ama. Las cartas van, corren. Es su destino. ¡Quién sabe adonde van a parar las más de las cartas que se escriben! Aunque pongas las señas de uno que hay, señor Londres, calle de los Tabacos, 14, bajo, Alejandría, y le llegue la carta, ¿es el que tú piensas quien la recibe? Tú escribes de un ánimo y él está de otro, y no ve en la carta el cuidado tuyo, ni te

ve escribir la alegría o la tristeza. Las más de las cartas le llegan a uno de un extraño.

AMA MODESTA Dos que bien se quieren, uno son.

CORREO Pero te repito que esos a quien doña Inés escribe no los hay, ama. Son como figuras de poetas. Ella pone en el sobre: «Al caballero del verde tabardo, en París de Francia».

AMA MODESTA ¡Lo hay!

CORREO ¡Habrás cien! Pero la carta busca uno sólo. La carta dice así: [*Hace que lee en un papel cualquiera que saca del bolsillo de la zamarra*]. «Señor del tabardo verde, esta que yo soy, segura servidora, muere de amor acariciando pañuelos de seda colorada. Ya viene el invierno, y ando sola por la casa, abriendo puertas, sin miedo al frío, a quien llega enamorado». Y yo, el Correo, no voy a andar corriendo detrás de todos los que vea pasar por las calles de tabardo verde, diciéndoles que monten en el mejor caballo y salgan por esta torre, suspirando.

AMA MODESTA ¡Uno de tabardo verde lo conocería ella, digo yo!

CORREO Pero ahora ya tiene el tabardo amarillo, o se pasó a la capa corta. No hay nadie, ama Modesta. Todos los que podrían escribirle a doña Inés son gentes de la imaginación, pedazos de niebla, que se ponen aquí para levantarse más allá, llevados por el viento. ¡Ella que siga soñando, y tú que no te canses de planchar pañuelos para que pueda seguir diciendo adiós desde las almenas! [*El Correo guarda el papel en el bolsillo de la zamarra. Ama Modesta abre el aparador y se dispone a darle al Correo un vaso de vino*].

AMA MODESTA [*Confidencial, mientras echa vino*]. Algunas noches pasan hombres. Yo estoy en cama, con la puerta abierta, a la escucha de lo que hablan con ella, y por oír el acento extranjero de los más. Los hombres siempre hablan de ellos, y mi paloma solamente entiende de amor. Ellos la llevan por donde quieren, por las arboledas de sus pensamientos, que mi doña Inés no puede con los vagos ensueños suyos, y teme perderlos en una revuelta de la memoria de los que hablan. Los hombres son todos gallos, al menos en el hablar. Cuando a alguno le escucho el punto de la voz ronca, parece que también se quisiera echar encima de mí.

CORREO ¡A lo mejor empreñas de palabra!

AMA MODESTA No es cosa de risa, Correo. Y ella es pura como una golondrina que todavía no hubiese salido al aire de fuera del nido. Es como una fiebre, ¿sabes? Llega la sed hasta mí. Toda la casa se llena de sed. Y ellos se van, y la perla mía queda sola en el mundo, sollozando.

CORREO ¡Todos tenemos un tema! De mozo, yo soñaba que llegaba a rico. Me caían las onzas en la cara, y era como un jabón de olor fresco. Un día, en la posada de Lucerna, al levantarme encontré un carolus. Le caería a otro que había dormido en la misma cama. Nunca más volví a soñar con hacerme rico. ¡Perdido quedó el

virgo del sueño! y dejé de ser mozo desde aquel día, y comenzaron a asomar en mi rostro las arrugas.

AMA MODESTA ¡Soñar es muy cansado!

CORREO Pero es lo más antiguo que hay. ¡Antes que hablar!

Ama Modesta se para, escuchando ruidos en el primer piso. Se habrá levantado doña Inés. Ama Modesta se inclina sobre el Correo, que se sentó a beber el vino. Bebe a sorbos, goloso.

AMA MODESTA Bajaré ahora. Dile que no hay cartas, que con las guerras en las tierras y en los mares vecinos no pasan valijas, y que por miedo a los espías no dejan volar las palomas mensajeras. Puedes decirle también que encontraste uno en Florencia de Italia, que le va a escribir tan pronto como haya paso libre para cartas de amor. ¿Y cómo será ese?

CORREO Puede ser alto, tirando a moreno, y sacando el reloj a cada poco.

ESCENA II

Dichos. Doña Inés.

Doña Inés asoma en la baranda del primer piso. Parece que encendiesen una luz allá arriba. Trae el rubio cabello suelto por la espalda, y una rosa blanca en la mano derecha.

DOÑA INÉS ¿De quién hablabais? ¿Hay cartas?

CORREO ¡Buenos días, señora mía!

DOÑA INÉS ¿Buenos días? ¿No es ya la hora serótina y viene la noche con sus pasos hoscos?

AMA MODESTA ¡Es mañanita temprano, sol mío! Viene el día lloviznando.

DOÑA INÉS ¡Dormí tanto! ¿Hay cartas? ¿Traes recados?

Baja lentamente las escaleras, inclinada sobre el balaustre. Baja como por música, la rosa donde tiene el corazón.

CORREO [*Poniéndose de pie, declamatorio*]. Quemán las cartas los soldados, roban las valijas por si vienen cartas con noticias de tesoros. ¡Ay, demonio de guerra! El hombre no sabe de la mujer, el padre del hijo, no hay romerías, y la gente duerme tirada por los suelos, con el miedo por almohada, y se pierde la ciencia de hacer las camas. Los Ducados se volvieron locos, andan los reyes perdidos por los caminos, y ni se siembra el pan, y las gentes huyen con un poco de fuego en la mano, de miedo que se acabe el fuego en el mundo. A las palomas

mensajeras les tiran con flechas envenenadas.

DOÑA INÉS ¿Nadie te habló de mí? Una palabra bien la guardarías en la memoria.
¿Quién te la robaría, escondida entre las otras?

CORREO ¡Me hablaron!

DOÑA INÉS [*Corre hacia él, le coge las manos*]. ¿Dónde fue, cómo era, dio señas, dijo nombre? ¡Detente, no contestes todavía, piensa, recuerda bien, no vayas a equivocarte, no vayas a equivocarme! ¡El sol y la luna tienen sus caminos!

AMA MODESTA Siempre trajo noticias ciertas. Acuérdate de cuando anunció al milano.
¡Después pasó aquel de la gorra blanca, tan convidador!

DOÑA INÉS ¿Uno de gorra blanca? ¡Nunca tal conocí! ¡El único hombre para quien miré en la vida fue este de Florencia de Italia!

AMA MODESTA [*Sorprendida*]. ¿Cómo sabes? ¿Quién te lo dijo?

CORREO ¿Escuchasteis? ¿Quién dijo que fue en Florencia?

DOÑA INÉS ¿Puedo no saber, acaso, dónde tengo mi corazón a tomar el sol?

Ama Modesta y el Correo se miran, pasmándose de la adivinación. Doña Inés se ruboriza y besa la rosa.

CORREO Se acercó a mí, y me preguntó si era yo el Correo titulado del Paso de Valverde y la Torre del Vado, y le respondí que sí, quitándome la gorra, que lo vi muy principal. Era alto, muy moreno, y sin embargo gracioso, y con la barba recortada a dos puntas. Es moda allí. Me preguntó si podíamos tener una conversación en un patio, y le dije que sí. Sacó el reloj dos o tres veces mientras hablábamos. Me dijo, poniéndose muy grave: «Dile a aquella que tú sabes, mi rubio cabello, que cuando haya paso libre para cartas de amor que le escribiré contándole todos los jardines de mi corazón». Y con las puntas de los dedos, un beso echó al aire.

DOÑA INÉS ¡Felipe, Felipe mío, tan lejos! ¿No te dijo que se llamaba Felipe?

AMA MODESTA No tendría tiempo. Si miraba tantas veces la hora, es que tendría prisa.

DOÑA INÉS ¿Algo más urgente que yo? ¿Sacaba el reloj, Correo?

CORREO Por lo menos nueve veces durante aquel coloquio.

AMA MODESTA Los hombres tienen muchas urgencias.

DOÑA INÉS ¿Cómo hacía, Correo?

CORREO [*Sacando del bolsillo del chaleco su grande reloj de plata y llevándolo al oído*]. Hacía así. Hizo así las nueve veces.

DOÑA INÉS ¡Déjame tu reloj! [*Lo coge y lo lleva al oído. Ha dejado caer la rosa. Tiene el reloj del Correo en el cuenco de las dos manos, junto al oído*].
¡Corazón, lleno, galopante corazón! ¡Bien te escucho, amor, batir! [*Al Correo*].
¿Decías que no traías carta de amor? ¡Aquí la tengo, todo un escrito corazón!
¡Bate, bate por mí, en Florencia de Italia, a la orilla del río, príncipe de los lirios!

¡Pam, pam, pam, pam!... ¡Hasta morir! ¡Hasta morir, ciego siervo de amor!
[*Pone el reloj en las mejillas, en el pecho, encima del corazón, sobre el vientre, apretándolo con las dos manos*]. ¡Hasta no vivir! ¿Cómo podría responderte ahora mismo que soy toda de ti, una hojita de acacia que la lleva el viento?

Cae el telón lentamente.

Eumón de Tracia sacó su reloj y lo escuchó, y se dijo que sería muy hermoso el tener un amor lejano y saber de él así. Y se dolió de sí mismo, que nunca lo habían amado tanto, ni se le habían ocurrido tales imaginaciones amorosas.

I

SOY músico, pianista. Querían que tocase en la plaza, para que bailasen los soldados con las mozas. Pero no podían bailar con mi música. Yo toco, por ejemplo, como se ve la luna en un charco o como se echa a dormir el viento en un bosque, o como brillan sus pies en el mar, o como mira una mujer enamorada a través del fuego. ¿Quién bailarían eso?

Doña Inés le sonrió, comprensiva. El músico se había levantado y se contemplaba en el espejo.

—Pudieron haberme dado muerte mientras huía. La noche era oscura como boca de lobo. Las luces hacen mucha compañía. En los conciertos, siempre me gustó tener algunas luces de más, encendidas encima del piano. Parecía como si me mirasen y alentasen, agradecidas porque las había encendido. Su mano llegaba hasta mi frente. Todas las luces son diferentes, y sin embargo todas son familiares, viejas conocidas, sonrisas acostumbradas a responder a la sonrisa de uno.

El músico se acerca a la mesa, y pasa la mano, como acariciándolas, sobre las llamas de las pequeñas velas del candelabro de cinco brazos.

Se vuelve hacia doña Inés.

—¿Sois la señora de la torre?

—¿Podría serlo otra? Yo soy el palacio, este palacio, este jardín, este bosque, este reino. A veces imagino que me marchó, que abandono el palacio en la noche, que huyo sin despedirme, y conforme lo voy imaginando siento que la casa se estremece, que amenazan quebrarse las vigas, se desgoznan las puertas, se agrietan las paredes, y parece que todo vaya a derrumbarse en un repente, y caer, reducido a polvo y escombros, en el suelo. Todo esto depende de mí, músico, de esta frase que soy yo, en una larga sinfonía repetida monótonamente, ahora adagio, después allegro, alguna vez andante...

Doña Inés había dejado de sonreír. El músico se acarició la barba, la melena, se miró y remiró las manos una y otra vez.

—Yo escribo la música que interpreto. Sólo ella me gusta. Me siento al piano y voy abriendo las hojas del día o de la noche. Pongo en lo ancho del mundo agua que corre, pies descalzos de mujer, árboles, pájaros de colores, caminos alfombrados de rosas, y pozos en los que se miran pequeñas estrellas allá abajo, en el agua quieta...

—¿Muchas estrellas?

Doña Inés pregunta confidencial.

El músico ha venido a sentarse junto a ella, en el diván cabe la chimenea.

—Alguna vez muchas, otras veces una sola, fría...

—¿Dorada?

—Sí, será dorada. En lo que me fijo es en las ondas de la luz en el pozo, como si la estrella fuese una piedrecilla brillante que hubiese caído al agua.

—¿Quieres comprobarlo en el espejo mientras yo me miro en él? Un espejo es un

pozo a su manera.

El músico sonrío, y acaricia el pelo de doña Inés. Ha sido un gesto imprevisible. Por primera vez no tiene miedo. Sonríe.

—¡Oh, eres una estrella muy hermosa! Si hubiese aquí un piano, te diría cómo te veo. ¡Nunca me atreví a soñar que pudiese acariciar el cabello de una estrella!

—¿Por qué huiste? ¿Perdió la guerra tu canción?

—Debería contestarte que huí porque mi corazón siempre sospechó de este refugio. La música y el amor se hacen con sorpresas muy semejantes. Como casi nunca salía de casa en mi ciudad, siempre fui muy dado a soñar con caminos: andaba y andaba, y en la noche más cerrada se encendía una luz, y yo podía posar mi fatigada cabeza en unas manos dulces y tibias, y dormir, escuchando una voz tierna cerca, muy cerca, casi en mi propia boca.

Doña Inés tenía el amor al alcance de la suya. Podía devorar, o ser devorada.

—¿Me parezco?

—¡Eres la misma! No podía haber otra ¡Dame las manos! Sí, son las tuyas, fueron siempre las tuyas, eres tú. Siempre has sido tú. ¡Me dueles en las manos!

El músico, como llevado por la palabra manos, mira las suyas, las acaricia, las lleva a los labios.

Se levanta y se acerca otra vez a las luces.

Doña Inés teme perderlo.

—Me llamo Inés. ¡Llámame Inés!

Pero el músico está en sus recuerdos.

—Huí no sé por dónde, arrastrándome, a tientas. Me llevaron a la plaza y me sentaron ante un piano. Querían que tocara bailables para la juventud. ¿Bailables? ¡Ah, sí, una gallarda antigua! Una gallarda que bailaba mi madre, con cuatro reverencias y un pasito. La gente gritaba que no quería eso. ¡Eso pasó de moda!, gritaban.

—¡Queremos bailables nuevos!

Gritaban y gritaban. ¡La canción de los nuevos alborotados! La cantaban amontonándose encima de mí para que yo la aprendiese en seguida. Uno, montado, con la punta de la lanza me ayudaba llevando el ritmo, y golpeaba con el talón en las teclas. ¡Podía herirme, agujerear mi mano izquierda! Gritaban que yo era un músico de mierda. Dos mozas medio desnudas se subieron encima del piano y taconearon. Las lanzas, las espadas, las hoces estaban cerca de mis manos, las buscaban, y yo huía sin moverme, huía de aquel bosque de hierro homicida, interpretando una música loca, la música de mi terror, cada vez más de prisa, más de prisa. Comenzaron a dar vivas y a bailar. Pero las hoces no se iban, brillaban ante mis ojos, cada vez más cerca, más afiladas, más curvas. ¡No podía seguir tocando sin tropezar con ellas! De un momento a otro comenzaría a sangrar. Y corrí. Me metí por entre las patas de los caballos, corrí por no sé qué alcantarilla. Una hoz enorme venía detrás de mí en el aire, dispuesta a caer sobre mi cuello. Tardé en darme cuenta de que era la luna

nueva, mi amiga la luna nueva. Me detenía a palpar una mano con la otra, pasaba ambas por la cara, los ojos, las metía en la boca. Sí, estaban vivas, vivas como dos peces, como dos golondrinas...

El músico se ha arrodillado ante doña Inés, y ha apoyado su rostro en el cuenco de las manos de la hermosa. Lloro. Doña Inés lo consuela.

—Ahora estás aquí para siempre, seguro. ¡Mandaré traer un piano, encenderemos todas las luces, pasaré las hojas de la partitura! ¡No llores, que estás a salvo! Si no quieres casarte, es lo mismo.

—¿Casar? ¿Casarme contigo? ¿Y traerás un piano? ¿Mañana?

Doña Inés lo besa en la frente. Y sonrío.

—El piano tiene que venir en un barco. Llegará por el mar a Lucerna. Lo iremos a esperar, cada uno en su caballo. Yo en un caballo blanco y tú en un caballo negro. Las muchachas nos tirarán flores. Podrás tocar en el piano lo que quieras. ¿Me enseñarás la gallarda que bailaba tu madre? ¡Cuatro reverencias y un pasito! Te suavizaré las manos con secante de lirio y con país tostado de Venecia. Se ponen como seda virgen. Casi se puede decir que la piel se vuelve vidrio. ¡Mira las mías! ¡Y nadie te las herirá nunca, tus palomas mensajeras! Nadie te las cortará, amor mío, no siendo yo. Yo, con jazmines.

Eso dijo doña Inés, y se acercó al búcaro de los jazmines, en la repisa de la chimenea. Con dos jazmines en cada mano se acerca al músico, e intenta golpearle en los dedos. El músico la mira aterrado.

—¡No, no me cortes las manos! ¡Quiero que vivan!

¡No me mates las manos! ¡No me mates!

Y corre hacia la puerta, gritando. Y huye en la noche, con las manos delante de los ojos, luminosas como lámparas en las tinieblas.

Y doña Inés se queda sola, deja caer los jazmines al suelo, y sólo sabe decir:

—¡Pero si el jazmín no corta! ¡Pero si el jazmín ni siquiera araña!

Filón el Mozo anotó al final de este apunte de acto que el músico lo hubo, y era un tal que el miedo habido en la revuelta lo volvió loco, y andaba por todas las polis buscando un lugar seguro en el que dejar sus manos, y alguien le dijo que no había caja fuerte más cerrada que la del Preste Juan de las Indias, que la vigilaba el basilisco. Y Filón tuvo de un mercader genovisco noticias de que había pasado el músico, que se llamaba Fidel, aunque él ocultaba su nombre, al León de Judá, y fue lo peor del asunto que en llegando ante el tesoro real salió el basilisco, con la mala fortuna de que la terrible bestezuela lo que primero miró del músico fue las manos, y tuvo el fugitivo que contemplar cómo comenzó a destruirse por ellas, antes de pasar todo su cuerpo a hedionda ceniza. Y todo fue por no avisar al Preste de su llegada, que este, que pasa por avaro, le habría guardado las manos y lo hubiese mandado con otras de quita y pon por los países cristianos, cobrando él un tanto por el alquiler de las ortopédicas.

Doña Inés, en los días siguientes a la huida del músico, guardó luto.

II

A la puesta del sol llegaron dos soldados, con el recado de que un rey llegaba y que pedía por favor cama limpia. Ama Modesta les preguntó si era su rey, y sabían el nombre, y ellos contestaron que ahora de últimas había tantos coronados, que sólo los escribanos llevaban la cuenta.

—Yo —dijo uno, moreno y pequeño y picado de viruelas— era guardamontes en la paz, y bajé a la ciudad solamente una vez, cuando tenía ocho años. Me llevaron para que el rey me librase de una verruga que me había salido en un párpado. El rey pasó en un sillón cubierto, y echó la mano por entre los damascos, y la verruga se fue.

—Pues yo —dijo el otro, que era también pequeño, pero regordo y rubio— nunca vi un rey hasta ahora. Estaba al lado de un charco, y uno que dijeron que era el Correo real le lavaba los pies. Con mucho mimo, eso sí. No le vi la cara, que la tenía cubierta con una servilleta floreada. Tardarán poco en llegar. El Correo dijo que le hicieras una buena cama al coronado, y que metieras en ella dos canecos. Nosotros cumplimos. ¿Queda un vaso de vino?

Ama Modesta los convidó a una jarrilla de tinto y los contempló, compasiva.

—¿Por qué estáis de soldados? ¿No tenéis hacienda?

—Amén de la guarda de los montes —dijo el moreno—, yo tenía un cabrón negro muy imparcial. Ahora lucho por ascender. Un sargento montado es una señoría.

—Yo —explicó el rubio— me alisté por ver mundo ¡Vas a ver mundo, Teófilo!, me dije, echando a correr tras el arcabuz. Y me metieron de retén en un castillo viejo, lleno de murciélagos, y el pozo cegado, que hay que ir a buscar agua a una mina apozada. Asomé la cabeza por una saetera para contemplar vuestro país de Valverde, tan sonado, y tropecé con los pies de un ahorcado, el antiguo señor de la Ribera, que gloria haya. ¡Mira!

Y mostró los zapatos bajos que gastaba, con hebilla de plata.

—¡Son de charol! —comentó ama Modesta—. Son como los del padre de mi señora, que en paz descanse.

—No sirven para la guerra, pero lucen —comentó el rubio.

Los soldados se fueron, y ama Modesta se asomó a la puerta por verlos marchar, y por si ya venía el rey aquel, guiado por el Correo. Pero era este, solo, quien se acercaba.

—¿Viene ese rey?

—Lo dejé descansando en un banco, en el jardín. ¿Está la señora visible?

—Se está peinando. Bajaré ahora.

—Entonces —dijo el Correo—, voy a pasarlo antes de que baje la señora condesa. Quiere estar siempre muy preparado para las visitas.

—¿Le pongo un sillón?

—¡Igual le gusta!

—Puedo ponerle un almohadón para los pies —sugirió ama Modesta.

—Ponlo —asintió el Correo—. ¡Estos antiguos son muy mirados! y de beber, agua con azúcar, que el vino le da urticaria. Estos coronados, los más de ellos están podridos. Voy en su busca, que hay que decirle los escalones.

—¿Está ciego?

—Misterios, ama. Esta gente real no es gente como nosotros. ¡Tienen los Santos Oleos de perpetuo en la nuca!

Salió el Correo en busca del rey, y a poco apareció llevando de la mano a un gran fantasmón, vestido con una casaca amarilla. Este paso lo escribió así Filón el Mozo, titulándolo:

PASO DEL REY Y EL CAPITÁN DIALOGANTE

ESCENA I

AMA MODESTA ¡Bienvenido sea el señor rey!

EL REY ¡Hola! Sentadme bien y abotonadme la casaca hasta las rodillas.

CORREO Sí, señor. Hay almohadón para los pies.

EL REY ¡Descalzadme! Un rey viste mejor descalzo.

AMA MODESTA Lo descalzaré yo. [*Se arrodilla delante del rey y k quita los borceguíes*]. Si mi señora quisiese, podía echarle en los pies un perfume de mérito. Tiene un estante lleno. Los más de los perfumes son de Siria.

EL REY ¡No quiero nada! ¡Nunca me olieron los pies! Correo, ponme los ojos.

CORREO Sí, Alteza. [*El Correo mete la mano en la faltriquera del rey y saca de ella dos ojos de vidrio, que le pone con mucho cuidado, levantándole los párpados*]. ¡Ya están!

EL REY Pásame una luz por delante, comprobando si quedaron bien centrados.

CORREO [*Pasándole el candelabro por delante*], ¡Quedaron! ¡Imponen!

EL REY Eso es lo que se pide, que impongan respeto. Yo siempre fui un rey serio. ¿Estoy abotonado?

CORREO Hasta las rodillas, Alteza.

AMA MODESTA ¿No tiene sed, señor?

EL REY Desde que quedé viudo paso meses sin probar el agua. ¿Qué se dice por aquí de la guerra?

AMA MODESTA La gente huye, que se acaba el pan...

EL REY Aún puedo llegar a ser el señor rey de los fugitivos. ¡Lástima que haya perdido la mitra y que me hayan robado el caballo! Ni un rey puede vivir en paz en tiempos como estos. ¡No tengo mujer, ni hijos, ni casa cubierta, y la bolsa vacía! ¿Quién anda por ahí arriba?

AMA MODESTA Es mi señora, la condesa soberana, que baja a saludarlo.

EL REY ¡Que haga las reverencias, Correo! ¡Yo estoy dos grados más alto en el protocolo bizantino, y aún no decaí del todo!

Baja doña Inés. Como siempre, en la mano una flor.

ESCENA II

Dichos. Doña Inés.

DOÑA INÉS ¡Buenas noches al rey!

EL REY ¡Haz una reverencia, condesa!

DOÑA INÉS [*Haciendo dos reverencias de corte*]. Alteza, sed bienvenidos al Paso de Valverde.

EL REY ¡Dame la mano, que te la voy a besar!

DOÑA INÉS En una mano traigo una rosa y en la otra un colibrí. ¡No puedo daros la mano!

EL REY Un colibrí. ¿De qué color es?

DOÑA INÉS El colibrí de esta banda es escarlata, y sólo canta al irse el invierno, cuando desaparece la nieve y abren las fuentes.

EL REY Siento no verlo. Suelta ese pájaro y dame la mano. Eso sí, que no venga volando a posarse en mi solideo.

DOÑA INÉS [*Hace que suelta el pajarito famoso, y le ofrece su mano izquierda al rey*]. Aquí tenéis la mano que me calentaba el colibrí. ¡Salió por la ventana a la noche! ¡Le gusta la luna nueva!

EL REY [*Acariciándole la mano*]. ¡No te la calentó mucho el colibrí! Es la mano izquierda un tulipán. Hace once años que estoy viudo. Me casaron de siete con una de diecinueve que tenía capital. Los padres de uno piensan en todo. Era gorda, muy gorda. Cuando se murió, me di cuenta de que nunca supiera lo que es amor.

CORREO ¡Pues era una señora muy risueña, cantando ópera, y meneando el polisón como las de París!

EL REY ¡Lo mismo insinúas que fui cornudo!

CORREO ¡A los siete años, qué sabe uno de eso!

EL REY ¡Yo no quiero morirme sin saber lo que es amor! ¡Di en este tópico! Lo primero de todo es ponerme en dialogante de amor, aprender a suspirar. ¡Tiene que haber alguna delgada de precio! ¿Dónde está el capitán?

AMA MODESTA ¿Uno de espada, con esclavina apuntada?

EL REY ¡El mismo!

AMA MODESTA Pasó al atardecer con unas mujeres. Dijo que volvería. Como me

pareció un caballero principal, le di a beber por la copa con pie de plata.

DOÑA INÉS [*Coge la copa y la mira a la luz del candelabro*]. Tiene los labios delgados. ¡Dejaron la señal en la copa!

EL REY ¡Mujeres! Tienen un rey de presente y están buscando en una copa los labios de un capitán. ¡Es mi capitán, el que guarda mi real persona, un criado mandado, uno que está a sueldo! ¡Si no cobra no come! Todos los días, antes de que me duerma, me recita prosas de amor. Llegado el momento, quiero hacer una declaración floreada. Hoy tengo mucho sueño y queda dispensado. Correo, ¡quítame los ojos!

CORREO Sí, Alteza. ¡Son unas piedras muy hermosas! [*Le quita los ojos y se los mete en la faldriquera*],

DOÑA INÉS ¡Brillaban como esmeraldas de Indias! ¡Nunca ojos tan bellos me miraron con tanto asombro!

EL REY [*Muy galante*], ¡Alondra, te miraron por mí! Los que tenía puestos ahora eran mis ojos de otoño, pero los tengo también de verano y de primavera. ¡Un rey no es un pordiosero! Mañana, señora mía, te he de recitar una prosa en el jardín, con los ojos de verano puestos. Y tú tienes que responderme con otra. ¡Piensa que hace once años que quedé viudo, y que desde entonces los asuntos de gobierno no me permitieron acercarme a una mujer!

DOÑA INÉS [*Graciosamente burlando*], ¡Me gustan los príncipes castos y valerosos! Amo la tronada y el relámpago, estando sola en el campo. ¡Un hombre es un viento loco o no es nada! Tú, rey, serás una hermosa tempestad.

EL REY ¡Si pones esa voz, no dormiré! ¡Ay, qué paloma! ¡Cálzame los borceguíes, por favor!

DOÑA INÉS ¡Lo que me place! [*Se arrodilla y lo calza*], ¡Tus pies parecen dos halcones gemelos!

EL REY ¡Ah, unos pies nobles, los pies de un rey militar! Me pusiste los borceguíes cambiados, el del pie derecho en el izquierdo y el del izquierdo en el derecho. ¡Deja, no los toques! ¡Tomo esto como una misteriosa señal galante!

Mientras doña Inés calzaba al rey, entró el capitán, que se quedó en la puerta.

ESCENA III

Dichos. El capitán.

CAPITÁN ¡Misterioso amor, madeja nunca devanada!

EL REY Capitán, ¿por dónde anduviste? ¡Me iba a acostar sin ti!

DOÑA INÉS ¡Misteriosos encuentros en la noche, cuando va a ponerse la luna!

CAPITÁN ¡Encuentros de pájaros en las tinieblas!

EL REY ¡Ese saludo no me lo enseñaste!

CAPITÁN [*Sin hacer caso al rey, siempre dirigiéndose a doña Inés*]. ¡Encuentros de picos de aves, que se cambian cintas con nombres escritos!

DOÑA INÉS ¡Timidez de las palabras!

CAPITÁN ¡Largo silencio que morirá en un beso!

EL REY ¡A la orden, capitán! ¡Mañana hay que enseñarme ese punto!

CAPITÁN ¡Alteza, mañana daremos dos lecciones!

EL REY ¡Los años pasan, capitán! ¡No quiero morir sin saber lo que es amor!

DOÑA INÉS ¡Nadie debería morir sin saber lo que es amor, capitán!

EL REY Necesito descansar.

AMA MODESTA ¡Hay una cama hecha en el segundo! Ahora mismo llevo los dos canecos.

EL REY Hoy no los preciso. Que me abaniquen con plumas la nuca mientras subo las escaleras.

AMA MODESTA Hay un abanico napolitano.

EL REY ¿Está permitido, capitán?

CAPITÁN ¡Sí, Alteza, que estamos en guerra!

EL REY Me olvidaba. ¡Demonio de guerra! Buenas noches, señora mía. ¿Cómo os llamáis?

DOÑA INÉS Doña Inés.

EL REY En confianza, yo me llamo Segismundo. ¡Adiós!

DOÑA INÉS ¡Adiós, señor rey!

El Correo guía al rey por las escaleras, y detrás va ama Modesta abanicando la nuca real.

ESCENA IV

Doña Inés y el capitán.

DOÑA INÉS ¡Encuentros en la noche cerrada, cuando todas las aves del mundo y la luna nueva se fueron! Cualquier palabra entonces se llena de luz y sube hasta las estrellas. [*El capitán se apoya en el respaldo del sillón que había ocupado el rey, y mientras habla, doña Inés se va acercando, se sienta y apoya una mejilla en el revés de una mano del capitán*].

CAPITÁN Las estrellas siempre están a la escucha de las palabras de los amantes. ¿Qué es hablar un corazón? En los ríos hay piedras que cantan al pasar el agua. En los ríos hay peces de plata que van y vienen, callados peregrinos. ¿Quién habla, quién canta? ¿Cantan, acaso, las mariposas que vienen en la noche a la luz

de la casa? ¿Dónde he cogido estas palabras que voy vertiendo con mi boca, chispas, sabrosura somnífera, plumón de alondra, pétalos de rosa que se desprenden por saber de dónde viene el viento?

DOÑA INÉS ¡Mi corazón es un vaso que derrama!

CAPITÁN ¡Esa es otra lección! Los corazones son vasos llenos de caliente jengibre. ¿Quién osará añadir la gota que los hará verter? ¿O no la hay? Mejor sería llenarlos con nuestros sueños, y beber un poco yo de lo tuyo y tú de lo mío. ¡Démonos los secretos pensamientos! ¿Puedo ver si en el agua de tu vaso navega un clavel? ¡Miraré con mis labios calientes!

DOÑA INÉS ¡Labios finos, quizá crueles! Los adiviné en la copa en que has bebido. ¡Mira si te esperaba! ¿Se conocerán en los míos?

CAPITÁN [*Incorporándose y apartándose*]. Si mezclas las lecciones, no te puedo seguir. Estábamos en el párrafo segundo de la comparación de los corazones con vasos de finísimo cristal.

DOÑA INÉS [*Levantándose*], ¿Mezclar lecciones? ¿Párrafo segundo? ¿Qué dices?

CAPITÁN ¡Las lecciones del libro! Con esto de la guerra casi se me olvidó la mitad. No puedo decirlo salteado.

DOÑA INÉS ¿Qué libro?

CAPITÁN *El Conversador Feliz de Amor*. Ya me dijo mi mujer que no me fuese sin el libro, que podría quizá ganar algún dinero escribiendo alguna carta de ausente. Pero, en tiempo de guerra, ¡quién pensaba! ¡Y me sale cada asunto!

DOÑA INÉS ¿Por el libro? ¿Cabe amor en las letras de un libro? ¡Vete! ¡Mentira todo! ¡Palabras escritas! ¡Por el libro, Dios! [*Huye escaleras arriba, llorando*],

CAPITÁN ¿Y qué tiene de malo por el libro? ¡Se para donde uno quiere!

TELÓN

Este rey Segismundo fue uno de los reyes antiguos de los Ducados, y se daba de primo con Egisto, según anotaciones de Filón. Segismundo se perdió en la tempestad que sorprendió a un grupo de fugitivos bajando hacia el mar, por la sierra, y eso que lo llevaban en el medio, porque decía que estando ungido preservaba del rayo. Pasados años apareció un ciego en Micenas, tocando un triángulo de plata, que tenía tres voces, según grosor de lado, y cantaba acompañándose con él canciones picaras. Pasaba hambre, y a todos preguntaba de qué lado caía su país, pero no se acordaba del nombre de este. Y Filón, por hacerle honor al muerto mísero en exilio, no lo quiso poner en sus apuntes, y hace que los dos soldados que anuncian que llega a la torre no sepan decir si es su rey o no. Escrúpulos morales que no son frecuentes en autores de comedias.

III

EN la misma Venta del Mantineo estaba de moza de tabla y aguamaniles una llamada Lula, y sabiendo el huésped que Eumón curioseaba en las historias de doña Inés, se la llevó al tracio, ofreciéndole que por el regalo de una falda bajera, la muchacha le contaría lo que pasó yendo ella acompañando el cadáver de un sastre dicho Rodolfito, que lo llevaban a enterrar a la aldea de su viuda, que tenía un nicho al lado de una ermita en la que se veneraba a san Procopio, patrón de los gallos tartamudos, y en el camino pidieron permiso a doña Inés para posar el ataúd en el jardín de la torre, mientras los llevadores almorzaban en una taberna. Eumón aceptó la propuesta del Mantineo, y la moza, que era bonita y aparentaba muy limpia, el pelo recogido y las orejas pequeñas, y ladeaba un poco los ojos, lo que le hacía mucha gracia, contó que salió doña Inés a la puerta, y al pedido de la viuda contestó que podían posar, y lo hicieron en un banco de piedra. La viuda, como las buenas formas lo piden, comenzó a hacer el llanto del difunto. Era una mujer pequeña y delgada, pero con un hermoso pelo, que lo derramaba por la espalda, por debajo del pañuelo de seda negro.

—¡Ay, mi Rodolfito! ¡Ay, gentileza! ¡Ay, que no tuviste tiempo de gastar el sombrero que llevaste a la boda! ¡Ay, que no lo cansaban las manos en el azadón! ¡Ay, que lo sembrado por ti daba mil por uno, plantas lozanas!

Cuando cesó de llorar, explicó la viuda que su marido era sastre, pero que ella sólo sabía el planto que ha de hacerse a un marido labrador, y que lo importante, a lo que asintió doña Inés, era decirlo sentido. Acompañaban al sastre Rodolfito, además de su viuda, que era la legal, dos mozas, Alcántara y Liria, esta última la misma que contaba el suceso. Liria confesó que a ella le repugnaba el dolor de la viuda, porque sabía de buena fuente que hacía más de cinco años que el difunto no dormía con ella.

—Yo no me llevaba tampoco con Alcántara, que era otro de los amores del sastre, y discutiendo ambas con la viuda vinimos a descubrir muchas cosas de nuestro Rodolfito, que yo se las tengo perdonado, y me pasmo de no haber sentido celos. Resultó que el sastre se ponía en la puerta de la tienda cuando Alcántara pasaba, y si tenía prendida en la solapa una aguja con hilo verde, era que quería tener un parrafeo en la alameda. Yo era la del hilo colorado, y cuando lo tenía en la aguja, yo tenía que salirle por detrás del palacio real. Para Alcántara se perfumaba con lima y para mí con orégano macho, en lo cual descubría cierta decencia y gentileza, pudiendo decir cada una que teníamos amores diferentes. En esto concordó doña Inés, que estaba muy atenta a nuestra conversación. Confesó la viuda que de novios, en las citas, Rodolfito la llamaba Endrina, Sevilla o Arabia, pero yo no le permití que me llamase de otra manera, como a él le gustaba, que podía existir la nombrada. A Alcántara, en cambio, le placía que le cambiase de nombre, y siempre llegaba a ella con una copla, poniendo en verso el nombre de una enamorada famosa. Alcántara decía que parecía como si lo trajese en el bigote, semejante a gotas de fresco rocío. «¡Te traigo —le

decía— doña Galiana de Francia! ¡Pon la oreja en mi boca!». Y le cantaba aquello de «Galiana, donde va la manzana, tan temprana». Y Alcántara contó cómo le hacía cosquillas con el bigote rizado, y otras caricias, escandalizándose la viuda, que se santiguó de la rija del marido y de la liviandad de la moza.

—¡Era un perrito, fuera el alma! —decía la viuda.

—Pero Alcántara retrucaba que ese era el mérito que tenía, y fue llegando a este punto cuando entró en el asunto doña Inés, que vimos que era un alma loca, contaba Alcántara, y puedo repetir sin error sus palabras, porque eran las mismas que a mí me decía, salvo mudarme el nombre, que sentados ambos en la hierba, en el Campo de Armas, el sastre la abrazaba diciéndole:

«Quisiera correr como agua por encima de ti, tomar tu forma, envolverte, mojar te, hervir en ti como en una caldera de hierro esmaltado. ¡Quisiera que no hubiese más noches en el mundo que esta, más mujer en el mundo que esta, más calentura que esta, doña Inés del alma mía!».

Y fue en diciendo eso de doña Inés del alma mía cuando se sobresaltó la doña Inés condesa. Fuese hacia Alcántara y se interpuso entre ella y la caja del muerto. Me parece que la estoy viendo, desgarrándose el corpiño.

—¿Doña Inés? —le preguntaba a Alcántara.

—Sí —respondió esta—. ¡Cuando más me gozaba, más me llamaba doña Inés!

—Y entonces la señora, despeinándose, descalzándose, comenzó a gritar, a llorar y a suspirar, diciendo que aquello de doña Inés por ella era, que gastaba el nombre en otra no habiendo podido conseguirla. «¡Era por mí! ¡Este muerto es mío! ¡Este era el que me amaba y me mandaba canciones por jilgueros!». Yo callaba, que conmigo Rodolfito estaba en paz, y además ya estaba apalabrada con un ganadero. Y doña Inés venga a arremeter contra Alcántara, y a decir que si ella le pedía a Rodolfito un ruiseñor que supiese llorar, Rodolfito se lo mandaba, y que ella, si quería, sería la dueña de las aves cantoras de toda la soledad del mundo. Y la viuda aprovechaba para decirle a la señora que si tan enamorada estaba de su marido, que bien podía poner los siete escudos que hacían falta para el entierro de primera, y aquí fue Troya, que doña Inés dijo que tenía que hablar a solas con el muerto, y que iba a hacerle un llanto cortés. Acariciando la caja, le hablaba a Rodolfito:

«¡Recibí el ruiseñor que sabía llorar! ¡Ay, mi marquesito de amor, espuela reluciente, frasco de aroma, jinete del sol, viento del alba, libro de cien hojas! ¡Ay, palabritas de cera que yo ponía de molde con mi corazón en sus oídos! ¡Ay, manos tan besadas, cuando llegaba a caballo en la noche! ¡Ay, mariscal! ¡Ay, alfarero de mis sueños! ¡Ay, copas que se quebraron todas para siempre! ¡Ay, galán, galán, galán!».

—Todas nos echamos a llorar, que nunca oímos un llanto tan poético, y ella con las rubias trenzas deshechas poniendo besos en el ataúd. Yo pienso —terminó diciendo Liria— que algo tuvo que haber entre Rodolfito y la señora, y que todo aquello no podía ser solamente música de loca.

—¿Y enterraron al sastre? —preguntó Eumón.

—Yo me quedé con mi ganadero, y al alba, cuando la señora princesa se quedó dormida, la viuda y Alcántara sacaron calladamente la caja, y el ama de llaves les dio para el entierro de primera.

—Por si resulta —les dijo— que era un señor conde disfrazado

IV

El último acto de la pieza de Filón el Mozo trataba de los últimos días de soledad y desespero de doña Inés, y se titulaba

PASO DEL MENDIGO

ESCENA I

Sucedía en el jardín de la torre del Paso de Valverde, en días de verano, cuando la guerra de los Ducados tocaba a su fin. Comienza el paso estando en el jardín ama Modesta y el mendigo.

AMA MODESTA ¿De qué te quejas? ¿No hay caridad en el mundo?

MENDIGO ¡Tengo asco de algún pan!

AMA MODESTA El pan, cualquier pan, es santo.

MENDIGO Desde que se revolvieron los Ducados, las gentes ricas les tienen miedo a los pobres, y dan más pan, pero escupen en él antes de darlo.

AMA MODESTA En todo este reino no hay quien escupa en el pan. Además, un gargajo no le llegará nunca al pan. ¡Sería el fin del mundo que le llegase!

MENDIGO ¡Si me trajeses una jarra de vino!

AMA MODESTA ¿Escupo en él?

MENDIGO ¡Aún estás de buen ver! ¡Igual te cuesta ese salivazo una noche agarrada!

AMA MODESTA ¡Eres muy pícaro! ¡Ni que fueses ciego!

Ama Modesta va a buscar el vino para el mendigo.

ESCENA II

Entra doña Inés. Viste de luto. Como siempre, una flor en la mano.

DOÑA INÉS ¿Por qué andas a pedir por puertas? ¿No eres un hombre fuerte y sano?

MENDIGO Pido para tener un motivo para andar. Si no tuviese que pedir por puertas, estaría lo más del día tumbado al sol, resoñando.

DOÑA INÉS ¿Sueñas mucho?

MENDIGO Todos los días y a casi todas las horas. ¡No me cuesta nada!, y veo lo que sueño. Tanto, que algunas veces levanto la mano para tocar el sueño, que está muy cerca, de bulto.

DOÑA INÉS ¿Qué sueñas?

MENDIGO Que llego a Toledo, verbigracia, o a Damasco, y me saluda la Señoría, y me traen asados montados, y como en mesa de mantel. También sueño que ando vestido de paño merino.

DOÑA INÉS ¿Y con mujeres?

MENDIGO Sueño con dos.

DOÑA INÉS ¿Son dos de por aquí?

MENDIGO No, son dos que no hay. Son dos sobrinas. Vaya, les llamo sobrinas porque antes soñaba con una tía de ellas, que tampoco la hay. Sueño con la sobrina pequeña y con la mayor, que es morena. Ando con las dos a un tiempo, de galanteo, sin decidirme. Todo lo paso en charlas, hasta que me duermo.

DOÑA INÉS ¿Y qué más sueñas?

MENDIGO ¡No te rías! Sueño que me hacen rey.

DOÑA INÉS ¿Vestido de rey?

MENDIGO Sí, con sombrero con plumas, como Egisto, y me llevan en una silla cubierta por el condado, con una bota de vino colgada del techo.

DOÑA INÉS ¿Nunca has soñado conmigo? ¡Muchas veces me mirabas!

MENDIGO Un día en que estabas muy escotada, con una blusa verde, de codos en la ventana. Después, decías adiós a alguien con un pañuelo ¡No sé a quién despedías! Pero debía ser uno montado, y que iba con prisa, que poco después le ladraron los perros de las casas del vado.

DOÑA INÉS ¿No lo has visto salir?

MENDIGO No, solamente escuché los perros.

DOÑA INÉS ¡Lo viste salir!

MENDIGO ¡No vi a nadie! Te vi a ti, te contemplé desde debajo del tajo, y me eché a soñar, cubriéndome la cabeza con la chaqueta de pana. Era por mayo.

DOÑA INÉS ¡Era por mayo! Pasara toda la noche conmigo. ¡Mis besos lo tenían con la boca abierta! Apareció muerto en la selva, cuando fueron a cortar el roble bravo para las doblas de los yugos, en septiembre. Tenía una hoz clavada en el rostro, y el pecho desnudo comido del lobo.

MENDIGO ¿Lobo? Sería de una rata. En la selva hay ratas moriscas, el pelo ojo de perdiz, siempre hambrientas. Yo quería hacerme una bufanda con sus pieles, pero harían falta diez o doce.

Entra ama Modesta con la jarra de vino.

ESCENA III

Dichos. Ama Modesta.

DOÑA INÉS ¡Fue él, ama Modesta! ¡Fue este!

AMA MODESTA ¿Quién, madama?

DOÑA INÉS ¡El que mató!

MENDIGO ¡Tontería! ¡No mato las pulgas por no perder de dormir!

DOÑA INÉS ¡Al de Atenas! ¡Al que mandaba su retrato pintado en un vaso! ¡Al que apareció muerto en la selva!

AMA MODESTA ¡Nunca oí nada de ese!

DOÑA INÉS ¿No oíste que me lo habían matado? ¿Quién me mata todos los amores? ¿Dónde se hacen sombra? ¿Cómo voy a poderme casar, agasajar un esposo querido, parir hijos, si me matan los amores no bien nacen? ¡No, parir hijos no! Se parecerían al padre, le quitarían el amor mío al padre. ¡El mío ha de ser un amor célebre, hasta morir, como en el teatro! ¿Cómo acostarme con el padre de mis hijos?

MENDIGO ¡Eso es una vaguedad! A mí me da igual cualquiera de las dos sobrinas. La verdad es que la morena me salió algo más robusta.

AMA MODESTA ¡Nadie te mata los amores, prenda! ¡Hoy has dormido poco, reina mía!

DOÑA INÉS ¡Me los matan! Todos tienen celos, y yo siempre sola, un alfiler perdido en un suelo de arena. ¿Podía tener tanto amor yo sola? Todos los que pasan, todos, se enamoran de mí, todos me buscan en la noche. «¡Huimos de la guerra!», dicen. No hay guerra, no la hay. Inventan eso para estar a mi lado, para llorar en mis manos. [*Se acerca al mendigo y le ofrece las manos*]. ¡Bésame las manos! ¡No tengas miedo! [*Retirándolas*], ¡No, no me las beses! ¡Tú matas, mataste, tienes sangre en los ojos!

AMA MODESTA ¡Siempre lo tuve por un hombre honrado!

MENDIGO Dejé mi casa por una vuelta de ánimo. Soy de los de la parada de los Ducados. ¡Pregunta por los de Onofre! El toro lucero todavía es mío.

DOÑA INÉS ¿Un toro lucero? ¡No, no, no! Tiene que ser un hombre. Si mataste fue porque me amabas. ¿Te gusto? ¿Quieres que me desnude? ¡Cuida de mí, que no puedo con tanto soñar! ¡Algún día tiene que ser verdad, tiene que llegar la gran hora, la loca hora preciosa! ¡Dame una limosna! ¡Dame pan!

MENDIGO [*Sorprendido, revuelve en la bolsa que lleva al costado*]. Esta corteza es de los ricos de Trizás. ¡Igual es de las salivadas!

DOÑA INÉS ¡No me importa! ¡Dame una limosna! Te juro que no se la pediré a nadie más, que estaré toda la vida comiendo este pan a tus pies. [*Se arrodilla a los pies del mendigo, se abraza a sus piernas*], ¡La comeré día a día, con los ojos alegres! ¡No te me vayas! ¡Por algo mataste!

MENDIGO ¡Una señora tan ilustre y tan ida!

AMA MODESTA ¡Una almita muerta de sed!

DOÑA INÉS ¡Átame a tus soñares con piedras del río, no me lleve el viento!

MENDIGO ¡Yo no me ato por nada! ¡Ni por mil escudos de oro!

DOÑA INÉS ¡Yo me ato para no morir!

AMA MODESTA ¡No durmió nada mi reina! ¡Nunca duerme nada!

DOÑA INÉS ¡Para no morir, bien mío!

MENDIGO ¡En las casas de los pobres, te dan o no te dan, pero no hay estas farras!

El tracio Eumón dio fin a la lectura de la pieza de Filón el Mozo, y compadeció a aquella princesa doña Inés, y quitándose el estuche de madera de la pierna infantil vio que ya estaba casi a su tamaño natural. Se dijo que era una pena el no haberse enterado antes de aquellos apetitos de amor de la soberana condesa, y como que él ya iba advertido por la literatura de Filón, que saldría muy bien del paso si decidiese hacer algún día una visita a doña Inés. Si la visita tuviese lugar, le mandaría por escrito el resultado al dramaturgo, para que añadiese un cuadro a su pieza. Pero el tracio se temió a sí mismo, que se consideraba sentimental, y pudiese ser doña Inés la sirena del río que lo retuviese en aquel vado para siempre.

Eumón llamó a grandes voces a sus ayudantes de pompa, y dispuso salir para su reino lejano. Y cuando montaba en su bayo, se volvió para contemplar la oscura torre de doña Inés, que nadie creería, piedras tan negras y espesas hiedras, que fuese el estuche de una corza rubia, coronada de rosas.

SEIS RETRATOS

En el índice Onomástico final han sido omitidos el rey Agamenón, doña Clitemnestra, las infantas Electra e Ifigenia y don Orestes, así como la nodriza de Clitemnestra, cuyos retratos van aquí por separado, y en orden alfabético, según noticias tomadas a la vez de la Historia Antigua, de la tragedia, de las divulgaciones modernas, de los rumores de Argos, del obispo Fenelón, y de las memorias abreviadas de los alejandrinos, amén de Ateneo y Pausanias, y de otros.

AGAMENÓN: Lo que se sabe del regreso del gran Agamenón es poca cosa. El noble rey, envejecido en las lejanas batallas, decía a sus soldados que había llegado para él la hora del retiro, y que añoraba su ciudad y las soleadas murallas, y que los más de los días que le quedaban de vida los gastaría en pasear por el campo, en compañía de su amada Clitemnestra, y en conversar con los embajadores extranjeros, excepto los martes, que los dedicaría a enseñarle a su hijo Orestes arte política. De las hijas no solía hablar, y confiaba en casarlas pronto con hidalgos adinerados. Cuando pisó tierra argólida al cabo de los tantos años de ausencia, reconoció en el aire un frescor perfumado que más de una vez, durmiendo en su tienda de piel, lo había despertado, como si por un roto entrase una corriente de aire a golpearle la frente. Ahora recordaba que esto sucedía cuando soñaba con los veranos de su país natal, del que no tenía más noticias que aquel soplo aromático. Ancladas las naves en la ribera, Agamenón decidió viajar lentamente hacia su ciudad.

—Vamos —le dijo a su caballo Eolo— a dividir el viaje en cinco jornadas, y avanzaremos solos, el séquito una legua más atrás. Saldremos mañana, a hora de alba.

A lo que el caballo asintió, confiando en que tras dormir una noche en tierra firme le habría pasado el mareo que no lo había abandonado durante todo el viaje, atado a un mástil en la cubierta de la nave de su amo. Lo que hizo que el piloto, recordando la *Odisea*, lo comparase con Ulises, curioso de escuchar el canto triste y turbador de las sirenas. Eolo era el primer caballo de su familia que hubiese navegado, de lo que se sentía orgulloso, lamentando no poder enviar a sus parientes noticia de aquel ilustre viaje. Se tumbó Eolo a dormir en la serena noche otoñal, al arrimo de un roble. Ya había hojas secas en la hierba, que crujían bajo su panza, y levantando la cabeza podía ver a Agamenón sentado en el revés de su escudo de cuero, el casco sobre las rodillas, la blanca y larga cabellera al viento, contemplando la salida del creciente sobre las redondas colinas. El rey había cumplido los cincuenta, y graves arrugas surcaban su rostro. Eolo recordaba el día en que, potro a medio domar, fue presentado a Agamenón. El rey se dirigió a él, lo miró amistosamente, como si lo hubiese conocido de toda la vida, y sin más, lo montó a pelo. Eolo no se atrevió a encabritarse, protestando como solía de que le echasen encima a un jinete, y se dejó llevar por el campo, en un trote corto primero, y después en un galope alegre, en el que conoció la dureza de las rodillas reales. Al apearse, Agamenón le palmeó el cuello y el pecho, le miró la dentadura, le dio con el puño cerrado en los belfos, y desde entonces se hicieron amigos. Eolo no entendía el lenguaje del rey cuando este hablaba con los otros aqueos, pero si estando solos el coronado se dirigía a él, el caballo comprendía las palabras regias, y quedándose el rey como ensoñando a su lado, antes de la batalla o de correr la liebre, apoyado con el codo en la silla, entonces Eolo llegaba a leer en la mente real los más secretos pensamientos. Agamenón, según Eolo, nunca tuvo la menor duda acerca de la fidelidad de Clitemnestra, y en gran parte porque en el matrimonio la había encontrado blanda, y muy distraída en la cama. Con lo cual, si otras cosas no lo probasen, puede creerse que el rey fue

descuidado a la trampa mortal. En aquel último viaje, a Agamenón le gustó no ser reconocido en las posadas, y se hacía pasar por un noble señor bizantino, que viajaba por encontrar faisanes machos con los que mejorar sus bosques de Oriente. Era tan grande la emoción que sentía al recobrar la tierra natal —eso que esta emoción todavía no se usaba ni entre los griegos más sentimentales—, que agolpándosele en la memoria los sucesos de la infancia y de la mocedad, los mezclaba todos, y contaba un paso de cuando niño y lo injertaba en otro de hombre, y acababa riendo y diciéndole a Eolo que lo revivía todo a un tiempo, como si le anduvieran volando por la memoria retratos suyos, cada uno de diferente edad.

—¡Todas son flores en el campo de mis recuerdos, Eolo! —dijo el rey.

Cuando llegaron, anocheciendo y bajo una tibia llovizna, a la vista de la ciudad, Agamenón se apeó de Eolo y se descubrió. Había imaginado muchas veces aquella llegada, y la había soñado así, callada, sin trompetas ni salvas, regresando a su casa como si solamente hubiese faltado de ella una hora, y habiendo dejado los arreos militares en el rellano de la escalera, junto al astillero, entrar silenciosamente en el salón donde las infantas bordaban clavellinas en el blanco lino, Clitemnestra dormitaba acariciando el gato y escuchando una música lejana, y Orestes estudiaba en el mapa un viaje por mar, hacia Poniente. Agamenón caminó hacia la ciudad con el sombrero negro en la mano diestra, y no se fijaba que con la gran pluma roja, sujeta con hebilla de oro en el ala, barría las hojas secas de los abedules, caídas al suelo. Eolo se estremeció con un terrible presentimiento: a la luz vespertina parecía que el rey fuese derramando sangre por el brazo de la espada. Silbó Agamenón por si lo atendían sus perros favoritos —¿vivirían todavía?—, y el silbido se perdió en el silencio serótino. Eolo relinchó, por ver si alertaba a algún perro, aunque no fuesen los del rey, imaginando que a Agamenón en aquel momento le gustaría escuchar un ladrido. Cuando llegaron a la puerta de palacio, Agamenón, con la llave que llevaba colgada del cuello con una cadena de hierro, abrió el portillo, y buscando en la hornacina de la pared halló el eslabón y el pedernal y las pajuelas rezumando resina. Las encendió, y con ellas las grandes antorchas que, en aros de hierros, se sostenían contra el muro. Las sombras del rey crecieron, y llenaron todo el portal. La cabeza de la sombra real golpeaba contra las bóvedas. Eolo asomó la cabeza por el portillo, no queriendo perder aquellos hermosos momentos de la vida de su amo, pero no queriendo tampoco estorbar con su presencia, que a lo mejor Agamenón recordaba, en aquel instante, otras llegadas suyas en otro caballo, para él muy querido, y ahora difunto. Agamenón se quitó la coraza, colgó la espada en una de las alcayatas del astillero, y se sentó en las escaleras. Quería entrar descalzo en el hogar, como cumpliendo un rito purificador. En las sandalias quedaba el polvo de otras patrias, y de los caminos. Y estaba descalzándose, cuando un rayo en forma de espada —o una espada en forma de rayo—, seguido de una sombra sudorosa cuyo hedor llegó hasta las narices de Eolo, se abatió sobre él. Eolo no vio más, que espantándose huyó en la noche. Nunca se volvió a saber de él. Los griegos, que son tan fabuladores, dijeron

que se había convertido en viento vagabundo. Agamenón murió. Herido, se incorporó y cayó, y su cabeza golpeó siete veces contra la piedra del escalón, pues siete veces, mientras se le iba la vida, quiso incorporarse para ver quién era aquel, que en la casa propia, al fin de los años pisado el amado umbral, le daba muerte. Las antorchas se inclinaron sobre él, y su espada se soltó de donde la sostenía el ancho cinturón, y cayó sobre el rey. Sobre el pecho del rey. Se había levantado viento. Unos perros ladraron cuando el rey ya no podía escucharlos.

CLITEMNESTRA, DOÑA: De sangre real, y divinal —lo que probaba con una plumilla como de paloma que le había nacido en la rabadilla—, fue casada niña con el rey Agamenón, famoso en el campo de Troya. Su mayor gracia era la blancura de su piel, y siempre fue aficionada a vestirse de azul. Vivió al lado de Agamenón, su marido, años dichosos, comiendo bizcocho con miel y bebiendo sangría, con la única molestia de que el rey era muy viril e incontinente, y la despertaba por las noches dándole fuertes palmadas en las nalgas; Cuando el rey se fue a la guerra con sus siete naves, Clitemnestra quedó con sus tres hijos en el palacio, servida por cien esclavas, y lo más del día lo pasaba preguntando noticias del ausente, mandando sacar agujeros, y escuchando lecturas sosegantes inglesas, que le hacía el enano Solotetes. Pasaron los años, mermaron las rentas reales con los disturbios democráticos y los mayordomos ladrones, no llegaban noticias de Agamenón, y los augures no daban respuestas concordantes. Por la Hélade Firme y por algunas islas se había corrido la noticia de que Agamenón había dado muerte a su hija Ifigenia para firmar perpetua amistad con los dioses y un regreso victorioso, las arcas llenas de oro y plata, lo que con testimonios que figuran en la primera parte de este texto se demuestra ser falsedad, ya que Ifigenia vivía oculta en una torre del palacio, perpetuamente joven, asegurando con esta insólita mocedad virginal el paso de la tragedia de Filón el Mozo que se refiere al regreso de Orestes vengador, que ella recibiría la primera, por anuncio de voces secretas en la noche, encendiendo las luces. El hijo Orestes y la hija Electra emigraron cuando tuvieron la certeza de que su madre Clitemnestra se desmayara en los brazos de Egisto. El joven Orestes, antes de montar a caballo, escupió contra la puerta de palacio y degolló el lebrél preferido del amante, anunciando así su oposición al concubinato. Egisto había entrado en palacio, poniendo así fin con este trabajo a una larga mocedad en perpetuas vacaciones, para que los caballos, los halcones y los perros de Agamenón no olvidaran a su amo en la larga ausencia. Egisto, que aunque pequeño era fornido, se ponía un casco redondo, en el que cabía dentro muy sentado Solotetes, y aumentada así su estatura, calada la visera, cargando de talones al andar, el enano desde su asiento imitaba la voz del rey, y Egisto paseaba entre los caballos hablando de hipódromos, o llamando por sus nombres a los labradores —todo por la voz de Solotetes—, que acudían meneando la cola. La segunda vez que Egisto vino a ella, Clitemnestra quiso negarse, por temor a que el marido adelantase el regreso, pero no pudo, que se echó a reír al ver al pretendiente

en camisón bordado, con una palangana micénica en una mano y una palmatoria en la otra, la toalla doblada en la cabeza, como si al uso de los burgueses argólidos actuase de recién casado en la primera noche. Clitemnestra, hay que decirlo, se consideraba viuda, muerto Agamenón en lejanas colinas fatales, y no tuvo inconveniente alguno en que Egisto se pusiese por rey interino, aunque según los peritos tal forma no constaba en ninguna de las constituciones de los griegos, y nada dice de ella la *Política* de Aristóteles. Después del regreso y muerte de Agamenón, y ya viuda legalizada, se celebró en palacio una boda privada para tranquilizar la conciencia de la reina. Clitemnestra, bobalicona y sensible, no comprendía cómo le daban a ella aquellos sustos, y por qué su hijo Orestes iba a aparecer una noche de truenos a dar muerte a su Egisto, y que mejor hubiese sido que el infante permaneciera en la casa, cobrando las rentas, guardando las ovejas, ayudando a mantener el gobierno real, y casándose con una rica que sacase a aquella familia de aprietos. Clitemnestra con lo que mejor soñaba, recostada en su sillón, era con cisnes blancos y con bolas de cristal, de colores. Siempre tenía frío en la espalda, y a hora de alba despertaba y le rogaba a Egisto que se arrimase a ella por la espalda y la calentase. Se dormía, y dos horas después despertaba, sudada y contenta, y corría a hacer el desayuno. Envejeció lentamente, escondida en aquel enorme caserón, cuyos muros se agrietaban y cuyas tejas rotas las volaba el viento. Llovía dentro como afuera, y los reyes tuvieron que refugiarse en una celda de la bóveda baja que había servido de depósito de carteristas de feria. Todos los criados se habían ido. Ya nadie regalaba nada. Clitemnestra dormitaba y se bababa. Egisto traía flores y se las prendía en el pelo. La reina fue quedándose ciega, y recordando a las cien esclavas de antaño, las llamaba por sus nombres, imperiosa, y entonces Egisto, que había aprendido de Solotetes rudimentos de imitación de voz humana, respondía que iba a lo mandado. Clitemnestra advertía que no le pisasen la cola del manto, y volvía a dormitar, los pies envueltos en una piel de macho cabrío. Y así iban los días, pasando, pasando. Guiado por el pinche de la taberna de la plaza, que cuando Egisto tenía alguna moneda les traía algo de pichón y de vino, apareció una vez un germánico que había inventado una batidora de espiral para hacer manteca, y pedía permiso, mediante pago, para poner a la reina Clitemnestra en unos grandes carteles en toda tierra de vacuno, diciendo que aquel artefacto era el alemán legítimo y el preferido de las majestades. Tomó un perfil de Clitemnestra, la cual le pidió que si el cartel era de colores la vistiese de azul, a lo que accedió el alemán muy fino. Pagó una onza por los derechos. Clitemnestra pidió a cuenta de ella vino dulce y una docena de pastillas de jabón de olor, le regaló unos calcetines a Egisto, y escondió la vuelta debajo de un azulejo, tan bien que nunca más la encontró. De aquí nació la leyenda del tesoro de Clitemnestra. Vieja, arrugadita, encorvada, fue perdiendo el sueño, y pasaba las noches en vela, a la escucha, por si se oían espuelas en los pasillos. Ella se metía en la cama, a lo largo, pero Egisto se acostaba atravesado, vestido, con la corona sujeta a la cabeza con un cordón, y abrazado a los pies de Clitemnestra.

ELECTRA: Hermana mayor de Orestes. Huyó con el infante por el asco de ver a Egisto en la cama de la madre. Era pequeña y morena, y llevaba al cuello, colgado de una cadena de bronce que figuraba en los anillos coronas reales y cabezas de toro, una cajita de plata en la que guardaba unas hilas empapadas en sangre de Agamenón, que le había dado el de pompas fúnebres que se hizo cargo del cadáver de su padre. Hay autores que aseguran que la vehemencia que ponía Electra en que la venganza había de ser cumplida en Egisto, nacía de que la infanta se había enamorado del amante de su madre, viéndolo siempre tan lucido de polainas, peinado de flequillo y mandando a cada paso a comprar pasteles de hojaldre, contando los chismes de la aristocracia y de un viaje que había hecho a Sicilia, donde lo confundieron con un príncipe secreto que esperaban para levantarse contra los Altavilla de Aragón, y lo querían poner a él de tirano, diciendo cuándo había que vendimiar y si el eclipse era fasto o nefasto, y sentado sobre un cajón con reliquias de los primeros mártires, calzados unos guantes bordados, que esos los había traído de la aventura y no entraban en ellos sus anchas manos, pero sí le venían justos a Electra, a quien Egisto se los regaló. Otros decían que Electra andaba despechada, porque era ella la hija que había de quedar en palacio, perpetuamente moza, esperando la llegada de Orestes, en vez de Ifigenia, y quería pronta venganza para que Ifigenia se pusiese a envejecer, como a ella le sucedía. Y aun parecía que el que Ifigenia no envejeciese, que era el precio de las súbitas arrugas que a Electra le surgían en la frente y en las comisuras de labios, e imaginaba que envejeciendo Ifigenia, ella remozaría, y volvería a la suave piel de los quince años, a los pechos levantados y tan redondos, a la cintura estrecha, al vientre plano y a los delgados tobillos. Cuando los parientes griegos de los infantes de Argos, Orestes y Electra —y eran veintidós, según las genealogías alejandrinas—, se cansaron de tenerlos de huéspedes, como Orestes había de estar todo el día manteniéndose en forma, entrenándose en el picadero y en la sala de armas, Electra hubo de ganar el sustento de ambos y se colocó en Tebas en casa de un fundidor de dientes de oro, cuya mujer se había vuelto loca en el teatro, y tenía tres niños pequeños, a los que Electra lavaba y peinaba y enseñaba a leer, amén de ayudar a meter la boca en una barrica con tapa de rosca, mediada de vino tinto caliente, cuando se ponía frenética. El fundidor, que tenía la casa, por el humo de los hornillos, fuera de puertas, daba a ambos hermanos comida y cama. Por entonces se supo que Electra, quedando ella de prenda sin desplazamiento, había convencido al fundidor de que le entregase a Orestes un oro que tenía para hacerle una dentadura completa al caballo favorito de un rico señor dálmata que negociaba en aceites aromáticos, y habiendo muerto el caballo de inanición, estaba el oro en la caja fuerte, en espera de nuevas órdenes; con ese oro Orestes salió para cumplir la venganza. Electra se tumbó en el camino y obligó a Orestes a que su caballo la pisase al pasar, lo que el noble bruto hizo con el casco izquierdo en la nuca, como si tuviese el sentido de los ritos antiguos. Los más opinan que la propia Electra no volvió a tener noticias de él. Las últimas que de la infanta llegaron a Filón el Mozo fueron que Electra seguía en

Tebas, con el cabello suelto, cada vez con más arrugas, y descuidada en el vestir. Le había dado por hablarse a sí misma durante todo el día, y aun en sueños, en voz alta, contándose lo que imaginaba que estaría haciendo Orestes, por dónde andaría, quién le afilaría las espadas, la capa del caballo o el nombre de la nave, qué almorzaba, el color de la capa, y hasta con qué mujeres andaría, y fue suerte este parloteo, que la loca, escuchándola, se distraía de sus manías y terrores, y andaba sumisa detrás de Electra, y anhelante, como el lector de novelas por entregas que se quedó estupefacto en el «Se continuará», y espera el nuevo cuaderno para saber en qué paró aquella caída de la carroza en el abismo, o si el raptor de la niña no fue descubierto y la vendió a unos gitanos. Corrieron entonces rumores de que Electra y el fundidor se entendían, en parte porque a este lo rechazaba la mujer loca, y en parte porque la infanta quería dinero para enviárselo a Orestes si este lo mandaba pedir por un criado de confianza. Pero también se dijo que ella no había tenido otro amante que el propio hermano, y eso con engaños, fingiéndose Electra en el pasillo, a oscuras, ser una criada de planchado que había en la casa, y no por calores que Electra tuviese, y en ramo de príncipes no había cerca más que el hermano, sino por haber hijo y darse así una espada de repuesto, en el caso de que fallase Orestes la venganza. Pero Filón el Mozo, que es la autoridad a quien hay que seguir en el personaje Electra, escribió una escena en la que pretendía dejar al descubierto el motivo de haberse metido la infanta en la cama de Orestes, y fue para, llegada el alba, descubrirse y decirle que aquel pecado era uno más a sumar en la cuenta de Egisto, culpable de que ellos anduviesen por el mundo sin casa ni ley. El final de Electra se ignora, aunque lo más probable es que no haya salido de Tebas, de la casa del fundidor de dientes de oro, quien le estaba muy agradecido por haberle apaciguado la loca, la cual había engordado, se pintaba los ojos y se vestía de lujo. Aunque el fundidor no sabía que aquel adobarse de su mujer, y ponerse galana en el patio, debajo del naranjo, con el traje escotado y los zapatos esmirnos, que dejan ver el meñique pintado de rosa, era por si volvía Orestes, del que se había enamorado locamente por lo que de él había oído a Electra.

IFIGENIA: Después de la muerte de Agamenón a su regreso de Troya, y por supuestas invocaciones y augurios ciertos, se consideró que era indispensable para el cumplimiento de la venganza de la infanta se conservase en la dulce belleza de sus dieciséis años, con el cabello recogido en dos trenzas y la redonda pantorrilla realzada por el zapato de medio tacón. Así como Electra era pequeña y morena, Ifigenia era alta y rubia, y en la blanca piel salía a su madre. Temiendo que a la niña le llegasen correos secretos de Orestes anunciando la arribada silenciosa del vengador, Egisto la tenía encerrada en alta torre sin puertas, de la que se entraba y salía por un ascensor de roldana chirriante, adosado al exterior, y obra de un arquitecto boloñés Ifigenia vivía con su antigua nodriza y un gato de Angora, sordo como suelen los más de estos que son de ojos azules, mirándose en los espejos, y le dio por no visitar a su madre y por pasar horas enteras recortando en forma de

corazón papeles de colores e imaginando viajes de novios, con novios que no había, y pues no sabía geografía, por países que tampoco. Y papeles tuvo para recortar porque un soldado que la había visto una mañana en los baños, antes del encierro, y le había gustado la mozuela, soltaba veletas, y aprovechaba los vientos, y cuando la veleta estaba a pique sobre la torre, disparaba su carabina contra la caña de amarre, y la veleta, como paloma cortada en dos en su vuelo, caía en la terraza almenada. El soldado se licenció, y la infanta tuvo que contentarse con recortar, haciéndolos cada vez más pequeños, los propios corazones azules, verdes, rojos, amarillos... Egisto explicaba el encierro de Ifigenia con un sueño que había tenido, que aparecía Electra con unas uñas enormes y desgarraba el rostro de su hermana, y se llevaba su mano derecha para llamar de una puerta, decía Electra huyendo. Y Egisto aseguraba que salvaba a Ifigenia de las iras de la terrible Electra. Con el paso de los años, Ifigenia se iba haciendo luminosa, y bajo la transparente y blanquísima piel se adivinaban los delicados huesos. El pelo, bajo el peine, sonaba musical, como dicen que suele hacerlo el de las sirenas. Una tarde de invierno, cuando estaban en la cocina calentando agua para la colada, le dio un ataque a la nodriza, tal que cayó con la boca abierta. Ifigenia tocó la campana de alarma, y vino Egisto con dos criados, que por entonces todavía tenía servicio, y disponiendo el entierro de la nodriza, le rogó a Ifigenia, la cual se había escondido en un armario, que se mostrase, que quería rogarle que se decidiese a pasar una semana de descanso en la cama de su madre, y que él dormiría en el trono, mientras no le buscaban un ama de llaves. Ifigenia dijo que no salía, que no quería que la vieses sin lutos, y que no precisaba de compañía. Egisto y Clitemnestra, como del esfuerzo que hizo el esclavo que manejaba el ascensor al bajar el ataúd con la nodriza dentro se le estranguló una hernia y murió, no podían, que no hallaban sustituto, pasar a consolar a Ifigenia, y poco a poco se fueron olvidando de ella, y debía encontrarse bien, se decían si la nombraban, que no tocaba la campana. Ifigenia quedó sola en la torre —el gato escapó al cementerio y se echó a morir encima de la sepultura de la nodriza—, figura primaveral, alas doradas por sombra, rosa que no sabía marchitarse. No comía ni bebía. Paseaba por las salas polvorientas y oscuras. Se había acabado el gas para los quinqués y se habían consumido todas las velas. Ifigenia se sentaba en la cocina, junto al hogar, pero ya no había nada con que hacer fuego. Orestes no venía y ella no envejecía. Se consolaba con la amistad que creía que le tenían los espejos, pero los espejos de la sala, grandes ojos redondos en las paredes, la devoraban. Filón el Mozo le explicó a Eumón el tracio que Ifigenia solamente se alimentaba de aire y de sueño, y que los espejos, viéndose perecer en la penumbra de la sala, vampiros al fin, acordaron devorar a la infanta, que ya no era más que una sonrisa como un rayo de luz. Pero no podían devorarla mientras Orestes viviese, porque Ifigenia tenía que estar encendiendo las luces en la escena de la venganza, ella, la más bella de las luces. Pero aprovechándose los espejos de un rumor que corrió del naufragio de la nave en que viajaba Orestes, y por ende de la muerte de este, se hicieron con el cuerpo de la niña

un velo que sólo ondeaba de aquí para allá, y sorbieron aquella que iba a ser para ellos una suave claridad matinal, y la resurrección. Pero la torre se llenó de ratas, y eso fue todo, ratas, ratas, ratas, lo que los espejos contemplaron hasta que las telas de arañas los cubrieron, y su azogue se pudrió, como si después de muerta Ifigenia, se hubiese convertido en carne humana. (Hay otras opiniones: que la raptó el soldado de las veletas; que aprovechó para huir el ataúd que debía llevar el cuerpo de la nodriza solamente, y llevó el suyo también; que la mandó matar con veneno en malvasía de Chipre su hermana Electra, y que aquella pupila griega, que no daba la edad, se llamaba Amarilis y murió de un vómito después de pasar la noche con un boyero en casa de la Malena, era ella, saliendo en busca de Orestes, y necesitada de dinero para el pasaje. Pero el autor está por la versión de los espejos, y gusta de imaginarse a aquella dulzura casi infantil caminando sin tocar el suelo, mientras las ratas se esconden, y los enormes, sucios, leprosos espejos se conciertan en la sombra).

NODRIZA, LA: La nodriza de Clitemnestra se llamaba Oretana, y decía que era de una familia de tejedores hespéridos, habiendo huido de su país por vergüenza, que bailando por broma en plenilunio, en compañía de otras mozas —y allá se llevan los pechos sin ceñidor, y la falda corta abre por el lado derecho hasta la cadera—; digo que bailando con un muñeco de mimbre cada una, al que habían puesto sombrero y calzas, sin saber cómo, ella de aquel baile salió preñada. Le echaron sus íntimas la culpa a las bragas, que eran de un cartero que pasaba por mujeriego. Salió Oretana, repito, del país, y fue a parir a un bosque cerca de Sicilia, y lo que dio a luz fue una especie de cestillo redondo, con asa rizada. No sabiendo qué hacer con él, lo dejó en una iglesia de bernardinas, colgado junto a la pila del agua bendita, porque ella no se había atrevido a bautizar a aquel extraño fruto de su vientre, y pensó que la gente que entraba en el templo, al santiguarse salpicaría al engendro, y aunque de tan oculto e imperfecto modo, pasaba el niño, por llamarlo así, a cristiano. Se llenó Oretana de leche, y estaba en la plaza de Tarento esperando clientes, que era un año de sequía y las vacas no daban, cuando apareció un pregonero con trompeta, solicitando ama de cría para una infanta de Grecia. Oretana se ofreció, y el pregonero venía acompañado de un criador persa de gatos sordos, gran catador de leche por exigencia de su oficio, el cual halló perfecta la de la hespérida, con el tanto de grasa pedido. Y así fue como Oretana pasó a ser nodriza de Clitemnestra. Cuando llegó la era de casar la niña, Oretana, que le había tomado amor a la infanta, dijo que prefería un elegante rico que entendiese de hebillas y pasease en carroza, y se disgustó cuando Clitemnestra fue dada a Agamenón, aunque era rey, porque lo tuvo por bárbaro, cazador que olía a perros, y siempre diciendo que atravesaba a dos escitas con su espada larga, que no había virgos y que el hombre no toleraba la charla de las mujeres. Oretana favoreció lo que pudo los amores de Egisto con la reina, y le echaba a este cantáridas en el desayuno, y cuando Agamenón halló la muerte a manos del usurpador, la nodriza se vengó del rey, llamándole cabrón desde lo más alto de las escaleras.

ORESTES: Además de lo que se dice en la tercera parte de este libro de los viajes, amistades, dudas y secretos pensamientos de Orestes, conviene explicar el final de la gran aventura, según los testimonios más veraces. Orestes llegó a la ciudad donde había reinado y sido muerto su padre Agamenón, en lo más crudo del invierno, un día de aguanieve, y anocheciendo. Sabía que tenía que apartar la cabeza para no tropezar con el farol que colgaba en la bóveda de la puerta del Palomar, por si había espía esperando desconocido, que no lo tomase por tal. Detuvo su caballo, y contempló aquellos lugares, que siendo los de su niñez y sus juegos, no reconoció. La ciudad había perdido parte de sus murallas, y donde fue la puerta del Palomar, que daba entrada a la Plaza Real, había ahora una ancha alameda, a la que se descendía desde la plaza por seis anchos escalones. El palacio real había sido derruido, y solamente quedaba en pie la torre, que a propuesta de varios eruditos locales y del dramaturgo Filón el Mozo —que a los sesenta años cumplidos firmaba Filón II—, el Senado había acordado que se llamase Torre de Ifigenia. A la torre octogonal de oscuras piedras, torre, sin puertas y con la hiedra trepando hasta las puntiagudas almenas, la rodeaba verde césped, y solamente un rosal, que daba en el verano hermosas rosas rojas, había sido plantado allí. En el momento de la llegada de Orestes, el viento se llevaba una, la última, que había esperado a los finales días otoñales para brotar. Habiéndose apeado Orestes del caballo, y llevándolo de la brida, caminó despacio a lo largo de la alameda, buscando entrar por detrás de la basílica a la calle de Postas, cuya tercera casa a mano derecha era la del augur Celedonio. Orestes la recordaba muy bien, porque había ido allí a buscar, de parte de su padre, los augurios que el rey había mandado sacar para saber si el príncipe Orestes, que cumplía siete años, podía comenzar los estudios de cetrería e ir a clase con un halcón encaperuzado en el guante. A Orestes no se le había olvidado el recibimiento que le había hecho Celedonio, vestido de blanco, con un paño negro por la cabeza, y mostrándole en una bandeja de plata las entrañas de una liebre cazada por el gerifalte del rey, y con un palito adornado con unos hilos amarillos, señalándole un punto extremo favorable, que indicaba que al príncipe se le daría muy bien la altanería. Orestes, de regreso a palacio con la bandeja en las manos, fue aplaudido por la gente que lo reconoció. Toda aquella noche había soñado con azores, que lo rodeaban obligándole a ponerse una caperuza de cuero. No encontraba la casa del augur, ni tampoco la del diestro Quirino, que se anunciaba con una muestra de espadas de latón colgadas de una rama de fresno sin desbastar, y que el viento hacía entrechocar ruidosamente. Un cerero embufandado ponía las tablas de su escaparate, cerrando el negocio, y Orestes se le acercó, preguntándole si aquella era la calle de Postas, como él creía, y si no estaban por allí las casas del augur Celedonio y del diestro Quirino. Orestes se había quitado la boina, saludando, y mostraba la espesa y brillante cabellera blanca. El cerero, que respondía al saludo quitándose un bonete de pana con orejeras, se hizo repetir la pregunta, y mirando con curiosidad la ropa anticuada del forastero y su larga espada, le contestó que Celedonio había emigrado hacía años para un país que no recordaba,

y en el que todavía se usaban augurios, y que había regresado, enfermo y con una pelada que le había borrado la barba, ganándose después malamente la vida con adivinanzas y suertes sobre partos de vaca o pedrisco que echaba a los labriegos, y vendiendo letras secretas contra el malojo, y que un día apareció muerto. Y en lo que se refiere al diestro Quirino, ese había tenido que marcharse de la calle, porque la viuda de un senador, que todavía estaba muy lozana y daba muchas recomendaciones para los burócratas, entre los que tenía pretendientes, se quejaba del ruido de las espadas de latón de la muestra. Y Quirino la muestra no la quería bajar.

—Se mudó —dijo el cerero invitando a Orestes a entrar en la cerería, dejando el ruano arrendado en una argolla de hierro que había en la pared, junto a la puerta—. Se mudó a una casa en los arrabales, con todos sus maniqués y floretes, y el criado finés de masajes, y a poco de vivir allí, como la casa estaba junto a un molino de viento, y Quirino tenía siempre las ventanas abiertas por mor de la práctica continua de la respiración científica, pescó dos pulmonías seguidas, y se murió.

Orestes le agradeció al cerero, que dijo llamarse señor Aquilino, el convite para entrar en la tienda, que la noche era de las más frías, y habiendo cesado de llover y estando el cielo despejado, luciendo las estrellas, comenzaba a helar, y en la tienda, junto al mostrador, había un brasero, cuyo calor acariciaba la piel. La tienda era pequeña, y del techo colgaban los haces de velas, de diversos tamaños, rizosas o lisas, y de colores. La cera melera daba su aroma cálido. Desde una viga iluminaba la tienda una lámpara de tres brazos, con pequeñas y anchas velas rojas, de grueso pabilo. Orestes se sentó en la silla que le ofreció Aquilino, desabrochó la zamarra y descionó la espada, y mirando las manos que tendió sobre el brasero, las llevó después al rostro Aquilino, que se había sentado a su lado, y era un hombrecillo delgado y con bigote a lo káiser, algo cargado de hombros, le dijo al príncipe que acontecía salir uno de la ciudad natal, dejar familia y amigos, y tras viajar muchos años volver a la amada patria, y no encontrar a nadie conocido, ni serlo uno mismo de nadie.

—A veces ni aún de nombre. ¿Hace mucho que faltas? Orestes lo miró con aquella mirada suya tan fatigada.

—¡Cincuenta años!

—¡Saliste muy mozo! —comentó el cerero—. ¡Hubo muchos cambios! Por tus maneras, me pareces de la aristocracia.

—Estaba emparentado con la gente real.

—¿Con Agamenón?

—¡Con Agamenón!

—Siento que no haya venido Orestes a vengarlo. Egisto mucho mandar a comprar velas para que no pasase sustos por los pasillos su amada Clitemnestra, pero de pagar, nada. Mi padre le fiaba, pero cuando yo heredé la tienda, le negué crédito. Yo le vendía a Filón el Mozo o el Segundo, dramaturgo de tabla de la ciudad, velas para sus lecturas nocturnas, de pabilo trenzado resinado, que dan luz seguida y blanca, y se las iba a llevar a su casa, porque me gustaba que leyese escenas de las obras que escribía,

y a él le gustaba leérmelas, y me avisaba de que, cuando en la representación se llegase a tal frase, que yo podía silbar o aplaudir, y así pasaba por entendido en los puntos críticos de los asuntos dramáticos. Y lo que más me gustaba, es lo que tenía preparado de la vuelta de Orestes, saliendo por el camino de las viñas, entre las columnas del templo antiguo, precedido de un perro que se llamaba Pilades. Cuando Filón estaba en la cama, ya en las últimas, yo le fui a llevar una vela con capirote, para que la luz no le molestase en los ojos, y la cera aromada con agua de melón que quitase el olor de orines que hay en los cuartos de los enfermos, y el poeta me rogó que abriese un cajón y que cogiese de él una bola que guardaba allí, y donde figuraba la entrada de Orestes con la muerte de Egisto y Clitemnestra.

—¿Conservas la bola? —preguntó Orestes.

—¡Ahora la verás!

Y apartando una cortina verde que daba paso a una pequeña trastera, Aquilino sacó una caja, dentro de la que estaba, envuelta en un paño negro, la bola dicha, y era una bola de nieve muy preparada, y dentro de ella un Orestes vestido de rojo, con una espada larga, atravesaba al rey Egisto, que aparecía coronado y con una capa blanca. A sus pies estaba ya caída Clitemnestra, vestida de azul. Aquilino movió la bola, y comenzó a nevar sobre el parricida y sus víctimas. Caía lentamente la nieve, llenaba la corona de Egisto y cubría el pelo rubio de Orestes, poniéndoselo tan blanco como ahora lo tenía.

—¡Es una escena preciosa!

Orestes no lograba mover la mirada de aquella escena, que debía haber sido la gran hora de su vida, esperada por todas las gentes, por los propios dioses inmortales. Permanecieron largo rato en silencio él y Aquilino, y el cerero de vez en cuando volvía a hacer nevar en la bola.

—¿Qué habrá sido de Orestes? —preguntó el propio Orestes, con una voz fría y distante, por simple curiosidad.

—¿Quién puede responder a esa pregunta sino Orestes? —respondió Aquilino envolviendo la bola y guardándola en la caja.

Orestes se puso en pie, ciñó la espada y abrochó la zamarra. Preguntó a Aquilino dónde había una buena posada, y el cerero le indicó que entrando a la izquierda por la primera calle estaba el Mesón Nuevo, que era de un genovés, y tenía vinos muy decentes, y las camas eran limpias. Orestes se despidió de Aquilino, muy agradecido, y prometió hacerle una visita al siguiente día, y contarle de su vida y nación. Montó a caballo y se dirigió hacia el Mesón Nuevo, pero al llegar a la primera travesía dio vuelta, alcanzó la alameda por detrás de la basílica y salió al campo. Se había levantado viento, las nubes cubrían el cielo y comenzaba a nevar. Caían copos finos como en la bola de nieve del cerero. Gruesas lágrimas rodaban por el rostro del príncipe. Nunca, nunca podría vivir en su ciudad natal. Para siempre era una sombra perdida por los caminos. Nevaba.

INDICE ONOMÁSTICO

ABAD MITRADO DE SANTA CATALINA, EL: Teólogo muy famoso en la Iglesia griega, quien tuvo una discusión secreta con el ángel Sammael, que se hacía pasar por el padre de Caín, ayudado por una opinión de Rabbi Eliezer; Sammael pertenece al orden de los serafines, y es el más antiguo de los críticos de arte. El abad mitrado de Santa Catalina tenía una yegua a la que apreciaba mucho, pero se acatarraba con frecuencia, mandándola Su Señoría a cambiar de aires. Empreñó del caballo de madera que naufragó en una playa, y de ella descendía el caballo de don León, de colores insólitos.

ADANA, OBISPO DE: Encargó en Tracia un muleto que tuviese alas en los cascos, para hacerlo salir en un milagro que confundiese a los monotelitas.

ALCÁNTARA: Una de las mozas amantes del sastre Rodolfito, experto en variaciones amorosas. Citaba a la niña poniéndose en una solapa una aguja de la que colgaba un hilo encarnado. Para ir a ver a Alcántara se perfumaba con aroma de lima.

AMA MODESTA: Ama de llaves de la Serenísimas Señora doña Inés, condesa del Vado de la Torre y País del Paso de Valverde. Mujer caritativa, dolida de los frustrados amores de su hermosa señora. Siempre tenía pan y vino a mano, para alivio de caminantes. No quiso casar con un cantor de iglesia armenia.

ANDIÓN: Vecino del Faro, subió a la columna del estilista Evencio para ver los tesoros ocultos y el oro perdido del país. Vio dos cuernos de oro en el desván abierto de su casa, donde secaba el pulpo, y eran los de un sátiro que le recorría la mujer.

ANDRÉS: Uno de los falsos Orestes que descubrió la policía política, y que llegaban a la ciudad supuestamente vengadores. El miedo real obligaba a darles muerte.

ARAGONA: Yegua que parió el muleto alado para el obispo de Adana, ciudad célebre porque de ella era el clérigo Teófilos, que vendió el alma al diablo.

CAPITÁN, EL: Ayudante del rey Segismundo, huido de la guerra de los Ducados. Sabía de memoria el *Conversador Feliz de Amor*. Equivocó a doña Inés, la cual creía que llegaban en la noche pájaros cantores, en los picos cintas con nombres escritos. Estaba casado, y la mujer le había dicho que no saliese a la guerra sin los formularios, que podía ganar algo escribiendo cartas de ausentes. Le salían muy buenos asuntos de mujeres, a las que sobresaltaba con sus decires, que andaba siempre repitiendo párrafos del *Conversador* para que no se le olvidasen.

CELEDONIO: Augur titulado de la ciudad de Egisto y Clitemnestra. Vaticinó la venida de Orestes vengativo y la feliz juventud de Ifigenia mientras la venganza no se cumpliera. Hablaba con sus cuervos y leía al revés. Descendía de los augures más antiguos, y hacía adivinaciones para los labriegos, con alfitomancia y geomancia. Cuando murió, encontraron una bolsa verde debajo de su almohada, con un letrero que decía: «Ahorros para comprar el Tarot de Marsella».

CELIÓN: Posadero respetuoso que no le quiso cobrar el pan de la cena a Orestes cuando supo que habían asesinado a su padre y que su madre era la querida del asesino.

CIRILO TRACIO: Oficial de pompa del rey de Tracia Eumón, visitante de Egisto. Era de tierra de montes en su país lejano, y vio el centauro.

CORREO DEL PASO DE VALVERDE, EL: Con licencia del emperador llevaba cartas de Oriente a Occidente, y viceversa. Fiel e imaginativo como los grandes correos de la Historia.

CRITÓN: El niño tracio que fue tomado por centauro.

DIMAS: Capitán que fue de la caballería en los días de Agamenón, y retirado, paseando al sol con Eusebio, oficial titulado del Registro de Forasteros, deseaba la llegada relampagueante de Orestes y la saludaba con frases solemnes tomadas de la antigua retórica, aprendidas en la cátedra de arengas de la Escuela de Dama y Equitación. Ya llevaba unos meses enfermo en la cama, y durante largas horas quedaba privado de los sentidos, cuando estalló una gran tormenta. Despertó de su modorra y gritó que era la venida de Orestes. Mandó abrir la ventana y fue entonces cuando entró una chispa y lo fulminó en el lecho, que tenía la forma de una espuela, el colchón tendido entre las abrazaderas, y monsieur Dimas Estratega, con un juego de pedales, cuando estaba insomne, hacía girar una rueda de doce puntas a sus pies.

DOÑA INÉS: ¡Luz que el mismo sol la toma! Todas las cosas de este mundo se reducían para ella a señales de un amor que llegaba, o que andaba buscándola, devanando los ovillos de todos los caminos. Delicada flor, siempre con el rocío de la mañana como seña virginal, entregaba su corazón a todos los hombres que la miraban a los ojos. Enloqueció, se echó a los caminos, daba limosna a los perros, y finalmente la violó un herrador ambulante. La encontraron muerta, desnuda, bajo un almendro. Llegó el juez y gritó: «¡Vestidla!». Y en el acto el almendro dejó caer todas sus flores sobre el cuerpo de doña Inés, y quedaron cubiertas las desnudeces. Pasa por santa en el país.

ELVIRA PACHECO, DOÑA: Salía en el falso *Caballero de Olmedo* matando a su amador don Alonso.

EOLo: Caballo de Agamenón, el primero de su familia que hubiese navegado. Según testimonió Eolo en sus memorias, y cuando fue interrogado en forma,

Agamenón nunca tuvo duda alguna acerca de la fidelidad de Clitemnestra.

ERMINIA: Moza del país del Faro, portadora de la cena encargada por Eumón. Era morena, y el rey de los tracios salió a verla marchar, desde el salido del faro. Airosa, descalza de pie y pierna, sonrió a Eumón, el cual se dio convidado para una visita nocturna, pero este quiso conservar el asunto en forma de sueño, para llevarlo para las largas noches invernales de su reino.

ESCRIBANO, EL: El amante de Laura, la madre de Tadeo, quien la visitaba con el pretexto de una instancia solicitando una pensión como viuda de pedagogo, siquiera el difunto Petronio solamente lo fuese de gimnástica canina.

EUDOXIA: Cuñada de Jacinto, el oficial del inventario del rey Egisto. Se disfrazó de hombre, con bigote rubio pegado, para que el puesto se mantuviese en la familia. El siríaco Ragel la tomó por Flegelón, hipotético criado de Orestes, que solamente se había localizado en la firma de partes secretos, pero descubierto que era mujer, Ragel la pretendió en matrimonio, después de examinadas las íntimas prendas.

EUMÓN: Rey de Tracia. Tenía la cualidad de que una pierna se le infantilizaba por semestres, y entonces, por no cojear en los desfiles, salía a ver mundo, cubriendo el defecto con un juego de estuches de maderas livianas. Entendía mucho de ganado mular y de mujeres, y convidador.

EUSEBIO, EL SEÑOR: Oficial titulado del Registro Oficial de Forasteros. Examinaba y le sellaba la mano a todo extranjero que llegaba a la ciudad de Egisto. Pasaba la vida buscando a Orestes, y era el responsable de advertir su llegada al rey. Siempre estaba quejándose del frío, como todos los que practican el arte de la caligrafía, que exige muchas horas de asiento. Citaba en latín, leía con lupa de mango de oro, y se le atribuían amores con señoras exóticas.

EUSTAQUIO, EL SEÑOR: Tío del señor Eusebio, y quien lo introdujo en la corte real. El señor Eustaquio, maestre de Postas de Egisto, dejó memoria porque las leguas que iban desde las colinas a la ciudad, a través del valle y de la ribera, las dejó señaladas con nombres de héroes y de animales, que se hicieron populares. Era pequeño y aristocrático.

EVENCIO, SAN: Santo estilista que vivió en la orilla egea del Imperio. Le daban de comer con largas pértigas, en cuyas puntas colocaban pan e higos. Solamente bebía agua de lluvia. Leía en voz alta la *Vida de San Josafat*, y aunque hubiese ciclón que se llevase los tejados de las casas y derribase árboles, él permanecía tan tranquilo en lo alto de su columna. Hacía sus necesidades en conchas marinas, que una gaviota doméstica que tenía le portaba en el pico, y después iba a tirar al mar. El día en que murió, que fue por el otoño, y le habían traído los vecinos una prueba del mosto, la columna se inclinó y lo depositó suavemente en tierra. Tenía dispuesto que lo enterrasen de pie, lo que así hicieron. En las listas iluminadas de santos griegos, como eran tantos en la letra E, no pudieron

ponerlo en columna, y aparece sentado en un capitel corintio, lo que no le quita mérito, que todo el mundo sabe que fue estilita.

FILIPO: Barquero en el vado del río, en la frontera del reino de Egisto. Tenía su casa junto a un sauce llorón. Viendo pasar las aguas, se aficionó a la filosofía. Hablaba varias lenguas y gustaba del trato con desconocidos, a los que interrogaba, amable y curioso, cuando los pasaba en el río con su barca.

FILÓN EL MOZO: Dramaturgo de la ciudad. Tomaba apuntes para escribir la tragedia de la muerte de Egisto y Clitemnestra por el vengador Orestes, pero como este no llegaba, no daba por terminada la pieza. Escribió la pieza de los amores de doña Inés, y le dio una copia al tracio Eumón.

FILÓN EL VIEJO: Dramaturgo de la ciudad. Entre otras piezas, escribió un *Caballero de Olmedo* en el que el matador de la gala de Medina no era el Ruiz del pleito de los caballos, huido vestido de fraile, sino la despechada doña Elvira Pacheco, vestida de hombre.

FINÉS, EL CRIADO: Mozo nórdico de duchas y masajes del diestro Quirino. Soplaba con cañas el agua caliente en los riñones de los tiradores, terminados los ensayos. Se sangraba por los pulgares de los pies en los plenilunios en memoria de los dioses y de los héroes de que cuentan las runas del *Kaléuala*, y para él los inmortales griegos no eran nadie, y solamente el señor Edipo le ponía respeto.

FLEGELÓN: Criado hipotético de Orestes, cuyo sexo se ignora, lo que pueda explicar el error de Ragel al tomar a Eudoxia, la mujer disfrazada de oficial del Inventario, por el criado del príncipe. Pagaba por Orestes en las posadas, en el alquiler de naves o compra de caballos, que el vengador no quería tocar moneda con efigie de rey helénico, que decía que todos eran ilegítimos y cabrones. Verdaderamente, Flegelón nunca fue visto por un testigo irreprochable. Los partidarios de su sexo masculino corrieron que habiendo entrado ocultamente en la ciudad, para un ensayo de la entrada de Orestes, le había hecho un hijo a una moza de panadería. El hijo resultó ser de un policía veneciano a sueldo de Egisto, que se había disfrazado, la mitad del cuerpo simulando ser la esquina de una calle con balcón, con un letrero azul que decía: «Rúa de Flegelón», y la otra mitad del disfraz una sombra que daba en la esquina. La moza de panadería salió a tomar el fresco, y se apoyó allí para ver la luna.

FLORINDA LUSITANA: Pupila en casa de la Malena. Hablaba por la ese y se alababa de sus lunares. Era romántica, y ensayaba las tristezas en el espejo. Cuando se acostaba con un cliente metía algodones en las orejas, porque así no escuchaba al ocupante, y podía oírse a sí misma las dulces palabras que recordaba de un amante, fidalgo y con guitarra, que tuvo en su país, y que se repetía imitando su voz en la memoria de su corazón. Y el de turno, tan contento, que creía que lo alegraban a él en portugués.

HELIÓN: Tuerto, oficial de antejo en las atalayas del rey Egisto. Por propios méritos había llegado a sargento de física óptica, y daba los planetas a los augures y a las naves. Estaba tan metido en el estudio de su ciencia, que un hijo que tuvo le salió ciego, y sus ojos solamente dos habas blancas. Fue diagnosticado por la Escuela de Salerno que toda la parte ocular de la semilla humana la gastaba Helión en su aplicación al catalejo, y así no dejó nada en ella de que se hiciesen los ojos del hijo.

JACINTO: Oficial del Inventario, autor de un comentario al arte del ábaco. Enfermo, su uniforme lo usaba su cuñada Eudoxia.

JINETE DE LAS DOS ESPADAS, EL: Se le vigiló por si era Orestes que llegaba *de occultis*. Cuando quería, solamente se veía de él su sombra, pero si tenía que orinar volvía a aparecer su cuerpo. Se sospechaba por los servicios secretos que intentó entrar en la torre en la que vivía, asombrada de su perenne mocedad, la niña Ifigenia.

JUSTINIANO: Marsellés, acordeonista en casa de la Malena.

LAURA: Viuda de Petronio, pedagogo canino, y madre del mendigo Tadeo. Después de haber confundido a un escribano con el mar, huyó. El hijo pidió para ella a los dioses un feliz regreso en ligera nave al país natal, donde da dátiles la palmera.

LEGO ACÓLITO, EL: El lego irlandés, acólito de san Tigearnail, que disfrazado de heredero de la corona de los hiperbóreos salió al mar cuando el santo misionero quiso cazar con red y cuervos gaélicos el canto de las sirenas. Excitado por la presencia de las hermosas en las olas, reventó por las partes. Dejaba en Irlanda un tío por parte de madre, al que fueron entregadas las ropas del lego, y el tío vistió un maniquí con ellas e hizo una ermita, y puso al lego acólito por mártir, y por patrón de los que guardan castidad. Ganaba para comer, lo que no era poco en Irlanda antes de que sir Walter Raleigh trajese la patata.

LEÓN, DON: El desconocido del jubón azul, de visita en la ciudad de Egisto. Algunos lo tomaron por Orestes. Después de foliado en el Registro de Forasteros, tuvo una conversación privada con el señor Eusebio, oficial titulado del mismo, al que confesó que era un caballero bizantino, que najaba a causa de un desengaño amoroso, y que había visto una vez a Orestes, en su caballo negro, galopando por un camino entre olivares. Se dirigía hacia una casa blanca, en la ladera de una colina roja. El que decía llamarse don León confesó que se había descubierto a su paso, quitándose el sombrero bordado, y que había reconocido a Orestes por la armadura negra y las cuatro plumas del yelmo.

LINO: Tiple vaticano, propietario de la casa de la Malena. Unos piratas lo habían tomado por señora.

LIRIA: La otra moza amante del sastre Rodolfito. Cuando el sastre tenía hilo verde en la solapa, Liria tenía que salirle a la cita por detrás del palacio real. Para ir a ver

a Liria, Rodolfito se perfumaba con orégano macho.

LUCERNA: Ciudad que nunca ha podido ser bien situada en las cartas, y mientras unos aseguran que es puerto de mar, otros hablan de una polis helvética, perdida entre montes, junto a un lago. En Galicia, que es en el extremo finisterráqueo, se asegura que está bajo las aguas, con sus torres y sus campanas, que alguna vez se oyen. Esté donde esté Lucerna, hay en ella mucho señorío, batihojas y orfebres, y una feria de capas con fijador metálico.

MALENA: Dueña que fue de la casa de su nombre, en la que fue sucedida por su heredero, el tiple vaticano Lino. Se conservaba el nombre. Estaba a la salida de la ciudad, junto al molino de viento, y tenía un patio abierto con una higuera y un pozo. La Malena decía que venía de la aristocracia gálica, como doña Inés, y que la había echado a perder un cazador de becasas, citándola en su cámara para que le sacase una espina que se le había clavado en un tobillo.

MENDIGO, EL: Del que se enamoró, creyéndolo asesino pasional, doña Inés en el jardín de su torre.

MICAELA: La jorobadita de la marina, que creyó estar preñada de Orestes, porque este la había tocado con su bengala de plata en un hombro.

MONSTRUO DE LAS DOS CABEZAS, EL: Las cabezas, una era masculina y la otra femenina. Por incompatibilidad de caracteres hubo que separarlas, y la femenina dejó el cuerpo, que era masculino, y la pusieron de cabeza parlante, manteniéndole el calor vital con vejigas llenas de agua caliente. La última noticia de ella la tuvo Filippo, el barquero, y se la dio uno que la había visto en Buenos Aires.

MOZO DEL LAÚD: Era hiperbóreo, y viajó al sur por escuchar sirenas, mudas las del norte marino por la astucia del misionero irlandés san Tigearnail. Acompañó a Egisto y a Eumón, y en la ciudad del primero dio un concierto a doña Clitemnestra, todo de nocturnos. La reina se descalzó, metió sus pies en una palangana llena de agua tibia, y dijo que la música y los pies calientes le recordaban la juventud. El mozo del laúd se fue con Eumón el Tracio, y no se tienen noticias de que haya logrado escuchar la sirenita.

MUERTO, EL: El sastre Rodolfito, cuyo ataúd acompañaban la viuda y las mozas Alcántara y Liria.

MÚSICO, EL: Huía de la guerra de los Ducados y de los populares que querían que les tocase al piano bailes agarrados. Las hoces de los revoltosos rozaron sus manos, y tuvo miedo de que se las cortasen. En la torre de doña Inés temió que esta, quien se arrancó súbitamente de amor y le quería regalar un piano, se las cortase con jazmines. El músico no se dio cuenta de que los jazmines no cortan, ni siquiera arañan.

PEPE: El foxterrier que Petronio, padre de Tadeo, enseñó a volar.

PETRONIO: Pedagogo de caninos. Enseñó la gimnasia sueca a los perros de la ciudad

de Egisto, por método propio.

PILOTO, EL: Dio posada a Orestes en su viaje de regreso. Tenía ordenada su posada como una nave, y dio consejos al príncipe acerca de la inutilidad de la venganza.

POLACA, LA: Pupila en la casa de la Malena Cuando había algún tumulto, o una riña por pronto pago, se desmayaba levantando las faldas y abriendo las piernas, susto que le quedara de cuando en su país se anunciaba que llegaban los caballeros teutónicos a convertir paganos. La verdad es que llegaban violadores.

QUIRINO: Diestro, con sala de armas en la ciudad. Tiraba por geometría y discutía la trisección del ángulo. En su juventud tenía extraordinario giro de cintura, que lo lograba de ciento ochenta grados, y quedaba con el pecho donde debía tener la espalda. Con los años fue perdiendo elasticidad, y a poco estuvo, la última vez que giró, en quedarse cambiado, la nuca, como él explicaba, en la vertical del ombligo. Fue contratado para modelo de san Miguel Arcángel en un icono, pero cuando llegó el pintor dijo que no le gustaba el perfil de su nariz vinosa y redonda sobre el ala dorada del ángel.

RAGEL SIRÍACO: Tratante en granos y oficial secreto a sueldo de Egisto, sin que este lo supiese. Casó con Eudoxia, el falso oficial de Inventario, y compadecido de la miseria real aseguró un envío de harina para las papillas de Egisto y Clitemnestra, lo que no quitaba que cada año enviase una reclamación de salarios.

REY, EL: Llamado Segismundo, rey ciego del Ducado de la Ribera. Tenía un juego de ojos de cristal de verano y otro de otoño, y cuando estalló la guerra estaba ahorrando para tener un juego de ojos de invierno. Conservaba el ceremonial antiguo.

SIR ANDREA, ESCOCÉS: Viajó a Tracia por estudiar el centauro y escribir una tesis doctoral sobre si el centauro tiene el ombligo en la parte humana o en la hípica. Tuvo que limitarse al estudio de un esqueleto, que nunca vio al cabalgador de sonora voz.

SOLOTETES: Enano lector. Cuando murió, lo metieron desnudito en una media calada de doña Clitemnestra y lo enterraron en la maceta de un naranjo de terraza. Sabía imitar la gallina-búho y la variedad de las voces humanas. También imitaba con soplos y resoplidos los animales mudos, que los hay, como el perro aborigen americano. Ocultándose, Solotetes solía acudir en las tardes de verano a casa de Filón el Mozo, el dramaturgo, a declamar actos de sus tragedias.

SORDOMUDO DEMÓCRATA, EL: Criado de regar rosales de Egisto. Este estuvo a punto de usarlo para probar la fragilidad supuesta de doña Clitemnestra.

SU BEATITUD DE OLIMPIOS: Patriarca de rito iconoclasta, mono telita, experto en muías. Siempre encargaba a los reyes tracios muías de cola cana, en memoria de una

que había tenido en su mocedad. Hombre soberbio, solamente hablaba por señas a los inferiores.

TADEO: Mendigo de la ciudad, dueño de un mirlo amaestrado. Amistó con el desconocido del jubón azul, llamado don León, y creyó estar sirviendo al propio Orestes. Cuando don León se despidió y Tadeo supo que no era Orestes, dijo que nunca más serviría a nadie, ni haría ningún recado. Se dio a la bebida y a la gimnasia, y un día de viento sur creyó volar, y fue que se moría.

TEODORA: Pupila que fue de la Malena. Retirada y viuda, puso una frutería. Se había acostado con el llamado Rubito, uno de los falsos Orestes.

TIGEARMAIL, SAN: Misionero irlandés que evangelizó entre hiperbóreos. Astuto, dejó mudas a las sirenas nórdicas. De regreso a su país natal, fundó un monasterio y convenció a los lobos de las cercanías que se retirasen a las vecindades de otros monasterios más ricos en rebaños, advirtiéndoles, por otra parte, que sus ovejas no eran comestibles, lo que les probó echándoles dos que solamente eran piel y resorte mecánico. Vivió san Tigearmail ciento siete años, y a los ochenta cumplidos le salieron dientes de leche y unos pelos rubios en el entrecejo.

VADO DEL PASO DE VALVERDE: Pequeño reino entre los Ducados y el Imperio, condado de la hermosa señora doña Inés. Es un país de tierras cereales, viñedos en las colinas y bosquecillos de abedules y choperas. Lo ciñe un río de andar sosegado.

VIUDA, LA: La viuda dolorida del sastre Rodolfito, amante de Alcántara y de Liria, y de quien, en uno de sus mayores sobresaltos imaginativos, se enamoró doña Inés. No sabía el planto de los sastres, y por eso lloraba al marido como labriego.

VIDA Y FUGAS DE FANTO FANTINI DELLA GHERARDESCA

A Domingo Garcia-Sabell

Son muchas, pero dispersas, las noticias que nos han quedado de la vida y aventuras del capitán Fanto Fantini della Gherardesca, nacido en Borgo San Sepolcro en abril del año de gracia de 1450. Borgo San Sepolcro, en la Umbría septentrional, es también la ciudad natal de fra Luca Pacioli y de maestro Piero della Francesca, «el monarca all tempo nostri della pictura», como lo calificó fra Luca, que fue su amigo y lo tuvo como discípulo en matemáticas y geometría. Pero muchas de esas noticias que decimos, de la vida y aventuras del condottiero se contradicen con frecuencia, y solamente un paciente trabajo de investigación y de crítica, realizado durante varios años por el autor de este libro, le ha permitido establecer el tiempo y lugar de las varias etapas de la biografía fantiniana. Fanto Fantini della Gherardesca fue, sobre todo, famoso por sus fugas de las más cerradas y vigiladas prisiones de su tiempo. La narración de sus fugas constituye la parte más amplia de esta biografía, por otra parte con muchos cabos sueltos, del valeroso capitán^[16]. Las vidas de su criado Nito, su braco Remo y su caballo Lionfante, aparecen en la última parte. En los apéndices damos al curioso lector el texto, quizá solamente un resumen, y sin duda en varios pasajes mal transcritos, del discurso que ante el Senado de Venecia pronunció el caballo Lionfante, con motivo del falso rumor de la muerte de su amo en la isla de Chipre. Podrían los lectores comprobar la influencia de este discurso en el de Otelo, ante los mismos senadores (W. Shakespeare, Otelo o El moro de Venecia, acto I, escena III)^[17]. Un feliz hallazgo en una biblioteca florentina, nos permitiría publicar el texto, hasta ahora inédito, del segundo acto de una pieza teatral, que tenía por protagonista a Fanto Fantini della Gherardesca. La pieza constaba de tres actos, el primero de los cuales no ha sido hallado, y del tercero tenemos un resumen en un manuscrito de Benedetto Varchi, autor de una Storia Fiorentina muy conocida. Es muy probable, que la pieza haya sido representada en Florencia, y que para las escenas de batalla hiciese obras de pólvora el famoso Biringucho, por otra parte amicissimo del Varchi, quien iba a visitar cd gran pirotécnico «mentre egli lavorava quell'Artigleria grande che si chiamó poi volgarmente l'Archibuso del signor Malatesta, la cual se disfece nella torre de Livorno non ha molto». La representación de la pieza pudo haber tenido lugar en el verano de 1509, o en la primavera, en el célebre «maggio florentino», de 1510.

PRIMERA PARTE

NACIMIENTO, INFANCIA Y MOCEDAD DE FANTO

I

ERAN las dos de la tarde del día trece de abril del año 1450. Sobre Borgo San Sepolcro se habían acumulado grandes y oscuras nubes, y oyéndose ya el trueno lejano, todo hacía presagiar una próxima tormenta. Las golondrinas habían suspendido sus vuelos, y el párroco de San Félix silbaba desde la solana de la casa rectoral, avisando al sacristán Filippo para que acudiese a repicar la pequeña y clara campana bautizada Catalina, una salvatierra toscana, que probado estaba que apartaba la chispa de la ciudad. En la gran sala del palacio de los Fantini della Gherardesca, a la que había sido trasladada la enorme cama matrimonial, donna Becca, en cojines de pluma, sufría los dolores del parto. La comadrona le ponía paños con agua nieve sobre la frente, mientras junto a una de las ventanas que daban al jardín, el médico Andrea della Garda explicaba a ser Pietro Fantini, cuáles estrellas presidían el nacimiento de su primogénito. Abrió de pronto la tormenta, en aquel cielo negro y púrpura, su lucería relampagueante, y se escucharon roncós y largos truenos. Donna se quejaba más y más, infeliz primeriza, y la comadrona advirtió al signor Andrea de que ya asomaba la cabeza del naciente, insólitamente cubierta de espesa y recia pelambre negra. Ser Pietro se arrodilló y santiguó. Y mismamente, cuando el médico, que era de la escuela de Padua, se disponía a tomarle el pulso a donna Becca, entró por la chimenea, jabalina de plata, la terrible fúlgura, acompañada de un redoble de horribles estampidos. El rayo se dirigió, como guiado por aguja amalfitana, hacia la cabeza del que venía al mundo, giró sobre ella como acariciándola, y siguió hasta el gran tapiz que colgaba sobre el estrado, y en el que estaba representada la entrega del título de Noble del Sacro Romano Imperio, por Enrique IV el de Canosa, a Giovanni Fantini della Gherardesca, sexto abuelo del niño que nacía en tan terrible ocasión; del tapiz, en el que redujo a ceniza solamente la parte que figuraba la ostensible bragueta del emperador, el rayo fue a quebrar dos lanzas que, junto a la puerta, recordaban en astillero de cedro antiguas jornadas militares de la estirpe, y dirigiéndose a la chimenea, salió, envuelto en humo, a morir quebrando un viejo olivo en el huerto, bajo la granizada.

Cuando el rayo se hubo ido, los que estaban presentes en el salón, permanecieron unos instantes paralizados, tanto por el terror como por el asombro de lo que habían visto. Que fue que el rayo, al girar sobre la cabeza del niño, hélice ígnea, lo arrancó del vientre de la madre, y lo llevó con él hasta el tapiz, en el que la criatura desapareció, mientras el rayo, ya solo, seguía hasta las lanzas y la chimenea. Corrió ser Pietro hacia el tapiz, por ver qué había sido de la criatura —que si era niño o niña aún no se sabía—, y no encontró ni rastro de la infantil prenda suya. Todo su rostro era un charco de lágrimas, desde los ojos a la punta redonda de las canas barbas, y no osaba decir palabra. El médico Andrea della Garda, auscultaba minuciosamente la fronda de fondo del tapiz, el gran roble al pie del cual se arrodilla Giovanni Fantini, y la Selva Herciniana, que se extendía, oscura, por montes y valles, tras el imperante de

Romanos.

—¡Aquí está! —gritó, alborozado, el médico.

Y con el bisturí paduano, fue apartando poco a poco las hojas del laurel que coronaba la cabeza del abuelo Giovanni, y en la pequeña cuna que hacían las dos ramillas al unirse por el tallo sobre la cabellera rubia del ennoblecido Fantini, dormía pacíficamente, chupando el pulgar, el primogénito, varón. Al que con el paso del rayo por su cabeza, el pelo negro que mostraba al salir al mundo, se le había vuelto sobredorado. El niño olía a como cuando se quema laurel para ahumar embutido, y el propio rayo le había atado el cordón umbilical. Favado y vestido le fue entregado a donna Becca, que ya había vuelto en sí, ayudada con unos sorbos de grappa, del desmayo que hubo con el estrepitoso paso de la fúlgura. El paje que acudió a servir la grappa se avergonzaba de ver los bellos pechos desnudos de donna Becca, y miró hacia la pared, pero fue lo mismo, que todos los espejos reflejaban la insólita y rotunda blancura.

—Las estrellas y el rayo le conceden fortuna militar —dijo el signor Andrea, abriendo los brazos para estrechar con ellos a su amigo ser Pietro Fantini della Gherardesca.

La tormenta se alejaba, y cesaba la lluvia. La comadrona abrió una ventana. Se escuchaba lejano el repique de la campana Catalina, cantaban los mirlos en los manzanos, pasado el susto de la tormenta, y las golondrinas volvían a sus rápidos viajes sobre los rojos tejados de Borgo San Sepolcro.

Veinticinco años después, cuando ya Fanto Fantini della Gherardesca, Fanto el Mozo, había demostrado varias veces su rapidez en la carrera, flanqueada por la izquierda la banda enemiga militar, y su habilidad para emboscarse en los caminos que llevaban a Siena o a Bolonia, fue recordado que nació ayudado de un rayo, y también el escondite que este le dio, no más nacer, en un tapiz, en el palacio familiar de Borgo San Sepolcro, en la plaza que llaman dalla Torrenera. Y en lo que toca a sus fugas, se advirtió que algo de la naturaleza huidiza del rayo había quedado en él.

II

CUANDO Fanto contaba cinco años de edad, llegó la peste negra a Borgo San Sepolcro, y se creyó que la había llevado a la ciudad un genovisco que trataba en simiente de pino manso, y tenía fama la semilla de Génova porque se aseguraba que era de los pinos del camposanto. Al genovisco siempre lo acompañaba alguna linda muchacha, muy vestida a la moda, que el mercader alquilaba por semanas, cobradas por adelantado, a la juventud aristocrática, y alguna fue muy bien vendida a un rico heredero que se prendó de ella, como una tal Leila, berberisca, en la que Pier Aliprando degli Aliprandi hubo dos hijas, y fue bautizada con el nombre de las mártires del día en la que la sacaron de pila, que fue el de las santas Verísima, Pomposa, Capitolina, Romana, Rolindes. Muerto Aliprando jugando cañas en un campo, casó la Verísima con el banquero Marco da Porta, a quien la mora, entre las caricias muchas le pasaba lecciones de Mahoma, y el banquero se pasó secretamente al Islam, y solamente se le conocía la nueva doctrina en que habiendo sido muy afecto al jamón, ahora no lo tocaba, y aún se le llenaban los ojos de lágrimas al verlo, pero se apartaba con la boca cerrada por amor de Leila. Llegó la peste negra, digo, y se llevó a los padres de Fanto, ser Pietro y donna Becca, a su padrino, el médico Andrea della Garda, y a la nodriza Camillina, y aun al paje de la grappa, que nunca pudo dejar de soñar con los pechos de donna Becca, y quedó huérfano y sin parientes ni criados nuestro Fanto, bajo la tutoría del cavalière Capovilla, que lo era de San Juan en Rodas, y primo carnal de su señor padre, amén de hermanos de leche, que durante siete meses la tomaron de la misma burra, capa blanca isabelina, conventual de San Francisco. El cual caballero Capovilla, desde el primer día de su potestad, comenzó a instruir al huérfano en el arte militar con batallas por mapa, en las armas, en altanería, y en arengas en lengua griega, por si acudía a librar a Constantinopla del turco. Crecía Fanto robusto y alegre, amigo de escuchar historias, gracioso el fino rostro enmarcado por la rubia cabellera, hija del rayo de su natalicio. Con el cavalière Capovilla hacía Fanto grandes cabalgadas en las noches de primavera y de verano, y a hora de alba caían en la vecindad de algún castillo, umbro, lombardo o toscano, y entonces el tutor explicaba al atento pupilo lo fácil que sería, con sólo dos docenas de hombres bien armados, enseñorearse por sorpresa de aquella fortaleza, en la cima de una colina en la que los cipreses presidían la asamblea de las viñas en flor. Dejaban los caballos, y se aproximaban, escondiéndose de ciprés en ciprés, y se separaban para rodear el castillo, haciéndose señas con el canto del cuclillo para darse mutuamente el puesto, y se acercaban luego al puente levadizo, esperando que fuese levantado el rastrillo, que sería la ocasión de entrar al asalto, disfrazados de lechera, o de pescador de caña que traía un regalo de truchas para el señor marqués. Se retiraban después de levantar mapa, por si algún día hacían realidad el asalto. A veces, robaban algún cordero, en recuerdo de uno que había comido Alejandro en Persia, y si encontraban una moza en una fuente, fingían que la forzaban, y a sus gritos huían,

dejándola desnuda.

—Todo esto, querido Fanto —decía il cavalière Capovilla—, forma parte del oficio, y cuando estés en edad te estrenarás, y lo único que siento es no poder hacer ante ti una demostración de reglamento de los sanjuanistas, de piernas aparte y salto, porque el reuma me ata las rodillas, y además va para cinco años que se fueron para no volver mis alboradas venéreas. Que tomada como lección prima de fornicio, no sería deshonesto que me vieses en el trabajo. Y digo *prima lectio*, porque luego *secunda et tertia* esas cada uno las busca, y son cosa de cama blanda y reposada, que no de la violación castrense que ha de ser rápida y brutal, con desgarró de ropa, mostrando más ansiedad que regocijo, aunque en el trance, como suele algunas veces, siendo la mujer hermosa, se abra amor en tu corazón, y quisieras eternizar la caricia.

Fanto escuchaba en silencio las graves lecciones de su tutor, y se le ponían congojas de sudor y melancolía mientras no llegaba la edad de estrenarse.

Tenía ya Fanto trece años, y dominaba a Donatus y Euclides, sabía encaperuzar el azor, todo de armas y caballo, *ordo lunatus* y marcha flanqueado en lo que toca a campaña, y voces venecianas y griegas. Iba para alto, la cabellera sin perder de su oro, los ojos celestes con el mérito de unas largas pestañas oscuras, y siempre la sonrisa en la boca. El cuello largo y la cintura estrecha confirmaban su esbeltez, y por el ejercicio de armas, se le alargaran los antebrazos y se le redondeaban las piernas, en las que lucía el fino tobillo heredado de donna Becca. La palabra gentileza valía para decir la estampa del aprendiz de capitán, que el signor Capovilla no dudaba de que lo sería y famoso. Fanto tenía la voz alegre y la mirada amiga, y un buen corazón.

Como la fortuna de los Fantini della Gherardesca no era mucha, el cavalière Capovilla, dueño sólo de una pequeña quinta en el arrabal, de la que había hecho heredero a Fanto, andaba, cuando este entró en los quince de su edad, dándole vuelta en el magín a una boda del mocito con una dama rica y de ilustre familia. En Borgo San Sepolcro mismo había dos hermanas gemelas, que enviudaran el mismo día, una de un abanderado de Gattamelata y otra de un segundón de los Orsini, quien ya estaba preconizado obispo de Cittá del Monte, esperando los dieciocho años y las órdenes menores y mayores, pero lo dejó, porque estaba empeñado en imponer en las cortes diversas de Italia el baile agarrado. El abanderado murió en un vado de un río de una flecha perdida, y el que había ido para obispo, cayó de un tejado abajo, yendo a la captura de un gatito bizantino que se le había escapado a su dulce esposa. Las gemelas eran el vivo retrato la una de la otra, y messer Capovilla, que se había hecho ávido de oro por amor de Fanto, y por ponerlo en el mundo tan rico como gentil era, llegó a soñar que puesto que nadie las distinguía, que Fanto casara con las dos, a las que canónicamente serviría, con lo cual no había que partir la herencia de las gemelas Bandini dell'Arca. Il cavalière Capovilla estudiaba, medio adormilado en las siestas del carnero que hacía, el caso de Fanto y las dos bellas, y no encontraba dificultad alguna, ni en fiestas —que saldrían las hermanas por turno—, ni en preñeces, y si las

dos estuviesen para parir, y una se adelantase un mes o dos, sería caso de Escuela de Salerno, como el de aquella panadera que dio a luz un niño el día de San Juan y otro el día de San Roque, mes y medio después. Fue muy notorio el asunto, tanto en médicos como entre glosadores de Bolonia. Los primeros llegaron a la conclusión de que la panadera tuviera dos preñeces a un tiempo y de dos viriles diferentes, lo que llevó al marido, viéndose publicado de cornudo, a colgarse de una viga del horno; y los segundos trataban de establecer en derecho cuál de los nacidos era el primogénito, lo cual dio lugar a sabias consultas y eruditas disertaciones, y canonista hubo que inventó una *Lex romana* sobre el asunto, y descubierto tuvo que huir a caballo, y como tenía buena letra, terminó en los almacenes de Venecia, especializado en poner «*bianco*» en las barricas de Vernaccia. Se llama este glosador Bettobaldi dei Bettobaldi, y era un hombre pequeño y triste, y picado de viruelas, y siempre con el miedo de que sus antiguos colegas boloñeses le diesen muerte, por el descrédito que sobre ellos había echado inventando una *Lex Claudia* que decía que los segundos eran los primeros, y como un canonista irritado afirmaba que donde lo encontrase le haría tragar la famosa ley, Bettobaldi en las horas libres se ensayaba en tragar pelotas de papel, lo que llegó a hacer muy fácil, con gran admiración de sus compañeros de almacén, quienes lo sacaron de número de magia en un carnaval.

El signor Capovilla pidió audiencia a las gemelas para darles el pésame y presentarles a su vecino Fanto Fantini della Gherardesca, y el cavalière de hábito de San Juan y Fanto a la florentina, de verde y oro, fueron a la visita.

—Tú —le advirtió Capovilla a Fanto—, haciéndote el asombrado de tanta hermosura, y el más del tiempo con la mirada en su boca.

Estaban las dos gemelas sentadas en el medio y medio de la gran sala, por el mucho calor de aquella primera hora de una tarde de julio, y una doncella suya de cámara paseaba a su alrededor dándoles aire con un paño que de vez en cuando mojaba en el agua de una jofaina de plata. Del negro de sus trajes salían los redondos hombros y los finos brazos, nieve que amaneciese en las tinieblas. Los ojos eran violetas posadas en la penumbra, y pronto, tras las palabras de pésame del cavalière Capovilla, aparecieron en el rostro de las hermanas unas tímidas sonrisas. Fanto sonrió a su vez, y no pudo evitar el levantar la mano derecha, que sostenía el guante de seda, como si intentase ahuyentar unas mariposas. Las viudas lo acariciaban con sus miradas, y Fanto sentía como se encendía fuego en su sangre. Ni él ni las viudas escuchaban las doctas palabras del cavalière Capovilla, quien hablaba de lo que incomoda al alma la soledad en la juventud. A una seña de las gemelas, la doncella dio aire a Fanto con el paño mojado, y el agua fresca le salpicó el rostro. ¿De modo, se preguntó y explicó Fanto a sí mismo, que amor es como galopar, desnudo de cintura para arriba, en su yegua blanca Artemisa, en la hora calma que viene después de una tormenta de verano cuando de las hojas de los árboles aún caen gotas de agua? Fanto clavó las espuelas de plata en las patas de su silla, abrió los brazos, y gritó, interrumpiendo una cita de Ovidio en la boca de Capovilla:

—¡Vamos! ¡Ala! ¡Up, up!

Las gemelas gritaron a su vez, se levantaron de sus sillas cruzando los brazos sobre el pecho, y corrieron hacia la puerta, y como Fanto se levantase también y comenzase a galopar por la sala, girando sobre sí mismo como caballo de la escuela escalígera, haciendo la cabriola cortés, y tocando en ella con la frente en las rodillas. Las viudas se desmayaron. El cavalière detuvo a Fanto —un narrador coetáneo de la vida del *condottiero* dijo, con notoria exageración, que por las bridas—, y no le dejó aprovecharse. El tutor y el pupilo, vuelto a púdica obediencia, se retiraron en silencio, mientras la doncella del refresco se tumbaba en el suelo al lado de sus amas, y dando un gran suspiro se desmayaba a su vez.

—No te impido —dijo messer Capovilla a Fanto el Mozo— venir nocturno en días alternos a saludar a estas desconsoladas señoras, y con el trato irás eligiendo la más de tu gusto, que algo diferente tendrán, un pelo, un gesto, una palabra o un suspiro, y harás inquisición de esto, si tomas partido por la monogamia. Y si no tomas partido, y quieres seguir el libre disfrute de ese jardín que tan a bragas te viene, y no encuentras distinción, habrá que pensar en hacerle a cada una una marca secreta, que solamente tú conozcas, y así con cada una de ellas podrás ser diferente, y esta diferencia harás que la conozcan por más amor y caricia a la preferida. Y ya estoy pensando que no habrá necesidad de matrimonio, y que lo mejor será que te regalen todo lo que necesitas de precio, desde armadura al mejor caballo, y te adelanten las liras que hacen falta para levantar una compañía toscana de *fuorusciti*.

El signor Capovilla, en su entusiasmo, se olvidaba de la breve edad de Fanto Fantini, y tosía, aclarándose la voz, para dictar una carta a los grandes capitanes de Italia en aquella hora, ofreciéndoles los inestimables servicios de Fanto el Mozo, al que daba de alta en táctica y estrategia... De las primeras visitas nocherniegas, logró Fanto, una cadena de oro y un pagaré contra los Strozzi, que sobraba para comprar un caballo en la feria florentina de San Juan. Corría la Cuaresma, con abstinencia de carne. Y apareció entonces en casa de las gemelas una tía suya, con cuatro hijos mozos, buscando cobijo, que su marido había desaparecido en un naufragio pisano. Lo que dentro de la casa de las gemelas la tía amaño, se ignora. Pero en Pascua Florida, la puerta del jardín estaba cerrada, y Fanto silbó variado una hora larga, imitó el relincho de Artemisa, dio nombres a las sombras, sollozó, y nada. Y cuando ya se retiraba, el pensamiento sin palabras, el alma sin color y la sangre sin pasos, se abrió el portillo y apareció la doncella de la primera visita, con la jofaina de plata y el paño de refrescar, ayudó delicadamente a Fanto a sentarse en un mojón, y giró alrededor de él dándole una sesión de refresco, tras la cual se tumbó en la hierba, habiendo levantado las amplias faldas. Fanto cortó una rosa, la primera que abría en el rosal plantado cabe a la puerta del jardín, entrando a la derecha, y la posó delicadamente en el ombligo de la doncella. Y triste huyó, al bosque, desengañado de amor.

—Me lo temí todo, lo peor, cuando vi llegar a esa tía llorosa con sus cuatro torpes garañones —comentó a Fanto Fantini el signor Capovilla.

Y con temor de que fuese anulado el pagaré, tutor y pupilo se dispusieron a salir para Florencia, a cobrar las liras en los Strozzi, y comprar un buen caballo.

III

CAMINABAN sin prisa hacia Florencia, contando con llegar a la ciudad del Arno la víspera de San Juan, que es cuando se corren los caballos y se hacen muestras de doma. Exigía también su pausa la yegua Artemisa, que Fanto montaba, porque los muchos años le ponían un espasmo en la mano de cabalgar. Junio amanecía todos los días con sol, con bandadas de palomas en el aire, y el cuco agorero en los bosques. El cavalière Capovilla le iba explicando a su pupilo las batallas que se dieron antaño en aquellas colinas, campos y vados, las más entre güelfos y gibelinos, con marchas y contramarchas, trompetería y banderas al viento, y le contaba de las familias que vivían en los almenados castillos, casi todas visitadas alguna vez por el crimen.

—Aquella torre fue de los Bracciaforte —contaba el signor Capovilla, indicándole a Fanto una que en un espolón sobre el río se alzaba octogonal, rodeado de una docena de pequeñas casas cuyos rojos tejados asomaban por entre las copas de los cipreses—, que eran los más avaros de los toscanos, siempre buscando donde meter el oro que atesoraban, que no lo vieran ni el sol ni la luna, y uno de ellos, llamado Latino Bracciaforte dal Piccino, porque no lo heredase un primo que tenía, que era su único pariente, se aconsejó con un médico judío que purgaba en Siena en menguante contra la doctrina de Padua, y por receta de este puso en polvo todo el oro de la familia, y cuatro veces al día, bebía una ración de él con leche de cabra, y el messer Isaac de Siena le fabricara un compuesto sutil que no dejaba salir el oro del cuerpo, ni por orina ni por mayores, que quedaba chapándole las interioridades. El día en que tomó la última onza áurea, murió ser Latino de repente, y el primo, que era un Montefosco de Malapreda, que son todos tuertos del derecho y zurdos, desde una abuela galicosa que tuvieron, tuvo el soplo de la muerte (hay quien dice que por un cuervo que amaestrara de correo), y se presentó en la torre con un esquilador que tenía un juego de raspadores catalanes comprados en la feria de Tortosa, y ambos se encerraron con el cadáver en una cuadra, y al cabo de dos días dieron por terminado el raspado del estómago y del trípodo, limpiándolas del oro allí acumulado, que estaba dispuesto como escamas de pez, y fundido dio siete libras genovesas. Relucían los lingotes, pero hedían como si fuese excremento humano y hubo que fundirlos varias veces, y el Montefosco se pasaba las mañanas lavándolos con lirio de Pisa y aguas de anís, para que los banqueros florentinos no descubriesen que aquel era el oro del último Bracciaforte.

Los viajeros se detenían debajo de una higuera, que tendía sus retorcidas ramas por encima de un muro medio arruinado, y alcanzaban fácil los higos verdascos, que reventaban melosos entre las grandes hojas. El signor Capovilla le mostraba a Fanto el verde llano que cruzaba sinuoso el río entre chopos y sauces, y aprovechaba para continuar con sus lecciones de astucia castrense, contándole al pupilo como allí Ubaldo Cane de Cimarrosa, la víspera de la batalla contra los písanos, había hecho

correr entre estos la noticia de que jurara solemne no pasar el río por el puente, sino vadearlo aguas arriba, y los pisanos se fueron al vado y clavaron estacas en el río, aguardando a messer Ubaldo en la junquera, pero Ubaldo no había jurado tal y vadeó el río aguas abajo, y les mandó recado a los de Pisa que la batalla la tenían perdida, que se fueran para casa, y que él no jurara nada de puentes. El capitán de Pisa murió de su ira por haber caído en la trampa, y messer Ubaldo pidió permiso para saludar el muerto, y como los suyos querían enterrarlo en su ciudad, el vencedor, que siempre llevaba consigo varias barricadas con pichones en escabeche, mandó sacar de una las aves, y escabechado se fue para Pisa, a hombros de sus tenientes, el infortunado Paolo Enza dei Mutti, que así se llamaba el crédulo hombre de guerra. Aun hoy se conoce el lugar de su sepultura, que el vinagre mata sobre ella las hierbas, y no se logra en su cabecera el laurel. El vinagre del escabeche que llevaba el signor Ubaldo debía ser de ese que en Roma llaman por mal nombre leche del nipote del Papa.

Porque signor Capovilla era un soñador de aventuras y memorión de libros artúricos y amadiseos, y por si había ocasión de que el mozo Fanto Fantini della Gherardesca conociese en las posadas a una noble y rica dama, propicia al matrimonio, llevaban ensayado que cuando entrasen en el patío de un mesón, se aparearía primero de su ruano el anciano, quien quitándose el sombrero de viaje, de ala ancha, tendría la brida de Artemisa, mientras el mozo saltaba al suelo. La gente que estaba en el mesón, ya de almuerzo, ya para pasar la noche, salía a la puerta por ver quién llegaba, y cuando Capovilla veía que ya estaba presente todo el público, le hacía una seña a Fanto, este se quitaba el guardapolvo de dril, y aparecía en toda su gentileza, vestido de salmón y plata, al cuello cadena de oro regalo de las viudas Bandini. Fanto se descubría, se quitaba la redecilla que le sujetaba la larga y dorada cabellera, y pedía un vaso de agua fresca. Mientras bebía, apoyaba la mano izquierda en la cintura.

Los huéspedes se preguntaban quién sería aquel príncipe que les entraba por puertas. Algunos viajeros, adelantando con disimulo una moneda de plata al cavalière Capovilla, que creían fuese escudero o mayordomo del mozo, preguntaban en secreto la condición de este. El signor Capovilla se hacía rogar, al fin guardaba la moneda, y contaba que su joven señor era un sobrino del rey de Romanos, que viajaba por completar su educación visitando las grandes ciudades de Italia, y que si montaba aquella yegua baya, que ya estaba en notoria ancianidad, era porque cuando niño, soñaba con galopar en ella hasta Roma, y aunque ahora ya Artemisa —que en el Imperio tenía tratamiento de *schlachtfraulein*, que quiere decir señorita de las batallas, que nunca fue cubierta—, cansada en las largas etapas, por si había oído las palabras con las que su joven amo dijera su sueño, y se había hecho ilusiones de pasar por Sant'Angelo el Tiber, la sacó al camino, no fuese, en su ausencia, a morir decepcionada en su cuadra del Imperio. La noticia del joven pasaba de oído a boca y de boca a oído por el mesón, se alababa el buen corazón del joven príncipe, los hombres inclinaban la cabeza al pasar ante él y las mujeres le sonreían. En otras

ocasiones el cavalière Capovilla decía que Fanto era un rico heredero veneciano, otras que el duque de Provenza. El tutor no encontró en los mesones ninguna doncella de su gusto, y aunque no se opuso a que Fanto gallease algo, buscó que no repitiese con la misma. En la posada en que hicieron noche la víspera de su entrada en Florencia, a una anciana muy enjoyada, que viajaba con capellán y perfumista, y se sentara en el patio a comer bajo el níspero unas cerezas con bizcocho, mientras un paje suyo, sentado a sus pies, le cantaba a media voz una historia de un ausente lloroso, perdido en una selva, nombrando a gritos a la que amaba, acercándose a la dama el tutor con el pretexto de servirle un lavamanos, le susurró, confidente, que aquel joven caballero que en el otro rincón del patio se entretenía en acariciar las flores del glicinio, era sobrino nieto del dolorido de la canción, conocido por don Lanzarote del Lago, y de su mismo nombre. La dama admiró con larga mirada la belleza de Fanto, que estaba como metido en un estuche de oro en los rayos del Poniente, y suspiró. Una hora más tarde, la anciana señora se acercó lentamente a Fanto, y sacándola de una bolsita de piel le ofreció una sortija con un rubí diciéndole:

—¡Vale por las cenizas de un corazón!

Y corrió a refugiarse en su cámara, antes de que el sorprendido Fanto pudiera decirle ni una sola palabra. Don Lanzarote del Lago se quedó a solas con la noche, con el rubí en la palma abierta de la mano derecha, mientras tras los cipreses de Cellabiancha surgía la hoz de plata, la luna nueva.

—Mira tú, Fanto amigo, como podíamos dar la vuelta a Italia y aun pasar a otras naciones, tú de caballero secreto, usando diversos nombres, y yo cobrando por contar tu historia, hijo en busca de su padre, rey sin corona, príncipe misterioso que acude a una cita donde la muerte acecha. Fíjate en que yo estoy contando esta historia a una viuda que viaja con su hija, o al duque de Urbino, y tú estás en un jardín, y de pronto, llevado de súbita ira, desenvainas espada y siegas rosas, y al ver las caídas te arrepientes, recoges una y la llevas a los labios, suspirando, y yo añado que Isolda ha muerto y ha muerto Beatrice, y que quién te acariciará ahora el corazón... O que la rosa que recoges, te recordó la hija del que vas a dar muerte, y a quien amas, o tu propia vida, tan pronto entregada al hierro enemigo, que la rosa nace a la mañana y muere a la tarde, y es muy retórico latino. La viuda, que está de buen ver, te regala con una perla benéfica, la hija te manda un anillo con un nomeolvides verde, y el duque de Urbino una bolsa llena, para que puedas viajar disimulado y comprar confidentes, y un puñal envenenado para que no marres el golpe... Tras unos años de este teatro, montábamos una tienda en Aviñón o en Nápoles para vender los *souvenirs*, y regresábamos ricos a Borgo San Sepolcro, yo a morir, y tú a levantar una compañía y a dar buenas batallas junto a un río.

¡Ya me mandarás los partes de guerra!

¡Lanzarote del Lago, duque de Provenza, sobrino del imperante! Fanto despertaba sobresaltado, dejaba la cama, y se asomaba a la noche y a las estrellas, y a la viajera

luna. No podía soñar a un tiempo los sueños de los tres hombres que estaban en él, y buscaba quedarse con uno solo, hacerlo verdadero, destruir todo lo que le impidiese avanzar hacia ese ser humano único, que tenía un nombre y unos deseos. Cuerpos y voces que no reconocía andaban a su alrededor, le tropezaban, le obligaban a movimientos que no eran los sálitos suyos. Los nombres diversos eran como antifaces que le quemaban el rostro, y se miraba en los espejos y no se reconocía hasta que lograba arrancarse el que le hacía existir de aquella manera y en aquel momento. Huir, como cuando lo portó el rayo en la hora de su nacimiento. Rasgaba el nombre Lanzarote como quien araña con largas y afiladas uñas la piel de unas mejillas. No, no era odio. Era la viva necesidad de la libertad, de beber el vino que le placía, de soñar los sueños de Fanto, de no llevarse la mano a la frente a cada instante como el duque de Provenza. Si se vengaba, el crimen tenía que ser suyo, la sangre del muerto mojar su mano. Y el desesperado amor su propia desesperación. Y si el príncipe de Dinamarca se daba la muerte rodeando su cuello con una cuerda de áspero esparto de Tarragona, que fuera en su cuello, en el cuello de Fanto Fantini della Gherardesca, de Fanto el Mozo, donde quedase la rojiza marca. En Florencia compraría el caballo que precisaba, y a escondidas de su tutor se apalabraría con uno de los capitanes alquilados por la ciudad. Con su propio nombre, habiéndose recortado el cabello. Y el anillo de la anciana dama de la posada, con el rubí, se lo regalaría a la primera mujer que se le ofreciese, y se iría sin tocarla. Cuando ya se acercaba la hora del alba, Lanzarote del Lago, el duque de Provenza y el sobrino del emperador, cansados, se dormían dentro de él, y Fanto con ellos, los cuatro hundidos en un calabozo de agua verde, tibia y espesa, del que los libraba, como un rayo de luz, el canto del gallo. Entonces Fanto se encontraba solo, cada fantasma había huido por su lado, y el mozo, a puñadas, le decía su propio nombre a su pecho.

—¿Me reconoces?

El cuerpo respondía sonriendo a su verdadero habitante. Y Fanto se imaginaba batallas en campo abierto, hacia el sur, hacia más allá de las colinas vinícolas y de los alegres ríos, en la que hallarían muerte y enrojecerían el pico del cuervo los cadáveres del sobrino del imperante, el lozano duque de Provenza, y el nuevo Lanzarote del Lago. Golpeaba en su puerta el signor Capovilla diciendo que ya era hora de salir hacia Florencia, y en el patio del mesón Artemisa contemplaba con sorpresa y melancolía al caballo del cavalière, un castrado ruano colitrenzado, que osaba mirada a los ojos y relinchar. Cada quisque sueña lo que puede.

IV

ENTRARON en Florencia a media mañana, y dejando las monturas en las cuadras del Hospital de San Juan, que estaba del otro lado del río, por el Ponte Vecchio fueron hasta la casa de los Strozzi a cobrar el pagaré de las viudas Bandini, y con los dineros en dos bolsas de paño azul con la divisa en oro de la banca, que era un gallo poniendo un huevo, bajaron al Patro a ver los caballos. Cada uno llevaba la bolsa bajo el jubón, contra el pecho. A la sombra de los plátanos estaban umbros, lombardos y saboyanos con sus caballos, y se oían los diferentes acentos invitando a los compradores a admirar aquellos bucéfalos, verles los años en los dientes, y correrlos si les placía. Al cavalière Capovilla le pareció conocido un mozo que estaba con un tratante provenzal, que los de esta nación se denotan por el bicornio adornado con herraduras de plata, y se acercó a él.

—¿No eres tú, acaso, de la familia de los Saltimbeni, buenos escuderos, con casa en las afueras de Siena, según se sale por Porta Romana, a mano izquierda?

El mozo se destocó e hizo reverencia y dijo que sí, que era de esos, de veinte años cumplidos por San Benito, y que había llegado a la feria florentina para ver de hallar señor a quien servir, y que para comer durante aquellos días se asentara con aquel camargués, que lo tenía siempre lleno de picadillo de cabra salpresa y ajo, y agua bullida con higos salados, y su tarea era servir de intérprete entre su amo y un caballo que tenía, llamado Lionfante, que aunque entendía varias lenguas, siete entre germánicas y latinas, y las medias vueltas en aragonés, no sabía provenzal, ni quien fueran Arnaldo Daniel ni el Sordello.

—¿Y que tal es el caballo? —preguntó Fanto.

—Señoría —dijo el intérprete hípico—, como que me llamo Nito que no hay otro en la feria, y no sólo por lo que osaría llamar su don de lenguas, aunque más propiamente se llamará don de oídas. Es un tordo cuatroño, muy constante en el paso que tome, trote o galope, y si se le pide en camino un esfuerzo, lo da, y se le nota que le gusta la carrera, que no como otros, que parecen que van corriendo y a la vez mirando la hierba. No le asusta el ruido de la pólvora, que está probado con arcabuces, y el camargués hace la prueba de ponerse de pie en la silla y disparar al aire sus pistolas, y Lionfante se está quieto. Ni una matadura tiene, ni una polpa, ni un regordo venado, es mestizo de húngaro y toscana, vadea con agua hasta los belfos, no relincha en las noches de guerra en el campo aunque anden cerca yeguas, no repelucha si pasa el lobo, y dándole a oler una prenda de un enemigo, le sigue el rastro como perro. Aquí lo tenemos apartado, detrás de San Giacomo il Maggiore, guardado por un perro, un braco vagabundo que se aficionó a él, y Lionfante le corresponde, que ambos se rascan mutuamente y se buscan las pulgas. El can se llama Remo, y el camargués, mi amo provisional, dice que fue el propio perro quien declaró su nombre, tomando un palo en la boca y dibujando las letras en la arena. ¡Habría estado empleado en la comedia, de can de corte del rey Pantalone! Atiende voces en latín,

quizá porque nació en casa de cura, da y porta la perdiz, y con una bolsa al cuello, va por vino a la bodega, y lo elige él, oliendo en la pinga de las billas. Sabe soplar el fuego en las acampadas nocturnas, y da la mano. Andará por los cinco años cumplidos. Y yo le tomé cariño, y si tuviese un par de escudos se lo compraría al camargués, que Remo es buen compañero. Diré que sabe cuando estoy triste, lejos de mi casa, añorando los cuidados maternos, la fiesta y las carreras de caballos en la piazza, yo llevando la bandera de la Tartaruga, y ofreciendo el volteo y el revuelo a una mocita rubia que estrena escote bordado; digo que estoy nostálgico, ensoñando el aroma de mi ciudad, y Remo se da cuenta, y se acerca a mí, pone su cabeza en mis rodillas y me lame la mano, rumorea, y yo sé que me dice que él también está añorando, y que el elegir libremente y solitario las veredas que uno quiere, eso lo paga el alma.

Decidieron ir a ver a Lionfante tras San Giacomo il Maggiore, y de camino Nito Saltimbeni le preguntó al cavalière Capovilla cómo le había conocido la familia, y el tutor dijo que por la nariz acaballada y las orejas puntiagudas, saliendo insólitas, como de zorro, por entre el espeso pelo rojo, y que cuando él estaba en Rodas con los de San Juan, que de su cofradía era, aunque retirado por una hernia doble y la edad, había allí con tres comendadores toscanos tres Saltimbeni, y los tres con el mismo efecto de orejas, que cuando iban juntos por la calle, parecía que salía una comparsa al aguinaldo.

—Las orejas y el pelo rojo, señor caballero, las llevamos con honra, y cuando nuestras madres van a parir, hacen novenas a San Jorge (que también las tenía así, y por eso oía el lejano ronquido del dragón), pidiendo que salgamos con estas señas familiares, y los más salimos.

—¿Y los que no salen? —se atrevió a preguntar Fanto.

—Andan mustios, se hacen sacristanes o zapateros, beben para olvidar, y si alguno se casa y el hijo sale a la familia, entonces el padre parece resucitar y anda con el crío en brazos, y un tío tuve que salió de pelo negro y sin orejas, y ya mozo decidió salir de Siena, se tiñó y se hizo unas orejas de piel de cerdo, pero en una pelea le cayeron, fue descubierto, y con la vergüenza se ahorcó.

El camargués, que apenas entendía lo que se hablaba, y creía que todas eran alabanzas de Nito a Lionfante, no hacía más que asentir con la cabeza, aplaudiendo con sus manos peludas. Era un pequeño gordo, con el vientre caído, cinchado en rojo, y de vez en cuando se detenía para darse aire, entornando los ojillos negros, y abriendo la boca, que dejaba ver lo largos y espatulados que eran los cuatro dientes que le quedaban. Se llamaba Guillem y escupía de lado.

Allí estaba, atado a la reja del claustro pequeño, junto al ábside, el famoso Lionfante, con Remo haciendo la siesta del rey contra sus patas delanteras, y el tordo les gustó a los compradores. El camargués Guillem mostró los dientes del tordo, el cavalière Capovilla lo tentó por bragas y pectoral, le olió las orejas no tuviese sudor interno, y mandó que lo pasease Nito sin montarlo, e iba muy suelto, la cabeza

levantada, doblando sobre el paso. Pidió permiso Fanto al camargués para montarlo, lo que obtuvo, e hizo el mozo varias carreras, por el empedrado de chapacuña y por la carrera de tierra, y soltando las riendas lo llevó a la voz y con las rodillas. La gente que salía de misa de doce se paró en el atrio, y Fanto aprovechó para ver hasta donde llegaba la doma de Lionfante, mandándole en toscano y en griego, y dándole la atención con las rudas palabras de los lansquenetes, y todos admiraron la insólita belleza del joven príncipe y el poder y figura de Lionfante.

Abreviando, el trato se hizo, y aprovechando que quedaba vacante Nito Saltimbeni fue apalabrado como escudero, y el perro Remo dio tres ladridos para decir que allí estaba, y tomando por sorpresa con los dientes el bastón en que se apoyaba un clérigo que había asistido a la carrera y al regateo, y que declaró haber sido muy jinete en su mocedad, el can trazó en la arena unos signos y se sentó a la diestra de ellos.

—No entiendo la letra —dijo Nito—, pero está claro que Remo se niega a abandonar a Lionfante.

Remo movió la cola, y afirmó con la cabeza.

El clérigo sacó de una bolsa de piel de serpiente unos grandes anteojos dominicanos, y miró y remiró los signos.

—Para mi ciencia —dijo—, estas son letras etruscas.

Remo ladró con un acento que nunca le habían escuchado ni Lionfante, ni Guillem, ni Nito.

—Etrusco, etrusco —afirmó el clérigo.

Y Remo acudió a devolverle el bastón y darle la mano. El camargués pidió dos escudos por Remo, que era un braco puro, como los que maestro Benozzo Gozzoli hizo salir en la cabalgata de los Reyes Magos, y dijo que pues el trato había sido tan fácil y tan amigable, que él iba a buscar una rubia y después a comer algo, y que convidaba a parmesano y vino. Liquidó con Nito y fuese.

De regreso a Borgo San Sepolcro, a los pocos días comenzó a sudar el signor Capovilla y a quejarse de un punto fijo en la nuca, asqueó el cordero con arroz y los huevos hilados, pidió confesión, y pasó al otro mundo con un quejido. La antevíspera de su muerte había recibido carta de su amigo el condottiero Nero Buoncompagni, que entonces estaba por Pisa, diciéndole que necesitaba un teniente para golpes de mano y que parecía convenirle aquel Fanto Fantini della Gherardesca. Enterrado el signor Capovilla, y dejando los bienes que tenía en Borgo San Sepolcro a la administración del escribano ser Piero Fontana, Fanto se despidió de Artemisa que se la cedía al párroco de San Félix para que la sacase de respeto engualdrapada en las procesiones, y dispuso salir a las guerras de Italia, Nito en un bayo alucorado que tenía de propio y había corrido en Siena, y él en su Lionfante, con el que ya había amistado. Remo iría delante, alegrando con sus correrías el camino. Pensó el mozo en dejar un pañuelo con su cifra atado al fálico llamador de la puerta de la

casa de las viudas Bandini, pero se dijo que andarían vigilantes los cuatro primos garañones... En tres jornadas se puso Fanto en el campamento de Nero Buoncompagni, que lo tenía en lo alto de Vesprano, sobre la hoz del Amo, y estaban las tiendas como octavas del Ariosto alrededor del pabellón del capitán. El abanderado, que era un tipo alto, seco, mellado, la cara labrada por dos cicatrices cuchilleras, le dijo que Nero Buoncompagni lo recibiría al siguiente día, después de la santa misa, y que por aquella noche se acomodase en la tienda vacante del luogotenente. Michaelle da Caprasarcla, que iba a un negocio en Milán. La tienda del luogotenente Caprasarda estaba en la fila exterior de ellas, donde el campamento ocupaba la falda de una colina. Desde su puerta se veían los faroles encendidos en las calles, las hoguerillas en las que los soldados se afanaban haciendo la cena, el embanderado pabellón del condottiero. Llegaban a la tienda de Fanto voces, canciones, relinchos, ladridos, todo el eco sonoro de la vida del campamento. Fanto decidió que Nito encendiese también una hoguera para asar las morcillas que le había regalado de despedida el cura de San Félix, y Remo se sentó junto a un regato que iba al Arno, a vigilar el vino, que refrescaba en el agua montañesa. Lionfante se acercó a Fanto, que se sentaba en el taburete del luogotenente, y apoyó su cuello en el hombro del amo. Nito encendió yesca, y pronto las ramas reunidas para la hoguera se hicieron viva llama roja y azul. Un viento fresco saludó al mismo tiempo la perrera de Fanto Fantini della Gherardesca y su primer fuego militar. El viento movía la espada colgada en el poste de entrada, y la golpeaba contra este. Los murciélagos daban una vuelta para evitar el humo, al que el viento doblaba, empujándolo contra los matorrales, queriendo para sí mismo toda la amplitud de la estrellada noche sin luna.

—Lionfante se puso ante su dueño, y solemne, le habló por vez primera:

—¡Buena suerte, señor capitán! ¡Es la tramontana!

El viento silbó fino, como suele el boreal en las llamadas del verano, para probar lo que el caballo decía.

ALGUNAS FUGAS Y CAMPAÑAS DE FANTO

La vida militar del señor capitán Panto Fantini della Gherardesca está muy estudiada, y figura en los libros que al arte militar en la Italia del Cuatrocientos y el Quinientos le fueron dedicados. Con Nero Buoncompagni, y siempre montando Lionfante, el capitán Fanto el Mozo hizo la guerra llamada de los Montes, y estuvo en la batalla campal de Valterra, en la que por el comportamiento suyo en aquellos largos y fatigosos golpes y contragolpes en los sombríos desfiladeros apeninos, Nero le dio el mando del ala izquierda, en la que la más de la caballería era samboyana. Fanto desbarató en Valterra la infantería del papa —tal huyó que perdió cuatro sacos de polvo de perejil, cinco arcabuces, regalo secreto del gran turco al romano pontífice, y el tiple de maitines, que era un castrado de buena familia, calvo, y que en las representaciones teatrales en la corte de Roma, salía de Colombina, por las torneadas piernas—, y flanqueando el centro vino hallarse tras la artillería, a la que copó sólo con decir que estaba allí. Los romanos se rindieron, y su comandante explicó que Fanto había surgido de la niebla, como fantasma de otoño, justo por donde los artilleros en vez de la caballería saboyana, esperaban el risotto de las doce, con tropiezos de vaca. Hecha la paz, Nero le dejó a Fanto elegir una banda montada, para que se ganase el pan en las discordias toscanas o a sueldo de Venecia, y el joven capitán, recordando las enseñanzas militares del finado signar Capovilla, formó un golpe de veintiocho montados, con el cual se puso en alquiler, sirviendo a siete amos diferentes en sólo dos años, tras los cuales pasó a servir a Venecia, en tierra firme y en las islas de Grecia. Su arte era el de la emboscada, y etimológicamente hablando. Venía la compañía enemiga descuidada, con sus banderas al frente, los clarines ensayando con la voz agria de sus instrumentos las órdenes y los toques de saludo y parada, y el capitán comentando de alianzas, pagas atrasadas y venenos resolutivos, y si convenía que hubiese escalafón, cosa en la que insistían los sargentos, y si se podía o no echar al naipe una batalla en la que entrasen fuerzas iguales; digo que estaba en marcha la compañía y se acercaba mediodía, y llegaban los que habían quedado atrás esperando en una panadería a que saliese la hornada, y el oficial que iba de batidor veía en un altozano un bosquecillo de álamos y un prado verde, señal de fuente, y acordaban almorzar allí, y ya los más de los soldados se apearan de sus monturas, y abrían las bolsas y destapaban la bota, olían el salami y el prosciuto, y se derramaban, tras soltar los

caballos en el prado, buscando la fuente prometida y la dulce sombra, cuando el bosque de álamos se abatía, derribado por un leñador invisible, y no era tal bosque sino Fanto el Mozo con los suyos. La compañía pedía paz, daba la mitad del salchichón y del vino, y se rescataba con dinero. Y Fanto se iba con los suyos, y la colina quedaba como era, pelada y arenisca, y no había ni fuente ni prado, sino algunos conejos que corrían asustados, y una zorra que Remo fingía acosar, y que huía por el barranco.

Pero la misma osadía de Fanto y su concepción intelectual del encuentro armado, le llevó a cometer graves errores, ya que tropezaba con enemigos sin imaginación, que por un quítame allá esas pajas iban al cuerpo a cuerpo, y moría gente en las batallas. Fue la filosofía castrense de Fanto el Mozo la que lo llevó alguna vez a la derrota, e incluso a caer prisionero de sus mayores enemigos. Habiendo estudiado esas prisiones de Fanto, de las cuales supo siempre librarse, narramos algunas de sus fugas, y entre ellas la que logró de una prisión creada conforme a geometría, y siguiendo una de las más finas construcciones de Arquímedes, por el paisano del capitán, fra Luca Pacioli.

I

LO último en desaparecer bajo las ramas desnudas de los abedules —¿por qué estaba seguro ahora de que eran abedules?—, fue la cabellera rubia. El día anterior, usando agua franchipana, las doncellas que la acompañaban, con cepillo de pelo de tejón y esponjas de Mesina, le habían aclarado el oro viejo que había preferido en las últimas semanas. Una pequeña luna amarillenta se detuvo un instante bajo las ramas, decreció y, al fin, se fue. Los abedules se hundieron en la oscuridad; antes de que se esfumaran del todo, un ave voló desde una rama del primer árbol a otra del más lejano. Su vuelo le recordó el de la becada, la tejedora del aire, a la que solía acertar con la flecha en los pantanos de Clavigiere; pero, no, no era una becada, sino un pájaro multicolor que dejó en el aire una huella azulada formada por nubecillas que descendieron lentamente, como copos de nieve en noche sin viento. Se dijo a sí mismo la palabra noche, porque verdaderamente anochecía en el espejo. Sombras profundas cayeron en él, como pesados telones de boca, y de pronto, como de costumbre, el espejo volvió a ser un espejo y a reflejar lo que veía, comenzando por el propio Fanto que estaba ante él con el candelabro de dos brazos en la mano derecha, mientras la izquierda descansaba en el puñal milanés que colgaba de su cinturón de piel de nutria.

Dama Diana se había retirado a su palacio secreto.

—¡Buenas noches, alma mía! —se despidió el condottiero, y sopló, apagando las dos velas.

Fanto salió a la terraza, y vino hacia él, a latir junto a sus piernas, su braco Remo, ansioso de caricias, y mientras el capitán pasaba la mano por la cabeza del fiel compañero, contempló las estrellas y dijo en voz alta, por consuelo de su soledad, los nombres de las que reconocía. En aquel momento se olvidaba de que estaba solo, dispersa su banda, escondido en aquella torre arruinada, buscado con acero y con venenos resolutivos por cien enemigos diferentes, sin oro en la bolsa, alimentándose de lo que, nocturno, le traía su criado Nito, quien gracias a una llaga abierta con arte en el brazo izquierdo y a su fantasía había logrado de una joven viuda coja que le cediese su puesto matinal en la puerta de la iglesia de San Lorenzo.

—Deja que me siente a tu lado, y pon tu mano en mi nuca mientras te cuento mis desgracias. Es una costumbre de mi nación, y vale por jurar decir verdad.

Esto dijo Nito a la viuda, y ella, por si había en aquella confianza alguna trampa erótica, se puso un pañuelo del difunto marido sobre el vientre, y se dispuso a escucharle a Nito una larga y compleja historia de amores, duelos, naufragios, y finalmente de una espada embadurnada con una pasta venenosa, que le había abierto aquella llaga, cada día más roja.

—De las ganancias del puesto de San Lorenzo solamente quiero lo que haya menester para alimentarme. Los dineros todos serán para ti, y por la tarde trabajaré tu huerto, cuidaré y ordeñaré las cabras, y poniéndome una barba negra por no ser

conocido, y un gorro que me tape las orejas tan mías, iré a vender la leche a la ciudad. Y cuando por Pascua Florida vengan a recogerme dos hermanos míos, que estamos citados en el puente de Cremona, a mano derecha del caballo de mármol, te daré dos onzas de oro, en prueba de mi gratitud, y si me devuelven los bienes que tengo en mi ciudad, y con ellos una casa que tengo con dos huertos, te contrato desde ahora como ama de llaves, y añadido al sueldo una pamela con toquilla por San Juan y un par de zapatos forrados por San Martín.

—¡Siempre tuve deseos de una pamela del color de las lilas! —dijo romántica la viuda, quien aceptó el trato.

La viuda se vistió de alivio, compró una jarra nueva y dos vasos, y apartó la cama de la pared para que Nito pudiese meterse en ella cómodamente por el lado izquierdo, que era la entrada acostumbrada del difunto en el lecho nupcial. Nito, aunque veía muy sumisa a la viuda, le ocultó todo el asunto del escondite de su amo en la torre destruida de los Canavaro de Sexto, y explicaba sus ausencias nocturnas asegurando que iba al encuentro de las señales que le mandaban sus hermanos, que ya se acercaban. Como la viuda quedaba servida, no sospechaba nada. Nito pasaba el río más arriba de los molinos, y por el bosque, dejando los senderos llegaba a lo que quedaba del castillo de los Aldovissi, que la gente del país evitaba, pues desde que el último conde había degollado a la mujer con la que regresara casado de un largo viaje, y él mismo se echara a las llamas tras dar fuego a la casa, se veían fantasmas y se escuchaban voces y lamentos.

Fanto Fantini della Gherardesca no conseguía, en sus largas conversaciones con dama Diana, que esta le dijese a dónde se retiraba. Fanto había asistido en Florencia a una lección del señor Pico della Mirándola, en la que el joven maestro había explicado la realidad de la irrealidad, citando a Platón y poniendo ejemplos de obra alquímica. Si el condottiero había entendido bien, la irrealidad de dama Diana, hermosa mujer muerta en aquel castillo senense hacía unos cincuenta años —degollada ella y envenenadas sus doncellas—, garantizaba la realidad del país donde ella se refugiaba cuando dejaba su compañía, cada día más amoroso trato. Podía ser un fantasma, pero el lugar donde su apariencia se reducía a memoria y refugiaba en sombras, había de existir, sin duda alguna, y pues el Aldovissi de Canavaro la había traído de lejos, ¿no estaría lejana, más allá de los montes, más allá del Po, el refugio de donna Diana?

Las miradas de dama Diana pasaban como cintas de terciopelo acariciando el rostro de Fanto, y ella se dejaba tocar los labios con los lirios que, para su amo, el criado Nito robaba en los vasos en los altares de san Lorenzo. Fanto sabía ahora que, en cualquier momento, su proposición de acompañar a dama Diana hasta su refugio sería aceptada. Sumergiéndose con dama Diana en el espejo —en aquel espejo misteriosamente salvado del incendio, el espejo en el que ella se habría mirado, cuando viva, durante horas y horas, ya en expectación de amor, ya en amargas lágrimas—, y bastaría con que la bella lo llevase cogido de la mano, al final del

camino, Fanto pisaría tierra real. Analizaba, incansable, todas las posibilidades de fuga por ese medio, por ese único medio. ¿Dónde habían sido enterradas dama Diana y sus doncellas? En las conversaciones con dama Diana y sus doncellas, no aparecía jamás la palabra muerte. Nito le había contado que un talabartero que en la esquina de la plaza, en la ciudad, tenía fama de hacer las mejores cinchas de Toscana para el asnal, afirmaba que los cadáveres habían sido recogidos por el padre y los hermanos de dama Diana, y llevados a su país. Los abedules que él veía en el espejo cuando dama Diana se retiraba por él —un paseo con cuatro filas de abedules—, podían indicar que se trataba de un país del Norte, Aosta acaso, o Monferrato. Dama Diana se refirió una vez a la nieve. Fanto la adulaba y elogiaba su hermosura con versos de poetas antiguos y modernos y canciones, y una tarde le dijo el soneto aquel de Cavalcanti en el cual muchas cosas bellas lo son menos que la amada, y cuando habiéndolo recitado dejó caer los lirios a sus pies, y él mismo se arrodilló ante la dama Diana, ella, repitió, con su dulce y somnolienta voz, el segundo cuarteto:

*... aria serena quand'apar l'albore,
e bianca neve scender senza venti;
rivera d'acqua eprato d'ogni flore,
oro, argento, azzurro n'omamenti!*

—¡Blanca nieve cayendo sin viento! —murmuró—. Cuando niña, yo esperaba con ansiedad la primera nevada, y salía al campo a jugar con mis hermanos, y regresaba a casa con un jarro de plata lleno de nieve, y acercándome a la chimenea, presentaba la nieve al fuego, y el fuego a la nieve. Pero las otras nevadas, días y días la tierra cubierta de hielo, me entristecían.

Sí, de Piamonte, de Aosta, de Monferrato, de alguna vallina alpina. Allí podía Fanto aparecer sin riesgo alguno, que no era conocido, mientras sus enemigos lo buscaban palmo a palmo por Toscana y la Lombardia. Fanto conservaba buenos amigos en Venecia, y volvería a ir a Levante, en una nave embanderada, a mandar en una isla. Pero ahora había que salir de la torre quemada, burlar el cerco de los que habían jurado su muerte. Era seguro que dama Diana y sus doncellas estarían enterradas. ¿En una iglesia, en un camposanto? Pero él no debía entrar con dama Diana en su sepultura porque podría tener que quedar allí para siempre, enterrado en vida. Tenía que quedar fuera, y entonces huir. Tenía que conseguir de dama Diana que al igual que a ellas la acompañaban sus doncellas, a él le acompañase su fiel Nito.

Pero Nito, obligadamente, tendría que ir de la mano de una de las doncellas, y quizá fuese igualmente precipitado en su tumba.

—Dama Diana, voy a viajar contigo a tu país. Y me quedaré a tu lado para siempre.

—Romperemos el espejo al marchar —dijo, dama Diana—. Bastará con una sola

palabra.

—No nos separaremos jamás. Bajo las ramas de los abedules nos dirigiremos a tu lecho. La luna llena nos acariciará. Colgaremos guirnaldas de los abedules.

—Me gustan las guirnaldas de Pisa y los faroles de Venecia.

—Alegrarán las dos cosas, dama Diana, nuestra noche de bodas.

Cuando Fanto le dijo a su criado Nito que había de acompañarlo, cogido de la mano de una muerta, a través de un espejo hacia una tumba en un país lejano, el escudero nada objetó.

—Sé, señor, que amas mucho la vida.

Y Nito partió con el encargo de que la viuda tejiese guirnaldas con flores y ramas de laurel y de olivo, y que comprase o robase media docena de farolillos, venecianos con sus velas. Que le mintiese a la viuda que era para mandar aquellos adornos por un compañero, que pasaría secreto, a su casa, y que lo quería así adornada para recibirla en ella, que ya dejaba de pensar en tenerla por ama de llaves y comenzaba a soñar en matrimonio, que se había aficionado a sus pequeños pechos, y a sus muslos redondos y a cómo rebozaba las alcachofas... y ya estaban allí las guirnaldas, que Fanto unía ahora, con una gruesa cuerda que había encontrado en un sótano, y aquí y allá sujetaba uno de los faroles de papel rizado, en los que habían pintado mariposas y claveles. La cuerda quedaba disimulada bajo el follaje, y era de las usadas para subir a almenas las estrepitosas bombardas.

Yllegó la hora. Dama Diana estaba ante Fanto Fantini della Gherardesca tendiéndole la mano. Dos de las doncellas, en grandes bandejas de plata, llevaban los peines, polveras, jabones y aguas de olor que habían sido de difunta dama Diana y que quizás existían porque ella las soñaba. La tercera doncella le tendía la mano a Nito. El espejo abría su boca oscura, y al fondo comenzaban a verse los abedules, y más allá una fuente, y en lo alto de una colina una casa con torre, con una ventana iluminada por una luz rojiza.

—¡Es la hora! —dijo dama Diana.

Y Fanto el Mozo aceptó aquella mano pálida y fría que se le ofrecía, y avanzó lentamente con dama Diana hacia el paisaje. Y detrás las dos doncellas, y cerrando la marcha Nito y su compañera, portadores de las guirnaldas y de los faroles. Acariciaba el rostro de Fanto un aire tibio y perfumado. ¡También allá era verano! Volaban golondrinas. Descendían hacia los abedules por un camino pisado de arena.

—¡Daos prisa —dijo dama Diana—, que tenemos que colgar las guirnaldas y encender los faroles!

Ya estaban entre los abedules. Fanto y Nito, teniendo de la mano izquierda a sus compañeras respectivas, colgaban las guirnaldas. Para que Nito pudiese encender los faroles, la tercera doncella de dama Diana se sujetó a su cuello con ambas manos. Nito temió que fuesen garras. Y la operación, minuciosamente estudiada con su amo diez y veinte veces, se realizó con éxito. Nito, con su hermosa voz, cantó una canción de Florencia, y todos de la mano giraron bajo las guirnaldas y los seis faroles.

Bailaron gentilmente una conversa, con sus pasitos adelante y sus pasitos hacia atrás, y había que terminar la danza con un giro, las manos en la cintura, y la reverencia. Dama Diana y las suyas se dejaban embriagar por la danza. Dama Diana inclinaba su cabeza sobre el hombro del capitán.

—Le presentaré el fuego a la nieve —dijo casi sollozando.

Nito cantó los versos finales,

*un mazzolin di rosa e di viole
in mano!*

y todas las manos fueron a las cinturas, y las cabezas se inclinaron en la reverencia. Fanto y Nito aprovecharon aquel instante, libres sus manos de las manos de las muertas, para saltar a las guirnaldas, a la gruesa cuerda de artillería que las rosas y el laurel envolvían, y columpiándose, alcanzaron las ramas más altas, y desde allí vieron cómo se volvían ovillos de niebla rojiza las cuatro mujeres, ovillos que huían hacia la fuente y se perdían en el suelo, más allá de ella.

—Esperaremos a que amanezca —dijo el condottiero.

Lloviznaba. Pasó volando el ave que dejaba en el aire un rastro de nubecillas azuladas. Escucharon, próxima, la lechuza, que despertaba. Fanto quería visitar la tumba de dama Diana, que estaría por allí cerca. Nunca más volvería a ver a la hermosa. ¿Qué era lo que ahora le dolía a Fanto en el pecho? Se estribó en el cruce de dos ramas, con la cabeza apoyada en el tronco, y se durmió.

Entraba el alba por entre las ramas de los abedules, abriéndose paso con sus manos mojadas. Fanto y Nito se dirigieron hacia la fuente, buscando el lugar donde las muertas habían desaparecido. Si, estaría la tumba en aquella ermita, sin puerta. La lápida tenía una extensa inscripción en latín, alabando las virtudes de dama Diana, muerta por asesina mano e infundados celos a los veintiún años de su edad, lejos de la patria. Fanto no quería irse sin abrir la tumba, que pudo haber sido la suya. Una larga hora de trabajo, ayudados con dos hierros que arrancaron de una ventana, fue necesario para apartar la lápida. En un rincón de la honda tumba vacía, se apiñaron unos huesos como de niño, y en la cima del montoncillo descansaba una pequeña calavera. Por la boca entreabierta, por entre los dientes que conservaba, asomó una ratifia blanca que miró a los ojos del condottiero, con la misma mirada, que se transformaba en luz violeta en el aire, con que dama Diana lo miraba. Una mirada infinitamente triste. El condottiero se santiguó, y la ratita volvió a su nido.

—¡Adiós, dama Diana!

En el camino que iba hacia un casal, saludaron a un labriego. Estaban en tierras del marqués de Monferraro. Nito le mostró al labriego una moneda florentina sisada a la viuda. Salivó en ella y la frotó contra la manga.

—¡Es legal!

—¡Hasta un mes después de la siega, hay poco pan, y el vino anda caro! ¡Siempre

el vino anda caro! —comentó el labriego.

Pero la moneda de Florencia sirvió para pagar la parva meridiana de los fugitivos.

Para terminar la historia de esta fuga, conviene añadir que el perro Remo, siguiendo órdenes, se trasladó a Verona, donde Lionfante estaba refugiado en casa de un cirujano, el cual anduviera con Fanto en dos campañas en Dalmacia. El cirujano amistara con el caballo, porque este era el único que no se cansaba de escucharle sus triunfos en el juego, y un quite que tenía de echar los dados sobre el dorso de la mano del cubilete. Allí esperarían perro y caballo noticias de su amo. Las noticias llegaron, y Remo, con un collar nuevo en el que el cirujano había grabado a fuego en el cuero unas señas, salió a ladrar a las puertas de las casas donde se habían refugiado los hombres de Fanto. En quince días avisó a dieciocho, quienes leyeron la orden de marcha en el collar, y era que a la anochecida del día de San Bartolomé, estuviesen todos montados en un bosque que hay a mano izquierda, bajando de Génova a Pisa, donde dicen Minaro. No tenía pérdida la izquierda, porque a la derecha, bajando, está el mar.

II

VERO dei Pranzi se dirigió hacia donde tenían los suyos atado a un roble a Fanto Fantini della Gherardesca, y durante largo rato contempló a este en silencio. Vero se había puesto sus mejores ropas, con cintas de colores en la esclavina, y llevaba tras él a uno de sus pajes, dándole aire en la amolletada y colorada nuca. Era casi enano, mofletudo de rostro, estrecho de frente bajo la que, pasando un selvático bosque de cejas, se hundían unos ojos negros que las más de las veces miraban coléricos. Los brazos, en demasía largos, le llegaban hasta las rodillas, balanceándolos al andar, con lo cual parecía que marchaba tordeando un borracho. Le hacían zapatos de tacón doble en Bolonia, y para dar más alto, usaba además sombrero de pico con plumas, una moda que trajo a Italia aquel inglés Giovanni Acutto. Que anduvo con Catalina de Siena en las batallas que devolvieron el papa a Roma desde su palacio de Aviñón. Vero dei Pranzi era un capitán de reconocida dureza, cruel en los saqueos, generoso con sus soldados, sufriendo con ellos la aspereza del campo, pero sin ahorrarles la muerte. Vero mismo podía exhibir una docena larga de cicatrices. Se decía que estaba casado en tres lugares diferentes. Andaría por los cuarenta años. Los suyos habían entrado, nocturnos, en una granja, a robar un ternero para asarlo en el campo, que era dos días después la fiesta de San Crisógono de Aquilea, que es santo a la jineta, y tropezaron con Fanto, que iba secreto a Borgo San Sepolcro, y dormía a pierna suelta. Nito había llevado, en Lionfante, al can Remo, a que le curasen unas anginas en Parma, y el capitán estaba solo, que dejara su gente en Rávena, en cuarteles de invierno venecianos. Fanto amaba pasar, cuando podía, en su ciudad natal los últimos días del otoño, no regresando a sus tropas hasta que catava el vino nuevo.

—Corren por ahí noticias, amigo Fanto —dijo Vero al prisionero—, de que has hecho dos canciones, una en la que alabas la hermosura de tu dama en un campo, en mayo, despidiéndote para la guerra, y otra en la que comparas tu vida con las hojas del bosque en otoño, que el viento lleva de aquí para allá. Busca en tu memoria la primavera pasada, porque otra ya no verás. ¿Por dónde andabas?

Fanto recordó, y sonrió.

—Por Adria, cabalgando por caminos entre cerezos, pasando el río de Julieta por vados en cuyas orillas florecía el manzano, cargando en Copparo contra los señores de Guastalla, y haciendo paces por Venecia en el claro de una robleda, en Carpi, donde nos saludó el cuco. Florecían las viñas, y los prados de Viadana eran una alfombra verde bordada en oro y carmesí.

—No verás otra, Fanto. Tengo para ti en los montes más allá del Paso della Cisa, una torre cuadrada. Antes, pasaba a sus pies un río que iba tumultuoso al Secchia, pero lo desviaron los duques de Módena para hacer leguas abajo, y a media jornada de su ciudad, un jardín de septiembre. La torre se llama Aquilasola. Y habiéndose ido el agua, todo el país es de tierra arenisca donde no nace una hierba. No volverás a ver

verde en tu vida. Ya no hay prados en la vallina, y han muerto los chopos de la ribera. ¡Tierra rojiza, arenisca, tierra y solamente tierra! Te dejaremos allí con víveres para un mes. Oveja salpresa, claro, y un jarro de agua que administrarás prudentemente.

Vero rió, rieron los suyos.

—Las propias ratas abandonaron Aquilasola, Fanto, por ir a cualquier lugar de fuentes.

Y ahora estaba Fanto en la torre, encadenado a un poste en una cámara cuyo gran ventanal daba sobre un acantilado, al fondo del cual aparecía el cauce seco del río de antaño. Fanto podía acercarse hasta el ventanal, y sólo veía la roja tierra, las paredes del barranco en las que habían hecho surcos las lluvias, las rocas negras que asomaban aquí y allá. El viento levantaba nubes de polvo, que entraba por toda parte en la torre, se metía por entre las ropas, se posaba en las pestañas y en los labios. Fanto se tranquilizaba a sí mismo, diciéndose que era imposible que los hombres de Vero dei Pranzi callaran todos el que dejaban a Fanto Fantini della Gherardesca en una torre perdida en las montañas de la Emilia, y que a Nito le habría de llegar la noticia. Pero ¿daría a tiempo con él? Fanto había decidido no comer aquella carne oscura y salada que le habían dejado en un tabal roto, en un rincón. Bebería del agua, a pocos. Calculó que no podría durarle más de seis días. Recordaba las lecciones del signor Capovilla:

—Sosegado, los ojos cerrados, extender ante uno el acontecimiento, como un mapa, y sin prisa, ir reduciendo el laberinto a sus líneas esenciales, dejando el pensamiento ir y venir por él, hasta hacerlo tan familiar y cotidiano como la casa propia, en la que conoces todos los rincones, y sabes de donde vienen todos los ruidos, y si la tabla que cruje es de las escaleras o del pasillo, cuando alguien sube o baja, o pasa silencioso. Como Julio César solía.

Dos eran los problemas de Fanto: el principal y primero, la subsistencia. El segundo secundario y necesitado de una ayuda exterior, la huida. ¿Alimentos posibles? El inventario era fácil de hacer: los murciélagos del rincón de la derecha y de la alcoba vecina. La cadena que lo ataba al poste era lo suficientemente larga para permitirle adentrarse en ella. Cazar los murciélagos a mediodía, colgados del techo, no era difícil. Estudió sus vuelos, la hora de retirada, los vio dar la voltereta para quedar colgados cabeza abajo y echar sus siestas. Probablemente volaban hasta el cauce seco del afluente del Secchia, donde tras los días de lluvia se formarían pequeñas charcas mosquiteras. Desde el ventanal, vio Fanto dos o tres mariposas doradas revolotear allá abajo. Los murciélagos comerían las mariposas y él comería los murciélagos. Esta noticia que se dio a sí mismo, disminuyó su asco ante los almuerzos que lo esperaban...

Había perdido la cuenta de los días pasados, y ya el frío no le dejaba dormir. Lina mañana entró nieve por el ventanal, e hizo con ella pequeñas bolas que se llevó a la boca, y llenó el jarro que le dejaran con agua. Lo fatigaba la gimnasia cotidiana y hubo de abandonar algunos ejercicios, porque ya el cuerpo no le obedecía. En el

mapa tendido ante él comenzaba a ver la muerte. En el tabal con la oveja salpresa — al fin, la había devorado, quitándose la sed con la sangre exprimida del vientre del murciélago—, se veían mal trazadas, grandes letras rojas, y le parecía leer IVANA, y Fanto completaba GIOVANNA, que sería una mujer con puesto de salazón en el mercado de Ferrara o de Guastalla. Una mujer joven acaso. Fanto adormilaba como drogado, sin pulso, casi sin fuerzas para cerrar los ojos, y de la caja salía una larga mano que le acariciaba la frente, le peinaba la perrera dorada, se posaba en su cuello hasta impedirle respirar. La mano era de huesos oscuros, cubiertos por una piel suave como de melocotón. Desde el otro rincón lo estaban vigilando unos ojos negros, que se agrandaban lentamente, y ya eran como bocas de pozo. Sentía la mano de Giovanna, dentro, en el corazón, y los ojos giraban a su alrededor. Se le ocurrió, en un momento en que la mano aflojó en su cuello, que debía decirse algo a sí mismo antes de morir, pero no supo qué. Y se abandonó a las tinieblas y al frío.

Volvió a la vida cuando un agua extraña le entró por la boca, y la sintió deslizarse como una sierpe de tibia piel hasta su estómago, en el que se desperezó. Pudo abrir los ojos, y lo primero que vio, un fuego que ardía en la chimenea, en la alcoba. No podía apartar los ojos de las llamas rojas que consumían rápidamente la resecada madera del tabal de oveja salpresa. Nito le hacía beber otro sorbo de aquella agua, y Remo le lamía las manos. Pero la mirada seguía fija en el fuego que consumía el tabal, las letras del nombre de aquella Giovanna. Ahora se daba cuenta que Giovanna le había hecho compañía, de que la había visto, joven y sonriente, bajo uno de aquellos toldos verdes del mercado de Ferrara, en la piazza, o de Guastalla, bajo los olmos.

Pasaron días antes de que recobrase la memoria, de que supiese verdaderamente quién era, de que reconociese del todo a Nito y a Remo, de que pudiese salir al antiguo patio de armas a saludar a Lionfante, quien al verle se arrodilló y acarició con la cabeza las piernas de su amo. Nito le contó a Fanto que la amiga de un soldado de Vero dei Pranzi, dado de baja por unas fiebres con gran aparato de lobanillos, le había contado al capellán de las dominicas de Sapro, que su hombre, en los delirios, contaba algo de Fanto Fantini. El capellán escuchó delirar al soldado, y habiéndose corrido por el país que Fanto el Mozo había hallado mala muerte en una trampa que le tendiera Vero, mandó recados por saber qué pasara de cierto. Habiéndose enterado Nito por un antiguo teniente de Buoncompagni, fue a Sapro a averiguar lo que sabía el licenciado por fiebres, y este, que hedía en la cama y se veía morir, al ver en el aire una moneda que hacía jugar Nito como pelota de mano a mano, contó todo lo que sabía. Y la curiosidad del capellán de las dominicas venía de que era natural de Borgo San Sepolcro, y algunos veranos había jugado cañas con Fanto en la pineta, cuando tomaba vacaciones de latín y escolástica en Florencia.

—Lo recuerdo —comentó Fanto—, que era zurdo, y se decía que para órdenes mayores había menester dispensa.

Nunca, tras oído el soldado, creyó Nito encontrar con vida a su amo, y ahora

lloraba al decírselo, y cómo pensaba convocar a todos sus parientes de Siena para viajar con el cadáver a la ciudad natal del capitán, y hacerle solemne entierro.

Preguntó Fanto a Nito si alguien más que el capellán de las dominicas susodicho y zurdo, sabía lo que contara el soldado, y Nito afirmó que no, y que el soldado mismo, habiendo mandado comprar dos cántaras de vino con la moneda que le había dado, que era un medio escudo ferrarás, las bebió frías y palmó, y la moza había entrado para vainicas y bieses en las de Santo Domingo.

—En lo que a nosotros toca, nadie nos ha seguido. Y en Módena, cuando voy a víveres, creen que soy el criado del ermitaño de Roccato y sus pupilos, y el agua corro a buscarla en las horas oscuras a la presa donde fue desviado el río que por aquí corría.

¡El río! Fanto sonrió. Iba a burlarse de Vero dei Pranzi. Cuando este lo dejó encadenado en Aquilasola, destinado a morir de hambre y de sed, Vero le gritó que para Pascua Florida, cuando se reuniesen los condottiere que se apuntaran para ir contra lo que al papa le quedaba en Emilia Romagna, que contaría su fin, a los postres del gran banquete. La presa de desvío del río de Aquilosala estaba en una hoz, y era de cajones de madera llenos de guijarros, y como bóveda clave reforzada con tres vigas de roble que coincidían en el mero centro. Fanto inspeccionó varias veces al alba la presa, y vio claro que era obra fina y de geometría, pero que toda su fortaleza pendía del posteo; tal que como iba el río crecido, si las vigas cediesen, la presa reventaría y las aguas se precipitarían por el cauce suyo antiguo. Cavando por las noches donde las vigas se apoyaban, llegó el equilibrio a un punto que bastaría que Lionfante por un lado y el caballo de Nito por el otro tirasen fuerte cada uno de su viga, para que el ingenio saltase. Anduvo Remo activo como correo todo aquel mes de marzo, portando papeles en las orejas y en un paladar postizo que le ponía Fanto para que le llevase partes secretos, y ya recuperado Fanto de las calamidades pasadas, y siendo el santo domingo de la Resurrección del Señor, la presa fue desbaratada como pensado había, y Fanto galopando por tierra en Lionfante fue a tomar las aguas que avanzaban espumosas un cuarto de legua antes de que llegaran al Secchia, y metiéndose con el caballo suyo en el medio y medio de la corriente, apareció ante el campamento de los condottiere confederados, al cual ya había llegado la alarma de que revivía el río viejo, bajaba loco y habría inundación, y los soldados levantaban las tiendas y ponían los bagajes a salvo en una colina. Apareció Fanto Fantini della Gherardesca, digo, su caballo braceando en el corazón de la corriente, aumentando la espuma del río, vestido de verde, la espada desenvainada en la diestra. Todos lo vieron, la cabeza descubierta, sonriente. Por la orilla izquierda galopaba Nito portando su lanza y su yelmo, y los hombres de Fanto, con su bandera del dragón rojo y dos trompetas despertando el mundo, lo aguardaban junto a los sauces. Ninguno de los enemigos de Fanto Fantini della Gherardesca se movió. Las aguas, al entrar en el Secchia, remansaron súbitamente, y quedó un salón tranquilo, a la vista del cual nadie podría decir si el río iba hacia arriba o hacia abajo. Fanto salió

del río, recogió yelmo y lanza, los suyos lo saludaron a la voz y a la bandera, y a un pastor que corría tras salvar dos cabras que quedaran en una roca, ahora medio sumergida, el señor capitán le gritó:

—¡Ve y dile a Vero dei Pranzi que me he escapado de Aquilasola llamando en mi ayuda a un río!

Y con los suyos se fue Fanto Fantini hacia Rovigo.

Y no se habló de otra cosa aquella primavera y aquel verano en toda Italia, de que el capitán Fanto Fantini della Gherardesca, se había escapado de una horrible prisión disfrazado de río, y que con su disfraz había aprendido la lengua de las truchas y el deslizarse sinuoso de las anguilas, y que a veces dormido, soñando que era río, en vez de roncar le salía el canto mismo que hacen las aguas en las cascadas e hirvencias... Fanto, camino de Venecia, recordaba a la Giovanna del tabal, y ahora se imaginaba que sería una anciana, en la mocedad muy hermosa, como aquella que le había regalado un anillo con un rubí, tomándolo por don Lanzarote del Lago. Eso sí, cuando veía vespertino un murciélago, le daban náuseas, y pedía un sorbo de grappa. En Aquilasola, en la cámara de la torre, había dejado reunidos en un montoncito los huesos sobrantes de sus almuerzos, y sobre ellos la pluma roja de su sombrero nuevo.

III

REFLEXIONABA sobre el trabajo realizado en todos aquellos meses. Había llegado a «ver» la estructura de la prisión, y pudo localizar el punto exacto de ella en el que estaba localizada su celda. La prisión tenía la forma de un hexaedro inscrito en una esfera, y cada celda repetía la forma hexaédrica en el interior y esférica exteriormente. Los espacios vacíos entre las caras del hexaedro de cada celda y la pared interior de la esfera, se comunicaban entre sí. Además, las esferas de las celdas no se tocaban las unas a las otras, y el conjunto de esfera flotaba, por decirlo así, en el interior del gran hexaedro. Calculó que la esfera en la que estaba encerrado el hexaedro que le servía de celda, tenía seis metros de diámetro. El número de celdas era exactamente treinta y seis. Veía perfectamente el conjunto, como si estuviera fuera de él, a mediodía, de pie sobre la piel de la naranja, o seu maestro fra Luca Pacioli le mostrase una maqueta desmontable, en ligera madera de abedul. La escasa luz que iluminaba la celda procedía de seis saeteras, que cambiaban constantemente de posición, abiertas en las que llamaremos paredes, y de seis centímetros de ancho por treinta y seis de largo. (Traduzco al sistema métrico decimal las varas, pies y pulgadas itálicos del Quinientos). Por esas saeteras le introducían la comida, y los aplastados recipientes de barro que contenían el agua.

La luz que iluminaba la celda estaba relacionada, en su duración e intensidad, con el problema que llamaremos de destrucción del tiempo, problema del que había que prescindir si se quería avanzar hacia una solución definitiva. Avanzar, naturalmente, en el camino de la liberación, de la fuga, camino que solamente podía ser recorrido hasta el fin por medio de una acción exclusivamente mental. Cuando Fanto Fantini se demostró a sí mismo que la fuga era una *cozza mentale*, se tranquilizó por completo. Sabía, ahora, que podía salir. En realidad, sabiendo que la prisión era «una idea de una prisión», ya estaba fuera. Pero quería llegar hasta el fin del juego. Ya estaba fuera de la celda, ya avanzaba a grandes pasos por un camino perpendicular a la base del gran hexaedro, hacia aquel círculo de luz roja, que era la puerta, en el que se inscribía un hexágono azul. Pero, no quería precipitarse. La palabra sosiego cobraba para él, como en tantas otras veces, su total sentido. Ya se consideraba el Prisionero un hombre libre, y por primera vez desde que estaba encarcelado, sonrió. No tenía espejo en la celda, pero se vio sonreír, abrir levemente los labios, y percibió el instante justo en el que el alma le ordenaba al cuerpo la sonrisa, un gesto, diremos, que iba a la vez a los ojos —Fanto parpadeaba con más frecuencia cuando sonreía—, y a los labios, y también a sí misma, porque no tendría sentido sonreír solamente con el cuerpo. Se vio en el campo, en lo alto de una colina, los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando lejanas cumbres nevadas, y a su lado, su Lionfante pacía goloso... Tenía que decirse a sí mismo qué hierbas: festuca, trébol, avena... Era junio, y aquí y allá se veían rojas amapolas. La luz se apagaba lentamente. El gran Rector de la Esfera estaba simulando el anochecer, como otras veces simulaba el

amanecer o el mediodía, o pasaba súbitamente del verano al invierno, y del creciente a la luna nueva. Fanto comprendió que desde el primer momento de la entrada de un prisionero en una de las treinta y seis celdas, el Poder procuraba que aquel perdiese la noción del tiempo, y se le forzaba a una reflexión constante sobre:

—¿Qué día es hoy?

Hasta lograr que el prisionero, obsesionado por la averiguación del día en que vivía y cuántas noches llevaba allí encerrado, olvidase que existe otro día que se llama mañana y, finalmente angustiado, procurase apartar el tiempo de su mente —la presencia del tiempo en la mente humana, que es la única realidad del tiempo. Generalmente, los prisioneros, privados del tiempo, se dejaban morir, sin día ni noche, ni abril ni otoño. Pero cuando se quería, por el Gran Rector de la Esfera, prolongar su vida, se simulaba, entrando una clara y viva luz por las saeteras, y con ella una brisa fresca, que ya llegaba la primavera. Se podía escuchar un jilguero alegre, que a lo mejor en un vuelcillo llegaba a las saeteras, se posaba en una y picoteaba unas migas de pan que allí habían caído cuando fue retirado el plato de la última comida. El moribundo se incorporaba en el estrecho lecho y asistía, el corazón acelerando sus latidos, a su resurrección. Del huerto (?) venía un grato aroma de hierba recién segada. Lejos, cantaban gallos. El prisionero se apresuraba a vigilar el tiempo, a contar mañanas.

Fanto Fantini della Gherardesca comprobó una vez más que su cuerpo cabía exactamente dentro del hexágono inscrito en una circunferencia que había dibujado con tiza en el piso de la celda. Su rubio pelo rizado tocaba el lado superior del hexágono, mientras sus pies se apoyaban firmemente en el lado inferior. Tenía que concentrarse, no permitir que entrase nada en su mente que no perteneciese al estricto mundo de las realidades geométricas euclidianas. Si sus cálculos eran exactos, la circunferencia por él trazada en el piso de la celda, tenía el mismo diámetro que la que llamaremos circunferencia-puerta, situada en la base del gran hexaedro interior. Y sus cálculos eran sin duda exactos, puesto que habían sido realizados una y otra vez con arreglo a lo que se enseña en el tratado de *Divina proportione*, y teniendo ante sus ojos —ante los ojos de la memoria—, los dibujos que maestro Leonardo había hecho para ilustrar la obra del fraile de Borgo San Sepolcro, su grande y recordado amigo fra Luca Pacioli. Sin olvidar *El número de oro* del dacio Matila Ghika, donde está toda la perfección del canon, célebre desde los griegos, y el *De prospectiva pingendi*, de Piero della Francesca: fue aplicando el concepto que el gran pintor profesaba del cono de rayos que va del ojo humano a los distintos objetos y que es cortado por un plano, en el cual las intersecciones con esos rayos designan los lugares que los objetos ocupan en su perspectiva de dicho plano, como fijó el lugar y el diámetro de la circunferencia-puerta.

Fanto comenzó a desnudarse, pero había concebido que era desnudo como podría salir de la Esfera. Le dolía dejar en la celda los zapatos con hebilla de plata que le habían hecho a medida en Florencia, y el cinturón de piel de dragón, trenzado de a

tres, que le había regalado su amigo el duque de Urbino después de la batalla de Trevisano. Lionfante, su caballo le había dado las gracias al duque en elegante latín, citando a Virgilio, y relinchando en griego, porque de alguna manera los hexámetros homéricos tenían que estar presentes en toda épica ocasión. Fanto, desnudo, se tumbó en el suelo, dentro del hexágono dibujado con tiza. Conforme había desnudado su cuerpo, tenía ahora que desnudar su mente de todo lo que pudiese perturbar la acción que iba a realizar. Lo había logrado ya en anteriores ocasiones, tanto con los ojos cerrados como con los ojos abiertos. No podía intentar la salida hasta que en la meditación llegase a ver su cuerpo no como tal, sino como una línea sinuosa que cortaba con sus curvas una recta. La línea sinuosa nacía de una espiral en su frente, y terminaba en otra espiral en sus pies. Mentalmente, Fanto enviaba toda su sangre, la sangre que corría por su cuerpo, a dicha línea sinuosa, la cual comenzaba a sufrir en sus curvas exteriores, lentas sístoles y diástoles, mientras que la línea recta, la columna, se anheaba y aparecían como cortándola, en doce partes iguales, pequeñas medias lunas. La roja línea sinuosa contrastaba con la verde recta y las blancas medias lunas, pero Fanto sabía que tenía que superar la visión coloreada de aquel extraño resumen de su cuerpo. Sumaba sin cesar letras mágicas, y Fanto ya la contemplaba desde el exterior de su cuerpo que era ahora una neblina espumosa y blanquecina que se hundía lentamente en el suelo de su celda. Su mirada se había transformado en una luz dorada, que llenaba todo el hexaedro. El alma suya —sí, sería el alma, la voz—, una gota de azogue, se balanceaba en la curva terminal interior de la espiral correspondiente a la frente del cuerpo de Fanto. Poco a poco fue cesando en su movimiento pendular hasta quedar fija en el extremo interior de la espiral.

Cuando Fanto realizaba los primeros ensayos de su acción mental, una vez, al llegar a este punto, impulsado por una sincera emoción, contemplando la brillante bolita, no pudo evitar un humano pensamiento, al recordar unas palabras escuchadas una vez, unas palabras que no eran suyas, pero que se abrieron como un relámpago en lo que persistía en él, en aquel trance, la realidad humanal:

—*Animula vagula blandula...*

Las palabras del César Adriano... La bolita se hizo llama azul, y Fanto sintió como un frescor insólito le acariciaba los ojos y la boca, le sosegaba el corazón, despejaba su mente. Se creyó —o se vio—, de pie súbitamente en el centro de la celda, levitando en el hexaedro, un ser alado y luminoso. Y efectivamente, lo fue durante un segundo. Y cuando «despertó», no le cupo duda alguna de que una nueva, estrecha, sincera y perpetua amistad, se había establecido desde aquel instante entre su alma y su cuerpo.

—¡Inmortalidad! —dijo.

Y se quedó dormido, tras haber percibido que su cuerpo realizaba un movimiento insólito, que solamente años más tarde, reflexionando sobre prisión y fuga, comprendió Fanto: plegara las alas al acostarse, dulcemente fatigado.

Habían llegado el día y la hora. Fanto Fantini della Gherardesca, desnudo, tumbado en el suelo de su celda, era pura geometría, una línea sinuosa cortada por una recta, inscrita en un hexágono, a su vez inscrito en una circunferencia. El conjunto se desprendía del suelo y se incorporaba, deslizándose hacia el espacio vacío entre las esferas. Fanto comprobaba que la Esfera era una construcción imaginaria del Gran Rector, que aquello no había sido NUNCA CONSTRUIDO: una tela de araña imaginada por alguien que podía estar a mil leguas de allí, y a la que le bastaba para subsistir que los prisioneros se creyeran atrapados para siempre. Sus reflexiones sobre la Esfera habían sido correctas, y solamente transformándose en algo de la misma naturaleza imaginaria que la construcción del Gran Rector, era posible la salida. Apoyando la cabeza y los pies en los lados superior e inferior del hexágono, respectivamente, recobrando, iniciada la marcha en el vacío, segundo a segundo su cuerpo, que iba pareciendo tal pintura Apolo en el bastidor bajo el pincel del maestro, Fanto volaba como cometa hacia la puerta, a la que ya veía allá abajo, primero no coloreada, más tarde, a medida que abandonaba su expresión geométrica, circunferencia roja, hexágono azul. Atravesaba capas de aire caliente, en cierto modo del cerebro del Gran Rector. El hexágono en que Fanto estaba inscrito era ya sólo la idea que él tenía de la existencia de un hexágono, y no la figura dibujada con tiza en el suelo de la celda hexaédrica. Avanzaba, suponía, a una velocidad constante, probablemente la del sonido. En el momento mismo en que «su» hexágono, chocase contra el hexágono de la puerta, idéntico, Fanto saltaría hacia el exterior, al campo. Pero...

Fanto se dio cuenta de que estaba siendo contemplado por la mente del Gran Rector. Fanto ya había supuesto más de una vez la brusca interrupción por este de sus planes. Era evidente que el Gran Rector, en el brevísimo tiempo del descenso de Fanto, no podía imaginar otra estructura geométrica que contemplase todos los elementos esenciales de la construcción. Por tanto, hexaedros y esferas, hexágonos y circunferencias, tenían que permanecer, y Fanto, en su fuga, era un hexágono de idéntica área al hexágono-puerta. Mejor le sería al Gran Rector mantenerse en su eterna apatía, y permitir la fuga del condottiero —la única que se había dado y daría en toda la existencia de la Esfera—, que poner en peligro su bellísima construcción. La puerta se acercaba, y la mente de Fanto recorrió, como una mano que acariciase el asta de una lanza, los seis lados del polígono en que viajaba, polígono que por otra parte solamente existía ya en su mente. ¡La mano acariciando el asta de la lanza después de la batalla, cuando la sangre del enemigo muerto seca en ella, y la palma de la mano la reconoce en verruguilas y arrugas que se han adherido al impío fresno! Fanto el Mozo —por vez primera se dijo a sí mismo el mote con que le saludaban los soldados, por el que al oírlo salían las mujeres a las ventanas en la rúa mayor de las villas, cuando se anunciaba que llegaba, victorioso, el generoso capitán de los ojos azules y las ardientes arengas—, entraba en el instante final de su viaje. El Gran Rector no se había movido consciente, quizá, de la inutilidad de cualquier

intervención suya. Fanto aún tuvo tiempo de imaginarse el largo balcón de un palacio en el que se apretujaban las bellas de la ciudad, largas y doradas cabelleras, finos cuellos, dulces pechos gritando su nombre, vaciando cestillos de flores. Se le llenó la boca como de leche azucarada, y se escuchó decir sus nombres:

—¡Vanna! ¡Pia!

Sí, llegaba a la ciudad después de una hermosísima victoria. Pero, el Gran Rector comenzaba a actuar. Con un pincel, la enorme mano de oro reforzaba con tinta negra los lados del hexágono-puerta. Para mantener la proporción dentro de la estructura general, permanecía —una leve línea azul—, el hexágono primitivo, aquel cuya área era idéntica a la del hexágono en el que había iniciado su viaje Fanto. Por segunda vez, el pincel engrosó las líneas que limitaban el polígono, reduciendo, por tanto, el tamaño del hueco por el que Fanto iba a salir.

Fanto no podía detenerse en la fuga, buscar otra salida, que sin duda habría. No podía romper el juego —no quería—, diciendo que adivinado que la construcción no existía, ya estaba libre. Si se detenía, le daría tiempo a la mano del Gran Rector para cubrir con la oscura y mefítica tinta de su pincel toda el área del hexágono... Fanto ya veía el campo verde en el que iba a caer. El viento introdujo en la Esfera unas hojas secas, con las que tropezó el rostro de Fanto en el momento del choque de los dos hexágonos. Fanto rodó fuera, y con la violencia del golpe perdió el conocimiento. No pudo darse cuenta de que había asustado a unas ovejas pardas, y a unos cuervos que buscaban granos en una era recién sembrada. Una mujer gritó.

Las nuevas líneas trazadas por el Gran Rector con tinta negra, reduciendo el área del hexágono al aumentar el espesor de sus lados, habían dejado su huella en el cuerpo de Fanto el Mozo. La línea del lado superior del hexágono no sólo le había privado del rubio y rizado pelo, arrancándole gran parte del cuero cabelludo, sino que le había dejado en la cima de la despejada frente como una línea negruzca y maloliente. Y la línea del lado inferior, le había cortado como media pulgada de carne todo a lo largo de los pies.

Gracias a la ventriloquia políglota de Lionfante, que lo había esperado durante varios meses escondido en los bosques vecinos —y en ratos libres sorprendiendo a las mujeres que iban a recoger leña, a las que hacía elocuentes y osadas declaraciones de amor, y el pueblo creyó que había llegado a la comarca algún dios antiguo—, pudo Fanto llegar a casa de su amigo el médico Jacopo Barigazzi, más conocido por Berengario de Carpi, famoso autor de unos *Comentarios* anatómicos. Berengario realizó diferentes injertos en la cabeza de Fanto, trayendo piel del occipucio a los parietales y temporales, y aunque logró cubrir de pelo la cabeza del capitán, no era el rubio tan vivo. Y en lo que toca a la cinta negra, Berengario comentó:

—Conoces perfectamente, Fanto amigo, la historia del talón de Aquiles. Pues bien, tu caso es el opuesto. Quizá seas ahora más débil físicamente, y pongan tu vida en peligro heridas que antes considerarías como simples arañazos. Tu alma se está

alimentando en exceso de tu cuerpo, pero contra eso no hay remedio. Eres vulnerable, pero nadie podrá herirte ahí donde esa cinta negra mancha tu frente. Si quieres, cuando vuelvas a ponerte al frente de tus tropas, haremos correr el rumor de que solamente ahí eres vulnerable, como Aquiles sólo lo era en su talón.

Mandó Berengario medidas nuevas de los pies de Fanto a un famoso zapatero de Florencia, con instrucciones para plantillas articuladas y almohadillas, y pronto tuvo el condottiero varios pares de botas, borceguíes y sandalias nuevas. Y como Fanto quería discutir el asunto de su prisión por geometría con fra Luca Pacioli, se dirigió a Perugia, donde el fraile enseñaba el ábaco. Fra Luca lo recibió con alborozo. Cuando Fanto Fantini della Gherardesca le describía la esfera que contenía el hexaedro el maestro de la Divina Proporción se levantó del sillón en que descansaba cerca de la ventana, se dirigió a un armario empotrado en la pared, y regresó portando en las dos manos la maqueta de una esfera, cuyo ecuador estaba señalado con una raya roja. La abrió en dos mitades, y mostró el interior a Fanto. Sí, allí estaban las celdas, los pequeños hexaedros, dentro de sus esferas.

—¿Treinta y seis? —preguntó Fanto.

—Treinta y seis —respondió el maestro.

Fanto sonrió, e introduciendo en la mitad superior el dedo índice de su mano derecha, señaló un lugar situado en el grado treinta, inmediatamente encima del ecuador.

—Mi celda —dijo.

Y algo como ternura lo movió, y tocó. Notó la quemadura cuando ya se había derretido, como plomo, la mitad del índice de su mano derecha. No sentía dolor alguno. Fra Luca lo abrazó, y sopló en el pequeño muñón carbonizado del dedo.

—Te haré un índice de oro, querido Fanto.

La tormenta que había estado amenazando sobre Perugia, descargaba al fin. Gruesas gotas se abatían contra los pequeños y cuadrados cristales de la ventana, y se veía brotar, de las enormes y oscuras nubes, la terrible fúlgura.

IV

L OS griegos entraron con él en el patio, y lo dejaron, atado de pies y manos, bajo una de las arcadas, sin que el del gorro rojo, que no hacía más que voltear la pesada lanza, le quitase ojo, esperando a que llegase el intérprete de venecianos. Cerca de él estaba una campesina a la que habían decomisado cuatro serones de higos pasos. Era una mujer flaca y morena, desgreñada, vestida de negro, la falda rota que dejaba ver un trozo de muslo blanquísimo, inconcebible en quien en rostro y brazos, y piernas de la rodilla para abajo, tenía la piel negruzca y como quemada. Los serones estaban allí, a la sombra, y la mujer cada pocos minutos se dirigía a uno de los guardias del bizantino, que se daba aire con la pamela, para decirle algo al oído. Al fin, debieron de llegar a algún acuerdo, que el guardia permitió ir a la mujer a lavarse a la fuente que había en el centro del patio, y que era un tritón con su bocina, y apareció otra mujer, que pasó a la contrabandista un peine, y mientras esta se lavaba y peinaba, le zurció la falda, con lo cual dejó de verse el blanco muslo, al que estaban atentos a la vez Fanto y el del gorro rojo. Cuando aquella blancura desapareció, se vio bien la vejez y negrura de la mujer, y su cansancio. Era de la misma materia que la tierra negra de la isla, y sus ojos brillaban como los de las ratas que atoban en ella. Fanto asistió sonriente a la trampa, que fue que mientras la mujer se lavaba y peinaba, tres hombres que paseaban distraídos bajo los porches, arreglándose la faja y mirando de lado hacia la puerta, seguidos de una niña cojita que jugaba tirándole un limón a uno que sería hermanillo suyo, súbitamente, los hombres, se echaron cada uno un serón a la espalda, y desaparecieron por una, puerta que la cojita, al tiempo que recogía el limón que le devolvía el niño, abrió súbitamente. Por una puerta desaparecieron los hombres y el niño, y apareció junto al serón que quedaba un monje de barba partida, que siguió el juego del limón con la cojita. La mujer gritó al ver que le faltaban sus serones de higos pasos, el monje negaba con la cabeza señalando el suyo, sobre el que se sentara, y el guardia se sacaba el casco y se rascaba la cabeza. Vino un cabo bizantino, que quiso levantar al monje del serón, pero este no se movió. El cabo insistía, pero va el monje, y levantándose el hábito, bendijo en voz alta con muchos kirieleisones, por entre las piernas abiertas, desnudas y pilosas, el serón. Se buscó una pulga que halló presto, bajó el faldón y sonrió. Mientras tanto, la mujer, olvidada por los guardias, se había deslizado bajo los arcos, fuera del patio. La cojita le dio a este una vuelta, jugando, y le iba a tirar el limón a Fanto, pero le vio las manos atadas, le sonrió y se fue. Desde la puerta volvió a mirar al capitán de rubio pelo. El guardia y el cabo bizantino entraron, discutiendo entre ellos, en el cuerpo de guardia, lo que aprovechó el monje para silbar llamando a uno de los hombres que se habían llevado los serones, y que ahora entraba por puertas, sin prisa y siempre apretándose la faja. Cargó con el serón del monje, y se fueron. El del gorro rojo golpeó en el suelo con la contera de su lanza, y dijo, cabreado, algunas palabras helénicas, a media voz.

—¡Cabrones monjes! —le pareció entender a Fanto que decía.

La cojita volvió a entrar en el patio, y traía atados por las patas dos pichones, y como quien está práctica en la tarea, corrió hacia la puerta del cuerpo de guardia, y los dejó colgados de la misma alcayata que sostenía el cuadro con el orden del día. Sería el precio del soborno. Con las manos a la espalda, sonriente y tímida, se acercaba al capitán. Era muy bonita, los ojos verdes, los dientes blancos e iguales entre los finos labios, y la ceñida blusa hacía ver que ya le brotaban redondos pechos. Tenía una pierna redonda y fina, pero la otra era más corta y sólo hueso. De la sana iba descalza, pero la enferma la calzaba con un medio zueco de madera. Se detuvo junto a una columna, de modo que no la viese el del gorro rojo —un tipo impaciente, volteando la lanza, escupiendo, hablando airado consigo mismo, volviéndose si pasaba una mujer—, y se quedó un instante mirando al capitán.

Los ojos verdes lo decían todo, su dolor por verle atado de pies y manos, y su asombro por la larga y rubia cabellera de Fanto. Quizá nunca hubiese visto a un rubio la niña. Sacó el limón de la faltriquera y tras hacerle una seña, se lo tiró al capitán, quien pese a las manos atadas acertó a sujetarlo contra el pecho. Estaba imaginando como devolvérselo, cuando por la puerta asomó la mujer de los serones, al parecer inquieta. Vio a la niña y gritó:

—¡Safo! ¡Safo!

La niña corrió, se detuvo junto a Fanto, le tocó con la mano derecha el pelo, una brusca caricia de una mano que olía a limón, y volvió a correr, arrastrando la pierna esquelética e inútil. El del gorro rojo la alcanzó de plano con la lanza anatólica en las nalgas y la derribó. La cojita se levantó rápida y huyó hacia la puerta. La mujer de los serones gritó una vez más:

—¡Safo!

El del gorro rojo se volvió hacia Fanto, y le dijo en lo que a él le pareció que era veneciano:

—*Tutainai putanai!*

Y escupió otra vez. Era un tipo de saliva negra, y por poco acertó en los chapines blancos del intérprete de venecianos, quien se acercaba a identificar el prisionero.

—¿Te llamas? —le preguntó obligándole a levantarse del asiento de piedra en que aguardaba.

—No he sido hecho prisionero en Tamnos, sino en la isla de Chios, en una playa, y mientras echaba una siesta. Me echaron una red encima, me envolvieron en ella, me metieron en una barca y aquí me trajeron.

—¿Qué hacías en Chios?

—Mandar por la República de Venecia el castillo.

—¿Un capitán? ¡Nunca se ha visto un capitán de Venecia echar medio desnudo una siesta en una playa! ¿Cómo te llamas?

—Soy el señor Fanto Fantini della Gherardesca a sueldo de Venecia.

El intérprete, tras rascarse el mentón en el que le brotaban unos pelos canosos y

rizados, dijo escrutando a Fanto con sus ojos legañosos:

—El gobernador del Basileo, que Dios guarde, escribirá a Constantinopla diciendo que estás aquí, prisionero, y que dices ser el señor tal y cual, a sueldo de venecianos. El ministro de Forasteros, un día que tenga tiempo de abrir carpetas, se encuentra con tu nombre y prisión, y manda llamar al escribiente de Raros y Lejanos, y al asesor de Costumbres Extranjeras, y discuten tu caso, la siesta en la playa, opinando que querías darte muerte tumbándote al sol. ¡Como si los estuviese oyendo! Lllaman al nuncio de Venecia que a lo mejor no lo hay, y hay que esperar que llegue el nuevo, y este dice que sí, que eres ese Fanto y escribe a Chios, y naufraga la nave que lleva la carta, porque ha saltado lebeche, y pasan dos o tres años...

Lo mejor, amigo, es que te rescates. Yo hablaré con el gobernador del Basileo, que es un oficial con derecho a mitra, muy lacónico, gran jugador del dado y este mandará un pescador a Chios, de los que andan con sus nasas a la langosta, diciendo cuánto oro, y en saliendo el dinero de aquel castillo, tú sales libre de esta prisión. ¡Como te lo digo!

El intérprete de venecianos se frotó las manos, largas nudosas, y sacando de un pliegue del jubón un pañolico, con la punta se sacó, muy cuidadosamente una legaña amarilla del ojo izquierdo.

—¡Los míos me buscarán! —afirmó Fanto.

—¡Buscarte! Hay cien islas, y en ellas, en confianza, todos son piratas. Nadie te ha visto, nadie te verá. Hay islas que, como no las hayan cogido en un mapa, una noche desaparecen, y en su lugar aparecen otras. Lo mejor es que te rescates o te pudrirás en la torre.

Volvió el intérprete a trabajar cuidadosamente en sus legañas. Alto, flaco, gastaba bicornio y hablaba despacio y suasorio, mojando de cuando en vez los labios con la punta de la lengua, y frotándose las manos cuando terminaba párrafo.

—Y no discutas el montante del rescate. Di que eres persona principal y que el oro vendrá presto. En espera de él, te tratarán bien. Y si después no viene todo el rescate, sino parte, te soltarán porque no van a seguir manteniéndote con salmonetes emperejilados.

Y pide cama en la parte alta, que las celdas de abajo fueron almacén de sal, y las paredes están siempre rezumando. Yo me ofrezco para escribir cartas a los tuyos, o a Venecia, donde tengo un amigo que borda guantes para la familia Correr, y fue de la policía, pero un día de servicio, yendo disfrazado de sordo, para no fallar por las tiendas dejara el oído en casa, y al regresar no lo encontró, que la suegra había hecho limpieza. Tuvo que dejar la secreta, pero conserva muchas amistades, y me sirve. Yo te paso por diez escudos, y me añades unos chapines forrados.

—¿Y no podía arreglarme contigo? —preguntó Fanto, confidente.

El intérprete de venecianos meneó tristemente la cabeza. Se quitó el bicornio galoneado y se limpió el sudor.

—¡Ya dieron el parte al mitrado, amigo! Y como le gustan los rubios, que por

aquí no hay, y no ha visto ninguno desde que viajó por Siria, donde quedan varios, nietos de los francos, no hay manera de esconderte. ¡Debiste de teñirte el pelo de negro!

El intérprete, viendo la buena disposición de Fanto, le trajo un jarrillo de leche y trató con el del gorro rojo que le soltase las amarras de los pies, lo que este hizo a regañadientes. Fanto, ante la curiosidad del vigilante hizo flexiones de piernas por desentumecer los miembros, giró de puntas y brincó, y en esta gimnasia estaba cuando llegó el gobernador, anunciado por un corneta y un tambor, y seguido de un perro que saludaba al público con alegres ladridos. A Fanto le sonrió el corazón: el can era Remo, el braco querido.

El gobernador era un rechoncho en la sesentena, mediano de estatura, la barbita en punta, las mejillas coloreadas con papel de Damasco, las cejas salpicadas con polvo de plata, la boca pequeña en forma de corazón, y las manos llenas de anillos. Movía mucho la cabeza, quizá porque tenía la mirada inquieta, y un gesto muy suyo era el de quitarse una gran sortija del índice de la derecha y apretar con ella la punta de la nariz: le quedaba por unos instantes la señal de un círculo blanquecino. Remo se había echado a sus pies, y se tapaba los ojos con las orejas, porque no se le viese, quizá, pensó Fanto, la emoción de hallarse ante su amo.

—¿Veneciano? —preguntó el gobernador.

Miraba a Fanto de arriba abajo. Admiraba, se le veía, las piernas, la cintura, el pecho desnudo, la cabellera rubia.

—¡Acércate! —ordenó a Fanto el gobernador. Se lo decía en griego al intérprete, y este daba la orden en dialecto veneciano, tras lo cual, inclinándose ante el gobernador, que se recostaba en su sillón, repetía la voz en griego, como mandaba la ley.

Fanto Fantini se acercó, y el gobernador con la mano le ordenó que más y más, hasta tenerlo a un palmo.

—¡Acerca la cabeza!

Fanto se inclinó, y la hermosa y ondulada cabellera rubia se vino hacia adelante, cubriéndole el rostro. El gobernador tocaba aquel suave cabello, lo acariciaba, apreciaba su finura con las yemas de sus dedos, y llevó un mechón hasta la punta de barba, hasta su nariz, hasta sus ojos inquietos. Suspiró, sonriente. Serio, con voz grave, dispuso, y el intérprete tradujo guiñando un legañoso:

—Quede el reo para ser interrogado en privado en la celda de respeto.

Y ahora estaba Fanto asomado a la ventana de la celda, en lo más alto de la torre del palacio bizantino, riéndose de la escena pasada, y preguntándose cómo habría llegado Remo a Tamnos, y había encontrado plaza en el séquito del gobernador, que se llamaba Michaelos Liparos. El mar llegaba al pie de la torre, y rompía, monótono, contra unos rústicos caballos de Frisia que habían puesto para defensa de los cimientos. Sólo mar, mar azul, se veía desde la ventana. Para saltar al agua, la altura era mucha y el fondo poco, y el cuerpo se desharía contra las rocas.

Se volvió al escuchar, junto a la puerta, un ladrido de Remo, quien le comunicaba en confianza que el gobernador era marica, y bestial, que le hacía caricias en las partes, y que pasaría en la noche a saludarlo desde el mar. Y por ser palabra extraña y no poder decirla ni con ronroneos ni con ladridos, le pasaba con un nombre por una rendija de la puerta. Con aquellas sus letras etruscas, y con carbón, Remo había escrito: «Safo». Fanto recordó la niña cojita, y tomando el limón en sus manos, que lo había dejado sobre la manta gris ceniza del catre, lo olió... Oía verde, como debe oler la vida moza. Después de la cena —que fue de cordero con higos, y de beber, vino aguado con resina—, Fanto se asomó aguardando la aparición marítima de Remo. La luna llena le permitía verlo junto a los caballos de Frisia, y cerca, en una gamela, remaba la cojita, la cual al verlo en la ventana dejó los remos y lo saludó con un pañuelo blanco. Remo imitó la lechuza, que era la señal de que su amo se mantuviese vigilante. Safo volvía a remar, acercando la gamela a la rompiente, y de pronto, a su alrededor, saltó una lluvia de plata. Delfines que retozaban, se dejaban tocar sus cabezas y en sus lomos por la mano de Safo, y ahora se apelotonaban, en rebaño, justo en la última fila de las puntiagudas piedras. Remo ladró:

—¡Adelante!

Los delfines eran siete u ocho, y se dejaban estar quietos, con la cabeza hacia el mar, medio lomo fuera de las aguas. Era en ellos donde Fanto debía caer, en aquel colchón de piel brillante, que relucía bajo la luna. Safo movió su pañuelo. Remo volvió a ladrar, y esta vez en griego dijo algo así como simmetresis, que quiere decir justa medida o cálculo perfecto, y era palabra aprendida en las lecciones de fra Luca en Perugia, y añadió, urgiendo:

—¡Adelante!

Fanto se descolgó fuera de la ventana, sosteniéndose con ambas manos que debía servir para sujetar la reja, que ahora no había, y apoyándose con los dos pies en la pared, se dio impulso para el salto. Sí, simmetresis, como diría fra Luca. El capitán cayó justamente sobre la cama que hacían el rebaño de delfines, al que Safo regía con voces cariñosas, llamando a cada uno por su nombre. Su peso hundió a los delfines, los apartó, y Fanto entró en el agua, pero ya sin riesgo de golpearse contra las rocas. Remo había saltado a la gamela de Safo, y la cojita, sonriente, remaba hacia una cala próxima. Los delfines saltaban alrededor. Fanto se había sentado a popa y dirigía su mirada a la ventana de su celda, en la que había dejado encendida la aromática vela de cera virgen.

—De la barca en que te trajeron a Tamnos —explicó Remo a su amo—, colgaba a popa un cabo, al que me sujeté con los dientes y las patas delanteras, y remolcado llegué al mismo tiempo que tú a esta polis. Me hice el distraído por las calles y los alrededores del palacio, y vino a saludarme un dálmata, cansino y escéptico, quien me dijo que había sido favorito del gobernador, pero como ahora, por los años, ya no sabía brincar por un aro enguinaldado, y además, una perra que apalabrara en el puerto y que hacía francés le saliera celosa, se había ido libre de palacio. Yo le dije

que me gustaría conocer al gobernador, aunque fuese marica, que tenía un trámite pendiente, y sólo el gobernador podía resolvérmelo. El dálmata me llevó hasta la puerta del gobernador, y cuando salió acudí a darle la mano e hice una cabriola, y ensoñando en la perra del dálmata descabecé el pirulí, y levantando la pata como para mear, se lo rocé en la pantorrilla que, como te habrás fijado, por el calor del verano la trae desnuda. Se rió y mandó que me pusieran de plantilla. Con lo cual ya pude entrar y salir del castillo, y buscar cómo mejor servirte.

La cojita, sentada en unas redes, asistía curiosa a los murmullos, ronquidos y voces del perro, entendiendo que era hablador y le pasaba noticias a su amo. Cuando terminó de contar se acercó a Fanto y le dio la mano, y a una seña del capitán se volvió para dársela también a Safo, la cual comenzó a contar, medio en griego, medio en veneciano, y parte por señas, que vio a Remo salir de paseo cuando el gobernador hizo la siesta, y se acercó a él, y el perro le apareció triste, y alguna sospecha le vino de que tendría que ver con el hombre del pelo rubio, porque el perro era forastero y no hacía más que mirar para las ventanas de la torre.

—Fui por mi caja de hilos —prosiguió Safo—, y le mostré el negro, y el perro dijo que no, y el blanco, y que no, y le mostré uno de oro que guardo para bordar una flor amarilla en una falda, y el perro ladró que sí, y ya supe que tú eras su amo. Y haciendo que mi tío segundo el monje Paschalos hablase con el intérprete de venecianos, supe que te llamabas el señor capitán Fanto Fantini della Gherardesca, que eras rico y famoso, y la celda donde estabas, y se me ocurrió librarte, y le dibujé en la arena el plan, como iluminación de iglesia, a Remo, el cual no entendía qué eran delfines, y tuve que írselos a mostrar en la playa, echándome a nadar con ellos, para que viese que los tengo amigos, y aún enamorados, que ellos no se enteraron de que soy coja de la izquierda.

Calló un instante, y Fanto tendió hacia ella las manos abiertas. La niña puso las suyas en las de él, palma contra palma.

—Y como sabía que habías escuchado mi nombre cuando me llamó mi tía Eufrosia, la de los serones de higos pasos, y quería que supieras, pues me habías mirado a los ojos verdes, que yo te libraba de prisión, le dije mi nombre, Safo, a Remo, para que te lo pasase. ¡El corazón sentí que se me iba del pecho cuando saltaste, como a darte la mano y asegurarte sobre los delfines!

—Te recordaré siempre. Te mandaré desde Venecia un traje de fiesta, que allá se hacen con muchos encajes, y sortijas, y dos agujas con perlas para el pelo. Y te puedo jurar que despertaré muchas veces muchas noches porque dos mariposas verdes acuden a posarse en mi corazón.

La cojita lloraba, y Remo salió fuera de la cabaña, porque no le agradaba el romanticismo. Al alba, y todo discurrido por Safo, estaban dos delfines enganchados a la proa de la gamela, como muías a la carroza del cardenal de Pisa, y dispuestos a tirar de la lancha hasta Chios, donde Fanto mandaba por Venecia. Antes de subir a la barca, el capitán se arrodilló ante Safo y apoyó la frente en el vientre de la cojita. Esta

le acariciaba el rubio pelo. Sonaron campanas lejanas y se impacientaron los delfines.

V

CUMPLIERA el signor Fanto en abril los treinta y tres años, cuando le llegó a Chios orden de la Serenísima de que dejara retén en el castillo al mando de su segundo, un tal Astolfo San Doná di Piave, que era veneciano de nación y peleaba a la suiza, y que tomara nave para Chipre, donde partidas otomanas andaban levantando mapa a la vez que depredaban y se llevaban prisioneros los más mozos de los griegos, que estaban entonces en la vendimia. En la «Giorgina» llegó Fanto a Limasol, habiendo hecho escala en Rodas, donde fue huésped de los sanjuanistas, ante los que alabó a su tutor, el finado signor Capovilla, que aún era recordado por algunos comendadores de los que, jubilados, reposaban en el Casón de los Quietos. Alguno de estos caballeros aún bajaba hasta el Portal de Novicios, a explicar a las nuevas generaciones militares el arte de la guerra. De Rodas a Chipre llevó la «Giorgina» viento cretense a popa, que es caluroso aun en los umbrales del invierno. Remo iba de vez en cuando a echar un vistazo a la aguja, y como el piloto dijese que añoraba su casa en Portogruaro, que ya llevaba dos años seguidos de mar, y que cuando bajase a tierra iba a pasarse uno largo de labrador, injertando manzanos y plantando cebollín, Remo, por hacerle despertares campesinos, se corría con el alba hacia popa, imitando el gallo. Lionfante, que se mareaba, se tumbaba buscando que le diese el viento en la frente, y Nito aprendía esgrima por triángulos con uno medio genovés, medio sevillano, que iba a Chipre a ganarse la vida con una mona amaestrada, que se llama Currita. Los marineros le contaban del mar a Fanto, y conocían por el perfil las islas que asomaban a estribor y babor. Uno de ellos afirmó que en una guardia de medianoche había escuchado la sirena, mismamente por donde ahora navegaban.

—¿La viste? —le preguntó Fanto.

—Pues sí, y más me hubiese valido no verla. Era una vieja, la piel arrugada, las tetas caídas, y falta de un brazo, que se lo había tronzado un congrio. Por la voz era de veinte años lo más, fresca y amorosa, pero ya sabía ella que a la vista no engañaba, y cuando terminó de cantar, me pidió limosna. Se encaprichó con un pañuelo rojo que yo llevaba al cuello, un pañuelo comprado en el San Benito en Palermo, y se lo di. Y digo que más me hubiese valido no verla, porque desde entonces, cada vez que llevo a puerto y me voy con la paga fresca a buscar mujer, y me gustan de las más jóvenes, aunque me salgan algo más caras, con lavado de jabón de olor y ropa limpia en la cama, en el trance, digo, se me borra la moza con su juventud y aparece la sirena vieja, con su cara arrugada, una pelambre áspera en las mejillas y una mueca que le hace cerrar el ojo izquierdo con un sobresalto de cuello.

El marinero, probando el asco que tenía, preparó un grueso gargajo y lo soltó a sotavento.

Desde Limasol tenía Fanto que subir hasta Famagusta lo más al interior que pudiese, viendo dónde fortificar atalayas y por donde fuese más fácil abrir un camino

que permitiese en dos jornadas poner la tropa en el lugar de la costa donde apareciese el turco. El primer domingo de adviento estaba Fanto con su gente en Famagusta, presentándose a ser Franco Loredano, capitán de mar y tierra en Chipre por la Serenísima, con quien consumió dos mañanas explicándole esculcas y veredas, y todo lo que sabía del terreno. Cuando terminó la última conferencia, ser Franco Loredano le pidió al capitán Fanto Fantini que se quedase a almorzar, que había liebre con coliflor, de postre pastelón de membrillo, y le habían traído un regalo de malvasía nueva, para que la catase. Agradeció Fanto aquella prueba de amistad de ser Franco, que además de jefe militar y naval era de los Ciento y tenía un hermano entre los Diez, que se decía iba para Dogo.

Por un paje griego que tenía de cortina, mandó ser Franco un aviso a la noble dama con la que estaba casado, que se llamaba donna Cósima Bruzzi y era de los príncipes de Istria, de que a las doce tenían invitado al señor Fanto Fantini della Gherardesca. El encuentro fue en la cámara que llaman de los Pájaros, por las pinturas que allí hay de miles de ellos, todos diferentes y nunca vistos. Donna Cósima era en verdad tan hermosa como propalaban los que de verla habían quedado admirados. Los ojos de Fanto, mientras ser Franco llenaba con la malvasía nueva unas copas de Murano, buscaron apasionadamente quedarse para siempre en la memoria con el retrato de aquella hermosísima señora, con el negrísimo color de las largas trenzas, con la blanquísima piel, con los ojos leonados, con el levantado pecho, con la mano que sostenía un pañuelo bordado, con el largo brazo desnudo, con la boca que le sonreía, y con una sombra de melancolía que la envolvió de pronto, y que Fanto se dijo que era la sombra de un alma desilusionada. Ella se sintió envuelta en el calor irresistible de aquella mirada, y para no rendirse con otra semejante llevó el pañuelo bordado a su rostro, como oliendo el perfume que conservaba. Cerró los ojos, y tintinearón en el antebrazo las finas pulseras de oro bizantino, adornadas con cascabeles.

Ser Franco, en el almuerzo, habló de turcos y de navíos, del papa, del mercado de la seda, de los sanjuanistas, y le contó a donna Cósima lo que se decía de Fanto, aquel joven capitán que tenían a la mesa, de sus tempranas batallas, de sus fugas, de la extrema fidelidad de su caballo y de su perro.

—En Venecia creen, signor Fanto, que tenéis amistad con fuerzas secretas que están más allá de lo humano.

Fanto se sonrojó, pero la ocasión era propicia. Llevándose la cerrada mano diestra al pecho, respondió:

—La única fuerza secreta mía, mis señores, es que juego mi alma contra mi cuerpo.

—¿Estáis soltero? —preguntó donna Cósima.

—Madame, hasta hoy he sido un jinete que pasa en un caballo desbocado junto a los lirios.

Ser Franco brindó la tercera copa de malvasía, y posándola en la tabla adormiló.

Frente a frente, en larguísimo silencio, quedaron Fanto y donna Cósima. Iban y venían las sonrisas y las miradas, los labios se abrían para decir y se quedaban mudos, las manos avanzaban a través de la mesa, buscando encontrarse, pero se quedaban a medio camino, disimulando su voluntad de caricia en el pie de una copa, o en una de las rosas que fingían una guirnalda en los manteles. Donna Cósima bebió un sorbo de malvasía, y vigilando los párpados cerrados del Loredán, su señor y esposo, la fue empujando hacia el centro de la mesa. Hizo lo mismo Fanto con la suya. Cambiadas las copas, puedo decir que los dos amantes, por vez primera se besaron, cristal de Murano en medio. Ser Franco roncó estrepitoso, y su propio ronquido le despertó.

Fue locura más que amor. El gran castillo se quedó súbitamente vacío y silencioso, y los amantes iban a placer por corredores y estancias, entrelazados, alados, bebiéndose la luz de los ojos, escuchándose el corazón. Todos los habitantes del castillo habían quedado como figuras de cera y papel en retablo de cantastorie napolitano. Estaban solos los amantes en el mundo, con las risas y los besos, y solamente ellos, por el fuego, eran vida. Ya se ve que cuento después de haber leído a Stendhal. Donna Cósima quería visitar todos los días la estancia en que había sido muerta dama Desdémona, y allí le pedía a Fanto amor eterno, y como prueba terrible celos. Vestía con ricas ropas masculinas haces de paja, y los acostaba en las camas suyas. ¡Célate, Fanto!

—¡Apaga la luz, y apaga mi luz! —le decía a Fanto, recordando la famosa frase del Moro.

Y llevaba las manos de él a su cuello, y era ella la que oprimía y oprimía.

Al llegar a este punto es cuando comienzan a diferir los propios informes enviados a Venecia; no concuerdan las historias sobre el dominio veneciano en Chipre, ni aclara decisivamente la cuestión el discurso del caballo Lionfante ante el Senado de la República. (Discurso, por otra parte, del cual se duda, modernamente, que haya sido pronunciado). Analizando el conjunto de datos y rumores que están a nuestro alcance, parece posible suponer que Fanto no dio muerte a donna Cósima, sino el burlado marido ser Franco Loredano, el cual pudo tener testigos de los adúlteros amores. Como es sabido, la policía de Venecia tiene un grupo muy especial de agentes, que se llaman «ecos», los cuales son preparados para muy secretas misiones de manera que queden amnésicos totales, y poniéndolos de escucha en determinado lugar, y teniendo como tienen el cerebro vacío de todo, se les queda grabado con puntos y comas todo lo que oyeron, y como es todo lo que recuerdan, a sí mismos se lo repiten, por si en lo oído está memoria de su vida, nombre, familia oficio, etc. Se les quita de la escucha encapuchados y con tapones para que no oigan más, y llevados ante los Diez, repiten como disco de gramófono. Pues un «eco» de estos, usado por-ser Franco, repitió ante la justicia veneciana las llamadas apasionadas de donna Cósirna a los celos y al crimen, lo cual sirvió de coartada a

ser Franco, e hizo pasar a Fanto por el autor del estrangulamiento. Se supone con fundamento que la muerte de donna Cósirna tuvo lugar un veintiuno de enero, precisamente el de mil cuatrocientos ochenta y cuatro, día en el que los turcos desembarcaron en la playa llamada de las Ánforas, al Sureste de la ciudad. Fanto acudió a la defensa de la costa, desbaratando la primera oleada turca, pero la segunda logró cortar el camino a Famagusta, cercando los infieles el castillo. El condottiero, que nada sabía de la muerte de donna Cósirna, combatió por abrirse paso hacia el puente. Desesperados combates cuerpo a cuerpo, en los que perecieron los más de los suyos. Una tercera flota turca vertió en la playa una selva de espingardas, lanzas y cimitarras. Fanto desapareció en ella. Cuando meses después, la armada de Venecia pudo cortar los aprovisionamientos a los turcos desembarcados, obligarles a levantar el cerco de Famagusta, ya estaba donna Cósirna enterrada, ya ser Franco Loredano había dado por cerrado el sumario, y el «eco» repetía incansable las terribles escenas en las que, en la cámara de Desdémona, donna Cósirna se desesperaba entre gritos y suspiros. Fanto Fantini della Gherardesca era el asesino, el segundo Otelo. Lo había salvado de la horca de Venecia —que es sabido que es de vuelo alto y el verdugo se abraza al penado al quitarlo de tablas, para que la muerte sea rápida, si la familia o un amigo ha dado propina—, el haber muerto, decían, alanceado por muchos turcos en el campo donde solían aparecer las amarillas primulas, yendo el invierno hacia la Candelaria.

En su discurso ante el Senado de la Serenísima, Lionfante afirma que Fanto abandonó la isla con la ayuda de siete delfines, pero los comentaristas creen que este pasaje corresponde a la fuga de Tamnos a Chios, episodio conocido con el nombre de «Amores de Safo con el delfín de Italia», que ahora se edita con otras novelas griegas, y en la que el propio Fanto es descrito como un gran señor de Italia al que la maga Cósima convierte en delfín para que nunca más vuelva a tierra a amar a Safo, a la que Cósima ama. Safo permanece fiel al príncipe-delfín. Como se ve, se trata de un arreglo alejandrino posterior. Lionfante asegura que, después de la liberación de Famagusta, él, que había quedado suelto en los montes, logró que un marsellés que andaba en el ejército echando las cartas, y llevaba el tarote envuelto en un paño de seda, verde, lo contratara para un número de ventriloquia, y que con el marsellés había regresado a Italia. La nave en que viajaban naufragó frente a Ancora a causa de un maremoto, el marsellés se ahogó con su tarote y la bolsa llena, y él se salvó a nado, decidiendo, pues creía que su amo había muerto, volver a la Camarga, donde pensaba encontrar al tratante que lo había vendido en Florencia a Fanto, y se quedaría con él hasta el final de los días, ejerciendo de caballo padre hasta donde tuviese fuerzas. El propio Lionfante ha contado cómo Fanto, malherido, escondido al saber que se le acusaba de la muerte de donna Cósima, fue curado por un monje griego que quería aprender las proposiciones del señor Pico della Mirándola, de las que le habían llegado noticias por un búlgaro muy mentolado que compraba manuscritos helénicos para los Médicis, y que el propio monje lo embarcó

en una nave de San Juan para Barcelona, desde donde Fanto, pensando que si Lionfante vivía, dolorido habría regresado a las cuadras casi nativas del camargués, allí se dirigió, y allí se encontraron jinete y montura, con grandes demostraciones de alegría. Hasta se alegró el camargués, quien decidió que era buena ocasión para beber algo. Los que creen en la estancia provenzal de Fanto, estiman que murió de sus heridas chipriotas, y que Lionfante le sobrevivió varios años.

VI

FANTO Fantini della Gherardesca veía su vida extendida ante sí como uno de aquellos pequeños valles que atravesaban los caminos que iban, en su tierra natal, de ciudad a ciudad. Sentado a la sombra de las bardas del corral en que encerraba los caballos del trato el camargués, su huésped, dejaba que el sol de abril le acariciase los pies descalzos. Oía cantar a Flamenca unas tonadas monótonas, que lo eran de amor, porque el bisílabo iba y venía por los versos una y otra vez. Flamenca se asomaba a la ventana, y Fanto veía sus redondos y blancos brazos. Contemplando sus pies descalzos se imaginaba los de Flamenca, blanquísimos, pisando la alfombra antes de acostarse. La vida se acababa. El camino atravesaba rápidamente el valle, pasaba el río por un puentecillo, contorneaba un bosque, hería una pequeña aldea, tomaba la sombra de unos cipreses al pie de un alcor, y desaparecía, ya a la derecha, ya hacia la izquierda, tras de una nube rojiza que se posaba lentamente, a la hora vespertina. Siempre que Fanto se sentaba a recordar, le parecía que caía ya la tarde, aunque fuese muy de mañana, y todavía tuviese en la boca el sabor de la leche de cabra recién ordeñada, que Flamenca le llevaba en un gran cuenco de barro blanco decorado con florecidas rojas. Flamenca, con las manos en la cintura, los brazos arqueados como asas de jarra florentina, permanecía de pie ante él, sonriéndole. Fanto bebía, y al devolverle el cuenco, bajaba la cabeza triste, con esa tristeza pacífica de la soledad insondable de los prisioneros. En otros tiempos le hubiese hecho el amor a Flamenca, y coronado al camargués. Había en Flamenca algo azul que lo seducía. Como había algo que era azul en Cósima Bruzzi.

Fanto se calzaba, se levantaba y salía al campo. Caminaba despacio hacia los álamos y se entretenía en tirar a la quieta laguna piedrecillas. Paseando, hablaba en voz alta, largos diálogos en los que era a un tiempo él mismo y los otros, los otros que también eran Fanto y pasaban disfrazados de apetitos que él tuvo, de sueños, de esperanzas, de triunfos, de derrotas. Sabía cuándo hablaba el verdadero Fanto, porque entonces, en su papel en el diálogo, usaba llevar la mano derecha al cabello dorado, alisándolo, como solía. Volvía a Florencia y a Chipre y a los caminos, y rompía una ramilla de abedul mirando a través de las hojillas el país, como cuando se emboscaba en sus días militares. Oteaba, por si descendían de las amarillas colinas las vanguardias de Julio César, y daba a los suyos órdenes breves y concisas, precisas, con el gesto perentorio del director de orquesta moviendo ambos brazos, conteniendo o alentando el sonido con las manos. Saltó un conejo tras unas peñas y se fue por entre la hierba. Fanto dejó de mimar, avergonzado.

Alguna vez se le ocurría que llegaba una embajada de Italia. Venían de una ciudad a pretender sus servicios, y le mostraban monedas de oro derramadas en la mesa de piedra, bajo la parra. No sabía imaginarse otro escenario. Fanto se sentaba apoyando las espaldas en la pared de la bodega, el brazo derecho acodado en la mesa, y el izquierdo apoyado en la cruz de la larga espada, una espada larga, de bizantino, que él

no había tenido nunca, pero que ahora le parecía un complemento indispensable en el aparato del trato. La ciudad, por ejemplo, se llamaba Chiaramontana, era muy rica, y la querían a la vez el rey de Francia y el duque de Milán.

—¿Cuál es el duque de Milán? —preguntaba Fanto a los embajadores, que estaban ante él, los tres vestidos con trajes oscuros, verde botella y burdeos, y para tratar sacaban de sus bolsas una medalla con un león rampante coronado, y se la colgaban al cuello con una cadena de oro. Los embajadores no dejaban quietas las monedas, las apilaban y las derramaban, las hacían tintinear contra la piedra. Los embajadores tenían la vista clavada en él, y siendo tres, parecían cien o mil los ojos que contemplaban a Fanto, que espiaban el menor de sus gestos, el parpadeo que Fanto sabía que tenía rápido cuando dudaba antes de tomar una decisión. El señor capitán tenía la impresión de que las miradas de los embajadores se adentraban en su pensamiento, serpentinas, tenaces, llegando hasta los más ocultos pasadizos de la mente.

—¿Cuál es el duque de Milán? —preguntaba Fanto, por distraerlos, porque dejasen aquella quietud de estampa, que parecía serles necesaria para que sus miradas trabajasen, lentas, sinuosas, adormecedoras.

—El duque de Milán es tuerto, y ya no hay Sforza ni Visconti, que son los de ahora turcos, todos tuertos, todos negros, y duermen en tinajas de agua caliente, asomando la cabeza por el cuello, entre terciopelos blancos. Duermen con el casco puesto, un casco de acero que termina en uno como cuchillo aragonés, menos el del duque, que el de ese termina en un falo de dos cuartas, de cuero, del cuero del rinoceronte que fue exhibido en el Carnaval de Venecia, y fue una gran novedad. Estos turcos, por dormir apoyados en el cuello de la tinaja, se les alargó el suyo, y si llegasen enemigos, podrían batirse con el cuchillo del casco, que tienen muy ejercitado, al despertar por las mañanas, hacer esgrima de cabeza los unos con los otros. Y el falo del duque demuestra que todos son sus hijos, los entinajados, y que es el marido de todas las mujeres.

Fanto se levantaba y paseaba hasta el pozo, y apoyando las manos en el brocal miraba el agua, quieta y oscura, allá abajo. Le gustaría subir, galopando, hasta Chiaramontana, entrar por la puerta de las Rosas, que la habría, y por las estrechas y engalanadas calles llegar hasta la plaza de la Señoría. Una muchacha le tiraba un guante blanco, y al querer cogerlo en el aire se le iba, que era una paloma. La muchacha entonces le mandaba los ojos negros, negros, y las pupilas estaban allí, ahora mismo, brillando en el agua del pozo. Los embajadores seguían hablando al otro Fanto, que continuaba sentado ante ellos. Desde donde estaba, junto al pozo, Fanto Fantini della Gherardesca los veía y escuchaba.

—Dicen que el duque de Milán sabe gimnasia de muñeco chino, que se la trajo en papel, dibujada, Marco Polo, y duerme con la cabeza en el fondo de la tinaja, y no se ahoga, y haciéndose un nudo con las piernas, es su pene verdadero el que muestra, eso sí, dentro de la funda de cuero de rinoceronte, porque no se le posen moscas, o se

le acatarre, o alguien a traición se lo corte, con lo que se acabaría su ducado. La funda de cuero de rinoceronte está forrada de acero, en placas de media pulgada.

Los embajadores hablaban los tres a un tiempo, decían las mismas palabras, hacían los mismos gestos.

Y en esto salió el camargués a buscar una cuarta de habas para el almuerzo de una yegua de poca leche, y viendo a Fanto junto al pozo, las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza baja, creyó que el capitán estaba en un mareo, y por acudirle posó la cuarta de habas en la mesa, sobre el oro, ante las narices mismas de los embajadores de Chiaramontana, contra el brazo derecho de Fanto, del otro Fanto, quien se disponía a preguntar qué señores oficiales pondría Chiaramontana a sus órdenes. Y con esto desapareció aquel Fanto que ya soñaba volver a las batallas de Italia, desapareció el oro, se esfumaron los embajadores con sus barbas caprinas, y quedó Fanto, el verdadero, el malherido, el fatigado Fanto, el derrotado Fanto Fantini della Gherardesca, inclinado sobre el pozo, queriendo verse en las pupilas de la muchacha de Chiaramontana...

Como estos, muchos sueños e imaginaciones otras. Se le ponía frío en la frente y en el pecho, y se le dormía la pierna izquierda, que tardaba en despertar bajo pellizcos y friegas, lenta y dolorosamente.

—¡Baño de agua salada con excremento de cabrón, mi capitán! —le sugería el camargués—. ¡No es aristocrático, pero cumple!

Flamenca le envolvía la pierna con trapos mojados en agua caliente, y al inclinarse sus pechos rozaban levemente el cuerpo de Fanto, quien con el placer entornaba los ojos. Entraban las gemelas Bandini dell'Arca, con sus camisones abiertos por ambos costados hasta la cintura, y una y otra le ofrecían a Fanto sus largas, blancas, suaves piernas que olían a espliego, y era bien que el cambio de pierna se hiciese bajo aquellos trapos humeantes para que Flamenca no se enterase. Y cuando llegase la hora de mudarlo, aparecería la nueva pierna, una pierna izquierda como la que tuvo adolescente, cubierta de un finísimo vello dorado pierna sin cicatrices. Flamenca gritaba:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Y Fanto vio entrar en la habitación al arzobispo de Pisa, y a muchas, muchas mujeres que lloraban, que le tocaban la pierna, que frotaban sus hijos contra la pierna sana, rejuvenecida milagrosamente, del señor capitán. Fanto escuchaba al arzobispo:

—En el momento oportuno, la pierna le será cortada, y yo anuncio que regalo un relicario de plata sobredorada en el que se guarde en la iglesia de Santa Ciprina, a la que se debe el milagro.

Fanto buscaba donde esconder la pierna, que se acercaba el sacristán de Santa Ciprina con unas enormes tijeras. Flamenca lloraba, y Fanto le escuchó decir, se lo escuchó verdaderamente porque Flamenca lo dijo, quizá las palabras recuerdo del refrán de una canción de provenzal:

—La vida del hombre es como una mañana de pájaros.

YFanto supo que iba a morir.

RETRATOS Y VIDAS

VIDA DE NITO SALTIMBENI DE SIENA

COMO se dice en el texto, Nito era de la familia de los Saltimbeni que tenían casa en las afueras de Siena, saliendo por Porta Romana, y en su ciudad se ensayaba en la contrada que dicen de la Tartaruga. Tenía veinte años cumplidos por San Benito cuando conoció en Florencia, en la feria de San Juan Bautista, al signor Fanto, cuan este fue con messer Capovilla a la compra del caballo Lionfante. Nito era más bien alto, con el pelo rojo muy espeso, que lo traía largo, como era costumbre en su familia, con la gracia de sacar por entre él, puntiagudas y como de zorro, las orejas, que las tenía muy movibles ya de herencia, para catar vientos. Nito había dejado su casa por buscar señor con el que apalabrarse de escudero, y acompañó a Fanto en sus primeras armas y le ayudó a salir de sus primeras prisiones. Hablaba toscano y provenzal, y eran tantos los deseos que tenía siempre de lucirse como traductor de ambas, que ya hablaba al mismo tiempo las dos, una en natural y la otra le iba detrás como sombra. Tenía el andar gracioso, era cortés y generoso, y a las mujeres les placía porque siempre sonreía. Peleaba cubriendo a su amo por la espalda, y le gustaba gritar su nombre en las batallas. Sabía de arroces y le gustaba el jamón en dulce, y en beber prefería el soave. Sus ojos negros ponían un aire de novedad en el mundo que miraban. Cuando su amo se enamoró en Chipre de donna Cósima, quiso Nito hacerse con la primera doncella, que era de Rovigo y tenía un lunar en la barbilla, algo metida de hombros, pero muy abundante de pecho y regadora de macetas de claveles. La de Rovigo le dijo en un aparte a Nito, que le apretaba la cintura, que no podía entregársele, porque estaba casada en secreto con un oficial de la renta de la caballa, y preñada de cuatro meses. Matrimonio y preñez que declararía por la Epifanía, así que cobrase el año de donna Cósima, y recibiese los regalos. Nito se quejó de su mala suerte en amores, y la de Rovigo le prometió que si algún día coronaba al oficial de la Renta de la caballa, aunque habría de ser movida por una pasión como la que enloquecía a donna Cósima, que le daría a él la primicia del adulterio. En prueba de ello le mostró los pechos, y dejó que se los acariciase con un clavel reventón.

Cuando llegaron los turcos a Famagusta, Nito estuvo con el capitán Fanto en los terribles días de aquellas batallas sin arte, a lo topa carnero, en las que su amo, tanto como devolver el otomano al mar, quería abrirse paso hacia el castillo, donde lo esperaba donna Cósima. En uno de los encuentros, Nito perdió el caballo y se escondió en una bodega, y cuando entraron los turcos y vieron que allí sólo se guardaba algo de vino, quebraron las barricadas con sus mazas, dejaron que el líquido se vertiese, y se fueron. El último que salió, dio vuelta, y haciendo cuenco con las manos, bebió dos veces del cardenete que vertía una pipa, y Nito estaba seguro de que el turco lo había visto, en el rincón aquel, tras unos sacos. Pero ya que bebía vino, no sería turco sino un renegado, y por eso calló, compasivo.

Pronto supo Nito lo que se decía de su amo, que había apretado el cuello de donna

Cósima, y que había muerto, y el escudero se fue tierra adentro, lejos de los turcos y de los griegos que le conociesen, haciendo posada en las aldeas y en los monasterios.

En uno de estos conoció a un sacristán que era de Bari, que allí hay familias ortodoxas, y estaba cursando para maestro de ceremonias, con el fin de volver a su ciudad titulado. El sacristán, que se llamaba Periandro, habiéndole Nito confesado que era de Siena, le dijo que qué le iba en aquellas contiendas de venecianos y turcos, y que se fuese con él a una isla lejana, muy secreta, donde iban a guardar, por si volvían todos los turcos juntos, las reliquias de santa Tecla y de los santos Cosme y Damián que tenían en aquel monasterio. Y que él iría con el abad y el monje doctoral, precisando de un hombre de armas para las ceremonias. Aceptó Nito, lo vistieron de espartario del Basileo con un casco de ala levantada —y que aún así no dejaba ver bien las orejas familiares, lo que era un fastidio—, y una banda amarilla, con flores y dragones bordados, a la cintura. Esperaron abril, cuando llega viento de Siria, y salió la comitiva para la isla secreta. Tardaron tres semanas en llegar a ella, y ya estaban avisados los isleños. Hubo procesión con las reliquias, cánticos griegos e incienso, todas las campanas repicaron, y Nito iba al frente, con la espada desenvainada, y la gente le llamaba estratega y aplaudía.

Nito andaba triste por la muerte de su amo, por aquel aliento criminal que había venido de últimas a envolver sus amores, preguntándose por dónde andaría Remo, que aquellos días con su compañía serían más llevaderos. Y caminando por la orilla de la mar, sosegándose con el ir y venir de las olas en la playa vio venir hacia él a una mujer que cojeaba, envuelta en un gran manto negro, y que ya de cerca halló que era una muchacha muy hermosa, con los ojos verdes, aunque eso sí, con la tacha de la piernecita corta, huesuda y retorcida. Se miraron durante largo rato, y al fin ella preguntó algo:

—¿Fanto?

Y entonces Nito se dio cuenta de que se encontraba en la isla donde, de una prisión salvaran a su amo unos delfines, con la ayuda de una cojita. Nito se arrodilló, le cogió una mano y se la besó.

—¡Ha muerto! —respondió.

La cojita dio un grito, vaciló, y al fin cayó en la arena. Nito apoyó la cabeza de la muchacha en sus rodillas, le dio aire con su casco, y esperó paciente a que despertase. Puede decirse que Nito ya la amaba, a lo que contribuía el efecto de la cojera, que a Nito parece que le despertaba más la fuerza viril el que la mujer fuese coja o jorobada, o tuviese un defecto de nariz, o le faltase un ojo. Cuando salió del desmayo, Nito ya la llamaba Safo, mi querida Safo, mi dulce Safo, Safo de mi vida, y la besaba en la frente. Safo se abrazaba a él y preguntaba:

—¿Cómo era en verdad?

Nito le contó largo y tendido, y los dos lloraron el final. Nito calló lo de donna Cósima, por no manchar la memoria del capitán en el alma de la niña. Safo besó en las mejillas de Nito las lágrimas que derramaba por la muerte del signor Fanto, con lo

cual, sin saber cómo, se encontraron amantes acostados sobre la memoria de aquel, acariciándose, entregándose, como si necesitasen resucitar tras el dolor de la muerte... La cojita había heredado de su tía Eufrasia una casa con una viña, al abrigo del labeche, a la que fue a vivir Nito. Los monjes querían que los siguiese a otras islas, a explicar cómo se escondían y se vigilaban las reliquias, pero Nito les dijo que se quedaba con Safo, previa boda, y el abad, a quien el senense le había caído simpático, lo dejó por espatario fijo de Santa Tecla en la isla, y con una renta sobre la miel y la cera. Para la boda existía el inconveniente de la procesión del Espíritu Santo, amén del primado romano, pero el abad resolvió el asunto preguntándole solemne a Nito:

—¿Crees en las cosas visibles e invisibles?

—Sí, creo —respondió Nito.

Todo esto se supo por lo que en Bari contó el maestro de ceremonias. Nito dijo adiós a las batallas, y con Safo amorosa, dulce como palito de regaliz, se quedó en la isla, cavando la viña, guardando las reliquias de Tecla. Tuvo hijos y vio nietos, y algunos de ellos, con gran contento suyo, salían verdaderos Saltimbeni de Siena, con el pelo rojo mesto y las orejas puntiagudas.

VIDA DEL CABALLO LIONFANTE

DEL tordo Lionfante ya se ha dicho todo. La única cuestión todavía debatida en las Universidades italianas es si bajó a Venecia a hablar ante el Senado o no, y si lo hizo, si fue todavía en vida del capitán Fanto Fantini della Gherardesca, o este ya estaba muerto cuando Lionfante hizo su laude y defendió su memoria. Los más se inclinan a creer que fue en vida del gherardesco, y como medicina para la dolorida soledad de este y su cansancio de vivir. Lionfante, según esta tesis, lo convencería de dejarle ir a Venecia a recordar su nombre y sus hazañas, que muchos se preguntarían qué fue de él, y convenía aclarar, primero y principal, que no diera muerte él a Cósima loca, a la que habría perturbado un aire que habría quedado en el castillo de Famagusta, en la estancia de la muerte por el Moro de dama Desdémona, y que fuera el Loredano cornudo el asesino.

—¡Llámale vengador! —pidió Fanto a Lionfante, según el caballo comentó ante el Senado de la Serenísima, apurando la patética.

Lionfante añadiría que al saber de Fanto vivo, se juntarían gentes de armas para aclamarle como capitán, y cada dos ciudades, una lo llamaría para la guerra. Finalmente, que las heridas que tenía medio abiertas, se las cerraría un cabalgar de mayo por los alegres campos. Si el camargués, que asistía a todas estas pláticas, supiese escribir, o tuviese clérigo a quien dictarle, tendríamos ahora, probablemente, alguna carta suya en la que se contase que al final de cada parlamento de Lionfante, este se dirigía a su amo ofreciéndole una copa de vino provenzal.

Muchos creen que fue durante el viaje de Lionfante a Venecia, cuando se produjo la muerte del condottiero, y según un libro de la parroquia de Santa Marta en Aubagne, el camargués Guillem —en otros lugares escrito su nombre Guilloum o Guilloue—, solicita en 1509, ampliar el nicho en el que está enterrada su mujer Flamenca, y *per honestá, amb tres taules inter corpores i be ferrats i arredout, també le corps moutt vegadesfeil du seigneur Fant*.

Está probado que Lionfante vivía todavía en 1504, y resumiendo nuestras investigaciones, podemos decir que después de la muerte del signor Fanto se hizo lacónico, dejó la bebida, pasó a quejarse de vez en cuando en provenzal, amistó con una asna zaina con la que salía a tomar el sol, y que le dejaba mamar los desayunos, y el camargués, viudo, y Lionfante sin amo, se hicieron compañía en los últimos y pacíficos años de su vida.

VIDA DEL BRACO REMO

SE ignora como Remo regresó a Italia, pero se sabe que en 1504 está en Florencia, perdida la vista del ojo derecho, preguntando por el clérigo que había interpretado sus letras etruscas, el cual ya no vivía en Florencia, que le habían dado un beneficio o una cátedra en las Españas, que eso no se sabía de cierto, y que por no ser toscano sino de Burgos o de Pamplona, no tenía familia conocida que le pudiese dar la dirección. (Lo de citar Pamplona, eso era tópico retórico, por la «*prise de Pampelune*» por Carlomagno). Remo malviviría en Florencia hasta encontrar un escribano que de gratis le echase la instancia, de que ya hablamos, para un cajón con escudilla en el Santo Hospicio para huérfanos pobres. Estamos en febrero de 1509. Remo declara «haber quedado sin amo y no tener domicilio fijo». Nada dice de que su amo, Fan to, haya muerto. Pero por San Martín del mismo año, cuando pide una manta con que protegerse de los fríos del invierno, la pide negra, «por el luto que guarda por Fanto el Mozo». Esto nos permite señalar que el discurso de Lionfante debió propalarse por Toscana entre febrero y noviembre, y con él la noticia de que Fanto había muerto.

Remo fue el perro del que haya noticia que viviera más años. Parece que alcanzase los cincuenta y tres. Cuando las damas de la Cofradía de San Ramón Nonnato iban de visita, con cestillos de dulces para los acogidos, siempre saludaban a Remo, el cual, con su lengua mixta, les explicaba cómo iban vestidas sus madres, y decía el nombre del caballo del Colleoni, y si no lo trababa el reuma, mostraba el pasito atrás de la danza que llamaban conversa. Una vez que quisieron hacer una función con la historia de Florencia en los últimos cien años —con Savonarola en la hoguera y todo—, llevaron a Remo al escenario, para que diese su aprobación a los figurines, y dijese qué cintas, moños, escotes y bullones se llevaban en 1470-1480 y cuáles no, que el autor no se fiaba de la pintura, que los maestros del pincel sacaban a Ulises con un traje que usara en sus bodas un primogénito de los Médicis.

En 1510, aparece dado de baja Remo en los libros del Santo Hospicio.

LAS GULAS DEL CLÉRIGO QUE LEÍA ETRUSCO

A Néstor Lujan

NO le fue posible al autor de este texto el recoger dato alguno acerca de la estancia en Florencia del bachiller Botelus, que este hispánico era el clérigo que entendía etrusco y sus letras en la ciudad del Amo, según probó el día en que el caballero Fanto Fantini della Gherardesca compró el caballo tordo Lionfante. Se supone por los eruditos andaluces —que lo tienen por compatriota—, que viajó a Florencia por estudios neoplatónicos, y que es probable que haya conocido a Marsilio Ficino. Alrededor de 1490 falleció tras los sucesos que se narran a continuación. Su famosa disertación sobre los cometas permanece todavía inédita, y por eso no puede aludir a ella el maestro Menéndez Pelayo en su historia de la ciencia española.

I

Talla corta, no más de la que se pide en quintas, metido en hombros, flaco, pálido bajo el octogonal bonete rojo de los bachilleres *in utroque* por Osuna, enmarcado por guedejas negras que le abrigan en la nuca y se le ondulan en el cuello, siendo lo más notorio de este una nuez en ángulo agudo, medio cubierta por un lunar vinoso. Los ojillos, vivos y claros, se apartaban en el nacimiento de una nariz larga y curva, que terminaba mismo a la entrada de la boca con dos ventanales amplios y pilosos. Lo único que merecía el adjetivo carnosos en aquella cara eran los labios gordezuelos y colorados, y en el resto del cuerpo, escurrido, las manos blancas, los dedos sin nudo, las yemas como cerezas, manos femeninas, suavizadas cotidianamente con agua gorda de molleja de pavo. El bachiller Botelus, cuando hablaba desde el pulpito, se retiraba difuminándose en la sombra, pero mostraba a la luz de las lámparas sus manos ágiles, expresivas, fáciles en apoyar los argumentos, en subrayar la mayor, en afinar los distingos, en el repetir en el aire la palabra, el calificativo culterano insólito, hallado por el bachiller tras toda una noche sin sueño. A veces se le olvidaba, precisamente por lo inusitado, el adjetivo buscado y rebuscado, que no estaba en Mena ni en su día lo lograría Góngora, y las manos, sin embargo, lo decían y repetían en alado movimiento caligráfico, y el propio bachiller Botelus lo leía de sus manos, lo recordaba ahora, y entonces lo decía con aquella voz suya, gruesa pero clara, y que subía, decisiva, implacable, en el final del párrafo. Cuando descendía del púlpito, el bachiller Botelus besaba sus propias manos, tan preciosas, que tan bien le servían, y volviendo en la memoria a los días infantiles, cuando en su casa se prometían la madre viuda y las tías solteras que criatura tan inteligente y tan piadosa llegaría a

Archipámpano de las Indias, chupaba el pulgar de la mano derecha, que de niño, mojado en miel por tía doña Aurea, le permitía adormilarse soñador, y que ahora era, de todos sus dedos, el que más sabor a pavo conservaba tras el suavizamiento con el agua gorda de la molleja del pavo. Creo que aquí tuvieron su origen las gulas del bachiller Botelus, uniendo en él el sentido del gusto al placer del triunfo dialéctico, el sabor a pavo, por ejemplo, a la casuística de la *Lex Cornelia* de Falsis, que dominaba.

Pero el bachiller Botelus, orador de mérito, anticipador de pallavicinos y de bosquecillos barrocos en sus sermones, era de sorprendente ineptitud para las discusiones académicas; salía con gran ímpetu argumental, pero a poco comenzaba a tartajear, y basta con que el contrincante arguyese con tono seguro y aire suficiente, para que el bachiller Botelus transformase las columnas salomónicas de su oratorio en balbuceos ininteligibles. Metía todavía más la cabeza entre los escuálidos hombros, entornaba los pequeños ojos para no llorar, y se retiraba en silencio, y puesto que derrotado y vedado de triunfales ensoñaciones, sin besar sus lindas manos ni chuparse el pulgar sabroso. Sabía Botelus de corrido la *Lex Abutia* y la *Antia Sumptuaria*, que trata de los gastos en banquetes, y el bachiller enemigo confundía la *Lex Claudia* con la *Clodia*, o la *Celia* de las deudas, pero como fuese alto y se moviese sosegado alrededor del poste y dijese solemne, Botelus se arrugaba desde la boca a los genitales, se derrumbaba castañeteando los dientes espatulados, amarillos, se le llenaba la boca de ácida salivilla, y alguna vez, sin darse cuenta, hizo por sí aguas menores. Derrotado, se marchaba hacia su casa, tordeando como beodo, tropezando, percibiendo la loca galopada de su corazón, que parecía no encontrar espacio suficiente para latir en el hundido pecho del bachiller Botelus.

Pasaba un día a agua, y poco a poco volvía en sí. La primera señal de su resurrección era que osaba contemplar sus manos, acariciar la una con la otra, examinar el pulgar de la derecha, al que treinta años de chupaditas habían hecho una cinturilla... Osaba decirle, con frase traída de Florencia:

—*Caro capizzolo mió!*

Capizzolo, en toscano, es pezón de mama. Pues Botelus se levantaba del lecho, y de la alacena requería el jarrillo con el agua gorda de la molleja de pavo, que ya echara moho en la nata, y al principio con temor, pero luego animándose en el trabajo, se daba masaje manual y estudiaba una vez más las líneas de las palmas, que le aseguraban larga vida y triunfos dorados, y finalmente, vacilando primero para tomar una firme resolución, se llevaba el pulgar a la boca, dejándolo reposar entre los labios, como pidiéndole permiso, e inmediatamente poniéndose a chupar ansioso, curándose de hambres físicas y espirituales, tumbándose a ensoñar, imaginando la próxima academia, en la que armado de todas sus armas, prestos todos los ramos de la retórica latina, jurisperito, razonador implacable, destruiría contrincantes, y si era preciso la academia misma, Sansón de la dialéctica. Escuchaba sus propios argumentos contra los contrarios como hachazos de poderoso leñador en un bosque, y mientras la mano derecha le ofrecía el pulgar al pavo, la mano izquierda golpeaba,

aplaudiendo, en el flácido muslo. Le entraba entonces el deseo de recuperar fuerzas, una canina hambre, y gritaba clamando por el ama, pidiendo almuerzo, y todas las voces daba sin dejar de chupar el pulgar albaforado de pavo, reclamando pan y compango, truchuela y lardo, pollo asado, olla podrida y vino toledano. Y comiendo y bebiendo, el bachiller Botelus notaba cómo le venía fácil a la memoria toda la glosa boloñesa, se le ocurrían argumentos nuevos impecables, y las manos suyas, obrando por su cuenta, se disparaban en el aire gesticulando graves opiniones y contundentes silogismos. Al encontrarse tras el copioso almuerzo tan completo en doctrina y en elocuencia, y siendo rápido en las digestiones, a las dos horas estaba de nuevo a la mesa, saludando una torreznada con huevos y una escabechada de atún de almadraba, y pidiéndole al ama que le dejase cabe la cama, por si nocturno se le abría el apetito, unas pechugas de perdiz en vinagreta y un socanto de queso manchego, amén de una jarrilla de sangría al fresco en la ventana. Soñaba laureles y se despertaba campeón invencible, recitando a Bártolo. Y si pasaba ante la portada gótica de la Colegial, en la que en un capitel está un puerco de gran hocico, como de buscador de trufas, símbolo de la gula, se decía que la suya estaba justificada por las exigencias intelectuales más altas... Con todo esto se le fue ampliando el estómago, y el buscar argumentos exquisitos lo hizo exquisito, al tiempo que se adentraba, con blancos y tintos y moscateles, por el camino de la ebriedad. Pero, eso sí, aseverando que su gula no lo era, ni pecado, que sólo tragaba la cantidad de materia que necesitaba el pabulo de su mente, como cera el de la vela, para arder.

Un día se halló tan en forma que decidió probarse, máxime que era Pascua Florida y Botelus había pasado toda la Cuaresma en banquetes ocultos, como si fuese de los más fieles de don Carnal del Arcipreste, mientras que sus presuntos contrincantes habrían ayunado y guardado las abstinencias de rigor.

«A estos del bacalao y la alcachofa, los voy a usar de rodapié», se dijo.

Y sabiendo que estaba en la Posada Nueva del Montañés hospedado el licenciado Conciso —de su verdadero apellido soriano Corto—, allá se fue a buscarle pelea dialéctica. Era media tarde abrileña y una alegre brisa paseaba por la Alameda. Bajó el bachiller Botelus por la rúa de los Balcones, saludando a diestro y siniestro, abriendo las blancas manos sobre el pecho por si alguien salía a admirárselas, silbándole a un perro, canturreando ejemplos de Quintiliano, a veces la flor latina del retórico interrumpida por un regüeldo aguado y áspero del conejo en salmorrillo del almuerzo. Y en el patio de la Posada Nueva del Montañés estaba el licenciado Conciso, aprovechando aquella hora de soledad, sentado ante una mesa sobre la que estaban, abiertos, los cartapacios de las lecciones salmantinas.

—¡De todo, licenciado Conciso! ¡Pica por donde quieras en tus cartapacios!
¡Ladra cánones y cuestiones!

El licenciado Conciso era un respetable anciano, de la estricta escolástica, alabado por un estudio sobre el tratado *De ente y esencia* aquiniano. Alto, membrudo, bermejo, por una orquitis perpetua andaba lento y con las piernas muy abiertas, y con

los años había perdido aquella solemne entonación salmantina que había pasmado en Salamanca, y un eco de la cual llegó hasta Erasmo. Tenía doce sobrinas, y había viajado desde Valladolid por los tratos de boda entre dos de ellas, que no querían convento, y los pretendientes que habían conocido en la feria de Medina del Campo y trataban en lana merina. El licenciado quería enterarse de la condición y fortuna de los mozos antes de dar el pláceme a las nupcias, y la verdad sea dicha que no estaba para disputas con aquel pequeñajo insolente, al que veía por vez primera en la ocasión aquella. Botelus se subió a una banquetta, se apoyó sobre dos odres de tinto que estaban de pie, como dos santos viejos, sobre una tarima, y dio a elegir al licenciado Conciso:

—¡Cánones que es lo mío, o metafísica que es lo tuyo! ¡Heráclito, o de que todo fluye, o el divino Platón con la Atlántida!

Se levantó trabajosamente Conciso, por lo dicho antes de su orquitis crónica complicada con hidrocelia doble máxima, y le preguntó al intruso, sin alterar la voz, si era acaso el señor Pico de la Mirándola, que llegara aquella mañana misma de Italia. A las voces de Botelus habían acudido el mesonero, su hija, dos arrieros cordobeses, y un lego franciscano, que corría a la limosna.

—¡Que acudan los vecinos! —gritaba Botelus, quien sin atender a las razones de Conciso, que le suplicaba calma y tranquila controversia, se lanzó a exponer, y a la verdad con harta ciencia, una lección contra la aruspicina que había preparado para una sesión de la Academia, partiendo de lo que en la *Farsalia* se dice del etrusco Arruns, cuando ordenó quemar en los días del paso del Rubicon, con madera de árboles, infaustos, los monstruos que la Naturaleza había producido sin simiente alguna. Negaba monstruos, negaba árboles infelices, negaba prodigios, negaba la existencia misma de Arruns, el etrusco. Y con tanto

—¡Negó! ¡Negó!

gritado con la potente voz, atrajo la vecindad toda, y el patio estaba lleno de gente cuando Botelus apretó a Conciso para que le respondiese. El licenciado tranquilo, indiferente, ató las cintas de las tapas de sus cartapacios, y se retiró en silencio hacia su cámara, con el lento andar que le imponían sus males. Botelus se reía, se contemplaba las rayas de sus manos ambas, se daba golpes en el bonete y en el pecho, tiró media onza de oro al posadero como pago de los odres de vino cuyos piezgos desató, y comenzaron a verter. El vino encharcaba la tarima y caía en el empedrado, y los presentes buscaban jarros y tazas con qué aprovechar aquel caldo.

—¡Es sangre de Seseña! —gritó Botelus quien, catador de mérito, le conoció la toledana nación al vino sólo por su aroma.

Se bajó de la banquetta, y atravesando el patio salió por la puerta de carros, justo en el momento en que una gallina rojinegra y calzada en blanco, volaba desde el estercolero al nido, que ya anochecía. En el aire la cazó el bachiller Botelus y así viva y cacareante como estaba, le clavó los dientes en la pechuga, y escupiendo plumas, comió, y los dos muslos. Entusiasmado, ensangrentado, repitiendo en voz alta los

párrafos más felices de su antiaruspicina, llegó a su casa, se sentó a la mesa, y gritó al ama que le sirviese del cochinillo y de las habas con longaniza que sobraran de mediodía, que por nada del mundo quería caer en debilidad dialéctica. Aunque tuviese que comer torreznada en Viernes Santo.

Como el licenciado Conciso se había retirado con prisas de la ciudad, terminada la pesquisa sobre los pretendientes de las sobrinas, que resultaron ser buenos y de buena gente, cristianos viejos, y en lo tocante a dineros y rebaños lo que habían dicho; prosigo que habiéndose ido Conciso, todo lo que se supo de la disputa en la Posada Nueva fue lo propalado por el bachiller Botelus y por los que bebieron de los pellejos de Seseña, y por el posadero y su hija, y quedó claro que Botelus había apabullado a Conciso, quien ahora preparaba una Academia en la Colegial sobre los cometas. Botelus seguía comiendo abundante y de lo mejor, y los guisos todos, por el recetario de Guadalupe, muy especiados. Continuaba flaco, aunque muy mejorado de color, y cuidando sus manos y echando sus siestas, paladeando la victoria sobre Conciso, e imaginando otras que no tardarían en llegar. Soñaba que era llamado a Roma para exponer su *Adversus Copernicus*, y que llegaba al palacio apostólico montado en una muía que, por cortesía hacia su ciencia, le había enviado el propio papa Borgia, que quería ver por una vez triunfar a los españoles, y por su mandato le echaban a Botelus media docena de teólogos, a los que reducía a polvo, escuchando desdeñosos sus argumentos y respondiéndoles por aforismos, y no dejando de comer durante la disputa, y en sueños masticaba corderillos lechales y pichones rellenos de higo, y la propia hija del papa, donna Lucrezia, le senda el vino. Los teólogos se retiraban boquiabiertos, mientras Botelus los apostrofaba con sus latines ceceantes de Osuna y con el gesto de Josué deteniendo el sol, que le salía perfecto, y montaba aquel caballo políglota que viera probar en Florencia y que recordaba que se llamaba Lionfante. En este punto del sueño se veía alto y rubio como el gentilhombre mozo que lo había comprado, y despertaba porque se le encabritaba el caballo. Gritaba una vez más por el ama, la cual había tenido que tomar un ayudante, un morisco que tenía el punto del anís, y una vieja para la degollina y deplumado de aves, y por tercera o cuarta vez en el día se sentaba a la mesa, y si era posible, repetía en realidad el menú devorado en sueños.

Dio en soñar que era seguido por el pueblo, cuando iba o regresaba de los lugares donde discutía triunfador perpetuo, y que los padres le mostraban los hijos, y las mozas los vientres, blancos, blancos, para que los palmease, y en su día se hiciesen allí sus hijos sabios.

El bachiller Botelus seguía viéndose rubio en sueños. Interpretaba, mientras daba fin a un pastelón de montesina, que lo que lo enrubiaba era la aureola de la gloria. Pasaban por su casa estudiantes que querían conocerle y escucharle, unos por adularle, otros por honesta curiosidad y alguno por ser convidado a un gran almuerzo. El bachiller Botelus se presentaba entonces como un estudioso alejado de las vanidades mundanales, siempre amable en las respuestas y exponiendo temas, y

dejaba aquel en que más lucía para el final, explicándolo apasionadamente, con mucho volteo de manos, desde su sillón cordobés con alzapié. Los estudiantes se retiraban en silencio, con corteses reverencias, y no bien salían de la casa, ya estaba Botelus chupando pavo en el pulgar y pidiendo comida. La verdad es que lo dominaba el entusiasmo por sus triunfos, y que terminaba la perorata, como en el caso de la gallina en la Posada Nueva, tenía que morder, masticar, llenar el estómago hasta rebosar. Botelus se daba cuenta de que aquella hambre feroz lo podía conducir a devorar cualquier animal vivo, perro, león o muía, que estuviese presente en aquel momento, e incluso a un ser humano. Al ama, por ejemplo, que era una viuda muy blanca de piel, bien peinada, oliendo a jabón de lima, el pelo recogido dejando ver el cuello, y los brazos al aire, en el todo regordeta y muy lúcida, y la mirada amable. La tentación de morder en aquellas mantecas le venía cada vez con mayor frecuencia, y el ama entendió que algo extraño le entraba al bachiller al verla, y lo tomó por presión del sexto, y se dejó doñear un poco, hasta que un día el bachiller osó acariciarle los desnudos brazos, y con voz temblorosa, baja y como lejana, tal vez eco remoto de la caverna del caníbal primigenio, le dijo:

—¡Te comería de una sentada!

Y el ama vio entonces, como se ve el campo desde una ventana, que no era lujuria el temblor del bachiller, ni la caricia de sus ojos decía deseo, sino que todo aquello era gula, gula pura, y allí estaba la boca abierta del amo, mostrando los dientes bastos y cuadrados, dientes que parecían salir de la boca, que se acercaban terribles, la boca abierta, dispuestos a saltar al bocado. El ama huyó cerrando la puerta, y ahora entraba a las llamadas siempre acompañada del morisco y llevando en las manos algo que comer que sosegase al amo.

Los dineros de Botelus comenzaron a escasear, porque el gasto era mucho, y de la plaza corría lo mejor a la mesa del bachiller. El ama, puesta detrás del morisco, y con la puerta de la calle abierta, le dijo al bachiller que diera fin a lo que contenía la última bolsa que le entregó, y que ella, siendo manchega, no sabía manejarse al fiado como las cordobesas. Botelus dispuso vender una viña y un melonar, únicos bienes, amén de la casa, que le quedaban, y entregó al ama los dineros últimos todos. Le venía aquel apremio ahora que estaba preparando la famosa Academia en la Colegial, y la calidad de los argumentos sobre cometas que estaba limando exigían los más finos y delicados alimentos. ¡Aquellos gansos con uvas a la bacalao con ajada. El bachiller no veía cómo la sevillana! El ama decía que si querían durar un año sin tirarse al crédito, que había que echarse al gazpacho con conejo, a los garbanzos con tocino y al bacalao con ajada. El bachiller no veía cómo la estructura esbelta, delicada, orfebrería pura, de su disertación, podía ser llevada al límite de la perfección irreprochable saciando las hambres con una tinaja de garbanzos. ¡Qué dirían los cometas rojizos del Poniente! Para el argumento de la naturaleza aurífera de la cola del cometa, necesitaba un sustento fino, un alón de pavo con salsa de membrillo, del que gustaban en Palermo, y por ello en la ciudad siciliana andaba por

las calles gente tan suasoria. El jamón de Jabugo era imprescindible para las especulaciones acerca de la densidad acuática de los cometas... El bachiller Botelus entró en la cocina, y con voz imperativa dispuso que el ama fuese al mercado y gastase todos los dineros en lo necesario para un único banquete de once platos, uno por cada uno de los once puntos de la disertación que ultimaba el bachiller. Tras el gran banquete, vinieron días aciagos, días oscuros de acelgas y nabos, garbanzos y truchuela, sopones de oveja y huevo cocido... En la mente del bachiller la aérea construcción de su disertación académica en la Colegial, se desmoronaba con la mala alimentación, se le soltaban puntos aquí y allá, como en media de hilo francés; acudía presuroso a reparar el daño, pero cuando había terminado de coger un punto, ya se le soltaba otro, o más arriba o más abajo. Parecía que también le mudara la voz, que se le había asentado dos o, tres escalones más abajo de lo habitual. El día de la Academia se acercaba, y el bachiller Botelus comenzó a temer el fracaso, otra vez el tartajeo, el castañeteo de dientes, el hacer aguas menores sin sentirlo. Soñaba, y ya no se veía rubio como Fanto Fantini della Gherardesca, circulando por alamedas y palacios. Las mozas que salían con sus vientres desnudos en sus sueños, ya se pasaran a viejas arrugadas, legañosas, desdentadas. En una siesta, soñó que un niño aparecía sobre la cabeza del morisco, y repetía babeado el argumento más feliz contra la influencia del paso del cometa en el vino, con el que probaba que era fábula eso de la condición salutífera de los vinos del año del cometa. El bachiller Botelus caminando sobre las cabezas de los oyentes —lo que por otra parte no dejaba de ser un agüero favorable—, se acercó al niño, lo echó en una olla de habas viudas que andaba por allí, y lo almorzó mientras volaba. Pues bien, al despertar tenía toda la disertación a punto, gracias al delicado almuerzo, y pues había digerido tan bien al baboso, ya tenía hambre de otro. Tal era esta, que si apareciese un niño en el patio de la casa, Botelus lo trinchase y comiese.

Pero solamente en este sueño recompuso la argumentación *versus cometae*. Los demás días la enmarañaba y perdía, se le olvidaba Cicerón, y todo lo que había leído de prodigios en los Plinius, y en el abismo de la confusión lloraba, y se agarraba al único compañero y consuelo de su alma y de su gula, al pulgar de la mano derecha, amarillento, adelgazado en la segunda falange, pero conservando siempre el aroma del agua gorda de la molleja de pavo. En una de estas lloreras se tiró por el suelo, golpeó con la cabeza la librería, comió rabioso cien páginas del *Digesto*, y al final se quedó apampado, mirando para el techo, recibiendo en las mejillas la cera que derretía una vela encendida que había volcado sobre la mesa...

A consecuencia de aquel ataque hubo que aplazar la Academia en la Colegial, y quedaron sin dilucidar los cometas. Un hermano del bachiller mandó algunos dineros, y el ama mimaba con sopicaldos a Botelus, quien parecía habitar otros mundos, calladito, sudando bajo cuatro mantas zamoranas.

II

Botelus se fue recobrando, engordó algo, se le abrió el apetito —todo esto tras cinco semanas en las que no dio ni a pie ni a mano, y tuvo el ama que alimentarlo por la suya—, recordó el latín, bebió en ayunas yemas de huevo en vino dulce, y a un arcediano que lo visitaba le preguntó si para Pascua Florida podría celebrarse en la Colegial la Academia con la disertación suya sobre los cometas, visto que se anunciaba uno para el año venidero. El arcediano, por animarlo, le dijo que sí, y que atase los puntos porque el tema estaba de moda y sería una excelente ocasión para demostrar su ciencia, y que todos en la ciudad estaban conformes en que la dolencia del señor bachiller Botelus tenía su origen en las muchas horas de estudio y en los grandes ayunos. Botelus ante tal afirmación, sonrió, y la sonrisa aquella lo curó del todo. Tanto, que no bien el arcediano salió de la casa, Botelus se levantó de la cama, se puso el bonete, pidió merienda, que la hizo de un resto de estofado, queso y vino, y sorprendió al ama y al morisco leyéndoles, subido a una silla, el introito de su famosa e inédita disertación. El bachiller no se dejaba ver en calles ni paseos, iba de la iglesia a casa y de casa a la iglesia, no recibía visita y hacía anunciar que en abril habría Academia. Hacía unas comidas mixtas, en las que primero entraban las que llamaba «cantidades» —verduras, habas, garbanzos, sopas de ajo—, y después las que llamaba «calidades», y que eran pequeñas raciones de los grandes guisos, hornos y asados que antes de su dolencia había amado tanto. Bien de memoria y de floresta retórica, sin embargo, algo le faltaba: aquel impulso entusiasta, sin duda, aquel apetito de triunfo de antaño. Las manos habían recobrado la antigua movilidad expresiva, y decían en el aire, elegantes, pero ya no tenían aquella gracia anticipadora de la frase decisiva y la palabra insólita en la conclusión. El bachiller Botelus dispuso que, conservándose en la mesa la misma ración de «cantidades», se doblase la de «calidades». Pasó de pechuga de pollo a pollo entero, y de muslo de conejo a pieza. Y mejoró, tanto que en los sueños volvía a verse rubio, y en los ensayos, al cabo de una semana, las manos volvieron a los irreprochables vuelos de los mejores días. Retornaron —en secreto, que era Cuaresma—, los grandes banquetes pasados, pero el viernes de Dolores, el ama le anunció al bachiller que ahora sí que estaban sin blanca, y que el morisco había huido llevándose sus ahorros. Unas acelgas, unos garbanzos, unos arenques, era todo lo que había en la casa, y el hermano del bachiller ya había escrito que no contasen ni con un maravedí suyo, salvo para el pago del entierro. ¡Y faltaban doce días para la academia famosa!

El bachiller hizo un sueño muy triste. Disertaba ante el Claustro y Gremio de la Universidad en fiesta minerval en honor del Código de Eurico y de las leyes godas contra los judíos —que habían aparecido en el escombros de un palomar—. Se había dejado la barba, y sobre su dorada cabellera, el bonete rojo, impulsado por el vapor que desprendían el hervor de las ideas que cocían en su cabeza, brincaba y giraba muy gracioso. El magnífico rector se fijó en ello, y comentó en voz alta con el gran

canciller:

—¡Si ese tío no vacía pronto el saco, estalla!

Yel bachiller Botelus escuchó aquello, y efectivamente estalló. Estalló porque se le puso algo en la garganta que no le permitió decir palabra. Estalló su cabeza, y salió contra la bóveda gótica un chorro de garbanzos y de lentejas negras de Jaén, y su ama las recogía en silencio en una olla medio rota, mientras los señores del Claustro y Gremio se retiraban en silencio, majestuosos e indiferentes a la tragedia.

Y fue saliendo de este sueño, en el que tan a lo vivo se le apareció un nuevo fracaso, cuando el bachiller Botelus tomó una heroica decisión: alimentarse del único manjar fino que tenía a su disposición, es decir, de su propio cuerpo. Pero ¿por dónde comenzar? El pie derecho lo precisaba en la disertación, porque era con el que llevaba el ritmo de la elocución. Las manos le eran indispensables, aunque llegado el caso pudiera prescindir de la izquierda. La derecha era la mano del pulgar amado, de aquel dedo maternal, casi glándula mamaria, indispensable protector y compañero. Se despediría de él con el último aliento, el alma que salía de su cuerpo para el Juicio, rozando aquella piel que conservaría para siempre, aun cuando los vermes la estuviesen comiendo, el aroma a molleja de pavo. Podía comenzar por las nalgas, partes sin función oratoria, y de las que se olvidaba que las tuviese. Con un asado de nalgario y un potaje mixto, le bastaría para vivir en conserva mientras ensayase la introducción y los tres primeros puntos: incomparable belleza del arco iris postdiluvial, los cometas en la vida de Alejandro, y los fulguradores o intérpretes del rayo. Eso una semana. Y ya nos ponemos en Sábado Santo. Estaría quizá débil y poco alimentado, pero nada de comer un niño, o adentarle las nalgas al ama. Lo que importaba era la calidad. Además, quería deberse a sí mismo aquel gran triunfo, a su mente y a su carne. ¿Y ahora qué? Ahora le tocaba el turno a la pierna izquierda: sopa con los huesos; el pie, con los puerros primorosos; el jarrete, estofado, y el muslo, asado. Duraría esto para domingo, lunes y martes. ¿Y miércoles y jueves de Pascua, víspera de la Academia en la Colegial? La mano izquierda salteada, y algunas interioridades.

Así decidió, y ya tenía ante él al cirujano Filipo, con el estuche con sus cuchillas y bisturíes abierto. Era un tipo pequeño, gordo, colorado, sudoroso, alegre y portugués. Comía y bebía generosamente, aunque no con la exquisitez del bachiller, ni con la variedad, ni la transformación de las carnes ingeridas en las propias, se haría por fermentaciones tan sutiles como las que se producían tras cada banquete en el cuerpo del bachiller. La digestión se le aparecía a Botelus como una obra casi intelectual, y el bachiller pretendía que, al terminar cada banquete, sabía dirigir los elementos más finos y esenciales de lo comido a la alimentación de la sesera. Estaba viendo lo gordo que era Filipo, lo sano que estaba, lo que sudaba, grasa. El morisco había regresado a la casa, y asustándolo con denunciarlo por robo, podía obligarle a que le ayudase a descabellar a Filipo. El cirujano, con sus doscientas libras castellanas, daría para la quincena. Esa era la gran solución, la que salvaba sus

nalgas, su pierna izquierda, su mano izquierda y varias interioridades... Pero ¿las bastas carnes del cirujano, quizá judío, serían propias para la alimentación de un dialéctico? Esta era la cuestión, que haría si la respuesta fuere negativa, ridículo e inútil crimen. No, había que arriesgarlo todo por el triunfo, y el bachiller decidió que no había otra solución que devorarse a sí mismo: bastaría, en pureza, que apareciese ante el público, bajo el bonete rojo, el ovalado y pálido rostro, y por entre los pliegues del manteo la mano derecha, la «prima ballerina» de sus manos, suave, tierna, adolescente, con la gracia misma de los movimientos juveniles.

—¡He dicho!

Aplausos, un chupe de pulgar, y a morir.

Yante Filipino sorprendido, el bachiller Botelus levantó las faldas del ropón, mostrando la pilosa izquierda a la que desnudó de una media braguera, y le rogó que le sacase el jarrete, que le apetecía más que ningún otro manjar del mundo, y que quizás en él estaba remansada una mezcla de sabores de la última comida, en la que entraran truchas a docenas y un pernil adobado, y sospechaba lo del remanso de esencias, porque al levantarse de la mesa, halló que aquella pierna se le adormeciera.

Y como el cirujano Filipino vacilara en el corte y cerraba el maletín, diciendo que él no estaba para aquello, y nunca se viera en otra, a su propia pierna se echó el bachiller Botelus a bocados, y entre uno y otro gritaba al ama que le trajese sal y pimienta, que hallaba su jarrete algo insípido...

Por mucho que atajaron Filipino y todo el protomedicato de la ciudad, Botelus se desangró y puso a la muerte, y en las últimas chupadas del pulgar al pavo y se despedía de él con palabras tiernísimas, que hacían llorar a los presentes, y su hermano, que había llegado con ayudas contantes y sonantes, le decía a Botelus que no se despidiese, que quedase en estos pagos, que traía suelto para cien banquetes. Pero Botelus dijo que ahora estaba sin apetito. Y se quedó, con un suspiro hondo, en un chupe de dedo. ¡Golosón!

LAS SOLEDADES DE DONNA CÓSIMA BRUZZI

LA casaron mozuela con ser Franco Loredano, capitán de Mar y Tierra de Venecia en la isla de Chipre, y la noche de bodas ser Franco le explicó a la esposa un particular suyo que tenía, que era no podía cumplir con ella si no jugaba antes una partida de ajedrez y ganaba, precisamente dando mate con el caballo y siendo suyas las negras. Y de la victoria en el tablero de las sesenta y cuatro, salía disparado al lecho. Y para más seguridad, le ponía a sus caballos crines rubias, que eran de su propio pelo, de cuando niño, que fue un dorado muy gentil, y guardaba unos rizos en los primeros calcetines que usara. Y fuera cosa de su madre el guardar aquellas reliquias. Donna Cósima dijo que ella no sabía de ajedrez, y ser Franco aclaró que no importaba, que se dejase desnuda en la cama, que él, a través de la puerta, jugaría con un criado siciliano que tenía. La partida se prolongó largo rato, tanto que donna Cósima medio adormiló, ensoñando que venía a cubrirla un caballo de oro. Pero era ser Franco que estaba presto. A la mañana siguiente, desayunando un sorbete de higos melosos, el marido le pidió a la esposa que no comentase lo sucedido con ninguna tía o amiga, y que la educación de la aristocracia veneciana había llevado a sus más ilustres retoños a aquellas dificultades y delicadezas. Pero el sueño de la primera noche de amor carnal, se quedó en la memoria y en la imaginación de donna Cósima, para quien ser Franco y los amantes secretos que iban y venían por sus sueños, como las canciones van por los oídos, eran siempre hípicos dorados, y si no lograba esa figura, no había goce. Pero, con el tiempo, ser Franco fue perdiendo el aspecto caballar, y en Chipre habían aparecido unas aperturas persas en el ajedrez, y el veneciano cedía partida tras partida. Y fue en esa hora, una hora fatal, cuando apareció ante donna Cósima Bruzzi el capitán signor Fanto Fantini della Gherardesca.

Y si donna Cósima quedó estupefacta ante el capitán que su marido convidaba a almorzar, fue que lo vio como si entrase en sala un purasangre dorado. Lentamente, el caballo fue dejando paso a la verdadera imagen de Fanto, a los ojos azules, a la confiada sonrisa, a la gentileza de gestos, a aquella postura de saludo abriendo los brazos y echándolos hacia atrás que había aprendido de los franceses que bajaron con Carlos de Valois... Y por estas coincidencias, estalló súbitamente y tan fuerte la granada del amor, alcanzándolos a los dos con sus granos menudos y sabrosos.

Pero a los ayunos a los que la pérdida de capacidad ajedrecística de ser Franco sometía a donna Cósima, se unía un perfume que ella sorprendía en algunas cámaras y pasillos del castillo. Como si aquellas cámaras y aquellos pasillos estuviesen tapizados de membrillos. Alguien respiraba perfumado en las cámaras vacías y se rozaban sedas en la noche contra los rayos de luna que entraban por el gran balcón hasta el lecho mismo de donna Cósima. Sorprendió un día unas quejas dichas con femenina, aniñada voz, y queriendo recordar las sílabas que separaban los sollozos, diciéndolas en voz alta, reconoció en su voz la voz oída, y en su corazón el dolor de

la dueña de los lamentos aquellos. Que era Desdémona. Turbada anduvo semanas, huyéndose, refugiándose en las más altas torres, cubriéndose el rostro con velos negros, perdiendo pañuelos rojos por pasillos y jardines. Sí, Desdémona. Pero entonces Fanto tendría que dejar de ser el brioso corcel de rubias crines, y trocarse en el Moro, en Otelo. Sabido que eso era la muerte, pero ya no podría nunca más gozar con él si Fanto no era el Moro y si ella no moría. Y este fue el origen de los sucesos que se cuentan en el texto.

APÉNDICES

SOBRE EL DISCURSO DE LIONFANTE EN EL SENADO DE VENECIA

EL discurso de Lionfante ha sido muy analizado y discutido, dada la importancia que tendría el hecho de probar que Shakespeare lo había conocido y lo había utilizado en el acto I, escena III, de su *Otelo, el Moro de Venecia*, por lo menos en la parte en que Lionfante defiende a su amo de la acusación de haber seducido a donna Cósima Bruzzi, la bellísima mujer de ser Franco Loredano, capitán de tierra y mar por Venecia en la isla de Chipre. Por las noticias que tenemos, no parece que Fanto Fantini della Gherardesca haya contado su vida a donna Cósima en el almuerzo que siguió a la presentación, de los que habían de ser amantes, por el marido, pero es más que probable que ser Franco le haya explicado a su joven esposa quién era aquel capitán que desde Chios llegaba a asegurar la defensa de Chipre contra el turco. Que donna Cósima quedó prendada del rubio Fanto, de la clara sonrisa que amanecía en su rostro, soleado de los días de mar, solamente con verlo, es indudable. En entrevistas sucesivas, y ya en secreto, ¿cómo no le contaría Fanto a donna Cósima su vida militar, las batallas, prisiones, fugas y naufragios? El párrafo que en Shakespeare comienza «*Wherein I spake of most disastrous chances*», está en los pliegos góticos de 1510: «*Mi capitán le contaba a donna Cósima los azares de su vida, las aventuras por mar y tierra, de cómo por menos aun que el espesor de un cabello había escapado de la terrible prisión o de la muerte... y ella lloraba*».

Y el comentario que hizo el Dogo, «*Esta historia habría seducido igualmente a mi hija*», está textualmente en Shakespeare, «*I think this tale would win my daughter too*». Lionfante afirmó que él había asistido a varios encuentros de donna Cósima con Fanto en la terraza de Poniente, y que él estaba de vigilancia, lo que le era fatigoso, porque tenía que estar con las dos patas delanteras apoyadas en el vano entre las dos almenas de esquina, para poder ver si llegaba alguien por el camino de ronda, y aunque la honestidad y el respeto que debía a su amo, el capitán Fanto, le impedía echar de vez en cuando una ojeada a cómo iban los amores, que entre historia e historia había grandes silencios solamente rotos por los suspiros de donna Cósima, que eran como imitaciones de pájaros, podía jurar que jamás hubo entre donna Cósima y Fanto la menor discusión, ni pensares diferentes, y que todo era una música de abrazos, besos, promesas y largas despedidas, y que un día que se escuchó una alarma en el portillo de los Panes, su amo saltó sobre él y salieron al trote, como de vigilancia, dejando a donna Cósima desnuda en la terraza. Lionfante no pudo evitar el verla, y recordaba ahora que era como si la luna nueva se hubiera acostado en la hierba, en el rincón donde nacen los lirios. Fanto también iba desnudo, pero sobre el caballo se fue vistiendo, pese a lo difícil que era hacerlo trotando, subiendo y bajando escaleras, y cuando llegaron al portillo, ya estaba Fanto con su traje de malvís —esta figura «traje de malvís» ha sido muy discutida—, digo con su traje de malvís vestido,

y los borceguíes atados, que para no perder tiempo en ello, mientras Fanto se metía el jubón por la cabeza, Lionfante juró que él, con sus dientes, le hizo el nudo de los cordones de los zapatos.

Lionfante terminó su oración pidiendo a los señores de Venecia que permitieran al capitán Fanto Fantini della Gherardesca presentarse ante ellos, mostrar sus heridas, decir cómo amaba y no mató, y poner de nuevo su espada al servicio de la Serenísima República.

En los archivos venecianos no hay ni rastro de este discurso, ni de la discusión que en el Senado hubiera seguido a la intervención de Lionfante, pero era voz pública que un senador, Ludovico Brabantio, abuelo del Brabantio que fue padre de Desdémona, afirmó que mejor que no llegase a Venecia el capitán Fanto, que si se ponía a contar sus batallas y sus amores, no quedaría uno de la compañía que no pasase a cornudo, o perdiese una hija o sobrina en los brazos del condottiero. Sabido es que los más de los senadores de Venecia, ancianos, estaban casados con mujer moza. Y los que conocían la oposición del Brabantio a la venida a Venecia de Fanto Fantini della Gherardesca, decían que fue como si hubiese previsto la manera cómo el Moro enamoró a la niña Desdémona, contándole su azarosa vida, con añadidos de cavernas, caníbales, tempestades y la terrible esclavitud.

También se decía en Venecia, que por probar si le era tan fácil a Lionfante el bajar escaleras al trote, que le hicieron salir de la sala del Consejo por la puerta de Ojos — llamada así porque era aquella, secreta, por donde entraban a dar el parte los espías, y era como un espejo la tal puerta, y los espías no necesitaban hablar, que pasaban lo que habían visto al espejo, y los senadores estaban viendo lo espiado como en sesión de cine. Desde la puerta hasta el canal hay treinta y dos escalones, estrechos y húmedos, y Lionfante bajó suelto, giró en el descanso, y al llegar al canal entró en una góndola, ya un tal Passole que lo despedía y le daba un pan para el viaje, Lionfante le dijo que si el Senado acordaba que Fanto acudiese a defenderse, que haría una prueba de atarle los zapatos mientras bajaba las escaleras.

Cuando en Florencia se representó la pieza teatral de que hablamos en la introducción, no faltó la escena de las escaleras y el atado de borceguíes, y el caballo Lionfante era figurado por dos aprendices de batihoja, y para dar verosimilitud de la prisa que Fanto y Lionfante tenían en salir de la terraza de Poniente, abajo unos comparsas hacían que discutían la escasez de pan, y arriba, a la luz de una antorcha, en un tapiz verde, estaba de espaldas, desnuda, donna Cósima. Bueno, estaba un tal Giovanni Cresco, matarife, que tenía el cuerpo muy blanco. Como habían embadurnado la antorcha con clorato de potasa en polvo, al arder daba una alegre luz azul y parecía que lloviesen estrellas fugaces. Para saludar cuando aplaudían, el Cresco se ponía sobre las partes una hoja de parra de bronce, regalo de sus admiradoras.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ABAD DE LAS RELIQUIAS, EL: Salió de Chipre con las reliquias que se guardaban en su monasterio, de la santa Tecla y de los santos Cosme y Damián. Era un hombre muy alto, que siendo las celdas de su santa casa de las llamadas penitenciales, que son pequeñas, tenía que dormir enroscado como pescadilla. Hablaba *de profundis* y en la bendición de Pentecostés encendía una vela dentro de la corona, y daba concierto de campanillas. Se decía que, de niño, había tenido un maestro de gimnasia, que su padre lo quería estilista, aprovechando una columna helénica que había en un promontorio, pero el niño no pudo vencer el vértigo. Casó a Nito con Safo, saltando las discrepancias entre romanos y cismáticos con la pregunta famosa, de si Nito creía en las cosas visibles e invisibles.

ABANDERADO DE ÑERO, EL: Alto, seco, mellado, parmesano. Había aprendido de los suizos el volteo de la bandera. A una hija que tenía, una vez, en Sinigaglia, el César Borgia le hizo una seña, y la muchacha se fue, contoneándose, hacia un catre que había en un rincón, junto a la alacena con respiradero donde colgaban el congrio seco. El Valentino se acercó, le olió el congrio, y se fue. Lo que no fue óbice para que los hijos que tuvo la moza presumieran, por lo oído a su madre de la seña de César, que eran de los Borgia y que estaban esperando una herencia.

ALIPRANDO DEGLIALIPRANDI: Rico señor de Borgo San Sepolcro, quien le compró al genovisco de la semilla de pino, la berberisca Leila, que tocaba el pandero. De un viaje a la feria de Lyon de Francia, trajo a Italia la bufanda.

AMA DEL BACHILLER BOTELUS, EL: Viuda, muy blanca de piel, muy pechugona, bien peinada, oliendo a jabón de lima, los brazos al aire, regordeta y muy lúcida, y la mirada amable. Se le leía en voz alta una receta del «Regimiento de Cocina» de los monjes de Guadalupe, y se le quedaba en la memoria.

ANCIANA DE LAS JOYAS, LA: Conozcamos así a aquella honesta dama que en una posada próxima a Florencia, al anochecer del primer día del verano, se sentó a la sombra, a escucharle a un paje suyo cantar el romance de la ausencia de don Lanzarote del Lago, que sospecha la enamorada, doña Ginebra, que va por una selva oscura el paladín, y en la espesura brillan los ojos de las bestias innumerables y humeantes de Broceslandia. Reconoció en el rubio y mozo Fanto todos sus amores de antaño, la fugitiva mocedad, y la melancólica soledad. Por

ello le regaló la sortija con el rubí.

ARNALDO DANIEL: Poeta famoso antiguo, provenzal, a quien el Dante deja en el Purgatorio, tras haber conversado con él, viendo cómo volvía al fuego que lo afinaba y dejaba limpio para el Paraíso. Cuando «Lionfante» aprendió provenzal, lo citaba, y tenía de los tercetos en lengua de oc de la *Comedia* el decir respetuoso aquello de *Ara vosprec...*

ARTEMISA: La yegua que Fanto heredó de su padre, ser Piero Fantini della Gherardesca. Despertaba en los caballos castrados una exaltación que se resolvía en melancolías. Quizá por la mirada dorada que tenía. Fanto, adquirido Lionfante, la dejó para la iglesia de San Félix, para que saliese engualdrapada y de respeto en las procesiones mayores.

ASNA ZAINA, EL: Propiedad de Guillem el camargués. Salía al campo con Lionfante, ya viejo el famoso caballo de guerra, y le dejaba al anciano corcel desayunar de su leche, que la tenía con un cuarto de grasa. Lionfante le recitaba en germánico variado y algo del Petrarca, y como ventrílocuo imitaba al camargués, y el asna se reía enseñando los dientes. Se corrió por el país la fama de su leche, y de Tolón acudió la mujer de un almirante con sus hijas, por curar las pálidas muchachitas de una anemia.

BACHILLER BOTELUS, EL: Entró en esta historia con motivo de la compra de Lionfante en la feria de San Juan, de la noble ciudad de Florencia. Estaba allí por conocer a Marsilio Ficino y las exquisiteces neoplatónicas. Quiso ser retratado con el *Timeo* en la mano por uno de los grandes maestros toscanos de entonces, pero los dineros sorianos no le alcanzaban. En la parte tercera del libro, se cuenta detallado de su ciencia, su autografía y su triste muerte.

BAYO DE NITO, EL: Bayo alucorado de Nito Saltimbeni, que había corrido en la contrada de la Tartaruga en la piazza de Siena, que es sabido tiene forma de concha jacobea. Murió del turco en Chipre.

BEATRICE: Es inexcusable citada entre las enamoradas de antaño, parte de todo sueño, lirio en un esbelto vaso lleno de agua en la sombra de un patio.

BECCA, DONNA: Madre de Fanto Fantini della Gherardesca. De la súbita aparición de la fúlgura en la hora del nacimiento del héroe, le quedó un despertar asustado, y corría al tapiz llamado del emperador, por si estaba allí perdido el niño. Por lo demás, era una señora muy quieta y bordadora, muy de estar en la ventana viendo pasar las procesiones.

BETTOBALDO DEI BETTOBALDI: Glosador boloñés que invento una *Lex romana* por la cual, en habiendo gemelos, el último salido a la luz era el primogénito. Se descubrió el invento y tuvo que huir a Venecia, que los otros glosadores querían matarlo, por el descrédito. Como tenía buena letra lombarda cuadrada, se empleó en los almacenes vénetos para poner BIANCO en las barricas de vino. Era pequeño y picado de viruelas, y estaba hospedado en casa de una tal Marina

Marini, que fuera vivandiera de suizos en las campañas de Dalmacia. A las ocho en punto de la noche, en invierno, y a las diez en verano, tocaba retreta con una trompeta que trajera de la guerra. Una noche, medio bebida, entró en la habitación del glosador, lo desnudó, lo adobó con ajo y perejil, se lo echó a hombros, lo llevó a la cuadra, y lo gozó. Se casaron, y el glosador, por el ombligo de Marina, le hablaba en latín al niño que iba a nacer, que lo quería letrado para reivindicar el apellido Bettobaldi. Pero nació una niña, que desde la sien izquierda al mentón traía en letras Uñosas toda la declinación de *lex, legis*. Cosas que pasan.

BIRINGUCCIO, EL: Vannocio Biringuccio de Siena, autor de una famosa *Pirotecnia*, por la cual aprendieron pólvora y artillería todos los cristianos del Quinientos, desde Viena a Finisterre. En Galicia, en el monasterio de Santa María la Real de Oya, los monjes dispararon sus cañones contra el Drake, gracias a que los tenían por el arte biringuchiano. Los cañones de Oya tenían nombres tomados del Antiguo Testamento: Noé, Jacob, David, Josué... Il Biringuccio hizo para Florencia, cuando sitiaron la ciudad Carlos V y el papa Clemente VII para restablecer el poder de los Médicis, una «colubrina» de siete varas de largo y que pesaba trece mil libras, y estaba adornada con una cabeza de elefante. El Varegi cuenta que en un bastión *«il quale scendeva fino a la porta a San Piero Cattolini, e in quel mezzo sopra Porto de'Pitti edificó poi un gagliardissimo cavalière, il quale perché altissimo sopraffaceva le mura, ed in su questo pose la grandissima colubiina da mecer Vannocio Biringucho da Siena; aveva nella culata una testa di elefante, e si chiamava da fanciulli l'archibuso di Malatesta»*. Los florentinos creían que, cuando fuese disparada, aparte de deshojar todas las rosas del huerto de los Pitti, caería la bomba sobre la cabeza de Carlos, rebotando y yendo del casco imperial a la mitra del papa, con lo cual quedaba asegurada la República.

BORDADOR DE GUANTES, EL: Era uno de la secreta de Venecia, que dejaba el oído en casa cuando salía a vigilar por las tiendas en los mercados, y un día al llegar de servicio se encontró con que la mujer que hiciera la limpieza, lo tirara al polvo. Bordaba guantes para la familia Correr, que dio Dogos, y bordaba llamas en la cabritilla del dorso, lo que quiere decir «deseo». Pero estos guantes locuaces sólo los usaban las damas por Carnaval, llevando antifaz.

BOSQUE DE ÁLAMOS, EL: Se pone, por ejemplo, en una colina y con un prado al pie, como muestra de las emboscadas que podía tender Fanto Fantini con sus tropas. Tan pacientes esperaban disfrazados de álamos de abril a que llegara el condottiero enemigo con los suyos, que daba tiempo a que algunasavecillas retrasadas en coloquios de amor, hicieran nido en las lanzas vestidas de hojas nuevas.

BRACCIAFORTE LATINO DAL PICINO: Cuenta de él el signor Capovilla al pasar cerca de su torre, camino de Florencia. Comió su oro, como se dice en el texto, y cuando murió, lo tenía pegado, en escamas, en las tripas. Hubo que quitárselas, como las

del cerdo para el embutido, lavarlas y rasparlas, para recobrar el tesoro. Algunos opinaban que murió por no querer hacer de cuerpo, de miedo de que se le fuese en el excremento media onza Carolina.

BÚLGARO MENTOLADO, EL: Compraba por las islas griegas manuscritos para los señores Médicis. Era amigo del monje que curó a Fanto Fantini de sus heridas, al que traía por escrito las opiniones de Pico della Mirándola. Se perfumaba los sábados con menta piperita, y el perro del monasterio daba su presencia media hora antes de que llegase, el búlgaro, si es que había viento favorable. Todavía en las grandes bibliotecas italianas, hay manuscritos griegos que, al abrirlos, dejan salir un leve aroma a menta. Son los comprados en las islas helénicas por el búlgaro. Presumía de virgen, y sabía encender fuego haciendo girar una bolita de serrín y resina entre la yema del pulgar y las del índice y el medio de la mano derecha.

BUONCOMPAGNI, NERO: Condottiero. Primer capitán que tuvo Fanto Fandni della Gherardesca. Innovó en el arte del cuadro, poniendo dos piezas de artillería en cada esquina. Le gustaba cargar desde las colinas al llano, muy rodeado de banderas. En los ratos libres, andaba siempre de consulta de abogado, que tenía en Padua un prado y le robaban el agua los de las tiñerías.

CABO BIZANTINO, EL: Estaba en Tamnos de guardia cuando fue preso Fanto. No entraba en el trato de los serones de Eufrasia, la tía de Safo. Andaba cabreado, porque nadie le soltaba una propina, lo que era debido a que como usaba casco con pluma, lo tomaban por capitán. Cuando se corrió que sólo era cabo, ya fue otra cosa, y llevaba de costadillo una bolsa para que le echasen los pichones y los quesos de cabra. Se casó con una que en la procesión de Santa Eva, la Madre de los Vivientes, salía al natural, lo que el cabo aceptaba por consejos de humildad que le daban los monjes. Terminada la procesión, Eva se vestía y le daba una manzana al cabo, acariciándolo, y jugando al Paraíso.

CAMILLINA: Nodriz de Fanto Fantini. Descubrió que al niño le caía muy bien la perrera a la francesa, y Fanto ya llevó tal peinado durante toda su vida. A veces pedía permiso para salir a dar una vuelta, por ver si tenía noticias de su marido, que se le había perdido yendo a Ultramar. Una tarde regresó diciendo que había encontrado uno muy parecido a su Giuseppe, con lo cual quedó preñada. El niño nació muerto. Habían puesto de moda esas cosas el éxito de los que llaman romances de ausencia.

CANE DE CIMARROSA, UBALDO: Condottiero. Dominaba el arte de vadear. Llevaba siempre en su intendencia barricas con pichones escabechados, y mandaba agentes secretos a las cocinas romanas, por averiguar dónde podía comprarse el mejor vinagre. Llevaba tatuada en la frente una hermosa flor azul, con las letras AVE MARÍA. Lo que le salvó la vida, que un esquilador, por robarlo, le puso la zancadilla en un descampado, cuando el signor Ubaldo regresaba de una cita

amorosa, y al ir a meterle las tijeras en el cuello, vio a la luz de la luna el tatuaje de la frente, y lo dejó, huyendo mientras pedía perdón a grandes voces, que creía que había zancadilleado a santo Toribio, que andaba nocturno protegiendo los rebaños del lobo.

CAPELLÁN DE LAS DOMINICAS, EL: Fuera amigo de infancia de Fanto, y jugaba con él a cañas y a barra. Como era zurdo, necesitó dispensa para las órdenes mayores. Era muy apreciado en Sapro, donde estaba su capellanía, porque leía de gratis las rayas de las manos de los vecinos. Fue él que averiguó dónde estaba Fanto prisionero del hosco Vero dei Pranzi. Se hizo famoso cuando descubrió que no había tal demonio Asmodeo, que decían las monjas que les hacía cosquillas en las plantas de los pies y les daba serenatas. Averiguó que las cosquillas eran de una rata sabia que se le perdiera a un bretón, y las serenatas las daba una monja con barba, a la que, en un octubre, con el aumento de la pilosidad se le pusiera voz hombruna, y un raro apetito por pasarle la mano a una lega moza.

CAPOVILLA: El signor Giovanni Andrea Matías Leonardo Capovilla de Torrenera dal Pasma, caballero de San Juan de Rodas, pariente y tutor de Fanto Fantini della Gherardesca. Era un buen hombre, soñador artúrico. Murió soltero, porque nunca tuvo encuentros que se parecieran a los que él se imaginaba.

CASTRADO RUANO, EL: Caballo del signor Capovilla. Como su amo iba por los caminos ensoñando la Tabla Redonda mientras lo cabalgaba, algo pasó a la montura de las imaginaciones del cavalière y así se compuso una asombrada melancolía, que mostraba cuando se encontraba con las hermosas yeguas de su tiempo. Como había sido castrado a dedo, al pronto no se le notaba.

CATALINA: Campana salvatierra de San Félix, en Borgo San Sepolcro. Tocó para ahuyentar la tormenta el día en que nació Fanto Fantini. La habían fundido en Florencia, y tenía grabada la imagen de la santa de su nombre, con la rueda erizada de cuchillos.

CIRUJANO DE VERONA, EL: Cuando Fanto huyó a través del espejo con dama Diana, su braco Remo estuvo de huésped en casa del cirujano de Verona, Paolo Camerano, sangrador de los Scailígeros y de los últimos Capuletos. Era gran jugador de dados, y tirando con la diestra, echaba del cubilete al aire los huesos, y los recogía en el dorso de la mano. Intentó enseñar a silbar a Remo, pero no lo logró, que el braco estaba siempre con la larga lengua fuera, y así no estrechaba los labios para que saliese el aire. Se le metió de últimas en la cabeza que volaba de verdad cuando dormía, y que no eran sueños, y mandó hacer una jaula, en la que le pusieron colchón, y allí dormía.

COMADRONA DE DONNA BECCA, LA: Viuda de un sangrador por Salerno. Cuando había parto de lujo en Borgo San Sepolcro, mandaba un arriero a que le trajese nieve apenina, para la frente de la parturienta.

CONCISO, EL LICENCIADO: Lo era por Salamanca, en aristotélica y aquiniana. Su

verdadero nombre era Pedro Corto o Pedro Cortado, pero él había latinizado en Conciso. Tenía un beneficio en Valladolid, y doce sobrinas. La fama de su elocución latina llegó al señor Erasmo de Rotterdam.

CÓSIMA BRUZZI, DONNA: Hermosura veneciana, blanca, largo cuello, brasas en los ojos, la sonrisa de amanecer de verano. La amó Fanto, y ella al capitán. Quería que este anduviese loco celoso y amenazase con matarla en la cámara misma, en Famagusta, donde el Moro mató a Desdémona. Fingía amores con sombras y muñecos que escondía debajo de la cama. Murió a manos de su marido, ser Franco Loredano, capitán de Mar y Tierra de Venecia en Chipre.

CURRITA: Mona amaestrada, que trabajó en el alambre ante el Patriarca de Constantinopla. Si veía que entre el público había algún tuerto, se negaba a dar el doble salto mortal. Al terminar el espectáculo, hacía la seña de los Verdes con la mano izquierda, que le salía más fácil que la de los Azules, que es pasando la diestra bajo la pata del mismo lado. Los Azules, por creerla partidaria de los Verdes, la ahogaron en el Bósforo. Era portuguesa de nación, y su madre había venido ya embarazada de la Guinea, como muestra de macacos para ilustración del rey don Manuel el Afortunado.

DAMA DIANA: Bellísima señora, muerta en un castillo de Toscana, creyéndose que por veneno. Sus padres recogieron el cadáver de la hermosa y los de sus doncellas, y los llevaron a enterrar al país natal, en el marquesado de Monferrato. Habiéndose salvado de un incendio, en la torre donde murió, un espejo florentino, acudía, fantasma con piel de leche con un poquillo de clavel, a buscar en él las memorias de su juventud. Fanto la vio allí y la enamoró.

DESDÉMONA: Su historia es bien conocida. En la que fue su cámara en Famagusta, se amaban Fanto y donna Cósima. Pasados siglos, alguien que entró en la cámara vio un ratoncillo que corría llevando en la boca un hilo rojo. Asustado el mur, lo dejó y se fue a su agujero. El hilo era del famoso pañuelo rojo de los terribles celos del Moro, por donde le vino la muerte a la niña.

DONCELLA DE DONNA CÓSIMA, LA: Era de Rovigo, y la pretendió Nito, pero ella le dijo al escudero que estaba casada y preñada *de occultis*, y que si algún día entraba en el gremio de adúlteras, que le reservaba el primer cuerno de su marido.

DONCELLA DE LAS VIUDAS BANDINI, LA: Refrescaba a sus amas salpicándolas con agua fresca en las calurosas tardes del verano umbro. Cuando las viudas, servidas por sus cuatro primos, le cerraron a Fanto la puerta del huerto, ella se ofreció al mozo, levantándose las faldas. Fanto no la tocó, y le dejó sobre el ombligo una rosa. Nunca más quiso conocer varón, y si le entraban desasosiegos, se iba en busca de una sombra, buscaba una rosa roja, se la ponía sobre el vientre, y se dormía de placer. Murió joven y tísica.

DUQUE DE PROVENZA, EL: Una de las figuras como de teatro que imaginaba el signor Capovilla para que disfrazado de ella encontrase amor Fanto Fantini por las

posadas de Toscana. Esta figura estaba siempre llevándose la mano diestra a la frente, como borrando memorias o cenizas de sueños. Ver naranjales, le recordaba el ducado natal.

DUQUE DE URBINO, EL: Este veía a Fanto, según el signor Capovilla, y le daba una bolsa llena de oro para que Majase hasta encontrar a su enemigo mortal, y a escondidas le pasaba un puñal envenenado. El duque de Urbino se retiraba en silencio, pero desde la puerta se volvía y levantaba su copa llena de vino rojo, brindando por la fortuna de nuestro héroe.

ECO VENECIANO, EL: Agente ordinario de la Secreta de la Serenísima. Les vaciaban la cabeza de memorias, y cuando regresaban de misión, traían las conversaciones oídas como grabadas en cinta magnetofónica. El que sale en este libro, estaba a las órdenes de ser Franco Loredano para comprobar los ardientes amores de Fanto y donna Cósima. Con el susto de la bajada del turco a Chipre, quedó tartamudo, y ya no servía de prueba en los tribunales, que se pasaban los plazos tomándole los avisos.

ENRIQUE IV: Emperador de Alemania que fue, rey de Romanos. Ennoblecíó a los Fantini della Gherardesca en la persona de ser Giovanni, que le sirvió de escudero. El rayo del nacimiento de Fanto le quemó la bragueta, que la tenía muy ostensible en el tapiz conmemorativo del palacio de los Fantini en Borgo San Sepolcro. Fue un iracundo inquieto, y cuando por vez primera probó el helado, se le cortó la digestión.

ESQUILADOR, EL: Lo contrató el cavalière Montefosco de Malapreda para raspar, con un juego de raspadores tortosinos que tenía, las tripas de su primo Bracciaforte, y sacar el oro allí pegado. Era de Asís, pero todos los años iba a ferias a Tortosa a aconsejar en lanas.

EUFRASIA: Tía de la cojita Safo. Hacía el contrabando de los higos pasos en la isla de Tamnos. En algunas de las islas griegas, en los días bizantinos, los higos estaban estancados, y rentaban a los monasterios y a los jueces de lo criminal. Por cariño a la sobrina cojita, y con miedo de que por el defecto de la pierna esquelética no encontrase marido le decía a Safo que esperase todo lo que pudiese para enamorarse, confiando así en que pasándole a la niña los cálidos sueños de la edad moza, luego ya se olvidase de casorio.

FANTINI DELLA GHERARDESCA, FANTO: Nuestro héroe. Durante mucho tiempo solamente se supo de él lo que viene en una crónica florentina: «Nadie fue más hábil en huir de las prisiones de su tiempo, que el capitán Fanto Fantini della Gherardesca». Solía repetir esta cita el escritor Rafael Sánchez Mazas, que tanto sabía, y enseñó al autor de este libro, de la Italia del Cuatrocientos. Más tarde, se fueron recogiendo noticias, hasta que fue posible componer esta biografía.

FANTINI DELLA GHERARDESCA, SER GIOVANNI: Trasabuelo de Fanto, nobile del Sacro

Romano Imperio, conte. Sirvió con su lanza al emperador Enrique IV. En la cuna hecha por las ramas de laurel que ceñían su cabeza, apareció Fanto, llevado allí al nacer por el rayo. Se sabe que tenía una herida en el costado derecho, que nunca curó del todo, que era de saeta suiza plana. Ser Giovanni se quitaba la camisa, y silbaba como si viniera otra vez la saeta, y entonces la herida se abría, y aparecían unas gotitas de sangre. Esto solamente lo hacía ante personas ilustres, o médicos que pasaban hacia Padua o Montpellier.

FANTINI DELLA GHERARDESCA, SER PIERO: Padre de Fanto. Nunca hizo armas, porque padeció reuma desde niño, y cabalgaba a mujeriegas en Artemisa, su plácida yegua. Se decía que había esperado una luna propicia para hacer a Fanto, y en habiéndolo hecho que dejó tranquila a donna Becca, sentada junto a la ventana, viendo pasar las procesiones. Cuando enfermó de la peste, hubo un día en el que se creyó salía de ella, y le pasara del todo la reuma, pero a la tarde siguiente pidió un pichel de chianti, bebió levantando el codo, lo que nunca había logrado desde los doce años, y al rematar, se murió.

FLAMENCA: Nombre que llevó una señora provenzal, que iba a baños por verse con su amante, y en su habitación leía *Flores y Blancaflor*. Pero aquí viene porque era el nombre de la mujer de Guillem, el camargués, tratante en caballos. Era pequeña, muy blanca, el pelo negro en moño trenzado, y el camargués, que era celoso, la guardaba bajo llave. Pero ella se reía, comía nueces con miel, y se pasaba las horas cantando. Con diferencia de pocos meses murieron Flamenca y Fanto, y el camargués los enterró en el mismo nicho, pero como tenía la manía de los celos, puso tres tablas herradas entre ataúd y ataúd. Era un tipo callado, que se frotaba las manos y llevaba una bolsa con habas blancas y habas negras para echar las cuentas.

GARDA, ANDREA DELLA GARDA: Médico de la Escuela de Padua. Asistió al nacimiento de Fanto, y lo halló cortando con su bisturí, en los laureles de la cabeza de su trasabuelo ser Giovanni, en el tapiz de la cámara que honra. Demostró que en el cuerpo humano existe agua estancada y que hay que expulsarla por el vómito, y que la sal evita la podredumbre. Renunció a los vegetales, sospechando que toda col nacía donde estaba enterrado un romano.

GATAMELATTA: «La gata melosa», un famoso condottiero de los que inventaron, en la Italia del Quinientos, el arte militar. Mandaba pintar de oro los genitales de su caballo, y como le molestaban las moscas, andaba siempre seguido de un paje que llevaba un sombrero embadurnado con miel, al que aquellas acudían, dejándolo a él tranquilo, imaginando marchas al amanecer, el cuco a la siniestra.

GENOVISCO DE LA SIMIENTE DE PINO, EL: Llegaba puntual a Borgo San Sepolcro con la simiente de pino, que decía que era la mejor, del camposanto de Génova, dónde aún no había protestantes ingleses enterrados. Traía siempre moza nueva, y cuando se iba, la dejaba alquilada a la florida juventud del Borgo, donde aún

regían para amores canciones de Guido Cavalcanti. Era medio cegato, y en los días de sol, andaba por la calle cubriéndose los ojos con un cristal ahumado.

GIORGINA: La nave veneciana en la que fue de Chios a Chipre el signor Fanto, porque se anunciaba la bajada del turco y eran precisos capitanes de guerra. Era de roble esloveno, algo cansada de popa.

GIOVANNA: Así interpretó Fanto, en la torre donde lo tuvo prisionero Vero dei Pranzi, el nombre que se leía en el tabal de oveja salpresa. Se pasó horas y horas, mientras esperaba la muerte, imaginando que aquella Giovanna la había, y era dulce de labios y del mirar, y se dejaba beber como agua.

GUARDIA DEL GORRO ROJO, EL: Vigilaba a Fanto en el patio del gobernador de Tamnos. Escupía negro. Cuando pasó la cojita Safo y le tocó a Fanto el pelo rubio, el del gorro rojo, como medio asqueado, dijo en lo que le pareció veneciano, que todas eran unas putas: «tutanai putanai».

HEREDERO VENECIANO, EL: Una de las figuras de Fanto en las posadas. Salía de su cámara vestido de violeta y plata, haciendo que metía bolsitas de cuero en los acuchillados del jubón, que los que le veían hacer tal creían que estaban llenas de oro del rico heredero. El gesto inventado por messer Capovilla, era que se diese aire con los guantes.

HIJA DE LA VIUDA, LA: Viajaba con su madre, y sabiendo que Fanto iba a un terrible encuentro con un cruel enemigo, César Borgia acaso, le regalaba un nomeolvides de oro con una piedra verde. Esto lo imaginaba el artúrico signor Capovilla. La niña era una morenita muy graciosa y llevaba con ella un mirlo en una jaula de plata.

HORCA DE VENECIA, LA: Se trata de una horca primitiva del tipo de las llamadas ginebrinas que son de triple poste y tablado alto, o sin tablado y con escalera de mano. El nudo es muy corredizo, y se seba el esparto a dos manos por un ayudante del verdugo que se llama *il lazzuó*, que quiere decir el cariñoso, lo que también se dice del perro que lame la mano del amo. El verdugo se abraza al penado por la cintura, y se deja ir con él por el aire. Después de cada función, se pinta la horca de blanco, en el Arsenal.

INTÉRPRETE DE VENECIANOS, EL: Estaba de oficio en la isla de Tamnos. Creía que era moda en Venecia el hablar por la ese. Alto, flaco, legañoso, usaba bicornio.

IPPOLITOS: Perro dálmata, que fuera amigo del gobernador del Basileo en la isla de Tamnos. Se apartó de la confianza de este por culpa de una perra francesa, que trabajaba a deshora en el puerto, sin guardar las épocas de celo.

ISAAC DE SIENA: El médico judío de los Tolomei que fabricó el compuesto sutil con el que Bracciaforte, tragando su oro, lograba que este le quedase pegado en los intestinos.

ISOLDA: Es una de esas bellísimas señoras a las que hay que citar, por el dorado

cabello, por los ojos azules, porque sonrían y porque lloran, y porque mueren de amor.

LANZAROTE DEL LAGO: El signor Capovilla hizo pasar a Fanto, ante la anciana de las joyas en la posada en el camino de Florencia, por un sobrino, y de su mismo nombre, del caballero Lanzarote del Lago. La figura de teatro de Fanto era ponerse donde daban los rayos del sol poniente, acariciando las flores del glicinio.

LEILA: Morisca alquilada por el genovisco de la simiente de pino. Fue bautizada como Verisima Pomposa Capitolina Romana Rolindes y casó en Borgo San Sepolcro, e hizo mahometano al marido. Era una morena muy aficionada a las aceitunas, y se prestaba a que la pellizcasen en las nalgas los canónigos, que querían probar, antes del bautizo, si se tenían carnes tan duras sin comer puerco, dispensado.

LUCA PACIOLI, FRA: Sabio geómetra y matemático, que escribió de la Divina Proporción. Construyó para encerrar en ella a Fanto una prisión mental.

MICHAELE DE CAPRASARDA: Luogotenente condottiero Nero Buoncompagni. Era el que trataba del alquiler de las campañas de su capitán.

MICHAELOS LIPAROS: Gobernador por el Basileo de la isla de Tamnos. Sesentón, pequeño, gordo, se coloreaba las mejillas con papel de Damasco y se espolvoreaba las cejas con purpurina argentífera. Marica, lacónico y jugador de dados, medio se encaprichó de Fanto, cuando lo tuvo prisionero, porque hacía muchos años que no conseguía ver un hombre rubio a su alcance.

MONTEFELTRO DE MALAPREDA: El heredero de Bracciaforte, que alquiló al de los raspadores tortosinos, para sacar el oro de las tripas al primo. Tardó siete años de lavados continuos, y dejarlo dormir en jalea de membrillo, antes de que el oro dejase de oler a podrido, y pudiese pasarlo en las bancas de Venecia.

NITO SALTIMBENI DA SIENA: El fiel escudero de Fanto Fantini. Sabía toscano y provenzal. Casó con Safo. Vio hijos y nietos. Por un genovés, mandó para la sepultura de Fanto el Mozo, como él le llamaba siempre, una cabeza de mármol, griega antigua, que en el perfil mucho semejaba a su amo.

OLALA: Fa perra francesa que trabajaba en el muelle de Tamnos. Decía que había nacido en la place Pigalle, de París. Se enamoraba de los canes forasteros, y les regalaba la comida. Fa dejó en la isla abandonada uno que había llegado a ella, franco de nación, a aprender griego egeo prehomérico.

OTELO: El Moro, marido y matador de Desdémona. Donna Cósima Bruzzi quería que Fanto lo imitase, y diciendo «¡Apago la luz y apago su luz!», celoso, la estrangulase.

- PAJE CANTOR, EL: Lo llevaba la anciana de las joyas, que hizo posada en un mesón en el camino de Florencia. Cantaba dulce, dejando las notas de la viola morir en el aire, como mariposas. Sabía una canción de uno que se iba de mañana, saludando las alondras, y no regresaba jamás.
- PAJE DE LA GRAPPA, EL: Llamado por la comadrona, cuando nació Fanto, trabajó para sacar del soponcio a donna Becca, un vasito de grappa. Donna Becca estaba con los pechos al aire, blancos surcados por venillas azules, y el paje se turbó, y nunca más se le fueron de la memoria. Murió de la peste.
- PANADERA DE BOLONIA, LA: Fue la que dio a luz dos hijos, con tres meses de retraso el segundo. Esto dio origen a la llamada polémica de los primogénitos, que dividió a los glosadores. Bettobaldi dei Bettobaldi inventó una *Lex romana* que decía que el último nacido, habiendo gemelos, era el primogénito.
- PÁRROCO DE SAN FÉLIX, EL: En Borgo San Sepolcro, en la rectoral en medio de las viñas junto a Porta Nuova. Asistió en sus últimos días a la yegua Artemisa, y la enterró engualdrapada, y predicó que bien se veía, como iba pasito en las procesiones y bajaba la cabeza cuanto ante ella pasaba la imagen de San Félix obispo, que si tuviera alma, sería cristiana. Y citó a Tertuliano: «*Alma naturaliter christianal*».
- PERIANDRO: Sacristán griego, quien después de la bajada del turco a Chipre, contrató a Nito para que sirviese de espartarlo bizantino en el traslado a lugar seguro de las reliquias de santa Tecla —que eran una oreja y un rizo—, y las de los santos Cosme y Damián, que eran dedos de los pies.
- PIERO DELIA FONTANA, SER: Escribano de Borgo San Sepolcro, administrador de los bienes de Fanto Fantini della Gherardesca. Cuando llegaron noticias de la muerte de este, estando las viudas Bandini pobres, abandonadas de los cuatro insolentes primos, que las habían usado y les comieran todo lo que tenían y heredaran, sabiendo que habían estrenado a Fanto, les pasó en secreto las rentas e intereses.
- PRÍNCIPE DE DINAMARCA, EL: Don Hamlet Hardrada de Elsinor. Otra de las figuras de viajero secreto de Fanto Fantini. El índice de la mano derecha en los labios, pasaba rápido e inquieto de un rincón de sombra a otro rincón de sombra.
- RENZO DEI MUTTI, PAOLO: Capitán de Pisa, engañado por Ubaldo Cane de Cimarrosa. Fue llevado a ser enterrado en el famoso camposanto de su ciudad, metido en una barrica que había servido para los pichones escabechados de su enemigo. Era un taciturno que no creía en los mapas. En su tumba, no se logra hierba, y se culpa a la fuerza del vinagre en el que viajó hasta Pisa, ya difunto. Era vinagre, a lo que parece, del que llaman «*latte del nipotte del Papa*», que es como decir en las Castillas, de la mala leche o de la mala uva.

SAFO: La cojita de Tamnos, de los ojos verdes. Libró de prisión a Fanto con ayuda de delfines amigos. Lloró su muerte, pero se consoló, casándose con Nito, el escudero.

SIRENA, LA: Era la última, y ya era vieja, arrugada, y perdiera los dientes, las tetas caídas, tanto que las olas ya no le hacían allí aquella espuma que suelen en los pechos redondos de las sirenas mozas, en las estampas. Pedía limosna en el mar que vio pasar la nave de Ulises.

SOBRINO DEL REY DE ROMANOS, EL: Otra figura de Fanto, en la imaginación del signor Capovilla. Iba a Roma, y llevaba de viaje a Artemisa, yegua de su aprendizaje de jinete, a la que había querido dar el gusto de pasar el Tiber junto al castillo de Sant' Angelo. En la ocasión, Fanto vestía un traje celeste y oro, que lo hicieran las viudas Bandini con una casulla que sobró del marido de una de ellas, que iba para obispo «*inpartibus*».

SOLDADO DE VERO DEI PRANZI, EL: Fue el que contó a su amiga donde estaba prisionero Fanto Fantini. La amiga se lo dijo al capellán de las dominicas, que fuera compañero de juegos infantiles de Fanto y era zurdo. Era de labradores lombardos, pero le diera por las armas.

STROZZI, LOS: Banca de Florencia, donde cobró el pagaré de las viudas el capitán Fanto el Mozo. El oro y la plata está en estantes, y la señora Vanna, que es la madre, viuda, pasa de vez en cuando con un plumero, quitándole el polvo. Hay un escribiente para las letras de feria, que usa balanza. No se puede hablar en voz alta en la sala, para no distraer y equivocar a los que cuentan.

TAMNOS: Se discute mucho la existencia de esta isla, próxima a Chios, donde Fanto estuvo preso, y donde Nito casó con la cojita Safo. Muchas islas griegas desaparecieron gastadas poco a poco por el oleaje y una pudo ser esta. Otros dicen que habrá mala lectura en los manuscritos fantianos.

TIPLE DE MAITINES, EL: Iba con los soldados del papa cuando los derrotó el señor Nero Buoncompagni. Era calvo, redondito, y tenía muy bellas piernas. Salía de Colombina en las funciones de la Corte de Roma.

TORTAJA: El morisco alquilado por el ama del bachiller Botelus para ayuda de cocina y picadillos. Tenía el punto del anís.

VERO DEI PRANZI: Condottiero. Era enano, mofletudo, cruel y vanidoso. Hizo prisionero a Fanto. Usaba tacón de Bolonia. Tras haber visto huir a Fanto, envuelto en un río como en una capa verde, le entró una ira triste, con mucha flema amarga, y una mañana amaneció muerto. Su caballo, con la cola, le espantaba unas moscas verdidoradas que habían llegado, en bandos, a la boca del capitán.

VIUDA CON HIJA, LA: Soñaba il cavalière Capovilla encontrarla en una posada, y le

daría a Fanto una perla benéfica para que saliese con bien del drama de la venganza. Estaba de buen ver, y se celaba de su hija. Pero al signor Capovilla le gustaba mucho en estas imaginaciones de mujeres, que hubiese dos hermanas, o tía y sobrina, o madre e hija, y funcionar con la pareja, con escondites, y un juego de caricias diversas, para que no hubiese confusión. Eso es mucho de castos tímidos.

VIUDAS BANDINI, LAS: Nunca olvidaron aquel pronto asombrado, los gritos, las corbetas de Fanto, y las dulces noches.

EL AÑO DEL COMETA CON LA BATALLA DE LOS CUATRO REYES

Viéronle ellos a lo lejos, antes de que se acercase, y trataron de matarlo; y decíanse unos a otros:

—Aquí viene el soñador; ea, pues, matémosle y echémoslo en un pozo abandonado, y digamos que lo devoró una alimaña. Se verá entonces de qué le sirvieron sueños.

(Génesis, 37, XVIII-XX)

PRÓLOGOS

El autor había escrito un prólogo para esta novela. Después, escribió otro. Como no ha logrado saber cuál de los dos es el más apropiado, publica ambos.

I

Esta historia debía comenzar como las viejas crónicas, con el relato de la creación del mundo. Pero comienza con la muerte de un hombre.

—Un extranjero, seguramente.

—Esos pantalones rojos se llevan en Levante —dijo el cabo, que fue quien disparó primero.

—También en el teatro —comentó el guardia más joven, que alisaba su barba redonda.

Se había sentado al pie de la higuera, sobre una de anchas raíces, y se apoyaba en el tronco.

—Fue hace dos veranos. Salía de detrás de una cortina uno que pasaba por ciego, pero no lo era, y se ponía a gritar en verso si no habría en la ciudad una moza que lo guiase por los caminos. Era muy alto, y tentaba el aire hasta dar con unas flores que había encima de una mesa, a las que tomaba por testigos indiferentes de su desgracia. Dijo que se clavaba espinas de aquellas rosas, y pidió a unos santos antiguos, que nombró por orden, que las yemas de los dedos se le volvieran ojos. Las gentes lloraban, y una pupila de la Calabresa, aquella larga, flaca, de los ojos azules, que se hacía llamar la Joya, se levantó, ofreciéndose. El hombre dejó de hacerse el ciego, y le dijo a la Joya que se sentase, y que siempre había en provincias una sentimental que le jodía la apoteosis. Sin embargo, se compadeció al ver a la muchacha de pie en el palco, con los brazos abiertos, y le tiró una rosa antes de seguir el llanto. Pues aquel actor gastaba pantalones rojos, con una cinta negra por debajo de las rodillas.

—Pero este no lleva cinta roja.

—Porque no es el del teatro.

El hombre cayera muerto un poco más allá de la higuera, cuando se disponía a saltar una paredilla baja, sobre el río. El cabo le acertó en una pierna, pero el guardia conocido por el Veterano le dio en el pecho, cuando el fugitivo se volvió hacia los que le daban el alto. Se inclinó, cruzó los brazos sobre el pecho, cayó de rodillas, intentó levantarse y de nuevo volvió a caer, pero esta vez dando un grito y abriendo los brazos. Quedó tendido a lo largo de la pared, la cara sobre el montón de tierra fresca de la boca de una topera, una boca abierta por el topo aquella misma tarde. El sol poniente hacía brillar los espejitos de mica de las piedras de la paredilla. El cabo, ayudándose con la culata del fusil y con el pie derecho, puso el cadáver panza arriba. Un extranjero, seguramente. Cuando lo registrasen, encontrarían un papel con su nombre en los grandes bolsillos de la blusa azul, o en los del pantalón. Pero eso era cosa del juez.

—Al día siguiente, como el que hacía de ciego le tirara una flor a la Joya, que era una puta muy conocida, máxime que andaba siempre por la alameda con sombrero con plumas, la aristocracia no fue al teatro.

Encontrarían un nombre que sería difícil de leer, y mucho más de recordar. Los

extranjeros, cuando pasaban a nuestro país, debían usar un nombre cristiano, de dos sílabas. Bien considerado, debía haber un esperanto de los nombres propios. Dos moscas verdes se posaban en el pecho del extranjero, avanzando hasta la sangre que brotara de la herida, y ya cuajara. Otra mosca, pero ésta más grande, azul oscuro, paseaba por el rostro del muerto, se detenía en los delgados labios, volaba sobre los ojos sin osar posarse en ellos. Los ojos estaban extrañamente abiertos. El muerto estaba recién afeitado, y al cabo le sorprendía que no sonriese. No sabía el porqué, pero le sorprendía. Sí, en aquel rostro faltaba la sonrisa, todo él estaba hecho para sonreír, la boca entreabierta, las finas arrugas que se abrían en abanico desde los ojos a las sienes. El cabo sonrió por ver si obligaba al muerto a sonreír. El muerto estaba indiferente a todo. Llegaban más moscas. Había seis verdes por dos azules.

—La flor era de trapo, y la Joya quiso depositarla en una iglesia, y no la puso en la cabecera de la cama, como le pedían las compañeras.

De su edad, treinta y cinco años, más o menos. De altura, un metro ochenta. Peso, setenta y cinco kilos. Algo le relucía en la boca: un diente de oro. El muerto podía quedar toda la noche al abrigo de la pared. La patrulla iría por la orilla del río hasta el puente. Llegarían a la ciudad a la hora de la cena, y a la mañana siguiente volverían con el juez sustituto, el médico forense, el comisario de Forasteros y los camilleros voluntarios. Los tiros fueron legales, porque el extranjero se escondía detrás de la higuera, y salió corriendo hacia la paredilla. Iba a saltarla apoyando la mano derecha en aquella piedra verde. Había que precisar bien todos los detalles: salió de detrás de la higuera y se disponía a saltar la paredilla. La piedra verde era la mayor de todas las de aquella parte de la pared. La mano del muerto podía haber dejado una huella, la huella entera de una mano de hombre en la piedra verde. Debíamos poder leer en aquella palma retratada en la piedra, seguir la raya de la vida en ella. No había más remedio que disparar, porque si saltaba la pared se metía en la junquera, se arrastraba hacia el río, la pasaba en el recodo que ocultan los sauces, corría hacia los tres mojones de la frontera. Los disparos fueron legales: «Los extranjeros no pueden viajar si no es por el camino real. En determinados casos, que se fijan en los artículos 33 y 34 del Reglamento, puede exigírseles que lleven en un palo de vara y media de alto una bandera blanca, cuadrada de treinta por treinta centímetros». Estaba muy bien, al abrigo de la pared. Las moscas no le hacían nada. Ahora eran unas sesenta o setenta, unas verdes, otras azules, otras con el vientre alargado, a rayas amarillas y negras. Dos o tres de estas se posaron en los ojos del muerto, y parecían encontrar allí un llano pegadizo, del que intentaban huir. Si el muerto cerrase ahora mismo los ojos, las cazaba.

—Decía la Joya que ella se ofreciera al ciego por súbito amor, encantada por la poesía, y que el ciego, pasado el relámpago del cabreo, así lo entendiera, y por eso le tirara la flor. ¡No la iba a poner en la cabecera de la cama en que fornicaba con los transeúntes!

Si hubiese una lona a mano, no estaría mal el cubrirlo. Terminaba septiembre, y

ya helaba por las noches. La helada ayudaría a la buena conservación del muerto. Si el muerto fuese fumador, el cabo y el Veterano podrían echar un cigarro, pero no se atrevían a cachear al desconocido porque estaba el guardia rubio presente.

—Además, que hay mucha gente bruta, y borrachos, y llega un tipo y arranca la flor, y se la pone en las partes.

¡Los más que van de putas no saben el gusto que se le saca a la delicadeza con las mujeres!

Lo apropiado era que un guardia quedase de vela junto al muerto. El Veterano le leyó el pensamiento al cabo.

—Si paso la noche al raso, mañana me doblo por los cuadriles.

—Podíamos dejar clavado un palo, y en la punta la bandera de señas.

—Podíamos darle dos reales al Grajo, y que durmiese junto al palo toda noche. Los dos reales se sisan de la cebada.

El Grajo estaba recostado contra el tronco de la higuera de encima del camino, y de vez en cuando echaba mano a un higo miguelino, pequeño y rojizo, todavía verde. Cuando escuchó que lo nombraban, se limpió la baba en la manga mendada del chaquetón, le dio una vuelta a la gorra parda sobre la enmarañada cabellera, sonrió y volvió a babarse. Alargaba una mano hacia el cabo, sin osar acercarse; la mano derecha, una mano pequeña, negra, arrugada, mientras con la izquierda atraía hacia sí una rama de la higuera, con las grandes hojas verdes, y se tapaba con ella el pecho. Era enano, pero con largos brazos, y cuando abría la boca mostraba una hermosa dentadura, unos dientes pequeños, alineados, de una insólita blancura. Lo pariera no se sabe cuál mujer en el monte, treinta o cuarenta años haría, y lo recogieron unos pastores que lo escucharon llorar. Creció perdido entre el rebaño, y lo esquilaban en abril, como a las ovejas. En cierta ocasión lo rodeó un aura de milagrería. Enfermó, que le salieron por todo el cuerpo unos bultos negros, llenos de acuosa podredumbre, blanca y amarilla. El Grajo estaba tumbado en la hierba, desnudo, delirando balidos con la fiebre. Los perros de los pastores abandonaron a sus amos, y fueron hacerle compañía al enfermo. Estaban los siete perros de los siete rebaños de la Marca, haciendo rueda al Grajo, ladrando por turno. Y se corrió por el país, y llegó la novedad a la ciudad, que los perros iban a una fuente vecina, que nacía en el lindero del brazal —una fuente de pocas aguas, que no llegaban a hacer regato, y que la bebía el pastizal—, y volvían con un buche de agua en la boca, y lo vertían sobre el Grajo y sus bultos. El Grajo, con aquel saludo de agua, curó. Lo llevaron a la ciudad, y aprovecharon para bautizarlo, y le pusieron Juan. Las señoras de la Caridad Suprema lo lavaron y vistieron, y le buscaron el oficio de ir dos veces a la semana al monte, en un asno negro, bragado, a buscar dos garrafones del agua aquella, que sería salutífera. El protomedicato sostuvo que el agua era como todas, pero un físico disidente dio una Academia en la que probó que todo el mérito era debido a la estancia del agua en la boca de los perros, no excluyendo que estos conociesen una hierba secreta, y la hubieran comido, como hacen cuando deciden purgarse. Un predicador dijo que nada

de hierbas, sino inocencia y santidad curaran al Grajo, quien en la ocasión estaba sentado al pie del púlpito, vestido de marinero. El Grajo comía caliente por vez primera en su vida. Juntó unas propinas. Pasadas unas semanas, dejaron de mandarlo a buscar agua. Gastó lo ahorrado en vino, y anduvo por las calles de la ciudad, solo en la noche, ladrando, balando, silbando. Apareció tirado en el suelo, bajo los soportales de la plaza. De aquella borrachera salió medio preso del lado izquierdo, babeante. Se volvió al monte, a acompañar los rebaños, a sestar a mediodía con los perros, a dormir en la noche con las estrellas.

—¡Dos reales, y no te mueves en toda la noche de junto al palo! ¡El palo es del rey!

El Grajo abría los ojos y la boca, acercaba la mano. Llegaran más moscas al rostro del muerto, a la sangre que saliera de las heridas, a las blancas manos. Con la anohecida, ya no se distinguían las verdes de las azules. El Grajo miraba y remiraba la moneda de dos reales. La metió en la boca, la ensalivó bien, la escupió en el cuenco de las manos. Allá, quedaba sentado junto al palo, en el que el Veterano atara la banderola de señales, roja. La patrulla montó y bajó por el atajo buscando el vado.

El Grajo, antes de dormirse, quiso esconder la moneda de dos reales. La hacía saltar en la mano, la olía, la chupaba. Procuró una piedra para esconderla debajo, pero ninguna le pareció segura. Se quedó dormido con la moneda en la boca, y soñó que la tragaba, y le llenaba el cuerpo de sabor a vino. Estaba bien segura en su estómago, en su vientre, en una plaza, en el medio y medio de una plaza que tenía dentro, con soportales, y mucho público mirando para la moneda. El Grajo soñaba que estaba jugando a tragar y devolver la moneda, y en uno de esos movimientos que hay a veces en los sueños, la tragó de verdad.

—¡Paulos!

Lo llamaba por tercera vez. María sostenía con las dos manos la taza de loza decorada con flores verdes, llena de leche acabada de ordeñar. Paulos le había dicho que si alguna vez tardaba en responder a sus llamadas, era porque le gustaba estar viendo cómo la voz alegre y amorosa de María subía por las escaleras, brincando de escalón en escalón, se detenía delante de la puerta entreabierta, y entraba hasta el sillón en el que Paulos descansaba. Decía que sentía una brisa fresca en la frente y en los ojos. Ella le preguntaba:

—¿De qué color es? ¿De qué tela? ¿Qué forma tiene?

—Dorada, de seda, la forma alargada, como si a una palabra se le añadiese su eco, al cuerpo la sombra, cuando sale el sol.

Otras veces Paulos se escondía y no lo encontraba en la casa. María sabía que estaba allí, a su lado, pero no alcanzaba a saber dónde. Dejaba la taza encima de la mesa, separando libros y papeles, mapas, lápices. Paulos le había dicho más de una vez que no lo buscase, que andaría vagabundo por los países otros, más allá de los montes, más acá de los mares. Volvía diciendo que tal ciudad olía a naranja, otra a niños de teta, otra era verde. Había países con grandes crímenes, y otros en los que se

escuchaba música en todas las solanas. En algunas ciudades, todo lo que Paulos viera fue una mujer asomada a una ventana, o en un jardín, echándole piñones a las palomas. En otros países hablara con grandes héroes, con misteriosos buscadores de tesoros, con oscuros fugitivos, inclinados por el peso de los grandes secretos que escondían en su corazón. Asistiera a muertes a traición y a alegres bodas. Regresaba con la voz ronca, o con fiebre, y le mostraba a María raros anillos, pañuelos bordados, mariposas azules.

—¡Paulos!

Las puertas se cerraban en lo alto de las escaleras, y María percibía que ahora su voz regresaba, agarrándose al pasamanos para no caer, porque no estaba él para recogerla, para envolverla como anillos de dorado cabello en los largos y delgados dedos. ¡Nunca tan lejos estuviera! Las puertas se cerraban solas. Se quebró el cristal de una. La luz parpadeó, lució un instante intensamente, y se apagó. María dejó la taza de leche recién ordeñada en el tercer escalón, y se fue, sin osar subir al piso, diciéndose consuelos, explicándose la ausencia de Paulos con palabras de este, con palabras de sus sueños, de los sueños de sus viajes y de sus asuntos imaginarios. Con la noche, el viento bajara a la ciudad. Frío. María encendió una vela y se sentó en el suelo, ante ella. Desaparecieran todas las casas vecinas, las de la plaza y las de la calle de los Tejedores, y las que daban a la huerta del Deán y a la plazuela del Degollado. Un oscuro bosque avanzaba ramas de sus grandes árboles hasta la ventana. La mirada desconsolada de María las hacía retroceder, y se abría entonces un gran claro, con un estanque en el centro, en el que se posaba lentamente la redonda luna. Pasaban los leones, y el agua del estanque reflejaba sus miradas rojizas. María escuchó la lechuga, y ladridos de perro, lejanos. Pasaron tres hombres de a caballo, y en el silencio que siguió al golpe de los cascos en el empedrado de la calle, se escuchó una música que se despedía, una música que daba adioses haciendo entrechocar vasos de plata.

—De todos los países se regresa.

—¿De todos?

—De todos, y también de aquel del que las gentes dicen que nunca volvió nadie.

Era la voz de Paulos, que se acercaba mezclada con el aroma de los membrillos que estaban puestos a secar en un tablero, junto a la ventana. Pero Paulos no estaba. Los caminos todos del mundo eran como hilos de los que María podía tirar, para hacer nudos, para hacer ovillos. Entre todos los hilos, uno, caliente como los labios de un niño, sería el que trajese a Paulos desde sus lejanías. A Paulos, atadas las manos con un hilo, sonriendo, llamándole María.

—Me perdí, María, en el laberinto, en uno que hay a mano izquierda yendo para Siria, viajando por el mar. Gracias a que me até el camino a la cintura, y lo llevé conmigo por todas aquellas vueltas y revueltas, y en las tinieblas, y que ahora a ti se te ocurrió tirar de él. Si no llegas a tirar, tardaría más de mil años, o más, en el viaje de regreso. Dentro del laberinto hay una ciudad, y en el medio y medio de la ciudad,

un pozo de tres varas de hondo, en el que canta una sirena. Le dices al agua que la cubre que se vaya, echas una moneda de oro, y el agua se va. La sirena queda en seco. Te llama por tu nombre, que lo adivina, y te pide un regalo. Yo le tiré una manzana. Me dijo en la lengua de allí, en la que esperar se dice amar, y viceversa, que esperase a las doce de la noche. En esto, llegó un moro con una carretilla y se llevó los huesos de los otros enamorados, muertos allí, antes de que yo hubiese llegado. Entonces fue cuando tú comenzaste a tirar, y el camino en mi cintura era como tu brazo derecho ciñéndome, como cuando se me ocurre enseñarte a bailar las danzas cortesas de Gaula. Respiré cuando vi que entre los huesos de los enamorados muertos no iban los míos.

—¿Los reconocerías?

No hay nadie, creo, que pueda reconocer sus huesos. María se durmió recostada en el aroma de los membrillos, en la voz de Paulos, que casi eran la misma cosa.

Desde el tercer escalón, dos ratones llegaban con los hocicos a la leche, apoyando las patas delanteras en el borde de la taza. Sorbían, levantaban la cabeza, se relamían, volvían a pasar las afiladas lenguas por la flor de la leche. Las puertas se seguían cerrando unas tras otras, la puerta mil y cuatro después de la puerta mil y tres, antes de la puerta mil y cinco. Las arañas acudían solícitas con sus largas y bien tejidas telas, y las colgaban en las esquinas de las puertas definitivamente cerradas. Moscas azules y moscas verdes, moscas de alargado vientre a rayas negras y amarillas, aguardaban en el aire a que las telas estuviesen tendidas. Desaparecían los bosques, y las casas volvían a los dos lados de las calles, a cerrar las plazas. Un bosque dejara unas prematuras hojas secas, que iban, con el viento, de aquí para acullá. De vez en cuando, la luz del faro iluminaba las piedras de lo alto de la torre, ennegrecidas por el humo de las chimeneas vecinas.

—Pero ¿y los calzones rojos del parte? —preguntaba el comisario.

El muerto mostraba las piernas desnudas, blanquísimas. La cara la tenía tapada con hojas de higuera.

—Los pantalones rojos pueden ser absolutamente necesarios para establecer la identidad del difunto.

El cabo le explicaba al juez sustituto cómo salió de detrás de la higuera el desconocido, y le mostraba la piedra verde de la paredilla en la que apoyaba la mano derecha, disponiéndose a saltar.

El Veterano encontrara al Grajo escondido en el tojal. Lo descubrió por los pantalones rojos, que vistiera. Lo sorprendió haciendo de cuerpo, por ver si le salía del vientre la moneda de dos reales.

—Bastaba con el primer tiro, el que le quebró la pierna izquierda. Vivo, hubiese pagado las costas. Ahora, aunque nos quedemos con el diente de oro, ¿a qué llega?

—No lleva consigo ningún papel. El comisario abría los brazos.

—¡Indocumentado! ¡Pagaría una multa! Una vez levantamos el cadáver de otro indocumentado en la antigua frontera, y llevaba tatuado en el pecho un cartel que

decía: *Si me pierdo que me busquen*. Resultó que era un tratante en quesos, que subía todos los años a ferias, y lo degollara un marido celoso. Era un moreno gordo, con una mancha de vino en la mejilla izquierda.

—Para los amores, esa mancha ni quitaba ni ponía, que las mujeres son poéticas, y ven lo que quieren.

Eso apostilló el guardia rubio.

—Lo de los calzones rojos queda probado. Que se quede el Grajo con ellos, que los llenó de mierda.

Rió el juez sustituto, y por obligación rieron todos. El juez sustituto subía hasta el lugar desde donde disparó el Veterano, y hacía que apuntaba hacia la piedra verde. Los camilleros bajaban el cadáver hacia el camino real. Se escuchaban mirlos. El juez sustituto, antes de abandonar el lugar del suceso, echaba el último vistazo. Se rascaba la cabeza el comisario de Forasteros, preguntándose:

—¿Qué busca un hombre que sale de casa con unos pantalones rojos?

El Grajo corría con ellos en la mano, monte arriba, hasta donde pacen de otoño los rebaños. Se detenía de vez en cuando, y saludaba, mostrándolos.

—Únicamente —se respondió el comisario a sí mismo—, que viniese de un país donde los pantalones rojos están de moda.

Seguía pensando.

—O fuese a él, y así pasaría por natural.

Las moscas se fueron, excepto alguna que buscaba gotas de dulce sudor en los higos miguelinos. Con el calor del mediodía, tendrían algo más que chupar que ahora, a prima mañana. En el valle todavía no había levantado la niebla, que no dejaba ver los castaños de las colinas y el praderío.

Cuando el cadáver llevado por los camilleros entró en la ciudad, las casas se apartaron, arremolinándose como hojas secas que las llevase el viento. Las calles ancharon, mezclándose, perdiéndose unas en otras, abriéndose como plazas. Los camilleros voluntarios posaron en el medio y medio de una que no habían visto nunca, enlosada de mármol, que por unas escaleras permitía bajar al mar. Por los cuatro lados. Sí, era una isla. Se hizo de noche, y la luz del faro lamió las aguas. Del velero anclado en la bahía llegaba un hombre, caminando sobre las olas. Era muy alto, y se envolvía con una capa negra. Sus ojos tenían una extraña luz. Hacia donde miraba, se veía un pequeño círculo dorado, que iba a donde querían los ojos, iluminando las cosas que deseaba ver.

—¡Indocumentado! —le explicó el comisario de Forasteros, que hablaba desde un balcón que se separara de una casa que viajaba hacia el mar.

El hombre de la capa negra tiró de la sábana que cubría el cadáver. Descansaba su cabeza en una almohada cubierta de seda roja, apoyando la mejilla izquierda en la palma de la mano. Con la mano derecha sostenía un libro cerrado, en el que un puñal, la cruceta adornada con piedras preciosas, marcaba el lugar en que iba leyendo cuando durmió o murió. Vestía de blanco y verde. Permitían contemplarlo los faroles

de la plaza, que se desprendían de sus esquinas, y venían a revolotear como pájaros sobre él. Llevaba largo el pelo negro, muy bien cortada la perrera provenzal sobre la redonda y pálida frente. ¿Respiraba? Se diría que respiraba pausado y tranquilo.

—¡Cuando le disparamos llevaba puestos unos calzones rojos! —argumentó el cabo, no se supo desde dónde.

El hombre de la capa negra, como jugando magia, estiró de nuevo la sábana sobre el cadáver, y volvió a levantarla. Otro hombre estaba en la camilla. Rubio de pelo, soleado de rostro, vestido de azul y de oro, la mano derecha llevando un clavel a las narices, oliéndolo antes de adormecer. O de morir. El hombre de la capa negra se volvió para el público.

—¡Haría esto cien veces y cien aparecía ahí un hombre diferente!

El comisario preguntaba desde su balcón volador:

—¿Hay explicación científica?

—Hay una explicación poética, que es de grado superior. Supongamos, señoras, señores, que este hombre pasó por los sueños de una mujer, y él mismo soñando. Una mujer que no sabe que este hombre está muerto, se pregunta por dónde andará. Lo que veis, son las respuestas que la enamorada se da a sus preguntas y el hombre a sus sueños.

—¡Igual, en una de estas, sale vivo! —dijo el guardia rubio, que levantaba a la Joya, sosteniéndola por la cintura, para que pudiese ver las distintas figuras.

El hombre de la capa negra tiró de la sábana por última vez, y un esqueleto amarillo yacía allí.

María, moviendo un pañuelo, apartaba del esqueleto mariposas doradas que salían de la calavera.

—¡Paulos!

—Si pudiese reunir, en un repente, todos los sueños suyos, este hombre resucitaría. Quizás este sea el gran secreto de la vida futura y eterna.

El hombre de la capa negra dijo, y se fue hacia las escaleras que llevaban al mar. Todo volvía a su lugar en la ciudad, como si alguien estuviese corriendo los decorados de una escena, en el teatro. La gente iba y venía por las calles a sus asuntos. Comenzaba a llover. Llovía sobre el muerto desconocido que en un patio, en la camilla, esperaba, todavía con los ojos abiertos, llegase el forense para hacerle la autopsia.

II

El hombre del sombrero verde se había sentado en el banco, junto a la puerta, y había pedido un porrón de vino. Probó, bebiendo de largo, y lo encontró frío. Puso el porrón entre los pies, donde daba el sol de la tarde. Se recostó en el ancho y viejo banco de roble, cerró los ojos, y apoyando las manos en las rodillas, adormiló un poco. Debía estar ensoñando algo sabroso, que sonreía. Toqueó dos veces seguidas, y el vuelco hacia atrás de la cabeza lo despertó. Miró a la tabernera, que había salido a la puerta, y echó otro trago. La tabernera se fijaba ahora en el sombrero verde, un sombrero puntiagudo, con ala doblada, bordada con hilo de oro en la orilla. Un imperdible de plata sujetaba unas pequeñas plumas azules y rojas, puestas en abanico en la parte derecha del sombrero. La tabernera se dirigió al forastero.

—Ha de perdonarme, Señoría. El sombrero, ¿es de cazador o es de moda?

Antes de responder, el forastero, que bebía muy bien del porrón, le dio fin al vino. Había levantado el porrón a dos cuartas de la boca, dejando el chorro golpear, y lo había ido bajando poco a poco, buscando que se le inundase la boca antes de tragar, y para el hilillo final había vuelto a levantarlo. El porrón era de barro, oscuro, pero alrededor del pito y de la culata tenía pintadas unas onduladas líneas blancas, y en la panza, una T. Sobre una de las barricas había otros porrones, todos del mismo barro, con el mismo dibujo, con la misma letra T. En alguna de las barricas también lucía, blanca, la susodicha T. Si le daba el sol al porrón, se reconocían en el barro, quizá negruzco de la excesiva cochura, unas manchas verdes. En algún lugar, en algún porrón, las manchas eran de un verde vivo, como de hierba fresca, o mapa coloreado de un país redondo. Podía ser Sicilia, o Provenza. En el porrón más cercano de los que estaban sobre la barrica, el mapa del país verde dejaba ver un ancho golfo, abierto en un mar levemente rojizo. El forastero se dijo que sería un golfo al Oeste, y estaría poniéndose el sol en el Océano. Un golfo en Irlanda, por ejemplo.

—Le preguntaba si el sombrero es de cazador o de moda.

El forastero se quitó el sombrero y se lo ofreció a la tabernera, que lo admirase. Estaba forrado de seda blanca, y en la badana tenía por marca de fábrica una luna nueva en azul.

—Es de moda en algunas ciudades.

—¿En la nuestra también?

La tabernera era una mujer pequeña y gruesa, pecosa, con un moño estrecho, levantado perpendicular al occipital, en el que lucía dos pequeñas peinetas blancas. Tenía un mirar inquieto, quizá nacido del oficio, de atender a la clientela, al número de porrones en juego o de vasos, a la rápida cobranza; mirar que contrastaba con aquella cara redonda, los labios gruesos, la doble papada, la sonrisa adormilada.

—En la nuestra también, pero solamente lo usamos un hijo de banquero y servidor.

—¿Hay que pedir permiso?

Le devolvía el sombrero, y estaba atenta a cómo se lo ponía, ladeado.

—No. El que no haya más que dos sombreros verdes en la ciudad pende en que vienen de muy lejos, y son caros. En el país donde los hacen, solamente hay tres maestros sombrereros que tienen el arte de la punta delantera, que es por donde, cuando voy por la calle, lo levanto para saludar. Los que entendemos de sombreros, sabemos que ahí está oculto uno como juego de bisagra.

La tabernera atendía, estupefacta, a la doctrina.

—Un juego de bisagra hecho, naturalmente, de aire, de un espacio hueco que dobla suavemente.

Se había levantado el bebedor que estaba sentado en una banqueta, al fondo de la taberna, cabe la puerta del horno. Vestía una levita vieja, rozada y lustrosa, y se había desabrochado el cuello de la camisa. En una mano traía el porrón y en la otra un plastron azul con flores rojas. Había estado bebiendo y dormitando toda la tarde en aquel rincón, buscado porque el horno todavía daba del calor que le quedara de la hornada matinal. Posó en el banco el porrón y el plastrón, y respetuosamente solicitó admirar el sombrero verde. Flaco, ojos claros, la acaballada nariz rojiza, algo metido de hombros, alargaba una mano pilosa. Eructó, se llevó la mano a la boca, y volvió a tenderla, en demanda del sombrero. Cuando lo tuvo en la mano, hizo que saludaba con él.

—Sí, algo juega dentro en el saludo. ¿Cómo lo logra el sombrero?

—Por geometría.

—¡Ah!

La tabernera empujó suavemente al hombre de la levita, quien recogió el porrón y el plastrón y se volvió a su nido. La tabernera se quitó el delantal, lo tiró en una cesta, y se sentó en el banco al lado del forastero.

—Puede decirse que por el precio, y por cómo hay que saber lucirlo, que se puede asegurar que es un sombrero de la nobleza.

—Sin duda.

—¿Atrae las miradas?

El forastero tenía el sombrero en las rodillas, y un poco más el abanico de las plumas en el ala.

—Precisamente —respondió—, el que yo haya venido de paseo hasta aquí hoy, es por usar unas horas un sombrero de tanto precio, sin llamar la atención de las gentes, sin que me sigan por calles y plazas, y si entro en la confitería y me siento junto al ventanal a tomar un helado de fresa, se agolpen curiosos por verme tan extrañamente ensombrerado. Hay damas en la ciudad que mandan espías por ver si salgo con el sombrero verde, y entonces ellas salen también a la calle, haciéndose las encontradizas, para que yo salude. Saludo solamente a las muy principales con el movimiento que hace trabajar el juego de bisagra, en parte por respeto a la gravedad de las clases, y en parte por el temor de que con el uso se gaste o quiebre. A las otras, saludo tocando con la mano el ala, y a alguna solamente llevando el índice de la

derecha a la punta. Esto ha hecho nacer entre las señoras de la aristocracia grandes celos y polémicas, y me llegan recomendaciones de que salude con la máxima salva de respeto a dama Fulana, que teme un aborto, o a damita Zutana, que ha venido a verla un pretendiente veneciano. En estos casos soy servicial, pero en general me suelo atener a la antigüedad y nobleza de las familias. Alguna señora, y de buen ver, se me ha ofrecido, con cama deshecha, por tres saludos en días alternos en la plaza mayor, a hora de música.

La tabernera cruzó los brazos sobre el rotundo vientre. Sonrió, soñadora.

—Por aquí venía un coronel montado, que quería que yo le atase una servilleta blanca al cuello, cuando pedía de beber. Otros clientes me pidieron lo mismo, pero el coronel dijo que si les daba igual trato, no volvía a poner los pies en esta casa. En los días fríos, me pedía que me apoyase de pechos sobre su espalda. Era un hombre muy fino, perfumado con lima. Se sentaba siempre en el mismo sitio, y con la estrella de la espuela rayaba en la misma parte de un azulejo. Hasta que lo rompió, pero me trajo de regalo uno que representa a dos perdices dándose el pico, y exigió que lo pusiese en lugar del roto. ¡Lo cubro con un paño para que no me lo gasten con los zuecos!

La tabernera miraba a hurtadillas al forastero.

—¿A qué interés prestaría el sombrero por una tarde? No es para usar aquí, sino en la ribera, más allá de la Selva, en una aldea de doce casas y un palacio. Le ponemos un forro interino, para que no se lo sude.

—¿Quién?

—Un hijo, que casa allá.

—Este sombrero, si se usa en bodas, hay que ponerle unas campanillitas de plata por atrás.

La tabernera ya estaba tanto en la ilusión de ver al hijo con el sombrero verde en la boda como en el trato.

—¿A cuánto más sube con las campanillas?

—También habrá que enseñarle a ponerlo y quitarlo, a saludar, a darle a la cabeza el temblor que hace sonar las campanillas.

—¿Subirá a cien reales?

—¿Para cuándo es la boda?

—Para Pascua Florida.

—Faltan seis meses. ¡A lo mejor la moda ya es de sombreros amarillos, redondos, con toquilla!

—Entonces, me hace una rebaja sobre lo tratado.

—O le regalo el sombrero.

—¿Cuándo ha de pasar a buscarlo? ¿Dónde lo encontrará?

La tabernera ya veía el sombrero como suyo. No se atrevía a decirle al forastero que no lo usase mucho, no fuera a estar, cuando llegara la ocasión de llevarlo el hijo, descolorido el verde, o deformado, o perdido el juego aquel de bisagra, secreto. ¿A cuenta de quién correrían las campanillas de plata?

—Me encontrará en los soportales de la plaza, la víspera de domingo de Ramos, rizando una palma, a eso de media tarde. Tendré a mi lado una caja, en la que estará guardado el sombrero, con un letrero que diga *Frágil*.

—¿Y cuándo le pregunten a mi hijo de dónde le vino el sombrero?

El forastero sonreía jugando

—¿Cómo es?

—Es alto y rubio, baila muy alegre y canta de barítono. De vez en cuando se va al mar, a pescar, con un tío suyo. ¡Le aburre la taberna! Entonces, cuando regresa, veo que a su rubiez le va muy bien el soleado del rostro. Les gusta a las mujeres.

—¿Podría aprender una prosa?

—¿Un papel como en el teatro? ¡Salió de Herodes en el auto de los Inocentes! Se ponía la corona, daba la orden de la degollina, y después se quedaba pensativo, sentado en el trono. Luego, pedía un vaso de vino y echaba una carcajada. La gente no aplaudió porque le daba miedo aquel rey tan absoluto.

El forastero posó el porrón en el banco, y a su lado el sombrero verde. Se levantó y se apoyó contra la puerta, dejándose envolver por los dorados rayos del sol poniente.

—Puede decir que, yendo por el mar, les amaneció una isla a estribor, y desde una pequeña playa blanca, un hombre les hizo señas. En una mano un pañuelo blanco, en la otra el sombrero verde. El hombre era un caballero enamorado que estaba haciendo penitencia en aquella soledad marina. ¿Oíste alguna vez hablar de don Gaiferos? Pues ese era. La barca se acercó lo que permitía la marea, que no era mucho, que bajaba, y se veía la mar romper en unos bajos. Don Gaiferos hizo bocina con las manos y preguntó si podían llevar un recado a la princesa de París.

—... ¡París! —dijo el hombre de levita que bebía en el rincón, junto al horno.

Había sacado papel y lápiz, y se había puesto a escribir la prosa que dictaba el forastero.

—Sí, de París. Los de la barca dijeron que no, que era muy lejos, pero tu hijo dijo que sí.

—¿Y qué recado era?

—Entregar un pañuelo bordado y decir: «Señora, aquel que ama, vive y volverá». Y como pago del servicio que iba a hacerle tu hijo, por dos gaviotas le mandó el sombrero a la barca. Lo sujetaban con los picos y lo pusieron en sus manos. Dentro, estaba doblado el pañuelo bordado. Lo bordado era un lirio de oro.

—... oro —repitió, como eco, el copista—. ¡Punto y aparte!

La tabernera miraba preocupada para el forastero.

—¿Tendrá que ir mi hijo a París?

—Sin duda alguna. Dos o tres semanas después de la boda. Yo vendré a decirle los pasos más fáciles de los ríos, y cómo entrar en París por una puerta almenada, y cruzando un jardín, llegar a donde está la princesa haciéndole un abrigo de felpa a un mirlo viejo, que ya olvidó las músicas y mezcla las canciones que supo en la

juventud. La princesa también es una anciana, pero como sus amores son de ópera, aparece moza. Tu hijo pedido para el encargo, ya que dices que canta de barítono. Llega y canta el recado, y mejor que le añade por dos veces un refrán en italiano, verbigracia:

Vive e ritornerà!

Ritornerà, signora!

Y ella, entonces, recoge el pañuelo, se levanta, avanza hacia el público de París, que ha acudido porque se corrió la noticia de que llegara un mozo con un sombrero verde, y canta su parte, que se titula: *al di là del mare*. Mientras ella canta, tu hijo se retira en silencio.

—¿Y vuelve a casa?

—Eso, cuando uno va por el mundo llevando tales recados, nunca se sabe.

—Es mucho precio por el sombrero verde...

—Sí, mucho.

El forastero abrió los brazos, confesando su impotencia ante los grandes secretos del mundo.

—¡Mucho! —repitió.

Y echó a andar rápido por el camino real. Avanzaba contra el sol rojizo, que se ponía tras los otros plantados de viñas. Daban las palomas el vuelo vespertino, tras beber, antes de entrar en el palomar a dormir. Se mezclaban los silencios del cielo y de la tierra. En el banco, a la entrada de la taberna, al lado del porrón, estaba el sombrero verde. El bebedor del rincón, le leía la prosa dictada por el forastero a la tabernera. Esta se enjugó una lágrima. El bebedor, que también sabía de ópera, le puso una mano en el moño a la tabernera, y solemne, exclamó:

—*La forza del destino!*

Junto al león del puente, el desconocido tenía de las manos a una muchacha.

—¿Y el sombrero verde? —le preguntaba ella.

—Bajando del monte, me encontré en los rastrojos, en las eras del llano, una liebre que iba a parir. No me huyó. Estaba echada, con las orejas gachas y los ojos entreabiertos. Le pregunté si le dolía, y me dijo que echaba de menos una cama verde y fresca. Le dije que probase si le servía mi sombrero, lo posó a su lado, se entró en él, y dándome las gracias me pidió que la dejara, que era costumbre entre liebres el parir en soledad, como las emperatrices de Grecia, antiguas.

Los amantes se abrazaron. Algo les gritó un barquero que pasaba con su barca bajo el puente. Pero ellos se abrazaban y besaban, y estaban solos en el mundo.

LA CIUDAD Y LOS VIAJES

I

LA ciudad fue fundada en una colina, que por la parte Sur descendía suavemente hacia el río, mientras que por el Norte y el Oeste habían cortado su expansión rápidos desniveles peñascosos. Al Este, una estrecha llanura la unía a otra colina que los de la ciudad llaman simplemente el Monte, porque es más alta que aquella en la que se asienta su ciudad. El Monte es un robledal, y a los llanos les llamaron las Huertas, que lo son. Aquí y allá se ven casas de labradores, construidas con la piedra oscura del país y techadas con pizarra. Todas las calles que llevan al río, se juntan en la puerta del Puente. Aunque ya no se cierra nunca, se conservan las dos grandes hojas de la puerta, de roble, forradas con planchas de cobre, pintadas de verde, erizadas de clavos puntiagudos, pintados de negro. El puente, decían los cronistas titulados, había sido construido por los romanos, destruido por los suevos, reconstruido por el Diablo y volado por los franceses. La ciudad lo reconstruyó a sus expensas y puso en él un león de mármol, que levantaba graciosamente la cola, y una lápida en latín. Los eruditos discutían la fecha de fundación de la ciudad, y qué había sido primero, si el puente o la ciudad. Había un tercer partido, el que sostenía que primero había sido la fuente, es decir, el culto a las aguas de la gran fuente que brota en la falda de la colina, y alrededor de la cual, pacientes investigaciones habían descubierto restos prerromanos y romanos. La fuente da todo el año la misma cantidad de agua, y a la misma temperatura, un agua delgada con un leve sabor, un algo que otras aguas no tienen, que no es propio de las aguas, y cuya definición ha agotado la imaginación de los poetas. El agua, la fuente, habría atraído a los primeros pobladores. Se habían encontrado en las excavaciones realizadas por los arqueólogos en las inmediaciones de la fuente, varios exvotos de barro o de bronce, que eran cabezas a las que ceñía una banda que les cubría los ojos. Algunos arqueólogos sostuvieron que, la más probable, era que la fuente fuese considerada medicinal para las enfermedades de los ojos, pero otros, en cambio, sostenían que la fuente había sido un espacio sacro en el que se realizaban misterios: las cabezas, casi infantiles, de barro o de bronce, serían exvotos de los que acudían, revelando su ignorancia, antes de la iniciación en los ritos reveladores, con la banda que les cubría los ojos. En la patética de los partidos políticos tuvo una gran importancia la interpretación de estos temas, que apasionaban a las gentes. Los reaccionarios, generalmente, defendían la fuente como origen de la ciudad, mientras los progresistas sostenían que la ciudad nació de una feria junto al puente, construido por los romanos por necesidades militares. La condición castrense del puente no dejó de crear ciertas dificultades a los jefes de las milicias, quienes diciendo siempre en sus arengas que descendían de los valerosos naminos que siguieron a César y estrenaron el puente con su largo y pesado paso cuasi legionario, se veían obligados a reconocer, a causa de su tradicional vinculación con los reaccionarios, a la fuente como origen de la ciudad. Naturalmente, surgieron pronto los irenistas, que lo conciliaron todo. Fue este el

partido de los comerciantes, pero en las barberías continuó hasta nuestros días la polémica tradicional. Dos o tres apariciones en la fuente, no fueron aceptadas por las autoridades eclesiásticas. Una de ellas fue la de san Juan a un soltero rico, don Julián, de los que llamaban del vizconde. Le entró sed al pasar cabe la fuente, sacó su vasito de plata, plegable, y bebió. Y no bien terminó de beber, se le apareció el Bautista, desnudo, cubriéndose los riñones con una piel de cordero, y con una jarra en la mano.

—¡Acércate! —le dijo, con una voz muy triste y dulce.

No le dijo precisamente «¡acércate!», que lo dijo en otra lengua, pero don Julián lo entendió. Y se acercó, quitándose la boina, que la llevaba muy encasquetada porque era muy dado a los catarrros de relente. Eran las once de la noche, y don Julián regresaba a su casa después de echar una partida de tute en el Casino. Se acercó, y el Bautista vertió sobre su cabeza el agua de la jarra.

—¡Adiós! —dijo el Bautista.

—¡Buenas noches tenga usted! —respondió don Julián.

Un canónigo defendió la veracidad de los hechos basándose en su simplicidad. Le objetaban con el argumento de necesidad, famoso en las escuelas. Don Julián salía sin boina a pasear en las noches de helada, probando que había sido definitivamente curado de catarrros de relente por el agua que la aparición le vertiera por la cabeza. Un historiador probó que no podía haber sido el Bautista, porque en sus días en Palestina no eran conocidas las jarras. Entonces, alguien sugirió que podría tratarse del antiguo genio de aquellas aguas, quien echaría mano del recipiente que tuviese más a mano. El dueño de una taberna, la de la esquina de la plaza, llamado el Pelado, aseguró que a él, misteriosamente, le había desaparecido una jarra cuya asa figuraba una serpiente, y que la echó de menos la misma noche del prodigio. El señor obispo prohibió que se utilizase la palabra «bautismo» al hablar del asunto, que don Julián ya había sido bautizado al nacer, y que la aparición, si la hubo, no dijo las palabras rituales. El Pelado aseguraba que fue aquella misma noche la de la fuga de la jarra, porque, confidencialmente, tenía la visita de una viuda, y para comenzar el doñeo con la prójima, había preparado un discurso que lo soltaría cuando le sirviese moscatel en la jarra del asa serpentina, sacando argumentos de la tentación de Adán por Eva, y por ellos deslizándose hasta la cama, que la tenía en la trastienda, calentita con dos canecos que fueran de ginebra holandesa. Don Julián decía que no se había fijado bien si fue jarra o vaso, o concha venérea, de donde cayó el agua sobre su cabeza. Al poco tiempo, una pulmonía acabó con él. Dejó toda su fortuna para ampliación de la fuente, con un pilón con una guirnalda de rosas y jarras con asa en forma de serpiente. En las jarras de ambos extremos de la guirnalda, el escultor labró a don Julián arrodillado. Como sobró dinero, la ciudad acordó gastarlo en dotes para doncellas pobres, con lo cual, durante cierto tiempo, se consiguió que descendiese el número de hijos ilegítimos en la ciudad.

La ciudad celebra cada quince de marzo el paso por el puente de Julio César, en marcha contra las tribus de los laquerones monocéfalos, para distinguirlos de otras

tribus ulteriores que eran bicéfalas. Los historiadores explicaban que habiendo tenido los laquerones lacustres un antepasado bicéfalo, inventor de la red y de la hoz —con lo cual se explicaba la unión de las tribus pescadoras con las agrícolas—, lo imitaban los adultos llevando, en la guerra y en las ceremonias, al lado de la natural, otra cabeza de madera de abedul, pintarrajeada con grandes dientes hostiles. Se aceptaba que César había detenido en el puente, justamente en el tercer arco, donde ahora se alzaba el león, y había esperado a que le trajesen agua de la fuente para su sed. Era una mañana lluviosa y fría. Dos generales de César tenían ante él desplegado el mapa del país de los laquerones monocéfalos, desde las montañas Nivosas hasta el Océano. César ejercitaba su poderosa mirada en el mapa, y el Océano se retiraba, dejando una larga y estrecha franja de rojiza arena que permitía alcanzar el país de los laquerones bicéfalos lacustres sin necesidad de atravesar la selva ni cruzar las montañas. César bebió, paladeó el agua, volvió a beber, y sonrió.

—¡Sabe a recuerdo! —exclamó.

Cesó de llover, se fueron las nubes, salió el sol, cantaron mirlos en los chopos, y mismo bajo el puente saltó un salmón. ¡Felices augurios! Julio César, en su caballo Primaleón, cruzado de celta y de griego, pío, colicorto y meano, reemprendió la marcha.

El seis de diciembre es otra fiesta, la conmemoración del paso de san Goar Alpino. El pobre monje descendió de las Nivosas y al llegar al puente se detuvo, no osando pasar, porque nunca había visto nada semejante. Las gentes bajaron desde la ciudad a la entrada del puente para ver a aquel hombrecillo, flaco, los ojos llenos de luz, vestido de pieles, arrodillado, las manos apoyadas en un báculo de madera. Sobre su cabeza temblaba una luz dorada. El obispo de la ciudad, también con su báculo, algo cohibido porque sobre su mitra no se balanceaba ninguna luz, acudió a saludar a aquel insólito peregrino. Este dijo su nombre, Goar Alpino, de oficio encargado por Dios en las montañas Nivosas de guiar a los caminantes despistados, y explicó que nunca había visto obra parecida, y que oraba antes de aventurarse en ella, no fuese demoníaca.

—Lo fue —dijo el obispo—, pero ya no es, que yo mismo rocié cada piedra con agua bendita, y en nueve de ellas hice la señal de la cruz.

El obispo le explicó a Goar lo que era un puente, y cómo se construía. Viendo que Goar no le entendía muy bien el habla vulgar, se lo enunció en latín:

—*Pons, pontis...*

Goar sonrió y continuó la declinación:

—... *Ponte, pontem.*

Y sin que nadie le diese la mano pasó el puente con paso ligero, sonriendo a las gentes, tocando con el báculo la cabeza de los niños. En la fiesta de san Goar, se representa este suceso. *Pons, pontis!*, dicen unos. *Ponte, pontem!*, responden otros. Y se golpean amistosos, y ríen.

En la Alta Edad Media, por un nipote carolingio jorobado, el cual llegó a dominar

las provincias que van desde el Océano hasta los ostrogodos, la ciudad fue dada como dote a una infanta llamada Berita, la cual odiaba a un hermano que le destripaba las muñecas cordobesas, y amaba a otro, que sólo viera una vez, y que la había besado en la boca, casualmente, con la prisa de despedirse para ir a la guerra. El hermano odiado puso cerco a la ciudad, por destriparle a Berita unas muñecas nuevas que sabía que había recibido hacía poco, y eran muñecas que andaban y sabían sentarse. Berita, ofreciendo su virginidad, logró que un caballero del séquito de su odiado hermano le diese muerte a traición, con lo cual salvó sus muñecas, y vio cómo la provincia del odiado, que quedaba así sin rey, pasaba al hermano amado. Para recibir en su cama al traidor, puso como condición que se bañase durante siete días seguidos en la fuente. Los paseantes se retiraban, se cerraban puertas y ventanas, y el traidor avanzaba desnudo hasta el pilón romano, donde se metía hasta el cuello, frotándose con hierbas de olor. Como era enero, y aunque por su ardor venéreo el traidor no notaba que el agua, después de salir de los caños a suave temperatura, en el pilón helaba, al quinto baño quedó tieso de la cintura para abajo, y casi impotente, tanto que no lo admitían en las mancebías, por el mucho tiempo que exigía de friegas variadas el ponerlo en servicio. Con lo cual Berita salvó su virginidad, que la ofreció perfumada a la memoria del amado hermano, al que nunca volvió a ver. Bajo Berita gobernaron la ciudad los flautistas provenzales que le quitaban la melancolía. Durante algunos años, por Carnaval, se echaba un muñeco siete veces en el pilón romano, figurando los baños del traidor, y las solteras hacían un corro. Pero los defensores de la fuente como origen de la ciudad, sosteniendo el carácter casi sacro de ella, lograron que se acabara aquella fiesta. Hasta el siglo XVIII, no se volvió a escuchar la flauta en la ciudad, por el mal recuerdo que había dejado el gobierno de los flautistas de Berita.

Las calles salen todas de la plaza de la fuente, y son estrechas, ya ambos lados hay antiguas casas con huertos, que dejan ver por encima de las paredes encaladas las camelias. En los desmontes sobre las murallas, se alzan cipreses. El camposanto está detrás de la catedral, en el vago que queda entre esta y los acantilados del Norte.

También hay en él cipreses y dos pequeñas fuentes. En una pequeña plazuela que llaman de la Plata, está la casa de Paulos, de dos pisos, con grandes balcones, y una enorme chimenea rectangular, coronada por ocho canes de piedra, que avanza sobre la fachada. Durante muchos años estuvo deshabitada, hasta que llegó a la ciudad Paulos y la compró a la criada vieja de Fetuccine, que no osaba vivir en ella, y lo hacía en una cabaña que había en un rincón de la huerta, y en la que guardaban sachos, hoces, podadoras, la máquina de sulfatar y dos escaleras de mano. Guidobaldo Fetuccine fue un prestidigitador y mago italiano que decidió retirarse a la ciudad, atraído por la fama de las aguas de su fuente. El signor Guidobaldo era un hombre muy elegante, jugando siempre bastón de bola de cristal con la mano derecha. Pequeño, breve de cintura, fácil en reverencias, saludaba a todos pero no llegó a amistar con nadie. Alguna vez subía hasta la plaza, acompañado de un criado negro que tenía, y cuando se formaba un corro a su alrededor, que Fetuccine golpeaba

avisando con la contera de hierro de su bastón en el enlosado, primero saludaba quitándose la chistera de doble hebilla, tocaba con la bola de cristal de su bastón la cabeza de su criado, soplabla, y de la boca del negro salían volando dos palomas blancas. Tendía el bastón, y las palomas se posaban en él. Las cogía con la mano izquierda, y las metía en el bolsillo. Saludaba, y se iba, seguido del negro. Cuando murió Fetuccine, encontraron al negro tendido en una mesa, con la espalda levantada, que era muñeco de resorte. Fetuccine muerto era por lo menos dos cuartas más largo que Fetuccine vivo. Lo encontraron desnudo en el baño, y toda la ropa que tenía, aquellas levitas de corte francés, burdeos, siena, verdemar, le quedaba corta. Lo envolvieron en una sábana. Las palomas estaban empeñadas en meterse con él en el ataúd, y hubo que encerrarlas en una jaula. Se negaron a comer y beber, y pocos días después de la muerte de su amo murieron. Cuando llevaban el ataúd con el cadáver de Fetuccine, se escucharon truenos en la casa, y la chimenea humeó dos horas seguidas, un humo rojizo y espeso, aunque no había fuego en el hogar. Gente invisible subía y bajaba las escaleras, mientras el comisario de Forasteros hacía el inventario. Fetuccine le dejaba la casa a la criada, una lyonesa que contratara para el planchado y que terminó haciendo todo servicio. También le dejaba a la criada, que se llamaba Felisa, el perro Tristán. El perro tenía su mérito: se sentaba al pie de un manzano que plantara Fetuccine y que no daba más que una manzana, la cual llegaba a perfecta madurez el día veintiuno de septiembre. El perro se sentaba ante el manzano, y esperaba a que la manzana cayese. La cogía en el aire con la boca, y se la llevaba a Fetuccine, el cual la comía goloso. Invitaba al público a que fuese a la huerta suya a contemplar la función. La gente tenía que esperar a veces una hora larga, pero la cosa merecía la pena. Fetuccine comía toda la manzana, y mostraba al público el carozo.

—*Giovinezza, primavera di bellezza!*—canturreaba.

Se frotaba las mejillas con el carozo, y se le borraban al instante las profundas arrugas que surcaban su rostro aniñado, y que le habían ido naciendo desde el septiembre anterior. El perro siguió haciendo su trabajo cuando lo heredó Felisa, y se corrió por la ciudad que esta solamente comía un poco de la manzana, lo que bastaba a explicar su longevidad, y que el resto de la fruta de la juventud la vendía, la mitad secretamente a una rica señora, y la otra a una pupila de la Calabresa que llamaban la Joya, que estaba retirada por el Gremio de Pasteleros y no daba envejecido. Tristán cogía la manzana en el aire aunque ya estaba ciego, a causa de cataratas secas.

A poco de comprar la casa Paulos, quien no tuvo temor alguno en habitarla, murieron a la misma hora Felisa y Tristán. Aquel año la manzana no se logró, que pudrió en el árbol mismo, comiéndole la color rosa y lozana una mancha oscura. Paulos, en lugar de la manzana podrida, colgó en la rama una naranja que comenzaba a colorear.

«¡Hay que ayudar a la vida a continuar!», se dijo.

Paulos venía de la gente más antigua de la ciudad, y tenía en ella parientes. A

Paulos, en las tardes de verano, cuando se ponía el sol, le gustaba sentarse en la muralla que llaman de la Batería. A sus espaldas está la ciudad, con las torres de sus iglesias, con los tejados de pizarra de las casas, muchos de ellos jardines de piripol y de valeriana, y los pequeños huertos entre las casas; con el rumor que le llegaba de la parla de la gente que refrescaba en la plaza, o sentada a puerta de casa en las calles, y ruidos de talleres, de un carpintero vecino que serraba o clavaba, del herrero que golpeaba sobre el yunque una herradura. El caballo relinchaba. Y frente a él, estaba el campo, en primer término la larga lanza del río que describía una curva antes de pasar bajo el puente, y más allá los maizales y patatales, y ya subiendo por la falda de las colinas vecinas, los viñedos, y más allá los bosques, castañares, robledas, y más arriba, los hayedos, y ya después los desnudos altos montes, coronadas las agujas con la nieve perpetua. Y entornando los ojos imaginaba países del otro lado, mares, islas, y caminos que dirían, en el inmenso silencio de la hora serótina, con su boca de polvo, a dónde llevaban.

II

PAULOS había quedado muy niño huérfano de madre. Sólo recordaba una mirada y una sonrisa dulces que venían hacia él desde la puerta de la habitación, y que estaban allí, meciéndose en el aire, hasta que por fin se dormía.

De su padre, que murió un par de años después, no recordaba nada.

—Pero —le preguntaba su tutor Fagildo—, ¿no recuerdas nada? ¿Un hombre de bigote negro, con una escopeta de dos cañones silbándole al pointer Mistral? ¿Para dónde estabas mirando?

Al perro lo recordaba, porque quedó en la casa y lo acompañó a la ermita de su tutor, Fagildo, que era primo de su padre. ¿Para dónde estaría mirando? Si dijese que para las estrellas, mentiría; pero la verdad era que cuando tenía dos y tres años se bajaba de la cama, se subía a la silla que estaba junto a la ventana, y allí estaba una hora o dos contemplando las estrellas. Claro que nunca las había visto tan bien como en las noches de verano, sentado con Fagildo a la puerta de la ermita. Cada tres horas, Fagildo rezaba media, y le habían preparado en Suiza un reloj que le daba los turnos. El resto del tiempo lo pasaba durmiendo, viendo correr un regato o recogiendo hierbas medicinales. Tenía dos cabras, cuya leche bebían, y una vez a la semana bajaban a la ciudad, pero sin pasar de las casas y de la taberna que había antes de llegar al puente. Fagildo bebía dos tazas de vino, y Paulos una mediada, y aguada. El tabernero le reprochaba esto a Fagildo.

—¡Así nunca llegará a entender de vinos! ¡Desvígalo de una vez! Que no beba más que cuarta taza, bueno, pero que sea vino puro.

El tabernero era un hombre pequeño y gordo, con desmesurado vientre, rojizo de piel y piloso. Se ceñía con una ancha faja colorada que le llegaba a medio pecho, y cuando no estaba haciendo algo, metía bajo ella las manos. El ermitaño Fagildo le vendía las hierbas medicinales al tabernero, y este le pagaba con pan, queso, aceitunas, miel, nueces, castañas. Fagildo tenía que añadir alguna que otra moneda. Alguna vez era el tabernero el que le daba a Fagildo varias. Las mismas que Fagildo le daría a él a la visita siguiente. Esas monedas provenían de las audiencias que el tabernero Marcos le tenía preparado a Fagildo. Eran mujeres preñadas, que se sentaban en el patio, junto al pozo. Fagildo se santiguaba, ellas también. Fagildo se ponía a escuchar en el vientre de la primera. Se incorporaba, le sonreía, le daba una palmada en una mejilla.

—Niño.

A veces acudía alguna mujer sin hijos. Fagildo le mandaba echar la lengua, le tocaba el vientre, la hacía andar, le olía los oídos.

—¡Tendrás un hijo para la vendimia que viene!

—¿Niño o niña?

—Ya te lo diré otra vez.

Una mañana estaba en el patio una campesina que tenía de la mano una niña

rubia, vestida con ricas ropas. Una niña de la ciudad.

—¿Es tuya esta niña?

—No, que es de mis señores amos, que pasan agosto en una finca, ahí cerca, a la orilla del río, la que llaman del molino, que lo tiene, aunque ya no muele. Quiero saber si tendré hijos. Voy a casarme.

Era una mujer morena, con el perfil muy duro, el pelo recogido en una trenza ancha. Delgada, tenía un hermoso pecho. Los ojos negros se fijaban en las manos de Fagildo, que las levantaba, abriendo los brazos, como para decir el oremus. La mujer apartó de sí la niña. Fagildo dio dos vueltas alrededor de ella. Le tocó la frente, le hizo beber agua, y estuvo mirándole la garganta mientras bebía.

—Siento decírtelo, pero no tendrás hijos.

La mujer se sentó en silencio en la mecedora que el tabernero comprara en una almoneda en la ciudad. Se sorprendió al ver que se balanceaba, que no se diera cuenta de que aquella silla era mecedora. La niña rubia, con las manos cruzadas sobre el vientre, se había puesto al lado de Paulos. Se miraron. Paulos sonrió, pero ella no. La niña tendría la misma edad de Paulos, ocho años más o menos. Avanzó decidida hacia Fagildo y se quedó ante él, mirándolo a los ojos. En voz baja primero, luego en voz alta, preguntó:

—¿Y yo? ¿Y yo?

Fagildo retrocedió. Paulos veía pálido, visiblemente azorado por la pregunta de la niña, a su tío y tutor Fagildo. Algo se ponía a prueba en el alma del ermitaño. ¿Sería capaz de dar una respuesta? ¿Había ya una respuesta? La niña se llevó, los brazos enjarras, las manos a la cintura, como había visto hacer a la criada de su casa. Estaba allí, quieta, tranquila, esperando la respuesta del ermitaño, que no podía mentir. El ermitaño se preguntaba cómo hacer comprender a la niña su bondad y su inocencia, la inocencia de Fagildo, un pacífico rezador, que ayudaba a soñar a las gentes. A las gentes que se llevaban con ellas las palabras de Fagildo y las usaban como si fuese vida, las metían en su vivir cotidiano, las creían y hacían con ellas las mujeres en sus vientres un niño o una niña. Le había dicho a la criada que no tendría hijos, por las manos que le vio, como garras, y la mirada sin humildad ni esperanza, dura. ¡Sería de conveniencia el casorio que iba a hacer!

—Tú, tendrás todo lo que sueñes —respondió al fin, con su voz habitual de las buenas nuevas.

Con la misma voz con que anunciaba a una mujer madura que tendría un hijo en el borde mismo de la vejez.

—Todo lo que sueñes tendrás —confirmó, saliendo de su miedo, dueño del misterio, regidor secreto de una parcela del cosmos.

Llamó a Paulos, recogieron los petates del día, y se fueron sin esperar a que Marcos le cobrase a la criada. La niña les decía adiós desde debajo de la parra. Paulos volvió varias veces la cabeza, para verla, vestida de rosa, enredomada en oro.

Nadie sabía por qué Fagildo, músico y hombre rico, abandonara el mundo y había

ido a sustituir a la ermita que llaman de la Garganta, porque está a la salida de un estrecho paso de negras rocas por las que corre el agua, al viejo ermitaño que allí ayunaba y bendecía con la imagen de san Dionisio a los peregrinos. Solía bajar a poner el santo en las fiestas, y un par de veces se acercó a la ciudad. Se le veían los huesos bajo la piel amarillenta, reseca. De no usarla, había perdido el habla. Cuando llegó la noticia de que había muerto el viejo ermitaño, Fagildo montó a caballo y fue hasta la Garganta, a enterrarlo. Cuando se acercaba a la ermita, escuchó la campanilla del leproso de Mirabal.

—¡No te tengo asco ni miedo, Jonás! ¿Quieres el calcetín del viejo? ¡Llévatelo, y añade otro tanto de mi bolsillo!

El leproso contaba las monedas, chinchándolas contra la bandeja que tenía a los pies la imagen de mano de san Dionisio.

—¡Diecisiete pesos! —dijo, terminando de contar.

Fagildo le tiró una bolsa de cuero.

—¡Pues ahí van veinte!

El leproso se reía, y con la risa se le rompía todavía más el labio inferior, negruzco y acuoso, y parecía que se le iban a desprender las mejillas. En el fondo de los ojos que ya apenas podía abrir, brillaban unas luces amarillas. Jonás se reía, y tocaba la campanilla. Tocaba un aire que se podría bailar, y a la campanilla le salía una voz clara, vivaz, que nada tenía que ver con el son lamentable del aviso de que ahí va leproso.

—¡Vete!

—Me voy. Pero ¿qué prisa puede tener un leproso?

Se fue, escondiendo las monedas bajo la rota zamarra, entre la sucia camisa y la lepra, metiéndolas por las rendijas de su cuerpo. Seguía riéndose a carcajadas, intentando saltar, correr.

Fagildo enterró al ermitaño viejo, y se quedó en la Garganta, tal como estaba vestido cuando le llevaron el aviso de ermita vacante, de frac y con zapatos de charol. Comió unas moras, bebió agua del regato, asustó a una lechuza, y se echó a dormir. Era una hermosa noche de agosto. Se saludaban las ranas a la luz de la luna.

Cuando Paulos fue a reunirse con su tío en la ermita, este contrató un carretero que subió en un carro de bueyes a la Garganta algunos muebles, una cama y un espejo, una mesa, tres sillas. Con el carretero, subió también a la Garganta un escribano real a quien Fagildo había encargado de la liquidación de sus bienes y de la herencia de Paulos.

—Todo mi dinero, Paulos, es para ti —le decía Fagildo al niño, flacucho, asombrado de hallarse allí, en aquella soledad y con aquel hombre de tan largas barbas, que le hacía cabalgar en una de sus piernas—. Todo para ti. Serás un hombre rico, porque a mi dinero unirás el de la herencia de tus padres.

El escribano anotaba las disposiciones de Fagildo. Era un hombre pequeño, muy metido de hombros, miope, romo de nariz. Al escribir, apoyaba casi la mejilla

derecha en la mano que tenía la pluma, por verse la letra inglesa. De vez en cuando descansaba un momento, respiraba hondo, y comentaba:

—¡Aire puro! ¡Un retiro sanísimo!

Fagildo insistía:

—¡Todo en papel de la Compañía de Indias!

—¡Indias! —repetía el escribano, rasgueando unas hermosas mayúsculas.

Algún día, algún pronto atardecer de invierno, cayendo copos de nieve que en un santiamén vestían de blanco la Garganta y los montes que se veían desde la ermita, sentados el ermitaño y el pupilo cabe el fuego, Fagildo comentaba:

—Nosotros aquí, disponiéndonos a pasar una semana larga de fríos y nieves, y allá en Indias sudando los que están mondando tus arrozales, y durmiendo desnudos en el puente de tus naves los que vienen de las islas del clavo y de la pimienta.

—¿Tengo yo naves? —preguntaba Paulos, que nunca había visto una.

—¡Tienes! ¡En eso eres como un rey!

Sonaba el reloj suizo dándole a Fagildo el turno de rezo, y el niño se metía en la cama, se arropaba e iba adormilando, soñando con su reino remoto.

III

FAGILDO enseñó a su pupilo a leer y a escribir, y mucha geografía. Cuando salía algún país nuevo, Paulos preguntaba:

—¿Son Indias? No, no eran Indias. Paulos, meditando, pinzaba con el gordo y el índice de la mano derecha el labio inferior.

—Podíamos tener con nuestro dinero una cosa en cada país. —¿Por ejemplo?

—En una jaula, un pájaro raro y que cantase, o unas botas en una taberna como la de Marcos. Yo llego de viaje, me lavo los pies, y me pongo las botas nuevas, secas, que las que traía puestas las he metido en los charcos del camino. Un pájaro en Sevilla, las botas en Irlanda, en Hungría unos pantalones nuevos, y así, variado. Tú podrías escribirle a los otros ermitaños pidiéndoles ayuda.

—¡Así no saldría caro! —comentó Fagildo.

Pero el asunto no pasó a obra, y se quedó en largas conversaciones. A los doce años de Paulos, Fagildo decidió que el niño debía ir a un colegio. Paulos había crecido, y Fagildo se daba cuenta de que a veces se sentaba a la puerta de la ermita y contemplaba el camino con una mirada melancólica. Desde la taberna de Marcos le mandaron una carta a un músico de Milán, para que le buscara al joven señor —esta fue la expresión empleada por Fagildo— una plaza en un colegio aristocrático, en el que fuese obligatorio el uso del uniforme.

—Después de estos años de vida libre a mi lado, en puridad al lado de un vagabundo, necesitas disciplina. Tan pronto estés metido dentro del uniforme, la puntualidad y las ordenanzas te serán fáciles.

Mientras no llegaba respuesta del músico de Milán, Fagildo le enseñaba italiano a Paulos. El pasado invierno le había enseñado nombres de pájaros en francés, y lo que se come en París. El ermitaño hacía que le servía a Paulos comidas en Maxim's. Todas las comidas terminaban con champaña, es decir, con un simple vaso de agua. Se levantaban, y saludaban a las señoras que pasaban.

—*Bon jour, madame de Montmorency! Au revoir, madame la duchesse de Choiseul-Praslin!*

El ermitaño y su pupilo ensayaban reverencias vienesas. Ya en la cama, Paulos buscaba en la memoria rostros que ponerles a aquellas señoras de tan hermosos apellidos. Pero los únicos rostros femeninos que lograba hallar en sus recuerdos eran los de las mujeres de las visitas semanales de Fagildo a la taberna.

—*Ah, la princesse de Caraman-Chimay!*

Era el título que más le gustaba. ¿Podría serlo aquella morenita, delgada, casada con el capador, que estaba al lado de ella, enorme, con su blusa marrón, con el estuche negro del oficio debajo del brazo izquierdo, colgándole del cuello el cuadrado con la licencia real en latín? Desde donde estaba Paulos, se leía únicamente, y esforzándose en ello, la palabra CASTRACIONES. El capador quería un hijo, y varón. Lo decía claramente, con su voz ronca, mirando para la mujer, que bajaba la

cabeza, tan poquita cosa, tan callada, con un mirar tan dulce y sosegado.

—Ah, *la princesse de Caraman-Chimay!*

Al escuchar su nombre, volvía lentamente la cabeza y le sonreía a Paulos. Este le ofrecía, con mucha más veneración que al san Dionisio de la ermita, un ramillete de vincas y margaritas. ¡Qué hermosa era, y cuánto lo amaba! Pero no les permitía acercarse el capador, quien dirigiéndose a Fagildo, insistía:

—¿Quién capó caballos cuando pasó Julio César? ¡Un abuelo mío! ¿Quién capó todo el vacuno de los carolingios? ¡Un abuelo mío! ¿Quién fue a Parma a enseñar a capar cerdos? ¡Un abuelo mío! ¡Se le debe el mérito de los jamones de allá! ¿Quién recibió una patente de Napoleón para capar? ¡Un abuelo mío! ¿Quién le capaba las muías al Cabildo? ¡Un abuelo mío! Cuando vino la moda de los gatos, ¿quién fue el primero en caparlos por percusión? Mi señor padre. ¿Quién es capador titulado? ¡Servidor! Pues quiero un hijo que siga en el oficio. ¡Los Bernaldinos! ¡Célebres desde Julio César! ¡Ni un fallo!

Fagildo dijo que, a donde alcanzaba su mirada, primero tendría dos niñas, y que después, Dios diría. Y sugirió que una de las niñas estudiase medicina en Montpellier.

—Ahora las mujeres estudian.

—¿Para capador? ¡Imposible!

—En Londres, hay un hospital para perros, con mujeres médicos y calefacción central.

—¿Y el chifle? ¿Va una mujer a tocar el chifle del capador?

Y del bolsillo de la blusa sacó la siringa de barro, la llevó a los labios, y tocó el aviso que daba a la ciudad, entrando por puertas, de que había llegado el capador esperado. ¡El Bernaldino! Una orgía de silbidos agudos que terminaba medio dulce, modulada y melancólica.

Yempujaba ante él a Mme. la *princesse* de Caraman-Chimay, pasito menudo, la cabeza baja, el negro pelo recogido en un moño bajo sobre el fino cuello. El Bernaldino tiró un real al suelo, que recogió presuroso Marcos, y fuese, altivo.

El músico de Milán acudió personalmente a la Garganta a recoger a Paulos. Era un hombre sobre la cincuentena, el pelo engominado, raya al medio, que se afeitaba dos veces al día. Se encerró con Fagildo, y por primera vez desde que el ermitaño estaba en el oficio, no hizo caso al reloj de los rezos. Subió a hacer la cena un pastor que tenía fama de cocinar como nadie el conejo con caracoles. El milanés bebió dos botellas de vino, y canturreó las novedades musicales. De vez en cuando daba un grito, carraspeaba, hacía unos gorgoritos, elevaba el canto y con él estiraba el cuello, que parecía de goma. Cuando agotaba el aire que guardaba en los pulmones, quedaba su cabeza balanceándose en lo alto de aquel cuello alargado, que poco a poco iba resumiéndose y volviendo a su natural. En una de estas romanzas, terminada en un larguísimo, retorneado *cuore*, al ponerle el punto final, con las manos empujó la cabeza, sometiendo el cuello, que se le había alargado en demasía, cuarta larga por lo menos. El milanés dijo tanto para sí como para Fagildo:

—¡Con lo feo que hace esto en el escenario!

El signor Giorgio Calamatti da Monza y el joven Paulos salieron a la mañana siguiente para Italia, tomando la posta real hasta Ventimiglia. Era el primer día del otoño. Paulos había llorado en las barbas del tutor. Sentado en la diligencia al lado del signor Calamatti, quien dormitaba suavemente roncador, Paulos se descubría a sí mismo que había pasado días muy felices en la ermita de la Garganta. El camino atravesaba viñedos. En un llano, a la izquierda, quedaba un largo huerto de naranjales. A la derecha, por entre las pequeñas colinas plantadas de pino manso, se veía el mar azul. Paulos tardó en darse cuenta de que era mar y no cielo. Y se emocionó pensando que, de un momento a otro, iba a ver unas naves que quizá fuesen suyas, y regresasen de Indias.

IV

POR Marcos, el tabernero, no habían pasado los años. El mismo enorme vientre ceñido por la misma faja roja, los mismos ojos pícaros.

—No dio tiempo a llevarle un médico a la Garganta. Me avisó el pastor Leoncio, que era el que le llevaba las pericas al cabrón cuando Fagildo las notaba salidas, que ya sabes que dan una peste ácida. Mandé a mi cuñada en una muía, y yo subí dando la vuelta por la Selva, que es más cómodo. Cuando llegué ya estaba dando las boqueadas. Dio el reloj el aviso de rezo, y lo oyó, que quiso incorporarse en la cama, pero no pudo. Y dio el alma. No bien murió, un oficial del obispo selló todo, que sospechaban que Fagildo guardaba un tesoro. Mi cuñada, que es viuda, quizá la recuerdes, la Tana, una mujer fuerte, viuda dos veces, que tomaba café en la cocina y riendo contigo te apretaba las partes, ¿te acuerdas? ¡A lo mejor ya te gustaba! Pues la Tana lo desnudó y lo lavó, ayudada por Leoncio, y ¿sabes?, Fagildo tenía dos clavos en las nalgas. Dos clavos de penitencia. ¡Mira! Se los sacaron, que fue fácil, tenía las carnes podres alrededor, moradas.

Marcos le mostraba a Paulos los dos clavos, de una pulgada de largo, la cabeza picuda.

—Por penitencia, claro. Le vistieron el frac, y el oficial del obispo, que se mostró muy mañoso, con el paño blanco de san Dionisio, le hizo un babero plegado. ¡Para mi fue una pérdida! ¿Servirán de medicina los clavos? Por ejemplo, tocando con ellos una úlcera, o un reumático, unas verrugas, un lobanillo... ¿Servirán?

—Me los llevo yo, Marcos.

Paulos buscó en el maletín un pañuelo blanco, de seda, envolvió los clavos en él, y los guardó.

—Acudió mucha gente al entierro. Mujeres con hijos ya sabes...

A Paulos se le ocurría avisar a todas las mujeres a las que Fagildo les había profetizado un hijo, y si niño o niña, y conocer a todos. Se tratarían como parientes, se visitarían, se harían regalos, casarían entre ellos. Por un momento a Paulos se le ocurrió subir a la Garganta, y sustituir a su tutor en la ermita, pero no tenía motivos para la soledad, y además, ¿de dónde sacaría la infinita compasión y la alegre esperanza que vivían en la voz de Fagildo ante la mujer que esperaba la respuesta?

—¡Un niño, alrededor del día de san Miguel!

Y el niño se hacía en el vientre, poco a poco. En grande parte lo hacía aquella voz alegre.

Paulos regresaba de Italia, habiendo decidido el signor Calamatti que ya no necesitaba más colegio, y sí viajar.

—Tienes una grande fortuna, Paulos, una *grossa* fortuna. ¡Estás obligado a pasearla por las grandes capitales! ¡Lástima que los años y los achaques me impidan acompañarte!

El signor Calamatti estaba sentado en un sillón de orejeras en la galería de su casa

milanesa. Había envejecido. Ya no cantaba, por consejo de médico, que temía que la flojedad del cuello, en un estirón, no sostuviese la cabeza del músico en la expansión de los agudos. Se aburría, y había dejado de teñirse el pelo. Se pasaba las horas muertas junto al balcón, viendo la gente atravesar la plaza, chupando pastillas de menta, silbándole al mirlo, leyendo por enésima vez *Ipromessi sposi*, y *La Cartuja de Parma* por no olvidar el francés. Esta la leía en alto, a media voz, canturreando los diálogos, como en la ópera. Cuando leía *La Cartuja* ante el espejo, Paulos sabía que no debía interrumpirle. Otras veces el signor Calamatti pasaba un brazo por la cintura de Paulos y lo ponía ante el espejo, apoyaba un dedo en la frente del joven, y decía párrafos de Stendhal que sabía de memoria. Era Fabrice quien hablaba, quien pensaba, quien sufría: *Elle croira que je manque d'amour pour elle, tandis que c'est l'amour qui manque en moi; jamais elle ne voudra me comprendre. Souvent à la suite d'une anecdote sur la cour contée par elle avec cette grâce, cette folie qu'elle seule au monde possède, et d'ailleurs nécessaire à mon instruction, je lui baise les mains et quelque fois la joue. Que devenir si cette main presse la mienne d'une certaine façon?* Y el signor Calamatti le apretaba la mano a Fabrizio, digo a Paulos, un apretón que era a la vez una caricia estremecida.

—¡Esto no te lo enseñarán en el Colegio Sforza! ¡Ah, el amor! Ese cálido vaho, esa boca fresca que se acerca... ¡Contente, cuore miol Oh, bacciare il disiato riso! ¡Francesca! ¡Qué sabrán de esto los profesores del Colegio Sforza! ¡Plazas montadas!

El signor Calamatti sudaba, se limpiaba el rostro con un pañuelo, pedía a gritos un sorbete de lima al ayuda de cámara, se derrumbaba en el sillón.

—¡Me muero sin saber lo que es amor! ¡Todo esto es teatro!

Paulos seguía mirándose en el espejo, el alargado y pálido rostro, la boca gordezuela, las largas pestañas, los ojos negros, el largo pelo dejando ver la oreja derecha, y por el lado izquierdo cayéndole hasta los hombros. Repitió en voz alta, con verdadero sentimiento, preguntándose, solicitando una respuesta de su alma más secreta:

—*Que devenir si cette main presse la mienne d'une certaine façon?*

—¡Con qué naturalidad! ¡Con verdadero sentimiento! El signor Calamatti da Monza, resucitado, abrazaba a Paulos, lo besaba en las mejillas.

—¡Con verdadero sentimiento! ¿Conoces una mujer casada, temes de ella esa dulce presión de su mano en el saludo o en la despedida? Mejor en la despedida, porque quiere llevarse consigo esa brasa del inmenso fuego tuyo, abrirá su corazón para esconderla allí...

Serio, empinándose las puntas de los pies, miraba a los ojos a Paulos.

—¿Existe esa mujer?

Paulos se ruborizó. Le habían venido a la memoria las grandes damas de París, la joven mujer del capador, con la que tanto había soñado, con aquel andar pasito, la cabeza baja... Le añadía ahora al recuerdo de la mujer unas miradas a hurtadillas, una sonrisa que apenas osaba asomar.

—Sí.

—¿Puedo saber su nombre?

Paulos bajó la cabeza y dijo con voz que a él mismo le sonó extrañamente apasionada:

—*Madame la princesse de Caraman-Chimay.*

—¿Casada?

—Sí.

—¿El marido?

—Se distrae capando animales, cerdos, caballos, gatos.

—¡A tu edad sería terrible! Si te pescase niño de siete u ocho años, te podrías ganar muy bien la vida. Véanse los tiples del papa, véase Ludovico Bentivoglio... Quería salir en el Scala de Lucia de Lammermoor, pero el tenor que estaba apalabrado, que había cantado en deshabillé ante Isabel II de España, se negó, que dijo que hacerle el amor a aquel puto vestido de dama escocesa, aunque fuese en romanzas, ofendía su virilidad.

Paulos no quería abandonar Milán sin dejarle un regalo al signor Calamatti, el cual se decidió por un calefactor de gas y un juego inglés de pistolas de duelo, que estaba muy al tanto del código de lances, y en Milán había muchos lances de honor a causa de las pasiones que levantaban las cantantes de ópera, y él podría ofrecerse de juez, cobrando un tanto por el uso de sus pistolas imparciales. La despedida fue triste y amistosa, y el signor Guidobaldo Calamatti da Monza le rogó a Paulos que, si con la ayuda de san Cornelio, lograba calzarse a la princesa de Caraman-Chimay, que le pusiese una postal desde París.

Paulos le preguntaba a Marcos si vivían el capador Bernaldino y su mujer, y si los señores de la casa del molino, en la ribera, iban a pasar allí sus agostos, con aquella niña suya, tan rubia. Hacía las preguntas, y luego, indiferente, no parecía esperar las respuestas.

—La mujer del capador, que se llama Violeta, nunca estuvo tan hermosa. Parió dos niñas como había anunciado tu tutor Fagildo, y ya no empuñó más. El Bernaldino les puso una casa en la ciudad, y él fue a capar a Normandía percherones y terneros charoláis, por cambiar de aires, por ganancias, y porque le dijeron que dejase descansar a la mujer un año, y que luego viniese de nuevas en una luna creciente y probase a hacer el hijo varón. Dejó las ventanas de la casa enrejadas, y en todas las puertas campanillas. Al principio se quejaban los vecinos de tanto repique, pero ahora ya se acostumbraron y dicen que ni las oyen.

—¿Y la niña rubia?

—¡Esa hay que bebería con espuma, como esa taza de vino que te sirvo! La pusieron en un florero de plata a la entrada del puente, y cuando pasó Julio César, ella soltó una paloma. Cuando yo paso por la plaza, si está asomada a la ventana de su casa, me dice adiós. ¡La verás cualquier día!

El escribano le hacía las cuentas de las acciones de la Compañía de Indias, y en

cuatro años sólo había habido dos naufragios, y en ninguno de ellos se perdieron perlas. Paulos le dijo que quería tener una casa en la ciudad, y el escribano le contó de la casa del mago Fetuccine, y que la criada Felisa la vendía barata, reservándose de por vida la cabaña de la huerta y el fruto del manzano de la longevidad. Paulos compró, y el escribano y un sobrino que tenía, pintor de estampas y de carteles de ciego, le buscaron muebles y alfombras, y sábanas de lino, y una tía y una sobrina para la cocina y demás servicio. La tía era tartamuda, y la sobrina, por no disgustarla, también tartamudeaba ella. Una tía de Paulos le regaló un retrato al óleo de su abuela materna, alabándole lo que en aquel se parecía a su madre. Paulos se sentaba ante el retrato y esperaba a que comenzasen a mecerse en el aire la cariñosa mirada y la dulce sonrisa. A sí mismo se recomendaba paciencia. Una tarde se quedaba dormido ante el retrato, cuando lo sobresaltó un ruido que venía de la cocina, una tapa de tartera que les habría caído al suelo a la tía o a la sobrina, y vio entonces por vez primera cómo salía hacia él desde el retrato la caricia de la mirada y de la sonrisa, tal como la conocía y guardaba en la memoria de los días infantiles. Encendió todas las luces del salón, y salió a la solana. Llovía fuerte. Se dejó estar entre las dos macetas de tejo de los naranjos enanos. El aroma del azahar lo embriagaba. Se dejó calar por la lluvia, y por primera vez recordó cómo su madre lo bañaba, canturreando. La voz venía con la lluvia, de la tierra mojada, de las raíces de los árboles, del viejo nogal. La tarde, antes de irse, se envolvió en un echarpe suave carmesí. Cesó de llover y se escuchó chillar las golondrinas en los nidos del alero. Sonó el reloj del tío Fagildo, dando la media de oración. Del comedor venía el olor del pan que acababa de llegar del horno. Paulos quería que pusiesen las hogazas allí. Había mandado hacer una marca de latón con una P y una nave de Indias pasante, y le gustaba reconocerla y acariciarla en los grandes y redondos panes. Comenzaba Paulos a darse cuenta de que había regresado.

V

PAULOS había encontrado a María, pero ella no lo recordaba. Tomó su propia cara entre las manos, e intentó hacer memoria. Los ojos azules miraban lejos, por encima de la cabeza de Paulos.

—Tú estabas entre la criada morena y yo, del lado de acá del pozo.

—No recuerdo nada. Ni a Fagildo. Solamente sus palabras: «¡Tendrás todo cuanto sueñes! ¡Tendrás todo lo que sueñes, María!».

María deshacía las doradas trenzas, dejaba que la ondulada cabellera rubia le cayese por la espalda. Ponía el cuenco de sus manos bajo el chorro de todas las fuentes. La primera vez que fue a casa de Paulos tuvo miedo.

—Dicen que dentro del autómatas negro de Fetuccine se escondía un diablo cojo. ¿Lo encontraste tú alguna vez?

—En las noches de luna llena escucho su bastón en las escaleras del desván. ¡Tac! ¡Tac! ¡Tac! Nueve veces, los nueve escalones.

María tuvo miedo y se escondió en la jaula de las palomas de Fetuccine, el único recuerdo del mago que se conservaba en la casa. Era una jaula alta dos varas, de mimbre, ovalada. Los mimbres estaban pintados de blanco y de rosa. Dentro de la jaula, la cabeza de María tropezaba contra los columpios de las palomas. Paulos se rió, y llenó el comedero con galletas y el bebedero con Málaga virgen.

—Me proteges del diablo asegurando la puerta de la jaula con doble tranquillo, y al tiempo me haces tu prisionera.

Paulos acercó un taburete a la jaula, cruzó una pierna sobre otra, miró con inmenso amor a María.

—¡Dame la mano!

—*Que devenir si cette main presse la mienne d'une certaine façon?*

—¿Qué lengua es?

—¡Francés! En una novela, un joven se preguntaba qué sería de él si una mujer hermosa un día le apretaba la mano de una cierta manera.

—¿La conocía o la soñaba?

—La conocía soñando.

—¿Y la apretó la mano de esa cierta manera?

—Aún no he llegado a ese paso en la novela.

—¿La tenía prisionera? ¿Aprieto yo tu mano de cierta manera?

Paulos creyó que iba a echarse a llorar.

—¿Y qué quiere decir?

—¡Que estamos solos en el mundo, dueños del mundo, María!

—¿Una paloma prisionera dueña del mundo?

—En Italia, a dos leguas de donde yo vivía, había una torre, una torre redonda. En lo más alto, le salían unas planchas de hierro, horizontales, haciendo un alero, para evitar que alguien pudiese entrar por allí. La misma invención que usamos para evitar

que los ratones vayan a un queso que seca en la tabla, colgada de una viga, en el desván. La torre no tenía puerta ni ventana, sino dos o tres agujeros como de entrada de zurita en palomar. Por esos agujeros le pasaban pan hojaldrado e hilos a la prisionera. El pan para comer y los hilos para que tejiese sus ropas. Ella dejaba papeles plegados diciendo, por ejemplo, seis madejas de hilo rojo y cuatro de negro. Esos agujeros tenían puertas dobles, con cuatro candados, que solamente sabían abrir los carceleros del duque de allá, un hombre pequeño, siempre armado, con un parche en la nariz, que no le acababa de curar una herida de flecha turca. Nadie sabía quién fuese la prisionera. El signor Calamatti creía que una mujer adúltera.

—¿Hay mujeres adúlteras?

—¡No, no las hay! Si las hubiese, ¿a qué fidelidad nos referiríamos para juzgarlas? Hablo de las grandes pasiones. Como hubo dos revoluciones, la del impuesto sobre la mantequilla y la de no poder escribir más que por una cara en el papel sellado, la gente se olvidó de la prisionera. Lo más para que servía era para dar la hora. Pasaban los carceleros, cada uno con su llave, camino de la torre, a las doce de la mañana, y la gente del barrio que llaman Romano, como si oyeran fajina, se decían que era hora de almorzar. Si algún forastero pasaba cerca de la torre y se detenía a echarle un vistazo, la policía lo interrogaba: «¿Es usted entendido en torres?». Algunos, por darse mérito, decían que sí, y citaban la inclinada de Pisa, un castillo redondo en Sicilia, la Torre de Londres, otra en Chipre... Entonces, empezaban los inacabables interrogatorios, desde qué es una torre hasta: «¿Estuvo usted prisionero alguna vez? ¿Cómo era la torre? ¿Cuánto tiempo? ¿Intentó alguna vez la fuga? ¿Cuándo sentía más intensamente la necesidad de fugarse, en verano, en invierno? ¿Consideraba alguna vez que merecía la prisión? ¿Aunque no fuese por el delito de que era acusado? ¿Escuchó a otros prisioneros planes de fuga? ¿Qué técnica utilizarían? ¿Alguno sería adecuado para salir de nuestra torre? ¿Y para entrar por la única entrada, la parte superior, descendiendo por el hueco del patio? ¿Había escalera o no había escalera?».

—¿Había escalera?

—No, no la había. El forastero se marchaba a su país, huyendo atemorizado de la tiranía de los Visconti, y contaba de la torre, y de que en ella debía guardarse un terrible secreto de Estado. Un día, en una ciudad lejana, o en varias a la vez, alguien dijo en la plaza: «En la Torre Senza Porta está encerrada una mujer muy hermosa».

—¿La más hermosa?

—¡Sí, la más hermosa!

—Y varios jóvenes, cada uno sin saber del otro, corrieron nocturnos a Lombardía con el propósito de librar a la hermosa de su prisión, y casarse con ella. Alguien, curioso de las pasiones, pudiera haberlos reconocido en las posadas, en las encrucijadas, en las fuentes en que se detenían a beber, por la luz dorada de su mirar, lo apresurado e incoherente de su charla.

—¿Tú no estabas entre ellos?

—Lo supe demasiado tarde, María. ¿Cómo puedes pensar que no hubiese estado? Solamente uno llegó al pie de la torre sin ser visto. ¡La Torre Senza Porta estaba allí, negra, el viento de aquella terrible noche haciendo rechinar en sus tornillos las planchas de hierro allá en lo alto!

—¿Cómo se llamaba?

—*Luchino delle Fiore della Chiaranotte.*

—¡Dímelo en lo nuestro!

—¡Luchino de las Flores de la Claranoche!

—¿Logró entrar en la torre?

—¡No le hizo falta! Se le ocurrió lo que hasta entonces no se le había ocurrido a ninguno. Corrió una larga hora alrededor de la torre, bajo la lluvia, iluminado por los relámpagos, gritando los nombres todos de las mujeres de allá. Al fin, cuando ya fatigado de las carreras enfebrecido, loco, se disponía a dejarse caer en el lodo y morir, un nombre halló respuesta: «¡Vanna!». Y desde el corazón de la torre vino la respuesta, como si vibrase un vaso de fino cristal de Sajonia —¡Sí!

—Y entonces la torre se abrió en dos partes iguales, y Luchino pudo tender la mano derecha a Vanna. Brillaba tanto la sonrisa de ella que no permitía reconocer el rostro. Luchino galopó horas y horas con ella en la grupa de su caballo. Vanna apoyaba su cabeza en las espaldas de Luchino. Pero, atravesando una selva, al amanecer, cabalgando entre la espesa niebla, Luchino perdió a Vanna. De pronto notó que arrancaban de él aquel calor que le entraba por la espalda, un calor de sangre y de cabellos tiernos. No, Vanna no estaba. La buscaron días y días en la selva. De tanto escuchar a su amor llamarla, «¡Vanna!, ¡Vanna!, ¡Vanna!», el propio caballo aprendió a gritar el nombre de la hermosa. Pasaron años, quizá siglos. Dicen que Luchino delle Fiore della Chiaranotte todavía busca a Vanna en la selva aquella. La explicación científica es que Vanna era niebla y se incorporó a la niebla. Como prueba de la veracidad de la historia que te cuento, queda el eco del desfiladero de la selva, al que digas lo que digas, siempre responde «¡Vanna!», y la torre derribada, partida en dos, como cortada con un cuchillo. Dicen que estaba la torre por dentro forrada de plumas, pero ahora no se ve ni rastro del forro, que todo es piedra oscura. En las juntas nace la valeriana.

—¿El nombre de una mujer hermosa, dicho con fiebre de amor, puede partir una torre en dos?

—¡Y una jaula de mimbre también!

Paulos retrocedió hacia el fondo del salón y se detuvo junto al gran espejo redondo. Abrió los brazos, y paró la carrera de su corazón.

—¡María!

La jaula de mimbre de las palomas amaestradas de Fetuccine se estremeció, y le cayeron los aros paralelos, se deshizo todo lazo, se soltaron los meridianos, y la jaula se abrió en pétalos iguales. Lo blanco se juntó a lo blanco y lo rosa a lo rosa. María se recostaba en el aire, vestida de azul. La brisa la llevó a los brazos de Paulos, como si

viento de mayo apresase con la punta de sus dedos una flor de cerezo. Los labios estaban en cualquier lugar de la luz y del aire, pero los de cada amante hallaban fácilmente los dulcísimos contrarios. Se abrían todas las puertas, y alguien, en el otro extremo de la ciudad, hizo música. El péndulo del reloj se detuvo, un péndulo de bronce dorado que figuraba una enredadera de rosas coloradas, y en su parte inferior terminaba en un óvalo de porcelana en el que una anciana, al amor del fuego, hilaba. Hilaba los siglos y los destinos.

Estos asuntos hay que contarlos así de una manera vaga y fantástica. La ciudad a lo suyo, a sus trabajos y sus días, pero en un rincón de ella, en un lugar secreto, alguien derrama gota a gota un perfume acabado de lograr. Las gentes en calles y plazas, saludándose, entrando en las tiendas a comprar zapatos, mermelada de naranja, cartuchos de escopeta, agua de colonia, vino dulce, papel y sobres, aceite de oliva, anillos, chuletas de cordero, y todo lo demás; los cónsules en el salón de sesiones, inclinados sobre los informes, discutiendo la conveniencia de abrir una nueva puerta en las de la ciudad; el comisario de Forasteros interrogando a un viajante de cuchillos:

—¿Nacionalidad?

—¡Alemana!

—¿Religión?

—¡Oh, la música!

Su criado entraba portando el gramófono con la gran bocina pintada de verde y rosa. Le daba cuerda, pasaba un pincelillo por la aguja, el disco empezaba a girar.

—¡La Séptima!

El viajante de cuchillos se quitaba la chistera y se arrodillaba. El comisario de Forasteros escuchaba, impaciente. Cuando terminó el disco, iba a decir que aquella pieza no eraailable, pero se lo impidieron las doce campanadas del reloj de la basílica de San Miguel. Pero ¡si eran las cinco de la tarde en su reloj suizo!

—¿Hay trampa? —le preguntaba al viajante de cuchillos.

—¡Oh, la música!

En la escuela de Mayores, el profesor de Historia explicaba la invención del tonel por los galos.

—¡Nuestros antepasados! Con la invención del tonel pudieron envejecer los vinos.

Y mostraba a los alumnos la reproducción de un bajorrelieve del siglo II, en el que se veía una barca cargada de toneles, que se suponía que descendía por un río, al remo timonero un hombre barbudo.

—¡Puede ser nuestro río! ¡Puede ser el Ródano! ¡Fíjense en el timonel! Los días de mercado, ¿no hay en el ferial cien rostros iguales?

La mujer que vendía puntillas y entredoses conversaba con el viejo melero. Alrededor de las panzudas vasijas de latón revoloteaban abejas, avispas, moscas. El

vendedor de ajos posaba las ristras en el banco de piedra, y se abanicaba con el sombrero de paja.

El capitán bajaba por la calle de los Templarios, camino de su casa. Regresaba, fatigado, de inspeccionar la instrucción de los reclutas. Se detuvo para saludar al juez sustituto, quien, en un descanso entre dos declaraciones, iba a la botillería a beber una horchata helada. Corrían unos niños golpeando con los pies una pelota de trapo.

—¡Los hombres del mañana! —dijo el capitán, quien siempre repetía las frases célebres en las arengas.

Dos mujeres volvían del río, en la cabeza las tinas de la ropa que acababan de lavar. Una viuda se daba polvos de arroz antes de vestirse para ir a la novena de San Goar. Un sastre, a la puerta de la tienda, extendiendo un corte de traje, le explicaba a un cliente la calidad de la tela y alababa el color. Aquel día hacía calor. Pero otros días hacía frío, otros llovía, o hacía viento. La campana *Genoveva* de la basílica tocaba a parto, a bautizo, a agonía, a muerto. Tras este último toque, las gentes atendían a la señal. Dos toques.

—¡Una mujer!

La familia Malatesta velaba el cadáver de la duquesa. Alguien recordó que la difunta a las cinco de la tarde decidía que era noche, y se retiraba a su dormitorio, un enorme salón cuadrangular, con las ventanas siempre cerradas. Por hacerle una fineza a la muerta, apagaron los enormes velones que ardían a la cabecera y a los pies del ataúd. Eran los velones hereditarios de la familia, cera del siglo xv, cera virgen de colmenar, y en cada velón, de una cuarta de diámetro, aquí y allá incrustadas piedrecitas de incienso, que cuando llegaba a ellas el fuego del pabilo, ardían vivaces regalando la sala de respeto y la casa toda con su perfume. Un perfume persistente. Los Malatesta olfateaban el aire y se decían:

—¡Hace veinte años que murió, y todavía se percibe el aroma del velorio de tía Severina!

Los Malatesta permanecían sentados y en silencio, velando, arrimadas las espaldas a las paredes de la sala de respeto, cubiertas con tapicerías de Flandes que representaban romerías.

—¡No se puede subir! —le decía el ama de llaves al vendedor de ajos.

—Pero ¡si siempre me los elegía ella para la zorza! ¡Zamoranos, pequeños, con el bordillo del color de la violeta!

—¡Hoy sólo suben los titulados a dar el pésame!

El pintor terminaba de redondear con purpurina las letras de la cinta para la corona de flores: «Los Malatesta de Rímini a la Muy Alta, Noble y Poderosa Señora Isotta».

—¿Dónde se vio que se cobre un ataúd por adelantado? —discutía el ama de llaves con el de la funeraria, un cojo con una mancha que le iba desde la oreja derecha al mentón.

—¡Todo el mundo sabe que están tronados!

—¡Tienen joyas!

El vendedor de ajos se acercaba al pintor.

—¿Podrían ir en la corona estas dos ristras? Son los ajos que a ella le gustaban, zamoranos, pequeños, con el bordillo del color de la violeta...

—¡No cuadran los ajos con las rosas!

El ajero acariciaba las ristras. Caía la tarde. El zapatero remendón golpeaba unas mediasuelas y cantaba. También cantaban las pantalonerías del Cabildo, que estaban en la obra de los calzones de invierno de los canónigos, forrados de lana, atados con cintas en la pantorrilla.

—¡Callen, que hay difunto! —gritaba el ama de llaves, entreabriendo el portalón.

—¿Qué difunto?

Todos los habitantes de la ciudad creían que el palacio estaba vacío. Un año caía parte del tejado. Otro, se abría de pronto una ventana, se batía, y fracasaban todos los cristales.

La ciudad despertaba sus días todos desde el paso de Julio César, con todos los que la habitaron. O se dormía en la dulce noche de agosto con los que ahora mismo vivían en ella. Todo pendía en quién soñase y qué. Se mezclaban las edades, los dolores, las canciones, los nacimientos y las muertes. Los fantasmas se encontraban a sí mismos cuerpo humano, y los humanos presentes podían confundirse con la niebla que subía desde el río, lamiendo las fachadas de las casas. Los Malatesta se arrimaban a los tapices, se adentraban en ellos, se escondían tras los árboles del fondo en las romerías flamencas, y si uno de ellos llegaba a un desgarrón del viejo tapiz, donde las hilachas colgaban, también se desgarraba, deshilachaba y moría.

VI

— ¡N O estabas, Paulos! ¿Llegaste muy tarde?
— ¡Muy tarde, María! Tuve que esperar a que todas las estrellas se colocasen en su sitio, y poderme guiar por la Polar para regresar. Un hombre me ofreció un caballo, que sabía regresar solo a su país desde el puente nuestro. Pero vinieron de parte del rey a decirme que podía volverme montando un caballo antiguo, alazán, lucero, que me mostraban en una lámina. El portador de la lámina se retiró al fondo del patio, dijo el nombre latino del caballo, y este saltó de la lámina al camino. Lo monté, y ambos cabalgamos con vientos favorables, como vientos. Al llegar a casa dije las palabras secretas que me enseñaron, y que no puedo compartir con nadie, que perderían todo poder, y el caballo volvió a su lámina.

Paulos le mostró a María la lámina en la que aparecía el bayo, al que tenía de las riendas un negro que vestía chaleco floreado y bombachos color rosa.

— ¡Algún día huirás en él!

— ¡Nunca lo volveré a montar! Lo llevaré a la tienda de la plaza a que me lo enmarquen, y mandaré que peguen la lámina sobre tabla, no vaya una mañana a querer el bayo irse por su cuenta. Pegado a la tabla, no podrá salir al camino.

— ¿Quién lo montó antes que tú?

— Se lo pregunté por el camino, pero no lo recordaba muy bien. Habló de un cierto Arturo, que fue quien de regreso de una batalla le puso el lucero, que antes no lo tenía. ¡Un rey compasivo! Extendía la mano, y llegaba con un bocado de pan mojado en miel a la boca de los mendigos que estaban en la cuneta. El brazo le medraba las dos o tres varas que fuere menester. Esto es todo lo que recordaba, y por lo de su lucero.

— ¿Hablaste con alguna mujer?

— El país a donde viajé tiene forma de palma de mano, con sus colinas, y las rayas son ríos. Yo entré en él por el que llamaremos dedo índice, considerando que puesto en mapa, de Norte a Sur, el país es la mano izquierda. En la tercera colina del índice, antes de llegar a la palma, hay un bosque de alisos y abedules, y a orilla del camino, una fuente. Una mujer llenaba de agua una herrada, cuyos aros de cobre brillaban con la caricia del sol naciente. Levantaba la niebla y se veían los anchos llanos. Apartó la herrada para que yo bebiese aquel delgado hilo que salía por uno de los tres caños, que los otros no daban, que era tiempo de estiaje.

— ¿Era joven?

— Treinta años, estimé. Alta, muy hermosa. Iba a tener un niño. Quizá lo haya tenido esta misma noche. Quizás el niño esté naciendo ahora mismo. Me dijo que si me quedaba en aquella provincia, que tan pronto como ella pariera comenzaría a salir agua abundante por los tres caños, y que así acontecía siempre que en las cercanías de la fuente nacía un niño.

Yesto acontecía desde que peregrinara por allí un ermitaño llamado Fagildo. Así

el estiaje de la fuente aquella no era como el de otras, y aunque fuese septiembre, se lo rompía la nueva vida. Hace catorce o quince años, me contó, pasaron unos turistas ingleses por allí, y oyeron algo de aquella fuente, y una señora, que estaba de cinco meses, dijo que ella se quedaba de posada hasta el parto, por ver resucitar la fuente.

Y cuando llegó la hora la acostaron en una colchoneta, debajo de un techo formado por una colcha azul y enramadas. Llegaron a la vez el niño y las aguas.

—¿Niño o niña?

—¡Niña! Por las señas que me dio la mujer que estaba con la herrada en la fuente, y las que me añadió un músico de laúd con el que hice camino una hora larga, ya sé de quién se trata, aunque no recuerde muy bien el nombre. Su madre, la del parto en la fuente, es griega, y viuda; se volvió con la niña a su patria, después de vender en Londres las joyas que heredara, para tener suelto para gastos de viaje y compra de una casa en su polis, con pórtico al Mediodía y un jardín. Lo de volverse con la niña a su patria fue, aparte otras razones, porque la niña nació ciega.

—¿No sabe que amanece?

—¡No!

—¿Nunca vio una rosa?

—¡No! La niña es ciega, muy bella, pero ciega. Y si yo sé algo de ella, es por un raro suceso que cuentan los que estos años vienen de Levante. Apareció en una cueva, cercana a la ciudad de la viuda, una bestia mitad dragón y mitad humano monóculo, que sabe encender fuego, y come asados rebaños enteros. Hacía muchos estragos, robaba cerdos, una huerta entera de lechugas sólo le servía para hacer una ensalada, y cuando se emborrachaba, soplabo fuego y quemaba casas. Un día preguntó por el alcalde, y dijo que si le daban una hermosa para bodas, que se volvía pacífico y vegetariano.

—¿Y le dieron la hermosa?

—Discurrieron que saliese la ciegucecita, que no le tendría miedo a la bestia no viéndola, hasta el prado frente a la cueva, y que le tendiese al monstruo un papel de dos varas cuadradas en el que estaban escritas las capitulaciones matrimoniales, y bienes separados, todo en la prosa misma de Justiniano. Y la bestia tenía que leer el documento de pe a pa. La ciegucecita le dio el papel al monstruo, quien se relamía de gusto viendo aquel pimpollo morenito, subido a un tablado adornado de guirnaldas y tapices. La bestia, por demostrar que era culta helénica, se puso a leer el documento en voz alta, sacando en lo posible voz humana, y ceceando, que es moda en la Hélade desde que bajó, por el verano, una cantaora gaditana, y estaba el monstruo perfumado, porque se había revolcado toda la mañana en dos anegadas de espliego florido. Y cuando la bestia estaba en las que llaman cláusulas de estilo y citas de leyes, apareció Jorge galopando, lanza en ristre, y antes de que el lector se diese cuenta, ya le entraba el hierro en la boca por la K de un *kyrie*, metiéndole la K dentro de la boca abierta al decirla, y en llegándole la lanzada a las amígdalas, que las desgarró, sin más expiró la bestia. Expiró, y se desinfló poco a poco, hasta quedar

reducida al tamaño de un sapo. La envolvieron en las capitulaciones matrimoniales, y después la enterraron. Desinfectaron la cueva, y ahora tienen expedientado a Jorge para santo, que es el doce dragón que mata, y además sin cobrar.

—¿Y la ciega?

—Ella quería tocar a Jorge y enamorarse de él, pero el paladín ya se había marchado, galopando, a su selva de Capadocia. Ya que no pudo tocar a Jorge, se enamoró, dolorida, de su ausencia, para ella representada por el eco del galopar de un caballo a mediodía. La madre intenta que se dicte una ley que prohíba los caballos en aquella región, por ver si la ciegucecita se va olvidando de Jorge, y pone más atención en el estudio del piano, método Ginz para los privados de la vista. También del mismo autor hay un método de mermeladas y confituras para ciegos, con caja de resorte para los útiles.

—¿Y qué hiciste en el país que es como la palma de la mano?

Paulos miró dulcemente para María, y tiró de ella hacia sí, hasta tenerla sentada en sus rodillas. Pesaba, se dijo Paulos, lo que el ruiseñor.

—Comprar un anillo de oro. Para ti, María.

Lo tenía en la mano cerrada y no se lo mostraba.

—En aquel país hay una tienda, por detrás del palacio real y de la Escuela de gramática, en la que solamente venden anillos de oro, pero no anillos cualesquiera, sino anillos que ya fueron usados, que estuvieron en los dedos de enamoradas famosas. Te sientas a la puerta de la tienda, y como allá hace calor, un criado te está abanicando mientras enumeran los anillos y te cuentan de las que fueron sus dueñas. Por eso se me hizo tarde, escuchando. Al fin, elegí este.

Ahora se lo enseñaba. Era un anillo fino, que fingía una trenza de a tres, y en un punto tenía simulada una rosa como prendedor. María lo probó.

—¿Cómo se llamaba? ¿Cómo vivió y murió?

—¡Se ignora! Un príncipe era dueño de ese anillo, y le habían augurado que cuando verdaderamente se enamorase de una mujer, que se lo mandase envuelto en un pañuelo de seda, y que ella sabría quién era el que le enviaba el anillo, aunque nunca lo hubiese visto, y si era virgen, se enamoraría a su vez. Pasaron años y años, y el príncipe no se decidía a enviar el anillo a una mujer, porque sopesaba su corazón y nunca lo encontraba lleno de amor, con tanto amor como era preciso para enviarle a una hermosa desconocida el anillo famoso, en un pañuelo de seda. Ya gastara más de diez pañuelos en las dudas, envolviendo y desenvolviendo el anillo. Pasaron años y años.

—¿Era un anciano?

—No, aún no, aún era el príncipe, de aquí para allá, melancólico, amigo de escuchar canciones. Un día encontró en una posada, en el camino de Santiago, a una mujer bellísima, y se enamoró, viéndola lavar sus pies detrás de la cerca de laurel, abriendo en ella un mirador con ambas manos. Por cierto, que asustó a un verderol que allí mismo hacía nido. Conforme a lo avisado por los augures, le mandó el anillo

a la mujer, después de asegurarse de que era soltera, lo que fue fácil porque lo sabía toda Alemania. Y se sentó a la puerta, a esperar. Sí, ella se enamoró de una imagen de hombre que le sonreía desde la sombra, y salió hacia él. ¡Había llegado amor, irresistible! Pero la posada tenía dos puertas, una que daba al patio y al camino, y otra que daba a un estrecho sendero, por el que subían hacia una santa montaña los peregrinos más penitentes. Esperaba en una puerta el príncipe, mientras ella, saliendo por la otra, se apresuraba ya por el fatigoso sendero. Nunca más se supo de ella. ¡Seguirá caminando! En su habitación dejara olvidado, con las prisas de amor, el anillo. Se lo llevaron al príncipe, quien se echó a llorar, envejeció, se quedó sordo, y poniéndose en un camisón de invierno se metió en la cama, en su palacio. Comía algún que otro pichón, e higos en almíbar. El día antes de morir mandó el anillo a la tienda, diciendo que ya aparecería alguno a quien le gustase soñar.

—¿Tengo que amarte?

—¡Siempre!

Paulos, solo en la casa, escuchaba los nocturnos ruidos, que ya le eran familiares. Cargaban a la puerta de la tahona en los peludos asnos los grandes cestos llenos de redondos panes de segunda, y reían los oficiales de pala con las mandaderas. Después, se hacía el silencio, y se escuchaban los ruidos propios de la casa, los ruidos que habían ido creando los años, las maderas envejeciendo. Eran la manera misma de hablar de la casa, quejidos y crujidos, una rápida carrerilla de un ratón en el desván, el tictac del reloj, una puerta de la leñera que siempre la abría la presión del viento, los dos o tres grillos que en septiembre habían buscado refugio en el horno, una rama de un naranjo enano golpeando un cristal de la puerta de la solana si soplaba sur. Crujían de diferente modo la puerta del gran armario empotrado y los maderos del rellano de la escalera. Paulos se descalzaba y se sentaba a los pies de la cama, con los pies desnudos acariciando las flores de la alfombra, que se extendían sobre un lecho confuso de hierba verde. ¿Sería posible continuar viviendo de los sueños y en los sueños? ¿Qué era lo que él quitaba o añadía a la vida cotidiana? Todavía ahora distinguía lo que vivía y lo que soñaba, pero se sorprendía a sí mismo descubriendo que también vivía lo que soñaba, que lo que vivía tomaba la forma de sus sueños. Bastaba a veces que añadiese un adjetivo al pan o al agua, a una paloma o a la tela de su capa, para que se produjese una súbita mutación, y lo real pasaba a ser fantástico. Perezoso, no salía apenas de casa en toda una semana, durmiendo siestas de mañana y tarde, ensoñando viajes, recibiendo visitas de gente que no había, pero buscando, y a veces desesperadamente, un objeto real que el extraño visitante le había regalado, o había dejado olvidado en la mesa del vestíbulo, y que era la prueba fehaciente de la visita. No podía detenerse a pensar quién era, de dónde venía, a dónde quería ir. Sí, más de una vez tuvo la sensación de hallarse en un escenario. La sala estaba vacía, pero Paulo tenía que representar a la perfección el papel ensayado una y mil noches, escrito por él para él. A veces se trataba de un monólogo:

—Esta es la soledad y la razón, la soledad de mi razón. Oso reclamarle a la noche sus tinieblas para mi alma. He de ser aceptado como soy, el viudo, el triste, el desconsolado duque de Aquitania en su torre destruida. ¿Es ofender a Dios amar a la sirena más que a Él? He aquí la espada rota, y la traición probada. ¡Este vaso es todo lo que resta de la sangre! (*Muestra el vaso, y deja caer unas gotas en el suelo*). ¡De la sangre de mi vida terrenal! (*Se arrodilla, y limpia la sangre que derramó con un pañuelo*). ¿Quién se atreve a decir que miente el soñador? Me asomo por esta ventana que no hay, y doy nombres, pensamientos y deseos a criaturas que solamente yo veo. ¿Quién gana el pan para ellas sino yo? ¿Quién les da desasosiego, penitencia y muerte? No, no soy cruel, no he imaginado el Infierno, solamente el Purgatorio: Yo soy Arnaldo, que llora y va cantando, acuérdate de mí que soy la Pía, el nieto de Constanza emperatriz, ¡Casella mío, si nuevas leyes no te quitan memoria y uso del amoroso canto!... Paso en silencio junto a ellas, y no como el otro, con la cabeza levantada. Toda la sangre que corre por sus venas, sangre mía es. ¿Necesita de mí, cada uno de vosotros, un sueño para poder ser otro? ¿Puede resistir una ciudad, sin reducirse a polvo, el que haya en ella un donador voluntario de sueños?

La voz iba y venía, independiente de su voluntad, porque a mitad del monólogo Paulos se había transformado en espectador de sí mismo, se oía declamar, veía cómo secaba la sangre en el suelo, se asomaba por la puerta del Purgatorio, salía por la otra puerta mientras Arnau volvía lentamente *al fuoco che lo afina*, Paulos no tenía bastantes huesos en la mente y en el alma para sostener la realidad personal de Paulos, y era en la acción, en la situación imaginada, donde se encontraba a sí mismo, si era preciso heroico, amante, veraz, enamorado, e incluso muerto. Mentía, porque lo inventado era más coherente con su imagen del mundo que lo real que destruía. Porque en el fondo, el más secreto impulso de Paulos era destruir.

—¿Veis? ¡Las muñecas de la infanta Berita! Dentro, nada, serrín.

Pero inmediatamente le aterraba la tierra yerma, y entonces levantaba una torre oscura en las cercanías de Milán, una torre como sólo el amor podía imaginar. El amor, que no era fuego del corazón, sino situaciones en las que, como en espejo, veía cómo se entregaba y recibía. Mentía fácilmente, pero si en un instante se pudiesen recoger todas sus mentiras, las dichas a lo largo de la jornada, nos encontraríamos con un mundo más hermoso y variado, regido por leyes poéticas y exaltadoras de un ritmo más vivaz, andante, los grandes secretos desvelados, el prodigio pronto, transmutadas las edades. Paulos corría la cortina verde, ¿verde?, quizá mejor roja, con la mano, o tirando de un cabo, o a la vez, y quedaban separados el mundo real y la escena, lo vivo y lo pintado. Ahora era cuando Paulos vivía, vestía con palabras nunca usadas las gentes y los países, se hacía nuevos rostros, inventaba gestos habituales para las escenas de reconocimiento. En la noche, bajo la luna y las estrellas, acunada por el canto del agua de su fuente, dormía la ciudad. El río nuestro daba la niebla cotidiana. Los ojos insomnes de Paulos se fijaban, en la lámina inglesa, en la forma del lucero del caballo bayo. El caballo despertaba.

—¿No nos ve nadie? ¿Nadie nos escucha?

—Nadie.

—Me llamo Aquiles. Por una debilidad en el tendón. ¿Puedo salir?

El caballo salía de la lámina y se subía a la mesa. Una de sus patas descansaba sobre el espejo que Eloísa había dejado olvidado en su última visita. Había contado en griego, para darle tono de diálogo platónico, sus amores con Abelardo.

—Paulos, escuché lo que decías a María, que cuando pusiesen un *passe-partout* y enmarcasen la lámina en la que me muestro, que mandarías que me pegasen en una tablilla, para que nunca más pudiese galopar.

—Así es.

—Permíteme, Paulos, amo y señor, relinchar una vez para ti. ¡Abre todas las ventanas!

Paulos abrió las ventanas y esperó en un rincón, con las manos dispuestas para iniciar el aplauso, el relincho de Aquiles. Esperó inútilmente. Los muchos años de sujeto de lámina le habían aplastado en demasía el pecho a Aquiles, y apenas podía acoger en sus pulmones ni la vigésima parte de lo que precisa un relincho inaugural de potro precoz. Fue una mala imitación, a escala humana, de un relincho hípico. Aquiles derramó una lágrima, y cabizbajo volvió a la lámina inglesa.

La ciudad siguió durmiendo. Nada la despertaba. Y por la mente de Paulos pasó, dolorosa, la consideración de si sus sueños serían, respecto a la milagrización de la ciudad y del mundo, lo que el feble y falso relincho del bayo Aquiles, inaudible incluso en la callada noche.

ANUNCIO DEL COMETA

La primera noticia de que habría cometa aquel año, llegó desde Praga, enviada por el astrónomo del emperador. Hacía más de cien años que el entonces secretario de Eclipses del Consulado de la ciudad había mandado en mano seis onzas de oro a Praga para que, en el caso de que se anunciase cometa influyente, nos fuese enviado aviso, con la anticipación debida, y aclarando si el cometa era diestro o siniestro, horas de visita, y posibles influencias sobre la cosecha de vino, nacimientos, prodigios sólitos, temporales, y paz o guerra. Cuando se reunían los señores cónsules y se acordaban gastos, siempre salía uno, de la familia tortosina Capdevespre — instalada en la ciudad desde el Setecientos, cuando se rompió el monopolio de las lanas—, advirtiéndole que no fuera inútil dispendio, como cuando se mandaron las seis onzas de oro a Praga por un tal Brabante, quien regresó de allá con un hermoso recibo, y casado con una viuda judía, que fue bautizada en San Miguel, y que era una señora muy delgada, la piel cerúlea, grandes ojos negros, largas pestañas, peinada a lo Cleo de Mérode, más bien entristecida, y muy limosnera. El recibo estaba, muy bien enmarcado, colgado en el testero del salón de sesiones, al lado del gran retrato ecuestre de Julio César, retrato que había sido muy discutido en su día, porque el pintor había utilizado para hacer la cabeza de César a un sargento de milicias, que decía que se le parecía, y tenía un gesto altivo y un mirar displicente, porque siendo niño había salido de duque en una comedia de Calderón de la Barca. El cuerpo de oficiales se reunió, preguntándose si no habría entre ellos, de las mejores familias, quien tuviese el perfil aquilino de César y la cabeza apepinada como el señor latino. Pero el pintor celebró una sesión literaria en la Sala de los Espejos, probando la libertad del artista en la elección de modelo, y que si le pintaba a Julio César, que quizá fue cierto que la tuvo, la cabeza apepinada, que no le cabía, pintándolo de perfil, en el vértice superior del triángulo que era la estructura geométrica del retrato. Tenía allí un cartón blanco con el triángulo trazado en negro, y con tiza verde pintó un pepino donde debía de ir la cabeza de César, y bien se veía que el pepino sobresalía de los lados. Seguidamente, en otro cartón, y con tiza roja, pintó la cabeza del sargento, y cuadraba. Uno de los lados, el que pasaba por la punta de su nariz, bajaba, abriéndose, hasta donde estaría el belfo de Primaleón, mientras el otro lado, que rozaba la vuelta del cubrenucas del casco, detenía la expansión de la cola, gentilmente cunada, del caballo. En la base del triángulo se veían el puente y el río, y

Julio jinete estaba como galopando en el aire, en la que el pintor llamó «perspectiva gloriosa».

—Pero —dijo el comandante general— un bigote que disimule el sargento no va contra la geometría.

—Julio César no gastaba bigote! —aclaró, irritado, el profesor de Historia de los Galos.

—¡Que lo pinte a contraluz! —sugirió un barbero que había ejercido muchos años en Venecia el engomado de rizos. La propuesta fue aceptada, y así el rostro del sargento quedó en una suave penumbra azulada, César mirando hacia la ciudad, mientras sobre la coraza se estrellan, rompen, los rayos dorados del sol poniente.

El recibo del astrónomo de Praga estaba a la derecha del retrato de César, escrito en latín, con dos sellos rojos en cera y uno en plomo, y el astrónomo se comprometía a dar el pedido aviso del cometa. Lo trajo a la ciudad un cojo —se vio que lo era cuando se apeó de su montura, una yegua eslava torda, con la crin recogida con cintas amarillas—, que se envolvía en una capa parda. Sacó de debajo de ella una trompeta y floreó un toque, y después le dio vuelta a la capa, que por el revés era azul con vueltas de piel, escondió la trompeta en la alforja, y se presentó, explicando que la pobreza de los tiempos obligaba a aquel juego de teatro, y a ser, un correo imperial como él, trompetero de sí mismo. Añadió que el que la enviasen a él a dar el aviso a la ciudad, que era una deferencia, porque no tenía el emperador de Germanos mejor correo de cometas que él, ya que su cojera se le produjo precisamente a causa de la contemplación de un cometa, que por seguirle la trayectoria, astrónomo aficionado, había pintado en el suelo un círculo, con sus husos, y él giraba, siguiendo la pieza volante con un antejo de Padua, y no se había dado cuenta de que parte del círculo lo pintara en la piedra de la terraza, y parte en el hueco de la escalera de caracol, y cuando girando llegó a este grado, quedó en el vacío, no obstante sin caer, porque se habían establecido las leyes de la gravedad entre él y el cometa. Pero aconteció que surgió una nube, rompió el equilibrio de los cuerpos, atracción y repulsión, y cayó escaleras abajo, quebrándose aquella pierna por dos partes, y en la soldadura le quedó curva.

Los cónsules se reunieron en secreto con el correo, que se llamaba Mijail, que quiere decir Miguel, el cual suministró los datos solicitados, las preferencias y oposiciones del cometa, tanto en la que se refería a cosechas y calidad de vino como a prodigios y monstruos, sequía y pedrisco, invasiones de bárbaros, apariciones de antiguos, pestes posibles, preñeces autónomas, y demás trastornos y teratologías. Los presentes juraron guardar secreto, y el apunte tomado por el joven sustituto fue guardado en un sobre, que se lacró, poniendo en la pasta, con el sello de bronce, las armas de la ciudad. Mijail no quiso beber vino, porque dijo que a lo mejor se iba de la lengua, y partió en su yegua para Occitania, donde lo esperaban, en un monte secreto, unos nietos de los cátaros, que querían saber si este cometa era o no el que anunciaba el fin del mundo. Antes de montar e irse, el tesorero de la ciudad lo llamó

aparte, tras una cortina, por propinarlo con diez pesos fuertes, y Mijail agradecido le dijo lo que no osara ante los cónsules.

—En este año del cometa es muy favorable para el cuerpo el ejercicio venéreo, y debiera concederse, civil y religiosamente, facilidad para el coito, especialmente entre solteros. Pero nos lo callamos, porque si se divulgase en el pueblo bajo que las mujeres se olvidan de resistir y se dejan, especialmente una hora después del crepúsculo vespertino, iríamos al relajo, y el puterío llegaría hasta Lisboa.

El tesorero, a pesar de ser impotente a causa del azúcar que le subió en sangre y en orina por glotón de merengues de frambuesa, agradeció calurosamente al correo la buena nueva.

Al pueblo se le dijo por los cónsules, en sesiones especiales de información por barrios, que en las cosechas no habría novedad, que el vino sería medicinal como es costumbre en años de cometa y que, en cuanto a daños, había que estar atentos a nacimientos extraños, como corderos con dos cabezas, niño matemático, terneros con tres o cinco patas, y aparición de animales exóticos en los bosques, no escapados de circos alemanes. El profesor de Historia de los Galos dio una conferencia sobre el adivino Arruns, de Lúea, que viene en la Farsalia, trató de árboles felices e infelices, y de los monstruos que nacieron de la tierra sin necesidad de simiente alguna, cuando Julio César pasó el Rubicán, dos años después de haberse detenido en el puente de la ciudad.

Paulos le explicó a María que, en los años de cometa, los verdaderos soñadores suelen soñar en tecnicolor.

El redactor-jefe de sucesos extraordinarios ordenó que se diera en primera página de la Gaceta, en un recuadro a cinco columnas, la noticia de que habría cometa aquel año, reproduciendo, además, un dibujo que venía en la revista Alrededor del Mundo, en el que aparecía M. de Saussure subiendo al monte Rosa, precedido de un joven criado que llevaba en banderola el zurrón con la merienda. Como es sabido M. de Saussure, inventor del higrómetro, subió al monte Rosa cubriéndose con una chistera torinesa.

—¿Y qué pie le ponemos al grabado?

—Cometam interpres, ascendiendo a una cumbre alpina para ejercer su oficio.

—Quizá conviniese injertar alguna frase latina en el pie.

El redactor-jefe recitó, solemne, con pronunciación francesa porcine había estudiado en La Sorbona, un trozo de las Geórgicas. Se lo había aprendido de memoria para el pregón de las fiestas del paso de Julio César por la ciudad, versos que aludían a su muerte en los idus de marzo:

—A través de la Germania se oyó un ruido de armas por toda la extensión del cielo; los Alpes temblaron con sacudidas desconocidas. Se oyó por todas partes una voz en el silencio de los bosques sagrados, una gran voz. Aparecieron fantasmas de una palidez asombrosa al acercarse las tinieblas nocturnas, y hablaron animales,

indecible prodigio. Se detuvieron los cursos de agua, y las tierras se entreabrieron...

—¡Alarmaríamos al pueblo! Aunque lo diésemos en latín, no faltaría un clérigo que lo tradujese debajo de los soportales.

—¡Sin duda! Ahora basta con la ascensión del cometa, y dentro de unos días comenzamos a dar consejos higiénicos. Buscaremos una fábrica de jabones que patrocine su publicación.

—Con un retrato de señora saliendo del baño...

—Un hombro al aire, la toalla dejando ver una pierna de la rodilla para abajo...

—Quizás algo de muslo en la edición de la tarde...

—Jabones de olor, con perfume italiano...

—No, francés, resulta más picante...

—¿Se da un nombre?

—Bueno, Tórtola del Sena...

—También podíamos aprovechar para congratulamos con la oposición...

—¡Muy bien visto! De un lado, con los consejos higiénicos, contribuimos a mantener tranquilas a las gentes en año de cometa, y de otro, diciendo que nuestra hermosa bañista «Jeannette la République...»

—La culpa es de los teatros de París, donde se llevan esos nombres...

—Que la dibujen más bien gordita, pero la pierna fina...

—Debe sonreír...

—¡Naturalmente! ¡La felicidad que produce el enjabonarse! El dibujante de letras de oro de la funeraria puede ir a inspirarse a casa de la Calabresa. Que le adelanten quince pesetas...

—¡No le bastan!

—¡Pues que las ahorre! ¡Ración de vista!

Pasaban tranquilos los meses, y en la ciudad y sus arrabales no acontecía nada prodigioso ni anormal, cosa alguna insólita que hiciese sospechar la influencia del cometa. Hubo algunos casos de sarampión en mayo, en las familias aristocráticas, y en julio un perro fue acusado de rabioso. Lo acorralaron los milicianos y acabaron con él de cuatro tiros. No se supo que hubiese mordido a nadie, pero al cabo de dos o tres semanas rabió una cabra. Entraba en las casas, si veía las puertas abiertas, y subía hasta el tejado, si podía, y si no, bajaba veloz buscando otra puerta abierta. Era suiza, y tenía los cuernos largos y puntiagudos. Se ensañó con otra cabra, derribándola, y desgarrando en ella. También la mataron los milicianos. Corría como loca de aquí para allá en la terraza de un rico, un almacenista de granos, y en la loca carrera había enganchado con los cuernos la cuerda en que se secaba la ropa interior de la familia. La cabra, al sentirse herida, brincó y vino a estrellarse en el patio, al lado de los sacos de trigo ruso, envuelta en la ropa interior susodicha. Corrió la hija del almacenista a rescatar la suya, sostenes, dos cubrecorsés y unos pantalones de encaje, con bordadas florecillas azules. El cabo Solito la detuvo en la huida, diciéndole que si cualquiera de aquellas prendas llevaba mancha de sangre o

de saliva de la cabra, que había que destruirla, o ponerla en salmuera, que tal lo mandaba la Sanidad. La hija del almacenista, ruborizada, apretaba la ropa contra el pecho. Al fin, accedió a la inspección del cabo, con tal de que se hiciese con la debida reserva. Ella era una morenucha gordezuela, levantada de pecho, muy movediza, al tanto de los cuplés de moda, cantándolos asomada a la ventana, mientras se peinaba, acodándose en ella para mostrar el nacimiento del pecho, las trenzas poniendo acentos negros en las oes del letrero que avisaba que aquella era la casa de Tito Ricote, granos de Rusia. El almacenista estimó que había sido violada la intimidad de su hija, y era verdad que en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa más que de los pantalones de encaje de Rosita, la hija del almacenista Ricote, y de las florecillas azules, y que si el pantalón era regalo de un pretendiente que tenía, de la nobleza campesina.

—Si es regalo de un pretendiente, no lo será de un noble campesino, sino de un noble urbano. ¡Se acaban grandes familias! —aseguraba una viuda de los Ursinos.

—Ahora la gente viaja —comentaba la madre del cónsul segundo.

Ricote decidió que su hija hiciese penitencia, y la metió en un convento, por un año, vestida a lo pobre, pero a los seis meses la niña se fugó con el cabo Solito, quien le escribía ternuras, le pedía perdón por su indelicadeza, y se ofrecía a reparar la falta con casorio. Ricote fue a buscar la pareja a una cabaña de la Selva, y tuvo que callar; se celebró la boda, y al día siguiente, en la terraza de la locura de la cabra, a la hora en que los panaderos iban a recoger los sacos de trigo, apareció el cabo Solito, y colgó de la cuerda más alta del tendedero los pantalones de encaje, con las florecillas azules, de Rosita, en las que lucían tres manchas de sangre. La gente comentaba de la virginidad de Rosita, y se preguntaba cómo se habría arreglado para la inauguración el cabo Solito, sin quitarle los famosos pantalones a la novia. A Solito lo echaron de las milicias, y ayudaba a Ricote en el almacén. Pidió permiso, y lo obtuvo, para ponerse el uniforme de gala los días de fiesta. Pero esta es otra historia, que va mucho más allá del año del cometa. En lo que toca a la cabra, se aclaró que había sido mordida por el perro, y que el cometa no entraba para nada en el asunto. Además, que en aquel ínterin, todavía no lo veían las señoras desde las solanas con los gemelos de teatro, cuanto más las cabras sin ellos.

Algunos clientes de la taberna del Pelado se consultaban entre sí, paladeando el tinto.

—¿No nota usted una leve mejoría, señor capitán?

—¡Será que acabó frío este mayo!

—¿No podría ser la proximidad del cometa?

El Pelado vendía más vino que de costumbre, porque se había propalado la mejoría del tinto. Acudió un catador oficial, un tipo alto y sonrosado, rubio, los claros ojos alegres, que habiendo sido especialista en el muscadet bretón, más tarde se hizo omnibíbero. Paseó por la taberna dando palmadas en el vientre de las pipas, contando de los vinos que bebiera en su juventud, y en provincias.

—¡Por si resulta que alguno de los tuyos es pariente de aquellos! —le comentaba al Pelado.

Este lo que quería, en su malicia comercial, era que el catador, que se llamaba Hermógenes, dijera que los vinos suyos los influía el cometa.

El catador canturreaba, apoyándose en las pipas, diciendo que para aquel vino tan honesto le trajesen el vaso más fino.

—¡Hay que conciliarse con estos delicados! —le decía al oído al capitán.

Por fin, dio por terminada su presentación a los vinos, y bebió. Bebió en silencio, entrecerrando los ojos. Paladeó, dejó el vaso en el suelo, se metió los índices en las orejas, y parecía que escuchaba algo dentro de sí, el trotecillo del vino por su cuerpo, o alguna voz.

—¡Estos vinos no están en su cadencia natural! —sentenció.

—¿El cometa? —inquiría ansioso el Pelado.

—¡Más que posible!

El Pelado se frotaba las manos. Pidió a los cónsules que le sellaran las pipas, y despachaba de la abillada a vasitos, incluso a la más antigua clientela. Solamente el capitán se llevaba un cuartillo para su casa, para compartirlo con su mujer, a la cual, con el vino mejorado, le volvió la regla que se le había ido, y quedó embarazada. ¡Ah, el cometa! De aquí en adelante comenzaron a aparecer otros signos, y la gente, casi sin darse cuenta, se adentraba en un clima de expectativas. El capitán discutía con el canónigo magistral.

—¡Atengámonos a don Ambrosio Paré! Pinte usted en el vientre de su señora esposa una espiral, para facilitar la salida del fruto.

—¡Primeriza a los cincuenta! —subrayaba el capitán, meneando la cabeza.

—Es que el fruto puede nacer con cuernos, o con maza y piloso por el vientre, tanto que el pelo le cubra las partes, con una maza como el as de bastos. Lo de los cuernos no tiene importancia, que se le afeitan, y la maza se manda al Museo, para perpetua memoria de la cosa, perpetuam rei memoriam. ¡Píntele la espiral con tinta negra indeleble, para que no padezca con los baños!

—¿Puede salir otra cosa?

—¡Los cometas son imprevisibles! ¡Lo mismo sale una bola de sebo, parlante, como en Bohemia de una campesina, el año de sesenta y dos! Cuando acabó el aire que traía dentro, dejó de hablar. Le insuflaron con una cánula más aire, y habló otra vez, no más que para decir adiós. ¡Se le había acabado la cuerda! Lo bautizaron sub conditione, y en el bautizo, ya muerto, giró sobre sí mismo, muestra patente de que le había aprovechado.

Un día de agosto, a las tres de la tarde, comenzó a llover, y las gotas de agua, no bien llegaban al suelo, rebotaban como pelota y volvían al aire, a la altura de los tejados, donde formaban transparentes nubes carmesíes. Los cónsules llamaron a los astrólogos. Comenzaba, verdaderamente, el año del cometa.

I

PAULOS firmó la instancia dirigida a los Excelentísimos Señores Cónsules Patentados de la Ciudad. Dudó si escribirla en latín o en el idioma urbano oficial, y al fin se decidió por este último. Solicitaba que le fuese concedido el ingreso en el Colegio de Astrólogos, atendiendo a los estudios realizados en Milán, en la Academia Sforzesca, ocupando la vacante del horoscopista Severo López, quien por nombre de oficio tenía el de Lupino Aleólogo, Lupino por el *lupus* que esconde el López, y Aleólogo por un tratado en dos tomos en el que dilucidaba en qué tipo de suerte o dado podía estar pensando César cuando pasó el Rubicon y dijo aquello de *alea iacta est*. En los últimos años de su vida, Lupino estaba lo más del tiempo de vacaciones, y se limitaba a hacer cada trimestre el horóscopo de los verracos de las paradas. Los paradistas le pagaban con unas libras de tocino, y una cesta de higos en su tiempo, que era muy del país el tener en las paradas dos o tres higueras para que se pusiesen a su sombra las cerdas que llevaban al padre. Se estimaba que las beneficiaba. Paulos liberado, pupilo de Fagildo, de ser admitido se llamaría simplemente, en el ejercicio de la plaza, Paulos Expectante. Paulos alegaba su experiencia infantil de las estrellas, método griego, por ejemplo, relación entre la navegación y las Pléyades, si matutinas o vespertinas, la Rubia y las cosechas, Aldebarán y los suicidios, etc., y más tarde estudios de *haruspicini et fulgurates et rituales libri*, con su tutor Fagildo, y ya en la Academia Sforzesca, disertaciones sobre la fulgura entre los etruscos, de alfitomancia, sobre el cometa del año cuarenta y cuatro antes de Cristo, décimo y último siglo de los etruscos; sobre lo que Plinio el Viejo en *Hist. Nat.*, II, 140, cuenta de Porsena, rey taumaturgo, quien suscitó un rayo contra el monstruo Volta, que depredaba en Volsinios, y finalmente una tesis, *maxime cum laude*, sobre el buey que en el año 192 a. C., bajo el cónsul Cn. Domitii, habló y dijo: *Roma, cave tibi*, «Roma, cúdate». Animales como estos, que habían hablado y sus palabras habían sido escuchadas distintamente por varios testigos, eran conservados preciosamente, y nutridos a costa de la República, pues se estimaba que tenían algo divino en su naturaleza. Finalmente Paulos aludía a su conocimiento de hierbas medicinales, y a la amistad suya con diversos mánticos de lejanos países, a los que había visitado en sus islas, y con los que había hablado, especialmente de las profecías de san Malaquías y las de Nostradamus.

A la misma plaza de Lupino Aleólogo aspiraba un racionero de la Basílica, quien decía haber encontrado en la bóveda del claustro de su iglesia unas piedras rosadas, colocadas a espacios irregulares y siempre en combinación con otras piedras suavemente azuladas, y que después de largos estudios había caído en que no era casual la colocación románica de las susodichas piedras, sino bien adrede, y para que en su día fuese leído en ellas un secreto que atañía al futuro de la ciudad. El había llegado a leer, por —.——..—.—.—., es decir, método telegráfico morse. Precisamente, comunicaba que se titularía en el oficio Morsenius Videns. El profesor

de Historia de los Galos y Gentes de Dudoso Origen, miembro del jurado que estudiaba las instancias a la plaza de Lupino, planteó una excepción que exigía una investigación profunda del que ya se llamaba en el casino, en las barberías y en las tertulias, *el secreto de la bóveda*. Pues si estaba el secreto en morse, esto suponía que el maestro Froila, constructor del claustro en el siglo XII, se había adelantado en siete siglos a su tiempo, y era él el inventor del lenguaje telegráfico, y del telégrafo mismo, aparte del conocimiento de la energía eléctrica. Aceptada la excepción, como los cónsules querían completo el Colegio de Astrólogos para el momento de la presencia en el cielo, sobre la ciudad, del cometa, el racionero quedó fuera, y Paulos Expectante fue admitido al sillón de Lupino Aleólogo por unanimidad. El racionero hizo a su cuenta un andamio con ruedas, y subido a él paseaba por el claustro, empujado el ingenio por dos monaguillos. En tres meses de sesión continua había logrado leer *sicut*, ayudado por el repartidor de telegramas de la ciudad, que había aprendido el alfabeto morse por libre.

Los padres de María decidieron recibir a Paulos, que ahora ya tenía oficio remunerado, figuraba en el escalafón, y en su día tendría jubilación, y si moría, le quedaba a María la viudedad reglamentaria. Los padres de María vivían en la plaza, en una casa con cinco balcones y una enredadera que llegaba hasta el alero del tejado, una enredadera de grandes hojas rojas en los primeros días del otoño. Le abrió la puerta la anciana criada Clotilde y lo guió hasta el salón. Habían quitado las fundas a las sillas tapizadas de raso color piel de pera, y junto al balcón, en un sillón, bacía que bordaba la madre de María, y tras ella el padre, de chaqué, se apoyaba con una mano en el respaldo, como si fueran a fotografiarlo, mientras que en la otra sostenía un cuadrado sobre blanco. Paulos fue presentado por su nombre de astrólogo, por la voz tímida, y en la ocasión ronquezuela, de María. El padre hizo una leve inclinación de cabeza; la madre se quitó los lentes y suspendió el bordado. Posó el bastidor a su lado, en el suelo, tras clavar en el acerico que colgaba del aro las agujas con sus hilos de diferente color. María, nerviosa, no sabía cómo romper el silencio. Se sentó en el taburete del piano y anunció otra vez:

—¡Este es Paulos Expectante!

Le hubiese gustado atreverse a girar en el taburete y enfrentarse con el teclado, pulsando con fuerza algo *allegro*, *allegro*, tan súbito y enloquecedor que obligase a todos a bailar. Paulos la miraba como si la viese por primera vez, y le parecía que se había sentado en el aire, lloviendo sus pequeños pies, calzados con calcetines blancos y zapatos de charol.

—Soy Paulos, muy señores míos, y amo a María desde la más tierna infancia. Cuando viajé a Milán, ya llevaba conmigo su imagen en un pequeño espejo encantado. En Irlanda, en las pequeñas lagunas que se forman en las fuentes, al pie de las colinas, después de beber dejaba quietarse el agua, y se me aparecía María sonriendo, como formando parte del agua misma que yo necesitaba para apagar mi sed. Ya me conocían las perdices y no huían cuando me acercaba a beber. Una

mañana de mayo, después de mí, bebió toda una pollada, y al beber se llevaron en sus picos la imagen de María. Tuvo que reñirles a los perdigones la madre, y obligarles a volver del brezal a la fuente, y cada uno restituyó el pedacito de María que se había llevado. Las otras perdices madres acudieron a contemplarla, y se posaron en mis hombros.

—¡Muy romántico! —dijo una voz emocionada desde la puerta.

Era tía Eudoxia, quien acudía a la presentación del pretendiente, con la jaula del canario flauta en las manos.

—¡Eudoxia, no dejes de vigilar las manzanas que están en el horno! —le gritaba la madre de María, colorada como un pimiento, abanicándose furiosa.

—¡Nunca creí que en la presentación de un pretendiente se escuchasen cosas tan hermosas!

Eudoxia hizo una reverencia de Corte, y se retiró con el canario. Desde más allá de la puerta del salón, desde el fondo del pasillo, venía ahora el canto de este, muy modulado, la frase balanceándose en el aire antes de que surgiese, como una saeta de oro, el trino, el larguísimo trino.

—¡Es tía Eudoxia! —explicó María.

—Viuda de un marino, la recogimos por caridad. ¡Todo antes de que se dedicase al teatro! —dijo la madre, tapándose el rostro con el abanico.

—Una cosa es salir de ángel o de peregrina en una procesión, o hacer el papel de pastora en un pesebre de Navidad, y otra recitar diálogos amorosos en las tablas, enseñándolo todo —dijo el padre, ofreciéndole una silla a Paulos.

—¡Las hijas del rey Lear no enseñaban nada! —aseguró María.

—¡Habla tu padre!

Se sentó a su vez, al lado de su mujer, y se alisó con cuidado, con ambas manos, la barba recortada. La cabeza era muy grande para su cuerpo, y los brazos en demasía cortos —el mismo distingo que da Lavater, fisonomista, para las familias de los burócratas de la Hansa.

—Nosotros —le explicaba a Paulos—, desde hace siete generaciones, nos dedicamos al comercio del lino y del cáñamo en el Báltico. ¡Tenemos crédito en Tilsit!

—Mi familia —dijo Paulos— nunca se dedicó a nada, especialmente. Mi abuelo, que era muy amigo del mariscal Bernadotte, se pasaba lo más del año criando la cesta de caracoles que le enviaba por su cumpleaños. Mi padre, del que nada recuerdo, fue cazador. De mi tío y tutor Fagildo, ya han oído hablar. Mi madre, sonreía. Desde Viena le mandaban recados de que fuese allá, a enseñar la sonrisa a las archiduquesas. No, una sonrisa cualquiera no, una sonrisa que nace de la boca entreabierta, y se queda en el aire, visible, iluminando...

—¿La sonrisa de la Gioconda? —preguntaba desde el pasillo la voz curiosa de tía Eudoxia, quien había logrado atender a un tiempo a las manzanas en el horno y a la presentación del pretendiente.

—No, algo tan eterno, pero mucho más hermoso, tibio y acariciador.

—¡Ay!

—Pero, usted tiene fortuna.

—Acciones de la Compañía de Indias. Cobro los réditos el día de San Andrés Apóstol. Me los paga puntualmente el tesorero de la Compañía en Rúan, en un banco que pone en el puente que llaman Matilde.

—¿Va usted a cobrar personalmente?

—No. Desde el mismo puente me manda un pagaré que aceptan todos los banqueros de la ciudad. Lo único que exijo es que el pagaré venga en una cartera de cuero, y perfumado. Por ejemplo, si en la estación se dio bien la canela, con canela, y si se dio bien el té, con té. Hace cuatro años, estando yo en Milán como pupilo del signor Calamatti, del Scala, se produjo en el ducado la escasez de canela. ¡Hubo quien la falsificó con huesos de ciertas frutas silvestres o con tripas secas de pájaros emigrantes, cazados cuando venían del Sur, y que se sospechaba habían comido mosquitos que se endulzaban en los cinamomos! Pues yo abría la cartera del pagaré del año anterior, que fuera bisiesto, y cuando la cocinera del signor Calamatti hacía arroz con leche, la colgábamos al vapor sobre la tartera, y el arroz sabía como si le hubiesen echado canela en rama y aun espolvoreado después con canela molida. De vez en cuando, prestaba yo la cartera para la cocina del duque Galeazzo Viscond, y los convidados, que eran de todas las casas reales, se preguntaban de dónde habría sacado Su Excelencia la canela aquella.

—¿Cuánto cobraba por hora de uso de la cartera? —preguntó el padre de María, sacando lápiz tinta del chaleco, y dispuesto a echar la cuenta en el sobre blanco. Dos veces mojó la punta del lápiz en la boca.

—Nada, porque el duque me prestaba a cambio sus palomas mensajeras, que yo enviaba hasta los balcones de esta casa, a que dejasen caer de su pico violetas y pensamientos en el regazo de María.

—Se pudo aprovechar el viaje de regreso de las palomas, para los que quisiesen mandar una noticia urgente a Milán, a real la letra.

El padre de María reconvenía a esta con la mirada. Sosteniendo el sobre blanco con las dos manos, se dirigía ahora a Paulos.

—En vísperas de matrimonio, lo primero que tiene usted que aprender es a no despilfarrar. La virtud del ahorro es una virtud medicinal. ¡María, destapa la dote!

María corrió hacia la mesa redonda, y quito el paño blanco que tapaba la dote. Paulos, sin mirar las cuatro pilas de monedas de oro y las ocho de monedas de plata, la volvió a tapar.

—¡No debía haber hecho usted eso! —exclamó Paulos.

—¿Por qué? ¡La dote está bien contada! ¡La conté siete veces! ¡Dinero ganado honestamente con el tráfico del lino y del cáñamo! ¡Nunca se pasó del veinte por ciento! ¡Lo pueden atestiguar en Tilsit! Un tipo de nariz colorada que pasó por aquí en tiempos de mi abuelo, ese que está ahí retratado con monóculo porque se había

casado con una portuguesa, se detuvo a la puerta del escritorio y gritó que sobornábamos a los subastadores para que nos mandasen la mejor mercancía. Después se supo que era de Burdeos, importador quebrado, y que corría la Europa insultando a los competidores. Fue detenido en Londres por la policía, sospechoso de que unas faldas de lino dulce que quería venderle a la reina Victoria tenían fulminante. La nariz era postiza, de cartón piedra, que le había prometido a su mujer que no sería reconocido en su viaje de protesta. ¡Único soborno, el pago al contado!

El padre de María avanzaba hacia la mesa dispuesto a destapar la dote. La mesa era redonda, la tabla de caoba, y el pie, un bloque que terminaba en tres patas curvas que figuraban cabezas de leones, de negra madera de Guinea. La habían colocado arrimada a la pared, debajo de los retratos de los antepasados, del abuelo del monóculo, de otro abuelo de la barba rubia, de la tía Casimira Modesta que daba por olfato la humedad de los fardos del cáñamo, del abuelo pensativo que apoyaba el codo en la chistera que estaba sobre la mesa —la misma mesa en la que ahora estaba depositada la dote—, y la sien en los finos dedos de la mano, inclinándose melancólica. Toda la pared estaba cubierta con los retratos, que apenas permitían ver las flores rojas del empapelado. Sobre la mesa, al lado de los montoncitos de monedas de la dote, el padre de María había colocado un quinqué de gas, el pie de plata y el vaso de la llama de cristal de Murano en forma de tulipán. Había pensado, cuando María destapase la dote, acercarse y encender el quinqué, que iluminaría las monedas y así le mostraría a aquel viajero despilfarrador el resplandor del dinero. La mano del padre de María fue interrumpida en su viaje hacia el mantelillo de terciopelo rojo, que cubría la dote, por la mano de Paulos.

—¡Estoy en mi casa!

La mano del padre de María era una mano pequeña, pilosa, húmeda, fría.

—¡Escúcheme, por favor, futuro suegro!

Paulos se había colocado entre el padre y la mesa. Miraba para María, que había vuelto a sentarse en el taburete giratorio, ante el piano.

—¡Han olvidado ustedes la proximidad del cometa! ¡Los cometas patrocinan las transmutaciones, lo que se sabe desde Cleopatra a Paracelso y el conde Bálsamo! ¡No, no pongamos en peligro a María! Imaginen por un momento que su futuro yerno es un apetecido del oro y de la plata, y que al mostrarle la rica dote no puede resistir la tentación de acariciarla. Y acariciada la dote, contadas las monedas con el pretexto de ver si son todas de la misma emisión, o va entre ellas una rara de Carolus, efigie occipital, o un peso del Perú, o un tálero de María Teresa, se acerca a María, diciendo que por hacerse con aquella dulce sonrisa, aquel sedoso cabello dorado, la tibieza de aquellas manos, y si ustedes no se escandalizan, con sus besos, no le importa la dote. Hay gentes suasorias. Yo asistí en Verona al encuentro entre Romeo y Julieta, en el baile que daban por añinuevo los Capuleto. ¡Veintisiete palabras no más necesitó Romeo para que Julieta se dejase besar en la boca! ¡Véanlo en Shakespeare! Yo, diciendo lo de la sonrisa, lo del cabello, lo del amor de las manos y los besos, me

acercó a María y la tocó. ¡Pongo mis manos que vienen del oro y de la plata en sus hombros, en sus mejillas, y mis labios en sus labios! y el cometa, en aquel momento, hace su oficio de ayuda transmutatoria pneumática, y María deja de ser esa niña que se balancea en el aire y pasa a ser muñeca de plata sobredorada. Yo me retiraría en silencio, sollozando. A ustedes les quedaba, después de todo, y pese a la desgracia, el consuelo de una obra única de celestial orfebrería. No habiendo tocado ni el oro ni la plata, puedo acercarme sonriente a María...

Se acercaba. María, como siempre que Paulos le contaba historias en las que entraba la dulzura alegre de su amor, se descalzaba nerviosa, dejaba caer al suelo los zapatos de charol, se quitaba los calcetines, entregaba los pies desnudos a las manos de Paulos, quien había inventado que las princesas de Chipre recibían así a sus amantes, cuando regresaban de sus navegaciones a las Fortunatae Insulae. Y se besaron.

—¡El éxtasis! —exclamó la voz emocionada de Eudoxia desde el pasillo.

El padre de María puso sus dos manos sobre el mantelillo que tapaba la dote, y la madre se echó a llorar.

Paulos tomó en sus brazos a María, y Eudoxia sostendría hasta el final de sus días que salieron por la ventana, en vuelo, y no por la puerta, andando. La madre de María, resucitando en su corazón algún sueño de juventud, entremezclaba risas con su lloro.

—¡Serán muy felices! —dijo al fin, más suspiro que voz. Y se desmayó. El padre recogía la dote en una caja de lata que había contenido jalea de membrillo.

—¡No tendrá la desfachatez de pedir la dote después de esta broma!

Eudoxia, olvidada de las manzanas que se asaban en el horno, corría tras los novios para darle a María los zapatos de charol y los calcetines. Es decir, volaba sobre los naranjos de los huertos, y se posaba en las chimeneas para averiguar por dónde huían los amantes.

II

EL cómico Policarpos solicitaba permiso de los cónsules para representar una pieza con monstruos y fuegos artificiales el día de la fiesta de los santos Cosme y Damián, los anárgiros. Aparecería su hija Filomena disfrazada de cometa, con una larga cola de azulado tul, colgada en el medio y medio del escenario, y su presencia obligaba a la entrada de monstruos en escena. Se veía que entraba la Peste, una mujer vestida de negro y que hablaba por señas y obraba, porque los monstruos cambiaban de color, llegaban al rojo vivo y morían. Finalmente, aparecían Cosme y Damián sonriendo a la concurrencia, hisopando las tablas, obligando a huir a la Peste —que la enganchaba por una argolla, que tenía el cinturón un anzuelo fenicio que bajaba desde el techo—, y finalmente los hermanos médicos tirarían caramelos a los niños, mientras los monstruos, que habían sido recogidos en un carro por los barrenderos municipales, estallaban en serpentinas, palmeras, lluvia de oro, dama de Valencia, jardines colgantes de Babilonia y pompas de jabón. El cometa, por el alambre, avanzaba hasta el centro del teatro, y dejaba caer flores. En el programa se pediría disculpa porque el cometa tuviese que pasear por el alambre con sombrilla, pero *la eminente actriz Filomena*, desde el célebre y triste suceso de su violación en Polonia, que tanta fama le había dado en todas las cortes europeas y americanas, no guardaba el equilibrio en los giros si no llevaba sombrilla para ayudarse. La sombrilla aparecería iluminada.

Policarpos, de pie a la cabecera de la mesa a la que se sentaban los cónsules regidores de turno y los representantes del Colegio de Astrólogos, que por ley intervenían con voz y voto en todo lo que se refiriera al cometa, abrió la sombrilla florentina de Filomena, y mostraba los soportes de latón en los que irían las velas. Imitó a su hija, deslizándose como por alambre encerado hasta la puerta, girando, me caigo no me caigo, levantando la sombrilla, balanceándola suavemente, de modo que no se apagasen las velas.

—¡Una verdadera apoteosis! —dijo.

Se secó el sudor, y pidió permiso para sentarse.

—¡Una función original de Policarpos! —afirmó.

—La ciudad tiene la palabra —dijo el cónsul más anciano.

Se levantó el primer regidor, carraspeó, abrió su carpeta, esparció negligente unos papeles sobre la mesa, los recogió, los guardó en la carpeta, se quitó un hilo blanco de la manga derecha de la levita.

—La ciudad, nuestra ciudad, se encuentra ante un grave dilema. ¡Un dilema!

Apoyó las dos manos en la mesa, y uno a uno escrutó los rostros de los asistentes.

—¡Un dilema! ¿Vamos a mantener el respeto tradicional por los cometas, o vamos a hacer de su aparición una fiesta? ¡Esta es la opción ante la que nos encontramos! Porque hayan transcurrido cometas anteriores sin daño para la ciudad, ¿vamos a dar por hecho que el de este año será un pasatiempo celestial? ¡No hay

signos!, se dice por ahí. Y yo mismo me sonrío cuando me dan por señal de que se anuncian prodigios, o lo son ya, la mejoría del vino en cierta taberna, o que ha quedado preñada la mujer de un oficial superior de las milicias. Se me asegura que hay señales más secretas, y que algunos de ustedes, señores astrólogos patentados, las están recogiendo. Si las señales de una grave influencia del paso del cometa en los públicos asuntos, en la vida y sanidad de la ciudad, en su libertad y su riqueza, son ciertas, han de ser expuestas ante nosotros. ¡Política es prevenir! ¡Ah, Cicerón! «La República descansa en la concordia y en los augurios». ¡Podía decirlo en latín! ¡Prevenir para no tener que lamentar! Y no excluyo el que, llegado un momento dado, para descarga de la expectación y terror del pueblo, si señales de catástrofe se propalan, se represente la pieza de Policarpos. ¡Ah, la tragedia griega! Contemplando cómo Edipo mataba a su señor padre y se acostaba con la viuda, que era su madre, los helenos se purificaban y dormían a pierna suelta. ¡Está en Aristóteles! ¡La catarsis! ¡También podía decirlo en griego, especialmente dos hexámetros que alaban la blancura de las piernas de Iocasta! ¡Recuerdo, quizá, de una atolondrada juventud escolástica! ¡Unas piernas blancas!

Sonrió, perdonándose a sí mismo aquel pecadillo de mocedad, la memoria de aquella turbación que produjeron en su espíritu las piernas blancas y redondas de Iocasta en un vaso, blanco sobre ocre, y los versos que decían su belleza. Era el inconveniente del estudio del griego por menores sentimentales. ¡Aquel compañero suyo, que le llamaban el Pecosó, que era de los Marini della Marina, y decía descender de Poseidon, y se ahogó en el mar de Liguria empeñado en demostrar, un día de tramontana, que eran cabalgables los caballos espumeantes de su abuelo!

—¡Prevenir, repito, para no tener que lamentar! ¡Ele dicho!

Se sentó, y de un bolsillo interior de la levita sacó un pequeño abanico redondo, y se dio aire. Hacía calor en aquel veranillo de los membrillos, en aquella sala redonda, con todas las ventanas cerradas, los rojos cortinones corridos, la reunión iluminada por los quinqués, uno por asistente, excepto Policarpos, que no era de tabla.

El presidente de Edad fue sorprendido chupando un caramelo de café y leche por la brevedad del discurso del primer regidor. Entre la cita de Cicerón y el final de su discurso se explayaba con Maquiavelo y Mirabeau, aludía a la conveniencia de modificar las leyes electorales, daba las últimas noticias del Vesubio, alababa la benignidad del clima de la ciudad, y recordaba a su abuelo Cristóbal, enfermo de la viruela repentina en Marsella, levantándose de cama, vistiendo las más ricas ropas, y yendo a entregarse prisionero a los vénetos, precedido a prudencial distancia por un paje con bandera blanca. Los vénetos desenfundaron sus barbas, se pusieron los cascos de plata, se perfumaron con pachulí y formaron en círculo en un prado, tras expulsar a las vacas que allí pacían, pacíficas y lecheras. El jefe de Protocolo leía apresuradamente, en el texto de honores y cortesías, lo que estaba ordenado para la rendición del embajador de la potencia enemiga. No había nada previsto. El libro terminaba con el procedimiento para aceptar la rendición del arzobispo-príncipe de

Maguncia.

—¡Se le aplica este texto por antonomasia!

—¡Dirá usted por correspondencia!

—¡Asimilamos, señores, asimilamos!

El primer regidor siempre se entretenía un poco en esta disputa lexical de los vénetos, para volver al relato del sacrificio de su abuelo Cristóbal, avanzando hacia los vénetos con su viruela, su fiebre, venciendo el vértigo, sujetándose con ambas manos la cabeza para que dejase de girar el mundo a su alrededor. Tendía las manos a los jefes enemigos, que se las besaban, compadeciéndose de aquel anciano, obligado a tan triste rendición. Lo de anciano no era verdad, que era un hombre de treinta y dos cumplidos por San Martín, pero se había disfrazado con la peluca blanca del más anciano de los focenses. Al estrechar las manos del jefe de la caballería, cayó redondo al suelo. Los vénetos gritaban que le había fallado el corazón, y se disponían a ofrecer una tregua. Depositaron el cadáver de Cristóbal sobre tres de los más nobles escudos, y se retiraron a un banquete funeral. Estando en este, les vino la viruela repentina, se llenaron por las partes pudendas de manchas azules, y sobrepasaron los grados de fiebre que registra la piedra serpentina. La peste desbandó la armada véneta, y los marselleses, empapados en *eau-de-vie* de La Charenta, fueron a recoger el cuerpo del héroe Cristóbal, y lo enterraron, como él había pedido antes de marchar a su fingida rendición, en lo alto de una colina, entre cipreses, la tumba orientada al N.-NW., con dos agujeros en la cabecera de la piedra mármol, por si algún día vientos, inconstantes amigos, le traían la dulzura del aroma de la ciudad natal.

—Por cierto, honorables colegas, ilustres cónsules, que aún no ha sido convocado el concurso poético de cinco sonetos con estrambote que nos digan el aroma profundo de la ciudad.

De la ciudad que, en aquel momento, olía a membrillo. En todas las casas se estaba haciendo pasta y jalea, y María pesaba el azúcar y le pasaba las tazas llenas de él a su madre, quien sudaba batiendo.

El presidente de Edad se tragó lo que quedaba del caramelo de café y leche. Lo chupaba muy bien, haciéndolo girar sobre la muela postiza de la izquierda, redondeándolo, y cuando lo lograba esférico, lo pasaba a los dientes, y allí le daba forma de huso; luego, con la lengua lo sujetaba al paladar, y lo iba lamiendo a pocos, hasta que le daba fin.

—¡Que se retire Policarpos! —dijo—. ¡Ya ves el interés con que tomamos tu propuesta! ¡Lo más seguro es que haya que tranquilizar al pueblo! ¡Contamos contigo!

—¡Haría falta un adelanto para la pólvora, el azufre, el clorato de potasa! ¡Las damas de Valencia y los pollos bomba no se improvisan!

—¡Habla con el tesorero! Adelanto, sí, pero el material ha de ser depositado en el pabellón de bomberos voluntarios.

Policarpos se retiró haciendo reverencias, bajo el brazo derecho la sombrilla de la

funámbula de su niña, violada en Polonia. Fueron unos sobrinos de los Jagellones de Lituania, que estudiaban teología en Vilna. Filomena representaba una pantomima que se titulaba *Las Indias Occidentales*, y bailaba un zapateado corrido levantando la falda, enseñando las piernas, el todo muy meneado, y había un giro final, marchándose de espaldas, balanceando el pompis, que fue lo que desató a los Jagellones, descendientes como es sabido, por parte de madre, del uro primogénito de la selva europea. Ella volvía la cabeza, cantando, sonriente, incitadora, aquello de

*que lo pueden zapatiar
tanto el chino como el gringo,*

cuando los Jagellones, que eran siete, se quitaron el ropón escolar sin mangas, y subieron al escenario. El público polaco, que ya había hecho dos meriendas de entreacto, y estaba algo bebido, creyó que aquello formaba parte del espectáculo, y ni se movió cuando los Jagellones pusieron panza arriba, con las piernas abiertas, a Filomena, vestida de musa de las Indias Occidentales. Más bien los asistentes, que eran todos de pago, encontraron aburrida aquella parte de la función, por toda música los mugidos taurinos de los Jagellones. Fue una solterona, una tal condesa Bersaniszka, que usaba impertinentes, la que se dio cuenta de lo que estaba sucediendo en tablas. Puesta en pie sobre el asiento, gritaba:

—¡Violación! ¡Violación!

Intervino la Policía de Costumbres, y los Jagellones hubieron de batirse en retirada, mugiendo, fingiendo una estampida, como la que se ve en los rebaños vacunos en las películas del Oeste americano. («De aquí vino la creencia, todavía vigente entre escandinavos, de que Filomena había sido violada por una manada de uros. En Upsala, en la cátedra de *Instrospección espiritual y análisis de estados de ánimo*, fueron frecuentes, durante algún tiempo, los ejercicios en los que los alumnos de la segunda parte de la asignatura, en los temas llamados de *confesión atrabiliaria*, declaraban sentirse urobovis en el momento del acto sexual. La divulgación de estos secretos por la prensa amarilla y del corazón, puso de moda entre suecos, godos, vándalos y alanos, el hacer con mugidos bóvidos proposiciones deshonestas»). Pese a haber sido declarada la pieza de *interés folklórico-geográfico*, fue prohibida la representación, en Varsovia y en toda la Polonia austriaca, de *Las Indias Occidentales*.

El presidente de Edad desenvolvía lentamente otro caramelo de café y leche. El bedel ofrecía a los asistentes vasos de agua en los que flotaban azucarillos de espuma de la botillería *La Veneciana*.

¿Está alguno de los señores astrólogos en condiciones de explicar al Consulado las señales secretas de influencia del cometa que han ido recogiendo desde llegada del aviso del astrónomo imperial de Praga?

En el silencio que siguió a la pregunta del señor presidente de Edad, quien en la

punta de los dedos mantenía a la altura de la boca el caramelo de café y leche, se escuchó el bordoneo de un moscón que se había colado en el salón de sesiones. El bedel lo persiguió con la mano de rejilla, y lo aplastó en el cristal del mapa del Imperio. Se volvió hacia el presidente de Edad, el cual sonrió y metió el caramelo en la boca.

Se levantó Paulos Expectante. Inclino la cabeza, saludando al presidente y los señores cónsules, y la volvió a inclinar, saludando ahora a sus compañeros de arte astrológica. Tenía la mano en el ancho vaso de cristal de roca, en el que flotaba, en agua fresquísima del pozo del Regimiento, que empañaba el cristal, el iceberg de azúcar, fruto exquisito del obrador de *La Valenciana*. Por un momento le pasó por el magín la imagen de la hija mayor, la soltera, que la había visto aquella misma mañana atravesando la plaza. Se pintaba los párpados con azul celeste, y sonreía apresurando el paso, volviendo la cabeza a ver si era seguida. Se sujetaba a la cabeza un pañuelo azul con cuatro grandes agujas.

—¡Es, ahora mismo, moda en Venecia! —decía cuando estrenaba insólito atuendo.

Estaba de muy buen ver, rolliza, el pecho redondo, las caderas inquietas, las piernas finas, quizás en demasía.

—¡Las venecianas fallan por la caña! —dijo el salchichero suizo del Arrabal, que fue a verla unos meses después de quedar viudo, quien además del frío solitario de la cama, que soñaba desapareciese con la llegada de nueva dueña, imaginaba lo que sería, en la calle Mayor Principal, con tres escaparates, un negocio doble, de salchichería y botillería. El salchichero probó el agraz frío de aquel año, y se fue en silencio, porque le asustó el gasto que supondría la veneciana, ya de mañana con tres pulseras de oro en el antebrazo derecho, y la blusa con delantero de encajes, desayunando fresilla con lima. Además, al suizo le gustaban las piernas gordas. Lo contaba en confianza a los amigos:

—Mi señor padre aseguraba que son más sanas las mujeres de piernas gordas. En mi familia se tenía muy en cuenta eso, a la hora de matrimonio, o de elegir criadas para la casa. ¡Recuerden mi tía Ceferina y mi difunta esposa, y el ama Carolina! La piropeaba el profesor de Perspectiva: «¡Columnas salomónicas!», decía, y supimos que una vez le dio dos pesos en un reservado para que se las enseñase hasta el corvejón.

Paulos bebió, se limpió la boca con el pañuelo que le había regalado María, y que olía dulcemente a espliego. De un bolsillo interior de la toga sacó una bola del mundo, con las tierras en amarillo y los mares en azul. Señalaba en los continentes un punto negro.

—¡La ciudad! ¡Nuestra ciudad!

Posó la bola del mundo junto al vaso, y anunció solemne:

—Por lo que a mi ciencia toca, las señales de la influencia del cometa son evidentes. Si me permiten decirlo, terribles para la ciudad. Pero he de añadir

inmediatamente, para que no os habite el desasosiego, no prenda en vuestro espíritu la inquietud, que la ciudad saldrá triunfante de la prueba, de las pruebas, gracias al heroísmo de sus hijos. ¡Podemos prevenir para no tener que lamentar, señor regidor primero!

El regidor primero se arrellanó en su sillón, bebió un sorbito, después de hundir en el agua, con la punta del manguillo de la pluma, el azucarillo. Sonrió, aunque el anuncio de Paulos no inclinaba a ello. Sonrió porque veía reconocida la sabiduría de una de sus frases célebres. Se creía que la había discurrido él, y se olvidaba de que estaba en planas de latín del Gimnasio, entre los adagios de conducta moral.

Paulos pedía sesión plena y secreta, y que jurasen perpetuo silencio los asistentes. El presidente de Edad daba fin al segundo caramelo, y pasaba la lengua por los labios.

—¿El jueves?

—Mejor el viernes. A las siete y cuarenta y cinco. Es luna nueva.

—¡Favorable Selene! —exclamó el astrólogo Pánfilos Ateniense.

—¡La hoz de plata en el cielo! —comentó el astrólogo Agrícola Triticóforos, cuya especialidad era decidir los días estos para la siembra.

Paulos se despidió rápidamente, recogió la bola del mundo, entregó la toga al bedel, y se dirigió a su casa. Bajo el arco de la Infanta, se cruzó con la solterona de «La Valenciana», por segunda vez en el día.

«¿Será virgen?», se preguntaba.

Al entrar en casa, se encontró sentada en las escaleras a la criada Claudina y a su sobrina Melusina. Esta lloraba desconsoladamente.

—¡Llora porque se paró el reloj del salón! —explicó la tía.

—¡Ahora que había aprendido a leer las horas! —se lamentaba la sobrina.

—¡Tranquilízate, diligente Melusina! Esta noche, en el silencio de la casa, yo hablaré con el reloj. ¡Conozco las palabras mágicas que le obligan a reemprender camino! Me dejarás en el salón, frente al diván, una palangana con agua salada para los pediluvios sacros.

Melusina le besó la mano a su amo.

—¿Volverá a haber tiempo? —preguntó Melusina, conteniendo los sollozos.

—¡Volverá! —dijo Paulos.

Melusina se secaba los ojos con la punta del delantal a rayas rojas y blancas. La tía Claudina reía de la inocencia de la sobrina.

III

LAS señales! Paulos corría detrás de sí en busca de las señales de la influencia del cometa, de aquellas que imaginaba y que le permitían predecir horas terribles para la ciudad. Hacía viajes matutinos hasta más allá de la Selva, y regresaba a casa al mediodía, con un brazado de hierbas y ramas. Se había corrido por la ciudad que Paulos estaba aclarando las tendencias del cometa, y las gentes lo veían pasar sospechando en las hierbas y ramas, en las miradas que Paulos dirigía a las palomas que volaban, en el oído que ponía a los ladridos de los canes, en los cristales ahumados que ponía ante sus ojos para contemplar el sol, el esfuerzo del joven astrólogo en descubrir y en prevenir los supuestos males que venían por los cielos con el majestuoso navegar del cometa. Paulos ensayaba ante María el discurso de presentación de las señales a los cónsules y los astrólogos. Bebía la leche acabada de ordeñar que María le había traído en una ancha taza de loza blanca, decorada con flores azules. Le devolvía la taza a María, acariciándole de paso las manos, rozando con los labios su frente. Se situaba junto al reloj, la mano izquierda sujetando los guantes amarillos, de cabritilla, e inclinando la cabeza, la mano derecha en la frente, o bajándola lentamente hasta dejar el índice frente a los labios, imponiendo silencio. Las cuatro velas del candelabro, cuyos brazos figuraban sirenas, iluminaban la escena. Imponiéndose silencio, Paulos avanzaba desde el reloj hasta el balcón, lo abría, y contemplaba el cielo. La luna, acortada en su menguante, se escondía tras gruesas y oscuras nubes, para aparecer en un claro y volver a esconderse.

—Dos, dos de estos extraños viajeros he encontrado ya por los caminos. Serán muchos más, doce quizá, los que hayan entrado en el reino. ¡Visitantes de la tarde, de los que nunca se sabrá, hasta el final del drama, si son benéficos o maléficos!

Se inclinaba hacia María, alcanzaba con sus labios el mechón de su pelo rubio que le caía sobre la frente.

—Aquí —le explicaba— pondré la mano en la llama. Calzado el guante, claro, y este mojado para que aguante medio minuto sin quemarse. Distráido, preocupado, como hablando conmigo mismo, proseguiré, a media voz.

Recogió el manto rojo por una de las puntas, y se cubrió con él el pecho. En la oscuridad brillaban sus ojos. La recogida del manto era el gesto más propio de los desconocidos viajeros.

—Cuando sale el sol, se ponen de espaldas a levante, y ven cómo se alarga ante ellos su sombra. Cuando la sombra alcanza dos veces el tamaño de su cuerpo, la recogen, la enrollan en la mano como hilo de madeja, y la ocultan. Y viajan sin sombra. La llevan escondida en el pecho. No, no les he visto las alas. Vemos su cuerpo, pero lo que vemos es sólo apariencia. Nunca se ponen delante de un espejo, de miedo que los presentes se den cuenta de que aquel no los refleja. Te hablan con su voz musical y amistosa, y si cuando los ves silenciosos caminantes no te sorprende su belleza, conforme te van hablando ves desnudarse en sus rostros una insólita

hermosura turbadora, luminosa. Sus palabras se instalan en ti como en su casa, y deseas de pronto todo lo que ellos desean. Las mujeres que les han oído hablar, les piden que las rapten. Digámoslo de una vez: son los enloquecedores. ¡Enloquecerán a todo aquel con quien amisten, a aquel en cuya casa moren! ¡Se les atribuyen los más de los incestos!

—¿Cómo los reconoció usted?

Paulos se imaginaba la voz fatigada del canciller, que llegaba hasta él más que por el aire arrastrándose sinuosa sobre la mesa del consejo, rebotando en los vasos de agua con azucarillo para encontrar de nuevo el camino.

—Por la susodicha carencia de sombra en la hora vespertina. Con uno, alterné en la taberna *Los Dos Cisnes*. Dijo que tenía frío, y preguntó si no era ya la sazón del fuego en la chimenea. La tabernera le dijo que no, que hasta San Martín no era costumbre. Realmente, titiritaba y le castañeteaban los dientes. Si se me permite una breve explicación científica, el frío de su cuerpo lo produce la sombra que llevan dentro de ellos. Arrancada la sombra de su posición acompañante, escondida en un lugar secreto, libre del contorno de sol, pierde progresivamente el calor de los límites, y en ocasiones parece descender a cero grados, y hiela. En un palacio de Italia fue recibido una vez, en año de cometa, uno de estos visitantes de la tarde. Era una mujer joven, y dijo ir en romería a Roma. Abreviaré: el señor del palacio se enamoró de ella, pero su mujer, la condesa, celosa, mientras el marido iba a buscar el laúd, estranguló a la viajera con una cadena de plata. Cayó al suelo, y de su boca vieron los presentes salir su sombra, que se tendió sobre el mármol cuando se hubo derretido, pues al salir se había transformado en una pequeña barra de hielo. La sombra, viendo caída en el suelo y muerta a su dueña, se deslizó debajo de ella, y juntas pasaron a otra vida.

Paulos salía al paso de toda objeción posible.

—No, no se pudo averiguar nada acerca de su condición corporal, porque tembló la tierra en Monza, y una ráfaga de viento entró en la sala y se llevó, como una hoja seca, la difunta por el balcón abierto. ¡Era verano!

Podía decirlo en latín, con la imagen de la retórica antigua: como la tempestad las nacientes rosas...

—*Ceu turbo nascentes rosas...*

—¿La sombra a bajo cero es paralelográfica? —preguntaba el secretario de Eclipses.

—Discúlpeme el que no cite mis fuentes, pero puedo afirmar que otras veces es cilíndrica.

—Prosiga con el encuentro en la taberna.

Ahora la voz del canciller demostraba impaciencia, y el presidente de Edad se tragaba, sin chuparlo, el cuarto caramelo de café y leche.

—Me dirigí a él, y le dije que quizá le calentase el cuerpo un vaso de vino. Lo sirvió la tabernera, y me fijé en cómo bebía. Cuando llevó el vaso acabado de servir a

los labios, escúchenme bien, ya iba vacío. ¡Vacío! O lo había bebido por ósmosis, por la mano, o algún poder tenía que hacía evaporar el vino, de manera invisible e instantánea. Me inclino por esto último. En toda la tarde no bebió ni comió.

—¿Podemos deducir de ello una naturaleza espiritual?

—¿Exclusivamente espiritual? ¿Comparables los visitantes de la tarde a ángeles? Lo considero prematuro.

—¿Podemos saber lo que pasó en la taberna *Los Dos Cisnes*?

—Entra en el asunto una anciana mendiga cuyo hijo trabajaba en la draga que extrae arena en la confluencia de los dos ríos, y fue uno de los cinco que murieron ahogados en el accidente de hace seis años por la Candelaria.

—¡Horrible temporal! ¡En el puente llegó el agua al clavo del que se cuelga en el tajamar del tercer arco la corona de laurel que los marinos ofrecen en las fiestas del paso de Julio Cesar!

—¿Consta en acta? —preguntaba el canciller.

—Sí, señoría.

—La anciana mendiga estaba sentada en una banqueta junto a las barricadas de tinto, mojando pedacitos de pan en una taza de cuartillo. Junto a la puerta de la solana, hacía cuentas, en una mesa, el recaudador de foros. De vez en cuando bebía de la jarra. El visitante de la tarde comenzó a hablar de podencos, y el recaudador se sintió atraído por la conversación. Se levantó y se acercó a nosotros. Explicaba el visitante que en Sicilia cazan las viudas, y que acontece que algunas de ellas, lozanas y que no soportan la soledad, aprovechan el salir de caza, vestidas a lo masculino, para buscar en los bosques amantes cazadores.

—A veces —dijo—, desde el más imprevisible lugar, asoma una encendida sonrisa.

—Y miraba para la anciana mendiga. Yo la he visto cien y más veces, tendiendo la mano en el atrio de San Miguel. Podría decir de su ojo derecho ciego, casi blanco. Podría dibujar los meandros que describen las arrugas en sus mejillas, su pelo blanco, su nariz goteante, su boca desdentada... ¡Todos la conocéis, y los más habéis depositado una moneda en la mano que tiende, sucia del contar y recontar las monedas de cobre, negras la palma y las yemas de los dedos! El visitante de la tarde le pasaba a la mendiga su hermosura posible. Lo veíamos, mientras describía a una baronesa de Lagunamare, viuda a los veinticinco, la cual se desabrochaba el jubón y mostraba los pechos a un paje de redes del arzobispo de Palermo, quien había acudido al bosque para tender la palomera del alba. Las palabras iban diciendo cómo la baronesa se desnudaba, y nos las devolvía, como espejo, la figura de la mendiga. ¡En ninguna parte, ni en Inglaterra, he visto mujer desnuda que se le igualase! La piel aparecía dorada, y si la mendiga pasaba las manos por su cuerpo, acariciándose la cintura y los muslos, se escuchaba un rumor musical de seda y de agua. Eso es, de seda y de agua. La mendiga, al fin, se había transformado en la baronesa de Lagunamare. La contemplé a sabor, pero desde donde yo estaba veía a la vez a la

baronesa de Lagunamare como una lámina de oro, y por detrás la mendiga, desgredada, babándose vinosa, levantando las faldas, mostrando las flacas piernas cubiertas de hiedras. El recaudador miró a los ojos al visitante de la tarde, el cual, inclinando la cabeza, hizo una leve señal de sentimiento. Y cuando este dijo del abrazo del paje de redes a la dorada viuda, el recaudador de foros avanzó hacia la visión, desnudándose, tan rápidamente que sospecho que lo desvistió el visitante de la tarde de palabra, y abrazó él, y besó, acarició, y entró en ella como el rayo, a la baronesa de Lagunamare de Sicilia, que se dejaba en un suelo que apareció cubierto de rosas. Permítanme que abrevie la descripción de este paso. El visitante de la tarde se dirigió hacia la puerta, y cruzando las manos en el aire, deshizo la ficción. El recaudador ahora veía que abrazaba a la vieja mendiga. Se desprendió sorprendido del abrazo, se levantó asqueando, gritó, sollozó, recogió de encima del mostrador el cuchillo de cortar las magras de jamón serrano, y salió, desnudo como su madre lo pariera, en busca del que lo burlara, hombre sin sombra, pasajero enloquecedor de humanos y bestias en el año del cometa. ¡Ahora mismo lo debe estar persiguiendo por los caminos, por la orilla del río, por los senderos de la Selva! Recomiendo a los señores cónsules que envíen un comisionado a la taberna *Los Dos Cisnes* a recoger las cuentas del recaudador de foros, y la ropa, por si se estima conveniente enviarla a la tía que lo crió, y con la que vivía. ¡Quizá nunca más aparezca el recaudador de foros, y si aparece, no estará en sus cabales!

—¿Y la mendiga? —preguntaba el presidente de Edad.

—Se bajó las faldas, se sentó y continuó haciendo sopas con el tinto.

—¿Cómo no vino usted a denunciar el hecho?

—Porque era la noche de la luna llena penúltima antes de la aparición del cometa, y debía comprobar como señal.

Naturalmente, el relato de lo acontecido en la taberna *Los Dos Cisnes* podía ser mejorado, la figura del visitante de la tarde perfeccionada.

—¿Existen esos visitantes de la tarde? —preguntaba María.

—Existen, y son hermosamente tenebrosos. Pueden crear belleza tenebrosa allí donde miran.

—¿No hay medicina?

—Sí. ¡Morir!

—¿Estuviste tú en peligro?

—En la taberna, no, pero sí en esta casa. Era una mujer. Salió del armario, haciendo rodar los membrillos por el suelo. Se me acercaba, a la vez triste y sonriente, abriendo los brazos. A cada paso sus ropas se hacían más transparentes, se convertían en cortinas de agua, y dejaban ver un cuerpo verdoso. De pronto, un pez rojo giró sobre su vientre, huyó hacia su cabello. La reconocí. Era la que llaman la Dama del Lago. Tranquilo, con voz grave, como la que manda poner en los pésames

el secretario de la Buena Educación, le pregunté: «¿Por qué has resucitado?». Sollozando, se deshizo al instante en un puñado de agua, que cayó al suelo. En el charco, se debatía el pez rojo. Un pez de verdad, uno de los peces rojos del lago. Este pez me salvó, me dio la nota real de la situación, fue una realidad que impidió que yo aceptase la realidad de ella, que estaba tomando cuerpo ante mis ojos. Mi pregunta no le permitió pasar de fantasma a amante.

—¿Volverá?

—No. Fallida la salida suya en este año del cometa, ya no saldrá hasta el próximo.

—¿Como la estrangulada en Monza?

—Pudiera ser que esta visitante de la tarde fuese la misma.

María apretaba contra su pecho, con las dos manos, la taza de la leche.

—¡Pudo haberte devorado!

—Quizá no quisiera. Quizá ni siquiera pretendiese jugar conmigo como hizo en *Los Dos Cisnes* el otro visitante con el recaudador. Quizá, cansada de vivir extramuros de los humanos, buscase una dócil compañía, un marido honesto en una ciudad de provincias, años tranquilos, suaves como lana bien cardada. Yo envejecería y ella no.

IV

ADMITIDA la presencia de los visitantes de la tarde, se suspendía la sesión por una hora, mientras los cónsules, conferenciando con el general de las Milicias y el cabo general de Patrullas, les explicaban la conveniencia de buscar y detener a los extraños viajeros.

—¡Lo primero, una vez reconocidos, esposarlos! ¡Todos deben meterse algodones en los oídos para no escucharles sus cantos!

—¡También vale la cera! ¡Acuérdense de Ulises!

—El método es más lento.

—Pertréchense de sacos. El interfecto debe ser metido inmediatamente en un saco, bien atado, sello de plomo en el nudo, con nuestras armas.

—Una vez esposado, podía hacersele beber una infusión de adormidera, para que no incordiase.

—Un número para los sacos, otro para el plomo, otro para la infusión de adormidera... ¡Demasiada gente en las encrucijadas! ¡Alarmaría!

—¿Hay precedentes?

—¿Qué se sabe por aquí de sirenas? ¡Usted citó a Ulises, general!

El canciller, con su voz fatigada, tocó la campanilla.

—Un servicio normal, muy de mañana, que es cuando la sombra humana y la de las cosas es más patente. Taponados los oídos, la patrulla avanzará en silencio, empujará contra la pared, haciendo que mira hacia los tejados, o lo que baja por el río, al visitante. Y a esposarlo. Un número las manos, el otro los tobillos.

—¿Se renuncia al saco?

—¡Queda al criterio del jefe de Patrulla!

—¿Y taponarle la boca con esparadrapo? ¡Se lleva mucho en los robos y violaciones en Francia y en Chicago!

—¡Serenidad, caballeros, serenidad! ¡Terminará alguno de ustedes proponiendo que el cabo general le corte con su mano la lengua!

—¡No valdría de nada! En la última entrega de *El naufrago de Periclea*, novela de misterios griegos que a servidor le mandan directamente, se habla de una sirena a la que se le metió en la boca un pez carnívoro, dotado de cuatro filas de dientes. La sirena echaba una siesta con la boca abierta, y el pez, que es pequeño y azulado, no comestible, encontró la lengua de la sirena dulce, y la devoró.

—¿Dulce? —preguntaba el presidente de Edad, desenvolviendo otro caramelo de café con leche.

—¡Aromática por lo menos!

—¡Volvamos al asunto! —suplicaba el canciller, cansado, extendiendo los brazos, como desperezándose, llegando con las manos al candelabro central, manos muy blancas, dos anillos en la siniestra, y en uno de ellos, abreviado por ciencia notárca, célebre en la cábala, y que consiste en dar con las solas iniciales de las palabras la

frase, una misteriosa inscripción: DQNST / LD / DAQTLEHD / QSD. Se la había enviado desde Génova su mujer, cuando se le arrancó con aquel rubio del violín que vino a dar un concierto para recaudar fondos para la defensa de Constantinopla contra el turco. Vino gratis, porque decía que era algo pariente de los Paleólogos. La inscripción se aclaraba:

*Dices que no son tristes
las despedidas.
Dile al que te lo ha dicho
que se despida.*

Después de todo, fue una delicadeza de la prójima. Al cabo de un año, una noche de lluvia, reapareció. El canciller la recibió en silencio, le mandó desnudarse y que se metiese en una bañera, la llenó de agua, la saló, y la tuvo allí dos días. Después, la puso todo un día al sol, desde el alba a la puesta, colgada por los sobacos de la rama de un manzano, para que secase. Desde entonces la tiene en casa, pero no la lleva a los salones ni a los conciertos. De vez en cuando, le permite que invite a las amigas a beber un vaso de sidra, y ella, en el transcurso de la velada, cambia tres o cuatro veces de traje, y desfila ante las contertulias como maniquí por pasarela.

—¡Modelo del exterior! —dice al presentarse.

Y todas, cuchicheando mientras la señora del canciller va a cambiar de traje, reconocen que el modelo que acaba de pasar es de mano de modista de Génova, y por ende, regalo que fuera del violinista de los paleólogos.

—La sirena sin lengua iba a escuchar a las otras, cerca de Siria o de Bretaña, y recogía en sus oídos los amorosos cantos. Cuando quería, a modo de eco, los devolvía por la bocina de sus orejas, y a efectos de trastornar un marino, era como si ella misma siguiese cantando ensoñamientos.

—¡Que le pongan también esparadrapo en las orejas al visitante!

Salieron los castrenses a organizar la batida.

—¿Y si no hay pared contra la que arrinconarlo? —preguntaba el general de las Milicias—. ¡Habría que llevar una de repuesto!

—¡Esa es otra! —respondía el cabo general de Patrullas—. ¡Menuda joda!

Reanudada la sesión, Paidos explicaba la segunda señal.

—Se trata del río —dijo—. ¡El río vuelve a la fuente natal desde su desembocadura! ¡No, no se asusten sus señorías! Vuelve momentáneamente, en un abrir y cerrar de ojos, la duración del relámpago. Dudé entre si presenciar la subida del río desde el puente, o ir a la fuente, en la falda del monte Caballo. Me decidí por este último observatorio. Luna llena, las doce en punto de la noche. Ladró un perro, lejano. De pronto, se extendió por el mundo otro silencio, mayor todavía que el silencio de la primera mañana, tras una gran nevada. Un silencio que permitía al oído atento la percepción del menor y más lejano ruido. Puedo decir que escuché el salto

de la rana por entre la *festuca pratensis*, el viento norte en el borde de la luna, el respirar de la lechuza en las minas del castillo...

—¡Pues está a tres leguas! —comentó el cónsul de Adversidades y Naufragios, que era un pequeñajo muy cazador.

—Sí, y en los cipreses, el roce del pico del jilguero sobre la cabeza de la hembra, esa caricia en uso entre las aves, a la medianoche. Súbitamente la fuente dejó de manar, como si alguien hubiese cortado con un cuchillo el chorro de los cuatro caños. Y el agua de la pila giró velocísima y ascendió a los caños. Era, ahora, el chorro al revés. Ya dije: todo lo que cuento pasó en el tiempo del relámpago. El río se hizo una nube de plata y entró en la fuente. Quedó el cauce seco y unos peces saltaron, y salió de la fuente la nube de plata, se hizo agua, y el río discurrió tranquilo, como suele, estiado, en los otoños. La fuente manaba. Con el peso del río sobre su cauce, hubo un ligero temblor de tierra, y algunos pájaros salieron de sus ramas, asustados, para volver a ellas pasada la alarma. Ladraron a un tiempo todos los de la Selva. Alrededor de la fuente, como el río desde su desembocadura, flotó por unos momentos el aroma salobre del estuario en la marea baja, que yo recuerdo de mis días de infancia, cuando mi tutor Fagildo bajaba a tomar baños de algas. El río debe subir con enorme violencia, completo de todas las aguas que todavía no se hicieron mar, absorbiendo la última gota de sus aguas que aún no salió.

Si estuviese contando esto en la Academia Sforzesca, sería apropiado citar a Dante, Purgatorio, el encuentro con el músico Casella, *dove l'acque del Tevere s'insala*. Pero en su ciudad se usaban otras pruebas, pruebas de otra calidad poética, y quizá menos racionales. Paulos abrió lentamente una bolsa de cuero negro, y volcó su contenido en la mesa, encima del cartapacio. Los fue apartando para que mejor pudieran ser contemplados, un cangrejillo verdoso, una valva de ostra, un pececillo plateado con pintas negras y rojas en el lomo.

—¡Esto dejó el río, la parte del río que subía desde el mar, en la pila de la fuente materna!

El secretario de Eclipses, que era filatélico, sacaba la lupa, la limpiaba, examinaba las piezas de convicción.

—¿Cómo no llevó usted testigos? ¿Vamos a creerle porque nos traiga un cangrejo?

—Los antiguos explicaron estas extrañas vueltas de los ríos por analogía con el imán, pero aceptando que se trataba de un prodigio. ¡Abunda la literatura sobre el tema! Esto, por lo que se refiere a los precedentes. Por otra parte, ¿voy a falsear una prueba, de cuya interpretación acaso dependa el futuro de la ciudad, de mi ciudad? Podemos razonar juntos, Señorías. Puedo admitir que yo, en la fuente, en la medianoche, la luna llena, no haya visto, literalmente visto, la vuelta del río a su cuna. Pude, simplemente, haberlo soñado, pero en el momento mismo en que mi sueño es interpretado en relación con la proximidad probada científicamente por los astrónomos de la aparición del cometa, se crea una realidad indudable, de la que

deducimos agüeros. ¡Prevenir lo futuro! ¿Para qué estamos aquí? Pude haber soñado, quedándome adormilado junto a la fuente. Pero el sueño está expuesto, lo interpretan los astrólogos, y se transforma en algo tan sólido como esta casa. ¿Es que no son los sueños una forma profunda del conocimiento de lo real?

Paulos se lo preguntaba a sus colegas, los astrólogos, quienes votaban que sí, inclinando las calvas cabezas.

—Pero, no, no he soñado. ¡He visto! y esos restos, yo los hallé, a la mañana, rastreando en la pila.

Paulos acarició el cangrejo, le dio una vuelta al pez, dejó caer la concha de la ostra sobre el cartapacio. Sabía que tenía ganada la partida. Los augurios eran inatacables, porque estaban en la Constitución, principios fundamentales.

—Además, tengo un testigo. Está haciendo antesala.

El canciller tocó la campanilla.

—¡Que pase el testigo!

El bedel le abrió la puerta. Era un hombre de mediana estatura. Vestía un chaquetón de lona, verdoso, y calzaba botas de agua. Sobre el hombro derecho llevaba un remo. Con la mano izquierda se quitó el gorro de lana, y mostró una enmarañada pelambreira negrísima, como lo eran las espesas cejas, la barba corta. Sonrosado de mejillas, tenía un mirar alegre. Sopló —era su costumbre, soplar antes de hablar—, y se anunció:

—Simón, hijo de Simón y de María, barquero en el paso de las salinas, casado, padre de cinco hijos, ciudadano con voz y voto, parroquia de San Miguel.

Volvió a soplar, y levantando el remo hasta tocar él el techo, juró.

—¡Explícate! —ordenó el canciller.

—Yo estaba en mi barca en el paso de las salinas. Había dejado en la orilla izquierda a seis o siete de la familia que llaman del Francés, que su abuelo vino de allá y trajo el arte de hacer peines de cuerno de buey. La familia toda se dedica a eso, y también prepara cuernos, ya con palleta, ya sin ella, para los pastores alpinos. Regresaban de una boda y olían a vino. La mujer del llamado Gastón, que es una arrubiada muy locuaz, me dio un pastel de crema, que sacó del bolso, y me volví a la orilla derecha, sin prisa, que la noche era muy hermosa y estaba muy cansado, y cuidando en llegar al embarcadero a las doce, que las oiría del reloj de Santa María de la Sal. Ya salía al río propiamente dicho cuando empezaron a sonar los cuartos. Vino en la noche calma una fuerte ráfaga de travesía, que me sorprendió soltando el estrobo del tolete para dejar los remos, como suelo, en el fondo de la barca, y si Sus Señorías fueran barqueros sabrían que ya en el río no hace falta remar, que se baja en la querencia de las aguas hasta el pedrón donde amarro. Caí sentado en el banco de popa, y se me fue el remo al agua, con un balancé y salto que tuvo la barca. Vi con estos ojos míos cómo el remo, en vez de ir aguas abajo, emprendía veloz marcha aguas arriba, y lo mismo mi barca. La cosa duró unos segundos. La barca cayó en el agua como si hubiese estado esos segundos en el aire, y el remo había desaparecido.

¡Es este!

Lo mostraba a los honorables cónsules y a los ilustres astrólogos.

—¡Abedul! Muy ligero, y además aguanta en el río.

—¿Cómo lo encontraste?

—Yo le había echado la culpa de mi caída y de la pérdida del remo aguas arriba, con el salto que diera la barca, a una nutria que anda en el estuario, y que por costumbre de verme a la anochecida, que es cuando remonta, ya no la asusto, y más de una vez da vueltas alrededor de la barca, y pasa por la banda cuando levanto el remo, tan sutil que nunca le doy, al bajarlo, en el reluciente lomo. Es hembra. Cuando está preñada se acerca más, y entonces compro en la taberna unos bizcochos dulces, y se los sirvo en la punta del remo. ¡Una amistad, en fin! ¡Con la luna le daría por jugar, y se me habría llevado el remo, para devolvérmelo, o dejarlo cerca, que me lo trajesen las aguas!

—¿Cómo lo encontraste?

—A la mañana siguiente me lo trajo el caballero Paulos, preguntándome si sería mío, que lo había encontrado en el vado del Cuervo, cruzado entre dos pasos. ¡No tiene señal de los dientes de la nutria!

—¿Te explicó el astrólogo Paulos Expectante lo sucedido?

—¡Aja!

A Simón el barquero se le había olvidado el soplar durante la para él larga declaración, pero ahora lo hizo seis o siete veces seguidas. En el último soplido, casi silbó, y unos papeles volaron en la mesa.

—¡Ajá! ¡Si mi remo y mi barca viajaron aguas arriba fue que el río subía y no bajaba! La barca iba en la ola de subida del río, y me parecería que caía de lo alto, cuando de nuevo el agua encontraba su flor acostumbrada en el cauce. ¡Ya está explicado!

Paulos le ofreció su vaso de agua con azucarillo de *La Valenciana*. Bebió Simón y sopló.

—¡Mejor era un vaso de tinto del Ducado!

Simón fue despedido con dos reales de viático, y los cónsules acordaron reunirse a la mañana siguiente, después de horas canónicas, para escucharle a Paulos la tercera señal.

V

—¿**E**n qué consiste?
—¡En el unicornio!

Había madrugado, con la ayuda del bedel había colgado de la pared una lámina francesa en la que, en un claro del bosque, un blanco unicornio posaba su cabeza en el regazo de una niña, una virgen que lo acariciaba. Sobre la lámina montó una cortinilla roja, con cenefa dorada, que ahora, al tirar Paulos de un cordón, corría colgada de anillas, dejando ver la estampa. La niña era rubia, y vestía de azul celeste. Las largas faldas no permitían ver sus pies. Paulos, cuando preparaba la lámina para la demostración ante los cónsules, le encontró a la virgen un parecido con María, y se imaginó que lo tendría mayor si asomasen los pies descalzos sobre la verde hierba, en la que el miniaturista —la lámina era una reproducción de una miniatura medieval— se había entretenido en pintar diversas flores, rojas, amarillas, blancas. Detrás de la niña aparecía una fuente, y el claro lo rodeaban grandes árboles, quizá robles, quizá castaños, no se veía muy bien, árboles con muchas y grandes hojas, en las que se posaban pájaros multicolores. Un sendero color siena habría permitido al ciervo unicornio llegar hasta la niña. Se sabía que era hora de alba por un cierto blancor que aparecía por entre los troncos de los árboles, pero la luz que iluminaba la escena nacía de un halo dorado que rodeaba a la niña y la bestia. La niña tenía los ojos abiertos, y el unicornio los tenía cerrados. En el rincón derecho de la lámina se había detenido un faisán madrugador. Paulos se preguntaba desde dónde contemplaba él la llegada tranquila del unicornio, como hipnotizado por el tibio regazo infantil. Paulos pensó que podía situarse detrás del faisán, y si algún día se hacía estampa de esta aventura suya, en la que se mezclarían a la vez la lámina francesa y la realidad de su búsqueda de señales en el año del cometa, aparecería con la mano derecha extendida en dirección a la cabeza del faisán, como indicándole a este que no levantara el vuelo. Si se hacía teatro, entonces Paulos entraría por la izquierda al mismo tiempo que el faisán por la derecha (habría que vestir a un enano de faisán, con la larga cola tendida). El faisán tiene un gesto de levantar la cabeza y girarla, mientras abre y cierra la cola. Sería conveniente buscar a un experto para lograr este efecto en tablas. Entrarían ambos, Paulos y el faisán, en el momento en que el unicornio posa la cabeza en el regazo de la virginal doncella. Paulos y el faisán se mirarían sorprendidos, y dirían por turno algo en aparte.

FAISÁN [*Aparte, hacia el público*]. ¡El unicornio! ¡Nunca creí que viviese en la edad de oro!

PAULOS [*Aparte. También en dirección al público*]. ¡Verdadero unicornio, con la punta del cuerno marrón, y verdadera virgen!

FAISÁN [*Aparte*], ¡Si trajese una buena cosecha de hormigas!

PAULOS [*Aparte*], ¡Hermosísima escena! Pero ¿cuál el significado? ¿Seré capaz de

interpretar esta visita del unicornio? ¿Pende el destino de la ciudad de mi interpretación? ¿Estoy ante la señal de un tiempo pacífico y humanísimo, oloroso como una manzana, o lo que veo es al unicornio refugiarse en el regazo irreprochable de la virgen, huyendo de la destrucción del universo? [*Avanza lentamente hacia la doncella y la bestia, con el dedo índice de la mano derecha en los labios*]. ¡El unicornio se ha quedado dormido! ¡Es el momento de interpelar a la doncella! [*Sigue avanzando*], ¡Ella se ha dormido también! ¡Oh, bestia somnífera, que me impides el interrogatorio!

Quizá fuese conveniente, por darle gusto al público, que Paulos dijese algunas palabras que revelasen que un súbito amor nacía en su pecho, a la vista de la niña vestida de azul celeste. Tampoco iría mal un diálogo con una de las aves presentes, por ejemplo con un cuerno, al que se le atribuye longevidad y sabiduría. El faisán, por ejemplo, carece de viveza en la réplica, mientras que el cuervo es pronto en las respuestas, y refranero, y podía citar a Virgilio y a Séneca. Hablaría desde la rama de un árbol. Habría que contratar un ventrílocuo, como aquel napolitano que viniera a ferias el pasado año, e imitaba muy bien un perro que soñaba en voz alta que paraba una perdiz, o que encontraba un punto fijo escondido debajo de la cama de la señora de su amo. El escondido era un francés, que aprovechaba el vender cremas depilatorias a domicilio para tentar a las amas de casa de buen ver durante la demostración, que era siempre en el sobaco. Contando como el francés las cosquilleaba, el perro se reía, en sueños.

—¿En qué? —preguntaba el presidente de Edad.

Paulos descorría la cortina roja con cenefa dorada, y dejaba ver la lámina francesa a los cónsules y a los astrólogos.

—¡En el unicornio!

Los cónsules y los astrólogos se explicaban unos a los otros, cuchicheando, lo que era un unicornio.

—¡La presencia sola del cuerno del unicornio hace expulsar las lombrices a los infantes! —dijo en voz alta uno de los cónsules, el de Hospicios.

—El polvo del cuerno en Escocia se cree afrodisíaco.

—¡En la Enciclopedia viene como bestia inexistente!

—Pero, señores cónsules, queridos colegas, existe. Cumplió apareciendo en menguante, en el claro de la Selva, en la ribera meridional de la laguna, saliendo de la vía romana rozando el mojón de Adriano. ¿Vamos a negar la existencia del unicornio porque lo más del tiempo sea animal invisible, oculto como un sueño? Por ese camino llegaríamos a negar la existencia del alma humana. ¡Invisibilidad no quiere decir irrealidad!

—¡Orden! ¡Orden! —pidió el canciller, con la voz más cansada que nunca.

Le hizo una seña al presidente de Edad, el cual tocó la campanilla de plata. Paulos estaba de pie, a la izquierda de la lámina francesa, precisamente por donde entraría en escena si algún día se representaba en la ciudad, salida de los días del cometa

influyente, la señal del unicornio. Vestía de levita, y dejaba colgar de una cadena de oro, sobre su pecho, el medallón de la academia milanese, con las armas de los Sforza, que usan una maza porque descienden de Hércules. Paulos imaginaba ahora cómo sería el actor que representase a Paulos en la pieza *Los misterios del año del cometa con la venida vespertina del unicornio*. La ciudad buscaría un poeta que la escribiese, sin duda, pero ¿sus dotes de adivinación serían tales que las palabras que Paulos imaginaba poder decir, él las hallase entre los millones de frases posibles? El poeta podía hacer, con las palabras que ponía en su boca, otro Paulos. Lo del brote del amor de Paulos a la niña parecía inexcusable. Entre los párrafos que Paulos declamaría exponiendo la sorpresa por la presencia del cérvido misterioso y unicornio, habría alguno que dijese que cómo no iba aparecer el unicornio, si estaba allí aquella hermosura vestida de celeste, luminosa belleza.

—¿Quién, en el medio del camino de la vida, no soñaría con el encuentro de un tan feliz hogar? ¡Dichoso unicornio, que dulcemente reposas!

Algo parecido, más poético, exaltándose, llegando incluso al sollozo para que las aves multicolores de los árboles volasen y se posasen sobre su cabeza y sus hombros, mientras las más jóvenes se apareaban y se decían eternos amores en el aire. La puesta en escena exigiría la luz vespertina, para el movimiento de la gente alada, y quizá fuesen necesarios dos ventrílocuos en vez de uno. Lo mejor que podía hacer Paulos era dejar en su testamento, escritas de su mano, las palabras que en la escena futura lo retratasen como era. Especialmente la desesperación. Paulos cerraba los dos puños y los llevaba con fuerza hacia el mentón, apretando allí, impidiendo que de su boca saliesen gritos. Luego, lentamente, tras unos sollozos, se tranquilizaba, y en voz que ascendía poco a poco hasta el tono natural, decía sus pensamientos más secretos. Sí, la desesperación le salía muy bien, ante el espejo. Anochecía, el reloj daba las ocho, y Paulos atendía a las campanadas. Cuando sonaba la final, Paulos esperaba a que se apagase del todo su voz, y decía, dramático ya la vez humildemente entregado al hado:

«¡Melancolía, te quiero, me otorgo, te recibo! ¡Bodas con la soledad y la tiniebla!».

—Puede el astrólogo Paulos Expectante exponer su informe.

—Según los textos, el unicornio se detiene cuando en el claro de un bosque halla sentada una virgen. Entonces, manso, acude a posar la cabeza en su regazo, y duerme. Sólo en ese momento duerme. Lleva acaso décadas sin dormir, vigilante vagabundo. Una vez adormecido en el regazo de la virgen, esta se duerme también, por efecto del aroma del ciervo. Los antiguos explicaron el que la virgen se durmiese, para evitarle contemplar cómo el cazador al acecho daba muerte al unicornio, y se apoderaba inmediatamente de su precioso cuerno. Omito, porque no importa a la sustancia de mi informe, el simbolismo alquímico del unicornio y la doncella, y aun el erótico, que hace ver como pene el cuerno del cérvido, y en la doncella una prodigiosa expectación de maternidad. Pero, hasta la fecha, nadie ha podido probar que entre la

doncella y el unicornio haya habido trato sexual, ni por ende posterior embarazo de la niña. Estas sospechas son solamente cosa de la moderna psicología. *Mutatis mutandis*, el complejo de Pasifae.

—¿Debe figurar ese preliminar en el acta? —preguntaba el secretario de Eclipses.

—¿Forma parte del informe? —preguntó el canciller a Paulos.

—No, Señoría. Simplemente explicaba el estado de la cuestión.

—¡No se incluye en el acta! ¡Prosiga el astrólogo!

—Atento a toda posibilidad de señales que probasen la influencia del cometa en los trabajos y los días de la ciudad, una me sorprendió de pronto. Permítanme que no mencione nombre alguno. Veía pasar alguna muchacha por la calle, o la encontraba en la plaza llenando la herrada en la fuente, o salían las alumnas del colegio de las Antiguas, corriendo, con sus grandes cartapacios, y una se apartaba de la bandada, y marchaba sola hacia su casa, ojerosa, la cabeza inclinada. Alguien, observador de esta última, un pimpollito sin abrir, pudiera decir: «¡Bah, las primeras menstruaciones!».

Pero, no. Yo observaba. Algunas de estas muchachas aparecían con sus cabezas rodeadas de un delicado halo dorado, escasamente reconocible por los distraídos transeúntes porque todas las muchachitas, casi puedo decir niñas, en las que observé el detalle del halo, eran rubias. Todas solteras, naturalmente, y vírgenes. Durante más de una semana, el halo persistía sobre las cabecitas, pero noté que mientras en alguna de las muchachas el halo se mantenía en su suavísima intensidad, o disminuía algo, en otras, tres precisamente, la luminosidad del halo aumentaba. Abandoné la observación de las primeras para concentrarme en estas tres. Evidentemente, de muchachas alegres, charlatanas, a las que gustaba cantar y bailar, se volvieron calladas y melancólicas, huían las amigas y aun la compañía familiar. Yo me preguntaba si las madres se daban cuenta o no de que sus hijas portaban el luminoso, dorado halo, porque yo lo veía. Hace quince días pude comprobar que solamente el halo de una de ellas aumentaba, mientras el de las otras dos disminuía hasta casi desaparecer. En aquellas que había dejado de observar, al encontrarlas en la calle me daba cuenta de que su halo se había borrado por completo.

—¿Supone eso la pérdida de la virginidad? —preguntaba el presidente de Edad, suspendiendo el chupe del caramelo de café y leche.

—¡No! —dijo Paulos—. ¡Cualquier juicio al respecto me parece prematuro!

—¡No iban a soltarse todas el pelo en la misma semana! —comentó el cónsul de Especies Ultramarinas y Vinagres Finos.

El canciller parecía interesado en el asunto. Le gustaría saber quiénes eran las vírgenes de la ciudad. También al cónsul de Especies y Vinagres, un solterón que procedía de la Marina mercante, y tenía una gran verruga en el mentón.

—Ahora solamente observaba una de ellas, la del halo en aumento. Determinadas circunstancias me permitieron seguir muy de cerca todo el proceso. El halo, a determinadas horas, tomaba la forma y los colores del arco iris. La joven se daba cuenta de la presencia del halo, y se cubría la cabeza con un pañuelo, y al mismo

tiempo el halo. Sin embargo, a dos varas de ella, yo podía contemplar, al través del tejido, filtrarse una suave luz...

—¿Dorada?

—¡Dorada! La muchacha se levantaba a medianoche, y calladamente bajaba a abrir la puerta de la casa. Mis investigaciones me permiten afirmar que lo hacía inconscientemente, como sonámbula, y que no le abría la puerta a nadie, a nadie, entiéndame bien. No abría la puerta para que entrase alguien secreto, que la abría para salir ella de la casa. Un impulso misterioso le obligaba a ello. Era, como ustedes pueden suponer, la atracción, irresistible para una virgen en la que se reúnen ciertas condiciones, del unicornio. En ese momento yo ignoraba todavía la causa del halo y la intervención en el asunto de la presencia del unicornio. Comenzó la luna a menguar, y la muchacha, inquieta, se escondía en la huerta, junto a los membrillos, y pasaban las horas, y ella sentada en un cesto, de vez en cuando arrancando las hierbas próximas y haciendo un pequeño haz en el regazo. A medianoche, abría la puerta de la casa. ¡Omito el relato de mis largas, expectantes, decepcionantes vigiliass!

A Paulos le salía aquella mañana muy fácil el verbo omitir. Había entrado muy pronto en el tema, y ahora le pesaba no haber consumido media hora en la descripción del halo, y cuando hablase de su calidad y esplendidez, decir de modo que cónsules y astrólogos pensasen acertar quiénes eran aquellas vírgenes. También repetía varias veces la palabra prematuro.

—Por fin fui recompensado. El pasado viernes, a medianoche. Abrió la puerta de su casa, y se dirigió presurosa hacia la alameda. El halo rodeaba ahora su cabeza y su cuerpo todo. Las calles estaban desiertas. Misteriosamente, nadie había trasnochado aquella noche en la ciudad. He investigado. Todos aquellos con quienes he hablado fueron presa de un sueño súbito, y en algunos acompañado de fiebre, unas décimas...

—¿El viernes? ¿El pasado viernes doce?

—Sí, Señoría.

Los cónsules intentaban recordar, el presidente de Edad se rascaba la cabeza, el astrólogo agrario rememoraba apretando la nariz entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

—¡Efectivamente! —afirmó el secretario de Eclipses—. ¡Se suspendió la partida de tresillo en el Casino por falta de puntos! A las once me entró el sueño, y me marché a casa. Tuve la sensación de ir durmiendo por la calle.

—Sí, mi mujer y mi hija se quedaron dormidas, tras la cena, todavía sentadas a la mesa. Yo le eché la culpa a la sopa de lechuga, que es planta adormidera.

—Sí, yo también recuerdo el haberme quedado dormido —confirmó el canciller—. Mi mujer se había disfrazado de lady Hamilton, guiada por lo que le había escuchado a un embajador napolitano, y se acercaba ofreciéndome una copa de vino. Lo mismo que lady Hamilton al almirante Nelson. Había cierta desnudez en el disfraz, pero estábamos solos en el saloncillo de mecedoras. Cuando mi mujer quiso poner la copa en mi mano, yo ya estaba dormido; y se quedó ante mí haciendo la

estatua, por si despertaba, y también se durmió. De pie. Se durmió de pie. Cuando a eso de las tres de la madrugada desperté, estaba allí, ante mí, dormida, la copa en la mano. No había vertido ni una gota. Sí, el viernes doce.

Los otros cónsules y los otros astrólogos recordaban vagamente haberse quedado dormidos aquella noche. La voz cansada del canciller, que se había animado algo al contar el episodio de su mujer como lady Hamilton, animó a Paulos.

—¡Prosiga el astrólogo!

El presidente de Edad tocó la campanilla, distraído del informe de Paulos, imaginándose a la mujer del canciller como lady Hamilton. Las ninfas siempre enseñan un pecho.

—Para no dormirme en el servicio del puesto de astrólogo con el que me habéis honrado, bebí la dosis máxima de un espabilante mágico destilado, aun a riesgo de intoxicación. Las calles estaban desiertas. En la plaza, bajo los soportales, tres tertulianos se habían quedado dormidos debajo del farol de la puerta del palacio episcopal. Un perro que perseguía a un gato, se quedó dormido en la carrera, y el felino se durmió también al entrar por la gatera de la puerta de la taberna del Pelado, sólo la cabeza dentro, y el cuerpo fuera. ¡Algo que podíamos llamar prodigio se aproximaba! Yo seguí a la muchacha, que ahora había echado a correr por la calle de la Virreina. Entró en la alameda y se dirigió al palco de la música. Subió las escaleras y se detuvo en el centro del quiosco, cruzando las manos sobre el pecho. Yo la veía perfectamente, porque el halo de la cabeza se había extendido por todo su cuerpo. Ahora estaba sentada en el tabladillo al que sube el director de la banda en los conciertos. Tenía abiertos los brazos, las manos palma arriba, a la altura de las rodillas. Se escuchaba latir su corazón, como si alguien hiciese sonar un pequeño gong de plata. Puedo decir que la niña tomaba la forma de la luna, era como si la luna hubiese entrado en el quiosco y se hubiese posado en el tabladillo del director.

—¡Supongo que habrían barrido el jueves! —comentó un cónsul.

—¡Ahora toca los sábados!

—¡No interrumpen, caballeros!

—Atendía yo a los cambios de luz, que podían ser significativos, cuando el ciervo salido de la oscuridad saltó la baranda del quiosco, y aterrizó ante la virgen. Era unicornio. Yo veía el erguido, luminoso cuerno, blanco, rematado en una afilada punta marrón. Según los tratados, debería hacer tres reverencias antes de tocar con el hocico la falda de la niña. ¡Las hizo! Y apoyando la cabeza en el regazo, cerró los ojos, y se durmió. La virgen cruzó los brazos sobre el cuello del cérvido, y se durmió a su vez. Como es sabido, ambos tienen el mismo sueño, con la diferencia de que la virgen se ve en él en figura de ciervo, y el unicornio se ve en figura humana. Se encuentran bebiendo a un tiempo en el remanso de un río, y las imágenes de ambos, reflejadas en el agua gracias a la luz propicia del menguante, se unen en una sola. En este momento, se acaba el sueño, y ambos despiertan a la vez. El unicornio se levantó de manos, y pareció intentar herir con su cuerno la luna. Bramó, como el corzo en

celo en el bosque, y saltó la baranda del quiosco, camino de la noche y su refugio secreto. La niña había perdido su esplendidez y su halo, y corría ahora hacia su casa. El perro lo hacía también tras el gato, despertaban los dormidos bajo los porches, se escuchaban voces, cantó un gallo que iría adelantado de horario... Cuando por fin llegué ante la casa de la virgen, ya la niña había entrado en ella y cerrado la puerta.

—¿Puede declarar la muchacha?

—No recuerda nada, Señoría. Pero existe una prueba.

—¿Cuánto tiempo duró la escena?

—Por la cronometría occidental, un cuarto de hora. Por los relojes que transforman en tiempo la potencia cataclísmica, un año completo, bisiesto. Es decir, veintiuna mil novecientas sesenta horas.

—¿Cómo se sabe eso?

—Por arte cabalística magna.

El canciller hacía girar el anillo de las iniciales en el dedo.

—¿Puede el astrólogo presentarnos la prueba?

Paulos hizo una señal al presidente de Edad, el cual tocó la campanilla llamando al bedel.

—¡Que pase la testigo! —ordenó Paulos.

—¿La virgen? —preguntó, súbitamente entusiasmado, el cónsul de Especies y Vinagres.

—No, su tía carnal.

Entró la tía de Melusina, haciendo reverencias, apretando contra el pecho, bien doblado, el traje azul celeste de la virgen. Paulos pidió permiso para iniciar el interrogatorio.

—¿Eres mi cocinera y ama de llaves, Claudina Pérez, tía de Melusina, doncella?

—Sí, Excelencia.

—¿Ese traje que traes doblado, pertenece a tu sobrina?

—Sí, Excelencia

—¿Puede probarlo?

—Sí, Excelencia. La modista Efigenia se lo hizo a medida a la hija del menor contador real, la cual no lo llegó a estrenar porque el mismo día de la última prueba, le llegó a la familia la noticia de la muerte de la abuela en el terremoto de Lisboa. En espera de que pasasen los años de luto y de alivio, lo guardaron en un armario, pero aún estaban de riguroso cuando la menor empuñó del mozo del cerero, que llevaba a la casa las velas para el oratorio. Marchó a parir a una aldea, donde casó con un sacristán cojo, al que conmovió con su arrepentimiento. La familia vendió el traje a la llamada viuda de Cesáreo, que pone puesto de ropa femenina en las ferias. Allí lo adquirí yo, con la buena suerte de haberme adelantado al sacristán, que venía desde su aldea a rescatar la prenda, que la añoraba su mujer.

La tía Melusina extendió, por indicación de Paulos, sobre la mesa el traje celeste, falda larga plisada, en la cintura volante de encaje, el escote redondo.

—¿En qué consiste la prueba? —preguntaba el presidente de Edad.

—¡En la baba del unicornio en la falda! —respondió Paulos.

Y mostraba, en el regazo, la mancha de la baba del cérvido. Bien mirado, eran tres manchas, que tenían forma de lengua, de media cuarta de largo, oscuras en el borde y hacia el centro como teñido de oro rojizo.

—¡No sale! —aseguraba, sollozando, la señora Claudina, tía de Melusina, meneando la cabeza.

—¿Se intentó todo? —preguntaba el canciller.

—¡No sale! Tres lavados con lejía, tres con palosanto, uno con cal marchita y sal... ¡No sale!

—¡Convenía que en la ciudad hubiese un tren de lavado como en La Habana! ¡Los chinos lo limpian todo! —sugirió el cónsul de Especies y Vinagres, que fuera, como ya hemos dicho, de la Marina mercante.

—Ha sido tratada la mancha alquímicamente por el licenciado de Simples. ¡Puedo asegurar que es imborrable! Pero aún hay más.

Paulos mostraba la mancha a los cónsules y astrólogos, y con una navajilla rascaba en las partes más rojizas de ella. Al fin lo logró. Una laminilla minúscula saltó, una escamita de oro. (Oro puro, como pudo comprobarse cuando la mandó el Consulado al peritaje de los joyeros).

—¿Qué hacemos? —preguntaba el canciller a Paulos.

—En primer lugar, adquirir el traje. En su día, en el museo de la ciudad será la prueba de la visita del unicornio. En segundo lugar, poner un marquito de plata alrededor de la parte de la falda atacada por la baba. En tercer lugar, guardar el traje en una caja de hierro.

—¿De hierro?

—Es lo que advierten los textos para todo resto de unicornio, excepto el cuerno, que se usa en medicina. Es más, los sabios alemanes han probado que si el cuerno del unicornio libra del rayo, sus restos, privados de dicha parte corporal, lo atraen. En Praga, a la caja donde guardan las pezuñas de un unicornio al que le fue dado muerte en Bohemia por el emperador ciego Juan, caja de hierro, le pusieron pararrayos, tan pronto como lo inventó el americano Franklin, y toma de tierra. En cuarto lugar, corresponder con un perito en la materia, inquiriendo sobre el significado de la presencia del unicornio en la urbe en año de cometa.

Todo lo cual fue acordado por unanimidad. La tía de Melusina había esperado hasta el último momento que la ciudad se contentase con el trozo de falda en el que aparecía la baba unicórnica, y le fuese devuelto a la niña el resto del traje. Pasó, eso sí, en lo que tocaba a la indemnización, con lo que la ciudad dijese, que dijo doce pesos, pago al contado.

—¡La niña me estará esperando, y llorará al ver que regreso sin el traje celeste!

—¡La consolará el saber la publicidad que se da a su virginidad en este caso exótico! —afirmó solemne el cónsul de Especies y Vinagres.

—¡Mejor que la perdiese con un mozo cumplidor y de oficio, si es que van a sobrevenirle trastornos como este! ¡Perdió seis libras de peso!

—¡Daré mi opinión por escrito! —dijo Paulos, cuando se hubo ido su cocinera y ama de llaves Claudina.

—*Fasta vel nefasta?* —pretendía el presidente de Edad, urgiendo la información.

—No puedo adelantar nada.

—¡Informe pronto, no nos coja la catástrofe, si toca!

¡Servidor se salvó una vez de una riada imprevista, montándose en un cerdo ahogado, que flotaba!

—¡Los cerdos flotan a los siete días!

¡Vendría con aguas procedentes de una avenida extranjera!

—¿Puedo escribir una carta al *Times* de Londres? —preguntaba el secretario de Eclipses—. ¡En inglés, naturalmente!

Los cónsules y los astrólogos, contemplando la mancha de la baba del unicornio en la falda del traje de Melusina, se dormían de pie, alrededor de la mesa. El presidente de Edad quiso espabilarse y espabilar al resto de compañía tocando la campanilla, pero esta no sonó. Quizá se hubiese dormido también.

VI

PAULOS le había comprado a Melusina un traje nuevo, también celeste, ablusado, con pechera de encaje. La sentaba debajo del espejo, en unos cojines, y le rogaba, paciente, que le explicase todo lo que pudiese recordar de su entrevista con el unicornio en el palco de la música, y de las salidas a la puerta de la calle, a medianoche, en las vísperas del encuentro con la bestia. Melusina apenas recordaba nada. Había escuchado unas voces, que tiraban de ella de la cama y la llevaban del brazo por las escaleras.

—¿Con qué llave abrías la puerta?

—Se abría sola.

Paulos no había querido que Melusina fuese interrogada por los cónsules y los astrólogos. La confundirían con sus preguntas. Tímida e inocente, miraba a Paulos con sus grandes ojos vacunos, y se estiraba la falda.

—No, no veía el animal; veía tan sólo una mirada, una cinta color miel, y por encima salía el cuerno, cambiaba de color, se encendía, se apagaba, caía en mi regazo...

—¿Nada más?

—¡Calor! ¡Me ardía el vientre!

—¿No dijo nada?

—No. Roncó cuando le puse la mano en el cuello. Frotó dos veces la cabeza contra mis piernas, y se durmió. La música tocaba muy lejos, más allá de los montes...

—¿Cuales montes?

—Unos montes, las gentes salían de detrás de los árboles, de las rocas. Tocaban las cornetas, los tambores... ¡Parecía el disco del sitio de Zaragoza! Y me quedé dormida. Cuando desperté, el niño ya no estaba allí.

—¿El niño?

—Bueno, el ciervo. Era como tener un niño en brazos. Desperté y ya no estaba. Los montes ardían. Tuve frío y eché a correr. Tuve miedo por el niño. ¡Tan solo en los bosques!

Melusina lloriqueó. Paulos le ofreció su pañuelo para que se secase las lágrimas.

—¡Gracias por el traje nuevo!

—¿Estás segura de que no te dijo nada, ni una sola palabra?

Melusina cerraba los ojos mientras buscaba en su memoria. Paulos había descolgado el día antes una de las cabezas de ciervo que decoraban las paredes del vestíbulo, y desprendiéndole los dos cuernos, la había hecho frontal unicorne. Convencía ahora a Melusina.

—Querida niña, imagínate que estás sentada en el palco de la música, y que es la hora prodigiosa de la llegada a tu regazo del unicornio. ¿Si cierras los ojos, si recuerdas aquel momento, ves los montes, las luces, escuchas la música?

—Sí, las luces, las cornetas, los tambores. También puedo ver las gentes que salen de detrás de los árboles, de las rocas. Sí, vestidos de amarillo...

—¿De oro?

—Sí, de oro.

—¿Hombres todos?

—También mujeres. Una mujer subida a una roca, abanicándose. ¡Unas veces veo y otras no veo!

Paulos podía introducir su cabeza en la del ciervo. Avanzaría desde la puerta de la despensa hacia el regazo de Melusina, imitando el galope y el brinco final del unicornio. Lo haría en el preciso instante en que Melusina viese y oyese.

—Con los ojos cerrados, niña, recuerda, recuerda, recuerda...

Paulos bajaba la voz, y acariciaba con ella la memoria de Melusina, la confiaba, la dirigía... Esto, claro, no valía. Paulos podía equivocarse a Melusina, hacerle ver y oír lo que él sospechaba que había visto y oído. Meter en la memoria de Melusina un sueño de Paulos invalidaría todo el proceso de adivinación, el mántico interpretándose a sí mismo.

—¡Recuerdo! —dijo Melusina con una voz diferente, lejana, en la que Paulos creía reconocer al mismo tiempo el terror y una inmensa felicidad.

Paulos se encasquetó la cabeza del ciervo y avanzó a cuatro patas hacia el regazo de Melusina. Ya posaba la cabeza unicornio en el regazo, ya sentía en su cuello la mano acariciadora de la virgen. Melusina lo abrazaba contra su muslo izquierdo. Paulos escuchó a su vez la música aquella de cornetas y tambores, trompas de caza, vio en la roca la mujer de oro, le llegó la suave brisa de su abanico, y se durmió. Soñó que Melusina iba por un camino orillamar, y que él la seguía. La seguía el unicornio, no Paulos, pero el unicornio era Paulos. Melusina tiraba al aire limones amarillos y peces verdes que recogía de la espuma de las olas. Pasó una isla redonda, toda ella una rosaleda, y dijo con voz amistosa:

—¡Adiós, Amadís!

Era por él. Lo dijo la isla con un ligero balanceo de las rosas, que formó labios rojos en el aire.

—¡Adiós, Amadís!

Melusina se volvía de vez en cuando y le acariciaba el cuerno, se lo adornaba con hilos de colores. Melusina corría desnuda por el prado, y Paulos detrás, brincando, también desnudo. La desnudez de Melusina era la humana, pero la de Paulos era la desnudez animal, la desnudez de las bestias en los bosques y en las sabanas. Melusina se detuvo debajo del manzano, cogió la manzana más hermosa, verde, rosa y se la ofreció a Paulos. Era tanta la inocencia del mundo en aquel instante, que haciendo sol, volando pájaros cantores, deslizándose por el aire peces y delfines, niños jugando en los manzanos saltando de rama en rama, comenzó a nevar y se encendieron hogueras en el agua misma de las fuentes.

—¡No la toques!

Era una voz antigua y paternal, como saliendo de caracola, una voz reconocible, acaso la de su tutor Fagildo, pero saliendo de otra boca, de una bocina acabada de agujerear y a la que todavía no se le han conseguido los tonos. Un letrado se interpuso entre él y Melusina. Decía lo mismo que la voz: «No la toques». Las grandes letras negras se unían y separaban, como fuelle de acordeón. Paulos sintió apagarse en él el irresistible impulso sexual, y se estremeció. Despertó y huyó, no corriendo a dos pies, sino a cuatro patas. Las puertas se abrían a su paso. Despertó del todo cuando, a punto de brincar el seto que cierra la huerta sobre el paso de ronda, logró arrancarse, en un esfuerzo desesperado de recuperación de la humana naturaleza, la cabeza del ciervo.

Melusina había despertado también, y se dejaba estar sentada en los cojines, debajo del espejo. La tía Claudina la obsequiaba con un vaso de agua con miel, y le estiraba las faldas, que el ímpetu de la llegada de Paulos unicornio al regazo virginal había levantado en demasía, y Melusina mostraba hasta las rodillas las piernas más bien cortas, pero muy torneadas, con las medias blancas, las ligas rojas con una flor amarilla. La tía Claudina hizo el descubrimiento cuando Paulos entraba en la sala, sudoroso, fatigado, la cabeza del ciervo en la mano, sostenida por el cuerno único.

—¿Lo cazó, Excelencia? ¡Ahora quedará la niña tranquila! ¡Mire, mire lo que hizo otra vez!

Y en la falda mostraba la mancha, la misma mancha de baba del unicornio verdadero, las tres lenguas de baba. Melusina lloraba viendo estropeado el nuevo traje celeste.

—¡No volverá a ocurrir! —dijo Paulos, tranquilizándose a sí mismo, tranquilizando a Melusina y al ama de llaves.

—¡Tendrás otro traje celeste, el mejor que haya en la ciudad! ¡Te lo hará a la medida la modista Efigenia! Este con la mancha, te lo quitas ahora y me lo traes, que lo necesito para graves estudios.

¡Paulos como unicornio! La mancha probaba la realidad de la presencia unicórnica en su casa. Esto suponía, en primer lugar, la firme creencia de Paulos en la existencia del unicornio. No había caído en que tuviera tal convicción. Cuando Paulos metió su cabeza en la del unicornio, veía. Veía a Melusina, la sala, el regazo de la virgen, la distancia, su propia cabeza cérvida en el espejo. Lo que racionalmente no era posible, porque no tenía la cabeza del ciervo ninguna abertura por la cual los ojos de Paulos pudiesen ver. Los ojos del ciervo habían sido sustituidos por ojos de cristal, por el disecador, y eran opacos. Y, finalmente, la baba. La baba estaba allí. Ahora que había secado, Paulos la trabajaba con la navajilla, lograba hacer saltar alguna que otra escama de oro. La mancha tenía un suave perfume a leche agria, como de mamoncete que se babó después del biberón, un perfume adormecedor. Se apartó y se sentó al lado del balcón, aspirando profundamente el aire fresco y puro de la mañana. Lo recordaba todo, a Melusina desnuda, los peces por el aire, la voz de las rosas gritándole: «¡Adiós, Amadís!».

Recordaba el deseo súbito de poseer a Melusina, tal como estaba debajo del manzano, desnuda, con la manzana en la mano, sin que bajase el brazo, estampa hermosa, tal pintura italiana del Quinientos. Como si Melusina hubiese de tener dos cuerpos, el de la incitación, mostrando la manzana, y otro para el uso, derribado entre sus cuatro patas... ¡Cuatro patas! Sí, las del ciervo unicornes que fue Paulos durante unos instantes. La estampa llena de luz, entre las aves, los peces, los niños, bajo la nieve, rodeada de fuego, y en la hierba la bestia saciándose en una carne cálida y tersa, sombra del cuerpo sin mancha. Paulos se detuvo, al borde mismo de la fornicación, cuando sonó la voz prohibitoria, que aún seguía resonando en sus oídos.

La tía Claudina estaba delante de él, con las manos envueltas en el delantal, no sabiendo cómo empezar su discurso.

—Disculpe, Excelencia, pero ahora que está propalada la virginidad de la niña... Ya sabe que hay tres pretendientes, y uno de ellos ya se adelantó mandándole unas ligas. Ahora que está propalada de virgen, sería una desgracia que se desluciese...

—Señora Claudina, la niña sigue virgen, por lo que a mí toca y a la nueva venida del unicornio. ¿Qué dice ella?

—La pobre, como no está estrenada, no sabe. ¡No sabe ni cómo ponerse para el asunto! Tiene el susto y nada más.

—Pues que se le pase. Y mañana mismo que vaya a escoger el nuevo traje.

—¿Le encontrará la flor el que case con ella?

—¡Sin duda alguna!

—Una vez en el mercado, escuché de una vieja, que conozco de vista, que siempre compra berenjenas, que hacía flores, y en la noche de bodas salían engañados muchos forasteros. ¡Doce pesos fuertes! ¿Es mucho?

—No, no es mucho. Te los daré, para que te despreocupes.

—¿Sin usarla? ¡Estáis en mi casa!

—Sí, Excelencia. La niña está muy sofocada, y tiene miedo de salir a servirle la sopa. ¡La bañaré en agua alcanforada, que es lo pedido!

Paulos repasaba una y otra vez en la memoria la aventura, la escribía, discutía consigo mismo los puntos más oscuros. Y terminaba interrogándose qué tendría que ver todo aquello, aunque fuese influencia del cometa, con el presente y el futuro de la ciudad. ¿Cuáles datos significativos, cuáles conclusiones? Paulos se sentía como prisionero de la veracidad de su aventura, a la que no osaba denominar sueño. ¿Le diría algo a María? Se llevó la mano derecha a la frente, como buscando en ella el pensamiento, la aparición de la idea que diese solución al problema, y se sorprendió: había pasado la mano de derecha a izquierda, sobre el entrecejo, y de izquierda a derecha, y cuando la mano emprendía el tercer viaje, sin darse cuenta la alzó para acariciar el cuerno, que por un instante, tibio, lo sintió en la palma de la mano. Corrió a mirarse en el espejo. No, no era unicornes. El pelo peinado hacia atrás, aparecía la comba y despejada frente. ¡Fuera no más que un gesto instintivo, que le quedara de su casi instantánea, pasada condición de unicornio!

Paulos había solicitado del Consulado un plazo de una semana para la inquisición de la señal del unicornio. Aborrecía los libros en los que podía encontrar alguna noticia, y tumbado horas y horas en la cama, se preguntaba qué significado tenía todo aquello, aparte del personal y espiritual, porque no le cabía duda de que, fuera de lo imaginado, soñado, fabulado, en un momento dado se había producido una misteriosa realidad, su transformación en unicornio. Sería, pues, dentro de él mismo, de sus apetitos y de sus sueños, de su apetito de soñar, donde Paulos debía hallar las respuestas. Paulos, como unicornio —se decía a sí mismo: «como unicornio verdadero»—, había tenido una experiencia que solamente a él afectaba, el sueño con Melusina desnuda, ofreciendo la manzana, el impulso sexual detenido por la voz paterna... Sí, paterna. Nunca, hasta aquel momento, había recordado la voz de su padre. No recordaba nada de su padre, y ahora, sin embargo, reconocía su voz.

—¡Mistral!

El pointer se echaba a sus pies, y recogía la cabeza entre las patas delanteras.

Pero el otro, el unicornio del bosque, el que había llegado en la noche a la alameda, al regazo de Melusina, desde los lejanos montes, ¿qué podía decir? ¿Y cómo interrogarlo? La muerte del unicornio, por cazador oculto en la espesura, mientras el ciervo descansa su cabeza en el regazo de la niña, fue puesta de ejemplo por un padre de la Iglesia, tratando de la degollación de los Inocentes. Otro, que alababa la santidad feliz del unicornio, unida a una serena alegría de vivir, explicaba que ni el alma más virtuosa y limpia podía estar descuidada y confiada, que cuando se duerme nadie es propietario de su corazón, y al más santo le pueden venir estampas obscenas al magín, postales con desnudos, y orgías, una entera *sex-shop*.

«Duerme el santo unicornio en el regazo de la virgen, y dormido lo alcanza la flecha mortal. ¡Así sobreviene la muerte súbita al hombre!».

No aparecía muy clara la intención del predicador, porque nadie puede impedirse a sí mismo el soñar, ni elegir este ovillo, rechazando el otro. Aceptemos no más que el unicornio es, en cierto modo, imagen de la Muerte. Partiendo de aquí, ¿qué anunciaría Paulos a la ciudad? ¿Una como plaga de Egipto, con muerte repentina de primogénitos? ¿La peste? ¿La guerra? En el primero y en el segundo casos, Paulos, a la vez que el anuncio, debía declarar la medicina. Los primogénitos no morirían, la peste no llegaría a la puesta del sol. Quedaba la guerra, una lejana batalla de la que Paulos podía, por medio de palomas mensajeras, mandar noticias a la ciudad. Uno de los reyes había dicho:

«¡Volveré mi lanza al astillero cuando todas las ciudades del mundo que tienen puente reconozcan mi corona!».

Por ejemplo. Así, la ciudad era concernida por el resultado de la batalla, sin entrar en ella, sabiendo del gran encuentro, de los sanguinarios capitanes, de su libertad o de su futura servidumbre, por una paloma que Paulos Expectante mandaba desde más allá de los montes nevados, de la Selva Herciniana, de las islas de Ulises, del gran castillo del Basileo, de los jardines del Preste Juan. Contra el rey que quería para sí

todas las ciudades con puente, había que buscar inmediatamente aliados. Uno era seguro, Julio César. El rey ambicioso de ciudades con puente también tendría los suyos. Paulos ya veía el campo y las armadas. Una llanura atravesada por un ancho río. Aquí y allá, en los recodos, reconocía Paulos chopos y sauces. Al oeste, se dibujaba un ancho estuario, entre colinas bajas, cubiertas de pinos, y hacia el Sur, desde donde Paulos contemplaba el despliegue de los ejércitos, la llanura era cereal, mientras cubrían las faldas de los montes extensos robledales. Era la víspera, y Julio César, al igual que los otros reyes, se apeaba del caballo ante su tienda.

Llamaron a la puerta de la casa cuando Paulos buscaba los nombres de los reyes. Bajó a abrir, que estaba solo, que Claudina y Melusina iban a casa de la modista Efigenia.

—¡Buenas tardes! Soy el cobrador de la recogida de basuras. Mostraba a Paulos el recibo. El cobrador daba vino con el aliento.

—Usted, además de cobrar los trimestres, recoge.

—Sí, señoría.

—¿Podría ahora mismo llevarse esto?

Y le mostraba al cobrador y basurero la cabeza del ciervo, transformada por su arte en unicornio. Comenzara a ablandar por el hocico, y le había caído uno de los ojos. No obstante, en el cuerno, que Paulos había librado de puntas y palas, aparecían como unos brotes verdes, brotes vegetales, por ejemplo de camelia. Por el hueco del ojo de cristal perdido, Paulos creía ver un rayo de luz.

—Precisamente —dijo el cobrador—, traigo aquí la muestra de las nuevas bolsas.

De la cartera, sacaba una bolsa amarilla, muy doblada, y la desplegabla ante Paulos. La bolsa tenía impreso el escudo de la ciudad, con el letrero a sus pies, *Servicio de Limpieza*.

—De papel inglés, impermeable, con cierre de pegamento instantáneo —explicaba el cobrador.

—Bueno, llevarme ahora esa cabeza, es trabajo extra...

Paulos, pagándole, añadía la propina. El cobrador metió en la bolsa la cabeza del ciervo, y demostró el cierre de pegamento.

—¿Dónde la va a tirar?

—¿Qué le parece una quema?

—¡Lo más conveniente!

Cuando Paulos hubo despedido al cobrador de basuras, y cerrado la puerta de la casa, vio en el segundo escalón del patio el ojo de cristal del falso unicornio. Paulos percibía que el ojo de cristal lo miraba irónico, giraba para contemplarlo mejor mientras Paulos subía las escaleras. De pronto, se apagó, y Paulos, descendiendo las escaleras, se acercó a él, y lo empujó con la punta del pie. Abrió la puerta, y lo lanzó fuera de casa, hacia el sumidero abierto en una losa, frente a su casa.

Cuando Paulos introdujo el ojo de cristal del unicornio en el sumidero, esperó a que dijese algo. Pero no dijo nada. Ni percibió el golpe de la caída contra el lecho de

chapacuña de la alcantarilla. De las pasadas lluvias habría quedado una cama de lodo.

LOS REYES EN PRESENCIA

Los cónsules bajaron hasta la puerta del puente para decirle adiós a Paulos. Este había imaginado una salida de la ciudad que hiciese ver a todos que se encontraban en horas verdaderamente fértiles en prodigios. La estampa inglesa, con la imagen del caballo lucero Aquiles, estaría colgada del legüero con reloj de sol que había a la entrada del puente, a la derecha viniendo de Roma. Cuando toda la ciudad, con sus cónsules al frente, estuviese reunida para despedirle, Paulos pediría permiso para acercarse a una dama enlutada que se mantenía a distancia, en el camino de ronda, junto al primer ciprés. Los jilgueros confundían el ciprés y la dama de negro, se posaban alternativamente en uno u otra. Paulos se acercaba a María, levantaba el velo que ocultaba su rostro, y la besaba, apasionadamente. Paulos ponía una rodilla en tierra e inclinaba la cabeza, mientras María desaparecía tras la puerta de la Batería, seguida por seis damas. Los jilgueros, un momento quietos en el aire, no sabían a qué ciprés quedarse. Paulos se acercaba a la estampa inglesa, y decía las palabras que resucitaban a Aquiles, el cual brincaba, alegre, nervioso, un seis años en plena forma, de la lámina a lo vivo. Paulos montaba, y levantaba el brazo despidiendo a la ciudad, súbitamente silenciosa, que veía partir al paladín hacia el lejano campo de batalla en el que se iba a jugar el destino de la urbe. Tras de Paulos, cabalgaría un criado, el cual en una pértiga llevaba colgadas dos jaulas, cada una con dos palomas mensajeras. Paulos imaginaba que cuando el ya no viviese, pasados cien años o más de aquella despedida, en las tiendas bajo los soportales, en la plaza, se venderían láminas en las que aparecería jinete, con el brazo levantado, contemplando la ciudad que se veía al fondo, encaramada a la colina, con todas sus torres. Al pie de la lámina se podría leer: PAULOS EXPECTANTE SALIENDO EL DÍA DE SAN MARTÍN HACIA EL CAMPO DE BATALLA CONTRA EL REY TIRANO ACAPARADOR DE CIUDADES CON PUENTE. O mejor que dijese simplemente: DON PAULOS DESPIDIÉNDOSE DE SU CIUDAD. Podría despedirse en verso, en cuatro octavas, por ejemplo. Sería cosa de escribirlas.

Paulos había complicado casi sin darse cuenta el asunto de la influencia del cometa. Pudo haberlo resuelto, tras las pruebas de los visitantes de la tarde, el río que vuelve a la fuente y la aparición del unicornio, con una interpretación favorable, que augurase a la ciudad días felices. Se representaría la pieza con monstruos, fuegos y Filomena funámbula, del cómico Policarpos, y el añadido de una verbena. Paulos podía aprovechar la fiesta para casarse con María en la iglesia de San Miguel. Pero, ahora, se veía obligado al camino, a largas jomadas viajeras. El caballo que le había ofrecido la ciudad era un cruzado de percheron y bayo húngaro, colilargo y flaco, calzado, pacífico y poco amigo de que lo sacasen del trote corto, y al segundo día de viaje, subiendo al puerto de la Selva, donde aquí y allá cuajaran las primeras nieves, se acatarró. Sí, mejor hubiese sido darle a la influencia del cometa un feliz final, y estar ahora mismo en casa, viendo a Claudina y Melusina desgranar el maíz amarillo, escuchando las horas en el reloj del salón, esperando a

que María apareciese con la taza de leche recién ordeñada... Pero ya estaba en lo alto del puerto de la Selva, oteando horizontes.

—¿Y las palomas? —le había preguntado el presidente de Edad, ofreciéndole como prueba de amistad un caramelo de café y leche.

—Ya llevan tres días de camino, portadas en una jaula secreta por un criado mío, que tiene el alpiste muy estudiado, y sabe tener a las palomas con la dieta mínima, para que cuando se las suelte regresen veloces al palomar, soñando con el comedero lleno. El bedel irá todas las mañanas y todas las tardes a mi casa, a ver si llegó paloma, que estará de descanso en la jaula de signor Fetuccine, que queda con la puerta abierta en la solana.

Ya vería cómo solucionaba el asunto de las palomas mensajeras. Se despedía, volviendo la cabeza, del país natal. Las redondas montañas de la Selva, las aguzadas colinas que rodeaban el valle, la claridad de la marina entre dos de ellas, que aparecían azules, y al pie de las cuales el río llegaba al mar. Un milano volaba describiendo grandes círculos, a veces casi parándose en el aire, para volver al vuelo en seguida. Los bosques, vestidos de todos los colores, se desnudaban de sus hojas. Pasó una inmensa bandada de estorninos hacia el Suroeste.

—¡Van a los olivos de Provenza! —se dijo Paulos en voz alta.

Paulos, para el viaje, se había vestido medio de soldado romano, medio de Lanzarote del Lago, según grabados de libros. Y viendo acercarse por un sendero a la derecha, abierto en el brezal, a dos que serían pastores, a juzgar por los cayados y los zurrones, tuvo como vergüenza, y por vez primera en su vida, de las farsas de sus sueños, y estuvo a punto de cubrirse con la capa negra que llevaba doblada, medio abrigándole las desnudas rodillas de legionario. Pero pudo más en él el espíritu de sorprender, el ansia perpetua de jugar, y solicitó del caballo un galope, y este se lo concedió, quizás ayudado por el aire vivificante de las alturas, por una mano de viento en la cumbre. El rocín galopó más bien torpón y calcándose de grupa, que podía más en él la sangre normanda que la vivaz de los caballos de las llanuras magiares, pero galopó. Los pastores se detuvieron viendo pasar el insólito pasajero, y por si era un príncipe extranjero, saludaron quitándose los gorros de piel de cabra. Paulos les correspondió a la romana, tendiendo el brazo, como César. En la primera vuelta, el caballo cansó y volvió a su trote, corto y balanceado.

—Iudum esse necessarium ad conservandam vitam. Sí, lo dijo Tomás de Aquino. Para la conservación de mi vida, al menos, lo es.

Por vez primera, también, se daba cuenta de que el juego de los sueños, con los sueños, lo apartaba de la comunidad humana. En realidad, nada le alegraba ni le dolía. Se preguntaba si amaba a alguien. Quizás estas jornadas de viaje, por la soledad de los montes, sin compañía alguna, le permitiesen reflexionar sobre su persona y su destino. Como lo hace un ermitaño, en la paz sin horas de su refugio silencioso. Y fue entonces cuando se le acordó la ermita de su tío Fagildo, el amable tutor. Podía bajar hasta la Garganta, y entrar en ella, ahora abandonada, solamente

visitada en mayo por algún devoto de remotas aldeas, a las que no había llegado todavía la noticia de que allí ya no había santo. La ermita sería el gran refugio durante los siete días que había imaginado estar fuera de la ciudad, cabalgando hacia el campo de la batalla de los cuatro reyes, y regresando para ampliar las nuevas enviadas por carta urgente por la paloma mensajera. Se envolvió en la capa, se cubrió la cabeza con la capucha, y repasando el puerto, tomó el atajo que conducía a la Garganta. Todavía quedaban dos horas de día. El rocín tosió, y apresuró el paso creyendo que volvían a casa. Era de un vinatero, que lo usaba para repartir los pellejos por las tabernas, y no dormía bien si no le llegaba a la cuadra el olor de la bodega, en la que su amo trasegaba. Tosió dos veces. Paulos lo palmeó en el cuello. Atravesaban ahora un hayedo, bajando desde el puerto hacia el camino real. En la bruma del crepúsculo, se veían luces lejanas, que parpadean como estrellas. En el rumor oscuro de las hayas parecían confundirse murmullos humanos.

I

PAULOS había logrado entrar en la tienda de David, una tienda enorme por la que el joven rey paseaba jinete en un tordo inquieto. Paulos seguía, como si fuese de su séquito, a un anciano que llevaba una larga espada al hombro, y al que acompañaba un joven que podía ser su nieto, y que en una red, en banderola, portaba dos hogazas de pan.

—¡Pasad! —dijo el de la puerta, que aunque era de día tenía la linterna encendida, y llevaba el haz de luz al rostro de los viajeros.

Era un enano que daba el perfume del hierro asesino, que no hay mano de criminal que no acaricie el arma en las vísperas del suceso, en las horas de la premeditación, y en la punta y en el filo queda un aroma del sudor de las manos y del alma.

De vez en cuando, del fondo de la tienda, en la parte de la derecha, donde se acurrucaban las mujeres, salía el grito:

—¡Saúl mató mil y David diez mil!

Otras mujeres coreaban, y la palabra mil la rebotaban los ecos de las cuatro esquinas, y fuera de la tienda, los ecos del estrecho valle. David sonreía, inclinándose para mejor apaciguar el tordo, palmeándolo en el cuello y en el pecho. Se detuvo delante de Paulos. David, en la edad antigua, era moreno, tostado por los soles que lo vieron pastorear, el cabello negro, los ojos oscuros, pero ahora, por influencia de la pintura toscana y de Flandes, era gentil mancebo de ojos azules y blonda cabellera. Paulos desprendió el fijador de la capa y la dejó caer al suelo, apareciendo ante el rey con el uniforme romano-artúrico que usaba en su salida para la guerra.

—¿Eres extranjero?

—De una ciudad pacífica.

—¿Al Norte?

—¡Al Poniente!

—¿Cómo es Poniente?

—La tierra, en puntas rocosas y en bahías tranquilas, se asoma a un gran mar, que llamamos el Océano. El sol se pone en el horizonte marino, y regresa por misteriosos y divinales caminos para que los de levante tengáis albos al siguiente día, tengáis otro día.

—¿Quién reina en el Océano?

—Nadie. Las naves van y vienen, libres.

Paulos estuvo a punto de explicarle al rey David lo que eran las polis griegas cuando el sucesor de Saúl le preguntó quién gobernaba en su ciudad.

—Tenemos un protector lejano, con la ventaja de no saber dónde está su castillo, y para la vida cotidiana hablamos entre nosotros en la plaza o mientras nos afeitan los barberos examinados, y por votos secretos designamos siete ciudadanos para que administren los dineros públicos, el agua de las fuentes, fijen el precio del pan y

observen la calidad del vino, elijan maestros para la juventud, y caballos padres y toros y verracos para las paradas. Sabemos injertar manzanos, tejer lana y construir puentes.

Podía Paulos explicarle a David lo que era el teatro, la escopeta, París, los fuegos artificiales, el reloj de bolsillo y el daguerrotipo, pero prefería aquella enumeración de cultura arcaica, al alcance de la sabiduría del monarca veterotestamentario.

—¿Os circuncidáis?

—No.

—¿Cuántos dioses?

—¡Uno solo todopoderoso, creador del cielo y de la tierra!

—¿De la nada?

—¡De la nada!

—¿Cómo se salvaron vuestros padres del diluvio?

—Había entre las gentes de Poniente, que entonces vivían pastoreando grandes rebaños de caballos de crin plateada y capa color de miel, un hombre y una mujer cuyas almas rebosaban inocencia, como de niños en la víspera de decir la primera palabra y dar el primer paso. Desde la creación, todavía no había llegado ningún malvis a la isla hasta aquella misma mañana. Su inocencia les permitía escuchar pájaros a siete leguas de distancia. Cada uno las recorrió por su camino por ver en una rama de camelia a aquel nuevo y feliz trovador. Se cogieron de las manos para escucharlo a mediodía, porque así se lo pidió el ave, y les cantó una soledad, y después les pidió que entre los dos abrazasen el árbol, y les cantó una vidalita, y tan hermoso era el canto, y puedo decirte que los hechizaba, que no se dieron cuenta de que comenzaba a llover. La isla se inclinó de estribor, y toda la gente que la poblaba cayó al mar, menos el hombre y la mujer inocentes, quienes abrazados a la camelia estuvieron los cuarenta días y las cuarenta noches del diluvio. La isla se elevó sobre las aguas los codos suficientes para que bajo ella pudieran pasar Leviatán y las otras ballenas.

—¿Y se casaron y tuvieron hijos?

David le sonreía a Micol, que estaba a su derecha, pasándole un brazo por debajo de la pierna, y asomando la cabeza por encima del cuello del caballo. David acababa de recobrar a Micol, y sonreía. Paulos sonrió también.

—Sí, tuvieron hijos, pero tuvo que venir el ángel Rafael a enseñarles cómo hacerlos, porque ellos, en su inocencia, y entre escuchar el malvis y cuidar del fuego, nunca hubieran caído en la cosa.

Las mujeres se fueron, los hombres también, el anciano de la espada y el mozo que llevaba en una red en banderola dos hogazas. La mirada de Micol volvía a David desde todas y cada una de las puertas de la inmensa tienda, en la falda del monte Hebrón. David y Paulos, sentados en la hierba, se turnaban ordeñando una cabra. David sacó del zurrón el colador de lana, y colaba la leche en los dos cuencos de madera. Bebieron en silencio, y David sacó agua del pozo para lavar el colador. Se

volvió a Paulos y le mostró un hilo negro.

—¡La tercera de mi laúd, Paulos, que había saltado y aparece ahora en el colador! ¡Ayer noche no pude darle una serenata a Micol a causa de su pérdida!

Se sentó de nuevo. Comieron higos pasos y repitieron de la leche. La luna nueva aparecía como posada en la cumbre.

—¿Y ese rey que dices que quiere hacer suyas todas las ciudades del mundo que tienen puente?

—Ignoro su nombre. Por ahora, él y sus ejércitos no son más que una polvareda en el horizonte.

—¿Cuándo piensas que aparezca ante tu ciudad?

—Se detendrá a orillas de un río, en un país llano, esperando que formen en *ordo lunatus* los ejércitos de los tres reyes que nos defienden.

—Tres, si contamos contigo —insistió Paulos ante el silencio de David.

—¡He de soñar mi ayuda, Paulos!

Y apoyando la cabeza en el zurrón, se estiró, cruzando las piernas, y se quedó dormido. Paulos extendió su capa por encima de David, protegiéndolo de la rosada nocturna.

¡Otro como él, aquel David, rey de Jerusalén! ¿Cómo entrar en sus sueños, elegirlos, mezclarlos de manera que en ellos surgiera la visión casi sacra de la ayuda? Podía soñarle una batalla a David, haciéndolo salir, hábil hondero, de un bosquecillo de abedules contra el rey, enorme, cuya cabeza surgía, dorada y cornamental, sobre la espesa polvareda. Pero para que el sueño suyo, el sueño de Paulos, fuese a la vez un sueño de David, tenía que estar seguro Paulos de soñarlo él si se dormía. En el sueño tenía que ser perfecto el giro en el aire de la honda, antes de que la piedra saliese. Ya tropezaba Paulos, figurándose el momento del lanzamiento, en la forma de la piedra, si redonda como las que los pastores mandan, en los rebaños, a los cuernos del macho de guía, si en forma de pera, por la cabeza aguzada, como la que se tira al lobo merodeador. ¿Cómo fue la piedra que abrió la frente de Goliat? Antes de usar la honda, David podía volver la mirada hacia la ciudad que se disponía a defender. La ciudad estaba en el aire, como ciudad de espejismo, rodeada de colinas doradas y en sus balcones, en sus terrazas, en amplios lechos, estaban Micol, la mujer de Urías, Abisag, suplicantes, inmensamente tristes, y a la vez tibias, dulcemente amorosas, las túnicas vespertinas dejando ver los pechos, redondos los de Micol, abundantes y blanquísimos los de la mujer de Urías, pequeños los de Abisag. No lograba Paulos imaginar lo que impulsaría a David a tomar parte en la batalla, y por ello recurría a todo, veía, su cabeza posada en la hierba, tocando el zurrón de cuero en el que David apoyaba la suya, durante unos minutos inmovilizando las escenas, veía, digo, a David en el bosquecillo de abedules, a David contemplando la ciudad, a David entre Julio César y el rey Arturo, a David escuchando un ángel que lo decidía a acercarse al vado, en la llanura, donde el rey enemigo plantara su tienda y se reía del pequeño pastor...

Paulos se retiró al fondo de la cueva. El cadáver de Fagildo lo habían trasladado al camposanto de la Selva cuando, pasados algunos años, visto que nadie se ofrecía para ermitaño, el obispo dispuso que la imagen de san Dionisio subiese a un altar lateral de la iglesia de los Santos Mártires. Su bandeja seguía dando dinero, de dos onzas a tres por año, y le eran muy fieles los canteros. En el asiento de una silla arrimada a la pared, el asiento roto, la silla con sólo tres patas, Paulos encontró el cráneo del pointer Mistral. Estaba limpio y completo, atado con un alambre. Lo tomó en las manos ambas, y pensó en ponerlo ante David como testigo de la infancia pasada en aquel retiro, aprendiendo de oídas la variedad del mundo. Quizás anudando su infancia a la infancia de David en Belén, consiguiera adentrarse en las memorias infantiles de este, y hallar en ellas el resorte que disparase a David en favor de su ciudad. ¿Habría tenido David, en casa de su padre, un perro de caza?

—Esto es lo que queda de mi compañero Mistral, que dormía a mis pies. ¿Dónde van los alegres ladridos con que me saludaba?

Paulos hablaría de Mistral, que tenía una postura para decir que iba a llover y otra para indicar que levantaba la niebla, y era muy juguetón, y sabía recoger, doblando la larga y roja lengua en cucurucho, en la fuente un algo de agua; se acercaba a Paulos, que dormía a pierna suelta, y se la echaba en la cara, despertándolo para que pasase en seguida al italiano o a las cuatro reglas. Paulos, en la víspera de los otoños, sabía cuando Mistral comenzaba a soñar con la caza, con las frías madrugadas en el monte, rastreando el gazapo, parando la perdiz... Paulos acariciaba el cráneo mondo y lirondo de Mistral y la palma de su mano encontraba el suave pelo de antaño, el húmedo hocico. Imaginaba el retrato del perro, extrañas virtudes y prodigiosas acciones, y se iba olvidando de David y de su honda. El pensamiento de Mistral era un pensamiento humano, capaz de reconocer en el alma de Paulos que su joven amo vivía horas de indecible soledad. La voz de Mistral le llegaba, distinta:

—¡Yo también echo de menos unos pasos de mujer en la casa! ¡Aunque un perro siempre es una especie de viudo!

Paulos podía enviar, en vez de paloma mensajera, a Mistral a la ciudad, con la noticia de que había llegado, para defenderla, el rey David.

—¿Con cuáles armas? —preguntaba el canciller, con la voz cansada de siempre, acariciándose las manos.

Mistral alcanzaría del cinturón del correcañes de la Basílica, quien se dejaba hacer, sorprendido, la honda que colgaba allí, y escupiendo una piedrecilla redonda, cogida en la ribera del río, que llevaba oculta en la boca, preparaba el disparo, y lo hacía, violento. Sería mucho el pedirle a Mistral, además de servir de hondero, el que tuviese puntería. La piedra salía hacia la puerta, y daba en la bandeja con agua fresca y azucarillos de *La Valenciana*, que justo en aquel momento entraba con ella en la sala el bedel, quien sospechaba que la gran noticia habría desatado una repentina sequedad nerviosa en las bocas abiertas, estupefactas, de los señores cónsules.

El ruido de la bandeja al caer, de las copas al chocar con el suelo, y quebrarse,

sobresaltó a Paulos, quien se acordó de David, y corrió hacia donde lo había dejado dormido.

—¡Huyó! —les explicaba Paulos al caballo y al cráneo de Mistral.

Paulos recogió del suelo la capa y se envolvió en ella. Amanecía. Una luz lechosa bañaba las altas rocas del borde de la garganta. Despertaban unos cuervos en lo que fuera corral de las cabras de Lagildo, y volaban hacia la luz. Los habría despertado el hambre. Sin el cuidado del ermitaño, el agua que bajaba por el sendero, libre de los tres contenedores de pizarra, que habían caído, excavara una profunda cuneta frente a la ermita, que ahora derramaba en el salido de los juegos infantiles de Paulos, montado en caballo de cartón, o cazando mariposas, clavadas después con alfileres de negra cabeza en una lámina de cartón. Había de ponerles sus nombres latinos cuando fuese a las grandes escuelas, a estudiar las ciencias. Desde el fondo de la Garganta se veían pasar, allá arriba, oscuras nubes bajas, hacia el este. Amanecía un día de lluvia.

Aún no había comenzado la batalla, y ya Paulos había perdido un rey. David estaría, vestido con una bata bordada a la moda de Ispahán, en la terraza de su palacio, esperando a que saliese del baño a tomar el sol en la suya la mujer de Urías. Paulos no había sido capaz de soñarle al rey de Jerusalén motivos que le obligasen a comparecer en la hora de la batalla. De pronto, recordó que David era músico. El mismo David había aludido a su laúd, a una tercera que le saltó al afinar. Pudo retenerlo con el comienzo de una canción, interesarlo en ella, procurando que David se encaprichase en encontrarle el refrán. ¡No haber recordado que era músico! Con los otros reyes amigos debería ser más suasorio. Se quedó dormido masticando un trozo de manzana, soñando de nuevo la escena de la llegada de Mistral ante los cónsules con el aviso de la ayuda del rey David. El perro tenía la misma cola y la misma capa que de vivo, salvo la cabeza, que era el cráneo mondo. Los cónsules se consultaban entre ellos. Un intérprete explicaba que el perro, pese a estar muerto, como lo probaba el que parte de él fuese ya esqueleto, por amor de Paulos había continuado Maje, a dar la noticia de David a la ciudad. Metían el perro en el frigorífico, para que se conservase sin más deterioro hasta la llegada de Paulos. El intérprete era el propio Paulos, de pie junto al mapamundi.

II

PAULOS conoció por el color verde del tabardo al escudero de don Galaz, y se dirigió a él, atravesando el patio, en el medio del cual, en los pilones en cruz de la fuente, abrevaban algunos caballos. Si se hubiese parado a ello, los hubiese reconocido, el de Parsifal, el de Galaor, el de Galván, el de Lanzarote.

—¿Eres Matías, el servidor de don Galaz?

—¡El mismo, para servirte!

—Me sorprendió verte en este patio, que creía que andabas por las selvas con tu amo. ¡Por tu tabardo verde no pasa un día!

—¿Quién eres?

—Soy el astrólogo de la ciudad de Lucerna, y vengo a Camelot a solicitar audiencia. ¿Está el rey Arturo disponible?

—Según cómo se mire —respondió Matías, quitándose el sombrero, que lo era redondo y con toquilla.

Era un pernicorto grueso y colorado, perrera de donado, mofletudo, manchado en la derecha mejilla con una mancha en ramillete de perejil, desdentado de arriba delantero, y con el vicio de pasarse la larga y gorda lengua, casi perruna, por ambos labios. La frente la tenía surcada por anchas arrugas, de tanto fruncir, que le quedara el gesto de una temporada en la que, habiendo escuchado el mar en las cuevas de Tule, andaba medio sordo, y fruncía mostrando que se extrañaba de lo que le decían, para que se lo repitiesen.

—Según cómo se mire —repitió—, y según la calidad de los forasteros que piden audiencia. ¿Qué quieres de él?

—Quiero hacerle una petición secreta.

—¿Cosa de armas?

—Sí.

—¿Ha de salir al campo?

—A cien leguas, en un llano surcado por un gran río.

—Creo que no podrá salir tan lejos, que ahora tiene un físico de escalafón que solamente le deja montar los viernes, y eso en una yegua que después de un catarro que pescó un día en el que heló en Toledo, que la dejó al aire libre en la fría noche un amante de doña Galiana, al curar con infusiones de sen se puso obesa. Hubo que hacerle una albarda camera, como las que usan las mujeres de Irlanda, cuando regresan de parir en los atrios de los monasterios, y en ella va Arturo cómodo, medio tumbado, y donde antes iban los paladines de la Tabla, ahora va el físico susodicho, con un oficial de Pomadas detrás y otro de Clisteres, que lleva la pera de piel de cordero nonato tapada con una servilleta bordada.

—¿Ya no da batallas?

—Según cómo se mire.

Esta era la frase que le venía más fácil a la boca en la conversación. Sacaba la

lengua, remojaba los labios, y se ponía la mano derecha en el mentón.

—Tiene que haber camino ancho para que pueda ir a ellas, por la amplitud de la grupa y del vientre de la yegua, y calculado el viaje para que cuando llegue a campo esté en el cuarto de hora que ese viernes de turno le está permitido cabalgar como jinete, y no tumbado en la albarda camera, ya de lado, como estatua yacente, leyendo en libro, ya panza abajo, en expectación del clister. De modo que aunque quiera salir a la batalla, si no sabes exactamente la distancia no podrá acceder a tu pedido. ¡Imagínate lo que sería para el honor de Arturo y de Bretaña el que, al llegar a esa llanura que dices surcada por un gran río, le tocase la guardia de panza abajo, y apareciese de culo ante el enemigo, que la cabeza la lleva descansada sobre la grupa, y las piernas colgando del cuello de la yegua obesa! ¡Dicen que la más gorda del mundo!

—¡No sabía que estaba tan delicado el gran rey! —comentó Paulos, quitándose la birreta, e inclinando la cabeza, respetuoso y compadeciente.

—¡Más jodido que delicado! —apostilló Matías—. ¡Ya sabrás lo soñador que fue siempre de aventuras montadas!

—¿Hay más novedades? —le preguntaba Paulos a Matías, pasándole discreto una moneda de plata, haciendo que miraba si había damas en las ventanas.

—Según lo que se entienda por novedades. ¡Para ti, que eres forastero en Camelot, casi todo lo que ahora es para nosotros el pan nuestro de cada día, será la edición de última hora!

Con la punta de la lengua, le señalaba Matías a Paulos los caballos que abrevaban en la fuente.

—¿Ves lo quietos que están, las cabezas siempre inclinadas?

—Veo. ¿Están encantados?

—¡Nada de eso! ¡Son de cartón!

—Pues muy bien imitados. ¡Yo estaba reconociendo el ruano de don Parsifal!

—De cartón, recubiertos con verdadera piel de caballo, eso sí. Los sacaron hoy para quitarles el polvo, que lo más del tiempo lo pasan en las cuadras. Según se mire, todo sigue igual. Quiero decir que igualito para el forastero, como tú, o para los embajadores. Llenamos el patio de caballos y de gentes atareadas, yo arreglando la correa de una espuela, otro herrando el único caballo de verdad que queda de las antiguas cuadras, y que pese a sus cincuenta se conserva lozano, porque en un descuido de don Lanzarote se comió unas pastas cosméticas que el caballero traía para doña Ginebra, y que eran rejuvenecedoras del cutis. Pasa los días adormilado, toqueando siestas, y espabila algo cuando lo van a buscar a la cuadra, que ya sabe que es para herrarlo, y aunque está consciente de que es teatro el que se diga a su alrededor que lo hierran porque va a ser montado, que aguardan a su amo en el palenque de Vindilisoro famoso, busca mostrar la fuerza antigua. La escena tiene que durar solamente unos minutos, los que tarda en cruzar el embajador el patio, que al bayo Cercedilla, que así le llaman desde el almuerzo de cosmética, porque le dio por

rechazar las yeguas y ponerse de perfil a la anochecida, para que lo admirasen los potros; digo que al bayo Cercedilla le entran sudores, y a veces tiene que arrodillarse, por las calambres. Hubo el proyecto, cuando se fabricaron los caballos de cartón, de ponerles maquinaria alemana, que les hiciese levantar la pata, mover el cuello, y a dos o tres se les metería en el pecho un tubo aspirador de aire, y este pasaría por dos palletas de madera de saúco, con lo cual los caballos relincharían. Eso sí, solamente los días de fuerte viento, porque la fuerza que había de mover el aspirador la proporcionaba el viento en las colas de los caballos. A las colas se las pondría rígidas, para que el norte o el oeste tuviesen que hacer más fuerza, y giratorias. ¡La técnica del molino de viento!

—¿Y por qué no se hizo?

—¡Por el déficit perpetuo de este reino!

Paulos, con la cabeza baja, meditaba.

—¡Pues yo necesitaba a Arturo en el campo! —dijo más para sí que para Matías, quien con la aguja de cabeza verde intentaba sujetar mejor el sombrero en la toquilla, ya muy usada, color violeta.

—¡Pues sube a verlo! Yo no te puedo acompañar hasta su cámara, porque, si te fijas bien, soy el único humano vivo en el patio, excepto aquel otro, que es negro, y lo trajeron de un circo que se disolvió en las Galias, para probar a los visitantes de Camelot que el reino de Arturo llega hasta California. Cuando entran forasteros o embajadores, se desnuda de cintura para arriba, y se enjabona, y lava, y aun se friega con un cepillo de esparto, y así está una hora larga, probando que es negro verdadero y no teñido. Antes hacía toda la maniobra espontáneo, pero ahora, por el reuma que tiene, solamente cuando la visita que recibimos decide la Tabla que es de futuro, se le ordena.

—¿Qué es de futuro?

—¡De resurrección, como cuando rebrotó el reino del Pescador! Y puede decirse que el negro, que se llama Panchito, y servidor, somos hoy la centinela del señor Arturo. ¡Pasa, sube las escaleras, y entra en la cámara, a mano izquierda!

—¿Sin llamar?

—¡Un se puede nunca está de más!, pero la cama está tan al fondo que casi seguro que no te oye, y aunque te respondiese, difícilmente le oirías tú el ¡adelante! Cuando salgas de la recepción, si quieres convidarme a una cerveza, todavía estaré arreglando la correa de esta espuela.

Paulos atravesó el patio, mirando hacia las ventanas del pabellón que coronaba la Torre de los Tapices, donde moraba, según los textos, la reina Ginebra, por si pasaba, como una luz, la dorada cabellera. Al pie de las anchas escaleras, estaban dos mujeres intentando empalmar por el vientre el cuerpo de cartón de don Galaor.

Otros cuerpos yacían por el suelo, desnudos, mientras de altas perchas colgaban los ricos vestidos. Paulos reconoció una de las cabezas, por el bigotillo rubio y la cicatriz en la mejilla izquierda. Era la de Galván Sin Tierra.

—¡Galván! —les dijo a las ancianas, las cuales suspendieron el trabajo de empalmar a Galaor, y le preguntaron, las dos al mismo tiempo, pero con voces muy diferentes, la una aguda y la otra ronca, como si entre las dos hiciesen una gaita gallega, quién era.

—¡Lo encontré una vez en el camino de París! ¡Me llamo Paulos y vivo en un país del Mediodía!

Paulos nunca daba otro nombre que no fuese el suyo. Una noche, en Milán, salió de la casa de su preceptor ocultándose, con sólo el permiso del ayuda de cámara, que era un violinista a quien en un pizzicato le habían quedado montados los dedos de la mano derecha, el meñique sobre el índice, y el dedo del medio desprendido y travieso, y decía que fuera con la emoción de estrenar aquel pellizco como solista, que le había bajado demasiada sangre a la mano, lo que produjo la catástrofe. Y así quedó, sin que hubiese cirujano que quisiera operarlo, por la movilidad del dedo atravesado, que cambiando de posición el ayuda de cámara, el dígito, como aguja de brújula, buscaba el Norte, y si hacía falta para lograrlo que bajase hasta asomar por debajo del pulgar, bajaba. Pues el ayuda de cámara, que nunca más volvió a sujetar el arco, y servía al signor Giorgio Calamatti da Monza con la mano izquierda, porque al caballero le molestaba mucho ver la infusión de manzanilla que venía en el pocillo derramada en el plato, lo que es seguro que pasase si la bandeja la presentase Nerone Cario Trivulzio con la diestra, viendo salir a Paulos nocturno con los borceguís en la mano por no hacer ruido, le sonrió de modo confidencial, diciéndole casi al oído:

—¡Las coristas son *molto versatile!*

Paulos sonrió a su vez, tomándose por hombre, y orgulloso de que lo tomasen, y la verdad es que salía a buscar el paraguas que le había regalado el escribano que fuera a hacer el testamento de Fagildo, y que lo dejara colgado de una aspillera en la garita del punto de la puerta falsa de la Academia Sforzesca, que no estaba en uso desde que tapiaran la susodicha puerta falsa. Paulos, por no ser reconocido por algún vigilante de estudios que hiciese la ronda, se echó el cabello sobre el rostro, y marchaba con la visión de un solo ojo. Recobró el paraguas, y regresó haciendo tiempo, para darle sospechas a Nerone Cario Trivulzio de que la cita había sido lograda, contemplando *il Duomo* a la luz de la luna, y deteniéndose ante un palacio, porque una mujer abría una ventana de la sala del bajo, apagaba el quinqué, y asomada tarareaba una canción de moda. La mujer vio a Paulos, y le chistó por dos veces, y con una mano blanca, que lucía en la noche como plata, lo invitó a que se acercase. La mujer olía a violeta. Con una voz que hacía soñar en el terciopelo, después de haber contemplado durante unos instantes el rostro de Paulos, el negro pelo tapándole medio rostro, la boca entreabierta por la sorpresa, el jubón desabrochado que dejaba ver el cuello joven, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Ya un brazo de la mujer ceñía la cintura de Paulos, mientras la mano del otro se deslizaba acariciándole un muslo. Paulos adivinaba en la oscuridad unos labios que se

aproximaban a los suyos.

—¡Mi marido no vendrá esta noche! ¿Cómo te llamas? ¡No me entrego si no me lo dices!

Y tiraba de Paulos, queriendo meterlo por la ventana, que tenía un balaustre de mármol. Paulos, atemorizado por aquel raptó, luchó por zafarse, por apartar aquella cabeza, por salir de la búsqueda que de sus labios hacían los de ella, y cuando se oyeron pasos en la calle, se encontró con un rizo de la dama en la mano, un postizo de Lyon enroscado alrededor de una cintilla verde. La mujer se retiró, y Paulos la vio con los brazos abiertos en el medio de la sala, iluminada por la luna. Antes de huir de los pasos que se avecinaban, dijo con la voz más estremecida que pudo, con la voz misma del signor Calamatti recitando a Fabrizio del Dongo:

—¡Soy Beltenebrós!

Y silabeó para que ella comprendiese el significado de aquel nombre de misterioso amante, pasajero de las noches con luna:

—Lo Bel-te-ne-brós...

—¡Brooós! —repitió un eco que se hacía en la rotonda del palacio vecino, cerrada por un alto muro, ciego.

Cuando regresó a casa, dejando el paraguas en el paragüero, sacó hurgando debajo de la camisa el postizo de Lyon, y lo llevó a los labios. El ayuda de cámara intentó, como solía, contener con los dientes el dedo travieso, y casi con toda la mano derecha dentro de la boca, murmuró:

—*Mamma mia!*

—¡Galván! —exclamó la anciana de la voz aguda—. ¡Recuerdo ir a ver, escondiéndome entre los bojes del laberinto, cómo le igualaban el bigote la víspera de su salida para una aventura! ¡Le ponían en cada extremo una pincelada de oro puro, para que no le creciesen las puntas en el extranjero! Bueno, le crecían, pero parecía que no, porque el pelo se sometía en la pincelada, como en un estuche.

—¡Murió! ¡Se fue!

La voz ronca de la otra mujer encontró el punto del sollozo, de un sollozo de *de profundis*, que parecía venir de la tierra, de debajo de la tierra, de junto a la tierra que había recibido, antes de tiempo, aquel cuerpo mozo, incluido su mirar color de miel. Las dos ancianas se acercaron a la cabeza de Galván Sin Tierra, le acariciaban la frente y el mentón, pasaban los dedos por los rojos labios. Volvieron el arrugado rostro, un rostro carcomido y amarillento, de madera vieja comida de polilla, hacia Paulos, y este, por un instante, las vio muy hermosas, el cabello trigueño, la tez reluciente y sin arrugas, los largos y blancos cuellos de garza curvándose en el lloro por el paladín. Sólo por un instante. Se marchitaron nuevamente, y en silencio volvieron a la reconstrucción de Galaor.

III

PAULOS subió las escaleras, y sin encontrar a nadie, cuando llegó al primer piso, se dirigió a la cámara de la izquierda, como le había indicado el escudero Matías. La gran puerta de roble, con clavos de bronce, estaba entreabierta.

—¿Se puede? —preguntó Paulos por dos veces, levantando la voz, golpeando con los nudillos.

No recibió respuesta alguna, y entró, dejando la puerta entreabierta, como la había hallado. La cámara era mucho más larga y ancha de lo que se pudiera suponer, y el piso en dos niveles, que había que subir tres escalones para poder acercarse a la cama real. A la izquierda, se abrían las ventanas que se veían desde el patio, con cortinas con una orla de flores rojas y amarillas, y a la derecha aparecía un gran bosque. Al pie de un roble echaba la siesta del carnero un hombre que apretaba una larga flauta que parecía de plata contra el pecho, y desde la rama de otro miraba un cuervo para Paulos, con esa mirada desdeñosa de los cuervos bien alimentados, que se desperezan al sol. En una mesa, en el centro de la cámara cubiertos con un tapete con escena, estaban el casco, la espada, las espuelas y el escudo del rey. Cuando Paulos se acercó, un ratoncillo saltó del casco al suelo, y huyó. Estaría allí de refugio, o comiendo en el forro de badana, que por estar sudado por la cabeza real estaría más sabroso. Cuando Paulos se disponía a admirar el atuendo militar del rey y las nobles armas, salió de debajo de la mesa un enano flaco y esquinado, chato de la nariz y de todo el rostro, calvo, y con rara diligencia metió todas las piezas en sacos de su forma y medida, unos sacos blancos, en los que aparecía pintada una A roja.

—¡Vienen muchos, haciéndose los distraídos, a copiar los modelos! —dijo el enano, con su voz agria.

El cual, pegando un inesperado brinco, saltó sobre la mesa, y se sentó sobre las armas insaculadas. Con una pequeña espátula, se limpiaba por dentro las escasas narices.

—Perdona, pero no es falta de educación, que es que tengo muy corto este respiradero. ¡Tampoco tengo olfato! Si hay batalla con matanza, ocho días después, cuando los cadáveres pudren al sol de la tarde, que dicen que es el que realmente les hace efecto, yo puedo andar registrando los cuerpos, por si alguno llevaba bolsa llena a la guerra.

—¿Hay matanzas?

—Yo no recuerdo ninguna, pero por el olfato estoy siempre preparado para eso que te dije, de ir al botín entre los muertos.

—¿Nunca fuiste?

—¿No te dije que no recuerdo ninguna matanza? ¡Vive uno con la esperanza de que llegue tal ocasión, y entonces, con lo botinado, tomar el retiro!

Soñando con el retiro, el enano parecía amansarse, y aun la agria voz sonaba amistosa.

—Cuando mi rey Arturo salía a la batalla, le bastaba, a la vista del enemigo, con ladear la corona en la cabeza, y ya se sabía que estaba con ira en el campo. Entonces, los enemigos se retiraban en silencio. El rey Arturo les exigía por su heraldo que dejaran alguna prenda de ropa tirada en el camino, o algo de comida, o unas trébedes con fuego debajo, que eran las señales de la militar retirada desordenada. Don Parsifal, que fue siempre el más atrevido y petulante, gritaba, mostrando el brasero bajo las trébedes: «¡Ni tiempo les dimos para freír las magras!». El rey reía, y toda la Tabla con él, y se sentaban en un claro del bosque, cada uno a comer su merienda. Los más de los ejércitos que venían contra Bretaña, ya traían con ellos un carretón con fardos de ropa interior, que dejaban abandonado, y nosotros saqueábamos. Los juristas aseguraron que, en puridad, era como un foro que le pagaban a nuestro señor el rey, con lo cual este quedaba libre de ir o no a hacer la guerra al reino vecino. ¡Así se pasaban los años, y la matanza no llegaba nunca! Yo era el único artúrico que salía ganancioso, porque los enemigos, con la carestía de los tiempos, en vez de traer a la batalla el carretón atiborrado de prendas de adulto, las traían infantiles, por ahorrar tela. Los paladines desparramaban las bragas y los camisolines, los juboncillos y los faldellines, por toda la selva de Brocelandia, y yo los iba recogiendo, así que terminaba la juerga, y regresaba con ellos a Camelot. Un año hubo dos alarmas de estas, y una hermana que tengo, soltera, puso una tienda de ropa infantil en la feria. ¿Ves esta camisa, ves estas bragas? ¡Son restos de la última batalla!

Paulos le mostraba una moneda al enano, el cual sentado encima del escudo artúrico, se estaba estirando las medias

—¿Puedo hablar con el rey?

—¿Como embajador o como privado?

—Como las dos cosas, amigo.

—¡Llámame Próspero! ¡Un nombre bien mi condición, pero me lo pusieron!

—Próspero, amigo, toma esta moneda. Yo quiero hablar en secreto con tu rey. Podía haber llegado a Camelot como embajador, pero mejor para todos será que comparezca como enviado secreto.

—¡Tendrás que aprovechar que despierte! ¡Si tuviésemos suerte de que le picasen las almorranas!

Próspero guió a Paulos hasta la cama del rey de la Tabla Redonda. Estaba echado panza abajo, con la cabeza ladeada, y se le había caído hacia atrás el gorro de dormir, que era blanco con un pompón amarillo. En la cabeza calva y huesuda aparecía una como cinta, tirando a morado, que Paulos pensó bien que sería la marca del uso cotidiano de la corona. Las mantas lo tapaban hasta el borde mismo del labio inferior. La cara flaca y amarillenta, la nariz aguileña, los largos bigotes enebados...

Paulos examinó con detenimiento el rostro del gran rey. El enano bajaba el embozo de una sábana sucia, roto aquí y allá, para que Paulos pudiese admirar el rostro de Arturo.

—¿Tiene la barba verde? —dijo Paulos, admirado.

—¡Es teñido! Pasó por aquí un toscano, que cobraba muy caros los retratos reales, y dijo que si retratase a Arturo, que le pondría la barba verde, por darle juventud al Augusto rostro. Se lo soplaron al rey, y mandó que lo tiñesen. ¡Le ponen sábanas viejas, porque sudando, en la noche, las mancha todas! Un arbitrista francés vino una vez con la propuesta de recortar la parte manchada de las sábanas, y venderla a los enfermos de tiña, por ejemplo, después de que algunos correos divulgasen por los países las virtudes curativas de las sábanas en las que sudaba verde el rey Arturo. Pero ¿cómo ibas a mandar a don Parsifal, a don Galaz, a don Galaor, por esos mundos, propalando la mercancía? ¿Iban a decir que ellos fueran tiñosos y que se curaran con el sudor artúrico verde?

¡Podían decir que quedarán tiñosos de un soplo mefítico del dragón, y que los curara, benévolo, su señor rey con su sudor!

—Pues en esa publicidad aquí no cayó nadie —comentó Próspero, admirando a Paulos.

El rey roncaba monótono, y de pronto comenzó a gemir, y parecía nombrar a alguien. Es alto siete pies, como se sabe, y tiene que dormir con las piernas recogidas, que la cama que usa no es el gran lecho real, con baldaquino, sino un medio catre de campaña.

—¡Avicena! —llamó el rey, con voz apagada y triste.

—¡Tuviste suerte! —le dijo el enano a Paulos.

El enano se puso de rodillas en la cama del rey, para poder darle respuesta mismo en la boca de la oreja.

—¡Avicena no está, mi señor, que va a los caracoles!

—¡Bah, ya no tengo ese antojo! ¿Y quién me da pomada? ¡Me pican!

—¿No puedes aguantar, mi señor?

—¡Para algo tengo la pomada! ¡Que toquen el cuerno llamando a Avicena!

—No lo oiré, señor, que va lejos, a los caracoles de un fresal.

—¿Quién me dará la pomada? —gemía Arturo—. ¡Por mor de la etiqueta mi mujer no quiere, y sabe muy bien! ¡Delicadas manos! ¡Si fuese Lanzarote el hemorroico, ya estarían sacrificándose!

El viejo rey sollozaba, metía la cabeza debajo de la almohada, abría los brazos, levantaba y bajaba los pies, que asomaban debajo de las mantas.

—¡No aguanto! ¡Ayer comí chorizo picante!

El enano guiñó un ojo a Paulos, y acariciando la cabeza del rey, poniéndole el gorro de dormir, dándole palmaditas en las mejillas, le explicaba a Arturo:

—Avicena no está, señor, pero tengo yo a mano un sustituto, extranjero, que viene a tu trono con un mensaje secreto. Y porque puedas oírlo con sosiego, te va a extender en el lugar justo las pomadas, como si fuese paje de ídem, sin mirar, y el dedo índice envuelto en un pañuelo de seda, pasado por agua.

—¡Que jure que no lo divulgará en su provincia!

El rey abrió el ojo izquierdo, y miró para Paulos. Era un ojo verdaderamente

hermoso, azul marino, redondo, húmedo, brillante. Podía decirse que daba luces, esas luces redondas, como lunas, de las piedras talladas por los diamantistas del Gran Mogol.

—¿Juras?

La voz del rey se había transformado, y sonaba como la de una arenga de la Antigüedad.

—¡Juro! —respondió Paulos, seducido por aquella voz plena, regia a la vez y humana, que parecía la pregunta «¿Juras?» estar todavía en el aire, sus dos sílabas envolviéndose en la luz del sol, mariposas.

—¡Pues ámate! —dijo Próspero.

El enano bajó la sábana, y mostró a Paulos las nalgas de Arturo, sorprendentemente redondas e infantiles. El enano ofrecía a Paulos el bote de la pomada, y un pañuelo de seda para que envolviese el índice. Le susurró:

—¡Gira suave, de derecha a izquierda! ¡Nueve veces!

Lo que Paulos hizo, en el ano del rey de la Tabla Redonda.

Terminada la cura, Próspero volvió a tapar al rey, quien giró y se puso panza arriba. Ahora eran dos los hermosos ojos que miraban para Paulos.

—¡Muy suave! ¡Quedo muy aliviado! ¿Quién eres?

—Me llamo Paulos, alteza, y soy astrólogo titulado en una ciudad que tiene un hermoso puente, y disimulando, con nombre secreto la decimos Lucerna.

—Si vienes en busca de empleo, mala cosa, que aquí ahora no hay jornales. En confianza, ya en Bretaña todo es de cartón piedra. ¡Y aun así no llegan las rentas! ¡Un plato de caldo nunca falta!

—No vengo buscando empleo, gran señor, que vengo a solicitar, en nombre de mi ciudad, tu presencia en una batalla.

Por un instante los ojos del rey se encendieron, brillaron estrellas en la pulida superficie azul, estrellas doradas, plateadas, rojizas.

—¡Una batalla! Pero ¿no ves cómo estoy?

—Basta con que aparezcáis en lo alto de un otero con la corona ladeada.

—¡La corona ladeada! ¡Me había enseñado Merlin el truco! Yo me ponía de espaldas al sol, y la corona se apoyaba en mi cabeza solamente en un punto, y sabía tenerla en equilibrio. La luz del sol pasaba por el aro, y se reflejaba en la plata. Los enemigos se sorprendían, y se batían en retirada. Pero el otro día lo intenté cuatro veces, y las cuatro se me cayó la corona. ¡Es que ya no veo bien la punta de la nariz para el juego del equilibrio!

Los ojos del rey se apagaban, el azul se aclaraba. Arturo hablaba humilde.

—¡Todo es cartón en Bretaña! ¡Los paladines, los caballos! ¡Hay que figurar que sigue la corte en Camelot! ¿Ves ese bosque? ¡Cartón! Y el cuervo, que es mi contrafigura. Cuando tomo vacaciones, o hago semana inglesa, si viene visita lo presentan como el rey Arturo en la selva de la isla de Avalon.

Le tendió la mano derecha a Paulos, quien se la besó.

—¡Bienvenido! —dijo el rey—. ¿Y quién es el enemigo?

—Un rey levantino, que cabalga envuelto en una gran polvareda dorada, y dice que quiere hacer tuyas todas las ciudades del mundo que tengan puente.

—¡A nosotros no nos perjudica, que no tenemos ningún puente! ¡Los celtas no construimos puentes nunca, que tenemos muy estudiada la ciencia del vadeo! Además, un puente modifica, en cierto modo, la creación.

—El nuestro es romano, y por él pasó Julio César, el señor latino *urbi et orbe*.

—¿Julio César?

—¡Estará en la batalla!

—¡Igual es de los que pelean a lo topa carnero! ¿No te basta con Julio César?

—¡Tu presencia en el campo es victoria segura!

El rey miró para el enano Próspero e hizo que silbaba.

—¡Aún se me recuerda, Próspero!

—¡Es que hay muchos textos que te citan!

—¡Eso sí!

Se volvió hacia Paulos.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—¡Paulos, señor!

—Pues, Paulos, si se trata solamente de que yo esté en lo alto de un otero, me mandas a decir la fecha de la batalla. ¡Próspero, tráeme el casco!

Se sentó en la cama, con el casco puesto. Antes de ponérselo sopló en las plumas, que ya estaban medio apolilladas y faltas de flor.

—¡Hay que buscar unas plumas nuevas! Estaré en la colina, y en vez de corona, llevaré casco, y lo ladearé, que lo permite el barbuquejo. Puede acontecer que las almorranas no permitan la cabalgada, o que me sobrevengan fiebres tercianas, pero no por eso faltaré. ¡Acércate!

Paulos se acercó a la cama del rey, se arrodilló. Arturo le hablaba al oído, poniéndole una mano en el hombro.

—¡Me están haciendo un retrato de cartón! ¡Los de los paladines ya están hechos, con el pelo y la barba pegados!

—¡Saludé a Galván!

—¡Ah, con el bigotito recortado! Mi figura será gigantesca, doce pies, con la corona en su sitio, si estoy sentado, y ladeada, gracias a un resorte que hizo un relojero suizo, si me hacen montar. Desde lejos, ¿cómo sabría el rey levantino que soy muñeco de cartón? Y en cuanto a Julio César, mando un criado que le diga que yo, después de la batalla, me retiro en silencio a dar gracias a Dios por la victoria. ¿Soy o no soy un rey cristiano?

—¿Puedo, entonces, mandar correos a mi ciudad diciendo que cuente contigo en la batalla?

—¡Manda! ¡Palabra de Arturo!

Paulos sacó del bolsillo de la levita una bolsa de cuero marrón, atada en la boca

con varias vueltas de hilo blanco.

—Alteza, escuchando tu promesa, yo debía hacerte un regalo, como prueba de la gratitud de mi ciudad, pero en todo el camino no encontré tienda abierta. Te dejo esta bolsa, con veinticuatro monedas de plata, y te compras lo que sea más de tu gusto.

—¡Una delicadeza! —exclamó Próspero.

—¡Una ayuda de costas! —dijo el rey, apretando la bolsa contra su pecho—. ¡Las contaré con Ginebrita cuando venga a darme el sopicaldo vespertino! Por cierto, no dejes de ir a saludarla antes de marcharte. ¡Le gusta que la piropee la mocedad!

El rey, apoyando la cabeza en los travesaños de la cabecera de la cama, hizo deslizar el casco sobre la frente, hasta la punta de la nariz. Pronto cogió el sueño, y comenzó a roncar. El enano se sentó en la mesa, encima de los sacos que guardaban la espada, la espuela y el escudo de Arturo, y Paulos salió en silencio, haciendo las reverencias de etiqueta, de cara a la cama real. Desde su rama, en el bosque lo miraba el cuervo, con la perpetua displicencia. El flautista dormía. Se había levantado algo de viento, y los árboles movían las ramas. Un mirlo voló de aquí para allá, buscando más cómodo asiento.

Paulos se preguntaba cómo mandar aviso a su ciudad, diciendo que ya contaba con Arturo, rey de Bretaña, además de con David, rey de Jerusalén.

Paulos, desde lo alto de las escaleras, les preguntó a las ancianas que ya habían terminado de montar a Galaor, y le estaban pegando las cejas con goma arábiga, por dónde se iba a la cámara de doña Ginebra.

—¡El segundo izquierda! —dijo la anciana de la voz aguda.

La cortina roja se corrió sola, que era de magia, y Paulos, con la birreta en la mano derecha, genuflexo, saludaba a doña Ginebra. Se le veía mal, en la sombra del fondo salón.

—¡No te acerques hasta que me espolvoreen! —gritó la reina.

Hablaba musical, con algo de seseo, como asomando la punta de la lengua en la c de acerques, silbante la s de espolvoreen. Una enana le echaba unas como brillantes escamas blancas en el pelo.

—¿Quién eres?

Paulos, el más joven astrólogo de una ciudad del Mediodía.

—¡Acércate! ¿Qué deseas?

—Traje un mensaje secreto, mi señora, para el rey de la Tabla Redonda, y no quise irme de Camelot sin contemplar el hermoso rostro, cuyo perfil conservan de troquel tantos corazones enamorados. ¡Sería, el irme sin veros, como estar en el mundo, y solamente vivir las tinieblas, y nunca el amanecer!

Doña Ginebra se abanicó, y Paulos creyó ver que sonreía. La reina tenía la cara redonda, y sobre el blanco pelo llevaba algo, como bonete.

—¡Eso lo entiendo muy bien! Lo que nunca entendí fueron los discursos que me soltaba don Lanzarote. Un día me confesó que tampoco él los entendía. ¡No te

acerques mucho que hoy no estoy alhajada! ¡Mi mayor mérito era el escote, aparte las caricias con las yemas de los dedos!

—¡Quisiera que me acariciaseis una vez en la mejilla!

—Pues acércate con los ojos cerrados y arrodíllate.

Paulos se arrodilló, los ojos cerrados, ante la reina. Con su pecho tocaba las rodillas de doña Ginebra. Sintió la mano de la reina por su mejilla izquierda, muy suave. Se detuvo, con dos de las yemas de los dedos, a la altura de los labios, y Paulos los besó. Doña Ginebra se sobresaltó, y volaron dos pájaros sobre su cabeza. Paulos se retiró unos pasos, y abrió los ojos. Vio los pájaros que revoloteaban. Uno se posó en el abanico de doña Ginebra, y cantó. Era jilguero.

—¡Les dio por hacer nido en mi cabeza, y para que no me manchen el pelo llevo ese plato de tiesto! Lo peor del asunto es que tengo que estar con la cabeza erguida mientras dure la empollación y la cría. ¡Vete, y guarda, como buen caballero, el secreto de las concesiones que te hice! ¡Aquí siempre se vigiló mucho el sexto, aunque fueran toleradas las divagaciones exquisitas!

La enana soplaba, y se corrían dos, cinco, veinte, cortinas rojas. La enana se quitaba las faldas.

—¡No te sorprendas, Paulos, que soy Próspero! ¡Esto de ser enano es una gran cabronada! ¡Enano con el rey, enana con la reina, murciélagos parlantes en el yelmo del rey de Aragón, fingiendo ser conejo parado cuando Arturo sale de caza! ¡Un día cualquiera se le dispara la escopeta y me acierta!

En los abrevaderos de la fuente seguían haciendo que bebían los caballos de cartón, los caballos de Galaz, de Parsifal, de Galván, de Galaor... Lejanos cuernos cambiaban señas, y asomándose al balcón central, llevando por collar la corona de Axturo, ladró por tres veces el lebrél Alar, el lebrél del rey. Paulos, en el ladrido, reconoció la voz de Próspero, el enano. ¡Era una broma de despedida!

Cuando Paulos salía por la puerta, lo alcanzó una mujer, envuelta en un gran mantón, calzando chancletas, y con la prisa una se le quedó atrás, y mostró un gran tomate en la media, delante, por donde le salía el gordo. Sujetó a Paulos por el brazo derecho, y en voz baja le dijo que ya comprendía que como extranjero no estaba al tanto de las costumbres de la corte de Camelot, y que lo pasado con doña Ginebra, aun siendo la primera visita, que era ya como un acto segundo en función de amor, con el beso en los dedos, y que si bien en Camelot el amor carnal no era de pago, se les cobraba a los personajes como si fuesen público de butacas, y que la supuestamente ocupada por Paulos, que valía diez reales.

Paulos sacó del bolsillo de la levita una moneda de diez reales y otra de cuatro, por propina, y pagó así la escena con doña Ginebra.

Lo gracioso del asunto es que, despertando Paulos, tenía sobre el corazón ese dulce peso que queda de los sueños de amor, como si de verdad hubiese juguetado con dama Ginebra, haciendo manitas. Y en el recuerdo de la escena de la criada cobradora, le surgía la sospecha de que era esta la misma doña Ginebra, quien había

bajado por la escalera de servicio, para sonsacarle aquellos diez reales. ¡Mal andaban las finanzas de Bretaña!

IV

A QUELLA noche Paulos estuvo siguiendo al cometa en su viaje. Asomaba por el Nordeste, y se remontaba por encima de la luna nueva, describiendo una larga curva, dirigiéndose hacia el Sur. Más de dos horas tardó en pasar de orto a ocaso, ante la mirada admirativa de Paulos. Era como un gigantesco diamante, y la cola la abría poco, tirando a azulada, larga, y desprendiéndose de ella de vez en cuando luces como estrellas fugaces, que caían más allá de los montes. Imaginaba al rey David, pesaroso de su huida, recordándolo en su terraza, mientras contemplaba el cometa. Quizá sacasen de la cama en Camelot a Arturo, para que lo viese. En la ciudad suya, serían todos los que habrían salido a contemplar el cometa, que tan influyente, según Paulos Expectante, el nuevo astrólogo, venía. María habría volado al más alto de los cipreses, cuidando de no despertar los ruseñores, y se preguntaría qué caminos sentirían en aquel momento sobre su piel los pasos de Paulos. ¿Cómo no había pedido a Milán las palomas mensajeras de los Visconti? Paulos quería tener al mismo tiempo en su mente las mentes de todos, obedientes a su discurrir, diciendo las palabras que imaginaba. Todo sucedía en su presencia, siendo Paulos el único posible nudo de cien hilos diversos, hilos que se hacían uno solo en él, al que daba vida, como sangre en vena, el soñar suyo. Esto era posible mientras, en otro lugar, no hubiese otro soñador, ese soñador contrario que había imaginado más de una vez, cada uno moviendo las piezas de sus sueños como sobre el tablero las suyas los jugadores de ajedrez. Paulos mismo, muchas veces tenía dentro de sí mismo un soñador contrario, destructor de sus planes, entenebrecedor de sus imaginaciones. No, no era un demoníaco negador. El duelo se entablaba entre una creación y otra creación.

Paulos veía pasar un jinete por el puente, y escuchaba el ruido de los cascos del caballo en las piedras de la calzada romana.

—Es don Félix de Hircania, quien pasaba una temporada en Nápoles, abandonando sus deberes familiares, por culpa de una morena que se llama donna Fiammetta, y su mujer legítima mandó un criado griego, muy en secreto, con un espejo, que dejó en el dormitorio de la Fiammetta, y cuando los amantes se fueron a contemplar, mejilla contra mejilla, en vez de la amorosa pareja apareció en el espejo la que ya dije, legítima de don Félix, amamantando a un niño, que era el principillo que naciera cuando ya don Félix andaba por Nápoles dándole gusto al cuerpo. Donna Fiammetta, con súbito arrepentimiento, se fue para una abadía muy rigurosa, con monjas de cuatro apellidos, que duermen en columpio, y la que se cae se rompe algo, y la mandan a su casa, diciendo que la suspendieron en reválida. Y don Félix compró el mejor caballo del reame, que era el del inquisidor de los Simples, esos que como les dé la herejía la sostienen tercios, y en público, que en su tontez no saben salir del asunto. Y es en ese caballo en el que puede decirse que vuela a Hircania, donde lo esperan felices y paternas días.

—Eso imaginaban don Félix y los que lo conocen, pero a la salida del puente le salió de entre los negrillos uno con espada, le acertó en el cuello, y don Félix cayó al suelo sin decir ni un ay.

—Yo lo veo entrando en Hircania, por el camino que va entre rosales.

—Muerto está, relincha el caballo, salen de la taberna unos bebedores de sábado con linternas...

Paulos transigía.

—Sería un asesino a sueldo de los barones de Caleta Gattinara, hermanos de donna Fiammetta, todos tuertos...

Paulos ya imaginaba la familia, queriendo lavar a Fiammetta de la mancha con que la dejaba Félix el traidor, que se había hecho pasar por soltero. Sí, todos tuertos, con la cabeza siempre baja para que se les notase menos.

—No. Era la masajista de donna Fiammetta, que se había aficionado al cuerpo de la napolitana, y ahora con la entrada en la abadía se le había acabado el gusto del sobeo, además de perder el sueldo. Con masajear a toda la aristocracia napolitana se había musculado, y no había quién resistiese su estocada.

Y si Paulos aceptaba la muerte, se disponía a contar el entierro de don Félix, y acudían sus parientes de Hircania a hacerse cargo del cuerpo, que el consulado de la ciudad cuidara de guardar, vestido como iba, en una barrica de ron de Jamaica, salía el soñador contrario diciendo que los bebedores de sábado, y daba los nombres, leía la lista de testigos, que pasaban levantando las linternas para que se les viese el rostro, cuando se acercaron a verle el suyo a don Félix retrocedieron siete pasos, que se lo hallaron comido de la lepra, o azul de la nueva peste...

Y así durante varios días con sus noches se estaban batiendo uno contra otro las imaginaciones suyas, hasta que le salía un nuevo personaje, y abandonaba a don Félix de Hircania en el bosque de las historias del tiempo pasado.

Otra era la dificultad lógica, que Paulos, montado su invención, quería que todo cuadrara, más y mejor aún que en la vida real, y a veces no daba salida de un asunto, se le embrollaron los pasos de la función, por si la entrevista era en un salón, o un encuentro en una esquina, en la calle, y si la mujer estaba en la ventana, o entraba en un portal, como huyendo de algo. Se impacientaba, y en una cita de amor, cuyos datos no encajaban, terminaba por dar muerte repentina a la prójima, o moría él, o quedaba manco, y se retiraba, triste, que esta figura le salía muy bien.

Pero, mal que bien, con su contrario interior, que era un inventor más desgarrado y cruel, con humor negro, terminaba concertándose en un punto, aquel que correspondía a sus apetitos, que era uno solo, el apetito de Paulos, y por ende su veracidad humana. Lo peor sería encontrarse con un soñador lejano, que manejase invenciones contrarias, que tomaran cuerpo frente a las suyas, con terceras personas que desconocía, y otros intereses. ¿Se le habría ocurrido a alguien que había un rey, un túzaro sombrío y esquelético, que afirmaba no descansar hasta que fuesen suyas todas las ciudades con puente? Si lo soñaba otro que no fuese él, ¿cómo podría

Paulos llevarlo a la llanura surcada por un gran río, y ponerlo en el medio y medio de una gran polvareda, si el otro lo estaba soñando en el puerto de la Selva, comiendo unas castañas crudas, que sacaba del erizo, hábil con los dos pies, un criado suyo, jorobeta?

—¿Crees que se darán estas coincidencias?... —le preguntaba al cráneo del pointer Mistral.

El caballo se aburría de la charla de Paulos con el pointer Mistral, y se pasaba el día cuando tosiendo, cuando estornudando, y no dormía, porque le faltaba el olor de la bodega de su amo, y la falta de sueño le quitaba el apetito. Amurriado, se frotaba contra lo que quedaba de la cancilla del atrio. Si Paulos lo soltase, el caballo se iría solo, con su trote corto, a su cuadra, al lado de la bodega donde su amo trasegaba los tintos. Paulos golpeó la barrica que para recoger el agua de lluvia tenía Fagildo en la gotera del porche de la ermita, como recordaba haber visto golpear las suyas al bodeguero, y el caballo levantó las orejas y enarcó la cola, por el reflejo del recuerdo. ¡Hay vidas que solamente consisten en algo como esto!

El rey acaparador de ciudades con puente, aceptando lo de aparecer en el llano surcado por un ancho río con una gran polvareda, no había decidido aún si la nube de polvo lo precedía, hija de un viento aliado suyo, o lo seguía, levantada por la impaciente caballería. Exigía, eso sí, que el polvo fuese dorado, y que desde cualquier parte del escenario se viese bien su cabeza. Paulos, escondido tras una cortina en el salón de consejos, lo escuchaba discutir con los generales.

—¡Nada de mapas, Belisario! ¿Cómo se sabe si una tierra es dura o blanda? ¡Pisándola! El mapa no da si en el prado a la izquierda se hunden los caballos hasta el corvejón. Esto se averigua por las descubiertas. Se llega al campo de batalla con dos días de anticipación, se le echa una ojeada desde la colina más avanzada, y en la noche se mandan dos patrullas a pisar el terreno. La ciencia militar consiste en las descubiertas y en el flanqueo.

—El río es muy ancho y profundo.

—¿No tenemos los puentes desmontados de las ciudades conquistadas, las piedras numeradas?

Invitó a Belisario a beber de su jarrilla de blanco, y después lo hizo él, a ruidosos sorbos, con mucho sosiego.

—¡No se impacienten los estrategas! ¡Buenas noches!

Y habiéndole llenado el ayudante de nuevo la jarrilla, se fue con ella en la mano a banderas, porque en tiempo de guerra le gustaba dormir allí, en un catre, debajo de la panoplia gótica.

Paulos corría en la noche, envuelto en su capa, en medio de un gran temporal de lluvia y de viento. Dejaba un atajo por otro, evitaba las centinelas de las encrucijadas, atravesó a nado dos ríos, vio el mar, se desprendió como de los brazos de un pulpo de un canto de sirena que le llegaba de unas rocas próximas, y al fin, al amanecer se encontró ante la casa del inglés de los *puzzles*.

—Las piedras —le explicaba Paulos— están correctamente numeradas, por hiladas, y si las colocan los canteros por orden, sale un puente. Yo vengo a pedirle, mister Grig, que usted haga que, en vez de un puente, a los canteros del rey les salga el laberinto.

—¡Laberinto no hubo ni hay más que uno! ¡Yo lo he reconstruido con madera de cajas de cerillas!

—¿Cuántos días necesitaría para cambiar la numeración de las piedras?

—Para lograr el laberinto, entiéndeme bien, con mayúsculas, el LABERINTO, dos años.

—¡Es cuestión de días!

Mister Grig paseaba la pilosa mano derecha por el rostro, meditando.

—Puedo hacerte algo más sencillo, y para el vulgo muy espectacular.

—¿Qué cosa?

—Una torre, con una pista exterior, la torre maciza. La pista, en espiral, remata a una altura equivalente a los dos tercios de la longitud de los puentes. Es un juego que saqué del problema de la braquistócrona o curva de la bajada más corta, célebre desde mi paisano Newton y los hermanos Bernouilli. Ese rey enemigo tuyo se mete en la pista, cabalga, y cuando menos lo piensa, ha llegado a lo alto, y salta en el vacío. Para que el salto sea más impetuoso, puedo poner, donde termina la pista, un tapiz que imite un prado en el Yorkshire, cercado de madera. El rey cae, y tú y yo aplaudimos desde el tejado más próximo.

—¿Y la polvareda dorada?

—¡Eso facilita el engaño, que el rey va en ella, sin ver dónde pisa!

Si hubiese caído antes en ello Paulos, no le habría hecho falta solicitar a David ni a Arturo, ni acudir ahora al despacho de Julio César, con quien tenía audiencia aquella misma tarde.

Paulos de vez en cuando soñaba con bolsas llenas de oro, que las encontraba perdidas, o se las entregaban misteriosos amigos, que pasaban nocturnos, o le pedían escondite, que Paulos les concedía en la gran caja del reloj. Contando las monedas que cubrían los gastos del inglés de los *puzzles*, se quedó dormido sobre los helechos. Alguien por él seguía contando, porque percibía claramente el chincar de las monedas, que el inglés aceptaba la ley por el canto, en la pequeña y cuadrada piedra de mármol. Mientras el sustituto suyo desconocido seguía contando el pago del inglés, Paulos salió para el Yorkshire a buscar dos vacas de allá, marrón y blanco, para dar más verosimilitud al prado del tapiz, que colocarían en lo alto de la torre.

El rey Asad de Tiro no sabía muy bien por qué le había venido aquel otoño el antojo de copar todas las ciudades con puente bajo su corona. Lo que le gustaba, en los otoños, era andar por las bodegas de su país vigilando cómo iba la hervidura del vino, y las salmueras de la cecina vacuna, con las primeras heladas. Por el San Glicinio —que vale por el San Martín nuestro—, Asad II asistía a la esmielga en las

colmenas de la montaña, y a las ferias, en las que los propietarios de rebaños completaban los que iban a llevar a los pastos de invierno, a los pastizales del sur, o a los vecinos de la marina. Conocido su amor por el violín, acudían a las susodichas ferias violinistas magiars e italianos, a los que el rey subvencionaba conciertos. Algunos años, el rey Asad, que pasaba por inconstante, expulsaba a los violinistas y se quedaba con una bailarina, con la que se refugiaba en una sala de su palacio, bien guardadas las puertas, y todas las chimeneas encendidas. Asad, en paños menores, se distraía viendo a la bailarina mimar la danza de los siete velos, y cuando la niña se desprendía del último, el rey siempre rompía algo, los cristales de una ventana, o una jarra de vino, o una silla, lo que le producía un inmenso placer. La bailarina se echaba en los almohadones, rellenos con pelo de cola de zorro, pero el rey no le hacía caso, ni una mirada se le iba a aquel cuerpo hermoso, con la piel blanca, o dorada, o morenita, que toda su atención la ponía en seguir reduciendo a migas los trozos de la jarra rota, o mordiendo, con sus poderosos dientes, las patas de la silla chipendale, y escupiendo los trozos contra los espejos, que fracasaban ruidosos. Pero este otoño caminaba distraído, sin gusto por las obligaciones tradicionales, asqueando la miel, quedando a deber la bailarina, de la que no hacía caso, ni de las reclamaciones de la tía de esta, que ofrecía traer una sobrina más gordita, y lo más de su tiempo pasándolo en reuniones con los estrategas, quienes discutían la situación de las reservas, según el modelo de la batalla de Cannas, si en el centro, o en la izquierda, que era el ala fortalecida para el movimiento envolvente.

Atribuía Asad II Tirónida su obsesión por las ciudades con puente a un sueño que había tenido tras una cena con jabalí asado, y de postre ranas con higos, a la moda de Constantinopla, las últimas ranas de verano, cazadas cuando maduran los postreros higos, en el borde mismo del otoño. El rey soñó que salía de paseo, por aligerar el vientre, y quería hacerlo en la otra orilla de su río, que ya era del Imperio. Y anduvo media legua por la orilla propia, y no encontró lancha en que cruzar el río, y se dijo que si tuviese puente, no habría problema. Y desde ese día, a todas horas andaba con puentes en la chench, imaginando que hacía uno aquí y otro más arriba, y otro en la confluencia con el Tigris. Mandaba pedir láminas de puentes, y todos le parecían buenos, con tal de que tuviesen por lo menos cinco arcos, lo mismo el de Orense que el de Verona, o uno de París.

—¡No los venden! —le dijo una tarde, en consejo, su ministro de Comunicaciones.

—¡Pues se imitan! —gritó Asad II.

—¡No hay conqubus! —advirtió el ministro de Finanzas, frotando las yemas de los dedos pulgar e índice de la derecha.

—¡Pues me hago ladrón de puentes! —afirmó Asad, poniéndose la mitra persa, que le venía el derecho por parte de madre.

Por las mañanas, al despertar, que lo tenía muy malo —y ya su mujer, previsora, se echaba hacia una esquina del lecho, evitando las patadas, que Asad era muy militar

y se metía en la cama con espuelas—, el rey intentaba quitarse del magín los puentes, que el sueño de ellos le cargaba más aparente y recio en las madrugadas, pero no podía. Como si fuesen dos Asad II, el uno soñando con puentes, y el otro queriendo volver a violinistas y bailarinas. Los soñadores contrarios, tesis que a veces dilucidaba Paulos.

Y fue así cómo el rey Asad salió a la guerra, y se aproximaba a la llanura cruzada por un río en la que iba a derrotar los ejércitos que defendían las ciudades con puente que caían al Sur, y además a ensayar a sus ingenieros en tender dos de los puentes ya conquistados, y desmontados piedra por piedra, numeradas estas y por orden alfabético las hiladas, formando un puente único por el que aparecería, envuelto en una polvareda dorada, ante David, Arturo y Julio César.

Paulos, a la salida del sol, sobre las colinas de levante veía como llamas en el cielo la cresta de la polvareda que precedía a Asad, que al fin se había decidido que así fuese, el rey tras el polvo de oro, asomando la cabeza, y en la tiara una especie de semáforo, que daba luz roja o luz verde según dos esclavos turcos de guardia tirasen de la cuerda de la derecha o de la cuerda de la izquierda.

La reina Zenobia quedaba en la solana desplumando una gallina, que la había de poner en pepitoria cuando regresase, con todos los puentes del mundo, el rey Asad.

—¡Mejor sería que le diese por pisar de nuevo el dormitorio! —comentaba la reina con sus íntimas, que iban a hacerle compañía en ausencia del rey.

AUDIENCIA CON JULIO CÉSAR. FINAL

*Our master Caesar is in the tent
where the maps are spread,
his eyes fixed upon nothing,
a hand under his head.
Like a long-legged-fly upon the stream
his mind moves upon silence.*

W. B. YEATS

La estatua era ecuestre, y el caballo apoyaba las cuatro patas en la bola del mundo, corno cabra sabia en la de madera, en el circo. Hecha la estatua teniendo por modelo el retrato que estaba colgado en el salón de sesiones del Consulado de la ciudad de Paulos, se había atenido el artista al triángulo ideal, por lo cual César estaba braquicéfalo en mármol como en el óleo. Conforme descendía del pedestal, pasando de mármol a condición humana, y el caballo a la naturaleza hípica, la cabeza de César se iba apepinando, y despertaban en ella los razonamientos que podemos llamar apepinados, porque necesitaban que la cabeza tuviese forma de pepino para poder circular. César saltó con la souplesse que había aprendido de los saltarines galos de toneles, y tras él Primaleón, su caballo. César avanzaba por la alameda, con las manos cruzadas a la espalda, seguido de Primaleón, quien braceaba por desentumecerse. Un dulce vientecillo del Sur hacía que lloviesen hojas secas. Con la vuelta de la cabeza de César a su antiguo molde, se le aireaban mejor los sesos, y el imperator se sorprendía, sintiendo resucitar ideas antiguas, sueños olvidados, rostros que parecían haberse borrado para siempre. Como el mármol en que habían labrado la estatua era checo, unas delgadas venas de suave rosa en la garganta estorbaban la elocución latina de la estatua, hasta el punto de que César creyó haber olvidado el idioma, y ya se imaginaba ir de párvulo a una escuela, a aprenderlo, descendido del pedestal y retomado a humano, con el Donatus en la cartera escolar. Pero, ahora, caminando por la alameda, le venían a la memoria trozos de su Guerra de las Galias, Párrafos de arengas, réplica de las comedias de Plauto y de Terencio... Tanto le gustó el sentirse dueño de su lengua natal, que no pudo evitar el demostrar la alegría, frotando las manos, recitando en voz alta urbe a Gallis capta, cum flamen virginesque vestales sacra, onere partito, ferrent... y lo que sigue, de Livio. Al llegar a la Vía Nemorosa, montó a Primaleón, que ya se había desentumecido, y se dirigió hacia el campamento, extendido en perfectos círculos en la falda de una colina que levantaba su redonda cabeza en el medio de la llanura. Julio César lo contemplaba desde la calzada, poniendo la mano derecha como visera para que no lo ofuscara la luz del sol, y admiraba aquella formación sin tacha de tiendas, con la gran calle central, y al fondo la suya, saludada por las águilas. Más hermosos fuesen quizá los campamentos cuadrados en los llanos, pero en aquella colina había fuentes, cuyas aguas se juntaban en un torrente que terminaba haciendo foso, girando al Oeste, que era por donde siempre atacaban los sequanos, que tenían la manía de que así los tomaban por los rayos del sol poniente, que regresaba, y hacían huir despavorido al enemigo. Al acordársele a César las fuentes, se le acordó también que todas las mañanas debía lavarse los ojos, que por las noches se le vestían las pestañas de una legañosidad amarillenta, que se las pegaba en haces. Llevó la mano a las pestañas y las encontró secas y limpias, y lo atribuyó a los años que pasara de estatua de mármol, que habrían aburrido a la flema.

El campamento dormía. Dormía quizá desde hacía siglos, esperando el regreso de César. Seguiría durmiendo mientras él no dijese que había regresado. Acaso

conviniere dejar pasar el otoño y el invierno, y esperar a la primavera. Entonces, desde el podio, situado a nueve pasos de su tienda, a la sombra de las águilas, César, armado de hierro, de nostalgia y de gloria, diría: «¡Ahora son los idus de abril!». Florecerían los cerezos, cantarían el cuco en el bosque y relincharía Primaleón.

I

PAULOS dejó ante Julio César, sobre la mesa de campaña, extendido el mapa de la gran llanura surcada por un ancho río. César, con el índice de la mano derecha, seguía el curso del río. Al tacto, la línea sinuosa, azul, se ahondaba, se llenaba de agua, y César sumergía la mano entera, calculando la velocidad de la corriente.

—¡Un río manso! —comentó.

Al tacto también le reconocía al río los vados, y hallaba uno, en un recodo pedregoso, útil para los carros. El dedo de César siguió el curso del río hasta el Océano. «Semejante al mosquito tejedor en el río / su pensamiento va y viene en silencio». Paulos lo contaría así a la ciudad:

—Yo estaba a cinco pasos de él, mientras César estudiaba el mapa. Supo, desde el primer momento, por dónde aparecería el enemigo, Asad Tirónida. Señaló un camino entre dos bosques de abedules y alisos, y movió su mano por encima de estos. El aire se llenó de pájaros, asustados por la sombra enorme de su mano, que se extendía sobre el mapa como una nube del otoño, una de esas grandes nubes oscuras que vienen del mar. Se volvió a mí, y me explicó:

»—Bajas lentamente hacia un vado, tan silencioso como la tarde misma, y ves en la orilla opuesta los patos tranquilos, buscando un tallo jugoso o una lombriz, y ya sabes que no hay enemigo cerca. Pero ves los patos inquietos, volando hacia el agua, reuniéndose en grupos hacia el centro del río, y ya te das cuenta de que hay emboscada. Cuando los pájaros de esos bosques vuelen alocados, mezcladas las tribus diferentes aladas en el vespertino aire, es que Asad llega a esconderse.

Paulos les comentaba a sus conciudadanos ese decir de César, «las tribus diferentes aladas en el vespertino aire», manera de expresarse que le venía de la latina lengua, recobrada tras los años en mármol checo.

—El dedo de Julio César buscaba más acá de los bosquecillos un sendero que lo llevase a una colina de viñedos al Mediodía, pero que al Norte era toda de praderío. César sacó un pañuelo verde de debajo de un tirante lateral de la coraza, y lo puso sobre el prado. Lo dejó allí, extendido, unos momentos, y cuando lo recogió me lo mostró para que viese que estaba seco.

»—¡Campos levemente inclinados, sin agua, sin charcos ni lodazales!

—El pañuelo verde estaba limpio y seco.

»—¡Excelente lugar para apostar la caballería!

—Yo imaginé que quizá le gustase comer algo, y puse a su alcance, en una esquina del mapa, unas nueces ya cascadas y un trozo de pan, y me dejé estar a su lado con una copa llena de vino en la mano. César levantó el plato con las nueces y el pan, por ver dónde yo lo había posado, y me sonrió:

»—¡Orillas del Ródano! —dijo—. *Flumen est Arar!*

—Yo veía en su cabeza, como si estuviese abierta ante mí, con todas sus estancias

iluminadas, el codearse o el entrecruzarse los pensamientos varios, los de los pasados años, y los de los nuevos veranos que se le ofrecían. Los diversos pensamientos eran azules, rojos, verdes, negros, y debía haber una ciencia que permitiese clasificarlos. ¿En cuál de ellos iba la ambición, en cuál el amor carnal, en cuál la fatiga de los siglos y de los hombres? Pero ahora, en medio de aquella soledad, Julio César aparecía puro, divinal.

»—¿Cuántas legiones llevarás? —le pregunté.

»—¡Iré solo!

—Se acercó a la hoguerilla que yo había encendido, aprovechando dos cajas vacías, que habían sido embalajes de haces de flechas de Partía, calentó algo las manos en la onda de las llamas, y después se volvió, por calentarse la espalda. Masticaba lentamente una nuez, y me pedía más vino. Le llené dos veces la copa. Percibía yo que su mirada buscaba la forma de mi cuerpo, tocaba mi carne, acariciaba mis mejillas, pasaba lenta y suavemente sobre mi largo pelo. ¡Tendría necesidad, en su inmensa soledad, de tocar otro cuerpo, amigo y amante, vivo!

Paulos, reunido con los cónsules en reunión secreta, imaginaba esta aclaración:

—¡Tendría necesidad, en su soledad, de tocar otro cuerpo! Temí que solicitase el mío, en aquella noche que venía dulce. ¡Era yo la carne que tenía más próxima! ¡Podía el deseo de César sumar en ella la de todas las mujeres, la de todos los varones que había amado y poseído, o fueran simplemente el almíbar improvisado de una fiesta!

Paulos se ruborizaba, bajaba la cabeza, cerraba los puños. El presidente de Edad tragaba el enésimo caramelo de café y leche, y el cónsul de Vinagres y Especies se levantaba de su sillón.

—¿No habrás llegado al sacrificio?

El canciller contemplaba con irónica mirada la escena.

—¡Calma, calma, señores!

La voz eternamente fatigada caía sobre la mesa.

—¡El astrólogo —añadió— no está obligado a confesar en qué acabo la cosa!

—La mirada de Julio César —continuó Paulos— estaba cada vez más próxima. Una mano levantaba mi cabello, y dejaba al descubierto mi cuello y mis orejas. Veía sus dientes cerca del lóbulo de mi oreja izquierda, y su aliento venía a quebrarse en mi mentón. No me moví cuando una mano suya acarició mi espalda. Era como si yo estuviese desnudo. Mi columna vertebral vibraba como la cuerda del arco cuando ya ha despedido la flecha. Los sexos habían dejado de existir, y solamente reconocía la presión terrible que pueden desencadenar dos carnes apasionadas. Pero, quizás en el límite mismo del abandono y el fuego, tuve un instante de lucidez, y con voz alterada, sí, pero segura, le pregunté: «Pero ¿no habías perdido el cuerpo en los idus de marzo?». ¡Tuve que sostenerlo antes de que rodase por el suelo, mortalmente herido!

—¡Ya era hora de que terminase la escena, que aunque uno no es rijoso...! —comentaba el cónsul de Vinagres y Especies al oído del de Sanidad.

—¡Mortalmente herido! Me dije, con inmensa tristeza, mientras su cuerpo parecía dar las últimas boqueadas en mis rodillas, que acaso mi pudibundez, mi reconocida castidad, mi masculinidad en fin, habían hecho perder a mi ciudad el más precioso de sus aliados.

—¡Hay cosas a las que nadie está obligado!

—Bueno, hay los mártires...

—¡Mortalmente herido! Escuchaba gotear la sangre en las losas de la explanada. Por segunda vez en su vida, César iba a dar su alma. Abrió los ojos, me miró, compasivo, y dijo, leyéndome el pensamiento, y sabiendo que mi dolor no era fingido:

»—¡No te preocupes! ¡La sombra de César estará en defensa de tu ciudad en los verdes prados!

—¿Estuvo?

—¡Estuvo! Asad tuvo que verlo, cuando caía desde lo alto con su caballo, por un agujero azul abierto en la polvareda, bajar de la colina a hacerse otra vez estatua de mármol checo.

Paulos se retiraba en silencio, envuelto en la negra capa, entre la admiración de los cónsules.

—¡Que conste en acta como misión cumplida con espíritu de sacrificio!

—¿La declaración completa? ¡Menudo regodeo para el escribiente!

Entre todas las sombras de la noche, Paulos se esforzaba en reconocer la de Julio, paseando con los calzones rojos que usaba César en los cuarteles de invierno.

El inglés de los *puzzles* y rompecabezas, acabada la milanesa y el queso, aclarada la boca con lo que quedaba de cerveza en el bock de peltre, discutía con Paulos dónde podrían poner la sombra de Julio César. Tenía que ser, por las palabras últimas dichas por Julio, en los verdes prados de la colina aquella, pero lo más a la izquierda posible para que, cuando Asad asomase en lo alto de la pista, pudiera verlo, y a su vez ser visto de César.

—¡Estás haciendo la Historia Universal! —le decía mister Grig a Paulos.

Este estaba preocupado, que no había mandado avisos a la ciudad, y la urbe estaría revuelta con los mil rumores. Paulos pensaba dejar suelto el caballo, el cual se marcharía sin vacilar hacia su cuadra.

—¿Qué mensaje meto en la alforja? ¿Se les ocurrirá buscarlo allí?

—¡Ponle una bandera en el arzón, y en ella escribes: «Mírese en la alforja izquierda»!

—¿Puedo decir que David huyó, que Arturo está viejo y puede montar, que Julio César muerto fue en los idus de marzo y ya solamente está en estatuas y en pinturas?

—¡Con mi trampa basta para Asad!

—Pero mi ciudad cree en la batalla. ¡Contra Asad, influido por el cometa, es necesario una batalla! Aunque no la haya, pero hay que dar la noticia como si la

hubiese habido. Para que tú puedas salir en ella con tu torre hecha con dos puentes, por el trastrueque de las piedras numeradas y las hiladas, tendré que decir que eres un anglosajón que se comprometió a seguir a Arturo porque el rey lo salvó de una serpiente de dos cabezas.

Paulos abría y cerraba los brazos, desesperado.

—¡No sé cómo decirle a mi ciudad que se sosiegue, que se acerca la victoria!

—¡Mándales un rompecabezas! Yo tengo, precisamente, uno aquí, en mi baúl, y se lo mandamos sin lámina, que así les será más difícil componerlo. Se trata de mister Pickwick en el pasillo de una posada, en Inglaterra, en el campo, subido a una escalera de mano, intentando ver lo que pasa en una habitación, cuya puerta aparece cerrada, por un tragaluz alto. Y el taco con el tragaluz, tanto puede ponerse aquí o allá, porque las paredes del pasillo están empapeladas con imágenes de carreras de caballos, y el que no esté muy al tanto de las distintas capas, que es en lo que hay que fijarse, puede colocar el tragaluz donde no debe, y montado el rompecabezas, dándole vuelta, aparece la habitación en cuyo interior está una dama vistiéndose, que es lo que quería ver mister Pickwick. Equivocado el taco del tragaluz, en vez de salir una señora en paños menores, sale un oficial de Húsares orinando por la ventana.

—¡No lo van a interpretar!

Mister Grig paseó un rato, pensativo. Al fin, dio con la solución.

—¡Se sugiere que, terminada la batalla, el oficial tuvo tiempo de ocuparse en hacer aguas menores, que se las contuvieron los nervios mientras duró el combate! Y ya se comprende que hubo victoria, o lo que es lo mismo, que va a haber victoria, y que al final se verá esta escena, entre otras. ¡El descanso del guerrero!

—¿Y si lo aciertan, el taco del tragaluz, y sale la dama vistiéndose?

—¡Es que se viste para ir a una cena de gala! ¡Mayor señal de fiesta a la vista no hay!

II

L OS Malatesta de Rímimi salían de sus escondites tras los árboles de los tapices con tema de romería flamenca, y comprobando si las espadas salían fáciles de la vaina apresuraban el paso por el atajo que lleva al puerto de la Selva. La madre salió al balcón, e hizo que derramaba sobre los vástagos un frasco de perfume, traído de Italia, en los días del destierro. Les habían llegado voces a los Malatesta del rey tirano destructor de ciudades con puente, y la suya, aunque perdida lejos para siempre, lo tenía. Iban a encontrar a Paulos, y acordar con él con cuál de los reyes defensores servirían. Paulos los veía envueltos en sus capas rojas, robando caballos en la posta de Aviñón —los caballos de los cardenales, con la cola recortada y silla con respaldo—, y galopando los siete, ¿siete?, durante toda la noche, los siete por senderos diferentes, para que no pudiese ser contado el refuerzo que suponían a las huestes de Arturo, de César, de David, si este bajaba de su terraza, cansado de verle los pechos a la mujer de Urías, y se decidía a usar la honda. Quizá tuviese razón, Mr. Henry S. Grig, y Paulos estuviese escribiendo la Historia Universal. Eran noches de mucho viento, que sorprendían por lo sereno del cielo sin nubes, que dejaba ver el solemne y cristalino viajar del cometa. Paulos recordaba haber pasado muchas mañanas, a la hora en que salía donna Isotta a sacudir las alfombras, por verle las largas, blanquísimas piernas bajo el miriñaque. Las alfombras se puede decir que ya no existían, que, gastadas y rotas, lo que sacudía donna Isotta eran más bien harapos, y si hacía viento, este le llevaba alguno de las manos y los colgaba en los faroles de las esquinas. Pasaban años, y ya no había en casa de los Malatesta ni una sola alfombra, y donna Isotta salía igual a sacudirlas, sobre el cubrecorsé una «matinée» de encaje, calada, y siempre con el miriñaque verde, con faisanes bordados y ramos de níspero cargadas de fruto, un miriñaque de España, de vara y media de diámetro, que se balanceaba colgado de la estrecha cintura de la serenísima señora duquesa. Paulos, con un cristal de aumento sujeto en la punta de una caña, veía sobre todo muy bien la pierna izquierda, desnuda, el fino tobillo, la pantorrilla, la rellena rodilla, el redondo y largo muslo de las toscanas, el todo como nieve, y allá en lo alto, y al fondo, algo como lana dorada, el toisón de oro. Se ruborizó Paulos de sus pecaminosos pensamientos y lujuriosos recuerdos, porque comparecían ante él, en un alcor que dominaba la llanura de la batalla, cada uno asomando por una vereda diferente, los siete hijos de donna Isotta Malatesta de Rímimi, los siete con el brazo derecho más largo que el izquierdo.

—¡Mamá te manda afectuosos saludos! ¡Como hijo de cazador, puedes alternar con la aristocracia!

Esto dijo el mayor, *il duca Pandolfino*, dándole la mano a Paulos, quien sonreía pensando que si donna Isotta lo recordaba, es que lo había visto maniobrar en la calle con el cristal de aumento sujeto en la punta de una caña.

—¡No hay mujer que rechace la admiración! —se dijo Paulos.

Los Malatesta de Rímini, rama exiliada, se sentaban al amor del fuego. Mister Grig sacaba sus reservas de cerveza, y Paulos obsequiaba a los hermanos con las nueces que habían sobrado de la cena de César. Se lo dijo.

—Estas nueces las casqué y limpié para cena del César Julio, el cual, con la prisa de reconocer el terreno de la batalla y disponer en el campo las legiones, apenas si quiso probarlas. Se marchó en su Primaleón, cantando octavas del Ariosto: *veddi negli occhi miei tende latine*, y otras.

—¡Un caso de conciencia, signor Paulos Expectante! Como es notorio, descendemos de Escipión el Africano. Por fidelidad a la estirpe latina, debíamos servir bajo César. Pero ¿le gustará eso a la sombra invicta de nuestro progenitor? En la duda, optamos por servir bajo Arturo, rey de Bretaña, *perpetuus et futurus*, que por hallarse estos últimos tiempos en figura de cuervo, es como salir a la batalla en juego de francotiradores.

—¿Habla? —preguntó el menor de los Malatesta.

—¡Dice «¡eras!» en siete tonos!

Cada hermano Malatesta intentó decir «¡eras!» en un tono diferente y lo lograron. Mister Grig aplaudió, afirmando que se trataba de una experiencia muy interesante, que recogería el día en que en su oficina de Londres se dedicase a inventar *puzzles* sonoros. Paulos advirtió que no había presentado mister Grig a los hermanos Malatesta, y lo hizo ahora, subrayando que se trataba de un guerrero anglosajón, de los primeros que desembarcaron degollando celtas en la Gran Bretaña, y que se había convertido en cliente del rey Arturo, y de paso al celtismo, tanto lingüístico como histórico y religioso, porque el señor de la Tabla Redonda, ayudado por Merlin y Taliesin, lo había salvado de la serpiente de dos cabezas. Y que acudía a la batalla con un ingenio que se llama rompecabezas, en parte por probarlo, y en parte porque estaba viudo de una hermosa doncella de Gales.

—Viudo, lo que se dice viudo, no, corrigió mister Grig. Era un hombre alto y delgado, que vestía a lo Sherlock Holmes, y se abrigaba con un macferlán a cuadros rojos y verdes. Largos mechones de pelo pajizo le salían de debajo de la gorra visera, y muchas veces sonreía sin motivo, mostrando, como todos los nerviosos, las encías, por lucir dos dientes de ágata muy bien labrados, de ágata marrón y carmesí, de Anatolia. Tenía las manos inquietas, y por mantenerlas entrenadas en las habilidades que su oficio exigía, estaba siempre enhebrando agujas a ciegas, o en una moneda hanseática, un ángelus con bordillo, haciendo rodar una gota de azogue alrededor del perfil del galeón.

—Sucedió que la noche de mis bodas con lady Catalina Percy, que habíamos llegado al casorio por lo aficionada que ella era a los *puzzles*, y yo se los hacía difíciles, quise obsequiarla con uno, que consistía en pasar una bolita por un arco, y ya pasada hacerla retroceder, y la bolita cerraba la puerta de doble hoja del arco, y con nuevo impulso subía tres escalones, y si se acertaba con el resorte que había en el tercero, sonaba un timbre, y la bola, en disparo perfecto, entraba en la torre ante la

mirada estupefacta de los *beefeaters*. Todo lo monté en un tablero de cuarenta por sesenta, y la torre estaba embanderada. ¡No me lo imaginaba!, yo estaba en camisón, sentado en el borde de la cama, y Catalina, pese a mi insistencia en que acudiese a cumplir el débito conyugal, me decía que mientras no lograra el salto del escalón que no se quitaba las enaguas. ¡Ah, el poder de la imaginación, amigo Paulos, que bien conozco el de la tuya, pues que me estás imaginando! Catalina Percy, empecinada, impulsaba la bolita con el arte de su mano, pero también con el ansia del alma por acertarla, ansia que pasaba a la bolita, de tal forma que ella llegaba a ser parte de la bolita, o la bolita misma. Se entregó tan apasionadamente en un lance, fue en él tan en uno con la bolita, se inclinó tan propicia sobre el tablero, impulsó con tanta voluntad la bola, que golpeando el resorte, sonando el timbre, Catalina y la bolita a un tiempo entraron por la puerta de la Torre de Londres, la del puente levadizo junto a la pared donde está la placa de los cuervos. Los *beefeaters* cerraron la puerta. ¡Cuánto no llamé por Catalina, que encerrada en una celda no me oía, y si me respondía yo no la oía a ella! Lo primero que hice fue escribir una carta al lord canciller. Se hicieron averiguaciones en la torre, y efectivamente, en una celda del sótano estaba prisionera lady Catalina Percy. Y como nadie sabía cómo había entrado allí, ni el porqué, nadie la podía dejar salir. ¡Que se licenciase de prisionera de la Torre por sus propios medios! Hace de esto doce años, y ahora tengo ya a punto un juego, que comienza en un hilo que le mandaré en un bocadillo de queso a Catalina, y dicho hilo hay que pasarlo por un espejo, y agarrándose a él Catalina se mete en el espejo, que es un juego también con resorte, en el que al final aparece un ratón comiendo el queso del susodicho bocadillo. Llega la camarera a barrer, o a vaciar la palangana, y se asusta al ver al ratón, el cual huye en el espejo, es decir, con el espejo que guarda a mi Catalina, y me la trae.

—¿No habrá mayores complicaciones? —preguntaba Paulos.

—¡La única posible es que al romper el espejo para liberar a la Catalina, esta haya cristalizado y rompa también! ¡Sería una pérdida, porque en lo pequeña que es, lo tiene todo!

Los Malatesta se durmieron, y Paulos quedó en despertarlos cuando por la mañana volase en la Garganta el rey Arturo, en figura de cuervo. Los Malatesta, unánimes, soñaron con lady Catalina Percy, con la que se escondían en el espejo, comiendo, en sus hambres atrasadas, el queso del bocadillo, dejando solamente unas migajas para el ratón. Lady Catalina dejaba caer las enaguas, y a los Malatesta de Rímini se les erizaba el pelo de las redondas barbas.

Era el séptimo día. Paulos desplegaba ante su vista la llanura de la batalla. Tenía que recordarla en su integridad, como si la viese desde el cometa mismo influyente. Le preguntarían por el rostro grave del rey Arturo, por la mocedad impaciente de David, por la serenidad imaginativa de César. Sería conveniente que se acercase a donde el rey Asad yacía, muerto. El cadáver, destrozado al caer en unas rocas, lo

devoraban los buitres. Fue el propio Paulos quien sugirió que los tambores de las armadas los asustasen, y cubriesen su cuerpo con una lona, hasta que llegase la reina Zenobia a reconocerlo. Hacía memoria ahora Paulos de que nunca le había dicho a su ciudad el nombre del rey enemigo, Asad Tirónida. Lo encontraba pequeño y barrigudo, con la nariz aplastada por la práctica del boxeo, que allá es moda, en su reino. Lo único que tenía de particular aquel cadáver era que en el brazo derecho, en el codo, tenía una segunda mano, una mano infantil. Pero Paulos tenía que dar otras señas de Asad, tenía que hacerlo alto, ancho de hombros, la nariz aguileña de los condottiere, las piernas enarcadas por el ejercicio de la caballería desde la niñez, y bajo la frente, abultadas y pilosas cejas; pilosas tanto, que cuando Asad salía de caza se afeitaba la derecha, que semejante a zarza le quitaba media visión y le perjudicaba la puntería. Los ojos negros, la boca sensual, la dentadura luparia, prontas la ira y la risa displicente en el consejo y teatral en las horas de embriaguez, se presentaba como un enemigo temible. Su caballo negro estaba recubierto con plaquillas de azabache, que es minero recio.

—¿No le tuviste miedo? —le preguntaba María, sentada a sus pies, curándole con agua desinfectante, y pintándole luego en ellos un pájaro con las alas abiertas en el vuelo, con tintura de yodo sobre unos arañazos en la rodilla izquierda.

—Fue, María querida, que vino una flecha de través, y yo la golpeé con mi espada cuando venía camino de mi corazón, y la hice caer al suelo, pero no pude evitar que el alambre espinoso que sujetaba a popa las plumas me rozase la rodilla izquierda.

María le hacía beber la leche recién ordeñada, como todas las tardes, y se iba de puntillas cuando Paulos, fatigado de las largas jornadas militares, se quedaba dormido en su sillón favorito. En el cráneo de Mistral, María había colocado unas camelias rojas.

III

PAULOS no quería retirarse del campo de batalla sin despedirse del César Julio, y se preguntaba por dónde andaría. Quizá Marco Antonio y Octavio hubiesen subido desde Roma a recogerlo para enterrarlo definitivamente. Paulos pensaba que su ciudad debería contribuir a los gastos del sepulcro, de mármol con láminas de bronce con las batallas de Alesia y de Munda de la Bética. ¡A lo mejor César había ido a dar, antes de que le echasen tierra, un vistazo a los olivos andaluces! Paulos, fatigado, hambriento, ya no encontraba en sí fáciles las jugosas invenciones, y apenas si sabía comenzar las historias, de cuya maraña no salía. Se le ocurría ahora que lo mejor sería mandar un parte por la posta, diciendo que Asad Tirónida estaba muerto, que la ciudad ya no pasaría más apuros, y que era la ocasión de repasar el puente, quitando la hiedra de los tajamares. Y que ya diera él las gracias a Arturo, a David y a César, los cuales no querían que se divulgase la nueva de su intervención, que no los dejarían tranquilos las grandes potencias, buscando su alianza, o convocándolos para las conferencias mundiales. Tenía deseos de ver a María, de tomarla de las manos, de escuchar reír. Le apetecía la leche tibia de las tardes. Recordó el aroma del pan recién salido del horno, y también que al subir al segundo piso izquierda en Camelot, le había llegado el de unas hogazas calientes. ¡A lo mejor amasaba dama Ginebra, con las mangas de la blusa remangadas! Le venían al magín a Paulos imágenes de la vida real, que borraban las posibles fantásticas. Paulos, silencioso, en la noche lluviosa, llegaría a su casa. Llamaría por Claudina, pero aparecerían las dos, tía y sobrina, medio dormidas aún, restregándose los ojos, sujetándose las faldas, encendiendo luces, preguntando si el señorito había cenado, calentando el caldo de repollo que había sobrado del almuerzo, batiendo huevos para una tortilla, poniendo en la mesa la rueda del dulce de membrillo, medio pan, la jarra verde con el vino nuevo, que ya iban tres días después de San Martín. Permanecería Paulos en la casa, sin decir a nadie que había regresado, sin ir a cobrar el mes de astrólogo ni las dietas de campo. Al caer la tarde llegaría María, y hablarían de la boda, para cuando pasase el tiempo de adviento. Aunque quería evitarlo, se le metían entre las figuras cotidianas las antiguas y lejanas, o simplemente de ficción, y si pensaba invitar al signor Calamatti a su boda, se preguntaba por qué no también al hondero David con Micol, o a mister Grig, que ya habría sacado de la prisión de la Torre de Londres a lady Catalina Percy. Y amando a María, no por eso descuidaba de inventar unas miradas furtivas a Micol, correspondidas por los ojos negros, o a lady Catalina, correspondidas por los ojos verdes.

Se sentó a orillas del camino, en un banco de piedra que hay junto a la que llaman fuente del Segador, envuelto en su capa; el caballo ya lo había devuelto al bodeguero, y no más soltarlo en la Garganta salió, como era de esperar, con su trote corto, tosiendo, pero alegre, camino de casa. Paulos llevaba los pantalones rojos, que se había puesto para imitar a César paseando en los cuarteles de invierno, que muchas

veces el joven astrólogo no podía imaginar si no tenía prendas de presente que le fijasen los linderos del despliegue de la fantasía. A veces tenía a mano una copa, o una cometa de papel, unos estribos, un papel, un sobre muy sellado y lacrado, que contenía una carta tan secreta, que el papel en que venían las noticias estaba en blanco. Un zapato de mujer, unas tijeras, un puñal, el antejo de larga vista... Cosas que, yendo contándose a sí mismo los mayores sucesos de su tiempo, y aun de los antiguos y de los futuros días, le servían para probar que lo que se contaba era verdad, y las gentes tenían existencia real.

—Este zapato de mujer lo perdió dama Isolda, corriendo por el jardín a esconderse en la rosaleda, cuando le llegó la noticia de que don Tristán iba a dar un concierto de arpa para que prendiese un rosal que había traído de Francia, y que lo injertaran el día anterior, y se llamaban aquellas rosas rojas *Comtesse du Châtelet*. Tanto se escondió doña Isolda, que el perro que encontró el zapato, no hallando a la dueña, me lo trajo a mí, porque le habían llegado noticias, por otros perros, de que yo viajaba mucho...

Y mostraba el zapato de Isolda a María, y si Claudina y Melusina lo encontraban solo en el salón, acariciando la punta del zapato, les contaba la fábula a ellas, que se maravillaban de aquel pequeño zapato de una reina, un zapato como de muñeca, y les hacía creer que brillaba en la oscuridad si lo calzaba la que fuera su dueña, para que pudiera reconocerla su amante entre mil damas encapuchadas, esparcidas por una tormenta por las costas de Cornualles o de Normandía.

Otras veces, lo que se contaba no eran historias tan poéticas, sino sucesos políticos, la caída de Constantinopla, y crímenes, que le salían muy bien los dramas con venenos y de celos.

—¡Lo sabes todo desde Adán y Eva! —le decía María entusiasmada, cuando Paulos le acababa de contar la tragedia de Otelo.

—¡María, que te acabo de contar la muerte de la hermosa Desdémona!

Y María olvidaba su entusiasmo, dejaba de aplaudir, y se arrodillaba a rezar un padrenuestro por el alma de la señora Desdémona. Paulos se levantaba, abría el armario, y le mostraba a su novia el pañuelo rojo.

—¡He podido rescatarlo!

Y lo mismo ante los cónsules, echando en la mesa el cangrejillo para probar que el río había vuelto a la fuente maternal.

—¿Su señoría es el astrólogo Paulos, que vio el unicornio?

El pastor estaba ante él, con el gorro de piel de cabra en la mano, ofreciéndole de su rebanada de pan moreno y de su queso curado. Era un hombre de mediana edad, que se dejaba la barba probablemente para taparse aquella gran cicatriz que le bajaba del mentón al cuello, lo que no lograba. Tenía una nubecilla en el ojo izquierdo.

—¡El mismo!

El pastor le prestaba su vaso de cuerno, para que Paulos pudiera beber de la boca alta de la fuente, que estaba sin caño.

—Son dos manantiales diferentes, y el de arriba es más fresco y sabroso.

Se sentó, medio arrodillado, al lado de Paulos.

—¡Me alegré cuando me dijeron que Su Señoría había visto el ciervo del único cuerno! ¡Mi padre lo vio también, hace más de cincuenta años, y lo contó, y fue tenido toda la vida por embustero! Ahora, así que haya metido el rebaño en los pastos de invierno, he de ir a la ciudad a que me despachen un certificado diciendo que mediado el otoño se ha visto el unicornio por este paraje, y le pondré en un marco con cristal en la tumba de mi padre en el cementerio de la Selva, como prueba de que no mintió.

—¡Un buen hijo! —comentó Paulos.

—¡Un hijo respetuoso! —subrayó el pastor.

Y se fue dejándole a Paulos la rebanada de pan moreno, el codo de queso curado y el vaso de cuerno.

El haber estado sentado al sol en la fuente le había quitado el frío, y reemprendió camino hacia la ciudad, comiendo el pan y el queso, soplando en el vaso de cuerno, que respondía, cuando acertó Paulos con la cantidad de aire y el lugar socavado del borde, como bocina. ¡Por lo menos la fábula del unicornio había serado para devolverle la honra a un pastor! Se lo decía a sí mismo, poniéndole el adjetivo para magnificarlo: «¡A un pastor antiguo!». Que esos adjetivos eran el complemento retórico de las fabulaciones, la gracia de la narración ante un público absorto.

Se olvidaba de todo lo acontecido, soñado e imaginado, alrededor de la batalla y del cometa influyente, menos de la sombra de Julio César, que pretendía reconocerla en todas las sombras, en la que daba un alto monte sobre el valle, o en la de un roble aislado al borde del camino, pero no conseguía entablar nuevo diálogo con el César, y así no lo encontraba en las calzadas ni en los senderos.

—¡César, soy Antonio! —gritó en el último paso entre montañas, antes de entrar en el valle nativo, donde sabía que había un amplio eco.

El nombre de Antonio fue repetido con voz que semejaba el trueno, y se alarmaron los milanos que se soleaban en las rocas.

Acabada la experiencia, por nada acuciado, Paulos encontraba la soledad, y se entristecía en el regreso al hogar, en vez de alegrarse. Se detuvo de nuevo, ahora junto a una higuera, por ver ponerse el sol y volar las hojas coloreadas de los viñedos, que se había levantado sur. Un zorro que salía del tobo se volvió a adentrar en lo oscuro, sorprendido del rojo vivo de los calzones de Paulos, sentado a una vara de distancia. Paulos se imaginaba ahora la ciudad desierta, aterradas las gentes por las noticias de la bajada iracunda de Asad Tirónida II. Los únicos que permanecían en las murallas, en el salido de la Batería, eran los Malatesta, con su largo brazo. En la plaza, junto a la fuente, estaba el cadáver de María. Había sido sorprendida con un brazado de camelias en los brazos, que habían caído en el pilón, y de vez en cuando el agua arrojaba una de las camelias al borde, y la echaba fuera, de modo que con un puñado de agua venía a dar en el rostro de la niña. Y Paulos no lloraba, no podía ni

sabía llorar. Sin darse cuenta, pasaba a imaginarse una vida nueva, sin María, sin ciudad, lejos de todo recuerdo, lejos de todo deseo, apático, estudiando la ciencia que enseña a no soñar, que tiene que haberla, que acaso la conociese aquel Avicena, que ahora Paulos no sabía muy bien si eran uno mismo el gran médico persa o el paje de pomadas contra las almorranas del rey Arturo de Bretaña.

Y todo lo que se le acordó a Paulos en aquel momento de destrucción fue la bolsa de cuero de venado con su dinero, con el dinero de la venta de las acciones de la Compañía de Indias, que era como vender veleros de tres palos; con el dinero heredado de su padre y de su tío Fagildo, con las monedas ahorradas de su sueldo de astrólogo y de la venta de los conejos criados en casa por Claudina, y de las castañas y manzanas. ¡No darían los bárbaros invasores levantinos con su calcetín! Se lo dijo a sí mismo, se vio llegando a casa, buscando debajo del colchón, encontrando la bolsa, poniéndose a contar las monedas. Se había vuelto, en un repente, avaro, y quería esconder las monedas en los ojos, en las orejas, en la boca, en las horas del reloj, en el espejo. Se decidió, y echó a correr hacía el río, a saltar la paredilla de aquel huerto, por ver si llegaba a tiempo de alcanzar la barca de las seis, si es que con la invasión todavía seguían los horarios fijos. ¡Sí, pasaría la noche contando los cuartos, acariciándolos, disfrazándose para pasar desapercibido!

Inició la carrera, eso sí, pero a los tres pasos justos ya estaba muerto. No llegó a apoyar la mano en aquella piedra verde de la paredilla que había contemplado un instante antes de la arrancada. Estaba muerto. Una de las razones de su muerte fueron los pantalones rojos que Julio César usaba en sus cuarteles de invierno. ¡Pantalones de extranjero! Otra de las razones, y quizá la principal y primera, fue que había dejado de soñar. Que ya no soñaba, y entonces ya no era Paulos capaz de volar en el espacio en busca de tiempos y rostros idos y futuros, Paulos el soñador, sino un joven rico y ocioso, como cualquier otro, en una ciudad provinciana.

Con una sombra de tristeza en sus rostros lo contemplaban los tres reyes, David, Arturo y Julio César que, de pie junto a la higuera aparecían sorprendentemente jóvenes. Desde la ciudad venía volando una paloma mensajera, por ver si había llegado hasta el lugar de la muerte el lamento desesperado de María. Al pasar sobre las terrazas, había degollado los lirios tardíos y deshojado las rosas de otoño.

SEMBLANZAS Y NARRACIONES BREVES

LA OTRA GENTE

Mis amigos Antonio Odriozola y Francisco F del Riego recogieron los más de los retratos que componen este libro, y que andaban dispersos por periódicos y revistas. Sin su ayuda, la cosecha, y también la selección, no hubieran sido posibles. Por ello quiero que figuren aquí los nombres de ambos, a los que doy las gracias, y a quienes dedico este haz de invenciones.

A. C.

CARTA QUE EL AUTOR ENVIÓ AL DOCTOR DOMINGO GARCÍA-SABELL CUANDO ORDENABA ESTE LIBRO

Mi querido Domingo: Una vez escribiste de mí que cuando yo llegaba a donde estabas, y me acercaba a ti o a otros, parecía que yo venía de muy lejos, algo desnortado, y tardaba en darme cuenta de que tú eras tú, y también de dónde me encontraba. Cuando tú lo dijiste, cierto será. Pues bien, yo podía responderte que venía de estar con estos, de los que cuento en las páginas que siguen. Ahora bien: ¿hubo estos, los hay? Alguien podría contestar que no los hubo ni los hay, ya que yo los saqué de mi imaginación. Y el tal daría por sentenciado el pleito, pero creo que tú no, y yo tampoco. Por lo cual te pongo estas letras, para que me ayudes a inquirir si hubo estos o no los hubo, y también si están parecidos en mis fábulas. Quiero saber si existe mucha diferencia entre lo vivo y lo pintado, o más claro aún: si estos míos son o no son gallegos, y qué es lo que predicán de lo gallego, si es que son de esta nación.

Porque yo terqueo que estos son retratos de gente de nuestra tribu, y que no podrían ser de otra cualquiera. Quiero decir que hay en ellos —es mi opinión— una onza en cada cual del ser gallego, y repartido entre toda esta gente está casi todo el andamiaje del gallego, están sus varas de medir el mundo, las vueltas de su imaginación, las reviravuelas de sus sueños y deseos, su calidad intelectual, el gusto de la sorpresa, la ironía que hace de un hombre, en un momento dado, un señor rey, y la humildad, la sabrosura de la pereza, el enfermar de lo que no hay, y el morir solo, con su manía, y dejarla en herencia, como un tesoro inencontrable... Podría seguir diciendo lo que yo creo que hay en estos, pero no me atrevo si tú no me ayudas con tu ciencia. Hay quien busca, y hace bien, saber cómo es el gallego desde otras realidades, que están más a mano, porque son el vivir cotidiano, pero yo agujereo en el gallego hasta dar con unas, otras, eras secretas. ¿Tengo razón cuando veo a unos ciertos gallegos arar en ellas, en pensar que aran de una manera que solamente se acostumbra entre gallegos? ¿Tiene el gallego una manera de imaginar que le es propia? ¿Sueñan, anhelan, se sorprenden, creen los gallegos de una manera diferente a los catalanes, por ejemplo? ¿Y yo mismo, el inquisidor, soy un gallego propio cuando cuento, medio creyente, medio embromante? Si todo esto fuese así, querido Domingo, si ellos fuesen de una manera de ser gallega, y yo dijese a la gallega, el que leyese este libro mío, ¿no sabría más de los gallegos cuando me hubiese leído?

Yo no puedo profundizar —*profundar*, esa gran palabra del barbero de sábado de Castelao— en el asunto, que no soy antropólogo, ni sociólogo, ni siquiera un *folklorista* comparativista, ni nada científico. Soy uno que anda entre estos nuestros, y cuenta. Entre unos que, pues te pregunto si los hubo, hay, o no hubo ni hay, es que ya no sé si los hubo o hay, y entonces, en mis dudas, termino por preguntarme —por preguntarte— si hubo o hay, o no, un Alvaro Cunqueiro. ¿Cómo podría saber yo tanto

de estos, si no los hubo ni hay, sino no habiendo sido, o no siendo? La cosa me parece peliaguda, y no te hago una pregunta, sino dos o tres. Cuando tengas algo de tiempo, respóndeme, que ya te darás cuenta de que ando bastante preocupado con este asunto, y quiero saber de *magister* si esta gente me salió parecida en el retrato, y si soy yo o no parte o compañía de ella, soñándome narrador de tanta vida y milagro, y si puedo contar todo esto, que casi es de *trasmundo*, ¿quiere decirse que yo acostumbre, aunque no me dé cuenta de ello, a pasar temporadas fuera del mundo, mirando e inquiriendo? ¿Inquiriendo el secreto, los secretos del ser gallego?

Un fuerte abrazo de tu siempre amigo...

SOMOZA DE LEIVA

AYER entré en una taberna en cuyas paredes colgaban doce estampas, impresas en 1899 en Berlín, en las que se contaba la historia de don Hernán Cortés y los amores del capitán con la lengua Marina. Y me acordé de Somoza de Leiva. Este Somoza de Leiva —Leiva está en un alto, entre castañares, en Tierra de Miranda— sirviera al rey en el regimiento de Otumba, y desde entonces, porque a cada soldado le habían dado un pliego con la historia de la unidad y lo había leído varias veces —y además era la única historia que había leído en su vida, aparte las coplas del crimen del correo de Andalucía—, le había entrado un grande amor por el señor marqués del Valle de Oajaca y sus andanzas mejicanas, y sabía todo lo de la Noche Triste. En Lugo compró esas mismas doce estampas que yo estaba viendo ahora en la taberna, y las tenía colgadas en las escaleras y en el comedor de su casa. Siendo yo mocito, fui allá a la fiesta de San Bartolomé, y Somoza, que ya entonces estaba algo cojo por la mordedura de una nutria en el vado de Sigueiro, me leía el texto de cada episodio, y siendo bilingüe la literatura a pie de estampa, me admiraba, que yo leía la parte francesa.

—¡Mira qué piernas más robustas!

Y guiñándome un ojo me mostraba las piernas de Marina, blancas y redondas. Marina se estaba mirando en un espejo que le regalara el señor capitán.

Somoza era memorialista, perito agrónomo de afición y picapleitos. De una estancia en Baños de Molgas, queriendo sacudirse allí un reuma que él atribuía al diente de la nutria, trajo a Leiva un perro raro, la capa amarilla con manchas negras, bragado en blanco, y que orinaba levantando ambas patas traseras, en raro equilibrio sobre las delanteras. Era un perro triste y callado, que comía las manzanas caídas en el prado, y si escuchaba zumbar las abejas, se ponía a pararlas, agachado, como si fueran perdices.

—¡Ese perro no vale nada! —le dijo mi primo de Trasmontes a Somoza.

—¡Pues es el perro propio para un letrado! —respondió este.

Y le explicó a mi primo que era el más inteligente de los perros que nunca conociera, y que para un abogado famoso, no tendría precio.

—¡Es un perro que solamente le ladra a la parte contraria!

Si Somoza andaba corriendo con los pleitos de algún vecino, y llegaba alguien de consulta y el perro ladraba, era que el visitante venía, mañoso, suasorio, a enredar en el asunto. El perro daba los testigos favorables, y los contrarios o falsos. Nunca fallaba. Cuando el perro enfermó y cegó, Somoza lo llevó a Lugo al oculista de más fama, el señor Gasalla. Lo llevó metido en una cesta, muy envuelto en una manta zamorana. Iban por la plaza de Santo Domingo, y el perro, desde el cesto, ladró. Somoza se detuvo a ver quién pasaba por allí, y pasaba hacia la calle de San Marcos el guardarríos de Crescente, quien hacía un par de semanas le había puesto una multa.

Se me olvidaba decirles que el perro había sido rebautizado por Somoza con el

sonoro nombre de Moctezuma.

PONTES DE MEIRADO

CONOCÍ a Pontes de Meirado hace ya muchos años. Ya era Pontes un hombre maduro. Desde los diecisiete años fumaba en pipa y gastaba sombrero. Alto, delgado, moreno, siempre acatarrado, envolvía en una bufanda a franjas rojas y verdes el largo cuello, en el que le surgía una gran nuez, afilada y pilosa, siempre inquieta. Fumando, echaba humo sin cesar por la boca y por las narices, y aun creo que por las orejas y por los ojos. El sombrero quedaba allá en lo alto, envuelto en la espesa humareda. Y como de una honda cueva salía su voz ronca, opinando sobre los antípodas, en los que no creía, o describiendo la Chacarita de Buenos Aires, con la estatua de Carlos Gardel, un cigarrillo entre los dedos de la mano de bronce: un cigarrillo en el que el carmín de unos labios de mujer había dejado su huella. En lo que se refiere a los antípodas, el gran argumento de Pontes era lo que él llamaba «el desliz». Si un boreal se tumba y resbala buscando la Australasia, y un austral hace lo mismo buscando la Borealasia, llegará un momento en que las plantas de los pies de ambos se toquen. Estos dos serían verdaderos antípodas. Ahora bien, ¿se sabe de alguien que haya resbalado hacia arriba? ¡Nunca se dio tal caso! Esto, en las barberías y tabernas, era argumento de mucho peso.

Pontes aseguraba que en Buenos Aires asistiera a las conferencias de un alemán sobre el imán terrenal central, que tiene forma de pera y está en el corazón de la Tierra. Si fuese verdad lo del imán, explicaría el asunto de los antípodas. El imán, según el alemán, tardó ciertos siglos en formarse, y hasta que no estuvo bien empedrado, la Tierra, en su vuelo, iba dejando caer cosas desde sus partes bajas, que ahora mismo se podrían encontrar en otros planetas, verbigracia un cerezo en la Luna, o unas ovejas en Marte.

Pontes, que se llamaba Manuel, regresó a su aldea desde la Argentina a causa de una herencia, y estando en Meirado, en su casa, metido en cama por una gripe con altas fiebres, contemplando la higuera del salido, se le acordó una novia que había tenido en el Mar del Plata, que era una italiana que atendía por Virna Filossi, y no bien se levantó le mandó poderes a su hermano Adolfo para que se casase con ella en su nombre, y se la mandase a porte pagado en el primer barco, que antes de un año volverían a Buenos Aires. Pero a Adolfo, que era un pequeño sonrosado, sonriente y silbador, le gustó la novia de su hermano, tiró los poderes en la bolsa de la basura, y se casó él mismo con la calabresa. Pontes nunca se repuso del golpe, aunque al desaparecer Adolfo, tras comunicarle el suceso de la boda, se quedó con la parte de la herencia que le correspondía a su hermano. Me contaba a mí de los amores suyos con la italiana, en una taberna de Campo Castillo, comiendo ambos las primeras perdices de aquel otoño. Tomaba en sus manos, por cuello y patas, delicadamente, la perdiz, y suspiraba:

—¡Nunca hubo una traidora tan graciosa!

Y tras dudar unos instantes, clava sus dientes largos y espatulados en la pechuga

del ave.

Nunca más se supo, repito, del Adolfo y de la Virna. Yo le dije, por broma, que a lo mejor, no estando en lo suyo el imán central, caerían de la Tierra, descuidados en el viaje de novios, y estaban ahora de vagancia en la Luna.

—¡Ese viaje solamente yo sabría cómo hacerlo!, me contestó, muy en serio. Y del bolsillo de dentro de la zamarra sacaba un pañuelo blanco bordado con flores azules, regalo que en los buenos días de amor le hiciera Virna. Lo pasaba por las narices y por los ojos. Por las narices para mejor recordarse del aroma de la calabresa amante perdida, y por los ojos para secar las gruesas y amargas lágrimas.

PENEDO DE ALDUXE

CUANDO leí en lady Augusta Gregory que había la Capa de Oro, entre gaélicos relacionada con el mito de la Joya Jaspeada, yo ya estaba enterado de su existencia gracias a mi amigo *Penedo de Alduxe*, Pedro Anido García. A este, como al barquero Felipe de Amanda, navegante en el Miño superior, les debo mucho. Fueron mi escuela de bien contar, y si no adelanté más en el arte, culpa mía fue, que no de ellos. Penedo sabía todas las historias de Meira, desde las de los enanos de los abades de Santa María la Real hasta los herreros misteriosos de Pé da Serra, pasando por los tesoros escondidos en las lagunas que allí llaman *lamas*. Penedo sabía que la famosa capa de oro estuviera guardada en Meira durante varios siglos, y que habiendo desaparecido misteriosamente, no por ello había abandonado el país. Colgada estaría quizás en algún armario secreto, quizás soterrado, quizás sumergido, aunque no se pueda negar del todo la existencia de armarios voladores. Y como Penedo creía en la capa, llegó a verla.

Un día cualquiera se metió en cama, y soñó que lo rascaba en la espalda un enano del abad de Meira. Tanto soñara con los enanos de cámara del mitrado bernardo de Santa María, que los tenía siempre serviles y puntuales en la imaginación nocturna. El enano lo rascaba a dos manos, con los dos pulgares, que esta parece, a juzgar por las manos de rascar, de madera de boj o de abedul, corrientes en Galicia, que sea la cortesía del buen rascar, y no a la mangarra, como se rascan entre sí los maragatos. Penedo soñaba que el enano lo rascaba, y estando en lo mejor y más deleitoso del trabajo, se detuvo y se arrodilló.

—Y entonces, me contaba Penedo, desperté. El enano estaba arrodillado a los pies de mi cama. ¡Era como un perrito, fuera el alma, con unas bragas verdes y unos grandes ojos negros! Y yo le dije que hiciese el favor de seguir rascándome, que quería dormir un par de horas más, pero él no me podía rascar porque yo no estaba dormido. El enano me atendía y yo no podía seguir durmiendo. Y fue entonces cuando en la ventana apareció la capa de oro. Redonda como la luna llena, dorada brillante, mecida por el aire. Olía a incienso. El enano me hizo señas de que me arrodillase como él. La capa entró en la habitación, y venía pegada al techo, cuando súbitamente descendió y se posó en mis hombros. Como no quedara bien estibada, fui yo y le eché las manos, para colocármela mejor, y entonces la capa huyó...

—¿No dejó rastro?

Penedo metió la mano en un bolsillo del chaleco y sacó un librito de papel de fumar *Rey de Espadas*. No le quedaba ningún papel, pero entre las tapas aparecieron unos hilos amarillos, que me mostró.

—Al salir, enganchó en una rama de la higuera, y quedaron allí estos hilos. Un platero de Lugo me dijo que eran de oro fino, de la misma ley que las onzas de Carlos III.

La capa de oro en Irlanda, creen algunos que fue la de san Patricio, que la dejó para cuando resucitase en el Ultimo Día, en la amada isla. Otros, en cambio, aseguran que fue la capa del rey Nuga, que la ponía cuando había llovido durante varias semanas. Entonces las nubes, creyendo que salía de la misma tierra el sol irritado, huían hacia el mar, y soleaba en Erin y en todas sus colinas... Yo miraba con mucho respeto a Penedo, el único mortal de nuestro tiempo en el que se hubiese posado la capa de oro de los santos y misteriosos abades antiguos. Lo miraba con respeto, digo, sentados ambos en Pacios, en el puente, viendo pasar el río, las aguas verdes, verdes, sobre la milenrama que crecía feliz en el fondo.

LINAS DE EIRIS

YA he contado más de una vez de la fraga de Eirís, y de aquellos empinados caminos que al borde de ella llevan a lo alto, a los campos de Miranda, a los henares, a las abiertas bradas que dicen del rey. A una parte y otra de los caminos, brezales, ginestales, tojales espesos y abedules inclinados por el vendaval, el que llaman «viento de Meira», padre de grandes lluvias. En la bajada al regato Sareiro están las doce casas de Eirís, al pie del castro. La que está a la entrada de la puente es la de *los Liñas*; algunos le llaman todavía el Mesón, y quizás lo fuese en tiempos, en el camino real a Lugo. De la familia de los *Liñas* yo traté mucho al señor Ramón. *Los Liñas* todos son altos, esbeltos, rubios, los ojos claros. Hay mucha sangre sueva por allí. El señor Ramón era cazador y albeitar aficionado, muy dado a recetar sinapismos del doctor Winter y coñac *Tres Cepas*. Creía en las virtudes de la lluvia de mayo y en el cuarto creciente. También aconsejaba al enfermo que soñase que estaba sano.

—¡Sueña que sanaste y que me echas una carrera!

Y para dar ánimos al enfermo echaba a correr camino adelante, dando de cuando en vez una vuelta entera en el aire, como bailarín de mérito. Algunas veces, el enfermo soñaba lo pedido y sólo con eso ya sanaba. El señor Ramón cobraba en café, que le parecía más limpio que cobrar en dinero. Cuando reunía diez o doce kilos, se los vendía a los vecinos.

Un día en que iba hacia la feria de la Augaxosa, en el medio del camino el señor Ramón encontró un sombrero nuevo, un sombrero gris perla. Y no iba a dejarlo allí, en el lodo. El señor Ramón se quitó la boina, la metió en un bolsillo de la zamarra, y se puso el sombrero.

—Por aquello de la posesión —me explicaba.

Ya el primer día de uso, el señor Ramón se dio cuenta de que llevaba en la cabeza un sombrero poco corriente, caprichoso, especialmente en los saludos. Al señor Ramón se le antojaba quitarse el sombrero porque llegaba en su yegua el cura de la Muxeira, y no podía arrancarlo de la cabeza. En cambio, pasó un tal Freixín do Marco, con quien el señor Ramón tuviera un pleito por una servidumbre de carro, y lo perdiera, y el sombrero se elevó solo sobre su cabeza. Freixín miró para el Liñas y, burlando, le dijo:

—¡No sabía que fueras tan humilde, hombre!

El señor Ramón se puso colorado y bajó la cabeza. ¡Cabrón de sombrero! Tampoco pudo Liñas saludar a mis parientas las señoritas de Rancaño, que estaban comprando unas roscas borrachas de Ribadeo. Pero el sombrero saludaba por su cuenta a los pobres de pedir.

—Eso me era igual —comentaba Liñas—, que un pobre, después de todo, es como un santo.

Ya en la casa suya, en Eirís, Liñas colgó el sombrero en el reloj de pared, y al colgarlo se le escapó preguntarle:

—¿Y quién sería tu dueño?

El señor Ramón se dio dos golpes con el puño cerrado sobre el corazón. Era un gesto muy suyo.

—¿Le contestó?

—¡Claro, y en castellano! «Soy del secretario», me dijo.

Y no pasó más. Pocos días después, el señor Ramón se dio cuenta de que el sombrero, al atardecer, salía a dar un paseo. Iba por los prados y por la huerta, despacio, volando lento y bajo, y terminaba posándose en la rama de un manzano o de un cerezo. Visto todo esto, el señor Ramón no se atrevía a ponérselo, pero cuando estaba durmiendo en su ancha cama, por viudo solitario, el sombrero se descolgaba de su percha e iba a posarse en el rostro de Liñas. El sombrero, a creer al señor Ramón, venía lleno de un aire caliente que casi lo ahogaba.

—¡Ya me cansas! —le dijo una noche el señor Ramón al sombrero.

—¡Pues me voy! —respondió este.

Y se fue. El señor Ramón corrió tras él hasta la puerta de la casa. El sombrero iba como a tres varas del suelo, medio ladeado.

—Como si un tipo alto lo llevara a lo chulo.

En el cruce pareció que no sabía qué camino tomar, pero al fin tiró por el de Meira.

Esta historia del sombrero me la contó el señor Ramón en confianza, y con promesa mía de que nunca la llevaría a los papeles. Hará treinta años de esto. Era por julio. Estábamos junto a la presa del molino, sentados en los lavaderos. De vez en cuando, una manzana caía al agua.

PENEDO DE RÚA

TUVE que hacer una recomendación a favor de un nieto de Penedo de Rúa. Y con el nieto recordé que Penedo hablara una vez con un cuervo.

—¡No te fíes de tu abogado! —le dijo desde un mojón un cuervo a Penedo, que estaba sembrando.

Y precisamente Penedo desconfiaba algo de su abogado, que le parecía que el tal tenía muchos miramientos con la parte contraria. Penedo se rascó la cabeza.

—¿Y del juez? —le preguntó al cuervo.

El cuervo batió alas, pero no se movió del mojón. Con su voz agria comentó:

—¡Hay jamones que vuelven un pleito!

Penedo, al día siguiente, aparejó la yegua y viajó a Lugo. Dejó la bestia en la cuadra de una posada, sin pararse a matar el gusanillo fue a ver a *Pepe Benito*, a don José Benito Pardo. El gran jefe de los lugueses lo miró con aquellos sus ojos vivos y burlones, y sonrió:

—¡Es un cuervo bien listo ese cuervo de Rúa!

—Sí, señor, que adivinó que yo andaba en pleitos. Pepe Benito se hizo cargo del pleito de Penedo, lo llevó con la ciencia precisa, y lo ganó.

—Ahora —le dijo a Penedo cuando le fue a pagar y dar las gracias— debías buscar al cuervo, y darle por lo menos una medida de trigo.

Penedo anduvo por todos los sembrados gritándole a todo cuervo que encontraba que había ganado el pleito, por ver si daba con el consejero de la negra pluma. En la aldea, en Rúa, creyeron que Penedo, con el entusiasmo del triunfo judicial, se volviera loco. Pero Penedo era hombre agradecido, y quería darle al cuervo el medio ferrado de trigo, según le recomendara don José Benito Pardo. Por fin, un día, en una tierra holgando, en uno de aquellos oteros de las riberas del Lea, cereales en lo alto y pratenses abajo, paraíso de la abubilla que grita ¡Up, up!, feliz en los mayos, comiendo los primeros grillos que salen a cantar en los alegres mediodías, un cuervo respondió a su grito.

—¡Gané el pleito! —gritó Penedo.

—¡Enhorabuena! —respondió el cuervo.

Penedo le dijo que si estaba allí al día siguiente que le llevaría trigo. El cuervo aseguró que sería bien recibido. Cuando veinticuatro horas después le fue a llevar el grano prometido, el cuervo le dijo a Penedo que le apetecía algo de bizcocho, si le quedaba del almuerzo del patrón.

—¡Y ya podías comprarme una montera para el invierno!

Penedo era muy agradecido. Penedo bajó a Mondoñedo y fue a ver al señor Domingo, el sombrerero de los soportales de la plaza. Este le hizo una montera para el cuervo, tomando las medidas a una paloma. Una montera forrada y con cinta de lentejuela.

—¡Va a lucir mucho! —dijo el sombrerero.

—¡Es un cuervo muy humano! —comentó Penedo.

Penedo le llevó la montera al cuervo, y este, en agradecimiento, así que la tuvo en su poder, y le sentaba muy bien, le dijo:

—Tienes que ir a buscar un tesoro que hay en Braña.

Y Penedo fue a Braña, y entre dos robles, encontró una pieza de metal, que nadie en la aldea sabía de qué máquina fuese, ni para qué servía. Hará de esto unos ochenta años. Penedo llevó la cosa a la feria de Villalba, para enseñársela a un amigo que tenía, relojero.

—¡Un pedal de bicicleta, hombre!

No había todavía ninguna bicicleta en el país. El pedal estaba nuevo, brillante. El relojero tuvo que explicarle a Penedo lo que era una bicicleta.

—Pero ¿es un tesoro o no? —preguntaba Penedo.

—¡Hombre, un tesoro, un tesoro, quizás no lo sea, pero ser, ser, es un misterio!

Penedo lo envolvió en un pañuelo y fue a enterrarlo, en Braña, en el lugar donde lo había encontrado. Murió poco después, sin haberse enterado del todo de cómo era una bicicleta, y cómo podía tenerse un hombre en aquel artilugio de dos ruedas, y correr. Enterraron a Penedo, como a todos *los Penedos*, en aquel pequeño camposanto de Rúa, que casi lo cubre por completo el tejo que ha crecido junto a la puerta.

LOUZAO DE MOURIDE

ME titulaba de pariente suyo este Manuel Costa, alias Louzao de Mouride, porque los dos nacimos a las ocho de la mañana de un veintidós de diciembre, bajo el signo de Capricornio. Me mostraba una hoja de almanaque y se atenía al horóscopo que allí venía.

—¡Mucho me gusta esto de que tendremos grandes triunfos en la diplomacia! Y diciéndomelo, se palmeaba las mejillas.

A los quince años emigró a Buenos Aires y entró de pinche en una tahona. Al poco tiempo dominaba el arte de la *pizza* napolitana, y había dado con el punto del orégano. Muy apreciado en la casa por su humildad, casó con la hija más joven de la tahonera, una morena llamada Vittoria.

—Si algún día escribes mi historia —me pedía Louzao—, le pones a Vittoria dos tes.

Y se las pongo: Vittoria. Pasaron muy requetebién los primeros meses de matrimonio. La Vittoria peinaba a Louzao con un fijapelo que olía a fresa, y le cantaba canciones napolitanas. Un día, Louzao se encontró mal en la tahona, y pidió permiso para ir a echarse un rato a su cama. Vittoria había salido. Louzao durmió una hora, y al cabo de ella lo despertó la llegada de la mujer. Venía vestida de bombero. Vittoria confesó: estaba apuntada como bombero en Los Toldos, y tenía servicio martes, jueves y sábado. Allí creían que era un hombre, y le llamaban Gasparo Ponti. Cobraba soldada, y tenía un carnet con tapas de hule rojo.

Vittoria le explicó al estupefacto marido que nada le gustaba más en este mundo que contemplar un incendio, y después de ver llamas, lo que más le apetecía era vestirse de hombre. En un baúl del que siempre tenía las llaves, guardaba media docena de completos masculinos. Louzao quiso impedirle a la mujer aquella diversión, pero ella se opuso. Por poco no le rompe una silla en la cabeza.

Louzao lo contó en la tahona, y la mujer se cabreó y se fue. Louzao se quedó junto al horno, sentado en una banquetta, llorando, con el pequeño Miguel Ángel, que tenía ocho meses, en los brazos. Vittoria había desaparecido con el baúl con los trajes masculinos, y Louzao nunca más volvió a saber de ella. Ya no estaba en los bomberos de Los Toldos, ni en ningún reparto de la capital, aunque era cosa segura que estaría en algún cuerpo de bomberos de la República.

Louzao, entristecido, decidió retornar a Mouride, y le compró a su hermano Pedro la mitad del molino de Seixos. Pagaba puntualmente la suscripción a dos periódicos de Buenos Aires.

—Por los incendios de allá —explicaba.

Y esto era lo que leía en ellos, solamente los incendios, por ver si en alguno aparecía nombrada Vittoria, con dos tes. La mujer, en su imaginación, había llegado a tener el aspecto de una diosa apagafuegos. Si había un incendio en Betanzos o en Vigo, Louzao comentaba:

—¡Si aparece allí mi Vittoria, lo apaga en un vuelo!

Pasaron años. Miguel Ángel ya tenía los dieciocho cumplidos. También era Capricornio, como servidor y como su padre, y por tanto, según las estrellas, le esperaban grandes triunfos en la diplomacia. Era un tontito, con grandes ojos negros. Cuando bajaba con su padre a Mondoñedo, yo le regalaba un palo de regaliz, cogido en la botica del mío. Miguel Ángel babeaba amarillo media hora. Un día Louzao recibió noticias de Buenos Aires. Le escribía su cuñado Francesco Luigi, quien le anunciaba el envío de un baúl, al tiempo que le daba el parte de que Vittoria muriera tísica. Llegó el baúl, y todos los Louzao estaban presentes cuando Manuel lo abrió. Ropas de mujer, unos paquetes de hierba mate, un revólver, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* de Blasco Ibáñez, cuatro o cinco pantalones de hombre, y el uniforme de bombero de Los Toldos, y el casco, el hacha y el cinturón de triple gancho. Miguel Ángel se echó a llorar al ver el casco, y no paró hasta que le dejaron ponérselo. Y ya no hubo manera de quitárselo. Iba a arar con el casco puesto, y a llevar las vacas al prado, las cántaras de la leche a la carretera, y a plantar o levantar las patatas. Le llegó la hora de ir al servicio, y lo dieron inútil. Pocos meses después se nos murió. El padre, compasivo, lo dejó ir en la caja con el casco puesto. En una placa de latón dorado se leía: «Bomberos de Los Toldos. 1.ª Escala».

MEL DE VINCIOS

CUANDO escribí mi *Escuela de curanderos*, se me olvidaron Mel de Vincios, Pita de San Cobade, y un discípulo de Mel, un tal Lousas, que no sé si vive o murió, y fue quien me contó de su maestro, que yo no lo he conocido. Mel de Vincios, que era de Oseos —de donde fue el marqués de Sargadelos—, era un tipo alto y delgado, y con barba que le llegaba a la cintura. Cuando a finales del siglo pasado un fotógrafo abrió estudio en Ribadeo, a algunos de sus clientes que tenían posibles, Mel los llevaba a que se retratasen, y unos sanaron y otros mejoraron mucho de sus dolencias. Echaba pequeños demonios de los cuerpos de las gentes, solamente con nombrarlos en voz alta: nombre, apellidos, grado y apodo. El demonio, que estaba dentro del hechizado, pataleaba y escupía.

—Mel —me decía Lousas— seguía nombrándolo, y le daba al demonio patadas en la boca.

—¿Al demonio?

—Bueno, alguna patada también le caía al enfermo...

El demonio terminaba por irse, dejando al cliente de Mel tranquilo. Parece ser que todo el secreto de la echada del demonio consiste en saber el nombre del que nos habita. Una vez que se propala que el demonio Fulano está en el cuerpo de Zutano, el cornudo no tiene más remedio que irse.

En huesos, Mel era muy competente: le contaba todos los huesos al enfermo y comprobaba si estaban o no en su sitio antes de ponerse a trabajar. Un hueso a veces no está en su sitio, a causa de que otro hueso, en ocasiones bastante alejado, se ha desviado.

—Mel —me confió Lousas muy en secreto— sabía darle cuerda a los humanos. Lo mismo que se le da a un reloj. En realidad, si Mel no quería, uno no palmaba. Yo le pedía que le diese cuerda a Fulano, que estaba en las últimas, pero Mel no accedía.

—¿Quieres que le corrija la plana a Dios? —me preguntaba.

También se dijo por el país que Mel tenía el don de la ubicuidad, y que mientras estaba en Riotorto arreglándole a uno la clavícula o un codo, a la misma hora estaba a cinco leguas, en Trabada, escuchándole el vientre a otro.

—¿Está probado eso? —le preguntaba yo a Lousas.

—¡Cómo probado! ¿Y quién sabe los adelantos que va a haber?

Mel hablaba en verso muchas veces, y días enteros. Escribía crímenes para ciegos. Hubo un crimen en Tapia de Casariego, y Mel lo puso en verso, y al final, en seis cuartetas, daba las señas de los sospechosos, muy encubiertas, eso sí, y sin nombrarlos. El fiscal de Oviedo leyó el romance de Mel, estudió las sospechas, avisó a la policía que trabajase con ellas, y descubrieron al criminal. Mel fue a Oviedo cuando se celebró el juicio oral, y la gente lo aplaudió en la audiencia. Pasó cuatro días en la capital de Asturias, invitado por la acusación privada.

En los últimos años de su vida, Mel se retiró de la medicina y se dedicó a los

pleitos. Tuvo muchos, y perdió los más. Inventaba servidumbres, herencias, amenazaba con interdictos, solamente por discutir con los letrados, que dificultosamente se abrían paso en la selva jurídica creada por la imaginación pleiteante de Mel. Una tarde, regresando a su casa de Oscos, un vecino lo saludó. Mel, sin responder al saludo, le dijo:

—¡Dejo al notario Cuervo de Ribadeo sin sueño para un mes!

Ya muerto, lo vieron los vecinos de Oscos y los herreros de Taramundi pasear por los montes recogiendo hierbas. Con la misma gorra de visera, con la misma zamarra, y con su perro Ney, también difunto, parando unas perdices en las brañas del Prior. No se dio cuerda a sí mismo cuando creyó que le había llegado la hora.

NOVO DE PARMUIDE

ME visitó en mi casa de Vigo un sobrino de Novo de Parmuide, que iba a embarcar en el paquebote portugués *Santa María*. Le pregunté qué había de nuevo por su aldea, recordándole de paso que yo no iba por Xerás y Parmuide desde hacía más de veinte años. Se pasa el río por un puente de madera, y el camino entra en Parmuide por entre cerrados con grandes charcos en otoño e invierno, en los que flotan las hojas secas de los robles.

—¡Allí queda el columpio en el desván! —me dijo.

Novo, el tío, que en paz descansa, desde que en unas ferias de San Lucas en Mondoñedo o en un San Froilán de Lugo, siendo niño, vio por vez primera un columpio y unas lanchas voladoras, le entró el antojo de tener para sí ya el uno, ya las otras. Iba a cualquier fiesta, y todo el dinero que tenía había de gastarlo en columpiarse. Cuando regresó del servicio militar, que lo hizo en caballería de Farnesio, en Valladolid, trajo un columpio individual de cadenas, con asiento forrado de pana verde, del que colgaban unos cascabeles. Lo montó en la era, y todos los días varias veces se columpiaba. Echaba la siesta en el columpio, y cuando quería dar a alguien una prueba de amistad, lo invitaba a columpiarse.

Ignoro cuándo Novo se dio cuenta de que su columpio tenía propiedades medicinales, pero pronto estableció una amplia terapéutica columpiaria. Al principio, solamente curaba catarros con unas cuantas dosis de columpio, pero después Novo se fue ofreciendo, modestamente, para los dolores de cabeza, el calor del hígado, el insomnio, para las anemias que se llaman en gallego *o afríxo*, y para el raquitismo infantil, ya fuese de *ramo* o de *escrúpulo*, misteriosas diferencias patológicas cuyo alcance se le escapa al profano, y naturalmente a los médicos. Novo llegó a tener una buena clientela. Dejó la labranza a sus hermanos, compró un despertador de doble campanilla, y se dedicó exclusivamente al arte curatorio. Una vez, en la fiesta de San Pedro, en Riotorto, a la hora de los postres, con permiso de mi tío Sergio Moirón, en cuya casa comíamos, me llamó aparte. Quería que colaborase con él. Era el año 32, y yo acababa de publicar mi primer libro de versos.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté.

—Acertarme unas palabritas.

Este «acertar» vale por «aconsonantar». Yo, en la fatuidad adolescente, me enorgullecí suponiendo que había llegado hasta Parmuide la fama de mi pequeño libro de poemas. Novo quería que yo le escribiese unos versos y que le buscara unos latines —¡siempre las «divinas palabras»!— para recitar mientras columpiaba a los enfermos. Me explicaba que el columpio tenía de por sí virtud curativa suficiente, pero que él quería adornarse, que otros que curaban mucho menos tenían discursos científicos.

—Me parece —arguyó— que un soneto bien soltado da confianza al enfermo.

Me dejé convencer y le escribí dos cuartetas, y lamento no haberme quedado con

copia, y Novo de Parmuide las aprendió de memoria, lo mismo que un par de latines que encontré en Ovidio. La fama de Novo llegara muy lejos. En tiempo de luna llena, Novo columpiaba preñadas que, en su día, libraban muy bien. Le llegaban enfermos de Asturias, y una monja de Luarca, paralítica, salió del columpio por su pie. Era sevillana. Novo hizo algún dinero, se vistió de negro, y en vez de boina gastaba sombrero. Un día cualquiera estaba yo almorzando callos en Casa Paramés, en Lugo, y entró Novo.

—¿No sabe que ahora, para que nadie los aprenda, digo sus versos al revés?

Y de esto es de lo que se queja el sobrino de Novo de Parmuide, quien me asegura que si el tío le hubiese enseñado los versos y los latines, se hubiese quedado él al tanto del columpio, y no emigraría a Venezuela.

—¡Si supiésemos de dónde sacó aquellas palabras *de occultis*!

Y yo no oso decirle que las palabras *de occultis* fueron de mi magín, y no palabras secretas y mágicas.

Cuando Novo se murió, el columpio dejó de ser benéfico. Lo tuvieron en la era un año, pero después lo retiraron, que solamente lo usaban los niños. Está en el desván, cubierto de polvo, callados los cascabeles excepto que un ratoncillo loco corra sobre ellos. La viuda de Novo, que escucha el canto de los cascabeles, levanta la cabeza y se santigua.

LA CABEZA DE BOUSO

EN el *Times* de Nueva York leí que a un hombre de Chicago, por más señas hijo de italianos, lo operaron en la cabeza, y le encontraron un hueso raro y suplementario. Esto ya le pasara en mi provincia de Mondoñedo a un tal Bouso de Prado. El hueso del de Chicago era una especie de haba, li jada entre el frontal y un parietal. El de Bouso no se sabía de dónde procedía, porque lo expulsó por la nariz. Pero hay que contar la historia desde el principio. *Voici des détails exacts*. Bouso estaba en Villalba, en la feria, comiendo pulpo, y no tuvo más remedio que entrar en discusión con un vecino de mesa, que no era del país, alto, flaco, moreno. Después se supo que era un valenciano que había viajado a Galicia para comprar unas muías, que ya tuviera otras del país y le salieran muy pacíficas. Discutieron Bouso y el forastero la calidad del pulpo, y el valenciano, irritándose, dijo que los gallegos comían mierda, dispensando, y tiró su plato al suelo, y escupió en el de Bouso. Este se levantó y requirió su cachaba, pero el valenciano, rápido, le echó las manos al pescuezo y le sacudió violentamente la cabeza. Bouso sintió que dentro se le soltaban todos los huesos, que al desprenderse cantaron como cucharillas que hicieran fiesta dentro de un vaso de cristal. A Bouso se le nubló la vista y cayó en tierra. Tardó un cuarto de hora en volver en sí, y logró llegar hasta su casa. Pero tenía los huesos sueltos dentro de la cabeza. Los oía. Sacudía la cabeza, y también los oían los vecinos. La mujer lo llevó a que lo viese un curandero llamado Primo de Baltar. Tuvo que ir la mujer con él, porque a veces alguno de los huesos sueltos se le bajaba hasta un ojo y le estorbaba la visión. Bastaba, eso sí, con que le sacudieran la cabeza para que el hueso cambiase de lugar, pero se corría el riesgo de que otros huesos se echasen hacia delante, y lo dejaban ciego, hasta que la mujer lograba una sacudida propicia.

Primo de Baltar, que como componedor de huesos era muy estimado, le dijo a Bouso que lo primero era sacudirle la cabeza de manera que los huesos se fueran hacia atrás, donde estarían más cómodos. Seguidamente, y durante dos días seguidos, estando ambos sin comer, el científico y el enfermo, y sin beber, y descalzos, Primo le puso en la parte trasera de la cabeza parches de cera caliente, con lo cual, pasando el espíritu de la cera al interior, pegaba los huesos unos contra otros, y todos a lo que Primo llamaba «la bóveda de la campana», que la hay en algunas cabezas, y Bouso era de estos singulares. Los que soñando dormidos escuchan correr el viento, la tienen. Terminado el pegamento, Bouso y Primo comieron un cabrito y bebieron media cántara de vino. Primo cobró ciento veintisiete pesetas por la operación: las veintisiete pesetas eran de la cera virgen gastada. Bouso puso el cabrito, el vino, un queso, el pan, los cafés y el coñac. También le regaló a Primo una corbata con el retrato de Machado, que se la mandara un sobrino que vivía en La Habana.

Bouso quedó bien. La mujer, todos los sábados de Dios, le ponía un parche de cera en la cabeza, para asegurarle más los huesos. Pero, con todo, uno se soltó. No hacía falta verlo, que no se veía en las profundidades de la cabeza, para saber que era

como un cigarrillo, alargado y redondo. Bastaba con escuchar cómo se desplazaba. Bouso estaba podando distraído, y sentía venir el hueso desde atrás a golpearle en la frente. ¡Tac! Tuvo que volver a Baltar a que lo estudiase de nuevo Primo.

—¡Ese hueso te sobra! —afirmó el componedor.

—¿Cómo va a sobrarme un hueso? —se admiraba Bouso.

—Será el hueso del azogue, Bousiño. ¡Ese hueso les sobra a todos los que lo tienen!

Y Primo, en un cedazo pequeño, cernió tabaco de picadura mezclado con el de los pitillos que llamaban mataquintos, y le hizo sorber el rapé a Bouso. Le vinieron a este unos estornudos fuertes, muy de arriba, y al tercero salió el hueso; parecía de ala de pollo, muy limpio, blanquito.

—¡Parece que no es un hueso de hombre! —comentó Bouso.

—¡Por eso te sobra!

Primo dijo que lo mejor era enterrar el hueso, no fuese a haber epidemia, que los huesos del azogue, en ciertas épocas, son contagiosos. Bouso quedó curado. Le pesa la cabeza, atrás. Pero es natural, que tiene allí pegados los huesos todos.

EL PARAGUAS JACINTO

GUERREIRO de Noste iba por el monte, cruzando la sierra que llaman Arneiro, cuando se encontró con un hombre que llevaba un paraguas enorme, más alto que él, la tela de color ceniza. Guerreiro le dio los buenos días, y se admiró del tamaño del paraguas, que nunca otro viera.

—¡Eso no es nada! —dijo el hombre, que era un tipo pequeño y colorado, y lucía un gran bigote entrecano.

Y le mostró a Guerreiro el puño del paraguas, que era un rostro humano, con barba de pelo y ojos de cristal, y la boca colorada y abierta parecía la de un humano con vida.

—¡Vaya boca! —comentó Guerreiro.

—¡Paraguas, saca la lengua! —ordenó el dueño del paraguas.

Y por la boca aquella sacó el paraguas la lengua, larga y colorada, una lengua de perro, que lamió cariñosamente la mano del amo. El cual se quitó la boina y la puso en el suelo, delante de Guerreiro, quien echó en ella una peseta.

—¿Qué trampa tiene? —preguntó Guerreiro, que era muy curioso. El desconocido se rió.

—No tiene trampa ninguna, que es mi cuñado Jacinto. Y explicó que su cuñado Jacinto encontrara aquel paraguas en un campo, en Friol, y le pareció un buen paraguas, algo grande, eso sí, y como el paraguas parecía perdido, lo cogió, y se alegró de aquel hallazgo, porque en aquel momento comenzó a llover fuerte. Jacinto abrió el paraguas, y este, abriéndose y cerrándose, se tragó a Jacinto. Abierto, el paraguas corrió por el aire a posarse en la era de la casa de Jacinto, junto al pajar. Jacinto, perdido no se sabe dónde, dentro del paraguas, gritaba por la boca del puño, que aún no le naciera barba en el mentón. Acudieron la mujer, los cuñados, los suegros, los vecinos.

—¡Soy Jacinto, María! —le gritaba a la mujer.

Esta no sabía qué hacer. La voz era la de Jacinto. Por si valía de algo, la mujer se plantó ante el paraguas, que se mantenía abierto en el aire.

—¡Si eres Jacinto Onega Ribas, casado con Manuela García Verdes, da una prueba!

Y fue entonces cuando Jacinto, por vez primera, sacó la lengua.

—¡La misma! —dijo la mujer, que digo yo que la conocería.

En verdad, Jacinto tenía una lengua muy larga, que le revertía de la boca cuando estaba distraído, y que le valiera muchos arrestos cuando hizo el servicio militar en Zamora 8, en Lugo. Y ahora, desde que era paraguas, o habitaba el paraguas, aún le creciera más con el ejercicio que hacía sacándola para decir que estaba allí, y con las caricias que hacía a los parientes, e incluso a las vacas, de las que se alimentaba directamente, mamando sabroso.

—¿Por qué no anda con él por las ferias? —preguntó Guerreiro, que ya estaba

pesaroso de haber echado una peseta en la boina del cuñado de Jacinto.

—No quiere mi hermana, que hasta duerme con el paraguas. ¡Después de todo es su marido!

El cuñado de Jacinto dijo que iba a hacer un descanso, y se despidió de Guerreiro, quien siguió camino. Los dos cuñados quedaban hablando. El paraguas debía decir algo que al otro no le gustaba, que el pequeño del bigote le dio una bofetada. El paraguas gritó algo que Guerreiro no pudo entender. La discusión prosiguió, y Guerreiro apuró el paso, no fuera a verse metido en un lío. Llovía en aquel alto de Arís, en la banda del Arneiro oscuro. Guerreiro, antes de iniciar el descenso a Lombadas, se subió a una roca, y vio cómo el hombre del paraguas abría este, con bastante esfuerzo, y se metía debajo. El paraguas comenzó a volar sobre las ginestas en flor. Volaba contra viento, llevando al cuñado montado en la caña. Guerreiro no se pudo contener, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Señor Jacinto!

Algo rojo lució en el puño del paraguas, por entre las piernas del cuñado de Jacinto. Era la lengua, sin duda. Luego Jacinto pegó un gran salto, y siguió viaje. Según Guerreiro hacia Guitiriz o La Coruña.

FIGUEIRAS DE BOUZAL

VIVÍA en Bouzal, al pie de la sierra, donde son tan hermosos los robledales. Era más bien pequeño, redondo, muy moreno, los ojos vivos, y la nariz como la de los tíos del Profeta, desproporcionada y afilada en aquel rostro de pelota. Gran pleiteante, soñador de interdictos, pasó toda la vida de abogado en abogado, dejó la labranza y gastó el capital propio y buena parte del de la mujer, y cuando se murió, tenía en el juzgado una demanda, intentando la nulidad del testamento de un hermano suyo, soltero, que se lo dejara todo a una tabernera de Castro, viuda de un maragato. Figueiras se sintió mal una tarde, y se fue en unas horas de fiebre, en las que tuvo pocos interines lúcidos, lo más del tiempo recitando considerandos de sentencias. En un respiro que tuvo en la fiebre y en el dolor de ijada, le dijo a la mujer que no se alegrase, que era seguro que moría, y que le pedía que le metiese en la caja el Código Civil, y un parecer de un abogado de La Coruña tocante a la nulidad del susodicho testamento del hermano.

—¡Tú sigue con el pleito, Gumersinda, que ya te mandaré soplos y consejos desde donde me domicilien!

Murió Figueiras, y Gumersinda cumplió su última voluntad, metiéndole el Código Civil en un bolsillo de la chaqueta nueva, y entre sus páginas el parecer del letrado coruñés. Un mes más tarde, y por consejo de un vecino, Gumersinda fue a visitar, a escondidas, a la tabernera de Castro, que era una mujer muy alegre, muy blanca, carnal, risueña, amiga del anís, muy lozana en sus cuarenta cumplidos. La cual por tirarse, según dijo, de la vergüenza del pleito y de tener que mostrar unas cartas con petición de mano y de otras partes del hermano de Figueiras, José Pértega López, que lo fue, le dio a Gumersinda cinco mil pesetas y una cerda preñada, dispensando, recastada. Gumersinda retiró la demanda. La verdad es que a la viuda del maragato le salían pretendientes, entre ellos un sastre y un compro y vendo oro y plata, que además era oculista de ferias y asturiano, y pensando en casarse de segundas, no le convenía andar en lenguas.

Gumersinda regresó a Bouzal con las cinco mil pesetas entre la camisa y el justillo, arreando con calma la cerda, canturreando bajito, eso que no hacía cuatro semanas que su Figueiras tenía tierra encima, y regoldando de cuando en vez a causa del anís con que la convidara la viuda del maragato. Gumersinda echaba cuentas, y tal como valían los cerdos de cordel aquel año, si la cerda traía ocho, a tantos reales sumaba tantos, y compraba otra cerda y se metía en el trato, y de reales pasaba a contar por duros, repitiendo las felices cuentas de la lechera de la fábula. Juntó en un cuarto de legua tantos dineros en su imaginación, que, admirada, silbó. Y fue entonces cuando le habló un cuervo que estaba posado en la cancilla de un prado.

—¿Qué has hecho, Gumersinda?

Era Figueiras. El mismo Figueiras, con la cabeza levantada como cuando estaba irritado, y el pico, la verdadera figura de su nariz.

—¡Hay que comer todos los días! —repuso Gumersinda, echándose a llorar.

—¡Enemigos de uno en la propia casa! —gritaba el cuervo, es decir, Figueiras.

Gritó cuatro o cinco veces y cayó redondo a la entrada del prado, en un charco. Gumersinda miraba para él, sin saber qué hacer. Después de todo era Manuel Pértega, era Figueiras, era su marido. Se fue acercando al cadáver. El cuervo, patas arriba, no se movía. La cerda hoció dos veces en él. Estaba muerto. Gumersinda tuvo que echar la cerda de él, que le metía el diente. Se quitó el delantal y envolvió en él a su marido. Siguió camino estudiando qué haría con aquellos restos mortales. Mientras lo tuvo en casa, encendió una lamparilla junto a la cabeza. Quizás debiera avisar a los vecinos y hacer algo de velorio, pero no se atrevió. Antes de que amaneciese, metió el cuervo en una caja de mantecadas de Astorga, después de sacudir las migas, y lo fue a enterrar en un rincón, en el camposanto de la parroquia. Y tuvo suerte Figueiras, que Gumersinda, antes de meterlo en la caja, lo envolvió en un periódico que, en la página tercera, precisamente, traía las bases para la codificación del Derecho Foral gallego. Ya tiene en qué pasar el tiempo el difunto, si es que sigue jurisperito.

EL SECRETO DON JOSÉ

UN tal Delfín de Mocende iba a esperar el autobús que había de llevarlo a Mondoñedo desde su Bretoña nativa, cuando, donde llaman Castro do Vento, vio un sastre en un prado. En el mismo prado en el que suelen verse los corzos paciando a primera mañana. Estaba allí el sastre con su mesa, en el medio del prado, cortando. El sastre era rubio, pequeño, barrigudo, y se cubría con una boina colorada. El paño que cortaba era amarillo.

—¡Buenos días nos dé Dios! —saludó Delfín.

—¡Me llamo don José! —dijo el sastre.

—¡Pues buenos días, don José!

Y no bien Delfín hizo este saludo, desapareció el sastre con su mesa, su boina, sus tijeras y el paño amarillo. Como si lo hubiese tragado la tierra. Nadie le creyó tal sucedido a Delfín de Mocende, el cual se cabreó con tanta desconfianza y dejó de beber con los incrédulos, y aun de saludarlos. El sastre había aparecido a menos de cincuenta metros de él, y las tijeras, que eran unas tijeras diferentes, como hechas con dos medias lunas, brillaban al sol naciente. La boina del sastre, cuando este dijo que se llamaba José, se transformó en una especie de mitra de obispo. Que el sastre era pequeño, se probaba porque su cabeza apenas sobrepasaba el alto de la mesa. La hierba le cubría los pies, pero Delfín, aunque no podría jurarlo en un juicio, recordaba que el sastre tenía unas patas como de cabra. Delfín, dándole vueltas en la cabeza al asunto, llegó a poder asegurar a los íntimos que el sastre no era del país, ni siquiera un humano corriente, sino de familia antigua de castro o cuevas, sastre de los moros, o de los celtas, que ahora se llevaban más que los moros. Delfín discurría sobre don José, y discurriendo no dormía, y se olvidaba de comer. Don José sería un tipo soberbio, orgulloso, como se probaba con que quería que le llamasen don José; pero, al mismo tiempo, como ocurre con otros encantos, tendría prohibido mostrarse con su nombre con el don, y al escucharlo en boca de otro no le quedaba más salida que huir. Delfín creía que don José no trabajaba de sastre para sí, sino para otro. ¿Y quién sería aquel otro que se iba a vestir de amarillo? No se veían en este tiempo gentes vestidas de amarillo, ni en las ferias de Monterroso o de Villalba. ¿Y de dónde le vendría la tela? ¿Habría telares subterráneos?

Delfín llegó a la conclusión de que tanto don José, como aquel al que va a vestir de amarillo, guardan algo por allí, un tesoro por ejemplo. Si vuelve a ver al sastre, lo que ha de procurar Delfín sin impaciencia alguna, como paseando, no le llamará don José, sino señor Andrés o don Martín, el sastre insistirá en lo de don José, Delfín en lo de don Martín, y así entrarán en conversación, y Delfín le preguntará por el tesoro, que seguro que lo hay, y amonedado. Se confió Delfín con el cura de Bretoña, quien le dijo que aunque encontrara el tesoro, que no le valdría de nada, que ahora el Estado tenía la manía de quedarse con todo, o casi todo.

Delfín era amigo mío y fue a visitarme un jueves de Corpus, después del

mercado.

—Soñé que estaba un caldero de oro al fuego, sobre unas trébedes de plata, y echaban a cocer una gallina blanca, y el caldero comía la gallina y escupía los huesos. Y alimentándose de gallina el caldero de oro brillantaba. Yo tomaba nota de que aquel tesoro era de los que requieren alimento. ¡El oro bien valía unas docenas de gallinas! Conforme pensaba esto en mis sueños, el caldero parpadeaba, asintiendo a mis pensamientos. Ya había algo de amistad entre el caldero y servidor, cuando llegó el Estado y se llevó el caldero y las trébedes, y sólo quedaron de muestra los huesos de la gallina.

—¿Cómo era el Estado? —le pregunté.

Delfín me mira, y ya ve que yo le estoy creyendo, y no me burlo. Delfín me ve tan espiritual y tan intelectual como él mismo lo sea.

—El Estado era un sombrero, un sombrero muy grande, como la capa de tela de una mesa camilla. Abrió la boca y papó todo. Escupió los huesos que aún quedaban de la gallina blanca, y además una gallina negra, entera, con plumas. Miré a ver si tenía el huevo, pero no. El Estado, es decir, aquello, iba tocando el tambor en el caldero monte abajo.

Delfín está disgustado, mueve la cabeza como describiendo un círculo, saca un pañuelo limpio del brillo del pantalón y se limpia la boca. Y dando con el puño en la mesa, me dice: —¡Así no merece la pena el encontrar tesoros!

Y tras tomar una copa se va, entristecido, víctima de una enorme traición.

RELO DE PONTEMIL

RELLO era un tipo callado. Se sentaba en un rincón en la taberna, mirón de las partidas de tute subastado, bebiendo a pocos de su jarrita de tinto de San Fiz. Su perro Listo era callado como él; la cabeza en la pierna del amo, adormecía, con las largas orejas cayéndole sobre los ojos. Rello nunca contaba nada. Cuando una partida terminaba, se iba a sentar junto a otra. Opinaba del juego con acierto, y si le preguntaban por qué no jugaba, respondía que no sabía subastar.

—¡Siempre subo de más! —aseguraba.

A las doce en punto de la noche del sábado, Rello se retiraba, y su perro Listo iba tras él, meneando el rabo. Rello llevaba siempre de la taberna un periódico, atrasado o falto de hojas. Rello no sabía leer, pero no sabía irse de la taberna sin el periódico. Un tal Rozas, que era muy discutidor y curioso, y explicaba lo que se contó en Madrid, donde cumplía el servicio militar, de la muerte de Joselito, le preguntó una noche a Rello para qué llevaba *El Debate*. Rello se puso colorado, y dijo que en una casa siempre aprovechaba tener un papel. Así que se marchó Rello, Rozas comentó que su vecino, a la caída de la tarde, se sentaba en la solana de su casa, que daba sobre el río, con el periódico abierto ante él, como si leyese, y así estaba una hora larga.

Como yo tenía confianza con Rello, le pregunté el porqué de aquella sesión de lectura al aire libre.

—¿No se lo contará a nadie?

—¡Seguro que no, Rello!

Rello encontrara en el camino de Pontemil, anocheciendo, a un tal Xestoso de Montes. El camino va hacia el río por una robleda que llaman Adrela. Xestoso de Montes había muerto hacía diez o doce años.

Era muy erudito en política internacional, sabía la pérdida de Cuba contada por un sargento retirado que vivía en Lalín, y cuando la guerra del 14 compraba de vez en cuando *La Esfera*, para recortar los dibujos de batallas de Matania, con los que iba decorando su casa. En el otro barrio debía de seguir preocupado con los líos de este, porque lo que quería saber por Rello, y por eso se le apareciera metiéndole un susto mayúsculo, era si el káiser volvía a reinar en Berlín. Rello, con el miedo del difunto en presencia, no osó decirle a Xestoso que no sabía quién fuera el káiser.

—¡Eso se lee en los periódicos!

Rello tampoco supo decir que no sabía leer.

—Tú lo que tienes que hacer, Rello amigo, es estar atento por los periódicos a la vuelta del káiser. Yo te daré dos duros por semana, si sigues el asunto y me vas dando los partes.

Y Rello, para que Xestoso lo viese leer el periódico, se sentaba en la solana de su casa con el que le habían dado en la taberna.

—¡Xestoso es muy puntual en el pago! —me aseguró Rello.

Y después de pensarlo un poco, de rascarse la cabeza con la mano derecha mientras que con la izquierda levantaba el viejo sombrero, y hablándome al oído, me preguntó:

—¿Y volvió el káiser?

Yo le expliqué a Rello quién fuera el káiser Guillermo II con sus bigotes y un brazo más pequeño que el otro, cómo huyó de Alemania y se fue a vivir a Holanda en un lugar en el que había buen queso y manzanas de las mejores, casara de segundas con una regordeta arrubiada, y montara una granja.

—¿Vive?

No quise engañar a Rello y le dije la verdad, que el káiser muriera. Me doy cuenta de que fue plantearle a Rello, que era un buen hombre, un caso de conciencia. Si el káiser estaba muerto, no podía volver a Berlín, y era engañar a Xestoso de Montes el mantenerlo en la expectativa del suceso. Rello se fue por el camino de la Adrela, meditando. Semanas después lo encontré una noche en la taberna del Empalme. Estaba de pie, junto a los bocoyes. Se disponía a salir, como siempre seguido de su perro Listo. Encima del bocoy del tinto estaba un periódico. Lo cogió, lo dobló, lo metió bajo el brazo, y me hizo como una seña inclinando la cabeza, pero no me dio las buenas noches. Comprendí que seguía cobrándole dos duros a la semana a Xestoso de Montes, por estar atento a si el káiser volvía.

LA CHAQUETA DEL MORO

FELIPE de Francos tenía una novia en la Ribeira de Piquín, tierra luguesa de Meira, e iba a verla alguna tarde, montado en su muía, una muía alta y manchada, la oreja levantada, la cola trenzada, y el andar solemne y balanceado. Meira siempre tuvo fama de mular, y de la Real Abadía salían todas las muías que montaba la Santa Orden del Císter en las Españas, y no las había mejores ni en el Poitou de Francia. En Meira, y en toda Pastoriza, siempre privó el garañón catalán, que es un tipo serio. Felipe, digo bien, iba en su muía, y al llegar a Vilares, que son dos molinos, dejaba la muía en la cuadra de Porteiro de Beza, muy su amigo, y por no alarmar seguía, anocheciendo, a pie hasta la casa de la novia, cuya puerta, como dice tan sutilmente el cantar gallego, estaría arrimada, sujeta por una paja de centeno.

Felipe era, y es, alto, delgado, bigotudo, pálido. Hay mucho pálido por allá, a veces morenos como gitanos. Felipe, en uno de sus viajes amatorios, encontró a un hombre cavando con un sacho en el medio y medio del camino. No era conocido, ni por la vestimenta parecía del país. Gastaba gorro colorado con borla verde, y por pantalones, zaragüelles amarillos. Caía la tarde.

—¿Se le perdió algo? —le preguntó Felipe desde lo alto de su muía.

—¡La chaqueta! —respondió el forastero.

Felipe estuvo más de media hora viendo cómo el desconocido cavaba y cavaba, y lo hacía muy bien, y rápido, y pronto logró un agujero en el que cabía él, que era un pernicorto algo jorobeta. Se metió en el agujero de un brinco, y salió de él con una chaqueta toda de oro en la mano.

—¡Hombre, toda de oro! —me admiraba yo.

—¡Sí señor, de oro!

El jorobeta se puso la chaqueta y se abrochó sus siete botones. Y una vez la tuvo puesta, se dio en el pecho con ambos puños, y sonó a campana.

—¿Cuál es su gracia? —le preguntó Felipe, quitándose el sombrero.

—¿Es que no ves que soy moro? —dijo el de la chaqueta de oro.

Y le contó a Felipe de Francos que, viajando por la fresca, se sentara a echar una siesta allí en Xunqueiras, y también por no verse obligado a pasar de día el barrio de Fodoso, que no quería ser muy visto con aquella prenda, y que posando la chaqueta en el suelo, esta, por su peso, fue ahondando hasta quedar enterrada en aquella tierra blanda de la ribera, y que no era sólo por el peso, sino que estando hecha la chaqueta con oros que venían de tesoros ocultos, tenía la querencia subterránea, y le gustaba esconderse para que su amo se preguntase dónde se habría escondido. Y además que la chaqueta tenía el vicio, cuando se enterraba, de ir buscando el camino que mejor la llevase hacia un río, cerca de un puente, y entonces se quedaba allí, tras hacerse una cueva cómoda moviendo los brazos como si nadase, y estaba siglos durmiendo. Y el moro buscara la chaqueta en el camino, como ya viera Felipe, porque le tenía conocidas las manías.

—Por eso —comentó el moro— viajo siempre con pico, pala o sacho, que casi no hay día que no tenga que buscar la chaqueta.

—¡Mucho trabajo es ese!

—¡Pero no hay prenda que vista como ella!

El moro le ofreció a Felipe una prueba, y Felipe aceptó y se puso la chaqueta, que pesaba mucho y le quedaba estrecha, y no bien la tuvo puesta Felipe comenzó a balancearse, y a tirar por Felipe hacia el suelo, tan seguido y fuerte que, al fin, lo tumbó. Caído Felipe, la chaqueta quería meterse en la tierra, y ya estaba Felipe medio sepultado vivo cuando le echó una mano el moro.

—¡Tente, Felipiño! —dijo el moro.

Felipe se admiró de que supiese su nombre. Y poniéndose el jorobeta de nuevo la chaqueta de oro, se fue a paso ligero por el camino de Lodoso. Brillaba la chaqueta, dándole los últimos rayos de sol de aquella dulce tarde de septiembre.

POLIDO DE SABUCEIRA

LO acusaron de que fuera él quien diera muerte a un tratante que llamaban Gareto, que era un flaco picado de viruelas, siempre irritado y gritando en castellano. El Gareto, que era de Cacabelos, engañara a Polido en la venta de una vaca, que el veterinario dio por tísica poco después, y Polido juró que le iba a volar la cabeza al tratante de un tiro, la primera vez que lo encontrase en un camino. Poco después, Gareto apareció muerto en la puente de Beces, de un tiro en el cuello. En el bolsillo interior del chaleco de pana negra llevaba doce mil pesetas, y según se dijo en la barbería, una carta de amor de una fondista de Lugo, la cual le rogaba que no dejase pasar aquel domingo sin ir a ponérsele encima. Polido probó con testigos que el día de la muerte del Gareto estuviera en Meira, en un entierro, comiendo estofado en la taberna, y después jugando el café a la brisca. Pero la gente no quedó muy convencida, máxime cuando la muerte no fuera por robar. Polido era un gran andador nocturno. Se decía que encontraba al lobo, le decía algo, y el lobo se iba. Un día, en la feria de Cospeito, vio entrar a uno de sombrero blanco y bastón con puño de cuerno. Polido dio un par de vueltas alrededor de él, y después fue a saludar al cabo Santomé, jefe de puesto.

—¡Ese trae moneda falsa!

El cabo Santomé, diligente, registró al del panamá y le encontró veinte duros hechos en casa. El cabo le preguntó a Polido cómo se enterara.

—¡Es que olfateo el plomo!

Polido era a la vez admirado y temido en el país. Curaba el hipo con una hierba secreta, ponía muy bien anillos de alambre en el morro de los cerdos hocicones, hacía brochas con pelo de tejón, afeitaba difuntos, y aseguraba que cuando trabajó de relojero en Nueva Orleans, había parado, cama y desayuno, en casa del verdugo.

Polido tenía ya cincuenta años cuando decidió casarse. Encontró en Couto Cachín una de gusto, cuarentona, blanca, fresca, vacuna, costurera, que le dijo que sí, ya que venía tan derecho. Además, Polido era rico, que era dueño de los prados de la Sabuceira y tenía la mitad de la casa de los Polidos de la Abertosa. Por mayo, los cerezos en flor no dejan ver el pazo. La costurera le pidió a Polido que le jurase que no había tenido nada que ver con la muerte del Gareto, ni de pensamiento, palabra ni obra. Polido prometió jurárselo en la iglesia. La costurera estaba muy enamorada, y le bordaba pañuelos a Polido, y le marcaba la ropa interior, cosa que sólo se viera en los señoritos de Belmonte, mis parientes.

—Le hizo un camisón —me dijo un sobrino de Polido— para que se levantase tarde con él puesto, cuando tenía convidados por la Santa Marina.

Un día, cuando andaban arreglando los papeles, y habían ido a Villalba a comprar un comedor y un tresillo, volviendo a la aldea pasaron por la puente de Beces el novio y la novia.

—¡Aquí fue! —dijo Polido, recordando la muerte del Gareto.

Y señaló con el dedo índice de la mano derecha el lugar en que apareciera el cadáver. Y la costurera se lo contó a todo el mundo: tres manchas oscuras que había en el pretil resucitaron en sangre, como si acabase de ser vertida. Eran verdaderamente manchas de sangre, de sangre del Gareto.

No hubo quien se lo quitase de la cabeza a la costurera de Couto Cachín. Por mucho que Polido juraba, y traía testigos del alivio de Meira, el entierro, el estofado y la partida de brisca, la costurera se mantuvo en sus trece y se negó al casorio. Lloraba y perdió de peso dieciséis libras, y a las íntimas comentaba que hubo suerte que no quedara preñada cuando fue con Polido a Lugo a comprar los anillos, y fue por el suspenso que tenía de no dejarse correr hasta que Polido jurase en la iglesia. Polido se metió en casa, aburrido. Cerraba las contraventanas para que no lo viesan desde el camino. Bebía caña, y escuchaba en el fonógrafo que trajera de América el disco titulado *El sitio de Zaragoza*.

SOLEIRO EN FIGURA DE CUERVO

ESTAS historias de cuervos que hablan, o de gente que reaparece, viniendo de los cercados del otro mundo, en figura de cuervo, debí haberlas reunido en un amplio capítulo, pero van sembradas por este libro de retratos, aquí y allá.

Hace años, a comienzos del otoño, compartí mesa en un bar de Lugo con unos vecinos de la Terrachá, uno de ellos viejo conocido, y les pregunté qué había de nuevo por la Azumara.

—¿Usted conocía a Soleiro?

—¿Un cojo que iba a Mondoñedo al mercado de Quendas?

—¡El mismo! Pues se le apareció a la mujer en figura de cuervo.

Soleiro se ponía bajo los soportales de la plaza; vendía lana, pesando muy decente con la romana. Sí, me acuerdo muy bien de él. Era, además, cliente como yo de la barbería del Pallarego. Aprovechaba el mercado de Quendas —de las calendas de mayo— para cortarse el pelo. Era un hombre callado, fumador y tartamudo. Nunca estaba conforme con los precios, que siempre le parecían bajos, y se le resistía la eme de mermas.

—¿Seguro que era él? ¿Dijo m'm'm'm'mermas?

—Dijo, sí señor. De cuervo tartamudeaba lo mismo que de persona.

La mujer volvía a casa desde el mercado, donde fuera a vender unos pollos. Llevaba en la cabeza, vacía, la cesta en la que por la mañana los portara. De pronto, sintió que algo le caía dentro de ella. Bajó la cesta y miró: un cuervo se había posado allí. La mujer reconocía en seguida a su finado, tanto por la voz como por la tos.

—Soleiro olía mucho a tabaco —dice uno de los presentes.

—¡También el cuervo!

Le dijo a la mujer que siguiese andando. La mujer, porque no se mojase, lo tapó con un periódico.

Soleiro venía desde el otro mundo a darle a su viuda el consejo de que no vendiese unas fincas. Esto dijo ella, aunque los vecinos aseguraron que el cuervo en lo que más insistió fuera en que la viuda no se casase otra vez, y que a un sobrino que ayudaba en la casa, y que salía de la mano de la viuda a coger higos, lo mandase para Venezuela. Al llegar a Portes, el cuervo salió de debajo de *El Progreso*, periódico de Lugo, y voló a lo alto del hórreo. La viuda le preguntó a gritos si quería algo de cena, pero el cuervo no contestaba. A lo mejor lo que quería eran papas, y se atascaba de entrada en la pe, que se le resistía tanto como la eme. La viuda, aunque la alarmara algo la visita, seguía en vender las fincas. Así se lo dijo al cuervo desde la ventana. El cuervo se perdió en la noche, con el viento vendaval. Pero volvió. Volaba mirando por la ventana del dormitorio, golpeaba con el pico en los cristales, y una mañana, cuando la viuda iba a soltar las gallinas, se le echó a los ojos. Ahora hablaba.

—¡No vendas! ¡No vendas, coño!

Los vecinos lo escucharon gritar con voz humana. Las visitas duraron una

semana. Como a la viuda, de las alarmas del marido, le quedaron unos sobresaltos, visiones e insomnios, fue a Villalba a un curandero famoso que se llama Pita de San Cobade.

—¿Y qué le recetó Pita a la Soleira?

Me parece que un purgante, y también que escribiese en cien papeles rayados «No vendo. Esta que lo es, Josefa Ribas». Y que dejase caer los papeles por los caminos. Tardó un mes en escribirlos y en esparcirlos por las encrucijadas.

Y mi amigo me muestra uno de ellos, que lo encontró en el empalme de Moncelos. El papel volaba de aquí para allá, esperando a que viniese Soleiro en figura de cuervo a leer aquella solemne declaración de su viuda.

PENEDO, CAZADOR

PENEDO de Oirán compró una escopeta de segunda mano, y se echó al monte, novato cazador a los cincuenta años cumplidos. Tenía muy buena vista, y creía que era lo más importante para triunfar en la caza. Le enseñó algo un maestro salmantino que estuviera destinado en su aldea. Un día cualquiera, Penedo se levantó temprano y fue a los montes del Pereiro a cazar a la espera. Se sentó medio escondido entre unas ginestas, escopeta dispuesta. Estuvo sin moverse una hora larga, aguardando, sin que le pasara nada por delante de los ojos. Aquellos no eran campos de Salamanca. No se movió, no fumó, ni silbó. Había decidido seguir quieto y a la espera hasta la hora del almuerzo, cuando vino una pega a posársele en el cañón de la escopeta. Penedo no se movió. La pega paseaba por el cañón, limpiaba en él el pico, se desperezaba abriendo las alas, abrió y cerró la larga cola siete veces seguidas, y se sentó en el cañón mirando a Penedo. Esto aseguró Penedo, que se había sentado. Penedo no le podía disparar, que la pega estaba sentada en el cañón. Lo que haría el disparo era alarmarla, pero quizás asustase a la caza que hubiese por allí. La pega miraba para Penedo, ponía sus ojos en los del cazador. Penedo comenzaba a marearse, la mirada puesta en las inquietas pupilas de la pega, que cambiaban de color, ya doradas, ya negras, ya rojas. Al fin, la pega habló:

—¡Estos no son tiempos, Penediño!

Penedo no supo qué responderle. La pega rascó dos o tres veces el pico en el cañón de la escopeta, y de allí saltó a la boina descolorida de Penedo, antes de salir volando. Penedo suspendió la caza, disparó al aire dos o tres veces para que lo oyese el maestro salmantino, y regresó a Oirán. Decidiera volver al monte con dos escopetas, que le pediría prestada la suya al cura, y mientras la pega, que volvería, se posaba en el cañón de una de ellas, Penedo le dispararía con la otra. Aunque la pega fuese el alma del viudo de Couzá, que fuera gran cazador, y a quien en vida le molestaba encontrar otros cazadores en el monte, y andaba por él hablando con sus perros Prim y Prats. Siempre los tenía de estos nombres. Penedo volvió al monte con las dos escopetas, y se escondió en el mismo lugar que la primera vez. Poco más de media hora tardó en aparecer la pega, que no se posó en ninguna de las dos escopetas, sino en la boina de Penedo.

—¡No me hagas trampas, Penedo, hombre, que soy una pobre!

Penedo posó las dos escopetas en el suelo. La pega descendió de su boina y se posó en una de ellas.

—¡Aquí no cazas nada, Penediño! ¡Como no me vuelva yo conejo!

Penedo deshizo el paquete de la merienda y le dio un poco de queso a la pega. Y mientras la convidaba le hablaba en castellano, tratando de convencerla, pues que ella lo había sugerido, de que se convirtiese en conejo.

—¡Nada de matar! ¡Por el chiste de ver el cambio!

Y que si se convertía en conejo, que se pusiese allá abajo, donde en su tiempo son

los Linares azules, para que Penedo pudiera ensayar la vista. La pega, harta de queso, dijo que sí, saltó delante de Penedo, giró sobre la pierna izquierda, y en un santiamén se volvió conejo, arrancando sin prisa hacia los Linares. Penedo, cuenta él, cogió las dos escopetas y disparó los cuatro tiros a un tiempo. Cayó hacia atrás, pero bien vio cómo el conejo pegaba un bote y caía muerto. Penedo fue a recoger la pieza, y halló que era solamente una piel. Una piel seca, atada con una goma de irrigador. Quitó la goma Penedo por ver lo que había dentro de la piel, y cayeron al suelo unos papeles. Sí, era cosa del viudo de Couzán: unas cartas, un pagaré, una receta del médico de Abodín y la cuenta del entierro suyo, caja incluida, y el armonium, que lo llevaran a lomo de muía desde Mondoñedo. El viudo escribiera a pie de cuenta: «Me parecen muchos cuartos. Edelmiro». Firmado y rubricado. Tenía que haber escrito aquello después de muerto. Penedo llevó la piel y los papeles a una sobrina del viudo. La sobrina fue de consulta de abogado a Lugo, y cobró el pagaré. El cura de Oirán no vio inconveniente alguno en meter la piel de conejo en el nicho del viudo. Y Penedo vendió la escopeta a uno de Ferreira, y dijo que cazase el diaño.

MERLO DE LOUSADELA

LOUSADELA está en las Invernegas de Montes, donde la barranca de Eirelle se abre en un praderío verde, empinado, por el que bajan diez o doce regatos que vienen desde los oscuros montes del Arneiro. El nombre, Lousadela, lo tiene de una cantera, *louseira* de la que se saca una pizarra azul en grandes ramas muy parejas. La tierra es pobre. La gente vive del ganado del monte, un vacuno desmedrado de pelo áspero, que anda suelto desde abril al otoño, y el lanar, escaso, por semanas los de cada casa lo tienen de mano. Cosechan pocas y malas patatas, algo de centeno en las rozadas; tienen buenos grelos en su tiempo, y en toda Lousadela no se ve más que un frutal, un cerezo en el atrio de Santa Margarita, protegido del Norte por la iglesia románica. La gente de allí es alta, rubia, delgada, y callada. El único risueño de aquellas soledades era mi amigo Merlo, cazador, zuequero, pescador, relojero de invierno, capador y gaitero. Tenía dos zamarras militares, espuelas gauchas de plata y un diente de oro. Regresó de Buenos Aires hablando algo de italiano, y divorciado, decía, de una malagueña. Al cura no le gustaba que hablase de ello.

—¡No escandalices, Merlo! —le advertía.

Merlo tenía dos perros, un pointer y un perdiguero de Burgos, que le atendía a la voz en italiano. El italiano de Merlo era como una canción. En la taberna de la puente, cuando los contertulios ya bebieran algo, le pedían a Merlo que hablase. Entonces mi amigo Merlo se subía a una banquetta, o se apoyaba en los tabales de arenque, y echaba el discurso que él mismo llamaba *El sermón de las dos banderas*, que se lo escuchara al embajador de Italia en Buenos Aires en la inauguración de las Escuelas de Galileo. Con veinte palabras italianas que Merlo sabía verdaderamente, y mil más que inventaba, mi amigo oraba espléndido, rico en gestos, abriendo los brazos. El tabernero, Mariano Nistal, aunque era maragato, lloraba, enternecido por la patética elocuencia de Merlo. Entonces, para que no padeciese el comercio, la mujer de Nistal salía a cobrar los vasos, que al marido, con la emoción, no le salían las cuentas. Al terminar el sermón, Merlo sacaba del bolsillo de la zamarra dos banderitas, una italiana y otra argentina, y la concurrencia, yo en primera fila, sentada junto a la barrica de Valdeorras, aplaudía.

Merlo, en invierno, se iba de las nieves de Lousadela, y andaba por las aldeas vecinas arreglando relojes y comentando el *Zaragozano*. Los más de los domingos caía por la que llaman Casa Grande de Melle, y se avisaba a la gente que llegara Merlo, y los del lugar se sentaban en las escaleras y en la hierba seca ahazada en el portal, y le escuchaban a Merlo uno de sus discursos. De fin de fiesta, y tras pasar la visera, imitaba pájaros y tragaba un chisquero con larga mecha anudada, amarilla y negra: lo tragaba apagado y lo sacaba encendido por una oreja. Algunos, desconfiados, estudiaban la oreja de Merlo, que estaba toda chamuscada. El cura, don José Rodríguez Mariñán, le escupía en la oreja, no fuese a quedarle fuego dentro a Merlo, y la gente reía. Pero, un día, el cura escupió como solía, y de la oreja de Merlo

salió humo, y escuchó el mismo chirrido que hace el hierro al rojo vivo cuando entra al agua, en la fragua. Las mujeres gritaron, los niños se asustaron, los hombres se miraron, y el cura dio un paso atrás.

Yo esto no lo he visto, y nunca lo veré, que Merlo ha muerto hace poco de un punto frío que se le puso en el hígado. Lo enterraron con la zamarra más nueva, y si no le sacaron del bolsillo las banderitas, allá van con él, y así podrá decir en la otra banda su precioso sermón. Nevaba en Invernegas de Montes el día del entierro de Merlo, desnudos los abedules, y ausentes todos los pájaros que imitaba, herrerillos, verderoles, calandrias, y el mirlo mismo de su apodo, *merlo* en nuestro romance gallego.

CARREXO DE FONTES

FONTES es un lugar —cuatro casas blancas— perdido en una vaguada de la sierra de Meira. Todos los castaños murieron allí de la enfermedad de la tinta, pero quedan aún dos hermosas robledas. En los meses invernales, de los charcos de las brañas, salen segando el aire con sus alas las becadass. Hay varias fuentes a lo largo del camino, y en la que llaman de los Monjes cae el agua, delgada y fría, desde un alto caño de hierro. En la casa que da al camino viejo, coronada por una ancha y cuadrada chimenea que ocupa por lo menos la cuarta parte del tejado, vivió Carrexo, también conocido por Antón de Xil. Carrexo era pequeño, moreno, calvo a la capuchina, inquieto, incapaz de estar sentado cinco minutos seguidos. Carrexo regresó de Buenos Aires, donde trabajó de carnicero, a causa de la luna de allá. La luna de Buenos Aires, según Carrexo, es muy pesada. Mi amigo y paisano nunca se explicó cómo la gente no se daba cuenta. Carrexo, para andar por las calles porteñas en la noche, metía un taco de madera debajo de la boina o del sombrero. Había logrado lo que llaman allá un muerto de quebracho, o sea una traviesa de ferrocarril de quebracho, dura madera, y eran trozos del dicho muerto los que usaba. Y viviendo en el segundo y último piso de una casa antigua, escuchaba, en luna llena, crujir las vigas que sostenían el tejado.

—Te digo que llegaban a ceder algo con el aroma de la luna.

Carrexo regresó sensibilizado para la lunarada, y ya tampoco estaba tranquilo en Fontes. Reforzó las vigas de la casa, posteó el desván y el techo de su habitación, y se hizo un gorro de madera de quebracho. Más tarde, en un circo, en Lugo, le compró a un payaso un casco militar francés, de la guerra del 14. Pese a tantas prevenciones, no queriendo desafiar la luna llena, se metía en la cama, se ponía el casco y abría el paraguas. A fuerza de estudiar cómo librarse del peso lunar, descubrió que podía rechazar la fuerza de la luna colocando en el tejado un espejo redondo que le hicieron en la *Vidriería Lucense*. Así devolvía a la luna los que llamaba, y tendría sus razones, los rayos impares.

Como Carrexo contaba en Fontes y en otros lugares lo del peso de la luna, aconteció que algunos se dieron cuenta de que también a ellos les molestaba.

Otros sostenían que podía ser enfermedad contagiosa, que hasta que Carrexo regresara de Buenos Aires, nadie se había dolido de la luna llena. Carrexo se dedicó a curar a las amistades, haciéndoles cascos de roble, o recetándoles linterna eléctrica, que debían llevar encendida en la cabeza si salían por las noches, sujeta con una liga de mujer. Algunos curaron, otros no, otros se olvidaron de la enfermedad, y un cabo de la Guardia civil llevó una linterna preparada por Carrexo para su suegra, que vivía en Palencia.

Con sus artificios, Carrexo se iba defendiendo. Pero de sus días de Buenos Aires le habían quedado unos ruidos en la cabeza, como de mur en desván. Un día que lo encontré en Mondoñedo, me confesó que andaba con miedo de enloquecer. La

hermana quería llevarlo a Santiago, a que lo viese un psiquiatra, el doctor Somoza, que era de familia conocida de Lugo.

—¡Si es de los Pedro de Sarria, hombre, que son de confianza!

Pero Carrexo aseguraba que se bastaba a sí mismo, y que si pudiese estar, a base de café cien horas seguidas despierto, los ruidos, que le venían tan pronto como comenzaba a adormecer, no pudiendo trabajar en lo suyo, se aburrirían y se marcharían. Pero los ruidos no se aburrían y ya trabajaban aun cuando Carrexo estaba despierto. Decidió ahogarlos, y metió la cabeza en un caldero lleno de agua. Y quien se ahogó fue Carrexo.

Escribía muy bien, con una letra redonda, ancheada hacia abajo. Tenía la manía de los acentos, como Radiguet de niño, y en cada sílaba ponía el suyo, y algunas veces dos. Si la palabra le parecía importante y significativa, sobre los otros acentos ponía un circunflejo amplio, como un tejado protector. Con lo que lograba que la luna llena no le hiciera daño a la palabra aquella escrita.

LEIRAS DE PARADA

AL día siguiente a San Martín, mi amigo Leiras de Parada, un bigotudo serio, mete los capones en las caponeras, para el segundo y último tiempo de ceba. Y si bien los habitantes de las caponeras de la Terra Chá luguesa, alimentados conforme a la antigua ordenanza, sin poder moverse dentro de las jaulas, recibiendo el calor de la cocina, ya adormecen fácilmente, los buenos criadores, después de las pelotas que les meten en el gazzate —pelotas de harina, de leche, que llamamos *amoado*—, los regalan con media copita de vino dulce. De vino que por allí llaman Getafe. Leiras, como digo, convida a sus capones, que algunos irán a la feria del diecinueve de diciembre a Villalba, y otros servirán de pago de rentas, que son los capones que se llaman de recibo. El gallego que más capones cobró de renta fue un obispo de Orense en el siglo XII, don Lourenzo, que no arrendaba ni la menor parcela de tierra episcopal sin poner de renta un capón. Leiras, así que les da el almuerzo a los capones y lo corona con la copita de Getafe, se sienta en una mecedora que fue de la hermana de un cura que hubo en Goiriz, y se echa a roncar. Primero lo finge, pero luego ronca seguido porque se duerme al tiempo que lo hacen los capones, estúpidos y crestacaídos. Parece ser que algún capón, escuchando roncar a Leiras, termina por roncar él.

Leiras, en confianza, me explica que cuando veía bien, gracias a unas gafas que comprara en Lugo de segunda mano, yendo de testigo a un juicio oral, antes de echarse a roncar les leía a los capones un capítulo de un libro, verbigracia, de *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno*, o de la *Historia de la provincia de Lugo*, de Amor Meilán. Leiras me dice que no le voy a creer lo que me va a contar. Amansa el bigote, sonrío, le da dos vueltas a la gorra en la cabeza, se rasca un poco en la mejilla derecha, vuelve a sonreír.

—Pues sí, amigo Cunqueiro, el *Bertoldo* les gustaba, y no se dormían.

—¿Cree que entendían algo?

—Yo digo que con el *Bertoldo* no se quedaban dormidos. No digo otra cosa. Un día me dio Cruces, que bien se acuerda usted de él, que era concejal, un periódico de Madrid para que yo leyese un artículo de un tal Zozaya. Lo leí en voz alta delante de los capones. ¡Aquel era el texto que se precisaba! ¡Cómo durmieron, amigo mío!

Leiras de Parada se levanta, abre un cajón del aparador, y metido en un sobre tiene un número de *La Libertad*, de Madrid, del 6 de marzo de 1932, en cuya primera página viene un artículo de don Antonio Zozaya, que se titula *La victoria incólume*. Media página de letra pequeña.

—¡Duermen los capones mejor que un hombre con dos cobertores y media botella de *Tres Cepas*!

Son siempre veintidós los capones que están en las caponeras, en aquella cocina terrena, callados y aburridos. Yo me pregunto si no dañará a la calidad de la carne

aquella literatura política radical. Leiras parece seguir mi pensamiento, y me aclara:

—¡De calidad, superior! Lo que se le pide al capón es que duerma, que no lo espabile nada, que no sueñe.

No me atrevo a preguntarle a Leiras si pueden o no soñar los capones. ¡Menudo problema!

—Un tal Forxas, que usted no conoció, y que pagaba ocho pares a la Casa de Alba cada Navidad, les leía a los capones el catecismo. Hacía la pregunta y esperaba la respuesta. Por ejemplo: ¿cuántas son las obras de caridad? Los capones se inquietaban, intentaban cacarear, se picaban unos a otros. Forxas les gritaba: «¡Catorce, burros! ¡Más que burros!», y los capones no se dormían, y adelgazaban, y el administrador del duque no los quería a la hora de pagar.

Capones que hayan escuchado las sentencias políticas de Zozaya, o hayan desesperado por no saber responder a las preguntas del catecismo, el día de la feria de Villalba, bien muertos y desplumados, con sus mantecas en la mitra, estarán amarillos, tiesos por la helada, en albos manteles, en la plaza de Santa María.

LOUREDO DE HOSTES

A Louredo lo he conocido, como a tanta otra gente, en la barbería de mi amigo Pallarego. Podía contar muchas cosas de Louredo, pero lo que me interesa ahora es el caso de sus anteojos, comprados en Valencia en la calle o en la plaza de Jaime I, que no recuerdo bien. Sucedió que Louredo no soñaba. Hacía el servicio militar en el regimiento de caballería Reina Victoria Eugenia, y tenía un sargento que todas las mañanas formaba el escuadrón y les contaba a los reclutas lo que soñara aquella noche. ¡Vaya tío soñando! Algunas veces soñaba un viaje a Filipinas, o que le tocaba la lotería, dejaba el ejército e iba a Madrid y estaba sentado en un teatro. Y contaba el asunto de la pieza que representaban, y que consistía en que las actrices le enseñaban las piernas, y lo llamaban a él, que subiese al escenario, y subía de uniforme de gala, con morrión, y llevaba a la primera actriz a los baños de Archena, de donde era natural el sargento. Louredo se dolía de no soñar. Ni con su aldea, ni con la romería de San Benito. Como era mediano de estatura, piernas arqueadas y un ojo manchado, lo que le gustaría soñar era que era alto, y que se chiflaba por él una valenciana, robusta, blanca, los ojos negros, que se dejaba querer como se dejan las gallinas por el cantaclaro, y Louredo acariciaría en ella muy afinado. Louredo, muy respetuoso, le pidió una conversación secreta al sargento Granero.

—Con permiso, mi sargento, ¿qué hay que hacer para soñar?

—¡Cómprate unos anteojos, gallego! —le respondió, burlón. Louredo tomó la respuesta en serio, y no paró hasta encontrar en Valencia quien le vendiese unos anteojos para soñar, unos anteojos que Louredo decía que eran nublados, con armazón de plata. La primera noche que durmió con ellos puestos, soñó una película entera; pero tan rápido que no llegó a entender el asunto. Lo que vio fue que él salía de cabo, y que una señora gorda le daba un caramelo de café con leche.

—¿Guapa o fea? —le preguntaba yo.

—¡Hombre, para ser la primera vez que soñé con una mujer, me salió bastante decente, con una blusa colorada!

Desde entonces, con tal de dormir con los anteojos puestos, Louredo soñaba todos los días, y grandes triunfos, con una pequeña que bailaba, y con una negra que tenía un canario en una jaula, y le regalaba el mejor caballo del regimiento. Se metía en la cama con la señora del maestro armero, y aparecía el párroco de Hostes, que no se sabía cómo diera desde Lugo con Valencia, y los casaba. La niña del maestro armero le llamaba papá.

Todo iba muy bien, menos cuando Louredo comía sandía, que entonces soñaba que subía a un tejado, más alto que las Torres de Quarte, y lo empujaban, y caía a la calle.

Regresó a su aldea, y poco tiempo después tropezó con un aire, le vinieron fiebres altas, y murió en breves días. Murió soltero, y le dejó los anteojos a los sobrinos, para que soñasen por turno. Los sobrinos se reían del tío, y le dejaron al señor cura de

Baroncelle que llevase los famosos anteojos para ensayar. ¡Sabe Dios lo que soñaría el reverendo, con la ayuda de ellos, qué valencianas blancas, qué vinos tintos, qué paellas, qué fiestas, en aquellas largas y frías noches de invierno de la Terrachá lucense, cuando con la helada se visten de color ceniza las ramas desnudas de los abedules!

LEIRAS DE TARDIZ

SE llamaba Jesualdo Pértega, pero era conocido por Leiras de Tardiz. Su abuelo era Leiras Vello, y su hijo Leiriñas. El río Tardiz muere en el Miño por la derecha, entre álamos y sauces, y riega buenos prados. Todos los Leiras de Tardiz estuvieron en Buenos Aires, trabajando en pastelerías y panaderías. El señor Jesualdo trabajó en la panadería de un libanés que se llamaba monsieur Batani.

—No hay novedad ninguna en los libaneses, que son como gallegos.

Monsieur Batani estaba casado con una griega, y el hijo, que se llamaba Iusef, se casó con una española, malagueña, de la que cansó pronto. Con lo cual se fue al Líbano de vacaciones, se hizo musulmán, repudió a la española, y cuando regresó al Plata ya venía casado con una alemana muy gorda, judía, que cantaba en los días de fiesta en el Teatro Hebreo de Buenos Aires. Había una pieza en la que salía de Eva. La aplaudían mucho, y todos los judíos de la Argentina decían que nunca vieran una Eva tan bien representada, tan lucida, con aquella piel de cera virgen, y el andar mecedor que se traía por las alamedas del Paraíso. Batani padre conservaba cierto amor por la malagueña, aun sintiéndose orgulloso por los triunfos de la nueva nuera, y le mandaba a la repudiada dulces de almendra con miel y pastel de piñonate.

Leiras contaba muchas historias de italianos, y aseguraba que estuviera presente en las más de ellas, testigo presencial en las pastelerías de Buenos Aires. Por ejemplo, entraba un italiano con *borsalino* gris perla, corbata verde y zapatos blancos.

—¿Podían hacerme una tarta con bizcocho, mermelada de melocotón, nata y un adorno de guindas todo alrededor?

—¡Cómo no! —respondía el dependiente.

—¿Y alrededor de las guindas podía ir un trenzado de almendras tostadas?

Al cuarto de hora estaba la tarta preparada, y el italiano la admiraba.

—*Bella, bellissima!* ¿No podía, en el centro, decir *E viva Arnaldino*, y a cada lado poner un corazón?

—¡Cómo no!

El italiano se miraba en el espejo, afilaba el sombrero por delante, levantaba un poco los pantalones, con las manos en los bolsillos y tarareando una canción, y enseñaba los calcetines rojos.

—Aquí tiene la tarta.

—¿Puede esparcir por encima así como un velo de azúcar y canela?

—¡Cómo no!

El dependiente le presentaba la tarta al italiano.

—*Bella, bellissima!*

—¿Se la envuelvo?

—¡Oh, no! ¡La voy a comer aquí mismo!

El italiano se quita el *borsalino* gris perla, lo pone en una silla después de soplar en el asiento, pone la tarta encima de los frascos de caramelos, y con los dedos, y

usando muchas servilletas de papel, la come en un santiamén.

Y al terminar pidió un cuenco de agua, se lavó las puntas de los dedos, pagó y se marchó haciéndose a sí mismo reverencias en el espejo.

Calla Leiras, me mira, meneas la cabeza, y me comenta:

—¿Qué le parece esa gente? Y nosotros, los gallegos, humildes, con un paquetito de pitisús para comer en casa, uno que otro domingo...

MUÑIZ DE PARADA

SIENTO que ya estén muertos el sastre Muñiz de Parada y el párroco de Vilarelle, don Victorino Graña López, que les daría a ambos la noticia, probada documentalmente, que pondría fin a sus diferencias. Muñiz fue a servir al rey a Barcelona, y licenciado se quedó allí un par de años, aprendiendo sastrería con un tal Vinardell, quien tenía el taller al lado de la catedral, y era un as en levitas, tocaba el violín y jugaba al billar. Esto sería allá por 1906. Un día cualquiera, a primera hora de la tarde, se presentó en la sastrería el ayuda de cámara del señor duque de Tamames, que se llamaba Calixto, diciendo que su amo —que era el más elegante caballero de España en aquel tiempo— necesitaba cuatro levitas en cuarenta y ocho horas, ya que tenía que hacer unas visitas de cumplido y se le perdiera la maleta en Zaragoza. Vinardell se puso a la obra, con las medidas que le diera Calixto, y el duque avisaba que iría por la sastrería a probar. Cada levita llevaba un forro de diferente grosor y abrigo, para que el duque pudiera usar la que conviniera a la temperatura ambiente. El duque estuvo más de seis horas en la sastrería, que no acababa de encontrar defectos. Como se cansase de estar tanto tiempo de pie, solicitó unos pediluvios. Vinardell le rogó que pasase a su dormitorio, pero intervino el ayuda de cámara Calixto asegurando que los duques grandes de España pueden lavarse los pies aun delante de Su Majestad. El de Tamames, que tenía las condiciones requeridas, se lavó los pies en el taller, delante de las oficialas de Vinardell. Eran unos pies tan bellos y blancos, que una ojaladora murciana confesó que estaba enamorada del duque y que iba a marcharse a Madrid tras él. Todo esto me lo contaba a mí Muñiz de Parada, sentados los dos a la sombra de los manzanos, en el prado de Lente, en los días agosteños, cálidos, alrededor de San Lorenzo.

Un día llegó a la sastrería de Vinardell un señor de chistera verde botella, quien era dueño de seis perros muy bien enseñados en baile, y queriendo debutar con ellos en el circo, antes quería vestirlos, en honor del público de Barcelona, con casacas de colores, de buen paño. Para que Vinardell lograra unas prendas notables, el de la chistera verde traía consigo un libro inglés en el que explicaba, con gráficos, cómo se toman las medidas a los perros, cuando se quiere vestirlos a lo humano.

—¡Ese libro no lo hay! —decía don Victorino, el párroco.

—¡Pero si lo he visto yo, y traía dibujados muchos perros, con mucha geometría! —aseguraba el buen Muñiz.

—¡No lo hay! ¡Y por mentiroso no te vuelvo a hablar en la vida!

Don Victorino se fue, irritado, a la sombra de su paraguas, por aquel dulce camino de Ardeán. Muñiz, me confesó, se quedó triste, casi con las lágrimas en los ojos.

—Pero, Señor, Señor, ¡si aquel libro lo había! Las casacas para perros tienen una dificultad en el lomo, y en el libro venía explicada con un triángulo.

Un día llegó a Parada la noticia de que don Vitorino agonizaba en su rectoral de Vilarelle, con la ventana abierta para que respirase el frescor de la flor del manzano.

Muñiz fue a verlo.

—Vengo, señor cura, para que antes de morir me crea lo del libro de sastrería canina —le pidió Muñiz al clérigo.

—¡No lo puedo creer! —respondía con los últimos alientos don Victorino.

—¡Créamelo antes de morir, amigo mío!

Don Victorino abrió desmesuradamente los ojos, y antes de morir afirmó:

—*Non possumus!*

Esto dijo don Victorino Graña López, de los Osorio y Rodil, dando el alma a Dios. Muñiz lloraba. Y nunca más, excepto a mí, volvió a contarle a nadie la historia del domador de perros, y de Vinardell tomando las medidas para las casacas por un libro inglés. Un día, Muñiz me dijo, meneando la cabeza:

—¿No soñaría lo del libro inglés?

No, no lo soñara, porque ese libro inglés lo hay. Su autor es un pastor anglicano, matemático conocido, un tal Guillermo Oughtred, que vivió en el siglo dieciocho, y era tan monárquico que murió de la alegría que le produjo la noticia de la restauración del Estuardo. Además es famoso por haber sido el primero en usar la letra griega pi para designar la relación entre la circunferencia y el diámetro, y el aspa de san Andrés para indicar multiplicación. Escribió un tratado de sastrería de canes y gatos, con dibujos de su mano y toda manera de tomar medidas, que algunos creen que se trata de una sátira política...

Me hubiese gustado decírselo a don Victorino Graña para que retirase aquel famoso *non possumus!* que le soltó en la última hora de su vida al sastre Muñiz de Parada. Un gran sastre, que me hizo a mí, teniendo yo unos doce años, un calzón de dril militar, con tres bolsillos, el de atrás con botón. El pantalón era muy alto de cintura, tan alto que llegaba a la mitad del pecho, y esto lo hiciera adrede Muñiz porque yo era muy espigado y consideraba que así me protegía.

FELIPE DE BURES

UN hijo de Felipe de Bures embarcó en Vigo para Inglaterra. Va a trabajar de alfarero en un obrador del País de Gales, donde hacen unos jarros más bien panzudos, que me enseña en una fotografía, tienen un asa muy graciosa y están decorados con unas flores que, por la forma, parecen vincas. Antón Bures, hijo de Felipe, va contratado con un gran sueldo. Los de Bures son todos unos milmañas, gentes con muchos secretos. Felipe fue a trabajar de cantero a Francia, al terminar la guerra del 14, y picó mucha piedra para la catedral de Reims, herida de cañonazo alemán marca *Krupp*. También trabajó en Amiens. Cuando me lo contó un sábado en la barbería, le regalé *La biblia de Amiens*, de Ruskin, en castellano, editado en Valencia. Fuera el único de Lugo que trabajara allí, que los otros canteros, excepto un par de ellos que eran de La Coruña, eran de Pontevedra. Felipe se hizo notar por su arte de sacar arenitas de los ojos de los canteros, con un pelo de barba de liebre, que es lo aceptado. El encargado de las obras de Reims, un tal Lebrun, un jorobeta convidador, le pagaba aparte al de Bures sus trabajos de oculista. Felipe estuvo si iba o no a la cama con una viuda de un sargento que muriera en la batalla de la Soma, pero a Felipe lo contenía el que la viuda andaba siempre con todas las medallas del marido en la espetera, y además se dio cuenta a tiempo de que lo más de lo que ofrecía la viuda eran postizos. Comenzando por la dentadura.

—Y un ojo —añadía Felipe—. No recuerdo si el derecho o el izquierdo. Y todas las mantecas, y los anchos.

Si Felipe bebía dos o tres copas de aguardiente, añadía más postizos, y llevado por mis preguntas, daba por tales las orejas, el pie izquierdo...

—¡Seguro que gastaba peluca! —le insinuaba servidor.

—¡Una peluca rubia! —me confirmaba Felipe.

Tanto aumentamos la lista de postizos, que yo terminé por creer que no había tal viuda, que era todo aire en forma humana, en el que fueran colgados los postizos y las trazas de bulto.

Felipe regresó de Francia con unas pesetas, arregló la casa paterna y se casó con una vecina, Andrea, que estuviera de criada en casa de mis parientes, los Montenegro de Begonte. Felipe fue la primera persona que habló por teléfono con Lugo desde París.

—¿Era para tratar de algo urgente? —le pregunté cuando me lo contó.

—¡Nada de eso! Uno de Betanzos, muy fachendoso, dijo que iba a hablar con La Coruña, y yo le dije que también se podría hablar con Lugo. Dijo que no. Apostamos una merienda. Él estaba en que no se podía hablar con Lugo, porque leyerá que solamente había comunicación telefónica desde París «con las grandes capitales europeas». Y por lo tanto, sí con La Coruña y no con Lugo. Yo pedí conferencia con Lugo, salió una voz de señora, dije que quería hablar con el comercio *La Gran Bretaña*, salió una voz de hombre, dije quién era, si se recordaban de mí, y que quería

unos zapatos negros, del cuarenta y dos. Y cuando llegué a Lugo dos meses después, estaban los zapatos apartados, muy bien envueltos, en un estante. Pagué y a otra cosa, *El Progreso* dio la noticia de aquel adelanto.

Le pregunto a Antón si le enseñó su padre a sacar arenitas de los ojos, con barba de liebre. Sonríe, y abriendo la cartera, envueltos en papel de fumar, lleva doce pelos, que me muestra.

—En Inglaterra también hay liebres —le digo.

—Pero a lo mejor no tienen barba —me responde.

Quizás, que alguna diferencia tiene que haber entre una liebre católica gallega y una liebre anglicana.

SEIXO DE PARDERRUBIAS

HAY muchas historias con paraguas en mi provincia gallega. Como historias de cuervos, y como dije de estas, que quizás conviniera agruparlas en este libro, quizás también debiera reunir las de paraguas. Todas las historias de paraguas que conozco suponen que los paraguas vuelan. Quizás debió haberle volado el paraguas al primero que lo usó en el país, y de ahí vendrá la imaginación, o la memoria. En fin, como a mí me gusta contar variado, van sueltas las historias de cuervos y las historias de paraguas.

Esta que cuento fue que un tal Seixo de Parderrubia vio a un hombre muy pequeño, con el paraguas abierto, protegiéndose del sol, salir del campo que llaman de Abalde y echarse a andar por el camino de Lugo. El camino es ancho y llano, entre huertas y sembrados de centeno. El paraguas del hombrecito era muy grande, un catorce varillas, negro. Seixo llevaba el mismo camino y apuró el paso para emparejar con el desconocido, que un poco de conversación no viene mal, en una mañana de otoño, en un viaje largo y de consulta de abogado. Seixo era muy hablador, y le gustaba contar de sus pleitos, que fueran muchos, comenzando por la conciliación, hasta la apelación en La Coruña y en el Supremo. El del paraguas era tan pequeño que pasaría por enano de teatro. Seixo se preguntaba cómo podría con aquel paraguas tan grande, e iba dispuesto a aconsejarle al pequeño que para aquel liviano solecillo de la víspera de San Martín bastaba con la boina. Seixo apuraba paso, pero no daba en alcanzar al enano, que paticaba seguido, y si encontraba un charco o un lodazal, volaba por encima de ellos, ayudándose con el paraguas. Volaba, sí señor, aterrizando siete u ocho metros más allá. Seixo corría, pero entonces el otro se daba prisa. Seixo se cansó, y se sentó en un mojón a liar cigarro, perdiendo de vista al del paraguas, quien remontó pronto el alto de Bexo, que es un otero con unos abedules y una fuente que nace al lado mismo del camino.

Tras breve descanso siguió Seixo viaje, y bajando de Bexo al río, vio llegar de vuelta al del paraguas. Venía rápido, con el paraguas abierto. Seixo no estaba dispuesto a perder una cháchara con aquel forastero. Se puso en el medio y medio del camino, que allí estrechaba mucho, entre altas rocas, y sacó la petaca para ofrecerle tabaco. Llegaba el enano bajo su paraguas, que no parecía pesarle nada, y era un carirredondo colorado, con barba, y podía decirse que casi no tenía cuerpo, que las piernas parecían salirle del mismo cuello, dos piernecillas delgadas rematadas en unos zuecos herrados. En la cara le notó Seixo algo raro. ¡Claro! ¡Si tenía tres ojos! ¡Unos ojos grandes, rojos! El enano no podría pasar, que Seixo estaba en el medio y medio del camino. El enano iba a chocar con Seixo, pero este no se movió. Verdaderamente, quizás tampoco pudiera, hechizado como estaba por las luces de aquellos tres ojos. Y cuando parecía que el enano iba a chocar con Seixo, pegó un vuelo, pasó por encima de él, no sin que uno de los zuecos del enano le arrancara la gorra, y desapareció detrás de unos pinos.

Seixo recogió la gorra del suelo, y no daba crédito a sus ojos, y meditaba si viera al enano en realidad de verdad, o no, que podía haber sido un sueño. En estas iba, deteniéndose a cada paso, mirando hacia atrás y hacia los lados por si volvía el tres ojos, cuando apareció en el camino un tal Ribalda, picapleitos que andaba aconsejando a los contrarios de Seixo en uno que tenía por unos lindes. Ribalda también era curandero, y asentaba la hiel con siete palabras.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Seixo.

—Hacer, lo que se dice hacer, nada. Pasó que estaba durmiendo en la posada de Cortón, y estaba soñando con un enano que andaba con un paraguas muy grande, y el mínimo tenía tres ojos. Y de pronto se me escapó del sueño, y desperté y salí a si lo encontraba. ¡No hay cosa que más me joda que dejar los sueños a medias!

Seixo le explicó a Ribalda que el enano lo viera él cómo pasaba camino de Lugo, y cómo regresaba, camino de Castro.

—¡Andará loco, salido sin nombre ni misión de mi sueño! No me dio tiempo a decirle que se llamaba Marcelino y que tenía que ir a leerme un artículo y unas sentencias en el Medina y Marañón, que precisaba ese texto para unas consultas.

Seixo miró a los ojos a Ribalda.

—¿Unas consultas contra quién?

Ribalda acarició sus bigotes rubios, escupió en la palma de la mano derecha y la puso al aire.

—Lo mejor, Seixo, es que te arregles.

Y Seixo se arregló, aunque perdía algo, según él. Ribalda cobró de ambas partes. De Seixo un jamón y una zamarra. Finalmente, Ribalda amistó con Seixo, asegurándole el picapleitos a este que lo mejor del mundo era una amistad confiada y servicial. Ribalda se comprometió con Seixo, por doce duros al año y dos quesos, a soñarle el enano del paraguas, que Seixo no podía dormir con las ansias que tenía de ver al pequeño corredor de los tres ojos. Ribalda se lo soñó, y Seixo volvió a ver el enano por el camino de Lugo, en el alto de Bexo, y también terneros de seis patas y dos cabezas, y un caballo azul que comía con cuchara y tenedor en la romería de los Milagros de Saavedra, el veinticinco de mayo. Fue una pena que Seixo tuviese que ser llevado al manicomio de Seixo en el verano de 1961. Ribalda le iba a enseñar en la noche de San Bartolo un tesoro amonedado.

—¡Nunca toqué monedas de oro, Ribalda amigo!

—¡Pues ahora te vas a hartar, hombre! —le respondía Ribalda.

Que por aquel trabajo extraordinario le había cobrado a Seixo de Parderrubias dos años de renta adelantados.

LEIRAS DEL MARCO

SE decía de Leiras del Marco de Alvare que hablaba con los animales, pero no era cierto. Lo que es cierto es que los entendía, y que estos sabían, por algún sentido que aún no ha sido encontrado, que se podían acercar a Leiras en caso de necesidad, o un antojo. Y Leiras se daba cuenta, y hacía lo posible para ayudarlos. Una vez, uno del lugar de Pértega vio en el camino del Marco de Alvare un puerco de los que hay ahora por allí, cruzados de gallego y de *Large White*. Un bonito puerco, la capa dorada y sonrosada, más bien largo y hondo, y ligero de piernas. Andaría por los cien kilos. Iba a buen paso, pero de vez en cuando se tumbaba, se rascaba, y ganaba la cebada como un burro viejo. Algo le picaba. El de Pértega, que se llama Mouriz y todavía vive, y por muchos años, y que yo los vea, siguió al puerco, quizás con la secreta esperanza de que en un cruce de caminos se perdiese, y él pudiese entonces guiar hasta su casa aquel bien tan fácilmente encontrado. Pero el puerco se desvió donde llaman Carreiras, y subió a trote corto hasta casa de Leiras. Mouriz se quitó la boina asombrándose.

—¡Va de consulta! —comentó en voz alta.

E iba. El puerco llegó a la puerta de la casa de Leiras, gruñó y hoció, y salió Leiras a recibirlo. El puerco se sentó a la sombra, mientras Leiras daba vueltas alrededor de él, y preguntado por Mouriz, que siguiera al animal por ver en qué paraba aquello, dijo que el cliente tenía el prurito de la flor del nabo, que también se daba en algunas señoras de la aristocracia, y que tenía que aguantarse sin rascarse y lo mejor era que le diesen lavados con salvado de centeno y friegas con mantequilla, y que él, Leiras, iba a darle la primera sesión. Y se la dio. El cerdo estaba quieto, y gruñía aliviado. Cuando terminó, palmeó al puerco en la cabeza y le dijo:

—¡Vete despacio hacia tu casa, y no te rasques!

Leiras sabía que el puerco era de un vecino de Trelle, llamado Novagildo. Bueno, Leovigildo, pero en su casa no entendieron bien al cura en el bautizo y le seguían llamando Novagildo, que hasta hace más fino. Leiras le pidió a Muñiz que acompañase el cerdo hasta Trelle, y le diese la receta de palabra a su dueño. Cuando llegó Mouriz a Trelle, que está a media legua, el puerco le dio las gracias.

—¡Las gracias! —me admiraba yo.

—Sí, señor, las gracias, moviendo la cabeza, y siempre que yo pasaba por delante de la casa de Novagildo, me saludaba desde la cuadra.

Una vez trajeron al Marco los maragatos de allí unas gallinas blancas, que eran un regalo que les hacía un primo que tenían en Madrid, y las gallinas acababan de llegar de Francia. Con ellas venía un papel que garantizaba que pondrían doscientos huevos al año. El gallo del corral, que era de esos cenicientos y polainas blancas del país, de cresta levantada y purpúrea, no las quiso cubrir. Se iba acercando a ellas, con muchos cocoricos, marchoso, daba unas vueltas alrededor de cada, y se iba sin cubrirlas, como asqueado. Llamaron a Leiras, quien dio un paseo por el corral, seguido del

gallo, el cual iba haciendo groló groló, como si estuviese charlando con el conecedor. Leiras mandó que acudiese la maragata, la señora Silvina, que estaba en aquel momento despachando bacalao para una trilla.

—El gallo —le dijo Leiras a la señora Silvina— no cubre las gallinas porque las perfumaron en París, y esas colonias al gallo del país no le van.

La señora Silvina corrió, agarró una gallina y la olió.

—¡Pues es verdad! ¡Huelen a algo azul!

La señora Silvina era una mujer más bien triste, siempre contando ya un mal parto que tuviera, ya de un pretendiente que le salió en la estación del ferrocarril en Monforte, y que le habló en verso.

Leiras lavó las gallinas con jabón sevillano y vinagre dos veces en tres días seguidos. Cuando dio por terminada la cura, las soltó en el corral y le silbó al gallo, el cual acudió corriendo y estuvo cubriendo las gallinas toda la mañana.

A Leiras nunca le ladró un perro. Le salían los perros al camino, y le hacían compañía. Un día, levantándose de una siesta cerca del río, silbó fuerte, y salió una culebra de entre los juncos.

—No es por usted, señora —le dijo Leiras—, que es por mi amigo Vitorino que va allá por la carretera con una cabra.

La culebra volvió a su escondite, que estaría a la espera vespertina de las ranas. Vitorino no había escuchado el silbido, pero sí su cabra, que lo avisó de que lo llamaba Leiras del Marco de Alvare.

Leiras era muy pequeño, rojo del pelo, un ojo medio virado. Pasaba lo más de su tiempo amolando las navajas de afeitar. Supo, en una de las ferias de por allí, que los Verdes del pazo de Sistallo trajeran un pastor alemán, un perro muy bien educado en una escuela de perros que había en Madrid. Leiras fue a visitarlo, y paseó con el pastor una hora larga por la huerta del pazo, y ya de regreso a su casa, deteniéndose a tomar una chiquita en la taberna del Rey de Corbite, comentó con los amigos:

—¡No sabía que yo le daba tan bien al alemán! Porque, según él, el perro le había entendido todo.

EL GAITO Y SU ZAPATO

MANUEL el Gaito perdió el pie izquierdo en La Coruña, que lo atropelló un tranvía. Precisamente acababa de comprar un par de zapatos en una tienda de la calle de San Andrés.

—¡Hay horas putas!

Manuel estuvo muy mal, sobre todo moralmente. Pasaba las horas, largas, largas, de cama imaginando cómo andaría cuando estuviese curado, y qué figura de cojo haría, si le bastaría con un bastón o tendría que usar muletas, o quizás le pusieran un pie de corcho. Cuando supo lo de la amputación traumática, lloraba mansamente; pero más adelante, dándole vueltas, al tema de la cojera, se irritaba y escupía contra pared.

—¡No hay cojo bueno! —se decía a sí mismo.

Pero cuando le pasaba el cabreo, le daba la risa.

Lo dieron de alta pronto, que era de buena cura, pero no quiso que los primeros días después de salir del hospital lo viesen andar. Tenía en su habitación, ya en su casa, bastón y muleta, y allí, a puerta cerrada, se ensayaba. Probó a andar con zuecos, con alpargatas, con las botas de media caña, y finalmente decidió estrenar los zapatos que había comprado en La Coruña. Es decir, estrenó el zapato derecho, que el muñón de la pierna izquierda lo tenía metido en un calcetín colorado. Y paseando por su habitación vio, sorprendido, que el zapato destinado al pie izquierdo se ponía en movimiento por su cuenta, y paseaba a su lado, como si alguien lo calzara. El Gaito estudió el zapato con mucha calma, y no encontró en él novedad alguna. Era un zapato corriente, un zapato como todos los zapatos. Un día, el susodicho zapato, estando el Gaito sentado en la cama, salió de su sitio y taconeó un poco, apuntando un baile. Se ponía primero de tacón y después de punta, saltaba de lado, giraba súbitamente, ya sobre la puntera, ya sobre el tacón. Y terminó con un taconeo: tatatá, tatatá, tatá, tatá, tatatá, tatá.

—¿Qué baile será ese? —se preguntó el Gaito en voz alta.

—*O Bom Pequito, Excelenga!*

—¡Lo bailas muy bien!

—*Muito obrigado! Obrigado!* —agradeció el zapato.

Era portugués o brasileiro. En la suela decía, en letras góticas dentro de un círculo dorado: «Extra. Ferrer e Hijos. Alcoy», pero por como hablaba era portugués o brasileiro. El Gaito quiso seguir conversando con el zapato, pero este enmudeciera. En varios días el Gaito no logró arrancarle ni una palabra. Paseaba por la habitación, y el zapato a su lado, calladito. De repente, el Gaito, que había estudiado la trampa, se sentó en una silla. El zapato quedó solo en el medio y medio de la habitación, sorprendido de la repentina parada.

—*Non está bom?* —preguntó el zapato.

—¿Cómo te llamas? —aprovechó el Gaito.

—Quinteiro Filho!

Y el del zapato, que ahora ya se veía que no era el zapato el que hablaba, sino uno, invisible, contó su historia. Era un portugués a quien deshiciera un tren en Lugo, en el paso a nivel. Le faltaba el pie izquierdo. Precisamente, cuando recogieron sus restos en la estación de Lugo, se preocuparon, que no encontraron más pie que el derecho. ¡Cómo lo iban a encontrar, el pie izquierdo, si lo tenían en una clínica de Río de Janeiro, embalsamado, en un tarro de cristal, porque era un pie muy raro, con siete dedos, dos meñiques que había y el gordo en forma de pera! Quinteiro Filho, muerto en Lugo, quedó en el país, aburrido, sin saber si debía quedarse con los pedazos de su cuerpo enterrados en Lugo, o ir al Brasil a habitar el pie embalsamado, que también era de su cuerpo, con igual derecho que los otros trozos. Meditando sobre esto, pasó ante la casa del Gaito y vio que le sobraba un zapato. Justamente el del pie izquierdo. Quinteiro Filho nunca pudiera calzar el pie izquierdo que tenía, con todas sus deformidades, y ahora que no lo tenía, vendido para la ciencia médica brasileña en mil cruceiros, y además que estaba muerto, calzaba muy bien aquel zapato alcoyano. El Gaito y Quinteiro Filho se hicieron muy amigos. El Gaito, visto que el portugués nunca se había podido calzar a gusto, iba a Lugo y compraba zapatos, zapatos blancos, negros, sandalias, zapatos calados, de ante. Y compartía los pares con Quinteiro Filho, que ambos calzaban el cuarenta y cuatro. Salían de paseo por la carretera, y afirmaban algunos que vieran el zapato del pie izquierdo caminando al lado de la muleta del Gaito. El cura de Recende se apartó una vez para dejar pasar un zapato blanco que iba cerca del Gaito. El zapato le hizo una reverencia de puntera, muy graciosa, y agradeció:

—*Muito obrigado!*

Cuando se murió el Gaito, el zapato más nuevo del pie izquierdo, se acercó al ataúd, lamentándose:

—*Adeus, mundo, mundo!* —Y de un brinco se metió en la caja con el difunto. Lo dejaron ir.

PEDRO CORTO

TODOS lo conocíamos por Pedro Corto, o Pedro de Antón, pero se llamaba Pedro Regueira García. Fue compañero mío en la escuela de Riotorto, un año en el que hubo tifus en Mondoñedo, y a mí me mandaron a la aldea, a casa de mi tío Sergio Moirón. Yo tenía ocho años, y él, once o doce. Era un calígrafo lento, como un chino de los días de los Tang y de los Sung, que yo llegué, pasando los años, a conocer y admirar tanto. Pedro daba de todas las muestras Iturzaeta unas planas limpísimas. Yo tenía una letra muy mala, unos mosquitos caídos a voleo sobre el papel, y le envidiaba a Pedro Corto la clara escritura solemne tomada de José Francisco Iturzaeta, quien seguía la tradición de los vascos de buena letra que fueron secretarios de los Austria. Pedro Corto llegaba a la escuela con sus grandes zuecos, la chaqueta de pana verde que le quedaba corta y unos pantalones de pana negra que le quedaban estrechos con remontes en las rodillas; una enorme bufanda a rayas rojas y negras le envolvía la cabeza, tapándole las orejas, donde en invierno le florecían los sabañones. Siempre tenía frío, y media hora antes de la sesión de caligrafía paseaba con las manos en los bolsillos, con permiso del señor maestro. Pedro Corto sabía hacer globos de papel, que subían alegres y se perdían tras los oscuros montes. Pedro Corto nos decía:

—¡Los globos siempre van al mar!

El no viera nunca el mar, y esperaba el día de verlo, el día en que tuviese que ir a tomar baños a Foz con receta de médico, en la primera semana de septiembre que es medicinalmente la indicada. Pero el arte de Pedro, el arte mayor, era la domesticación de saltamontes. Pedro, cuando en mayo comenzaban a verse, cazaba media docena, los metía en una cajita con tapa la mitad de rejilla y la otra mitad de cristal, y se disponía a la doma del saltón. Era tan difícil como puede serlo el arte búlgaro o siríaco de domar pulgas. Los saltamontes de Pedro Corto terminaban por usar el columpio que les ponía en la caja, y pasando al través de un aro doble, hecho con una horquilla de pelo, y saltando una barrera de papel colorado, como caballitos. Cuando a los trece años marchó a Buenos Aires, con unos zapatos nuevos, pero, eso sí, con la misma bufanda de la escuela, le dije a su tío Felipe de Anteiroy:

—Pedro se va a hacer rico en Buenos Aires, en los teatros, con los saltamontes.

—Allá —me dijo el señor Felipe, mirándome gravemente y perdonándome mi ignorancia— no hay saltamontes en el campo. Allá en La Pampa sólo saltan la langosta de oro y la rana guanajera, que no son dominables.

Callé, y bajé la cabeza. Años más tarde me enteré de que no había tal langosta de oro ni tal rana guanajera, que ambas fueran invención de Felipe de Anteiroy, invención poética. Ignoro qué habrá sido de Pedro Corto. Cuando por mayo y junio veo saltamontes en los campos gallegos, siempre lo recuerdo.

LOS DIÁLOGOS DE PERRIN

PERRIN de Buriz fue muy amigo mío, Dios lo tenga en su gloria. Era cazador y pescador, y sabía de hierbas medicinales. Era cordial, siempre sonriente, amigo de hacer favores. Gran andador, sabía los caminos todos de las sierras vecinas. Hacía seis leguas como nada, y yo le llamaba, por burla, Trevelyan, porque había leído que este inglés, aun el día de su boda, hizo los cuarenta kilómetros a que se obligaba: la mujer salió en coche hacia una posada, y en ella esperó a que llegase el marido. Allí por los años cuarenta, Perrin rompió una pierna, y en el sosiego de la cama, soñaba que hablaba con los animales, especialmente con su perro Colón. Grandes conversaciones, en las que los animales, Colón, las vacas, un conejo, le contaban sus cosas, su vida y problemas. Perrin soñaba que salía de casa e iba al monte, donde encontraba una liebre que dejaba la cama al verlo y se disponía a huir. Perrin le hablaba en el lenguaje de las liebres, y la pieza venía hacia él, meneando el rabo. A Perrin le entraban, a veces, antojos de echarle mano a la liebre, matarla y comerla, pero no lo hacía. Sería hacer trampa. En sueños, le decía a la liebre:

—¡Vete, que me voy a volver cazador!

La liebre huía, y Perrin, aunque llevase escopeta, no le disparaba. Y pensaba que con aquellas amistades que iba haciendo por montes y campos, tendría que dejar de ser cazador. Se dedicaría sólo a la pesca, pero un día soñó que hablaba con una trucha. Era una pobre viuda.

—¡Vaya, Perrin, una trucha viuda!

—Sí, señor, una trucha viuda, muy bien educada. El marido se lo pescó un señorito de Luarca. ¡Que en paz descanse, dispensando!

Cuando Perrin despertaba, se olvidaba del lenguaje de los animales. Esto lo irritaba, y me preguntaba si no habría manera de recordar despierto las hablas extranjeras de sus sueños. Le dije que nunca leyera nada sobre eso, pero que, para empezar, que no intentase acordarse de golpe de todos aquellos idiomas, sino de una o dos palabras, y así cada día, hasta que llegasen a dos docenas. Pero le resultaba muy difícil. Le parecía que sabía muy bien dos o tres palabras, pero despertaba y nada, no recordaba nada. Un día despertó sabiendo tres:

—*Tapura mikala...* ¿Qué hago ahora?

—¡A ver si mañana te acuerdas de otras tres!

Nunca más recordó otras, y menos mal que a mí no se me olvidara el *ta pura mikala*. Yo le decía esto a los perros, gallinas, palomas, conejos, y nada, ni se daban cuenta de que les estaba hablando. Pero, quizás, diciéndoselo Perrin pasase algo.

—¡Díselo a Colón!

Y se lo dijo. Me lo contaba el propio Perrin. El perro miró hacia él, sorprendido.

—*Tapura mikala!*

Se lo dijo Perrin por tres veces. Y el perro, con el rabo entre piernas, entristecido, dio la vuelta y se fue.

—*Ta pura mikala!* —le gritaba Perrin viendo cómo huía el perro, cómo se le marchaba aquel su Colón perdiguero, aquel amigo entrañable, aquel compañero querido.

El peno se fue y nunca más volvió. El perro Colón mirara para su amo, primero con sorpresa, luego con dolor y con miedo.

—¡Parecía que iba a llorar!

Pasaron dos años y Perrin fue a cazar a Nouceda. Ya dejara de hablar con los animales, y de vez en cuando se le recordaba su perro Colón. ¡Si lo tuviese aquella mañana brumosa, en los altos brezales! Y lo pensaba y esbozaba una sonrisa, cuando aparece Colón en un sendero. Levantó la cabeza y miró para el que fuera su amo.

—¡Colón! ¡Colonciño!

—*Ta pura mikala! Ta pura mikala!*

El perro pronunciaba muy bien. Perrin se asustó. El perro dijo por tercera vez, imperativo, la frase famosa:

—*Tapura mikala!*

Lo dijo con acento castellano. Perrin —y todavía no le pasara el miedo cuando me lo contaba— tuvo que dejar el monte y volver a la carretera de Lugo. Una fuerza invisible, una mano fría, lo echaba del monte.

El perro miraba para él con gesto de mando. Y Perrin, «triste como un perro», me decía, se retiró y regresó a su casa, obedeciendo la secreta orden. Y nunca más volvió al monte.

—¡No puedo! ¡No me deja Colón!

MONTEIRO DE RUBIAS

SE llamaba Antonio. Rubias está en los altos montes, en las lejanas brañas del Sor, pastizales con poa y trébol, ginestales, algún abedul solitario, algún nogal, y en los derrames los prados donde después de San Juan se siega el heno. El río, cantor y espumoso, va allá abajo, estrecho entre rocas. De *los Montero*, que antaño fueran de la hidalguía del país, emparentados con los Verdes de Sistallo, solamente queda Vitorino, que fue seminarista en Mondoñedo, de los de ropón negro y beca colorada, y ahora vive en Barcelona, empleado en la *Seat*, y casado con una morena de Albacete, medio gitana. Remontando en el árbol familiar de estos Monteiro se llega a Fernán Pérez de Andrade el Bueno. Una vez que se anunciaba la visita del duque de Alba a Galicia, le dije a Monteiro de Rubias, que lo encontré en Lugo, que debía ir a saludarlo, y además tratarlo de primo.

—¡Hombre, igual no me merece confianza! —me respondió. Quiso decir, probablemente, que no había confianza para tanto, pero a lo mejor quiso decir lo que dijo.

Monteiro fue un verano a tomar los baños a la playa de Cobas. Hablo del viejo, de Antonio, que no del hijo, de Vitorino. Iba a tomar los baños por medicina, pero a causa del malparto de una vaca se retrasó, y los tomó en el menguante de la luna de agosto, y le sentaron mal. Adelgazó, se puso teniente del oído derecho, le salieron unos orzuelos raros, amarillos y azules, y lo peor del caso es que a su lado andaba una sombra que no era la de él. La sombra salió del mar con Monteiro, y este pensó que sería la de algún ahogado. La sombra viajó con él hasta Rubias, y andaba siempre a su lado, y cuando llegó el invierno se metía con Monteiro en la cama, llena de frío. La sombra tenía muy mal dormir, y no hacía más que dar vueltas en la cama.

—La sombra era muy pequeña —me aseguró Vitorino, quien se lo habría escuchado a su padre.

Sí, Antonio creía que la sombra era más bien pequeña y, además, muy delgada, porque si Antonio entreabría una puerta, y pasaba apretado, llegaba la sombra y pasaba muy cómoda. La sombra no comía. Monteiro le ponía un plato con leche o con miel, o con ambas cosas, y la sombra ni probaba. Monteiro, que estaba enfermo y además muy cansado, la única compañía que tenía era la sombra aquella. Salía de paseo, y se apoyaba en la cabeza de la sombra como en un bastón. Un día, la sombra silbó una canción muy alegre. Monteiro mejoró algo, y decidió volver al mar, a baños, pero esta vez en cuarto creciente.

—¡A ver si te rectificas! —le dijo el curandero—, Pita de San Cobade.

Monteiro se metió en las ondas, y la sombra a su lado. Cuando salió del baño, la sombra se había quedado en el mar. Monteiro gritó por ella:

—¡Sombra! ¡Sombra!

Pero sin resultado. Monteiro lloró durante todo el día en la playa. La sombra no volvió a aparecer, y Monteiro regresó solo a Rubias. Poco tiempo después se murió,

aburrido, cansado, inapetente. Se había dejado la barba. De vez en cuando, al alba, saltaba de la cama, cogía la escopeta y tiraba unos tiros desde la ventana, al aire. Quería que una orquesta de Mondoñedo aprendiese la canción que le silbaba la sombra, pero se le había olvidado. Me dijo que estaba dispuesto a pagar cuatro mil pesetas a la orquesta si se la tocaba. Hace poco tiempo, en Barcelona, fue a verme al hotel en que yo paraba Vitorino Aguiar Maseda, el último Monteiro de Rubias. Iba con él la albaceteña. Yo le pregunté al Vitorino si, de verdad, hubiera aquella sombra que andaba con su padre.

—¡No es que fuese una sombra!

Y volviéndose para la albaceteña le explicaba en castellano:

—Era como si a uno le hubiesen quitado el cuerpo de afuera, y quedase suelto en el mundo el cuerpo de dentro.

Muy bien explicado. La albaceteña asintió.

—¡Uh! ¡Uh! —dijo, y se echó a llorar desconsoladamente.

—Tiene miedo —me dijo al oído Vitorino— de que le pase lo mismo a nuestro Antoñito si se va a bañar al mar.

EL ALMA DE SOUTO DE LIRES

YO conocí a Souto de Lires allá por el año treinta, más o menos. Tendría él los veinte cumplidos. Se llamaba Manuel Berdía González. Su padre era el dueño del molino de Lires. Manoeliño nació con la cabeza algo ladeada, el brazo derecho más corto que el izquierdo y el pie izquierdo ladeado. Al defecto de la cabeza no le daba mucha importancia. Por aquel tiempo había comprado un sombrero gris en Mondoñedo, que tras alguna jornada en una horma preparada al efecto, lograba poner el sombrero de frente, es decir, en la vertical del cuerpo, aunque llevase la cabeza torcida hacia la derecha. Tampoco se la daba a la cortedad del brazo derecho. Estimaba que para cavar, la escopeta y la guitarra, adiestrándose, aún podía favorecer. En cambio, lo que lo traía muy disgustado era lo del pie izquierdo.

—¡No me lo merezco, coño!

Cuando le correspondió ir al servicio militar, confiaba en que lo diesen útil, para caballería o artillería.

—A caballo, el pie no se nota, y para estar al pie de un cañón, también sirvo.

Pero lo dieron inútil total. Una moza de Sandiás no lo quiso, pese a que los Souto de Lires tenían fama de ricos. Fue entonces cuando Manuel comenzó a amurriarse, abandonó el sombrero, andaba solo por los caminos, pasaba semanas enteras en cama. El ladeo de su pie izquierdo era un ataque al orden cósmico, físico y moral. Cuando Dios echó a Adán y Eva del Paraíso les dijo que ganarían el pan con el sudor de su frente, pero no les dijo: «¡habrá cojos entre vosotros!». ¿Y si no lo dijo y lo pensó? ¡Vaya joda! Filosofando, Souto de Lires llegó a un franco ateísmo. Para colmo de desgracias, se le pusieron unos golpes en el pecho que no lo dejaban dormir. Los médicos no le acertaban, y Manuel Berdía, Souto de Lires, se moría. Llamaron al cura del Seixo, que era un gran cazador, quien tuvo con Souto grandes conversas. Parece ser que quedaron en que en el otro mundo no hay diferencias corporales, mayormente, y las cojeras no las hay, y si las hay, no se notan.

—¿Se sabe? —preguntaba Souto al cura.

—¡Hombre, no es que esté escrito! ¡No es dogma!

Creo que el señor cura del Seixo, por salvar dificultades, llegó a citar a Orígenes, quien opinó que los cuerpos de los gloriosos todos, tienen forma esférica, ya que el estado de pura perfección pide la perfecta forma, la cual, desde Pitágoras y Platón, es la esfera. Souto confesó y comulgó. Estaba muy inquieto y callado en su cama, y al parecer meditando si habría fotógrafos del otro lado, para poder mandarle una foto suya, en forma esférica, a la moza de Sandiás que tan ostensiblemente lo había rechazado. Y un día, al caer de la tarde, otoño era que volaban las hojas secas en el camino del molino, Manuel se murió.

Pasaron dos o tres años. Era por San Martín, y el cura del Seixo iba al patrón, a Teixeira. De un campo de nabos que había a la izquierda del camino, vino volando un cuervo, que se posó a dos cuartas del cura. Don Perfecto Illade Morante miró bien

para él, porque le recordaba a alguien. ¡Claro, a Souto de Lires! Tenía la cabeza ladeada, un ala más corta que otra y la pata izquierda torcida.

—¿Qué haces por aquí, Manoeliño? —preguntó el clérigo.

—¡Volando no hay cojos! —gritó el cuervo.

Y se fue, por encima de las nabegas, hasta la carballeira de Mesías, en vuelo sin reproche.

Fue muy comentado el caso en el país. Tanto que don Perfecto, el cura del Seixo, se vio obligado a decir desde el pulpito:

—En primer lugar, hermanos, los caminos del Señor son imprevisibles. En segundo lugar, ya dice el refrán que el que la sigue la consigue. ¡*Oremus* por el alma de nuestro amigo Manuel!

CERDEIRA DO MARCO

JOSÉ Onega Viador, conocido por Cerdeira do Marco, pasó toda la vida deseando tener un loro hablador. Cerdeira era un casi albino, esmirriado, friolento, metido debajo de un sombrero negro de ala ancha. Casara con una de las herederas de Sirmunde, la señora Eugenia, alta, pechugona, blanca. Parece ser que hubiera un desliz en el tiempo de varear las castañas, y por ello se hizo tal boda. Cuando murió la señora Eugenia y Cerdeira se encontró dueño del capital, decidió que habían llegado los días de comprar el loro. Además, que no le habían quedado hijos del matrimonio. En Lugo le dieron la dirección de una casa de Barcelona que mandaba, de puerta a puerta, loros, papagayos y toda clase de aves exóticas. Cerdeira escribió pidiendo precios, y le contestaron que precisamente en aquel momento tenían dos loros que hablaban francés, y que los vendían a buen precio, ya el par, ya por pieza. Le mandaban a Cerdeira la fotografía en colores de los dos loritos, y un folleto sobre la cría de estas aves, alimentación, enfermedades más propias, etc. Uno de los loros se llamaba Briand y el otro Calumet, y eran haitianos. Cerdeira fue a consultarse con Domingo de Moure, agrimensor y capador de cerdos, con licencia por León. Cerdeira se inclinaba por Briand, pero Domingo prefería a Calumet.

—¡Tiene levantada la cabeza! ¡Parece más honrado!

—¡Tira algo a soberbio! —apuntaba Cerdeira.

—¡En un forastero no está mal mirado! —sentenció Domingo.

Cerdeira se vino a razones y compró el loro Calumet. Llegó a Lugo sin novedad por La Camerana. Era pequeño, muy inquieto y en un ojo tenía una nube roja. No bien lo sacaron de la caja comenzó a saludar:

—*Bon jour, mesdames et messieurs! Mon biscuit, s'il vous plait!*

—*Biscuit* es bizcocho —dijo el maestro del Marco, que estaba presente y era alicantino.

—¡Está aviado! —comentó Cerdeira—. ¿No le serán lo mismo unas sopas en vino con azúcar?

—*Voulez-vous une soupe de vin sucre?* —le preguntaba el alicantino al loro.

—*Landru aupoteau!* —se puso a gritar este.

El maestro le explicó a Cerdeira quien fuera Landru. Después, con Domingo de Moure, discutieron cómo ir acostumbrando el loro a la cocina gallega y que se dejase de bizcocho. Calumet estaba calladito, y de vez en cuando se buscaba los piojos con el pico. Aquella jornada le dieron una galleta María mojada en leche y medio melocotón en almíbar.

—¡Sale algo caro este Calumet! —dijo Cerdeira.

El loro durmió en su percha, que la hiciera el propio Cerdeira, quien carpinteaba algo. Antes de apagar la luz, Cerdeira se quedó a solas con el loro y le advirtió:

—¡Yo soy José Onega, tu amo!

—*Bon soir, papa!* —le respondió Calumet.

A Cerdeira le hizo gracia lo de papá. Soñó que aprendía francés y hablaba con el loro, y este le contaba de su familia, de cómo eran la América Central y Barcelona. Pero, a la mañana siguiente, cuando Cerdeira fue a darle los buenos días al loro, este había desaparecido. Me lo contaba el propio Cerdeira:

—¡Ni rastro del loro!

Durante muchos días, mañana, tarde y noche, Cerdeira buscó a Calumet por la robleda de Eirís, por los castaños de Vilega, en las casas de los vecinos. ¡Nada! Y Cerdeira no sabía consolarse de aquella pérdida. Pasaron dos, tres años, y todavía se recordaba de Calumet.

—¡Qué pronto se había dado cuenta de que yo era su amo! *Bon soir, papa!*

Y se echaba a llorar. Compró un diccionario francés-español por si Calumet volvía. Un día fue Cerdeira a Lugo, y se sentó donde dicen Vilares a esperar el autobús, a la sombra de unos álamos. Levantó la cabeza porque muy cerca cantaba el cuco.

—¡Créame, don Alvaro! El cuco cantaba, pero en francés. ¡No me explico bien, quizás! Cantaba con el acento mismo de Calumet. ¿Andaría por allí? ¿Dicen algo los libros de si puede haber cría de loro y cuca?

Cerdeira nunca se consoló, repito, de la pérdida de Calumet. Cada vez aparecía más sumergido debajo del sombrero negro. Andaba con el diccionario franco-español debajo del brazo. Pescó una pulmonía y murió. Sus sobrinos me regalaron el diccionario, dentro del cual estaba la fotografía de Calumet que le mandaran de Barcelona a Cerdeira, un loro con la cabeza levantada, y encima de ella un letrero que decía *On parte frangais*.

LOMAS DE NOCEDA

TODOS estos Lomas de quien hablo son gente que anda siempre con cosas raras, apariciones, milagros, encantos y todos los prodigios posibles. Yo era amigo de algunos de ellos, de los Lomas que tenían un molino en Pontigo. El hijo, Manuel, a los dos años, estando en su cuna en el molino, salió navegando por una ventana, que hubo una gran tormenta súbita, vino una llena y todo aquel llano se hizo río. La cuna navegó río abajo, y en ella, a los pies de Manuel, que no le quitó ojo al niño hasta que la cuna embarrancó entre dos sauces. A Manuel le quedó de aquella aventura, mil veces escuchada a la madre, el gusto por todas las noticias que hubiese del Diluvio Universal, y de otros. Cuando *El Progreso* de Lugo traía noticias de alguna inundación, Lomas leía el periódico varias veces, comentaba el caso, y volvía a discutir cuánta agua haría falta para cubrir el monte Carracedo, que era uno de sus temas favoritos. ¡El monte Carracedo! Dice el refrán del país:

*Monte Carracedo
que a todos os montes pon medo
a non ser ao Montiral
que é seu igual!*

Los Lomas, a causa de su tío Felipo, más conocido por Xaneiro, hablaban mucho de Weyler y de unas botas que tenía cuando murió por última vez en Cuba. Xaneiro fuera asistente del general y el encargado de limpiarle las botas. Fue elegido por el aliento. Un médico llamado Quintana buscó doce soldados y les hizo una prueba de calor del aliento con un espejillo y con un poco de cera. Felipo salió número uno.

—¡No había en todo el ejército quien tuviese aliento más caliente que él!

Las botas del general Weyler había que limpiarlas con aliento humano y paño de terciopelo, un retal que le regalaran al capitán general las Damas de la Patria Indivisible. Weyler formó en un pasillo a Felipo y le dijo:

—¡Este cuero tiene que durar eternamente!

Xaneiro saludó y rompió filas. Por consejo del teniente médico Quintana, Xaneiro limpiaba las botas de Weyler después de la cena. Cada bota le llevaba media hora, y si no con mucho brillo, quedaban muy limpias, y el cuero había ido tomando, bajo el aliento de Xaneiro, una suavidad incomparable. Cuando a Weyler dejaron de molestarle las botas en los callos de los meñiques, ascendió a Xaneiro a cabo. Después de perdida Cuba, Xaneiro volvió a la isla, donde casó con una montañesa, que tenía un gran lunar en el labio superior. La santanderina tenía mucho genio, se irritaba por nada, y cuando le entraban celos porque Xaneiro salía a rumbear con una mulata en un *pic-nic* en los jardines de La Tropical, se ponía roja, roja, que asustaba. Pero un día, en uno de esos incendios, al írsele la sangre al rostro, apaciguada por las

promesas y caricias de Xaneiro, le desapareció el lunar.

—¡Sería una verruga! —le decía yo.

—¡Nada de verruga! ¡Un lunar andaluz!

La montañesa, al quedarse sin lunar, cambió de carácter, se hizo una mujer muy trabajadora y muy humilde, dejó los celos, y le escucha al marido, sonriente, las historias de cuando lo formó Weyler en el pasillo.

Xaneiro regresó a Galicia con la montañesa, y vivían en el Candedo, en una hermosa casa. La huerta, por la parte que da al camino de Recaré, tiene unos cerezos pedreses, que florecen precoces. Las cerezas son pequeñas y picudas, pero muy golosas.

PASCUAS DE LURRES

NO se sabe si la broma fue del padre, el señor Argimiro, o de su padrino, don Pedro Pardo. Al niño lo bautizaron Felices, y como se apellidaba Pascuas García, quedó en Felices Pascuas García.

—Donde más me fastidiaron fue en el servicio.

Un sargento murciano, Jesualdo Fábregas, lo mandó, allá por un veinte de diciembre, a visitar a todos los sargentos del regimiento, y también al cabo de viruelas, que era un sevillano picado de la viruela.

—Llegas, saludas militarmente, dices tu nombre y te retiras. Pascuas de Lurres se presentaba y decía:

—¡Felices Pascuas!

—¡Muchas gracias! —le respondían.

—¡Me mandó de postal por toda Gerona, y lloviendo! —se lamentaba Felices.

Sí, Pascuas de Lurres anduvo toda la vida fastidiado con lo de Felices Pascuas, y las bromas que le gastaban. De mediana estatura, más bien gordo, rubio, los ojos claros, lo que más le gustaba era leer en voz alta el periódico, para que le notasen el acento, según él, castellano que había adquirido en Cataluña, y contar los sitios de Gerona. Quien lo escuchase, creería que tales sitios habían sucedido anteaayer. Según Pascuas, a Gerona la sitiaron los franceses ayudados por los moros. Pascuas se lamentaba de que no hubiese un *Sitio de Gerona* en música como había *El sitio de Zaragoza*. Pero lo que mejor dominaba, en materia de discos, era el del fusilamiento de Ferrer, con la voz de la compañera y las descargas. Con la última, se dejaba caer, dramático, como Ferrer en el foso de Montjuich.

A los cuarenta años cumplidos, un día tuvo la revelación de que cuando iba de viaje caminaba imitando el tambor. Fuese lo que fuese lo iba pensando, le hacía llevar el paso del tambor:

—¡Plan, plan, rataplán, plan, plan!

Y se dio cuenta también de que sin tambor no andaba. Decidió comprar uno y aprendió a tocarlo. Redoblaba muy bien, y encontró una marcha que le iba a su andar más bien corto. No vivía sin el tambor. Se levantaba de la cama, y lo colgaba del cinturón. Iba al prado a segar algo de hierba, e iba tocando el tambor. Llevaba el trigo al molino, e iba tocando el tambor. Ya no daba paso ni hacía faena sin ser animado, diré que empujado, por el tambor. Hablaba con él:

—¡Levántate, Pepiño, que vamos a cavar!

Y salía por la rozada del monte con el tambor. De vez en cuando suspendía el trabajo y se daba un concierto. La familia decía que Felices se volviera loco, pero Felices andaba contento, y les hacía la higa a los sobrinos. Finalmente, dio en leer los periódicos con el tambor, pasando las noticias a tamborileos, y en los últimos meses de su vida había dejado de hablar, y todo lo decía con el tambor. La última vez que yo lo vi, pasaba servidor por el camino de Vilares, a reunirme con unos amigos

pescadores, y estaba Pascuas en la era, arrimado al pajar, con el tambor colgándole del cinturón. Le grité:

—¡Vaya vida, amigo Pascuas!

Y me respondió con un redoble alegre y amistoso. Semanas después murió. El señor cura de Ribeira había acudido a despacharlo, y Pascuas le pidió que lo permitiese confesar a toque de tambor. El cura, considerando la disposición espiritual de Felices —así me lo dijo—, se lo permitió.

—¡Era tan bueno, tan bueno, que le dejé tocar lo que quiso! ¡Que el Señor tenga su alma!

PORTEIRO DE MOUROS

MOUROS está tras la sierra de la Corda. Hay buenos prados, robledales y una fraga espesa. Yo le pregunté una vez a Porteiro, en broma, si había moros en Mouros. Tardó en contestarme. Al fin dijo:

—¿Y de dónde, sino, le iba a venir el nombre?

Yo intenté aclarar si los hubiera o no, los mouros o moros de Mouros, y si aún los había en el presente, por dónde andaban, si eran gente secreta de esa que guarda tesoros, personal encantado o bien ciudadanos cotidianos, labriegos o soladores de zuecos. Y todo lo que pude sonsacarle a Porteiro fue que eso de los moros de Mouros era un grande misterio.

Pasaron años, dejé de ver a Porteiro, y hace poco me dijeron que muriera, y me contaron una historia. Porteiro regresaba de Lugo, y pasando la puente, a doscientos pasos de su molino, vio un moro a caballo de la rama baja de un castaño. Era la hora de entre lusco y fusco. El moro estaba entretenido en tirar una moneda de oro al suelo; silbaba, y la moneda volvía a su mano. Porteiro estuvo más de media hora, pasmado, contemplando el juego. Ya era noche cerrada, y la moneda brillaba en la oscuridad, lo que permitía seguir muy bien su vuelo. Ya no se veía el moro: solamente se veía caer la moneda, y se escuchaba el silbido que ordenaba el viaje de regreso.

—¡Para ti! —dijo una voz infantil y alegre. Y la moneda estaba ante Porteiro, reluciendo.

El moro había desaparecido. Porteiro se llevó la moneda, que era media onza de Isabel II. Aquella noche se levantó más de media docena de veces de la cama para acariciarla. Todos los avaros saben lo hermoso que es acariciar oro en la noche, a escondidas. Porteiro tenía miedo de que se le ocurriese al moro silbar, y la moneda fuese por el aire a sus manos. ¿Por dónde escucharía la media onza el silbido del moro? ¿Por la oreja de Isabel II? ¿No convendría tapársela con un poquito de cera? Pero el moro no sólo no silbó, sino que se le apareció a Porteiro varias veces y se hicieron amigos. De vez en cuando, el moro le daba a Porteiro una moneda de oro. Hasta que un día el moro le confesó a Porteiro que ya no podía darle más monedas de oro, que solamente le quedaba un peso amadeo, y queriendo Porteiro devolverle alguna de las recibidas, el moro le dijo que ya no servían para su juego, que al desprenderse de ellas, también se había desprendido de su poder de hacerlas volar.

—¿Por qué me las diste, amigo?

—Pues porque fuiste el único que creíste que aquí había moros.

Porteiro discurrió que con la moneda que le quedaba al moro, el peso amadeo — Porteiro, aunque lo tuteaba, siempre le llamaba «señor moro»—, que podían ir a Lugo, a La Coruña, a Mondoñedo y Ribadeo, el moro como estaba vestido, haciéndose pasar por mago Mustafá, y hacer el juego delante del público, dándole la moneda de premio a quien la alcanzase en su vuelo, y cobrando una peseta a quien

entrarse en el juego. El moro se resistió de entrada, pero terminó aceptando, y anduvo con Porteiro por ferias y fiestas. Nadie lograba alcanzar el peso amadeo, que iba y venía. Sólo en las ferias de San Froilán en Lugo, Porteiro y el moro ganaron cuatro mil pesetas. Los viajes los hacían por la noche, y amanecían en las ferias. El moro comía pulpo y carne estofada. También le gustaba la sopa de fideos.

—¿Qué hacemos con el dinero? —le preguntó Porteiro al moro.

—Me compras unos buenos zuecos y unos anteojos de vista cansada. ¡No hay nada que acabe más con la vista que el estar viendo volar oro!

Porteiro le compró al moro los zuecos y los anteojos. El moro seguía viviendo en aquel castaño, y nunca le dijo a Porteiro cómo entraba y cómo salía. El castaño seguía dando castañas.

Cuando Porteiro enfermó, el moro fue un par de veces a visitarlo, y se sentó a los pies de la cama. Eso decía Porteiro, que nadie de la casa vio a mago Mustafá entrar ni salir. Murió Porteiro, y debajo de la almohada, en una caja de habanos, estaban las doce monedas de oro, eso sí, todas ellas con un poquito de cera, ya en la oreja de Carlos III, ya en la oreja de Isabel II. Amigos, sí, pero por si acaso. Los hijos de Porteiro, ansiosos de oro, derribaron el castaño, pero no encontraron el tesoro que sospechaban. Se decía por la aldea que ahora el moro salía a jugar con su peso amadeo de otro castaño, en la orilla del río, y que mandaba la moneda al agua. La gente de Mouros se escondía por las noches por allí, cerca, pero nadie logró ver al moro. Los hijos de Porteiro conservan las monedas, y se las enseñan a quienes quieren verlas.

AREEIRO DE PORDADE

L OS de Pordade fueron haciendo sus casas a lo largo del río. La primera, al pie mismo de la fraga de Rende, es la de Puga Vello. Creo que ahora vive en ella un nieto del señor Marcelino, que era el patricio cuando yo pasaba por allí, los veranos. El señor Marcelino gastaba patillas a lo Alfonso XII, y cuando iba a Lugo, visitaba a don José Benito Pardo, y regresaba siempre con un montón de periódicos atrasados, regalo del jefe de los lugueses. Ya en casa los ordenaba cronológicamente. Todas las noches leía algo en ellos. En el año cuarenta, poco antes de morir, aún leía números de *El Debate* del año treinta y uno. La última casa, en la vallina, es la de *los Areeiro*. Al hórreo, grande, alto, de piedra, se pasa por una puente de siete losas, en las que en otoño están al sol los grandes calabazos dorados. El río tiene un nombre diferente en cada tramo. Se llama, sucesivamente, del Monte, de la Cruz, de la Herrería Vieja, del Villar, y finalmente, de Pagos. En Pordade, se llama del Villar. Los monjes bernardos de Meira tenían allí fraguas y molino. *Los Areeiro* son gente germánica, rubia, los ojos celestes, alta. Yo fui amigo de Manuel, que era capador y gaitero. Para «la obra», como llamaba él a su arte veterinario, usaba un sublimado alemán que compraba en la botica de mi padre, y que en el papel negro que envolvía el tubo, llevaba una calavera sobre dos tibias cruzadas.

—¿Ves? —me decía a mí mostrándome el tubo—. ¡Mortal de necesidad! El que no sea científico y no esté acostumbrado al uso, debiera de coger las pastillas con pinzas.

Guardaba el tubo en un bolsillo del chaleco, y me daba una palmada en el hombro.

—¡Mucha confianza tiene en mí tu padre!

Las lengüetas de su gaita —los gallegos les llamamos «palletas»— eran italianas, marca Venturini, Alessandria della Palla, vía Bargello, 17. La recuerdo, como si ahora mismo la estuviese viendo, aquella cajita de madera en que venían las lengüetas; la cajita con su etiqueta verde, el escudo sabauda, y las letras doradas que aseguraba que los hermanos Venturini eran proveedores *della Reggia Armata*. Se las mandaban contra reembolso desde Barcelona.

Manuel tenía un primo que se llamaba Secundino, nacido con una pierna más corta que otra. Entre lugueses, hay muchas probabilidades de que un cojo se haga sastre. Secundino se hizo sastre y emigró a Buenos Aires. Le fue muy bien allá, se casó con una boliviana morena que era pantalonera, y un día se acordó de su primo Manuel y le mandó por un, vecino que regresaba a Galicia, unas lengüetas. Eran búlgaras. Venían en una caja de latón dorado, y en la tapa figuraba una gaita. Letras rojas decían: «*Toute la musique. / . Moroff, de la Royale Société Folklorique. Sophie. Bulgarie*».

—¡Bulgaria! —exclama sorprendido Manuel—. ¡Mira tú a dónde llegó la gaita!

Yo no sabía que había gaita en Bulgaria. Los años pasan, y ya me olvidara de

haberlo aprendido gracias a las lengüetas de Manuel de Areeiro, cuando hace unas semanas, en un periódico francés leí un reportaje sobre Boris de Bulgaria, en el que se decía que el zar de todos los búlgaros muriera asesinado, cuando regresaba de discutir con Hitler. El reportaje terminaba diciendo que mientras cante la gaita búlgara, que habrá memoria del buen zar. La gaita búlgara con lengüeta *Moroff*, como la de la gaita de mi amigo Manuel de Areeiro, gaitero en el atrio de Seixo, bajo el alto tejo, en la tarde de la fiesta de Nuestra Señora de Agosto...

BRAULIO DE REGADAS

A Regadas le va muy bien su nombre, porque cinco o seis regatos bajan por la falda del monte, y se van juntando en el pequeño valle, hasta formar el río que va a morir al Mandeo. Abedules, álamos, chopos, sauces, cubren las dos orillas. En Reimonde hay hermosas mimbreras, que a mí me gusta verlas cuando va a entrar el invierno, cuando en la punta de los mimbres amarillos quedan todavía unas hojas plateadas. Vuelan allí las becasas, y las pequeñas lagunas, llenas en enero, brillan cuando las acarician los pálidos rayos del sol. La casa de los Ligueira está algo más arriba de la iglesia. Braulio de Ligueira o Braulio de Regadas, cuando librara de las faenas del campo, se dedicaba a la caza de la nutria: curtía las pieles, comía el lomo bien adobado con laurel y orégano, y derretía la grasa del animal para hacer una pomada contra el reuma. Tenía muchos clientes, inclusive asturianos. Braulio iba a la farmacia de mi padre a comprar tintura de yodo, siempre con aquella grande pipa de brezo, hecha por él mismo, en la boca. Braulio se salvara milagrosamente de un rayo. Lo sorprendió la tormenta a primeras horas de la tarde de un día de julio, y por acortar hasta la taberna de *Sanxeés*, se metió por el atajo, que atraviesa un castaño. Relampagueaba seguido, y los truenos corrían unos tras otros. Comenzó a llover fuerte. Braulio se detuvo al pie de un castaño viejo, y entonces lo agarraron por un brazo.

—Un hombre alto —contaba—. ¡Vaya, un hombre redondo, dorado!...

Una mano del hombre aquello agarró fuertemente, lo levantó en el aire y lo tiró monte abajo. Braulio volaría, porque fue a caer en una laguna a cien metros. Y mientras iba por los aires, una chispa cayó en el castaño y lo desgajó en tres. El castaño humeaba. Braulio se salvara gracias a aquel desconocido, alto, redondo, dorado. No atendía Braulio a razones de los que le hablaban del viento del rayo, y le decían que lo redondo y dorado sería la luz de la fulgura. Y contra todos, Braulio tenía un argumento: el brazo del que lo agarrara el desconocido, con el tirón fuerte, se le alargara cuatro pulgadas.

—Puedo traer certificado de un sastre de Lugo de que antes del rayo tenía los dos brazos del mismo largo.

Estiraba los dos brazos delante de mí, y yo se los medía con una cinta métrica, sorprendiéndome y admirándome.

Los clientes de Braulio, que iban a que les diese friegas con manteca de nutria, solicitaban de él que usase la mano izquierda, la mano del brazo del milagro. Braulio mismo notaba que en aquella mano tenía más calor.

Yo le preguntaba que quién habría sido el que le había echado mano.

—¿El ángel de la guarda?

—¡O un encanto compasivo, o un difunto que pasaba, o san Cosme!

BELLE DE SEIXO

YA he hablado más de una vez de Seixo, con sus sotos de castaños y robles, y de su iglesia, con el arco románico y el rosetón de su fachada, de los capiteles en los que los monjes de cara redonda tienen en las manos unas aves de cuello largo, garzas acaso, como doña Inés Cuello Garza, la que en Portugal reinó después de morir. La casa de *los Belle* está en el vado. Yo tuve mucha amistad con el hijo mayor, Nicolás Picos González, que se murió del tétanos. Era alto, moreno, como todos *los Belle*, y cazador. Se gloriaba de haber dado muerte a un oso en Asturias, y de que nadie en el país matara más lobos que él. Y entre ellos uno muy famoso, que se llamaba *Quinto*. Nunca me supieron decir quién bautizara así el lobo.

Acabar con *Quinto* no fue fácil. Nicolás Belle averiguó que cuando corría el país, amanecía siempre en la fraga de Miral, entrando por el atajo de la fuente, que comienza allí donde por los años veinte apareció muerto un recaudador de contribuciones que se llamaba Libanes. A este, aún con vida —lo atestiguaba el forense de Villalba, don Eugenio Basanta—, le metieron por la boca, ayudándose con un palo, los recibos de la contribución que llevaba en la cartera. Pues el lobo *Quinto* entraba por allí, bebía en la fuente, porque, según Nicolás, sabía que ya no encontraría agua hasta caer por la otra cara del monte.

Nicolás Belle visitó en secreto al señor cura del Seixo y le pidió prestada una estola. El cura se la prestó y Nicolás la depositó en el suelo, en el punto mismo por donde el lobo entraba a la fraga de Miral. Belle se subió, a la espera, a un roble viejo, no sin antes darse ajo en las suelas de los zuecos, para no dar olor de humano al lobo. Cuando a la hora del alba apareció *Quinto* al ver la estola, que era de temo de difuntos, negro y oro, en el suelo, se detuvo, lo que aprovechó Nicolás Picos, Belle do Seixo, para disparar y matarlo.

Era un lobo viejo y cano, con una gran cicatriz en el cuello. Gentes de las aldeas vecinas acudieron a ver la cicatriz de *Quinto* porque esa cicatriz tenía su historia.

Quinto se peleó una vez con el sacristán de Sismondi. El sacristán regresaba a su casa de una función de cabo de año en el Seixo, y el lobo lo saludó en la puente.

—¡Vamos! —dijo el lobo.

El sacristán no respondió. Escupió tres veces hacia el lobo y después silbó. El lobo se sentó en el centro del camino y abrió la boca. Se reía del sacristán. El sacristán se quitó la chaqueta, pero el lobo no se movió. El sacristán se llamaba Lourido. Pues Lourido sudaba frío. Se arrió poco a poco a la barandilla de la puente y se puso a contemplar las aguas del río. Sin darse cuenta de lo que hacía comenzó a desnudarse, y tiraba las ropas al río. Tiró el sombrero, y también la bolsa en la que llevaba el ropón y el roquete. Cuando quedó como su madre lo había parido, se fue hacia el lobo, que lo miraba fascinado, porque nunca había visto a un hombre desnudo. Lourido, rápido, esquivando la dentellada del lobo, metió sus dientes en el cuello de este, y desgarró. El lobo se quejó, se zafó y escapó. Lourido tenía la boca

llena de sangre y de pelo del lobo. Desnudo, haciendo eses como un beodo, llegó a su casa. La mujer, al verlo, cayó privada al suelo. La gente del país admiraba a Lourido, y se apartaba respetuosamente cuando este pasaba. Muchos se quitaban la boina o el sombrero.

Poco tiempo después de la pelea, le salieron a Lourido unas manchas verdes en la cara, le cayeron los dientes y se le inflamó el estómago. Le salía por entre los labios una baba rojiza. Todo era obra de la sangre de lobo que tragara, dijeron los inteligentes del país. Y en pocas semanas, Lourido se fue.

En la India se cuenta de algunas castas reales, que los hijos nacidos en palacio mientras sus padres andaban lejos, en guerras, probaban que eran legítimos, eso que el rajá llevaba dos o tres años sin acostarse con la rajaní, bebiendo sangre de lobo sin que les pasase nada. Si eran adulterinos, morían al cabo de siete días. Se ve que Lourido no era hijo legítimo de un rajá de la India. Pero era muy apreciado, que en paz descanse, floreando responsos.

COUTO DE CARRACEDO

AYER estaba yo hablando con uno que anduvo vendiendo galletas por la provincia de Lugo, según me dijo, y que me saludó muy atento y me convidó a beber una taza cuando lo encontré en la taberna de Eligió.

—Conocí a un amigo suyo, en Muras. Un tal Couto, quien me dijo que hiciera una máquina voladora con unos planos suyos.

Fue verdad, salvo que los planos no eran míos. Yo conocí a Couto de Carracedo en casa de unos parientes míos, cuando por el otoño lo contrataron para rehacer los colchones de lana. Era pequeño, como casi todos los colchoneros de aldea que he conocido, delgado, y tenía la voz tumbal. Así que terminaba de rehacer los colchones, ayudaba a varear los castaños, y era muy hábil en hacer braseros para asar las dulces castañas de allí, en pleno. Lo que los gallegos llamamos «magostar». Yo tenía un número de una revista llamada *Minotauro*, surrealista, en el que venían los dibujos de las máquinas voladoras de Leonardo, y unos planos de ellas interpretados por un ingeniero francés que se llama Fournier, como don Heraclio el de los naipes. El francés parece ser que llegó a construir algunas máquinas de Leonardo, pero no a volar en ellas. Couto de Carracedo se dispuso a hacer una.

—¡A lo mejor paso por encima de Mondoñedo y le mando un saludo! —me dijo.

Nunca más he vuelto a ver a Couto de Carracedo, e ignoro si construyó la máquina de Leonardo o no. Lo que Couto quería era volar sobre el mar. Couto hiciera el servicio militar en Valencia, donde pudo casarse con una viuda que hacía calzones para el clero. Los amores iban bien. La viuda lo obsequiaba con bocadillos de tomate, muy pringados de aceite, y de refresco con horchata de chufa. Los domingos caía arroz en paella en casa de la madre de la viuda, a la que también Couto le entrara por el ojo derecho, y se arrimaba un poco más de lo debido al soldado cuando se asomaba al balcón para ver si llegaba la hija, la joven viudita, con los dulces para el postre.

—Yo miraba a la futura suegra así de lado, sonreía y le daba unas palmaditas en las nalgas, muy prudente.

Pero Couto no pasó a mayores con la futura suegra por respeto a la hija, viuda, que tanta morriña le quitaba. Un día lo besó y abrazó más que de costumbre, y le confesó a Couto:

—¡Ay, Rosendito, eres el vivo retrato de mi primer novio, que murió tísico!

A Couto le entró algo de aprehensión, que era muy higiénico, aunque de aquel noviazgo habían pasado quince años, y después viniera el marido, que palmó en la guerra. Gracias a Dios, llevaron su batallón para los Pirineos. Allá arriba, el aire era muy sano, y Couto ganó unas pesetas ayudando a esquilar en un pueblo de Huesca, que en la ocasión faltaban hombres. Hizo amistad en el esquila con un contrabandista cojo, a quien todos los días le daba parte de su pan, y cuando tocaban lentejas con tocino, el plato lleno. El contrabandista le regaló a Couto una maleta de doble fondo, que había usado en los días en que pasaba fronteras, y con un anteojito de

larga vista, un antejo de metal amarillo, con una plaquita que decía que era propiedad del *lieutenant de vaisseau Laviébre*. Con el antejo contemplé los montes de la Corda y el país de Muras en otoño. ¡Montes azules!

Me gustó saber que Couto aún vive y que se acuerda de mí. Si ahora mismo tuviese una semana de vacaciones, iría a Muras o al mesón de Xohán Blanco, y estoy seguro de que encontraría, sentado frente a una taza de vino tinto, a Couto contando de la viuda valenciana, de la madre tan cachonda, de lo sano que es el aire del Pirineo, del contrabandista, y de cuando por vez primera comió caracoles y cómo con el picante de la salsa le entró lo que él llamaba «un hipo prematuro», que se lo curó una viuda, esta aragonesa, con vino caliente con azúcar. La viuda aragonesa, según Couto, tenía un retrato de su marido, redondo, con marco de plata, que movía los ojos.

—En la habitación, desde el retrato me seguía el difunto con la mirada triste.

Couto le pedía a la viuda que retirase el retrato, o le echase un paño por encima, que con aquel fúnebre presente, él no se animaba. Pero la viuda no quiso que el difunto le diera mala vida, y quería tenerlo de presente cuando lo coronaba. Couto le dijo que no se prestaba a aquella burla, y le dejó a la viuda siete pesetas encima de la cómoda.

—¡Me pareció que la mirada del finado se alegraba!

BARCAS Y EL ZORRO

BARCAS de Moure es un zuequero de Lobo, que en septiembre y octubre recorre la mayor parte de la pastoriza luguesa y de la Tierra de Miranda, zuequeando por las casas, y lo mismo hace zuecas remontadas que madreñas y chinelas, y suelas de zuecos. Barcas, zuequeando en Vilares del Santo, se sentó en un cepo a liar cigarro, y mirando distraído para un montón de viruta, se sorprendió de que se moviera, como si alguien respirase debajo, en un sueño profundo y tranquilo. El montón de viruta era pequeño, y Barbas pensó en perrillo, en un *palleiro* amarillo, de los que alarman con sus ladridos en los caminos del país.

Con el pie fue apartando virutas, hasta que descubrió lo oculto. Era un zorro. Barcas cerró la puerta de la cabaña, y con una vara despertó al dormido. El zorro abrió el ojo derecho, bostezó dos veces, se estiró y felizmente sonrió.

—¡Sí, hombre, me echó una sonrisada!

Era un zorro muy pequeño, muy lucido de pelo, el rabo casi mayor que el cuerpo.

—¡Eres bien pequeño! —le dijo Barcas.

—¡Es que soy enano, Barcas, y además nacido tresmesino! El zorro, raposo o *golpe* como le decimos los gallegos, hablaba muy bien nuestra lengua, y con el acento de aquella misma comarca, donde dicen *autro* por *outro*, otro, y *aira* por *eirá*, era. Barcas es muy hablador, y le gustó la conversación con el zorro, que sin duda era la primera que tenía con el rabilargo un vecino de Loboso.

En el paso de la tertulia, el zorro, que dijo llamarse Anís...

—¿Anís? —le preguntaba yo a Barcas.

—¡Sí, señor, Anís! Me lo dijo bien claro seis o siete veces.

Pues Anís le preguntó a Barcas si quería hacerle unas zuecas subidas, que tuviesen el pico de punta bien salido.

—¡Nunca se vio zorro con zuecas! —le dijo Barcas a Anís.

—¡Bien se ve que nunca fuiste a Monfero!

En Monfero, según le explicó Anís a Barcas, hay un zorro viejo y reumático, muy sabio, que gasta zuecos soldados, unos zuecos que encontró en la carretera.

—Últimamente les puso una sobresuela de llanta, para no hacer ruido. Le gusta mucho acercarse a Curtis, para ver pasar el tren.

Barcas, a ratos perdidos, le hizo a Anís cuatro pares, y el *golpe* estrenó las zuecas en la cabaña, y andaba gracioso, aunque torcía de vez en cuando, especialmente de las patas traseras. Anís le pidió a Barcas que, por favor, que le envolviese las zuecas con paja y papel, que las iba a guardar hasta que las necesitase. Cuando Barcas regresó desde Vilares a su Loboso nativo, en el camino le hizo compañía el zorro enano Anís. Al despedirse ambos amigos en lo alto de Ventos, Anís le preguntó a Barcas:

—¿Quién manda en Francia?

—¡Un tal De Gaulle! ¿Para qué quieres saberlo?

—Es que un zorro que hay en Meira, cuando vamos de caza entre varios, se echa siempre a la gallina más grande, y poniéndose encima de ella grita: ¿Quién manda en Francia?

Barcas nunca más volvió a ver a Anís, zorro enano y tresmesino. Me lo dice con cierta tristeza.

—¿Qué trabajo le costaba salirme alguna vez al camino?

MANUEL REGUEIRA

A CABABA servidor de pronunciar una conferencia en el *Centro Gallego* de Madrid, y estaba hablando con unas señoras, cuando me dieron dos palmadas en la espalda. Me volví y me encontré con Manuel Regueira López. Yo, a quien había tratado mucho, era a su hermano Celso, medio relojero, muy hábil en poner cebos a los tejones. Comía la recia carne bien adobada y bien asada, y con el pelo hacía brochas de afeitar para los amigos. Vivía cerca de Xidulfe, en lo más alto y estéril de la Tierra de Miranda, donde ya está terminaba sobre el río Eo, de aguas claras, y se ven a lo lejos las cansadas cumbres de los montes de los asturianos. Celso era pequeño y gordo, y tenía, como el rey de Escocia que viene en Villo, bermeja media cara:

*¿Dónde va el rey escotista
que media cara tuvo, dijeron,
bermeja como una amatista
desde la frente hasta el mentón?*

Hace cinco o seis años, un vecino de Xidulfe que me encontró en Lugo, saliendo yo del mercado de comprar unas perdices, me dijo que Celso muriera la semana anterior.

—Le dio un parálisis y estuvo siete días sin dar ni a pie ni a mano, sin hablar, los ojos cerrados. Por fin, al octavo día abrió un ojo, miró para los hijos que estaban llorando alrededor de la cama, y les dijo, con voz muy natural:

—¡Tornad los ratones de los quesos, vagos!

Y dicho esto, dio su alma a Dios. Cuando el día del entierro fueron los de la casa al desván a buscar en el cesto de alambre que colgaba de una viga un par de quesos de los que allí estaban a secar, y que eran precisos para la parva de los curas y de los llevadores, todos los quesos estaban mordidos de los ratones, pese al volado de lata que impedía la subida, y a la tapadera de madera de abedul. ¿Cómo supo el moribundo Celso que estaban los ratones en los quesos? ¿Desde dónde, y con qué ojos miraba ya las cosas de este mundo? Hondo misterio que no soy quién para dilucidar.

Manuel Regueira, cuando lo licenciaron del servicio militar, que lo hizo en la capital de España, se quedó en la Villa y Corte empleado en una panadería, y más tarde pasó a trabajar con un callista establecido en la calle de Toledo. Manuel, que siempre fue muy aficionado a la escultura, y en la panadería por año nuevo y otras fiestas, hacía bollos en figura de hombre, caballo o pájaro, ya ayudante del callista antedicho, sacaba moldes de los pies de los clientes fijos, antes y después de que su patrón trabajase en los callos, y si el cliente era persona conocida, y hablaban de él

los periódicos aquellos días, ponía en el escaparate los pies del interfecto con callos y sin callos.

Cuando se murió la infanta Isabel, pese a que eran días republicanos, estuvieron en el escaparate de muestra los pies de la *Chata*, y un día, pasando yo por delante de la tienda del callista magistral, estaban en el escaparate dos pies, el uno lleno de callos y juanetes, de todo calibre y forma y en los sitios más raros, y el otro limpio. Un letrado avisaba: «Pie derecho del Excelentísimo señor don Félix de Llanos y Torriglia, académico electo de la Real de la Historia, antes y después de haber sido tratado en esta su casa». Y junto a los pies, aparecía, dedicada al callista, una obra del historiador, me parece que *Las hijas de Felipe II*, o algo parecido.

Manuel ahorró algo y casó una hija con el heredero de una vaquería que tiene los establos en una calle del barrio de Salamanca, al lado de una casa de baños. Está gordo y fuma tabaco rubio, y pasa el tiempo de jubilado limpiando las vacas, matando las moscas y poniendo en marcha el ventilador en aquel semisótano en el que rumian las vacas del yerno. ¡Si pudiese Manuel Regueira llevarlas a los altos y frescos pastizales de Xidulfe!

SÁBELO DE BOUZAMO

DE Sábelo de Bouzamo puedo contar muchas cosas, pero ahora les digo solamente que le enseñó a silbar un zorro. Una vez que su párroco bajó a Mondoñedo a hacer ejercicios espirituales en el Real Seminario de Santa Catalina, Sábelo lo acompañó con su zorro doméstico. Al señor cura le dieron una habitación con balcón sobre el camino que llaman de los Negrillos, por los árboles que allí hubo, y Sábelo quedó sentado junto a ellos hasta que se hizo noche, y cuando vio por la luz encendida que ya estaba su pastor, bien cenado, en su habitación, echó un dúo silbado con el zorro. Se juntó gente, mujeres que iban para el horno del señor Daniel con empanadas, que era la víspera de San Cristóbal, salieron a los balcones algunos curas, y hubo muchos aplausos.

Sábelo se dedicaba a cazar la nutria en el Miño, y además de vender la piel en Lugo, vendía la grasa del lomo a los reumáticos. Pero en la medicina del país nunca tuvo la fama de Braulio de Regadas, de quien les hablé antes. Sábelo hiciera el servicio militar en Salamanca, donde tuviera una novia que le llamaban María del Almidón, porque hacía plancha mayor, rizando camisas de matadores de toros y roquetes de clérigos. Sacaba brillo y rizado que era una maravilla. Sábelo regresó a Bouzamo con la intención de volver a Salamanca y casarse con María, pero un día recibió carta de la planchadora contándole que un abogado de allá, una mañana de lluvia, cuando ella iba a entrar a una casa cerca de la iglesia de San Martín, a la salida de la plaza, la embistió sin querer con el paraguas, en un golpe de viento, y de resultas del choque María se había quedado sin el ojo izquierdo.

—Yo, don Álvaro, me hubiera casado con María con ojo o sin ojo, pero en el *Secretario de los amantes* no encontré modelo de carta a novia ausente que ha perdido un ojo.

Sábelo me aseguraba que había chupado tanto lápiz tinta delante de una hoja de papel en blanco, intentando hacer un borrador de la respuesta a María, que anduvo un año enfermo del estómago. Y siguió soltero, vago, cazador, paseante de los caminos de la Tierra de Miranda. En cualquier camino, en cualquier época del año, lloviese, nevase o hiciese sol, aparecía Sábelo silbando. Siempre llevaba consigo un saquito con pan y lacón, y también la bota llena, y saludaba alegre a los amigos en francés:

—*Bonjour!*

Por veces se le iba el sueño, y entonces paseaba hasta Ribadeo, y con el lento acunar del mar curaba.

—¿Qué fue del zorro que silbaba? —le pregunté la última vez que le vi—. ¿Todavía vive?

—¡Calle, don Álvaro! ¡El mundo al revés! ¡Si le digo que me lo comieron las gallinas, no me lo va a creer! Llevó el puño cerrado a la boca, besó el pulgar, y se marchó, entristecido, sin despedirse de mí.

RUZOS DE BEIRAL

YO no conocí a Ruzos de Beiral, pero traté mucho a un sobrino suyo que se llamaba Evaristo y vivía en Ouselle, junto a la laguna. El camino de Noste pasa al pie de la mámoa de Focay, donde vive un moro gordo, vestido de colorado, que guarda un tesoro, y el maragato del Empalme, el señor Nistal, que tenía tres hijas muy repolludas, contaba que una vez el moro le saliera al camino, cuando aún traía el vino en pellejos, y le pidió que le llenase una jarra, que era de oro.

—¿De dónde es el vino?

—¡Zamorano!

El moro bebió seguido, regoldó, y alabó el caldo, sin ponerle la tacha que le ponía don Farruquiño Montenegro, según Valle-Inclán, de la sabor a la corambre cuando soplaba vino castellano. El moro pegó un salto y volvió a su escondite sin pagar. Lo que cabreó a Pedro Nistal. Pasados años, ya viejo Nistal, lo vieron los vecinos cerca de la mámoa, levantando en lo alto la cayada, insultando al moro y reclamándole una peseta por la jarra de vino, capital e intereses moderados.

Ruzos fue un gran pescador, y tan pronto como se levantaba la veda, dejaba todo trabajo y se iba con sus cañas por los ríos del país. Vivía de las truchas que vendía a fondas y tabernas, y pasaba al reino de León.

—¿Y también a Asturias? —preguntaba yo, tomando notas.

—No, que les tenía manía a los asturianos, por orgullosos.

Ruzos pescador quería que le creyesen que tenía secretos propios para la pesca, raros licores en los que poner a ablandar la lombriz, que luego con su perfume atraía la trucha. Decía que los comprara de tres clases a unos húngaros, en una feria de Lugo, y de paso los húngaros le enseñaron a comer los caracoles. En Galicia, comer caracoles sorprende. La primera vez que yo supe que se comían los caracoles, fue escuchándole al señor cura de Ouselle decirle a un tío mío:

—Ese amigo tuyo, Ruzos, come los caracoles. ¡Esas cosas, coño, debían confesarse, como el sexto!

Ruzos, cuando estaba con amigos de confianza, contaba que llegara a entender la vida toda de la trucha, trabajos y descansos, amores, vicios.

—¡Vicios, muchos! ¡Sólo le falta el naipe!

Aseguraba que podía pescar con palabras.

—¡Como sé decirles a las truchas lo que les conviene!

Su sobrino Evaristo lo vio pescar una trucha en el pozo de Baño, silbando. Ruzos se puso a silbar en la orilla, junto a unos saúcos. De vez en cuando dejaba de silbar, hacía que comía un saltamontes y le echaba otro a la trucha. La trucha se había acercado tanto, que ya apenas tenía agua que la cubriese. Ruzos le echó más saltamontes y la trucha comió. Ruzos silbaba y la trucha le respondía. Y estando la trucha distraída, Ruzos, con una horquilla de roble que llevaba, muy afilada de puntas, clavó la trucha y la sacó a tierra. La trucha lloraba, pero Ruzos le daba

palmas en la cabeza, y le decía:

—¡Ah, tonta, tonta, más que tonta!

Ruzos con la pesca se arruinó. Dijo a los vecinos que para profundizar más en la vida de las truchas, que iba a dormir un par de noches en el río, lo que hizo. Lo tuvieron que sacar del río, que había quedado baldado. Un mes después se murió. Su sobrino Evaristo me repetía una aleluya:

*Diz que el pescador de caña
pierde más de lo que gana.*

BERTOLDO DE READES

SI este año vuelvo a la feria de los capones en Villalba, seguramente que lo veré, y charlaremos. Siempre aparece en la plaza, embufandado, tratando al desdén, regateando lo que puede, y al final siempre compra dos buenos capones, regalo para un abogado de Madrid, del que sólo sé que se llama don Martín. Cada vez cojea más y mejor. La cojera de Bertoldo dio mucho que hablar en las parroquias vecinas, en los señoríos de Miragaya y de Grandela. Bertoldo iba desde Cospeito a su casa, una tarde de otoño con mucha lluvia, hará de esto unos treinta años. Bertoldo era entonces mozo, alto, garrido, boina pequeña en la cabeza para que bajo ella asomasen los rizos del pelo, claros ojos alegres, narigudo, pálida la color. Cuando iba de viaje, aunque no fuese en bicicleta y tomase el autobús, llevaba los calzones sujetos con aros metálicos sobre los tobillos. Tenía dos o tres novias, y a finales del invierno se dedicaba a vender y comprar ovejas. Como digo, Bertoldo iba hacia su casa, mojándose, y en una vuelta del camino se encontró con tres desconocidos, que se tapaban los tres con el mismo paraguas. Los tres eran cojos, el uno de la pierna izquierda, el otro de la derecha y el del medio, casi enano, de ambas las dos.

—¡Buenas tardes! —saludó Bertoldo.

—¡Te mojas porque quieres! —le dijo el cojo de la pierna derecha.

—¡El paraguas es pequeño para todos! —comentó Bertoldo.

—¡Crece lo que haga falta! —dijo el cojo de la pierna izquierda.

Bertoldo declinó la invitación y siguió adelante. Siguió hasta que escuchó un cornetín de órdenes, cuyo sonido le entró por los oídos como una aguja. Volvió la cabeza, y era el enano cojo de las dos piernas quien tocaba a formar. Bertoldo, sin saber cómo, se encontró entre los cojos y bajo el paraguas, que había crecido y era como una nube negra sobre su cabeza y las de los cojos. En las varillas del paraguas se habían refugiado unas cuantas urracas, que son aves a las que la lluvia cabrea. Cuando los cuatro, bajo el paraguas, llegaron al cruce de Mostende, el cojo de ambas piernas, que era quien sostenía el paraguas, lo cerró.

—¡Se acabó *le parapluie*! —dijo.

Y los tres cojos, con las urracas, volaron por entre las ramas de los castaños y desaparecieron. Unos erizos cayeron sobre Bertoldo, quien se quedó bajo la lluvia preguntándose si no estaría soñando.

—*Le parapluie!*

Bertoldo nunca había oído tal palabra, lo cual era una prueba de la veracidad de su relato. ¿Dónde iba a haber aprendido Bertoldo la lengua francesa? Visto que los cojos con el paraguas no volvían, Bertoldo siguió solo hacia su casa. Y llevaba andados unos cien metros, cuando se dio cuenta de que cojeaba. De la pierna izquierda. Se le doblaba la rodilla hacia fuera y el pie describía como una curva en el aire. En uno de estos vuelos del pie, se le desprendió el aro de ciclista, que fue a parar a la cuneta. Bertoldo se echó a llorar. Desde entonces, cojea.

El caso fue muy comentado. Todavía se habla del asunto, y nadie le encuentra explicación.

SECUNDINO PRIETO

YO tuve un amigo, Secundino Prieto, que decía que estaba enfermo, y ya llevaba con esta manía unos cuantos años, de médico en médico, de curandero en curandero, y nadie encontraba el quid de la enfermedad. Secundino era inteligente, y lúcido analizador de su condición de enfermo. Se sentaba a la puerta de su casa, junto a la higuera, contemplando el pequeño valle y los montes vecinos, y filosofaba.

—Pero ¿te duele algo? —le preguntaba yo.

—¡No me duele nada! Lo que pasa es que estoy enfermo. ¿Te parece poco?

Secundino, cansado, pálido, sin apetito, salvo algunos súbitos antojos —como pedir cerezas en diciembre, una tarde de nieve—, me confesó que llegara a ver su cuerpo por dentro, y cómo funcionaba.

—¡Igualito que un reloj! Es casi seguro que hay una pieza que no marcha, o anda suelta, pero como yo no soy médico, no puedo decir dónde está la falta.

Secundino recordaba cuándo notó los primeros síntomas de la dolencia, y no podía asegurar si fue cuando el susto que le metieron los de la Fiscalía de Tasas, encontrándole de noche con dos sacas de azúcar que comprara de estraperlo para criar dos muleros, o si fue una noche fría, en la que pudo tropezar con un aliento helado, al pasar junto al camposanto de Filiade, regresando de pasar una hora con una novia que tenía, Rosiña de nombre, tras la que andaba, teje que teje, intentando levantarle las sayas. Algo, en las dos ocasiones, se le había soltado dentro.

—Fue como si me desabotonaran la puerta del hígado, o la pretina del bazo, o la de los riñones.

Y me confesaba que la palabra justa era desabotonar, porque durante varias semanas le pareció que necesitaba escupir un botón. Si hubiera logrado escupirlo, seguro que ahora no estaba enfermo. Un día, sobresaltó a Secundino un pensamiento: ¿y si pudiera pasarle a otro la enfermedad? No por mal, ni porque quisiera fastidiar a otro, ni por venganza, ni porque le tuviese asco al vecino. No, de pasarle la enfermedad a otro, lo propio, lo decente, sería pasársela a un amigo, a una buena persona con la que pudiese pasear, hablar, ir a Lugo, o con una empanada a una romería, o a los baños de mar.

—Estudiando el caso, don Álvaro —me decía descubriéndose y mostrando la reluciente calva precoz—, se me puso un escrúpulo, un escrúpulo especial. El amigo al que le pasase mi enfermedad, sería como yo, tendría parte de mis posibles. Si yo me casaba con la Rosiña, ¿qué parte le tenía que tocar, si en puridad le tocaba algo, a mi amigo en el asunto?

Y ya confidencial, me dijo Secundino que había hecho una lista de amigos a los que no encontraba mancha que impidiera que les pasase la enfermedad suya, que no era sucia, ni olía mal, ni había llagas, ni precisaba parches, ni siquiera medicinas.

—Soy como un reloj que va atrasado y nada más.

Pues bien, en la lista de amigos me pusiera a mí. Me decía Secundino que le

perdonase aquel exceso de confianza, y que llegado el traspaso, que yo ya sabía que de comer y de beber, de lo mejor, y siempre veinte duros en el bolsillo, sin dar golpe, y en lo que tocaba a Rosiña, pues lo que se tratase.

—¡Usted ya sabe que hay capital!

Lo peor del caso es que ni Secundino ni yo sabíamos cómo se puede traspasar una enfermedad a otro.

—En Herbade —me decía Secundino— hay uno de mi estatura, muy parecido a mí de cara, muy buen muchacho, de los Tellas. ¿Qué le parece?

Pero ¿cómo meter en el cuerpo del de Herbade la enfermedad de Secundino? El de Herbade era muy humilde y trabajador, siempre sonriente, pelo negro rizado. Secundino iba a peor, y cada vez se le soltaban más botones dentro, especialmente en cuarto menguante. Y debía de ser cierto que se le soltaban, aunque los médicos le decían que no tenía nada, y que trabajase. Un día de marzo, Secundino se levantó temprano, mandó que le mudasen la cama y le pusiesen las mejores sábanas, bebió un vaso de leche de burra con miel, se volvió a la cama, y murió. Ya no debía tener, dentro de su cuerpo, ningún botón en su sitio.

HERDEIRO DE VINTES

HACE unos meses que me encontré con Herdeiro de Vintes, el cual me preguntó si un primo suyo, Felipe Marful, alias Cachazas, me contara la historia de un jarro que él, Gumersindo, yendo a vender una muía a Cacabelos, comprara allá. Gumersindo cuando me habla quita la boina, que la lleva metida hasta las cejas, y la mete debajo del brazo. Sí, Cachazas me había contado la historia. Tardó más de media hora en los preámbulos.

—¡No va a creerme! —me decía.

Y yo, como sabía que a Cachazas le gustaba el parrafear solemne, y filósofo soltaba sentencias y refranes, le respondí: —¡Estoy en el mundo, Cachazas!

Quería decirle que servidor podía escucharlo todo.

Pues bien, Herdeiro de Vintes, en Cacabelos, en la feria grande del otoño, comprara un jarro de barro blanco. Lo trajo y lo colocó en el vasar de la alacena. No lo usaba. Un día le iba a echar mano, pero se decidió por otro jarro, de barro de Mondoñedo, que estaba a su lado. Entonces el jarro de barro blanco le habló a Herdeiro.

—¡Échame vino, hombre!

Herdeiro se asustó y no le quería tocar, pero la mujer, que por la mano izquierda viene de los señoritos de Mesía, terca como ellos y con la cabeza levantada, cogió el jarro y lo llenó de vino. El matrimonio bebió mano a mano, en silencio, y visto que el jarro no decía nada, lo pusieron de nuevo en el vasar.

—El jarro —me contaba Cachazas—, calladito. Pero ya puesto de nuevo en su sitio, comenzó a bailar. Con los giros del baile tiraba los otros jarros, y las cazuelas. Hizo un desastre en la alacena, hasta que también cayó él al suelo, y se rompió.

La tesis de Cachazas, y la de Herdeiro de Vintes, era que el jarro se emborrachara. Pero Cachazas, mientras el jarro bailaba, había sorprendido en él algo humano, algo que le recordaba un borracho de teatro.

Cachazas, siempre que iba a Lugo o a La Coruña, como hubiese anunciada función de teatro, se quedaba a verla. Lo recuerdo en Mondoñedo, cuando se presentaba la compañía *Montijano*, sentado en primera fila, viendo *Noche de lobos*, *La malquerida* y *Canción de cuna*.

Pero no dábamos con el borracho. No dimos. Cachazas fue a Caracas, a pasar unos meses con una hija que vivía allí, muy bien casada, y con televisión en la cocina, encima de la nevera, y no regresó. Se le paró el corazón cuando tomaba zumo de lechosa frío. Cuando yo fui a Caracas a dar unas conferencias, visité a la hija en el comercio del marido, en la calle Sábana Grande.

—¿No dijo nada antes de morir? ¿Diera con el borracho al que se parecía el jarro de Herdeiro de Vintes?

La hija de Cachazas miró para mí con sus hermosos ojos azules, se sonó, y sabe que yo apreciaba a su padre, y que siento su muerte.

—¿Piensa que si hubiera dicho algo tocante a ese misterio que no le habría gustado que se lo fuéramos a contar a usted?

Se vuelve a sonar, seca una lágrima, e imitante en todo a su padre en el decir y en gestos, me suelta una sentencia:

—*¡Que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son!*

NEIRA DE PARDOMONTE

NO he conocido al más famoso de los Neira de Pardomonte, don Felipe, quien estuviera en la última carlistada, y le comprara un caballo al heredero de un cura vasco. El cura andaba en el monte, con un sobrino de a pie, para hacerle el chocolate al tío, y vigilar mientras el guerrillero dormía. El sobrino casi no le hablaba al tío, porque nunca le había prestado el fusil. Un día, en una emboscada, al cura le metieron una bala por un ojo, y cayó redondo. El caballo del cura no se dejaba montar por el sobrino, quizás porque era delgado y pequeño, mientras el cura era alto y grueso. Delante de una posada, en Estella, don Felipe Neira y Pardo pidió montar el caballo, que era tordo, y ya montado, sin apearse, lo trató con el sobrino en media onza. Cuando el sobrino vio la moneda de oro, se quitó la boina, y dijo en vasco:

—¡Vaya por el alma del difunto! ¡Agur!

Y se fue al monte, con el fusil del tío.

En cambio, conocí al hijo de don Felipe, a Teodoro Carlos Neira Gil. Ya iba en los sesenta cumplidos. Era de mediana estatura, calvo, narigudo. Tenía los ojos celestes. Vestía siempre de pana negra, lo que no le gustaba nada a un pariente mío de Vilaverde:

—¡Un mayorazgo que parece un maragato! —decía.

Teodoro Carlos fuera siempre un vago, con una navajita en la mano cortando en un taco de madera, sacando figuras de pájaros y de humanos, estas cabezudas, y muchas con chistera. Hiciera un curso en el seminario de Mondoñedo, pero no le sentaban nuestras aguas, y el latín no le dejaba dormir. Pero en el poco tiempo que estuvo allí, bajo la rueda de santa Catalina, había aprendido unas cuantas frases latinas que las soltaba en los momentos solemnes, cuando un vecino perdía un pleito o en los duelos, creando con la frase empleada silencios a su alrededor. Un día, paseando por el monte, encontró en una piedra unos signos raros. Limpió con cuidado usando de la navaja, y concluyó que se trataba de letras. Me preguntó en la ocasión cuándo había comenzado a haber papel en el mundo y se dejó de escribir en las piedras.

—¿Cuándo se inventaron los periódicos?

Yo le hablaba de las tablillas mesopotámicas, del papiro y del pergamino, de los cautivos chinos de la batalla de Talas que dijeron cómo se fabricaba el papel; pero, o bien no me suponía tanta ciencia, o no me hacía caso, metido en sus manías. Teodoro Carlos lo que quería era, por ejemplo, cómo se mandaban partes escritos los gallegos antiguos, los gallegos de los castros. Le pedí que me llevase con él al monte, que yo copiaría los signos, los compararíamos con los que vienen en el *Corpus Petrogliphorum* de Galicia, o se los llevaba ya a Charlofé, que fuera mi profesor de historia en el instituto de Lugo, y sabría quizás de qué se trataba. Se negó a mi pretensión, diciéndome que a lo mejor aquel escrito era un recado privado, tocaba a la honra de alguno, o trataba de intereses, y que no debía propalarse. Le dije que quizás

estaba allí el nombre de un dios de otros tiempos, y se asustó.

—¡No hay que decir su nombre, que a lo mejor aparece!

Y me contó que un tal Fuquin, cantero, comprara en la feria unas coplas que hablaban de la endemoniada de Barbelle, y estando en su casa en Pacios una noche, por Santos —afuera mugía el vendaval y llovía cerrado y duro—, leyendo en la cocina las coplas a los de la familia, que estaban deshojando el maíz, al llegar a las cuartetas que cuentan del diablo Abscondito, con sus grandes orejas coloradas en las que dormían los murciélagos, y a sus patas de cabra, que las tapaba con una falda que le robara a una señora de lo mejor de Lugo, Fuquin se echó a reír.

—¡Vaya con Abscondito! —exclamó.

Y en aquel momento se quebraron todos los cristales de la ventana, se abrió esta y, envuelto en chispas, entró Abscondito.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó el diablo.

Las chispas que acompañaban a Abscondito dejaron en pelotas a Fuquin, y el reloj de bolsillo que tenía, un *Roskoff Patent*, se le derritió sobre la barriga, y le quedó allí grabado, como un tatuaje, paradas las agujas a las once menos siete minutos.

Neira buscaba tesoros, y sabía la parte que se llevaría el Estado, y se había consultado en Villalba con el abogado Peña Novo si los hallazgos de tesoros eran gananciales o no. Pensaba que al Estado se le podían hacer cuentas. Por ejemplo: «Mil quinientas pesetas por dar muerte a la alimaña guardadora del tesoro, que lo era sierpe venenosa, *sicut veterinarius*».

—¿Y si el tesoro lo guardaba un moro?

—No lo mataría. Que se fuese para Buenos Aires o para Caracas. Entonces en la cuenta del Estado poníamos: «Cinco mil pesetas para el pasaje del moro del tesoro, que va a Buenos Aires».

—Como ves —me decía—, pequeños gastos para lo que supone encontrar un tesoro.

FELIPE DE LOMBA

UNA señora americana, en Chicago, soñó durante varias noches seguidas con un elefante. El elefante llamaba a la puerta con la trompa, la señora le abría, y el paquidermo, muy fino, la invitaba a dar un paseo. La señora viajaba, creo recordar que por el aire, montada en el elefante. Una noche despertó, que llamaban de verdad a la puerta. También despertó su marido, el cual bajó a ver quién llamaba a la puerta tan fuerte y tan a deshora. Era un elefante, que se escapara de un circo, y paseaba pacíficamente por el barrio. La señora reconoció en él al elefante de sus sueños, a aquel amable compañero que mientras la llevaba por los aires le cantaba antiguas canciones inglesas, las mismas que la señora escuchaba en un disco que le regalaran por Pascuas.

Felipe de Lomba, sin un ojo a causa de un erizo que le cayera en él, vareando las castañas, fue una vez a Castilla a la siega, y en Santa María de Nieva, en la puerta de la iglesia, vio colgada la piel de un culebrón. Medía la vaina aquella, verdiclara, casi tres varas. Felipe se asustó al verla, y durante mucho tiempo soñó con el culebrón segoviano, que se le enroscaba en el brazo izquierdo, le pegaba golpes en el pecho con la cabeza, y acercaba su boca a la suya, una boca de la que salía una lengua larga y roja, helada. Felipe despertaba y gritaba, y el culebrón asustado huía, golpeando en el suelo al tirarse de la cama. Y no había duda del ruido que hacía al golpear el suelo, porque en aquel momento Felipe ya estaba despierto.

Felipe sostenía que, faltándole un ojo, en sueños veía al culebrón con los dos con que naciera.

Felipe de Lomba consultó con uno que llamaban Chispas de Reiriz, que andaba propagándose por curandero de hierbas uruguayas, y tenía una hija establecida en Montevideo, con un gabinete en el que adivinaba el pensamiento. La hija había venido con un italiano, un tal Paolini, que ella decía que era su intendente, a pasar un verano a Reiriz, y la pareja aprovechó para andar por las ferias ejerciendo la adivinación, y ganaron para el pasaje. Chispas, para comenzar, le dijo a Lomba que debía verter harina alrededor de la cama, y así sabríamos por dónde entraba y por dónde salía el culebrón. Felipe despertó, como acostumbraba, cuando el culebrón le quería meter la lengua en la boca, sintió el golpe en el suelo de la serpentina al tirarse de la cama, y encendiendo la luz se puso a estudiar el rastro. Aparecieron las huellas de una gallina en la harina... ¡Misterios! Felipe no volvió a soñar nunca más con el culebrón, que ahora soñaba con un gallo que le picoteaba y picoteaba en el ojo vacío. Se murió porque no podía resistir aquel dolor.

—¡Esos picotazos me vuelven loco! —decía.

—¡Pero si los sueñas, Felipe!

—¡El caso es que duelen!

El pico del gallo se le metía dentro como una varilla de hierro al rojo. Si Felipe despertaba, el gallo salía volando, y se escondía en la fresquera, en la ventana de la

cocina, orientada al Norte. Y no había duda del gallo, que Felipe encontró más de una vez allí plumas de un gallo colorado.

Chispas, a la cabecera de la cama de Felipe de Lomba en la agonía de este, se preguntaba si el culebrón y el gallo, y otras cosas de extrañas formas que Felipe había visto a lo largo de su vida, no las habría visto con el ojo perdido, que quizás no lo enterraron.

—¡No se puede dejar el ojo de un cristiano suelto por el mundo, coño!

LOURO DE SALCEDA

LOURO vivía en Salceda, en una soledad montañesa, en lo alto de la sierra de la Corda, y su casa, siempre muy encalada, asomaba por encima de los nogales, con su gran chimenea siempre humeando. Louro era de mediana estatura, moreno, flaco, los ojos grandes inquietos, las manos muy vivas, acompañando el discurso, la colilla del pitillo de picadura siempre pegada al labio inferior, moviéndose y vertiendo ceniza y tabaco mientras Louro hablaba. Louro siempre hablaba de tesoros. Tenía un *Ciprianillo* y un mapa del ayuntamiento de Parga. Louro sabía de un tesoro en Fontela, cerca de Parga capital, que estaba solo, sin moro ni hada. Lo había encontrado ya hacía años un vecino de allí, un tal Cándido, que era componedor de huesos. El tesoro habló con Cándido:

—¡Don Cándido, por favor, déjeme quedar en mi casa! Si me lleva, me ha de gastar, y si me gasta ¿qué figura hago yo delante de los otros tesoros?

Cándido dedujo que los tesoros se reunían, o visitaban, con lo cual, estando atento, podía, en vez de un tesoro, hacerse con cuatro o cinco. Se dejó, pues, convencer por el tesoro, y no lo tocó. Eso sí, varias veces al año iba a echarle un vistazo al tesoro, y por San Bartolomé le pedía que le pagase los réditos. El tesoro le pagaba religiosamente. Con los réditos, Cándido se pagaba una cura de aguas en Guitiriz, en el balneario, todos los días comiendo pollo asado, y de postre, melocotones en almíbar. Yo le preguntaba a Louro qué figura tenía el tesoro de Cándido.

—Creo que era un montón de oro que estaba sentado de espaldas a la puerta de la cueva.

Louro estaba empeñado en aprender a leer de derecha a izquierda, para poder hablar con los tesoros que encontrase, a los que le había asegurado Cándido que hay que dirigirse en lengua gallega, con las palabras al revés.

—Verbigracia —me decía Louro—, *roñes* por señor, *oruo* por ouro, y *oñiv* por viño.

—¿No le parecerá mal a un tesoro que lo trates de *roñes*?

—¿Por qué? ¡Cada lengua tiene su natural!

Louro me contaba de un cura que hubo en Betanzos y que encontró un tesoro. El tesoro le dijo al cura que se pusiese de espaldas, que iba a vestirse de gala, que cuando lo encontró estaba con ropa de diario. El cura, con un espejito de mano que sacó a disimulo, vio el tocado del tesoro. Se quitó una capa parda y se puso una mitra blanca, y después cogió con sus dos manos su sombra y la comió, y con ella la de un árbol que estaba allí cerca. Entonces se mostró resplandeciente, rojo, rojo, en el crepúsculo vespertino, entre las rocas.

—Era un tesoro que se llamaba Paris.

El cura lo llevó para su casa y lo metió en una caja de cristal. El tesoro era una boca de oro, con siete dientes. El tesoro le dijo al cura que se alimentaba con

palabras. El cura, todos los días de Dios, le metía al tesoro entre los dientes una página del diccionario latino-castellano de don Raimundo de Miguel, o de una «guía» de teléfonos, que la robó en un café en La Coruña, que a lo mejor el tesoro también quería saber de la gente. El cura tuvo que hacer un viaje a Madrid, y dejó el tesoro escondido en la cuadra. Cuando regresó de la capital, el tesoro había desaparecido.

—¡Es que a un caballero principal no se le puede dejar una semana debajo del estiércol, coño! —comentaba Louro.

LICHO DE VILAMOR

YO supe del Licho de Vilamor por el abuelo de un compañero mío de escuela, que era un viejo relojero y poseedor de una caja de música que mucho me gustaba oír. Llegaba, me ponía ya la polca, ya la mazurca, ya el vals, y al terminar la pieza cerraba la caja, la envolvía en un paño morado y me decía:

—¡Bueno, por hoy ya va bastante!

—En Vilamor —nos decía— hubo dos hombres de talento: el Berete, que aprendió a leer en un día, y el Licho, que sacaba las muelas sin dolor.

Preguntando por el Licho, supe que fue un hombre muy alto, gordo, con barba redonda negra, y que siempre gastaba blusa, como tratante maragato. Andaba por las ferias de sacamuelas. Llegaba a una cualquiera, se subía a un cajón, y colgaba de su cuello el gran collar hecho con los dientes y las muelas más famosas que sacara, y para traer a la clientela explicaba las piezas:

—¡Esta muela fue del señor cura de Abraldes! ¡Mucha hebra de lacón lleva molida! ¡Este diente fue de doña Ramonita Verdes! ¿Veis este colmillo de tres raíces? ¡Lúe del sombrerero de Mondoñedo!

Cómo lograba sacar las muelas sin dolor, no me lo explicaron. Un día en el que yo hablaba del Licho, un tío abuelo mío me contó que él lo había conocido.

—¡Si pasó con él en nuestra casa una chistada!

Y la chistada fue que una tía mía, Elisa, que fue hermosa muchacha, muy delicada y poetisa, que murió en Panticosa del mal del pecho, tenía una muela averiada, le dolía y alguna mañana aparecía con un pequeño flemón. Como era sábado, y mercado en las Rodrigas de Riotorto, y estaba el Licho trabajando allí, y mi tía ya no podía más, fueron a buscar al inteligente para que le sacase la muela a la señorita Elisa Moirtón y Agüera. Y la pobre Elisa estaba en la sala de los balcones, en el pazo nuestro de Cachán, en una mecedora, lloriqueando, cuando llegó el Licho.

Y mi tía, viendo entrar por puertas aquel hombre tan alto, la blusa negra, el collar dentario colgándole sobre el pecho, y en las manos las herramientas, se desmayó.

El Licho echó en la ocasión una risotada bárbara, y volviéndose para mi bisabuelo, el notario de Bretoña, que gloria haya, mientras mostraba las tenazas comentó el desmayo, palaciano gracioso:

—¡Ja, ja, ja! ¡Todas estas señoritas son un ható de putas!

Es todo lo que sé del Licho de Vilamor.

TERTULIA DE BOTICAS PRODIGIOSAS Y ESCUELA DE CURANDEROS

*A la memoria de mi señor padre,
boticario en la antigua y episcopal
ciudad de Mondoñedo*

TERTULIA DE BOTICAS PRODIGIOSAS

El autor de este texto tuvo ocios bastantes en la oficina de farmacia paterna para, desde párvulo, deletrearen los botes los nombres sorprendentes, desde el opio y la mirra a la menta y la glicerina, y más tarde, ayudar a hacer píldoras y sellos, y escudriñar el misterio del ojo del boticario, y sumergir una mano en los cajones de las plantas medicinales, la genciana, las hojas de sen, la salvia, la manzanilla..., y darle al molino de la mostaza, cerca del cual estaba la redoma de las sanguijuelas. Mi padre preparaba la tintura de yodo, un vino aperitivo, o las limonadas purgantes para la gula del obispo de Solís. Se me aposentó en la imaginación una idea de las farmacias todas del mundo, que era mágica y fui curioso de ellas, recogiendo noticias de aquí y allá, preocupado de elixires y venenos, de la cosmética antigua y de la gloria almibarada de jarabes y de lectuarios, como los de la monja del Arcipreste. Aparecían en ferias y mercados las recetas de los curanderos del país, de quienes tanto he escrito. En estas páginas, pues, va reunida mi ciencia boticaria, mi saber de farmacopea fantástica, desde la farmacia de Elsinor, castillo muy venteado, a la botica de La Meca, con su caimán en el techo; desde los venenos de Mahaut d'Artois, que pusieron fin a los Capetos de Francia, a la botica de los señores traductores de Toledo. Se trata aquí del polvo del cuerno del unicornio, obligatorio en las farmacias inglesas todavía en el XVIII, de la piedra bezoar, de la mandrágora, de los kutbub al mawazin gabirianos, de las corrientes de agua que curan la melancolía, de las plantas secretas de la farmacia de los reyes de Portugal, de somníferos, de las medicinas para fabricar niños prodigios, de la botica del arcángel Rafael, etc. Todo ello compone un mundo a la vez cierto y fantástico, por el que pasa el hombre buscando la salud y la larga vida, o dando la muerte. Se habla también de filtros de amor, de cómo soñar por medicina, y de la falsa muerte de Julieta.

Escribir estas páginas fue, para el autor, como tomarse unas placenteras vacaciones.

LA FARMACIA DE LA MECA

iS EA alabado el Dios único y misericordioso! La primera noticia detallada de la farmacia de la ciudad santa de La Meca la tenemos por Ahmad el Gafiqí, el más célebre de los botánicos y farmacólogos de Al Andalus, famoso por su Kitab al adwiya al mufrada, o «Libro de los medicamentos simples». A Ahmad le trajeron de La Meca, de la gran botica protegida por los Califas, una uña del caimán que allí colgaba del techo. Este caimán —como más tarde el de todas las farmacias renacentistas germanas— había de ser de sexo masculino y virgen o, por lo menos, que no hubiese tenido contacto sexual alguno con mujeres. Aquí entraba una tradición alejandrina recogida por Plinio, según la cual, en el antiguo Egipto, las mujeres se prostituían con los cocodrilos. El califa Harun al Rashid regaló en dos ocasiones caimanes y manteca de caimán a la botica de La Meca, traídos los caimanes a Basora por sus pilotos que iban a Especiería, al trato de la canela, la pimienta y el clavo. Sinbad, por ejemplo de almirantes. Bonacosa de Padua, el traductor al latín del «Colliget», de Averroes, amplía cómo el caimán de La Meca era probado de virginidad introduciendo en sus testículos polvo de oro. Si el caimán no era virgen, el oro se disolvía, pero si no había usado comercio carnal, el oro era retirado después de una luna, brillantísimo, y puesto en bolitas, y pasando estas por los ojos humanos, impedía la aparición de las cataratas. Polvo de la piel del caimán era usado como somnífero; y en infusión, contra la erisipela, y la lengua, como afrodisíaco; pero también ayudaba a los senectos a conservar la memoria. Se la reducía a polvo y se sazónaba con este los sesos de liebre, que se comían crudos.

Se dice que toda la farmacopea del caimán la trajeron a Europa los barones del Temple, ítem más, aparece en el famoso cuento medieval, repetido por Cervantes, el cuento de la viuda. «Hermosa, moza, libre y rica y sobre todo desenfadada, se enamoró la viuda de un mozo motilón, rollizo y de buen tono; alcanzólo a saber su mayor —el prior del convento—, y un día dijo a la buena viuda por fraternal represión:

—Maravillado estoy, señora, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como Fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, este no quiero.

—Para lo que yo quiero a Fulano, respondió la viuda, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles».

Pues bien, el cuento viene a las Castillas desde Francia, y el prior, en la fábula francesa, dice que los monjes que él ofrece a la viuda, estaban, además, ayudados de la lengua del caimán, naturalmente como ayuda venérea que no para favorecer la memoria y recordar mejor los capítulos del Maestro de las Sentencias.

Colocado el caimán en el techo de la botica de La Meca, a su lado colgaban en cestos de palma y en bolsas de buen lienzo, y aun de seda, ciento veinte clases de

hierbas que nunca han existido, según la botánica moderna desde Linneo, pero que allá aparecen en inventario. Entre ellas, la famosa yizad, que nace en el ámbar; se le da a comer a una gacela un trocito de este, y la tal se lo queda en su interior durante setenta semanas, y al final de este tiempo, lo escupe. La hierba yizad hay que arrancarla con cuidado del ámbar; es blanquecina y, por las descripciones, parece una anémona. Comida cruda, hace a las mujeres y a las camellas fértiles, y aplicada sobre las heridas de los guerreros, es hemostática. Dicen que Saladino la llevaba siempre consigo en una cajita de oro y marfil, y en las noches plenilunias, la oreaba, para que no perdiese virtud. De una manera o de otra, la yizad aparece en las farmacias medievales, en las boticas de las grandes abadías^[18] y en la del monasterio de Guadalupe. Ahora no nace en el ámbar, sino entre los dedos de los pies de los que, sinceramente arrepentidos de sus crímenes, han muerto en la horca. En Toledo, en un proceso inquisitorial del XVI, aparece una bruja que lleva consigo la hierba inzada, gracias a la cual hizo quedar preñada a una ilustre dama por mor de una herencia, y la señora parió un monstruo parlante en arábigo desde que echó la primera meada al llegar a este mundo.

Pero lo más célebre de la botica de La Meca eran los purgantes, algunos tan fuertes que bastaba con escribir su nombre en un trozo de piel de oveja y frotarse con él el vientre para que hiciesen efecto. La preocupación arábigo, en Damasco y en Bagdad, fue el andar ligeros de vientre. Era muy requerido el purgante índico, compuesto de arañas azules secas, que venía, por decirlo a la lusitana, de más allá de Trapobana. Hay que imaginarse a Sinbad desembarcando en una isla, adentrándose con los suyos en la selva y recogiendo entre las ramas de los árboles unas raras arañas, con el vientre redondo del color del océano índico a mediodía, un vientre duro y brillante como una piedra preciosa. Los príncipes del desierto salían, con ayuda de este purgante, de los estreñimientos producidos por la leche de camella.

LA BOTICA DEL PRESTE JUAN DE LAS INDIAS

A PARTE de la gran variedad de flora etiópica y de numerosos compuestos, especialmente anticatarrales, en los que entraban a partes iguales oro, incienso, fuego y agua de lluvia, la botica del Preste Juan tenía dos ojos, el uno para los somníferos y para las aguas de Juventia, y en el otro todo lo necesario para la obtención de la piedra filosofal. Este último era guardado por el basilisco. Es sabido que este mata todo ser vivo animal sobre el que posa su terrible mirada, menos al Preste Juan en determinadas épocas del año: el día de la Resurrección del Señor y el del solsticio de verano, especialmente. Del techo, de cadenas de oro, colgaban los tratados de Avicena y el Dioscórides, y de cadenas de plata, otros de maestros menores griegos, arábigos y latinos, y en lugar de honor, de cadena en que alternaban eslabones de oro y plata, el *Arcana Artis* de Basilio Valentino, cuyo precepto del acróstico VITRIOL parece haber sido seguido al pie de la letra por algunos maestros a sueldo del Rey de Reyes, quienes profundizaron tanto que no se volvió a saber de ellos. El acróstico ordena: *Visita Interiores Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem*; las iniciales dan VITRIOL, y la frase se traduce. «Visita el interior de la Tierra con la Purificación encontrando la oculta Piedra».

Por otra parte, de la farmacopea copta, o séase etíope cristiana, formaban parte importante los vientos, tanto los que soplaban en el Imperio por naturaleza como los artificiales; por ejemplo, cuando en Pascua Florida, después de las majestuosas, salmodiadas y lentas liturgias coptas, regresaba el emperador a su palacio, siete obispos, a la vista del Abuna, que es como primado —y anda siempre rodeado de jóvenes con grandes y humeantes incensarios, y hay allí escuela técnica de incensar, con mucho juego de muñeca izquierda, como en el toreo en el pase natural—; digo que siete obispos sacudían en lo alto de una colina la capa pluvial que el Preste había usado en las ceremonias pascuales. Pues el vientecillo, originado por las cuarenta y nueve sacudidas rituales, prodigiosamente llegaba a todas las provincias del Imperio, produciendo un ligero aumento de temperatura, por una parte, y por la otra haciendo fecundas a las mujeres y curando en los hombres fiebres de tercía y de cuarta, como si fuese quina, amén de prevenir la hernia en las tropas montadas y el bocio en las aldeas de montaña.

Los portugueses, que fueron los primeros occidentales que saludaron al Preste Juan, fueron también los primeros en dar noticia de las levitaciones del Negus Negusti, el cual las hacía de tres cuartas sobre una capa de arena, arena que luego era recogida e insaculada por onzas, y se vendía en todas las provincias, y aun en Egipto, para curar eczemas, librar de la tiña, evaporar las verrugas, y puesta sobre el vientre de los niños, obligaba a expulsar las lombrices. Un Negus reinante en los días de Victoria de Inglaterra le envió a esta para su botica de Windsor una libra de arena, además perfumada, para las lombrices del futuro Eduardo VII. Cuando los italianos, a finales del siglo pasado, fueron derrotados en Adua, en su primer intento por

adentrarse en Abisinia, el Negus de entonces levitó por última vez.

En la búsqueda de la piedra filosofal por los alquímicos coptos a sueldo del Preste, estos descubrieron la posibilidad de retener la sombra de determinados objetos, de animales y aun de personas. Algo semejante, o quizás todavía más complejo, consiguieron los gaélicos, de los que se hablará más adelante. Si se retenía la sombra de una persona enferma, como la sombra tiene la misma enfermedad y en la misma parte, curando la sombra, en la que se operaba con mayor libertad, se cosía, se limpiaba, incluso con esmeril y jabón de palosanto, quedaba curado el cuerpo. Al franciscano Rodrigues, portugués, le sorprendió ver en algunas sombras de príncipes etíopes y de grandes damas unas líneas doradas, o rojas, o verdes, y era que esas sombras habían sido intervenidas quirúrgicamente, y el cosido se había hecho con hilo de oro, de espinela o de esmeralda; y en las sombras, especialmente al atardecer, relucían.

Se creyó durante mucho tiempo —llegó la creencia hasta los servicios secretos de Mussolini en 1935— que en los ojos de la aristocracia etíope existía como una partícula imán que atraía, en las grandes polvaredas abisinias, las arenitas de oro, que se estimaban muy abundantes en el Imperio. Con lo cual se desarrolló en la medicina etíope el arte de extraer estas arenitas de los ojos. En la botica del Preste ocuparon siempre un lugar muy principal colecciones de pelos de animales, de bigotes de liebre, de leopardo, de león, de pantera, con los cuales los prácticos de allá extraían, y extraen, las dichas arenas. Un arbitrista italiano propuso a Mussolini el desencadenar, mediante baterías de molinos de viento, ventoleras con gran polvareda, con lo cual, heridos en los ojos los jefes enemigos, las tropas se hallarían sin mando, fáciles a la desbandada. Claro que había que esparcir primero arenas de oro en el linde del campo de batalla. (No han sido usados en Etiopía los pelos del bigote de los gatos abisinios porque, como es sabido, no hay, ni hubo nunca allí, gatos abisinios, los cuales fueron inventados en Inglaterra en el siglo pasado). Finalmente, en la botica imperial se conservan en frascos, envueltas en polvo de piedras preciosas, generalmente zafiros, unas cosas misteriosas llamadas *palabras*. Estas cosas parece que no sean más que nombres sagrados de alimentos raros, de alguna manera cristalizadas las sílabas. Estas *palabras* eran dadas con sorbitos de agua a los ayudantes, evitando la muerte por hambre a los más devotos, quienes ayunaban durante meses. En el siglo XVIII, en los ayunos de la joven esposa del Negus, Emmaluekía —es decir, Manolita—, se agotó la palabra que designaba la trompa de elefante asada y servida con dátiles, que era el plato favorito de la emperatriz, y no fue posible reconstruirla, pese a las enormes sumas gastadas en el intento y a haber utilizado, para hervir ciertas simples y hierbas raras, la orina de unos marinos franceses cuyo barco había naufragado en la costa de Somalia, cuando navegaban camino de Pondichery.

LA BOTICA DEL VIEJO DE LA MONTAÑA

ES decir, la botica de los haschichins, de los asesinos, en el castillo de Alamut, en los altos montes que vigilan los pasos desde la Caspiana a la meseta siria. Hay que decir que los caminos que llevaban el haschich, la *cannabis indica et babilonia* de los versos de *La pipa de kif*, de Valle-Inclán, desde los campos del Irán y del Afganistán al Imperio bizantino y a todo el Oriente Próximo, los vigilaba el alto Alamut. Y fue el haschich la droga principal para los ensueños de los fieles de Hassan Sabbah, el Viejo de la Montaña. La historia es conocida: el Viejo, cuando quería deshacerse de un enemigo, o dar un buen golpe en Ispahan o en Alepo, el elegido para el largo cuchillo era probado en Alamut, donde después de unas buenas dosis de droga se despertaba en un jardín secreto, rodeado de muchachos y muchachas de rara belleza. Sí, verdaderamente despertaba en el Paraíso, acariciando hermosos cuerpos y enormes racimos de uvas de Hama. ¡Largas jornadas de placer! Hasta otra dosis de droga, y el elegido despertaba en uno de los desfiladeros que llevan a Alamut, solo y hambriento. Y era entonces cuando se le decía que si quería volver al Paraíso debía matar en Ispahan. Y como loco, iba hacia allá. Nuestra palabra *asesino* viene de *haschichin*, el devoto del haschich. Ya aparece en las *Partidas* del rey Alfonso, y en *La Gran Crónica de Ultramar*. La palabra llegó a través de los caballeros francos que fueron cruzados. Si el crimen tenía éxito, y el asesino regresaba a Alamut, tenía a su disposición todo el haschich que quisiera, pero salvo que fuese a ser empleado en otra misión tan sangrienta como la que había cumplido, los galanes y los muchachos cuya esbeltez hacía, según una *rubai* atribuida a Omar Jayyam, aparecer retorcido al ciprés, y las doncellas ante la brillantez de cuyo rostro la luna es pálida, solamente los veía en sueños, en los sueños profundos de las grandes dosis de haschich.

Pero no todos los hombres eran enemigos para Hassan Sabbah; el Viejo de la Montaña. Incluso entre los cruzados cristianos tuvo amigos, a los que permitió el uso de las más preciosas pócimas de su botica, en la que triunfaba la doctrina alquímica del sabio Gabir, aunque moderada por el *Kitab al-saydatafi al-tibb*, o *Libro de la farmacopea en la medicina*, de donde, dicen los sabios alemanes que lo han estudiado especialmente, viene toda la ciencia arábiga y persa de los purgantes. Se purgaban con viborillas de oro, con rollitos de pergamino en los que estaban pintadas, a todo color, pequeñas piedras preciosas y plantas raras, pero también con mezcla de aguas de diversos pozos y manantiales, con polvo de dientes de camello lechón, o vino de palma conteniendo nada menos que unas gotas de semen del gran Abu Ali al-Husayn ben Abdallah Ibn Sina, el famoso Avicena de la latinidad, autor del célebre «Canon», médico, y a la vez político y filósofo, incansable gozador venéreo, brutal glotón y espléndido y tempestuoso beodo. Murió de una indigestión, y como había escrito, además del «Canon», un libro titulado *Al Sifa (La Curación)* y otro *Al hagat (La Salvación)*, a su muerte alguien hizo un pareado que corrió por las escuelas y los zocos:

Vi a Ibn Sina morir de una sucia indigestión. La «Curación» no lo curó, y la «Salvación» no lo salvó.

En la botica de Alamut se pretendía disponer de todos aquellos medicamentos que vienen en el segundo de los libros del «Canon» de Avicena, y de los productos que permiten preparar todos los compuestos que figuran en el libro quinto. Para los clisteres, los purgantes, la sangría y la cauterización, también se estaba con Avicena, libro primero. El único gran occidental que parece haber podido traer a Europa algunas pócimas del Viejo de la Montaña fue Ricardo Corazón de León, que no tenía tal corazón de león, que el mote parece haber sido «senhal» de trovadores provenzales, y era sodomítico declarado, y del Viejo de la Montaña consiguió unas hierbas continentales: las hierbecillas se las daban, amasadas con miel, a un ave cuyo nombre se ignora, paloma o milano, y luego en terapéutica, se usaba el excremento. Aseguran que en la botica de Fontevrault hubo durante mucho tiempo de estas píldoras. Como es sabido, los descendientes actuales del Viejo de la Montaña y sus sucesores son los jefes de la secta ismailita. Ellos mismos, por lo menos hasta el difunto y tan popular Aga Jan, eran considerados como medicina. Se vendía a sus fieles el agua en que se bañaban, y no era esta la menor de sus rentas. El agua servía para curar la lepra, remojar en ella paños para aliviar los dolores de las parturientas, prevenir el tracoma y, lavando los genitales, adquirir los maduros fuerza viril. Maurice Barrés, en su viaje a Levante, se encontró en una casa en Siria con una botella, respetuosamente guardada y envuelta en seda, que contenía agua «del Hombre de la Luz, el Sabio de los Tiempos, el Conocedor de lo que está oculto en la Noche, el Auxiliador de los Crepúsculos, etc.». Barrés se sorprendió de que este poderoso, iluminado, iluminador, salutífero señor todavía viviese. Sus huéspedes le mostraron una fotografía, que era la del Aga Jan, gordo, de chaqué y chistera, en las carreras de Longchamp, en París. Barrés se maravilló:

—¡Pero si a este tipo lo conozco yo del hall del Ritz!

La botica de Alamut estaba en una sala abierta en la roca viva, en el castillo. Por unas chimeneas se recogía en ella, en una bandeja de plata, rocío de la Luna. Pero el lugar de honor en la botica lo ocupaba, sobre una piel humana curtida con azafrán — dicen que la piel de Nizam al Mulik, el gran visir de Ispahan, amigo del Viejo de la Montaña, pero un día mandado asesinar por él—, una copa de marfil que contenía la famosa mezcla del semen de Avicena y vino de palma. Según una nota de Mieli, el historiador de la ciencia, se le ha seguido la pista a esta copa, cuyo contenido, en un momento dado, fue repartido entre los shas de Persia y los grandes mogoles de la India; pero también se corrió el rumor, a finales del siglo XIV, de que andaba por Venecia el precioso líquido, y que una partecilla había sido usada más tarde por el lujurioso y violento Malatesta de Rímini, el de la pieza de Henri de Montherlant. Otros hacen que la droga esté en manos del César Valentino. Parece ser que en

Shakespeare hay una frase nunca bien interpretada, y que se supone alude al semen de Avicena, entre brutales excitantes incluida. Acaso el caballero Casanova —cuatro coitos en doscientos pasos, con salto de tejado y maniatamiento de escudero— había bebido una cucharadita de la pócima. De las dosis que circulaban a escondidas por Venecia.

LA FARMACIA DEL ARCÁNGEL RAFAEL

RAFAEL, el arcángel, del que leemos en el libro de Tobías, parece ser que era conocido por los caldeos con el nombre de Labiel. Con Gabriel y Miguel viene citado en las Escrituras Santas. Rafael se explica como «medicina de Dios» o «Dios es curación».

En el libro de Tobías, Rafael acompaña al mozo a Rages de la Media. Nadie ha pintado el viaje como Claudio de Lorena. Tobías va allá a cobrar a un tal Gabaelo diez talentos de plata que su padre había depositado en manos de aquél bajo recibo. Como es sabido, Rafael, a la vez que el cobro de los diez talentos, hizo que Tobías pudiera casarse con Sara, hija de Raguel, a la que el demonio Asmodeo —cuya última aparición se data en el siglo XVII, en Loudun, en Francia, alborotando unas monjas— había matado siete maridos en la noche de bodas, antes de que el matrimonio se consumase. En el río Tigris, Rafael hizo que Tobías pescase un pez, que quería comerle un pie. A las preguntas de Tobías, Rafael —que en el viaje iba de incógnito y se hacía llamar Azarías— explicó que «el corazón y el hígado, si a alguno le atormenta demonio o espíritu malo, hay que quemarlos delante del hombre o de la mujer, y no hay temor de que más lo atormente, y la hiel es para unguir al hombre que tenga cataratas en los ojos, y quedará curado».

En las leyendas de los judíos, Rafael es quien cura las magulladuras de Abraham después de su combate con el ángel, en Peniel, y se supone que fue Rafael quien entregó a Noé, después del Diluvio, un libro de medicina, que bien puede ser el famoso *Sefer Raziel*. Como se puede ver, Rafael hacía honor a su nombre. Y ahora, explicado esto, vayamos a su farmacia. Desde muy antiguo, los sabios rabinos de Israel decían que solamente una parte del corazón y del hígado y de la hiel del pez del Tigris habían sido usados en ahuyentar a Asmodeo de las bodas de Sara y en curar las cataratas de Tobit, el padre de Tobías, y fueron muy curiosos de saber dónde habría ido a parar lo sobrante.

En los días bizantinos se aseguraba que los restos de las vísceras del pez famoso se conservaban en el monte Carmelo, en poder de un santo ermitaño, volador por más señas. Varias curaciones prodigiosas de emperadores, emperatrices y princesas de Bizancio se atribuyeron a dosis de la hiel del pez tobíaco o rafaélino, que además de las cataratas servía para curar enfermedades de la piel. Balduino el Leproso, rey de Jerusalén, por mucho que mandó preguntar en el monte Carmelo, no halló la farmacia de Rafael.

En los días de la instalación de los carmelitas en Occidente y de la emigración aérea de la casa de la Virgen María a Loreto, ya la farmacia de Rafael —es decir, los restos del hígado, el corazón y la hiel— estaba en un lugar secreto, en Francia; quizás en Rocamador. El emperador ciego Juan de Bohemia se frotó los ojos, tal y como dicen las Escrituras que hizo Tobías con los de su padre Tobit, la víspera de la batalla

de Crécy, con hiel del pez del Tigris, y por ello, sin llegar a ver la punta de la propia lanza, entró montado en el combate, creyendo que la medicina ya surtía su efecto y que iba a derribar al Príncipe Negro, al inglés terrible. Pero el emperador cayó en la lid, y el Príncipe Negro le quitó del yelmo las plumas de avestruz y las puso en el suyo, y aún las usan con la divisa del bohemio, «Ich dien», los herederos de la Gran Bretaña. Alguien le contó a Froissart, el cronista, que después de muerto el bohemio, y por virtud de la hiel del pez de Tobías, llegó a ver por unas horas, «y los suyos se apartaban de él y su mirada los seguía, y les pesaba, como si los palpase con la mano». En el siglo XVIII, en la botica de un convento carmelitano de Baviera, aparece un frasquito con algo de la hiel, con una advertencia: «Es polvo». Con los siglos se habría reducido a esto. Pero otra fortuna corrieron los restos del hígado y del corazón. Aparecen en Escocia, en Francia, en Lisboa, en Nápoles. En esta ciudad, un médico judío se hizo rico echando demonios del cuerpo de chicas aristócratas, que hubo una como epidemia, con mucho paseo de satánidas por las alamedas interiores y las mentales de las jóvenes. Los demonios eran Zetar, Ormijel y Saquiriya, políglotas y músicos, que escupían verde con pelos rubios y hacían imitar truenos a los poseídos.

El judío, en la Inquisición, declaró usar hígado del pez de Tobías. La historia se complicó cuando los inquisidores fueron a su casa en solemne procesión a buscar el hígado del pez, que estaba en un vasito de oro. El hígado empezó a arder espontáneamente, con mucho humo, como de incendio americano, y un oficial del Santo Oficio, que estaba al lado del virrey de España, que era el señor duque de Maqueda, salió volando por la chimenea, difuminado en el humo. Era demonio disimulado. Se sospecha que restos del corazón y del hígado del pez fueron utilizados como afrodisíacos en Francia —por la Montespan, la amante de Luis XIV, por ejemplo—, y al conde de Mirabeau le aseguró un alquimista que conoció en una de sus prisiones, que el matrimonio entre Luis XVI y María Antonieta había podido consumarse, después de tantos fracasos y pese a los ocios relojeros de Luis, gracias a que él había quemado al pie del lecho nupcial un adarme de las vísceras del pez famoso, «que estaban en la herencia de Cagliostro». El famoso marqués de Saint-Germain, ubicuo, volador y que cuando desapareció en Viena en el siglo pasado, diciendo que iba a terminar su educación en Asia, habría ya cumplido mil novecientos años o más, aunque aparentase cuarenta lucidos, aseguraba poseer parte del corazón y del hígado del pez.

Volviendo a Luis XVI y María Antonieta, podemos suponer que había un demonio, tipo Asmodeo, que no dejaba cumplir al Borbón con la austríaca, aunque no tuviese fuerza para matar a Luis como hacía Asmodeo con los maridos de Sara. Quizás porque Luis había sido ungido en Reims. Nuestro Torres Villarroel, el Gran Piscator salmantino, sospechaba que algunos médicos en la Corte curaban, siendo cero a la izquierda en ciencia, porque habían conseguido «las sobras del pez de Tobías». A peso de oro.

Los bizantinos creyeron que en la que llamamos farmacia de Rafael en el monte

Carmelo se vendía «fuego de Elias», en canutillos de plata o de barro, y aun metido dentro de piedras preciosas. Era específico de la longevidad. Se ha asegurado que una de las piedras de la corona de Carlomagno —no se sabe cuál— tuvo dentro fuego de Elias, es decir, parte de la nube de fuego en la que Elias fue arrebatado de la tierra. En Venecia hubo mercado de esto. Y Lytton Strachey cita un panfleto papista y antielisabethiano en el que se afirmaba que la Reina Virgen se satisfacía sexualmente con el calor de una cánula de fuego de Elias, que le había vendido un médico portugués.

LA BOTICA DEL REY ASUERO

ESTE de quien hablamos es el Asuero del *Libro de Ester* en las Sagradas Escrituras, rey Jerjes I, quien reinó «desde la India a la Etiopía sobre ciento veintisiete provincias». Por lo tanto, bien puede suponerse que no hubo nunca botica más surtida que la suya. Pero la botica de Asuero, la botica real persa en la ciudadela de Susa, con salida a una terraza donde se secaban al sol cada día miles de plantas diferentes, y a otra cubierta en la que se regaban las que exigían humedad, fue sobre todo famosa por su apartado de cosmética, en el que actuaban de maestros, junto con sabios indios y nodrizas babilónicas, embalsamadores egipcios de cadáveres, previamente transformados en eunucos, y eran quienes aplicaban las aguas, pastas, colores y aromas a la reina y a las princesas reales. Como dice el *Libro de Ester* en I, 11, un día en que el gran rey Asuero ponía punto final a un banquete, mandó llamar a su mujer, la reina Vastí, que acudiese con la corona real puesta, que quería mostrarla al pueblo para que fuese admirada su gran hermosura. La reina se negó, pese a que amaba mucho a su marido. Creo haber averiguado la razón de la negativa de la reina Vastí. Al llegar a II, 12, en el *Libro de Ester*, vemos, en primer lugar, que la reina no podía presentarse ante Asuero o Jerjes si este no la llamaba, y en segundo lugar, que la llamada había de hacerse con el tiempo que exigía el protocolo del harén. ¿Cómo era este? Lo sabemos porque cuando Vastí fue repudiada por desobediencia, el rey buscó una nueva mujer en todas las provincias del imperio. Las hermosas elegidas fueron llevadas a Susa y entregadas a los cuidados del eunuco Huegué, el cual, por turno, las iba llevando a Asuero. Entre las aspirantes a reina estaba una judía, Ester, hija adoptiva de Mardoqueo, de la tribu de Benjamín, desterrado de Jerusalén, en tiempos de Jaconías, por Nabucodonosor, rey de Babel. Esta Ester, o Hadassé, le cayó en gracia al viejo eunuco Nehué, el cual puso a su servicio siete doncellas. El protocolo mandaba que después de bien lavadas, bien maquilladas, bien perfumadas, fueran llevadas al rey las hermosas a la caída de la tarde; pasaban con él la noche, y a la mañana siguiente se hacía cargo de ellas Saasgaz, otro eunuco del rey, guardián de las concubinas. «Ya ninguna volvía a ver al rey, salvo que este la desease y la llamase por su nombre». La cosa hay que tomarla literalmente: si se le olvidaba al rey el nombre de la muchacha, se quedaba esta sin repetir. ¡Era mucho protocolo!

Pero volvamos a la cosmética y a la razón de no haber acudido Vastí al banquete del gran rey, ante el pueblo apiñado alrededor de la enorme mesa redonda. Dice el *Libro de Ester* que no entraba al rey ninguna mujer si no «había estado doce meses sometida al reglamento de las mujeres», que tanto duraba su tratamiento cosmético: «seis meses con óleo de mirra y otros seis con perfumes y aceites diversos». Eran los egipcios, los embalsamadores, los que masajeaban a las niñas. Vastí no estaba en tratamiento cosmético en los días del llamamiento real, y por ello se negó a su marido. Ester, como es sabido, después de doce meses de cosmética fue ante Asuero, y este dijo que le gustaba la mocita y que se quedase con él. Le puso la corona en la

cabeza y dio otro banquete. El resto del *Libro de Ester* no nos interesa ahora. Bástenos saber que por abundancia de cosmética, las mujeres le llegaban a Asuero podemos decir que empanadas.

La farmacopea de Persia estaba compuesta en su mayor parte de aceites y de hierbas «con sus nombres». Hay que interpretar que cada hierba tenía su nombre secreto, y que se echaba con la hierba en el cocimiento. El enfermo tomaba infusiones o le ponían emplastos, pasta de la hierba y de su nombre oculto. En una tradición de origen talmúdico se asegura que habiendo muerto uno de los boticarios, que era el único que sabía el nombre secreto de las nueve hierbas principales índicas, se discutió en qué parte de su cuerpo guardaría la memoria de ellas, y prevaleció la noción babilónica de que la memoria está en los riñones, los cuales le fueron inmediatamente extraídos, cocidos, y luego se echaba agua de este cocimiento en la infusión de cada hierba, y así se sabía de cierto que iba con ella el nombre propio suyo.

Muchos aceites se tomaban como medicina puestos en hilo de crin de caballo blanco, sin mancha. El hilo se sumergía en el óleo hasta que se sabía bien empapado: una luna entera por lo menos. Y atándose con él una bolita de plata, en un extremo, la tragaba el enfermo y la bolita tiraba del hilo, largo, que a veces tardaba dos días en pasarlo el doliente. Y ya no había más que hacer que vigilar la deyección de la bolita, y tirando de ella salía todo el hilo del cuerpo, y con él la enfermedad. El hilo era quemado. Parece ser que aún continúa esta terapéutica en Persia y en Arabia, usada por los curanderos nativos.

En la botica de Asuero ocupaba un lugar importante el aceite de oro para la curación de la lepra. El aceite se extraía del árbol *beth*, o *be'ath*, que lo traían de lejanas tierras, al Norte, y hoy se estima que era aceite de abedul. Con este aceite se batía oro en polvo. El presunto leproso, que era siempre un príncipe, era embadurnado por dos esclavos, hasta quedar totalmente dorado. Después se obligaba a los esclavos a que se suicidasen. Se asegura que se daban curaciones, e ignoro si el suicidio de los esclavos formaba parte de la praxis medicinal. La última vez que el aceite de oro fue usado, que se sepa, lo fue en Occidente, y nada menos que por un rey de Escocia, Bruce. La receta se la pasó un templario, y a Bruce le fue aplicada la untura por dos prisioneros ingleses que tenía de sus discordias con los Plantagenetes. Los prisioneros fueron despeñados en un acantilado, chivos expiatorios.

Finalmente, la botica de Asuero era rica en elixires eróticos, excitantes del apetito sexual, y en aguas despertadoras, que bastaba echar una gotita en la boca del rey dormido para que este despertase, presto a cabalgar un día entero, aunque sólo llevase una hora de descanso, después de varias jornadas de guerra, de caza o de concubina. La gota de agua se la daban entre siete eunucos, para que no hubiese temor de envenenamiento, y después de probarla en un caballo, porque en Asiria, en Media, en Persia, no había gatos, que a los que aparecían por allí los cazaban y quemaban, tomándolos por espías de los egipcios. Los gatos persas no son oriundos de Persia,

como tampoco los siameses lo son de Siam.

LA BOTICA SECRETA DEL REY DE PORTUGAL

SE ha escrito y hablado mucho acerca de la botica secreta del rey de Portugal. Se sabe que desde los días de las *grandes descubiertas*, los almirantes lusitanos traían a su rey, reservadas en cámaras selladas en sus naves, plantas y hierbas salutíferas, cuernos de bestias orientales, aguas de manantiales mágicos, piedras de curación, etc. Ya en Lisboa, lo traído de las Indias Orientales y del Brasil E Terra Dos Papagaios, era ensayado por los médicos reales, discípulos todos de Isaac Abarban el, padre de León Hebreo, el de los *Diálogos de Amor*. Puede afirmarse que doscientos años antes de que Warren hiciese en Londres esas famosas transfusiones de sangre de que habla Samuel Pepys —a un loco furioso, un tal Coga, le hicieron una transfusión de sangre de cordero a ver si se calmaba—, en Lisboa se hacían utilizando una planta de las Molucas llamada *anhélito*, a causa de su respiración fuerte y seguida. De dicha planta hay varias descripciones, que apenas coinciden más que en afirmar que poseía en sus hojas grandes ventosas rojas, en forma de labios humanos. Se descubrió que la dicha *anhélita*, o *a alentadora quente*, tenía lo que podemos llamar amorosos sentimientos e inclinación hacia mujer u hombre —aunque las había mixtas o, como diría don Francisco de Quevedo, de «pluma y pelo». Explicaré el asunto lo mejor que pueda. Pasaba ante la *anhélita* la excelentísima señora Tereixa de Sousa Valadares da Cámara Silva e Cardoso, vestida de seda y perfumada con secante de canela, y la planta se enamoraba, y comenzaba a suspirar, a jadear, y expulsaba por sus ventosas hilillos de sangre oscura, fuertemente aromática. Y aunque pasaran por delante de ella otras damas, más bellas si posible fuera, y enseñando las piernas pintadas, la *anhélita* solamente por la excelentísima Teresa derramaba su sangre. De ahí que fuese titulada *anhélito, monógama*. O la planta, que en este caso sería del género femenino, o aficionada al masculino, vertía su sangre porque pasaba gentil el caballero Oliveira de Moucono de Alencastre, vestido de azul. Los médicos hicieron diversos ensayos, y como una *anhélito* se enamorase, por decirlo así, de una esclava negra del conde de Pradeira Velha, se la ofrecieron a la planta, desnuda, y la *anhélito* comenzó a acariciarla, y la tuvo quieta: la esclava se adormiló entre las grandes hojas, y la planta, besándola, por decirlo así, le pasó a la negra su sangre, y al cabo de un rato, como fatigada de las caricias, se dedicó al reposo, caídas las ramas, cerradas las ventosas como por una blanca y espesa tela de araña. A la negra le pasaron unos sarpullidos que tenía, se le fueron unas verrugas, se le afirmaron los pechos, le desaparecieron ciertos desarreglos mensuales, y pasó a hablar portugués con acento aristocrático. A otra *anhélito* se le ofreció un criado del rey, y lo aceptó, que era un rubio muy apuesto, y hubo unas jornadas de paseo, sin acercarse a la planta, por excitarla, y a cien varas se la escuchaba respirar, y por fin el criado fue desnudo a ella, y la planta lo acarició, lo abrazó, le pasó su sangre, y al fin se desmayó. El criado real dijo que, en lo tocante al sexto, que había gozado lo suyo.

Los médicos, después de sus experiencias, asintieron en que la planta era

afrodisíaca y virilizante, curaba la tos, mejoraba la vista, borraba las almorranas y concedía valor militar a los sujetos a los que daba su sangre, apasionada. Ya se recetaban cada día transfusiones de sangre de la *anhélita*, y se multiplicaba su número en un jardín reservado de la Corte, cuando llegó a Lisboa la peste de 1578 — aquella de la que murió don Luis de Camões—, y las plantas *anhéritos monógamas* la pescaron y murieron. Se recogieron los restos de las *anhéritos* muertas, y unos en ramas y otros en polvo fueron guardados en cajas de plata. Como entrara por aquellos días nuestro don Felipe el Prudente a tomar posesión de Portugal, desaparecido don Sebastián en Alcazarquivir, el Austria se hizo con las cajas para uso exclusivo suyo y de la real familia. Aún quedaba algo en Madrid en los días de Felipe IV, porque él y el conde de Villamediana, por ejemplo, usaban «polvos de la planta portuguesa», y así violaron tanto el mandamiento. En Portugal también quedó otro poco, en rama. Por ejemplo, en la botica de los Jerónimos de Lisboa y en la particular de los Braganza.

Una de las obsesiones de la aristocracia lusitana en los siglos XVI y XVII fueron los depilatorios. Del Brasil llegaban plantas depilantes, y de las Indias Orientales polvos, resinas, picos del ave llamada *geifapelo*, etc., para que las grandes damas lusitanas se viesen libres de los bigotes que tanto las afeaban. En la farmacopea portuguesa figuraron como obligatorios, hasta casi nuestros días, cinco depilatorios, entre los cuales se contaba *apasta branda do pico do geifapelo*, extraña ave nunca catalogada que vendían los chinos a los portugueses en el mercado de la puerta de Macao. La «*pasta branda*» era como un jabón que se dejaba secar sobre la piel, y al lavarse más tarde con leche tibia, los pelos se habían ido.

En 1662 intervino el Santo Oficio para que en las boticas portuguesas no fuese vendida *a herba da música*, la hierba de la música. Parece ser que esta hierba, puesta en secreto en la cama de una dama, cuando esta se iba adormilando, comenzaba a sonar como guitarra que diese serenata, y se le entendía como el nombre de un galán entre las suaves notas, y la dama se enamoraba de este. Aun sin conocerlo quería verlo, como Jofre Rudel, provenzal, el amor de lejos, y lo lograba, y eran dulces caricias... Un criado del conde de Povoia do Varzim fue ajusticiado por haber usado de esa hierba para enamorar a una sobrina de su señor, e irse con ella a escondidas a un desván, en una quinta cercana a Porto. La Inquisición dio su nombre en su latín: *Caléndula indica nigra*. Todavía hoy los curanderos lusitanos dan a sus clientes que pretenden amores difíciles, o recobrar los perdidos, y que no deja vivir la «saudade» que se tiene de ellos, unos polvos negros a los que llaman «*caléndula moma das noites de amor*», caléndula oscura de las noches de amor.

Los boticarios portugueses hacían la pintura de perejil para las piernas de las populares, y otras, entre las que entraba oro algunas veces, para las piernas de las aristócratas. Cuando llegó la portuguesa Juana para casarse con Enrique IV de Castilla, conocido por el Impotente, y que luego fue madre de la Excelente Señora doña Juana —los castellanos que llamaban a su padre el Impotente con su decir seco

titularon a la niña de Beltraneja—, la portuguesa y sus damas llamaron la atención de las gentes de Burgos y de Segovia por lo fácilmente que mostraban las hermosas piernas pintadas. En Medina del Campo alguien gritó:

—¡Ya están ahí las putas!

LA BOTICA REAL DE TARA

ES decir, la botica de los reyes de Irlanda, la botica en la capital real, Tara, donde se reunían los reyes de la isla —a veces más de setenta—, cada uno con sus arpistas, su estrellero, su botánico y su lluvia propia. (Cada rey de Irlanda tenía una lluvia preferida, que caía de una forma determinada, tantas gotas a la hora, y con tal viento, y trayendo con ella tal perfume, y gente desconocida que se refugiaba de ella). Las boticas eran casi todas de hierbas salutíferas, en las que los grandes maestros médicos —muchos de los cuales terminaron en los altares por taumaturgos— practicaron la palingenesia, entre otras ciencias secretas. La palingenesia, nueva vida o resurrección de las plantas. Se asegura que en el Continente, en los monasterios fundados por San Columbano y otros monjes viajeros y predicadores de Irlanda, tenían manuscritos antiguos en los que estaban los principios palingenésicos, y que algunos de estos textos secretísimos, en los que muchas veces se empleó una escritura jeroglífica, fueron conocidos por el célebre Kirker, que fue el primero en explicar el arte de palingenia en el libro XII de su obra *Mundus subterraneus*. Kirker tuvo correspondencia con un Habsburgo, el emperador Fernando III, a quien comunicó, previo pago, las manipulaciones de la palingenesia, y por ello, en el siglo XVIII, cuando Paulian escribía su *Diccionario de Física*, eran aquéllas conocidas como *le secret imperial*.

En 1660, y siguiendo las antiguas normas, un inglés, el caballero Digby, al final de una sabia disertación palingenésica ante un selecto público de curiosos, quemó ortigas, calcinó raíces, tallos y hojas, y con la ceniza hizo una lejía —traduzco al pie de la letra a Paulian—, la cual filtró para eliminar el «*capul mortuum*»; expuso después la lejía dicha a la helada nocturna, y tan pronto como el agua cristalizó, aparecieron en la superficie ortigas vivas; es decir, las quemadas, resucitadas. Que esto, y no otra cosa, era lo que se esperaba en Tara que sucediese tras las manipulaciones palingenésicas: que la ceniza de una planta salutífera quemada hacía años o siglos, y que a lo mejor ya no había en la Naturaleza, resucitase como planta viva, llena de virtudes, para ser suministrada al enfermo a quien era recetada. Monsieur de Negropont, en su *Philosophiae amoenior*, y Paracelso en el libro VI de su obra *Sobre la naturaleza*, describen prácticas palingenésicas. Un francés, Claves, llegó más lejos, e hizo resucitar de sus cenizas un gorrión. El padre Schott, en su *Física curiosa*, escribe: *Non solum in vegetalibus se praestitisse, sed etiam in passerculo se vidisse, pro certo quidam mihi narravit. Et sunt qui publico scripto confirmarunt quod hoc ipsum Claveus gallus quasi publico pluribus demonstraverit...* y aquí va en latín, para mayor autoridad, tanto en lo que toca a la veracidad como a la calidad de la ciencia. Pues bien, por lo que yo he alcanzado a saber, toda la palingenesia era la ciencia mayor de Tara.

Los palingenésicos gaélicos averiguaron en seguida la existencia del polen, y así

en las primaveras y veranos ponían en las colinas grandes sábanas blancas, mojadas, cuando soplabla viento del Oeste, y recogían en ellas las semillas y el polen que venían de las islas perdidas en el Océano, entre las que estaba Tirnanoge, el país de la eterna primavera, la isla de la fuente de la Juventud perpetua, la Florida, en fin. De aquí su riquísimo herbolario, impar entre todas las boticas del mundo.

Otro surtido de la botica de Tara era el de los emplastos para las grandes heridas de los fenianos, en los días en que estos héroes recorrían la isla con sus grandes lanzas, o buscaban la Joya Jaspeada. Como es sabido, las heridas eran siempre, como más tarde las de los artúricos —y las de los matadores de toros al realizar la suerte de matar—, en la cara interna del muslo derecho. Generalmente dentro de cada emplasto iba un ser vivo, o el germen de algo que viviría: hormigas, por ejemplo, o huevas de cangrejo. Cuando el héroe Conan, que entre fenianos siempre se citaba como Conan el que padeció en Ceash, curó de una terrible herida en el muslo, de debajo del emplasto salieron siete cangrejos azules, cuyas pinzas fueron incrustadas en oro en el escudo del príncipe. En una herida de un sobrino de Cuchulain, habiendo introducido en el emplasto unos huevecillos hallados en un nido en un zarzal, al retirar la medicina, salieron cinco verderoles que se fueron volando a un sauce.

Las aguas, para evitar que las lágrimas abrieran surcos en las mejillas de las princesas, fueron tan necesarias como en las novelas bizantinas. Había el «agua de Deirdre» —enamorada que sigue siendo célebre en nuestros tiempos gracias a piezas teatrales y poemas de lady Augusta Gregoria y de W. B. Yeats—, que se decía le había sido regalada por Ossian a Deirdre, la cual, por sus amores trágicos, fue llamada Deirdre la de los Dolores. Y también había el «agua de la luz», y si la primera mantenía limpia y tersa la piel del rostro, la segunda tenía más altos poderes: durante una hora, el rostro bañado con ella volvía a lo que fue en los años mozos. Era usada especialmente en las escenas de reconocimiento, cuando un héroe, tras largos años de aventuras en selvas extrañas, regresaba al hogar, para que el viajero, como en los romances de ausencia, fuese reconocido por la esposa. Muchos héroes, en los nostoi gaélicos, tardaban más que Ulises en volver a Ítaca, o que don Pedro el Cruel en hallarse frente a su hermano, el Bastardo de Trastámara. A Enrique hubo que decirle en el castillo de Montiel, cuando Pedro bajaba las escaleras:

—¡Ese es! ¡Ese es!

Si Pedro hubiese usado «agua de la luz», aparecería su rostro como cuando se habían visto por última vez, siendo ambos niños, en Sevilla. Alguna vez pensé que era asunto para una pieza de teatro, y concluí que mejor era que no se reconociesen, por eso que llaman «suspense», y para que una voz saliese de la sombra silabeando:

—¡Ese es! ¡Ese es!

En la cirugía, se hacía el mismo cosido en la sombra que en el cuerpo, y se trabajó mucho en el oído. La cosa comenzó porque los fenianos eran nostálgicos, y así que llevaban una temporada lejos del país natal, el uno añoraba la canción del mar, el otro el arrullo de las palomas en la solana, y el tercero el ladrido del perro en el pajar, o el

chirriar de la roldana del pozo. Se consiguió que cada feniano llevase en una caracola marina o en un cuerno de buey el ruido, grito o canto que necesitaba su añoranza para sosegarse. De aquí hasta lograr oídos muy sutiles para el silbido de la flecha, o para el eco lejano del galopar del caballo del enemigo, o para escuchar al través de las paredes, no hubo más que un paso. Se ignora la técnica usada, pero se sabe que fueron instalados en algunos oídos tímpanos de ala de mariposa blanca.

LA BOTICA DE AQUISGRÁN

LA botica imperial de Aquisgrán, de Aachen o de Aix-la-Chappelle, que de las tres maneras se llama la ciudad de las salutíferas *aquae* de los días romanos, junto a las que el emperador de la barba florida, Carlomagno, estableció la capital del Sacro Romano Imperio de los Germanos. Hay quien sostiene que la base de la farmacopea carolingia fue boloñesa, de cuando Carlos, por Santos y Difuntos del año 800, bajó a Italia, a coronarse en Bologna la grassa. De Bolonia serían las plantas y las sanguijuelas, y algunas hierbas de las que se ocuparon a ratos perdidos Alcuino y Teodulfo. Carlos, contra lo que comúnmente se cree, era de pocas letras, lo que da más mérito a su obra, y en griego no parece haber pasado del alfabeto. Si se analiza la épica carolingia, lo primero que se advierte es que los paladines veían a enormes distancias, y distinguían lo que volaba en el horizonte, si milano o águila. Las aguas de Aquisgrán servían para baños de ojos, amén de para aclarar la garganta y curar la erisipela. Alcuino vio llegar un día a la botica imperial hierbas de la Ultima Tule, que siendo de la más remota isla de la ecumene, servían para entusiasmar a los Doce Pares cuando andaban lejos de sus casas don Roldán de Bretaña o don Geraldo del Rosellón, en la hora terrible de Roncesvalles o en la *prise de Pampelune*, o de Lunapampa, como dirá Arnaldo Daniel. En Aquisgrán había remedios contra los grandes temores de los carolingios —miedo no quita heroicidad—, el canto de las sirenas, el veneno de la serpiente y el bafo del dragón, que son de la misma naturaleza y exigen los mismos antídotos, y el robo de la sombra personal por las potencias subterráneas.

El miedo al canto de las sirenas les vino a los Doce Pares cuando llegaron al mar latino, a donde el Ródano muere ya la ribera ligur. Se taponaron los oídos con cera, como Ulises, y alguno más osado y tentado de acariciar carne fina submarina llegó a pasar la noche así prevenido en la arena, desnudo, ceñida de muérdago, ¡la rama dorada!, la cintura y protegidas con tintura de ámbar las partes pudendas, que es donde a las prójimas del mar les gusta morder hasta dar la muerte. (Como es sabido, Roldán tuvo amores con una sirena que andaba de Génova a Rosas, la cual no osaría destruir al paladín, y por no aparecer deshonorada ante sus gentes, salió al Océano y parió en playa de isla gallega un niño, que, por hijo del Paladín Roldán, fue conocido por Palatinus, palabra que en galaico es Paadín y Padín, apellido que corre entre nosotros, y de ese linaje son no sólo los Padín, sino los Goyanes y los Mariño de Lobeira, apellido que llevó el abuelo paterno de servidor, don Carlos Cunqueiro Mariño de Lobeira, y llevan parientes míos todavía).

La tintura de ámbar de Aquisgrán fue muy famosa, y siguió siéndolo en toda la Edad Media, pintándose con ella el ombligo de los recién nacidos, evitándose la hernia umbilical, que se estimaba era más corriente en los primogénitos reales, ignoro por qué razones. Contra el veneno de la serpiente y el bafo del dragón se usaba la harina de «trigo del fuego». Y era que en los días próximos a la siega se buscaba un

trigal que hubiese sido incendiado por el rayo, y en él unas cuantas plantas cuyos tallos y espigas habían resistido el fuego, y aparecían como reverdecidas. Se molía este grano, y con la harina se hacían emplastos para cubrir la mordedura de la serpiente, o bolas, que las chupaban como chicle los que marchaban contra el dragón, que aunque respirasen el humo hediondo que la bestia expulsaba por la boca, no los adormecía ni dañaba. Este trigo se molía a mano con gran cuidado, y yo he imaginado una vez a la madre del imperante, a doña Berta del Gran Pie, sentada junto a una ventana moliendo el grano casi sacro en su molino de mano. Como ustedes saben, Berta del Gran Pie, la madre de Carlos, que viene en Villon entre las *neiges d'antan*, era llamada así porque tenía un enorme pie izquierdo, siete veces más grande que el derecho. A Carlos, cuando lo bautizaron, lo llevaron seis obispos muy acostadito en un zapato del pie izquierdo de su madre. La fábula de Berta del Gran Pie está relacionada con la de la Reine Pedauque o Pie de Oca, y es cosa de mucha investigación y de grande misterio.

Creo que el temor al robo de la sombra de los viajeros por los coboldos es un antiguo temor de los héroes germánicos, de cuando cabalgaban por las espesuras de la selva herciniana. En el onomástico germánico de entonces, franco u ostrogodo, suevo o gótico, hay nombres que predicen el carácter de brillante, luminoso, espléndido, solar, y son nombres que sirven de protectores contra el robo de la sombra. La medicina contra ese robo, literalmente hablando, consistía en alimentar a la sombra desde el nacimiento del héroe con líquidos que podemos llamar excitantes, hasta lograr que la sombra no tuviese nunca sueño, y no se durmiese, aunque estuviese dormido el cuerpo que la daba. Estos excitantes se elaboraban con ojo de liebre, sesos de nutria y cenizas de las hogueras del día solsticial del verano, todo pasado por rayos de sol reflejados en el gran espejo de bronce que vio nacer a Odín, más tarde espejo cristianizado, y del que se dijo que había visto nacer a san Juan Bautista. Los polvos excitantes se echaban en agua recogida en el alba mágica, en el alba de san Juan, y con ellos palabras como las que dije antes, que decía la luz, el sol, la luna llena, el brillo del oro y de las piedras preciosas. Las sombras así alimentadas, siempre alerta, nunca se dejaban atrapar por los ancianos soterrados por selva, por la población menuda e inquieta, que la necesitaba para envolverse en ella y poder así alcanzar la altura de un hombre. Que este y no otro era el motivo del robo de la sombra: la firme convicción de que si un coboldo lograba una sombra como la de Guarinos de los Mares, que pasaba de dos varas y media, y yendo en su nave, si el viento derribaba el mástil, se ponía en su lugar y aseguraban las velas en su cuerpo; digo que si un coboldo lograba la sombra de un humano normal o de un gigante, crecía hasta tener el tamaño correspondiente a dicha sombra.

Pese al enorme ascendiente cultural de la corte carolingia, poco o nada quedó de su botica, salvo la tintura de ámbar en los genitales, contra sirenas, que luego encontraremos en las sagas de los hombres del Norte y en los aristócratas bizantinos. Dicha tintura llegó a venderse, pero ya como afrodisíacos, en las ferias de Castilla,

para los condes de allá. Se volvió a hablar de ella cuando se hicieron burlas de la botica del deán de Cádiz, que *fodía por astronomía*, y que fue nombrado por su amigo san Fernando cuando este tomó Cádiz a los moros.

LA BOTICA DEL BASILEO DE CONSTANTINOPLA

LA botica imperial constantinopolitana estaba en una torre en el jardín imperial, conduciendo a ella cuatro caminos pisados de mármol —un camino hacia cada punto cardinal—. En los mármoles aparecían grabadas inscripciones griegas, que pisaba, descalzo, el que iba a la botica en busca de medicinas, y se entendía que el pisarlas era como cumplir un rito de purificación. Nunca se supo muy bien cuáles eran los textos grabados, que unos creen eran hipocráticos, e incluso pitagóricos, de antes de la disolución de las escuelas de Atenas, y otros, cristianos eruditos, que se trataba de los preceptos mayores de los santos Cosme y Damián. Los mismos que suponen que Cosme era verdadero médico, siendo Damián como ayudante o enfermero. De la farmacopea de los anárgiros Cosme y Damián corrieron siempre en Bizancio, como en Grecia y Barí, en Italia, así como en Sicilia, polvos de diversos colores, los más contra las jaquecas, el dolor de muelas, los sabañones, los desarreglos menstruales y las varices o hiedras, etc., pero corrían por libre, y no salían de botica reconocida. Desde Ulises, los griegos en el mar siempre fueron muy atacados de sabañones, y es raro que en la *Odisea* no se diga nada de ello.

El boticario mayor imperial era, en Bizancio, elegido en secreto, y una vez instalado en su torre nadie hablaba con él, ni lo veía, que despachaba por una ventanilla y se cubría el rostro con un velo. Esta práctica duró hasta la politización de la ciudad en el hipódromo y la aparición de los bandos de Azules y Verdes, los cuales bandos exigieron que en la botica imperial hubiese un representante de cada uno para vigilar la llamada «tabla de venenos»; de este modo, solamente estando de acuerdo los dos bandos podía ser envenenado el emperador, o el heredero, o algún estratega que se surtiese de infusiones allí. El fondo de la botica bizantina lo constituían las hierbas sasánidas, la mayor parte de las cuales no han sido todavía identificadas, especialmente las que se supone proceden de China. Lo importante de estas hierbas —como en los polvos de Cosme y Damián— era el color, hasta el punto de que en una enfermedad dada no se recetaba la hierba, sino el color, amarillo, rojo, celeste, etc. Una mala lectura, al parecer de un antiguo texto filogalénico, hacía creer que numerosas dolencias procedían de perturbaciones del suelo terrenal, de la descomposición de materia orgánica —perros, cuervos y cabras enterrados, mayormente—. Los aristócratas eran los más sensibles a estas influencias, y en el siglo IX, pese a encontrarse el Imperio sumido en las grandes disputas teológicas, un obispo tuvo tiempo para inventar un calzado que entre suela y pie llevaba un compartimento estanco, lleno de agua preventiva, hecha con agua traída de una fuente del Ponto, agua ferruginosa y gruesa, y zumo de la raíz del llantén. La fuente estaba en la diócesis del obispo, y pasó a formar parte de sus rentas. Así, no pisando el suelo sino el agua preventiva, los grandes señores de largos títulos y las delicadas princesas y damas no pescaban ninguna enfermedad oriunda de la podre terrenal. Este

tipo de zapato llegó a estar de moda en Venecia, pero se prohibió porque usando el compartimento estanco se hacía contrabando de oro arábigo en polvo, y además podía ser utilizado por los espías de las potencias enemigas de la Serenísima.

Pero quedaban las enfermedades aéreas, contra las que los ricos bizantinos se previnieron de tres maneras: a) poniéndose ante el rostro, colgando por tres hebillas del sombrero de cuerno o redondo, paños transparentes que un esclavo regaba constantemente; b) llevando al lado, en brazos de un esclavo, un perro sirio, de enorme lengua y ansiosa respiración, como si llegase de carrera venatoria, el cual tragaba en los agostos y septiembres el aire infectado, y lo devolvía purificado; c) usando un pájaro, el «ave de los oasis», nunca descrita, que se aprovisiona de aire para un año en la frescura del palmeral y los pozos antes de emprender sus vuelos por el desierto; se mantiene a la altura de la boca del aprensivo, y poco a poco va soltando el aire fresco y perfumado que trae dentro, y lo respira el humano. Todo esto dio origen a grandes modificaciones en la sombrerería bizantina; por ejemplo, a la creación de los sombreros-jaula, en los que iba el ave de los oasis, y por un tubito de oro o de plata bajaba el aire susodicho a la nariz y boca del bizantino previsor. En el Museo Británico se conservaba uno de estos sombreros-jaula, y nadie sabía de qué se trataba, ni cuál máquina era aquella, hasta que en el siglo pasado un médico armenio, el doctor Gomelkian, amigo de Disraeli, lo aclaró en un apéndice de su tratado *Arte de la respiración convenientemente modulada*, arte que enseñaba a los lores como complemento de las lecciones de oratoria lacónica que les impartía.

Los venenos se dividían en regios, civiles, eclesiásticos y militares, según a quienes fuesen destinados. El capítulo de chiles tenía un apartado de venenos amatorios. Los venenos eran usados con más frecuencia en los momentos de crisis sucesoria, emperatriz regente, polémicas conciliares y derrotas militares en las fronteras orientales. Se cree fundadamente que la frase «un argumento envenenado» tiene origen bizantino, y procede de los días de las grandes polémicas religiosas, de los días de los iconoclastas, monofisitas, monotelitas, etc. Días de terrible violencia, que condujeron a grandes herejías y al Cisma de Oriente. Pues bien, un argumento envenenado era literalmente envenenado: las palabras del argumento iban envenenadas, mediante procedimientos que no conocemos en detalle, a los oídos del enemigo, envenenándolo al introducirse en ellos. Salía el argumento envenenado de la boca del monotelita y se adentraba en el oído del monofisita, o del legado romano, quien a poco se sentía mareado, le venían vértigos, le ardía la cabeza, y al fin caía al suelo, babeante y muerto. Cuando los ortodoxos bizantinos, apurados por los turcos, a mediados del xv, vinieron a Occidente buscando ayuda y paz con los católicos romanos, se les exigió a sus oradores que antes de ponerse a discutir se enjuagasen la boca con una mezcla de agua salada y orilla de corderillo lechal, no trajesen argumentos envenenados soto lengua.

Como es sabido, los bizantinos fueron siempre muy atacados del reuma y de la gota. Para la primera dolencia usaban paños calientes cocidos con huevas de

diferentes peces, o se ahumaban el lugar reumático quemando cerca de él, en un braserillo de hierro, sapos y ranas. Sobre la parte del cuerpo ennegrecida por el humo se escribía el nombre de los anárgiros Cosme y Damián, o de Tecla, o de otro cualquier santo medicinal de su iglesia. Para la gota usaban leche de burra, sangrías en creciente y pediluvios de sal de higuera. Si el gotoso era un paleólogo o un comneno, el basileo mitrado o el diadocos o heredero, se le daban friegas con vino en el que se había disuelto algo del maná del desierto de los días de Moisés, que se conservaba en copa de ágata en la sacristía de las Blanquernas, en la propia Constantinopla. Cuando la toma de la ciudad por los turcos, en 1453, se aseguró que en el saqueo de las Blanquernas una yegua de un otomano comió el maná derramado en la sacristía, y no bien lo comió salió volando, y nunca más se volvió a saber de ella ni del que la montaba, un tal Abu Baj, trompeta mayor de la caballería mogola.

En cosmética se usaba mucho polvo de perla y resinas varias, y las cabelleras de las mujeres se espolvoreaban con hinojo en polvo, que era estimado como afrodisíaco.

Por Pascua Florida se lavaba la botica, y el boticario y sus ayudantes de escrúpulos, cuentagotas y almirez se bañaban delante de un miembro de la familia imperial. Después, herencia de la higiene griega, orinaban al sol del mediodía, con lo cual quedaban propios para abrir de nuevo la botica y comenzar a despachar.

LA BOTICA DE ELSINOR

LA botica de Elsinor, es decir la de Hamlet Hardrada, que se traduce por Hamlet Cabellorrubio. Pero también la botica de los reyes, de su abuelo y de su padre, pasado a fantasmas, y del usurpador, acaso su verdadero padre, casado con su madre, y de los que sucedieron en aquel castillo que mira a Suecia y guarda el paso de la mar. La botica estaba en la parte baja de la torre del Mediodía, en una cámara sobre el foso, a la que entraba luz por tres saeteras. Siempre había encendido fuego en ella, y en el ojo del boticario se guardaban setenta venenos diferentes, a uno de los cuales, adquirido por una embajada extraordinaria enviada a Federico II en Sicilia, había que hacerle música todos los plenilunios, y siendo veneno asexuado, con lo cual tenía doblada su potencia, la serenata se la daba un capado, como tiple de la Capilla del papa. Muchos venenos procedían de Costantinopla, de la botica del Basileo, comprados por los guerreros de la guardia varega antes de regresar a casa, por el hermano de Grettir el Fuerte, por ejemplo. Estos venenos bizantinos había, en Elsinor, que recetarlos en lengua griega, poniendo las dosis en los pesos y medidas de la Hélade, que de lo contrario no se mezclaban como era menester. Eran casi todos venenos lentos y sofocantes, y se acostumbraba a usarlos en los cálidos días que suelen preceder al solsticio de verano, y así el envenenado no desconfiaba y le echaba la culpa del mal respirar y los sudores a la fuerza del sol. También había, naturalmente, venenos rápidos, resolutivos, jarabes acabados de llegar de Italia, y que importaban en Dinamarca, en la bolsa que ahora llamaríamos de maquillaje, los cómicos que de Florencia y de Venecia subían hasta Elsinor para representar en el Patio de la Corona amores alegres con música de laúd, y Arlequín colgándose del cuerpo inferior de una creciente luna amarilla, suspendida en el centro del patio del alambre por el que se deslizaría, llevándose a Colombina en brazos, el fanfarrón Escaramuza.

Aparte de los venenos, que se incluían en la política familiar de la dinastía y aun en la política general del reino, la botica de Elsinor era fértil en hierbas, parte de ellas importadas de Oriente desde las primeras navegaciones vikingas por el Mediterráneo, y parte cultivadas en un islote en el foso de Elsinor. Se hacían cocimientos de amapola para evitar el soñar con sucesos sangrientos, y de bermimalva explosiva o voladora, llamada así porque llegando a madurez la flor malva y bermeja, que tiene forma de tulipán pero el tamaño de una cereza, estalla, y hay que recoger en el aire los vilanos que despide: esta infusión era usada por los ancianos para sonar acciones eróticas, como las de los años mozos y las de las novelas. Este conocimiento se usaría más tarde en Alemania, y su consumo duró hasta los días del consejero Goethe. Los últimos coitos de este parece que fueron sueños, como se prueba con Bettina von Arnim, por ejemplo. Las más de las infusiones de Elsinor están relacionadas con los sueños, y muchas se usaban contra el sudor frío.

Según ciertos textos, que no es ahora la ocasión de citar, y además embarazarían

este capítulo los largos títulos latinos, podemos estar seguros de la fabricación de aura frígida amarga, que así se llamaba, para mojar en ella las puntas de las lanzas y de las flechas de los guerreros daneses. Herido el enemigo, el aura frígida amarga hacía su efecto, helando la carne en un círculo de media cuarta de radio a partir de la herida, y esto instantáneamente. Lo helado se volvía cristalino y, como el cristal, frágil, y quebraba fácilmente. Se cuenta de un tal Gunnar Olafson, por mal nombre Oreja Vinosa, que fue tan herido en una batalla en las proximidades de Londres, y llevando todas las flechas, lanzas y espadas que lo hirieron aura frígida, se quedó todo él de cristal, y desnudándolo con cuidado lo llevaron cerca de la hoguera del hall real, y como era todo de hielo se derritió, salvo los dientes y un pie, restos que el obispo Absalón de Copenhague entregó a su viuda. Este obispo Absalón, fundador de Copenhague, donde tiene una plaza con estatua, fue el que bendijo la llamada agua profunda, que se despachaba en la botica de Elsinor contra las verrugas. En 1062 aparecieron por vez primera las verrugas entre los hombres del Norte, hasta entonces exentos de ellas. Se decía que las habían traído de Grecia y Sicilia los vikingos, y se tuvo la cosa como peste, y muchos creyeron que tenían origen venéreo. Las verrugas que crecían en la piel de los daneses eran como nueces, amarillas, rojas, verdes, y fue un médico de Elsinor, islandés de nación, quien había cambiado su nombre germánico por Simonson, ya que decía descender de Simón Mago, quien acabó con las verrugas con la antedicha agua profunda, que algunos creyeron que era azogue, pero no, que era la famosa plata putrefacta, célebre entre los jázaros mosaicos, y que se obtenía mezclando plata en polvo con el pienso seco de las yeguas estériles, a las que se dejaba morir de sed, y después se vaciaban sus intestinos, recobrando la plata de la materia obtenida. Fue tan eficaz la medicina que su poder se tiene por hereditario, inmuniza, y serias estadísticas prueban que las gentes suecas, noruegas y danesas son las que menos padecen de verrugas de todas las que componen el género humano.

La medicina que no hubo en Elsinor fue la que pedía la locura de la joven Ofelia, loca quizás por exceso de inocencia.

No se sabe cuándo fue cerrada la botica de Elsinor, ni a dónde fueron a parar sus venenos variados, la bermimalva erótica, el aura frígida amarga, la plata putrefacta y tantas otras especialidades. En la época de Luis XIV de Francia, en los días del «*árame des poisons*», se vendían venenos de Dinamarca, eficaces, que dormían antes de matar, y que serían restos de los venenos antiguos de Elsinor. De uno de aquellos venenos, acaso, que la madre de Hamlet tuvo en su pálida y delicada mano, en copa de plata, una tarde cualquiera en la que se aburría en Elsinor, preguntándose en quién sería más gracioso utilizarlo. Finalmente, lo daba a beber a las palomas.

LA BOTICA DE CAMELOT O DE LA TABLA REDONDA

AUNQUE la pócima más notoria de la botica de la Tabla Redonda sea el famoso «bálsamo de Fierabrás» —probablemente preparado por última vez por don Quijote en La Mancha natal y de sus primeras aventuras—, en los anaqueles de Camelot estaban a disposición de los paladines diversas panaceas, las más con su punta de magia, y traídas a la corte del rey Arturo cuando Alejandro, hijo mayor del emperador de Constantinopla, viajó a Gran Bretaña a aprender allí caballerías. Todas estas medicinas tenían por objeto la rápida curación y cicatrización, sin dejar apenas huella, de las grandes heridas de los nobles guerreros, lo que era también la misión del «bálsamo de Fierabrás». De Armórica procedían las «hierbas del tiempo», aquellas que concedían a los paladines, tomadas en infusión sus virtudes, prolongar el día o la noche. Así Bohort podía cabalgar por una selva durante veinticuatro horas sin que el sol se pusiese, o Galván hacer durar la noche sin luna durante otras veinticuatro. Un mundo de luz o de sombra se hacía alrededor del caballero, pero Lanzarote, Percival, Galahad, rechazaron ese truco, así como la llamada «agua de disminución», la cual agua, un compuesto de perla índica molida y de diente de lobo en polvo, hacía que el que la tomase, saliendo contra el dragón, viese a este del tamaño de un perrillo de lanas y se fuese a alancearlo en el entrecejo o bajo la lengua sin temor alguno. Sir Galahad y sir Percival irían contra el dragón como Jorge de Capadocia, viéndolo en su tamaño natural de colmillo y de garras. Si se lograba que el dragón bebiese de esta agua, dejándosela teñida de sangre a la puerta de su cueva —teñido que se lograba haciendo que sangrasen en ella, de sus narices, unas docenas de siervos—, surtía en la bestia el efecto contrario, viendo al que venía a darle muerte como un terrible gigante, una montaña vestida de armadura. Pero todo esto eran mañas de profesionales de la matanza del dragón, que no obra de los ilustres señores de la Tabla.

Se ha discutido mucho el porqué de la existencia en la botica de Camelot de muchos medicamentos procedentes de Bizancio, y creo haber sido el primero en haber encontrado la razón en la narración de Chrétien de Troyes titulada *Cligés*. Les contaré, abreviando. Un Alejandro bizantino, príncipe imperial, se enamoró de Soredamors, hermana del caballero Galván, cuyo nombre se traduce por Rubia de los Amores. Tras la conquista de Vindilisora, que es Windsor, Alejandro va a la tienda de la reina Ginebra, donde está Soredamors, y la reina adivina que los dos se aman y no se atreven a decírselo. La reina, que ya por entonces coronaba a su marido con el buen caballero Lanzarote del Lago, sirve de celestina, echa a la una en brazos del otro, y los casa. Catorce meses más tarde —los primogénitos de los días artúricos nacen todos a los catorce meses, exceptuado Amadís de Gaula, porque en los cinco primeros meses de matrimonio hay platónica continencia—, nace Cligés.

Un mayo, Alejandro y Soredamors salen de Bretaña para Constantinopla, y se encuentran al llegar allá que el viejo emperador ha muerto, y reina Alexis, hermano de Alejandro. Alejandro le deja el trono a Alexis a condición de que no se case y herede el trono su hijo Cligés. A los pocos días muere, una semana después, la dulce Soredamors. Cligés queda en orfandad, y su tío Alexis olvida la palabra dada y quiere casarse con Fenicia, hija del emperador de Alemania, de trece años de edad. Llega Fenicia a Bizancio, ve a Cligés, tiene quince años y tiene una pluma en la gorra, y se enamora de él, y Cligés le corresponde. Fenicia se confía a su ama, Thessala, experta en magia, a la que dice que no quiere conducirse como Isolda. El solo pensamiento de pertenecer a dos hombres la subleva:

—*Je n'i ama deusparcenters. Qui a le cuer, si ait le corps!*... (Ya no tendré dos poseedores. ¡Quién tenga el alma que tenga también el cuerpo!).

La niña estaba muy bien educada. Thessala acepta servir a su ama. En primer lugar le da al emperador, en el banquete nupcial, un filtro, en virtud del cual Alexis cree gozar de Fenicia, cuando la verdad es que está sumido en profundo sueño, y lo que abraza es una sombra. Segunda parte: como Fenicia no quiere huir con Cligés, y quiere que, mientras el emperador sueña que la goza, ella goce a su enamorado, Thessala prepara un brebaje, que será famoso como «agua de la falsa muerte». Fenicia lo bebe, y pese a que la pinchan, sangran, emplastan todos los médicos de Bizancio y unos de Salerno que estaban de paso, la emperatriz aparece muerta, y hay que enterrarla. Todos lloran a la adorada niña. Pero, a la noche, va Cligés a buscarla a su tumba, y la lleva a un palacio secreto donde Fenicia resucita. ¡Ay, qué dulces amores! Cantan los ruiseñores en el jardín y abriga sus caricias un árbol florido. Pero un día, un cazador al que se le ha perdido un azor entra en el jardín y descubre a la pareja boca con boca. Lo cuenta al emperador, este monta a caballo, pero cuando llega al palacio secreto, Cligés y Fenicia, en virtud de una pócima de Thessala, vuelan hasta Bretaña en el medio de una tribu de golondrinas. Pues bien, será Thessala quien durante la estancia de Cligés y Fenicia en Camelot llenará con sus filtros, aguas y pastas los anaqueles de la botica de la Tabla.

Pero lo que dice la novela de Chrétien de Troyes de las magias médicas de Thessala se irá transformando en *realidad* conforme pase el tiempo. El agua que hace soñar que se goza en cama blanda aparecerá en algunos *fabliaux* franceses, y en la historia de una doncella de Colonia a la que casan a la fuerza, pero ella quiere ir virgen a un convento, como sierva de María. El agua de la *falsa muerte* parecerá en los días de los últimos Capetos de Francia, los *rois maudits*, por el último gran maestro del Temple. Su tía Mahaut d'Artois lo usará para sus envenenamientos, porque parece la muerte natural, no deja manchas en la piel, y el envenenado, enterrado solemnemente, muere de asfixia, hambre y sed y frío en su sepultura. Crimen perfecto. El agua de la *fausse mort* volverá a verse en el Cuatrocientos de Italia, y será la pócima que use Julieta para librarse de la boda con Paris y esperar segura el regreso de Romeo. (Shakespeare, acto IV, escena III: *Come, vial! What is*

this mixture do not work at all? «¡Ven, frasco! ¿Y si esta mixtura no hiciese su obra?»).

Pero la hizo, y para mal de Romeo y para mal de Julieta.

Píldoras para poder escuchar pájaros cantar cuando se es sordo, pomada que permite tocar con la mano diestra el hierro al rojo vivo, la piedra negra que corta la hemorragia, la piedra azul que permite respirar bajo el agua, el elixir una de cuyas gotas en sus ojos permitirá al caballero ver todo lo que sucede en la selva de Brocelandia siete leguas alrededor de él. Todo esto lo dejó Thessala en Camelot, en la botica de la Tabla Redonda, y el gran antídoto arábigo contra el veneno de las horribles serpientes y contra las fiebres de los pantanos donde se baña el dragón. En un cuento de Dino Buzzati, un cazador de dragones, que respira el vaho que sale de la boca de la bestia, muere a poco, los pulmones quemados; pero para los de la Tabla, que mastican un compuesto de mandrágora y sangre de cordero nonnato, respirar el aliento del dragón es como respirar aire puro y fresco, en las mañanas de mayo, en los claros de la selva de Brocelandia y en las verdes colinas de Bretaña.

Aparte Thessala, hubo en la botica de Camelot todo lo que Merlín, el gran mago, inventó a lo largo de su vida. Medía agua que no se veía y pesaba polvos invisibles.

LA BOTICA DE OBERÓN

ES decir, la botica del enano guardador del tesoro nibelúngico, del *hort*. Entonces Oberón todavía se llamaba Alberico, *Alberich*, rey de los elfos, *Alberón* más tarde, *Auberón* en la novela, *Huom de Bourdeaux*, y al traducirla al inglés lord Berners, *Oberón*. Y ya Oberón para siempre en la *Reina de las Hadas*, de Spencer, y en *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, y en el *Oberón* de Christoph Martin Wieland. El tal Huom de Bourdeaux fue un paladín carolingio a quien su señor encargó arduas misiones en lejanas tierras. Del enano guardador del tesoro espléndido y sangriento de los nibelungos, rey de los elfos, pasamos al rey de las hadas, marido de Titania, bello y poderoso, humano y pendenciero, celoso y juerguista, a quien su mujer, Titania, reprocha el que abandone el país de las hadas y bajo la figura de Corino se ponga, como pastor en majada, a tocar la zampoña y cantarle canciones a Filida, sin duda una hermosa pastora: ... *playing on pipes of com, and versing love / To amorous Phillida*. En Wieland lo veremos «hermoso como un dios del amor, salido del seno de Venus», un cupido que viaja en un carro tirado por dos leopardos, pero capaz de desatar, como Júpiter, terribles tempestades. Perdóñenme la banal erudición precedente.

Oberón, es decir, el Alberico nibelúngico muerto por Sigfrido, era sabedor de toda la botánica secreta, conocedor de las plantas que florecen en los huertos subterráneos de los elfos y de los coboldos. Oberón conocía igualmente las plantas de los extremos de la tierra, tanto a Oriente, Sa Zhung, punta final sobre Fusang, el Japón, como a Occidente, el Finisterre gallego. ¿Cómo supo William Shakespeare que Oberón conocía la botánica de los extremos del mundo? Porque esto está probado por la escena II del acto II de *El sueño de una noche de verano*, cuando Oberón manda a Puck al extremo de la tierra, en el borde del Océano, a buscar una flor, la *little western flower*... Oberón le recuerda a Puck el lugar, en las rocas finales sobre el Océano exterior que rodea la Tierra, desde donde escuchó cantar a una sirena recostada sobre un delfín: *a mermaid, on a dolphin's back*. La «flor occidental» tiene para Oberón, en Shakespeare, sus virtudes porque Cupido disparó una de sus flechas a la luna, sin alcanzarla, y cayó justamente donde la flor nacía. Oberón le explica a Puck que, exprimido el zumo de su tallo sobre los párpados de una persona que duerme, al despertar esta, se enamorará locamente de la primera criatura viviente que vea. Shakespeare no dice «criatura humana que vea», porque necesitaba que un humano pudiese enamorarse de un animal, para el alegre y complejo juego de su pieza. Pero la realidad es que en la botica de Oberón estaba la «flor occidental», filtro amoroso de perpetuo éxito.

La tradición no parece haberse roto, porque Oberón facilita, disfrazado de Hellequin, o de Arlequín, que es lo mismo, filtros de amor y aguas de seducción en los «misterios» de la Edad Media. Al lado de la «planta occidental», Oberón tiene en

su botica la «planta oriental», que produce el olvido; es decir, la flor reducida a polvo del misterioso junco negro que crece a orillas del río Letheo, el río del Olvido, famoso en la mitología greco-latina. Es el polvo productor de la amnesia. Dos pócimas mayores, pues, tenía Oberón en su oficina: el zumo del tallo de la flor del amor y el polvo del olvido total. Este polvo, u otro semejante, fue conocido por la medicina china, y lo utilizaron algunos grandes sabios, quienes lo derramaban sobre su vientre antes de sumergirse en largos años de meditación y de ayuno. Olvidados de todo —y tómesese esto en su absoluta literalidad: de su familia, de su ciudad, de los exámenes, de la caligrafía, del vino y de la música de laúd a orillas del lago de las Linternas Azules—, vivían lustros y lustros y descubrían los profundos secretos del Ser y de la Nada. Algunos de estos sabios chinos, refugiados en una montaña, cerca de un manantial, vivieron tantos años que se creyó que habían podido comer los melocotones de la inmortalidad.

Y en llegando a este punto, yo puedo complicar un poco las cosas. Ustedes saben que después de la muerte del enano guardador del *hort* de los nibelungos, Sigfrido mató el dragón y se bañó en su sangre, lo que lo hizo inasequible al hierro de las armas, salvo allí donde una hoja de tilo se posó sobre su hombro durante el horrible baño. Pero varios matadores de dragones en Oriente, ¿no habían bebido la sangre de la bestia para asegurarse la inmortalidad? Si Sigfrido se había hecho dueño del tesoro guardado por Alberico, lo sería también de su botica. Habría que ir a los textos más antiguos de los germanos y de los hombres del Norte, de Islandia y de Noruega, para ver si en primitivas versiones el héroe, bebiendo sangre del dragón, no le había añadido polvo de junco del extremo oriental. Y entonces razonaríamos si no les es necesario el olvido, la amnesia, a los humanos que pretenden la inmortalidad. Salomón y Ulises la rechazaron. Cuando a Salomón un celestial mensajero le invitó a beber una copa del Agua de la Vida, del agua que concede la inmortalidad, según cuenta la leyenda persa escrita en el año novecientos de la Hégira por Hassein ben Alí, también llamado El Vaez ul Kashifí, y que puede leerse en el *Anvari Soheili* o *Luz de Canopus*, digo que cuando a Salomón le fue ofrecida el agua de la inmortalidad, dudó, y contra el parecer de todos sus súbditos, que le pedían que la bebiese, el gran rey siguió el consejo de la paloma salvaje Butimar.

—No bebas —dijo la paloma al gran rey en el dulce lenguaje de los pájaros—. ¿Cómo puedes desear vivir cuando todos aquellos que te han amado, tus hijos, tus consejeros, tus amigos, estén en la lista de los muertos? ¿Por qué desear la eterna juventud cuando el rostro mismo de la Tierra se vaya arrugando con la edad, y los ojos parpadeantes de las mismas estrellas vayan siendo cerrados por los dedos negros de Azrael? Cuando tu vida sea un oasis en el inmenso desierto de la muerte, y cuanto te des cuenta de que tu existencia eterna solamente es la prueba de una ausencia eterna, ¿quisieras verdaderamente vivir? No vivirá nadie con quien puedas compartir un recuerdo de juventud. Solo, olvidando y olvidado, vivirás.

Y Salomón le hizo caso a la paloma salvaje Butimar.

Cuando en *El sueño de una noche de verano* sale Oberón, lo que vemos y escuchamos es la contrafigura de un enano antiguo y misterioso, rey de los elfos, quizás de los coboldos, quien en sus estancias subterráneas tenía tienda de filtros de amor y botica de polvos letheos. Es decir, tenía la sustancia misma de la vida humana misma en sus estantes.

LA BOTICA IMPERIAL DE SAMBA GHANA

USTEDES saben que la actual república africana occidental Ghana se llama así en memoria de un emperador negro que no se sabe muy exactamente cuándo vivió, si en el IX o en el XI de nuestra era, y cuyo nombre abreviado era Samba Ghana Nomé. La capital de su imperio, tan importante como el Monomotapa, estaba en Kumbi Saleh, en la frontera sur del Sahara, a unas cuatrocientas millas de la actual Bamako. Algunos investigadores sugieren el final del imperio de Samba Ghana en 1077, a manos de los mahometanos que hicieron la guerra santa a los pueblos negros del África Central. Se asegura que en el siglo pasado aquellos buscadores de oro que fundieron las máscaras y los vasos reales en Zimbabue, «la casa de piedra», encontraron igualmente el tesoro de Samba Ghana y en una cueva los restos de la «morada de la sanidad y de la propiciación». Es decir, su botica y su arsenal de artes mágicas. Se cree que la tina, actualmente en el Museo Etnológico de Hamburgo, conocida por «el caballo de Samba», pudo haber sido el recipiente usado para las grandes maceraciones y mezclas de bebidas en los días de la celebración de los más solemnes ritos. En todo caso, si esta pieza que podemos ahora admirar en Hamburgo no tiene una antigüedad superior a los ciento cincuenta años, será una imitación más o menos fiel del «caballo de Samba», y el orante del lateral derecho es la imagen de Samba Ghana Nomé implorando la lluvia, y a derecha e izquierda aparecen, antropomorfos, seis de sus objetos o «virtudes» más familiares: la araña tejedora, el veneno, la flecha, el vino de palma, el cinturón real, la sombra de los antepasados y el pájaro «que no teme el fuego», para las comunicaciones con la divinidad.

La fábula de Samba Ghana sostiene que el gran rey había logrado un «barro», mezcla de oro, sangre humana y palabras nunca pronunciadas, con el cual barro hacía un pequeño ladrillo que era enterrado secretamente en las proximidades de las murallas de las «ciudades de piedra» —enigmáticas ruinas, hoy murallas de más de diez metros de altura, torres sepulcrales y verdaderos laberintos—, entre el Limpopo y el Zambeze. Llegaba Samba Ghana con su ejército, y el rey enviaba a un guerrero con un cuerno de búfalo que había llenado con su orina. La orina era derramada sobre el ladrillo escondido, e inmediatamente se producía un terremoto, se abrían los lienzos de las murallas y Samba Ghana entraba victorioso, el rostro cubierto con una máscara de oro. Como si hubieran sonado las claras trompetas en Jericó.

Igualmente era propio de la farmacopea ghanéa el polvo de soñar el día quinto. Tenía, según ha dicho Cowley, una gran importancia militar. Los que aspiraban dicho polvo se dormían, y soñaban lo que serían o harían cinco días después. Imaginen que estamos en una expedición militar, en víspera de batalla. Unos, en sus sueños, se veían sanos y fuertes; otros, heridos; otros, muertos, con sus mujeres arrodilladas a sus pies, colocando en ellos panales colmeneros para que las abejas recogiesen el alma del finado, que se volvía abeja. Los que iban a morir, y nada se puede contra el

fatum, pedían los lugares más arriesgados en la batalla, y combatían heroicamente, lanzándose destemidos a dar la vida en la pelea, verdaderos kamikazes. De los aschanti se sabe que utilizaban unas determinadas hormigas puestas a secar al sol después de ser aplastadas con un pequeño mazo de marfil y molidas a mano en un almirez: ese polvo, aspirado como rapé, los embriagaba y hacía soñar. Se cree que esta hormiga es una variedad africana de la gigante *Camponatus herculeanus*. Algo parecido sería el polvo del sueño del quinto día, que tenía en su botica Samba Ghana.

El emperador podía demostrar su amistad a algunos de sus prójimos haciendo que la araña familiar —las madres tejedoras— les tejiese una tela sobre su sombra, tela que les protegía del mal de ojo, de los espíritus de la tiniebla y del veneno de la serpiente: al acercarse la serpiente hostil, se enredaba en la tela de araña que protegía la entrada a la sombra. La utilización de telas de araña sobre las heridas, en muchos pueblos del mundo, corresponde a la misma idea curativa. Blaise Cendrars, quien debió de ocuparse de ello cuando andaba preocupado con su *Antología Negm*, contó una vez que el ejército inglés en Costa de Marfil y Nigeria usaba una pasta para limpiar los correajes, cuyos botes mostraban la imagen de una araña, porque tal era la marca, «The Spider», del betún. Pues los indígenas buscaban este betún marrón, lo compraban a los soldados de Su Graciosa Majestad o lo robaban, para utilizarlo como medicina, especialmente como cicatrizante en las heridas.

Pero la gran medicina de Samba Ghana era su cinturón. El cinturón, hecho con pelo de diferentes animales y oro, tenía virtudes fecundadoras. El propio rey lo sumergía en su «caballo» o tina, en el cocimiento de las *doce veces doce hierbas*, y bien cocida lo cedía a sus grandes jefes, quienes copulaban con sus mujeres con él ceñido, lo que aseguraba la preñez y el nacimiento de un hijo varón, al que Samba Ghana concedía la mitad de sus antepasados —es decir, lo hacía pariente suyo, pariente por el cinturón—, con el añadido de unas gotas de sangre de su dedo pulgar derecho, que dejaba caer en la boca del recién. La sangre de Samba Ghana era enviada regularmente a los reyes de Bonin, de Ife, de Kanem-Bornu, en el Sudán, mezclada con la orina real de la luna nueva para asegurarles a estos aliados suyos la longevidad. Estos bebían la medicina, habiéndola dejado al sereno nocturno.

Si Samba Ghana enviaba su cinturón a una de las provincias de su reino, todos los niños que allí nacían nueve meses después eran considerados parientes del rey. Todavía hoy en ciertos pueblos de allá los adultos se ponen para el acto sexual cinturones adornados con raras piedras, que se dicen caídas del cielo, y arañan y hacen sangrar el vientre de las mujeres. Como en las montañas del norte de Portugal. Cuando un matrimonio no tiene hijos y los desea, el marido y la mujer realizan, junto a una fuente, a hora de alba, un coito ritual, ciñéndose con un cinturón del que cuelgan ciertas piedras mágicas. Alves Fonseca las ha estudiado, y resulta que estas piedras son hachas prehistóricas. Finalmente, se cuenta también de Samba Ghana que en diversas ocasiones de su vida se bebió su propia sangre.

También se asegura que se recetaba, para fortalecerse, clavos de hierro. Días

después, sus súbditos eran autorizados a buscar estos clavos, previo pago, en los excrementos públicos del rey —denominación que hace suponer que había excrementos privados—. Su sola posesión evitaba las fiebres. Se asegura que Tubman, el que ejerció el cargo de presidente de Liberia, llevaba siempre consigo uno de estos clavos. Aunque a pesar de todo ya se hubiese olvidado en África occidental la procedencia de ellos.

LA BOTICA DEL OBISPO DIEGO PELÁEZ

ESTE obispo compostelano fue acusado de nigromante y de volador. Tuvo que dejar la sede a causa de la malquerencia de Alfonso VI, el que reinó en Castilla porque su hermano Sancho fue muerto en Zamora. Conociendo el tipo, puede creerse que juró en falso en Santa Gadea que no había tenido parte en la muerte de su hermano. El que el Cid Rodrigo haya quedado convencido en la jura, no prueba nada. Hay quien sospecha que la muerte de Sancho fue decidida por su hermana Urraca, la rubia que señoreaba Zamora, y que estaba enamorada de su otro hermano Alfonso: una soñadora inquieta que lo más probable es que le haya prometido a Bellido Dolfos la flor y la nata. Pero volvamos a Diego. Lo más seguro es que por mucho que cacheásemos Compostela no diésemos con la botica del obispo. Debió llevarla a Roma, donde vivió hasta el fin de sus días. Si queda algo de ella, en Roma estará. Sobre Roma, en las tardes de tormenta, en mayo y en noviembre, salía a volar el obispo tras tomar un vasito de su *agua de los festivales tormentosos*, que ahora los eruditos se inclinan a admitir que se trataba de un alucinógeno, como los que tomaban las brujas, una seta quizás, que decían que volaban al sábado. Cuando el obispo volaba, le salía de entre nalgas una especie de cola plumífera, como de pavo real o de ave americana, y durante unos segundos, después del aterrizaje en su tejado, podía vérselo con las posaderas al aire esperando la retirada, por vía rectal, de las plumas vistosas.

Diego Peláez era fulgurato: sabía alejar el rayo, e interpretarlo, y cuando iba a los bosques en las noches de luna llena, por si venía tempestad con rayo, llevaba sus manos embadurnadas con el aceite cripocrón, que aparecerá en los siglos XV y XVI en la farmacopea de las brujas europeas. Este aceite pasaba por haber sido fabricado por vez primera por Virgilio, quien en la Edad Media tuvo tanta fama por mago como por poeta. Este aceite le permitía sujetar con sus manos el rayo, y devolverlo a su origen o desviarlo al mar o a un pozo. En las actividades nigrománticas, especialmente en las que se relacionan con el despertar de cadáveres antiguos, antes de que abran los ojos y hablen, aparecen nubes bajas rojizas, de origen terrenal, y los relámpagos iluminan el lugar de la acción, y caen chispas que hienden los árboles próximos. Donde se leen muy bien estas tormentas súbitas, con gran aparato eléctrico, es en Lovecraft. El aceite cripocrón era absolutamente necesario para que el necromántico no fuese destruido por la fúlgura. Algunos inquisidores franceses y alemanes del quinientos sospecharon que tal aceite era grasa de salamandra y de búho, dos animales, según Vicente de Beauvais, inmunizados contra la chispa.

Diego Peláez podía predecir el porvenir porque había obtenido de un demonio de las encrucijadas —de esos demonios con los que los gallegos nos protegemos con nuestros *cruceiros*; los demonios más antiguos, que ya conocían los asirio-babilónicos, quienes mencionan uno llamado *Rabisu*, que aguarda presas humanas al

borde del camino—; había obtenido, digo, de un demonio en un cruce el que podemos llamar «licor de la presencia futura». El que lo beba se puede ver a sí mismo obrando y pensando en los años venideros, acabándose la película cuando se llega a los nueve días anteriores a la muerte. Si ustedes leyeron al infante don Juan Manuel, recordarán el cuento del deán de Santiago que en sueños llegó a papa. Aparte los antecedentes greco-latinos y orientales del cuento, el hecho de que el personaje sea deán de Santiago me hace pensar si donjuán Manuel no conocería el «licor de la presencia futura», famoso en la botica del obispo Diego. Este licor o agua se conservaba en una piedra horadada, taponada con cera virgen, y parece ser que se la bebía tras tres días de riguroso ayuno. El curioso de su futuro, o del futuro de otros, se dormía mientras veía pasar la vida. Como «agua de videncia» o «agua de Leonardo» —no por el maestro Leonardo da Vinci sino por el cabrón del Sábado, príncipe Leonardo Demonio—, circulará en Francia y en Renania en el gran período de persecución de las brujas europeas. Diego, necromántico y volador, viajó de Compostela a Roma a pedir que le devolviesen la sede jacobea. En su huida no pudieron seguirlo los perros del rey de Castilla y de león porque don Diego conocía los ensalmos que quitan el olfato a los canes.

Yo me imagino al obispo, en lo recóndito de su palacio-fortaleza, quizás en el sótano de una de las torres levantadas por el obispo Cresconio para defender la Tumba Apostólica de la ira normanda, viendo en technicolor su vida, o logrando la resurrección de muertos que fueron en su día grandes sabedores de magia, acaso algún etrusco, como Arrunx de Lúea, que viene en la *Farsalia* que el obispo leía. Ellos le explicarían su alta ciencia al obispo. Don Ramón del Valle-Inclán me aseguró una vez que el más importante de los fantasmas compostelanos —conocía siete, y no se contaba él— era el fantasma de Diego Peláez, cubierto de musgo desde la cabeza a los pies, inquieto, sudoroso, oliendo a sedoformo, como las boticas del 900.

LA BOTICA DE LA ESCUELA DE TRADUCTORES

COMO es sabido, a finales del XII y principios del XIII floreció en la ilustre ciudad de Toledo una «Escuela de Traductores», tan célebre como la que hubo en Sicilia en los días de Federico II. A la vez que la ciencia pública, sabido es que los maestros traductores tenían otra secreta, en la cual seguían en gran parte a Michaelus Scottista, el famoso alquimista y brujo al que Dante encuentra en el Infierno, XX, 115:

*Quett' altro che ne' fianchi é cosí poco,
Michele Scotto fu, che veramente
delle magichefrode seppe il gioco.*

Scott estaba en 1217 en Toledo, traduciendo del árabe los diecisiete libros de la *Historia Animalium* de Aristóteles. Morirá en la corte siciliana de Federico en 1235, con la fama de mago que, en el Dante, lo hará huésped de los pozos infernales. Pues bien, este Scott fue quien le dio a Toledo su nombre secreto, que preservaba a la ciudad de la peste, y quien fundó la botica oculta de los traductores, cuyos boticarios fueron, y por este orden, Gerardo de Cremona, don Propacius Judaeus y Samuel Safir, secretario de cartas árabes de Alfonso X.

Los traductores de Toledo tenían varias enfermedades nacidas de su trabajo, siendo una de ellas el llamado «ojo loco» u «ojo de ida», nacida de la lectura de derecha a izquierda cuando andaban con textos árabes, lectura a la que no estaban acostumbrados por haber sido educados en la latina, de izquierda a derecha. Cuando llevaban varias horas de texto arábigo, les era imposible pasar al texto latino, porque el ojo quería seguir leyendo de derecha a izquierda, y en vez, por ejemplo, de *per omnia saecula saeculorum*, leían *muroluceas aluceas ainmo rep*. Roberto de Chester y Germán el Dálmata padecieron esta dolencia, de la que fueron curados con una pestaña de oro, que se colocaba en la final derecha del párpado superior, y la dicha pestaña de oro se deslizaba por un hilo ensebado, tirando por otro, como si fuese juego de cortina, y así se llevaba la mirada a donde se quería.

La carencia de diccionarios y glosarios condujo al cultivo de plantas filológicas, las cuales, tomadas en infusión, avivaban la memoria de palabras arábicas y hebreas del traductor, quien las tenía prestas en la mente y en la boca. Se aseguró que estas plantas procedían del estudio de los intérpretes de Alejandro de Macedonia. Quien las clasificó por lenguas fue Germán Alemán, el cual murió en 1272 siendo obispo de Astorga. Más tarde se hicieron en la botica de los traductores «píldoras de lengua», utilizando la ceniza de las hojas y tallos de las plantas citadas. Cierta año apareció en el jardín de la botica un mosquito verde, el cual atacó a las plantas de lengua caldea y hebrea, y las devoró en un santiamén. Pero la cosa fue a más: estando un traductor de

la familia de los Ibn Tibbon, llamado David, trabajando en las *Dalalat* de Maimónides, se le metieron dos mosquitos de estos por las orejas y le vaciaron el cerebro de lengua hebrea; engordados de hebraico allá dentro, no podían salir por donde habían entrado, y zumbaban irritados e incansables en la cabeza del pobre David ben Iacob ben Tibbon, quien murió de ellos y del dolor de haber perdido la memoria de la lengua de sus antepasados.

En el período alfonsí propio, los traductores robustecían su memoria léxica comiendo almendras en las que se pintaban con un pincelito varias palabras abreviadas. Pero siendo las almendras duras, y estando los más de los traductores con escasos y tambaleantes dientes, se hicieron almendras con harina, blandas y con miel endulzadas, y las palabras pintadas. Por imitación de estas almendras, un siglo después nacerían en Nápoles y Sicilia las sopas de letras, que llegaron hasta nuestros días.

Otra de las dolencias de los traductores era la llamada *almagéstica* por haber sido diagnosticada por vez primera en los que tradujeron el *Almagesto* de Tolomeo, y era que leyendo o traduciendo del movimiento de algún planeta o estrella, al momento levitaban y circulaban por la escuela con el mismo movimiento del planeta o estrella, según Tolomeo. Uno de los traductores, tratando de cometas, fue llevado, como si uno de ellos fuese, por una ventana a estrellarse frente mismo a Toledo, junto a la iglesia de San Servando. Siguiendo la ciencia de Miguel Scott, se calculó la proporción del peso del hombre en cada planeta, el cual peso se metía, en plomo, en una bolsa que colgaba del cinturón del estudioso del *Almagesto*. En la botica de los traductores ya estaba preparada, en bolsas de cuero, la porción específica, y el propio Alfonso, el rey, se cargaba con una llamada «*serenitas*», cuando escuchaba leer el libro de Abin Ragel, del «juizio conplido de las estrellas». Las bolsas estaban hechas con cuero de un animal procedente del antiguo Egipto, y que no ha sido visto modernamente; el cuero se vendía en Palermo, y el tal animal egipcio era, o es, uno como gato que solamente sabe andar hacia atrás.

Los boticarios de los traductores estudiaban los simples por Dioscórides, y preparaban baños de cebada con citrón para las nalgas de los políglotas, a quienes, de tanto estar sentados en duro banco, se les formaban callos. Cuando uno de la citada familia de los Ben Tibbon fue a Montpellier a traducir a *Ipocratis lo veterinari*, para que le creyesen que ya había hecho once traducciones en Toledo, bajó los pantalones y mostró al Claustro y Gremio de la Universidad los duros callos de nalgario. Cuando en Provenza las bellas damas de los amores cortesés de los trovadores se lavan con agua de salvado y limón, ignoran que usan la medicina toledana contra los callos de las posaderas de los ilustres traductores.

Y para terminar: un judaizante, en un proceso del XVI, confesó que el nombre secreto de Toledo era FAX, la tea, la antorcha. Al conocerse la palabra, dejó de surtir efecto, tanto para librar de pestes a la ciudad como para encontrar tesoros ocultos.

LA BOTICA DE MAHAUT D'ARTOIS

DONDE se trata de la botica de Camelot o de la Tabla Redonda, me refería a la pócima utilizada por la maga Thessala, en el *Cligés*, de Chrétien de Troyes, para que tuviese todas las apariencias de una muerta la hermosa Fenicia, tan honesta enamorada. Señalaba que esta *eau de la fausse mort* fue la que bebió Julieta mientras esperaba, dada por difunta, el regreso de Romeo, y añadía que había sido de uso cotidiano en la botica de Mahaut d'Artois. Usada con mal fin, tenía la ventaja de que el falso muerto lo parecía de muerte natural, y enterrado hondo, cuando despertaba de la somnolencia paralizante concedida por la susodicha agua, moría por falta de aire en su sepultura, y de hambre, sed y frío, en las criptas de las iglesias góticas, o devorado por las ratas. Se discute la procedencia del «agua de la falsa muerte» en Francia, pero parece ser que Mahaut d'Artois, par de Francia y suegra del último Cápete, Felipe el Largo, el postrer descendiente de Hugo Cápete, a quien puso Dante en el Infierno, por razones claramente políticas, como *radice della mala pianta* que fue; digo que el agua la tuvo la condesa Mahaut por intermedio de Beatriz de Hirson, su *demoiselle de parage*, la cual entró en posesión de ella gracias a un secuaz del cardenal Francesco Caetani, quien, más tarde, entre otras cosas relacionadas con veneno y magia, fue acusado en 1316 de una tentativa de hechizamiento del rey de Francia. Y el cardenal Caetani, sobrino de Bonifacio VIII, tenía el agua de la botica papal de Letrán.

La tradición quiere que a los apoticarios lateranenses haya llegado nada menos que de Alejandría, portada por un alquimista heredero de los que sirvieron en la botica de Cleopatra, huido ante la arribada de los árabes. El agua de que hablamos, pues, sería una destilación de la planta submarina conocida por *Cetraria Indica Barbata Alexandrina*, recogida por Alejandro de Macedonia en una de sus bajadas al fondo del mar —alguna de estas inmersiones puede leerse en el *Poema de Alixandre*—, planta que figura en el herbolario de Joan Perucho.

Pero el agua de la *fausse mort* le parecía a Mahaut una frivolidad. Ella gustaba, cuando era posible, de la rapidez en la ejecución, y su botica abundaba en venenos resolutivos, y en *poudres de succession*. Fuera de esto, lo que más había en los estantes eran estimulantes eróticos, de los que dispusieron Margarita y Blanca de Borgoña en la Torre de Nesle, con sus amantes, los gentilhombres de Aunay. Blanca era hija de Mahaut, y tenía de su madre lo que quería: afrodisíacos bizantinos elaborados con malvasía de Chipre y testículos de león y cocodrilo, y los arábigos, en los que entran piedras preciosas pulverizadas, y perlas. Desde Sicilia, y por medio de los cardenales italianos, llegaban a Aviñón píldoras de estramonio, de la solanácea que en Castilla llaman berenjena del diablo, y los portugueses *figueira do inferno*, y es la *Datura Stramonium L.*; por un ex templario, Evrard, Mahaut y las princesas de la Torre de Nesle estaban muy surtidas de ellas, y se las daban a sus amantes para animarlos. En la América hispánica está muy extendido el uso del estramonio como

afrodisíaco. Juan Vicente Gómez, el que durante unos cuantos lustros fue presidente de Venezuela, le fue muy adicto, y de orden suya los médicos militares lo recetaban a los soldados que servían en las regiones del interior, para que insistiesen en sus amores con las indiecitas. Una técnica de repoblación del territorio como otra cualquiera.

Tres personas notorias murieron, al menos, de los venenos suministrados por la condesa Mahaut: el canciller Nogaret, instructor del proceso de los Templarios; el rey Luis X de Francia, el Irascible o el Gamberro, y su hijo póstumo Juan. Los tres murieron tras horribles convulsiones, llagas súbitamente abiertas, vómitos y sudores hediondos. Mahaut fue sometida a proceso, pero absuelta, aunque a nadie cabía duda de que ella fuera la envenenadora, ayudada por su damisela Beatrice d'Hirson. Hoy se cree que el veneno usado en los tres casos por la condesa Mahaut fue el mismo, el «puño de fuego» de los caballeros templarios, los varones amigos del Señor, que éstos compraban a buhoneros persas y a mercaderes bagdadíes de la seda. Mientras los más científicos sostienen que se trata en este caso de la nepalina, es decir, del alcaloide del *Aconitum ferox* Wall, que da sus flores de un bello azul violado en el Nepal, y se le considera el veneno vegetal más activo que exista, los que han estudiado los venenos antiguos y medievales sostienen que «el puño de fuego» se obtiene mezclando la bilis roja del chacal llorador de las ruinas de Persépolis con la mirada del basilisco. El chacal llorador de las ruinas de Persépolis nunca ha sido visto, pero con motivo de las fiestas del dos mil quinientos aniversario de Ciro, que dio allá Reza Pahlevi, se llevaron a las ruinas perros piamonteses capaces de delatar su presencia, perros de los dedicados a buscar la trufa, porque el chacal llorador huele precisamente a trufa. Dado el precio de la trufa en el mercado, en nuestros días, si apareciese con su olor característico el chacal llorador de Persépolis, estaríamos expuestos a un *ersatz* de trufa, procedente de la carne del llorador. Era tan mortal este veneno, que la mezcla de la bilis del chacal y de la mirada del basilisco, los boticarios la hacían por medio de un juego de espejos.

Respecto a los venenos familiares de Mahaut d'Artois, pueden leer ustedes algunos de los volúmenes de la serie de Maurice Druon *Les rois maudits*, por ejemplo, el titulado *Les poisons de la couronne*. Pero de la botica de la condesa Mahaut yo recuerdo ahora las aguas, píldoras y pomadas que usaban en las fiestas con sus amantes Blanca de Borgoña y Margarita de Navarra: dulces sonrisas, largos besos, apasionados abrazos en las cámaras de la Torre de Nesle. Se decía que, de añadidura, además de los hermanos d'Aunay, usaban jóvenes estudiantes, que, tras el amor, hallaban la muerte. En la *Balada de las Damas del Tiempo Pasado*, de Villon, queda el eco de las orgías, con Buridan echado dentro de un saco al Sena. Buridan, el filósofo, el nominalista:

*Semblablement, ou est la royne
qui commanda que Buridan*

fust jetté en ungsac en Seine?
Mais où sont les neiges d'antan?

¡Nieve de antaño Margarita de Borgoña, estrangulada en Château-Gaillard! La saliva sabrosa de estramonio en caramelos, como la del señor presidente Gómez en su cama del palacio caraqueño de Miradores, esperando a que le llevarsen guajira morena o catira.

MEDICINA PARA LA FABRICACIÓN DE NIÑOS PRODIGIO

MILÁN, Bolonia, Florencia y en menor parte Roma conocieron en el quinientos boticas secretas en las que se guardaba todo el arsenal necesario para la fabricación de niños prodigios, es decir, disertantes a los ocho y diez años en latín y griego sobre variados temas filosóficos, filológicos, de retórica y poética, mitología, o haciendo el laude de aquel ante quien peroraban, y del que se buscaba el patrocinio para una ilustre carrera de humanista, y en el peor de los casos unas monedas de oro. Los más de estos niños prodigios o murieron antes de llegar a los quince años o, pasados estos, se trocaron en meros panegiristas de pequeños tiranos, secretarios de cartas griegas y latinas o redactores de arengas. El más notorio niño prodigio humanista que sobrevivió fue el milanés Girólamo Cardano, filósofo y naturalista, autor de una autobiografía *De propria vita*, en la que nada oculta de su mala uva y de su torpe vida —trampas en el juego, difamador vengativo, «inaccesible al arrepentimiento», dirá Burckhardt—. Cardano murió cerca de los setenta años —a la edad que había predicho—, con algún dinero, un biznieto, amplia fama y creyendo en Dios. Cuando enumera, al final de su autobiografía, las causas de su felicidad, una de ellas es que, habiendo contado sus dientes y muelas, todavía le quedan quince piezas. No bien cumplió cinco años, su padre decidió que era buena materia para hacer de él un niño prodigio. Lo más urgente era «instilarle memoria artificial», lo que se dispuso a conseguir mediante adecuados procedimientos mnemotécnicos, régimen alimenticio adecuado y variedad de compuestos sublimes, entre los que figuraba la pócima llamada *delta quiete*, de la calma o sosiego, y que se tomaba en las semanas anteriores a la presentación de los oradores en sesión pública: se componía de *tila eficiente* y de semilla de heliotropo y *azogue levitado*. Esta medicina en píldoras daría al humanista precoz la agilidad del azogue, la tranquilidad que concede la tila y la facultad de adivinar las preferencias del solicitado protector, que el heliotropo gira mirando al sol. Otro compuesto era un cocimiento de diversas adormideras, como el llamado «sal de sobresalto» o «sal de la pesadilla», y que se obtenía de la semilla del melón. Esta pócima obligaba al niño a un sueño inquieto, durante el cual recitaba a Cicerón entero como si en ello le fuese la vida. Se creía que una noche con un sueño así equivalía a doce repasos en vigilia. Repito que pocos prodigios se lograron, y de ellos solamente dos notorios: el citado Cardano y Giulio Campagnola. El padre de Cardano mantuvo en secreto la instilación de la memoria artificial. En 1544, a los quince años de su edad, murió otro precoz famoso, Cechino Bracci, orador, poeta en latina lengua, que se sabía de memoria a Virgilio, Cicerón y varios griegos. Murió tísico, pero antes de morir en una noche quedó calvo, y Trucchi nos informa que más bien lo mató una indigestión de sesos de aves que, cocidos, eran su desayuno, producida en su propia sesera. Los sesos se preparaban con agua griega

neopitagórica, traída a Italia por los huidos bizantinos del turco; este agua se obtenía destilando luz de estrellas propicias, y fijando el licor-luz obtenido con sal marina y polvo de plata. La parte mágica de la opus consistía en añadir al agua neopitagórica una combinación numérica o un dibujo que representase ya la cuadratura de una lúnula o la trisección de un ángulo. Se sabe que el signor Pico della Mirándola se frotaba con este agua la nuca cuando, tras doce horas seguidas de lectura, notaba que comenzaba como a hervirle el interior de su hermosa cabeza. Pico fue también un niño prodigio, pero de otra calidad.

Se sospecha que Pico, para escribir algunas de sus famosas proposiciones, tuvo consulta con el ángel Raziel, del cual la cábala cree que fue quien le reveló a Adán los secretos del mundo. En Bolonia se vendían a escondidas por los boticarios judíos de la familia Costa —antepasados de los Finzi-Contini, de la conocida novela de Bassani—, «letras de Raziel», es decir, letras hebreas tomadas de una carta de Raziel a san Jerónimo, explicándole cómo había adoctrinado a Adán, y cómo interpretar ciertos pasajes del Génesis. Estas «letras», de bizcocho de huevos de lechuza, ayudaban a iluminar a aquel que las tomaba las cuestiones más abstrusas. De un niño prodigio que a los siete años ya había escrito una disertación contra el Dante, al que acusaba de error en hacer hablar toscano a Virgilio, que sólo sabía latín —y de paso demostrando que el *volcare* era una lengua muerta—, el prodigio, llamado Bendo Carruccio, se murió por habérsele atrancado en la garganta un par de letras hebreas, que coincidieron con un regüeldo que hizo aflorar una R latina y una K griega: las dos letras hicieron nudo y, obstruyéndole el gañote al aprendiz de humanista, lo ahogaron.

Me queda por decir que por aplicación de paños calientes en los que se pintaba ciencia astrológica y alquímica, el padre de Cardano y otros padres pasaron a sus hijos, a los ocho y nueve años, estos saberes. También he de decir que algunos de estos precoces, viendo que no llegaban a la cumbre oratoria y retórica, se suicidaron. Lo aseguran Burckhardt y otros. Finalmente, averiguo que la última noticia literaria en España de las «letras de Raziel» está en Torres Villarroel, el Gran Piscator de Salamanca.

FLUMINES ADVERSUS MELANCHOLIA

COMO se sabe, desde Plinio hasta Burton, el autor de la famosa *Anatomía de la melancolía*, se estima que la contemplación de un curso de agua es medicina contra la melancolía contra los *melancholicae vertigines*, «los vértigos de melancolía que perturban los sentidos». Annie Richter ha contado de un doctor Laurentius que recetaba ríos, tramos determinados de ciertos ríos de Inglaterra, Gales y Escocia, a cada enfermo el tramo del río que le parecía adecuado a la calidad de su bilis melancólica. El doctor Laurentius instaló en el jardín de su casa un sistema fluvial completo, con tramos de rápida corriente, otros de lenta marcha, a los que dio nombres de rías verdaderos, y aun de la antigüedad greco-latina. Al río que más lentamente corría, por recuerdo de César en *De bello gallico*, fue llamado Arar «*Flumen est Arar*», se dice en el texto latino del señor de la Ciudad y del Mundo cuando explica que en la confluencia del Saona con el Ródano la corriente se aquieta tanto que no se sabe si las aguas corren hacia aquí o hacia allá. Cada río, en el jardín del doctor Laurentius, estaba separado de los otros por un telón pintado, en el que figuraban montañas, valles, bosques, praderas. Habiendo curado muchos melancólicos, y cumplido setenta años, decidió vender sus ríos, pero, no habiéndose presentado comprador que adquiriera el todo fluvial, vendió los ríos sueltos a diversos médicos. El doctor Muir, de St. Andrew de Edimburgo, realizó numerosas investigaciones, e innovó en la curación, sentando a los melancólicos en sillones con funda de hierba fresca. La funda de hierbas se hacía con un fondo de lino e incrustando entre las hierbas pratenses de la estación plantas medicinales, por ejemplo, la *Angélica Archangelica*, que es buena contra las flatulencias; el *Marrubium vulgare L.* contra los disturbios hepáticos; el *Carum Carvi* o comino, prohibido en las madres lactantes porque se dice que cuaja la leche en el pecho; la malva, la menta piperita, el mirtilo y el *Hyssopus officinalis L.*, cuando está la planta florida, con sus flores axilares de un azul violeta. Con Muir y otros fue desarrollándose la farmacopea fluvial contra la melancolía, averiguándose que a ciertos melancólicos no les hacía falta agua, que lo que curaba era simplemente el rumor del río. Averiguado esto, el doctor Muir reclutó en su Escocia natal un grupo de nueve imitadores de corrientes de agua: del Avon, del Windrush, del Humber, del Trent, del Aire y del Támesis en sus tramos superiores. Los imitadores fueron llamados «rumores», y bien vestidos, lavados cada día, eran despachados a casa de los enfermos, bajo receta:

—*Dp. tramo río Aire, rápidos de Catwood.*

Cualquiera de estos imitadores sonoros de ríos podían permanecer en el rincón de la habitación en que dormía el melancólico, haciendo su oficio, cuatro horas a la mañana y tres a la caída de la tarde y prima noche, que es el momento climatérico de los melancólicos. Destacó entre los «rumores» un enano, el cual podía decir todas las

voces del río Trent, desde su nacimiento hasta su muerte, y era recetado en los casos desesperados.

Los imitadores de la escuela Muir crearon algunos problemas a la farmacopea inglesa, ya que esta exigía el frasco de cristal o de porcelana, indicando con letrero bien visible la naturaleza de lo envasado. Muir mandó fabricar en Chelsea una colección de vasijas antropomorfas, en las cuales mantenía, en las horas de ocio, a los imitadores de ríos. Las vasijas tenían un sumidero para las aguas menores de los *rumores*, y un respiradero en el tapón, que tenía la forma del bonete del boticario flamenco, con un país de la Fuente de Juventia en verde y oro.

A principios del XIX ya se había perdido la ciencia de la utilización de ríos contra la melancolía. Recientemente se ha dicho que dicho método tenía bastante que ver con las curas balnearias, es decir, con la presencia de las aguas salutíferas, el silencio y la tranquilidad de las estaciones balnearias, que curan, aun sin tomar baños ni beber las aguas medicinales. Se sabe que la última vez que fue recetado el enano del doctor Muir, ya ancianito y de lengua barba blanca, lo fue para que, imitando el río en enorme crecida, debido a largas y copiosas lluvias, sobresaltase al hannoveriano Jorge el Loco, el temor a la inundación lo sacase de su modorra, y se decidiese a firmar unas cuantas leyes urgentes y a pedir ginebra en inglés. El enano fue llevado al palacio de Buckingham en su frasco de Chelsea. El esfuerzo por imitar al río salido de madre, produjo su muerte. Fue enterrado en el camposanto de Wakefield, donde tenía familia, sirviéndole de ataúd el frasco de Chelsea.

LA BOTICA DE LA MARQUESA DE BRINVILLIERS

FUE en los días de Luis XIV cuando estalló el que Funk-Brentano, el máximo historiador del asunto, llamó *le árame des poisons*, el drama de los venenos. Y no sólo venenos. Este capítulo podía titularse igualmente *La botica de la Voisin*, una bruja ducha en magia negra, «hacedora de ángeles», como se llamaba a las mujeres dedicadas a prácticas abortivas, que tenían mucho cuidado, eso sí, de bautizar a lo que estaba en su vientre, quizás por medio de una cánula, como aquel comadrón cuya petición a la Sorbona viene en el *Tristram Shandy*, de Sterne. Entre las clientes de la Voisin estaba una amante del rey, aquella a la que podemos decir verdaderamente que era la yegua real madame de Montespan. Temiendo esta perder el amor del rey cristianísimo —o habiéndolo perdido ya—, buscó conservarlo con polvos, elixires y magias, y una de estas fue nada menos que una misa negra en casa de la Voisin, en la que sobre el cuerpo desnudo de la Montespan fue degollado un niño. Un gran magistrado, M. de la Reynie, instruyendo el proceso de la Voisin, llegó a las relaciones de esta con la Montespan, y no vaciló en seguir adelante, haciendo que se advirtiese al rey. Este se horrorizó, le tomó asco a la Montespan, a la que tanto había acariciado y cabalgado, y mandó archivar o destruir los folios que a su antigua favorita se referían. Pero la Voisin fue condenada a muerte, sus pócimas destruidas, y lo curioso es que cuando la llevaban al suplicio, iba tan arrepentida, decía en voz alta cosas tan santas, besaba tanto un crucifijo, que el pueblo de París se emocionó, y muchos la tuvieron por inocente, llorando al verla y oírla, y se hizo rico un grabador que sacó a luz una estampa de la Voisin, gorda, llorosa, con la camisa de los ajusticiados, y que se vendió como pan. Se asegura que cuando quemaron la pequeña alacena en la que tenía sus pócimas, se expandió por doquier un extraño aroma, dulzón, que persistió más de dos días sobre París. Con lo cual, un bando de parisinos dijo que eso probaba la celestialidad, la bondad e inocencia de las medicinas de la Voisin, la cual cargaba con culpas ajenas. Contra este bando salió otro, dirigido por un dominico cojo, quien advirtió que si el perfume susodicho no se percibía alrededor de Notre Dame y de otras iglesias de la capital, que se detenía como a cincuenta varas de ellas, probaba que era perfume de magia negra, que no osaba acercarse a los templos católicos. Pero hablemos de la marquesa de Brinvilliers.

Era bonita, alegre y casó bien, pero no quería estar en el castillo familiar, que amaba la vida de la Corte y las fiestas. Y así quiso tener en su mano todo el dinero de su familia y de la de su marido, decidiendo usar los que entonces se llamaban *poudres de succession*, polvos de herencia, porque eran los usados cuando se quería eliminar a personas a las que se iba a heredar. El que estos polvos hayan tenido un nombre específico prueba que eran de uso corriente. Unos creen que se trata, pura y simplemente, de arsénico, pero otros opinan que de un compuesto de acónito —el *matallops blau*, que dicen en el Pirineo catalán, y *casque de Júpiter* en algunas comarcas francesas—. El *aconitum napellus* estaba en la medicina de entonces, y aún

ahora lo usa Maurice Messegué para reumatismos y neuralgias. El acónito, se lee en los libros que tratan de plantas venenosas, es la más tóxica de Europa, y viene en segundo lugar tras el *aconitum ferox* del Nepal, el veneno vegetal más activo del mundo, como ya dijimos antes, el veneno del Gran Mogol. La marquesa de Brinvilliers lo tendría de algún buhonero alemán, y cariñosa, sonriente, lo usaría en su suegro, en su cuñado, con su marido... La marquesa, cuando veía que el veneno hacía su obra y sus prójimos se encaminaban hacia la tumba, se asustaba, arrepentía y los atiborraba de infusiones de perejil de perro, *aethusa cynapium*, la cicuta menor, que vale contra vértigos. Con lo cual, creyendo curarlos, terminaba por darles el pasaporte, pues el perejil de perro también es mortal, es la *erba aglina* de muchos envenenamientos de la Italia del Cuatrocientos, el perejil de César Borgia. La Brinvilliers, además del arsénico y del acónito, usaba el cólquido o azafrán silvestre, y tenía una caja llena de polvos afrodisíacos, comenzando por el estramonio, *a figueira do inferno* que dicen los portugueses, y terminando por la «harina de Venus», que parece ser que es una mixtura un tanto extravagante de mostaza y huevas de cangrejo de río. El profesor Pariani, de Nápoles, me asegura que la «harina de Venus» todavía se vende secretamente en el *reame*, especialmente en Apulia y Calabria, y que lo daban disuelto en vino de Marsala en las *case chiuse* de Palermo.

Me gustaría contarles paso a paso la vida y la mala muerte de la señora marquesa de Brinvilliers, sus amores y decapitación. Charles Le Brun tomó apunte del natural cuando la marquesa dio su cabeza a la justicia real. Su arsenal era pequeño, pero muy eficaz. Y tiene su importancia el conocerlo, porque era el arsenal de las envenenadoras de Francia en su tiempo, en el tiempo de Luis el Grande.

Ustedes saben que cuando se casó don Enrique IV de Castilla con la portuguesa doña Juana —la madre de la Excelente Señora, que llamamos los gallegos y que insultan los castellanos diciéndole la Beltraneja—, llamó la atención en Valladolid y en Olmedo, en Avila y en Arévalo, que la nueva reina y sus damas, amén de usar grandes escotes, faldas cortadas al flanco hasta las rodillas, mostraban las piernas pintadas con tostado de Venecia, un suave moreno dorado. Ellas decían a los confesores que se las pintaban por temor a las serpientes, que no por coquetería, y solamente con la hierba contraveneno, la *cynanchum vincetoxium*, y que no sabían qué serpientes y víboras había en Castilla, desconocidas en Portugal y sus jardines. Pero la verdad es que se pintaban las piernas con agua de mostaza negra, cálamo aromático de Tartaria, achicoria y polvo de cuerno de macho cabrío para excitar a los hidalgos de Castilla. Ibn Seud usó el *acorus calamus*, el cálamo aromático, como afrodisíaco, hasta el fin de sus días. Se lleva mucho en los harenes de allá, y en Persia. Pues bien, la marquesa de Brinvilliers y las dientas de la Voisin, entre ellas la Montespan, se pintaban las piernas, como si se pusieran medias de Tolosa —«medias de Tolosa que llegan hasta la cosa», que dice el refrán—, con *teinture du vétéran*, que es la receta misma de la portuguesa que vino a casar a Castilla.

La marquesa de Brinvilliers, reina de las envenenadoras, dio su cabeza.

¡Pobrecita! Si hubiese ido pintada con «tintura del veterano», el verdugo, en vez de cortarle la cabeza, la hubiese besado en los gordezuelos labios, loco, hirviéndole la sangre. Como aquel verdugo de Barcelona del que cuenta el arcipreste de Talavera — quien al parecer estuvo presente—, el cual, habiendo ahorcado a una mujer muy hermosa llamada la Argentera, no bien la ahorcó, apasionado, quería usarla, ya muerta, y a la vista del público. Costó trabajo el impedirselo.

LA BOTICA SECRETA DE LOS LIBERTINOS

AL mismo tiempo, en Francia y el Imperio, en París y en Viena, se habló de que debía existir una botica secreta, de la que se surtían los libertinos del XVIII. En París fue madame Du Deffand, —la del salón, la amiga de D’Alembert, la protectora de madame de Lespinasse, la llorona enamorada del español conde de Fuentes, el tísico más tísico de los todos tísicos prerrománticos—; la señorita de Lespinasse le escribió al español docenas de cartas, que han sido publicadas varias veces, y que si no obtuvieron el éxito de las *Cartas de la Portuguesa*, fue porque estas fueron escritas por un hombre. En Viena fue el apotecario imperial Krafken, sorprendido de la excepcional facilidad sexual de ciertos caballeros de la Corte. Krafken suponía que había en Viena recetas italianas, que corrían entre los libertinos vieneses desde que estuvo allí el caballero Casanova. Pero, de pronto, en 1772, el sábado 27 de junio, en Marsella, un caballero de la nobleza provenzal usa productos de la farmacia secreta de los libertinos en una orgía que ha sido muchas veces estudiada, que dio lugar a un proceso judicial y a que el caballero sea condenado a muerte, y decapitado, aunque en efigie, porque ha tenido tiempo de huir. (Ha tenido tiempo de huir, y viaja por Italia con su cuñada, *sa belle-soeur auxyeux defleursfolies*). El caballero es muy conocido, Donatien-Alphonse-François de Sade, marqués de Sacie. Su criado Latour —a quien cuando toma parte en las juergas de su amo este le llama Lafleur— le ha encontrado cuatro muchachas, dos provenzales, una lionesa y otra roverguesa, del país de los mostaceros del papa de Aviñón. La más joven, dieciocho años, y la mayor, veintitrés. Sade va a ensayar con ellas *les bonbons du libertin*. El marqués, *el divino marqués*, durante la que nadie osará llamar juerga, ofrece a las muchachas sus bombones, que son simplemente una mezcla de cantáridas y de anises, que si, al parecer, no han tenido efectos sexuales en las jóvenes, les han hecho daño: vómitos, lumbalgias por nefritis cantarídica, gastritis aguda tóxica en la que menos bombones ingirió, por corrosivo, con signos de irritación urinaria... El marqués no tomó ni uno solo de sus bombones. Fustigó, eso sí, con su *martinet* a las chicas, hasta un número que él había establecido de antemano, en virtud de raros cálculos.

¿Hemos de creer con madame Du Deffand que estos bombones del marqués procedían de la botica secreta de los libertinos? Gilbert Lely cree que no, y que se trataba de una receta campesina para despertar a los somnolientos sexuales, y que lo más probable es que Sade confundiese las dosis, o las aumentase por su cuenta, con el resultado de estropearles el estómago y los riñones a las muchachas. Pero resulta que al mismo tiempo esos bombones circulaban por Italia, y corren en Viena, sin que se produzcan en quienes los toman los daños de los que Sade ofreció a las cuatro chicas de la orgía marsellesa. Pero ¿sólo había bombones?

Por el caballero Castellazzo, agente de los Saboya en Viena, sabemos que había pomada, «la cual se extendía por la frente y la nuca, y así cuando llegaba la mujer que

el varón esperaba, en vez de ver una, veía dos o tres», la misma mujer repetida como en un juego de espejos, y no sabía distinguir, ni al tacto, la verdadera de las otras. Y aún más: se marchaba la damisela terminado el *rendez-vous*, y el libertino continuaba por unas horas, hasta que lo tomaba el sueño, en posesión de las que podemos llamar sus visiones, obedientes a sus pensamientos en caricias y posturas, que, siendo sueños, todas eran posibles. Se trataba, sin duda, de un alucinógeno; pero ¿habría de producir siempre la misma alucinación?

Hubo, sin duda, gente desenfadada, pero se ha exagerado mucho. Sade, aparte la flagelación de Rosa Keller y de *l'affaire* de Marsella, solamente ejerció el papel de orgiástico en sus novelas, en *Justina*, en *Julieta*, en *Las 120 jornadas de Sodoma*. De los años de su vida, pasó treinta en prisión. Néstor Luján comentó que si echamos bien las cuentas de los triunfos venéreos de Casanova, sale a cuatro mujeres por año... Pero, madame Du Deffand, que metía en su cama a monsieur D'Alembert para que leyese las primicias del prólogo de la *Enciclopedia* calentito, y el apotecario Krafken, que fabricaba píldoras para excitar a los archiduques que no fuesen cansinos e ingenuos en el trance, creían que había mixturas secretas. Para Krafken, venían de Persia, o del serrallo del sultán de Constantinopla aquellos terribles afrodisíacos que bastaba dejar caer un poquito de polvo en el hombro redondo de una dama de la nobleza imperial, para que ya no pudiese resistir la invitación al lecho del tentador. Un magistrado del Parlamento de Aix-en-Provence explicó que eran dos los grandes peligros del siglo: los globos de los hermanos Montgolfier y la botica de los libertinos. Con los primeros, ¿qué reino, qué propiedad estarían seguros, habiendo gente que llegaba por el aire? ¿Qué policía podía detener a un criminal que tenía un globo preparado para la huida? Y en lo que toca a las pócimas eróticas, ¿qué virtud estaba segura con el polvo suscitante pérsico impúdico, que invita al desnudismo, o con los bombones del libertino?

LA BOTICA DE MÁS ALLÁ DE TRAPOBANA

CUANDO los pilotos del califa de Bagdad pasaban más allá de Trapobana, se detenían unos días en una isla de ellos sólo conocida, donde había, frente a un pequeño arenal una botica, en una casa redonda como palomar de bravas en las Castillas, y en la que se despachaba por torno, como en convento de clausura. Cerca de la botica había una fuente, que salía el agua muy alegre de entre dos rocas negras, un agua ligera y fresca. Pertenece al mundo mágico de los árabes el hecho de mantener oculto el nombre de la botica, y en cambio el poder dárselo a la fuente y al alto que allí hacían, la Fonda de Ain Iedida, es decir, de la Fuente Fría. La botica estaba a cargo de una anciana, políglota muy singular ya que solamente sabía los idiomas de los vientos, que como es sabido son treinta y dos, como los puntos de la Rosa y ninguno tiene la menor relación con otro, aun dentro del mismo cuadrante: un idioma es indoeuropeo, el otro es ugrofinés, el otro semítico, el sursuroeste camítico, el nordeste chinés, etc., y otros pura invención de los propios vientos, nacidos de sus impulsos violentos, como el mero sur, o de la suavidad de su vuelo, como el norte nordeste, que parece que lo hacen palomas que vuelan lejanas.

Lo primero que hacían los pilotos del califa era lavarse pies y manos, y hacer enjuague de boca, en la fuente fría, y desde allí se trasladaban, uno a uno, por turno de edad a la botica, y se ponían junto a la mirilla que había a la izquierda del torno. Tosían y la boticaria gritaba desde dentro:

—¿Quién va?

—¡Abdul Hamid ibn Sinbad al Basrí!

Aunque el piloto era sobrino de Sinbad, se ponía en la declaración de su nombre como hijo, ibn Sinbad, por hacerse conocido en aquellos mares.

Esta botica era muy rica en aceites contra las enfermedades de la piel, aceites vegetales que se despachaban dentro de un coco sabiamente vaciado y bien cerrado con cera colmenera de la India. Generalmente, como ha subrayado un erudito de los viajes arábigos por el Índico y más allá, los aceites eran extraídos de plantas y de árboles que no hay, o que hoy nos son desconocidas. El aceite más caro y eficaz contra todas las tiñas, especialmente las interdigitales de los pies, parece ser que procedían de los cañotos de las plumas de un ave llamada babasrí o madre del secreto, que si existe, es como gaviota, del tamaño de la *larus minuta*, aunque de color verde esmeralda. La boticaria salía dos veces al año a cazarla con red, y luego la cebaba en la rebotica con anises, papas de arroz y bolitas de miel. Con esta ceba le engordaban especialmente a la babasrí las cañas de las plumas del buche, que era de las que luego se destilaba el famoso aceite. Dos eran las grandes dolencias de los pilotos: una la tiña —y ya dije que especialmente la interdigital de los pies—, y otra la impotencia, nacida de las largas estancias en el mar, conocida como la impotencia de la sal, o salinera. Impotencia que también, en sus grandes días de la mar, sufrieron los vikingos, según se sabe por las sagas, los cuales, no queriendo quedar mal con sus

mujeres, al regresar a Islandia o a Noruega, se metían durante una semana en un saco lleno de flor de tojo, de *ulex eumpeus*, bien seca, la cual absorbía la humedad salina del cuerpo, y especialmente de las partes, lo que hacía que al salir de semana, los guerreros se encontrasen viriles y cumpliesen con las obligaciones conyugales. La tiña, pues, curada con el aceite de la babasrí, ponía limpios a los pilotos en las islas de Especiería, y parece que en Basora y en los otros puertos arábigos, antes de que se comenzase a desembarcar de una nave los sacos de clavo, de canela, de pimienta, pasaban los pilotos reconocimiento médico por Avicena, y si le hallasen tiña, su mercancía salía a la subasta depreciada, ya que se admitía que un mes después las especies del tiñoso comenzaban a perder perfume y virtudes en la cocina, y aun se creyó que contagiaban la tiña.

La impotencia de la sal era curada con vientos secos. El piloto se subía a un poyo de piedra blanca que estaba ante el torno y quedaba con los genitales frente a este. Entonces la boticaria llamaba en su lengua al viento más seco que conocía, que era el nornoroeste, y este venía, y la sabia dirigía sesenta ráfagas en dirección a testículos y pene, los que dejaba literalmente secos y como sarmentosos, y ya el piloto en la mar, la humedad salada le iba entrando poco a poco en ellos, resucitándolos, pero cuando comenzaba ya a ser nociva, ya estaba el piloto en el puerto natal, y corría como galgo a festejar a sus mujeres. Cuando el viento, por hallarse ocupado en alguna tempestad o en tierra firme, no podía acudir a la botica de más allá de Trapobana, la boticaria tenía en reserva, en grandes botellas, ráfagas del susodicho viento.

La leche de sirena usada por los galanes de las ciudades del Califato para tener hermosos sueños sexuales, procedía de esta botica, pero era traída en una nave que hacía especialmente un viaje para ello. Los dichos sueños de amor, con gran despilfarro de sexo, tenían la virtud de que el mozo, imaginando durante una serie de ellos que su *partenaire* era una mujer determinada, esta, las más de las veces, pasaba a tener los mismos sueños con el galán soñador amante, presente, y en ablativo — con, de, ante, por, sobre, si, tras...—. La leche de sirena índica o moluqueña llegó hasta Córdoba, con gran repugnancia de los continentes del amor udrí, y con alegría de los señoritos, que con tal medicina lograba sonsacar de los harenes bellas casadas y cariñosas concubinas. Lo de que la leche de sirena, amén de regalar esos sueños amorosos y aun con caricias insólitas, concediese una especie de invisibilidad que permitía pasar por delante de los eunucos sin que estos se enterasen, a los mozos que iban furtivos a la cama de la odalisca —hay que decir estas cosas con cierta retórica—, parece invención, pero sin duda relacionada con aquellas historias arábigas en las que el que cree hacerse invisible, se hace, o mejor dicho, obliga a comportarse a los que lo ven como si no lo viesen, como si fuese invisible. Leche de sirena se bebió también en Escocia, aunque procedente de los mares próximos y no de la botica de Trapobana, y María Estuardo fue acusada en coplas de haberla bebido, y de que aquellos desayunos le viniesen sus desordenados apetitos amorosos.

LA BOTICA DE LOS ANTIPAPAS

GRANDES eruditos e investigadores que sería ocioso citar aquí, y a cuya actividad ha dedicado Juan Perucho un libro titulado *La servidumbre de cámara de los antipapas*, han llegado a la conclusión de que hubo lo que puede llamarse la botica de los antipapas, botica de cuya existencia no parece haber duda hasta, por lo menos, la muerte en 1447 de Gil Sancho Muñoz, el último antipapa de Occidente, enterrado en la catedral de Palma de Mallorca y sobre cuyo sepulcro cuelga de la bóveda gótica su capelo cardenalicio. Esta botica secreta no entraba en funciones más que cuando había cisma en la Iglesia, y por lo tanto, antipapa, bien que es posible que estuviese abierta durante el Cautiverio de Aviñón, aunque fuese solamente su sala de venenos y antidotos, a los que ya nos hemos referido tratando de la botica de la condesa Mahaut d'Artois, en los días de los últimos Capetas. El boticario, seguramente romano de nación, acaso judío de raza, se mantenía en secreto —se ha supuesto que ejerciendo en Nápoles y más tarde en Venecia y París—, y transmitiendo su saber a un discípulo elegido con el mayor cuidado. Cuando surgía antipapa, allá corría el boticario misterioso con sus baúles cerrados, que encerraban toda la farmacopea y se establecía en la recámara papal. Una cuestión que no ha sido hasta hoy bien explicada es la de cómo el papa cismático acogía sin vacilación al boticario secreto, y a la media hora de haber este abierto su oficina, ya empezaba el papa del Cisma a tomar sus pócimas. Alguien ha llegado a la conclusión de que el boticario secreto tenía una especie de profecías de san Malaquías, que daba la lista de los antipapas como el gaélico Malaquías da los papas, y sabiendo que llegaba el suyo de turno, entraba en acción el boticario susodicho. Y que el antipapa se hacía tal porque el boticario le comunicaba que le había llegado su ocasión. Se supone que por carta, en cuyos pliegues iba el llamado *polvo de la certeza*, el cual, aspirado por un humano, le hacía creer en la veracidad absoluta de sus ambiciosos sueños. Un mago de Toledo lo usó para las ambiciones de un deán de Santiago, al que hizo creer que verdaderamente llegaba a papa, como nos cuenta, entre otros el infante de Castilla don Juan Manuel.

Esencialmente la botica de los antipapas estaba abastecida de pócimas de la dialéctica, venenos y antidotos, y tintas de secreto y licores para sueños de bulto. Las pócimas de la dialéctica eran necesarias para quien habiendo tomado una opinión diversa o heterodoxa, jurídica o teológica, tenía que defenderla con agudos y sutiles argumentos. En primer lugar, concedían una elocución rápida, como se prueba con el propio papa Luna, Benedicto XIII, y con ella el uso de palabras nuevas, que desconcertaban al opositor. En segundo lugar, hacían visibles, para los oyentes que no eran latinos, los argumentos del antipapa contra el papa, visibles como objetos luminosos que aparecían montados al aire, en la sala en la que se polemizaba. Parece ser que la visibilidad de los argumentos es bizantina, y la pócima que la consigue procede de la botica del Patriarca de Constantinopla, y de otras boticas de los herejes

de allá, y así se explica cómo gente baja y campesina podía transformarse de la mañana a la tarde en monofisita o monotelita o iconoclasta: porque veía palpablemente los argumentos del hereje, como *cornic* en la pantalla, o en plana de periódico. Había además otras pócimas de la dialéctica, como la fulgurante, en virtud de la cual el aliento del antipapa o de sus nuncios se hacía como ventolera al salir de sus bocas, y dispersaba, literalmente dispersaba como el viento las hojas secas, las palabras del contrincante.

En cada situación cismática aparecieron en Occidente nuevos venenos, a los que eran debidas las muertes extrañas que se sucedían en los círculos papales y antipapales. Uno de ellos, en cuya composición entraba el acónito nepalino junto al llamado *crystal del arco-iris*, actuaba como sigue: en el estudio del antipapa se colgaba de un hilo muy fino una bolita minúscula hecha con el veneno en polvo, y si el antipapa tenía sospechas de alguno de sus cardenales y consultores, de que se estaba pasando al papa legítimo, o que él mismo quería hacerse antipapa, lo sentaba próximo a la bolita, de modo que el sudor de esta, al darle sol, sudor que se vaporizaba, pasaba a la cabeza del presunto traidor, al cual le entraban vértigos y en menos de un cuarto de hora moría retorciéndose y declarando lo que llevaba en el corazón. Si el tipo era culpable de traición, al hoyo. Si no lo era, y todo habían sido falsas sospechas, el antipapa lloraba, le hacía solemnes funerales, daba dinero a la familia y anunciaba que al tal lo tenía *in pectore* como sucesor.

Había muchas tintas de secreto que usaban para las cartas reservadas los secretarios del antipapa, tanto los de cartas latinas como los de cartas griegas; tintas invisibles, que hacían invisible no sólo lo escrito, sino también la pluma que escribía, y aun el escriba, el cual permanecía invisible durante todo el tiempo que la carta tardaba en llegar a su destinatario y en recibirse respuesta. Cuando la carta llegaba al destinatario, solamente se hacían visibles las palabras escritas con la tinta de que hablamos, si aquel juraba solemnemente guardar secreto.

Finalmente, con polvo del cuerno del unicornio, *aqua fénix* —que es aquella agua de algunas fuentes misteriosas de Asia, que vertida sobre el fuego, no solamente no apaga este, ni se evapora, sino que se vuelve llama con mucha humareda, la cual humareda al enfriarse en el aire se vuelve a convertir en agua, que al caer como lluvia, puede ser recogida en vasos, y es potable y fresca—, y la llamada *tertulia de humores*, en la que entra el semen del camello y del ratón campestre, se fabricaba en la botica antipapalista el licor, o los licores, de los llamados *sueños de bulto*, que son aquellos que el soñador ve, pero además toca con las manos, en las que queda polvo o huella de color de lo tocado en sueños. Soñaba uno al que compraban con la púrpura que le imponían el capelo, pese a que aún estaba muy fresco el ahilado de oro de las borlas; pero la ceremonia urgía, y al despertar tenía en las manos polvillo de oro del borlado, con el cual daba por hecho y cierto su ascenso, y se pasaba al enemigo.

Estos años había en Francia un antipapa llamado Clemente, pero su propia antipapalía era falsa, fraude de loco, delirio, y así no tuvo botica secreta. Que si

hubiese sido antipapa verdadero, la hubiese tenido.

LA BOTICA DE LOS RABINOS DE JERUSALÉN

PARECE ser que de la Ghemara, comentario o segunda parte del Berachot o Talmud de Babilonia —comenzado en el siglo v por el rabino Asser y terminado en el vi—, fue misteriosamente robada o destruida una pequeña parte, en la que se trataba de la botica de los rabinos de Jerusalén, y que se refería, en primer lugar, a los purgantes que los intérpretes de sueños habían de tomar en luna nueva, y, en segundo lugar, a los alimentos que habían de ser suministrados a los seres, en forma humana o animal, creados de lodo o arcilla por los grandes sabios hebreos. Este antropomorfo o bestia se llama *golem*. En último lugar, venía en la botica rabínica de Jerusalén un ojo de boticario, en el cual, en frasquitos, estaban poderosos *espíritus*, ya destilados de plantas raras, y las más de las veces de las letras de las palabras con las que se las denominaba. Se podía destilar el *espíritu* de una planta que ya hacía siglos que nadie encontraba, ni salvaje ni cultivada, porque se destilaba el nombre de la planta, letra por letra. Que esto no lo hayan logrado ciertos alquímicos cabalistas cristianos parece que haya de explicarse por el hecho de que estos, destilando el nombre de la planta *maa'beth*, empezaban por la letra m inicial, cuando la palabra la escribe el rabino de derecha a izquierda, pero destila de izquierda a derecha, es decir, *hteb'aam*. ¡Graves problemas de los alfabetos! Esos *espíritus* eran usados, los más de ellos, para curar enfermedades de los ojos y de los oídos, para que respetables ancianas pudiesen engendrar hijos, como la madre de Isaac, y para conseguir la benevolencia de los ricos. También había medicina para producir el insomnio. Ha sido Franz Werfel quien ha subrayado que si otros pueblos aspiran a poseer somníferos, los hebreos desean el insomnífero, las gotas o las píldoras que los mantienen insomnes durante largas temporadas. Lo más de lo que los judíos hacen por el mundo adelante —y piensan— es producto del insomnio heredado de sus antepasados, quienes lo habían logrado de la botica rabínica de Jerusalén. Y Franz Werfel lo sabía, puesto que él mismo era judío.

La ciencia de los purgantes de los intérpretes de sueños^[19] consistía en suministrárselos por el boticario soplando en la nariz del intérprete, el cual los aspiraba. El boticario hacía con su boca —llena del purgante en una solución a la vez aérea y acuosa de la que nada se sabe—, de aerosol. El purgante era muy eficaz, y los excrementos salían perfumados. Tanto que si alguien que iba por un camino había de pasar cerca de la depuesta de un intérprete, lo notaba antes por el olfato que por la vista, y respetuosamente buscaba unas hierbecillas o unas hojas y las echaba encima. Y algunos paseantes se situaban a barlovento de los excrementos y se dejaban impregnar por su aroma, lo cual era muy bueno para la cura de urticarias y pruritos.

La alimentación del *golem* excluía la carne, y siendo de lodo o arcilla fabricado su cuerpo, cada plato llevaba una cierta cantidad de eso mismo; por otra parte, si se le servía ensalada de berros, por ejemplo, había que dejar que esta criase moho. Los

rabinos mantuvieron en secreto los menús del *golem*, y no sabemos, cuando en el siglo XVI, en Praga, fue fabricado un *golem* por un sabio de allá —y según el famoso poema de Borges le enseñó a barrer la sinagoga—, qué era lo que el creador le daba de comer. Alguien ha sugerido que sopa de remolacha, enmohecida, claro, y pan relleno de sal, fermentado.

Cuando fue creado el *golem* llamado Behemoth, que es, según unos autores, una figura como buey y, según otros, como elefante, los sabios de Israel lo escondieron dentro de una colina, donde permanece dormido en espera del Juicio Final.

Ese día, los rabinos que alcancen la gloria de la Suprema Justicia, lo comerán asado, en un banquete al que convidarán a todos los humildes de la tierra.

LA BOTICA DE HAMA LA MELODIOSA

FUE en Hama de Siria donde, al parecer, se inventó esa práctica medicinal que consiste en curar catarros, enfermedades del pecho y los diversos vértigos poniendo al enfermo en un columpio, y columpiándolo, ya sobre arena, ya sobre campo de hierbas de olor o medicinales, ya sobre agua, según la dolencia que hubiese de ser curada. Tenemos testimonios fehacientes, desde el siglo xv hasta nuestros días. Cuando por los años diez de este siglo comenzó la emigración siria y libanesa a América del Sur, especialmente a la República Argentina y al Brasil, las mujeres que emigraban, antes de tomar el barco, italiano o alemán, viajaban a Hama si tenían posibles a columpiarse sobre agua, con lo cual, ya embarcadas, calzaban el Océano sin marearse, mientras que se mareaban todas aquellas maronitas que no se habían columpiado en Hama la melodiosa, así llamada por la música de las fuentes en los patios de las casas. En Hama vivió aquella inglesa de sorprendente vida, lady Stanhope, amante de un héroe de las guerras napoleónicas, sir John Moore, muerto en La Coruña de las heridas recibidas en la batalla de Elviña. (A veces, el fantasma de lady Stanhope, una neblina blancuzca, se acerca, en el jardín de San Carlos de la ciudad gallega, al sepulcro de aquel a quien tanto amó. A causa de esto se ha sugerido que el Ayuntamiento coruñés coloque un letrero prohibiendo pisar la niebla que vaga alrededor del mausoleo de sir John). Pues lady Stanhope, cuando soñaba que regresaba desde Siria y el Líbano a Inglaterra, sólo con soñar el viaje marítimo se mareaba y vomitaba el desayuno de leche de cabra e higos en almíbar, y así, cuando sentía que le venía la nostalgia de la patria lejana —y lo notaba por sofocos y sudor—, iba a la botica más famosa de Hama a columpiarse sobre agua, primero, para quitarse el mareo aquel y, luego, sobre nueve rosales, cada uno con rosas diferentes, para reavivar los recuerdos amorosos. Que esta era otra de las virtudes de los columpios de las boticas de Hama. Dos que se habían querido y se habían separado, y no se habían vuelto a ver, se encontraban columpiándose, uno en una dirección y otro en otra, sobre campo de hierbas de olor o de rosas, les volvía el amor antiguo, con olvido de todo lo que los había separado. Y era una nueva primavera, con más besos que pájaros.

Las boticas de Hama, además del arte del columpio, muy complejo, puesto que el boticario columpiador tenía que medir, según las dolencias, los impulsos y vuelos, y buscar el suelo adecuado sobre el que se columpiaba el doliente, acostumbraban a tener un iraní entre los botes, para el que se buscaba un asiento de rejilla y tenía siempre al alcance de su mano una gran copa llena de agua. Estos iraníes de las boticas de Hama eran todos ellos ciegos, a causa de un sacrificio ritual. La ceguera, que se hacía con un hierro en forma de serpiente al rojo vivo, era, por así decir, como la sustitución de la muerte: cegar equivalía a matar. Casi todos estos ciegos eran soñadores, y por un arte que se nos escapa, capaces de vender a otros sus sueños, y

era para esto para que los tenían entre sus pócimas los boticarios de Hama. Lady Stanhope misma compró dos o tres sueños a uno de estos persas, y los usaba a voluntad. Las farmacias de Hama se especializaron, y había la que tenía un soñador joven, otra tenía un adulto, otra un anciano, y así cada comprador adquiría el sueño que quería. Eran, en general, sueños amorosos y sentimentales, pero había quien compraba sueños de dinero, poder y gloria, como Abdullah, el rey hachemita del Jordán, ya en nuestros días, quien compró el llamado «sueño del malik vestido de seda», y lo consideró cumplido cuando, vestido de chaqué y con guantes de cabritilla en una mano y en la otra reluciente chistera, fue elegido vicepresidente del Parlamento turco. Durante años, Abdullah soñó que era malik, es decir, rey, pero se contentaba con la vicepresidencia otomana. «Los sueños se apoderaban del soñador —dijeron los hermanos Tharaud— y eran como opio o como masturbarse».

Las boticas de Hama eran ricas en aguas de los pozos del desierto, que ya se sabe que todas ellas son diferentes, y hierbas armenias y kurdas contra la epilepsia, la tartamudez y la sordera llamada de la araña. Probablemente parte de los métodos de curación de la sordera proceden de la ciencia médica china, conocida en el Oriente más cercano a través de las caravanas que acudían, por la ruta de la seda, a la feria de Samarcanda y al zoco de Damasco. En las boticas de Hama se vendía un paño de color verde, muy piloso, que era el utilizado para dejar expedito un oído. Ciertas sorderas son producidas porque dentro del oído se introduce una araña, la cual teje allí su tela de invierno, esperando alguna mosca friolera. Para expulsar a la araña, que impide oír, se pone sobre el hombro del sordo el dicho paño verde, y el boticario, en un tambor especial hecho el parche de piel de cordero nonnato, hace un redoble imitando el trueno de las tormentas de abril. Entonces la araña cree que ha llegado la primavera, se asoma, ve el campo verde, se confirma en su suposición y abandona el oído, dejándolo expedito para todos los sonidos. El boticario coge la araña con una pinza y la mata echándola en agua hirviendo. Siempre pensé que si yo hubiese enfermado de melancolía, acudiría a Hama la melodiosa, a columpiarme en un patio con una fuente en la que a mediodía beberían pájaros cantores. A columpiarme sobre los rosales.

LA BOTICA DE LOS JÁZAROS

UN día se le ocurrió a los judíos hacer proselitismo entre los jázaros que habitaban en el borde del mar Negro, entre los ríos Dniéper y Dniéster. Y los jázaros se convirtieron al mosaísmo y circuncidaron, y durante unos doscientos años tuvieron reyes que se llamaron David y Salomón, Jacob y Josué. Este reino de los jázaros ha sido muy estudiado en los últimos tiempos, y se ha hablado de su afición a la menta piperita que lentas caravanas llevaban por los caminos de Ucrania y de la Rusia Blanca hasta las grandes ferias de Nijni Novgorod y las bálticas y hanseáticas de Riga, Memel, Tilsit y Lubeca. La menta tenía una gran importancia en la cocina de los jázaros —la famosa sopa de pichón con menta para las paridas, que llegó a figurar en la lista de platos mayores de la cocina imperial—, y también en su farmacopea. Se desarrolló una técnica muy compleja, una especie de acupuntura, que consistía en hacer un pequeño corte en un lugar determinado del cuerpo, según dolencia, introduciendo bajo la piel, como quien hace injerto de escudete, una hoja de menta. La hojilla de menta introducida en el mentón, no sólo quitaba el dolor de muelas y dientes, sino que impedía la caries. La misma hoja introducida en el lóbulo auricular, suprimía el dolor de cabeza y mantenía la mente despierta. Introducida en las nalgas de las mujeres, las hacía fecundas, y junto al ombligo curaba del mal de hígado y de todas las dolencias del vientre. Ítem más, introducida la menta en el talón, hacía que el hombre que salía de viaje y pasaba meses en el extranjero, tuviese todos los días una hora en la que soñaba que regresaba al hogar. Alguien ha asegurado que Rasputín utilizó el injerto de menta con el hemofílico *zarevitch* Alexis, y que algunas temporadas en que el heredero de Rusia pareció recobrar la salud fue debido a esto. Los jázaros no solamente utilizaban la menta en infusión, sino que también la destilaban, haciendo licores somníferos y otros carminativos, y secretamente otros afrodisíacos, además de preparar baños de menta, en los que los guerreros sudaban copiosamente. Así todo el reino de los jázaros olía a menta.

La menta, seca, en las boticas jázaras, estaba guardada en sacos de piel de zorro por cosechas, como los vinos de Burdeos en sus toneles, y se despachaba del año ochocientos para los enfermos de erisipela, y del año ochocientos siete para los que padecían de lobanillos o de quartana. Había expertos que distinguían la menta de un año de la de otro, como hay catadores que distinguen un chateau-mouton-rothschild 1911 de un chateau-aussonne 1917. Se sabe que la menta jázara, por medio de los hanseáticos, llegó a venderse en las ferias de Medina del Campo, y precisamente como medicina. Si se anunciaba peste bubónica, era bueno el andar chupando hojillas secas de menta, o frotarse con ellas los sobacos y las ingles. Don Bernal Díaz del Castillo, el que escribió la *Verdadera relación de la conquista de la Nueva España*, bubónico, bajaba a la botica que abría sus puertas en el campo de Medina, bajo los soportales de su casa, a que lo curase el boticario con la menta venida de las colinas jázaras. Como todavía hay en el campo de Medina, en la casa que fue de Bernal Díaz,

o en la vecina, botica, siempre que paso por allí me apetece el entrar en ella, y preguntarle respetuosamente al boticario si no le quedará entre las plantas medicinales un saquito de piel de zorra con un resto de hojas de menta piperita ya muertas del todo, y sin aroma, por los siglos infatigables que pasan y pasan. Quizás, si esa menta la hubiese, resucitase al escuchar que alguien la demandaba, y se volviese verde como en el verano de los campos jázaros, y resucitase fresco aroma en la sombra de la rebotica.

LA CURACIÓN POR LA PELUQUERÍA

FUE León Frobenius quien se refirió a la botica de Tombuctú, cuyo boticario era de la familia real de los *kambe-bezé*, que se decían parientes del rey de Portugal porque una de sus mujeres había quedado embarazada una vez de un mercader lusitano, allá a principios del siglo XVI, y tuvo tres retoños del mismo vientre, lo que nunca había sucedido entre los fan, subdivisión *kambe-bezé*, tribu siempre muy reducida porque las más de las esposas salían estériles, o como diría en su lengua portuguesa, y decimos los gallegos en la nuestra, *morondas*. Cada uno de los tres críos fue hecho rey de una provincia, y parece que aún hoy siguen existiendo las tres dinastías *kambe-portuguesas*. Como es sabido, la legitimidad de los tres reyes *kambe-bezé* se prueba porque desde el portugués se conservan en pequeñas ánforas de barro rojo los cordones umbilicales de todos los antepasados reales, y cuando hay lo que llamaremos coronación, pasan ante el nuevo rey los cabezas de familia, llevando las ánforas con los cordones de los reyes antiguos. Pues bien, en dicha botica existían, o existen todavía, doce cabezas de madera, imitando las humanas, en las cuales el boticario colocaba trozos de pelo, ya en la testa, ya en la barba, para que le sirviese de modelo en el corte y afeitado que iba a hacer en el paciente que se presentaba a pedir medicina, y según dolencia. Y así entre los *kambe-bezé* solía —o suele— hallarse a gentes cuya cabeza bien afeitada mostraba un mechón en la nuca, en un temporal o cayéndole sobre el frontal, afeitado media mejilla o la otra pilosa, o solamente piloso el mentón, o afeitado, etc. Y tal peluquería pertenecía a una medicación de muy estricta observancia: un corte de pelo o un afeitado correcto curaba determinada enfermedad. Probablemente, supone Frobenius, tal medicina procede del Sudán oriental, y al Sudán habrá llegado de Egipto en tiempos muy remotos, ya que los egipcios tenían prácticas medicinales que exigían determinado afeitado o corte de pelo, y un cráneo mondo y lirondo siempre fue considerado allá como conveniente para una buena salud. Aun en tiempos de Herodoto, en un campo de batalla en una guerra entre sirios y egipcios, esparcidos por el suelo los esqueletos de los muertos, el viajero distinguía el cráneo del nilota que vivió sin pelo, con la piel craneal al sol, del cráneo del sirio, peludo y encima empelucado. El cráneo del egipcio era duro, casi pétreo, mientras que el del sirio se deshacía bajo la presión del pulgar del curioso.

Los *kambe-bezé* poseyeron secreta una ciencia médica que le envidiaban los pueblos vecinos, y era tal que lograba conservar la vida de un moribundo durante un cierto espacio de tiempo, el necesario para que regresase a la aldea el hijo y heredero que estaba fuera, de caza o de guerra, por ejemplo, o a que diese a luz su mujer, o a que hubiese en el cielo luna nueva, cosa conveniente para su viaje de ultratumba, que duraba una luna, precisamente. Los antropólogos han descubierto que tal medicina, retardataria de la muerte, consistía en extraer de los oídos del agonizante con una minúscula cucharilla de ébano, todo el ceramen que se pudiese, y con la cera extraída

se hacía una velilla, siendo el pabilo de pelo trenzado del pubis de la madre más anciana de la tribu. El moribundo viviría tantos días como veces al atardecer fuese posible encender la velita. Se encendía, y apagaba inmediatamente por el médico mago, buscando siempre hacerla durar. Estas extrañas y pequeñas velas, cuyo origen se ignoraba, fueron vendidas en Lisboa por los lusitanos de las *grandes descubiertas*, y aún usadas en la botica real de los de Aviz.

LA BOTICA DE SAN RONÁN

DISCUTEN los bretones si fue primero la botica de san Ronán o la de san Corentín. El problema es importante, porque si Ronán antecedió a Corentín, se trataba de ciervo y no de salmón el animal con cuyo contacto se curaba en Bretaña la epilepsia. Hay sus dos credos con sus dos papas, por decirlo a la manera de Valle-Inclán. La epilepsia se extendió por Bretaña poco después de la llegada en los siglos iv o v de nuestra era de los gaélicos insulares, de los bretones huidos del suroeste de Inglaterra, ya a causa de las depredaciones de los sajones, ya de piratas irlandeses, es decir, de piratas de la propia raza y lengua de los huidos. Se atribuyó la epilepsia al terror, y algunos estimaron que era dolencia contagiosa, y que para librarse de ella era necesario vivir en el campo durante seis lunas, ayunando y teniendo constantemente una lámpara encendida, a los pies si se estaba quieto, o portándola, si se caminaba. Había lugares en los que la curación era completa, y eran señalados con una estaca o una piedra. Rentas muy antiguas, por ejemplo, de la familia Chateaubriand de Combourg, procedían del permiso de establecerse alguien en sus tierras, haciendo la cura de la epilepsia. La cuestión de la curación de la epilepsia ha sido muy estudiada por los eruditos bretones. El enfermo, que vestía durante el período de curación una camisa de estopa, terminado aquel, enterraba la camisa no menos de dos cuartas bajo tierra. Pues bien, enterradas en una extensión de una legua cuadrada suponemos que una docena o dos de camisas de epilépticos, en las que de algún modo se conservaban restos de la enfermedad acontecía que al amanecer de un día cualquiera la tierra temblaba, y no era terremoto, sino las camisas que llamaremos epilépticas.

Volviendo a san Ronán, este santo fundador y obispo tenía un ciervo doméstico, en el que cabalgaba cuando hacía visita pastoral. El ciervo era albino de los cuartos traseros, mientras que de lomo y parte anterior era de capa normal en cérvidos. Cuando san Ronán llegaba a una aldea en su ciervo, le traían los epilépticos, quienes montaban en la cabalgadura del obispo y daban jinetes en ella seis vueltas alrededor de la iglesia, quedando los más curados. San Corentín, obispo de Quimper —donde la catedral le está dedicada—, tenía parte de su diócesis submarina, a la que visitaba a lomos de un gran salmón llamado Claodes Pelagius, el primer nombre por su tribu céltica y el segundo en memoria del mártir Pelagius, Pelayo, Payo que decimos los gallegos. Como, en la imaginación piadosa de los bretones, no podía ser menos Corentín que Ronán, se dijo que el obispo de Quimper prestaba su salmón a sus diocesanos submarinos, los cuales cabalgaban en él, como los diocesanos de Ronán en el ciervo, y quedaban curados. Lo de Corentín parece tener más mérito, porque supone la conversión de los salmones al cristianismo, la existencia de población cristiana bajo las aguas, y si un epiléptico de la ribera entraba al agua y montaba el salmón, prodigio era que no se ahogase.

Arguyen algunos estudiosos que pudo haber a la vez ciervo y salmón, aunque

luego san Ronán fuese conocido como boticario, especialista en aumentar la capacidad de visión de los cazadores, lo que permitía ver una perdiz en el brezal a cinco leguas mediante el paso ante los ojos del que quería la larga vista de una piedra preciosa, quizá una espinela, que san Ronán había encontrado dentro de una galleta con la que le convidó un ángel que encontró en una colina recogiendo arándanos. Ronán viajaba siempre con una bolsa llena de polvo del sauce de oro, o *salix aureus invisibilis*, árbol no visible de cierto lugar de las orillas del río Aulne. Este polvo, esparcido sobre las heridas de hierro, las curaba, y además quitaba las verrugas y evitaba, usado en niños, la llamada tartamudez de oído, a la que parecen deberse ciertas formas extrañas del léxico céltico bretón. Según el tartamudo propio prende en la lengua, como por llano decimos, el tartaja de oído prende de este, entrándole las palabras por los auriculares a golpes, como si el que le estuviese hablando fuese tartamudo, aunque su elocución era normal. El hablante decía *aramored*, y el oyente escuchaba *aaa-ra-mmo-reed*. Finalmente, san Ronán era muy solicitado para curar con sus polvos las varices, pero además el santo ayudaba a las virtudes del polvo del sauce de oro llevando la mujer varicosa junto al árbol, al que abrazaba durante toda una noche con sus piernas desnudas. A la mañana, las varices de la mujer habían pasado al árbol en forma de hiedra. Se asegura que la propia duquesa Ana, la cual calzaba zuecos y llegó a reina de Francia porque llevaba Bretaña de dote, se curó así de sus varices de la pierna izquierda, y hubo que darle mucha protección, porque siendo quien era, no fuera algún genio del río a aprovecharse de que estaba abrazada a un olmo con las piernas desnudas, para meterse en el árbol y en Su Alteza Serenísima. Sin embargo, hay nacionalistas bretones que dicen que hubiese sido preferible que el genio empreñase a la duquesa, y así saliese de esta un nobilísimo retoño, raíz de nueva y gloriosa dinastía, a la vez mágica y bretona, que reinaría *per saecula saeculorum* en Bretaña independiente.

De vez en cuando se corre por Bretaña que un curandero ha visto el sauce de oro y le ha quitado el polvo, y entonces los boticarios bretones lo buscan, intentando llevarlo a su oficina. El que lo consigue, trata con él el polvo del sauce, y se lo paga bien, comprometiéndose el curandero en no volver a ver el sauce invisible en siete años, que es lo que tardará el boticario en deshacerse de sus existencias. El polvo es negro, de olor almizclado, y se toma disuelto en agua de la fuente más lejana a la casa del doliente. Esta lejanía máxima se cuenta por la distancia que recorre un hombre durante veinticuatro horas.

LOS MELOCOTONES DE LA LONGEVIDAD

SE trata de la botica oculta de una nunca nombrada montaña de China, en la cual, tras paciente examen que el boticario bacía del cliente, se le despachaban a este los melocotones de la longevidad. El examen era más moral e intelectual que físico: no se le despachaban los melocotones de la longevidad a las mujeres ni a los menores de cuarenta y ocho años. En el examen, quienes más éxito obtenían eran los espíritus humildes y por entero desilusionados, desapegados de los triunfos y de la fortuna, gentes vagabundas y eruditas, capaces de pasarse la vida estudiando el crisantemo de ocho hojas, el canto de la perdiz, los movimientos del pescador de carpas o el vuelo de la cometa. Alguna vez sorprendió a los sabios de la antigua China que los melocotones de la longevidad fuesen vendidos a un pobre borracho, como aquel que en la poesía china es conocido como el señor Cinco Sauces. ¡Borrachos alegres, pero delicados, que aguantaban el regüeldo para no molestar a las peonías del jardín!

Un poeta que vivió cien años —y del que se sospecha comió los melocotones de la longevidad—, llamado Tao Yuanming, y que floreció en el tiempo de las Seis Dinastías, escribió un retrato del sabio vagabundo Cinco Sauces, que los sabios chinos consideran que es una obra maestra. Dice así:

—Nadie sabe dónde nació Cinco Sauces, ni su nombre, Cinco sauces crecen al lado de su casa; ved de dónde le viene el apodo. No le importan dineros ni faina. Apetece leer libros nuevos, pero no se mete en filosofías. Cuando encuentra una frase de mérito, se entusiasma y se olvida de comer. Le gusta el vino, pero como es pobre no puede comprarlo. Los parientes y amigos le invitan a beber una jarra; bebe todo lo que le echen, se emborracha y se va, y le es lo mismo caer aquí que un poco más allá. Las paredes de su casa están llenas de agujeros, y no lo defienden ni del viento ni del sol. Usa casaca corta de lino, sembrada de remiendos y remontes, y pocas veces el arroz calienta su plato. No le importa: se pone a escribir, se divierte imaginando, soñando despierto, y olvida el mundanal mido, los triunfos, las derrotas. Y cuando su tiempo le llega, Cinco Sauces muere.

Tarda en morir, pues ha viajado a la montaña, donde en su cabaña de bambúes, el boticario de la barba verde vende los melocotones de la longevidad.

Más lejos todavía, en unas montañas cuyas cumbres oculta una niebla dorada, hay otra botica, en la que despacha un joven de barba roja. Allí se venden los melocotones de la inmortalidad. Solamente una vez cada siglo aparece un comprador. El boticario le hace siete preguntas al cliente, y si las respuestas son favorables, pesa en una balanza de oro los melocotones que le vende. Pero, las más de las veces, inmensamente triste, el mozo de la barba roja responde que melocotones de la inmortalidad no hay, y el comprador se retira en silencio, seguido por la mirada extrañamente dorada y húmeda del unicornio que pace en un prado vecino la hierba que ha crecido a la sombra del melocotonero.

ESCUELA DE CURANDEROS

Gente es esta de la que hablo que he conocido, y alguna de muy cerca. De los curadores de los que cuento, siempre me sorprendió que de hecho curaran enfermos, y el cuidado humano que ponían en su trato, amén de una sutileza intelectual que les vendría, digo yo, del reconocimiento de secretos órdenes de la Naturaleza, en la cual el hombre es una parcela cuyos límites no se saben. Uno pudiera ponerse a escribir que estos curanderos, menciñeiros que decimos en mi país gallego, eran intuitivos geniales, pero sacaría la piedra de su quiz, y ni explicaría el saber, que lo tenían, ni ciertos poderes, que no me atrevo a llamar mágicos, y que sin duda poseían. Pero yo no soy quien para ponerse ahora, en la corta tarde del invierno frío, a decir qué es curar, ni cómo hay que llamarles a esas dolencias, verdaderas, profundas, y a la vez de alma y cuerpo, que los curadores curaban, o por lo menos sospechaban. Cuento lo que oí, hablo de gente que he conocido, doy unas noticias, pocas, y nada más.

PERRÓN DE BRAÑA

SE sentaba al lado del enfermo, montaba una pierna sobre otra, sacaba cachimba, vertía el tabaco, cebaba lentamente y con mucho taco de pulgar, encendía, y por fin lograba que una gran nube de humo le envolviera la cabeza y le cubriera el rostro; que parecía que el humo le brotaba de la boca, de la nariz, de las orejas. Estaba una hora larga junto al enfermo, fumando, hablando de las cosas que van y vienen, del tiempo, y de gente ajena y sus vidas. Le ponía la mano diestra en la nuca al enfermo, y le hacía escupir en un pañuelo limpio. —¡Ahora di el padrenuestro en voz alta!

El enfermo lo decía. Perrón escuchaba, muy atento, mirando de soslayo.

—Vuelve ahora a «venga a nos el Tu reino». El enfermo volvía. Perrón comprobaba el calor de su frente.

—Te lavas bien el cuerpo durante toda una semana, y comes papas de centeno cuatro veces al día. El veintidós es creciente, y he de sangrarte.

Perrón sangraba siempre en cuarto creciente. Iba mucho por la farmacia de mi padre. Curaba con sangrías, con papas de avena o de centeno, baños calientes y muchas horas de sueño. Perrón era, por su propia naturaleza, somnífero. Conocía las enfermedades de sus clientes por la voz. Por lo que le tengo escuchado, parece ser que hay nueve tonos. El enfermo del hígado no tiene la misma voz que el que padece de los riñones, o del estómago, o del corazón. Ya dije que en su terapéutica tenía mucha importancia el sueño. Pasaba horas a la cabecera de los enfermos para *escucharlos* dormir.

—¡Tú duermes muy mal! ¡Te voy a poner a dormir sin almohada, y con una manta de menos!

A algunos los obligaba a nuevas posturas en la cama, o les cambiaba esta de lugar. Enseñaba a los enfermos cómo debían respirar mientras dormían, para lo cual se metía en cama con ellos, cogiéndolos de la mano, haciéndoles acompasar la respiración a la suya. Aunque el enfermo fuera una mujer o un cura, se acostaba lo mismo. Acostarse con un cura plantea graves problemas de conciencia.

—¿Y si el cura sueña en voz alta y dice lo que escuchó en el confesonario?

Para Perrón había dos clases de sangría, la de vísperas, que se hace en el momento de salir la luna, y la meridiana, a las doce del día. El enfermo, mientras lo sangran, tiene en la boca una ramilla de romero. Una vez sangrado el enfermo, el romero era quemado. Que se sepa, Perrón de Braña fue el último curandero que sangró en el país.

Perrón, además, curaba con historias. Le contaba al enfermo una adivinanza, no muy fácil.

—Cuando vuelva a sangrarte, a ver si me la tienes resuelta.

El enfermo pasaba horas y horas discurriendo, sacándole la figura a la adivinanza de Perrón. Los enfermos de Perrón se aficionaban a las historias que les contaba, las comentaban, discutían con la familia y los vecinos, soñaban con ellas. De las

adivanzas, pocas acertaban. Las historias lo eran de tesoros escondidos, de pleitos y de robos, y hablaban en ellas moros, franceses y animales diversos, el zorro, el cuervo, la comadreja... Un tal Grilo de Abeledo, que tenía fama porque, yendo a servir al rey, aprendió en una noche todos los juegos de cartas, aclaró una vez una adivinanza de Perrón. Una que se refería a siete zuecas que calzaban cuatro hombres, y ninguno era cojo. Cuando se murió el Grilo, el cura de Labrada andaba medio cabreado, porque el Grilo había palmado sin decirle la solución correcta. Perrón era de mediana talla, enterrubio, los ojos claros, muy lucida la dentadura con tres piezas de oro en la delantera. Gastaba gorra de visera negra y vestía de pana. Perrón era apellido, que no apodo. Decía que el Perrón le venía de un soldado francés que enfermara en Santalla de fiebres, cuando Sout pasara por allí, y era músico de segunda. Hubo discusiones en las barberías de Mondoñedo y Ribadeo sobre si Perrón sabía francés o no; un diccionario español-francés, seguro que lo tenía. Cuando se murió el médico y poeta don Manuel Leiras Pulpeiro, Perrón compró a sus herederos un juego inglés de lancetas que aquel usaba. Perrón, que fuera siempre de la cáscara amarga, en los últimos años de su vida llegó a beato. Le quiso regalar un traje a san Bernabé de Santalla, un santo muy robusto y barrigudo, y tomándole una costurera las medidas, se vio que el santo tenía las medidas mismas que el curandero, en altos y en anchos. Perrón fue a Lugo a encargarse el traje, y estuvo allí probándose la túnica roja y el manto amarillo, sirviendo de maniquí y sin quitarse la visera, porque era muy dado a catarros. Se asegura en el país que a veces, en casos peliagudos, Perrón iba a la ermita de san Bernabé —de la que tenía las llaves su hermana Clotilde—, y se vestía con las ropas del santo. Los vecinos que lo veían pasar, formaban como en procesión, en filas a ambos lados del camino, y muchos con velas.

Un día cualquiera, tras ayudar en el vareo de las castañas, se metió en la cama y pidió que le pusiesen dos sanguijuelas en un costado. Me contó su yerno su muerte.

—Perrón le pidió a la mujer que le dijese una adivinanza. La mujer solamente sabía una: —Mosca y media, tres medias moscas y dos moscas y media, ¿cuántas moscas son?

Sumaba *in mentís* Perrón, y ya iba a responder que cinco moscas y media, cuando le vino un golpe de tos, y dio con él el alma. Fue muy sentido.

Tan pronto como murió Perrón, un tal Cabo de Lonxe, pasó a cobrar dos reales por quitar las verrugas. Usaba nitrato de plata. Pero Perrón quitaba las verrugas de palabra, y a varias leguas de distancia.

BORRALLO DE LAGÓA

C REO que solamente he visto a Borrallo de Lagóa sin zamarra, una vez, en el San Bartolomé de Espasande, que es en Miranda el día más caluroso del año, que siempre andaba abrigándose con ella, con un par de chalecos y una bufanda colorada. Era albino. Por el país se cree que los albinos ven mejor que nadie, en la noche, el oro perdido en los caminos. Los albinos no pueden echar el mal de ojo, y no hay noticia de que hubiese caído el rayo en casa en la que viva mujer albina. Borrallo era pequeño y delgado, y andaba siempre como escurriéndose o agazapándose. Citaba a los enfermos en los sitios más imprevisibles, en una fuente que hay a una legua de Pacios, o al pie de un tejo que hay en Vilarin, o en el atrio de Reigosa, a la anohecida. Curaba locos, morriñosos inapetentes, y tipos con los huesos cansados, enojados de la vida, o con la paletilla caída. Lo dejaban solo en el campo o en la era, con locos iracundos, y no le hacían nada, que le obedecían y se quedaban quietos y pacíficos. Lo primero que hacía con un loco era cambiarle de nombre. Le decía al loco, que por casualidad se llamaba Secundino:

—Tú eres Pepito. ¡No contestes a nadie más que por Pepito!

Después, arrancando del Pepito, le inventaba a Secundino una vida nueva. A uno que nunca saliera de Bretoña le hacía creer que estuviera en La Habana, y que allí tomara café con sus vecinos Fulano y Mengano, y que pusiera una carbonería o una bodega, y que se retratara en Santa Clara 31, donde había un fotógrafo que era de Ribadeo, junto a un tren de lavado... Y Borrallo le enseñaba al nuevo Pepito una fotografía, y el loco se reconocía en ella. El loco dejaba de pensar en sus temas, de rascar en ellos, y se ponía en los asuntos del ficticio Pepito, que le caían algo más lejos. Todos atestiguan que Borrado hacía calmos a los locos más furiosos, y que poco a poco a muchos los volvía a la vida cotidiana, y al oficio. Aunque a muchos, al cambiarles el nombre, también les cambiaba el trabajo.

A los que en otras partes de Galicia llaman *alغانados* o *ensumidos*, por Miranda y Pastoriza les dicen *afrixoados*. Es gente que entristece, enflaquece, se cansa, desgana la comida, y muere aburrida y callada en un rincón, la piel color de cera, y a veces quejándose de puntos fríos que andan vagabundos por su cuerpo, cuando en el pecho, cuando en la espina. Borrallo estaba especializado, porque él mismo fuera un *afrixoado*, y se autocuró. Vendió una tierra y fue a pasar un mes a Orense, donde aprendió a leer. Volvió como nuevo. Contaba y no paraba de los cafés cantantes y de las Burgas, las famosas fuentes de aguas cálidas. A los *afrixoados* hay que convencerlos de que no lo son, de que tienen algo de estómago, o puesta la molleja, —la gente gallega cree que el hombre tiene molleja, como gallo, aunque los médicos titulados, ni aun los de Santiago, sepan de qué lado cae—, o una piedra de ijada, o un catarro de dentro, con flema. Si se logra convencerlos de que no están *afrixoados*, entonces se inquietan, se animan, se ponen en cura, comen algo, compran las medicinas.

A uno que le llamaban Listeiro, de los Parciales de Ubeda, que se dejaba morir, y se hiciera blasfemo, le dijo Borrallo:

—¡Aún me has de llevar en brazos al San Cosme de Galgao!

Listeiro, haciendo un esfuerzo para levantarse del escaño de la cocina, juró que no llegaba a tal fiesta, que la vida era una mierda, dispensando, y que si no se colgaba era por no darle por el gusto a una nuera que tenía, que estaba esperando a que muriese para comprar mobiliario nuevo. Borrallo lograba llevar todas las tardes a Listeiro a dar paseos, que llegaron a ser de una legua, y si se les hacía noche durante el regreso, en los meses veraniegos se quedaban a dormir en una posada o en un pajar. Listeiro se fue aficionando a aquella vagancia. A la hora de la merienda bebían algo. Listeiro se animaba. Borrallo, mientras paseaban, le enseñaba a leer en *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de Blasco Ibáñez, que comprara en Orense. Listeiro curó. El 27 de septiembre de 1934, Listeiro entró en el campo de la Xesta, donde se celebra la romería de San Cosme de Galgao, llevando en brazos a Borrado, como este había profetizado. A un Borrado con tres chalecos y dos bufandas, que en aquel alto siempre soplan fríos nordestes. La nuera se fue a servir a Barcelona y se arrimó a un dependiente que echaba discursos. Borrado, en el verano del 36, apareció muerto en una cuneta, de un tiro en la cabeza. A Borrado se le recuerda mucho.

—¡Valía más que Conxo!, me dice un amigo de él.

De niño enseñó a comer del mismo zatico de pan a un ratón y a un mirlo. Me parece estar viéndolo en la farmacia de mi padre, encogido, sentado en un rincón, escuchando cantar un canario, y esperando a que le despachasen pastillas de clorato de potasa, y cinco pesetas de aguardiente alemán.

EL SEÑOR CORDAL

BAJABA desde su lugar, en las caídas de la sierra que llaman la Corda —una sierra vieja, de oscuras cumbres desnudas—, a Mondoñedo y pasaba un mes o dos de vagancia charlando en las barberías y tabernas, y leyendo en las primeras periódicos atrasados. Bajaba desde la montaña a la polis para conversar. Era muy atento observador de la Naturaleza, y sabía los nombres de toda hierba o planta, y los cantos y costumbres de los pájaros. Me traía helechos de las cumbres para que yo aprendiese a diferenciar las especies.

Era muy calmoso en el hablar, y de pocos gestos, y este sosiego suyo chocaba con la viveza de sus ojos claros. Reía poco, pero cuando lo hacía lo hacía tan bien, tan abierto, que mismamente parecía que acababa de inventar la risa. Fuimos muy amigos. Tuvo un capitalcito, aumentado algo con unos años de emigración en Buenos Aires, pero gastó todo su dinero muy pronto, dado como era a grandes holganzas y a las mujeres. Hasta el final de su vida tuvo la dulce manía de la mujer, y guardó para ella miradas golosas. En Buenos Aires estuvo de camarero y jardinero en casa de un coronel, sobrino del presidente Irigoyen, el cual tenía mujer joven y hermosa, a la que Cordal hacía muestras de cantares de pájaros.

Pero el coronel lo llamó una mañana y le dijo, palabras de Cordal textuales: —Cordal, mucamo que mira más para el ama que para el caballo del amo, mal sirve.

Y lo despidió. Cordal nunca me dijo si la coronela había caído o no. Regresó para la Corda nativa. Ayudaba algo en la siega del heno, y a su tiempo recogía la genciana, la manzanilla, la digital purpúrea, amapolas, la flor del tojo, y medicinaba a los amigos, y se medicinaba él. Todo, según Cordal, dependía de la luna.

Las cosechas, los humores de la gente, las flemas y las fiebres, los temporales, todo andaba por la luna. Cordal era, además, muy dado a sospechar tesoros en los castros, las cuevas, las casas viejas arruinadas. Como hombre inteligente y espiritual, Cordal era un hombre hondamente supersticioso, escrutador de agüeros. Lo llamaban de las aldeas de la Corda para que acudiese a realizar el rito de la protección de las cosechas de cereales.

Lo llamaban a escondidas, para evitar que los curas se opusiesen.

Estaba una vez en mi casa, en Mondoñedo, invitado a comer unas truchas que él mismo había pescado en sus ríos montañoses, cuando lo vinieron a avisar de que hacía falta en Montouto. Había caído un San Juan vicioso de lluvias, tronadas, nordestes fríos y nieblas bajas, tal que tumbados estaban el pan y el centeno en los surcos, y podía sospecharse que ya no se levantarían. Los gallegos de la Corda al trigo le llaman pan, y a los otros cereales por sus nombres.

—¿Tenéis buscado la preñada?, les preguntó a los que venían a solicitar sus servicios.

—Sí señor, la única que hay, una moza soltera.

Un rito antiguo, que parece que cuando comienza a madurecer el cereal, lo guarda

de la piedra y de las nieblas una mujer preñada, que salga a los agros a pasear, llevando sobre el vientre, por debajo de la camisa, atada con un hilo blanco que nunca hubiese atado nada, una espiga de la cosecha pasada, guardada a tal efecto. Además, la mujer va tres noches a los labradíos llevando en las manos un cuenco con brasas. Y a su lado iba Cordal, descalzo, descubierto, de vez en cuando gritando:

—¡Escucha, pan! ¡Escucha, pan!

Creo que aquella vez, la cosecha fue de lo peor. Comentándolo, Cordal se me quejaba. —Falta respeto en la gente. Ya no hay ni solvencia ni fe.

Y porque faltaba respeto, y no había solvencia ni fe, dejó de ver enfermos y de proteger las cosechas de las aldeas montañosas. A las medicinas que recetaba, y que eran las más de las veces infusiones de hierbas que recogía en los montes, les llamaba *aperitivos*, y entre estos, los había mansos y contrarios. Para tomar el aperitivo contrario, el enfermo había de bañarse y meterse desnudo en cama, con botellas llenas de agua caliente, y con cuatro o cinco mantas. Una vez, un cazador amigo mío, un tal Besteiro, entró en una casa a guarecerse de la lluvia, en un lugar que llaman Romariz, y allí se encontró a Cordal actuando con un aperitivo contrario en el amo de la casa. Cordal había reunido a toda la familia alrededor de la cama del patrón, y todos a un tiempo echaban el aliento en dirección a él, mientras Cordal le daba la infusión a cucharaditas. Según le explicó a Besteiro, aquella danza de alientos era para confundir a los espíritus. Dejó un gran recuerdo en toda la Corda, siempre tan amable con los vecinos, los bolsillos llenos de hierbas medicinales, de genciana, de flor de tojo. Cuando a la propia flor de tojo no respondió su hígado, se vino para el Asilo Mondoñedo. Fui a visitarlo y a llevarle algo de tabaco.

—No llego a la luna llena, aunque la que ahora anda es la de abril, que quedó arrestada.

Estaba sentado junto a la ventana, la color amarilla, solamente piel y huesos. Del Cordal de otrora no quedaban más que los ojos, tan claros, vivos.

—¡Aún ha de ir al San Antonio de Labrada!, le dije, animándolo.

—No, no iré. Además, me están abreviando las tormentas. Si mañana hay tronada temprana, quizás no salga de ella.

Y la hubo, y no salió. Cordal murió. Lo rigieron hasta su última hora la luna y los meteoros. Aseguraba que muchos estaban enfermos a causa de los eclipses, y que si el lucero salía matutino, era bueno verlo para curar las enfermedades de los ojos. Hablaba un gallego muy rico, vivo y coloreado, poniendo diminutivos insospechados, usando imágenes humanas cuando hablaba de las plantas y de los animales.

Era muy cortés y tolerante.

—El mirlo, me explicaba, gusta de la frescura. Cuando cría, la hembra lleva para el nido una hoja seca de roble, y duerme con la cabeza apoyada en ella. Si pasó tiempo sin llover y de pronto comienzan a caer unas gotas, el mirlo despierta a la hembra y la echa, que vaya a mojarse.

Cuando yo publiqué mi *Escola de Menciñeiros* —«Escuela de Curanderos»—, en

mi lengua gallega, lo vi quedarse extasiado ante la portada que le hizo Ribas. Contemplaba al sabio, una mano sobre el libro del arte más secreto, la otra sosteniendo una redoma, la luna nueva sobre la lechuza, el gato negro y la serpiente esmaragdina.

—Sí señor, me dijo. Esta ocupación es la más alta que pueda alcanzar el hombre.

CERVIÑO DE MOLDES

JOSÉ Cerviño Pérez, conocido por Cerviño de Moldes, pasó unos cuarenta años en Cuba. Mandaba recuerdos por los vecinos que regresaban o venían a pasar vacaciones en Galicia, pero nunca escribió ni una letra.

—¿Qué hace por allá?, preguntaban sus sobrinos nietos. —¡Nada! ¡Anda por el campo opinando de la medicina! Un día cualquier, Cerviño se apeó del autobús delante de su casa de Moldes, y se anunció a gritos a los sobrinos que estaban atando las viñas:

—¡Aquí está el profesor Cerviño!

Y saludaba con el panamá con que se tocaba a parientes y vecinos. Dijo que traía ganas de caldo de berzas y mucho sueño. Durmió dos días seguidos, y al despertar lo primero que hizo fue preguntar si quedaba alguna ropa de su difunto hermano. Había en un armario dos chaquetas de pana. Cerviño se puso las dos chaquetas a un tiempo, que decía que tenía frío desde que llegara a Moldes, y los trajes habaneros que había logrado sacar de la Cuba de Castro se los vistió a los dos espantapájaros que guardaban las almácigas. Se compró una boina en la primera feria y un paraguas con puño de una cuarta de diámetro y catorce varillas. Iba en un caballete del país, de aquí para allí, recogía hierbas, y se acercaba sigiloso a las casas de los vecinos; golpeaba con los nudillos en la puerta y al que salía a abrir le decía que era el profesor Cerviño y que sin prisas, y con conversación distraída, curaba algunas cosas. Y que no cobraba. Comenzó a curar catarros infantiles con una hierba que trajera de Cuba, la llamada *hierba monda*, que era pardo rojiza. Además de la hierba, sugería paseos a caballo: Cerviño iba en su jaco, y tras él iba en otro el enfermito con su madrina. Hacían dos leguas a media mañana, y antes de dar por terminado el paseo entraba la comitiva en una taberna, y Cerviño, quitándose la boina, le daba al niño una sopa de pan de trigo mojada en vino tinto. A los tres o cuatro meses, Cerviño reunió a toda la familia —unos doce sobrinos— a la que regaló las tierras que tenía en Moldes, y entre ellas un prado excelente, mejorando a las mujeres en el reparto. Se quitó la dentadura superior que la tenía postiza.

—¡La primera dentadura de este material que se hizo en Cuba! Tiene mucho mérito, y quiero que la use alguien de la familia cuando yo me muera. ¡Sirve para cuatro vidas!

Confidencialmente, en las tabernas y en las barberías, comenzó a decir que curaba la impotencia sexual masculina, lo que no le dio clientela entre labriegos, pero sí entre sastres, peluqueros y señoritos de las villas vecinas. Cerviño había traído de Cuba una muñeca de unos ochenta centímetros de alto, que era una negra desnuda, todo muy armonioso y seductor, y pelo femenino verdadero en la cabeza y en el pubis. Cerviño, cuando acudía a él el impotente, vestía la muñeca con un traje muy escotado y faldicorto. Sentado el enfermo ante la muñeca, Cerviño ponía un disco con una rumba y moviéndose gracioso, y supongo que sensual, camelaba a la muñeca a la

que iba desvistiendo lentamente, destapando y tapando, para volver a destapar algo más. Hasta que la negrita aparecía en cueros vivos. Entonces, el impotente era autorizado a manosear la muñeca. Esta sesión de *striptease*, unida a unas infusiones de menta, tenía que dar algún resultado. Los dientes pasaban a potentes, aunque sólo fuese en su imaginación. Sucedió que varios matrimonios de por allí que llevaban casados varios años y no habían logrado hijos, ahora los tuvieron, con gran sorpresa. Se dijo, *sotto voce*, que eran clientes de Cerviño. Este no comentaba nada. Hombre secreto, echaba una mirada distraída sobre el mundo, sopesaba su paraguas, y sacándose la dentadura postiza se enjuagaba la boca con aguardiente bagaceira.

Al verlo, nadie hubiese dicho que había pasado cuarenta años en Cuba. Era un paisano paisano, y nada de allá se le escapaba en la charla; vestía de pana, se abrigaba con un chaleco y un jersey, y calcetines de lana que le calcetaba una sobrina. Comía de lo corriente en el país. Era un labriego más de Moldes, y eso le dio confianza a mucha gente.

En los últimos años de su vida, nadie discutía en Moldes y su comarca la ciencia de Cerviño. Curaba los dolores de cabeza dándole la mano al enfermo y, finalmente, visto que la dentadura duraría para cuatro vidas —o como contamos los gallegos eso de los aforos y arriendo, *por la vida de tres señores reyes y treinta años más*—, la prestaba para curar el dolor de muelas. El doliente metía en la boca la dentadura de Cerviño, y a la media hora el dolor de muelas había desaparecido. Por cierto que, muerto Cerviño, la dentadura dejó de surtir efecto. Días después del entierro del profesor, los sobrinos le vendieron a un anticuario de Lugo la muñeca cubana, la sabrosa negrita. Por cierto que se dijo que el señor cura de Pumar la pretendía, pero desistió puesto que no encontró santa negra en el santoral. El cura, según me susurró uno de los sobrinos, vestiría la imagen y la pondría en un altarcito, patrono de los matrimonios que quieren ser fecundos.

—Podían llamarle a la negrita santa Cerviña.

—¡No se me ocurrió, suspira el sobrino frotándose las manos, que si se me ocurre, al cura le sacamos cinco mil pesetas como nada!

LEIVAS DE VEREDA

POR el año treinta, se corrió por toda la Pastoriza de Lugo que un curandero famoso, Leivas de Vereda, había sido llamado por un enano que guardaba un tesoro en un castro cerca de Bian. El enano olía mal, y el tesoro se le había quejado. Leivas era muy solemne hablando, y dibujaba con ambas manos en el aire los sujetos y objetos a que se refería en su discurso, y las curvas de las mujeres que conociera en Cuba, las lentas curvas de las mulatas. Leivas, en las tabernas, en las peluquerías y en las ferias, explicaba el diálogo entre el tesoro y el enano, que era moro, y entre el enano y él. Leivas le cortó el pelo al cero al enano, le obligó a embadurnarse todo el cuerpo con manteca de cacao, y lo tuvo una semana a manzanilla y leche cuajada. Pero el enano seguía oliendo mal, no constantemente, sino a ráfagas. Ya no olía, pero de pronto salía de él una brisa de estercolero.

—¡Son restos! —concluyó Leivas.

Y pensando, pensando, dio en que lo más apropiado era un baño de coñac para dejar limpio de una vez al enano. Calculó que con doce botellas era suficiente para llenar un viejo baño de piedra, de salar los cerdos, que tenía en la era de su casa, ya en desuso. El enano llegó nocturno, y se metió en el coñac. Se quejaba de que le quemaba en las partes, pero Leivas le dijo que aguantase. Al alba, el enano salió del baño, y ya no daba mal olor. Le pagó a Leivas las botellas de coñac con un billete de quinientas pesetas.

—¿De dónde lo sacaste? ¡Porque el tesoro no estará en papel!

—¡El que sale al mundo, ha de llevar moneda de curso legal! Pero Leivas no logró averiguar del enano en qué consistía el tesoro. El enano se fue limpio, entre la bruma matinal, hacia el castro donde ejercía de guardador del oro secreto. Leivas era muy religioso, y había estudiado las romerías todas de los santos curadores del país. Leivas iba a visitar al santo una semana o dos antes, paseaba alrededor de la iglesia, y si era verano, dormía de campo cerca de ella. Y regresando a Vereda, iba anunciando por las casas que tal santo, aquel año, curaba el dolor de cabeza, o el aire frío del hígado, o era benéfico para el mal de piedra de ijada.

—¡Los que tengan pesos de ardor en el estómago, que vayan este año al San Cosme de Galgao!

Y a los de otras dolencias recomendaba que aquel año no fuesen al San Cosme, que no convenía distraer al santo, que estaba estudiando el estómago de sus fieles. La gente lo escuchaba, y los curas se ponían contra él, que disminuía el número de romeros al haber especializado al santo. Pero Leivas se encogía de hombros y se enfrentaba con los párrocos citando a santa Polonia contra el dolor de muelas, a san Blas contra los males de garganta, y a san Verísimo contra los lobanillos.

—¡Todos especialistas!, comentaba.

Mucha gente, especialmente mujeres, antes de la romería iban a preguntarle a Leivas si debían ir o no a ella. Leivas estudiaba a los enfermos y los aconsejaba.

—¡Tú, tienes que dar dos vueltas de rodillas alrededor de la iglesia! ¡A ti te basta con darlas andando!

Les hacía ayunar al traspaso y las acompañaba a la romería.

—¡Todos con ropa nueva! ¡Todos descalzos!, advertía.

Leivas aseguraba que no era lo mismo que los enfermos fueran solos a visitar el santo, que fueran con él, porque él, Leivas de Vereda, Manuel Pérez Leivas, *tenía* la simpatía del santo, y atraía su mirada. Viejo conocido del santo, este miraba para él como diciéndole:

—¡Leivas, hombre! ¿Y qué haces por aquí? Y Leivas aprovechaba para decir, «*in mentís*»:

—¡Vengo con fulana, que no vive con tanto dolor de cabeza!

Leivas a esto le llamaba «la recomendación», y cobraba por hacerla. Ya, entonces, quince o veinte pesetas. Una vez Leivas acompañó a una viuda de Folgoso, que lo veía todo rojo, escupía granos de maíz que no había metido en la boca, y se quedaba afónica. Leivas la llevó al san Alberto, a Baamonde, y el santo, cuando le dio la mirada a Leivas, y este le pasó el nombre y dolencias de la romera, san Alberto meneó la cabeza.

—¡Cobo, Leiviñas, también traes cada caso!, dijo san Alberto.

La viuda se bañó en las frías aguas del río Parga, como suelen las ofrecidas en la romería que el santo tiene en mayo, y sanó.

Leivas era muy competente en hierbas medicinales, y las recetaba, ya en infusión, ya en baños fríos. Creía en la luna, en las aguas y en las tormentas. Era un hombre alto, delgado, casi albino, la nariz aguileña, la boca medio abierta siempre, para que se le vieran los dientes de oro cubanos que lucía. Verano e invierno, aparecía bajo su gran paraguas, muy fino saludador.

De Cuba había traído un abanico, con el que, con cierta frecuencia, se daba aire. Lo llevaba siempre en el bolsillo interior de la chaqueta. El abanico traía el retrato de Maceo, rodeado de laurel, presidiendo la escena de su muerte, a manos españolas, en la manigua. Sostenía que muchas enfermedades le vienen al hombre de no lavarse los pies.

Se estableció en una villa de Lugo un médico, el cual en la placa colocada a la puerta de su casa decía que había estudiado con el profesor M. Tal, en París. Leivas comentó:

—¡Despistado! ¡Como si las enfermedades de París fuesen las mismas que las de Lugo! ¡Las enfermedades generales del gallego son propias de la humedad de este terreno, y de las sombras de nuestros árboles! ¡Aquí, por ejemplo, nadie puede padecer las fiebres cubanas de la sombra del manzanillo!

Y aseguraba, doctoral:

—¡París es arenisco!

Dios sabe qué enfermedades Leivas sospechaba que podía dar el terreno arenisco de París, si se atenía al refrán nuestro que dice «tierra arenisca tendencia a putas».

EL COJO DE ENTREBO

EN Entrebo, en la parroquia de Labrada de Buriz, partido de Villalba, condado de Montenegro y diócesis de Mondoñedo, había un cojo llamado Osvaldo Jove. Sentado parecía un gigante, pero se ponía de pie y aquel pecho poderoso y el vientre rotundo descansaba en dos piernas curvas y cortas. Pero con ellas, teje que teje, hacía Osvaldo mucho camino, y era cazador de fama. Iba al monte sin perros, pero poseía más vientos que un perdiguero de Burgos en las mañanas tempranas. Llevaba siempre Osvaldo en el bolsillo una libreta en cuyas páginas tenía pegados retratos de las artistas que venían allá por los años diez en las cajas de cerillas, y cuando se aburría, sacaba del bolsillo la libreta y se quedaba como tonto admirando aquellas blancas mantecas, y siempre terminaba por sonreírles, y sonreírse a sí mismo. Un día vio, en «El Progreso» de Lugo, la esquila de un tal don Osvaldo, con lo cual pasó a escribir su nombre con la misma ortografía, sustituyendo la v por la w. A Osvaldo, pues, las que menos le gustaban de las fulanas del cupletismo, eran la francesa Cleo de Merode, y una bilbaína que se llamaba Dora la Menchaca. Prefería la Chelito a la Fornarina, y a Amalia Molina no le concedía mérito alguno. Cuando juntaba algún dinero, ya porque vendiese unos pinos, ya porque había criado un par de muleros, bajaba a Baamonde, tomaba el tren, y se iba a Madrid, a verlas de carne y hueso. En uno de esos viajes, gastó todo el dinero y regresó a pie desde la capital, según él cazando por Castilla y León conejos a pedradas, y pescando alguna trucha en los ríos. En Lugo pidió prestadas cinco pesetas para poder llegar en tren a Baamonde, fumando un puro que le diera un Montenegro de Begonte. De este viaje trajo consigo un libro que enseñaba a predecir el tiempo y a curar dolencias del ganado. También trajo la *Desesperación* de Espronceda, comprada en la Puerta del Sol madrileña, y una oración contra el pedrisco.

Fue entonces cuando comenzó Osvaldo a profetizar vientos y heladas, lluvias y tormentas; y las acertaba todas. Tomó fama como albéitar. Las enfermedades del ganado caballar no tenían secretos para él. Como le había tomado algo de manía e incluso asco, a las artistas de las fotos en colores de las cajas de cerillas, arrancaba páginas de la libreta en las que conservaba los retratos de las hermosas, y por detrás recetaba con lápiz tinta, llegando el dueño de la muía o de la yegua a la farmacia de Basanta, en Villalba, o a la de Labarta en Guitiriz, con una hoja de papel en la que por un lado iba Paquita Rueda mostrando todas aquellas abundancias que Dios le diera, y por el otro la dosis de láudano que se precisaba en el caso.

De hablador y amistoso que era, y discutidor político, se hizo un solitario áspero y callado triste. Se puso a estudiar latín con el cura de Begonte, y en un año la *Gramática* de Araújo no tuvo secretos para él. Comenzó a correrse que se encerraba en la cuadra con el animal enfermo al que era llamado a curar, y hablaban los dos, Osvaldo en latín, y el animal en su lengua. Se aseguraba que había aprendido latín solamente para estas charlas. Ganó algún dinero y se hizo una pequeña casa en

Entrebo, en lo más alto, cerca de Porto de Xove, y pasaba allí semanas enteras, sin hablar con nadie y sin acudir a los enfermos. Por veces, bajaba al camino y aguardaba allí a que pasase algún vecino.

—Dile a Fulano que mañana o pasado le va a enfermar la yegua. ¡Que tenga preparada esa medicina!

Y le daba la receta, por un lado Julita Pons, y por el otro el purgante adecuado. Llegó a tener fama de mago. Anunciaba cuántas crías pariría una cerda, y las que se lograrían, y adivinaba si uno que estaba en las Américas vivía o no, y si estaba enfermo de qué padecía. Hay gente en Labrada y en Begonte que me aseguró que había sido visto al mismo tiempo en lugares separados siete leguas. En los últimos años de su vida, solamente hablaba latín, y la gente le entendía todo. Curaba humanos, soplándoles en las orejas. Le decía al enfermo:

—¡Quieto, que te voy a soplar en latín!

Los enfermos reconocían que entre el soplido en latín de Oswaldo y el de un médico u otro curandero, había notoria diferencia. Compró en Lugo una heladera de segunda mano, de seis litros, y cuando nevaba en la Corda, hacía helados y mandaba aviso. Alguna vez se juntaron a probar los helados de Oswaldo más de cincuenta vecinos. Sostenía que si hubiese helado todos los días de Dios, que no habría ni la mitad de los enfermos.

Un día cualquiera apareció muerto en un ginestal, con la cara comida por una alimaña, quizás un lobo.

—Un lobo no pudo ser, me dice Marcelo de Muras, castrador.

Porque, según Marcelo, el hacer Oswaldo la caseta en Entrebo fue precisamente para hablar con el lobo. Marcelo sabe de quien fue a buscarlo para el parto de una yegua, y lo encontró sentado a la puerta, hablando con la loba, y la loba decía que no, meneando la cabeza.

Aún hoy corren de mano en mano de labriego las recetas del Cojo de Entrebo, casi reliquias, dándole mérito a la estampa de la bailarina o de la cantante que llevan pegadas, reconociendo en la foto poderes mágicos, hasta el punto de que después de darle la medicina a la vaca, le ponen contra el vientre el retrato de Tórtola Valencia, o de la Goya. Hay varios curanderos que se dicen discípulos suyos, y todos han aprendido algo de latín, pero no saben soplar, modulando declinaciones como Oswaldo. Uno de sus discípulos es una mujer, que se titula a sí misma curandera mayor, quien asegura que tiene el libio de la ciencia de Oswaldo, y que todo lo que sabe lo aprendió en él. ¡Mágica lectura, porque la tal curandera mayor no sabe leer! Misterio de misterios.

XIL DA RIBEIRA

XIL se dejaba la barba todos los años por Santos y Difuntos, y ya no se afeitaba hasta el cuarenta de mayo. Así que se limpiaba la cara de aquel zarzal amarillento y espeso, durante todo el verano y el estío, y los primeros días del otoño, se afeitaba todas las mañanas de Dios. Hablaba solemne y campanudo, echando para atrás la cabeza, mirándote con sus ojos pequeños y azules, en los que siempre podías leer una burlilla. Su bisabuelo fuera curandero, y también su padre, y la abuela y la madre, parteras, y tenía un hijo, Felipe Marat Danton, ahijado de Pórtela Valladares, que andaba por Navia de Suarna y la Tierra de Burón oficiando de capador. Se heredaba en los Xiles da Ribeira el talento médico, como en la familia Bernouilli el talento matemático. Se llamaba este de quien hablo Manuel Xil, y era meirés, natural de la Ribeira de Piquín, donde tenía casa, en uno de aquellos lugares pobres que fueron forales de los monjes bernardos de Santa María la Real de Meira, abadía famosa porque surtía de muías a todas las casas del Císter en España. Xil, siempre que podía, estudiaba el enfermo al aire libre, bajo un enorme paraguas que tenía, ya porque lloviese a la sazón, ya porque corría vendaval o nordeste, ya porque hacía sol. Xil se sentaba en una piedra o en una banqueta, y el enfermo se tumbaba en el suelo. Xil era especialista en quitarle a los enfermos lo que se llama *volverse el sudor*, que es sudar en frío, castañeteando los dientes seguido, y con el sudar frío, perder peso, irsele a uno el color, y sentir entrar en el cuerpo una cansera que llegaba al alma.

—¡En esto, y en solfeo, no tenía pareja!, me aseguró uno de Bian, que son los de allí góticos y lacónicos.

Xil fuera músico militar, clarinete, creo, y dejó la banda de música de un regimiento en Burgos para venir a hacerse cargo de la clientela paterna. De los tiempos militares, guardaba el ros para cubrirse en invierno, dentro de casa. Xil herborizaba, y las medicinas las preparaba él mismo, y no cobraba. Xil estaba soltero, y los más de los días vivía en la casa de una hermana, o si había curado a uno de Piñeiro, por ejemplo, aparecía un día por allí, y se quedaba cuatro o cinco días invitado, paseando y viendo nacer el río Miño, o echando una mano en la matanza o en la labranza, o haciendo zuecas. Escuchaba toser la gente a mucha distancia, y corría hasta donde le parecía que estaba el tosedor, y aunque hubiese varias personas, acertaba con aquel, y se ponía aparte con él, para estudiarlo. Estaba, sobre todo, contra la leche.

—Si la leche fuese necesaria para el ser humano, estaríamos mamando toda la vida. Un ternero deja de mamar, y se pasa a la hierba y no vuelve a mamar. Un zorro deja de mamar, un conejo deja de mamar, y ya no vuelven a probar la leche. Comen de otras cosas. Hay que seguir lo natural.

Apartando la leche de la dieta, Xil recetaba quesos curados, jamón, vino caliente, vino dulce, baños, y las esencias, que así llamaba a sus hierbas. Y a cada enfermo daba la suya.

—Tú eres amargo para la genciana, le decía a uno. Tú eres flojo para la manzanilla, le decía a otro. Tú mojas la sal de higuera, le dijo a Roque de Valente, que era un tipo pequeño, amarillo, siempre asqueando, salvador, tacaño.

También sabía Xil mucho de vientre, pero por donde averiguaba de qué lado caía la enfermedad, era por la tos. Fiándose de esta, declaraba el sepelio, que decía, y que es lo que los médicos llamaban tisis galopante. Le acertó al cura de Rioaveso, que era como un castillo de alto, colorado, cuellilargo, jugador de bolos, y un tipo amurriado, que pasaba del jolgorio a la depresión.

—Antes de la fiesta del Rosario, el cura de Rioaveso muere de sepelio. Escupe mucho, y de abajo, y ya no puede con lo que ve. Diagnóstico algo misterioso, pero certero. Con dos bocanadas de sangre se murió el cura dos días antes de la fiesta del Rosario. Estaba el ama matando un cordero y cuatro pollos.

Finalmente, Xil era sastre de enfermos. Iba a ver a uno, y le decía a la familia que nada había que hacer, que el enfermo se iba, y preguntaba si tenía traje nuevo, y si no lo tenía, Xil iba a Lugo, a Villalba o a Mondoñedo, compraba un corte tirando a oscuro, y hacía el traje, que solamente se lo pondría el enfermo cuando llegase a difunto. Algunos enfermos se animaban algo al ver a Xil hacerles el traje nuevo. La chaqueta era de siete botones y no tenía bolsillos. Un tal Moure, de Navia de Suarna, un pequeño flaco, al que según Xil sus grandes orejas le venían de un susto que le diera el lobo una tarde en la que, siendo niño, se perdiera en una fraga, y después no tomaba el sueño, que todo se le volvía espiar si salía el lobo de las tinieblas; digo que ese Moure, sanó cuando ya estaba despachado de todo, y gastó el traje que le hiciera Xil, y las gentes, en las ferias y fiestas, le pedían permiso para tocarle en la espalda, y llevaban los padres los niños para que acariciasen la chaqueta de Moure. Antes de ir a comer el pulpo, Moure se sentaba en la feria en un lugar donde pudiese ser visitado y tocado por los que él, sonriendo, eso que era más bien adusto, llamaba sus clientes. Se ponía a la espera, teniendo su yegua del ramal, en la feria de Castro de Ribeiras de Lea. Si no había clientes, rogaba a los conocidos que le tocasen la chaqueta.

—¡Por respeto a Xil, hombre!

Xil murió saliendo de casa de su hermana propiamente para morir. Se sentó en una paredilla de la huerta, abrió el paraguas y se murió. Justamente era un cuarenta de mayo y se afeitara aquella mañana.

—Dentro de una hora, le había dicho a la hermana, me vais a buscar, y me traéis a casa sentado en una silla.

Un paisano de Baltar me aseguró que Xil apagaba, soplando, los delirios de los enfermos, y que dio a algunos amigos íntimos, muy en secreto, cocimientos de sus barbas contra los catarros de vientre. Cuando veía que un enfermo no tenía voluntad de sanar, y se dejaba ir callado y mustio, entonces Xil reunía a toda la familia, y la hacía llorar la pérdida de aquel ser querido. El enfermo, al saberse tan amado y que tan en falta lo iban a echar, ya pedía de comer, quería levantarse y hablaba de partir algo de leña. Se abría una botella de moscatel y se cantaba y bailaba. El enfermo,

muchas veces, sanaba.

MELLE DE LOBOSO

UN tal Melle, vecino de Loboso, no era curador, pero era diagnosticador. Le llevaban el enfermo, lo miraba, le hacía frotar las manos, le tomaba el aliento, y decía simplemente: —¡Morirás de lo mismo que el sastre Antón Meirado, de Molgas!

La familia del enfermo iba a visitar a la familia de Antón Meirado, sastre, vecino de San Juan de Molgas, a interesarse por la enfermedad de este, y de las medicinas que le habían dado.

—¡Morirás de lo mismo que el señor Pedro Cortón, de Santiso! —le dijo a un pariente mío, que era de Bretoña, la antigua sede episcopal de los britones emigrados del Suroeste de Inglaterra en Galicia en el siglo IV.

La mujer y el hijo mayor de mi pariente fueron a Santiso, y se encontraron con que Pedrón Cortón aún vivía, muy bien en sus noventa y dos años, y carnívoro, y los días festivos tortilla al ron. El propio Pedro Cortón les dijo a mis parientes que no podía servirles.

—¿Quién sabe de lo que voy a morir? ¡Vuestro José que aguante como estoy aguantando yo!

Pedro Cortón, de Santiso, cayó por las escaleras y se mató. Poco después mi pariente de Bretoña, también cayó por las escaleras, y se fracturó la base del cráneo. Tuve que ir yo al entierro una mañana en la que nevaba y venteaba como nunca he visto.

Melle, cuando cumplió los sesenta años, decidió aprender a leer y a escribir. En menos de un mes leía de corrido en manuscrito y escribía con mayúsculas. A los que le preguntaban a qué venía el tomarse aquel trabajo a sus años, contestaba que a lo mejor podía mandar algún recado desde el otro barrio, y que siempre sería mejor por escrito que de palabra. Para que no hubiese duda de que era él quien mandaba la noticia, dejaría antes de morir una muestra de letra con una seña en papel de barba. La seña consistía en poner dos oes en lugar de una, *coomo poortador, Cooncha*, que era el nombre de la mujer. Y mandó Melle que cuando muriese le metiesen en un bolsillo de la chaqueta papel, sobres y lápiz tinta. Se murió Melle y lo enterraron con el recado de escribir que pidiera, y el lápiz tinta afilado por las dos puntas, y aun le metieron en otro bolsillo una navajita, por si quebraba aquellas, que cargaba mucho al escribir, como todos los que aprenden tarde. Pasó tiempo, y no llegaba noticia ninguna de Melle difunto, y la gente de Loboso se iba olvidando de la ocurrencia que tuviera el diagnosticador. Pasaron dos largos inviernos en aquella alta sierra, y dos cortos y alegres veranos. Un sobrino de Melle fue a Meira a la feria y compró un par de gallinas, una pintada castellana y otra del cuello pelado, y al soltarlas en la era les miró el huevo, y la del cuello pelado, venía con él a punto, tanto que lo puso al otro día muy de mañana, y lo cacareó muy bien. Era un huevo alargado, con la cáscara

amarillenta y manchada. El sobrino de Melle creyó que tendría dos yemas, y se le antojó de parva una torreznada, y cuando ya se arrugaban en la sartén los torreznos —que para tortilla, cortados finos, los gallegos llamamos *liscos*—, partió el huevo en un plato para batirlo, y el huevo por dentro estaba vacío de clara y yema, y solamente guardaba un sobre en el que estaba escrito con lápiz tinta, en letra comprobada de Melle y la seña patente, esto:

—«Arreglai la chimenea. Tu tío que loo es Vitoorino Melle».

Y debajo un solemne rubricado. Y los observadores coincidieron en que Melle había mojado con su saliva por dos veces seguidas el lápiz tinta.

—¿Cómo es que hay saliva en el otro mundo?, se preguntaban los de Loboso. La gallina murió al día siguiente, después de que le entrasen unos temblores. Y el aviso del difunto habría llegado a tiempo si hubiese sido atendido, que dos noches después un vendaval que venía loco, se llevó la alta chimenea de la casa patrocial de los Melle, gente rubia, germánica, lacónica.

Y esto es todo. Los Melle de Loboso conservan la carta del tío. Y hay vecinos que aseguran que recibieron otras, con consejos para pleitos. Estas no las muestran. Y todas ellas con la doble o de la seña: «Soobrinos míoos», etcétera.

LAMAS VELLO

ERA de Santalla de Oscos, donde es la temerosa garganta entre altos roquedales, donde fueron los monjes y son todavía los herreros. Era un hombre muy alto, muy delgado, los ojos muy claros y profundas ojeras. Sobre la frente le caían unos rizos grises. Se sentaba y mandaba al enfermo que se sentase ante él. Le preguntaba nombre y mote, y los nombres y apodos de la casa y de la familia, y cómo le llamaban de niño, y si tenía algún nombre que le dieran por burla sus hermanos, parientes o amigos.

—A mí, le dije yo una vez, mis hermanos me llamaban «piernas de chifle».

—Eso era por lo alto y delgado. ¡Bien me acuerdo!

Sacaba del bolsillo de la zamarra, una zamarra de pana verde pasamaneada de terciopelo negro, una petaca de cuero en la que llevaba una plomada de cantero. El enfermo tenía que apoyar el codo izquierdo en la rodilla del mismo lado, y sostener con el pulgar y el índice la plomada, vertical a la punta del pie. Así tenía Lamas al enfermo durante un cuarto de hora. Lamas estudiaba el temblor del plomo, y seguía el pulso del enfermo por él: lo veía latir allí. Tras este examen, venía el del espejo: el enfermo se miraba, durante algún tiempo, en un pequeño espejo redondo que cabía entre las tapas de un librito «Rey de Espadas».

—¿Te acuerdas cómo eras hace diez años? ¿Qué diferencias encuentras?

El enfermo decía los cambios que encontraba en su fisonomía. Lamas Vello, nuevo Hans Raspar Lavater, los encontraba todos muy significativos. Le escuchaba al enfermo toda su enfermedad y toda su vida. Tomaba Lamas, que era un nervioso, una postura de amistosa escucha, de cariñoso confesor.

—La enfermedad no te la echó nadie, acostumbraba a decir al enfermo.

Su tesis era que las enfermedades las metemos nosotros en el propio cuerpo. Un sueño, por ejemplo, puede dar una enfermedad, lo mismo que un agobio, un mal pensamiento, un deseo insatisfecho, la envidia que le tenemos a Fulano o Mengano, la maldad que sospechamos en aquel otro. Una persona humilde, callada, amiga de todos, limosnera, está inmunizada contra muchas enfermedades. Los soberbios, avaros, petulantes, iracundos, sobresaltan la sangre y preparan el cuerpo para ciertas dolencias. Todas las enfermedades tienen un nombre humano, que los médicos ignoran; los médicos saben en general el nombre científico de las enfermedades, y por eso ellos necesitan unas medicinas científicas. Pero la enfermedad concreta de Pedro Pérez, alias do Ferreiro, a quien de niño llamaban «Fol» y «Baluga», es decir, «Fuelle» y «Pella de manteca», porque era regordo, cansino y blando, y ahora es, a los cuarenta y cinco, un hombre avejentado y huesudo, y sin embargo con apariencia de fofo, y asquea el tocino y el caldo de castañas, y cuando iba a casarse con una terrateniente de la montaña, le birló la moza otro más vivo, y Pedro se fue triste a la Argentina, de donde regresó escaso de pesos, etc., tiende sus hilos, la enfermedad digo, desde el hecho que todos sus antepasados fueron herreros en el Vilar —los

herrereros escupen mucho; es el oficio en el que más se escupe—, hasta sus mantecas infantiles, su delgadez de ahora, el fracaso amoroso, el viaje al Plata, y el silencioso regreso, con la cartera vacía. Tendrá dos o tres piedras en los riñones, pero tiene además toda esta historia, a la que hay que dar un nombre humano, y sólo cuando se le encuentra ese nombre humano a la enfermedad se sabrá si Pedro Pérez, dicho do Ferreiro, dicho Fol, dicho Baluga, podrá curarse o no. Lamas Vello curó a muchos sólo con decirles al oído el nombre completo de su enfermedad.

A algunos enfermos los curó procurándoles matrimonio, y a otros contándoles historias que les hacían reír. Las más de las historias que contaba eran de sordos. Por ejemplo, un hombre estaba en una plaza, en La Flabana, y por la oreja derecha le salía una ramilla de cerezo, con dos o tres cerezas. Pasó un negrito, quien se detuvo a admirar a aquel gallego, que podía tener un cerezo dentro.

—¡Oye, chico, te sale una rama de cerezo por la oreja!

El gallego no oía al negro, por mucho que este le gritaba. Hasta que al fin le dijo: —¡Háblame negrito por la otra oreja, que por esta ya ves que me está brotando un cerezo!

Lamas recetaba vacaciones, baños, entretenimientos.

—¿Por qué no aprendes a tocar la gaita?

A un tal Folgo de Vilameá, que era prestamista, se le puso un sudor alternado que no le dejaba respirar, cuando ardía, cuando moría, cuando tiritaba. Tanto temblaba con los escalofríos, que tenía que suspender las cuentas de intereses que estaba haciendo. No podía dormir. Los médicos no le acertaron con la enfermedad, y gastó quinientas pesetas en medicinas. Ya no era más que piel y huesos. Los sobrinos llamaron a Lamas Vello. Lamas se encerró toda una tarde con el enfermo.

—Tú lo que tienes es ansia y nada más. Deja todo, viste la ropa más vieja, te vas a las Mariñas y pasas por allí todo el verano, pidiendo limosna. No lloves contigo ni un pagaré ni una perra gorda. Haces que no conoces. Tú pides muy humilde, das las gracias, besas la limosna y nada más.

El Folgo hizo lo recetado y curó. Curó de cuerpo y mejoró de alma. Los que le debían dinero lo encontraron compasivo. Llegó a los noventa, y un par de años antes de morir, salía a las romerías a dar limosnas a los tullidos. Limosnas de cinco duros.

Lamas Vello tenía una libreta en la que anotaba los nombres humanos de las enfermedades, pero, muerto, nadie la encontró.

LAS HISTORIAS GALLEGAS

INTRODUCCIÓN

Estas estampas son retratos al minuto de diversos gallegos, en los cuales aparecen algunas de las condiciones esenciales de este pueblo del Finisterre, la región más occidental de España y del Viejo Mundo. Quizás esta extrema lejanía frente al Océano, le haya dado al pueblo gallego muchos de sus caracteres más propios. En estos pequeños retratos míos aparece el gallego tal y como es, a la vez creador y escéptico, mágico pero racionalista, supersticioso y espiritual. Una mezcla bastante compleja, pero que constituye un éxito humano. Este gallego ha vivido durante siglos rodeado de extrañas poblaciones invisibles, *os mouros*, *as fadas* protegido por un conjunto que sorprende a los antropólogos de *meigas*, sabias, adivinas, arresponsadoras; ha evitado con los cruceros el pavor de las encrucijadas, ha aprendido a hablar con los animales, a ahuyentar el lobo, a curarse sus enfermedades —muchas de las cuales no son de médico—, y ha sabido cómo obtener la ayuda de los santos patronos en las iglesias perdidas en los montes, en los valles, en la beiramar. El gallego tiene santuarios para la cura de todo mal, desde Nosa Señora do Corpiño que cura a los privados de la mente, hasta San Amaro, que libra del reuma a sus ofrecidos, Roque, Cosme, los Milagros de Saavedra o los Milagros de Amil...

Estos retratos son como un rompecabezas, y cuando lo hayan logrado, y compuesto el fresco de los gallegos, creo que tendrán una imagen del pueblo del que dichosamente formo parte, un pueblo humilde, que ha visto procesiones de difuntos, que ha buscado y encontrado tesoros, que más de una vez ha descubierto leyes secretas que rigen las relaciones entre el mundo y el trasmundo. Y todo esto lo ha vivido con vivacidad, en el trabajo cotidiano de la tierra y del mar. Cada una de mis estampas supone una actitud ante un hecho de vida, pero también ante una ilusión o un sueño. Si seguimos los trabajos de los antropólogos —los del profesor Lisón Tolosana, por ejemplo—, vemos que todo el entorno mágico del gallego sigue vivo, y que el habitante del Finisterre resuelve los más de sus problemas dentro de aquel. Porque lo conozco bien, he podido inventarlo. Inventar es un método válido de conocer. Ahora tengo a toda esta tropilla gallega por muy amiga, y me parece que haya conversado con ella durante muchas horas, ya en el campo, a la sombra de un roble, ya en la casa al amor del fuego, que el gallego considera con el griego que es el animal más parecido al hombre.

En fin, estos relatos, además de distraer al posible lector, quieren dar noticia de los variados gallegos que van y vienen por su tierra natal y por el mundo, que otro talante de los gallegos es el viajar a lejanas tierras, muchas veces en busca del pan, pero otras por el gusto de correr y ver mundo. El gallego se acomoda en todos los climas, pero no deja de soñar con la pequeña patria lejana, verdes campos bajo la lluvia.

ÁLVARO CUNQUEIRO

Febrero, 1981

LOURO DE PARENTES

LOURO había hecho el servicio militar en Tetuán, y fue herido en una posición que se llama el Fondak de Ain Yedida, es decir, la Posada de la Fuente Fría. De esta herida quedó un poco cojo. En el hospital hizo amistad con un moro amigo, el cual tenía siempre debajo de la almohada un libro árabe que trataba de tesoros y cómo hallarlos. Estaban en el libro las señas de todos los tesoros de Marruecos, especialmente los de los alrededores de Fez. Según Louro, lo primero que hace un moro si encuentra un tesoro, es lavarse él, y luego lavar el tesoro. Después del lavado le pregunta al tesoro cómo se llama, y el moro dice al tesoro lo que pesa. Entonces el tesoro no tiene más remedio que entregarse y seguir al que lo ha hallado. Louro me decía que el moro amigo le aseguraba que el tesoro seguía al hallador como un perro.

—¡Mucho me gustaría ver a un perro hecho con monedas de oro seguir a un moro meneando el rabo! —le decía yo.

A Louro de Parentes también le gustaría. Vaciaba su vaso de ribeiro en el mostrador de la taberna, me miraba y sonreía.

—¡Un perro de oro! —repetía admirado.

Louro sostenía que los moros estaban pobres porque habían dejado sus dineros y joyas escondidos en Galicia, como se sabe por el *Legítimo Libro de San Cipriano*, más conocido por el *Ciprianillo*. Louro sospechaba que la propiedad en Galicia estaba mal garantizada, porque en cualquier momento podía llegar en el tren un moro con un papel, y hacer un retracto. Louro describía muy bien la llegada del moro a La Coruña en el tren correo de Madrid, y luego, como en el Castromil, viajaba hasta Órdenes, comía algo e iba con su papel en busca de abogado para hacerse con fincas que fueron de sus abuelos, cuando la conquista de España.

—¡No habría quien identificase las fincas! —le decía yo.

YLouro me contestaba:

—¡Menos mal que los abogados cristianos inventaron la prescripción! ¡Debían dar clase de ella en las escuelas!

En los últimos años de su vida, Louro, cojeando, iba al monte, y en toda peña, como si lo escuchase un tesoro escondido hace siglos por los moros, decía:

—¡Date, que te lavo! ¡Pesas cuarenta y siete libras gallegas!

No se atrevía a decir el peso en kilos, porque los moros aún no tenían el sistema métrico decimal. Pero nunca de las rocas del monte salió la menor respuesta. Se decía que quizás porque él no era moro, y un día le preguntó a un cabo de la Guardia civil del puesto de Lalín, que había estado en Ceuta, qué era lo que tenía que hacer un cristiano como él para pasarse a Mahoma. Lo de circuncidarse no le hizo gracia ninguna. Con todo, hasta pocos días antes de su muerte seguía cojeando por los montes, gritando el ¡Date, que te lavo! Llevaba ya en cama sin conocimiento cerca de un mes, cuando salió del soponcio, y con una voz que ya no era de este mundo, dijo:

—¡Date, hombre, que me muero!

Y se murió, sin que ningún tesoro le hiciese caso.

COSME DE PAREDES

EL señor Cosme de Paredes era albéitar aficionado, entendido en dolencias de cerdos y del vacuno. Algunas veces atendía a algún humano, al que casi siempre le recetaba zarzaparrilla y una copita de anís del Mono, con la recomendación de que si podía, que se distrajese viajando. A las enfermas les indicaba que fueran a Betanzos, y a los enfermos a Ribadeo. Cuando le preguntaban el porqué, se limitaba a decir que lo tenía muy estudiado. Si lo llamaban para que viese lo que tenía una cerda paridera, si estaba echada mandaba que la levantasen, y él se montaba en ella. Estaba así un par de minutos, y al apearse decía muy seguro:

—¡Tiene treinta y siete y medio!

Era la temperatura de la cerda. Lo primero que hacía al llegar a donde estaba el animal enfermo, era ordenar que lo lavasen con jabón de olor. Había comprado en La Coruña, en una tienda de la calle Real, un estetoscopio, y lo usaba poniéndolo en la cabeza del cerdo o de la vaca enfermos. Generalmente les encontraba soplos malignos. A veces, sacaba su lápiz tinta, mojaba bien la punta, y en la piel del animal dibujaba la enfermedad que tenía este. Si dibujaba una espiral, era leve la enfermedad, pero si dibujaba un cuadrado, la cosa era grave. Cuando había curado un cerdo o una vaca, mandaba que al sábado siguiente llevasen al animal al río más cercano, y que estuviesen atentos a que orinase en el agua, con lo cual se iban río abajo los restos de la enfermedad. Explicaba que eso se usaba mucho en Francia y que allí había balnearios para animales, no sólo para perros de lujo, sino para el porcino y el vacuno, y había leído de una señora muy principal, una duquesa, que se bañaba en el agua mineral con un perro que tenía, blanco con manchas azules. Lo de las manchas azules de la capa del perro, le costaba trabajo que se lo creyesen.

Cosme de Paredes cobró fama, y para ir de Guitiriz a la feria de Parga, o de Parga a la feria de Rábade, tomaba el tren. Cuentan que una vez, viajando a Rábade, en el andén de la estación de Baamonde estaba un cliente suyo con una cerda, para que el señor Cosme se la viese desde la ventanilla. El albéitar se asomó, le echó un vistazo a la cerda, y recetó inmediatamente, echando el papel por el aire, que el viento fue a llevarlo debajo del vagón. Cuando el tren arrancó lo recogieron, y en él Cosme había escrito. «Tiene mal aliento. Bicarbonato tres veces al día». La cerda curó, y la fama de Cosme de Paredes aumentó. Algunos clientes ya le llamaban don Cosme.

Un día unos de Teixeira dudaban si llevar una vaca a Cosme o a otro inteligente que había en Curtís. La vaca estaba en la eirá, mustia y babeante, y de pronto levantó la cabeza, y echó un trote largo, que nadie pensó que pudiera hacerlo, hacia la carretera. Pues era que pasaba el señor Cosme de Paredes en su muía, camino de Xuanceda. La vaca se detuvo ante él, y el señor Cosme se apeó para atenderla. Ese fue, quizás, el momento más glorioso de su vida veterinaria.

BRAULIO COSTAS

ERA conocido por O Cazoleiro, porque era alfarero. Mejor dicho, lo fuera, que ahora, reumático, había dejado la rueda. Cuando le enfermó un nieto, hizo en barro una figura de niño, y fue a llevarla a los Milagros de Amil. El nieto curó. Con alguna frecuencia iban a pedirle que hiciese el favor de hacer una cabeza o una pierna para llevarle a un santo al que habían ofrecido un enfermo. El señor Braulio meneaba la cabeza negativamente y decía:

—¡Ese no es un caso desesperado!

Y no hacía el exvoto que le pedían. Otras veces se negaba por diferentes razones. Por ejemplo:

—¡Aun hice un brazo para llevar a san Cosme hace dos semanas, y no voy a estar cada día molestándolo con recomendaciones!

Porque el santo sabía que el exvoto era obra del antiguo cazoleiro, porque no hacía pieza que no firmase. Por ejemplo: «A san Roque. De parte de Braulio, seguro servidor que estrecha su mano». Ni más ni menos, con una letra redonda que hacía con un punzón antes de cocer la pieza. A veces la vidriaba con barniz de Linares.

Cuando le murió su mujer, la señora Casilda, hizo una figura de unas dos cuartas de alto, que todos decían que mismo era la señora Casilda con su pierna coja, adelantándola apoyándose en el bastón. Llevó la figura al camposanto, y la sujetó con unos alambres en la lápida del nicho. Cuando moría alguien en la aldea, le pedían una figura, pero él se negaba, diciendo que ciertas cosas solamente se hacen una vez en la vida. Y se echaba a llorar, recordando a su Casilda. Pero, un día, espontáneamente, hizo una figura, la figura de un niño, un ángel con abiertas alas en la espalda. Había muerto el hijo de unos vecinos, un niño de unos siete años, morenito, muy despierto. Braulio fue personalmente a llevar la figura al camposanto, y la colocó con tanto cuidado como había hecho con la de su finada Casilda. Los padres del niño Manoliño le dieron las gracias, y el señor Braulio explicó que saliendo de la iglesia el día del patrón, que era san Martín, Manoliño estaba comiendo una rosca, y su tía Fermina le decía que le diese un bocado, a lo cual el niño se negaba. Manoliño viendo al señor Braulio a la puerta de la iglesia, corrió hacia él, y dándole media rosca, le dijo:

—¡A ti te doy! Y en recuerdo de aquel regalo, el señor Braulio hizo la figura de Manoliño. Fue la última que hizo. En los últimos días de su vida, encamado, con grandes dolores del reuma que le retorció los huesos, le confesó a su sobrino y heredero Marcelino:

—Cuando jugaba a las cartas, si me venía el caballo de copas, era seguro que ganaba aquel juego. Varias veces estuve tentado de hacerle una figura, pero como no es de la familia, ni nadie me lo pidió, no la hice. Y además, que llegaba a ser dueño de mi caballo de copas un jugador y se la llevaba a san Cosme, por ejemplo, y este al ver mi firma iba a decir: «*Mira en que cousas se pon a pensar o señor Braulio cando vai a morrer!*».

Mandaba que le secasen las lágrimas y lo sonasen comentaba que había que saber morir con señorío.

FELIPE DA RIBEIRA

FELIPE se crió con una tía abuela suya, la cual le contaba de un hada que había en un monte vecino, llamado Castelo, que algunas mañanas de sol salía al aire libre, y se sentaba teniendo delante de sí, en un paño de terciopelo azul, todo un tesoro de anillos, vasos y peines de oro. Felipe fue enseñado por su tía abuela de manera que si un día iba al monte y daba la casualidad que el hada estaba con su tienda al sol, y le preguntaba qué prefería, si la tienda o a ella, que a lo mejor, siendo como era muy hermosa, blanca y rubia, estaba disfrazada de fea y de morena, Felipe da Ribeira tenía que contestar que quería *a tendiña coa señoriña*. Y así se encontraría dueño del tesoro, y de por vida, con la amistad agradecida del hada, quien se le mostraría con toda su belleza. Felipe debió nacer para soñador, y esta historia que le contaba su tía abuela debió ser la gota que colmó el vaso que llenaba el agua misteriosa de sus sueños. Felipe se levantaba temprano, e iba a esperar que saliese el sol en el lugar del monte donde se decía que ponía su tienda el hada. Si no había escuela aquel día, se quedaba por allí, sentado en unas peñas, atisbando el ir y venir de los conejos, que abundaban, o vigilando nidos, velando niñadas, en los zarzales. Llegó a los catorce años cada vez más obsesionado con el hada y la tienda de las maravillas. Un domingo de junio fue madrugador al monte, a ver si aquel día había suerte, y se tumbó en las peñas, como solía, pero en vez de montar guardia, adormiló. Y creyó que era verdad lo que estaba viendo sólo en sueños.

Una de las peñas del monte se volvió blanca, y apareció en ella una ventana, que se abrió. La abrió el hada, que era una mujer rubia, casi una niña, vestida con un manto azul. En la misma ventana, el hada puso la famosa tienda, extendiendo el paño y ordenando sobre él los objetos de oro, que iba limpiando con una servilleta. Felipe se levantó de donde estaba tumbado y se quitó la boina, esperando a que el hada se dirigiese a él preguntándole qué quería, si *a tendiña ou señoriña*. Pero el hada seguía ordenando el escaparate, sacándole brillo a los anillos, probando las peinetas en su largo pelo. Si el hada no le preguntaba, Felipe nada podía hacer. El hada parecía no fijarse en él. Felipe se dijo que había que tener toda la paciencia del mundo, y se dejó estar, con la boina en la mano. Y estando en esta espera, vio venir alguien a caballo, Castelo arriba, y era el maestro de Xove, un asturiano colorado, de pelo rizo, y que iba a casarse con la hija más joven del maragato, que la había conquistado haciéndole fotografías. El maestro se apeó del caballo delante de la ventana, cogió todo lo que había en la tienda y lo metió en las alforjas, y volviendo a montar a caballo entró por la ventana del hada, que ya no era una ventana, sino una puerta. El hada cerró tras el jinete, y puso un letrero en la puerta, que ahora tampoco era tal puerta, sino la oscura roca.

Felipe, ahora despierto, bien despierto, bajó a leer lo que estaba escrito en aquel pedazo de cartón. Decía, en buena letra: CERRADO POR DEFUNCIÓN.

Regresó triste y desconsolado del Castelo, y nunca más volvió a levantar la

cabeza. No dormía ni comía. No hacía más que mirar hacia el monte. Murió a los quince años y seis meses, teniendo debajo de la almohada el cartón en el que estaba escrito: CERRADO POR DEFUNCIÓN.

FREIRE DE REGO

DURANTE unos años, allá por los veinte de este siglo, iba mucho por la botica de mi padre un tal Freire de Regó, Benito Freire, un menciñeiro que todo lo curaba con agua, guiándose, además, por la luna y las estrellas. Freire usaba mucha agua de alba, y se tenía por muy científico porque un médico de Santiago le había regalado un folleto con una conferencia de un alemán que se titulaba precisamente *El poder desinfectante del agua*. Pero, además, Freire pasaba por mágico. Se contaban de él historias como que, por ejemplo, cuando estaba curando un enfermo y lo llevaba al río Tambre para baños, Freire metía una vela encendida en el río, bajo las aguas, y la vela no se apagaba mientras Freire le hablaba. Si era cierto, era un gran prodigio, y habría que saber lo que Freire le decía a la vela, y si había truco, ¿de dónde lo habría sacado? Freire era de mediana estatura y pelo rojizo, lo que hacía, por la desconfianza antigua del gallego hacia los de pelo rojo, que algunas personas que iban a él de consulta, rechazaran, al verle la cabellera, sus servicios. Freire solía poner a sus enfermos a una dieta de leche de burra.

Freire tenía unos parientes cerca de Mesía o de Teixeiro, conocidos por los Leirado da Agoeira. Un tal Segundo Leirado fue a servir al rey cuando la última guerra carlista, y como era muyjinete estaba en la escolta de Primo de Rivera, el primer marqués de Estella. El rey Alfonso XII llegó al frente del Norte con un gran catarro, y los Leirado aseguran que el médico del rey, Sánchez Camisón, atendió las razones de su abuelo el señor Segundo y puso a don Alfonso a leche de burra. Segundo Leirado había encontrado una burra francesa, muy pacífica, en Puente la Reina, y que daba la leche muy gorda, que es lo pedido. Quisieron comprar la burra para llevarla a Palacio, a Madrid, ya que los catarros de Alfonso eran tan frecuentes, pero mientras llegaban o no llegaban los dineros, unos desertores, o unos gitanos, que esto no está claro, robaron la burra. Una pérdida nacional.

Los Leirado hablan de aquella burra como si todos la hubieran conocido, y Freire do Regó su pariente, también.

—¡Era una burra *teixa recastada de bordelesa*! —decía uno.

—¡Recortada, que son las mejores! —decía otro.

—¡Sosegada! —sentenciaba la abuela, hija del señor Segundo.

Alfonso XII, cuando se fue a casa desde el frente, le dio de regalo a Segundo un reloj de plata. Hizo la entrega el general Dabán, quien dijo solemne:

—¡Este reloj de plata para el lancero Segundo Leirado Pérez con la gratitud de Su Majestad el rey!

En la casa de la Agoeira conservan el reloj envuelto en un paño de terciopelo verde. Cuando muere alguien de la familia, le dan cuerda y se lo ponen entre las manos al difunto durante el velatorio. Lo que da ocasión para que se cuente de nuevo la historia de la famosa burra de leche, *recastada de bordelesa*.

NOVAGILDO ANDIÓN

LA verdad es que en la pila bautismal le habían puesto el nombre de Leovigildo, pero el del Registro y la familia entendieron Novagildo, y con este nombre anduvo por el mundo. Yo lo conocí cuando andaba por los cuarenta y era dueño de un viejo autobús con el que iba a ferias y mercados. Muchas veces llevaba tantos cerdos, lechones o de ceba, como pasajeros, y por las ferias de abril y mayo, cabritos y corderos. Cantaba mientras conducía por las carreteras que llevan a Lugo, a Mosteiro, a Meira, a Villalba. También era solicitado Novagildo para llevar gente a los entierros en las parroquias vecinas, y recogía en el camino a los señores curas que iban a officiar la misa o acompañar en el sepelio. Antes de emprender viaje, Novagildo tenía que esperar a que llegase un tal José Cabido, alias Reverte, con su armonium portátil. Novagildo subía con Reverte al coro, en la iglesia, y lo acompañaba en el canto. Reverte le enseñó a Novagildo un *De profundis* y un *Plorans, loravit*, que este cantaba en solo, con mucho éxito. Había gente en la Pastoriza luguesa que, antes de morir, recomendaba a los suyos que en su funeral no le faltase Novagildo. En las horas perdidas, Reverte, que ya iba viejo y quería retirarse, le enseñó algo de armonium a Novagildo, quien ciertamente tenía muy buen oído y disposición para el teclado. Así que retirado Reverte, Novagildo pasó a ilustrar musicalmente los funerales. Novagildo le daba a Reverte la tercera parte de lo que cobraba. Cuando un funeral coincidía con feria o mercado, Novagildo mandaba el autobús con los feriantes y sus puercos conducido por un primo carnal.

Aficionado, pues, a la música, y habiendo comprado el violín que fuera del ciego de Alvite, aprendió en él lo suficiente para acompañar unos romances de crímenes, algunos de los cuales se los escribí yo, como uno sobre el crimen del correo de Andalucía, y otro la espantosa muerte de una viuda en Venta de Baños. Y así un día cualquiera, siendo feirón en Villalba, Novagildo se puso en una esquina con su violín y tocó lo mejor que sabía, y con su hermosa voz cantó los romances. Una sobrina suya vendía los pliegos y pasaba el platillo. Y desde entonces en toda feria o mercado, así que apeaba los pasajeros y descargaba el porcino, Novagildo cogía el violín, y seguido de la sobrina se iba a sus crímenes. Las ganancias fueron muy buenas con un relato de un crimen que cometiera en Barcelona un tal Ricardito, el cual fue descubierto porque en vez de escribir Zaragoza, escribía con S, Saragosa. En el crimen había un fulano que cantaba una jota, y Novagildo la cantaba como si fuera baturro. Un día, en el San Froilán de Lugo, fue al cine con su mujer, a ver una película sobre el hundimiento del *Titanic*, y me contaron que andaba como loco buscando quien le escribiese un romance sobre aquella catástrofe, pero no lo encontró. Se llevó un gran disgusto. Años más tarde me explicaba a mí el éxito que habría tenido, con el iceberg chocando con el *Titanic* en el cartel que mandaría pintar, y el mar lleno de mujeres enjoyadas, y un caballero buscando entre las olas, con una linterna de mano encendida, a su amante.

—Esto —me decía— no salía en la película, que era invento mío.

Hacía una pausa, meneaba la cabeza, y comentaba:

—*Ese da linterna Jaría chorar as pedras! Chorei eu cando o inventei!*

Y ahora mismo lloraba, al recordarlo.

JOSÉ REGUEIRA

DESDE los ocho o nueve años, tenía todas las noches el mismo sueño, salvo que cenase castañas cocidas con leche fresca, que entonces tenía otro. El primer sueño consistía en que aparecía junto a su cama un hombre con barba, el cual le hacía levantarse de la cama y lo llevaba a volar con él por encima de Sobrado dos Monxes, y alguna vez sobre Betanzos. Y cuando José Regueira iba más feliz en la máquina voladora del hombre de la barba, este lo empujaba y lo dejaba caer desde lo alto mismo encima de su cama. La caída era verdadera, pensaba José Regueira, porque el ruido que hacía al caer despertaba a sus padres que dormían en la habitación vecina, y porque en tres ocasiones rompió la cama, con la violencia del aterrizaje. Con el tiempo, José Regueira fue aprendiendo a no caer de golpe, sino planeando, con lo cual entraba muy suavemente en su cama, la que no volvió a romper. Eso sí, el planear le costaba lo suyo, porque después del planeo aparecía sudoroso y casi sin respiración. El otro sueño consistía en que José Regueira escuchaba un silbido y veía que por la puerta de su cuarto entraba una señora cubriéndose con un paraguas, porque estaba lloviendo dentro de la casa como fuera. De pronto escampaba, y la señora cerraba el paraguas. Sin saber cómo, José Regueira se encontraba dentro del paraguas, pugnando por salir, pero no lo lograba mientras no volviese a llover y la señora abriese el paraguas. La señora se iba, y José Regueira aparecía en el suelo, junto a un charquito de agua que había escurrido del paraguas. Los padres decían que José Regueira había orinado en el suelo, y le pegaban. Ya era José Regueira un mozo de veinte años, y seguía teniendo los dos sueños. Había crecido mucho, y era un tipo ensimismado y algo perezoso, muy espigado y preocupado por su pelo rizo. Los padres suyos, previendo que el hijo iba a ir al servicio militar, estaban preocupados con el sueño de la señora del paraguas, que sería una vergüenza que José apareciese en el suelo en el dormitorio del cuartel, tumbado sobre un charco de agua. ¿Cómo convencer al coronel del Regimiento de que había una señora con paraguas, y que llovía dentro de la sala? José Regueira les decía a los suyos que era difícil que en el servicio tuviese aquel sueño, porque en el cuartel no dan de rancho castañas cocidas con leche, pero los padres lo ofrecieron a san Cosme, y lo llevaron el 27 de septiembre a la romería. José Regueira llevaba como exvoto un paraguas de cera, hecho de encargo en Santiago, y saliera bastante caro, que hubo que pagar el molde en la cerería. El paraguas fue depositado después de la misa mayor a los pies de san Cosme.

Aquella misma noche, José Regueira cenó castañas cocidas con leche fresca, y se metió en la cama a ver si san Cosme ya se había enterado de su petición y lo libraba de la señora del paraguas. Y así fue. En vez del silbido acostumbrado, golpearon la puerta del cuarto con los nudillos, y entró en la habitación Florita, una vecina muy lucida a la que José solía quedarse mirando, medio embobado. Florita le puso un dedo en los labios recomendándole silencio, y le dijo, cariñosa:

—¡Adiós, Pepiño! ¡Aquí te espero comiendo un huevo!

Cuando volvió del servicio, José Regueira enamoró a Florita y se casaron. Ella negó siempre que hubiese ido a la habitación de él a decir eso de «aquí te espero comiendo un huevo». José le ponía un dedo en los labios, y la hacía callar.

LOS NOMBRES SECRETOS

LES hablaba el otro día de una meiga, Felisa de Lonxe, conocida por la Viveiresa, y de cómo sabía toda la ciencia de echar el mal de ojo a personas y animales, y especialmente a estos últimos, y cómo lograba que unas gallinas dejaran de poner o una vaca de dar leche. Un tal Suso de Vila me explicaba una vez lo que él sabía hacer para evitar que sus vacas, por ejemplo, fueran malojudas. Es natural que entre gallegos, habiendo la acción que podemos llamar ofensiva de echar el mal de ojo, naciese en seguida la acción que podemos llamar defensiva para evitar que el mal de ojo lo alcanzase a él o a sus animales domésticos.

—Verbigracia —me decía el señor Suso de Vila—, yo voy a la feria de Monterroso a comprar una vaca. Y compro una vaca de la raza rubia gallega más o menos mejorada, una vaca que se llama como todas las vacas gallegas marela o teixa, según el color de la piel, o fígueira, porque tiene cornamenta un poco rara, que recuerda las ramas retorcidas y desparramadas de la higuera. En fin, compro la vaca, la compro bien, bastante arreglada, y me vengo para casa muy ufano con la compra, que ha sido muy decente. La vaca está preñada, y estoy seguro de sacarle lo suyo en la leche. Con ella ya en casa, vienen los vecinos a saludarla, y a averiguar lo que pagué por ella, y noto, mirándoles a los ojos mientras hablamos, que en algunos hay envidia. ¡Tate!, me digo, aquí hay un cabrito que le va a echar a mi vaca un malojo. Los vecinos, sólo con verla, ya saben cómo se llama si marela, si teixa, si figueira. Se van y yo me quedo solo en la cuadra con la vaca. Yo soy el dueño, y puedo llamarle a la vaca como quiera. Me acerco a ella, le paso la mano por el lomo, le doy algo de comer, le hago dar un par de vueltas, en fin, los actos de posesión, que vea que soy el amo. Como soy el amo, puedo llamar a la vaca como quiera. Así que, poniéndome frente a ella, y tocando con mi mano derecha su cuerno izquierdo, le digo solemne:

—¡Tú no te llamas Marela! ¡Tú te llamas Teodora!

Y mi vaca así queda a salvo del malojo. Tan sencillamente. Porque el envidioso va de visita a la meiga, y le dice, dándole un par de duros:

—¿Y no podría hacer algo en la vaca Marela del señor Suso de Vila?

Y la meiga hace algo, pero no surte efecto, porque el mal de ojo va a la vaca Marela del señor Suso de Vila, y el señor Suso de Vila no tiene tal vaca Marela, la vaca comprada en la feria de Monterroso, se llama Teodora.

Y así, con esta práctica tan sencilla, una vaca puede verse libre de todo mal. El nombre que a la vaca le impuso el dueño, ha de conservarse secreto, naturalmente.

El señor Suso de Vila me miraba con sus ojos pequeños y azules, uno de los cuales era un poco chisco, pero aumentaba la gracia de su expresión cuando me contaba su ciencia anti-malojo.

PIÑEIRO Y LAS FUENTES

ESTE Piñeiro de Guitiriz era pariente lejano mío. Su mayor preocupación eran las fuentes, como si fuese don Felipe II o un erudito chino en manantiales. Piñeiro si tenía ocasión de hablar con un forastero, un viajante, por ejemplo, o el conductor de un camión de Zaragoza o de Palencia, que se detenían en el Maragato de Guitiriz a tomar un café o a comer un bocadillo de jamón, lo primero que preguntaba era qué tal de agua por allí, qué tal de fuentes. Y apuntaba lo que le decían en una libreta de propaganda del calcium Sandoz, que le regalaran en la botica de Labarta. Siempre tenía alguna novedad en fuentes. Por ejemplo, que en las Canarias había dos fuentes, con tales virtudes, que si bebías agua de una de ellas no hacías más que reírte durante veinticuatro horas, y si bebías agua de la otra, te echabas a llorar desconsoladamente. Si notaba que su noticia me causaba sorpresa, se frotaba las manos. Era un hombre alto, pelo blanco, huesudo, siempre mal afeitado, las manos largas y afiladas. Lo que quedaba de recuerdo de su figura es que toda ella era de hueso como si Piñeiro tuviese más hueso que los demás mortales.

Cuando alguien de Guitiriz salía para el servicio militar Piñeiro iba a la estación a despedirlo.

—¿De modo y manera que te me vas para Burgos? ¡Te voy a explicar las fuentes que hay por allá!

Y se las explicaba, las de Burgos propiamente dichas, las de las monjas de las Huelgas, las de Castrojeriz y las de Prádanos de Bureba... Si yo encontraba en los libros que leía una fuente rara, procuraba que me quedase en la memoria para contarle la novedad a Piñeiro. Una vez, un tal Puga, fue a Vich a comprar un garañón, y le trajo a Piñeiro la noticia de que allí había una fuente que llamaban de «los estudios» e iban a beber a ella, con su chistera y sus capas, los seminaristas, a los cuales después de beber se les aclaraba la voz, como si hubiesen ido a tomar vahos a Caldas de Reises, y daban muy bien su lección de latín. Puga traía la noticia de un cura de allá, con el que había comido una excelente butifarra. Puga era muy burlón, y le dijo a Piñeiro que él había bebido de aquella fuente, pero como no sabía nada de latín, que no notara sus efectos. En cambio, dándole de beber al garañón, un catalán nervioso, en el pilón de la fuente, notó que después orneaba con un acento extraño.

Piñeiro calló, y aprovechó una feria de Parga para ir a la parada que tenía Puga, y donde no se hartaba el garañón de Vich de cubrir yeguas. Piñeiro esperó paciente a que la bestia rebuznase. El garañón rebuznó, y Piñeiro comentó:

—*Pois o acento éche ben galego!*

Cuando me contó el asunto, yo le expliqué que el latín exige acento claro, y no el nuestro oscuro, máxime el acento gallego de la gente luguesa, y que en puridad, acento latino quizás solamente lo tenga el papa de Roma.

Como Piñeiro tenía algún dinero, viajaba a fines de verano por Galicia para conocer nuestras fuentes. Le había sentado muy bien para el pulmón, decía él, una

que hay en Santiago en la Virgen de la Cerca, y para la vista otra que hay a la entrada de Becerreá, viniendo de Piedrafita. Me decía que hay fuentes para todo, y la cuestión es dar con ellas, menos para la muerte. Y quizás tuviese razón.

FELPETO, LOQUERO Y MÚSICO

A Felpeto lo habían llevado a Conxo desde su Corme natal. Había navegado durante muchos años en el velero *San Antonio* y *San Animas* y lo tuvieron que desembarcar porque no hacía más que gritar que se retiraba al mar, que no se veían más que rocas, y echaba mano al timón para desviar la nave de las rompientes. Retirada del mar que no había, rocas imaginarias, rompientes inexisten. Pero, desembarcado, se pasaba el día y la noche corriendo por Corme, anunciando que venía el mar sobre la tierra, que las olas iban a cubrir las casas, y que había que ponerles velas en los tejados para salir navegando. Un médico amigo de la familia consiguió meterlo en Conxo, donde lo tranquilizaron algo, diciéndole que el mar estaba a doce leguas. Hizo amistad con otro interno, un cantero de Pontevedra, el cual tenía la obsesión de hacer instrumentos musicales de piedra. Le permitían tener en Conxo los útiles del oficio, y se pasaba el día picando en la cantería, intentando lograr una gaita, con el punteiro y el ronrón, y el fol, y ya la llevaba muy adelantada, y parecía gaita para capitel románico. El problema principal que se le planteaba al cantero, el señor Avelino, era cómo llenar el fol de la gaita, porque nadie hasta entonces había estudiado la dilatación de la piedra por medio del soplo de los pulmones humanos. Por este inconveniente el señor Avelino decidió suspender la obra de la gaita y se decidió por labrar una flauta, que esta no tiene fol. Hizo una hermosa flauta de piedra, la pulió, y cuando la encontró a punto, se la dio a Felpeto para que la probase. Felpeto soplabá, pero de la flauta de piedra no salía sonido alguno. El señor Avelino estudió aquel silencio de su flauta, y al fin cayó en la cuenta:

—*Olvidóuseme furala por dentro!*—, dijo.

Y mientras el señor Avelino veía como agujerear la flauta, Felpeto se dio a sí mismo de alta como loco.

Pidió ver al director de Conxo, y le dijo que todo aquello de no ver mar desde el velero, y de ver el mar en tierra firme tragándose la villa de Coime, que fuera a consecuencia de una indigestión de congrio curado, y que en el año largo que llevaba en el manicomio que había aprendido como hay que tratar a los locos, y si lo metían de loquero, que había vacante, que lo agradecía. Solamente pedía alojamiento, comida y que le pagasen una clase de música. Le concedieron lo que pedía, y lo de la clase de música fue fácil, porque andaba por allí el que fuera director de una banda de música en una villa de la provincia de Orense.

Felpeto trataba muy bien a los locos furiosos, los calmaba, les hablaba de naufragios y de cómo era el puerto de Luarca, y les enseñaba algo de solfeo, del solfeo que le estaba enseñando el orensano. Al ver que de verdad tranquilizaba a los airados y sosegaba a los más furiosos, los otros loqueros le llamaban Felpeto Calmante.

Un día le dijo al director que quería ir a su casa, que debía haber muchas goteras,

y que su mujer estaría preguntando por él.

—¡Seguro que no sabe que estoy embarcado en el *Conxo*!

Como si *Conxo*, el *Conxo*, fuese un velero cormeño, como el *San Antonio* y *San Animas*. Lo dejaron ir, y llegó a Corme solfeando. Y a poco murió en su cama, solfeando, y sin haber dicho a nadie, desde que llegó de *Conxo*, más que do, re, mi, fa, sol, la, si...

MARCELINO SALGUEIRO

UN día cualquiera, Marcelino Salgueiro, estando de pie en la puerta de su casa de Valongo, contemplando como empezaban a colorear los árboles del bosque declarando la presencia del otoño, se dio cuenta de que le giraba la cabeza, intentando cambiar su posición natural, de modo que si la dejase girar del todo, en vez de quedar vertical sobre su pecho, su cabeza quedaría vertical sobre su espalda. La sujetó como pudo, y al fin la cabeza cedió y se dejó estar en la postura acostumbrada humana. Pero la dichosa cabeza, cuando Marcelino menos lo esperaba, repetía sus intentos de giro, como si estuviese montada en tornillo. Menos mal que sus giros eran lentos, y le daban tiempo a Marcelino a echar ambas manos a las orejas. Como los intentos de giro se iban haciendo más frecuentes, Marcelino decidió ir a consultarse con el curandero de Pacios, el señor Estevo, un hombre misterioso que andaba por los campos a hora de alba buscando hierbas medicinales, o que él tenía por tales, y soplaba en el vaso de agua antes de beber esta, porque si el agua le sentaba bien, especialmente la de algunas fuentes, le sentaban mal los vapores húmedos que desprendían. Vapores invisibles para los demás mortales, pero bien visibles para él.

Llegó Marcelino a casa del señor Estevo, y precisamente aquel día, le notaba a la cabeza más voluntad de dar la vuelta y mirar para atrás, que en otros días. Lo primero que hizo el señor Estevo fue sentar a Marcelino Salgueiro delante de un espejo y mandarle que sacase la lengua. Mientras Marcelino se contemplase en el espejo y tuviese la lengua fuera, la cabeza no intentaría movimiento alguno. El señor Estevo lo sabía por experiencia, que en Francia había habido un caso semejante, del que hablaban los libros. El curandero, para comenzar el tratamiento, le aconsejó a Marcelino que estuviese moviendo constantemente la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, como si siguiese un partido de tenis, —esto del tenis lo digo yo, que no lo dijeron ni el señor Estevo ni Marcelino—, y que todas las mañanas hiciese una cura de plomada, que consistía en tener la plomada de albañil delante de la nariz, bien quieta, y estar mirando para ella fijamente una media hora. Las primeras semanas la cosa iba muy bien, pero pronto volvió la cabeza a querer girar, especialmente de derecha a izquierda. El señor Estevo le advirtió a Marcelino que estaba en peligro de muerte, porque si la cabeza tomaba impulso y daba una vuelta completa, lo que era previsible, se le apretaría por dentro la garganta, y vendría la muerte por asfixia. Hubo que llamar a un carpintero, el cual le hizo un casco de madera de abedul a Marcelino, que descansaba sobre los hombros, e impedía el giro de la cabeza.

El señor Estevo le comentaba a Marcelino que si se pudiese lograr que la cabeza diese solamente una media vuelta, y quedase de frente sobre su espalda, entonces Marcelino Salgueiro podía ganarse la vida exhibiéndose en los grandes teatros nacionales y extranjeros, que sería caso único en el mundo, estudiado por los médicos de París y de Río de Janeiro. Rico y célebre, igual conquistaba a la Chelito que era la

mujer que más le gustaba de todas, desde que la vio muy escotada en una revista ilustrada. Y Marcelino comentaba:

—Igual me juego la vida un día, dejando a la cabeza que gire lo suyo. ¡O muerto o célebre!

Pero nunca se decidió a dejar que girase su cabeza lo que quisiese.

SEBASTIÁN DE CORNIDE

TRABAJABA en Barcelona en un taller de carrocerías y habiéndose comprado una chaqueta azul y pantalón gris, amén de media docena de corbatas se echó una novia murciana que se llamaba Fuensanta. Sebastián era alto y más bien flaco, y la novia era pequeña y regordeta. Era muy cariñosa y calladita, y siempre le estaba pidiendo a Sebastián que le contase algo. Sebastián era también más bien callado, y pocas cosas tenía que contar como no fuese de su aldea de Cornide, de su hermano cazador, de ir a bañarse en verano al río, de las vacas, de la feria de Monterroso, del pulpo, de un loco que había en Beade y que escupía lagartijas, y de las siembras y las cosechas, y de los pájaros del país, a los que imitaba muy bien, comenzando por el cuco y terminando por el mirlo y el ferreiriño. La murciana, por esto de la imitación de los pájaros por parte de Sebastián, andaba diciendo que tenía un novio músico. Lo que más sorprendía a Fuensanta de la aldea de Cornide, es que no hubiese sandías y no se fabricase allí el pimentón. Fuensanta, escuchándole a Sebastián como se preparaba el pulpo, sugirió que si ellos, ya casados, montaban un negocio de pimentón en Cornide, que surtían a Galicia toda y se harían ricos. Tanto pensaron en el pimentón y en lo solazadamente que vivirían, y lo que viajarían en vacaciones, y tanto se abrazaban y besaban cuando descubrían una nueva ventaja del asunto pimentonero, que tuvieron un niño. El niño nació cuando le habían mandado a Fuensanta desde su Murcia natal un catálogo de pimientos con las instrucciones para su cultivo. El niño nació con una mancha en la mejilla derecha. Una mancha rojiza, del tamaño de un duro, y en forma de pimiento morrón.

Sebastián dudó entre casarse o no con Fuensanta, porque él quería regresar a su aldea, que estaba cansado de Barcelona y unos tíos suyos lo llamaban ofreciéndole la herencia, y ella no estaba dispuesta a venir a Galicia si no se montaba la fábrica de pimentón. Una manía como otra cualquiera. Sebastián considerando lo de la mancha de la mejilla derecha del niño, dijo que no era bueno que el crío creciese sin padre. Hubo boda, con mucha asistencia de murcianos, y mucha guitarra y canciones. Sebastián pasaba la mayor parte de su tiempo libre intentando convencer a Fuensanta de que lo mejor era que se fuesen a vivir a Cornide, y que ya allí verían si se daban los pimientos, y si era rentable el fabricar pimentón. Y al fin decidió la Fuensanta. A la murciana le gustó Cornide, que está en un alto, y por eso allí no podía haber inundaciones del Segura, que tanto le asustaron de niña en su pueblo de Murcia. Plantó pimientos, que no se dieron muy bien, y con lo que sabía del arte de hacer pimentón, logró así como media libra para el consumo doméstico. La murciana tenía una cierta disposición para el dibujo, y con lápices de colores dibujó y coloreó una especie de etiquetas, con las que envolvió el bote en el que guardó el pimentón casero. La etiqueta decía: «Pimentón dulce de Cornide. Marca El Niño del Pimiento». Y rodeado por el letrero, apareció el hijo, con su carita redonda, y en la mejilla derecha un pimentón rojo que llegaba desde la oreja hasta el mentón. En la fiesta del

patrón, sacaba el bote a la mesa, y la murciana era muy felicitada.

REINALDO NOVO

REINALDO Novo era cazador de nutrias. Curtía las pieles y las iba a vender a Lugo a un tal Yáñez. Pero teniendo nutria fresca la comía asada, después de dejarla un par de días en adobo, con ajo, pimentón, vinagre y laurel. Y en tazas de barro guardaba la grasa de la nutria, que era remedio excelente para el reuma, y también servía para frotar con ella el pecho de los catarrosos, y aun de los tísicos. Reinaldo, al tiempo que cazador de nutrias, era meteorólogo y predecía en enero el tiempo para todo el año, por el sistema tan conocido por muchos labriegos gallegos de *as sortes e resortes*. La mayor satisfacción que podía dársele a Reinaldo Novo, era mostrarle el *Repertorio Zaragozano* o el *Gaiteiro de Lugo*, con los temporales corregidos por las predicciones de Reinaldo. Donde don Mariano del Castillo, en el *Zaragozano*, decía lluvias, los parciales de Reinaldo tachaban y ponían soleado. Algunos le llevaban cualquiera de estos almanaques, el *Zaragozano* o el *Gaiteiro*, y por siete pesetas, con su clara y grande letra, Reinaldo corregía. Un día en el que intentaba sujetar por la cabeza, con una horquilla de madera una nutria que había caído en el cepo, resbaló y la nutria lo mordió en una pantorrilla. Nunca más curó de los dientes de la nutria. Andaba con la pierna vendada y secaba la mordedura de la nutria con polvos de regaliz. Era pequeño, ancho, cerrado de barba, muy ligero, casi felino de movimientos, y tenía el gesto de llevar la mano derecha al entrecejo mientras miraba para ti con sus pequeños ojos negros. Cuando le preguntaban por qué hacía ese gesto con la mano, respondía que lo había aprendido de los cazadores del Canadá, a los que había visto en una película en un cine de La Coruña.

Cuando ya andaba por los cincuenta, descubrió que el lobo sabía que el rayo solía, en el monte, buscar un árbol. Así que si había tormenta, el lobo salía a descampado y se tumbaba pegado al suelo. Por eso, si en la sierra de la Corda alguna vez en sus caminatas de cazador había encontrado zorros y jabalíes muertos por la chispa, nunca había encontrado un lobo, como él decía «electrizado». Contaba que un día de San Pedro, a las tres de la tarde, caminando hacia Montouto, vio un lobo tumbado junto a una leira de centeno. Reinaldo se acercaba pero el lobo no se movía. Reinaldo no llevaba escopeta, y pensó que quizás dándose cuenta de esto el lobo, se dejaba estar. Era un hermoso día de sol, pero de pronto, Reinaldo se dio cuenta de que surcaban bajas, aparecidas súbitamente, unas nubes negras, que ya estaban encima mismo de él y del lobo, y surgían de ellas fulguras terribles seguidas de espantosos truenos. Reinaldo contaba que el lobo hizo una seña, y el cazador se tumbó panza abajo a su lado, y allí se dejó estar golpeado por el granizo hasta que cesó la tormenta. Vuelta la calma, el lobo se levantó y se fue. Reinaldo también se levantó e hizo con la mano derecha el gesto de los cazadores del Canadá.

—Usted, don Álvaro, —me decía—, lo cree o no lo cree, pero el lobo, antes de meterse en la fraga, se subió a una peña y respondió con el mismo gesto, sólo que él lo hizo levantando la mano izquierda. ¡Sería zurdo!

BALBINA, LA MARAGATA

EL único hijo de los Pardos de Aceagrande, se enamoró de la hija menor del maragato de Puentes. No sé a quién había salido esta Balbina, porque su padre era corto de talla y su madre casi enana y redonda, y salió la chica tan alta y espigada, muy lucida de pierna, y siempre con peinetas de colores en el negro pelo. Muy remangada y reidora, servía copas y vasos en la taberna paterna. El de Aceagrande se enamoró de la Balbina y un día, a la vuelta del servicio militar se declaró a la muchacha, esta lo aceptó, y el novio reunió a sus padres y tíos para darles la noticia. El José era el último de los Pardo de Aceagrande y el único heredero de aquellas carballeiras, aquel praderío, aquellas veigas de Puentes. Cuando José anunció que quería casarse con la Balbina del maragato de Puentes, los padres se echaron a llorar, y los tíos amenazaron con desheredar al sobrino. ¡Jamás una maragata entraría en la familia! José alababa las virtudes de la Balbina, pero era inútil. Salió a relucir su abuelo, el señor Sebastián, que fuera vinculeiro de los Miranda y mayordomo de Santa María de Noste. ¡Una maragata en la familia era una deshonra! El José, con harto dolor de corazón, acató la decisión familiar, y aquella noche fue a decirle a la Balbina que de lo tratado, nada. Balbina se echó a reír, y por todo comentario, dijo:

—¡Ay, que ganas me entraron de un bocadillo de chorizo! Y se lo preparó y se sentó a comerlo a la puerta de la tienda, desentendida de José Pardo, que no sabía qué hacer ni qué decir, y a quien se le llenaban los ojos de lágrimas.

Pasaron años. José no se casó. Murieron los suyos, y él vivía solo en Aceagrande, injertando manzanos, cuidando el fresal y atendiendo a las colmenas movilistas, patente *Richard and Sons*. Se había dejado la barba y el último sábado de mes iba a Mellid, a que se la arreglase un barbero que se la recortaba muy de su gusto. La Balbina tampoco se había casado. Había tenido amores con un viajante de pimentón y con el cabo de la Guardia civil del puesto de Boimorto. Se conservaba muy buena moza y aquella risa alegre de la mocedad, la conservaba ya cuarentona. Un amigo de José Pardo decidió un día aconsejarle:

—Mira, José, la Balbina sigue estando por ti. Ni con el viajante ni con el cabo de Boimorto pasó nada de mayores. Si tú quieres yo preparo una entrevista, por ejemplo en Palas de Rei un día de feria, Ella está tratando unos pendientes con el platero, llegas tú, alabas el gusto, se los regalas, y volvéis a los cariños pasados. Hacéis una boda callada, y a esperar un heredero de la buena moza.

José Pardo meneaba la cabeza negativamente.

—¡Bueno —le decía el amigo—, unos pendientes, una pulsera o una cinta para el moño! ¡La cuestión es ponerse a hablar!

José Pardo seguía meneando la cabeza negativamente.

—Gustar, no digo que no me gustase acercarme a ella y regalarle los pendientes, o la pulsera, o la cinta para el moño, y casarme con ella, pero nunca podré olvidar que se puso a comer un bocadillo de chorizo cuando a mí se me saltaban las lágrimas.

Desde entonces nunca volví a probar chorizo alguno, tan apetecido como era de ellos. ¡Si hubiese cogido unas galletas María o hubiese bebido un vaso de gaseosa, pase, pero aquel desprecio del chorizo en aquella hora tan triste!

José Pardo de Aceagrande murió soltero, enamorado de Balbina la maragata, a causa de un bocadillo de chorizo.

EL TÍO DE PACIOS

EN la barbería de Beloso, el sábado en la noche, quien llevaba la voz cantante era Romualdo do Pereno, un medio jorobado que tenía un bigote triste y lacio y prendía en las tes, tartamudeando algo. Presumía de conocer el nombre y apellido de todos sus antepasados.

—En la escuela —decía—, debían enseñarles a los niños todo su ramo familiar, padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, hasta donde hubiese memoria o papel.

Este era su tema favorito, y lo ampliaba contando de su familia materna, especialmente de sus tíos de Pacios. Por ejemplo, de su tío Domingo, que era tío trisabuelo, según sus cuentas.

—Mi tío Domingo de Pacios fue el primer hombre de la provincia de Lugo que fumó —dijo un sábado en la barbería, mostrando a los presentes una cachimba vieja, roída en la pipa—. ¡Casi doscientos años de antigüedad! ¡Del tiempo de Carlos III!

Los presentes curiosearon la cachimba y uno dijo que le parecía que era de palo santo.

—Mi tío Domingo se sentó en Lugo, en la plaza mayor, junto a la fuente, sacó la cachimba, cebó con el pulgar tras llenar el cazo de tabaco, y encendió. Echaba humo que parecía que ardía un pajar. Se juntó el público alrededor, y mi tío, sin decir palabra, echando humo por la boca y por las narices. Un policía corrió a dar parte al gobernador, quien mandó llamar a mi tío Domingo. Vino un alguacil a buscarlo, e iba apartado de mi tío, porque el humo le hacía toser. Mi tío, en el salón del trono del Gobierno civil, fumó media hora larga delante del gobernador y de todo el personal. Mi tío Domingo explicó que había tomado la costumbre de fumar en Puerto Rico, y que le había enseñado la técnica un jefe indio que se llamaba Cristóbal, que se tapaba las partes con un paño en el que estaba bordada la figura de su santo patrono. Mi tío tenía, además, un diente de oro. El gobernador de Lugo le preguntó si el diente tenía algo que ver con el poder fumar. ¡Ignorancia que había en aquellos tiempos! Mi tío fue felicitado y el gobernador le pagó la comida. Creo que dieron parte del suceso a Madrid.

Otro sábado, Romualdo explicó que otro tío suyo, este por parte de los Meiregos de San Covade, estaba de asistente del general Weiler cuando llegó la fotografía a Cuba. El general quiso retratarse, pero antes mandó que un pirotécnico de la Real Maestranza de Artillería comprobase lo que había dentro de la máquina, que la manejaba un inglés. Para que saliese bien el retrato, el general tenía que estarse quieto media hora, y que nadie se moviese a su alrededor, no temblase el piso. El general salió muy favorecido, más alto de lo que era, y vista a la izquierda. La fotografía, rodeada con un ramo de laurel, la pusieron en un escaparate de una tienda, en la calle de Santa Clara, y le daban guardia constante dos soldados de caballería.

Romualdo do Pereno terminaba la historia, silbaba por su perro Colás, y se marchaba calle abajo, dejando estupefacta a la clientela del sábado de la barbería de

Beloso.

ROQUE DAS GOÁS

ESTO acontecía allá por los años diez, cuando se hizo famoso Vedrines volando. Roque das Goás se puso a inventar una máquina voladora. La máquina le salía perfecta en su mente, y la dibujaba muy bien, con cinco asientos, para él, su mujer y sus tres hijos, y antes de ponerse a construirla, ya andaba buscando por los montes vecinos el lugar desde donde se lanzaría en vuelo sobre la Ulloa, viendo allá abajo a Mellid, a Palas de Rei y el castillo de Pambre, antes de virar para posarse en Santiago de Compostela. Roque hizo un viaje a Santiago para elegir sitio para el aterrizaje, y le pareció el más apropiado la plaza del Obradoiro. No comentaba nada de la máquina voladora con nadie, ni con su mujer. Cuando mejor le salía la máquina en su imaginación, era por la mañana, antes de levantarse, todavía medio adormilado. Entonces, todas las piezas encajaban perfectamente, pero ya bien despierto, y desayunando, notaba que se le olvidaba algo. ¡Si pudiera escribir todos los detalles de la máquina y dibujarla al mismo tiempo que dormía! ¿No habría algún método? Roque dudaba si el asunto era consulta de médico o de abogado. Como no lograba la máquina perfecta más que en sueños, por decirlo así, no se lanzaba a la construcción. Tenía abandonada la labranza y la carpintería, en la que era muy apreciado, y el más de su tiempo lo pasaba tumbado, con los ojos cerrados, inventando la dichosa máquina voladora. Volaba sobre La Coruña y lo saludaba el señor Viturro en el Cantón Grande. Tanto lo deleitaban sus ensueños, que llegó a pensar que mejor soñar que se volaba, a volar, y quizás no mereciese la pena construir la máquina voladora. Pero ¿cómo iban a enterarse sus vecinos y amigos, y el público en general, que volaba, si no volaba? ¡Nadie le aplaudiría uno de sus famosos aterrizajes soñados!

Lleno de dudas, Roque das Goás se tumbaba a imaginar vuelos. Una tarde de verano, mientras toda la familia estaba en la siega, Roque echaba una siesta a la sombra de un castaño. Y lo despertó alguien que dio con uno de sus zuecos en los zuecos de Roque. Era un bobo de cerca de Ribadiso, que salía a ganar unas pesetas ayudando en las siegas y en las mallas, pero si no había de merienda bacalao con ajada, no ayudaba e iba a ofrecerse a otro lugar. Era alto y gordo, mofletudo y desdentado, y se llamaba Pastor. Roque le dio las buenas tardes, y Pastor se le quedó mirando fijamente, sin responder. Al fin habló:

—*Moito se viaxa, Roquiño!*—, dijo.

Roque miró al bobo Pastor estupefacto, porque efectivamente estaba imaginando que iba en vuelo con toda la familia a los baños de mar. Pastor estaba ante él, mirándole fijamente a los ojos. Roque podía decir que el bobo de Ribadiso lo estaba hipnotizando. Al fin, el bobo abrió los brazos y pegó un gran salto, un salto que lo llevó hasta la copa de castaño, primero, y al otro lado del camino después. El bobo se reía a carcajadas y se marchó corriendo hacia Mellid. Y desde aquel día Roque, se lo confesó a su mujer, nunca más pudo soñar que volaba y volvió al trabajo. No podía soñar que volaba porque, según él, el tal Pastor de Ribadiso le había robado del

magín los planos de la máquina. Si no, ¿cómo iba a haber volado hasta lo alto del castaño y aterrizado en el camino, que estaba a cien metros? A Roque, en su interior, y recordando sus aterrizajes famosos, le entraban ganas de aplaudir.

PADÍN DE CARRACEDO

HABÍA quedado tuerto del ojo izquierdo, porque estando en el vareo de las castañas, le vino un erizo a él. Anduvo un tiempo con un parche negro de badana, y luego con uno de pasta, color de rosa. Un oculista de La Coruña le dijo que ya tenía el ojo bien curado, y que era cosa de pensar en uno de cristal, que los había alemanes, muy buenos y nada caros. Llegada la ocasión, habiendo vendido en su casa una muía de un año a un tratante de Palencia y teniendo en la cartera el dinero suficiente, Padín volvió al oculista a elegir el ojo de cristal. Los había de todos los colores, cada uno en su cajita, y el oculista indicaba uno que era, precisamente, del mismo color del ojo que le quedaba, castaño claro.

—¡Nadie va a darse cuenta del postizo! —le decía el oculista.

Pero a Padín el que le gustaba era un ojo del color de la violeta.

—*Non me acaerá ben?*—, le preguntaba al oculista.

Este le explicaba que llamaría la atención con dos ojos cada uno de su color, y que el violeta era un ojo raro, que él había encargado especialmente para la viuda de un coronel, pero el ojo había llegado tarde. La viuda había muerto, insistiendo en preguntar, en la agonía, si había llegado el ojo. Se fue, por siete días de retraso, sin él al otro mundo.

—Entonces —le dijo Padín al oculista—, me hará una rebaja.

El oculista se la hizo, y Padín regresó a su casa con el ojo izquierdo del color de la violeta, o mejor dicho de la vinca pervinca, que era como decía un letrero en la tapa de la caja. Padín tenía ya treinta y cuatro años y estaba soltero. Con el ojo violeta tuvo un momento de popularidad en su aldea, y lo aprovechó para pretender a la sobrina del señor cura, que siempre estaba leyendo *El conde de Monte Cristo* y nunca lo daba por terminado; mejor dicho, cuando iba por el medio de la novela ya no se acordaba del principio, y tenía que volver al primer capítulo. Hubo boda, y ella, al principio como chiste, pero luego se le fue imponiendo la idea en los adentros de su mente, decía que a ver si los hijos que tenían traían los ojos del color de la vinca pervinca del ojo alemán de su marido. Este se reía y la abrazaba. En definitiva, aquello era una prueba de amor.

Quedó en estado la sobrina del cura, y a su tiempo tuvo un niño con los ojos claros. Al año siguiente tuvo una niña con los ojos negros, pero un año después tuvo otra niña con los ojos del color de la violeta o de la vinca pervinca, como quieran. Y ella lo explicaba muy bien: por las noches, cuando Padín se echaba a dormir, metía el ojo de cristal en un vaso de agua, como le recomendara el oculista, y entonces iba ella, aprovechándose del sueño del marido, y cogiendo el ojo lo ponía sobre el vientre, justamente en el ombligo. Fue consejo de una meiga de una parroquia vecina. Todo se sabe en las aldeas, y esto se supo también, y la mujer de Padín que se llamaba Eulalia comenzó a recibir a mujeres en estado que querían tener hijos con ojos del precioso color del ojo alemán. Padín vio que era negocio y montó lo que el

llamaba una «estación de servicio». La embarazada venía a ponerse en el vientre el ojo, y dormía en la casa. Por cada sesión nocturna, y desayuno, veinte duros. Algunas veces fallaba el experimento, pero otras no, y había jugando por allí niños con hermosos ojos color de la violeta. Misterios de los antojos.

PEDRO BRAVO

PEDRO Bravo era un tipo pequeño, algo picado de viruelas, y las orejas mordidas por los sabañones infantiles, que parece ser que lo afectaron mucho. Había vivido en La Habana y en Méjico, y trabajado en muchos oficios.

Cuando en la barbería o en la taberna contaba de sus viajes o de sus aventuras, en seguida se formaba a su alrededor un corro de atentos oyentes. Contaba muy bien, dibujando con ambas manos en el aire los raros personajes que había conocido. Por ejemplo, una húngara domadora de pulgas que se hospedó en la misma fonda en que él vivía en Veracruz: una mujer muy blanca, muy gruesa, con amplias curvas en las que las manos de Pedro insistían. Un día la húngara tuvo fiebre alta, y no se atrevió a dar de comer a las pulgas en su brazo derecho, como solía, porque temía que se intoxicasen y muriesen. La húngara, que se llamaba condesa Mistla, le rogó a Pedro que se prestase a darle a sus pulgas por lo menos el desayuno, y Pedro puso su brazo, y la húngara hizo pasar a él las pulgas desde su caja de cristal. Las pulgas eran veintiocho, entre las que tiraban como caballos de una carroza diminuta y las que sabían columpiarse, y todas comieron en el brazo de Pedro, quien anduvo dos días con una gran picazón en el lugar del banquete pulgar. Los vecinos de Pedro creían difícilmente esta historia de las pulgas domadas, pero un veterinario de Villagarcía dijo que se habían dado casos de domadoras de pulgas, y cuando fue de viaje de novios a Barcelona, se anunciaba una de estas, alemana, en una sala de fiestas. Pedro, en agradecimiento al veterinario por esta ayuda le hizo un regalo de vino de su cosecha.

Contaba también que en Méjico capital había estado empleado en una confitería que era de uno de Avión que se había casado con una china. La confitería era famosa porque no había otra en la capital federal que hiciese tan sabrosos merengues de leche de burra como *La sonrisa de Pekín*, que así se llamaba la confitería. El de Avión se llamaba Marcelo Calviño. Muchas señoras le pedían la receta de los merengues, pero Marcelo se negaba, porque le había jurado a su mujer guardar el secreto. Los merengues encortezaban muy bien, con un ligero dorado, y el interior era casi líquido, blanquísimo. Pedro Bravo andaba muy curioso de la fórmula de los merengues, por si algún día, con sus ahorros, ponía una confitería en Pontevedra o en Sanxenjo. Y cuando menos lo pensaba, descubrió el secreto. La china, que se llamaba Li y era muy bonita y muy bien hecha, dentro de ser china, cuando iba a hacer la merengada, antes de batir las claras y añadir la leche de burra —que tenía en casa una muy pacífica—, traía al más pequeño de los niños de su familia —siempre había alguno que aún mamaba, y este era el elegido—, y lo ponía a mear en el batido. Ese era el gran secreto de los merengues de *La sonrisa de Pekín*.

Pedro dejó la confitería, que se le había puesto un punto en el estómago, para marcharse con un francés que hacía cometas de papel y las vendía por las fiestas del país. Pasados años, y cuando ya había decidido regresar a Galicia, se encontró su

antiguo patrón de Aviión, el confitero, adquiriendo un billete en la misma agencia.

—¡Voy a pasar un mes al Carballiño, comiendo pulpo!

—¿Y los merengues pekineses? —le preguntó Pedro.

—¡Era de lo más decente que se hacía en la casa!, —contestó el de Aviión.

PAULINO DE BOTAS

ENTRE los cazadores más notorios del país de Portomarín, donde fueron los Caballeros de Malta, y de Chantada, sobresalía Paulino de Botas. Paulino era pequeño, delgado, picado de viruelas, arrubiado, los ojos claros y lucían en su boca cuatro dientes de oro, delanteros. El primer año que salió al monte con los dientes de oro, estos, según él, lo delataban. El sol daba en ellos, que brillaban, y las perdices lo veían de lejos, aquel relumbro, y se iban. Para poder cazar algo, tenía que taparlos con un papel de fumar de aquellos viejos librillos del *Rey de Espadas*, que no se fabrican o por lo menos no se encuentran en los estancos. Estaba Paulino del lado de fuera de una xesteira y su perro Marón le estaba dando unas perdices. Marón, que era un perdiguero de Burgos, paraba alargando el cuello, el rabo levantado, así como la mano derecha, cuando detrás de un chanto le habló una perdiz. Así como Suená: le habló una perdiz.

—¿En qué idioma? —le preguntaban.

—¡Yo que sé! —respondía Paulino— ¡Sería en perdicil! El caso que yo la entendí. La perdiz quería, en representación unitaria y democrática de todas las perdices de Asma y de San Fiz, que quitase el papel de fumar de los dientes y se los mostrase. Tenía que dejar la escopeta en el suelo, y ponerme cara al sol, con la boca abierta.

Paulino accedió a la petición de la perdiz, dejó la escopeta en las hierbas, y abrió la boca cara al sol. Acudieron dos o tres docenas de perdices a contemplar los dientes de oro. Alguna osó subirse a las rodillas de Paulino, sentado en el chanto.

—¡Muchas gracias! ¡Te sientan muy bien! —dijo la perdiz que hablaba.

Y el bando perdiguero se fue volando monte abajo, hacia el río Miño.

Paulino me contó todo esto en secreto, porque quería saber de mí si había algún diccionario perdiguero-castellano, o mejor castellano-perdiguero, en el que él pudiese estudiar el idioma de las perdices, que ahora estaba seguro de que hablaban. Yo le expliqué que no había tal diccionario, y que lo que había eran tratados del reclamo con perdigón y caña hueca, y que yo sabía de uno muy célebre, escrito por el deán Arbolaza, del Cabildo del Priorato de las Ordenes Militares, libro en el que, además, había muestras de llamada con música. Pero, se trata de un libro del siglo XVIII, que ahora no se encuentra en las librerías. Paulino siguió cazando, pero cuando iba al monte, y su perro Marón paraba unas perdices, el gran cazador les preguntaba si querían verle los dientes de oro. Si no le contestaban y levantaban el vuelo, Paulino disparaba con rabia. Alguna vez una perdiz se acercaba, y pasaba un rato contemplando las piezas auríferas de la dentadura de Paulino de Botas.

—De todas formas —me aseguró—, como no me desairen abiertamente, ya no les tiro a las perdices.

ERMELINA DA PONTE

SU padre fue un curandero muy famoso y tenía clientela desde Allariz hasta Verín, y aun recibía enfermos de Orense. Quitaba las verrugas con siete palabras, y conversaba con los hígados enfermos. No es que hablase con el enfermo del hígado, sino con el hígado propiamente. Murmuraba algo, y pegaba la cabeza al cuerpo del enfermo, donde suponía que estaría el hígado, y escuchaba la respuesta.

—El eco —decía.

Curaba el hígado porque obligaba a esta víscera a situarse fijamente en un sitio determinado del cuerpo, ya que todas las dolencias de hígado vienen de que este se pone a flotar, descomponiendo el orden del cuerpo humano.

Sabiendo que en el convento de Allariz las monjas guardaban un trozo de la piel de un dragón, iba por allí de visita, llevando de regalo unas libras de chocolate y algún queso, con la intención de que un día, por el turno, le fuese mostrada la misteriosa piel, que suponía era supermedicinal. Les propuso a las monjas montar un consultorio donde llaman *la bañera* en Allariz, frente al convento, frotando a los enfermos con el trozo de la piel del dragón. Pero las monjas rehusaron.

Este Manuel da Ponte tuvo una hija, a la que bautizó Ermelina. A los veinte años, era una hermosa mujer, muy alta, muy abundante, arrubiada de pelo. Por consejo del padre aprendió a poner inyecciones, y estaba siempre de pie, con la jeringuilla en la mano, en las consultas. Era una concesión de Manuel da Ponte a la ciencia moderna, y nunca se supo qué era lo que inyectaba intramuscular Ermelina a los enfermos.

Con el tiempo, Ermelina puede decirse que se estableció por su cuenta y era aún mucho más hábil que su progenitor en hacer desaparecer las verrugas. Ermelina, en Verín, llegó a tener una buena clientela de portugueses, y más de una vez se acercó a las ferias de Chaves para atenderlas. Y resultó que un día Ermelina se dio cuenta de que tenía, además del poder de echar las verrugas, de hacer salir lunares en el rostro de las mujeres que lo deseaban. Y como eran moda entonces en Lisboa, especialmente entre la aristocracia y las cantantes de fados, el lunar en la mejilla o en el labio superior, Ermelina ganó bastante dinero haciendo aparecer, con palabras secretas, lunares azules allí donde las portuguesas lo pedían. Un día se le presentó en Verín un caballero lusitano, alto, elegante, con bigotito, grandes ojos negros. El caballero quería un lunar en la mejilla derecha, a la altura del lóbulo de la oreja. Ermelina lo sentó, le puso el dedo índice allí donde el portugués quería el lunar, dijo las palabras secretas por tres veces, y cuando retiró el dedo, ya el cliente tenía un hermoso lunar azul prusia en la mejilla. El portugués se miró en el espejo y se dio por satisfecho.

—Así —dijo—, si muero en accidente, o en la batalla de Alcazarquivir como el rey don Sebastián, mi pariente, podrán reconocerme.

Ermelina miró con admiración al caballero, que se marchó pagando en plata. Ermelina fue a Orense a hacerse unas tarjetas en las que se dijese que trabajaba para

la casa Real de Portugal. Tras consultar el de la imprenta a don Vicente Risco, pusieron en las tarjetas «Alunadora patentada de los Braganza de Portugal».

EL ENANO DEL TESORO

UN tal Sergio de Moimenta, que hasta entonces había hablado bien y seguido, sin prender en consonante alguna, se puso a tartamudear, a tatejar, como decimos en gallego. Prendía especialmente en las emes y en las tes. La cosa fue que pasando por el camino de Camba vio en una roca a un tipo sentado, pequeño, envuelto en una capa amarilla.

—¡Bu...bu...buenas ta... ta...tardes! —dijo el enano.

Y Sergio al responderle no tuvo más remedio que responderle tatejando como él:

—¡Bu...bu... buenas ta... ta... tardes!

Y así fue el pasar a parlante tartamudo. La mujer de Sergio que prendía algo en las pes, creía que el marido tartamudeaba por fastidiarla, pero la verdad es que Sergio era ya un perfecto tartamudo, y cada vez tartamudeaba más.

Se sabía que en las peñas de Camba, legua más o menos oeste, había un tesoro moro, y que lo guardaba aquel enano de la capa amarilla. Sergio decía que el tal enano no tenía por qué haberle hecho a él aquella faena, pues era de los pocos vecinos de Moimenta que nunca se había preocupado de buscar el tesoro. En la vecina aldea de Corbelle había un tartamudo muy conocido, que se había hecho un tipo iracundo, porque no podía parrafear con las mozas, que reían cuando lo veían con tantas dificultades de elocución. Preparaba *in mentís* piropos y declaraciones de amor, pero no le salían, que se retrasaba cinco minutos en soltarse en la primera palabra. Se llamaba Antolín Pardeiro.

Cuando se corrió por la comarca la tartamudez de Sergio de Moimenta, una curandera del país, que tenía la ciencia del sinapismo, lo sabía todo de hierbas y plantas medicinales.

Fue a casa de los Pardeiro de Corbelle a proponer un tratamiento para Antolín. La tesis de la curandera, la señora Jovita, era que el enano, que ya estaba aburrido de estar tantos años guardando el tesoro, le gastó una broma a Sergio, volviéndole tartamudo, y que por la misma razón le quería gastar una broma a Antolín abriéndolo a la parla. Decidieron los Pardeiro que Antolín se fuese a pasar unos días a los montes de Camba, paseando por entre las rocas, sentándose aquí y allá a merendar algo, para lo cual iba provisto de pan, queso, jamón, unos chorizos, huevos cocidos, y una bota llena de vino de Chantada. Ya llevaba dos días Antolín en el monte, y fueron días de niebla y llovizna insistentes, cuando amaneció un día de sol, el cielo limpio, y en la roca más alta, el enano tendiendo, para que se secase de las humedades pasadas, la capa amarilla.

Siguiendo los consejos de la señora Jovita, Antolín saludó al enano, que lo estaba mirando.

—¡Bu... bu... buenos días!

No pudo llegar a decir días. El enano se rió y contestó

—¡Buenos días!

Y Antolín se sorprendió a sí mismo respondiendo a su vez:

—¡Buenos días!

Y en el instante aquel mismo dejó de ser tartamudo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y le ofreció el vino que le quedaba en la bota al enano del tesoro. Regresó cantando a Carbelle, y el mismo día ya salió a parrafear con las mozas. El señor cura, don Rogelio, fue llamado a opinar:

—*Similis dimilind vutsnyur!* —dijo. Y añadió en gallego—: *Ese enano o que é, é un coñón!*

EL VERDUGO EN A CAÑIZA

ESTO pasó hace muchos años, quizás cien. Llegó a A Cañiza el verdugo que había de ajusticiar a un condenado a muerte, y no encontró en la villa quien le diese cama, y tuvo que ir a dormir a la vecina A Lamosa. A la ejecución asistió mucha gente, y entre los asistentes había uno de Melón o de Quines, no estoy muy cierto; a lo mejor era Covelo o de Ribadavia, llamado Agustín, el cual quedó prendado del arte del verdugo y de sus buenas maneras, y le siguió los pasos, escuchándole hablar con el elemento oficial y los guardias que habían asistido al acto, y por el acento, y la parla era notoriamente andaluz. Muy saludador, y poco saludado, pasó al Juzgado a echar unas firmas, y allí le llevaron un bocadillo de jamón y una botella de vino, y mientras reponía fuerzas contó de uno que ajusticiara en Salamanca, que era zamorano, al cual el cura que le recomendaba el alma le ofreció, ya el penado con la cuerda al cuello, un vaso de vino, que el zamorano rechazó diciendo que era blanco, y por eso no lo bebía, que a no tardar una hora le daría ardor de estómago, y que en cambio toleraba muy bien el vino tinto. Los presentes apenas rieron el cuento, quizás porque venían de ver ahorcar un hombre, pero rió su historia el propio verdugo, y el paisano nuestro, quien había logrado colarse hasta la habitación donde el verdugo repostaba. El verdugo se fue solo con su maletín a esperar la diligencia que había de llevarlo a Pontevedra.

Agustín se acercó al verdugo, y abrió su paraguas para cubrir a este, que comenzaba a llover, y le fue preguntando si se tardaba mucho en aprender el oficio suyo, si la paga era buena, si había que viajar, y como Agustín era soltero, no dejó de preguntar si una mujer tenía un pretendiente de gusto, y llegaba a saber que este era verdugo, si lo dejaba o se casaba con él.

El verdugo le contestó a Agustín que él era un funcionario del Estado como otro, y que no apestaba, aunque creyesen lo contrario los ignorantes de A Cañiza. Que él era muy estimado por sus amistades en Valladolid, como antes lo había sido en Zaragoza, y que era, en cierto modo, un científico, pues había propuesto al Gobierno del rey Alfonso XII una máquina portátil más perfecta que la guillotina. Agustín no sabía lo que era la guillotina, y nunca oyera hablar de ella. El verdugo se la explicó, y luego la suya, que efectivamente parecía muy práctica muy práctica e indolora para el penado. En cuanto a mujeres, que él estaba casado con una de Cariñena, que era muy tierna con él cuando regresaba de un viaje profesional. Lo que menos le gustaba al verdugo era la horca, cosa primitiva y que exigía poca habilidad mecánica, aunque él había logrado un nudo corredizo propio, que en el ministerio de Gracia y Justicia no aceptaban, porque en España nunca se premia el verdadero mérito.

—Un nudo así —dijo, y sacándose la bufanda se la pasó al cuello a Agustín, el creyó que en aquel momento iba a ser muerto.

Se desmayó. Cuando volvió en sí estaba sentado en el suelo, y tenía alrededor del cuello una mancha roja, que le duró toda la vida...

—*Salveime de miragre!* —decía.

ROSA MARTIÑO

NO recuerdo si esta Rosa Martiño era de Noya o de Betanzos. Yo la conocí en el *Centro Gallego* de Buenos Aires. Frente a la casa donde nació y vivía con sus padres, había una relojería, y ella le tomó gusto a estar entre relojes, y a ver al relojero, un cojo algo pariente de ella, muy bigotudo, reparar los relojes averiados que le llevaban. Y le dio, cuando llegó a los diez o doce años, por aprender el oficio. Era entonces una mocita rubia, espigada, muy lucida de piernas y de sonrisas. La madre quería que fuese peluquera de señoras, o modista, y el padre pensaba que, tan lista como era, podía llegar a hacerse maestra. Pero Rosa, terque que terque, insistía en ser relojera.

—¡No se sabe que haya relojas! —le decía la madre.

—¡Pues seré la primera mujer relojera del mundo!

Consultado un amigo cura, dijo que la relojería era un oficio muy decente, y que si la niña se daba maña, y el pariente aquel le enseñaba, y le dejaba en herencia la tienda, —que no tenía hijos—, Rosa tenía el porvenir asegurado. A Rosa ya todos la conocían por la Relojera. Pero la madre no cedía, no quería a la hija relojera, iba a la tienda del pariente a exigirle que expulsase a esta, y que nada de darle la relojería en herencia a la niña. Las cosas se pusieron tan mal para Rosa, que ayudada en secreto por el pariente relojero logró emigrar a Buenos Aires. Ya en la capital argentina no le fue fácil encontrar trabajo en una relojería, lo que al fin logró en la de un suizo viudo. Rosa demostró saber muy bien el oficio y fue muy apreciada. Ya era entonces toda una moza, arrubiada, metidita en carnes, sonriente, muy amiga de tararear mientras trabajaba, canciones gallegas. Todos los que trabajaban a su lado, y el patrón, el suizo viudo, querían casarse con ella. Y ella a todos muy buenas palabras y dejándose invitar al teatro y a comer patatas a la inglesa.

Un día llegó a la tienda un general que se llamaba Borges, y que era hombre con mucho mando, y andaba el más del tiempo a caballo, vigilando las avenidas de la capital. Una sociedad italiana le había regalado un hermoso reloj, pero cuando el general Borges lo quiso poner en hora y darle cuerda, el reloj no andaba. El suizo viudo se lo entregó a Rosa Martiño para que lo reparase. Y tras un par de horas de trabajo con el reloj, Rosa le comunicó al patrón que aquel reloj no estaba hecho para andar, que por las piezas que lo componían no podía andar, ni andaría nunca. El suizo estudió el reloj, y tenía razón Rosa: toda la maquinaria consistía en dos ruedas, un pelo, una espiral y una campanita. Llegó el general Borges a caballo a buscar su reloj, y le dieron la noticia. Se irritó, y salió al galope a buscar a los italianos del regalito. No los encontró, y al día siguiente moría, que se le paró el corazón. Nadie vino a buscar el falso reloj, que tenía unas hermosas tapas de plata con una cierva en relieve. Una tarde, con el reloj en la mano, le olió a quemado. Lo abrió, y estaba ardiendo el pelo, y toda la maquinaria al rojo vivo. Lo tiró sobre la mesa, y el reloj explotó. Un trozo de metal le llevó a Rosa el lóbulo de la oreja izquierda. Era un atentado contra

el general Borges, preparado por los italianos. Se produjo con un año de retraso. Rosa salió en periódicos y revistas, le brotaron numerosos pretendientes, y al fin, como siempre estaba pensando en volver a Noya o a Betanzos, se casó con un marino, que no quería navegar, sino trabajar como relojero. Así es la vida.

DON FELICIO ESCRIBE DESDE EL OTRO MUNDO

LA casa de los Pardo, en Lourido, la construyó don Felicio a finales del siglo pasado, una casa grande, con hermosa piedra, con su gran solana, en un alto, sobre el verde praderío y el río. Pero don Felicio se murió sin estrenarla. Hace pocos años que sus nietos lograron que en Lugo hicieran una buena ampliación de una fotografía de don Felicio, que le sacaran en La Coruña al regreso de su viaje a La Habana: traje claro y sosteniendo la pajilla sobre la rodilla derecha. Y en una cómoda, debajo de la fotografía, pusieron la escribanía de plata alemana de don Felicio: una escribanía con tintero, vaso para la arenilla secante, y pluma imitando pluma de ave. Pero, todo esto aconteció después de lo que voy a contarles. Manuel de Seixo, nieto político de don Felicio, tenía una pequeña mesa en la habitación en que dormía, y en esa mesa estaba la escribanía de don Felicio, sin limpiar, medio olvidada debajo de periódicos atrasados. Una noche Manuel despertó a causa de un ruido raro, como si alguien estuviese arañando en los papeles que había en la mesa. Encendió la luz, y vio que la pluma de la escribanía se había salido de esta e intentaba escribir algo en un pliego de papel de barba que Manuel tenía allí para hacer una instancia solicitando que le concediesen una parada caballar, que era la ilusión de su vida. Todos los años mandaba la instancia a Valladolid, y todos los años se la devolvían con un sello que decía «Denegada». La pluma, al darse cuenta de que era observada por Manuel, volvió a su sitio en la escribanía. Por la mañana, Manuel consultó el asunto con su mujer y sus cuñados, y todos coincidieron en sospechar que bien pudiera ser don Felicio el escritor. Llevaba sesenta años muerto, pero podía tener algo urgente que decir a los descendientes, y permiso para decirlo. Manuel limpió la escribanía, puso tinta en el tintero, y a la pluma una plumilla nueva, de coronilla, y al lado, varios pliegos de papel de barba. Se establecieron turnos de vigilancia nocturna, y a la quinta noche, estando la nieta Eduvigis de guardia, alumbrándose con una lamparilla de aceite, la pluma salió de la escribanía y rasgó rápida en el papel de barba, tras mojarse en el tintero. Eduvigis despertó a toda la familia, y Manuel leyó en voz alta lo escrito por la pluma. Decía así el recado: SOLADME LOS ZUECOS.

Y nada más. Ni firma. La familia se preguntaba qué zuecos serían aquellos, y dónde estarían, que ella no sabía de zuecos ningunos en la casa. Pasó una semana larga de lluvias, y una mañana yendo la Eduvigis a soltar las gallinas y darles el desayuno de unos granos de maíz, se encontró un par de zuecos viejos a la puerta del gallinero. Estaban sucios, uno sin cordón, y las suelas de ambos con grietas, como las que propiamente se hacen en las suelas de los zuecos cuando el que los usa acerca los pies en demasía al fuego, estando los zuecos mojados. La familia limpió los zuecos lo que pudo, compró nuevos cordones, y los llevó a solar al zoqueiro de Baltar. La verdad es que los zuecos eran de muy buena piel, y quedaron como nuevos con ayuda del betún. Pero ¿qué hacer con ellos? La familia, por unanimidad, decidió dejarlos donde habían sido encontrados, a la puerta del gallinero. Los dejaron al anochecer, y

a la mañana ya no estaban. A la noche siguiente, la pluma volvió a trabajar, sin que nadie la viera ni oyera, pero dejó en el papel de barba escrito, con letras de fardo, la palabra GRACIAS, y sobre la palabra, media onza de oro, de Fernando VII. Una de las onzas que don Felicio decía que tenía «en reserva de patrimonio» y que no habían sido halladas nunca, ni en la casa vieja, ni en la nueva... Yo tuve la media onza en mis manos, un día por el San Martiño, en el que fui invitado a comer a Lourido. Caía una dulce lluvia otoñal. Sentado en la solana con Manuel de Seixo, le dije por qué no se paraban, en las tardes de invierno, a escuchar si don Felicio estaba contando sus monedas de oro. Nunca tal hiciera. Creo que toda la familia anda desde entonces con el oído atento al oro del difunto.

NACHO DE CRUCES

CRUCES está en un alto, mismo sobre la puente del Azúmara, más allá de la fraga de Beres, tan espesa, cubil del lobo, y refugio del jabalí. Cuando yo escribí esto una vez en el periódico de Lugo, lo de «cubil del lobo y refugio del jabalí», el hijo de Nacho de Cruces, el Severino, me dijo al encontrarme ante un puesto de pulpo en la feria de Villalba:

—¡No hay duda de que es usted un escritor!

Y de esta alabanza y una larga conversación sobre mis parientes de por allí, que él conocía, nació mi amistad con Severino. Cuando iba a los baños a Foz, en las Maridas luguesas, con su mujer y sus hijos, paraba en Mondoñedo para regalarme un queso y una botella de miel, y yo le correspondía con una tarta. Nos dábamos las novedades familiares y quedábamos en vernos para el próximo otoño, cosa que no solía acontecer. Un día nos saludamos en Lugo, y fuimos a comer unas cañas recién salidas del horno y beber una copita de vino dulce a la confitería de Madarro.

—Usted sabe —me dijo cuando iba por la tercera caña—, que mi mujer tuvo un tío sastre muy conocido en toda la Terra Chá, y que les hacía los trajes para las bodas a los señoritos de Meira y de Cospeito, y si había un difunto que no tuviera un traje decente para ir a la caja, el tío de mi mujer, que se llamaba Andrés de Portonovo, le hacía uno en tres o cuatro horas, un traje que él llamaba «de pantalla», muy decente con cinco botones. Esto del «traje de pantalla», lo aprendiera en el Brasil, y lo de los cinco botones era porque así los gastaban allá los de la aristocracia.

Remojó con el vino de Málaga, y me confesó que hacía tiempo que quería contarme una historia, por saber de mi parecer, y porque la historia le parecía a él bastante rara y digna de ser contada por escrito, aunque si yo lo hacía en el periódico debiera cambiar los nombres.

—Verá usted, uno de los señoritos de Loboso vendió siete lugares, y con los dineros que juntó fue a París a buscar mujer, que se le había metido en la cabeza el casarse con una francesa, a causa de las novelas que había leído. Las cosas le fueron bien, y antes de un año regresó con su mujer que era una delgadita rubia que andaba siempre de sombrero adornado con plumas y zapatos de alto tacón. La francesa venía en estado, y a los dos meses de llegar dio a luz un niño. A los dos años el niño tenía un bigote negro y mesto como el de un adulto, y cada semana había que pegarle un afeitado. La francesa se reía y decía «*C'est très joli*», pero el señorito de Loboso dio en sospechar que aquel bigote negro no era de su familia, que todos tiraban a rubio, y cavilando, cavilando, llegó a la conclusión de que su mujer tuviera algo que ver con un primo suyo, que era teniente de cazadores ligeros, y el bigote del niño y el del teniente eran dos gotas de agua. El señorito de Loboso llamó al señor Andrés de Portonovo y le encargó un traje de teniente de cazadores ligeros. El señor Andrés lo sacó por una postal y le salió muy lucido. El señorito de Loboso le dijo a su mujer que tenía que hacer un viaje, y a la noche vino *de occultis* vestido de uniforme, entró

en la habitación silenciosamente y se metió en la cama de la francesa. Esta en su lengua parece que dijo:

—¡Ay, Federico, que nos van a ver!

El señorito de Loboso, sin decir palabra, al día siguiente facturó para París a la francesa y al niño, dando por probadas sus sospechas.

—Yo mismo, de mozo, me probé el uniforme de cazadores ligeros, y a fe que me acaía. ¡Uno no sabe dónde la tiene!

LA OREJA DERECHA DE ANTÓN DE LEIVAS

ANTÓN de Leivas vivía con sus padres y hermanos en Vilarelle, en la casa más cercana a la fraga de Unces. Era mozo de unos veinticinco años, de mediana estatura, y arruinado, como suelen los de Vilarelle. Los de Leivas tenían una buena labranza y era suyo el hayedo de Pórtela. Un domingo, al salir de misa en la iglesia de San Juan de Unces, un amigo suyo lo llamó aparte y le dijo:

—Estuve detrás de ti en la misa, y no me cansaba de mirarte la cabeza. Tienes la oreja derecha mucho más grande que la izquierda, y antes no la tenías así.

—Pues en el servicio no me dijeron nada —replicó Antón llevándose la mano a la susodicha oreja derecha.

Ya en casa, consultó con su madre y hermanos, y todos encontraron que la oreja derecha le había crecido algo, y engordado en el lóbulo, que también lo tenía más colorado que el izquierdo. Según el parecer de la familia y de los vecinos, la oreja derecha le seguía creciendo a Antón. Este andaba preocupado, y se fue a ver a un curandero que había en Liñades, que se llamaba Secundino e iba a Lugo a hablar con los médicos. El señor Secundino observó las orejas de Antón, las midió, le dio unos tirones y comentó:

—¡De buena te libraste! Tú ibas a tener una enfermedad con hinchazón en alguna parte interior, y en un descuido te pasó a la oreja, donde quedó benigna.

—¿En un descuido de quién? —preguntaba Antón.

—En un descuido de tu propio cuerpo —le contestó el señor Secundino.

Antón regresó a Vilarelle más tranquilo. La oreja le había dejado de crecer, según los que lo observaban. Un día, una vecina, viuda de un guarda forestal, coruñesa ella, muy blanca de piel y todavía de buen ver, admirando la oreja de Antón preguntó si se oiría algo dentro de ella, y acercó su oreja izquierda a la derecha de Antón, juntando su mejilla a la del mozo.

—¡El mar! —exclamó— ¡Se escucha el mar, como en las caracolas marinas!

Y desde entonces mucha gente quería, especialmente niños, escuchar el mar en la oreja derecha de Antón. Hasta María de Don, una moza muy garrida, que nunca le hiciera caso. María se extasiaba oyendo el mar en la oreja de Antón, y tal fue la cosa que se hicieron novios y se casaron. María le prohibió a Antón que la viuda del guarda, la coruñesa, volviese a escuchar el mar del Orzán en su oreja.

María tenía un hermano en Venezuela, y el verano siguiente al mayo de su boda con Antón, llegó a Vilarelle de vacaciones. Venía moreno, muy elegante, con zapatos blancos y fumando tabaco rubio, y con gran variedad de sombreros. Abrazó a su cuñado Antón, lo miró y remiró, comparó sus orejas, y lo llevó aparte, junto a la higuera de la era.

—¡Oye, chico, esto es una vaina! ¡Tienes las dos orejas iguales!

—Pues todo el mundo me ve la derecha mayor que la izquierda...

—Eso es lo que los periodistas de Caracas llaman «un caso de sugestión

colectiva».

—¿No se lo dirás a nadie?

—¡Qué vaina! ¡Yo como un muerto, cuñado!

Antón respiró porque le estaba sacando cuartos a su oreja derecha. Las madres traían a sus hijos raquíuticos o que crecían lentamente, y los frotaban a la oreja de Antón. Antón cobraba tres duros por sesión, y las madres agradecidas le dejaban un queso o un pollo de regalo.

El cuñado, a solas, insistía:

—¡Un caso célebre! ¡Un caso de sugestión colectiva!

FÉLIX LOURIDO

ESTE Félix Lourido, de un lugar que llaman Muimenta en las cercanías de Lalín, era un gran cazador, y tenía fama de haber dado muerte a dos docenas de lobos. Salía, solo, sin perro, con una escopeta que él había comprado a la viuda de un veterinario, en bandolera la bota de vino y un zurrón con pan, jamón y queso, y pasaba un par de días por los montes en busca del lobo. No se sabía dónde se echaba a dormir, aunque lo más probable es que no durmiese en parte alguna, y todo el tiempo lo consumiese en rastrear al lobo. Solía decir que el lobo, sabiendo que él lo buscaba, no huía, pero daba vueltas a su alrededor, en un radio de media legua, a cubierto de tojales y xesteiras. Pero, según Lourido, había un momento en el que el lobo tenía necesidad de beber, por ejemplo, o de hacer sus necesidades, y en ese momento aparecía ante él Lourido, la escopeta presta, y le daba el alto. El lobo domina el arte de las marchas y las contramarchas, pero Lourido dominaba el arte del flanqueo. Surgía ante el lobo cuando este menos lo esperaba, alto, la boina hasta las cejas, la barba crecida, la mirada suya fija en la del lobo. Y para decirle al lobo que iban de igual a igual, Lourido abría la boca y le mostraba al lobo sus grandes dientes, blancos, fuertes, que cuidaba tanto. Esto lo sé por lo que él contaba a sus sobrinos, que de su matrimonio con una pulpeira de Silleda no tuviera hijos.

Lourido, digo, aparecía ante el lobo y le daba el alto. El lobo levantaba la cabeza, y cazador y bestia se miraban fijamente. Lourido levantaba lentamente la escopeta, apuntaba y disparaba. Generalmente los lobos que mató, cayeron de un solo tiro. Muerto el lobo, Lourido mandaba recado por un sobrino al Ayuntamiento de Lalín, participando la buena nueva. En dos o tres ocasiones le mandaron algún dinero de premio, desde Pontevedra.

Una vez Lourido salió al lobo como solía, y no daba con él. El monte le olía a lobo, pero muy escondida tenía que estar la fiera que no la lograba. Franqueaba las xesteiras, se ponía una hora larga a sotavento, imitaba el balido del cordero, y decía gritando, como si se dirigiese a otro cazador del otro lado del río, que se iba para casa, que aquel día no había pieza a su alcance. Y nada. El lobo no aparecía. Lourido se sentó a comer algo, y estaba remojando con el vino tinto de su bota, cuando el lobo, un gran lobo viejo y hostil apareció ante él. Se miraron. Lourido tenía la escopeta en el suelo, y ya había guardado el cuchillo con el que cortara el jamón del bocadillo. Lourido no se movió. Lo único que hizo fue mostrarle los dientes al lobo. Este, entonces, haciendo como un gran esfuerzo de garganta, le dijo a Lourido lo mismo que este decía a los lobos:

—¡Alto!

Lourido sintió que no podía mover ni pie ni mano, que estaba inerme, indefenso ante el lobo. Lourido estaba vencido, y el lobo se había dado cuenta de que tenía la presa a su sabor. Pero el lobo no atacó. Contaba Lourido a sus sobrinos que el lobo dio la vuelta, despacio, mostrando indiferencia, saltó a una cómora y desde allí se rió

de Lourido con dos o tres carcajadas. Lourido ya tenía la escopeta en las manos, pero no podía disparar al lobo porque era este y no él quien había dado el alto.

LA TÍA REMEDIOS

L OS sobrinos que se quedaron a vivir en Portonovo ninguno había conocido a la tía Remedios, que se marchó con su madre al Brasil cuando tenía catorce años. De vez en cuando la tía Remedios mandaba algún dinero, recomendando que el más de él lo gastasen en arreglar la casa y comprar mejores vacas. También mandaba ropas para las sobrinas, unos trajes de falda larga, muy bordados, de una moda antigua, que la modista se veía y se deseaba para acordarlos con la moda nueva y lo que las sobrinas veían que se llevaba, cuando viajaban a Pontevedra. Mandó por uno de Pontecaldelas un reloj de oro para el sobrino mayor, y un fonógrafo, que dio que pasar en la Aduana de Vigo. El fonógrafo era uno de gran bocina, como los de los anuncios de *La Voz de su Amo* del año mil novecientos diez, y lo mandó justamente en el año 1931. Poco después de enviar el fonógrafo y algo más de dinero para que le comprasen una mecedora para las siestas, anunció que llegaba para las fiestas de la Peregrina. Y llegó. Había pasado cincuenta años de doncella de guardarropa, primero, y de asistenta de llavero después, según su terminología, en casa de una condesa que sólo salía a la calle en coche de caballos, llevando junto a la puerta derecha un lancero imperial, con casaca verde y un casco con plumas. Vivía en un palacio que está a diez leguas de Río de Janeiro, en medio de un campo rodeado de palmeras. A la muerte de la condesa se deshizo la casa, y la tía Remedios pudo regresar a Portonovo. Era una mujer menuda y morena, hablando muy graciosa brasileiro, y por disposición testamentaria de la condesa, obligada a vestir de batista colorada y encajes negros el resto de su vida. Recogía el pelo en un gran moño, y miope, miraba muy atenta a las personas que iban y venían. También traía en el equipaje, herencia de la condesa, el perro Napoleón. Era un lanudo blanco, pequeñito, de cuarta y media de largo, el hocico azul, y los ojos dorados. Vaya, el ojo izquierdo dorado, redondo como una moneda cortada por la raya negra de la pupila, y el derecho lo tenía postizo, que lo había perdido en un accidente, y en su lugar le habían puesto un cascabel. El perro despertaba sudando, miraba para donde estaba la condesa, y entonces el cascabel sonaba. La condesa mandaba que bañasen a Napoleón... Cuando regresó la señora Remedios, toda la vecindad acudió a admirar al perro. Este miraba con su único ojo a los presentes, levantando con mucho cuidado, lentamente, la cabeza, y era cierto lo que decía la tía Remedios, que buscaba que en sus movimientos cuando había visita no sonase el cascabel de oro, que lo era, del ojo derecho. Sin embargo, alguna que otra vez levantaba la cabeza, inquieto, y la sacudía. Entonces el cascabel sonaba, y la tía Remedios acudía a acariciarlo, a darle una galleta *María*, a recomendarle calma. El perro se dejaba sosegar y volvía a su interminable siesta, pasando la lengua roja por el hocico azul. La tía Remedios entonces explicaba a los sobrinos:

—¡Es que está viendo a la difuntiña en el paseo del otro mundo!

Y entonces Napoleón, que parecía dormido del todo, pero que estaba escuchando a la tía Remedios, daba dos síes seguidos con el cascabel de oro, confirmando lo que

la antigua asistente de llavero de la señora condesa de Itaquimí había dicho.

RAMIRO DA BARCA

LE llamaban a la familia de Ramiro *os da barca*, porque su bisabuelo y su abuelo tuvieron barca sobre el Miño, entre Portomarín y Belesar. Mucho antes, claro, del famoso embalse, y de que la antigua villa de Portomarín de los Caballeros de San Juan, pasase a dormir bajo las aguas. Y con la villa, las famosas viñas, de las que se obtenía el más graduado de los aguardientes de bagazo del país gallego. La barca del bisabuelo y del abuelo de Ramiro no era una barca propiamente dicha, sino una especie de cajón, que se sirgaba a favor de la corriente, ayudado el patrón por una larga pértiga, con la que enderezaba hábil la marcha. En la barca pasaban personas, pero también cerdos, terneros, algún caballo. Y alguna vez algún extraño viajero, que se le veía por la vestimenta y por el habla que no era, como se dice, de tierra de garbanzos, sino de país exótico. Una vez llegó al embarcadero de la orilla izquierda un hombre muy alto, envuelto en una gran capa azul con vueltas coloradas, y cubierta la cabeza con una birreta muy galoneada de oro. Botas de brillante cuero le llegaban hasta la rodilla, y las manos las llevaba metidas en guantes de cabritilla amarilla. Por lo que se veía viajaba a pie, y no llevaba equipaje alguno, a no ser una trompeta en bandolera, muy brillante el metal, como si a cada hora le pasaran un paño. Ramiro contaba según la versión que dio su bisabuelo.

El forastero, muy barbado y con los ojos de mirar inquieto, dio los buenos días y preguntó si podía pasarlo a la orilla derecha, donde lo aguardaban con un caballo para seguir viaje a Orense. El barquero, bisabuelo como digo de Ramiro, le dijo que tenía que esperar media hora, que estaba aguardando a que llegase un pariente suyo con unos cabritos. El forastero, inquieto, nervioso, autoritario, dijo que tenía prisa y que no era hombre de esperar por unos cabritos de un feriante. El bisabuelo erre que tenía que esperar por los cabritos, y el forastero que tenía prisa y que había que pasarlo. Si hubiese alargado la mano con alguna muestra de moneda, cuatro pesetas por ejemplo, el bisabuelo de Ramiro lo hubiese pasado sin esperar al pariente de los cabritos, que la feria de Chantada era al día siguiente. El forastero espumeaba, murmuraba palabras en lengua extranjera, y viendo la terquedad del bisabuelo de Ramiro, echó mano de la trompeta, y tocó. Tocó un aire de alarma que debió de oírse en Sarria y en Lugo. Se levantó un gran viento frío, y de la otra orilla saltó al agua un caballo negro, que galopaba sobre el agua. El forastero dio ahora un toque de trompeta más suave, un aire cariñoso, que advertía al caballo donde él se encontraba. El bisabuelo de Ramiro vio un cuchillo ensangrentado en la mano derecha del forastero y se santiguó, aterrorizado. Y el santiguó lo salvó, que el caballo se hundió en las aguas por las que galopaba como por prado de mayo, y el forastero salió volando, literalmente echando fuego, y se perdió hacia el Páramo, dejando una estela de humo negro. Sería un demonio vagabundo.

—*Un demo tolo!* —decía el bisabuelo de Ramiro.

Años después, cerca de Triacastela, encontraron la trompeta. Limpia, brillante. En

el reverso de la bocina, en una plaquita, se leía: «England». El forastero sería, pues, un demonio inglés. ¿Y qué se le perdería en Orense?

FLORIANO PÁRAMO

FLORIANO Páramo bajó al Corpus de Orense, y en compañía de su cuñado Eusebio, entró en un teatro ambulante a ver bailar a una que se decía ser sobrina de La Bella Otero, a un alambrista italiano y al profesor Magnum, hipnotizador de los reyes de Inglaterra. Así rezaban los carteles. La sobrina de La Bella Otero era una pequeña gordita y movediza, que cantaba «El relicario», echaba besos a la concurrencia, y bailaba francés, levantando la pierna, que la tenía muy fina, a la altura de la cabeza, dejando ver unas bragas negras. El alambrista era un tipo escuálido, y lo de más mérito que hacía era servirse un vaso de vino en el alambre, y después fingirse borracho; parecía que iba a dar con sus huesos en el suelo, pero no llegaba a caer. Apareció, al fin, el hipnotizador de los reyes de Inglaterra, un caballero alto, bien puesto, de barba rubia, y muchas medallas en el pecho. Floriano Páramo estaba sentado en primera fila con su cuñado. El profesor Magnum hizo juegos con una baraja, se sacó dos palomas de los faldones del frac, y al final pasó al hipnotismo científico, para lo cual necesitaba un sujeto que, saliendo de entre el público, se prestase a ello. Floriano Páramo estaba en primera fila, mirando tanto al profesor laureado como a su secretaria, una rubia con traje de cola, muy escotada, que ya de entrada le echó unas miradas seductoras a Floriano, el cual se quitó la boina y se alisó el pelo. Y estando en este timoteo con la rubia, sin darse cuenta se encontró de pie en el escenario, dispuesto a ser hipnotizado por el profesor Magnum. La rubia le dijo:

—*Soyez-vous tres gentil!* ¡Te llamas Floriano!

Floriano quedó boquiabierto de que aquella francesa supiese su nombre. El profesor le dio unos golpes en las orejas, le pasó un paño negro por delante del rostro, y Floriano quedó hipnotizado. Lo que pasó a continuación lo sabía por su cuñado Eusebio. A las preguntas del profesor Magnum contó su vida, anduvo a gatas por el escenario imitando un gato con maullidos y todo, imitó en el baile a la sobrina de La Bella Otero, y finalmente pasó lo que dejó avergonzado a Floriano para el resto de su vida. La secretaria trajo una bacinilla de porcelana blanca, y Floriano obedeciendo a las órdenes que de pensamiento le mandaba el profesor Magnum, comenzó a bajarse los pantalones y los calzoncillos, disponiéndose a sentarse en la bacinilla y hacer de cuerpo. Cuando ya mismo iba a bajar los calzoncillos, el profesor Magnum suspendió el experimento, y despertó a Floriano, quien se encontró en el escenario con los pantalones desabrochados y caídos. El público reía a reventar. La rubia le dio un beso en la mejilla y dijo:

—*Tres bien!*

Floriano se subió los pantalones, y se retiró avergonzado, entre las risas y los silbidos del público, sin aguardar a ver cómo el profesor Magnum hipnotizaba a un clarinete de la banda de música del Puente. La vergüenza de Floriano fue tan grande, que tardó once años en volver a bajar a Orense, de miedo a ser reconocido. Su cuñado

Eusebio le decía:

—*Non debía importarche, porque estabas mui natural!*

HISTORIA DE UN PARAGUAS

LUCINDA García fue a casa de su tía la señora Andrea do Carrizo a buscar una docena de huevos bien galleados, que tenía una gallina clueca, una gallina de cuello pelado, que daba muy buena madre. Se entretuvieron tía y sobrina comentando las cosas de la aldea, y con la tarde se pusieron unas nubes, que como por allí suele en aquel tiempo, traen una ligera tormenta con lluvia. La señora Andrea le ofreció a Lucila un paraguas que tenía.

—¡Lleva el paraguas por si acaso! ¡Lo estrené en la boda de tu primo Severino!

Lucila aceptó el paraguas, y se fue con los huevos camino de su casa, pensando en no más llegar en acostar la clueca famosa. Al llegar a la vuelta de Melín empezó a llover. Vino súbita la lluvia, medio granizo. Lucila posó la cesta de los huevos en el suelo e intentó abrir el paraguas, pero no lo lograba. La lluvia arreciaba, y el paraguas, por mucho que Lucila forcejeaba, no se abría.

—¡Ábrete, condenado! —gritó Lucila, haciendo un último esfuerzo.

—¡No me abro! —respondió el paraguas— ¡No me mojo por nada de este mundo!

La voz era de hombre, más bien gruesa, y prendía algo en las emes.

—¡Ábrete que me mojo!

—¡No! —Insistió el paraguas— ¡Además, que aún no estoy pagado!

Y no se abrió. Lucila llegó a su casa, como se dice en el país «*mollada como un pito*». Puso el paraguas en un rincón del portal y se fue a acostar la clueca a la cocina. Al terminar fue a ver si el paraguas se había movido, y lo encontró abierto.

—¿De modo que te abriste? —le preguntó, airada, al paraguas.

El paraguas se cerró solo y se subió a la percha, colgándose junto a la gabardina del marido de Lucila.

—Es que no estoy pagado —comentó—, y esto me avergüenza. Yo estaba muy bien en el escaparate de la tienda, en el Toural, en Santiago, con un letrero que decía «Seiscientas veinte pesetas», y ya me tenía echado el ojo la mujer de un médico, para regalárselo a este el día de su santo. Ya me había manoseado, abierto y cerrado. Una señora muy perfumada. Y en esto que viene tu tía, me compra casi sin verme, y me deja a deber. Bueno, es de confianza de la tienda, y tiene crédito, pero me deja a deber, y me lleva a una boda, y después me cuelga al lado de un paraguas viejo y remendado. ¿Poiqué me trata a mí así la vida?

Dijo esto último con acento tan lastimero, que Lucila se echó a llorar. Lo cual debió de conmover al paraguas.

—¡No te pongas así! ¡Si quieres me sacas ahora a la era, me abres y me dejas mojar, que contra ti yo no tengo nada! ¡Pareces compasiva! ¡Si te perfumaras como la señora del médico de Santiago!

Lucila le tuvo miedo al paraguas, el cual se había bajado de la percha, y se movió alrededor de ella, rozándose contra su cuerpo.

—¡Estate quieto, que viene ahí mi marido! —le dijo al paraguas.

El cual se volvió para la percha. Al día siguiente se lo devolvieron a la señora Andrea.

—Dice que no se abre ni se moja, que no está pagado —dijo Lucila.

—*Non lle fagas caso!* —comentó la señora Andrea do Carrizo— *Ten esa teima!*

Y colgó el paraguas en el perchero, junto al paraguas viejo, sin darle la menor importancia al asunto.

VITORIO LENCE

COMO regresó de Cuba con un panamá, reloj con cadena de oro, anteojos para leer el periódico y hablando castellano, comenzaron a darle el don, don Vitorio Lence. Tendría sus cuarenta y cinco años, más de mediana estatura, el pelo arrubiado y rizo, y era muy amable conversador. Empezó a dar consejos a los vecinos enfermos, los cuales sanaban si atendían a sus instrucciones. Don Vitorio Lence aseguraba que en Santiago de Cuba había aprendido ciencia médica con un sabio negro.

—Aquí levantan la paletilla —decía—, pero en Cuba levantaban el aliento.

Don Vitorio Lence levantaba el aliento a sus vecinos enfermos, y también acertaba con las vacas y los cerdos. No cobraba nada, acudía siempre que lo llamaban, y era muy apreciado. Un día lo llamaron para que viese al sacristán de Pol, que tenía un cólico. Don Vitorio Lence le tomó el pulso y le dijo:

—Estás mal, pero yo puedo curarte, que tengo fuerza medicinal para ello, pero para pasártela, tengo que ponerme desnudo y tú también.

Don Vitorio Lence se desnudó y se puso a los pies de la cama del sacristán, haciendo con las manos pases en el aire. Terminada la sesión, recetó una infusión de flor de tojo. Al sacristán le pasó el cólico, y nunca más volvió a tener otro. El caso fue muy comentado. Hubo muchos enfermos a los que don Vitorio Lence curó desnudándose ante ellos para que de su cuerpo saliesen con facilidad las virtudes curativas. Muy respetuoso, antes de desnudarse pedía a las señoras que cerrasen los ojos. A veces explicaba que si hubiese la instalación adecuada, que podía probar que tenía en su cuerpo corriente eléctrica suficiente para encender una bombilla de cuarenta.

Una tarde de invierno lo llamaron para que fuese al pazo de Meza, que la más joven de las señoritas estaba muy mal. Un médico había dicho que era cosa de estómago y otro que tenía mal el hígado. El caso es que estaba muy mal. Era la más joven de las tres hermanas solteras, y aún estaba de buen ver. Pasaba el día bordando, cuidando las flores y tocaba algo el piano. Don Vitorio Lence aseguró que aquel era precisamente uno de los casos en los que no tenía más remedio que desnudarse. Las tres hermanas celebraron sesión en el comedor de la casa, y decidieron que lo más importante en esta vida es la salud y que un desnudo de hombre tomado como medicina, que no suponía deshonestidad. ¡Si vivieran sus padres y lo vieran! Pero los tiempos cambiaban y las ciencias adelantaban. Don Vitorio Lence se desnudó a los pies de la cama de la señorita Delia, hizo los pases de rigor, le frotó los pies, y finalmente, dándole un beso en uno de ellos, le dijo:

—¡Ya está usted curada!

Lo que estaba era mejorada, pero de vez en cuando le venían los dolores y unos sofocos, y había que llamar de nuevo a don Vitorio Lence. Un día don Vitorio les dijo a las hermanas:

—Para una curación completa, no hay más solución que el cuerpo a cuerpo. Y

como se trata de una señorita muy decente, no tengo inconveniente en sacrificarme y pasar al matrimonio.

Y como la salud es lo más importante de esta vida, doña Delia se casó con don Vitorio, y con el matrimonio curó del todo. Por pedido de su mujer, don Vitorio se retiró de la medicina de señoras, y últimamente se dedicaba al ganado lo que no le obligaba a desnudarse.

PEDRO DE ANDEIRO

DESDE los dieciocho años gastaba sombrero. Lo había comprado en La Coruña, cuando fue a despedir a un hermano que embarcaba para La Habana, y aquel sombrero gris perla le duró una docena de años; cuando ya estaba descolorido y la badana medio podre, se compró otro, más oscuro que el anterior. El viejo lo llevó algunos días yendo a pescar al río Mandeo o a segar la hierba en el prado, y luego lo tiró. Mejor dicho, lo dejó colgado de una rama de una abidueira, a orillas del río. Pasaron cuatro o cinco años. Estaba Pedro de Andeiro afilando la *fouzaña* con la piedra, cuando vio moverse algo por entre la hierba del prado. Era su sombrero.

—¿Quién va ahí? —preguntó el de Andeiro.

—¡Servidor! —le contestó el usuario del sombrero.

Era un zorro viejo y desdentado, la piel amarillenta, quien llevaba puesto su sombrero viejo, muy metido en la cabeza, y lo había desgarrado en la copa para que pudiesen salir al aire las dos orejas puntiagudas.

—Si no te molesta, podemos hablar algo —dijo el zorro al de Andeiro.

Este se sentó en un chanto, lió un cigarro, lo encendió, echó dos grandes bocanadas de humo, y le dijo al zorro que hablase lo que quisiese.

—Voy viejo, amigo Andeiro, y todo me sienta mal, el sol y las humedades, y hasta la carne de gallina. Siempre te veía pasar con tu sombrero puesto, y me decía si no tendría yo algún día la suerte de usar uno. En la raposería estamos muy atrasados. Tenemos buena piel, y un pelo muy decente, pero algo de ropa no nos vendría mal. El día que dejaste el sombrero en la rama de la abidueira cerca del río, me hiciste un gran favor.

—¡Pues que lo use usted muchos años! —le dijo el de Andeiro al zorro.

—¡Y tú que lo veas! —repuso este muy educado— ¡Y aún podías hacer algo más por mí!

—Usted dirá, don...

—Llámame Bieito. Podías, cuando vienes al prado, si no te es mucha molestia, traerme una taza de leche de tu cabra. Yo puedo pagarte llevándote en el monte a donde hay un conejo, como si fuese tu perro de caza. Los conejos saben que voy viejo y no los alcanzo, y no me escapan. También saben que se me indigesta su carne. ¡Otra cosa que no tenemos los raposos es cocina, carnes guisadas y leche frita! Una vez comí leche frita en casa del cura de Sigrás. El ama puso la fuente con ella en la ventana de la cocina, y yo que estaba velando la entrada del gallinero, viendo que no había nadie en la cocina, me comí media fuente. ¡Mira si te conviene el trato!

Pedro de Andeiro convino con el raposo Bieito, le llevaba leche de cabra tres veces a la semana, y aun a veces arroz con leche, y si iba a una romería y compraba roscas, pues le llevaba a Bieito roscas del santo. Y por si fuera poco le regaló un segundo sombrero, porque había comprado un tercero. Pero se lo regaló ya preparado, con un barbuquejo para que no se le cayese al correr, y además con dos

buenos agujeros para las orejas.

—¡Eres un buen cristiano! —le dijo Bieito al de Andeiro.

Este sonrió y ofreció un pitillo al raposo, pero este dijo que no fumaba. Aquel invierno apareció muerto cerca de la iglesia con el sombrero puesto.

FUCO DE PEDROSA

A primeros de septiembre Fuco de Pedrosa se quedaba solo en su casa, cuidando por una anciana parienta, que la mujer bajaba a las Maridas de Lugo, al mar de Foz, como *canóniga*, es decir, como bañista. A estas señoras aldeanas, que van los días setembrinos a baños, en La Coruña les llaman *catalinas*. Yo iba de paseo hasta su casa y siempre llevaba conmigo un libro. Fuco me pedía que leyese algo, lo que yo hacía complacido, sentados ambos a la sombra de la higuera miguelina, en la que ya comienzan a madurar los pequeños higos. Fuco era pequeño, fuerte, los ojos negros, y cuidaba mucho un bigote entrecano que tenía. Se lo había dejado en Buenos Aires cuando allá andaba de amores con una asturiana. Esta, llamada Covadonga, heredó de un tío suyo dinero contante, y al salir de la Chacarita de darle nicho al finado, se llevó aparte a Fuco y le dijo que antes de un mes que ya sabía que había que celebrar matrimonio. Fuco le tuvo miedo a la asturiana, al verle de repente tan exigente, tan mandona, y encima celosa. Fuco dejó el trabajo que tenía y se escondió en casa de un paisano. La asturiana lo buscó por todas partes, y al no dar con él se embarcó para Gijón. Poco después Fuco conoció a una de Monforte, llamada Benita, muy suave y calma, muy dulce, muy blanca, muy cariñosa, y casó con ella. Antes de casarse le dijo que el bigote se lo había dejado por la asturiana, pero que si quería ella que se lo afeitaba. Benita se echó a reír como solía, y dijo que Fuco le gustaba con bigote.

Lo que le gustaba a Benita era que Fuco le contase de las exigencias de la asturiana, y Fuco le contaba, exagerando:

Un día, cuando ya Fuco y Benita vivían en la casa paterna, en Galicia, llevaba yo en mi paseo un libro con historias árabes, y le leí la de Flind, hija de Utba, casada con un hombre rico que tenía una fonda para las caravanas. Un hombre entró en la fonda, vio a Hind dormida sobre una alfombra, y se fue sin despertarla. Pero el marido, que vio salir al forastero, tuvo celos, y repudió a la mujer, la cual negaba haber visto entrar a hombre alguno. Hind y su padre fueron a ver a un adivino famoso, y también fueron el marido y gentes de su tribu. El adivino le puso a Hind la mano derecha sobre la cabeza y dijo:

—¡No eres culpable de adulterio! Un día darás a luz un príncipe que se llamará Muavija.

El marido se le acercó y quiso cogerla de la mano, pero Hind le rechazó, diciendo que era su deseo tener ese hijo de otro hombre. Y lo tuvo, y el tal Muavija llegó a ser califa de los creyentes de Bagdad.

—¡Vaya! —me decía a mí Fuco—. Ahora ya puede usted ver la diferencia entre mi Benita y la asturiana Covadonga. Mi Benita, llegando el caso, me cogería de la mano, y lo pasado, pasado. La asturiana, en cambio, haría como esa Hind de su historia, e iría a tener con otro el rey Pelayo, por ejemplo. ¡Claro que el capital era suyo, en moneda nacional!

Me convidaba Fuco a leche cuajada, y los dos esperábamos que regresase morena

de Foz la tranquila, cariñosa, reidora Benita.

MARÍA, A PENEIREIRA

LE llamaban a Peneireira porque estuviera casada con José o Peneireiro, un artesano muy hábil en hacer peneiras, cedazos y borteles de diversos tamaños, los mejores que se pudieran comprar en cualquier feria de la Galicia interior. El propio señor José o Peneireiro se alababa, diciendo que sus piezas eran mejores todavía que las del Peneireiro Compostelano, que nunca logré saber quién pudo haber sido tan excelente fabricante de cedazos. Muerto el marido, María se dedicó a hacer asientos de rejilla para las sillas, para lo que se daba mucha maña. Era muy curiosa de vidas ajenas, y se hizo medio Celestina, contándose varias historias de su intervención en ciertos amoríos, que dieron mucho que hablar. Andaba todas las casas de la villa, y se la temía, porque se la sospechaba sabedora de muchos secretos. Cuando yo la conocí andaba por los setenta, y era una mujer encorvada, con el pelo blanco, la piel todo arrugas, pero los ojos negros muy despiertos, y siempre en la boca una sonrisa. Por entonces, una vecina suya me contó que fuera a casa de la Peneireira a llevarle el asiento de una silla para que le pusiese rejilla nueva, y que ambas se pusieron cuentos. La visitante de pronto, se acordó de que había quedado citada a las seis con su marido en una tienda para comprarle un pantalón. La Peneireira se levantó, fue hacia la cómoda, abrió un cajón y sacó un espejo de mano, echó el aliento en él, y miró. Y dijo:

—Llegas a tiempo, que tu marido aún está en la revancha de la partida de dominó.

Y volvió a guardar el espejo, sin dar ninguna explicación sobre el asunto. Y por este caso, y por otros, se supo en la villa que la Peneireira tenía un espejo en el que podía ver lo que hacían las gentes, y no sólo en la calle, sino encerradas en lo más recóndito de sus casas. En seguida fueron solicitados sus servicios, y los más por mujeres celosas que querían saber los apaños que tenían sus hombres. Uno que trató mucho a la Peneireira me contaba que esta hacía trampa, no diciendo de la misa la media de lo que veía en su espejo. Eso sí, iba a ver al marido de una de las mujeres clientes suyas, y le decía lo que había visto en el espejo a petición de su mujer, y cómo lo callara, y que le debía cinco duros. Por si acaso, el marido pagaba, considerando que merecía la pena el estar a bien con aquella adivina. Otras veces, la Peneireira decía que lo que estaba pasando sucedía un poco lejos, y sólo veía sombras en la niebla. Presumía de no meter guerra en las familias, aunque, eso sí, cobraba la paz. Un sábado a mediodía apareció la Peneireira en la funeraria de la villa a encargar un ataúd para ella, y lo quería muy lujoso y con asas, y forrado, que quería estar cómoda en él, según dijo. Y que se lo tuvieran listo para el lunes siguiente, a las once de la mañana, pago anticipado. Y contó que el espejo le había anunciado su muerte para tal día y tal hora, y que en el velatorio tuvieran cuidado del velón que encendían a los pies. Murió la Peneireira a su hora, y en el velatorio no había manera de encender el velón que estaba a los pies de la difunta: el pábilo chisporroteaba, pero no prendía, y trajeron otro velón.

No se encontró el famoso espejo en la casa, y la Peneireira dejó tal recuerdo en la villa, que todavía hoy, cuando alguien cuenta una cosa que estaba secreta, siempre hay alguien que comenta:

—*Seica cho dixo o espello da Peneireira!*

LA ZUECA DE ORO

EN donde llaman Prados, en Duarría, al pie mismo del castro, y en la carretera de Lugo, estaba la casa de Manuel Cardide, zoqueiro de profesión y solador de zuecos, y también carpintero de ocasión. Era un tipo pequeño y flaco, cejijunto, la nariz acaballada, y pocos son los que podían decir que lo habían visto sonreír. Cada tres o cuatro semanas, una tarde cualquiera le entraba la ventolera y se iba a la taberna, se sentaba en un rincón, y pedía jarra tras jarra de vino hasta que se embeodaba. Entonces el tabernero avisaba a la mujer y a la hija, las cuales venían con el carro tirado por la vaca, subían en él a Manuel Cardide, envuelto en unas mantas, y se lo llevaban a casa. Manuel dormía aquella noche en el carro, sudaba la borrachera, y a la mañana siguiente se ponía de nuevo al trabajo, y ni la familia ni él se referían para nada a lo que había sucedido la tarde anterior. Sólo una vez, en que estuvo a punto de emborracharse en Lugo, a donde había ido a la feria de San Froilán, comentó con la mujer:

—¡Si por un casual me emborracho en Lugo, hay que ir a buscarme allá con el carro, como de costumbre!

La mujer se lo prometió, pero no se dio el caso.

Una tarde de octubre estaba Manuel zoqueando, poniendo a punto un par de zuecas chinelas en madera de álamo, cuando entró una señora en el cobertizo donde zoqueaba. Traía un velo sobre la cabeza rubia, y se cubría con un manto negro. Asombraba por lo pálida. Dio las tardes muy cortés y le dijo al señor Manuel que quería la zueca aquella del pie derecho que estaba puliendo.

—¡Sólo vendo por pares y de encargo! —dijo el zoqueiro. La señora repuso que ella pagaba lo que fuera, que solamente quería la zueca del pie derecho, y precisamente aquella, y que la del pie izquierdo, que la tirase, si quería, o que le añadiese otra para hacer un par. A la señora parecían saltársele las lágrimas, y hallarse en verdadera necesidad de la zueca. El señor Manuel se rascó la frente:

—¡Si tanto necesita esta zueca, llévesela, y gratis! Espere que se la envuelvo en *El Progreso* de Lugo.

—¡No, que ahora me la calzo! —dijo la señora.

Y en su pie derecho, blanquísimo y muy fino, se calzó la zueca de álamo, que al instante se convirtió en una zueca de oro. El señor Manuel estaba sin vino, y juraba que había visto a la zueca convertirse en oro de dieciocho quilates.

—*Seica lle viches o contraste!* —le decía el señor cura, consultado en el caso.

—¡Oro fino! —comentaba el señor Manuel.

Y la señora se marchó, y era coja, faltándole una pierna, que no se le veía bajo las faldas, y por ello solamente necesitaba una zueca. No llevaba muleta, ni andaba a saltos. Era una cojera muy especial. Y se marchó hacia el castro, dejando al señor Manuel estupefacto.

A veces, en los mediodías dorados de septiembre, hay quien ve brillar una cosa

entre las rocas de la corona del castro. Hay quien llega a distinguir que es una cosa en forma de zueca chinela. Que es la famosa zueca de oro. Pero, es mucho distinguir desde allá abajo, desde las veigas de Prado donde engordan las mazorcas de maíz.

LOS LOURENZO DE LOUSADA

ALGO pasaba con aquella familia de los Lourenzo de Lousada, y aun con los otros vecinos del lugar: cada vez eran más cortos de talla. El abuelo dio la de quintas, pero el padre ya se libró, que no llegó al metro y medio, y ahora los hijos de este ya aparecían enanos de vez: anchos, eso sí, y barrigudos pero a los quince años, sobre el metro de estatura. Los otros vecinos eran algo más altos que los Lourenzo, pero poco más. Los más, también librarían del servicio por cortos de talla. El abuelo veía aquella descendencia de los Lourenzo tan reducida de tamaño y se dolía.

—*Vádesvos ter que ganar a vida coma nanos!* —le decía a los nietos.

Pero eso no le gustaba. Un día reunió a la familia y les explicó el proyecto que venía meditando desde hacía largo tiempo.

—Lousada —explicó—, es una tierra muy buena, y las veigas del fondo, en la bajada del río, son de las mejores de la provincia. Ya veis lo que pasa con las patatas. Traemos simiente de la montaña, que son tierras duras y pobres, sembramos aquí en la valiña, y cogemos unas patatas hermosas. Si hiciéramos lo contrario, si llevásemos simiente de patata del valle a la montaña, la cosecha sería mala, ya que nuestras patatas iban de estas tierras viciosas a las tierras abesías, de allá arriba. Pues lo mismo que pasa con las patatas, pasa con la familia de los Lourenzo, cuyos somos, dispensando. Así, pues, hay que renovar la simiente, y tú, Francisco —dijo dirigiéndose al nieto mayor—, nada de amores con la hija del Vilán, que es de tu talla. Yo la quiero bien, que es muy reidora y trabajadora, y me gusta escucharla cantar cuando viene del prado, pero tienes que buscar novia entre las más altas de Fornelos, que ya buscaremos en la feria del 23 la que más te convenga.

El nieto Francisco se resistía, porque le gustaba Autiña del Vilán, que le había bordado un pañuelo y era en verdad muy graciosa y pensaba hacerse peluquera de señoras. Pero el abuelo de los Lourenzo se puso serio, amenazó con desheredar, con vender tierras y marcharse a La Coruña donde tenía una sobrina, y al fin Francisco aceptó buscar novia en Fornelos, o permitir que se la buscasen, para comprobar si en humanos era cierta la teoría que acerca de las patatas sostenía el abuelo. A este, en la feria del 23, le gustó mucho una que se llamaba Cristina, alta, blanca, con mucha pechuga, piernas gordas y pie grande, muy seria, y lo que tenía de hermoso eran los ojos verdes. Era de familia conocida, y tenía muchos hermanos y primos. La fecundidad parecía asegurada. Volvieron a verse en otra feria del 23, comieron pulpo juntas ambas familias, y Francisco dio un paseo a solas con la Cristina por detrás de los toldos. Me dijo uno de Rocés, que pasó cerca de ellos, que la Cristina tenía al Francisco en brazos, como quien le da un colo a un bebé. Habladurías, y quizás envidia de una moza tan hecha como aquella Cristina. Hubo boda, y vinieron hijos, que probaron, con su talla, lo acertado de la tesis del abuelo. A los diez años, los dos mayores ya le pasaban unos dedos al padre, y el tercero iba para gigante si seguía así. El abuelo le llamaba Sansón.

El abuelo se murió feliz viendo el excelente resultado que había imaginado, y la buena simiente que había traído de la montaña al valle. Debe haber una ley que lo rija todo desde las patatas a los humanos.

OTILIA PAREDES

OTILIA Paredes, era una sabia de la aldea de San Mamede de Beiras, eficaz «arresponsadora», muy sabia en todo lo que toca al mal de ojo, y llamada para que opinase, cuando un vecino estaba enfermo, si la dolencia que tenía era de médico o no. Vendía *cilios machos*, y *pelos santos*, que se los facilitaba un peluquero de Santiago de Compostela, tonsurador del clero. Metía los *pelos santos* en bolsitas de tela, en las que bordaba una cruz. También se decía que veía las ánimas aun antes de que abandonasen los cuerpos que habitaban en este mundo terrenal. Un día vino a visitarla un hombre de una aldea vecina.

—Pues, señora Otilia, en el cruce de Sandiás, cuando volvía de la feria de Boimorto, me salió una sombra.

—¿Por la derecha o por la izquierda?

—Por la derecha. Sentí un soplo frío en la cara, y luego se me puso delante. Era como niebla, muy blanca. Me santigüé, pero como si nada. No se movió de donde estaba. Entonces le pregunté si era hombre o mujer, y si le debía algo. En aquel momento llegó con los faros encendidos el coche de Damián, el de los cerdos, y la sombra se fue. Pero desde aquella noche, me pasan cosas. Llaman a la puerta de mi casa, salgo a abrir y no veo a nadie, y me voy a meter en la cama, y la encuentro abierta y deshecha, como si alguien hubiera dormido en ella.

Según la sabia, lo que pasaba era que, en un momento de su vida, el consultante había dejado de cumplir una promesa grave, y ahora venían a reclamarle. El consultante juró que no debía ni una peseta a nadie, que nunca había tenido un pleito, y que siempre había sido puntual en sus obligaciones. Salvo, quizás, una vez... Meneó la cabeza, sorprendido de que no se le hubiera ocurrido antes ello.

—Fue en Vicálvaro, haciendo el servicio militar. Dejé embarazada a la sobrina de un sargento de Pavía, pero me licenciaron a tiempo, y aunque ella me escribió y vino a verme a Órdenes un capellán castrense, yo hice aquí mi vida.

La sabia fue al cruce de Sandiás y convocó a la sombra, metiéndose antes en un círculo santiguado. La sombra apareció, larga y blanca.

—¿Preguntas por Secundino Folgoso García?

Y la sombra, confesada en forma, confesó que no preguntaba por Secundino Folgoso propiamente, sino por un sobrino suyo, que no sabía dónde paraba y que igual que había hecho su tío con la de Vicálvaro, la había dejado a ella embarazada en Segovia. Maña que se daban estos Folgoso con las castellanas, lo que no es tan fácil. El Folgoso, tranquilizado, le dio a la sabia la dirección de su sobrino, que estaba trabajando en Alemania de electricista, y la sabia le pasó la dirección a la sombra, que no volvió a aparecer por allí. Pero el Secundino Folgoso tío, que había quedado viudo y sin hijos de una del país, comenzó a pensar en la de Vicálvaro y en el fruto de aquellos amores, y un buen día, en septiembre, después de recoger las patatas y antes del vareo de las castañas, se fue a Madrid, donde tenía un primo panadero. Buscaron

al sargento, que ya era teniente retirado, y dieron con la sobrina, que era pantalonera en un taller de confección, y aún estaba de buen ver. El hijo iba por los dieciocho años, estaba empleado en un restaurante y tocaba el clarinete. Hubo lágrimas y perdones, y Fulgencio volvió casado y con hijo a la aldea. Folgoso le dio dinero al hijo para que, con otros amigos músicos, montase una orquesta.

—La primera serenata —le dijo al hijo—, hay que dársela a la señora Otilia Paredes.

Asistió toda la aldea, y la sabia convidó con una botella de anís.

EL MURIGANTE Y EL VELAGUJAS

EL Murigante, uno de los animales de la fauna mágica gallega, no ha sido visto modernamente. En algunas aldeas de la montaña gallega, donde hace cien años era visto todos los días, especialmente en invierno, acercándose al fuego en las cocinas, ya ni saben su nombre. Porque el murigante siempre tiene frío, y por su afición a acercarse al fuego, en algunas partes se les llama murigantes a los frioleros.

El murigante es una especie de murciélago, de ratón con alas; pero no sabe volar. Sólo utiliza las alas como paracaídas, cuando se tira desde lo alto de la chimenea o de una alacena, o de la rama de un árbol a la que subió un mediodía de agosto a tomar el sol. También utiliza las alas para abinar el fuego en la lareira. Es muy curioso de cuentos, y está muy atento a los que cuentan en las noches en la cocina, escondido en un rincón. Y se sabe que está allí, atendiendo, porque si el cuento le gusta, al terminar de contarlo el narrador, golpea con las tapas de las tarteras, silba, y baja a atizar el fuego. Es entonces cuando se le ve. Entonces, y en verano, en los días de la canícula, en los que sale al campo a espiojarse. Se sube a la rama de un árbol, o se tumba en la hierba; pero para que haga esto último es necesario que sea un día de verdadero calor, de los que caen pocos en las canículas gallegas.

El murigante tiene color negro muy lucido, es gran bebedor de leche cuajada, y en primavera teje telas, como las arañas, y come las moscas que caen en ellas. Aseguran que su mirada es muy humana y anda a brincos. Algunos contaban que lo habían escuchado hablar, y que si había muerto en la casa, se le escuchaba llorar, despidiendo al difunto.

Lo mismo si era persona de la familia, que si era una vaca, un cerdo o un perro. De si hablaba o no, se cuenta que una vez se apagó el fuego en la lareira de la cocina en la que moraba. Entró el dueño de la casa, e hizo fuego nuevo. El murigante salió de su escondite, y le dijo al hombre:

—¡No hay oro en todo el mundo que pague el saber hacer fuego!

Se lo dijo en gallego: —*Non hai ouro no mundo que pague o saber facer lume!* —, que es el idioma que habla.

El velagujas es un trasno pequeño, que está sin trabajo desde que fue inventado el acerico para sastres y modistas. El velagujas estaba al servicio de la gente de aguja, y buscaba, para restituirlas a la mano del dueño, las agujas perdidas en el suelo, o en las telas. Por sus servicios no cobraba nada, pero se dice que algunos sastres lo trataron y le hicieron monteras, y algunas costureras camisas. Por San Juan desaparecía y no regresaba hasta el otoño. Dicen que desapareció de nuestro país cuando llegaron las primeras máquinas de coser. Un sastre de Lugo, que tenía muy perfecto el corte del entalle de las levitas de los aristócratas, compró una. Un velagujas que andaba por allí, hizo aguas menores por la máquina. En el Brasil hay trasnos muy semejantes al velagujas que deben ser parientes emigrados del nuestro, que habrán ido a Río o Bahía entre la ropa de uno de Pontecaldelas.

EL MOURO DE PENA AMIGA

EL primero a quien se le apareció fue al señor Marcelino de Pousadas. El señor Marcelino iba a un pastizal que llamaban do Outeiro con las cinco ovejas y la cabra, y llevaba en el bolsillo de la chaqueta una baraja. Cuando le apetecía, la sacaba, barajaba, y se ponía a hacer solitarios. Sabía tres, que los había aprendido de vérselos hacer al señor cura de Moncide cuando, de niño, fue su monaguillo. Pocas veces le salían. Una tarde soleada, estando con el más difícil de los solitarios, una voz dijo a sus espaldas:

—¡Qué bien te venía el cuatro de copas!

El señor Marcelino se volvió para ver quien hablaba, y se encontró con el *momo* de Pena Amiga. Desde aquel día, el *mouro* solía acercarse al señor Marcelino y le ayudaba a hacer los solitarios. Además de hacer solitarios, hablaban de cómo iba el mundo. Un día el señor Marcelino se quejó al *mouro* de que se le había estropeado el reloj de bolsillo, un Carpentier de Ginebra, al que se le daba cuerda levantándole la tapa trasera, y los dos relojeros que lo habían examinado le dijeron que ya no tenía arreglo, por viejo, y que comprase otro.

—¡Sin reloj parece que me falta el sentido de la vida! —dijo el señor Marcelino.

El *mouro* se rascó la pernera. Era un pequeñajo gordo, con un bigotito, muy colorado de mejillas y con una verruga en la punta misma de la nariz, los ojos pequeños y muy azules.

—Voy a soñar —le dijo al señor Marcelino—, donde hay un reloj perdido que puedas ir tú allá y encontrarlo.

El *mouro* debió de andar muy ocupado, porque tardó varias semanas en presentarse ante el señor Marcelino. Lloviznaba y estaba este con el paraguas abierto pensando si volver para casa con la hacienda que pacía en el Outeiro, cuando apareció el *momo*, el cual para protegerse de la lluvia traía la chaqueta roja cubriéndole la cabeza.

—¡Ya di con el reloj, amigo Marcelino! ¡Hay años en los que no se pierde reloj alguno en este país! Pero es un reloj muy bueno, con tres tapas de plata, y muy puntual. Lo perdió un abogado de Arzúa cuando fue a una vista en un monte. Por mucho que todos los presentes buscaron el reloj, no lo encontraron, que yo pasé una mano de sombra por donde estaba caído, en unos helechos, y nadie lo vio. Puedes usarlo con confianza, que no es producto de robo. El abogado perdió el reloj y todo lo que yo hice fue evitar que lo encontrara.

El señor Marcelino fue a donde le dijo el *mouro* que estaba el reloj, y lo encontró en seguida. Con el reloj nuevo, el señor Marcelino parecía más contento, y no se cansaba de apretar en la cebolla abriendo la tapa para ver qué hora era. Pasados días, el señor Marcelino se dio cuenta de que el reloj tenía tendencia ya a adelantar, ya a atrasar. Era un reloj muy poco puntual. Se lo dijo al *momo*.

—Te estoy muy agradecido por el reloj, pero es un reloj poco puntual.

—Es que es un reloj de abogado —le contestó el *momo*—. Adelanta o atrasa según le convenga al abogado para las pruebas de la justicia. Pero es el único reloj que se perdió en Galicia este verano. Tú procura cogerle el tranquillo y guíate por el sol, que lo de sacar reloj para ver la hora, no deja de ser una fantasía moderna.

El *momo* le dio una palmada en la espalda al señor Marcelino.

—Lo decente en el hombre es andar por el sol.

MARCELINO PARDO

DE niño, a los cuatro o cinco años de su edad, a Marcelino solía visitarlo ese animal de la fauna mágica gallega que se llama gatipetro. Y con las visitas del gatipetro, Marcelino Pardo se meó en la cama hasta que tuvo casi doce años cumplidos. El gatipetro es como un gato gordo, que no tuviese patas de atrás, y en medio de la cabeza tiene un pequeño cuerno. El gatipetro se arrastra hacia la habitación donde duerme un niño, y comienza a echar agua por el cuerno, que gotea en el suelo. El niño, en sueños, escucha el ruido del goteo, que parece invitarlo a orinar, y de hecho casi le obliga a ello. Eso, repito, le pasaba a Marcelino Pardo. El padre le pegaba, la madre desesperaba, los hermanos se burlaban de él, y lo mismo los compañeros de escuela a los que había llegado la noticia de las humedades nocturnas de Marcelino. Un médico de Betanzos les dijo a los padres que aquello era enfermedad, y recetó unas pastillas que no surtieron efecto. Marcelino tomó agua de ortigas, entre otros remedios considerados eficacísimos, y le pusieron sobre el riñón cataplasmas de huevo y tila. Nada sirvió de nada. Hasta que un curandero de cerca de Pontedeume indicó que quizás se tratase del gatipetro.

—Ahora —dijo el menciñeiro—, no acostumbra a andar por el país. La verdad es que desde la epidemia de gripe del año 18 apenas ha sido visto, y aunque haya habido mortandad entre ellos alguno debe haber quedado en algún lugar acasado.

El curandero explicó como era el gatipetro, y como para andar, se apoyaba, además de en las dos patas delanteras, en la lengua, que la tenía enorme, como de vaca, pero muy colorada y con dos puntas. Para echarlo de la casa en la cual moraba —y sin duda había un gatipetro en la casa de Marcelino Pardo—, bastaba con sembrar de sal gorda la entrada a la habitación donde dormía Marcelino. El gatipetro no aguanta el amargor de la sal, y viendo además que ha sido descubierto, se va con la música, con la música del goteo del cuerno, a otra parte.

Ya con este diagnóstico, los padres de Marcelino extendieron sal por el pasillo de la casa, y por la habitación hasta la cama donde dormía el rapaz. Y fue un éxito. Aquella misma noche, por vez primera desde que tenía cuatro años, Marcelino no se orinó en la cama. Y no volvió a hacerlo nunca más. Cuando llegó la de ir al servicio militar, que le había tocado Caballería de Farnesio, en Valladolid, por si había gatipetro por las Castillas, en la maleta llevaba cuatro kilos de sal fina para, llegado el caso, echar disimuladamente alrededor de su catre.

Pero, en Valladolid no había gatipetro, o estaba ocupado con el niño de un sargento o de un cabo furriel.

Con los años, Marcelino llegaba a creer que había visto el gatipetro, y cada vez, en las descripciones que hacía a los hijos y a los nietos, el animal era más grande, su lengua de casi una vara de ancho, y el cuerno daba agua como una buena fuente en el mes de marzo, que es cuando suelen abrir las fuentes, tras el lluvioso invierno.

BUSTELO DO CAÍNZO

XOSÉ Bustelo Parada, conocido por Bustelo do Caínzo, quiso saber lo que había sido de un sobrino que doce años antes emigrara para la Argentina. Bustelo le había adelantado el dinero para el pasaje. El sobrino no daba señales de vida, no devolvía los cuartos con los intereses legales, y nadie del país lo había visto en Buenos Aires. Parecía que a Antonio Bustelo se lo había tragado la tierra. Su única hermana, Priscila, le dijo a su tío Bustelo do Caínzo que en La Coruña había una mujer conocida por la Vilanova, que por setenta y cinco pesetas, daba por el naipe francés las señas de los ausentes. A Bustelo do Caínzo le parecía algo caro, máxime si luego resultaba que su sobrino estaba de vago en Buenos Aires, o no tenía un peso, y no iba a devolverle el dinero del pasaje. Pero la hermana del emigrado soñaba que este pasaba hambre y frío en Buenos Aires, y que le robaban los zapatos, y llovía, y el pobre se perdía en el camino de regreso a su casa de Berezal, que en el sueño de la hermana había un camino desde Buenos Aires a la aldea gallega pasando por una fraga en todo semejante a la de Valeiras.

—¿No habrá otra más barata que esa Vilanova de La Coruña? —le preguntaba Bustelo a su sobrina Priscila.

Priscila quedó en enterarse. Había otra mujer en Ferrol, que se llamaba doña Pura, y era viuda de la Marina de Guerra, pero parece ser que solamente daba las señas de los difuntos, y hubo quien le avisó a Priscila de que cuidado con doña Pura, que echando las cartas por uno que estaba en Río de Janeiro, si andaba sano o enfermo, por hacer tanta búsqueda de él le mandó sus soplos, y el buscado, que estaba en sus cabales de cuerpo y alma, enfermó, y se puso a la muerte, y cuando regresó a la aldea sin un cruceiro, dijo que había visto a una naipeira en sueños, y la pintó tal como era la doña Pura del Ferrol. Buscar en una persona por las cartas, si está sana o enferma, puede meterle de verdad en el cuerpo la enfermedad que se sospecha le tiene tumbado. En fin, Bustelo do Caínzo y su sobrina Priscila juntaron las pesetas necesarias, y fueron a La Coruña a ver a la llamada Vilanova. Esta era una mujer muy gruesa, que se abanicaba constantemente, porque se sofocaba, decía. Puso una taza de agua encima de la mesa camilla, le echó un puñado de sal, y les dijo a los consultantes que aquello figuraba el mar. Luego, poniendo cartas alrededor, hasta que salió la sota de copas. Miró para Priscila y le dijo:

—¡Tu hermano Antonio se te parece mucho en la boca!

—¡Todos somos algo dentones en mi familia! —comentó Priscila.

Y tras la sota vinieron unos oros atravesados con unos bastos.

—Tu hermano está sano y salvo, sigue soltero, y por lo que dice este tres de bastos que cierra el campo, todavía no piensa en volver, aunque se acuerda mucho de vosotros. Ahora viene delantero el caballo de oros. Esto quiere decir que hay giro. ¡Podéis marcharos tranquilos!

—¡Naipes infalible! —me comentaba Bustelo do Caínzo—. Siete días después de

la consulta, apareció en casa de Priscila uno de Moirás, que regresaba de Buenos Aires, con noticias de Antonio, que estaba de mozo con uno de Padrón, que tenía almacén de comestibles, y mandaba los dineros debidos, y algunos pesos más y un bolso de piel de cocodrilo para la hermana.

—*Si non preguntamos por él, é hoxe o día en que aínda non contestaba!*

BENIGNO VELLO

BENIGNO Vello, porque era de los Vello de Soutelo, pero era un hombre sobre obra de cuarenta y cinco años cuando yo lo conocí, era el segundo del famoso *fogueteiro* de San Simón, señor Manolo Vides. Benigno había sido seminarista en Tuy, pero no le entraban los latines. Tuvo que dejar el seminario con harto sentimiento de su madre, que sólo soñaba con verle ordenado, y diciendo la primera misa en la iglesia de Santa Margarida de Soutelo, que está en lo alto de un castro con un gran tejo en el atrio. Del seminario de Tuy pasó a escribiente de un notario en una villa de la provincia de Pontevedra, pero tampoco daba mucho de sí, y además un día que fue con el notario a levantar un acta, conoció al señor Manuel Vides, el *fogueteiro* de San Simón, que estaba comprando mimbres para algunas de sus obras pirotécnicas. Precisamente el señor Manuel Vides necesitaba un ayudante en su taller, que uno que tenía hasta entonces, se había marchado a Venezuela, porque le habían dicho que allí alguien que supiera medianamente de bombas y ruedas, y especialmente bengalas de colores, que se hacía rico en un par de años. En Venezuela la pirotecnia estaba muy atrasada. Benigno Vello dejó al notario, y se marchó a San Simón con el *fogueteiro*. Aprendió en seguida los elementos del arte, y muy especialmente el cartucho de la bomba de palenque, que cebaba con el dedo gordo de la mano derecha. Nunca se había fijado, hasta entonces, que tenía en la mano derecha un pulgar más grueso y redondo que en la izquierda, y que entraba justo en el cartucho, apretando el explosivo. Esto le supuso un aumento de sueldo. Además era muy hábil en atar en las ruedas, y su curiosidad por el arte fue tanta, que el señor Manuel Vides tuvo un día que decirle que se limitase al trabajo rutinario, y nada de experimentar con cloratos y azufres y detonantes chinos, que un día volaban por los aires con el taller y San Simón entero.

Es que a Benigno Vello se le había metido en la cabeza que, según había bengalas silbadoras, que podía haberlas habladoras. Es decir, una bengala que al estallar en el aire, dijese alguna cosa de mérito. Por ejemplo, en latín.

—Lo que yo quería —me confesaba Benigno Vello en el atrio de Penabad, terminando de montar una rueda de fuego que representaba el martirio de la patrona, santa Catalina—; lo que yo quería, era una bengala que gritase algo, o una rueda que llevase de presente una figura, que entre el estruendo de la petardería, dijese algo, que podía ser «*ei carballeira*», o «¡Viva el Celta!», o una frase en latín. Por ejemplo, la figura sería el canónigo Nabal, que fue mi profesor de latín en Tuy y dijo que el alumno más burro que había pasado por el seminario que era yo. Por ejemplo, el canónigo Nabal, entre chispas y truenos, diría por la boca: «*Ego surtí asinus*», «Yo soy el burro». ¡Una venganza como otra cualquiera!

Pero el señor Manuel Vides redujo a sus justas proporciones la capacidad pirotécnica de Benigno Vello, quien siguió con su pulgar de la mano derecha cebando los cañutos de las bombas de palenque. Un año, estando el señor Manuel Vides con

un gran catarro, fue Benigno Vello al Puente de Orense al frente de toda la sesión de fuegos artificiales, y a escondidas del maestro *fogueteiro* llevó una pieza que era un cura bailando con el ama, según él, pero nadie se dio cuenta del asunto, ni el significado de las vueltas y revueltas de aquellas dos figuras que se movían en lo alto de los palos. Pero regresó satisfecho a San Simón porque la Comisión de Fiestas del Puente lo felicitó:

—¡Muy bien —le dijo el presidente—, por esa batalla naval! ¡Hay que repetirla con más cañoneo en los próximos años!

Benigno Vello no se atrevió a decir que era la *muiñeira* del cura con el ama.

EL BOLIMARTE

ESTE animal de la fauna mágica gallega lo había inventado yo hace unos años, y recientemente un amigo mío me habló de él, preguntándome si lo había oído nombrar porque le habían contado del bolimarte. Yo me regocijé, porque a uno le gusta que las imaginaciones tuyas pasen a la memoria popular, lo que es prueba de que ha acertado en algún punto de la fantasía propia nuestra, y que lo inventado corresponde, más o menos, a una realidad apetecida, o soñada. Pues bien, el bolimarte, mi bolimarte, era en imaginación algo así como una salamandra o un alacrán, pero se diferenciaba de ambos en que tenía en el medio y medio de la cabeza una cresta roja, como de gallo, de cinco puntas. Medirá el bolimarte algo así como media cuarta, y lo más de su cuerpo es rabo. Pone un huevo cada siete años, y precisamente en el nido del mochuelo, del moucho, que decimos los gallegos. Los huevos del moucho son blancos y el del bolimarte es negro, pero el moucho no se da cuenta. Cuando el bolimarte rompe la cáscara y sale fuera, lo primero que hace es comerse las crías del mochuelo.

El bolimarte se ve pocas veces, pero siempre se ve cuando va a haber eclipse de sol. El bolimarte le tiene miedo al fin del mundo, y con ocasión del eclipse, que sabe con días de anticipación que va a haberlo, busca la compañía del hombre. Para lograr que un hombre lo reciba en su casa, el bolimarte da cualquier cosa; es decir, da oro que escupe por la boca, o dice donde lo hay. Recibido en la casa, hay que alimentarlo bien: dos pollos y dos pichones por día. Alguna vez pide huevos con torreznos. Los pollos y los pichones no hay que guisarlos; basta con desplumarlos, y el bolimarte los come crudos. De todas formas, como paga en oro, sale barato como huésped. Parece ser que desde que yo he inventado el bolimarte, se sabe de más de una familia gallega que se ha hecho rica dando de comer al bolimarte cuando tiene miedo. No hay que darle cama y nadie sabe dónde duerme.

El bolimarte, expliqué yo, trae por encima del cuerpo una especie de camiseta, y entre la camiseta y el cuerpo, hilo de oro puro, que lo regala a quien le da cobijo y comida. Pero este hilo, desde que el bolimarte lo entrega al hombre, en una hora no hay que tocarlo, porque quema.

¿Y cómo dice el bolimarte que hay oro?!

Pues muy sencillo: salta a la ventana, tan pronto como pasó el eclipse, y escupe; lanza una salivaza fuerte, que parece que tuviese en la boca un tirabalas de estopa. Donde cae la saliva, brota una pequeña llama, y se ve algo de humo. Hay que ir allá, abrir un agujero, y en seguida, a menos de media vara, aparece el oro. Cuando el hombre regresa con el oro, ha de mostrárselo al bolimarte, el cual se impone en las patas traseras, y silba. Desde que yo lo inventé, que tenga noticia lo han visto en Pontedeume y en Santa Uxía de Ribeira. Si hubiera pronto un par de eclipses de sol, es seguro que sería visto en otros lugares de Galicia.

AURELIO Y LA GITANA

UN tal Aurelio, vecino de Boimorto, iba a primera hora de la tarde un día de diciembre a paso ligero camino de Medid, donde había de tomar el autobús de Lugo a Santiago, cuando en el medio y medio del camino se le apareció una gitana. Está bien empleada la palabra aparición, porque la gitana se plantó ante Aurelio como brotada de la tierra. Y no era una gitana cualquiera, que vestía como las bailarinas de tablao, y recogía la punta de la falda con la mano derecha, no se la manchase en el lodo de la carretera. La gitana, además, era muy hermosa, y llevaba collares al cuello, y pulseras en las muñecas, de plata de ley. Se plantó, digo, la gitana delante de Aurelio, y le dijo con el acento que suelen las de su raza:

—¿Te la digo, resalao?

Aurelio le respondió con un «no», señora, que llevo mucha prisa, pero la gitana se le ponía delante y no le dejaba seguir camino.

—¡Por dos pesetas, te echo un baile, precioso!

Aurelio temía perder el autobús, y apartó, quizás con malos modos, a la gitana, y siguió su camino. La gitana le gritó:

—¡Toda esta desconsideración la vas a perder en quesos!

Aurelio llegó a tiempo de tomar el coche de la empresa Freire que había de llevarlos a Santiago. Dos días después regresó a su casa. Cuento como él contaba el suceso en Mellid, al boticario Taboada Roca, o en Arzúa, al juez Raimundo Aguiar, por citar sólo personas de respeto. Regresó Aurelio a su casa, y a la puerta lo estaba esperando, llorosa, su mujer, a la que acompañaban unas vecinas. Aurelio y su mujer hacían muy buenos quesos, que los mandaban por un tratante a Vigo, a la viuda de Melchor, quesera muy afamada. Quizás los mejores tetillas que se comían en Vigo se vendían en la tienda de la viuda de Melchor, en la calle del Príncipe.

La causa de los lloros de su mujer era que teniendo preparados dieciocho quesos para mandar al día siguiente a la feria de Cuntís, entraron súbitamente en la cocina dos docenas de ratones negros, brincadores, hambrientos, y sin temor a los presentes, se echaron a los quesos y los devoraron en un santiamén. No valieron de nada gritos ni escobazos, ni echarles un caldero de agua hirviendo. Los ratones devoraron los quesos, y se fueron.

El castigo de la gitana: «¡Ya lo perderás en quesos!»...

En Boimorto, al parecer, estaban divididas las opiniones. Unos creían en la eficacia de la maldición caló y otros no. Y uno sugirió que a lo mejor la gitana era la mora guardadora del tesoro que había en un castro vecino, y que salía a probar a Aurelio, el cual por un duro que le hubiese dado, la mora disfrazada de gitana le habría echado la buenaventura, y le habría dado las señas del tesoro escondido. Esta última opinión, porque era la más mágica, por decirlo así, de todas las opiniones de Boimorto, fue la que prevaleció. Y Aurelio y su mujer quedaron inmensamente tristes. Aurelio salía de paseo en las tardes de invierno, camino de Mellid o de

Teixero por ver si salía de la tierra la gitana, pero nunca más volvió.

SORTES E RESORTES

ESTO de *as sortes e resortes*, las suertes y resuertes, no es sólo propio de Galicia, que lo es de muchas partes de Europa. Se sigue el tiempo que hace en los días de enero, del siete al doce, del quince al veinticinco, o del catorce al veintiocho, y tal como fueron esos días, serán los meses del año, de sol o de lluvia, de frío o de calor. Hay aldeas en las que viven verdaderos expertos en interpretar las *sortes e resortes*, que son muy escuchados, y los más de los vecinos acompañan las tareas agrarias según lo vaticinado. Yo he conocido a uno de estos expertos, un tal Lamego de Mouriz. Un tipo pequeño, inquieto, pechisacado, que desayunaba tocino crudo con pan y una copita de coñac. Allá por el año cincuenta y seis o cincuenta y siete, sacó por las *sortes e resortes* que por Pascua Florida vendrían grandes lluvias, poco menos que un nuevo diluvio universal. Lamego, habiendo estado operado en Santiago, conoció a otro experto en *sortes e resortes*, que era de Muros, y vaticinado lluvias como otras no se vieron, viajó a Muros a consultar con su colega. El cual, sin que Lamego le preguntase nada, como si le leyese la consulta en el pensamiento, le dijo a modo de saludo:

—¡Aguas nunca vistas, Lameguiño!

Lamego regresó a Mouriz, cambió de lugar los dos palleiros que tenía, poniéndolos asegurados en un alto, y abrió un canal al pie del hórreo, que llevase el agua de la eirá al río. Para más seguridad se compró un impermeable con capucha y unas botas altas de caña, de pescador, retejó la casa, e hizo una especie de rampa de madera, que le había de permitir, en caso de inundación, llevar las dos vacas y los cerdos desde las cuadras al segundo piso. Acopió leña y bacalao, y espero a que llegase abril.

Yabril llegó florido, soleado, tibio, sereno los más de los días, y cuando no, unas ligeras lloviznas con viento sudoeste. Lamego no daba crédito a sus ojos, y cuando acabó la luna de abril, volvió a viajar a Muros, a discutir el asunto con el entendedor de allá. Lo encontró leyendo un periódico que había comprado en la villa aquella misma mañana.

—¡Pudimos hacernos ricos, Lameguiño! ¡El diluvio anunciado cayó en Italia! ¡Pudimos avisarles, previo pago!

Yel de Lugo le mostraba a Lamego una fotografía que venía en primera plana del periódico y en el que aparecían lanchas por las calles de Florencia inundada. Lamego se rascó la cabeza, y le pidió prestado el periódico al experto de Muros, para enseñarlo por las ferias de Palas de Rey, de Sarria, de Monterroso, en Lugo y en Becerreá, y en toda parte donde le habían escuchado el pronóstico del nuevo diluvio, para que con aquella prueba de las terribles inundaciones toscanas no padeciese su fama. Así pararía las burlas, y recobraría el respeto perdido.

Ahora no conozco ningún experto en *sortes e resortes* de la categoría de Lamego de Mouriz, aunque como dije antes los hay en muchas aldeas gallegas. Tampoco sé si

vivirá todavía el experto de Muros, quien interpretaba las *sortes e resortes* a escala universal, y para él era lo mismo que lloviese en Negreira que en Florencia, la flor de Toscana.

LOMAS DE PONTIGO

SIENDO Gervasio Lomas niño, y estando en su cuna en el primer piso del molino paterno, vino una tromba de agua, hubo una súbita crecida y el agua llegó a donde dormía el mamoncete, el cual salió navegando por la ventana. Lomas era muy crío para acordarse del suceso, pero de tanto oírlo contar a sus padres, le parecía que era él quien recordaba la inundación y la navegación en la cuna de madera de castaño. Y ya mayor, Gervasio Lomas tenía una gran curiosidad por todo lo que se refería a inundaciones, y sobre todo por la mayor que ha habido nunca, que es el Diluvio Universal. Salíamos juntos de la escuela, y me señalaba la desnuda cumbre del frío monte Carracedo.

—¡Y pensar que quedó debajo de las aguas!

El Carracedo, para uno de Miranda, en la diócesis de Mondoñedo, es como el Everest, y hay un refrán que dice en gallego: *O Carracedo, que a todos los montes pon medo, a non ser ao Montiral, que é seu igual*. Pero nadie de por allí ni de ninguna parte, sabe dónde es el tal Montiral. No debe haberlo. Debe ser un monte de fábula, o de romance antiguo, de don Gaiferos o del paladín Roldán.

En la familia de Lomas hubiera varios zurupetos y agrimensores aficionados. Quizás por eso Gervasio Lomas sostenía que el mejor oficio que un hombre pudiera tener, para después del Diluvio, era el de perito. Porque había que volver a medir las tierras, que las aguas se llevaran los mojones, que el lodo cubriría los linderos.

Lomas contaba haberle oído al señor cura de Bretoña, que el zorro no había subido al arca de Noé. Y que convenía saber, para usar sus mañas mismas, lo que hiciera el raposo para no morir ahogado.

Gervasio le llamaba al raposo Rabiscollo. Sólo le escuché a él este nombre del zorro, que tiene tantos. Parece ser que para animarlo, el propio Noé desde una ventanilla del arca le gritaba:

—¡Vente amigo, que hay gallina dentro!

Pero el zorro no subía y le respondía a Noé:

—¡Me huele a perro!

Cuando el arca entró en la marea, quedaba el raposo sobre una roca, con el rabo levantado.

Lomas también andaba muy inquisidor del viaje del arca. Me llevaba delante del Mapamundi y me decía:

—¡Igual pasó por encima de La Habana!

Pasaría... Ya hombre, yo he visto siempre a Gervasio Lomas con un cigarrillo en la boca y otro detrás de la oreja, y jugando a la brisca entre seis, era un estratega genial, un mil tretas, con los ojos muy abiertos, la cabeza movediza, cazando señas de amigos y enemigos. Estoy seguro de que más de una vez se preguntó en qué pasarían las noches largas del arca Noé y los suyos, si entonces, como parece, aún no habían sido inventados los naipes.

TÍA GERVASIA DE FONTES

VIVÍA sola en una casa vieja más allá del empalme de Fontes; en una casa vieja, de planta baja, medio cubierto el tejado por las ramas de la higuera que había crecido torcida y desparramada frente a la puerta, y que daba en los días de San Juan unos higos verdascos muy sabrosos. La tía Gervasia salía con la vaca, dos ovejas y una cabra al pasteiro vecino. Tenía algo de huerta, recogía un carro de patatas y cebaba un puerco. Tenía algunos dineros ahorrados, y aunque vivía muy pobremente, todos los años iba a Guitiriz a tomar las aguas, dejando la hacienda a cargo de unos vecinos, y cinco o seis veces al año daba misas en la parroquia de San Cosme de Petín por las almas de sus difuntos. Todos los suyos habían muerto, y el último un sobrino, de dieciséis años, Cosmiño era un muchachito callado y obediente, que un día empezó a toser, con aquella misma tos honda y ronca que parecía propia de la familia de los Fontes, y en un mes enflaqueció, escupió sangre y se puso a morir. El médico dijo que no había nada que hacer, que Cosmiño estaba sin pulmones, y sólo un milagro le daría la vida. Cosmiño tosía y tosía, y en los descansos, miraba con sus grandes ojos negros para la tía Gervasia e intentaba sonreírle. Una tarde echó más sangre que de costumbre por la boca, quedó como en un pasmo, y cuando salió de él le dijo a la tía Gervasia:

—*Vou a morrer sin ter andado en bicicleta!*

Y así fue. La tía Gervasia quedó muy dolida, tanto por la muerte de aquel sobrino, que era tan buen compañero, como por no haberle comprado a Cosmiño una bicicleta.

Se la llevaba pidiendo desde los diez años, y la tía Gervasia siempre le decía que para el verano siguiente que se la compraría, si salía bien el parto de la vaca y vendía bien la cría. Ahora se dolía de lo tacaña que fuera, y lloraba por haber dejado a Cosmiño ir al otro mundo sin haber corrido en bicicleta. Se le metió en la cabeza que había cometido una mala acción con su Cosmiño, y que este, donde estuviera, que sería en el Cielo, por bueno y obediente, le guardaría rencor. Y tantas vueltas le dio al asunto en el magín, que se decidió a comprar una bicicleta, la mejor que hubiese en las tiendas de Betanzos donde las vendían. Compró una bicicleta azul, con un timbre en el manillar que sonaba alegre a poco que se le pulsase.

En Fontes había un molinero que tenía un hijo que andaba muy bien en bicicleta, y se llamaba Ruperto. La tía Gervasia consiguió de Ruperto que la acompañase al camposanto, montado en la bicicleta azul, y tocando el timbre de vez en cuando.

Se detuvieron delante del nicho en el que reposaban los restos de Cosmiño, y la tía Gervasia, tras santiguarse, le habló al difuntiño:

—Cosmiño, meu Cosmiño, parió la vaca y te compré la bicicleta. La mejor que había en Betanzos. Y aquí viene conmigo Ruperto, tu amigo Ruperto el de Cabanas, que te va a enseñar a montar en ella.

Ruperto montó en la bicicleta, dio unas vueltas por el camposanto, tocó el timbre en cada una, e hizo unas pruebas de freno mismo delante del crucero de la entrada.

Aquella noche la tía Gervasia durmió tranquila. Al fin, aunque tarde, le había cumplido el gusto a Cosmiño. Dormía profundamente cuando sonó el timbre de la bicicleta y despertó. La bicicleta estaba a los pies de la cama. Seguramente que andaba en ella el alma de Cosmiño, y estrenaba el timbre. La tía Gervasia volvió a dormirse, sonriendo por vez primera en muchos años.

EL SEÑOR ESTANISLAO DE MONTES

A CONTECIÓ que estaba labrando una tierra para luego sembrar centeno un labriego de Ariz, y de pronto el arado se negó a seguir abriendo el surco. No es que las vacas que tiraban de él se negasen a andar; es que el arado se levantaba, la reja salía de la tierra, y no había manera de surcar. Allí pasaba algo raro. El labriego llamó a una vecina *meiga*, la cual le dijo que era que el arado tropezaba con un misterio, que podía ser bueno o ser malo, lo mismo podía ser un tesoro o algo portador de desgracia. Decidieron entonces cavar donde el arado se negaba a seguir trabajando, después de tomar las precauciones debidas, hacer un círculo, trazar unas cruces, verter agua bendita y marcar los cuatro puntos cardinales con ramas de romero. La *meiga* llamó al secreto:

—¡Si estás vivo, sal a la luz, y si eres maligno, vete por Jesús! No pasó nada. Se pusieron a cavar, y a medio metro de profundidad aparecieron unos huesos humanos, un fémur, unas costillas, una mandíbula, y todos los de una mano, que estaban apretando una piedra colorada. Fueron avisados el juzgado y el señor cura, y hubo acuerdo en que los huesos pertenecían a un ser humano que había vivido hacía por lo menos trescientos años. Cómo estaban allí era un misterio, y lo del arado daba que pensar. No hallando mayores explicaciones, se decidió que los huesos fuesen metidos en una caja y enterrados en el camposanto de Ariz, que está al lado de la iglesia, mismo junto a la puente, y los difuntos, si tuviesen oído, podrían escuchar el canto de las aguas del alegre río, y toda la pajarería de los sauces de la ribera. El cura, por si acaso, echó unas bendiciones *sub conditione*. El caso fue muy comentado en toda la comarca, y llegó a oídos del señor Estanislao de Montes, compondor de huesos muy famoso y sabio en hierbas medicinales. Se acercó a Ariz y pidió permiso para examinar los huesos. Después de hacerlo detenidamente, cambiando de gafas y mirándolos al trasluz, sentenció:

—Son de mujer. De una mujer sobre los treinta años, más bien pequeña. Y desde luego son unos huesos de una mujer que no era del país. La mujer gallega tiene otros huesos. Tampoco la piedra de la mano es gallega.

Con estas declaraciones del señor Estanislao de Montes creció el misterio y aumentaron los comentarios. ¿Qué fue a hacer a Ariz una extranjera, una francesa, por ejemplo? Era seguro que se trataba de un crimen, pero ¿dónde iban los otros huesos de la víctima?

¿Y lo del arado, negándose a abrir la tierra sobre los restos?

Todos esperaban que el señor Estanislao de Montes diese una respuesta, pero no la hubo. Una y otra vez estudió los huesos, con ayuda del sacristán y de la *meiga*, y aunque cada día precisaba más sobre los huesos, y se afirmaba en que no eran de gallega, no llegó a solucionar el caso. Parece ser que incluso llegó a encerrarse una noche con el arado, que era un arado romano, construido por el carpintero de Boán. No había novedad ninguna en el arado. Para sonsacar al arado, si es que tenía algún

secreto, le dio a beber Uno tinto. Eso se dijo por Ariz. Pero ni con el vino el arado habló, diciendo cómo se enterara de que en aquella leira estaban huesos humanos. Todavía están a disposición de los que quieran estudiar el asunto, en el cementerio de Ariz, los que llaman los vecinos «*os osos da francesa*».

FULGENCIO PARADA

ESTE Fulgencio Parada era de Asados, en la vecindad de la ría de Arosa, y cuando iba, en la tarde del domingo, a pasar unas horas a Rianxo, solía llevar unas cuantas naranjas de un naranjo que tenía en su huerta, y que él tenía por las más sabrosas del mundo.

—¡Ríete de las valencianas! —decía.

La verdad es que para él aquellas naranjas de Asados tenían un sabor especial, y en primer lugar porque fueron las primeras naranjas que había comido, y en segundo lugar porque su padre las dejaba en el naranjo de un año para otro, y las que no hacía caer el viento, endulzaban en la rama. Cuando Fulgencio fue a hacer el servicio militar en El Ferrol, pedía a su casa constantemente unas naranjas para que amigos y aun sus superiores pudiesen comprobar que las naranjas de Asados tenían algo que no tenían ninguna de las otras naranjas del mundo. Y el entusiasmo de Fulgencio Parada por sus naranjas era tan contagioso, se le veía tan gozoso cuando llevaba un gajo a la boca, que todos terminaban poniéndose de acuerdo en que aquellas naranjas podían ser mejores o no que las valencianas, pero tenían algo que les hacía merecer el calificativo de únicas. Eso dijo el capitán de corbeta don Severino Sierra, al que servía Fulgencio como asistente. Don Severino era gran conocedor de la Historia de España, y tenía en Fulgencio un atentísimo oyente. Don Severino quería deshacer las que él llamaba «trampas de la Historia», y para comenzar, se oponía a que don Pedro I de Castilla fuese titulado el Cruel. Había leído una «apología» de don Pedro, que para él era el justiciero. Y le explicaba a Fulgencio que no era verdad que fuese un francés, el condestable Du Guesclín, quien en Montiel, cuando se encontraron los dos hermanos, que hacía años que no se veían, y a don Pedro tuvieron que decirle quien era don Enrique, gritándole:

—¡Ése es! ¡Ése es!

Dijo que no era verdad que fuese el francés quien en la pelea puso al bastardo Enrique encima de Pedro, el legítimo, diciendo aquello de:

—¡Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor!

No, no fue el francés como se sabe por el licenciado Molina y por el P. Gándara, aunque lo digan todos los libros de Historia. No, que fue un gallego, uno de Pontevedra, Fernán Pérez de Andrade, que andaba en el bando de don Enrique. Y don Severino Sierra daba como prueba la astucia gallega del dicho, no quitar ni poner rey, pero ayudar a su señor.

—¡Yo ayudo a quien me paga, y allá ellos que se maten!

Fulgencio Parada se hizo del bando de don Pedro el Cruel o el Justiciero, y sabiendo por su jefe que el rey había paseado por Galicia, se imaginaba verlo llegar a Asados una tarde cualquiera, e iba Fulgencio y se cuadraba y saludaba militarmente, y le ofrecía las mejores naranjas de su naranjo.

Y como le había quedado en la memoria la famosa frase de Fernán Pérez de

Andrade o Bon, Fulgencio la modificaba en la ocasión:

—¡No quito ni pongo valencianas, pero chufó las naranjas de mi naranjal!

Y el rey don Pedro le daba a Fulgencio de propina cinco duros que como Pedro era sobre todo rey de Sevilla, serían cinco duros sevillanos.

EL CABALLO DE ALBERTO MERLO

UNA tarde en la eirá de su casa, Alberto Merlo le dio una merienda de hierba fresca a su caballo, y se sentó en el cepo de partir la leña a leer el periódico.

El caballo dio fin a la hierba, y pasó su cabeza por encima del hombro derecho de Alberto, y le preguntó con voz humana:

—*Como anda o mundo?*

Este fue el comienzo de las largas conversaciones que durante varios meses sostuvieron Alberto Merlo y su caballo. Hablaban, según Alberto, de política, de las contribuciones, de cómo habían ido los precios en la feria de Noya, y de bodas y difuntos. Un día, el caballo le dijo a Alberto que no le gustaba que le llamase Moro, y que mejor sería que le buscase un nombre más decente, aunque fuese francés. Alberto consultó con un maestro de Muros, muy amigo suyo, y este le dijo que le llamase simplemente como se llaman los caballos en Francia, *cheval*. Al caballo le pareció bien, y por consejo del caballo, Alberto Merlo fue avisando a todos los vecinos que su cruzado de percherón y morisco, ya no se llamaba Moro sino Cheval, y que hiciesen el favor de tomar nota a todos los efectos. Pasando los meses, Cheval se iba mostrando exigente. Se celaba de que Alberto hablase con otras gentes, de que le silbase al perro Tirol, y de que le leyese el periódico en voz alta a la mujer, que no sabía leer.

—¡Bastante haces con dormir con ella! —comentó Cheval disgustado.

Iba a cumplirse un año desde la primera conversación de Alberto con su caballo, cuando este, una tarde, regresando ambos amigos del molino con un par de sacos de harina, Cheval se detuvo y le dijo a Alberto con voz grave:

—Va a hacer un año que nos hablamos, y si quieres que sigamos comentando el mundo, tienes que prometerme que solamente vas a hablar conmigo de ahora en adelante. ¡Después de todo soy el único caballo en Galicia que habla con su amo! Y no me fío de tu palabra, que ya te he oído contar alguna mentira. Tienes que hacerme un documento. Si no me lo haces, me callo para siempre.

A Alberto le parecía muy difícil consultar este asunto con un abogado. Lo tomaría por loco si entraba en su despacho diciendo que hablaba con su caballo Cheval y que este quería que solamente hablase con él, y que se entendiese por señas con el resto del mundo. Fue a Muros a hablar con su amigo el maestro. Este le dijo que le escribía cualquier cosa en papel de barba, que lo más seguro era que Cheval no sabría leer.

—*E si sabe?* —insistía Alberto.

El maestro, en papel sellado de dos cincuenta, escribió una declaración en la que se comprometía a no hablar con la gente si no era con permiso de su caballo Cheval, antes conocido por Moro. Firmó y rubricó, Alberto Merlo...

Alberto llegó con el documento a su casa y se lo mostró al caballo. Este hizo que se lo leyese dos veces.

—¡Muy bien! ¡Ahora tienes que llevarlo al Registro!

Alberto se quedó boquiabierto al escuchar a Cheval.

—¡Al Registro! ¡Conozco el procedimiento! Piensa que antes de ser tu caballo, fui el caballo del procurador Abeledo.

Y Alberto está con el papel en la mano, paseando por los caminos, sin saber qué hacer, si ir al Registro de Noya o no.

EL LORO DAS ESMELGAS

YO fui muy amigo de Felipe das Esmelgas. Ya su padre y su abuelo se apodaban así, das Esmelgas, y quizás su bisabuelo y su trisabuelo, porque debió haber alguien de la familia especializado en esmelgas, es decir, en extraer la miel de las colmenas. En Abeirón, en la cara del sol, al abrigo del Norte, son muchas las colmenas, al arrimo de un cómaro o junto a los grandes chantos de pizarra que cierran una chousa o un souto. Uno de la familia das Esmelgas que anduvo por el Brasil y asistió a una sesión de espiritismo en Bahía de Todos os Santos, en la que había comparecido cantando ópera el tenor Caruso, trajo un loro, un lorito real que causó sensación en la comarca. Era un gran hablador en portugués, y el señor cura de Moade, don Paco Silvestre, gran cazador y partidario fanático de Joselito, —a quien viera torear una tarde en La Coruña—, le enseñó al loro unos versos virgilianos, naturalmente que en latín. El loro estaba continuamente diciendo como se llamaba:

—*Eu só Café Filho!*

Café Filho era un político muy conocido en el Brasil. En el invierno del año 1921, el lorito comenzó a enflaquecer y a toser.

Trajeron un médico de Meira para el loro, sin resultado. El cura de Moade decía que el loro estaba tísico. Se trató seriamente de que el loro cambiase de clima, y fuese a pasar una temporada a tierras altas y secas, lejos de las bromas meiregas. El señor cura ya le había escrito una carta al párroco de Panticosa, en el Pirineo aragonés, donde había un sanatorio famoso para tuberculosos. El cura, el citado don Paco Silvestre, se ofrecía a pagar seis meses de pensión completa por el loro, pero antes de que llegara carta de Panticosa, Café Filho cayó redondo. Los de las Esmelgas lo metieron en una lata de galletas *María*, y lo enterraron decentemente junto a la puerta del camposanto. Trataron con el cura de decir unas misas por su alma, y el cura, que había dicho siete por Joselito cuando lo mató el toro Bailador en Talavera de la Reina, se resistió. En el entierro hubo mucho público, y los de las Esmelgas, como si se tratase de un finado de la familia, dieron limosna de pan. En paz descanse Café Filho, tan locuaz. Y recordando a Cicerón cuando fueron ejecutados los catilenarios, don Paco Silvestre comentó lloroso:

—*Fuit! Fuit!*

Ahora en Moade cambiaron de lugar el camposanto, y al desmontar los sillares de la puerta, que va a ser la misma del camposanto nuevo, fue encontrada la lata de galletas, muy oxidada, y dentro un polvo amarillento, restos del loro. Los llevaron a enterrar al camposanto nuevo. En Abeirón hay vecinos que saben muchas frases en brasileiro porque se las han escuchado al lorito real Café Filho en las tertulias de las anochecidas invernales. Y si había una chica joven y agraciada de visita en casa de los de las Esmelgas, con el más puro acento baíno, el lorito, como un humano galanteador, decía:

—*Meu anjo! Meu bem! Eu gosto muito de você!*

FELISA DE LONXE

TAMBIÉN, esta Felisa de Lonxe, era conocida por la Viveiresa. Vivía en una pequeña casa en la carretera de la Tolda, en Lugo, y era cartomántica muy acreditada. Para su trabajo tenía una baraja marsellesa muy usada, con los arcanos mayores del tarot, y sacaba del naípe todas las venturas y desventuras del consultante, le decía cosas de su pasado que este consideraba muy secretas, y le declaraba los horizontes del porvenir. Era muy buscada para decir si vivía o había muerto un ausente en Cuba o en la Argentina, y para saber si habría o no herencia de un tío lejano. Estudiante yo de bachillerato la conocí, y me mostró su baraja, que fuera de un cura de cerca de Ortigueira, y me explicó que en caso de consulta de cierta gravedad, encendía tres velas, e invocaba los Poderes. No logré saber si estos Poderes eran ángeles o demonios, u otra clase de fuerzas invisibles. Era una mujer muy alta y morena, que debió haber sido muy guapa, y en sus ojos negros tenía una extraña luminosidad, que no era brillo de fiebre, sino una extraña y verdadera luz. Hablaba un gallego muy bueno, pero también un castellano vivaz y coloreado.

Había tenido que venirse para Lugo desde una aldea cercana a Viveiro. Me contaron que allí además de tirar las cartas hacía pequeños hechizos de amor, y a pedido de alguna cliente, echaba a otra vecina el mal de ojo. Por ejemplo, una tal Josefa quería hacerle daño a una tal Antonia, porque esta había ido con cuentos o había hecho algo que la ofendiera. Entonces la Viveiresa, que era bastante medida e imparcial, —y quizás a esto se debiera su éxito, porque cierta mesura y nada de extremismos, es cosa muy propia de gallegos—; digo que entonces la Viveiresa, para castigar a Antonia, le malojaba las gallinas, que dejaban de poner, aunque fuese en enero. Ya saben el refrán nuestro: *xaneiro, oveiro*. La Antonia suponía, o sabía, que la Josefa era la que había solicitado de la Viveiresa que le echase el malojo a sus gallinas. Entonces era la Antonia la que iba a visitar a la que, sin más, llamaremos meiga. Le llevaba un regalo, una libra de chocolate, por ejemplo, o unos chorizos, o manteca fresca muy bien puesta entre dos berzas, o una botella de jerez. Y le decía la Antonia a la Viveiresa que tenía que tomarse una venganza de su vecina Josefa, culpable de que sus gallinas no pusieran, por lo cual no había podido hacer el roscón de Reyes.

La Viveiresa meditaba sobre el asunto, y buscaba una venganza moderada, proporcionada a la ofensa.

—¿Y qué le parece, señora Antonia, si hago que la vaca teixa de la señora Josefa deje de dar leche durante tres semanas?

La Antonia aceptaba, y la Viveiresa se arreglaba para que la vaca teixa de Josefa dejase de dar leche, durante tres semanas. Misterio de misterios.

La Viveiresa era también muy apreciada por las consultas que daba en caso de viuda que quería pasar a segundas nupcias. Le ponía lo que llaman un *semblante* al pretendiente de la viuda, el cual *semblante* esta veía en sus ojos, y así sabía si el

novio iba a ella por amor, o por aprovecharse del capital del difunto. Lo del *semblante* lo saben hacer muchas meigas gallegas, pero nadie sabe muy bien de qué se trata.

AMADEO DE SABRES

SALÍA de su casa para la feria de Negreira, y se dio cuenta de que con las prisas se le olvidaba el paraguas, que solía tenerlo colgado detrás de la puerta. Mejor dicho, tenía dos paraguas uno nuevo, comprado en Santiago, en una tienda del Preguntoiro, y guardado en el armario de su habitación, y otro ya viejo y amañado varias veces, un paraguas fuerte, un catorce varillas, que era el propio para cubrirse teniendo que salir en días de lluvia. El nuevo lo usaba Amadeo de Sabres nada más que para ir a los entierros o de consulta de médico o de abogado. Descolgó el paraguas viejo, y este silbó. Amadeo entendió el silbido. El paraguas, silbando, decía:

—*Creín que me deixabas!*

O algo parecido. Amadeo se encogió de hombros, no dándole importancia al asunto del paraguas, y se puso en camino de la feria de Negreira. Pero aquel silbido del paraguas fue el anuncio del silbido de muchos otros objetos propiedad de Amadeo. Por ejemplo, estaba sentado a los pies de la cama dudando si en calzar los zapatos de goma o los zuecos, cuando estos silbaron. El silbido quería decir algo así como:

—¡A ver si nos das gastado!

Sentado a la mesa, dudando entre comer los callos con tenedor o con cuchara, —esto era en una taberna de la rúa del Franco, en Santiago—, la cuchara le silbó a Amadeo. Amadeo tradujo:

—*Con cuchara máis se acapara!*

Llegó un momento en el que Amadeo no podía tomar libremente una decisión, porque todos los objetos le silbaban; le silbaba una silla diciéndole que se sentase en otra parte, y el reloj de bolsillo, diciéndole que no mirase tantas veces las horas, y un día le silbó el estómago, pidiéndole arroz con leche, y qué casualidad, se le había antojado aquella mañana a Amadeo, quien le había dicho a la mujer:

—¡Mucho tiempo hace que no me das arroz con leche! Le silbaban a Amadeo los cajones de la mesa, que los abriese con más cuidado, y la navaja, que quería afilarse. Pensó en ir al médico, pero se dijo que él no estaba en estado anormal, que las anormales eran las cosas que le silbaban. Pero no iba a llevar él al médico el paraguas, los zuecos, el estómago, los cajones de la mesa y la cuchara de comer los callos... Ahora, además, le silbaban las personas. Estaba hablando con su mujer o con su tío Venancio, y por debajo de las palabras escuchaba, suave, suave, un silbido. Decidió taponarse los oídos, y que el que quisiese hablarle que lo hiciese por señas. Pero sucedió entonces que quien silbaba era él. Quería decir:

—¿Dónde dejaría la boina?

Y en vez de las palabras le salía de la boca un silbido, que era la respuesta de la boina a la pregunta formulada:

—*Derriba da cómoda!*—, entendía Amadeo que decía la boina. Tanto silbido de las cosas llegó a ponerlo nervioso, a excitarlo, y golpeaba las mesas, las sillas, tiraba

al suelo la navaja y la cuchara, y tiró los zuecos, que eran unos silbadores incansables, al fondo del pozo. Y era el propio Amadeo quien más silbaba ahora, silbidos que ordenaban ¡silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

Lo llevaron a descansar una temporada a Conxo.

JOSÉ LIÑEIRAS

ESTE José nació con seis dedos en la mano derecha y otros seis en el pie izquierdo. Era conocido en su aldea por Pepiño Seisdedos, aunque él sostenía que, en puridad, debían llamarle Pepiño Docededos. Una tía suya que vivía en La Habana vino a pasar una temporada a Galicia, y le contó a Pepiño que ella le había oído a su abuela que su padre y su abuelo, —es decir, el bisabuelo y el trisabuelo de Pepiño—, habían tenido seis dedos en la mano derecha. Lo de los seis dedos, pues, era herencia familiar, y Pepiño, que se acababa de casar con una guapa moza de Xuanceda y celebrado la boda por todo lo alto en Ordenes, —la primera boda de por allí en la que hubo helado de postre, por consejo de la tía habanera—, ya estaba pensando en hijos con seis dedos, y en llegar a ver un nieto con la misma novedad. Con esto de que los seis dedos, y que eran herencia familiar, Pepiño dejó de avergonzarse de los suyos, los enseñaba a propios y extraños, y si algún interlocutor mostraba curiosidad, se descalzaba y mostraba los seis dígitos del pie izquierdo. Había comprado en La Coruña, en un comercio de la calle de San Andrés, una docena de calcetines muy floreados y calados, y eran los que se calzaba cuando sospechaba que iba a tener que hacer una exposición del pie izquierdo, y además el pie muy lavado, y con mucho espolvoreo de polvos de talco perfumado a la lavanda.

Pepiño Liñeiras iba mucho a ferias y mercados, desde Arzúa a Ordenes y desde Vilar de Frades al Mesón do Vento, y aun se acercaba a Ponte Sigüeiro y algún jueves a Santiago de Compostela. Y buscaba entablar conversación con otros feriantes intentando averiguar si conocían a alguien que tuviese seis dedos en una mano o en un pie.

No aparecía nadie con esta anomalía. Pero un día Pepiño Liñeiras tropezó en Arzúa con un tratante de Dacón, que andaba a los jamones, quien le contó que en Bande había comprado un hermoso jamón de un cerdo que tenía la parte delantera de la pezuña normal, pero atrás cuatro uñas, y que nunca viera él otro cerdo del que se pudiera decir, dispensando y fuera el alma, que era un seis dedos. Pepiño dijo que le gustaría ver el tal jamón, pero el tratante de Dacón le explicó que se lo había vendido a un veterinario de Orense, quien lo había estudiado y después comido.

Pepiño le explicó al tratante que si él buscaba gentes de seis dedos es porque estimaba que todos los seis dedos del mundo debían descender de un antepasado común, y conocer un seis dedos era conocer un pariente, y todos los seis dedos por lo menos los gallegos, podían juntarse a comer un día al año, y si fuera posible que se casaran entre sí los de familias en las que hubiese seis dedos, habría muchos más de esta condición, y a lo mejor se imponían a las otras gentes. Pero el caso del cerdo de Bande caía fuera de sus preocupaciones. Incluso le disgustaba el asunto. Aunque eso sí, en las ferias no dejaba de acercarse a los cerdos, y si podía les levantaba las patas para ver si tenían la uñada reglamentaria, o si estaban excedidos. La mayor satisfacción que tuvo Liñeiras en su vida fue saber que un senador de Minnesota en

los Estados Unidos, tenía seis dedos en la mano izquierda. Hablaba de él, y decía:
—*Ese parente de meu que é senador en América...*

GARCÍA DE MOURENTE

ERA ya muy viejo cuando yo lo conocí. En su rostro ennegrecido por muchos años de sol y de mar, arrugado como más no pudiera serlo el de un humano, profundamente hundidos brillaban sus pequeños ojos azules. Esos ojos azules y los labios sensuales y carnosos, eran lo vivo en toda aquella obra muerta. Conservaba una blanca dentadura, y se gozaba en hablar claro y cantarín. Se sentaba a la puerta de su casa, bajo la parra, esperando compañía: otro viejo marinero como él, algún vecino que regresase de laborar en las viñas de albariño, la mujer que a mediodía pasaba repartiendo el pan, algún forastero en el verano o su nuera Matilde, cuyo marido, su hijo mayor, se perdiera con su dorna en la mar, más allá de Sálvora. Si el viejo García se ponía a contar una historia, la seguía contando aunque lo dejaran solo, y se hacía a sí mismo preguntas aclarando alguno de los extremos oscuros, o prorrumpía en exclamaciones de sorpresa o de incredulidad cuando llegaba a un punto que podemos definir como raro o asombroso. Cada año sus historias eran más complejas y extrañas. Contaba, por ejemplo, que iba en un ballenero noruego y había avistado unas ballenas al Noroeste, cuando se les echó la noche encima. Una noche oscura, con niebla, y con una rara calma en aquellas latitudes. Decidieron aguantar en el lugar que se hallaban, porque uno de los marineros, un danés, decía que escuchaba las ballenas pasar y repasar a menos de media milla del barco, o más cerca todavía. El danés, que pasaba toda la noche a la escucha, avisó, de pronto, que las ballenas estaban hablando entre ellas de una gran tempestad que se avecinaba, la mayor en aquellos parajes desde hacía muchos años.

Aquí hacía García un inciso para decir que las ballenas hablan en su lengua, pero que cada uno de sus oyentes la entiende en la suya, como ya es sabido por la ballena que tragó a Jonás y le sirvió de posada. Así, pues, García tumbado a proa con el danés, mientras este escuchaba a las ballenas en la lengua de Dinamarca, él las escuchaba en gallego. Y eso decían, que en cuarenta y ocho horas no habría quien parase en la mar. El capitán del ballenero ante tales avisos, decidió navegar rumbo Nordeste, buscando un socaire en Islandia. Aunque como decía el capitán noruego se perdían la caza ballenera del siglo.

Las ballenas, decía García, que escuchamos aquella noche, tenían un acento en su habla, para mí la gallega, que me era conocido. Yo me preguntaba: ¿A quién me recuerdan? Me daba con los puños golpes en la frente, intentando recordar. Hasta que caí en la cuenta de que hablaban con mi propio deje, con el acento de Mourente. ¡Hablaban con el mismo deje que mis tías las Felisas, que en paz descansen! Ahora pienso que las ballenas nos quisieron salvar, y aquel hablar suyo fue un aviso, y quizás el danés que las escuchó primero, las escuchó hablar con el acento de unas tías Felisas tuyas, que vivirían en Dinamarca. También pudo haber ocurrido que no hubiese tempestad, y que las ballenas la hubiesen inventado para alejarnos. Porque en la mar, las más de las cosas que hay son inventadas.

PENEDO DA SILVOSA

JOSÉ Pillado Cruces, conocido por Penedo da Silvosa, contaba muchas historias en la taberna de Silleda a donde iba a echar la partida. De gran parte de ellas había sido testigo, —por ejemplo, en Barbastro, cuando fue a hacer el servicio militar—, o en Zaragoza, donde remató sus estudios de sastrería con un cojo muy famoso especializado en chaqués para novios. ¡Lástima que en Silleda no se usase el chaqué, que Penedo había aprendido muy bien la ciencia del corte en Zaragoza! Cuando Penedo llegó a Barbastro, andaba la población revuelta, que en los montes cercanos había sido visto uno como oso, sólo que con grandes cuernos, y que era muy corredor. Las gentes temían salir a la atardecida al campo, porque alguien había dicho que el tal oso, o lo que fuese, había estado, de la parte de Francia, donde había dado muerte y devorado a la mujer de un gendarme, que le llevaba a este la cena al puesto fronterizo que guardaba. Penedo fue uno de los voluntarios que salió al monte a la busca y captura de la bestia, de la que un sargento andaluz decía que no venía en los libros, y que a lo mejor era una cría perdida del abominable hombre de las nieves. La bestia no fue encontrada, pero una Junta de Damas que había en Barbastro, les dio a los cazadores voluntarios una merienda. Penedo, con las copitas de vino dulce, se animó y se arrojó un tanto demasiado a la dama que estaba sentada a su lado. Esta, que también había bebido sus copas, se dejaba querer. Era una cincuentona muy pomposa. La cual, golpeando con su rodilla la rodilla de Penedo, le dijo casi al oído:

—¡Se ve que eres un valiente!

La cosa no pasó de ahí, aunque Penedo, contando, guiñase un ojo a los contertulios. También contaba Penedo que en Zaragoza le había hecho a la señora de un concejal los primeros pantalones que una mujer decente había usado en la capital maña. Le había tomado las medidas con mucha delicadeza, que hay que ser muy mirado en sastrería con las mujeres, por decoro del oficio, y más todavía con las aragonesas que son de genio pronto. Penedo, después de pensarlo un poco, se decidió a sujetar la cinta métrica con pinzas, y así no acercaba los dedos a la cadera de la señora, ni a la cintura, ni siquiera al tobillo, tomando los anchos de abajo de la prenda. El sastrero que lo empleaba lo felicitó por aquella delicadeza, y comentó:

—¡No sabía que fueran tan finos los gallegos!

Estando en Zaragoza, el ayudante del sastrero maestro, que se llamaba Juvenal, lo invitó a su casa a una sesión de espiritismo. Por aquel entonces se había cometido un crimen en Huesca, por celos, y todos querían hablar con la viuda difunta, para que dijese quien fuera el matador. Por fin, allá a las doce de la noche y cuando ya iba una hora larga de sesión, respondió la viuda. Dijo claramente:

—¡Que me mata el gallego!

—Todos miraban para mí, —contaba Penedo—, pero yo podía probar que el día del crimen estaba en Zaragoza. Luego se supo que el criminal fuera un chulo llamado Fortunato Gallego Juncal, que pintaba baturros en las botas que compraban los

turistas, llenas de vino de Cariñena. Penedo comentaba:
—*Volve un vivo á casa depuro miragre!*

MANUEL SUÁREZ

HABÍA estado muchos años en Portugal, pasados trabajando como camarero en Oporto y en Lisboa, y luego como ayuda de cámara del vizconde da Abaladinha, en el palacio-quinta que este tenía cerca de Braga. Ya retirado, en su casa de Soutomaior, contaba a sus amigos de la aristocracia portuguesa que había conocido, del arzobispo-primado de Braga que iba a veranear a casa del vizconde, y de un lord inglés muy entendido en aguardentes bagaceiras, al que convidaba con aguardiente de Soutomaior, de su casa, que cuando venía de vacaciones a Galicia llevaba en una damajuana de ocho litros. El arzobispo de Braga quería tomarle el pelo a Manuel Suárez, preguntándole si él era uno de aquellos gallegos que habían ido con el arzobispo Gelmírez a su catedral, a robar el cuerpo de san Fructuoso. El señor arzobispo se reía, viendo la confusión del pobre Manuel. Con el arzobispo solía ir de invitado el vizconde da Abaladinha un canónigo bracarense flaco y estirado, muy moreno, cejijunto, las orejas grandes, y los brazos descomunales, casi dos cuartas más largos de lo que debieran ser para su talla. Paseando, las manos casi le caían a la altura de las rodillas. Era el exorcista oficial de la archidiócesis de Braga, o como le explicaron a Manuel, el canónigo que expulsaba los demonios del cuerpo del fiel cristiano que los satanases elegían como fonda.

—Parece ser, —contaba el señor Manuel Suárez—, que el canónigo sabía las lenguas en que hablan entre sí los demonios, y que tenía el oído tan fino que los escuchaba hablar en las noches, cuando el endemoniado dormía, dentro del cuerpo de este. Una vez tuvo a su cargo una endemoniada, que era una soltera muy rica, hija de unos condes, dentro de la cual había cuatro demonios, quienes de vez en cuando dejaban de martirizar a la joven y se ponían a jugar en su interior al tute subastado, y como los demonios se hacían trampas unos a otros, como es natural, se peleaban y se tiraban las cartas al suelo; es decir, al suelo que hubiese dentro de aquella soltera. Y un día uno de los demonios tiró la baraja con tal fuerza, que varias cartas salieron por el ombligo de la endemoniada, entre ellas la sota de oros y el as de espadas, y como sin esas cartas los demonios no podían seguir jugando, salieron del cuerpo de la víctima, por ir a comprar otra baraja y buscar otro cuerpo dentro del cual seguir jugando.

Y el canónigo tenía los brazos tan largos porque un día logró agarrar a un diablo que le había robado los zapatos con hebilla de plata, y el canónigo tiraba reteniéndolo y el demonio tiraba queriendo huir, y de aquella batalla de fe alargaron los brazos, y tuvo como testigos del hecho a su ama de llaves y al sacristán que la cortejaba con serenatas de guitarra. Por fin el demonio se rindió, dijo dónde estaban los zapatos, y prometió marcharse de Portugal.

El señor Manuel Suárez abría la cartera y mostraba la tarjeta de visita, el cartón del canónigo, quien se la había dado por si un día necesitaba sus servicios. En todo caso, no hacía falta la tarjeta. Bastaba con ir a Braga, decía Manuel Suárez, y

preguntar por *o tirademonhos*, que todo el mundo lo conocía.

ANGELITA DE PRADO

ANGELITA de Prado se había quedado enanita. Era muy redonda de cara, muy graciosa sonriendo, tenía los ojos azules, y en todo era muy bien hecha, y para su talla era muy salida de pechos. Vivía en la casa patrocial con su madre y un hermano casado y con hijos. No le dejaban ir a trabajar al campo, y por todas labores en la casa tenía el planchado y el ordeñar la cabra. Su padre, el señor Miguel de Prado, que en paz descanse, había querido que Angelita aprendiese a bordar, y la mandó a Pontevedra, donde le enseñaron en la *Singer*. Tenía encargos de vecinos, especialmente de las mozas que iban a casar y estaban haciendo el equipo. Fue creciendo su fama de bordadora, y hasta de Lalín le llegaban encargos. Un día cualquiera murió un primo suyo, y Angelita, en una hora corta y con hilo negro, bordó en un pañuelo blanco estas sentidas palabras:

—Adiós, que os espero a todos en el Cielo.

Y le pusieron al difunto el pañuelo sobre las manos cruzadas, de manera que todos los que iban a dar el pésame y los que hicieran velatorio, pudiesen leer el mensaje. Agradó a todos la novedad, y cuando había muerto en la aldea propia y aun en las parroquias cercanas, iban corriendo a encargarle a Angelita el pañuelo consabido, con las palabras que bordadas dejaba dicho el difunto. Angelita ya tenía preparados pañuelos con unas violetas menudas, y por si el muerto era infante, otros con cabecitas aladas de ángeles, y letras que decían: «¡Adiós papá y mamá!», por ejemplo. Pero también los abuelos y los tíos y los hermanos querían figurar en las despedidas, y así hubo niño muerto que tuvo en las manos tres o cuatro pañuelos muy doblados en los que se leía: ¡Adiós, abuelita!, o ¡Recordadme, queridos hermanos! Angelita de Prado ganaba buenos dineros, que el de pompas fúnebres de la capital le dijo que las cosas de difuntos siempre se cobraban más, y que si él lograba imponer la moda del pañuelo de los adioses en Pontevedra y en Villagarcía, que Angelita tenía que darle comisión, que la haría millonaria.

Sin embargo, el trabajo de Angelita no dejaba de tener sus inconvenientes. Por ejemplo, una viuda vino a encargarle el pañuelo que había de poner en las manos de su marido, y quería que el pañuelo dijese: ¡Perdóname los engaños con María de Souto! Angelita se negó, que además la tal María era prima suya, y avisó a los hijos del difunto, y todo quedó en un ¡Perdóname, Josefa!, muy floreado. Cuando murió el señor Benito de Lousada, el cual había sostenido en las barberías y tabernas que fuera masón en Montevideo y aseguraba creer en la transmigración de las almas, su hermana fue a ver al señor cura:

—Benito, —le dijo al reverendo—, quería que en el pañuelo de adioses le bordasen un ¡Hasta la vuelta, compañeros! ¿Qué le parece, señor cura?

—¡No me parece nada! ¡Benito estaba loco! ¿No dejó dicho cómo íbamos a reconocerlo cuando volviese? ¡A lo mejor vuelve en figura de gallo y lo papamos con arroz!

Y con el visto bueno del señor cura, Angelita bordó el ¡Hasta la vuelta, compañeros!, y aun otro, también encargo de su hermana que decía ¡Si vuelvo de segundas, también he de volver de terceras!

Que mal sería que yendo y viniendo de ultratumba, alguna vez no fuese reconocido.

JENARO PEDREIRAS

VIVÍA en una pequeña ciudad gallega, no recuerdo si en Tuy o en Betanzos, o quizás viviese en una villa antigua como Noya o Ribadavia. Salía a pasear por las estrechas calles o la plaza, muy saludador de los vecinos. Y de pronto, subiendo o bajando por una rúa, o cruzando bajo unos soportales, se daba cuenta de que detrás de él venía don Fulano o el señor Mengano. No es que lo hubiese visto, ni oído hablar, ni reconocido por los pasos. No. Era un sentido especial que Jenaro Pedreiras tenía y que le hacía saber que unos metros más atrás de él caminaba don Fulano o el señor Mengano. Se volvía para comprobarlo, y efectivamente, se encontraba con don Fulano o el señor Mengano. Eran amigos. Se saludaban, conversaban del tiempo o discurrían sobre las noticias del mundo que venían en el periódico. Jenaro Pedreiras no decía nada a nadie de este sentido suyo especial que le delataba sus seguidores. Esa era la palabra justa: seguidores. Porque ahora se daba cuenta de que esos que él advertía que seguían sus pasos, lo seguían verdaderamente. Es decir, lo vigilaban, o aún más concretamente, lo espiaban. ¿Había hecho algo Jenaro que exigía que fuese vigilado, espiado, por sus convecinos? No, no tenía nada que reprocharse. Ni de política, ni de asuntos de dinero, ni de amores clandestinos. Su sexto o séptimo sentido llegaba a advertirle, cuando se despertaba por las mañanas:

—Hoy vas a ir por la calle de San Martín, y te va a ir siguiendo el sastre Donato.

Y Jenaro Pedreiras se vestía y calzaba, desayunaba y salía a la calle, y bajaba hasta San Martín. Saludaba a la señora Mercedes que estaba poniendo a la puerta de su tienda las manos de grelos y los repollos, y media docena de quesos, y al dependiente de la ferretería, que sacaba los tableros del escaparate. Nadie subía ni bajaba por la calle. Doblaba la esquina de la plaza, y esperaba. Y efectivamente, saludando también a la señora Mercedes y al dependiente de la ferretería, aparecía el sastre Donato... Habiendo realizado varias experiencias de este tipo, Jenaro Pedreiras decidió burlar a sus seguidores. Se escondía en este o en aquel portal, echaba a correr y entraba en una iglesia, o se ocultaba tras el grueso tronco de los negrillos de la alameda. Pero, quizás no fuese bastante lo que hacía para despistar a sus seguidores. Tenía que disfrazarse. Adquirió barbas postizas y un bigote a lo káiser, gafas negras, y buscó en un armario ropa de mujer, que fuera de su madre. Y así un día salió a la calle de barbudo, y no lo seguía nadie, y otro día de bigotudo y con gafas, y tampoco. El barrendero municipal lo miró con alguna extrañeza, pero no lo saludó ni dijo nada. Otro día se decidió a salir vestido de mujer. Vistió ropas de su madre, que era de su misma talla, y se puso, bajo un pañuelo de seda negro, la peluca que comprara en Santiago. Y salió de medio tacón a la calle, medio embozado en una toquilla. Paseó por dos o tres calles. Era mirado con curiosidad, pero nadie lo seguía. «Me miran porque me encuentran forastero», se decía a sí mismo Jenaro. Cruzó la plaza y regresó a su casa. Y cuando entraba en ella se le acercó el carpintero que tenía su taller enfrente:

—¡Nunca creí que tuviese tanto humor, don Jenaro! ¡Mire que a sus años disfrazarse de señora viuda un martes de Carnaval! ¡Y muy apropiado, con sus medias caladas y su zapato de medio tacón!

A Jenaro Pedreiras, con tanta preocupación por el espionaje de que era objeto, se le había pasado que estábamos en Carnavales.

LAS VIUDAS DE QUINTELA

ERAN tres hermanas, y solamente una era viuda de Perfecto Quintela González y las otras dos eran solteras, pero eran conocidas por las viudas de Quintela, porque Quintela fuera un hombre de capital, y porque ellas no tenían apellido ni mote conocido del país, ya que Quintela trajo de León, donde casó, a su mujer y a sus dos hermanas. Las viudas de Quintela todas tres eran altas, gordas, blancas, grandes matas de pelo que amortaban muy en lo alto, a manera maragata, y tenían las tres un mirar amistoso, y eran muy sonrientes y calladas, con mucha humildad en el trato con los vecinos y mucha caridad con los pobres. Ellas vivían bien con el capital heredado de Quintela, e iban todos los septiembres a bañarse a la playa de Cedeira. Un año apareció de visita en su casa un primo suyo, un caballero leonés muy cumplido, vestido de negro y cubierta la cabeza con una gorra visera de hule. El leonés fue presentado al cura y al maestro, y a los vecinos todos, y cuando ya tuvo algo de confianza explicó que se ganaba la vida como zahorí, buscando minas y aguas subterráneas, y que era muy apreciado en todo el reino de León, donde había muchas tierras regadas y muchas fuentes de agua fresca gracias a su varita de avellano. Y que si había alguna necesidad de agua en la parroquia, o si había sospecha de una mina de plata, por ejemplo, que bastaba con decírselo, que él salía al campo a hacer su oficio.

Por ver trabajar a don Abundio, que así dijo llamarse, más que por necesidad de aguas, que en Lourido había muchas fuentes y tres regatos que bajaban mojando un hermoso praderío, las gentes del pueblo le pidieron que hiciese una demostración. La demostración la hizo un domingo por la tarde, buscando que hubiese la mayor cantidad de público posible. Tenía la varita mágica en una caja de madera fina, forrada de terciopelo azul celeste. La empuñó con las dos manos, y se puso a pasear por la falda de un otero, el único lugar de Lourido en el que no había agua, y un tal Moure había hecho un pozo muy profundo, casi veinte metros, sin dar con ella. Don Abundio fue y vino, y de vez en cuando posaba la varita en el suelo y se daba aire con la gorra de visera. Se daba aire a él y se lo daba a la varita. Llevaba una hora de paseo y maniobras, cuando se detuvo y pidió a gritos una silla. Urgentemente. Se la trajeron de la casa más próxima. Luego pidió que le trajesen una niña, y se la trajeron, y la sentó en la silla. Don Abundio se tumbó en el suelo y pegó el oído en la tierra. Se levantó, se abanicó con la visera, y abanicó a la niña, que estaba sudando, y a punto de desmayarse con el calor que sentía, eso que era un día frío, con viento norte. Don Abundio mandó que le diesen una copita de vino dulce, y después se dirigió a la concurrencia:

—Aquí abajo hay agua a seis varas, y un buen caudal. Es una corriente que se abrió paso en los dos últimos años, y por eso pedí la presencia de una niña, para que el agua se confiase. No cobro nada por el trabajo, pero pido que pongan una lápida en el pozo con mi nombre, Abundio Contreras Antolín.

Efectivamente había allí abundante agua. Don Abundio se volvió al reino de León

y toda la parroquia les daba a las viudas de Quíntela recuerdos para su primo. Varios vecinos les preguntaban a las viudas si podrían enviar sus hijos a la escuela de don Abundio, a aprender su arte. Las viudas de Quiniela recibieron proposiciones matrimoniales de algunos mozos de Lourido, quienes buscaban con el casorio influir en el primo don Abundio, que enseñase su ciencia.

UNA SIRIA EN RIBADEO

UN día, hace ya años, regresando de Mondoñedo a Vigo, entré en una panadería a comprar unas hogazas de pan de allá, —uno de los mejores panes de la cristiandad—, y me encontré allí un compañero mío de escuela llamado Carlos Pillado, más conocido por Carlos do Herdeiro. Carlos había confiado siempre mucho en mis saberes, sin darse cuenta de que los más eran hijos de mi fantasía, y no ciencia verdadera y comprobada. Siendo como era Carlos muy curioso de la población del mundo, solía interrogarme cuando me encontraba:

—¿Y cómo son los polacos? ¿Y cómo son los canadienses?

Yo le explicaba, fabulando lo más, claro es, e inventando, por ejemplo, las costumbres de los polacos:

—Lo que más le gusta a los polacos es sentarse junto al fuego, descalzarse, y limpiarse los pies con ceniza, especialmente por los entrededos. Lo hacen aunque haya visitas de cumplido, y no beben hasta después de haber dado fin a esta limpieza.

¡Vaya con los polacos! También me preguntaba mi amigo si yo sabía alguna palabra china, quien inventó las señas del juego de la brisca, y quien sería el primero de Lugo que viajó a la Argentina. Un día me sorprendió preguntándome algo de los búlgaros, y todo lo que se me ocurrió contarle fue aquella historia de Enver Pachá, el generalísimo turco en los Dardanelos en la guerra del 14. Le trajeron un prisionero, acusado de espionaje, y el pobre aseguraba que era turco y que no espiaba nada. Enver Pachá sostuvo que era búlgaro, y como algún oficial dijese que le parecía que el presunto espía decía la verdad y era turco, el generalísimo otomano mandó que lo echasen en la caldera del buque monitor en el que tenía su cuartel general. Enver Pachá se acercó a la puerta de la caldera, y se puso a escuchar. De pronto, sonrió satisfecho, y comentó:

—¡Tenía yo razón! ¡Era búlgaro! ¡Oí perfectamente como le estallaba la cabeza!

Que esto era, al parecer, característica de los búlgaros.

Un día Carlos do Herdeiro me sorprendió en un café de Lugo, llevándome aparte, y diciéndome que yo estaba equivocado respecto a los sirios. Parece ser que yo le había contado, allá por los años treinta, que los sirios eran todos pequeñajos, casi enanos, los más jardineros y que hablaban por música, y que cuando querían salir de su país clandestinamente se disfrazaban de pájaros. Y Carlos do Herdeiro me contaba ahora que él había visto una siria de cuerpo entero. Uno de cerca de Ribadeo, empleado en Buenos Aires en una casa de empeños, se casó allá con una siria cristiana, y la trajo a conocer Galicia. Carlos, sabiendo que el matrimonio gallego-siria estaba almorzando en un restaurante, no resistió la tentación de ir a ver cómo era la extranjera.

—Estaba tomando helado de postre, —me dijo—, y al terminar se limpió muy bien con la servilleta, y se levantó. Era alta, la pierna larga, mucho pecho y el pelo negro. El camarero le preguntó si había comido bien, y con acento argentino, y la voz

más bien ronca, quizás por un catarro fortuito, contestó ella que todo había estado muy sabroso.

Carlos se quedó pensativo, dudando en creermelo, cuando le afirmé que en la Argentina el sirio se desarrolló mucho, casi como el alemán, y también que siria que casa con gallego crece casi dos cuartas en los dos primeros años de matrimonio.

JUSTINA CONDE

A Justina Conde la trajo a su casa cerca de Cambados, un sobrino suyo. La trajo desde Buenos Aires, ofrecido el viaje, para que se realizase sin dificultades mayores, a San Benito de Fefiñanes. Porque Justina, en la capital argentina, se había vuelto loca. Eso decían, pero Justina, que escuchaba, espiando, a los suyos, solía interrumpirlos diciéndoles que no estaba loca, que lo que tenía era miedo. Andaría por los sesenta y cinco años. Era una mujer pequeña, muy arrugado el rostro, y el mirar de sus ojos negros siempre inquieto, como vigilando a alguien. Una mirada de alguien que está asustado, que tiene miedo. Se encerraba en su cuarto, y decía a sus sobrinos que si llegase algún forastero preguntando por ella, que le dijese que había vuelto a Buenos Aires. Pasados algunos meses de su regreso, y quizás por influencia benéfica de san Benitiño, se fue tranquilizando. Ya saludaba a los vecinos y hablaba con los suyos.

Según contaba, había estado en Buenos Aires en casa de un italiano, en calidad de ama de llaves, muy bien tratada por un amo respetuoso, con mucha comida de pasta con tomate, arroz a la milanesa y helados variados. El italiano, en los ratos libres tocaba el violín y le daba de comer a los dos canarios que tenía. Era dueño de un laboratorio. Era un hombre tranquilo, con grandes bigotes negros, muy arrellanado en su butacón, esperando que le dijese que la comida estaba lista. A veces hablaba por teléfono con su familia, de Sicilia, preguntando qué tal tiempo hacía por allí.

Justina creía que su amo dormía todas las noches en su cama, hasta que una vez, siendo las dos de la madrugada, Justina, sintiéndose mal y con mareos, fue a la cocina a hacerse una manzanilla. Y estando hirviendo el agua, vio entrar en la casa a su amo, envuelto en una capa negra. El italiano no posaba los pies en el suelo, que volaba. Entró en su cuarto sin ver a Justina, y esta regresó al suyo cerrándose con llave. Como había visto una vez una película de vampiros, se le metió en la cabeza que su amo era uno de estos chupadores de sangre. Justina estaba muerta de miedo. Pocos días después, vino la policía y se llevó a su amo, detenido por sospechoso de fabricante de venenos. Un banquero le había encargado una peluca envenenada para su mujer, la cual murió a las dos horas de estrenarla. También envenenaba flores, cuyo aroma mataba a quienes lo aspiraban. Todos los periódicos hablaban de sus crímenes. Pero, un día, cuando fueron a llamarlo para que desayunase, el italiano no estaba en su celda. Sin que nadie pudiese dar una explicación del hecho, se había fugado sin dejar rastro. Justina se había refugiado en la tienda de sus sobrinos, y dormía debajo del mostrador. Era, aseguraba ella, la única persona del mundo que sabía que el señor Bironelli, el italiano, volaba como los cuervos o los murciélagos. Lo estaba viendo, con la capa negra, los bigotes enormes rozando las paredes del pasillo, dirigiéndose silencioso en la oscuridad a su habitación.

Y cuando recordaba esto, se estremecía con el miedo, cerraba los ojos, sudaba en frío, y alguna vez se desmayaba. Y a parientes y vecinos les rogaba encarecidamente,

por san Benitiño, que no pronunciaran ante ella la palabra manzanilla porque al oírla veía al amo vampiro llegar volando en el silencio de la noche porteña.

PELETEIRO DA BOUZA

EL viejo Peleteiro da Bouza toda su vida anduviera en pleitos, y los más los perdiera, con grave quebranto para el capital, que era mucho, en carballeiras, praderío y buenas tierras para el centeno. Peleteiro leía, por ejemplo, la Ley de Aguas, y ya se daba por perito en el asunto, y le ponía pleito a un vecino por unas horas de riego o de molino. Los hijos le quemaron la Ley de Aguas y el Medina Marañón, que eran sus libros de cabecera, y le prohibieron pleitear, que si seguía así Peleteiro los iba a dejar por puertas. El viejo Peleteiro perdió el humor, dejó el tabaco, apartaba a los nietos, y el más de su tiempo lo pasaba en la era, sentado a la sombra de la higuera, contemplando los prados, y supongo que imaginando qué hermosos pleitos aún le quedaban que poner a los siete vecinos de Bouza. Un año, por Pascua Florida, un pariente le regaló un par de pollos, y Peleteiro no quiso que los matasen. Los pollos andaban sueltos por la eirá, y para dormir, siendo verano, se apoleiraban en una rama baja de la higuera. Esto le costó la vida a uno de ellos, que vino nocturno el zorro y se lo llevó. Quedó solo el hermano, un gallito ya muy peripuesto, la cresta muy roja y apuntando espolones, y de plumaje muy variado, cobrizo, azul y carmesí. El pollo sobreviviente estaba como asustado, y Peleteiro decidió llevárselo a dormir a su habitación. Por la mañana, cuando salía a paseo, lo soltaba, y el gallito lo seguía a todas partes. Si Peleteiro dormía la siesta a la sombra de la higuera, el quiquiriquí se subía a sus rodillas, y la dormía también, con la cabeza apoyada en la barriga del viejo pleiteante. Peleteiro cayó en seguida en la cuenta de que el gallo apoyaba la cabeza, para dormir, mismo sobre el bolsillo del chaleco de pana donde él llevaba el reloj, un grueso Roscoff Patent. Al gallito debía gustarle el tic-tac, tic-tac, del reloj. Este no fue el único descubrimiento que hizo Peleteiro en las mañanas y en las tardes de aquel hermoso verano. El gallo lo seguía a todas partes, y al andar parecía que quería cruzar las alas sobre el obispillo, como Peleteiro cruzaba sus brazos a la espalda cuando paseaba. Todo el mundo notaba el parecido de ambos. En los largos paseos vespertinos, Peleteiro y su gallo caminaban par a par. Peleteiro le hacía confidencias al gallo, el cual se detenía para escucharlo, levantaba la cabeza y la movía de derecha a izquierda. Confidencias de pleitos, de recomendaciones fallidas y de sentencias contrarias. Peleteiro da Bouza había encontrado quien lo comprendiera.

¡Bien podía haber sido hijo suyo primogénito aquel gallo y no el Eusebio, que tan ásperamente lo había apartado de su afición a las contiendas jurídicas! Y todavía más: el Eusebio se había hecho amigo de todos los vecinos con los que pleiteara su padre, mientras que el gallo, cuando veía pasar alguno, se subía a la cancilla de la era, y le cantaba airado y amenazador. Peleteiro se alegraba de tener aquel defensor, y solamente se lamentaba de no entender los insultos que el gallo lanzaba contra sus antiguos contrincantes. Con las primeras lluvias del otoño, Peleteiro cayó en cama con unas fiebres altas y vómitos. El gallo no quería salir de la habitación. Murió

Peleteiro, y no se sabe cómo el gallo apareció en el camposanto cuando le daban tierra al viejo pleiteante. Quería meterse en el nicho. El hijo Eusebio decidió matarlo y comerlo con arroz. Ya en la mesa con toda la familia tuvo un escrúpulo, y antes de probar el primer bocado se santiguó comentando que mejor hubiera sido cocinarlo con agua bendita.

LA VOLADORA DE SERANTES

ESTABA Manuel Páramo echándole un haz de hierba a las vacas, y la mujer encerrando las gallinas, a la caída de una tarde de verano, cuando ambos sintieron un silbido encima mismo de sus cabezas. Miraron qué sería lo que lo producía, y vieron pasar volando, sentada en una banqueta, a la señora María de Fontes, que era conocida por la Voladora de Serantes, aunque nadie sabía el origen del mote. Aunque era acertado, porque bien se veía que volaba. Manuel y su mujer corrieron a los vecinos más próximos, y les dijeron lo que habían visto. El vecino, el señor Bastián, comentó:

—*Non sabia que fose meiga!*

Y no le dio importancia al asunto, recomendando a Páramo y a la mujer que no se metiesen en la vida de nadie. Pero al día siguiente el señor Bastián llamó a Manuel Páramo, y le dijo que se había acordado por la noche que María Fontes se había muerto hacía más de un año. Estando hablando del asunto Bastián y Manuel, se escuchó otra vez el silbido, y se levantó una gran ventolera.

—Esa loca —dijo el señor Bastián—, cualquier día se lleva nuestros tejados y no deja una manzana en un árbol.

El señor Bastián fue a ver a su amigo Gaiteiro de Vedra, que era un gran pirotécnico, y le encargó cuatro bombas de palenque, las más potentes que Gaiteiro hiciera nunca. El señor Bastián y Manuel Páramo montaron guardia, con las bombas a mano, esperando a que pasase en vuelo rasante María de Fontes, la voladora de Serantes. Llovió cuatro días seguidos, y luego escampó y vino una tarde hermosa y soleada.

—¡Hoy pasa! —dijo el señor Bastián.

Y pasó. Se escuchaba el silbido cada vez más cerca. María de Fontes venía por el aire, sentada en una banqueta como la primera vez que la viera Manuel. El señor Bastián sopló en el cigarro de a cuarto y encendió la mecha de las bombas de palenque, una tras otra. Cuatro enormes estampidos que debieron oírse en El Ferrol. Se escuchó un gran grito, y medio minuto después cayeron ante Bastián y Manuel y sus asustadas mujeres, una zapatilla y dos duros amadeos. Bien mirada, la zapatilla estaba hecha con plumas de cuervo. Bastián y Manuel decidieron enterrar la zapatilla en el monte, y repartirse el capital, quedándose cada uno con un duro. Pero los duros estaban enmeigados. Por la noche, salían de donde los tenían guardados el señor Bastián y Manuel Páramo, y andaban por el aire, golpeándose contra las paredes, silbando. En casa de Bastián rompieron un espejo y en la de Manuel doce copas que había en un aparador. Después de este jaleo, volvían los dos duros muy humildes al lugar de donde habían salido.

—¡Hay que cambiarlos! —dijo el señor Bastián.

Y fueron ambos vecinos a Betanzos, y almorzaron bien, con remate de café y copa de ron. Al ir a pagar, el tabernero se dio cuenta de que los dos duros eran falsos.

Fue una vergüenza para Bastián y Manuel, quienes tuvieron que contar la historia al teniente de la Guardia civil, el cual rogó a los dos amigos que le regalasen los pesos falsos. Pero al día siguiente, cuando los quiso enseñar a los amigos, resultó que eran legales. Solamente eran falsos cuando se quería pagar con ellos.

FABIÁN CARBALLIDO

CUANDO tenía doce años, lo llevaron sus padres a ferias, al San Froilán de Lugo. Sus padres se detuvieron en la plaza de Santo Domingo ante un vendedor ambulante de toallas y pañuelos. El ambulante hablaba en varias lenguas diferentes, afirmando que si a su clientela le parecían caras las toallas por paquetes de una docena, que las vendía a kilo, y si era preciso las regalaba. Lo mismo haría con los pañuelos. Y como quería que nadie quedase sin sonarse los mocos en un pañuelo de la mejor fabricación catalana, admirada en los mercados extranjeros, se dirigió a Fabián y de una oreja del rapaz sacó un pañuelo blanco, y al mismo tiempo de su nariz una nuez, que envolvió en el pañuelo. Los presentes aplaudieron aquella magia. Fabián quedó admirado, y durante todo el San Froilán no sacó la mano del bolsillo de la chaqueta en la que guardaba el pañuelo, que envolvía la nuez. Ni para comer el pulpo la sacó. Ya en su casa de la Azúmara mostró el pañuelo y la nuez a sus hermanos, y les explicó como el uno procedía de su oreja derecha y la nuez de su nariz. La abuela le miró la oreja por si quedaba algún otro pañuelo dentro. No quedaba.

Por la noche, al meterse en cama, Fabián abrió el pañuelo y se puso a darle vueltas a la nuez nacida en su nariz. Fabián se preguntaba si el tener nueces en la nariz era una enfermedad o no, y si lo era, si era cosa grave. Y ya iba de nuevo a envolver la nuez en el pañuelo, cuando aquella pegó un brinco y se le fue a la nariz, intentando meterse en ella por el agujero izquierdo. Fabián quería impedirle que se le metiese dentro, pero la nuez insistía en colarse, y se adentraba en la nazcarilla lenta y trabajosamente. Fabián se asustó, gritó y acudieron sus padres y sus hermanos. La nuez parecía haber desistido de seguir su penetración en la nariz de Fabián: la mitad estaba dentro y la otra mitad fuera.

—¡Hay que romperla! —dijo el padre, pidiendo la tenaza de sacar las chatolas de las suelas de los zuecos.

—¡No quiero! —gritaba Fabián, llorando.

Y entonces fue cuando Fabián escuchó que dentro de su nariz hablaba la nuez. Dijo muy claramente:

—¡Es que me gusta dormir dentro de tu nariz!

Oído esto, Fabián convenció a sus padres de que dejaran la extracción de la nuez para el día siguiente. Fabián se durmió, ya la mañana siguiente, al despertarse, ya no tenía la nuez en la nariz, que estaba muy quieta y callada encima del pañuelo muy doblado en la mesa de noche.

Y desde entonces las cosas siguieron así: todas las noches la nuez saltaba a la nariz de Fabián y se metía lo que podía en ella. No volvió a hablar. Pero cuando llegaron los primeros días fríos, las grandes heladas matinales, al amanecer la nuez se ponía en movimiento, intentando colarse del todo en la nariz de Fabián. Era que tenía frío, y quería estar al abrigo allí dentro. La nuez empujaba, y a Fabián le dolía. Al fin,

aceptó que rompiesen la nuez. La nuez lo escuchaba todo.

—Si me rompéis —dijo—, que sea con elegancia. ¡Pedid prestado un quiebranueces!

Los de Carballido nunca habían oído hablar de tal cosa. Resultó que el señor cura tenía uno. Quebraron la nuez, que estaba vacía. Los de Carballido quemaron las cáscaras, por prevención. El pañuelo, en cambio, no les dio nada que hacer.

TRISTÁN GARCÍA

ESTE Tristán del que cuento, nunca supo por qué le habían puesto Tristán en el sacramento del bautismo, ni conocía a nadie que se llamara como él. Un tío suyo de Soutomaior, que trabajaba como camarero en un restaurante muy famoso de Lisboa, le decía que en Portugal conocía a dos o tres Tristanes, y todos ellos eran de la aristocracia. Tristán fue a cumplir el servicio militar a León, y allí, en un quiosco compró *La verdadera historia de Tristán e Isolda*, con los amantes muy abrazados en la portada, por una peseta y cincuenta céntimos. Al fin iba a saber quién era aquel Tristán cuyo nombre llevaba. Cuando llegó al terrible final de la historia, con la muerte de ambos enamorados, Tristán García no pudo evitar las lágrimas. Y dio en imaginar que andando por el mundo encontraba a una mujer llamada Isolda, y ambos se gustaban, se hacían novios, se casaban, y vivían muy felices en la aldea cercana a Viana do Bolo, de donde Tristán era natural. A todos sus compañeros del Regimiento de Burgos 38, les preguntaba si había en sus pueblos una muchacha que se llamase Isolda. No la había. Había alguna Isolina suelta, pero Isolina no era lo mismo que Isolda. Tristán se lamentaba consigo mismo de no dar con una Isolda, porque si no la encontraba en León, donde había tanta familia, ya no la encontraría nunca, dedicado a la labranza en su aldea de Viana do Bolo. Un día lo mandó llamar un sargento que se llamaba Recuero.

—¿Tu eres el que anda buscando una Isolda? Pues en Venta de Baños hay una viuda de este nombre.

—¿Joven o vieja? —preguntó Tristán emocionado.

—¡No lo sé! ¡Es churrera! —le contestó el sargento.

Tanto tenía metida en su magín la novela famosa nuestro Tristán, que no pudo dudar un instante de que aquella Isolda de Venta de Baños fuese joven y hermosa, y si era churrera, podía seguir con el negocio en Viana, o en Orense capital, donde servían chocolate con churros en los cafés. También consideraba Tristán que si la viuda era vieja, lo más seguro era que tuviese una hija o sobrina joven que se llamase como ella. Tuvo un permiso, y con veinte duros que tenía ahorrados, tomó en León el tren para Venta de Baños. Ya en aquel empalme, preguntó por la churrería de la señora Isolda. Estaba allí al lado, y la señora Isolda despachando churros a un señor cura. Era la señora Isolda una anciana con el pelo blanco, con hermosos ojos negros, la piel tersa, las manos muy graciosas echando azúcar y envolviendo los churros en papel de estraza. Tristán vaciló en dirigirse a ella, pero ya había gastado cincuenta y cuatro pesetas en el billete de ida y vuelta.

—¡Buenos días! ¿Es usted la señora Isolda?

—¡Senadora! —respondió la amable viejecita sonriendo—. ¿Cuántos le pongo?

—¡Es que yo soy Tristán! ¡Venía a conocerla!

La viejecita cerró los ojos, y se agarró al mostrador para no caer. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Tristán! ¡Tristán querido! —pudo decir al fin—. ¡Toda mi juventud esperando a conocer a un mozo que se llamase Tristán, como el de Isolda! ¡Y como no venía me casé con un tal Ismael!

Tristán saludó militarmente y se retiró hacia la estación, a esperar el primer tren para León. Cuando llegó y subía al vagón de tercera, apareció la señora Isolda, quien le entregó un paquete de churros. No se dijeron nada. Cosas así sólo pasan en los grandes amores.

POESÍA

ELEGÍAS Y CANCIONES

A doña Elvira

*Ni donde viviré por largos años^[20],
ciudad prometida primavera,
ni donde amante amor aguarda.*

*Atravesando la tierra, la temerosa rueda,
quizá un árbol florecido pueda
sostener la derramada soledad.*

*Quizá en la sombra aquella se encontrara
sed abundante, sangre, carne, hueso,
en que albergar la voz que ahora huye.*

ELEGÍAS

HE VENIDO A HABLAROS

He venido a hablaros con las manos empuñando la tierra,
la turbia y durísima tierra.
Coronados con los más robustos bosques
y con las peñas más hermosas y tranquilas,
vuestros pies se apoyan en las cabezas de los otros muertos,
y la saliva de sus bocas hundidas
humedece los clavos oxidados de vuestras botas.
Las cuevas de las serpientes se han detenido ante vuestra línea,
que sólo la vena del agua más salada
ha logrado pasar, camino de una fuente derruida.
He tocado con mis dedos fríos
los ojos de vuestras hermanas.
Alguna aún conserva en el fondo de las niñas
un pulso frecuente, como el respirar de un potro.
Pero todas saben dónde estáis medio desnudos,
cruzados de negrísimo agujeros por donde se os fue la sangre,
esa sangre que no se sabe lo que es
y que desde el principio del mundo tiembla en los pechos de las madres.
Con mis dedos fríos he tocado los ojos de vuestras hermanas
y he percibido un intenso olor a cobre derramado.
Los viejos árboles me entenderían si dijera
que no es posible sostener tanto viento como pasa
y alguno, de vez en cuando, ha de romperse contra el suelo.
Comprendo que mi voz ha de sonaros débil,
entre tanta tierra dura como os cubre,
entre tanto rumor como os acompaña.
No obstante, he de hablaros canciones de este mundo,
aunque los caminos de mi pecho estén inundados de lágrimas.

PRIMERA ELEGÍA

Qué soñada noche o espada, decidme.
Qué alto pino, decidme, si yo quisiera ser hombre,
aroma o fino corazón llorando.
Decidme, simplemente, si cada frente o miedo,
inevitable pecho atravesado de tierra, me recoge desconocido.
Seriamente hablando:
quiero, quiero volver a ponerme mi gorra marinera,
aquella gorra de los ocho años,
cuando entre mi sueño y yo cantaba la luz.

Me comparo a los muertos.
Abandonadas están las calles a aquellos que tienen cuerpo,
a los que aún sueñan con torre, cerraduras o tejados.
Mi cuerpo está durmiendo en aquella población lacustre
que busqué durante veinte años y tres meses;
en aquella población lacustre, derribada
por los coléricos peces de las grandes mareas atrasadas.

Decidme si yo quisiera ser hombre.
Quisiera recobrar aquella mano de finos dedos nerviosos,
aquella pierna enterrada en la arena,
aquel retrato con una galería al fondo,
aquel reló sin vidrio disecado.
Quiero, quiero llorar desconsoladamente mi cabello castaño oscuro,
ahora que mi cuerpo descansa a la orilla de un lago pálido.
Decid qué agonía traspasada, o carne humana nos reclama.
Con la gorra marinera de los ocho años,
quiero volver a descansar en mi cabeza,
en mis propias manos.
Sobre mis propios pies contemplaría cómo resucitaba.
¡Tú, viejo viento del Norte,
y tú, vieja ciudad amorosa!
Deseo cruzarme en vuestras esquinas,
los labios dulcemente decorados de silenciosas sonrisas.
¡Qué musgo quiere romper en nuestra sombra,
para volver a ser paseante de grandes zancadas!
En el espejo del armario me aguardan tristes
restos de un rostro amado eternamente.
Decid si puede ser tan joven
aquella voz oída alguna vez.

SEGUNDA ELEGÍA

DEVASTADOS por el mar y por los antiguos barcos hundidos.

A los niños sin anillos y sin ojos,
con algas en los oídos, y con flores,
golpeándoles el corazón con tinta,
con tijeras que suenan como un caballo,
con piedras negras y con heridas verdes
que corren como un río por la voz,
con plumas de tablas tan amargas
que los bosques se llaman desiertos y cuchillos.

¡Ay, torre ciega, gentil, que no respondes!

¡Ay, madre del cobre y de la tierra,
sin uñas, sin cabellos, sin agujas,
sin color demudadas, y sin alma!

A los niños sin anillos y sin ojos,
a los que no tuvieron regazo en hierba fina,
a aquellos que el alma en el deshielo
resbala por los espejos mudos que se quiebran
a un lado y a otro de los puentes que no conocen el otoño.

¡Oh, ciudad! ¡Oh, naranja! ¡Oh, la ceniza!

Qué ovillo de seda u oro dispararte,
qué lengua o en qué consuelo destruirte,
qué tijera afilar, o, silenciosamente,
volver a la dorada edad, y en las columnas
clavarse con espadas y con hiedras,
y, ya sin bocas, sin ojos, sin anillos,
sin voz y con el mar el pecho duro,
sin ángeles y una de vidrio vena al pie helada,
ascender con palomas y jazmines
a muerte eterna, caudal de aves suaves.

No quisiera perderte a ti la tierra.

Sin embargo, perderte no quisiera
y, silencioso como un peine o una lámpara,
correr, correr al mar, a la isla rubia
que borda cola triunfal de espuma verde.

¡Oh, mi tierra, la tierra!, ¡mi espalda!

Como si ángeles, voz, anillos y ojos yo tuviera.

TERCERA ELEGÍA

Sí, aquel prolongadísimo muro desclavado del mundo antiguo,
donde una suerte invencible de caballos negros llora.

Ahora, aquí, delante de tanta ventana rota,
sobre tantos huesos que arden fugitivamente,
sumergidos en miles de pies que sangran las labradas piedras,
contra aquel prolongadísimo muro desclavado,
mi difunta de seda,
¿de qué valen tus pechos menudos?
Bajan de tus senos
dulces aires que recuerdan el mar perdido.
Aunque nacieran en ellos las frescas rosas
y se durmieran a su sombra los finos rostros de las nubes que bellamente pasan.
También tenía Timgad un pórtico con danzas y racimos,
frente a la arena constante del desierto.

Cada vez, qué distinto.
Ahora siéntate, princesa, princesita,
mi difunta de los suaves ojos.
Aquel mundo que sueñas,
aquel distante sueño de los álamos blancos:
tú, con una capota adornada de cerezas;
yo, como un niño, a correr, sencillamente.
Ahora que ya no es posible mojar los pies en la fuente;
ahora que ya no es posible correr, correr contra el viento, ligera,
aquel sueño distante
tristemente imagina,
cruzando el aire azul la voz cortada
de doce lunas nuevas que nos vieron.
¡Oh, muro! ¿No te sirven de luto
las lágrimas duras de tus mil caballos,
las fuentes que secó tu alma horrible,
las cabezas de las aves que quebraste
cuando en un vuelo feliz de albas verdes,
las alondras huían la hiedra de tu pecho?
¡Deja, déjame mi difunta suave;
la que se llama con nombre de varón;
la que tiene los labios cercados cual la rosa;
la que nació para mí, tan claramente dicho!
Te lo pido con este verso desgarrado,

porque no caben contra ti sus pechos menudos.
Deja, déjame mi difunta de seda;
que nunca esté en una caja con su cabello crespo;
que no la pongan nunca de blanco bien bordada.

¡Oh, muro! ¡Oh, duro muro!:
yo iría a ti, a labrar la tierra,
sembrando el pan de los antiguos días,
segando con mi sangre moza, la más moza
—cuando la muerte viniera en seis jornadas fuertes—,
los ojos de tus pozos asesinos.

Sí, aquel prolongadísimo muro desclavado del mundo antiguo,
donde una suerte invencible de caballos negros llora.

CUARTA ELEGÍA

Ahora que un agua oscura baja por la tierra
y los hombres se mueren desnudos o tristes o simplemente con una espada.
Déjame volver al más profundo amor antiguo,
ahora que se tejen las terribles telas.
También quisiera saber si estas hormigas grandes escucharon.
Por donde se fueron bienaventurados les llamaban,
pero en los negrísimos robles sonaba la voz terrible que no se parece al viento.
Temprano siempre el barco,
ahora, hoy, mañana, ayer y siempre,
cuya llama divinamente arde
ante nosotros, o detrás y en todo tiempo.
Escucha, cuando no duermas como una niña,
el rumor de las grandes ramas.
Acuérdate, ahora que ya se fue el verano
y en las hierbas del otoño dulcemente llueve silencioso,
desde la más pequeña luna y las estrellas veladas, diferentes.
¡Oh, mi mujer, el hambre! Cerraremos las ventanas,
antes que en el viento se levante el mar profundo;
antes que vuelvan a tus pulsos fríos,
en vez de los encajes tan rizados,
aquellos que antaño me temblaron,
amores, piedras, sangre, aurora, sedes.
Vuelve conmigo a aquel amor antiguo,
y veremos pasar el Sur, camino de los naranjos.
El bosque despierta en la lluvia como en un regazo.
Otoño ahora es, y los fuertes robles
son blancos en el monte, murmurando.
Yo oí tejer tras esta puerta
la más terrible y callada tela.
Las arañas mudas sus ojos recubrían
con larga cabellera imaginaria.
¡Oh!, no te vayas a aquel río, lejos:
¡conmigo aquí reposa, que ya llueve!

QUINTA ELEGÍA

¡Oh, si tú llegaras a ser esa voz!
Te escucharían los hombres,
sentados en las finísimas arenas rosadas,
con la cabeza entre las rodillas.
Acuérdate del dulce galope del ciervo.
Pero en el pozo de la niebla los barcos se golpeaban.
Sin embargo, nada amaron tan profundamente los viejos reyes,
los reyes que fundieron los grandes escudos,
los que iluminaron su corazón con las hermosas yeguas,
que desde el mar retornan a los frondosos bosques galopando.
Hay aves que vuelan por debajo del aire.
¡Oh, si tú llegaras a ser tan silenciosa!
Mira qué sencillamente duermen
esas bandejas decoradas con faisanes redondos.
Una madre se sentaba con su gracia pequeña
en esta ventana verdicuadrada de la huerta.
Las cerezas le besaban los pies.

PRIMERA ELEGÍA A MANUEL ANTONIO

OJOS: si fue, lloradle funeral de río.
Distantes, descubiertas mares, lloradle.
Ribera tú en cristal, torso yacente
por alabanza de mar, sueño de isla.
Ojos: si fue, en gaita despeinada,
desclavada color, rimada amante,
lloradle luna nupcial por nadadora.
Égloga de altas mareas, si quisiera,
igual adolescente en voz bucólica,
despedida de manos la obertura.
Elegía también quisiera, si creciente,
tú por luz cardinal, flor fenecida.

CANCIONES

RUISEÑOR CORAZÓN

RUISEÑOR corazón, de mi silencio fuente.

Orilla es de tu sueño,
donde sonó el aire,
donde las lunas nuevas tiernamente
frescas amanecieron.

Orilla es de tu sueño,
ribera mil de las vidas y del mundo,
del espeso cristal de tus entrañas.

Ruiseñor corazón, como de azul el día:
¡cómo el agua en la piedra,
mi dulce amor eterno
en tu voz estalla!

Ruiseñor corazón, ave de formas graves.

Orilla es de ti mismo,
donde la tierra profunda huele a rosa
y llovizna en los labios.

Ribera es de tu bosque,
maravilla del árbol verde claro,
sonoro río y vena de tu canto.

Ruiseñor corazón, por el ala ligero:
¡allí, cual de volcán el puro fuego,
mi dulce amor eterno
en tu voz estalla!

Dicha queda una estancia,
un ser fino y hermoso:
ruiseñor corazón, de mi silencio fuente.

CIERVO, AVE FELIZ

Ciervo, ave feliz que bebes agua limpia.
Allí donde se vive
con ancho bosque suave todavía,
en el que nunca se mueren
los bien floridos y recientes hijos;
allí donde el lago tu vuelo reflejaba,
pregunté, noche y día inacabables:
«Ciervo, ave feliz que bebes agua limpia,
¿qué de ella se sabe, y de su cuerpo,
de su llanto o deshielo fatigado,
de sus labios tan breves,
de sus hermosos ojos pálidos?».

Ciervo, ligera flor de galopar muy dulce.
Costas del mar antiguo,
donde peces magníficos se aman;
donde cantan las olas
y sueñan lluvias de sol lunas saladas;
allí donde pájaros de aire siegan nubes,
preguntas sollocé tan desveladas:
«Ciervo, ligera flor de galopar muy dulce,
¿quién sabe de su sombra molinera,
de su triste blancor de hierba más tardía,
de sus manos tan frescas,
de su collar de sangre derramada?
¡Ah, si tú no lo sabes, mi ave, la mi ciervo!
Ella era ave, y la flor y el bosque enamoraba».

PALOMA, TIBIA MANZANA

PALOMA, tibia manzana que arrullas dulcemente.

Aquel sauce fresco,
aquella verde humedad que juntos fuimos
hoy recuerdo, soñando con los montes nevados.
Tú eras la blanca torre, la paloma,
el dilatado espejo movedizo
de tanta brisa, de tanta alba de monte,
de tanta nube hermana y tanta agua de río.
La blanca torre eras, la paloma,
y las alas, marinos de tus alas,
por mí a mi amor tan suave iluminaban.

Paloma, pez hermoso, tan claro navegante.

Aquel mundo redondo,
aquella sutil marea tan hermosa
hoy recuerdo, soñando a Aldebarán que tiembla.
Tú eras el alba pura, la paloma;
la flauta que cantaba,
el galope del Este por los espacios libres;
los regolfos del sol en bosques perezosos.
El alba pura tú eras, la paloma,
y la luz más pequeña de tus ojos
por mí a mi amor tan suave iluminaba.

ALONDRA, VOZ QUE CANTAS

ALONDRA, voz que cantas hermosa.
Mira el álamo sutil que abona el río
y el marfil dulce que abanica el cielo.
Corrientes de cristal cruzan el mundo,
en esta alba de plata que abanicas.
Alondra, fina estancia en plumas de ave fina:
¡con vida breve, pido
que vuelves en mi cuerpo
las luces que ella frías
dejó desamparadas!

Alondra, gentil forma sonora.
El mar navegan los peces bien trazados,
y el ancho bosque los corzos, que son bosque.
Tú misma bien galopas libremente
este rayo de sol que enciende el aire.
Alondra, alma dichosa que sueñas cotos altos:
¡con vida breve pido
que surques en mi cuerpo
los mares que ella oscuros
abandonó, salados!

FAVORABLE PRISIÓN DE SUEÑO

(1935)

*Os anacos d-espello amaban ríos.
Amistades co-a sal. Co-as cousas mais antigas.*

A.C. Poemas do si e non.

1

Edifiqué, Señor, con barro,
porque era lo que tenía más próximo.
La lluvia ablanda los muros
y el sol los agrieta.
No he podido labrar puertas ni ventanas,
ni colocar vidrios para la luna y las estrellas.
Mi casa de barro, Señor, es de barro;
mis manos la edificaron.
En las paredes de mi casa de barro
se abrieron las grietas: así fueron naciendo mis dedos.

2

AVANZA desde el oscuro rincón.
La trae aquella música de cuerpo de fantasma,
aquella música que flota.
Al llegar a la rueda del corazón
se levanta en las puntas de los pies
que se clavan como agujas, como agujas.
Necesitaba aquellas alas de fuego en los pies,
para poder seguir hasta la garganta
a cosechar el aire y segar la voz,
y volar hacia el otro rincón oscuro,
huyendo entre el sueño y la muerte.
La nostalgia no tiene tiempo ni lugar.

3

He llamado con la voz y con las manos,
interrogando a los viajeros.

Desde el podrido corazón regreso,
atravesando las ciudades y los bosques.

¿Es el día? Quizás aún no haya llegado la hora,
y el viento que murmuran las hayas
son palabras olvidadas nunca escritas,
porque nada se ha podido edificar.

Por lo menos, en tu corazón se alza una columna que aún no conoce la hiedra,
y en tus venas no se derramó todavía la sangre de los pozos.

He oído tus pasos una vez, y eso es todo.

4

Favorable prisión de sueño, el cuerpo
apenas lo encuentro, y los arcos de la luz se acercan:
es como si estuviera ciego —y la luz se acerca.

No eres tú puerta ni ventana,
ni el bosque del mar, ni las errabundas estrellas.
Con la quemadura de la piedra, con la asañada quemadura,
intento a tientas recogerme,
porque he sido lanzado a tierra mientras esperaba.
No pregunto por la primavera ni por el otoño,
ni por el color azul ni la tierna lluvia.
Pregunto por aquella memoria que tuve,
en la que se recogían tus manos, y tu cabello
negro, cayendo por mi fría espalda, me despertaba.
Favorable prisión de sueño, el cuerpo
desde la noche deseo, y, a tientas,
me acerco a tu misterio, mientras ronca
sube la mar, y la oscura brisa
galopa, despeinada, hacia la tierra
donde yo resido en la tierra.

5

Luz mojada le llegaba del mar.

¡Qué desnudo el tiempo para verla en la playa
con presencia de cosa!

¡Qué clara la tarde para besarla en la piel
con caricia animal y pura!

¡Luz mojada de mis ojos llevaba el mar!

6

Hay una isla cantada
en los límites del mar.
La pastan bueyes del cielo
con pastoras de cristal.

La bebe un río de naves
que desemboca en canción:
naves-pájaros de isla,
con sus nidos en el sol.

Tiene la luna creciente
y ojos de decir ¡ay, la!
La boca tiene cerrada,
para vendimias de sal.

Y tiene el cabello negro,
¡ay, amor, qué dulce bien!
Olor profundo de algas
y sabor claro de miel.

Hay una isla cantada
en los límites del mar.
Su talle no se navega:
sólo se puede contar.

En la nave del mar naranja
anda con noviazgos.
Sus amores pequeñitos,
no contarlos.
Se pondrá coloradita hasta el talle
y tapaná los ojos con una mano.
¡Anda de noviazgos!
¡No contarlo!

EN UN ÁLBUM

En el medio de tu pecho los veleros armaron una red tímida,
que tiene una voz llena de lámparas y eclipses
y un párpado tejido por los vientos.

Una garganta llena de distancias
es la flauta que encanta los ecos olvidados en los fondos de las corrientes
marinas,
permutadas de cauces frente a las islas negras de tus ojos.

UN POEMA Y CUATRO PROSAS

(1951-1952)

AL ORDENAR ESTOS POEMAS EN LA PRIMAVERA DE 1951

¿EN qué profundo cuenco de qué mano,
polvo que sueña, sentimental ceniza,
recogido seré?

Cuando ya no sea ni sombra ni simiente
y como a Jericó
el purpúreo sonar de las trompetas
por mi pálida voz descanse derribado.

Y cuando tibiamente destruido
descanse junto al muro y las mañanas
plenas de luz no encuentren ya mis ojos.

Cuando la fuente que mis labios beban
sea una gota de matutina lluvia
que lentamente filtra la tierra de mi rostro.

Cuando esa misma gota un vano sueño sea.

CABALLOS DE BALTAR

A Eduardo Moreiras

EL REY Y LOS CABALLOS

Si hay un rey en Baltar, se sentará a la puerta de su tienda, con las luminosas manos apoyadas en las nobles rodillas, y acariciará su corazón con el galope de las yeguas por la pradera de Camposa, en la que, aquí y allá, brotan espesos y olorosos haces de camomila. Este rey de los celtas y de las yeguas sabrá leer en los grandes escudos de hierro las genealogías de los caballos y de los vientos.

—Señor —le diría yo acercándome a su tienda—, no pierdas una mañana tan dulce en oír galopar en tu alma las yeguas del recuerdo o en estudiar las genealogías de los caballos que se escriben al lado de las genealogías de los vientos. Ven conmigo al vado y verás abreviar los potros. Son peludos y pernicortos, recogidos de bragas, tercos de casco. Del húmedo hocico les brotan castillos de vaho: son la vaporosa imagen de los palacios de los grandes celtas de antaño, que la brisa que despierta en los abedules, suave y silenciosa como el tiempo que pasa, aventa y disipa.

EL ÁNGEL

Los Ángeles nunca ceden las alas

NOVALIS

HE acariciado la revuelta y mojada crin, áspera y salobre. Y a tu oído dije: «*Aloumiño nas túas crechas a liberdade do vento na pradeira*». Me miraste, inclinando un poco la cabeza, y yo pensé que desearías tener una mano que darme y llevarme de ella a correr por el campo de trébol, escapando al viento del Sur, que se posa dulcemente en la tierra, tibio como el ala de la paloma. Sabías que te admiraba, y con el hocico me empujabas en el costado, invitándome al juego. Pero caí de rodillas, porque comprendí de pronto que en ti había tornado forma el ángel de mi guarda. Tu agudo relincho era para mí claras y significativas palabras. Cerré los ojos para oírlas, pero cuando cesó tu consejo y los abrí de nuevo a la luz de la dorada tarde, habías desaparecido en el rebaño de potros que brincaba en la junquera. Desde entonces, cuando un potro en Baltar se me acerca, le acaricio la fina pelambre de la espalda en busca de las escondidas y milagrosas alas.

DIOS, YO, LA TIERRA

*¿En dónde estabas, dice El Señor, cuando
puse a la tierra sus cimientos?*

Del Libro de Job

PUSE mi rostro a sosegar en el polvo del camino. Entre cien mil pies que al pasar aplastaron mi boca, reconocí, una noche, los dulces pies de un ángel. Aún conservan mis labios el regusto de su sal, y las niñas de mis ojos el relumbre de luz rosada de sus alas desvaneciéndose en una revuelta del camino.

—Sosiégame, tierra —digo yo—: sosiega con amoroso cuidado la gacela de mi corazón. Pero la tierra, la callada tierra fría sobre que reposo, atiende solamente a la hierba que crece y al rocío de la mañana. Y no obstante, yo soy de la tierra, un puñado de tierra cernida por los dedos de Dios, y mi voz sale de entre la tierra de mi cuerpo. Pero la tierra no me oye. Yo no estaba presente cuando Dios dijo:

—Redondo peñascal, te llamarás la Tierra y girarás alrededor del Sol llevando el nardo luminoso de la Luna a tu cintura.

Yo no estaba presente y por eso ignoro si la voz de hablarle a la Tierra es la voz del viento, el rumor del mar, el canto de la alondra o simplemente el enorme silencio de las estrellas. Sosiego, pues, mi rostro en el polvo del camino, y cada cien mil pies que pasan, conozco, por la sal y la luz, que un ángel huye en la noche.

EN LA LLAMADA TERRA CHÁ

En la llamada Terra Chá de Lugo hay una comarca, Pastoriza, de la que Baltar es casi centro, regada por el Miño y rodeada por altas y agrias sierras, Meira y el Arneiro. Los abades bernardos de Meira, grandes feudales mitrados, con enanos de corte y latín místico, poseían grandes rebaños de caballos salvajes en la Pastoriza: una toponimia celta purísima y admirable: Bretoña, Reigosa, Bian, Baltar, Xermar, Gabán, Salsar, Badón... Mis abuelos, los Montenegro de Badón, tenían también parte de ellos, y por tal parte apalearon monjes y escribanos y revolviéron el país. Los caballos son menudos, de escasa alza —tierra en exceso lluviosa, descalcificada, el organismo ha de ser parco en cal—, peludos, relinchadores. Son vivaces, como criados al aire libre, y mansos, humanamente mansos. Tordos pasados, algunos bragan en blanco y casi todos tienen en negro la mano de cabalgar. En el Medioevo serían tenidos por palafrenes de mal agüero. El refrán entonces era: «Caballo de bonanza, blanca la mano de cabalgar y la pata de la lanza». Por San Lucas —octubre de oro— los bajan a Mondoñedo, con ristra de cabeza a cola. Se llenan las rúas y el ferial de relinchos. Vienen los tratantes castellanos y portugueses, como a las ferias de Viana del Prior que relata don Ramón del Valle-Inclán. Yo los amé siempre. De niño, porque oía relatos familiares y me llevaban a la rueda a Gabán, a verlos marcar.

La **M** de mi apellido la veía en el anca. Luego dejaron de herrarlos y con la tijera le hacían **Y**. Luego, de mozo, he gustado de galopar entre ellos, de provocar un susto en el rebaño y echarla al Miño, manso y lodanero...

... Las Pastoriza, los caballitos peludos y nerviosos, los enormes atardeceres que allí hay.

CRÓNICA DE LA DERROTA DE LAS NACIONES

(FRAGMENTOS)

En sus dos lenguas maternas A. C. escribió la CRÓNICA DE LA DERROTA DE LAS NACIONES: los príncipes, las armas, los caballos, el campo de la última batalla, los siervos de Dios que caen. Dios mismo y la Gran Ira. De esta CRÓNICA fueron escogidos los poemas que figuran en esta separata.

II

No tengas miedo, le decía Dios al gran rey que moría, desangrándose por una horrible herida en el muslo. No temas. Te convertirás en tierra y lloverá por ti, y crecerán de tu pecho hermosas hierbas y las pacerán los caballos cuando las moje el rocío de la mañana. Yo también paceré algo, añadió Dios, melancólico.

LOS CABALLOS

DOS caballos escaparon a la matanza, uno negro y otro alazán. Fue todo lo que quedó vivo después de la derrota de las naciones. Y Dios les envió un ángel, un hermosísimo potro blanco, con largas crines cenicientas, y por tan dulcemente como bebió en el regato, fue reconocido por los caballos fugitivos. El alazán se arrodilló diciendo:

—¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

UN HOMBRE MUERTO ES UNA VIEJA CANCIÓN

SOSTENGO con mis labios los muertos, dijo Dios.
Sostengo los nombres de los muertos y el Juicio.

Príncipes, ¿quién de vosotros recuerda?
¿Quién de vosotros olvida?

Verted, verted ceniza sobre el filo
de las largas y derribadas espadas de los muertos.

Sobre el ojo de Edipo, sobre las rápidas huellas de Ulises,
sobre el corazón de Ricardo Corazón de León.

¿Dónde están los reyes y sus gusanos sagrados e inviolables?
Hubo un gran rey que fue rechazado: Caím.

Pero una vez muerto, digo su nombre con mis labios.
Con los nombres de los muertos me entretengo en hacer canciones.

¡Muy altos, nobles y poderosos señores!
Ahora os habita al verme, la rata y la culebra.

Sin embargo, sois una canción.

EL SEÑOR DE LAS BATALLAS

A Ulrico von Hutten

Cuando Dios reunió delante de Él todas aquellas sangrientas espadas, sintió miedo, y arrancándose el brazo derecho lo echó al montón, y el brazo de Dios era la más fuerte, terrible sangrienta espada.

Dadme para mí y para siempre
ese camino y esa nube oscura,
que el pecho de la berra silenciosa
es lo que resta, donde yace el día.
Preguntando voy por el lugar y el tiempo
y también por la paga, y si los reyes
en cuyas manos despiertan las espadas
como las rosas frescas en el alba,
están dispuestos a entrar en la batalla
tal y como la llama se adentra en el leño.
Mensajeros envío con espejos
donde se ve al revés como la sangre corre
y de la tierra derramada sube
a las heridas profundas como pozos.
¿Quién resucita aquí con una espada?
¿Sois acaso la feliz espiga
que resucita por el fuego en pan?

Con la cabeza baja, solemne, Dios avanzaba hacia la batalla. Un soldado que había escuchado la arenga mientras liaba un cigarro a la sombra de una encina, se le acercó.

—Señor, le digo, ¿resucitaré con el mismo cuerpo y la misma alma que tengo?

—Sí, le respondió Dios, y también con tu ira, tu miedo y tu paga. Ten ansia de ello.

ADIÓS

A E.

ALMA: comprendiendo voy que excepto que el hombre descienda desnudo a las estrellas y a las venas de la entretierra, con los ojos en la mano como una lámpara encendida, a no ser que su cuerpo, pudriéndose en silencio, reclame de su pecho un árbol o una fuente. Si eso no es posible, alma mía, he de abandonarte en la noche.

Ese jinete de negro rostro que cabalga por el campo, pregunta a los pájaros el nombre del camino.

—¡Adelante! Le responden, y en su boca se posan para decírselo.

Yo vacilo, alma, en preguntar a cualquiera que sea por mi última posada. ¿Habré de cruzar ese río que, como una brilladora espada, se encuesta entre mi sombra y la noche? ¿O me empujarán a través de ese enorme bosque del viento que se arremolina a mis pies como un mar de largas cabelleras? ¿Quizás esa alta hierba que se enreda en mi cuerpo como hiedra es un negro y suave cabello muy amado! Pero no puedo detenerme a acariciarlo, porque los gusanos que trabajan dentro de mí, continuamente gritan: ¡adelante!

Y si pregunto a los blancos abedules el nombre del camino, hojas secas y amargas se arraciman en mi boca para decirme: ¡adelante! ¡Adelante! Alma mía: desde esta puente desmoronada adiós te digo en la noche.

TEATRO

ROGELIA EN FINISTERRE

ACCIÓN DRAMÁTICA EN SIETE CUADROS

CUADRO PRIMERO

Despacho de don Agustín. Cajas de conserva, tabales de salazón, sacos. Colgados del lecho, zuecos y botas de agua.

ESCENA PRIMERA

Don Agustín, Manuel.

DON AGUSTÍN ¡Inscribirla, inscribirla con nombre y apellidos! ¿No querréis proveerla de guía como a una vaca o una yegua? Sois mala gente. Eso es, mala gente. ¿Y los otros? ¿Y los otros hombres, los dos mozos, todos?

MANUEL Hablo por todos. Todos quieren que ella viva en Finisterre hasta que se reponga. Cuando se encuentre bien que disponga de su vida.

DON AGUSTÍN ¡Dos, seis, diez barbaridades seguidas! Es muy fácil decir que hablas por todos y aun es más fácil decir ahora que ella dispondrá de su vida. ¡Hablo por todos! Tú, el anciano, ¿qué tienes que ver con los hombres, con Pedro en la mar, con Antonio en la labrantía? ¿Y con los mozos? ¿Qué tienes tú con Juan, que llora como una niña, o con Gabriel, que fue engendrado para que pudieran cumplirse los agüeros?

MANUEL Somos de la misma sangre, de la misma religión, de la misma ciudad...

DON AGUSTÍN Pero de distinto demonio. Ibais a morir en paz y la tempestad os manda mujer. ¿No os basta saber que moriréis? Necesitáis ahora una mujer, esa mujer. Y tendréis hambre y discordia. Y os conoceréis el deseo en los ojos.

Manuel, que estaba sentado en un barril, mientras don Agustín paseaba hablando, se levanta y se acerca al escritorio.

MANUEL ¿Quiere darle partida para que viva entre nosotros o no?

DON AGUSTÍN Mi obligación como alcalde es dársela. La tendrá. Que venga un testigo. La tendrá. Ya escucharé desde mi cama cómo os aporreáis con los cuernos. Un testigo, que venga un testigo.

MANUEL Traeré a Antonio [*Sale*],

ESCENA II

Don Agustín se acerca al escritorio y abre un libro. Con él en la mano se acerca a la ventana.

DON AGUSTÍN Me distraen, no hacen más que distraerme. Y dicen que es hermosa mujer. Será una mujer alta y rubia. Nunca imaginé mujeres hermosas que no fueran altas y rubias. Le daré partida. Habrá hijos en Finisterre. E hijas. Y todos pecarán. [*Se sienta y lee*] «Charles Peguy: Ejercicio 12. Tercer huésped. “Comprendo muy bien, dijo Dios, que uno haga examen de conciencia. Es un ejercicio excelente, pero no debemos abusar de él. Hasta os lo recomiendo, dijo. Está muy bien. Todo lo recomendado está muy bien. Pero, al fin, estabais en vuestro lecho. ¿Qué es lo que llamáis vuestro examen de conciencia, hacer vuestro examen de conciencia? Si es pensar en todas las necesidades que hicisteis durante el día, está muy bien, acepto vuestra penitencia. Sois buena gente, sois buenos muchachos”». [*Se levanta y se dirige a la puerta, pero vuelve a sentarse*]. Me distraen, no puedo hacer los ejercicios. Tengo que imponerme a todo, porque se trata de salvar mi alma. [*Vuelve a leer*] «¿Acaso son tan penosos vuestros pecados que sea menester catalogarlos y clasificarlos, y registrarlos y alinearlos sobre mesas de piedra? Las miserables gavillas de vuestros horrendos pecados de cada día. Demasiado sería si sólo fuera para quemarlos. No valen la pena. Ni siquiera de eso. Pensáis demasiado en vuestros pecados. Al atardecer no atéis esas vanas gavillas. ¿Desde cuándo hacen los labriegos gavillas de cizaña y de grama? Las hacen de trigo, amigo mío...». Así habló Dios [*Se levanta y pasea*]. Parece que queremos salvar nuestros pecados y no nuestra alma. ¿Y los de Finisterre? Alguien se perderá. Y yo de alcalde, anotándolo todo, inscribiendo en el mismo libro a cien difuntos diferentes; unos en viaje a la Gloria; otros, al infierno. Ni una señal al margen puedo hacer. [*Se sienta con la cabeza entre las manos*].

ESCENA III

Antonio, Manuel, don Agustín.

ANTONIO ¡Buenas tardes!

DON AGUSTÍN ¡Buenas, buenas! ¡El testigo! ¿De qué puedes dar testimonio? ¿La viste? ¿Entiendes su lengua? ¿La tocaste? La inscribiremos. No padecerá la ley civil. Venga, venga el nombre. [*Se sienta al escritorio, abre un gran libro, se dispone a escribir*],

MANUEL Se llama Rogelia.

DON AGUSTÍN ¡Rogelia! No es nombre del país.

ANTONIO Se llama así.

DON AGUSTÍN ¡Perfectamente! ¡Rogelia! ¿Apellidos?

MANUEL No tiene.

DON AGUSTÍN ¿No tiene? ¿Cómo que no tiene?

MANUEL No tiene. En su país no se usan. Se llaman hijos de padre y nada más.

DON AGUSTÍN ¡Todo clarísimo! ¿Y edad?

MANUEL Treinta años.

DON AGUSTÍN ¿Quién lo asegura?

ANTONIO Lo atestiguo yo.

DON AGUSTÍN ¿En qué te fundas?

ANTONIO Puedo jurar que tiene treinta años.

DON AGUSTÍN Ya lo firmarás, ya. ¡Treinta años! ¿Soltera? ¿Casada? ¿Viuda? ¿Quién asegura eso?

ANTONIO Casada.

DON AGUSTÍN ¿Casada?

ANTONIO Sí, casada. Usa anillo con la fecha.

DON AGUSTÍN ¿Y el marido?

ANTONIO No hemos preguntado.

DON AGUSTÍN ¡Allá vosotros! ¿Cómo llegó a Finisterre?

MANUEL Viajaba en el «Nuestra Señora», que naufragó contra los *cons* de la farola. Se salvó a nado. Es el único náufrago que cayó en la parte de acá.

ANTONIO Desnuda la encontramos en la playa, blanca como una muerta. La llevamos al almacén y le hicimos cama en una doma vieja. Juan la cuidó y ahora pasean al sol. Yo recuerdo los tiempos de antes de la maldición cuando Finisterre no era el cabo del mundo y mi madre bailaba con mi padre en la romería de San Andrés. Finado el paso, mi madre se apoyaba en el hombro de mi padre, como Rogelia en Juan. A Rogelia las sayas le van cortas y así parece su hermana.

DON AGUSTÍN ¿Una hermana? ¡Os condenaréis todos, todos! Os quebrarán los huesos con mazos. ¡Una hermana!

MANUEL Gabrieliño se le clavó una espina y se le encentó un pie. Ella se lo lava y añosa mandó cocinar hierbas. ¡Talmente tres hermanos!

ANTONIO Parece que la acompaña alguna luz. Y mira serena, con los ojos confiados. Tiene ojos de mujer, ojos que acompañan a uno por la casa y por el campo. Ojos como tenía María, Manuel.

El tono es exaltado y el diálogo rápido. Don Agustín deja que la desesperación se retrate en su rostro. Manuel sonrío y habla con dulzura.

MANUEL Eso es verdad. Parto leña en la era y parece como si estuviera a mi lado, tal y como estuvo la mujer que tuve. Y si voy al agua, me tiene a la vuelta la jarra de vidrio, que le gusta tan labrada.

DON AGUSTÍN ¡Basta, basta! Allá vosotros, cinco hombres, cinco lobos, con vuestra hermana, con vuestra mujer... Si a ella le gusta la jarra de vidrio, a ti te gusta ver

cómo el hilo de agua le corre de la boca por la garganta hasta el pecho. Todos pecadores, todos. Veis los ojos de ella. ¿Y el día en que uno de vosotros encuentre ojos de otro en las niñas que tanto veneráis? ¿Y la maldición? ¿Que os habéis olvidado que no puede haber descendencia de vosotros?

ANTONIO ¡No hable así! Ella es una enferma, una hermana, y ninguno de nosotros sueña con darle hijos. ¡Sería un crimen, porque está escrito que la mujer que tenga hijos de nosotros morirá! ¡No hables así, alcalde, porque duele!

DON AGUSTÍN Hablo así porque represento la Ley civil, y es mi obligación vigilar las costumbres. En verdad te digo, anciano, y a ti, labrador, que una mujer siempre da hijos, aun contra su propio padre. Y así se cumplirá en vosotros.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

El cuarto de Juan. Una ventana sobre el mar. Una escalera pino que lleva a un sobrado. Por la mañana, aún luz de amanecida.

ESCENA PRIMERA

Juan en la ventana, siguiendo la salida de una barca.

JUAN Aboina ahora... Ya leva... Ya está fuera y libre. Fuera y libre: dos palabras, nada más que dos palabras. ¡Fuera y libre!

Se sienta en la escalera y con una navaja talla en un pequeño taco de madera.

JUAN Aquí cabrá la cabeza. Será su retrato. Lo tendremos en estima y buscaremos en él su cara, los rasgos de su cara. Siempre le encontraremos parecido. Lo pintaré. Los labios, los ojos, las mejillas han de ser pintados... ¿Y si quiere llevárselo cuando se vaya? Entonces tendré que decirle: Rogelia, se lleva usted... se lleva usted, usted... Había que preparar una hermosa frase. ¿Qué se lleva? Ya lo sabrá en su día, en el día, todo sucede en un día, en veinticuatro horas...

ESCENA II

Juan, Antonio.

ANTONIO ¡Hola! ¿Y Pedro?

JUAN Va en el mar. Hoy hay mucha mar. Salió aboinando contra la punta, muy derribado; pero muy bien. [*Enseñándole el taco*]. El retrato, conseguiré el parecido si no la veo. Lo he advertido ayer. Tiene varias caras. Yo las veo. Ya sé que no hay más que un rostro, alrededor del que danzan los demás, los que nacen de la risa, de la tristeza o del aburrimiento. Lanzado entre vosotros, porque mi padre aceptó una herencia, me aburro. Las maldiciones son muy aburridas. Espero que moriré joven, porque si llego a anciano, como Manuel, me moriré de hambre...

Antonio se sentó en el suelo y hace nudos en su cuerda de aparejo.

ANTONIO Hablas, hablas siempre infatigable... ¡Que fastidio oíros! Prefiero la soledad a vuestras estúpidas charlas. ¡Hablar, hablar! Quisiera saber qué buscáis con tanto hablar, con recordar palabras, con haceros imaginación de

imposibles... Y cuando terminéis de hablar estáis huecos y oscuros, tristes, desarrapados.

Juan ha dejado de tallar, se levanta y pasea.

JUAN Así es, así es. Desarrapados. Rogelia me dijo que hablábamos distraídos como si creyéramos que las palabras son mentira y juego. Así es.

ANTONIO Las vuestras, sí lo son. No tenéis corazón. Cuando yo llamo el ganado desde la morona no son mentira ni juego. Cuando murió mi madre las que entonces dijo eran verdad. Vosotros tenéis miedo, miedo a estar solos. Eso es todo. [*Se levanta*]. Voy a ordeñar la Grana para el desayuno. [*Sale*].

ESCENA III

Juan.

JUAN ¿Será verdad que las palabras son mentira? ¡Soledad! ¿Quién no te teme, soledad, hueso de mis fantasmas, negro de mis ojos? ¡Todos te tememos! Te temo en el mar y en la tierra y te temería en los aires y en el mismo cielo. Te temo sobre todas las cosas, porque sé que he de morir a tus manos, a tus duras manos, ardorosas cuando el sueño puebla de sombras y tempestades tu pecho, frías cuando la vigilia de vivir y vivir sin más te habita...

ESCENA IV

Rogelia, Juan.

ROGELIA [*Golpea en la puerta*]. ¡Juan!

JUAN [*Abriéndole*]. ¡Oh, Rogelia! ¡Buenos días, madrugadora Rogelia!

ROGELIA Bastante más de lo que crees. He ido con Pedro hasta la playa; subí por el atajo hasta la ermita... ¿Me sienta?

JUAN Donde quieras, como quieras. Eres tan hermosa que te puedes sentar de cualquier modo. Cuando te sientas y cruzas las piernas pareces más mujer. Quiero decir dificultad de dificultades y todo dificultad. Es curioso lo que conozco las mujeres. No he visto más que tres, y las tres han muerto. Al día siguiente de tu aparición temía que al verte se me encendieran los ojos. Pero no, sonreías tristemente... Eso es, sonreías.

ROGELIA Me habéis cuidado mucho. Sois muy buenos. Me habéis dado ganas de vivir vosotros, los cinco hombres vencidos, a quien está dedicada la muerte.

JUAN ¡Hombres vencidos! No sé por qué figuro entre ellos. Vencido Antonio, vencido Pedro, vencido Manuel... Pero ¿y Gabriel? ¿Y yo? Gabriel lo cree todo y lo ama todo. Yo no creo en nada ni tengo amor, el amor, un amor. Eso es, un amor. El amor necesita ser uno y tener objeto. Eso es.

ROGELIA [*Riendo*]. Eso es. Siempre diciendo eso es. Y siempre diciendo que no crees en nada. No es posible, Juan. Y hay contradicción.

JUAN ¿Contradicción?

ROGELIA Si, querido. Aunque tu boca juegue, ¿cómo es posible que tus ojos no se humedezcan, que tu corazón no vuelque? Dijiste: «sonreías tristemente, sonrías». Por lo menos creíste en mi dolor y amaste mi sonrisa.

Los dos ante la ventana.

JUAN Dije, sí, dije. Cuando hace un momento tallaba un madero buscando en él lugar para tu rostro, pensaba en lo que dicen los hombres: en que se alcanza poder sobre la persona cuyo retrato se tiene. ¿Por qué no alcanzaría yo poder sobre ti?

ROGELIA ¡Pobre muchacho! [*Lo coge de las manos*]. ¿Y para qué querías poder sobre mí?

JUAN Puedo no mentirte y decirte lo que no debo decirte. Los otros podrían ofrecerte más que yo.

Él se aparta de ella y se sienta en primer término, se levanta, se mueve como desconcertado.

ROGELIA No logro entenderte.

JUAN Ellos creen que si te aman se condenan, pierden sus almas. Yo creo que si te amo me salvo. Te ofrezco, pues, infinitamente menos. Ellos tienen un alma que perder. Yo no puedo perderla porque no creo en su estúpida fe. Los odio. Eso es, los odio.

Rogelia y Juan frente a frente, muy cerca.

ROGELIA No debes odiarlos. Cada uno tiene su camino. Si para salvarte tú has de utilizar los caminos de mi pecho, la posada de mis labios y el fruto de mi vientre, has de creer real y verdaderamente en tu salvación. Niño, niño mío, ¿de qué te servirán mi cuerpo y mis lágrimas si tú no pones nada?

JUAN Creo en ti y en tus palabras; creo a punta de alba, a hora de mediodía, a velaluces, a la luna y a la estrellada. ¡Rogelia! La verdad ahora en tus oídos antes de que vaya a tus labios: ni salvación ni condena importan, Rogelia, Rogelia, porque mi Rogelio, porque lo que yo te doy es mi corazón, y te digo

que sólo sé que te amo, nada más. [*Se besan lenta y fuertemente*]. No me importa mi alma, Rogelia, sino mi hambre. ¡Adoro, adoro en ti todos mis años perdidos! ¡Cuánto bien me haces!

TELÓN

CUADRO TERCERO

Habitación de Juan. Hay flores en la mesa.

ESCENA ÚNICA

Rogelia, Antonio.

ANTONIO Eso es lo que queremos saber.

ROGELIA Juan me ama. Es este amor su garfio, su clavo ardiendo. Es necesario que viva a costa de lo que sea.

ANTONIO ¿Y usted a él?

ROGELIA Ustedes me creen una pobre y débil mujer, y se equivocan. A Manuel no le diría esto; pero a usted sí. Usted es un hombre duro, aunque esté atado; fuerte, aunque lo claven mil cuchillos. A usted puedo decirle que Juan me regala muy poco. Su corazón, su amor, ¿Qué son para mí? Son como agua cuando se tiene sed de aire. ¡Pobre niño! Le aterra esta soledad, este islote acantilado, esta marea de mar y tierra. ¿A dónde no van sus ojos? Se les ve despertar y tomar la carrera de otros países fantásticos, de las palabras soberbias, de los abismos sin fondo. Peca para ser algo, para ser por lo menos un pecador. Aquí, en su propio lecho, le haré compañía. ¡Dios quiera que esta noche yo sea dulce y tenga en la lengua las palabras que dan la fiebre y exaltan los corazones de los hombres! Le ofreceré más de lo que me pida y lo que me pida habrá de pagarlo con lágrimas tiernas. ¿Ve usted esas flores? He ido a buscarlas a La Corona. Cuando Juan llegue encontrará la puerta abierta, mis brazos abiertos. Ya lo sabe encontrará la puerta abierta, la ventana abierta, mis brazos abiertos. Ya lo sabe usted todo. Puede contárselo a los hombres; pueden matarme, pueden echarme al mar, clavarme a la tierra. ¡También ella, esta peña bravía necesita de brazos abiertos!

Antonio se retira lentamente, cabeza gacha. Se oye gritar a Juan.

JUAN ¡Rogelia! ¡Rogelia!

Rogelia corre a la puerta.

ROGELIA ¡Juan! ¡Oh mi dulce niño! Mi corazón no descansa porque tiembla y el eco de mi voz te busca por la casa. Quiero que me llames diez veces por mi nombre y otras diez por el nombre de las otras mujeres, de las que soñaste en el mar y en la luna, de las que tienen manos blancas, de las que sollozan en los ventanales...

JUAN ¡Te llamaré rosa y cáñamo, marfil y leche, paloma y llanura, María y María, Rogelia y Rogelia!

TELÓN

CUADRO CUARTO

El almacén: sacos redes, una lancha acabrada, un arado.

ESCENA PRIMERA

Antonio, Gabriel.

Están trenzando cuerdas y anasándolas.

ANTONIO ¿Puedes escucharme?

GABRIEL Ya atiendo, tío, ya atiendo.

ANTONIO Se te van los ojos a la luna continuamente. Te recordaba que tu padre me obligó a dispensarte mi protección. Te inscribí como hijo y me heredarás.

GABRIEL Sé labrar la tierra.

ANTONIO Aprenderás a tratarla, a darle y a pedirle. Te consolarás con ella y te sentirás reconfortado cuando te levantes, después de dormir la siesta sobre ella. Los caminos del ganado los sabes y las voces también. Pastorearás. Y así aguantarás la vida y tu condición de hombre. Serás el último de nosotros, conocerás la ancianidad de Pedro y habrás de hacerte a la mar. Entre el mar y la tierra buscarás la compañía que no habrán de darte mujer e hijos, que no puedes tener. Y dirás Ave María al morir, que para eso fuiste nombrado Gabriel.

GABRIEL Ya sé todo, ya lo sé. No sabéis hablar de otra cosa. Como si yo necesitara compañía. Me gusta la soledad, la llana de camposa desierta por el ladrido de los canes: amo los atardeceres inmensos de la gándara, las mareas grandes de San Bartolo, el trigo medrado, la comba del centeno, los castaños con su arandea, los caminos sombríos, la noche estrellada, con su Polar, sus tres Marías, sus Perros cazadores, el Dragón y Hércules rodeando la luna fría. Sí; soy dichoso, tío, ¿por qué no me dejáis tranquilo?

ESCENA II

Manuel y dichos.

MANUEL ¡Santas y buenas! Sopla un cortizo desatado. El cuerpo viejo mal se lleva con los fríos. ¿Y Pedro y Juan?

ANTONIO Están avisados. Vendrán ahora.

MANUEL ¡Qué dolor, Dios mío, qué dolor!

ANTONIO ¡Cállese! ¡Tiempo habrá de hablar del asunto!

GABRIEL ¿Qué asunto?

ANTONIO Ya escucharás, hijo, y ojalá te valga de aviso. Barro somos y no hay más.

ESCENA III

Pedro, Juan y dichos.

JUAN ¡Buenas tardes!

PEDRO ¡Buenas tardes!

TODOS ¡Buenas tardes!

MANUEL Hace una semana que no estamos todos reunidos. Sentaros.

PEDRO Vengo frío como una brisa. ¿A qué vienen esas caras severas? ¿Hay muerte de hombre?

ANTONIO Y que lo digas. Estamos los hombres aquí para acusar a Juan.

JUAN Lo sabía.

PEDRO ¿Lo acusas por la ley o por la conciencia?

ANTONIO Por ambas doctrinas. Por la ley, lo acuso de trato con mujer casada. Por la conciencia, como pecador y violador de nuestra ley.

GABRIEL ¿Cómo? ¿Rogelia? ¡Imposible!

MANUEL ¡Calla!

PEDRO Es preciso que habléis.

GABRIEL ¡Sí, sí, es preciso!

ANTONIO Juan ha declarado su amor a Rogelia y en tal amor se condena. Parte con ella su lecho, y así ataca la ley. Acuso con la verdad. Ella ha confesado.

JUAN Y yo confieso. La amo y partimos mi lecho. No creo en vuestros paraísos ni en vuestros infiernos. No obedezco la ley. Estoy aquí como hombre vivo ante vosotros, hombres muertos. ¡Dos veces muertos, por malditos y por hipócritas! En vuestros pensamientos también habita algo que os muerde. Pero ¿es que podríais andar todo el día con las manos en los ojos?

Gabriel solloza sobre un tabal. Los otros de pie ante la puerta.

ANTONIO ¿Aun tienes valor para acusarnos?

JUAN Tengo, lo tendré hasta el fin. Y me voy de la tierra, me voy al mundo, a perderme, con ella o sin ella, porque lo que ahora tengo es hambre, un hambre, y mañana tendré otra y otra más. Nació vuestra religión y vuestro sacrificio para cambiar hombres y lo que cambiáis son hambres, hambres negras; Esto es: hambres negras. ¡Finisterre, cabo del mundo, donde no hay mundo, demonio ni carne, pero donde había hambre, hambre negra, incubada en los huesos, macerada a pechos de hombre, agobiadora en la garganta, seca en lo más seco de

las entrañas para que no hubiera agua bastante para tanta sed...! Ya he probado, ya sé. Adiós a todos. [*Sale lentamente*].

Los hombres le miran con lágrimas en los ojos. Gabriel se arrodilla y reza.

ESCENA IV

Todos menos Juan.

ANTONIO Ha dicho lo que más puede doler.

MANUEL Ha clavado cuchillos. [*Salen*].

ESCENA V

Pedro, Gabriel.

PEDRO Gabriel, no debiste asistir a esto.

GABRIEL Como yo soy dichoso, muy dichoso con mi hambre, puedo oír lo que digáis.

PEDRO Allá tú con tu verdad. Yo no puedo con la mía. [*Salen*].

ESCENA VI

Gabriel.

GABRIEL ¡Rogelia y Juan! ¡Dios mío! Y yo que inventaba una canción llamándole «nuestra pobre hermana». Y se acostaba con Juan y allí donde ella se ríe, en la boca fresca, Juan se dormía. ¡Hambre! En vuestros pensamientos también habita algo que muerde... Eso dijo. ¡Muerde, muerde! ¡Oh, Dios mío, si muerde!

ESCENA VII

Rogelia, Gabriel.

ROGELIA ¡Gabriel!

GABRIEL ¿Tú? ¿No te has ido con él?

ROGELIA No, querido niño; no me he ido. Me necesitáis aquí. Ahora tú sabes que tienes hambre y sueño y que todo puede saciarse. Te morirías mañana. Estoy

contigo y tengo mi corazón limpio de nombres y mis labios pueden pronunciar uno hermosísimo...

GABRIEL ¡Rogelia!

ROGELIA Puedo pronunciar tu nombre cuando no estés, decir el color de tus ojos cuando no me mires, saber el calor de tus manos cuando no me toques... Sólo esto puedo ofrecerte, pero te lo doy porque tienes hambre, mucha hambre...

GABRIEL [*En brazos de Rogelia*]. ¡No supe nunca que era tanta! ¡Oh, Rogelia, amor!

TELÓN

CUADRO QUINTO

Habitación de Juan, ahora de Rogelia.

ESCENA PRIMERA

Manuel, Rogelia, Antonio.

ROGELIA Siéntense: pueden hablar.

MANUEL Sabemos la pérdida de Gabriel y pensamos que no podemos remediar tanto mal.

ANTONIO No podemos. No se salvará mozo entre nosotros.

ROGELIA ¿Sabéis algo de esto? Nada sabe usted, Manuel, ni nada sabe usted, Antonio.

ANTONIO Manuel tuvo mujer y yo conocí a mi madre. Algo sabemos, podemos esperar. Es preciso que tengamos un niño, un hijo joven. Esto es conveniente: un hijo joven. Aún puedo educarlo, llevarlo de la mano, tenerlo firme en la fe. Aunque tenga, el que de nosotros haya de ser padre, que pagar la más dura de las penitencias, condenarse si así es la voluntad de Dios. Le venimos a pedir, Rogelia, que escoja en nosotros el padre de un hijo que se llame Gabriel y nos entierre a todos.

ROGELIA Escojo en ti, Antonio.

MANUEL ¡Alabado sea Dios! [*Sale*].

ESCENA II

Rogelia, Antonio.

ANTONIO Mi obligación ahora era la oración, eran las lágrimas. Toda mi vida la pasé acallando lo que quería destruirme, apretando mi vida, que la sentía rebrotar a burbujones en el pecho; mi obligación ahora era maldecir mi suerte, mesarme los cabellos, decir cien veces «¡Yo pecador!»... Rogelia, mi obligación era esta. No puedo, sin embargo, romper las palabras que se encadenan en la garganta.

ROGELIA Las encadena tu lujuria, Antonio. Las encadena tu demonio...

ANTONIO Ríete de mí, pero no pienses que sólo el deseo vence ahora mi fe. Cuando fuimos a inscribirte, yo recordé, exaltando tu castidad, a mi madre apoyada en el hombro de mi padre en el baile de San Andrés.

ROGELIA Sé que algo que no es deseo escondes, pero ni aun así te amo. Hablabas de que antes, en casa del alcalde, exaltaste mi castidad. ¡Mi castidad! Ya sé que crees que no existe, que piensas que cien agujas me carcomen, que soy del vicio

y en él me anego. ¡Cómo te equivocas! Yo nací para compañera del hombre, de un hombre y no sé repartirme. Has de aceptarme tal y como soy, si no no seré madre de tu hijo. O hombre mío o tendrás que contar tu amor por noches, como Juan, como Gabriel, quizá como otro...o tuya, propiedad y unción tuya, bien y cadena tuya, o déjame que mienta la voz que no te he oído, las caricias que no me diste, el deseo que no me das.

ANTONIO ¿Ese es el precio?

ROGELIA Así es.

ANTONIO ¿Y si te dijera que te amo?

ROGELIA Habrías de pagar encima tu hipocresía.

ANTONIO Temo, lo temo todo. ¡Quisiera poder huir! ¡Huida!

ROGELIA ¡Excelente comienzo de una noche de bodas!

ANTONIO Desde el primer día no pienso en otra cosa. Pero el hijo, al hijo lo dejarás, ¿verdad? Lo dejaremos aquí y yo te llevaré lejos. Tengo oro, sé las lenguas, conozco los caminos. Te llevaré y el hijo medrará aquí entre Pedro y Manuel y no traicionará... ¿No es muy alto el precio, Rogelia?

ROGELIA Sin tu amor bien bajo sería. [*El la coge fuertemente de las manos*].

TELÓN

CUADRO SEXTO

Habitación de Rogelia.

ESCENA PRIMERA

Antonio, Pedro.

ANTONIO Creo adivinar a qué vienes.

PEDRO No vengo por mí, que soy un muerto. Vengo por Gabriel. Esta noche regresa del monte, de aparcas el ganado. Al llegar, buscará la mujer.

ANTONIO ¡No ha de encontrarla!

PEDRO Para él es el corazón nuevo y fresco, capaz de olvidar las torturas de esta soledad. Está como nuevo, la mirada limpia. Es hermoso ver a alguien así. Tú eres viejo aunque la tierra te haya fortalecido, y sólo consumes rescoldo. El, Gabriel, consume llama viva.

ANTONIO ¡Rescoldo! Me siento joven y fuerte, capaz de amor y de victoria.

PEDRO ¡Cómo te engañas, cómo te engañas! Te ciega todo, como a los mascatos el aire y a las gaviotas el mar. Un hombre no puede cebarse de olvido. Un hombre ha de saber buscarse y, si se encuentra, darse a sí mismo su merecido.

ANTONIO Yo he encontrado mi fortaleza y mi libertad en Rogelia.

PEDRO ¿Dónde tenías guardadas las palabras del amor, el cuerpo del amor, las lágrimas del amor? Crees que eso aparece un día y te engañas. Juan y Gabriel las tenían porque son flor de edad, poderosos como olas de bajío, y su corazón aún no admitía hiel. Y no neguemos que albergaban esperanzas, porque tenían mil y mil. Cuando Juan iba a la mar conmigo, yo temía siempre que quisiera huir, dejar la barca a los vientos, aproarla a un país lejano.

ANTONIO ¿Y yo en la montaña? ¿O es que no he soñado con los países de la otra orilla? Y nudos se me hacían en la garganta cuando veía doblar las puntas a los rebaños de los pastores libres.

PEDRO Rogelia fue de todos: de Juan, para salvarlo; de Gabriel, para resucitarlo; de ti, para darte un hijo y para que conocieras vida con mujer. Casta y fuerte; si yo pudiera decirle una sola palabra, le diría que gozo contemplándola clara y pura en este cementerio de hombres. A cada uno dio lo que más falta le hacía, y usó para cada uno como cebo los manjares más gratos. Tú no puedes monopolizarla. Y soy yo el que puede acusarte, el único que aún puede acusar.

ANTONIO No me importa. No renuncio. Si Gabriel llega, que ella escoja.

Rogelia entra y oye las últimas frases.

ESCENA II

Antonio, Rogelia, Pedro.

ROGELIA ¡Escoger! ¡Qué vana palabra! Un hijo saltará en mi vientre y ni sé quién es su padre ni sé siquiera a quién quisiera atribuírselo. ¡Escoger! Dos veces te lo he dicho: o la mujer o tu amante, o la vida o las noches que se cuentan por los dedos...

TELÓN

CUADRO SEPTIMO

CUADRO FINAL

En el campo. Noche. Cuatro escenarios. Como en capillas. Iluminadas por turno mientras hablan, aparecen los personajes.

ROGELIA Les dejo un hijo, pero se lo dejo envenenado. Lleva sangre de uno, de uno que no sé quién es; pero lleva miedo de todos, miedo mío, miedo de la tierra y del mar. Crecerá dichoso hasta que un día amanezca con hambre. Ese día sentirá su propio cuerpo y lucharán. De barro a barro, ¿quién tiende puentes? Barro y barro confundidos, nadie podrá salvarlos. Y temblarán bajo él las mujeres, como tiemblan en lo alto las estrellas.

GABRIEL El hijo no es mío, pero habrá de ser como yo. Dejaré caer en su oído las palabras de la soledad, las que huelen a silencio y a melancolía. Lo llevaré por caminos hondos y le iré diciendo los nombres de las flores. Y si le arranco lágrimas un día, ya quedará en mis manos para siempre.

ANTONIO Es mío, hijo mío. No se puede dudar. Lo vigilaré. Lo haré a la labranza, lo llenaré de odio. Fanático, será hipócrita y necio; apenas sabrá hablar. No sabrá el nombre de las cosas hermosas, y madre y mujer serán para él palabras sin sentido. Que así sea. Hagamos ahora examen de conciencia. *[Lee]* «Dijo Dios: Limpiarás tus zapatos a la puerta. A la puerta dejarás el barro, y ya dentro no te acordarás de él. No vas a estar siempre pensando en el lodo...».

JUAN *[Leyendo]*. «Seca cuidadosamente sus pies antes de entrar, porque es muy pulcro y el barro del camino no debe mancillar las losas de la iglesia. No es limpio transportar siquiera al templo el recuerdo y la inquietud del barro. Es llevar todavía barro al templo. En el umbral de mi templo secan los pies y que no se los mencione más. Haced examen de conciencia, pero que sea como limpiar el barro de los pies. Limpiarlos y nada más».

ROGELIA *[Otra vez]*. Y si Juan regresa, mi victoria aún es más segura, porque borraré de su pecho toda fe. Que sufran y aguanten, sin más, su condición de hombre. Ya sé que no es fácil, que muchos mueren, que mil y mil caen. ¡Quiera Dios, una y cien veces, que mi hijo caiga!

TELÓN



ÁLVARO CUNQUEIRO. Nació en 1911 en Mondoñedo (Lugo). Fue uno de los escritores más grandes de nuestro siglo tanto en castellano como en gallego, durante muchos años dirigió el Faro de Vigo y colaboró toda su vida, con artículos de toda índole, en varias revistas españolas.

Al fallecer, en 1981, dejó tras de sí novelas como *Las crónicas del Sochantre* (Premio nacional de la Crítica en 1959), *Merlín y familia*, *Cuando el viejo Simbad volviera a las islas*, *Las mocedades de Ulises*, *Un hombre que se parecía a Orestes* (Premio Nadal en 1968) y *La vida y las fugas de Fanto Fantini*, así como ensayos gastronómicos y una infinidad de crónicas sobre todo aquello con lo que alimentaba cada día su insaciable curiosidad.

Notas

[1] *Y cuando le llegó la hora, / soñando estaba / un país donde llovían mariposas / para que se hiciera la luz. Y la luz se hizo. (Lord Dunsany/Epitafio, de Herba aquí ou acolá, 1980).* <<

[2] «Galicia es un país de tesoros. Ocultos en los Castros, sumergidos en las lagunas, enterrados aquí o allá, y casi siempre bien guardados por moros, enanos, gigantes, hadas, culebras... Son los llamados encantos. (...) En la aspereza de la vida cotidiana, soñar es necesario, y perder el tesoro de los ensueños es perder el más grande de los tesoros del mundo. Cuando yo escucho en alguna aldea nuestra hablar de tesoros, creo que en nuestra pobreza todavía somos ricos». <<

[3] «Sugieren desde el inicio el placer y la perversión del *bricolage*» y «no dejan lugar a duda acerca del juego al que se invita al lector: asistir a una versión libérrima, a una manipulación consciente de obras claves de nuestro acervo cultural, que serán fagocitadas dentro de una poética subversiva». Cunqueiro, añade Rodríguez Vega, «no es un parodista o imitador al uso. Frente al escritor realista, obsesionado por disimular su tarea de apropiación de obras ajenas, nuestro autor resuelve la permanente tensión entre fidelidad y desviación por la vertiente más arriesgada». <<

[4] «Ahora, desde aquí, hablar es difícil y bien noble. Entró un tropel de voces y de armas y no hay nada que hacer. Más cuando esta gente no viene de farra, sino “a resucitar el Imperio por la Contra-Reforma”. (...) Bien en serio: ¡pobre España! ¡Y pobres de nosotros también! Yo no sé bien aún —voy para 24 años— si es duro para el hombre “aguantar” su condición de hombre, pero aunque así fuera, yo amaría siempre, sobre todo, mi libertad, y las libertades que los hombres tuviéramos en común y buen regimiento serían para mí siempre amadas y defendidas». <<

[5] «Hombres como Cunqueiro y Vicente Risco (y otros) eran tan antiizquierdistas y tan antilaicos que la propuesta política de los sublevados los vino a liberar». <<

[6] «Cuando escribe *Vida y fugas de Fanto Fantini*, a nadie próximo al círculo de Cunqueiro, sabedor de la amistad con el exministro, le pasa desapercibida la influencia de Rafael. (...) Esa relación con la Italia que conoció fundamentalmente gracias a la amistad con Rafael Sánchez Mazas se intensificará con los años. Y en su amor por este país —por sus tierras, por su gente, por sus costumbres y tradiciones— se ha de ver correspondido». <<

[7] «... venía mucho por nuestra casa porque era recadera y los sábados iba al mercado de As Rodrigues, en Riotorto. La víspera venía a preguntar si queríamos algo para la familia de allí y tomar de paso una copa o agua con vinagre, si era verano. Pues bien, cuando publiqué el *Panto Fantini delta Gheradesca*, ya al final puse en boca de la Flamenca: “La vida de un hombre es como una mañana de pájaros”. Esta frase no es mía, se la escuché de niño a la *Farrucona*». <<

[8] Declaraciones realizadas al autor del prólogo, 16 de diciembre de 2009. <<

[9] Entrevista citada, 16 de diciembre de 2009. <<

[10] «El autor vuelve ahora mismo a manejar estos poemas y canciones de juventud y estos poemas más recientes, con verdadera humildad, y aun pudiera decir que con miedo. Muchos poemas han envejecido en exceso, aunque en otros siga escuchando los pájaros que cantaron antaño. Van como nacieron y pienso que no sería lícito rehacer y perfeccionar. Valgan lo que valgan, fueron una hora de mí mismo, y de la poesía gallega». <<

[11] «... algo en lo más hondo del cuento que no había utilizado el dramaturgo inglés. (...) Y un día me llegó, como un rayo, la revelación: el Usurpador era el verdadero padre de Hamlet. Entonces, todo encajaba mejor. (...) Esta pieza nace como una explicación más —pero como la explicación que en cierto modo podemos denominar “eterna”— de un suceso llamado Hamlet». <<

[12] «Shakespeare anticipa y resume todas nuestras filosofías dramáticas y las otras, las del desespero y del absurdo, y, sin embargo, restablece en el desenlace radiante de sus tragedias más negras una justicia y un sereno equilibrio del mundo». <<

[13] «... cuando empezó el proceso de sus dolencias, nos dio a sus familiares y amigos un ejemplo inmarcesible de coraje y de valor y de serenidad ante lo inevitable. Al principio, optimista, negaba la enfermedad, hacía planes, e incluso, en ciertas ocasiones, mejoró por un milagro de la voluntad. Al final, en la diálisis, casi ciego, pero con la cabeza como en sus mejores tiempos, aceptó triste y tranquilamente la muerte. Hablaba a veces de eso pudorosamente (“¡Qué pena tener que dejaros!” o, “¡esto se acaba!”), pero siempre sin quejas ni lamentos. Fue el asombro de los médicos como enfermo». <<

[14] «Al cabo de un rato, toda la casa huele a aquel pan, y para mí es como la magdalena de Proust... entonces vuelve toda la infancia». <<

[15] *Y ahora ya sabes / por un eco lejano / en qué perdiste la vida sin saber que la vida / ya no vuelve, nunca, jamás. / La vida misma es el eco de un sueño / que ahora sabes que lo tuviste, por un eco. (Alma, como no concierto..., de Herba aquí e acoló, 1980).* <<

[16] No ha podido ser establecida con seguridad la fecha de la muerte de Fanto el Mozo, y de su estancia en Provenza, en los últimos años de su vida, es poco lo que se sabe con certeza; parece ser que hacia 1504 vivía aún su caballo Lionfante, que ya habría cumplido los treinta y tres años. Que Fanto había muerto antes de 1509 se prueba con lo que se dice en el resumen del tercer acto del drama bélico-amatorio representado en Florencia, en el que se le llama «el finado valeroso capitán, quien ojalá goce de eterna prisión en el Paraíso». Además, en el mes de febrero de 1509, el perro Remo solicita de la Cofradía de San Ramón Nonnato de Huérfanos Pobres, de la ciudad de Pisa, «un cajón con escudilla en el patio alto del Santo Hospicio, en lugar soleado», por carecer de domicilio fijo, y haber quedado sin empleo tras la muerte del «signore Fanto». En el invierno del mismo año, le es concedida a Remo una manta para que se proteja del frío, y el perro suplica que, si es posible, la manta sea negra, por el luto que guarda por Fanto el Mozo. <<

[17] Como se sabe, el argumento del *Otelo* de Shakespeare procede de los *Hecatomihi* del ferrarense Giraldo Cinthio, pero en la novela vil, década ni, no viene el discurso del Moro ante el Senado véneto, aunque es seguro que Giraldo Cinthio conocía el discurso de Otelo, así como el del caballo Lionfante, que corrían ambos por la Italia del Norte en pliegos góticos. Shakespeare, por lo tanto, no ha podido imitar un discurso que en el texto cinthiano no figura. Pero ¿no habrá tenido el dramaturgo inglés noticia del discurso del caballo ventrílocuo y políglota ante el Senado de la Serenísima? Los marineros venecianos, con los que es seguro que Shakespeare conversó en las tabernas londinenses que frecuentaba —y de los que aprendió «dogo» y «góndola» por ejemplo—, pudieron haberle narrado el sorprendente suceso. Si se lee en Shakespeare el discurso del Moro, sorprenden ciertas pausas, que pueden corresponder a los relinchos con que subrayó algunas de sus afirmaciones en el suyo al caballo Lionfante. Hágase la prueba por el curioso lector, desde «*Most potent, grave and reverend signiors*», hasta «*I won his daugther*», intercalando un relincho entre frase y frase, y transformando la frase final, «*I won his daugther*», en el relincho propio de caballo sículo en celo —especialmente al aproximársele yegua longobarda rubia—, cosa que el idioma inglés, por sus especiales características permite, sin necesidad de forzar la pronunciación, tanto la en boga en el Teatro del Globo en los días elizabethianos, como oxfordiana de hoy, o la de los americanos del Norte. Por otra parte, el final chipriota de la tragedia de Otelo, ¿no puede haber sido sugerido a Shakespeare por la supuesta muerte en Famagusta, peleando contra el turco circunciso, de Fanto Fantini della Gherardesca? <<

[18] La más antigua mención de la palabra «botica» en Castilla es del año 1217, en carta de Fernando III a favor de la ciudad de Burgos. <<

[19] En lo que se refiere a la interpretación de los sueños, dijo Rabí Benaá: —Había en Jerusalén veinticuatro intérpretes de sueños; y yo, habiendo tenido uno, pedí su explicación a cada uno de los intérpretes. Y pese a que todos me dieron explicaciones diferentes, cada una fue cumplida conforme al dicho: «Todos los sueños se cumplen conforme a la interpretación que se les da». ¡Nosotros somos los tuyos, oh Señor del Todo! ¡A Ti pertenecen también nuestros sueños! Relato en la Ghemara del Berachot de Babilonia. <<

[20] (Al ordenar este libro, mes de mayo de 1940). <<